ALBUM

PINTORESCO UNIVERSAL.

ALBUM

PINTORESCO UNIVERSAL,

Adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto.

COLECCION

DE ARTICULOS RELATIVOS A TODA CLASE DE CIENCIAS Y ARTES; PARTE RECOPILADOS DE LAS OBRAS EUROPEAS MAS ACREDITADAS, Y PARTE ORIGINALES ESCRITOS POR LOS PRINCIPALES ESCRITORES ESPAÑOLES, COMO SON: DON PEDRO DE MADRAZO, DON EUGENIO DE OCHOA, DON PEDRO PIDAL, DON PATRICIO DE LA ESCOSURA, DON ANTONIO MARIA SEGOVIA (EL ESTUDIANTE)

TOMO PRIMERO.



BARCELONA,
IMPRENTA DE D. FRANCISCO OLIVA, EDITOR.
CALLE DE LA PLATERIA.

1842.

ALBUM

PINTORESCO UNIVERSAL,

OBRA POPULAR Y PERIÓDICA,

Enriquecida con numerosas y primorosisimas láminas intercaladas en el texto.

PROSPECTO.

Cuando empieza á generalizarse en España la aficion á las obras pintorescas, y hay en ella una masa inmensa ávida de saber; nada mas á propósito para satisfacer este deseo general que el *Album* que se ofrece al público.

Con esta obra, el menos estudioso hallaráse en poco tiempo imbuido en las mas precisas noticias generales; y el filósofo, el artista, el literato, el médico, etc. etc. todos los hombres de todas las carreras científicas, leerán en sus páginas y verán en sus láminas los fenómenos y producciones mas sorprendentes que ofrece la naturaleza.

La historia, la geografía, la historia natural en todas sus partes, la mecánica, la arquitectura, la pintura, la arqueología, la amena literatura, todo cuanto pueda instruir ó deleitar hallará cabida en el *Album*, que vendrá á ser una verdadera Enciclopedia.

Al lado de la descripcion de una cascada, aparece en él la biografía de un hombre célebre; un artículo pone ante los ojos las costumbres de tal pueblo, y otro esplica la construccion de las máquinas de vapor; aquí una catedral gótica roba nuestra atencion con la osadía de sus agujas y con la magnificencia y profusion de sus ornatos, allí un enorme *boa* desarrolla sus escamosos anillos, y troncha al pasar las altas yerbas; á la relacion circunstanciada de las bellezas que contiene una capital, del número de su poblacion, y de los hechos mas notables de su historia, acompaña un combate naval, al cual tal vez sigue un trozo de crónica ó una novela, mientras las razas antidiluvianas vienen luego á pasmar nuestra imaginacion.

Considerada esta obra bajo el solo aspecto de la parte de *Viajes*, formará el mas ameno, divertido, variado é instructivo de cuantos se hayan publicado. Todas las regiones del globo ocupan algun lugar en sus columnas, así la China como España, así Suiza, la pintoresca Suiza, como la Laponia, así Inglaterra como Rusia, así Egipto como Francia; y el lector, al paso que sabrá sus costumbres, sus leyes, sus guerras, su poblacion, su clima, etc., verá en las láminas lo mas selecto de sus paisajes y monumentos, y una fiel copia de sus trages.

No menos completa será la parte biográfica, esta que nos enseña á estudiar al hombre; y desde las personas mas célebres de la mas remota antigüedad hasta las de nuestros dias, — guerreros, políticos, poetas, cronistas, reyes, gefes de tribu, cabezas de partido, novelistas, pintores, maquinistas, médicos, arquitectos, prelados, etc. etc. todos, aun los *contemporáneos*, irán sucesivamente pasando en este inmenso panorama.

Entre estos artículos, no faltarán algunos originales españoles; pues para dar mayor amenidad á una obra de suyo tan interesante, el Editor se ha procurado la cooperacion de algunas de nuestras notabilidades literarias.

El *Album pintoresco universal* no reconoce rival en España tocante al género de las láminas, en que abundará escesivamente y mas que ninguna de cuantas obras semejantes se hayan publicado. Pero aunque en su mayor parte se deben á los mas famosos artistas estranjeros, convencido el Editor de que al genio nacional solo le faltan proteccion y estímulo, confiará las que representen vistas de España á los artistas españoles, que mas descuellen en este particular. Las insertas en la *muestra*, que acompaña, darán una idea, aunque *débil*, de la finura, perfeccion y riqueza que en todas encontrará hasta el menos inteligente.

El *Album pintoresco universal* puede mirarse como una coleccion de los mejores artículos de los célebres *Magasin pittoresque*, *Musée des familles*, *Magasin universel*, etc. que con tanto aplauso de toda la Europa se publican en París.

Para que el público se convenza de que esta obra es fruto de un proyecto maduro y tiempo hace premeditado, el Editor se cree obligado á anunciar que mantiene no interrumpidas relaciones con los de las citadas obras de París, particularmente con los del *Magasin universel*, que le vendieron la propiedad esclusiva de todos los *clichés* que han servido y vayan sirviendo

para la ilustracion de su obra, y de los cuales los publicados obran ya en poder del Editor, quien, á fin de evitar las interrupciones que se esperimentan en empresas de esta clase, tiene ya pronto y concluido todo lo necesario para la publicacion de un tomo, así en lo tocante á la redaccion, como á la parte tipográfica.

Todas las naciones mas civilizadas han reconocido la necesidad y utilidad de las obras á esta semejantes; y mientras allí se multiplican prodigiosamente sus ediciones, mientras sin número de ejemplares llevan el saber y la civilizacion á todos los puntos y á todas las familias, no cree el Editor que la España cierre los ojos al mérito de este *Album*, cuyo principal objeto es mejorar el bienestar general por medio de la instruccion, y proporcionando goces tranquilos, útiles y puros, evitar la ociosidad y las distracciones viciosas, que desgraciadamente van minando el edificio social, destruyen las creencias, y corrompen las costumbres.

Condiciones de la suscripcion.

EL ALBUM PINTORESCO UNIVERSAL

Se publicará por cuadernos de 24 páginas á dos columnas, iguales en todo á la *muestra*, y adornadas con numerosas láminas repartidas por el contexto. Pero, aunque en el pliego-*muestra*, que acompaña á este Prospecto, hay dos páginas en blanco; en los demas que se vayan publicando, no habrá mas que una, y será la del dorso de la primera, por exigirlo así la mayor limpieza en la impresion de la *lámina grande* que este siempre contendra.

Saldrá á luz cada cuaderno de quince en quince dias por ahora, reservándose el Editor la facultad de darlo cada semana.

A pesar de los crecidos desembolsos que ha acarreado y acarrea esta obra al Editor, deseando que sea una publicacion *popular* y al alcance de todas las posibilidades, fija el precio de cada cuaderno á CUATRO reales en Barcelona, y CINCO en el resto de España, remitiéndose por el correo francos de porte.

El primero saldrá el 1.° del próximo julio, y estará de manifiesto en todos los puntos de suscripcion para los Señores que deseen enterarse del mérito de tan recomendable obra.

Los señores que gusten suscribirse, en el acto de verificarlo adelantarán el precio del primer cuaderno, y se servirán dejar nota de su habitacion.

Cada 15 cuadernos formarán tomo con magníficas cubiertas grabadas en boj; pero las materias se dispondrán de manera, que cada tomo pueda ir por separado, sin que el uno sea menester para la inteligencia del otro.

Puntos de Suscripcion.

BARCELONA.

LIBRERIA DE FRANCISCO OLIVA, EDITOR, CALLE DE LA PLATERIA, N. 8.

SAURÍ, *calle Ancha.* — RIERA, *calle del Hospital.* — TAULÓ, *calle de la Tapineria.* — VIUDA GORCHS, *bajada de la Cárcel.* — VIUDA MAYOL, *calle mayor del Duque de la Victoria.*

MADRID: — Cuesta. — Viuda de Razola. — Librería Europea.

Alicante, Carratalá.
Alcoy, Cabrera.
Algeciras, Cointillo.
Almeria, Fornovi.
Alcalá, Chacon.
Andújar, Alaba.
Antequera, Gallardo.
Aracena, Lebrija.
Arévalo, Onis.
Avila, Aguado.
Badajoz, Carrillo.
Barbastro, Lafita.
Bilbao, Delmas.
Búrgos, Arnaiz.
Cádiz, Moraleda.
Cáceres, Búrgos.
Córdoba, Noguer y Manté.
Ciudad Real, Gonzalez.
Cuenca, Mariana.
Coruña, Perez.
Cervera, Gimbert.
Cartagena, Benedicto.
Ceuta, Palacio. — Huguet.
Estepa, Rivero.
Elche, Ibarra.
Ecija, Chaves.
Figueras, Miegeville. — Matas.
Ferrol, Taxonera.
Gerona, Oliva.
Granada, Sanz.
Gibraltar, Hepper.
Habana, Soler y Compañía.
Huesca, Redaccion del Boletin.
Huelva, Pila.
Igualada, Abadal.
Jaen, Zerezeda. — Orozco.
Jerez de la Frontera, Bueno.
Lérida, Sol.
Leon, Fernandez.
Logroño, Ruiz.
Lugo, Pujol y Maciá.
Llerena, Fernandez.
Málaga, Martinez de Aguilar. — Carreras.
Mahon, Tintoré y Bertran, H.
Manresa, Trullás.
Moguer, Avala.
Murcia, Benedicto. — Nogués.
Mataró, Abadal.
Orense, Gomez Navoa.
Oviedo, N. Garcia Longoria
Orihuela, Ibañez.
Osma, Montero.
Osuna, Montero.
Palma, Guasp. - Gelabert. - Garcia.
Pamplona, Longas.
Plasencia, Pis.
Palencia, Pastor.
Puigcerdá, Rivera.
Puerto de Sta. María, Galarza.
Puerto Rico, Dalmau.
Reus, Roca.
Ronda, Gonzalez.
Salamanca, Blanco. — Moran.
Santander, Otero. — Riesgo.
Santiago, Rey Romero. - Compañel.
Idem de Cuba, Tutusaus.
Sevilla, Hidalgo. — Editor del Sevillano.
Segovia, Brea.
Soria, Perez Rioja.
San Felipe de Játiva, Bellver.
San Fernando, Diaz.
San Lúcar, Castillo.
San Sebastian, Baroja.
Tarragona, Granell. — Puigrubi.
Toledo, Hernandez.
Tortosa, Puigrubi.
Teruel, Gimeno.
Talavera, Calvo.
Valencia, Herrera. — Mariana.
Valladolid, Pastor.
Vich, Valls.
Vilanova, Pinna.
Vigo, Alvarez.
Victoria, Ormiluque.
Zamora, Vallecillo.
Zaragoza, Yagüe. — Franco.

Y en las administraciones de correos del reino, y principales librerías del estranjero.

ALBUM

PINTORESCO UNIVERSAL.

CLEOPATRA.



CLEOPATRA.

Al espirar Tolomeo XI (Auleto), legó el gobierno del Egipto á sus hijos Tolomeo XII y Cleopatra; pero no sufriendo el jóven Monarca compañero en el trono, obligó á su hermana á buscar en Siria un asilo. Allí reunió Cleopatra un ejército, y resuelta estaba á marchar contra el usurpador, á no declararse juez y mediador en la contienda Julio César, fundándose en que Tolomeo Auleto nombrara tutor de sus hijos al pueblo Romano. Mas tan prendado quedó César de las gracias de la Princesa, que sin demora ordenó que su hermano partiese con ella su trono y se le reconciliase.

Cuando con la muerte de este célebre dictador encendióse de nuevo la guerra civil en el Imperio, Cleopatra fué acusada de haber mandado socorros á Bruto y á Casio; y en consecuencia, Marco Antonio, que iba á la guerra de los Partos, mandóle se presentase á Cilicia á dar esplicaciones sobre su conducta. Para semejante viaje, mas cuidó Cleopatra de los medios de agradar que de los de justificarse: embarcóse en un buque, en cuya popa dorada reflejaba el sol, mientras el viento jugueteaba con sus velas de púrpura; magníficamente ataviada, estaba la Reina muellemente recostada en la cubierta; á sus pies varios niños figuraban los amores; sus doncellas, mujeres todas de rara hermosura, vestidas de Neréidas, colocáronse junto al timon, ó guarnecian los bancos de los remeros; y olorosos perfumes é incienso ardian en ricos pebetes, y envolvian á la Diosa en una nube de voluptuosidad. Así subió Cleopatra por el Cidno á visitar al Conquistador del Asia, que aceptó un banquete en la misma nave. Tratóle con tanta magnificencia la Reina de Egipto, que cuando á su vez la convidó, no pudo, á pesar de no perdonar medio, vencerla en lujo y suntuosidad. Sin embargo, iban produciendo efecto las artes de la hermosa Soberana, cuyos encantos de tal manera cautivaron el corazon de Antonio, que su violento amor dejó muy atrás al que la profesara Julio César. No es nuestro ánimo pintar aquí su vida de amor, de placeres y de orgías; no mencionarémos ni la estraña flaqueza de Antonio ni los caprichos de su amada, *fatal prodigio*, como la llamaba el profundo Horacio, ni su vergonzosa fuga en la batalla de Actium, ni la bárbara curiosidad de Cleopatra, cuando, para cerciorarse de cual era el veneno que mas pronto y con mas suave agonía mataba, probábalos en los animales y en sus esclavos mismos: detalles son estos, que cien veces han prestado asunto al teatro y á la pintura. Y no menos conocido es el modo con que espiró esta orgullosa Reina. Al saber que Octavio la reservaba para atarla á su carro de triunfo cuando su entrada en Roma, halló medio de que le trajeran unas flores, entre las cuales estaba oculto un áspid, que, quitándole la vida, la libró del ultraje que le preparaba el orgullo del César vencedor.

Segun Plutarco, no era estraordinaria la belleza de esta Reina; sino que su viveza, gracia é ingenio realzaba de tal manera los atractivos de su rostro, que era muy difícil no quererla. A la posesion de todos los idiomas entonces florecientes, juntaba los mas vastos conocimientos, y sobre todo el arte de cautivar los corazones, en que era profunda maestra. El Oriente le comunicara su aficion habitual á una magnificencia inaudita, al paso que con sus constantes relaciones con la Grecia, donde era venerada, fuera adquiriendo la mas penetrante dulzura en el hablar y en seducir, y su coquetería, como dice madama Staël, era un grande arte, en cuya composicion aunábase todo lo que de sí pueden dar la magnificencia y esplendor de los reyes, y la cultura poética del ingenio.

MELUSINA,

HISTORIA SACADA DE LAS CRÓNICAS DE POITOU Y DE LOS ARCHIVOS DE LA CASA DE LUSIÑAN.

Reinaba en otro tiempo en Albania un príncipe llamado Elinas, poco conocido de los historiadores, si bien tuviera por sus desgracias algun título á su memoria. Contaba numerosos vasallos, palacios magníficos y populosas ciudades, y veíase poderoso y respetado. Tenia el Príncipe el noble deseo de verlo todo con sus propios ojos, y visitaba á menudo sus estados. Un dia que, insiguiendo su costumbre se hallaba ocupado en una de sus reales correrías, llególe á toda prisa el príncipe Nathas, hijo de su primer matrimonio, con un mensaje que le llamaba á su capital. La Reina habia dado á luz tres princesas, las mas hermosas que hubiese visto el mundo, y diéronlas los nombres de Melusina, Melior y Palatina. Corria el monarca á abrazar á su nueva estirpe, y olvidaba en su precipitado afan la solemne promesa que habia hecho á su esposa en el momento de su enlace; juramento fatal que nos obliga á tomar de mas lejos el curso de nuestra relacion.

Viudo Elinas de su primera esposa, buscó en los placeres una distraccion á su dolor. Entregábase una mañana al ejercicio de la caza, su diversion favorita, cuando se halló perdido en medio de los matorrales. Devorado por una sed abrasadora, su buena estrella le condujo á una pura y tranquila fuente, en cuya orilla apenas pusiera el pie, cuando una voz, salida al parecer del fondo de sus cristalinas aguas, hirió dulce y melodiosa su oido. Inclinóse hácia ellas Elinas, deseoso de descubrir su orígen, y de repente una mujer hermosa como la luz del sol se le acercó con gracioso talante. Sorprendido con tan bella aparicion, quedó el Rey de Albania un momento inmóvil, mas luego vuelto en sí, dirigió á la misteriosa dama algunas corteses palabras. Al instante un page, conduciendo del diestro un caballo ricamente enjaezado, se adelanta hácia Pressina (que tal era el nombre de la bella desconocida), y: «Noble dama, le dice, tiempo es ya de partir si así os place.» Y ella sin mas tardar despidióse del Monarca, y desapareció con la rapidez del rayo.

Habian los encantos de Pressina dejado una impresion sobrado viva en el ánimo de Elinas para que la mirase ir sin curarse mas de ella. En consecuencia, despidió á sus criados que habian logrado reunírsele, y echó á andar en seguimiento de la nueva dama de sus pensamientos, á quien halló por fin en medio del bosque. «Hermosa dama, la dijo, no sin peligro podeis ya continuar vuestro camino al través de ese bosque; la noche se acerca y tendriais que andar demasiado antes de encontrar morada alguna. Si gustais

volver atrás, hallaréis no lejos cómodo y seguro albergue en mi palacio.» Despues de repetidas invitaciones, Pressina aceptó el ofrecimiento del Príncipe. Hiciéronle el recibimiento mas brillante, y la mansion de la hermosa huéspeda se fué dilatando por mas de una noche. Elinas, prendado de los encantos de Pressina, le reveló su amoroso ardor; y consintió la jóven en empeñarle su fe con la condicion de que su esposo jamás habia de intentar visitarla en sus alumbramientos. Sin embargo de que Pressina estuvo lejos de manifestar las causas de semejante demanda, prometió acceder á todo su amante, y he aquí el juramento que le hacia violar una funesta precipitacion.

Al ver entrar al Príncipe, no pudo Pressina contener su cólera y su dolor: «Perjuro! esclamó enseñándole sus tres hijas; así cumples tus promesas! No te faltará tu castigo!» Dijo y desapareció con su nueva prole.

Imposible es pintar la desesperacion del Monarca: quedó hecho presa de una enfermedad de languidez, que obligó á sus súbditos á traspasar la corona á las sienes de su hijo; y entretanto, Pressina se habia retirado con sus tres hijas á la isla Perdida, así llamada, porque nadie puede descubrirla ni aun despues de haberla visitado.

Sin duda ya habrá el lector comprendido que Pressina era una hada, cuyo misterioso poderío habia fascinado los ojos de Elinas; y el temor que de ser vista durante el parto tenia, dimanaba de ciertas prácticas que se observan en el nacimiento de las hadas, y que le importaba ocultar á ojos profanos.

Las jóvenes Princesas, hijas de Elinas y de Pressina, permanecieron en la isla Perdida hasta la edad de quince años. Su madre las conducia todas las mañanas á lo alto de una montaña, de donde se descubria la tierra de Albania, y allí, derramando copiosas lágrimas, les decia: «Ved, hijas mias, aquel hermoso país, vuestro padre reina en él, y en él vivierais vosotras venturosas, á no haber sido perjuro ese desdichado Monarca.»

Con tanta frecuencia les repitiera Pressina esas palabras, que dispertó en ellas el deseo de conocer los pormenores de aquel acontecimiento; y logrando Melusina, la mayor, que se lo contase todo, pronto lo supieron sus hermanas. Desde entonces no pensaron las jóvenes Princesas sino en vengar la afrenta de su madre. Informáronse de los caminos que conducian á Albania, y yéndose allí, arrebataron á Elinas á favor de un conjuro, y lo encerraron en el seno de una montaña llamada Brandelois. En seguida volvieron á contar á Pressina la venganza que del Rey habian tomado.

«Desdichadas! qué crímen habeis cometido! esclamó llorando la madre; no porque hubiese faltado á su fe dejaba yo de amar á vuestro padre. ¿Tocaba á vosotras castigarle? A tí, Melusina, añadió, á tí la menos digna de perdon, puesto que siendo la mayor has arrastrado á tus hermanas, te declaro que en justo castigo te transformarás todos los sábados en serpiente desde la cintura hasta los pies. Mas si alguien quiere casarse contigo y te promete no verte esos dias, vivirás y morirás como las demas hembras, y serás madre de una raza poderosa, que reinará en diversas naciones. Pero si desgraciadamente violase tu esposo su juramento, volverás á tus primeras angustias hasta el último dia del mundo; y cada vez que cambie de señor un palacio que harás construir milagrosamente, y cuando muera uno de tus hijos varones, aparecerás por tres dias, lanzando lastimeros gritos.»

Iguales pronósticos hizo á Melior y á Palatina, y las tres hermanas separáronse de su madre, tomando cada una direccion diferente. Melusina se fué hácia los grandes bosques á encontrar las hadas; y dícese que alcanzó tal superioridad en las ciencias sobrenaturales, que sus prodigiosos conocimientos pasmaron así á los reyes como á sus vasallos.

Un dia, despues de haber ido vagando por la selva Negra y la de las Ardenas, llegóse Melusina hasta la del Colombiere, en Poitou; y cansada del camino, sentóse junto á una fuente con varias hadas compañeras suyas. Hallábase en esa misma selva un jóven Baron, llamado Raimundo, hijo tercero del conde de Forest, y sobrino de Aymeric, conde de Poitiers. Derramaba el mancebo copiosas lágrimas, y corria como un insensato á través del bosque, sin saber hácia donde dirigirse; pues persiguiendo á un fiero jabalí, acababa de matar por equivocacion á su tio Aymeric, en el instante mismo en que este, que era un gran astrólogo, leia en los cielos que el súbdito que matare á su Soberano, llegaria á ser el gefe de una raza poderosa, de la cual se hablaria hasta la venida del Antecristo.

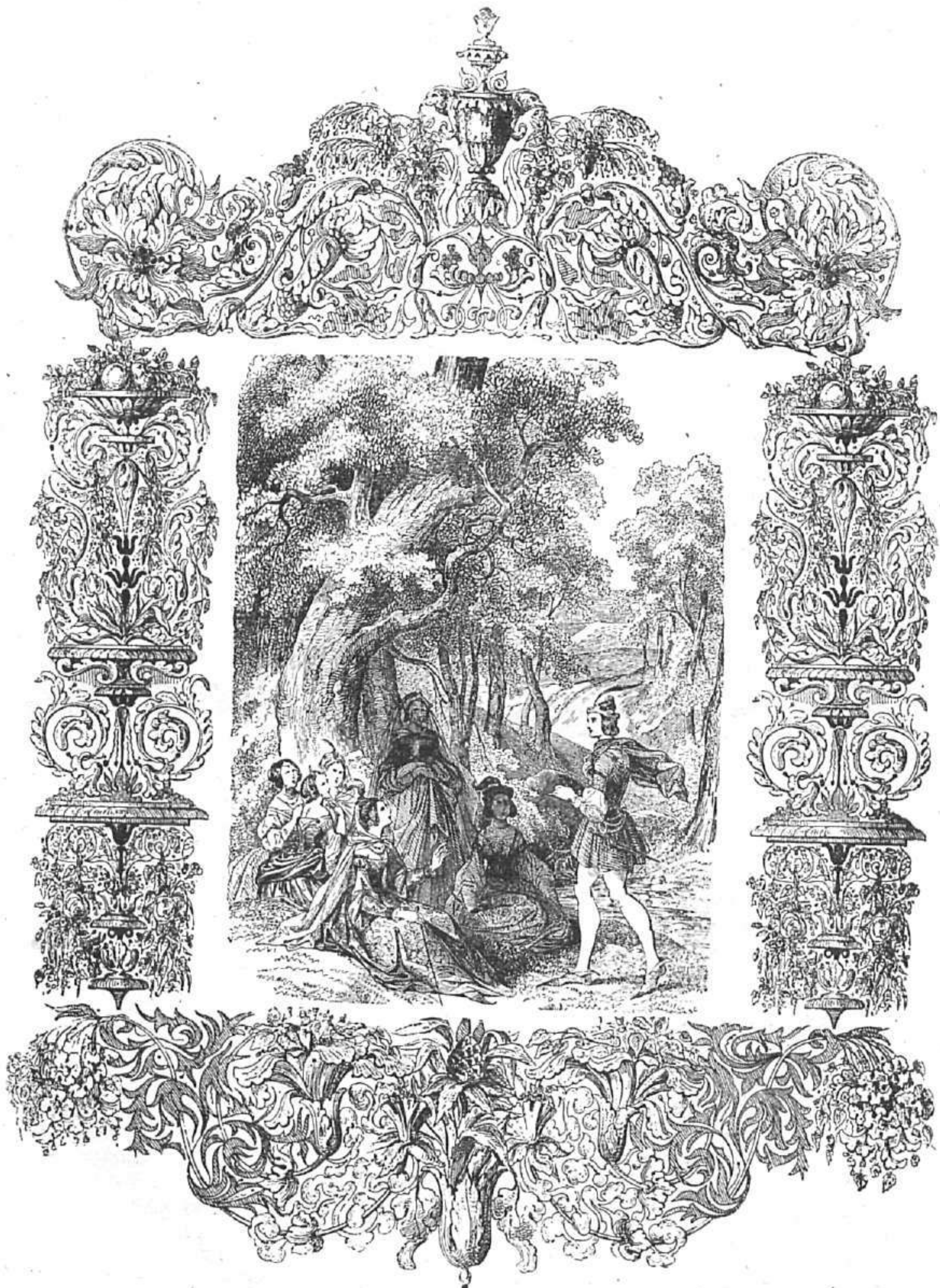
Así llegó Raimundo á la fuente, junto la cual sentárase Melusina, y que las gentes del país llamaban fuente de las Hadas, nombre que por corrupcion se ha cambiado en el de Fuente de la Sed, que es el que en nuestros dias persevera.

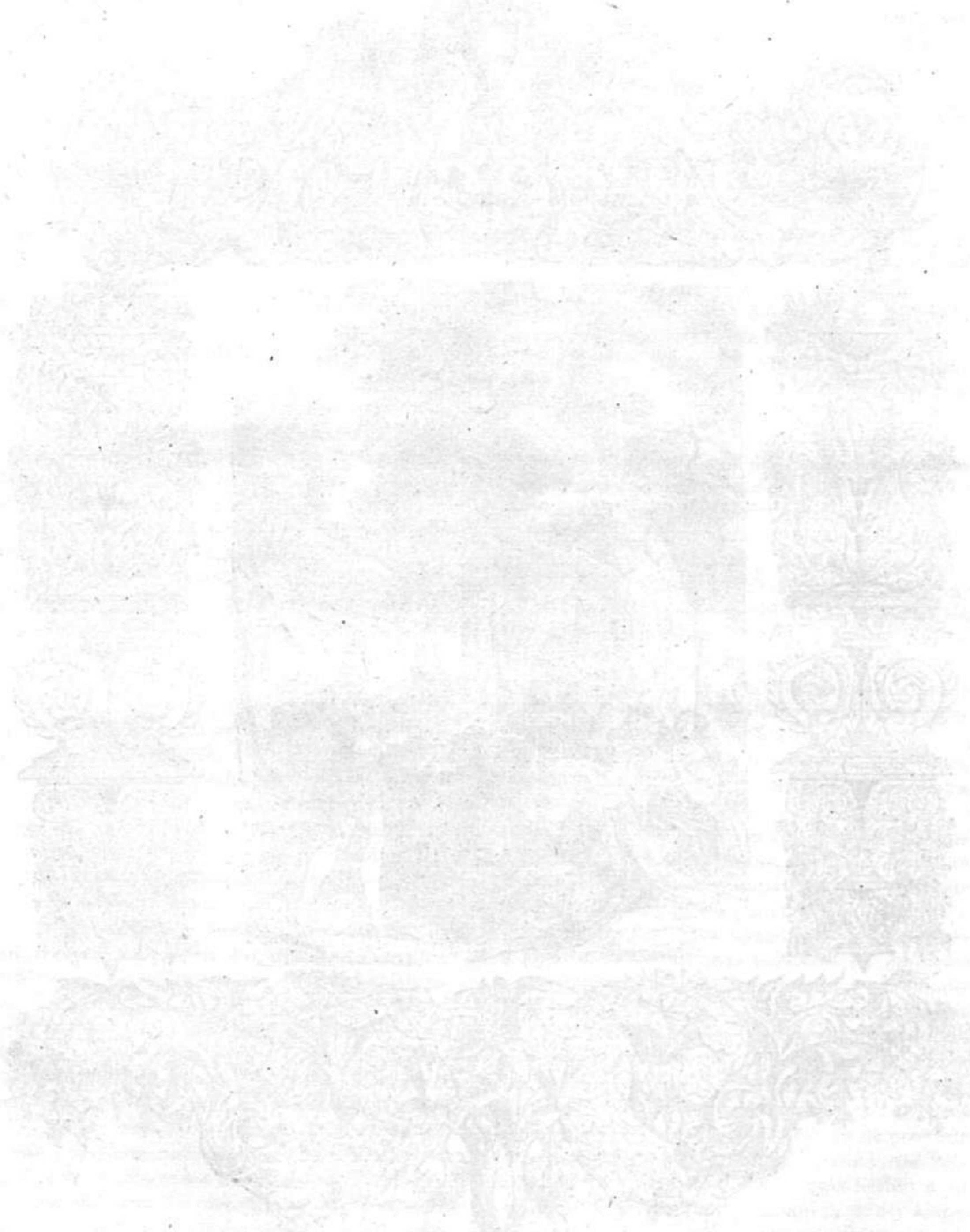
La hija de Pressina cogió del brazo al desdichado doncel, y procuró sacarlo de su abatimiento. Quiso Raimundo ocultar su nombre y su lastimosa aventura; mas ¡cuál fué su sorpresa al oir que la desconocida dama le llamaba por su nombre, y le contaba los pormenores de su reciente desgracia! Intentó desasir la blanca y dulce mano que le detiene, pero Melusina le dijo: «Nada temais, ni vayais tampoco á figuraros que yo sea una fantasma, ó la obra de alguna conjuracion diabólica. Todo eso sucede así, porque así place al Eterno. Acordaos que vuestro Soberano pocos momentos antes de su muerte, ha leido en los cielos toda vuestra historia.»

Raimundo creyendo que era voluntad de Dios que se cumpliese la profecía de su tio, dijo á la dama, que puesto que tan informada estaba, sin duda solo ella podia sacarle de tan crítica posicion.

Si hablais sin rebozo, respondió Melusina, es segura vuestra salvacion; mas habeisme de prometer casaros conmigo tan pronto como calme yo la inquietud que os aflige. Poco le costó hacer ese juramento al hijo del conde de Forest; pues la Princesa de Albania, gracias al poderío de su arte, ejercia ya sobre él un irresistible ascendiente. Sin embargo, no echara en olvido Melusina la condicion del sábado, ni tuvo Raimundo por su parte el menor intento de penetrar ese misterio. De vuelta al palacio del conde de Poitiers, contó como un fiero jabalí habia herido á su tio Aymeric: noticia que no infundió la menor sospecha; pues, segun cuenta la crónica, la ciencia de las hadas prestó su auxilio á la mentira, y los funerales del difunto se celebraron con toda la pompa imaginable. Mientras en Poitiers andaban ocupados los ánimos en aclamar soberano al jóven Bertran, hijo del

MELUSINA EN LA FUENTE.





conde Aymeric, volviera Raimundo á la selva de la Colombiere á juntarse con su hermosa querida. Figúrese el lector cual fué su sorpresa al ver junto á la fuente de la Sed una capilla nuevamente edificada, donde jamás existiera edificio alguno! Encontró tambien numeroso séquito de damas y caballeros, y un jóven paje le condujo al pabellon donde le estaba aguardando su novia.

Despues de un suntuoso festin, y al despedirse Raimundo de la dama, le dijo esta: « Así que veais reunidos á los Barones para prestar homenaje á vuestro primo Beltran, acordaos de pedir la posesion de la roca en que está ese pabellon, y todo el espacio de terreno que abrace un cuero de ciervo cortado en tiras. »

Concedidos sin la menor dificultad la roca y el terreno indicado, las tiras de cuero de ciervo abrazaron en su circunferencia un espacio de dos leguas, con grande pasmo de los espectadores y sumo gozo de Raimundo. El limosnero mayor del conde de Poitiers celebró el enlace del jóven feudatario y de la bella Melusina en la misteriosa capilla, que desde entonces quedó consagrada á la Vírgen, no sin que antes apurase el buen eclesiástico todo el caudal de exorcismos capaces de arrojar de ella á los espíritus malignos: ¡tanto temia no debiese la iglesia su elevacion á algun arte diabólico! Todos admiraron la gracia, el talento y la hermosura de la jóven desposada, que ya sabian era hija del Rey de Albania; circunstancia que regocijó en gran manera á la antigua casa de Poitiers, temerosa como estaba, de que Raimundo no contrajese un enlace poco digno de su rango.

Los nuevos esposos vieron deslizarse en la dicha y en los placeres los primeros años de su enlace. Cumplió el caballero de Forest escrupulosamente su promesa, y Melusina pudo todos los sábados sustraerse á las miradas de los mortales. Al mandato de Raimundo de construir sobre la roca un castillo inespugnable, acudieron albañiles á millares; siendo tanta la diligencia con que se llevó á cabo la obra, que infundió recelos de que fuese efecto de algun prodigio.

Celebróse la conclusion del edificio con una fiesta, á la cual concurrieron los condes de Forest y de Poitiers y gran multitud de forasteros, y fueron el principal tema de todas las conversaciones Melusina y su estraordinaria ciencia. En vano, hablando con su hermosa prima, intentó el conde de Poitiers arrancarle algunos de sus secretos; que ella evitaba siempre con la mayor destreza los lazos que le tendian. Dieron al castillo el nombre de Lusineem, nombre que formaba el anagrama de su castellana, significando al propio tiempo en lengua albanesa cosa maravillosa, y mas tarde transformóse en el de Lusiñan. Poco á poco fueron edificándose algunas casas al rededor del castillo, por cuyo medio hízose Lusiñan ciudad populosa, y pudo Raimundo tomar en adelante el título de Conde.

Mientras tanto Melusina dió á luz un niño, á quien llamaron Guy. Era muy bien formado de cuerpo, pero tenia aplastada la cara, y asombrosamente largas las orejas.

Al paso que iba verificándose el pronóstico de Pressina, acrecentábase el poderío del conde de Lusiñan. En un viaje que por consejo de su mujer hizo á la Bretaña, adquirió gran reputacion y restableció el honor de su familia, vengando una antigua afrenta. Numerosas conquistas, en que dió pruebas de un valor heróico, ensancharon los límites de sus estados, y á su vuelta diéronse ambos esposos á fundar diferentes ciudades y castillos, estendiéndose hasta lás fronteras del Poitou y de la Guyenne: Melle, Ponant, Pons, Saint Maxent y la Rochela les debieron su elevacion.

Cada año aumentábase con un hijo la prole de los dos esposos. La Condesa acababa de dar á luz á Odon, niño que pudiera llamarse hermoso, á no tener una oreja desmesuradamente mayor que otra. Nacieron luego Urian, cuyos ojos no guardaban un mismo nivel; Antonio, que tenia las formas encantadoras, pero llevaba en la mejilla la huella de una garra de leon; Reinaldo, que aunque tuerto, veia á prodigiosa distancia; Geofredo, á quien llamaron por sobrenombre el del enorme diente, por haber nacido con una especie de pujavante; Feremundo, cuya nariz afeaba un velludo lunar; Raimundo y Thierry, que llevaban cada uno su seña particular, y por último, el décimo de sus hijos que tenia tres ojos, y cuyo nombre calla la historia.

Crecieron y se desarrollaron todos esos niños á pesar de sus defectos. Guy y Urian partieron para la Tierra Santa, donde adquirieron entre los hazañosos gran nombradía de valientes; siendo el primero nombrado sucesor á la corona de Chipre, y subiendo el segundo al trono de Armenia. Odon llegó á ser conde de la Marca; Antonio fué elegido duque de Luxemburgo, y Reinaldo rey de Bohemia. Por lo que hace á Geofredo, era el mas intratable pendenciero que pudiera darse. Cuando niño habia causado la muerte á una porcion de nodrizas por haberles chupado los pechos con demasiada violencia, y á los siete años matara un escudero. Feremundo siguió el camino de la virtud, y se hizo monge de la abadía de Mailleres, en el Poitou. Con ser Geofredo solo amante de la carrera de las armas, concibió tan violento despecho al ver la piadosa determinacion de su hermano, que para vengarse pegó fuego al Monasterio, pereciendo en las llamas la mayor parte de los religiosos, salvándose empero Feremundo.

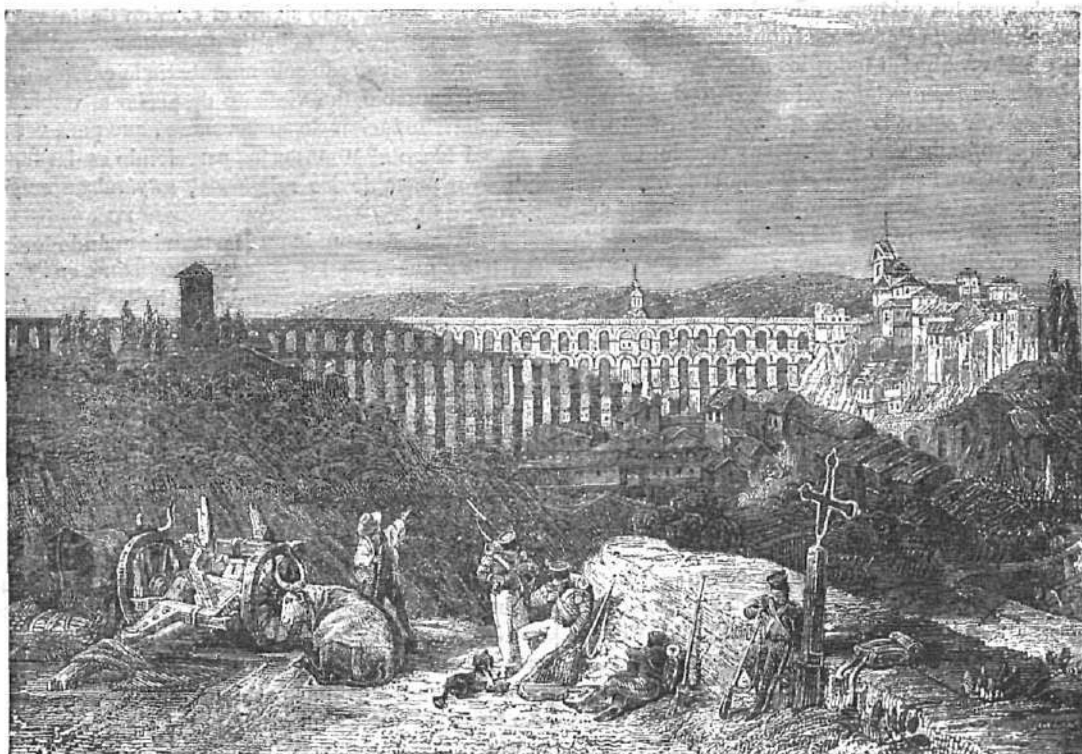
Hallábase Raimundo en Marmande cuando le llegó esa triste nueva, pues dejara á Melusina en Niort, ocupada en la construccion de dos bellas torres, que aun hoy dia puede admirar el curioso. El desdichado padre no quiso dar fe á la bárbara accion de su hijo, y acudió á Mailleres para cerciorarse de la realidad del crímen. Al ver las ruinas del convento, trajo á la memoria el Conde los estraños acontecimientos que habian precedido á su enlace, y las peregrinas señales con que habian nacido todos sus hijos, y empezó á sospechar que tal vez no era la Condesa una mujer como las demas; sospecha, que acreció con la promesa que de no verla en los sábados le exigiera. En semejante sazon quiso la suerte que un dia, su hermano el conde de Forest, le hablara así: « Debo decirte que se cuentan de tu mujer cosas sobre manera injuriosas á tu honor: unos pretenden que pasa los sábados en compañía de un gracioso castellano, y no falta quien asegure que ella es un espíritu infernal, que hace en este dia su penitencia. » Furioso el esposo de Melusina, tomó su espada, y olvidando sus promesas, fuese para el lugar donde sabia se ocultaba su mujer en los dias misteriosos. Era justamente un sábado. En el fondo de un oscuro retrete donde jamás habia en-

trado, columbró el Conde una enorme puerta de hierro, que en vano intentara abrir. Por último, despues de mil inútiles esfuerzos, practicó Raimundo una abertura, y he aquí lo que descubrió:

En una ancha pila de mármol bañábase una mujer desnuda y sumergida en el agua hasta la cintura, suelta y esparcida la cabellera y con un peine en la mano. Remataba la parte inferior de su persona en una larga cola de serpiente, cuyo estremo agitaba con tanta fuerza, que hacia saltar el agua hasta la bóveda. ¡Cuánto se arrepintió el Conde de su curiosidad así que hubo visto el triste estado de su esposa! Huyó al punto de su presencia, é injusto en su desesperacion, arrojó de su casa á su hermano, cuyo consejo era la causa de su desgracia. A media noche, hora en que quedaba libre Melusina, vino la jóven á reunírsele, mas desapareció al asomar el dia. Fuera de sí siguió precipitado sus huellas el señor de Lusiñan, y encontróla en una pieza vecina, echada en el suelo, contraidas sus facciones, y víctima de los mas crueles dolores. Saltáronle las lágrimas de los ojos á Raimundo, y probó de levantar á su querida esposa: «No te es lícito tocarme, esclamó ella; de ahora en adelante no puedo vivir contigo. Quebrantaste tu promesa, y ese tu perjurio atrae sobre mí sufrimientos que no acabarán sino con el mundo.» Revolvióse furiosa, y arrojó horribles gritos al pronunciar esas palabras, y luego añadió: «Raimundo, el cielo quiere que te anuncie tu destino antes que parta: sabe que despues de tí nadie podrá gozar en paz de tus dominios; sostendrán terribles guerras tus herederos; y Geofredo, el mas valiente de los hombres, será el único que vengue mi afrenta.» En seguida volviéndose á los hidalgos que estaban allí reunidos: «No ignorais, les dijo, que el último de mis hijos tiene tres ojos; su fatal estrella le fuerza á destruir cuanto yo he edificado; por tanto, hacedle morir tan luego como yo haya desaparecido de esos lugares. A medida que daba ese mandato, íbase endureciendo su piel, y tomaban sus brazos la forma de alas. Levantóse Melusina del pavimento donde estaba echada, y arrojándose por la ventana, vióse salir una serpiente alada, que dió por tres veces la vuelta al castillo y desapareció.»

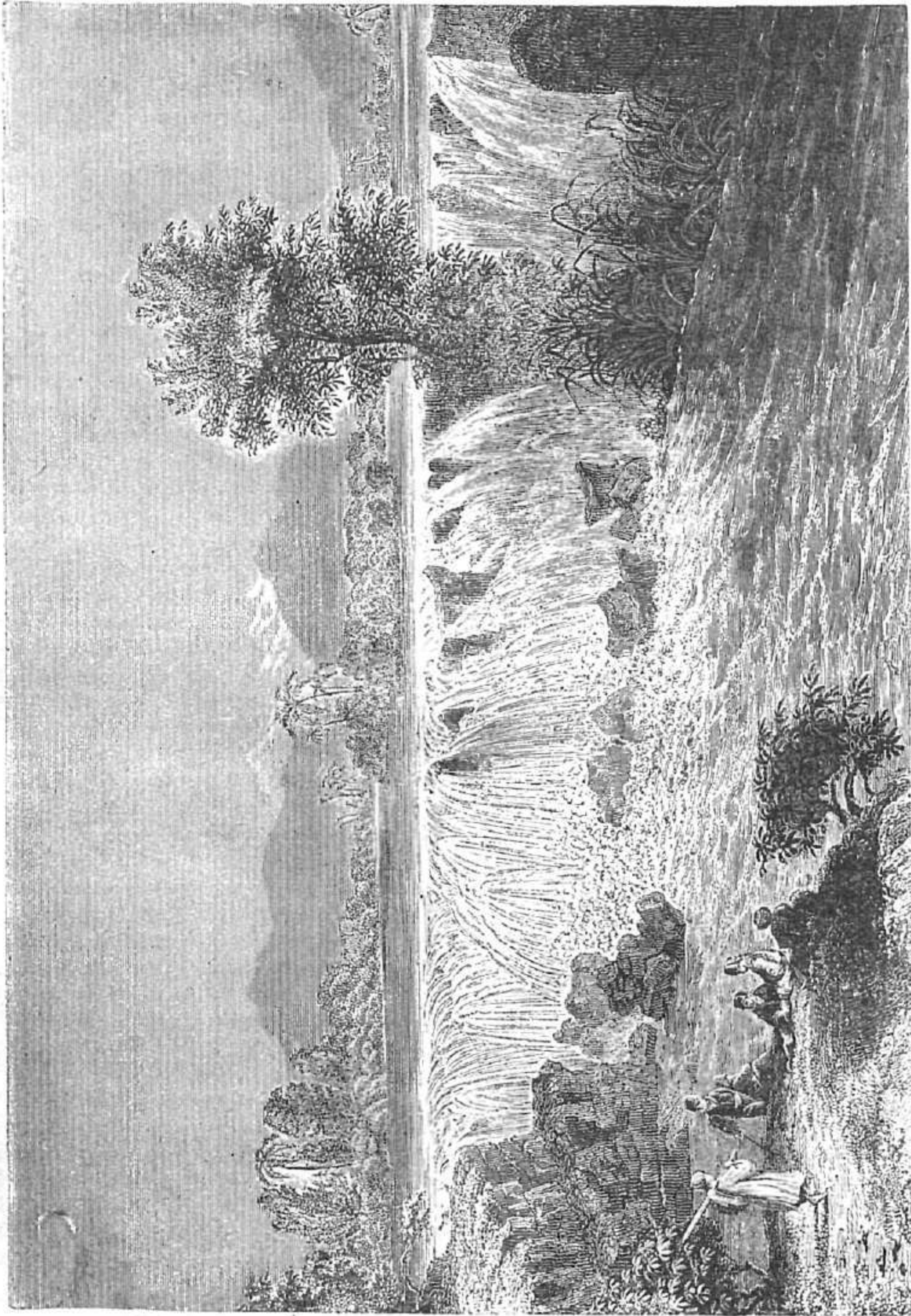
Despues de su desgracia, Melusina ha buscado un retiro en las cavernas de Sassenage, una de las siete maravillas del Delfinado. Desde allí hace resonar sus lastimeros gritos cada vez que muere un Lusiñan y muda de Gobernador el castillo; gritos célebres que han pasado á ser proverbiales, caracterizando á un grito agudo con el nombre de grito de Melusina. En memoria de ese estraño acontecimiento, traian las armas de Lusiñan burel de azul y plata, sostenido por dos Melusinas.

ESPAÑA.—SEGOVIA.



Acueducto romano de Segovia.

TARSIS. — EL CIDNO.



SEGOVIA.

Asi como para la imaginacion de Estrabon figuraba la España una piel de buey, si quisiéramos buscar una semejanza para la configuracion de Segovia, que está situada en la cumbre de una colina, nada mas á propósito que un buque, cuya popa estuviese á oriente, y á poniente la proa, y que solo aguardase para hacerse á la vela ver inundados los dos valles, que se abren á uno y otro lado.

Tambien esta ciudad, como la mayor parte de las de España, tiene por fundador al robusto Hijo de Alcmena, quien, sea dicho de paso, famoso y atareado arquitecto ó diestro y diligente albañil debió de ser, si hemos de juzgar por las muchas bicocas ó metrópolis que se le achacan. Sea como fuere, sin vacilar el vulgo de Segovia atribuye al Dios que partia y separaba las montañas la construccion de su magnífico acueducto, que, al revés, aquí une á dos, entre las cuales median mas de 3000 pies de distancia. Pero no de tan antiguo data este monumento, y el anticuario y arqueófilo fácilmente lo clasificará á primera vista de obra romana, si ya no asciende su fundacion al tiempo de Trajano. Es fábrica soberbia y atrevida, y una de las mas notables que en España recuerdan hoy la grandeza y dominacion de los antiguos señores del mundo. La doble fila de sus 177 arcos á dos pisos, en el punto donde atraviesa la calle mayor de la ciudad, elévase á 90 pies, sobre pilares formados de grandes sillares sin labrar, y sin señal alguna de argamasa. A pesar del descuido con que se mira tan grandiosa obra, cuya ruina en cierto modo trabajan los vegetales, que se arraigan profundamente hasta en sus menores intersticios; continua sin embargo llenando el objeto á que se la destinó desde su orígen, y lanzando al aire casi sin menoscabo notable, tras diez y ocho siglos de existencia, sus inmensas líneas de arquitectura.

Tiene tambien Segovia una *Casa de la Moneda*, en que todas las operaciones proceden por medios hidráulicos; pero, si estos facilitan y dan mas rapidez á la ejecucion, no reportan con todo mayor belleza á las especies.

La Catedral merece notarse, si bien, á pesar de su aspecto gótico, mas que á este género pertenece al renacimiento. Su fachada principal mira á poniente, y consta de dos cuerpos; consiste el primero en dos columnas á cada lado, en cuyos intercolumnios ábrense algunos nichos; y el segundo consta de dos solas columnas, ocupando el centro la estatua de S. Frutos. Adornan toda la parte esterior de este templo pirámides de estilo ojival, y aparece en lo alto una cúpula que corresponde al espacio que queda entre el coro y el presbiterio. Pero, como el objeto de este artículo es tan solo dar una ligera esplicacion de la lámina que representa el acueducto, nos abstendrémos por ahora de entrar en esta catedral, dejando tambien para otro lugar mencionar el tan celebrado y pintoresco Alcázar.

TARSIS. —EL CIDNO.

A cinco leguas de Anquíala, antigua ciudad que contenia el sepulcro de Sardanápalo, álzase Tarsis, cuyo orígen es ciertamente muy remoto, si merece crédito la inscripcion de la tumba de aquel Rey, que decia: «Sardanápalo en un dia ha fundado Anquíala y Tarsis. Vé, pasajero, bebe, come y diviértete, pues fuera de esto no hay nada.» Con todo, no falta quien le haya disputado á Sardanápalo tan prodigiosa fundacion, pues algunos escritores afirman que Tarsis es obra de Perseo, rey de Macedonia; y combinando las tradiciones mitológicas con la historia, dicen que junto á sus murallas cayó Belerofonte y perdió un ala el caballo Pegaso. Sea como fuere, en tiempo de Ciro el jóven era una ciudad inmensa, que despues tomó el nombre de Juliópolis, en honor de Julio César, que hizo alto en ella cuando su espedicion contra Farnases; y favorecida por Augusto y Adriano, llegó á rivalizar en riqueza y magnificencia con Atenas y Alejandría.

Sabido es que en ella pasó la entrevista de Cleopatra y Marco Antonio, entrevista que solo fué un prolongado festin, en que ambos hicieron alarde de la mas loca prodigalidad y opulencia. Pero el Oriente quedó vencedor, y un solo rasgo de aquella hermosa Reina bastará para indicar el lujo y suntuosidad, sino el delirio de sus banquetes. Chanceándose ella con el triumviro sobre la mezquindad de los de este, díjole que en solo una cena gastaria un millon. Llegó la noche fijada, y con grande admiracion de Antonio, no sirvieron mas que un vaso con algunas gotas de vinagre; pero echando en él Cleopatra una perla estimada en un millon, bebióla cuando estuvo desleida.

Fué Tarsis patria de San Pablo, de ese Apóstol de las Gentes, el mas elocuente, el mas constante de los Apóstoles en la predicacion, y en escribir á los pueblos que visitó, ó que instruyó ya en persona, ya por medio de sus discípulos. Despues del Evangelio, ningun monumento hay tan comentado por todas las comuniones cristianas como las *Epístolas* del Apóstol, que por sí solas son el mas rico y elocuente comentario de la Escritura; y si se quiere formar una idea característica del espíritu de su Autor, nada mas á propósito que el testimonio de San Crisóstomo, que tanto las estudiara y conocia: «Los discursos de San Pablo, dice este Padre de la Iglesia, están desnudos de arte, ni arreglados á las leyes de la gramática ó de la dialéctica; pero el Apóstol raciocina con admirable acierto valiéndose de una verdad conocida para llegar á consecuencias desconocidas, sabe prolongar ó acortar su frase, suavizar ó animar sus movimientos, é insta, alienta, cautiva y pasma sus oyentes á su arbitrio. Puede decirse que, poseyendo el fondo de la verdadera elocuencia, solo le faltaba la superficie del lenguaje; pero, cercado y agobiado por tantos trabajos, fatigado de tantos viajes, ¿quedábale por ventura tiempo ni ocasion para escoger, coordinar y pulir sus escritos? Y además, si su griego no goza de rigurosa pureza, si á veces la construccion es hebráica, é incompleta la frase, atribúyase á que en el lenguaje humano no encontraba términos que espresasen la elevacion de sus conceptos. Sus palabras salen del corazon; pues dictaba rápidamente obedeciendo al ímpetu del espíritu divino que le animaba, y la luz de que se sentia lleno pugnaba por salir y derramarse. Si bien hállanse estos rasgos especialmente en sus epístolas á los Corintios, que tan vivamente regulan el ardor de la caridad que animaba su fe, generalmente son comunes á todos los escritos del santo Apóstol, modificán-

dose con mas ó menos elevacion y profundidad en las epístolas á los Romanos y á los Gálatas, y con mas ó menos bondad y ternura en las á Timoteo y á Tito. Así es que, escritas en un estilo desnudo de adornos y de arte, pero sencillo y claro, fuerte y patético, en todas desarróllase y hay toda la religion del Evangelio, con su moral y sus misterios.»

La actual Tarsis forma apenas la cuarta parte de la antigua, y muy pocas ruinas se encuentran de los monumentos que antes la decoraban. La muralla que la ciñe, atribúyese al tiempo del califa Aroun-al-Raschid, y al reinado de Bayaceto el castillo que la defiende. Hoy dia sus puertas distan bastante de las habitaciones, que separadas unas de otras por huertos y jardines, y altas de un solo piso, se presentan poco notables, esceptuando la sola del Gobernador. Con todo, hay algunas bellas mezquitas y una iglesia armenia, que se dice construyó San Pablo: opinion, que han puesto en duda muchos viajeros, á pesar de las señales que dan al templo antigüedad remota. Detrás de él corre majestuosamente el Cidno, uno de los rios de la antigua Cilicia, que, saliendo del monte Tauro, atraviesa Tarsis, y formaba antes un puerto cerca de su desembocadero, y á una milla de aquella opulenta ciudad.

Cubierto de sudor y polvo, bañóse un dia Alejandro en su corriente cristalina, pero helada: capricho singular, que por poco le costó la vida, pues le asaltó tan violenta calentura, que sus tropas le creyeron difunto. Obligóse su médico Filipo á darle una medicina de infalible efecto, cuando en aquel mismo instante llegaron enviados de Parmenion, portadores de un mensaje, que participaba á Alejandro que, sobornado por el oro y promesas de Darío, debia Filipo envenenarle. Pero Alejandro, teniendo en una mano la carta, tomó con la otra la medicina, que bebió sin dar la mas leve muestra de inquietud; y entregando luego el billete al médico, arrojólo este sobre la cama, y esclamó: «Señor, vuestra cura va á justificarme!— Lo creo, contestó el Monarca; ningun cuidado me da ni mi cura ni tu justificacion.» Y en efecto, de allí á tres dias, ya estaba Alejandro en medio de sus guerreros.

Quince siglos despues de este acontecimiento, á 10 de junio de 1190, anegábase en el Cidno un emperador de Alemania. Víctima de la desgracia en sus desastres de Italia, Federico Barbaroja, uno de los mas ilustres príncipes que han ocupado el trono imperial, quiso ponerse al frente de la tercera cruzada que se predicó contra Saladino; y partió á ella con su hijo el duque de Suebia, á la cabeza de 100,000 hombres. Negándole el tránsito por sus estados el emperador griego Isaac Angelo, tuvo Federico que abrirse paso por la Tracia á fuerza de armas; y trás dos batallas, en que derrotó al soldan de Iconium, de cuya capital se apoderó, vino á acabar miserablemente sus dias en el Cidno: muerte desgraciada é imprevista, que le detuvo en su activa y ambiciosa carrera, y que tantas esperanzas destruyó, y tantos deseos hizo vanos.

VERONA.

Verona presenta cierto aspecto grandioso é imponente: sus fuertes murallas flanqueadas de torres, los parapetos de sus puentes almenados, sus calles anchas y magníficas anuncian una ciudad enteramente digna de la reputacion de que goza en Italia. En ella moraba en la edad media Can Grande della Scala, noble magnate que recibia en su corte á Dante Alighieri y á los demas poetas desterrados de su patria. El historiador de Reggio cuenta con los siguientes términos la generosa hospitalidad del Señor della Scala: «Diversos aposentos estaban asignados en el palacio á los viajeros: segun su respectiva condicion; á todos asistian varios criados que les preparaban una mesa servida con abundancia, y en sus aposentos se veian símbolos y divisas concernientes á la profesion ó al estado de los alojados, como la victoría para los guerreros, las musas para los poetas, la esperanza para los desterrados, Mercurio para los artistas y el Paraíso para los predicadores. Durante la comida recorrian los diversos aposentos músicos, bufones y jugadores de manos; las salas estaban adornadas de cuadros que recordaban las vicisitudes de la fortuna; y el Señor della Scala concedia la gracia de sentarse en su propia mesa á algunos de sus huéspedes, y sobre todo á Dante Alighieri, hombre muy nombrado en aquellos tiempos, y cuyo ingenio le encantaba.»

Los Veroneses conservan aun en su memoria los amores de Romeo y Julieta, dulce y melancólica historia que han reproducido á porfía la poesía y el teatro: «En un jardin que habia sido cementerio, dice Mr. Valery, ví el supuesto sarcófago de la esposa de Romeo. La tumba de Julieta es objeto á la vez de excesivos honores y de estrañas profanaciones. La archiduquesa de Parma ha hecho engastar su collar y brazaletes de la piedra rojiza de que está formada; muchas ilustres estranjeras y las bellas de Verona llevan un pequeño ataud de la misma materia; al mismo tiempo que los campesinos, dueños del jardin en que se encuentra el poético sarcófago, lavan en él su hortaliza. La *cappelletta*, segun una tradicion popular aunque inexacta, toma su nombre de la familia de los Capuletos. El recuerdo de Romeo y Julieta ha sido renovado en Italia por los viajeros ingleses, y la obra de Shakspeare ha acabado de hacerlo popular. El Dante y Shakspeare, el uno por su drama, el otro por sus desgracias, parecen reunirse en Verona, y la imaginacion se complace en poner en contacto dos genios tan grandes, tan terribles, tan creadores!»

El anfiteatro de Verona ha sido descrito mil veces, pero á pesar de todas las investigaciones de los sabios, es incierta la época de su fundacion; segun Torello, podia contener el anfiteatro mas de ochenta mil personas. Las iglesias de Verona presentan la mayor magnificencia, y como en otras muchas villas de Italia la principal basílica no es la catedral, sino la iglesia del santo mas venerado por la poblacion. La de S. Zenon, patron de la ciudad, es la mas curiosa de Verona, y dícese que fué construida en el siglo IX; las puertas de bronce, de admirable labor, ofrecen emblemas grotescos, y detrás del altar hay en mármol rojo de Verona la estatua de San Zenon, que parece reventar de risa, contribuyendo el color del mármol á dar á su semblante cierto aire jovial. El mas antiguo monumento cristiano de Verona y de todas las provincias venecianas es la iglesia de San Nazario, que data del siglo VI, y está rodeada de grutas que sirvieron de refugio á los primeros cristianos, por lo que vienen á ser las catacumbas de Verona.

El mas espléndido alcázar de esta ciudad, el célebre palacio Canossa, habitado por reyes y emperadores, tiene sobre el friso un singular ornato, difícil de distinguir en medio de la magnificencia de la arquitectura; y que consiste en una multitud de mitras mandadas poner por Luís Canossa, obispo de Bayeux, que lo hizo construir. Es cosa de admirar que la Italia deba uno de sus mas suntuosos palacios á un prelado de Normandía. Nada es comparable á la riqueza, á la profusion de ornatos, á la mezcla de columnas que presenta aun el palacio Berilacquia, pero el precioso museo que lo hizo famoso durante dos siglos ha desaparecido; su bella Vénus, su Pan, su Baco, sus bustos imperiales, su soberbia Livia han pasado á la Baviera; y el Augusto, el Caracalla de vuelta de Paris solo han estado un momento en Verona, marchándose luego á enriquecer la glypthotheca de Munich. La aduana de Verona es un monumento de arquitectura noble y simple, lo que se estraña al saber que fué construido á mitad del siglo pasado, época en que dominaba el mal gusto. En la plaza de las yerbas se ve una coluna que, con solo tocarla los deudores quedaban, segun un decreto del grande Consejo, libres de la persecucion de sus acreedores. La estatua de Verona que adorna la misma plaza llevaba una corona para indicar que la ciudad habia sido residencia imperial y real, que fué rota en tiempo de la invasion francesa; al presente la cabeza de la estatua está cubierta de avena, lo que le dá cierta semejanza con Cibeles.

El nombre de Verona recuerda acontecimientos casi contemporáneos; no hablarémos del congreso de 1822 en que brillaron tantos hombres políticos al lado de los emperadores de Austria y de Rusia y de los reyes de Prusia, Nápoles y Cerdeña; pero nos ocuparémos en un dramático episodio anterior de un cuarto de siglo á la reunion diplomática, en la insurreccion de Verona contra los franceses en 1797.



Vista de Verona.

El 9 de abril, en el momento en que empezó el sol á alumbrar el bello cielo italiano, nada presagiaba que Verona debia ser en breve testigo de las mas encarnizadas escenas. En nada habia cambiado la ciudad de aspecto; solo se veian acá y allá ciertas fisonomías estranjeras, cuya siniestra espresion atemorizaba á los pacíficos Veroneses. Formáronse insensiblemente varios grupos en diferentes cuarteles, y empezaban á agitar los ánimos los rumores que se trasmitian de boca en boca: decíase que el comandante de los fuertes habia suspendido todas sus comunicaciones, é intimado á los magistrados la órden de desarmar inmediatamente todas las tropas, alarmantes noticias que circulaban con rapidez y eran causa de que se aumentasen los grupos. En las cercanías de la iglesia de S. Zenon sobre todo, se manifestaba la efervescencia de los ánimos, en este punto se habian reunido un sin número de individuos cubiertos la mayor parte de harapos, que parecian aguardar algun acontecimiento ó intervencion necesaria; con lo que pasaron algunas horas de la mañana. De repente aparece un sugeto que anda precipitadamente, atraviesa el pueblo para llegar al grupo principal, y al estar en medio de este esclama: «Amigos mios, los Franceses han averiguado que nuestros *podestas* imploran el socorro de los austríacos; nuestra ciudad va á ser cañoneada.»

En este momento, dice Mr. Dufau, se abrieron las puertas de la iglesia, y de ella salieron muchos individuos de diversos trages, pero distinguidos todos con

escarapelas azules y amarillas, y dirigidos por un personaje, que pareció revestido de las insignias de la magistratura veneciana. Los amotinados se adelantaron, el pueblo estupefacto les abria paso, y al grito que aquellos dieron de *viva la patria*, contestó la multitud *mueran los enemigos de Venecia*. Entonces los amotinados se pusieron en marcha seguidos de un torrente de populacho; al volver de una esquina se detienen y gritan *un francés!* Era un oficial, que sea por mera curiosidad, sea por la necesidad de investigar lo que acontecia, habia llegado hasta allá sin escolta alguna. Un pistoletazo le dejó sin vida, y su cuerpo fué precipitado en el Adige por la multitud exasperada. La nueva del asesinato de uno de los principales oficiales de la guarnicion pasó de cuartel á cuartel con suma celeridad, y no tardaron en saberla las tropas del castillo; entonces tres cañonazos tirados desde los puntos mas elevados resonaron lúgubremente en el recinto de la ciudad. Flotó en las almenas un ancho pendon negro, y en seguida algunas balas de cañon cayeron en medio de las calles principales. Dase la señal de alarma, acuden grupos de los furiosos sublevados do quiera que hay sangre francesa que derramar, y mueren en el hospital, sobre el lecho de dolor trescientos desgraciados heridos. Nada mas curioso para un observador á quien no conmoviesen tales escenas de desórden, que el observar el concierto con que la multitud sin gefe aparente dirigia sus operaciones: dividíase en varios grupos para ir á atacar algunos apostaderos aislados, cuyos defensores sorprendidos eran asesinados inmediatamente; otro tanto hicieron con las puertas de la ciudad, con lo cual abrieron el paso á las bandas de montañeses que quisieron acudir á aumentar sus fuerzas. El pueblo se preparaba ya para atacar los fuertes, cuando se vió bajar á un oficial superior, solo y sin armas, que con un pañuelo blanco en el brazo anunciaba ser un parlamentario, y llegó hasta el palacio donde el proveedor y demas magistrados deliberaban sobre los peligros de su posicion. Oyéronse en este momento algunos fusilazos descargados á poca distancia, y anuncia un ugier que el palacio ha sido forzado. La multitud llena gradualmente los vastos corredores, y anda en busca de la sala donde deliberan los magistrados. Abrese en fin la puerta con violencia, entran en tumulto varios individuos armados todos de sables ó de pistolas, y entre ellos algunas de aquellas Megueras descabelladas y sangrientas que toman parte en los tumultos populares de todas épocas. La multitud se detuvo intimidada al verse ante los funcionarios de la ciudad: «Veroneses, ¿qué pretendeis? esclamó el proveedor: ¿intentais acaso ultrajar á la suprema magistratura que aquí reside en nombre de la Serenísima República? — Viva Venecia — Vivan sus magistrados, contestó la multitud, mueran los enemigos de San Márcos.»

Dicho esto, adelantóse un hombre de elevada estatura, y dijo á las autoridades allí reunidas: «Vuestras Illmas. Señorías pueden adivinar que el pueblo no se propone amenazaros, y sí tan solo libertar la ciudad del yugo estranjero. En este momento solo os pedimos que nos entregueis al francés que se halla actualmente en medio de vosotros, lo cual conseguido nos retirarémos y os dejarémos deliberar en paz.» Los patricios calcularon las terribles consecuencias que podrian seguirse á ellos y á la moribunda República de un asesinato cometido con su consentimiento, en su presencia y en la persona de un oficial, tal vez encargado de un mensaje de conciliacion. Así es que muchos de los magistrados contestaron: «Es imposible que os entreguemos un parlamentario; ciudadanos, retiraos y respetad las leyes.» Pero la multitud contestaba que tan solo los traidores podian hablar de transaccion; enumeraba cada uno los agravios que le habian hecho los estranjeros, y los gritos de *muera el francés* atronaban todos los ángulos del aposento. El jóven francés empero, apartando á los que le rodeaban, se adelanta hácia la multitud, y dice descubriendo el pecho: «Herid, pero antes decidme en que os he agraviado.» Su actitud varonil y sus miradas de fuego impusieron á aquellos hombres groseros, de modo que un confuso murmullo anunció que se habia apoderado de los espíritus la mayor indecision, sin que los mas encarnizados cabecillas se opusiesen á aquel primer movimiento de clemencia.

Comprendió el oficial que si sabia sacar partido de esta indecision, su vida estaba en salvo; así es que con una admirable presencia de ánimo se colocó en frente de las primeras filas y dijo: «Héme aquí desarmado en medio de vosotros y entregado á vuestra generosidad: servid de escolta al parlamentario.» Pronunciado que hubo estas palabras saluda á los estupefactos magistrados, y atravesando los grupos que le abrian paso, salió seguido de la multitud.

En las gradas inferiores de la escalera habia algunas compañías de guardia urbana que se esforzaban en disipar los nuevos grupos que continuamente se iban formando. El oficial se arrojó precipitadamente en medio de dichas compañías esclamando: «Ciudadanos, proteged mi vida si quereis salvar á vuestra patria.» Rodeáronle los urbanos, y le acompañaron hasta el camino que conducia al antiguo castillo. Los amotinados al reflexionar que les quitaban su presa, se echaron á gritar frenéticamente: *fuego á los traidores*, dijo una voz; pero la escolta estaba ya á demasiada distancia para que las balas la alcanzasen. No tardó muchos instantes en oirse el estrépito del cañon, que anunció la entrada del oficial en el fuerte y la reiteracion de las hostilidades. Tres dias se peleó sin resultado decisivo, hasta que llegando socorros á la guarnicion francesa, fué Verona vencida y entregada de nuevo á los resentimientos de los soldados. Irritado Bonaparte, aceleró las operaciones militares, y al cabo de un mes flotaba sobre la torre de San Márcos la enseña tricolor y la antigua República de Venecia habia dejado de existir!

Antes de concluir el presente artículo consagrarémos algunas líneas al puente natural de Veja, situado en las montañas de Verona, y uno de los mas curiosos fenómenos de la Italia; podria decirse que es un trozo de arquitectura que la naturaleza no ha temido poner en comparacion con los trabajos de Vitrubio y demas grandes arquitectos naturales de Verona. El majestuoso arco del puente de Veja es de roca viva, la corriente siempre límpida y pura pasa por entre la yerba y los arbustos, y deteniéndose en una ancha piedra que sus aguas han pulido, forma una deliciosa fuente natural. Este puente salvaje está adornado de ligeros festones de verdura, que el viento agita y levanta, lo que no se encuentra en las colinas inmediatas al puente, que pueden llamarse infernales segun son

áridas y desoladas. Dante habia recorrido estas montañas, y se cree que el puente de Veja le sugirió la idea de los puentes de su infierno, y que el puesto por Milton sobre el caos entre el cielo y la tierra, es tambien una imitacion del de Verona. Encuéntrase á su lado una gruta subterránea formada de rocas: «Si el Dante la ha visitado alguna vez, dice Mr. Valery, y los *Cicerones* que le conducian llevaban el mismo número de antorchas, y daban estas un humo tan negro como el de las nuestras, puede ser muy bien que esta espedicion nocturna le sirviese para pintar en su poema una escena de demonios.»

MUSEO ESPAÑOL DEL LUVRE.

LA ASUNCION DE MURILLO.

Si quisiésemos empezar la historia de la pintura española desde sus primeras tentativas, es decir, desde las miniaturas que adornan los manuscritos, nos veríamos precisados á remontarnos al siglo X, y tal vez á los anteriores. Dominó al principio en España, como en las demas naciones, el estilo bizantino, y posteriormente el gótico, del cual nos presenta la Alhambra admirables modelos, debidos probablemente á pintores españoles, supuesto que la religion mahometana es iconoclasta. Adornan estas pinturas el techo de algunas salas; una de ellas cubre las paredes con la representacion de una caza, en que á un lado se ven árabes y al otro caballeros cristianos. Otra hay que representa un divan deliberando, y otra un combate entre los españoles y los infieles; y en estas, como en las primeras, aparece el sello del siglo XV, época en que el arte de la Península empezó á desarrollarse y á producir obras de importancia. Schepeler describe del siguiente modo las cualidades características de la escuela ibérica: «El colorido es mas dulce y menos brillante que el de los antiguos pintores germánicos: se creeria que flota sobre las imágenes un mágico velo, lo que redondea sobre manera la composicion. Los españoles se enamoraron mas tarde de la escuela veneciana, de su magnífico diseño y vigoroso colorido. Añadiendo á estos distintivos un grande atrevimiento de pincel, y una estremada facilidad en espresar las concepciones de una ardiente imaginacion, no será difícil reconocer los caracteres de la escuela española.»

No llegó esta á su mas alto grado de esplendor hasta que en el siglo XVII al estudio de los italianos añadió la imitacion de Rubens y de Vandyck. No es difícil distinguir las diferentes escuelas, entre las cuales es la de Sevilla la que mas hombres célebres ha producido. Nace y se desarrolla al principio del siglo XVII, y antes de llegar á su último tercio habia ya adquirido toda su importancia, contando en su seno á Roelas y á Francisco Herrera. El primero introdujo en España el color veneciano, imitó la naturaleza con grandiosidad, y no desconoció el arte de ennoblecer sus formas. Lleno de ardor y de actividad, trabajaba constantemente, de modo que las iglesias de Olivares, Sevilla y Madrid, y las academias de Aranjuez y de Córdoba contienen un sin número de obras suyas. Herrera pintaba de un modo fecundo y atrevido, desconocido hasta él, y ejecutaba con una especie de furor que no desdecia de su ardiente carácter. Servíase de juncos para diseñar y de brochas para aplicar el colorido; y cuéntase que cuando le faltaba tiempo mandaba á su sirvienta que cogiese la escoba y llenase á su capricho la tela de diferentes colores, los cuales Herrera convertia en pocos momentos en figuras de magnífico ropaje y de un elevado carácter. Pertenecen á la misma época Vazquez y Juan del Castillo, maestro el último del célebre Murillo.

Nació este en Sevilla en 1618, progresó rápidamente desde la niñez; pero habiéndose su maestro marchado á Cádiz, Murillo quedó sin guia, y reducido á la necesidad de pintar pendones y muestras para enviar á América. Al llegar á los diez y seis años de edad resolvió pasar á Italia, y careciendo de los medios necesarios para el viaje, gastó en tela el poco dinero que tenia, pintó flores y asuntos de devocion para enviar á América, y con el módico producto de su venta se puso en camino sin consultar á sus padres ni á sus amigos. Al llegar á Madrid se dirigió á Velazquez, su compatriota, á quien comunicó sus proyectos; Velazquez le recibió bondadosamente, le prodigó escelentes consejos, y le animó, persuadiéndole de que se quedase en Madrid, donde le proporcionó varias comisiones, ya para el Escorial, ya para los diferentes palacios. Vuelto Murillo á Sevilla al cabo de tres años fué recibido con frialdad, pero no tardaron sus obras en escitar la admiracion general y en proporcionarle una fortuna mas que mediana. Lejos de imitar á los artistas á quienes la popularidad hace olvidar la gloria póstuma, Murillo se empeñó en perfeccionarse cada dia mas, y alcanzó mayor franqueza en los toques y mayor fuerza de colorido. Puesto en la primera fila de los pintores españoles, bastaría él solo para evidenciar el mérito poco conocido de la escuela de su patria.

Se han llegado á confundir los cuadros de Murillo con los de Pablo Veronés, y no han faltado escritores que han denominado al primero el Vandyck español. Al admirar sus vírgenes, cuyas divinas miradas eleva el pintor con tanta maestría á las regiones celestiales, nos vemos tentados á darle el título mas glorioso á que pueda aspirar, el de Rafael de las Castillas. Su Asuncion es un cuadro de colorido brillante, de pintura muelle y fresca y de suaves encarnaciones. Murillo parece escederse á sí mismo en los cuadros destinados á Santa María la Blanca, en la Concepcion que posee la catedral de Sevilla, y sobre todo en la Santa Isabel y el Hijo pródigo que pintó para la iglesia de la Caridad. Hácia la misma época compuso para el hospicio de los Venerables, otra Concepcion que puede compararse á las mejores obras de la escuela lombarda. Despues de haber enriquecido con sus composiciones los conventos y las iglesias de Sevilla, fué llamado á Cádiz para pintar el altar mayor de los Capuchinos, en donde antes de terminar su magnífico cuadro de los Desposorios de Santa Catalina, recibió una grave herida, y murió el dia 3 de abril de 1682.

Cuéntase que estando un dia en Sevilla prosternado al pie del altar mayor de la iglesia, arrobóse al contemplar un descendimiento de la Cruz del maestro Campana, cuadro colocado sobre la tumba de este pintor. Debiéndose cerrar la iglesia, advirtióselo el sacristan, y como viese que el artista continuaba inmóvil, le preguntó que era lo que aguardaba; á lo cual contestó Murillo: «Aguardo á que estos santos varones hayan descendido de la Cruz á Jesucristo.» Su imagina-

cion le habia transportado á los primeros tiempos del cristianismo.

BORO BADOR.

Es Boro Bador un magnífico templo situado en el centro de la montuosa provincia de Kedn, en la isla de Java; y se supone que se edificó por los años de 1338. Es cuadrado, rematando en una cúpula piramidal; ocupa la cumbre de una colina que se levanta perpendicularmente en la llanura, y consiste en seis cuadrados, rodeados de paredes, y con terrados en cada uno. Cuando en 1826 se midió este monumento, vióse que ascendia su altura á ciento diez y seis pies, sobre ciento veinte y seis de ancho. Muéstranse las paredes en su interior y esterior cubiertas de esculturas, y en varias partes hay nichos que contienen mas de trescientas estatuas de Bouddha, al paso que sus cuatro fachadas, que miran á los cuatro puntos cardinales, vense adornadas de leones de piedra, cuadrúpedos que jamás existieron en Java.

Al visitar un peregrino el suntuoso templo de Boro Bador, nunca dejan sus sacerdotes de contarle la historia de uno de sus hermanos, sacerdote de Bouddha, el cual á principios de este siglo abandonando la isla fuese para el Indostan; y de la relacion de un viajero inglés tomamos nosotros los siguientes fragmentos de esta historia:

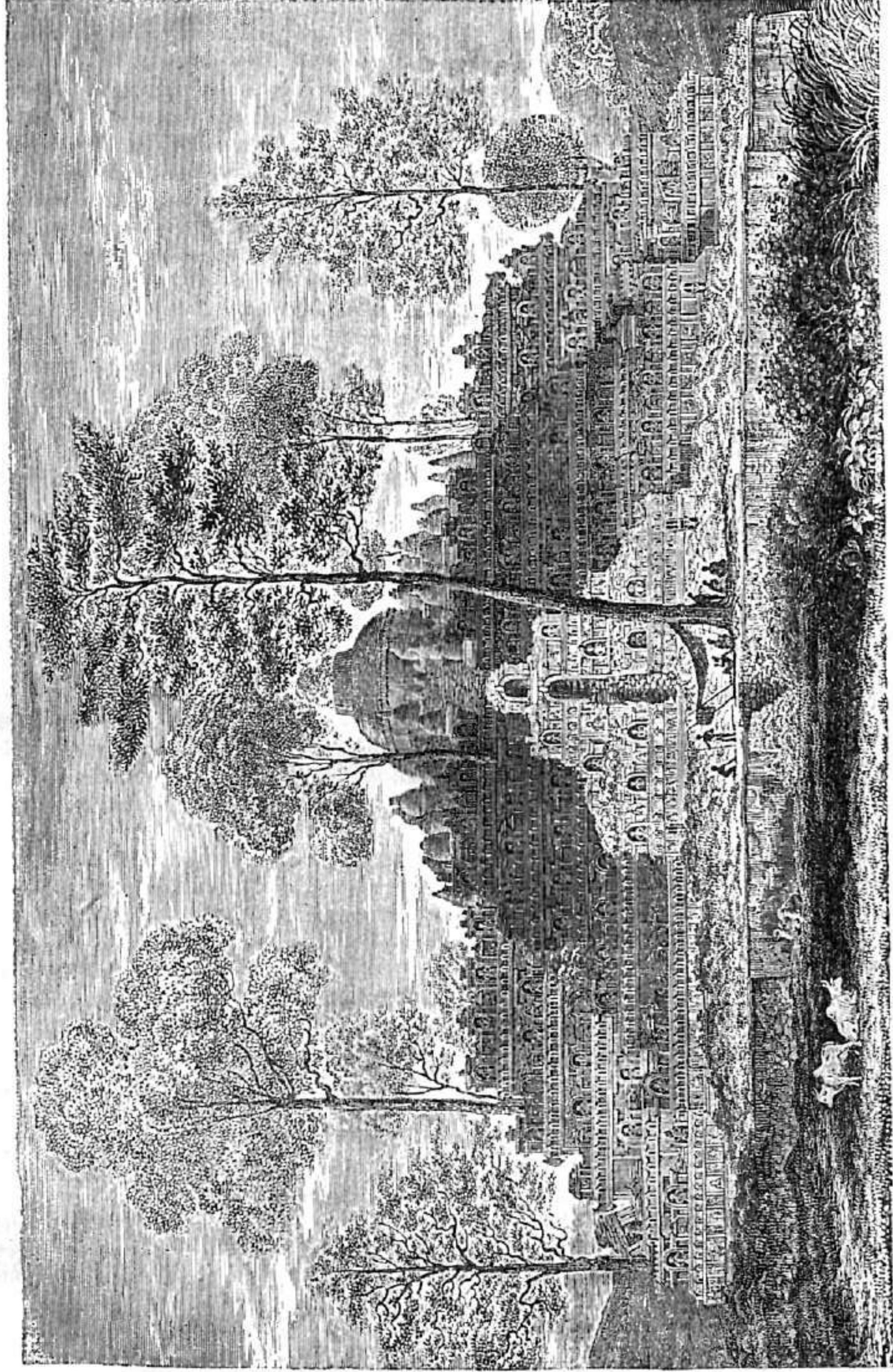
« En mal concepto tenian á Jumsaya sus co-hermanos, pues tal se lo acarrearon sus costumbres relajadas y su negligencia en el cumplimiento de su santo ministerio, cuando, dejando que se apagara el fuego sagrado confiado á su vigilancia, motivó que le espulsaran de la Comunidad.

Vivamente resentido de semejante castigo, refugióse á las ruinas del antiguo Delhi con su hija única, bella niña de diez y seis años; y en su loco deseo de venganza, resolvió hollar todas las leyes de la sociedad, y aun hacer tanto mal como él padeciera á los que nada le habian hecho en su vida. Fijóse en un antiguo sepulcro de los reyes Patanos, donde á poco se le reunieron tres sacerdotes, tambien proscritos por su misma casta, que mancomunaron gustosos su suerte con la de Jumsaya. Entre aquellos osados y sombríos hombres, la amable hija del sacerdote de Boro Bador permaneció con todo siempre pura, como una joya entre groseras piedras; bien que sumisa, á fuer de hija del Oriente, á la voluntad de su padre, conformábase sin murmurar á cuanto este resolvia. Pero poco despues de la llegada de los tres proscritos, algunos indicios hiciéronla sospechar que su padre tal vez se diese á un género de vida nada á propósito para hacerle agradable aquella retirada vivienda, y creyó entrever que ejercia el



La Asuncion de Murillo.

TEMPLO DE BORO BADOR.



oficio de salteador, oficio que muy mal se avenia con la dignidad de un antiguo sacerdote de Bouddha. Sin embargo, ni una palabra, ni una queja asomó en sus labios sobre el particular; y solo sus inquietas miradas y sus precipitados pasos hacian traicion á las zozobras de su pecho.

No se le ocultó á Jumsaya el cambio que en el carácter de su hija se iba verificando, pues de la serena y tranquila confianza de la juventud pasaba esta súbitamente á la febril agitacion de un continuo temor; pero al fin apareció á la vista de la pobre niña la verdad en su horrible desnudez; y supo que su padre se habia asociado á una cuadrilla de salteadores del desierto, merced á sus frecuentes ausencias, que se prolongaban por algunos dias, y al cuidado con que escondia el botin, con que él y sus compañeros regresaban cargados. Pronto adquirió Jumsaya nombradía de gefe de una cuadrilla temible por su número y sus excesos; sin embargo, siempre cuidara de que sus robos pasasen á cierta distancia de su retirado albergue, para lo cual ausentábase á veces por semanas enteras con sus cómplices, dejando su hija en compañía de la muger del único de estos que estaba casado. Muy poco á propósito era la compañía para tranquilizar á la jóven, porque aquella, para quien nada de reprensible ofrecia la conducta de su marido ni la de sus camaradas, pasaba el tiempo ensalzando el robo y justificándolo por los apuros de su situacion; de manera que, en vez de gozar de algun consuelo y sosiego durante la ausencia de su padre, la pobre muchacha tenia que aguantar en silencio las amonestaciones y elogios del vicio. Acaeció entretanto, que un dia corrió gran riesgo la vida de su padre. Los bandoleros que capitaneaba robaron en territorio de Napaul á un rico viajero, y habiéndose apoderado de su dinero, dispersáronse para burlar toda pesquisa, cuando de repente Jumsaya, que aun permaneció en el lugar donde se cometió el crimen, vió venir al galope dos hombres bien armados con el sugeto á quien robaron. Conoció que él era á quien buscaban, y como era imposible toda resistencia, confió su salvacion á la fuga.

Montaba Jumsaya un pequeño caballo árabe, muy vigoroso, en cuya velocidad podia muy bien confiar: era crítico el lance; los ginetes avanzaban rápidamente; y entonces, arremetiendo á su corcel á rienda suelta, corrió con tal furia, que respirando apenas, veia cruzar como sombras á su vista todos los objetos. Pero no aflojaron los perseguidores en su alcance, y bien conocia Jumsaya que no le quedaba mas esperanza que la seguridad de su caballo, que trepaba al galope por la montaña, bien que su jadeante y penosa respiracion claramente decian que sus esfuerzos iban acercándose á su término. Súbitamente párase al borde de un precipicio; y entretanto avanzaban los enemigos, cuyas amenazas ya llegaban claras y distintas al oido de Jumsaya, al paso que entonces veia con cuanto ardor ansiaban prenderle. No habia que perder un instante, y espoleando á su corcel, que estaba inmóvil junto al abismo, erizó el ligero animal las orejas, ensanchó las narices, y de un salto vigoroso lanzóse á algunos pies mas allá del borde. Ciego con la persecucion y á punto de alcanzar al culpable, no viera uno de sus enemigos aquel precipicio, y no pudiendo detener su caballo, derrumbóse tras el antiguo sacerdote de Bouddha.

El corcel de Jumsaya lanzárase con tal furia, que pasara mas allá de las rocas y picos salientes del derrumbadero, y fué á caer sobre los espesos matorrales que llenaban el fondo; accidente que salvó la vida del ginete, no sin romperse este con todo una pierna y un muslo, y sin dejar muerto al caballo. Pero no tuvo igual fortuna el que con tal encarnizamiento le persiguiera; sino que su caballo dió al caer en una roca, arrancóla con la violencia del choque, y rodando la piedra al fondo con el ginete y su cabalgadura, los aplastó á entrambos. Aunque sufria horribles dolores, pudo Jumsaya felicitarse de su suerte, al ver tendido sin vida á su enemigo; siéndole imposible tenerse en pie, fuése arrastrando como mejor pudo para salir del matorral en que cayera, y tras los mas penosos esfuerzos, llegó por fin á una abertura donde la vista de una senda devolvió á su corazon la esperanza de humano socorro; esperanza que no tardó en realizarse, pues á pocas horas, pasando por el bosque un paria solitario, vióle y corrió á ofrecerle los auxilios de que tanto necesitaba. Llevóle el paria á su miserable choza, y púsole en la destrozada manta que le hacia veces de cama. Desterrado de su tribu, vivia aislado este infeliz, sin mas alimento que el que podia darle el mismo bosque; pero, como su salvage existencia no secara en su corazon el puro manantial de los sentimientos, cuidó á su huésped con tanto celo y esmero, que á los dos meses estaba Jumsaya perfectamente curado. Despidióse, pues, de su bienhechor, dióle cuanto dinero llevaba, y reunióse con su hija, que ya vestia luto por su creida muerte.

Si bien Jumsaya siguió constantemente su primitivo plan de no robar sino lejos de su morada, no por eso era menos vasta su nombradía, y tanto, que creyó muy oportuno abandonar su retirado asilo, y trasladarse á algun monumento menos aislado y por lo mismo menos notable. Podia escoger entre las ruinas de la comarca; y al fin dió su preferencia á un elegante mausoleo que, situado en una altura, domina toda la moderna ciudad de Delhi; y nadie se maravillaba de verlo habitado, pues nada mas comun en la India que el encuentro de personas, que, no teniendo medios para construir una casa propia, establecen su morada en algunas ruinas. Poco despues de la mudanza de domicilio, una casualidad vino á interrumpir la monotonía en que pasaba su existencia la hija de Jumsaya. Al volver un dia del vecino rio con un cántaro de agua, embistióla furioso un búfalo; y no pudiendo evadirse, la jóven le hizo cara y aguardóle con una serenidad y resignacion, que no menguó con la misma proximidad del riesgo. Ya el búfalo solo distaba algunos pasos, cuando poniéndose de repente á su lado un hombre, escudóla con su cuerpo, y presentóse al animal, que bajó la cabeza para herirle; pero con un vigoroso salto evitó el mancebo el golpe, é hirió á su adversario, que, despues de intentar inútilmente alcanzar á su vencedor, partió como un rayo por aquella llanura, y pronto se perdió de vista.

Aunque la jóven contemplara su propio peligro con cierta calma y resignacion, no pudo mirar el del estranjero sin una agitacion tan violenta, que la hizo caer desmayada. Procuró su libertador volverle el perdido aliento; mas cuando recobró ella sus sentidos, sintióse turbada y sobrecogida de timidez; y viéndolo el jóven inglés, y sabiendo con cuanta repugnancia miran las mugeres de aquella tribu rozarse con uno

que no sea de su casta, alejóse algunos pasos, y siempre á esta distancia acompañóla hasta su morada. No poco se sorprendió Jumsaya de ver á su hija con un inglés; pero pronto desvaneció ella sus dudas, contándole el riesgo que corriera, y la generosidad del estranjero. Recibió cordialmente el padre al salvador de su hija, el cual le participó que, echado del ejército inglés por haber provocado á duelo á su superior, y no queriendo volver deshonrado á Inglaterra, pensaba alistarse en los Máratas. Con mucha atencion estuvo Jumsaya escuchando la relacion del estranjero, y excitando sus simpatías la semejanza de su suerte con la del Inglés, bien que de distinta naturaleza, convidóle á quedarse por entonces en alguna de las ruinas de los alrededores, donde podria burlar todas las pesquisas.

En aquel mismo mausoleo habia un aposento que no ocupaban ni Jumsaya ni su hija; limpiáronlo, y allí se instaló el jóven Inglés, que pronto pareció no se acordaba ya de su proyecto de alistarse en los Máratas. Volvió Jumsaya á sus lejanas espediciones; y pudiendo durante su ausencia el Inglés ver y hablar á su hija, en medio de las tinieblas en que estaba sumido su espíritu descubrió un precioso destello de luz y pureza moral, y preguntóse que seria aquella alma iluminada por el cristianismo, si tan bella era aun dominada por una religion pagana. Desde entonces pensó en convertirla, para desposarse luego con ella; y tanto trabajó, que al cabo de dos meses la graciosa hija de Jumsaya notificaba á su padre su próxima conversion. ¿Quién pintará la rabia del antiguo sacerdote de Bouddha? Llevado de su ciega desesperacion, reunió sus compañeros, pidióles su dictámen, y todos unánimes fallaron la muerte de la doncella, pues el solo pensamiento de adoptar la fe cristiana era á sus ojos un crímen imperdonable. Antes de tomar tan desesperada resolucion, mucho padeció el padre en la lucha que en su corazon se trabara; pero pudiendo mas el fanatismo que el amor, adoptóla, y aun se reservó la ejecucion de la sentencia.

Al ver levantada ya la hoguera, acudió el jóven Inglés á aquel padre inexorable, y de rodillas imploró el perdon de su hija; mas Jumsaya le escuchó con feroz sonrisa, sin ni siquiera dignarse contestarle. Fijárase la ejecucion para la puesta del sol; estaba el cielo encapotado y sombrío; por la tarde un fuerte viento anunció una tempestad; retumbaba el trueno, y de cuando en cuando caia la lluvia á torrentes. Sin embargo, no se interrumpieron los preparativos; y un cuarto antes que el sol se hundiese en el horizonte, subió la víctima á la hoguera, mientras sucedíanse los relámpagos, y reventaba horrísono el trueno. No amedrentaron á Jumsaya tan siniestros pronósticos; reinaba solemne silencio en la llanura; cuando súbitamente, al ir á encender los combustibles, brilló un relámpago, cayó el rayo en la hoguera, y dispersando la leña, mató á la hija y á su inflexible padre. Era el dios Bouddha que, en su indignacion vengadora, les lanzara el fuego del cielo!»

Tal es la singular historia que cuentan á los viajeros los ministros del templo de Boro-Bador, y cuyo desenlace escita en ellos tan profunda veneracion, que arrodillándose al mentar el poder de Bouddha: «El es, dicen, quien quiso imponer doble castigo á aquella familia, culpable de haber abandonado su culto: Bouddha, el gran Bouddha no perdona el perjurio; y no podia tolerar ni los latrocinios de un hombre que antes fuera su adorador, ni el cambio de religion de su hija, crímen mucho mas horrible. No en vano se han erigido á Bouddha templos magníficos, porque son eternos testimonios de su majestad y formidable poderío.» De todos ellos, Boro Bador es el mas rico y el mas curioso, y con la lámina que lo representa pueden nuestros lectores formarse una idea de su singularidad y originales disposiciones.

EL PICOTERO DE BOHEMIA.

(*Ampelis garrulus*, Lin.)

«La inclinacion á amar á nuestros semejantes, calidad muy agradable para los demas, no está enteramente desnuda de inconvenientes para el que la posee, pues siempre supone en él mas que discernimiento dulzura, mas que prudencia sencillez, mas que energía sensibilidad, al paso que le hace víctima de los lazos que le tienden otros menos sensibles y mas dominados por el interés personal; he aquí porque son generalmente reputados los mas estúpidos los picoteros de Bohemia.»

Así habla Bufon, y nada mas á propósito que encabezar este artículo con una cita, que bien puede sernos de utilidad en mas de una ocasion. Pero, y perdóneseme esta osadía, soy de parecer que el ilustre Naturalista se dejó en el tintero el indicar que si la propension á amar raya en estupidez en el picotero, es tan solo porque se deja llevar de ella sin discernimiento, como lo probará el siguiente hecho.

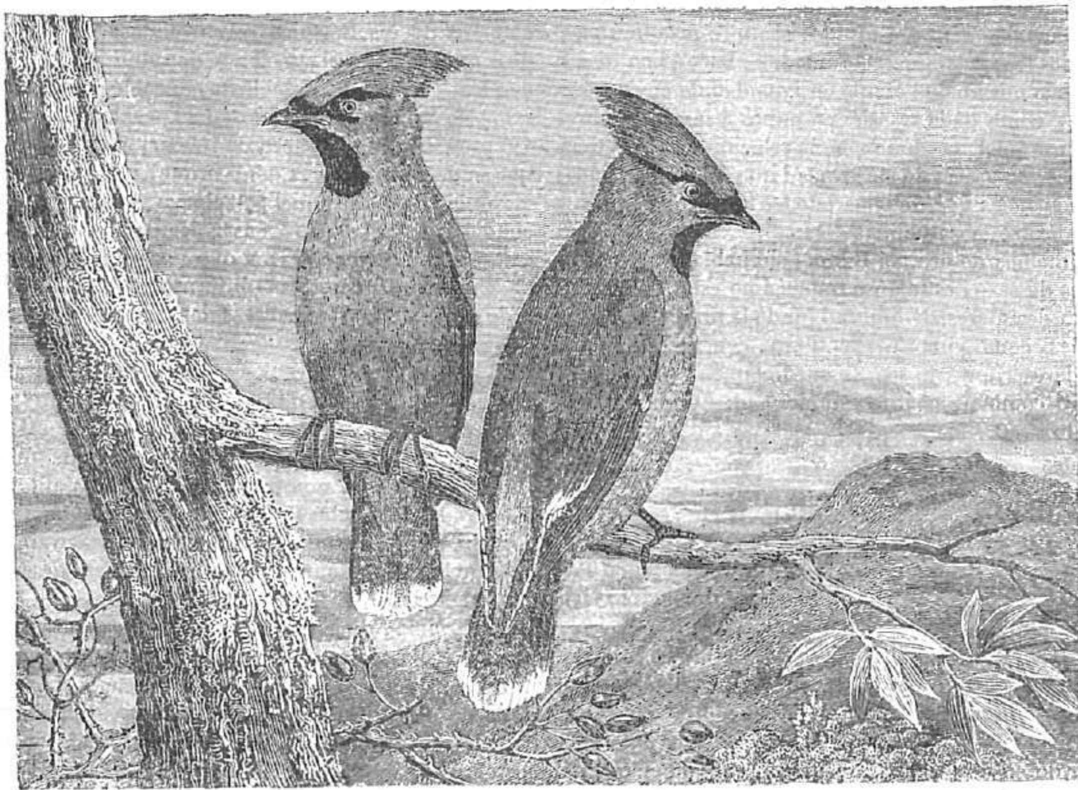
Habrá veinte y cinco años que, paseándome por los afueras de una ciudad del departamento del Ain, oí repetirse en un zarzal un leve y flébil canto, si tal puede llamarse un quejido; y volviéndome, ví el pájaro mas lindo y mas singular que pueda darse. Era algo mayor que una alondra; sus vivos ojos, aunque rojos y encendidos, brillaban con dulzura, destacándose sobre una lista negra, que le llegaba al cuello y coloraba el pico. El tinte avinado de su cabeza, que veíase decorada con un bello copete, el de la mayor parte de su cuerpo, y el color ceniciento de la rabadilla encerrábanse digámoslo así, dentro un marco esmaltado de blanco, rojo y amarillo, formado por los varios matices de las alas y de la cola, que era gris en la parte mas inmediata al cuerpo, negruzca en el centro y amarilla en el remate. Tambien eran negruzcas las plumas mayores de las alas, aunque salpicadas de blanco y rojo; pero tenian tan singular carácter, que basta por sí solo para reconocer este pájaro entre los demas, como que el estremo del cañon de las secundarias ensanchábase figurando un disco oval, liso y rojo, semejante al lacre.

Deseoso de verlo mas de cerca, fuime acercando poco á poco y con el menor ruido posible. Estaba posado en un escaramujo, cuyas bayas rojas buscaba con mucha atencion, comiéndolas con notable placer; pero viéndome, paró de comer, miróme por un minuto, y luego, como si nada ofensivo hubiese notado en mi aspecto, continuó tranquilo comiendo sus bayas. Ya yo alargaba la mano para cogerlo, cuando voló á otro rosal; y como no daba muestra alguna de espan-

lo, *no desistí*; *probé* otra vez, y volvióse al primer arbusto cuando iba á cogerlo. Veinte veces hicimos lo mismo, veinte veces tuvo él mi mano encima, y otras tantas se me escurrió sin aparecer mas espantado, é irritado ó esquivo la última que la primera, como si poco le importase semejante persecucion.

Mi mismo deseo me sugirió una idea: corté una rama de sauce larga y delgada, até en el estremo un hilo con que hice un lazo corredizo, y acercándome con mas precaucion que antes, probé de echárselo al cuello. Cuando vió la punta de mi delgado palo á dos ó tres pulgadas de su cabeza paró de comer, y púsose á mirar con mucha atencion lo que yo hacia, sin que por esto manifestase inquietud alguna; de manera, que mi lazo le cogió por el cuello, y yo canté victoria. Y es el caso que, ni sospechándolo siquiera, acababa de valerme del mismo medio que en Alemania usan los muchachos para coger no solo picoteros de Bohemia, pues de esta especie era mi pájaro, sino aun otras mas desconfiadas y espantadizas, con la sola diferencia de que á veces, en lugar del lazo corredizo de crin ó de hilo, clavan una vareta de liga en la punta del palo, que atan luego al estremo de una caña larga de doce ó quince pies: método tan singular como divertido, con el cual he visto coger con la mayor facilidad hasta mirlos.

Es muy raro en Francia el picotero de Bohemia, y los pocos que en estos paises se encuentran, casi siempre solitarios, son tal vez pájaros estraviados, que perdieron la bandada á que pertenecian. Pero ¿de qué país es esta ave? Difícil es responder á semejante pregunta, á pesar del nombre que lleva el mismo animal:



El Picotero de Boemia.

pues si se pregunta en Austria, créese que procede de Bohemia, porque de ahí se le ve venir; si en Bohemia, por la misma razon se contesta que de Sajonia, y si en Sajonia, la contestacion será que es un pájaro de Dinamarca ó de algun otro país de la costa del Báltico; pero lo cierto es que todavía se ignora donde anida.

En Italia, en Prusia y en todas las regiones que he mencionado, vénse llegar los picoteros por otoño, en bandadas tan espesas «que á veces tapan el sol,» como dice el gran Bufon, aunque exageradamente. Y no se crea que son regularmente periódicas estas emigraciones, pues á veces no se dejan ver sino cada cinco ó siete años, sin que se haya aun descubierto una causa á que atribuirlo. En su viaje comen bayas maduras, entre las cuales dan la preferencia á las de la uva, de la alheña, del escaramujo, del enebro, etc., y tambien manzanas, serbas, higos, y en general toda clase de fruta carnosa, acuosa y tierna.

Pero, volviendo á mi cuento, cuando se sintió cogido mi picotero, dió dos ó tres sacudidas para escaparse de mis manos, y viendo que era en vano, resignóse á su suerte, y no volvió á acordarse de su libertad. Corrí á enseñarlo á unas señoras, que, tras las correspondientes caricias y admiraciones, me suplicaron lo soltase, á que accedí, colocándolo en una rama de escaramujo llena de bayas, y alejándonos todos. Pero en vez de echar á volar, púsose mi pájaro á comer con toda cachaza las bayas, y una hora despues, cuando vol-

vimos al huerto, sin haberse movido de aquel arbusto, dejóse coger fácilmente. Llevélo á mi casa, coloquélo fuera de la ventana en una pértiga que antes sirviera para un papagayo, y aunque era absolutamente dueño de marcharse, estuvo allí cuatro dias sin mudar de sitio, y casi sin moverse; bien que, á decir verdad, yo le trataba espléndidamente, y mucho lo habia menester su voracidad, pues embaulaba indistintamente, pan, patata cocida, fruta, en fin cuanto le presentaba.

A los cinco dias de estar allí, no le dí nada, y con todo, aguardó con mucha paciencia hasta la noche sin moverse de su pértiga; pero á la mañana siguiente ya no lo encontré, pues sin duda, obligado del hambre, se marchó á buscar de que comer en los árboles. Durante aquellos dias observé que no le asustaba el ruido, y ni gritando, ni batiendo las manos, de ninguna manera pude distraerle de su impasible constancia en comer; y despues algunos cazadores, que mas de una vez cogieron picoteros en Alemania, acordes me han contado que este pájaro estúpido, siempre pronto á caer en todos los lazos que se le tienden, hace poco mas ó menos lo mismo que el mio en igualdad de circunstancias. Y como nada se sabe en punto á las costumbres de este animal, perdóneseme la relacion de todos estos detalles, en gracia de la novedad que ofrecen, y de las consecuencias que de ellos pueden sacarse, como me lo demostró la casualidad.

Si hemos de creer á Bufon, sin hablar de las afecciones de sexo, estímanse muchísimo estos pájaros, y en tan desinteresada amistad funda la prueba de su estupidez, como vimos arriba. Pero, con perdon de tan grande escritor, no soy de su dictámen; pues jamás miraré como prueba de estupidez un honrado sentimiento. — B.

LESUEUR.

Lesueur, llamado el Rafael francés, nació en París en 1617: ya en su primera juventud concibió viva pasion al dibujo; y su padre, oscuro escultor, púsole en la escuela de Simon Vouet, donde el jóven Lesueur hizo tan rápidos progresos, que en poco tiempo rivalizó con su maestro. Al principio igualóles una ejecucion brillante y fácil, que era comun á los dos; mas no tardó en desplegar Lesueur con energía el talento de la espresion, que á Vouet le faltaba, talento que fué el gérmen de la envidiosa rivalidad de Lebrun, cuyo pincel era mucho menos agradable y suave. La galería de la Cartuja, que pintó Lesueur, ya en los primeros cuadros revelaba, mas que un alumno de Vouet, un discípulo de Rafael; pero en los demas, fijó de un modo positivo y brillante su propia escuela. Aunque todos se ejecutaron segun sus dibujos, con todo, no pudo dedicarse á ellos esclusivamente; pero los que él mismo terminó, distínguense por la grandeza y sencillez de su disposicion, por la franqueza y candor de la espresion, y por la verdad y gracia de las posiciones y actitudes.

Cuando la creacion de la Academia de pintura en 1648, época en que se acabó la galería de la Cartuja, fué Lesueur uno de sus doce individuos, y recibió el encargo de pintar el cuadro que el 1.º de mayo presentaba á la iglesia de Nuestra Señora la corporacion de los Plateros de París; y como á su regreso de Italia señalárase Lebrun con el cuadro de Mayo, la emulacion hizo que en 1649 hiciese Lesueur el *San Pablo predicando en Efeso*, verdadera obra maestra de poesía, movimiento, invencion y estilo. Acrecia de dia en dia su reputacion, y sucesivamente se le confiaban trabajos importantes: en 1651 hizo para el monasterio de Marmoutier algunos cuadros, que por los que aun perseveran, y que tienen un carácter patético, nos dan una idea del género á que se dedicara. Entre otras de las iglesias de París, que tan dignamente enriqueció su pincel religioso, la de San Gervasio, como la metrópoli de Nuestra Señora, poseia un gran cuadro, en cuya pintura de los hermanos Gervasio y Protasio, que son arrastrados á sacrificar á los ídolos, desplegó Lesueur todo su talento.

Tambien en el género mitológico pintó los Amores, Ninfas, y Musas del palacio del presidente de Thorigni, llamado despues palacio Lambert; allí se encontró con Lebrun; quien, aunque visitando un dia el claustro de los Cartujos, y creyéndose sin testigos, prorumpiese en esclamaciones de admiracion á cada cuadro, grandes zelos debió de concebir del pintor del salon de las Musas, cuando en su propia presencia le vió preferido en el género de invencion alegórica, en que se decia superior. Cuéntase que, visitando un dia el Nuncio del Papa aquel palacio para ver las pinturas, acudió solícito Lebrun á enseñarle detalladamente las galerías que el decorara; y que, pasando en seguida al salon donde habia las pinturas de Lesueur, admirado el Nuncio de las bellezas del cielo raso, esclamó: «Esto es obra de un artífice italiano, pero aquello no pasa de *una coglionería*,» añadiendo que era lástima que ambas no fuesen de una misma mano. Muy difícil es creer que de semejante manera y con tal desprecio se tratara la obra de Lebrun, que es de un mérito reconocido; y una tradicion mas verosímil, que ha durado de mucho tiempo en el palacio Lambert, contaba que, Lebrun despues de acompañar al Nuncio por la galería apresuraba el paso al atravesar las piezas pintadas por Lesueur, y que entonces le detuvo el Nuncio, diciéndole: «Despacio, que hay aquí las mas bellas pinturas!» Sea como fuere, una preferencia cualquiera de parte de un magnate debió sin duda de ofender á uno que afanábase por llamar la atencion de la corte, y granjearse con la alegoría de sus elogios y adulaciones los favores de Luís XIV, de que ya es sabido no participó jamás Lesueur.

Las composiciones de este palacio, aunque del género gracioso, fatigaban sus órganos y agotaban sus fuerzas; y perseguido, viudo y aislado, una enfermedad acabó de confirmarle en su resolucion de retirarse á la Cartuja, en cuyo piadoso asilo murió en 1655, á los treinta y ocho años de su edad. Sepultáronle en San Estevan del Monte, y hoy dia está borrado el sencillo epitafio que escribieron sobre su tumba. Aunque secundado por sus tres hermanos, Lesueur no reunió escuela, al paso que Lebrun contaba numerosos discípulos: he aquí porque ni aun difunto le dejó en paz la envidia, y porque, habiendo una mano envidiosa maltratado algunas pinturas del claustro de los Cartujos, tuvieron los buenos religiosos que cubrirlas con postigos que se cerraban con llave: — Sus figuras, dotadas de tanta verdad en la espresion, y al mismo tiempo de tanta gracia, comparadas con las de Lebrun, hacian resaltar la dureza y menor naturalidad de estas, que

sin embargo no estaban enteramente desnudas de espresion. Para dar á conocer así el hombre como el pintor, indicarémos algunas de sus obras, cuyo carácter, mejor que todas las reflexiones, espresa y manifiesta el espíritu que las produjo.

San Pablo curando los enfermos, fué el cuadro de su admision en la Academia de S. Lucas. Como desde antes de la revolucion que en 1793 dispersó los cuadros de los templos y edificios particulares, muchas obras suyas han andado desconocidas; esta paró en manos de un artista, y despues pasó al museo del Louvre.

La vida de San Bruno, en veinte y dos cuadros, pintóse sobre madera y terminóse en 1648; el pequeño claustro de los Cartujos, donde se dibujó esta historia, ya en 1350 fuera pintado al fresco, y en tela en 1508; y ofreciéndolos en 1776 el prior para la galería del Louvre, quitáronse de allí, pusiéronse en tela, y retocáronse en los parajes que sufrieron alguna degradacion. Pero solo muchos años despues se restauraron completamente en el palacio del Luxemburgo, de donde, conforme á su destino, han pasado al Museo del Louvre. Entre esta serie de cuadros, que Lesueur llamaba con el modesto nombre de bosquejos, nótanse mayormente: 1.° *El San Bruno prosternado delante de un Crucifijo*. Aquí es donde empieza verdaderamente la historia del Santo, pues que no pasa de una fábula la resurreccion del canónigo Diocre, que motiva la conversion de San Bruno, bien que en la época de la controversia que relativamente á esto se suscitó, debió de conformarse el artista á las pinturas consagradas por la tradicion y las crónicas de la órden. 2.° *La apotéosis de San Bruno*, tela digna de admirarse, en que son de un efecto mágico así el grupo de ángeles que conducen el Santo, como la atrevida posicion y actitud de la figura principal, que se eleva suavemente por los aires sobre un plan inclinado.

La predicacion de San Pablo en Efeso, como ya dijimos es su obra maestra. El animado estilo de la composicion, el tono luminoso del colorido, todo tiende á hacer resaltar la accion de la elocuencia del Apóstol, en cuya elevada frente parece hay algo del cielo que vieron sus ojos; disposicion que Rafael muchas veces procuró espresar. Los oyentes recogen las palabras del Santo; y en su entusiasmo, jóvenes, mujeres, ancianos, traen los libros profanos, los despedazan y los arrojan al fuego. Este cuadro, el primero de la escuela francesa por la dignidad de la composicion y del asunto, pasó de la iglesia de Nuestra Señora al Museo del Louvre.

¿Quién de cuantos han visitado las salas de este Museo no se ha detenido delante de aquella inmensa tela, que representa á los Santos Gervasio y Protasio, cuando son llevados ante el cónsul Astasio para ofrecer sacrificio á los ídolos? Este es el principal de los seis grandes cuadros de la historia de su martirio, que decoraban antes el templo de San Gervasio. La patética espresion de los hermanos, la firmeza del mayor, que baja los ojos, el candor del mas jóven, que vuelve á otra parte la cabeza, contrastan admirablemente con la osadía y violencia de los lictores, y hacen que apenas repare el observador en ciertas partes no tan acabadas de esta composicion, una de las mas capitales del Museo del Louvre.

Muchos de sus demas cuadros y dibujos hállanse indicados en la *obra de Lesueur*, que comprende ciento y diez láminas; pero como esta coleccion, aunque muy numerosa y abundante, contiene tan solo los dibujos que se han podido adquirir para grabarlos, es preciso agregarles los que existian en varios gabinetes de aficionados, y que formaban colecciones mas ó menos curiosas. Los dibujos de Lesueur son puros y elegantes, y muy ligeros sus toques; tambien hizo bocetos al óleo, en los cuales nótase esa espresion, espíritu, gracia, dulzura y candor en figuras y caras, por las cuales se le reconoce á primera vista. En un cuadro, que merece grabarse, Lesueur pintóse á sí mismo, tranquilamente recostado en un lecho, mientras su genio aterra la fea calumnia, y la envidia con facciones macilentas y contraidas; y representa el fondo un vasto jardin de risueña perspectiva, placentera imágen del porvenir, que tan brillante justicia le ha hecho, reuniendo en el Louvre cuarenta de sus mas bellas producciones.

MALTA.

Todo es bello en la isla de Malta: la posicion, la ciudad, la industria, el puerto. Este es en miniatura, pero único en su género; y sin embargo de que solo se le creeria capaz para embarcaciones menores, fondean en él á lo largo de los pretiles navíos de primer órden. El promontorio del monte Sceberras, donde está situada la Valette, forma dos puertos, cada uno de los cuales se subdivide en otros dos de menos capacidad. Cuando despues de una larga travesía llega á Malta un marinero, cree volver á sus hogares, al encontrar en ella, cualquiera que sea su graduacion, cuanto pueda satisfacer sus deseos, sus necesidades, y hasta sus caprichos. Los bailes son allí animadísimos, y numerosas las posadas. Apenas hase echado el áncora, cuando vienen á colocarse á entrambos costados de la nave bandas de músicos á bordo de elegantes navecillas: amable y deliciosa costumbre, solo propia de la isla de Malta. En seguida se presentan los comerciantes, luego los nadadores, modernos tritones que andan jugando al rededor del buque, y que sumergen en el agua las monedas que se les echan para lucir su habilidad en sacarlas del fondo del mar. Hombres, mujeres y niños, todos nadan como peces: ese talento es hereditario en los malteses; por manera, que cuando el famoso sitio de 1565, organizóse un cuerpo de nadadores, que contribuyó no poco á libertar la plaza.

Vista desde el mar, no ofrece Malta sino el aspecto de una vasta y árida roca; en la cual creeria apenas pueden encontrar su subsistencia cien mil habitantes el viajero que, sin pisar su suelo, pasara por delante de la Isla. Pero así que se ha puesto en ella el pie, quédase sorprendido al verla dispuesta toda en cultivadas huertas, cercadas á trechos con paredes para retener las tierras, é impedir sean arrastradas por las lluvias. En algunos lugares, tales como las casas de Citta Vecchia y de Nasicar, forman las huertas una verdadera escalera, que se eleva desde el fondo de la llanura hasta el pie de aquellas. Si los sabios franceses de la espedicion de Egipto calcularon que los materiales de las pirámides hubiesen bastado para cercar el Egipto con una muralla, no con menos razon po-

dria decirse que las cercas de las huertas de Malta bastarian para construir doce pirámides. Cuando en el año 1529, los caballeros comisionados de la Orden tomaron posesion de la Isla, quejáronse amargamente porque no se les habia dado mas que una triste roca incapaz de producir alimento alguno; añadiendo en su narracion los caballeros, entristecidos sin duda por el recuerdo de su fértil Rodas, que todo lo que á su vista se ofrecia, no les causaba sino pesadumbre. En consecuencia, la creacion de Malta no es la menor de sus hazañas, porque en verdad, obra suya es el Malta de nuestros dias.

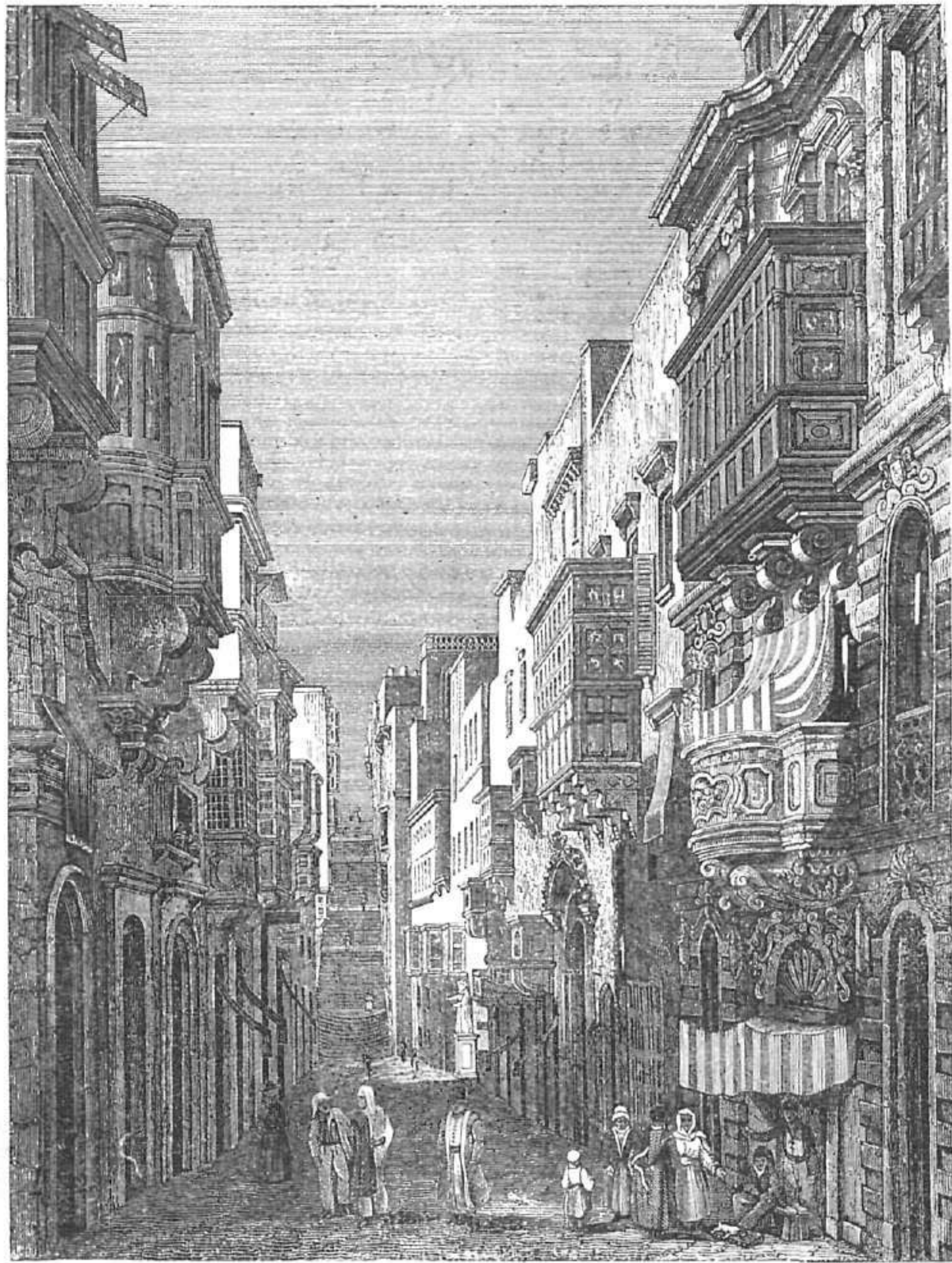
La prosperidad de esa Isla que aumentara considerablemente desde que pertenece á los ingleses, no puede menos de acrecentarse de cada dia, destinada como está á ser el centro de la navegacion por el vapor que dentro breves años surcará el Océano, juntando la Francia y la Italia con las costas de Egipto, de Turquía y de Grecia. La afluencia de viajeros da que hacer á cinco ó seis posadas; pues el que quiere recorrer el Oriente debe hacer en Malta su primera escala, por las numerosas proporciones que para trasladarse do quiera que se desee se encuentran; bien sea en paquebotes, buques mercantes ó de la marina real. Allí hacen alto, así el embajador que vuelve de Constantinopla ó de Persia, como el que va; encontrándose viajeros de toda especie, anticuarios, misioneros, desterrados, curiosos; por manera, que sin dar un paso vese desfilar por delante de los ojos lo mejor del mundo entero, con los paquetes de vapor que van y vienen todos los meses entre Malta é Inglaterra, Grecia, Corfú y Alejandría, y las comunicaciones que todas las semanas tienen lugar entre Francia é Italia.

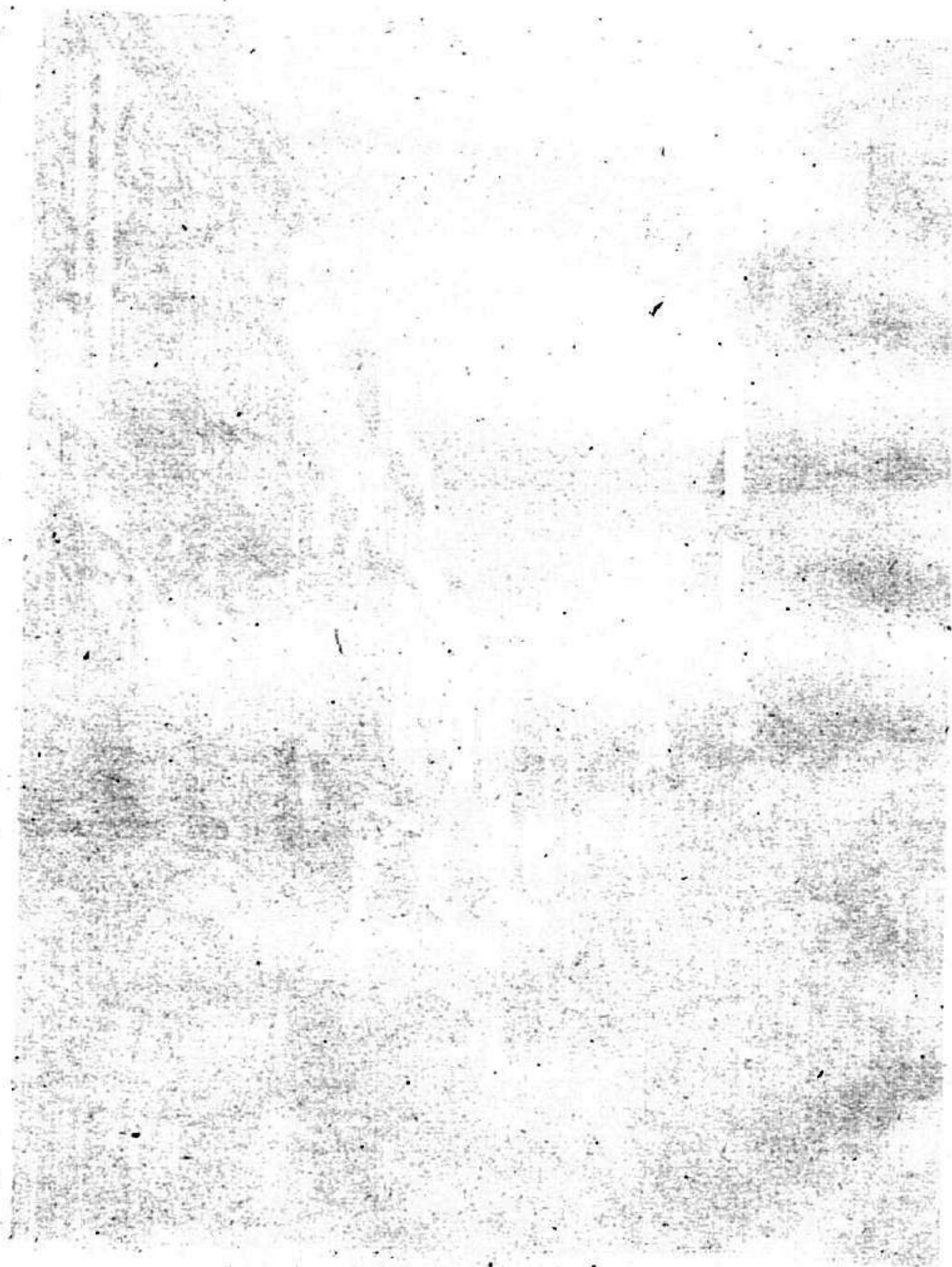
Muy agradable ciudad es la Valette, en la cual se goza una vida dulce, sin costar tan cara como en Italia. Sus diversiones son variadas; tiene punto de reunion para los estranjeros, ópera tres veces la semana, escelentes francachelas y partidas de campo á caballo. Es verdad que no siempre es agradable su clima, pero no por eso deja de ser saludable. Diferentes razones impiden que las familias respetables del país contraigan muchas relaciones con los estranjeros; sobre lo cual hay que culpar tanto á unos como á otros. Los ingleses deberian ser los primeros en sacrificarse y hacer por avenirse con algunas costumbres del país, pero el apego á las suyas es sobrado tenaz en ellos: así por ejemplo, los malteses comen á las dos y los ingleses á las seis; estos son apasionados á las conversaciones de sobremesa, y aquellos están apenas en ella algunos minutos. Por otra parte, los malteses cometen una falta en desdeñarse de aprender el inglés, falta que seria menos grave si hablaran siquiera el italiano; pero su habitual lenguaje es el patués maltés, espantosa mescolanza de italiano, provenzal, griego y árabe. A mas de esto, reina en Malta la mayor pobreza: el ser numerosas las familias, la division de las propiedades, la falta de ocupacion para los jóvenes, todas estas causas han producido en ellos un estado de miseria, del cual les será difícil salir; habiendo personas bien nacidas que aceptan con júbilo trabajos que les dan apenas veinte y cinco sueldos diarios. *(Sigue.)*



Muerte del Canónigo Diocre, de Lesueur.

CALLE DE SANTA URSULA, EN LA VALETTE (MALTA).





Sabida es la famosa reputacion de las galeras de Malta: la situacion del galeote sobrepujaba en horrible á cuanto se puede imaginar. Una vez conducido á bordo, se le colocaba en un banco y se le sujetaba con cadenas; en él permanecia espuesto á los abrasadores rayos del sol, y á la inclemencia del viento y de la tempestad; allí comia y dormia, allí moria. No era en estremo pesado el trabajo en las travesías ordinarias; en razon á que, auxiliada la galera por tres velas latinas, bogaba ligeramente cuando era apacible el tiempo y no habia enemigos que combatir; pero llegado el caso de dar la caza, los sufrimientos de los remeros eran insoportables. Frecuentemente prolongábanse aquellas por espacio de diez, doce y catorce horas, sin que se renunciase á ellas sino cuando sucumbian de fatiga los remeros. Qué de gritos, qué de imprecaciones retumbaban sobre una galera mientras hendia rápidamente las olas! Así pues, no era estraño que sucumbiesen á tantos esfuerzos! Todos los soberanos de Europa hacian á la Orden de Malta presentes de criminales para sustentar las tripulaciones de sus galeras, á cuyo servicio estaban tambien destinados los prisioneros turcos y africanos; quedando, á pesar de tantas levas, siempre incompletos los bancos de sus remeros. La última caravana memorable de los caballeros tuvo lugar en febrero de 1783, con motivo del gran terremoto de Sicilia. Así que llegara á Malta la noticia de ese desastre, sacáronse del arsenal las galeras sobre la marcha, y habiéndolas cargado de vestidos y de provisiones, se embarcaron en ellas algunos médicos, que á la mañana siguiente hicieron rumbo hácia Reggio y Mesina, para ir á ofrecer sus socorros á los habitantes. En recompensa de este servicio, muy conforme con los principios que debian animar á unos caballeros hospitalarios, el ministro del rey de Nápoles escribió al gran maestre, manifestándole que siempre previsor el paternal gobierno de S. M., no tenia necesidad de que vinieran estranjeros al auxilio de sus súbditos, como para privar á un monarca sensible de la gratitud de su pueblo. Al siguiente año, sus galeras tomaron parte en la espedicion española contra Argel, y su noble conducta durante aquella desastrosa campaña les valió los elogios del comandante en gefe. Hoy dia fondean los buques ingleses en el mismo lugar que ocuparan en otro tiempo las galeras de Malta; y el almirante inglés enarbola su pabellon en la morada del general de la Orden.

Sin embargo de ser la miseria el rasgo característico de la Isla, suaviza el clima su horror; pues es aquella mas soportable, donde es puro el cielo, la temperatura suave y vivificador el sol. Los mendigos tienen traza de salir de debajo la tierra, sin que sea dado adivinar de donde vienen. Diestro en todas las profesiones manuales, el maltés sabe salir de apuros en cualquier ciudad estranjera; mas nunca puede llegar á establecerse sin el auxilio del dinero. El amor que hácia á su patria conserva, es hijo en gran parte de su piedad; pues en ninguna parte encuentra los ritos de su iglesia celebrados con tanto fervor y celo; en ninguna parte es mas firme, mas general la fe. Hay veinte y cuatro aldeas, cada una de las cuales posee una iglesia, que haria honor á una populosa ciudad del Continente; celébranse innumerables fiestas, y sin cesar recorren la Isla procesiones en honor de sus santos patronos. De donde se sigue que un maltés espatriado hace de su vuelta á su ciudad natal un deber religioso; por manera, que cuando se ha ensayado establecer á algunos de ellos en Corfú ha salido fallida le prueba, habiendo sido obstáculo á su buen éxito el cisma de la iglesia griega.

Manifiestan los Malteses para las artes la misma facilidad que para los trabajos manuales, y quizás esa misma facilidad es la que les impide llegar á una superioridad conocida; pues si bien edifican vastos edificios, bien adaptados al clima. no por eso puede decirse que haya Malta producido un solo arquitecto capaz de dar á sus obras elegantes y grandiosas proporciones.

Tomada en su conjunto, la Valette es una ciudad admirable; pues, á pesar de ser sólida y cómodamente construida, sobrepuja en regularidad á cualquiera otra de igual estension; pero sin que ninguna de sus partes sufra el análisis.

Sus iglesias carecen de gracia, y son grotescas á veces; siendo solo lo pesado y macizo de sus formas lo que inspira algun respeto. Los únicos edificios de la Isla que llaman la atencion de los estranjeros, son dos ó tres posadas construidas por italianos, y el hospital marítimo. Los Malteses son hábiles en manejar el cincel, y trabajan en la piedra bustos bastante parecidos; no obstante, ni un solo escultor notable se cita, á pesar de las frecuentes ocasiones que de desplegar su genio les ofrecieran las tumbas de los caballeros. Bellos ornatos al fresco adornan las paredes y cielos rasos de sus casas; debiendo de haber animado sus esfuerzos el lujo desplegado por la Orden de Malta; no menos que posteriormente la proteccion que el gobierno inglés ha dispensado, enviando á sus costas á Roma algunos jóvenes artistas; eso no obstante, Malta no ha producido un solo pintor eminente. Los Malteses son apasionados á la música, óyenla mañana y tarde, y es inseparable de todas sus fiestas; con todo no cuenta Malta un artista distinguido; gozan la ventaja de tener durante nueve meses del año una ópera italiana que en nada cede á la mayor parte de los teatros de Italia; y sin embargo, hasta no puede citar mas que un solo compositor de algun mérito, Nicolo; y ni un solo cantor ha producido con ser el clima favorable al desarrollo de la voz. Ni se distinguen mas en punto á ciencias y bellas letras. De cuando en cuando parece una elegía, un soneto, una oda á la amistad, un tratado sobre los gusanos de seda, sin que hayan producido todavía las plumas maltesas ninguna obra importante. Ni, á pesar de su bello cielo, son astrónomos; ni historiadores, no obstante las hazañas de sus caballeros.

Cuál puede ser la causa de este fenómeno? Por lo que hace á la literatura, unos lo achacan á no ser lengua escrita la maltesa, pero ese motivo es fútil hablando como hablan las altas clases un italiano muy puro. Otros opinan que la causa viene de mas lejos, y llegan á atribuirlo al orígen africano ó morisco de los habitantes: quizás no faltará quien niegue el influjo de la sangre africana; pues el espíritu de Dios, hase dicho, brilla al través de todos los colores. Y eso, no obstante, cuando desde los mas remotos tiempos hase visto siempre al negro obedeciendo al blanco, no puede menos de encontrarse alguna diferencia entre estas dos razas. El maltés tiene la fisonomía y hasta el color casi como el egipcio; es, lo propio que él, so-

brio y sufrido; el ojo inquieto, baja la frente, y el cuerpo aventajado. Con todo, no está falto de gracia: tiene la piel suave y compacta, delicados los miembros, espiritual la mirada, y noble y fiero el continente. Encuéntranse en la Valette mujeres de notable hermosura.

LA CHELIDE MATAMATA.

Apenas llegado á Guyana me apresuré á recorrer el país, á fin de recoger el mayor número posible de objetos de historia natural. Un dia que el calor era estremado me senté para descansar un momento á la sombra de un árbol, junto á un arroyo, cuyas ondas transparentes perdíanse murmurando dulcemente en un pantano que estaba á algunos pasos de distancia. Me abandonaba ya á aquellos gratos ensueños en que la imaginacion transporta al viajero al seno de su patria y al hogar paterno, olvidando el áspero clima en que el amor á la ciencia me hacia respirar una atmósfera inflamada; cuando un horrible mujido me hizo temblar de pies á cabeza. Este horrible grito, parecido á la atronadora voz del leon, salia de un cañaveral muy inmediato, de modo que al primer momento de terror me resolví á huir; pero pensé luego que el enorme cocodrilo (tal lo juzgué por la voz) no habria quizá reparado en mí, y que al menor movimiento que yo hiciese me apercibiria, se lanzaria sobre mí y me devoraria: en parte por prudencia y en parte por miedo me quedé completamente inmóvil y con los ojos fijos en el cañaveral, no muy lejos del cual apareció un objeto muy distinto del que me temia. Era este un ser de los mas singulares que conozca aquel estraño país, la *chelide matamata* (*chelys matamata* Dumer), el mas estraño de los animales estraordinarios conocidos bajo el nombre general de tortugas: corria con una ligereza muy distinta de la proverbial pesadez de los demas animales de su género, mirando á uno y otro lado como si tratase de buscar alguna cosa. Pasó á dos pasos de mí, y hubiera yo podido considerarla con atencion sin un nuevo mujido mas fuerte aun que el primero, que hizo temblar los contornos, y volvió á desconcertarme. La *chelide* se detuvo de repente, dirigió sus ojos hácia el punto de donde venia el grito, y en seguida se hundió en lo mas espeso del cañaveral. Atribuí todas estas correrías á la estupidez que se cree característica de las tortugas, no dudando de que la pobre chelide se iba á poner en las garras del monstruo. Antes de llegar al desenlace de esta escena procuraré daros una idea de la *chelide matamata*. Su longitud es de dos pies y medio poco mas ó menos; su concha ó coraza muy poco convexa, de color castaño, con varias líneas en forma de radios y erizada de eminencias piramidales. Sus aberturas eran muy pequeñas, de modo que no pudiendo ocultar su cabeza, veíase obligada á torcerla é inclinarla sobre su concha cuando necesitaba descansar. Sus ojos, situados casi en la cima de la cabeza, estaban defendidos por párpados cortados oblicuamente; su hocico se prolongaba, convirtiéndose en una pequeña trompa muy singular; pero lo que presentaba mas curioso era una hermosa franja acuchillada, comparable al mas precioso bordado, que le ceñia todo el cuerpo. Esta franja circuye sus dos orejas muy altas y muy tiesas, pareciendo una especie de crin, y debajo el labio inferior casi carnudo hay un buen par de mostachos. Su cola es corta, sus patas medianamente palmeadas, y sus dedos armados de uñas fuertes, largas y torcidas. La parte inferior de la cabeza, del cuello y del pecho eran de color amarillo verdoso, con líneas y puntos negruzcos; la superior del cuello y de sus piernas de un color anaranjado muy brillante, con bandas verdosas bordadas de negro. En una palabra, lucia el animal un soberbio traje, que inspiraba sin embargo, como el de la mayor parte de reptiles, una repugnancia difícil de esplicar. Apenas habia entrado en el cañaveral, cuando los horribles mujidos resonaron mas y mas y se sucedieron sin interrupcion, hasta que ví mover las altas yerbas, dándome á entender sus ondulaciones que el monstruo iba á parecer á poco trecho de mí. Erizáronse mis cabellos, un sudor frio bañó mi frente, y aunque me hubiese propuesto huir, mis piernas se hubieran resistido. Pero en el momento en que creia ver el horroroso cocodrilo venir á devorar á mis pies su desgraciada víctima, se me presentó.... Vas á reirte, curioso lector, pero por mucho placer que te cause la presente anecdotilla no sentirás la milésima parte del que esperimenté cuando ví que el monstruo que se me presentó era ni mas ni menos que una rana. Su tamaño era en verdad el de un pequeño conejo, y pertenecia á la especie llamada *rana mujidora* ó *rana toro* (*rana taurina* Cuv.), por asemejarse su voz á la de un buey, y hacer resonar los ecos con la misma fuerza. Era verde, jaspeada de negro, y con una línea amarilla á lo largo de la espalda.

La *matamata* que le hace una guerra á muerte para alimentarse con ella habia reconocido su voz, y con el fin de sorprenderla habia entrado en el cañaveral con la rapidez que he descrito. La habia cogido por una pata trasera, y á pesar de los esfuerzos de la desgraciada víctima para engancharse en las cañas, iba á transportarla al lugar en que mas cómodamente pudiese tragársela. Me hubiera sido fácil libertar á la rana y apoderarme de su enemiga; pero conservaba cierto odio á la primera por el miedo pueril que me habia causado, y así es que dejaba á la tortuga el cuidado de vengarme, pues mi pasada debilidad me ruborizaba, y es sabido que no perdonamos á los que nos obligan á avergonzarnos de nosotros mismos.

Con todo esto, la *matamata* no ataca siempre á animales de tanto tamaño, y se ve precisada á contentarse con caracoles, gusanos, salamandras acuáticas, y otros pequeños reptiles semejantes. Andan muy bien y nadan mejor, mas no se las encuentra sino junto á las aguas estancadas, como las lagunas, los grandes charcos, etc.

Al llegar la primavera forma con sus patas un agujero redondo en un lugar caliente, espuesto todo el dia á los rayos del sol, y lo mas cerca posible del agua. Depone allí una docena de huevos, mas ó menos, segun su edad; pues empieza á aovar antes de haber alcanzado la cuarta parte de su ordinario tamaño: los huevos son esféricos, blancos, y envueltos en una cáscara dura y calcárea como los de los pájaros. Despues de haberlos puesto, abandona para siempre el depósito que ha confiado á la tierra; de modo que cuando los nacientes animales han roto la cáscara tienen mil trabajos en poder llegar al agua, viéndose espuestos además á ser tragados por los mamíferos carnívoros

que vagan sin cesar al rededor del agua, no menos que de las aves de rapiña.

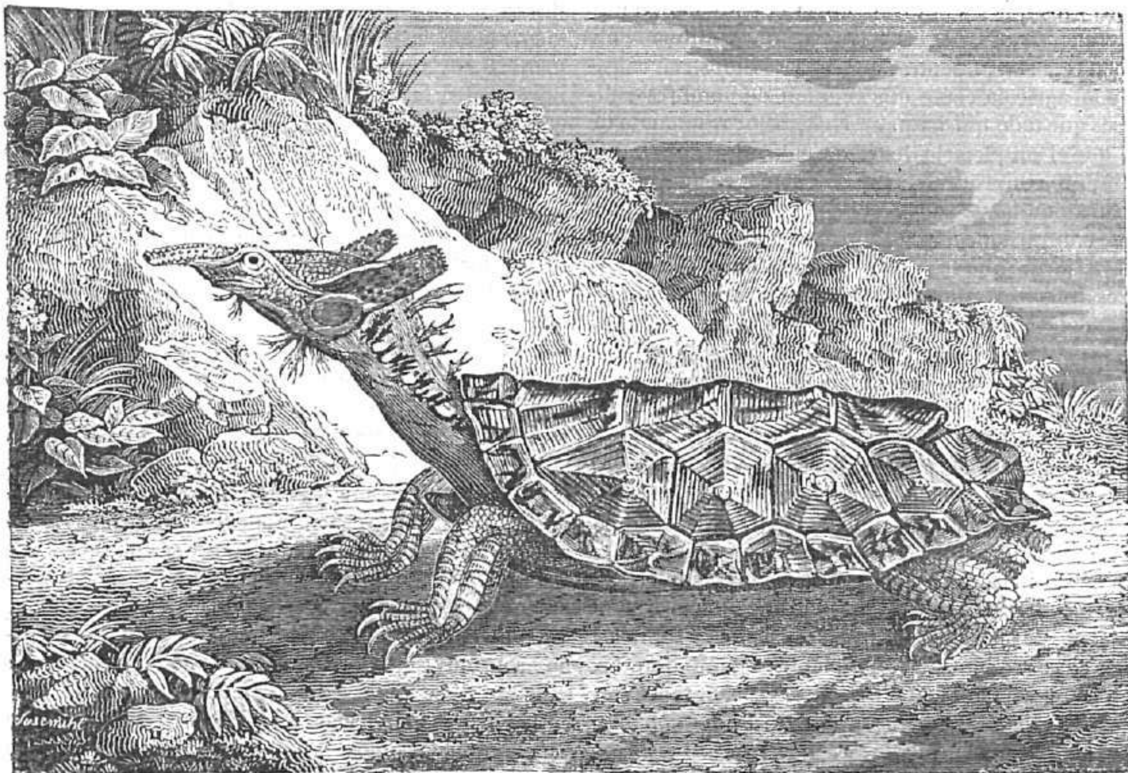
La Matamata tiene, como las demas tortugas, una vida sumamente tenaz que es difícil acabar por medio de heridas, y vive, anda y nada muchas semanas despues de haberle cortado la cabeza. He conservado viva en mi jardin durante muchas semanas una tortuga de Europa, á la cual habia quitado enteramente el cerebro por medio de un agujero en el cráneo; sin embargo, paseaba, comia, cazaba gusanos y llenaba todas las demas funciones de la vida, como si se hubiese hallado en su estado normal; y no dudo que la hubiera conservado por mas tiempo si no la hubiesen abreviado los rigores del invierno.

Muchas, y tal vez todas las tortugas de mar, tienen una fuerza de reproduccion sumamente pasmosa: cuando se les arranca un ojo, les sale al cabo de cuarenta ó de cincuenta dias, segun el calor de la estacion, otro tan completo, tan límpido como el primero, y que como este les sirve para ejercer todas las funciones visuales.

AGRICULTURA.

PROGRESOS DE LA RIQUEZA AGRÍCOLA EN INGLATERRA.

Cualquiera que haya observado con la mas ligera atencion la direccion que ha seguido la prensa periódica en la Gran Bretaña durante estos cinco últimos años, habrá sin duda notado los esfuerzos contínuos que se han hecho para persuadir al público de que



La Chelide Matamata.

nuestra riqueza y prosperidad resultaban con preferencia, si no es esclusivamente, de nuestra industria manufacturera y comercial. Nada hay en esto que deba sorprendernos: la mayor parte de los escritores que quisieran hacer prevalecer los intereses de las fábricas y del comercio á espensas de los de la agricultura son, en general, nacidos en las ciudades; su habitual sociedad se compone de personas interesadas en las empresas industriales ó mercantiles; por lo que no es de admirar que den una importancia en cierto modo esclusiva á esta especie de especulacion. Además, al comercio pertenecen la mayor parte de sus lectores, y muchos escritores, que tienen ideas mas sanas sobre el particular, se ven obligados á sacrificar los intereses de la verdad á las preocupaciones de aquellos cuya benevolencia juzgan muy útil. Tales son, segun nosotros, las verdaderas causas de los esfuerzos que sin cesar se han hecho para dar menor importancia en la opinion á la industria agrícola. Cualquiera que sea la influencia de la propiedad rural en el parlamento, es preciso convenir que ha sido presentada de un modo muy imperfecto en la república de las letras.

Tambien hay otra razon por la cual los escritorcillos y los ingenios de profesion desconocen la importancia de la agricultura. Basta la mas ligera atencion para observar los progresos de las manufacturas y del comercio. Una fábrica presenta un objeto palpable que á primera vista ya llama la atencion; pero cuando un gran terreno ha sido cercado y puesto en cultivo, ó los productos de un campo ya cultivado han subido al tri-

ple ó al cuádruplo con la introduccion de un nuevo sistema agrícola, muy raro es que este progreso llame la atencion fuera del círculo de los vecinos del propietario. Existen numerosos medios de formarse una idea exacta de los acrecentamientos del comercio y de las fábricas del país durante una época determinada; pero es mucho mas difícil poder tener cuenta de todo cuanto hemos adquirido por una agricultura perfeccionada. Si fuese posible lograr tales datos, sin duda los productos de los capitales é industria aplicados á la agricultura desde la mitad del último siglo hasta esta época parecerian á lo menos iguales á los de la industria manufacturera durante el mismo período.

Los esfuerzos de los escritores de que hablamos han tenido resultados muy funestos. Han dividido el país en partidos y facciones, que consideran sus intereses como distintos de los demas, ó mas bien como diametralmente opuestos á ellos. Los propietarios de los terrenos y los que los cultivan creen que los fabricantes quieren privarles de los beneficios que legítimamente deben reportar, mientras que la clase industrial considera la agrícola como una reunion de hombres codiciosos que todo quisieran arrebatárselo; resultando de ahí que el propietario de trigo y el hilador de algodon se miran recíprocamente, si no como enemigos que deban aniquilarse, á lo menos como rivales que les conviene contrariar lo mas posible. Sin embargo, nada hay mas absurdo que los zelos escitados entre dos clases, cuyos intereses, mirados bajo su verdadero punto de vista, deben ayudarse mutuamente en lugar de perjudicarse, al paso que no pueden estar aislados sin que resulten para todos inconvenientes muy graves.

Fácil nos será demostrar á todos aquellos cuyo espíritu no está prevenido con tercas preocupaciones, que si consideramos por una parte la estension de los capitales empleados en la agricultura, y por otra los productos que resultan de ella, el cultivo del terreno es mas útil al país que las fabricaciones mas ingeniosas ó las mas brillantes especulaciones del negociante.

Es incontestable que el labrador es el que provee al fabricante de las materias que este beneficia y sobre las cuales ejerce su industria. Las plantas leguminosas, los cereales, el aceite, el vino y la misma carne, todos son frutos de la tierra. La industria manufacturera no puede prescindir de la agricultura, pues se limita á adaptar sus productos á nuestras necesidades; mientras esta podria hasta un cierto punto subsistir aisladamente. «El trigo y los demas granos útiles crecerán siempre en cualquier parte, observaba Gabriel Plattes dos siglos atrás. Si quereis impedir su cultivo en Europa, aparecerán de repente en las Antillas ó en la Tartaria.» No con menos razon decia otro escritor: «La agricultura destruida por diferentes causas huye de los lugares donde se la oprime, y únicamente se detiene en aquellas regiones donde puede florecer tranquilamente. Reina allí donde en otro tiempo solo habia desiertos, y los lugares en donde cesa de reinar se convierten en soledades.»

La introduccion de los prados artificiales y el sistema alternado de las cosechas verdes y de las de granos han aumentado prodigiosamente los productos de la tierra en Inglaterra. Las verdes han acrecentado los medios de mantener á los ganados, que á su vez aumentando el estiércol han enriquecido mucho la tierra. Por otra parte, la aplicacion de las máquinas á sus muchas operaciones agrícolas, que antes se ejercitaban á fuerza de brazos, ha reducido considerablemente el número de hombres y animales que los cultivos mas estensos y variados habrian hecho necesarios.

No será tal vez fuera del caso que presentemos aquí á nuestros lectores un rápido bosquejo de las mejoras introducidas por nuestros agrónomos desde el principio del siglo XVIII. El nordeste del condado de Norfolk contiene mucha tierra escelente y porciones considerables de un terreno de una calidad muy inferior. Hasta principios del último siglo los terrenos de mala calidad habian casi quedado en el estado de naturaleza, y solo se han beneficiado en la época del cultivo del nabo en grande. Esta preciosa legumbre en otro tiempo solo se cultivaba en un pequeño número de huertos; pero lord Towsend, que habia seguido á Jorge I en una de sus incursiones en Alemania en calidad de secretario de Estado, vió nabos cultivados en grandes campos para el alimento de los ganados, y á su vuelta trajo la simiente, recomendando encarecidamente á sus arrendatarios una práctica que en Hannóver habia hecho productivos los campos mas estériles. La prueba salió bien; el cultivo de los nabos en campos vastos se estendió prontamente por todo el condado de Norfolk, y en seguida por los demas distritos de Inglaterra; y desde aquella época adquirió el condado su reputacion agrícola. Unos terrenos que no producian mas que uno ó dos chelines por acre, producen ahora quince ó veinte, y miserables sotillos, en que no se veian mas que algunos flacos conejos, se ven cubiertos de las mas ricas cosechas. M. Colguhoun, en sus *Indagaciones estadísticas*, juzga que en el Norfolk las cosechas anuales de nabos no bajan de catorce millones (350,000,000 fr.); pero si se considera que este cultivo ha permitido utilizar terrenos que sin él no tendrian ningun valor; que deja la tierra en un estado tan satisfactorio, que se puede estar seguro de hacer allí en seguida una abundante cosecha de cebada ó de mielga, y que esta mielga es una escelente preparacion para el trigo, puede uno convencerse de que las ventajas que resultan del cultivo en grande del nabo, son muy superiores á su valor como pasto de los ganados. Si se nos preguntase cual es el hombre que en los tiempos modernos ha hecho mas servicios á su país, no vacilaríamos en nombrar el noble par á quien frívolos cortesanos dieron el apodo de *Towsend nabo*. En menos de cincuenta años el cultivo que habia importado del Hannóver se propagó por todo el país, y sus productos no son inferiores al interés de nuestra deuda nacional.

Pocas personas hay que ocupen un lugar mas distinguido entre los agrónomos que el conde de Egremont. Cuarenta años atrás el *Stag-Park* en Petworth, que contiene de siete á ochocientos acres de terreno, estaba tan cubierto de retamas, zarzales y árboles achaparrados, que no habria podido venderse en mas de cinco chelines por acre. En 1790, el propietario de este terreno improductivo resolvió sacar partido de él, y en su consecuencia desembarazándolo de todo lo que lo cubria, lo dividió en partes regulares separadas por vallados. Por medio de un sistema de cultivo bien entendido obtiene en gran cantidad cebada, nabos, mielgas, escarolas, etc. Las cosechas son hoy tan abundantes, que esta grande propiedad produce poco menos de treinta chelines por acre. Se cogen

diez *quarters* de avena y cinco de trigo sobre un acre de terreno, en que en otro tiempo un carnero hubiera perecido de hambre.

(*Se continuará.*)

SMOLENSK.

SMOLENSK, cabeza del distrito de su nombre, situada á ciento treinta leguas de S. Petersburgo y á ochenta y cinco de Moscou, es una antigua ciudad, levantada en las dos orillas del Dnieper, que aun no muy considerable, recibe en aquel punto los riachuelos llamados Ratchefka, Gourionlofka y Gorondenka. Se ignora la época de la fundacion de Smolensk, pero se sabe que en 854 era ya una ciudad rica y considerable; se encuentra su nombre en los mas antiguos anales rusos, y Constantino Porphyrogeneta la cita como una ciudad muy conocida en su tiempo. Parece que fué la capital de los Krivitches, y que se sometió en 882 al imperio de Oleg. Despues de la muerte de Valdimiro el Grande, uno de sus hijos reinó en esta ciudad como tributario del gran príncipe; pero sus sucesores se hicieron independientes, y hácia fines del siglo XII obedecian al príncipe de Smolensk y le servian á sueldo muchos bayardos. Despues de 1224 Smolensk, atacada frecuentemente por los rusos, lituanios y tártaros, fué mas de una vez incendiada y saqueada; y en 1393 Oger el Grande entró por primera vez en ella. Volvióla á tomar dos años mas tarde, quedando desde entonces sometida al poder de los lituanios, y esforzándose en vano en volverse á erigir en principado independiente. Los rusos, sin embargo, no quisieron renunciar á la posesion de una plaza que defendia su país limítrofe á la Polonia; y así es que hicieron en 1500 una tentativa, que repitieron en 1514 con mas acierto. El príncipe Miguel Glinski, desertor moscovita, que se habia grangeado la confianza del rey de Polonia, entregó la ciudad al czar Ivanowitch, cuyos sucesores la conservaron durante un siglo y la rodearon de fortificaciones. El czar Fædor las empezó, y las concluyó Borio Godounof, el cual como ministro de aquel habia puesto la primera piedra, y habiendo llegado á ser czar tuvo la satisfaccion de verlas terminadas.

Era en esta época muy raro en Rusia el ver murallas de piedras, de modo que Marjeret, escritor del siglo XVII, dice lo siguiente: «Todos sus castillos y fortificaciones son de madera, escepto Smolinski, el castillo de Ivano Gorot, los de Toula, Casan, Astrican, Columna, Pontimel en la frontera de Polonia y la ciudad de Moscou.» Olarius asegura que la muralla construida por el czar Boris no tenia fosos ni baluartes, no siendo con esto de estrañar que en 1611 el rey de Polonia Segismundo III se apoderase fácilmente de la ciudad, y que se la cediesen los moscovitas en 1618. Queriendo con todo vengar una pérdida que lastimaba el honor nacional, Miguel Fædorowich reunió en 1623 bajo los muros de Smolensk un ejército de mas de cien mil hombres, entre ellos mas de seis mil alemanes, y muchos regimientos moscovitas disciplinados á la Alemania y dirigidos por oficiales estranjeros, franceses, alemanes ó escoceses. Mandaba en gefe este ejército un general aleman, de quien dicen los historiadores moscovitas que vendió á sus tropas, y que en lugar de dar el asalto luego que se hubo hecho en la muralla una brecha suficiente, se quedó con los brazos cruzados, dando tiempo al rey de Polonia para venir al socorro de los sitiados.» Reducido el general á la última estremidad, añade Olario, para no dejar morir de hambre á sus soldados, se vió obligado á capitular con los polacos, á rendirse á discrecion con todo su ejército, á dejar la artillería y rehenes de soldados y oficiales que asegurasen al enemigo cierta cantidad que el gran duque debia pagar. Vuelto el general aleman á Moscou, pagó con la cabeza su culpa, ó su imprevision.

Quedó Smolensk en poder de los polacos, hasta que en 1654 se apoderó de ella el czar Alexis Mikaelowitch; confirmándole la conquista el tratado de Moscou de 1686, que obligó al rey de Polonia á renunciar á casi todo el palatinado, y hacer abdicacion de muchos de sus títulos. Las fortificaciones de Smolensk fueron reparadas y aumentadas por los rusos, sobre todo por Pedro el Grande, que adoptó para sus trabajos el sistema seguido en Europa, é hizo de esta ciudad una plaza formidable; lo que no impidió que el ejército francés penetrase en ella en 1812, despues de la retirada de los rusos.

En 16 de agosto de 1812 apareció el mariscal Ney en frente de Smolensk, no muy lejos del príncipe ruso Bagration, que acababa de reunir su ejército junto á los muros de la plaza. Se trabó entre los dos generales un sostenido tiroteo, que se prolongó hasta la noche; llegando entonces el ejército ruso que conducia Barcklay, tomó y coronó las alturas situadas á la derecha de Smolensk. Mientras que su vanguardia combatia del modo dicho, Napoleon, que esperaba dar una batalla bajo los muros de Smolensk, apresuraba la marcha de sus tropas para completar el acordonamiento, al tiempo que Murat, Davoust y la guardia tomaron diferentes caminos transversales para colocarse dentro el menor tiempo posible á la derecha de Ney, lo que se efectuó el 17 por la mañana, en que fué completado el acordonamiento. Ney apoyaba su izquierda en el Dnieper, y se estendia hasta cerca el camino de Kranoï; Davoust, Poniatowski ocupaban la derecha; y Murat y su caballería se apoyaban en el cuerpo polaco y en el Dnieper. En todo el espacio ocupado por la infantería se habia visto el enemigo reducido á seiscientas toesas de la plaza, pero ocupaba aun mil toesas á lo largo del Dnieper. La guardia imperial fué puesta de reserva detrás del primer cuerpo en un punto inmediato al cuartel general de Napoleon; y Eugenio estaba de observacion en el camino de Krasnoï. Aguardábase á Junot desde las ocho de la mañana del 17; pero su llegada fué retardada hasta las cinco de la tarde por un guia que le estravió, y por los cosacos que destruyeron algunos puentes.

Entre tanto habiendo Barcklay hecho construir dos puentes junto á Smolensk para facilitar las comunicaciones, habia durante la noche llamado á Bagration para que se colocase en el camino de Moscou á dos leguas de Smolensk. El ejército de este último general habia sido reemplazado por 30000 hombres del de Barcklay, que se repartieron en los arrabales, en los caminos cubiertos y en las almenas de la muralla, mientras el resto de dicho ejército conservaba su primera posicion sobre las alturas de la derecha. Vió Barcklay que no podia dejar guarnicion en Smolensk, y pensó desampararla luego que hubiese evacuado los almacenes. No tardó

mucho Napoleon en mandar atacar á toda la línea: despues de haber Murat obligado á la caballería enemiga á entrar en la plaza, Poniatouski pasó á apoyarse en el Dnieper, donde hallando un terraplen elevado, lo convirtieron en batería de sesenta cañones, que ayudó á Poniatowski para obligar á los rusos á que se limitasen á defender sus caminos cubiertos y sus murallas.

Hácia la izquierda, en frente de la ciudadela, se empeñó el mas tenaz combate, que no dió resultado alguno; pues los rusos se defendieron en las malezas que cubren el punto de la plaza mas fuerte en apariencia, y mas débil en realidad, sirviéndoles de mucho el que Napoleon ignórase el verdadero estado de las cosas; pues de otro modo hubiera empezado por apoderarse de la ciudadela. El primer cuerpo, colocado delante de los arrabales que hay á uno y otro lado de la puerta de Krasnoï, atacó á los defensores, que opusieron esfuerzos verdaderamente heróicos, lo que no impidió que al cabo de tres horas Davoust se apoderase de los arrabales. Al mismo tiempo se habia elevado una batería, que lanzando el fuego en el interior de Smolensk, acabó de desconcertar á los rusos; mas aunque los dias fuesen en aquella estacion muy largos, duró hasta la noche este memorable combate, mas sangriento que muchas batallas campales.

Se vivaqueó al rededor de la plaza, allí mismo en donde se habia combatido; el terreno que suavemente se levantaba hasta las puertas de la villa, fué cubierto de fuegos dispuestos en líneas paralelas, y mas allá veíanse las murallas que formaban una franja oscura, detrás de la cual aparecian torbellinos de llamas. En el entretanto, temiendo Barcklay que reparase Napoleon en la debilidad de la ciudadela, y ensayase un esfuerzo vigoroso para apoderarse de ella, la mandó evacuar durante la noche, lo que se efectuó con un órden, rapidez y silencio admirables. La retaguardia incendió los almacenes y los puentes de barcas. Al amanecer, viendo los soldados que los enemigos no guardaban sus antiguos puestos, penetraron en los caminos cubiertos, en los fosos, y finalmente en la plaza, por pequeñas puertas que comunicaban con el interior. Napoleon entró tambien y se estableció en Smolensk con los granaderos y cazadores de su guardia: pocos recursos se hallaron en la ciudad, pues los almacenes habian sido evacuados ó destruidos, y no fué posible apagar el incendio hasta el dia siguiente, y hasta haber prendido en la mitad de Smolensk.

No es esta una ciudad ricamente adornada, pero como está bien situada agrada á primera vista; construida casi enteramente de madera antes del incendio de 1812, renació con elegantes casas de piedra. Muchos viajeros describen la admiracion que causaban en otro tiempo el estraño aspecto y singulares contrastes de sus colinas, almenas, iglesias, bóvedas doradas y cabañas de madera. «Desde la eminencia en que está situada la catedral, escribia Chantreau, se presenta la mas agradable perspectiva, pues se ve la ciudad entera á vista de pájaro y casi con el mismo horizonte. Casas, jardines, campanarios y campos, forman un espectáculo verdaderamente original. La mayor parte de casas de un solo piso y de madera no pasan de cabañas, pero hay algunas mas bellas y menos incómodas, que los rusos llaman enfáticamente palacios. Algunas iglesias son de ladrillo cubierto de estuco; una calle ancha y larga corta la ciudad en línea recta, siendo las demas irregulares, y algunas no enlosadas. Acaba la ciudad junto al Dnieper; sin embargo de que comunican con ella por medio de dos puentes de madera las cabañas dispersas, que forman un grande arrabal á la otra parte del rio.»

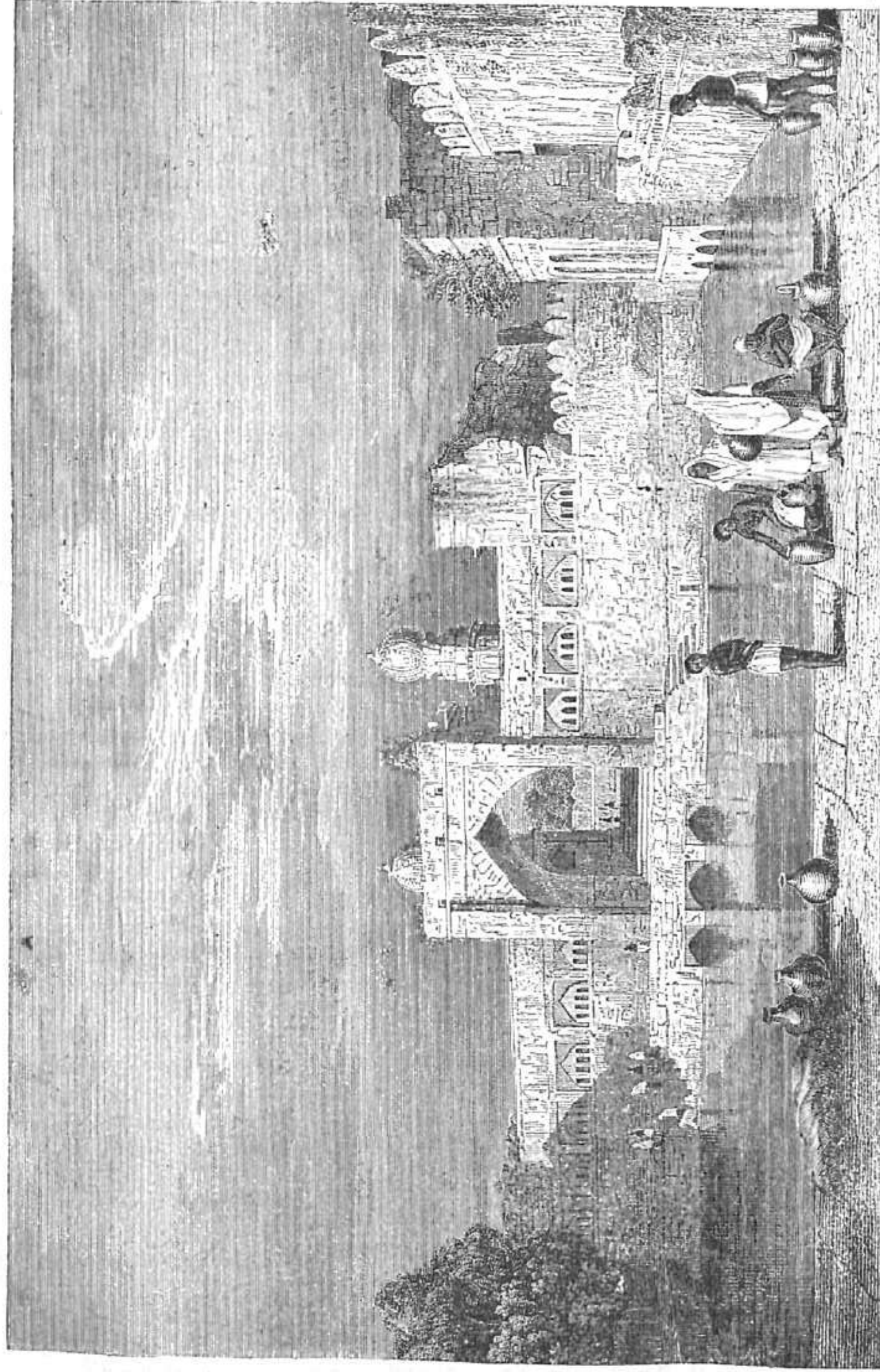
Smolensk, junto con sus arrabales, contiene tres conventos y diez y seis iglesias griegas, una católica y otra luterana. En la hermosa plaza del centro se ven los tribunales, y no muy lejos dos catedrales magníficas, que contienen grandes riquezas y preciosos ornatos. No se olvidan nunca los rusos de arrodillarse ante la imágen sagrada, á la cual el ejército de Kutusoff atribuyó su triunfo. El convento de S. Abrahan, dentro la ciudadela, data de los primeros años del siglo XII; y así es, que posee manuscritos raros y muy curiosos. Créese que la poblacion de Smolensk asciende á 12.000 habitantes.

No lejos de la ciudad, y á una legua de Dnieper, se encuentra la aldea de Valoutina-Gora, que recuerda el combate del 19 de agosto de 1812, entre la retaguardia rusa y la vanguardia francesa, mandada por el mariscal Ney.



Vista de Smolensk.

INDOSTAN — BEJAPOOR.



Estanque de la gran mezquita.

INDOSTAN. — BEJAPOOR.

Bejapoor, antigua capital de la provincia de su nombre, era en el siglo XVII una de las mas vastas y bien fortificadas de la India: rodeábala una doble muralla, y veinte mil caballeros armados podian salir á defender sus contornos. Los escritores orientales, siempre amantes de la hipérbole, aseguran que Bejapoor contaba en los dias de su gloria mas de un millon de habitantes y mil seiscientas mezquitas. Pero ay! esta antigua metrópoli de un poderoso imperio, desierta ahora, no presenta mas que un triste monton de ruinas que atestiguan su antigua gloria y su nulidad presente. Sin embargo, la parte de la ciudad que se llama fortaleza, encierra aun algunos monumentos bastante conservados, siendo los mas dignos de atencion las tumbas de Reza y de Newaus-Shah, el célebre mausoléo de Mahmoud, y el ancho estanque de la gran mezquita, cuyas aguas sagradas sirven para las abluciones, y un pequeño templo indo sostenido por un sin número de pilares de piedra, y construido segun el estilo de la arquitectura de los bramanes.

Infestan entre otras á la provincia de Bejapoor las temibles bandas de salteadores llamados *fansegares*, de quienes ha publicado tan curiosos detalles el inglés R. Caunter. Llámanse fansegares estos ladrones por el instrumento de que se valen para cometer sus crímenes, pues fansegar significa ahogador, y el arma que emplean es un *fansi* ó nudo corredizo, que echan de repente en el cuello de aquel que quieren robar, ahogándole en seguida. Es digno de atencion el que las bandas de los fansegares no pertenecen á casta particular, pues se componen de indos, mahometanos, parias, y aun de algunos bramanes. Proviene esta mezcla de la costumbre que tienen los fansegares de perdonar á los hijos de los asesinados, y de encargarse de estos pobres niños, á quienes dan una educacion enteramente conforme á su horrible género de vida. El número de individuos que forman una banda puede ser desde doce hasta setenta; cometen siempre sus fechorías muy lejos del lugar que les sirve de comun asilo, y en el cual moran durante muchos meses, sin que vuelvan á sus casas hasta que quieren gastar en satisfacer sus vicios el dinero que les ha dado el botin. Por lo regular son sus víctimas los estranjeros que viajan por casualidad en aquellos paises, á los cuales engañan por medio de modales simples y pacíficos, ya disfrazados de peregrinos, ya tomando la apariencia de una familia que se traslada á un punto lejano. Cada compañía de asesinos tiene un gefe á quien obedece escrupulosamente, y que dirige todas las operaciones, sin tomar en ellas parte activa, escepto en aquellas ocasiones en que es mas necesaria la astucia que el valor.

Cuando se ocupan en alguna espedicion se dividen en grupos de ocho ó doce individuos, subdivididos en fracciones de dos ó tres, sin que se pierdan de vista los unos á los otros á fin de aprovecharse de cualquier casual encuentro que pueda favorecer sus proyectos. Otras veces dos ó tres fansegares se ponen en centinela, y luego que ven que un viajero se acerca dan parte á sus camaradas; estos llegan entonces uno por uno vestidos de peregrinos, traban conversacion como si fuesen desconocidos; y cuando han logrado apartar toda sospecha del ánimo del crédulo estranjero, consuman su crímen luego que este se entrega al sueño. Los fansegares obran siempre con tanta prudencia, que no cometen jamás sus robos, cuyo invariable complemento es el asesinato, sin haber tomado de antemano las mas minuciosas precauciones para ponerse al abrigo de toda sospecha y haber preparado todos los medios que sugiere la prevision humana para el caso que den el golpe en vago, y se les ha visto seguir la víctima durante muchas semanas aguardando la ocasion oportuna para herirla.

Ninguna consideracion divina ó humana puede retraerles de su atroz profesion, y la vida de sus semejantes es de tan poco valor á sus ojos, que la abrevian muchas veces por los miserables andrajos del mas pobre viajero. Si acierta alguno á pasar antes que hayan apartado el cadáver de la víctima, empiezan á dar lamentables gemidos, como si deplorasen la pérdida de algun pariente, ó bien se echa uno de ellos en tierra y finge las bascas de la agonía con el fin de distraer la atencion del recien venido.

Los fansegares ejercen su profesion con un espíritu tan sistemático, que si han omitido la menor particularidad que prescriben sus reglamentos, creyendo haber ofendido á la deidad sanguinaria que recibe sus homenajes, se apresuran á espiar su falta con alguna ofrenda.

Creen que es una accion meritoria el presentar á su Dios una parte de los tesoros que les ha valido la muerte de un semejante; y así no es de estrañar que persuadiéndose de que la divinidad que honran como el orígen primitivo de todas las cosas, puede aceptar con agrado tan abominables tributos, se arraigue tanto en su corazon la detestable costumbre de derramar sangre humana.

A pesar de que por lo ordinario atacan tan solo á viajeros aislados, se les ha visto tambien destruir caravanas de diez ó doce personas. Algunas veces el botin que les proporcionan sus escursiones es muy considerable, pero otras es de tan poco valor que no basta á satisfacerles las primeras necesidades de la vida. Luego que han reunido los despojos los reparten en varias porciones, destinando la mayor á los polígares, pequeños príncipes que toleran y protegen sus fechorías; y otra para las ofrendas que sus sacerdotes reciben con criminal avidez. El resto del botin se reparte á los ladrones segun una escala proporcionada á los méritos de cada cual. El gefe, considerado como alma de la asociacion, recibe una porcion doble; el que ha arrojado el nudo y estrangulado á la víctima y el que ha mutilado su cuerpo, tienen derecho á una porcion y media. Dase una á los que presenciaron el asesinato sin tomar en él parte activa, y media porcion á los que no fueron de él testigos, haciéndose el reparto con tanta regularidad, que no da lugar á quejas ni á murmullos.

La razon que dan los fansegares para mutilar y enterrar el cuerpo de los que han asesinado, es la siguiente: cuentan que cierta diosa, á quien tributan un culto especial, acostumbraba encargarse de los cadáveres de sus víctimas, ahorrando con esto al asesino el trabajo y el peligro de ser descubierto. Un dia, despues de haber despachado un viajero para el otro mundo, se dejó, segun costumbre, insepulto su cadáver. Habiendo por casualidad vuelto hácia atrás la cabeza uno de los fansegares, vió que la carnívora divinidad se ocupaba en devorar el cadáver; irritada aquella de

que su ferocidad hubiese sido descubierta por indiscretas miradas, hizo el irrevocable voto de no devorar en lo sucesivo ni uno solo de los asesinados por los fansegares, cuya curiosidad les hiciera indignos de su proteccion. Sin embargo, para compensar hasta cierto punto la proteccion que debia dejar de acordarles, arrancó un colmillo de su divina quijada, y se lo regaló, diciendo que les serviria de azadon, y que nunca se romperia ni menoscabaria. Abrió en seguida su celestial costado, del cual sacó una costilla que les dió para que les sirviese de cuchillo, asegurándoles que no perderia su delgado filo aunque rompiesen con él los materiales mas duros. Finalmente, despues de haberles cedido estos importantes dones, arrancó la orla de su vestido, y se la dió como símbolo y medio infalible de estrangulacion. Tal es la estraña tradicion en que se apoyan los fansegares para suponer una sancion divina á sus horribles atentados.

Llega á tanto su aberracion mental, que no asocian idea alguna de degradacion á su profesion bárbara, y que cuando se les pregunta como es posible que perseveren durante tanto tiempo en el crímen, su única respuesta es la siguiente: «Mi padre y mi madre eran fansegares, de ellos aprendí lo que estoy haciendo, y no me dejaron otro oficio, ni otro género de subsistencia.» Con esto y con estar persuadidos de que no es mayor crímen el matar á un hombre que á un bruto, no les queda el menor escrúpulo. Como son fatalistas no muestran el menor temor del suplicio al prenderles sus perseguidores; y creyendo que ha llegado el momento decisivo de su muerte, se ocupan tan solo en fortalecer su alma para arrostrarla con valor, y en someterse con paciencia al destino que aguarda á todos los hombres bajo esta ó la otra forma. No tienen dificultad en confesar sus asesinatos, antes los enumeran sin rubor alguno, y aun les causa cierta cruel vanidad la fama que les haya podido valer entre los suyos su destreza en lanzar el fatal cordon.

Un fansegar conserva durante toda su vida la mayor veneracion hácia el tutor que le haya iniciado en sus horribles misterios, y siempre que lo vuelve á ver despues de algunos dias de ausencia le besa los pies en muestra de profundo respeto. Cuando la vejez impide que el mentor se gane la vida, su protegido se encarga de él con un cuidado que honraria á otro menos criminal, y no lo abandona hasta que la muerte los separa. La educacion de los fansegares es tan progresiva, tiene tanto lugar entre ellos la emulacion, y les pintan con colores tan agradables su aventurera profesion, que conciben hácia ella una aficion de la que nada en el mundo puede retraerles, y que aun cuando la edad ha debilitado sus brazos se complacen en servir de espías y de directores á sus bárbaros camaradas. Miran con mucha indiferencia su separacion del resto de la humanidad, convienen fácilmente en que no son mas que brutos con aspecto humano, y no se ruborizan de compararse con los tigres que devorando á los demas animales siguen el natural impulso de su instinto. Sostienen además que los hombres á quienes ahogan estaban predestinados á morir asesinados, y que así como hay hombres que han nacido para que se les ahogue, hay otros que han venido al mundo para ser ahogadores. En una palabra, son como hemos dicho fatalistas y creen obedecer en todas sus acciones á una invencible necesidad.

Existen en la provincia de Bejapoor otras tribus de ladrones no menos numerosas, pero no tan feroces como los fansegares. Los *pindarios*, que habian llegado á hacerse sumamente temibles, han sido destruidos últimamente por algunos fuertes batallones que fué necesario oponerles. Mucho debe temerse aun de la atrevida raza de los *bhills*: oprimidos por gobiernos despóticos, rechazados del seno de la sociedad civil, privados de toda proteccion encenagados en la mayor ignorancia, imbuidos en groseros errores sobre la magia y adivinacion, espuestos á privaciones estraordinarias y á los ataques de las fieras, entre las cuales viven, ¿no es natural que los *bhills* pasen á ser los enemigos natos del órden y de la paz?

EL TADORNO.

TAL vez á la pasion que en mi juventud tuve á la caza debo mis conocimientos en historia natural. El que quiera estudiar con fruto tan interesante ciencia, debe consultar, siempre que se le presente la ocasion, el gran libro de la naturaleza. Es verdad que las observaciones que haga serán antiguas y ya depositadas en los archivos de la ciencia; pero no es menos cierto que no perderán por esto su encanto para él, ni aun para aquellos á quien las comunique. Llevado de tal idea, voy á contaros el modo con que conocí á mi costa las singulares costumbres de cierta clase de aves.

Vivia en casa de uno de mis amigos, en el norte de la Bretaña, á dos leguas del mar; entre su habitacion y el Océano habia un hermoso estanque cubierto de aves acuáticas, que besaba el pie de una colina arbolada y habitada de conejos. Aquel era el punto en que me reunia con mi amigo para dar principio á nuestra caza; y mientras que el uno acompañado de los podencos perseguia á los conejos, el otro con un perro de presa removia las aguas del estanque con el objeto de levantar á las chochas, á las cercetas y á los ánades.

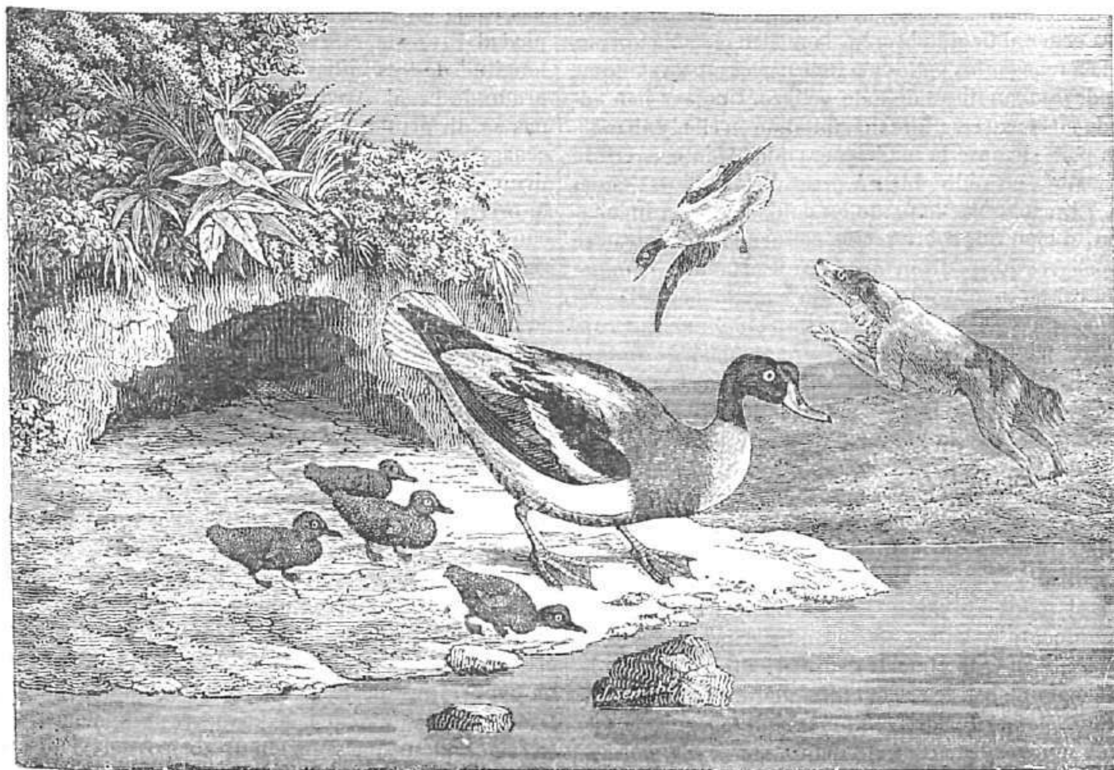
Un dia del mes de junio seguia acompañado de mi escelente perro las arboladas orillas del estanque; y mientras que Medor huroneaba entre los juncos, y que yo espiaba atentamente los mogotes cubiertos de maleza, los tímidos conejos entraban á galope en su caverna. En esto ví de repente á ciento y cincuenta pasos de distancia una hermosa ave, que seguida de su hembra y de ocho ó diez pollos, salia de una madriguera. Era un Tadorno (*anes tadorna*, LIN.), conocido en todos los pueblos por un nombre que indica sus habitudes, como *vulpanser*, ó ave-zorra por los antiguos romanos, ánade-zorra por los alemanes, ánade-conejo por los ingleses, y ánade-madriguera por los cazadores de todas las naciones.

Es un ave magnífica, un poco mas voluminosa que un ánade salvaje, del cual tiene las formas generales, aunque mas ligeras y graciosas. El fondo de su pluma es blanco, su cabeza y parte de su cuello negro tornasolado de verde; rodea la parte inferior de su cuello una franja blanca, á la par que una cintura de un hermoso amarillo adorna su pecho, sus espaldas, y se pierde en lo inferior del vientre. Sus alas son jaspeadas de negro, rojo, blanco y verde; su cola blanca y salpicada de negro, sus patas de un rojo pálido, su pico encarnado con estremo y narices negras. Ningun ave existe de la numerosa raza de los ánades que presente colores tan bri-

llantes y tan bien distribuidos como el Tadorno macho; pues aunque su hembra se le parezca, no tiene su brillantez. Los pollos son tambien hermosos, y tienen las patas y el pico azul, nevado el vientre, y la espalda en parte blanca y en parte negra; perdiendo mas tarde este lindo traje, pasan á ser grises hasta al tercer año de su vida.

No bien hube observado el Tadorno, me incliné para que no reparase en mí, mandando á Medor con un signo que se me acercase. Me fuí aproximando casi á gatas con la esperanza de descargar un fusilazo certero al macho ó á la hembra; pero aun no hube dado cincuenta pasos cuando me apercibió el macho, dió un agudo grito, y voló. La hembra hizo otro tanto, pero se dirigió á un lado opuesto al del macho, rompiendo el aire con un vuelo vigoroso y rápido. Con respeto á los pollos, solo puedo decir que desaparecieron sin que supiese en donde ni por donde.

Confiado, sin embargo, en encontrarlos con la ayuda de mi perro, me dirigia al punto en que habian estado, cuando ví que el macho, sin duda herido gravemente por mi amigo, vacilaba en el aire, no bastando sus alas á sostenerle. Perdió en efecto el equilibrio, é iba á caer irremisiblemente lo mas lejos á doscientos pasos de distancia. Viendo lo fácil que me seria cogerlo, y creyendo que los pollos tardarian en dejar su guarida, me decidí á olvidarlos por un momento, y á perseguir á su padre. Poco se faltaba para que mi perro lo agarrase, cuando recobrando alguna fuerza volvió á su pesado vuelo, con las patas y la cabeza inclinadas, no levantándose mucho de la tierra, y dando lamentables gritos como animal prisionero; no dejó sin embargo de



El Tadorno.

alcanzar doscientos pasos mas de distancia. Llenos de ardor y de esperanza, nos echamos Medor y yo á correr á porfía tras de él, y para que nada me estorbase abandoné mi fusil en el tronco de un árbol.

No pudimos sin embargo alcanzarle, á pesar de que no tomó el vuelo hasta que mi perro estuvo por cogerle: creció nuestro ardor, y poco se faltó muchas veces para que le agarrase con mi propia mano, pues no hacia mas que arrastrarse surcando casi la tierra con sus alas caidas, y no pensaba en escaparse sino cuando Medor tenia el hocico muy inmediato á su cuello, en cuyo caso se esforzaba para ganar treinta ó cuarenta pasos mas.

Como esta maniobra se repitió varias veces, habíamos andado ya un cuarto de legua; mas como estábamos á punto de alcanzarlo daba por bien empleada mi fatiga y el abundante sudor que bañaba mi frente. Me contaba por posesor de un ave magnífica, cuando de repente ví que levantó con orgullo su cabeza, se ergüió sobre sus patas, desplegó sus vigorosas alas, y rompiendo los aires como una flecha se perdió en las nubes.

Medor y yo quedamos con un palmo de narices, seguimos con la vista al ave, hasta que desapareció enteramente, y entonces del todo desconcertados nos dimos una mútua mirada muy significativa, que espresaba á la vez nuestra sorpresa y confusion.

Nos decidimos en fin á ponernos en marcha, conociendo con bastante desagrado que nos habíamos divertido en disputarnos inútilmente el premio de la car.

rera durante un buen cuarto de legua. El cansancio me sugeria fatales pronósticos, que me incitaban á pensar que despues de haber sido juguete de las astucias del padre no habia razon para que no lo fuésemos tambien de las de la madre y de los hijos: en efecto, nos hallábamos aun bastante lejos del punto en que los habíamos dejado, cuando los vimos en compañía de su padre y madre, nadando con gracia en el estanque y columpiándose en las olas, á mas de ciento y cincuenta pasos de la orilla.

Una cosa habia en que no habia pensado, y era que mi hermoso fusil podia muy bien convenir y agradar á un braconero, tanto como á mí me habia agradado y convenido, lo que desgraciadamente no dejó de suceder. Llegando al árbol al que lo habia confiado miré con avidez, y no lo ví, ni lo he vuelto á ver jamás.

Tal es el modo con que conocí las costumbres de los tadornos, y la singular astucia de que se valen para alejar de su familia al cazador. Mientras nos acalorábamos para coger al fingido herido, la madre se habia apresurado á recoger los pollos y á internarlos en el estanque, donde estaban libres de todo peligro. Una vez han entrado en el agua continuan habitando en ella, y abandonan para siempre la madriguera que habia convertido la hembra en nido, bien á pesar de los señores conejos. El macho participa de los cuidados de la incubacion, ó bien vela sobre vecina eminencia para atraerse los peligros que podrian amenazar á su familia. Aunque muy celoso es muy buen marido y mejor padre de familias, pues ya sea en el campo, ya en el mar, ya ruja la tempestad, ó el tiempo esté sereno, siempre anda ó nada al frente de su pequeña compañía, la conduce, la dirige y no deja escapar medio que le sugiera la esperiencia ó la ocasion para aumentar la seguridad ó el bienestar de aquella. Es cosa admirable el ver pequeños tadornos apenas cubiertos de vello vencer las furiosas olas que estrellan contra las rocas muchas viejas aves de diversas especies. En ninguna nacion abundan los tadornos, pero aun en poco número se encuentran en casi todos los paises. Los de Europa en que mas comunmente se hallan son Islandia, Suecia, las islas Orkney, y en todo el norte de las británicas, de donde proceden muchas de sus familias que vemos en las costas de Bretaña y Picardía, sin que se internen generalmente muchas leguas y anidando las mas veces en las mismas orillas del mar. Abundan mas en las islas Falkans y en las costas de la de Vandiemen.

AGRICULTURA (*).

PROGRESOS DE LA RIQUEZA AGRÍCOLA EN INGLATERRA.

Habrá unos cincuenta años, Clumber-Park, perteneciente al duque de Newcastle y que no contiene menos de 4.000 acres, era un matorral enteramente estéril. En 1760 el genio de la agricultura vino á fecundizar este suelo improductivo: el noble propietario hizo construir allí una magnífica casa de campo; desapareció el matorral; 2.000 acres fueron plantados, y hoy está bajo la sombra de un hermoso bosque; lo restante del terreno da abundantes cosechas de granos de toda especie, gracias á un escelente sistema de cultivo; y los prados artificiales que se hallan en él alimentan á 4.000 cabezas de ganado.

Seríamos injustos para con nuestros vecinos del norte, si no mencionásemos los esfuerzos que han hecho desde el principio del último siglo para acelerar los progresos de la agricultura. En un distrito en donde una generosa emulacion parece animar los propietarios y labradores nadie merece ser citado con mas distincion que el difunto M. Barclay, en Ury, tierra situada en el condado de Kincardine. Dotado de una fuerza de cuerpo atlética y de un ingenio ardiente, enérgico y vasto, aplicó á la agricultura sus facultades estraordinarias con una perseverancia, que rara vez ha podido igualarse, y jamás ser escedida. Tantos esfuerzos viéronse coronados con el éxito mas feliz. En 1760 heredó el dominio de Ury, que se estiende por las dos márgenes de la Cowia, y en esta época, á escepcion de un corto número de antiguos árboles que rodeaban la habitacion, apenas habia un matorral de algun valor en toda la propiedad. El Cowia, que recorre esta gran posesion en una longitud de tres millas (una legua), habia abierto un profundo canal. Arroyuelos salidos de las tierras vecinas se dirigian hácia el rio formando en sus orillas cenagales y depósitos pantanosos, que de tiempo en tiempo iban al agua en pequeños trozos, que al instante arrebataba la corriente hácia el mar; resultando con esto que el Cowia usurpaba continuamente el terreno que lo ceñia, destruyéndolo poco á poco; y sus riberas no producian mas que alisos y algunas plantas acuáticas, que no habrian podido servir de pasto á los animales aun cuando hubieran sido accesibles.

Esta porcion de la tierra de Ury ofrecia además el gravísimo inconveniente de tener un declive harto rápido hácia el rio, cosa que no permitia cultivarla con el arado. Así es que un centenar de acres se hallaban enteramente inútiles para el propietario desde tiempo inmemorial; pero cuando M. Barclay entró en posesion de este patrimonio, concibió el proyecto de aprovecharlos. Empezó por desecar los pantanos de las dos orillas, y en seguida las plantó en toda su longitud, de encinas, fresnos y olmos. El crecimiento de estos árboles ha sido singularmente favorecido por la benigna temperatura de lo hondonada en que se hallan, tanto mas, cuanto que las diversas undulaciones del terreno ponen la plantacion al abrigo del viento de cualquier parte que sople. Nada hay que pueda aventajar al próspero estado de esta soberbia plantacion. Muchos árboles tienen ahora de quince á veinte pulgadas de diámetro, y de treinta á cuarenta pies de altura debajo las ramas. Ocupan un espacio de cerca 400.000 pies, siendo probable que á lo menos los 100.000 llegarán á una madurez completa. El valor definitivo de estos árboles será muy grande. De aquí á treinta años es probable que esta plantacion hecha en un terreno de 100 acres, que en otro tiempo no daba ningun producto, tendrá un valor á lo menos igual á la totalidad de los campos de labor de la posesion de Ury. Pero, aun sin contar con esta ventaja directa, ha sacado tambien M. Barclay la de proteger lo restante de su propiedad contra los estragos y usurpaciones continuas del Cowia.

Por lo que mira á las tierras labrantías, se dividieron en un cierto número de pequeños arriendos, y cada terrateniente tenia derecho de pasto sobre las colinas vecinas á la porcion que habia arrendado. Antes

(*) Véase el principio de este artículo en la página 29.

el suelo estaba embarazado con depósitos de agua estancada, con honduras, en las que los ganados estaban sin cesar espuestos á perder la vida, y sobre todo con piedras, que no solo se hallaban en su superficie, sino que *penetraban muy adentro en sus profundidades.* Entonces no habia cercados, no se empleaba la cal como abono, ni casi se cogia otra cosa que avena; tampoco se empleaban los carros y por otra parte no habia caminos por donde pudieran pasar; en una palabra, hubiera sido difícil el hallar una tierra que reuniese en igual grado todos los inconvenientes del antiguo sistema de cultivo, y en donde se hallasen menos las ventajas obtenidas por el actual. Pero M. Barclay habia estudiado los mejores métodos de agricultura en las hermosas llanuras del Norfolk y pronto mudó de aspecto bajo su mano poderosa. La posesion de Ury se compone de cerca 1.900 acres; ha plantado los mil en bosque, que hoy le redituan un valor de 100.000 libras (2,500.000 fr.). Antes de él solo habia 450 acres en tierras labrantías, las que ha hecho mucho mas productivas con mejores métodos agrícolas, y ha logrado fecundar los otros 450 haciendo cegar las honduras, *desecando los pantanos, quitando las piedras, etc.:* resultando de esto que esta tierra, que cuando M. Barclay la heredó no producia 200 lib. (5.000 fr.), produce hoy 1.800 lib. (45.000 fr.), amen de los bosques y plantíos, que, segun acabamos de verlo, presentan en la actualidad un capital de 100.000 lib. (2,500.000 fr.).

Podríamos ir citando muchos de estos ejemplos particulares que hemos presentado como pruebas del espíritu de mejora que se ha introducido entre nosotros de unos setenta años acá. Todos los distritos han rivalizado en celo, y dado pruebas del mismo deseo de aumentar y mejorar los productos de la tierra. Se podrá formar alguna idea del ardor con que se han emprendido las operaciones agrícolas, considerando la inmensa estension de los terrenos incultos que han sido cercados en el decurso del último siglo. La primer acta del parlamento para autorizarla cerca de un terreno comunal de pastos baldíos es el de Ropley en 1709. El informe del *comité* de los terrenos incultos en 1796 dice que el número de los *bills* de cercas pasados hasta esta época llegaba á 1776, y estima la cantidad de los terrenos cercados en 2,837.836 acres, lo que hace cerca 1.600 acres por cada acta. A fin de que nuestros lectores puedan formarse ideas exactas sobre el objeto vamos á presentar á su vista el cuadro de los *bills* pasados posteriormente á esta época hasta la actual.

AÑOS.	NUMERO.
1797	85
1798.	48
1799.	69
1800.	80
1801.	122
1802.	96
1803.	104
1804.	52
1805.	71
1806.	76
1807.	91
1808.	92
	986

AÑOS.	NUMERO.
SUMA ANTERIOR.	986
1809.	122
1810.	107
1811.	133
1812.	119
1813.	111
1814.	112
1815	75
1816.	43
1817.	30
1818.	38
1819.	46
1820.	36
1822.	33
1823.	14
1824.	22
1825.	19
1826.	23
1827.	19
1828.	22
Número total de los bills de cercados desde 1797 *hasta* 1828.	2.110.

Si los cálculos del *comité* de los terrenos de pastos baldíos son exactos, la cantidad de las tierras comunales *cercadas desde 1796 sube á 3,376.000 acres.* Clasificados bajo diversos reinados el número de los *bills* y la cantidad de terrenos cercados, son del modo siguiente :

REINADOS.	NUMERO de las actas.	ESTENSION del terreno cercado.
Reina Ana.	2	1.438
Jorge I.	16	17.660
Jorge II.	226	318.778
Jorge III.	3.554	5,686.400
Jorge IV. (hasta 1828).	188	300.800

Resulta de este estado que desde el principio del último siglo se han cercado y desmontado mas de seis millones de acres, y que las once dozavas partes lo han sido bajo un solo reinado que es el de Jorge III, constante é ilustrado protector de la agricultura.

Aun en la hipótesis de que una tercera parte de esta estension de territorio estuviese ya sometida á una especie de cultivo, resultaria todavía la añadidura de cuatro millones de acres, ó del séptimo de la cantidad de tierra cultivada anteriormente, y un aumento de ciento sesenta millones (4.000,000.000 fr.) al capital empleado antes en la agricultura. La Inglaterra ha producido ocho millones de *quarters* mas, y ha podido mantener una poblacion de un millon y medio mas con tierras que en otro tiempo eran del todo estériles. A pesar de todos estos esfuerzos, se opina que la Inglaterra contiene aun por sí sola unos seis millones de acres de tierras baldías, no bajando de treinta millones las que tiene en los tres reinos. Una porcion de esta vasta estension de terreno está sin duda condenada á una perpetua esterilidad, pero con un buen sistema de agricultura se obtendrian probablemente

de la mayor parte productos considerables. Durante los dos últimos siglos el gobierno inglés casi no se ha ocupado mas que de mejorar los cultivos de sus posesiones coloniales, dejando á los particulares el cuidado de mejorar las del interior. Hemos gastado cincuenta millones en estas colonias, y las guerras que nos han ocasionado nos han costado á lo menos otros doscientos que en todo hacen doscientos cincuenta millones (6.250,000.000 fr.) A la verdad, ningun hombre sensato puede dudar que si la mitad de esta suma se hubiera empleado en nuestro propio territorio, habria resultado de ello un aumento inmenso á sus productos. «La industria, dice Harte en su admirable *Ensayo*), es la fuerza motriz de la agricultura, y un solo acre sin cultivo debe considerarse como una mancha en un estado.»

Al hablar de los adelantos agrícolas introducidos en este país desde la mitad del último siglo, seria imperdonable no hacer ninguna mencion de las mejoras que ha esperimentado la cría de los ganados. Si el nuevo sistema de cultivo ha doblado la cantidad de forrajes que se habria podido sacar de la tierra con el antiguo, por otra parte las mejoras introducidas en la cria de los ganados han doblado probablemente la cantidad de alimento animal que en tiempo de los antiguos métodos se habria enviado al mercado como producto de una cantidad dada de forrajes.

(*Se continuará.*)

LA VIRGEN DEL CEÑIDOR,

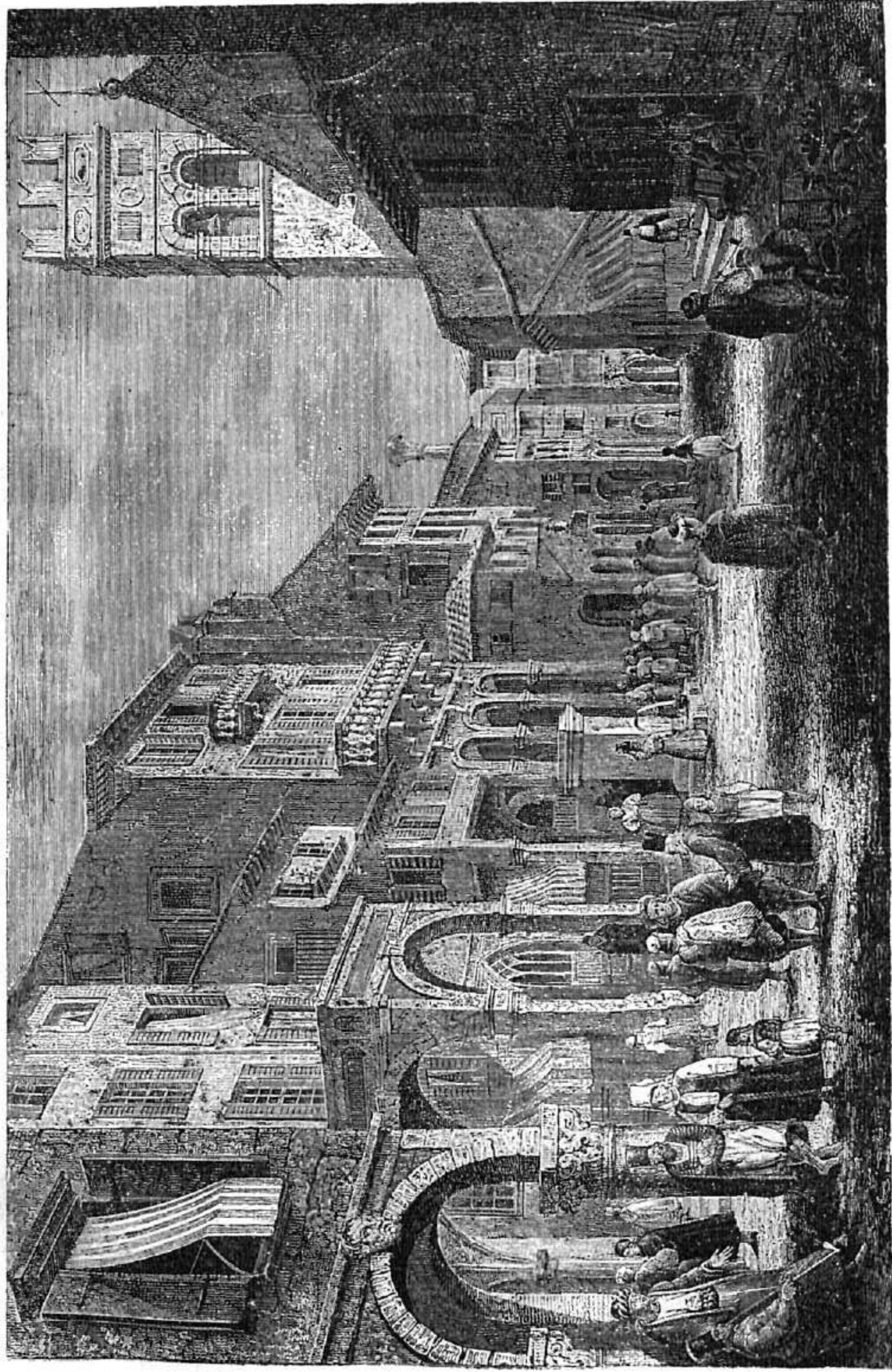
DE MURILLO.

La escuela española, que es sin contradiccion una de las mas ricas, cuenta desde el siglo XIII al XIX setecientos pintores, de los cuales tres tan solo son bien conocidos en Francia: Velazquez, Ribera y Murillo. De este célebre artista posee el museo español del Louvre veinte y dos cuadros: hemos dado ya á conocer su Asumpcion, y presentamos hoy la Vírgen del Ceñidor, composicion sobre manera sencilla é interesante. La Vírgen tiene en su falda al niño Jesus, y se ocupa en aquellos necesarios cuidados de vestido y limpieza que tanto importunan á los niños de teta, y tantos gritos y lloros les arrancan; dos ángeles colocados detrás de la Madre tocan instrumentos de cuerda para apaciguar al niño, cuya fisonomía presenta una mezcla de natural impaciencia y de placer causado por la celeste melodía.



La Virgen del Ceñidor de Murillo.

CALLE REAL DE CORFOU.





CORFOU.

Corfou es la mas importante de las islas, que reunidas en un gobierno comun protegido por la Inglaterra, son conocidas bajo el nombre de república de las islas Jónicas. Como residencia del gobierno, Corfou es en cierta manera la llave del mar Adriático, y ha tenido siempre grande importancia política y comercial: llamóse antiguamente Drepanea, y luego Corcira. Hácia fines del siglo XIV cayó en poder de los venecianos, que la conservaron hasta que por el tratado de Campo Formio fué cedida á los franceses, que se habian apoderado de ella durante la guerra. En 1799 conquistáronla las armadas combinadas de los rusos y turcos, y reunida á las demas islas Jónicas formó parte de esta República, hasta que volvió á caer en el dominio de la Francia, y mas tarde en 1814 en el de Inglaterra.

La ciudad de Corfou no es digna de atencion ni por su hermosura, ni por sus edificios, y es muy poco lo que se puede admirar tanto en la ciudad como en la ciudadela y los arrabales; pero considerada como plaza de guerra presenta un formidable sistema de fortificacion debido casi enteramente á los franceses. Sus principales edificios son el palacio del gobernador y las iglesias de San Espiridion y de María Spiliotisa; se han descubierto recientemente en las cercanías de la ciudad los restos de un templo antiguo, probablemente consagrado á Neptuno ó á Baco.

LA CAPILLA DEL SANTO CIRIO DE ARRAS.

Arras es una de las ciudades de Francia que mas sintió los efectos de la revolucion de 93; en ella imprimiera principalmente su huella el devastador torrente que pasara por aquel país, arrebatándole sus mas bellos monumentos y todas sus iglesias, escepto una sola, quizás la menos bella. Redújose á la nada su catedral junto con sus inmensas riquezas en objetos de arte y de escultura; sin que merecieran mayor respeto ni los mismos monumentos, cuya antigüedad y magnificencia les hacian doblemente interesantes. Entre ese número debe contarse la capilla de la Santa Vela de Arras, construida en el siglo XII, á fin de conservar el milagroso cirio que para preservar á los Atrebates de un contagio que hacia entre ellos gran número de víctimas, les trajera la Vírgen. He aquí como cuenta la leyenda su milagroso orígen.

La enfermedad de los Ardientes (1) hacia en Arras terribles estragos; ni á una sola familia era dado escapar de su alcance. En tal conflicto, los habitantes todos de Arras levantaban los ojos al cielo, é imploraban el socorro de la Vírgen. La catedral y su estenso claustro estaban atestados de muchedumbre, á quien ni en ese santo lugar perdonaba la muerte; no bastando los sacerdotes, continuamente ocupados en socorrerla, á aliviar tantas desgracias. No obstante, sus votos fueron por último oidos, y María se valió de dos ministriles para instrumentos de su bondad. Llamábase el uno Itier, y residia en Bravante; Normant el otro, y habitaba en Saint-Pol. Profesábanse ambos un odio implacable, no buscando el primero mas que una ocasion favorable para vengar en Normant la muerte que dió este á su hermano en una querella.

El 21 de mayo de 1105, Itier vió en sueños á una mujer de resplandeciente hermosura, la cual le ordenó fuese á encontrar al arzobispo de Arras, Lamberto, y le dijese que el domingo 27 de mayo por la noche, visitara á los enfermos que se encontraban al rededor de la catedral, en la cual haria en seguida su oracion, llevándole ella un remedio infalible para poner coto á la enfermedad. El miércoles, 23, tuvo Normant la misma vision, con órden de ejecutar el mismo mensaje. De pronto, temiendo esos dos hombres no fuese aquello una ilusion, no se atrevieron á dar fe á lo que habian visto; pero tuvieron que rendirse, cuando María apareciéndoles de nuevo, les amenazó castigarles si no obedecian.

Tomaron pues la vuelta de Arras, cada cual por su camino, el sábado, 26, siendo Normant el primero que fué á encontrar al obispo Lamberto, ocupado á la sazon en visitar á los enfermos. Llamóle aparte, y le contó su vision; como le tomara el obispo por un impostor ó visionario, no quiso dar fe á sus palabras, y continuó su visita. Llegó en seguida Itier, quien le contó lo mismo; insistiendo sobre su doble aparicion, y protestando ese su sinceridad. Acusóles el prelado de mancomunidad para engañarle; pero admirado de su impertinente porfía, y convencido que estuvo de que aquellos dos hombres no se habian visto mucho tiempo habia, siendo unos enemigos irreconciliables, empezó el Obispo á creer que podia encerrar aquella vision algo de verdad.

Así, pues, pusiéronse los tres á rezar, cuidaron de los enfermos segun les estaba encomendado; y preparados con esos piadosos ejercicios, pasaron la noche del sábado al domingo en la catedral, con varias otras personas que acompañaban al obispo. Al primer canto del gallo, vieron bajar del cielo, al través de las bóvedas de la basílica, á la Vírgen María, vestida como el dia de la vision; traia en la mano un cirio encendido, que entregó á Itier y Normant, en presencia del Obispo y de los circunstantes, desapareciendo al punto de haberles manifestado el uso que debian hacer de él.

Segun sus órdenes, derramaron algunas gotas del cirio en el agua bendita, la cual distribuida á los ciento cuarenta y cuatro enfermos que se hallaban en aquel momento al rededor de la catedral, verificó su curacion. El único que osó negar la eficacia del remedio, haciendo mofa de él, murió en medio de los mas espantosos dolores. Por lo demas, el número de las curaciones aumentó rápidamente, gracias á la virtud de la maravillosa bebida (1).

(1) La enfermedad de los *Ardientes*, conocida bajo el nombre de *Fuego ardiente*, que parece haber afligido al género humano; sobre todo, desde los años 1080 hasta cerca 1140, hacia sentir á los acometidos un fuego, que consumia diferentes partes de sus cuerpos, sin que fuese dado encontrar remedio alguno.

(1) Parece haberse verificado posteriormente diferentes curaciones milagrosas, mediante la virtud de la Santa Vela, pues al hablar de los parajes de la plaza pública contiguos á la pirámide donde se guardaba aquella, habia la

Al principio fué colocado el cirio en el altar de San Severo, bajo la guardia de los dos ministriles que lo recibieron del cielo, formándose al punto para perpetuar la memoria de aquel acontecimiento, una cofradía, bajo el nombre de *Nuestra Señora de los Ardientes*; la cual aprobaron los papas Gelaso, con su bula de 1119, y Roberto con la de 1120. Inscribieron en ella sus nombres, papas, cardenales, arzobispos, obispos, abades, reyes de Francia é Inglaterra, condes y condesas de Artois, duques y duquesas de Borgoña, príncipes, señores, caballeros, y multitud de ciudadanos nobles y plebeyos, ricos y pobres. Esta cofradía, que subsiste aun hoy dia, ha perdido su primitivo brillo, del cual guarda como memoria un cartulario, manuscrito muy antiguo y casi indecifrable, con los nombres de gran número de cofrades de una porcion de siglos (1).

Algun tiempo despues depositóse la Santa Vela en la iglesia de Saint-Aubert, de donde, al cabo de dos años, fué trasladada á la capilla del hospital de San Nicolás. Construyóse en el año de 1215 en medio de la plazuela una célebre pirámide por órden de los



Demolicion de la capilla del santo Cirio de Arras.

condes de Artois; con cuyo objeto se esmeraron en dar pruebas de liberalidad y magnificencia. En esta bella pirámide, obra maestra de la gótica arquitectura, y que hasta su demolicion en 1791 formara la constante admiracion de los estranjeros, fué donde se colocara el maravilloso cirio. Encerráronle hácia el año de 1320 en una caja esmaltada de plata, que regaló la condesa de Borgoña y de Artois Mahaut, la cual en 1420 Juan Sasquepee hizo cubrir con ricas cortinas de cuero adornadas de esculturas. El mismo Sasquepee, mayor de Arras, consejero de los duques de Borgoña y señor de Beaudimont, en 1422 hizo añadir á la pirámide una bella capilla gótica, en la cual fundara perpetua misa cotidiana. Durante el sitio de Arras en

costumbre de esplicarse asi: *juxta locum ubi candella beatæ Mariæ est reposita et ubi consuetum est á Deo multa miracula operari* (Decreto del parlamento de Paris de 1285).

(1) Veinte y cinco ó veinte y seis años despues de su establecimiento, en 1130, fué San Bernardo de intento á Arras para ver la santa Vela; veianse junto á la pared que circuye el local de la abadía de S. Waast, donde se alojara, una cruz de hierro, erigida por los religiosos en memoria de la alegría y satisfaccion que sentido habian al aspecto de aquella celeste antorcha. A causa de su vejez, reemplazóse este monumento con otro, en un todo parecido, en 1447.

1640, arruinara una bomba la capilla, que fué reedificada en 1656 con la misma forma con que se la veia aun en 1789.

Todos los años, desde la víspera del Santo Sacramento hasta el siguiente domingo celebraba la ciudad de Arras una fiesta en memoria de ese acontecimiento; teniendo vacaciones el consejo y la corte de Artois, los establecimientos públicos y los tribunales. Cada dia trasladábase con toda pompa y en procesion á la catedral la santa Vela, de cuya solemnidad nos manifiesta todavía el órden un viejo cuadro pintado sobre madera. Durante esas fiestas ardia la santa Vela por espacio de dos horas.

Su historia, grabada en la iglesia de Nuestra Señora, junto al altar donde la entregara la Vírgen en presencia del obispo Lamberto, fué ya publicada en 1153 por Aluise, obispo de Arras; habiendo hecho de ella una nueva redaccion en 1341 Asson, tambien obispo, y otra Gazet, cura de las Magdalenas, en Arras, hácia fines del siglo XVII. En 1349, el papa Clemente V. mandóla empadronar por los notarios de la Santa Sede. Todos los cronistas y autores contemporáneos hacen de ella mencion. En fin, los sumos pontífices Inocencio VIII, Clemente VIII, Pablo V, é Inocencio X, mas tarde concedieron numerosas indulgencias á los cofrades *Ardientes*, así como á los fieles que iban á visitar la santa Reliquia. Muchas de esas bulas merecieron ser conservadas en antiguos manuscritos.

AGRICULTURA (*).

PROGRESOS DE LA RIQUEZA AGRÍCOLA EN INGLATERRA.

Todos los que se han dedicado á la agricultura, no ignoran que la cria de los ganados es la tarea mas difícil del arriendo, y que principalmente en este ramo de la industria agrícola es en donde son mas lentos los progresos. Las ventajas que resultan de la adopcion de un buen sistema de cultivo aparecen prontas y ciertas si se comparan con las que se obtienen con la mejora de las castas de ganados. El difunto M. Backwell habia adquirido por este medio una reputacion muy merecida. No es este el lugar de examinar el mérito de sus teorías, ni el valor relativo de las castas que han hecho su nombre tan famoso. Nos contentarémos con observar que los esfuerzos que se han probado en seguida para mejorar la cria de los ganados en los diferentes distritos de Inglaterra, son debidos á sus numerosos ensayos Sus buenos efectos le acarrearon al pronto imitadores y rivales, primero en su vecindad y sucesivamente en todo el reino. La escuela de Dishley ha tenido sin duda, como todas, sus errores y ridiculeces; y uno de ellos era la disputa que habia entre los discípulos y émulos de M. Bachwell, sobre quien obtendria la gloria de criar carneros, á cuyas costillas envolviesen siete ú ocho pulgadas de gordura. Pero estos absurdos han pasado, y se ha mantenido todo cuanto era verdaderamente útil en la escuela de Dishley. Cada parroquia de Inglaterra sabe ahora como obtener con una cantidad dada de forraje una correspondiente cantidad de carneros y no de gordura de carnero. Los que examinan de buena fe cual era el estado de nuestros ganados antes que M. Bachwell se ocupase en mejorarlo y el que gozaban en el momento de su muerte, convienen todos en que ninguno ha hecho á nuestra agricultura mayores servicios. Lo que principalmente importa observar es que no son algunas localidades particulares las que han aprovechado los felices esfuerzos de este hábil agrónomo: la Gran Bretaña entera esperimentó su influencia, y los progresos que hacemos en este particular son tan contínuos y rápidos, que nuestros nietos dirán sin duda que en 1827 este ramo de nuestra industria agrícola estaba todavía en su infancia.

El aumento en la produccion de la carne y la estension de los cultivos de patatas deben causar en adelante un cambio casi total en la dieta ordinaria de los habitantes de la Gran Bretaña. Esta feliz mudanza ha acrecentado ya la cantidad de los géneros alimenticios que pueden obtenerse de una porcion dada de terreno, siendo por consiguiente eminentemente útil al país. Pero no se limitan aquí las ventajas que resultan de ella, pues no solo aumenta en una fuerte proporcion la masa de los alimentos, sino que hace su produccion menos precaria é incierta. Las patatas y muchos otros vegetales, así como la leche y la carne de la carnicería, estan menos espuestas á la influencia de los climas y estaciones. En otro tiempo se oia con frecuencia repetir que la tierra estaba demasiado dura para ser cultivada, ó bien que la lluvia y el granizo habian destruido las cosechas. Cuando esto sucedia, los aldeanos de ciertos distritos de Escocia sangraban sus ganados, y despues de haber hecho hervir la sangre que sacaban de modo que se volviese sólida, la comian en lugar de pan con su leche. Estos miserables recursos se han abandonado desde la estension de los cultivos de patatas, y de todos los recientes beneficios que debemos al genio de la agricultura. Siendo nuestra dieta mas variada, se ha hecho necesariamente menos dependiente de los fenómenos atmosféricos que la de los pueblos que viven esclusivamente de trigo ó centeno. Cuando nos falta uno de nuestros alimentos habituales, casi siempre lo hallamos recompensado con la abundancia de otro.

En otro tiempo el terreno de Inglaterra estaba dividido y subdividido en un gran número de labradores inhábiles. El que habia tomado en arriendo treinta ó cuarenta acres pasaba por un arrendador muy rico; con ayuda de los miembros de su familia ejecutaba por sí mismo todos los trabajos de su terreno, y con sus propias manos se fabricaba sus instrumentos groseros y poco aptos, esceptuando tal vez su arado. Su rastrillo mal construido tenia dientes de madera endurecidos al fuego y sus arreos eran hechos de mimbre ó clin que él mismo habia trenzado. Un carpintero nómada que iba de cortijo en cortijo con sus herramientas á la espalda, despues de haber cortado un fresno en un seto vecino hacia con él un mal arado en el espacio de algunas horas.

Además de los instrumentos de arar, la familia del labrador fabricaba tambien los tejidos y la mayor parte de los muebles que necesitaba; por la noche, en invierno, antes de la hora de cenar, rodeado el labrador de su familia y de los mozos de su hacienda, hacia sus cestas de mimbre, cucharas de madera, vasos de haya y demas utensilios económicos. Durante la misma estacion, la labradora con sus hijas y criadas, se

(*) Continuacion. Véase las páginas 29 y 38.

ocupaba desde el amanecer hasta la noche en hacer calceta y en tejer é hilar lana y lino; estas hilazas se remitian en seguida al tejedor del lugar; el cual, despues de convertirlas en lienzo, lo hacia teñir en la ciudad mas inmediata, volviéndolo en seguida á la familia, que de él se vestia. Mientras duraba tal estado de cosas, las manufacturas del país eran, por decirlo así, domésticas. Tanto en la cabaña como en el palacio del príncipe, la aguja, la rueca y el torno, estaban constantemente en actividad; nuestras abuelas adquirian las mas de las veces una brillante reputacion con sus labores de aguja, y los mas elegantes caballeros del siglo XVI, y hasta del XVII traian vestidos hilados por la delicada mano de sus mujeres é hijas, y aun muchas veces por las manos reales. Cuando una hija de una casa principal se casaba, siempre llevaba consigo un surtido de telas de hilo y lana, productos de su industria y celo virginal, que debian servir para adornarla en el alto rango en que iba á vivir.

Las manufacturas y el comercio estaban entonces en su infancia, y no existia ningun fundamento sobre que pudieran reposar de un modo sólido. Los productos obtenidos por el corte de los vellones y por un modo de cultivar muy imperfecto, eran poco considerables; casi siempre se consumian en el recinto del cortijo, su propietario solo recibia una parte muy limitada á título de renta, y los pequeños contingentes impuestos por las exigencias del estado, parecian una carga insoportable. Este antiguo sistema social, se ha modificado progresivamente desde el reinado de la reina Isabel, hasta cerca la mitad del último siglo; época en que se emplearon las máquinas en un gran número de operaciones, que antes se ejecutaban con la mano. De la invencion de las máquiñas para cardar, de los *mull-jenny* y algunos otros aparejos mecánicos, data el aumento de renta en los propietarios. Se sabe de un modo vago, que el aumento de la renta de la tierra se fija en la nueva direccion que tomó á la mitad del siglo XVIII la industria manufacturera; probemos, pues, de esplicar estas relaciones de un modo mas satisfactorio que lo que se ha hecho hasta el dia.

Mientras el antiguo sistema se mantuvo en todo su vigor, es claro que el arrendatario de cada tierra tenia que mantener en su propia casa, ó á lo menos en los límites de su cortijo, un número de individuos, suficiente no solo para los trabajos del cultivo, sino tambien para la fabricacion de los utensilios y de los vestidos necesarios para sí, su familia y sirvientes. Antes de la introduccion de los prados artificiales y de las demas cosechas verdes, que al paso que dan una constante sucesion de alimentos para los ganados, aseguran á los trabajadores empleados en la agricultura una serie no interrumpida de trabajo, los hombres y caballos del labrador permanecian ociosos una parte considerable del año. El alimento que consumian durante todo este tiempo, era una pérdida sin compensacion para el propietario, y directa é indirectamente para el público. Pero por medio del sistema de cultivos alternados que prevalece hoy y de las cosechas sucesivas que son su consecuencia, jamás quedan inactivos los hombres y animales que mantiene el arrendador; logrando con esto una enorme economía que, á título de renta, llega á ser el patrimonio del propietario.

Cualesquiera que sean las mejoras introducidas en los instrumentos del campo, no sostendrémos sin embargo que bajo el nuevo sistema una yunta de caballos de labor pueda hacer en un tiempo dado el doble de trabajo que hacia dos siglos atrás; pero como antes casi no se cultivaban mas que los trigos de marzo, era indispensable que todo el trabajo se ejecutase en el corto espacio de un mes, ó á lo mas de seis semanas, quedando así intacto el arado hasta la primavera inmediata, y no empleándose ya los caballos hasta la época de la siega; y como la labranza se hacia simultáneamente, veíase el dueño obligado á mantener un número escesivo de yuntas. Cuán diferente en el dia! Basta una sola para un cortijo que antes habria necesitado dos ó tal vez tres: inmediatamente despues de la siega se emplea la yunta á preparar la tierra para el trigo, tras esto vienen algunos trabajos de invierno, despues de lo cual se hacen las siembras de cuaresma, las cuales terminadas, se acomoda el terreno para los nabos. Esta preparacion y algun otro trabajo, que seria superfluo circunstanciar, tienen ocupada la yunta hasta el momento de la cosecha, y concluida esta vuelve á comenzarse por el mismo órden. De esta manera el arado jamás está desocupado un solo instante, y una yunta empleada en una serie no interrumpida de trabajos, hace necesariamente muchos mas de lo que podian hacer dos yuntas en tiempo de los saltos y de la actividad intermitente de la antigua agricultura.

Supongamos que el propietario de un cortijo de 100 acres se viese antes obligado á mantener diez caballos y diez hombres, para cultivar, sembrar y coger, y diez mujeres para cardar é hilar. Con el sistema de los cultivos alternados bastarán cinco caballos y otros tantos trabajadores, para ejecutar todos los trabajos de la misma hacienda, al paso que las nuevas máquinas permitirán á dos mujeres el fabricar la misma cantidad de tejidos que antes diez. De este modo el propietario economiza en provecho suyo el mantenimiento de cinco caballos, cinco hombres y ocho mujeres, y los hombres y mujeres que por razon de este cambio pueden los labradores despedir, se dedican á otros quehaceres, cuyos productos aumentan por necesidad. Algunos hallan empleo en las manufacturas establecidas para la fabricacion de los objetos de necesidad ó de lujo que compran los propietarios de tierras enriquecidos con los métodos económicos de la nueva agricultura, y otros entran en calidad de criados en las casas de estos propietarios, consumiendo la misma cantidad de alimentos que habrian consumido si hubiesen continuado labrando la tierra. Así pues, aunque el nuevo arreglo sea muy ventajoso á los dichos propietarios, está bien lejos de ser perjudicial á las clases trabajadoras á quienes es tambien provechoso, bien que no en la misma proporcion.

(*Se continuará.*)

GEORGIA.

Si existe una nacion descuidada y casi olvidada por los historiadores, es sin disputa la Georgia, pues nada hay escrito sobre su antigüedad, costumbres, carácter, tendencia de su civilizacion, etc.: estudio que no carece enteramente de interés en circunstancias en que el Oriente es el objeto de las miradas de toda Europa.

Despues de conservar su independencia en medio

de vecinos que sin cesar le amenazan con una total ruina, despues de guardar intacta su religion en medio de los infieles, á pesar de tener idioma propio y leyes escritas, no posee sin embargo aquel pueblo una historia, en el sentido que á esta palabra dan las naciones civilizadas; pues no merecen semejante nombre un conjunto de tradiciones fabulosas acerca de su orígen, una serie de nombres de reyes, y una larga enumeracion de guerras desastrosas. Y no es estraña tal carencia de datos históricos sobre aquel país; antes bien debe mirarse como consecuencia natural de la posicion en que constantemente ha estado la Georgia, rodeada de vecinos que jamás cesaron de oprimirla. Hasta fines del siglo XIII, su historia no presenta mas que errores políticos de los soberanos y calamidades del pueblo; bajo una no interrumpida opresion no podian desarrollarse ni la industria, ni el comercio, ni el bienestar general; y mientras sucedíanse unas á otras las turbulencias, las traiciones, los asesinatos, los destronamientos, la anarquía y las guerras civiles, las naciones estrañas, *tales como los griegos, turcos y persas*, invadiéndola á su turno, devastábanla y gravábanla con contribuciones.

Por los años de 1120 á 1220, mientras los mahometanos andaban ocupados contra los cruzados, emancipóse la Georgia de la sujecion en que estaba, y fiando su suerte á las armas, derrotó en algunos combates á los curdos y persas; incursiones que no podian reportarle verdaderas ventajas, pues provocaban mas furiosas invasiones de sus enemigos. Reinaba, cuando estos pasajeros triunfos, la reina Tamara, único nombre que brilla en la historia de aquella nacion, y que parece poseyó el arte de gobernar, el amor de su pueblo y el respeto de sus vecinos. A pesar de la desproporcion de sus fuerzas con las de sus vecinas la Turquía y la Persia, jamás ha caido completamente en poder de estas aquel pequeño estado; fidelidad á la religion, amor al pais natal, constancia, resolucion y valor, he aquí las brillantes calidades de los Georgianos, á favor de las cuales han salvado su patria de una total y cierta ruina. Las devastaciones de sus enemigos, los saqueos, los incendios, la captura de habitantes sumiéronles en un abismo de desgracias; pero en tales apuros nunca perdió la nacion su energía, ni menguó su fuerza moral con tantas vicisitudes.

Este país, objeto eterno de la codicia de Persia y Turquía, no pocas veces fué causa de guerras terribles entre las dos potencias; pero ni persas ni turcos podian asentar en él su imperio, porque su carácter nacional no era á propósito para consolidar sus conquistas

Al hablar del carácter y costumbres de los Georgianos, no deben confundirse los habitantes de Tiflis, con los del resto de la nacion; pues ocupada aquella como capital por los pueblos invasores en casi todas las guerras, resintióse señaladamente de su permanencia en esta y de su influjo. Así, á causa de la opresion humillante en que estuvo por algunos siglos, sus habitantes son inclinados á la estafa, á la mentira, á la adulacion, á la desconfianza, á la falsedad, en una palabra, á cuanto constituye un carácter mezquino y degradado. Estúdiese su carácter moral, y se verá con dolor la mas escesiva corrupcion en sus costumbres, la hipocresía, el fraude y la codicia, asomando en todas partes, la liviandad en sus diversiones, el valor y la intrepidez rayando en temeridad en los combates, la ligereza é inconstancia en sus empresas, la precipitacion y violencia en los medios para alcanzar su objeto, y á la par de una gran devocion, que no pasa de las prácticas esteriores, la perpetua violacion de sus juramentos. Olvidan los beneficios recibidos, si ya no tienen siempre aprontada una escusa á su ingratitud; su misma desconfianza les presenta como malos los demas; aman el vino y el desórden; danse al juego y á la pereza; y sobrios en los alimentos, y moderados en los adornos del lujo, aborrecen las artes y ciencias que exigen trabajo continuo.

Tal es el cuadro de las costumbres de los moradores de Tiflis, triste á la verdad, pero exacto á las relaciones de los mas célebres viajeros, confirmadas por observaciones recientes. La fuerza del hábito ha convertido en costumbres estos defectos; el triste ejemplo de los pasados ha pervertido la nueva generacion; y la influencia estranjera de tal manera los ha cambiado, y con tantos vicios les ha inficionado, que forman, digámoslo así, *un pueblo distinto del georgiano.*

En la introduccion á la Coleccion de las leyes de Georgia, así se espresa el rey Waktang: «La Georgia es un país colmado de todos los beneficios del cielo: pero, por la inconstancia de los tiempos y mudanza de las circunstancias, todos los juicios y deliberaciones han procedido de alguna influencia: unos de las consideraciones á los vínculos de familia y de amistad, otros de la cobardía, muchos del poco temor de Dios, y no pocos de la corrupcion y del soborno.» Luego siguen los deberes del monarca y de los jueces; y para la averiguacion de la verdad, establece la ley tres medios: 1.° por medio del hierro hecho ascua; 2.° del agua hirviente, y 3.° del duelo.

Por medio del hierro hecho ascua. Pónese en la mano del acusado un papel, y sobre este el hierro; y si despues de andar así tres pasos, quitando el hierro, no ofrece la mano quemadura alguna, se le declara inocente; pero este medio solo se usa para con los acusados de traicion, de robo sacrílego, y de adulterio.

Por medio del agua hirviente. En una vasija llena de agua y puesta en el fuego échase la cruz que se acostumbra llevar en el pecho á guisa de escapulario; así que empieza á hervir el agua, quítase la vasija del fuego, y en nombre de Dios se manda al acusado que saque la cruz con la mano, que luego envuelven con un saquito ó bolsa, cuidadosamente atada y sellada; y si al tercer dia, al quitar el envoltorio, no tiene la mano ninguna señal de quemadura, el acusado es inocente.

Por medio del duelo. Despues de pasar acusador y acusado cuarenta dias en oracion, ármanse y salen al campo, teniendo á su lado padrinos armados con látigo y escudo. El combate, que se verifica en presencia del rey, dura hasta que pierde la silla uno de los dos, al cual conducen los padrinos como reo ante el soberano, que dispone de él á su arbitrio, y sus armas pasan al vencedor, y á los padrinos de este su caballo.

Segun los cronistas armenios débese la fundacion de Tiflis á los gobernadores persas de la Georgia; yendo estos á los baños de las aguas termales, escitados los naturales por el ligero tráfico que allí se hacia durante su permanencia, fuéronse poco á poco domiciliando en Tiflis. El pueblo primitivo estaba situado en la orilla derecha del Kour, en el mismo paraje que hoy se denomina *Puertas de los Baños*, y donde se han cons-

truido estos, cerca del orígen de las aguas minerales; á la izquierda del rio tiéndese una llanura, llamada por los antiguos autores *Pciedogozan*, esto es, edificio de madera, nombre dimanado de una fortaleza de madera que por allí hubo; y el fuerte de cal y canto, cuyas ruinas vense todavía, fué construido en el siglo X, por el primer rey titular de la Georgia. Los restos de baluartes y torres que se divisan en la parte del mediodía pertenecieron á una fortaleza de los turcos, y si ha de conjeturarse por los pasadizos subterráneos abiertos en la peña que hay allí, los señores de Tiflis halláronse mas de una vez en apurada situacion en las invasiones de los pueblos enemigos que les cercaban. Cuando el tiempo haya derribado las ruinas del muro que ocupa la cumbre del monte, ya no quedará ningun vestigio que recuerde las fortificaciones de la ciudad asiática.

Si bien en nuestros dias ha degenerado el genio militar de los Georgianos, con todo su género de vida, su traje, sus juegos y sus diversiones todavía conservan el sello de los rudos tiempos de la edad media, y la aficion á los ejercicios guerreros ha pasado con la clase noble hasta la actual generacion. En las grandes festividades, los mejores ginetes, hermosa y ricamente vestidos, y montados en caballos magníficamente enjaezados, reúnense en el terreno destinado para las corridas, y dividiéndose en dos partidos, principian por arrojarse pequeñas jabalinas, y ejecutan varias maniobras con tal gracia, destreza y facilidad, que raya en prodigiosa la osadía de los movimientos del ginete en la silla: imágen y recuerdo, para el pueblo, de los dias pasados, en que sus padres sino ellos mismos tenian que luchar contra las invasiones.

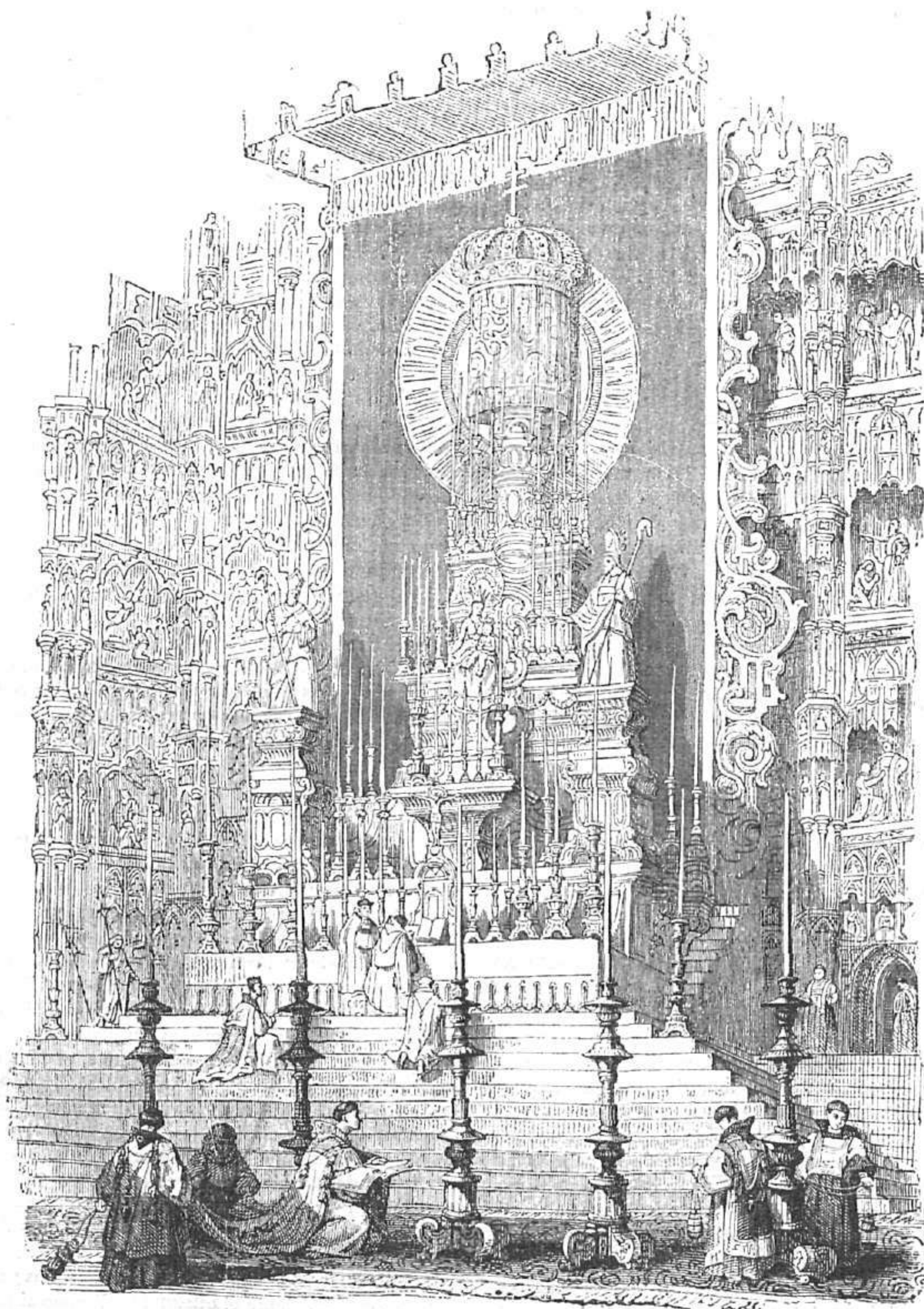
Generalmente son muy ruidosos en Georgia los banquetes, las danzas, los cantares y la música. Por lo que á la danza de los hombres respecta, pocas particularidades ni aun bellezas ofrece, y habitualmente no bailan sino cuando la influencia del vaso ó de la copa ha reanimado sus brios y alegría, reuniéndose para ello en unos jardines. Pero la danza de las hembras sí tiene atractivos, mayormente sabiendo cualquiera cuan celebrada es la hermosura de las Georgianas; baste sino decir que en las épocas de esclavitud bajo el dominio estranjero en cierto modo servian de contribucion de guerra, é iban á poblar los harenes de los vencedores. En Tiflis, cuando viene la noche con su frescura, siéntanse las Georgianas en las alfombras que entapizan sus terrados, y al son de unos tambores ó de meras palmadas, una de las doncellas, admirablemente vestida y cubierta con un flotante velo de gasa, espresa con dulce pantomima los mas ardientes deseos de su corazon; y á la débil claridad de la luna hay no sé que encanto, gracia, ligereza y espresion en los movimientos de las bellas bailarinas, que los dias festivos se ven en la mayor parte de los terrados.

Al oido europeo le repugnan la música y canto de aquel país; pues, como si ningun atractivo tuviesen para ellos los instrumentos melodiosos, los Georgianos solo aman el son del bombo, de los tambores y de los címbalos; y bastante revelan la naturaleza de su genio músico sus instrumentos, que consisten en una gaita y una especie de laud con cuerdas de metal. Despues de hinchar el saco de su gaita; canta el músico, acompañándose con el toque de dos flautas que están unidas á aquel, y regularmente es el asunto de sus cantares el elogio de un héroe cualquiera de los tiempos célebres, sea histórico ó fabuloso, y á veces una improvisacion en honor del concurso, formando el agudo son de la gaita y la monótona cantinela del improvisador la armonía mas triste y detestable.



Georgiana.

SEVILLA. — ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL.



LA CATEDRAL DE SEVILLA.

Es necesario estudiar atentamente á Sevilla para conocer las bellezas de esta maravilla de España, de esta Roma de los Arabes. Antes de llegar á ella, repite el viajero en su interior: «Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla,» se promete ver mil prodigios, mil obras maestras de arte; pero al entrar no divisa mas que lo que es general en España; es decir, edificios de un gusto mas bien bárbaro que gótico, calles estrechas, oscuras y tortuosas, mal enlosadas cuanto cabe, pequeñas plazas y murallas dentadas como una sierra; lo que reunido, presenta una perspectiva bastante pintoresca, mas no superior á la que se ha visto el dia antes en Córdoba. Llénase entonces el viajero de ardiente despecho contra la exageracion de los que le han precedido, se acusa á sí mismo de su invencible curiosidad, y maldice la propia credulidad mal curada con las lecciones reiteradas de la esperiencia, pero que juzga en aquel momento ya vencida para siempre. Si no se arrepiente precisamente de su viaje, se avergüenza de haber alimentado por tanto tiempo ilusiones dignas de un niño.

Sin embargo, pasado el primer despecho, créese obligado, sino por otra razon, por la de poder juzgar con conocimiento de causa, á visitar la famosa catedral, á cuyo aspecto acaba el desencanto y empieza la sorpresa. Se halla delante de una de las maravillas de la tierra, descúbresele un mundo entero, y reanimado su primitivo ardor, ni teme fatiga ni pérdida de tiempo; y si merece el nombre de viajero, cree haber hallado una mina que esplotar; juzgando este trabajo, no un cansancio, sino un placer sin igual. La catedral de Sevilla no tiene el interés histórico que la de Córdoba, ni ofrece en el esterior, ni en lo interno, pintorescos puntos de vista como la mezquita de Abderramen (disimúlese la espresion por ser necesaria para espresar mi pensamiento). El esterior de aquella iglesia solo aparece estraordinario cuando se mira de lejos, en las orillas del Guadalquivir, por ejemplo, desde donde las inumerables pirámides que descuellan sobre los techos y coronan sus muros, se parecen á un bosque de pinos, plantados sobre una cadena de agudas colinas: espectáculo imponente y asombroso, dado caso que no sea enteramente bello con relacion al arte. El interior de la catedral, que se puede llamar moderno, por haber sido concluido en el siglo XV, es para mí un prodigio, debido como lo restante del edificio al Capítulo de Sevilla, especie de estado mayor eclesiástico, no menos poderoso que rico.

A fines de la edad media, estos canónigos soberanos quisieron elevar un monumento, que á ningun otro se pareciese ni reconociese modelo, y lo efectuaron, al mismo tiempo que dieron á las artes una obra maestra. Noventa años fueron necesarios para llevarlo á cabo, y para dar á la España y al mundo un edificio tan asombroso como San Pedro de Roma, de estilo mas puro que la catedral de Milan, y mas completo que la de Colonia.

El interior de la iglesia se compone de cinco naves del mejor gusto gótico, siendo la del medio de tan estremada elevacion, que uno se figura estar dentro una montaña vacía. Todos los objetos que decoran, ó por mejor decir, que obstruyen y embarazan el templo, producen en el alma una irresistible impresion de respeto y de recogimiento. Por mi parte, despues de tantos viajes y de estar tan habituado á la sorpresa, no me hubiera creido capaz de sentir una emocion tan fuerte, como la que me causó aquella bóveda, verdaderamente cristiana, si bien que bastante moderna. Figuraos un valle volcado, y cuya antigua profundidad forma una bóveda sostenida por los troncos de los viejos árboles, que hayan quedado en pie durante dicho hipotético trastorno de las leyes de la naturaleza: lo que os dará una idea del aspecto de aquel templo grande, severo, asombroso y sublime, como el Dios que allí se adora.

En este santuario se reconoce especialmente cuanto aprovecha á la criatura lo que da al Criador. Dios en nada necesita las obras maestras de nuestras artes; pero el hombre necesita de la fe para hacer prodigios, y sus esfuerzos son proporcionales á su fervor, para con el Señor supremo. Al producir lo que el mundo llamará una maravilla, da á Dios una parte de lo que le debe; es verdad que agota su vida, su genio y sus riquezas, para sacar este monte de piedras de las entrañas de la tierra; pero ¿qué importa todo esto si se atiende al dueño para quien se trabaja? Qué importa el tiempo que se emplea en sembrar cuando es para segar en la eternidad?

Sin la vivificante idea de un soberano Señor, que dispensa la felicidad á las almas segun sean sus deseos y obras, el hombre, concentrado en sí mismo, no superaria á los mas ingeniosos de los animales; es decir, que el arquitecto que no edifica para el cielo, no es superior á los castores, á las hormigas, y á algunos pájaros que viven en nidos tan sólidos como nuestras mejores casas.

Si el hombre no siempre ha necesitado ser cristiano para hacerse sublime, es innegable que al punto que se consideró mas noble que la abeja pasó á ser religioso; y los mismos paganos tenian mayor veneracion á la naturaleza, que la que nuestra mezquina filosofía, sumergida en la duda en que se complace, nos permite espresar hácia el rey de la misma naturaleza. Lejos de nosotros estos miserables ensayos de escepticismo, de que se envanece aun nuestro siglo; alejemos las obras de destruccion, alejemos el espíritu que mata, y llamemos al espíritu que vivifica! Nos hallamos ya en el último período de las demoliciones, y debemos espulsar á los demoledores para dar paso al arquitecto que ha de elevar un nuevo templo al Dios de nuestros padres, porque este Dios no cambia como los muros de la iglesia, ni como los ornamentos del altar.

Me pareció sentir que el espíritu divino reside en la catedral de Sevilla, y en ninguna parte, ni en la misma Roma, me ha parecido tan majestuoso el culto católico, como en este santuario verdaderamente cristiano. Entré en él un domingo y un regimiento entero desaparecia debajo de las sobrenaturales bóvedas como una hilera de hormigas, sin que una buena parte de la poblacion de Sevilla resaltase mucho mas en este gigantesco monumento de la piedad cristiana y de la riqueza canonical.

El sacerdote que oficiaba asistido de diáconos y subdiáconos estaba delante el altar mayor, como si estuviese colocado en la cima de una montaña, y cuando se arrodillaba se perdia casi enteramente entre la sublime oscuridad del tabernáculo. Esta parte de la igle-

sia es muy elevada y apartada del lugar que ocupa el pueblo, no pudiéndose llegar á ella sin subir un gran número de gradas. Las oraciones de aquel anciano casi invisible y las voces de los jóvenes acólitos me parecian caidas del cielo sobre la cabeza de los fieles, separados del santuario por una enorme gradinata, y por una alta verja de hierro dorado, de fuerte pero esquisita labor.

La imaginacion de los españoles ha hecho el culto católico tan pintoresco como santo es en sí. En las principales iglesias de la Península el coro no está confundido con la nave, y el sacerdote que oficia, está colocado sobre la meseta de una alta escalera, especie de montaña sánta, que coronada de bóvedas produce un efecto pintoresco que recuerda las pompas de la naturaleza; y este recuerdo del mundo esterior contribuye á aumentar la solemnidad del culto mas interior, mas místico, mas espiritual, como es el católico, que vive y se alimenta con símbolos. Me parece que un oficio divino celebrado en la catedral de Sevilla produce en el alma una impresion semejante á los versos de la Atalia cuando son leidos y no representados, y que si las tradiciones del rito católico quedasen olvidadas en el resto de la tierra, permanecerian con todo su vigor en este pais de ceremonias y de entusiasmo.

El arzobispado de Sevilla, erigido en tiempo de los Godos, goza de una renta de 80,000 libras. La catedral tiene 4020 pies de longitud, 2063 de latitud, y una elevacion aun mas estraordinaria. Recibe la luz por 80 ventanas, cuyos vidrios son inestimables, pues fueron pintados por *el célebre Arnaldo de Flandes.*

Se celebran 500 misas diarias en los 82 altares que contiene la iglesia, consumiéndose una cantidad que parece fabulosa de vino, aceite y cera. Entre la nacion de Levitas que reconocen á este templo maravilloso como una segunda patria, se cuentan once dignidades mitradas, cuarenta canónigos superiores, otros veinte de un rango inferior, dos bedeles, un maestro de ceremonias, dos ayudantes, tres sotayudantes, treinta y seis niños de coro con sus rectores, subrectores y maestros de capilla, diez y nueve capellanes, cuatro párrocos, cuatro confesores, veinte y tres músicos y cuatro supernumerarios, debiéndose añadir una legion de sacerdotes seculares, que dicen misa todos los dias en un altar de la iglesia metropolitana. Sabido esto, nadie se admirará de que el oficio me haya parecido sumamente pomposo y recordado á Atalia, al templo de Salomon y á la liberalidad de los judíos hácia su Dios. No habia comprendido toda la estension del poder católico hasta haber visto este monumento, que junto con el tercer libro de la Imitacion de Jesucristo, abraza todos los destinos del género humano. Aquel libro indica el camino á las almas privilegiadas, á la par que este templo abre paso á la multitud: de nada os inquieteis, nada echeis á menos, sobre nada lloréis, pues el remedio existe, y Dios no tardará en manifestar la superioridad de su espíritu sobre la sabiduría del mundo. Al recorrer esta catedral siento del mismo modo que si leyere un canto de los *Mártires*, que la religion está siempre viva y que goza del poder de hacer milagros.

El órgano de la iglesia es uno de los mas famosos, grandes y sonoros de Europa, y algunos de sus cañutos parecen *máquinas de vapor.*

Además de las cinco naves de que he hablado ya, están arrinconadas en los muros del edificio varias capillas que vienen á ser pequeñas iglesias contenidas en el seno de la principal. Los domingos por la mañana estan pobladas de grupos de mujeres prosternadas, cuyas oraciones responden á las voces de la sagrada falange del ejército de Levitas ocupados en santificar á sus hijos espirituales: la doble poblacion cristiana de sacerdotes y discípulos no se distrae un momento de sus piadosas funciones; de modo que pasé entre ellos sin que mi presencia fuese notada por persona alguna. Las iglesias de España no han sido jamás miradas como objeto de curiosidad, y cuando se celebran los divinos oficios, no se admite á los estranjeros mas que en calidad de fieles, y se les espulsaria si se anunciasen como simples espectadores: esta es la razon porque son bastante desconocidos á los viajeros los monumentos religiosos de Andalucía.

La capilla de los Reyes contiene varios sepulcros dignos de atencion: entre otros el de Fernando III llamado el Santo, que conquistó á Sevilla en 1248, (año en que murió San Luís rey de Francia); y el de Alfonso X llamado el Sabio, hijo de San Fernando. No muy lejos se halla el sepulcro de Cristóval Colon, con esta inscripcion única en la historia de los mausoleos y de los epitafios:

A Castilla y á Leon
Nuevo Mundo dió Colon.

El hijo de este grande hombre está enterrado á poca distancia de su padre, pero aun que su nombre no sea oscuro no puede rivalizar con el del descubridor de la América; así es que sobre su mármol se lee una larga y detallada inscripcion. Debiera haberle bastado el nombre de su padre, pero este fué un nuevo ejemplo del modo con que la vanidad procura suplir el verdadero orgullo.

La sublimidad dél pensamiento que concibió esta catedral no puede dejar de dar sus resultados, y así es que cuanto de sobrenatural nos refiere la historia se comprende perfectamente al leer los nombres mas gloriosos en el pavimento y paredes de esta catedral, que debiera llamarse el panteon de la caballería, y que es semejante á un mundo colocado entre el cielo y la tierra. Es en fin imposible el formarse á primera vista una idea de cuanto contiene este depósito de las artes y de las grandezas de la España entera. Yo por mi parte confieso que nunca he pasado cerca de muros mas nobles.

LOS PAGURES.

«Cuando el demonio de la propiedad apareció entre los hombres, la miseria y el crímen fueron sus compañeros en la tierra», dice Barnabe; axíoma que no comprende tan solo á los hombres segun me propongo demostrar.

Un dia, acaba de escribirme un amigo mio que vive en América, luchaba por apartar de mi espíritu las sombrías ideas que lo agitaban en consecuencia de haber sido yo testigo del combate á muerte de dos marineros que se disputaban una miserable moneda encontrada en la arena, y de la cual sostenia cada uno de ellos ser el legítimo dueño, como primer ocupante. Tal ferocidad unida á tan estremada avidez me sugirió las mas tristes reflexiones sobre los vicios de la

humana naturaleza, y lleno de misantropía y decidido á separarme de los hombres, es decir, hasta la hora de comer, salí de la ciudad, y me fuí á pasear en las orillas del mar, á contemplar un cielo puro y á respirar la deliciosa brisa que acariciaba el vecino verdor, y empañaba ligeramente la superficie del Océano, que siguiendo la ley del reflujo se retiraba lentamente. A fin de engolfarme mas y mas en mis misantrópicas meditaciones, á fin de disertar en mis adentros sobre los vicios del corazon humano, la avaricia y la desenfrenada pasion de la propiedad, me senté sobre una roca solitaria, y me ocupaba ya en trazar en mi imaginacion un gobierno sansimoniano ó cosa semejante, cuando llamó mi atencion un nuevo objeto.

Sobre la arena y no muy lejos de mí, habia una hermosa concha de color de nácar, pulida, brillante y vacía. De un aguazal que el mar habia dejado al retirarse, ví salir dos pequeños animales, semejantes á dos cangrejos y pertenecientes los dos á la clase de los crustáceos, pero de dos géneros diferentes, pues uno era el *Pagurus chilensis* LATR. (semejante al conocido bajo el nombre de Caracol soldado; y era el otro el *cenobita Diógenes* LATR.) Tenian los dos la parte anterior del cuerpo semejante al de un cangrejo, pero sus pinzas eran mas cortas, mas gruesas, mas robustas y de volúmen desigual; su casco estaba dividido por varias líneas mas ó menos membranosas; el segundo y tercer par de patas eran muy grandes, al revés de las del cuarto y quinto, tan pequeñas, que parecian abortadas, y toda la parte inferior del cuerpo equivalente á la cola del cangrejo era blanda, sin pieza crustácea que la defendiese del contacto esterior, redondeada, y sin simetría alguna entre sus partes. El pagur tenia los cuernecitos internos muy cortos, el cenobita estremadamente largos; y esta es la diferencia mas marcada que entre ellos existia.

Como salieron de dos diferentes lados del aguazal, pasaron un rato sin verse, ocupándose en escarbar la arena para hallar una casa nueva que habitar. ¿Una casa preguntaréis tal vez? No hay duda, una casa, ó mas bien un palacio de mármol blanco, incrustado de nácar y perla, y adornado con los mas brillantes colores del íris, como el amarillo, rojo, verde, naranjo, azul y mil otros, que aparecen ó se apagan segun los hieren los rayos del sol ó estén cubiertos de sombra. Dicho palacio no es tan sólido como el de las Tullerías, pero su arquitectura es elegante y ligera, y tan ligera que el propietario lo lleva consigo siempre que le agrade pasearse ó evacuar sus negocios. Es verdad que es un poco estrecha, y que aprieta los miembros del propietario como el pantalon los de un lechuguino; pero tiene tambien la ventaja de que cuando ha engordado y la encuentra pequeña la deja á un lado y se apodera de otra mayor, bien así como muchos financieros dejan su antigua guardilla por un palacio. Ignoro si antes de tomar posesion de él se tragan los financieros al primer propietario como acostumbran los pagures: dejo al cuidado de V. que vive en París la investigacion de este punto de historia natural.

Los dos intentaron entrar en varias casas que hallaron vacías sobre la arena; pero la una era demasiado espaciosa, la otra demasiado estrecha, ninguna en fin les convenia, hasta que repararon simultáneamente en la hermosa concha espiral y nacarada que á mis pies yacia; y apenas vista vinieron los dos para apoderarse de ella, corriendo precipitadamente y trotando de lado á manera de los otros cangrejos. Cercanos al punto á que se dirigian, reparó el uno en el otro, y se detuvieron súbitamente llenos de admiracion y de espanto. Antes de decidirse á empezar el combate se midieron orgullosamente de pies á cabeza, con un aire marcial digno de los héroes de Homero, sin dejar de echar una que otra mirada fugitiva sobre el objeto de sus comunes pretensiones. No era el Caracol soldado tan corpulento como Diógenes, pero le igualaba en valor, y le escedia en agilidad y astucia, viniendo á ser un competente Ulises para tal Ayax. Conocí por el movimiento acelerado de sus cuernecitos y patas que se hablaban con enojo y quizá tambien con grosería, como los guerreros griegos y troyanos cuando escitaban su cólera para aumentar su valor; pero estando yo poco versado en el mudo lenguaje de los cangrejos, y no pasando de mediano historiador, no me detendré en dar á conocer los rasgos de su elocuencia.

De repente el astuto Diógenes hizo un movimiento oblicuo, y galopando con la mayor celeridad estuvo á punto de apoderarse de la concha; pero el Caracol soldado que adivinó las pérfidas intenciones de su enemigo, se lanzó sobre él como el rayo, y le dió tal golpe que le hizo morder la arena; si hubiese sabido aprovecharse de la ventaja conseguida y parapetarse en seguida en la ciudadela, hubiera cantado ya victoria; pero ¡ay! cuál es el gran capitan, sin esceptuar el mismo Napoleon, que una vez en su vida no haya cometido graves errores? Obrando Diógenes por su parte como hábil táctico, aprovechó la posicion en que la casualidad le habia colocado dejándole entre la concha y su adversario, y replegó allí sus fuerzas, suponiendo que si el enemigo le obligaba á la retirada, podia echarse en la concha, sin que á aquel le sobrasen medios para oponérsele.

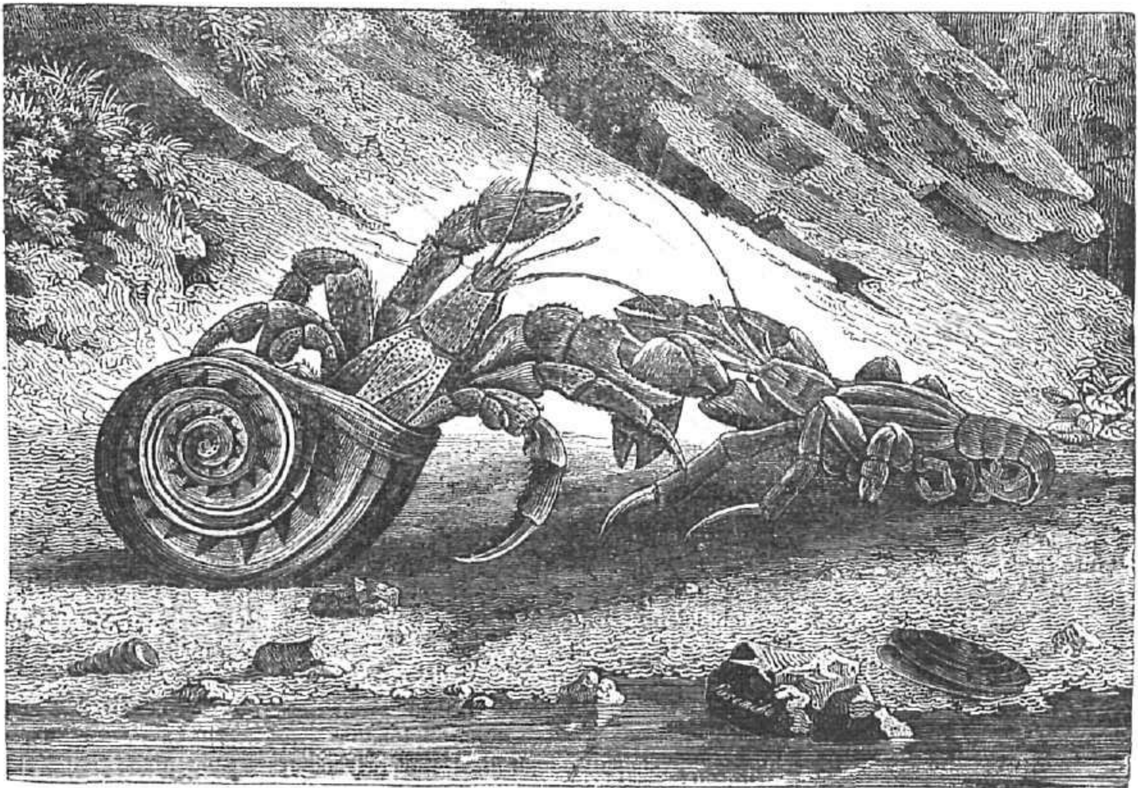
Comprendió el Caracol soldado toda la fuerza de tal posicion, y por medio de sabias marchas y contramarchas intentó desviarle de aquel punto, pero su táctica nada pudo contra la firme resolucion de Diógenes. En vano el soldado rodeaba y volvia á rodear la plaza, en vano procuraba llamar al adversario fuera de su línea de circunvalacion; pues sus falsos ataques nada alcanzaban, y siempre mediaban entre él y la deseada concha las agudas y formidables pinzas de su adversario.

Habiendo prolongado desmedidamente la campaña y agotado inútilmente toda su ciencia estratégica, vió que era necesario empeñar una batalla decisiva, si no queria tomar una vergonzosa retirada. El primer choque fué terrible, pero no decisivo; admiré la maña con que guardaban los dos sus partes traseras y sustraian su muelle y carnuda cola de las pinzas de su antagonista, y la habilidad con que ahora se atacaban cuerpo á cuerpo, y enderezándose sobre sus cuatro patas, y poniendo el espinazo tieso como los gatos, herian con redoblados golpes sus cabezas; ahora deslizándose como serpientes procuraban sorprenderse ó herir la garganta del contrario; ahora abandonándose enteramente al furor, se cogian por los lados, y hacian resonar la playa con el choque de sus corazas.

Durante el calor de la accion habíanse acercado los dos á la concha, ya rodando por la arena, ya caminando ó lanzándose hácia ella; pero parecian haberla olvidado despues de un combate de tres minutos, y que fatigados y mal parados se preparaban para una

suspension de armas, cuando Diógenes, con una astucia digna del mas célebre cabecilla, levantó la cola á la manera del escorpion, la balanceó sobre la cabeza de su enemigo estupefacto por tan nueva estratagema, y despues de haberla agitado dos ó tres veces en el aire, la dejó caer no sobre las espaldas del Caracol soldado, que se abajaba para que fuese menos recio el golpe, sino en la abertura de la concha en que se hundió y desapareció la vencedora cola. Teniendo Diógenes cubiertas sus partes muelles, empezó el ataque con nuevo furor, cogió al adversario con una de sus pinzas y le hizo prisionero.

Concluido ya el combate, quedó vencido el Caracol sin oponer la menor resistencia, y ya me figuraba yo que Diógenes se preparaba para descuartizarlo y convertirlo en un buen banquete que le indemnizase de las fatigas de la guerra. Pero la escena cambió de aspecto, pues el Caracol soldado, hasta entonces inmóvil, se puso á temblar de pies á cabeza con un movimiento convulsivo, cuya rapidez aumentaba progresivamente, y dando luego una pequeña sacudida, dejó en manos del enemigo el miembro que aquel tenia agarrado, y sin mas daño que esta amputacion retiróse tristemente y fué á ocultarse en el hueco de una roca, donde habrá permanecido hasta que la naturaleza le haya dado otra pata. Casi todos los crustáceos, y particularmente los cangrejos, no tienen otro medio que el mencionado temblor para amputarse un miembro herido ó cogido por una fuerza que no les es dado vencer; es verdad que reaparece el miembro como la rama de un árbol, pero es necesario aguardar muchos dias para que presente el mismo volúmen que anteriormente,



Los Pagures.

y esta es la razon porque se encuentran frecuentemente cangrejos, cabrajos y pagures, con una pata mayor que la otra.

Mientras Diógenes se dirigia lleno de orgullo hácia el mar, al cual llevaba con aire triunfal su nuevo palacio, curado yo de mi misantropía y sansimonismo: me dirigí hácia la fonda, diciendo en mis adentros, 1.° que el amor á la propiedad podria muy bien ser un instinto de la naturaleza y no un demonio, en cuyo caso hubiera dicho Barnabe una tontería; 2.° que los partidarios de la fantástica ley agraria podrian ser á la vez envidiosos, burlados por su propio corazon, y finalmente algo mentecatos.

JOSEFINA BEAUHARNAIS,

PRIMERA MUJER DE NAPOLEON.

Josefina tenia un completo conocimiento de todas las particularidades del carácter del Emperador y un tacto admirable para ponerlo en práctica. «Jamás, decia Napoleon, me ha pedido un favor para Eujenio ni me ha dado tan solo las gracias de lo que yo hacia en favor suyo, ni mostrado mas agradecimiento, ni complacencia el dia en que le dispensaba alguna gracia, con el fin de hacerme ver que estaba persuadida, y debia convencerme de que ella no debia meterse en aquel asunto, que solo me atañia á mí, y en el cual debia y podia yo procurar mi mayor provecho. Y no hay duda que creyó mas de una vez que lo adoptaria un

dia por sucesor.» Decia el Emperador que estaba convencido de que habia sido el objeto que Josefina queria mas, y añadia sonriéndose que estaba cierto que para estar cerca de él hubiera abandonado una cita amorosa. Ni fatigas, ni privaciones podian hacer que lo abandonase, y para seguirle empleaba la importunidad y hasta la maña. «Cuando subia yo en el coche en medio de la noche para emprender un largo viaje, en él encontraba con grande sorpresa mia á Josefina, aunque no se hubiese contado con ella.—Pero es imposible que me acompañeis, pues voy muy lejos y sufririais demasiado.—De ningun modo, respondia Josefina.—Pero es necesario que yo parta al momento.—Yo tambien estoy pronta.—Pero es necesario un grande equipaje.—Todo lo necesario está ya preparado. En suma, concluia el Emperador, Josefina me hizo feliz mostrándose mi mas tierna amiga y profesando en todo momento y en toda ocasion la sumision, la complacencia y la abnegacion mas absoluta; por eso siempre me he acordado de ella con ternura y con reconocimiento.»

Es una preocupacion muy estendida, y sin embargo desmentida por la historia, decia el emperador Napoleon la de que Mahomet fuese enemigo de las ciencias, de las artes y de la literatura. Muy citada ha sido la espresion del califa Omar cuando mandó quemar la biblioteca de Alejandría: Si esta biblioteca encierra lo que se encuentra en el Alcoran es inútil, si contiene otra cosa es peligrosa;» pero este hecho y otros semejantes no deben hacernos olvidar lo que se debe á los califas árabes, que estendieron constantemente la esfera de los conocimientos humanos, y embellecieron la sociedad por medio de los encantos de su literatura. No es imposible sin embargo que los primeros sucesores de Mahoma temieran que corrompiesen á los árabes las artes y las ciencias, que tanto privaban entre los egipcios, los sirios y los romanos del bajo Imperio. Quizá el aspecto de la decadencia del imperio de Constantino, debida en gran parte á las perpetuas discusiones escolásticas y teológicas, les indispuso contra la mayor parte de las bibliotecas, cuyo fondo consistia en libros de aquella naturaleza. Como quiera, los árabes fueron durante 500 años los mas ilustrados del mundo, á ellos debemos nuestro sistema de numeracion, los órganos, los cuadrantes solares, los péndulos y los relojes, y nada mas elegante, mas ingenioso y moral que todo lo que ha salido de la pluma de los literatos de Bagdad y de Basora.

Los imperios han durado menos en Asia que en Europa, lo que se puede quizá atribuir á la circunstancia geográfica de estar el Asia rodeada de inmensos desiertos, de donde de cuatro en cuatro siglos se lanzan tribus guerreras á destrozar los mas poderosos imperios. De allí salieron los otomanes, y posteriormente Tamerlan y Gengiskan.

Parece que los legisladores supremos de estas tribus han procurado siempre conservar en ellas las costumbres nacionales y su fisonomía originaria, y así es que impidieron que la nobleza de Egipto se volviese árabe, y la de Andrinópolis griega. El principio que adoptaron de oponerse á toda especie de innovacion en las costumbres y en los hábitos los condujo á proscribir las ciencias y las artes, pero de ningun modo debe atribuirse esta medida á los preceptos de Mahoma, á la religion del Alcoran, ni al carácter árabe.

OBSERVACIONES DE SAINT-PROSPER.

¿Por qué razon no confesarlo? el bajo pueblo cuando solo se le estudia en la historia, inspira una especie de miedo y tal vez de desprecio, y solo aparece en los libros como reducido á la desesperacion en sus siglos de dolor, ó bien inflamado de odio al impulso de algunos sofistas: solo nos lo muestran cuando deberian ocultarlo. Ah! para conocer realmente las últimas clases de la sociedad seria necesario vivir entre ellas; y lejos entonces de arrastrarlas á la arena de la política, el que conozca los pormenores de su vida privada, las amará demasiado para comprometerlas. Sí; penetremos en la morada del pobre, en la morada en que siendo presa de todos los males, los agota sin abatirse. Pero en lo que especialmente demuestra un valor á la vez sencillo y sublime es en el morir: para él es la última hora de pena, es el fin de su trabajo. Sin embargo de esto, se rechaza siempre al hombre de clase inferior, ni su vista puede suportarse: para dejaros enternecer, dignaos á lo menos lanzar una mirada á todas las miserias que le trabajan. Apenas ha nacido cuando ha sido atacado en todos sus sentidos, su madre lo vela y lo alimenta llorando, y el tener piedad de sus precoces dolores se consideraria como quitarle el primer aprendizaje. Estenuado antes de haber vivido, no ha pasado aun la infancia cuando se le ha elavado al taller, triste prenda de su funesto porvenir. Mas digno de compasion que nunca, no pasa un solo dia en que, víctima indefensa, no haya de sufrir mil injurias de sus maestros, hasta que la rutina le ha enseñado lo suficiente para bastarse á sí mismo. Tanto tiempo ha sufrido, que siente la necesidad de amar: su corazon se rinde, y por primera vez conoce que aun puede ser feliz. Llámasele luego á la defensa de la patria, y le aguardan nuevas é interminables humillaciones, si no muere en el campo de batalla sin dejar la menor memoria, ó sin que nadie lo advierta. Mutilado, ó á lo menos privado de la habitud del trabajo, vuelve á su hogar, donde su amada le aguarda; pasa á ser padre de familias, y sus privaciones se aumentan; pero si su posicion es dura, encuentra algun consuelo en las virtudes domésticas. De repente vuélvese estéril el oficio que le sostiene; se resignaria entonces á dedicarse á otro, mas como no ha cultivado su inteligencia y solo ha obrado por imitacion, le es ya enteramente imposible. Viéndose sin medio de subsistir, va de puerta en puerta, y llama para que se le admita, pasando así meses enteros antes que dé con un alma piadosa. Entre tanto, aguardando su vuelta, la mujer y los hijos le piden el pan que ha creido llevarles; pero no les contesta, y ocultándose en la sombra implora la pública compasion. Le detienen, es culpable: tal es la ley de la civilizacion. Cámbianse finalmente los tiempos, y encontraria en su trabajo el lucro cotidiano, si cansado por la desgracia, y debilitado por una precoz vejez, no se viese precisado á entrar en estos asilos que desde muchos siglos no son mas que un lugar de desolacion. Tan inminente es su peligro, que se le concede un jergon, que aun conserva el último resto de calor del que le ha precedido. En vano la ciencia y

la caridad cristiana se esfuerzan en salvarle, pues le faltan las atenciones de su mujer y la ternura de sus hijos, que obligados á doble trabajo para dulcificar su suerte, solo pueden verle de paso. Al sentir su última hora, los llama con voz apagada, los busca, suspira y muere; al llegar sus hijos al amanecer encuentran ocupado por otro el lecho de su padre; donde está? se ignora. Cortados y mutilados sus miembros, han perdido la humana forma, ó lanzados en un comun abismo han desaparecido para siempre. De tal modo finaliza la vida del hombre de clase inferior, de aquel que es mirado como feliz por haber gozado un momento de la independencia que asegura una profesion.

Cuando la muerte nos amenaza con romper una union en que durante largos años todas las habitudes de felicidad se han confundido, no hay que llamar para nada al valor, pues apenas basta este para acostumbrarnos á una desgracia cualquiera imprevista. ¡Pero perder aquella por quien se daria mil veces la vida, he aquí lo que sobrepuja todas nuestras fuerzas! Esta mujer que pálida y abatida va perdiendo el aliento sobre el mortuorio lecho, ha participado de tus mas secretas afecciones, ha secado tus lágrimas, se ha sonreido á tus dichas, ha tomado parte en tus males que intentó muchas veces hacerte olvidar, y ella era, ella sola la que conocia á fondo vuestro corazon. Sufre.... sobre tí descansan sus ojos, para ti se abren, se reaniman y hacen el último esfuerzo. Sus ideas se confunden, pero los dias que ha pasado contigo los guarda en su memoria, los conserva fijos en el corazon. Con el fin de calmarte sufre en silencio la tortura de sus dolores; y aunque de minuto en minuto sienta lo amargo de una separacion, que aunque conoce necesaria apenas comprende, muestra la mayor calma y dulzura, no desmintiendo en esta hora sus tiernas habitudes. Se acuerda sin embargo de sus hijas ... ¿Quién las vigilará, cuando solo el corazon de una madre ha sido capaz de dirigirlas? Despues de haber correspondido con una ligera sonrisa, última espresion de su gratitud, á los consuelos de sus amigos, procura quedar sola con su marido para disfrutar á sabor de las últimas palabras que oirá de su boca y de los últimos cuidados que él le prodigará. Al llegar la noche apura el esposo todas las angustias de su suerte : sentado á la cabecera de aquella que tanto ha amado, retrocede asombrado al aspecto de sus males que lucha en vano por alejar. Un ligero susurro hiere sus oidos, levántase tan suavemente que apenas parece moverse, y conoce que su mujer ha suspirado. Al acercarse, al besarla y al devorarla con sus miradas, advierte desgraciadamente que las facultades de la vida van desapareciendo. Pierde con esto el conocimiento de su misma existencia hasta que le dispierta un ligero grito.... es la voz, la voz tan querida de su compañera. Medio sentada en el lecho, busca alguna cosa que le falta, la mano de su esposo, la toma y la estrecha como para no dejarla mas, y es sin embargo la última caricia que precede al último *adios*. Al nacer el dia rodéanle sus niños, manda con un signo que se acerquen á ella, y como si los contase, pasea por ellos una mirada que se fija finalmente en su esposo; un rayo brilla un instante en su frente.... ha muerto.

EL AVE MANCA.

(APTENODYTES PATAGONICA.)

Para el hombre observador no existen en la naturaleza clase, ni género, ni tal vez especie, de tal manera aislados ó separados de los demas, que no pueda pasarse de division en division por las clasificaciones de la historia natural, por medio de matices y gradaciones casi insensibles. Tambien á veces, á favor de transiciones tan bruscas como inesperadas, complácese la naturaleza en aproximar y amalgamar las clases mas separadas; así hace que ponga huevos un mamífero, el ornithorinca; cubre de pelo en vez de pluma el cuerpo de un ave, el casoar; da alas á un lagarto, la dragona, y á cuadrúpedos, los murciélagos; oidos y pulmones al proteo, que, gracias á estos dos órganos, ni es pez ni réptil, sino un compuesto de ambos, etc.

Un ejemplo de semejantes anomalías ofrece el ave de que vamos á tratar. El ave manca (*aptenodytes patagonica*, Cuvier) en vez de alas tiene aletas para nadar, y aunque guardan sus patas perfecta analogía con los de los mamíferos, con todo tan imposible le es andar como volar; de manera, que su organizacion la condena á no vivir ni en el aire, ni sobre la tierra, sino en el agua como los peces.

Habita esta ave los mares antárticos, y se la encuentra en el estrecho de Magallanes, en las islas de Falkland, en otros varios parajes del mar del Sur, y hasta en la Nueva Holanda. Es grande como una oca, y frecuentemente alcanza cuatro pies de altura; las nadaderas, ó aletas, que hacen veces de alas, son anchas y prolongadas, planas, membranosas, y cubiertas de escamas formadas de cabos de plumas; sus patas, colocadas mas atrás que las de ninguna otra ave, no pueden sostenerla sino apoyándose hasta el talon en el tarso, que está ensanchado como la planta de un cuadrúpedo plantígrado; y en su interior hállanse tres huesos unidos por sus estremos. Tiene un pequeño pulgar adentro, y una membrana une sus tres dedos de delante, su pico es negro, amarillento en el estremo, delgado, largo y puntiagudo, con la mandíbula superior un tanto encorvada hácia la punta, cubierta de plumas hasta la tercera parte de su longitud, donde hay la nariz, y de donde corre un sulco hasta la estremidad. La cabeza, la parte superior del cuello y la garganta son de un color pardo-negro; una lista de amarillo claro, bordada de negro, pasa por detrás de las orejas, debajo los ojos, y se prolonga á uno y otro lado del cuello; y el lomo es de un gris pizarreño, y blanca la parte inferior del cuerpo.

Cuando este animal quiere salir del agua, cosa que no acontece sino para poner, tiene que arrastrarse sobre el vientre ayudándose con las aletas, ó tenerse en pie en una posicion vertical, porque sus piernas están metidas en la piel hasta el talon, y sus patas salen directamente del cuerpo á una y otra parte de la rabadilla; á lo menos, cuando quiere ir algo lejos por las yerbas secas de que compone su nido, le es preciso tomar esta actitud, aunque bastante incómoda. Entonces, estendiendo sus largas aletas como un balancin, adelántase poco á poco y vacilando, como un niño que no sabe andar todavía. Si le sorprenden en tal momento los cazadores, y dista un tanto del agua, tiene que

renunciar á la fuga, y con mucha facilidad se la mata á palos, si ya no se prefiere cogerla viva; pero en este caso, débese acercársele con cierta precaucion, porque se defiende valerosamente, y rara vez su temible pico deja de llevarse consigo lo que coge. Mas corta es la lucha; pues, así que yerra un picotazo, pierde el equilibrio, cae sobre su vientre, y antes que pueda levantarse hay tiempo sobrado para cogerla. A veces, cuando caida, en vez de probar de levantarse, echa á correr á cuatro patas, esto es, andando con las patas y sosteniéndose con las aletas; y si entonces se ve estrechada, vuélvese bruscamente, y pica las piernas del que la persigue.

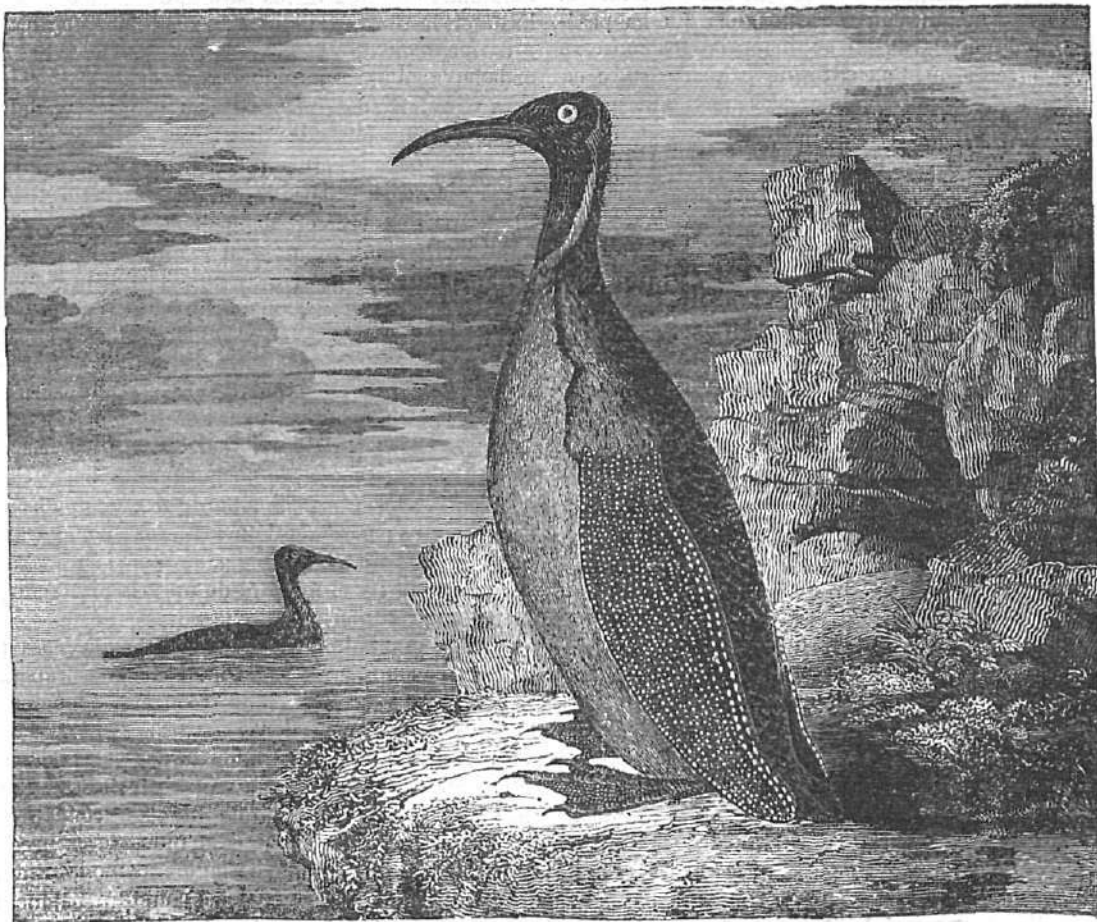
Por esta dificultad de andar huye este animal de las playas habitadas por los hombres, y solo se entrega á sus hábitos en parajes absolutamente desiertos, donde jamás se le inquiete. Allí atrévese mas á menudo á salir á la playa, bien que siempre lo hace con numerosa compañía, que á veces llega á treinta ó cuarenta individuos. Nada mas curioso, dice Bougainville, que ver aquellos cortos batallones, que desde cierta distancia tomáranse por muchachos que juegan estendiendo los brazos, columpiándose y ladeando la cabeza á una y otra parte con un movimiento á la par singular y monótono. Y sin embargo, añade el célebre viajero, cuando aquellos animales alargan el cuello para despedir una voz parecida al rebuzno, no está su aire enteramente desnudo de nobleza.

Al recelar estas aves el menor peligro, á toda prisa vuelven al agua, donde nadan con tal celeridad, que ningun pez podria seguirlas. Si las detiene algun obstáculo, saltan fuera del agua á cuatro y cinco pies si es menester para salvarlo, y continuan huyendo con la misma rapidez, no sacando casi mas que la punta del pico.

Con la misma habilidad con que nadan, se zambullen, permanecen largo rato dentro el agua, y van á buscar á una gran profundidad los pececillos y mariscos de que se alimentan. Junto á la playa, solázanse por los juncos y espadañas, donde cazan gusanos, é insectos acuáticos; anidan en islotes y en pequeñas islas desiertas á lo largo de la costa; y ordinariamente la hembra no produce mas que dos ó tres polluelos, que cria y cuida con mucho amor. Hay quien dice que, despues de salidos del cascaron, los deja estar muy pocos dias en el nido, y los lleva al mar mucho tiempo antes de que puedan nadar.

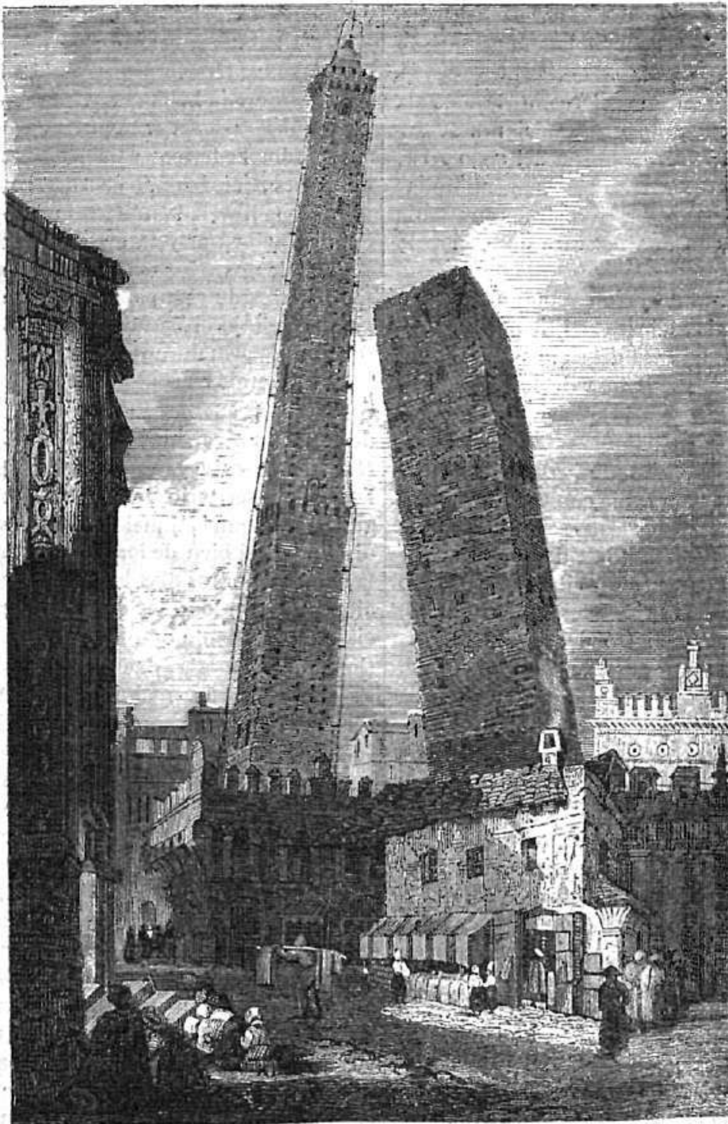
Ignoramos el crédito que á esta asercion debe darse; pero la misma dificultad que para andar esperimenta esta ave, nos induce á creer que mal podria llevar á sus hijos.

Sea como fuere, su carne es negra, y huele fuertemente á almizcle; bien que no por esto dejan de comerla y reputarla muy buena los habitantes de los lugares donde se la encuentra.



El Ave manca.

ITALIA. — BOLONIA.



BOLONIA.

Bolonia, la docta Bolonia, todavía puede con razon considerarse una de las primeras ciudades de Italia; porque, si bien hace mucho tiempo que no reside en ella el gobierno, y aunque jamás estuvo allí la corte, no cede en civilizacion á las primeras capitales, pues su dignidad está en la ciencia, y todavía respiran sus costumbres un no sé qué de su antigua divisa *libertas*. La universidad, como ya es sabido, es una de las mas célebres y antiguas escuelas científicas de Italia; y descuella entre los edificios de la ciudad su fábrica, en cuyo patio se han erigido estatuas á varios profesores eminentes, como Galvan, Monti, etc. Pero en obsequio de la verdad, debemos decir que Bolonia no se ha acordado de erigirlas á muchos maestros; y concretándonos á un solo ejemplo, ¿porqué al lado de Laura de Brassi, de Gozzadini y de Clotilde Tambroni, esas tres mujeres que en ella profesaron el derecho, la filosofía y el griego, no podemos admirar las facciones de Novella de Andrea, hija de un canonista del siglo XIV, tan sabia, que hacia las veces de su padre, y tan linda, que para que los estudiantes no se distrajeran, tenia que cubrirse el rostro con una máscara de terciopelo encarnado?

La iglesia que con mas devocion veneran los boloñeses es la Santa Petronia, fábrica del tiempo de la libertad de la poblacion, de fines del siglo XIV, monumento de la magnificencia religiosa de las repúblicas de la edad media, y una prueba de la dignidad é importancia de los artistas de entonces, pues el arquitecto Vincenzi, *que la hizo construir*, estaba de embajador en Venecia. La fachada brilla con toda la belleza del arte; las sibilas de las puertas, esculpidas por el Tribolo, compañero de Benvenuto Cellini, muéstranse rivales de las de Rafael en pureza y elegancia, al paso que tambien merecen visitarse las salas capitulares, en cuya puerta interior hay el busto del conde Pepoli, una de las primeras y buenas obras de Properzia Rossi. No sé que vago interés tienen las producciones de esta mujer desgraciada, interés que acrece cuando se trae á la memoria su tierna historia, cuando se recuerda que murió de amor en el preciso instante en que el Papa, cediendo á su vasta nombradía, le mandaba se le presentase para llevarla á Roma, despues de la coronacion de Cárlos V. Todavía se ven en aquellas piezas diez y seis dibujos originales de los planes que varios célebres arquitectos han presentado para concluir la fachada; preciosa coleccion, de cuya publicacion reportaria el arte notable beneficio; y el dia que se acabe el frontis, que tantos y tan magníficos proyectos ha inspirado, Bolonia ejecutará, gracias á este concurso, una de las mas nacionales construcciones de la Italia.

Diversas impresiones asaltan al que entra en Santa María *della Vita*. En una bellísima capilla yace el beato Bonaparte, cuyos restos trasladáronse á ella de la vecina iglesia de San Egilio en que estaban, á principios del siglo pasado; y el cuadro que le representa junto con San Gerónimo, es obra de Milani muy apreciada. Pasma ciertamente oir en tal lugar un nombre tan brillante y temible, que mas que del modesto legendario de los Santos, parece propio de los anales del fausto y de la gloria; pero el rico altar en que reposan los restos del beato Bonaparte le es mas dulce y ligero, que al cadáver del gran Napoleon la estéril roca que lo cubria en Santa Elena, ó la inmensa cúpula que sombrea su sepulcro en los Inválidos de París. Hay en el tabernáculo del altar mayor un medallon de Luís XIV guarnecido de diamantes, que probablemente por su riqueza se enseña al pueblo en las grandes festividades. Es un legado del conde Malvasia, á quien lo dió Luís XIV en recompensa de haberle dedicado una obra: así Santa María *della Vita* presentase al viajero rica en recuerdos históricos con los solos dos nombres de Luis XIV y Bonaparte!

Pocos restos se conservan de la antigua casa consistorial de la república, corte en otro tiempo de un estado libre y poderoso, que resistió al poder de los emperadores, y que solo á las continuas proscripciones de sus mismos ciudadanos, y al llamar en sus querellas á estranjeros debió su total ruina. En el palacio del Podestá habitó el rey Euzius, bello y valiente mancebo, cuyo cautiverio procuraba endulzar con su amor una enamorada boloñesa, visitándole disfrazada, y cuyo nombre todavía es popular en Bolonia. Era hijo del emperador Federico, y habiendo caido en poder de los boloñeses, jamás pudo acordarse un convenio para devolverle la libertad, muriendo en aquella ciudad el infeliz Príncipe tras veinte y cinco años de privaciones y padecimientos. Muchos y magníficos son los palacios particulares de esta ciudad; pero á todos vence en esplendor y lujo el Banuzzi, ahora Bacciocchi, cuyo actual propietario durante el imperio se tituló el príncipe Félix, y ejerció cierta soberanía. El nombre del palacio Gozzadini recuerda una mujer célebre en la historia de aquella universidad, y á propósito de ella así dice M. Valery: «En vano recorrí pórticos y galerías en busca del escritorio ó especie de púlpito, en que, segun Quinquenné, aquel doctor tuvo cátedra á diez mil discípulos. Si bien de los datos de la estenografía resulta que en nuestros dias hay profesor que ha tenido mas alumnos, con todo soy de parecer que no debe despreciarse la prudente opinion de Tiraboschi por lo que á Gozzadini respecta, cuando insinua que harto rica es en hechos gloriosos auténticos la universidad de Bolonia, para que hayan de atribuírsele algunos falsos ó inciertos.»

De cuantas espediciones á torres, cúpulas, campanarios, faros, etc. debe emprender todo viajero que no carece de gusto y de buenas piernas, ninguna hay mas árdua y fatigosa que la de la torre de los *Asinelli*, en Bolonia; tan difícil y peligrosa es su escalera de caracol! Situada en el centro de la ciudad, esta torre, que es la mas elevada de Italia, hace veces de observatorio astronómico, y de lo alto gózase una magnífica vista: no es ciertamente ni la inmensidad de la que se descubre desde la cúpula de Milán, ni el prodigioso horizonte que aparece desde el campanario de San Márcos, sino una llanura fértil y bien cultivada, cerrando el fondo los Apeninos, que por aquel lado, en vez de áridas cumbres, ofrecen á los ojos una cordillera de risueñas colinas. Al lado de esta, hay otra torre llamada la *Garisenda*, menos alta, pero notable por su inclinacion, que inspiró al Dante una de sus infinitas y pintorescas imágenes, cuando compara con ella el gigante que se inclina para coger al poeta y á su guia; y es mas completa la ilusion, si se contempla al cruzar las nubes por sus almenas. No al arte, sino á un súbito hundimiento del terreno se debe la inclinacion de la

Garisenda; y aunque sorprende que haya resistido á quince terremotos, sin embargo, es al parecer tan firme é indestructible como las torres semejantes de Pisa ó la de Saragoza.

TRIBUNALES ESTRANJEROS.

SENADO Ó CONSEJO SUPREMO DE MONTENEGRO.

Costumbres judiciales del país.— Alocucion del Vladika.—Demanda.—Contestaciones y debates en un negocio de rapto, de asesinato y de guerra civil.— Fallo. — Juramento. — Reconciliacion de las dos partes.

La ciudad de Celinie, es residencia del gobierno y centro de la administracion de Montenegro: en ella se reune el senado, que desempeña en el país las funciones políticas y judiciales, y compónese de diez y seis miembros, ancianos de blanca cabellera, y digno y majestuoso continente.

El 15 de octubre último estaban reunidos en la sala de sus deliberaciones, sentados sobre pequeños bancos de madera, colocados al rededor de un vasto brasero. Flotaban encima de sus cabezas las banderas de los diferentes cantones.

En un grupo que se distinguia por su bandera roja, en la que estaban inscritas en letras de oro las palabras *Savo Markou Petrowitch*, echábase de ver á un anciano, cuyos grandes ojos negros, ancha y arrugada frente, y cara acribillada de cicatrices, revelaban un alma ardiente y una agitada vida. Envolvia su cuerpo hasta las rodillas un sobretodo de paño blanco, dejando percibir un pantalon de lo mismo, que se perdia en unas como polainas; las cuales, por medio de presillas, le cubrian toda la pierna hasta el tobillo. Completaban su traje unas medias de algodon blancas, unos enormes zapatos sujetos con correas, y un birrete de paño color encarnado. Ceñia su cuerpo un cinturon, que sostenia una pistola y un largo sable. Traia el cuello descubierto (pues no usan camisa los montenegrinos); pendia de su espalda derecha un farol, y sustentaba su izquierda una especie de capa llamada *struka*. Estaba algo mas lejos un jóven con dos pistolas en la cintura, y en la cabeza un turbante en vez de birrete. Apoyábase en su brazo izquierdo una mujer anciana, envuelta en un lienzo la cabeza, y el cuerpo en una capa semejante á la de los hombres.

A la cabeza del grupo reunido bajo la bandera negra, y que llevaba en letras de plata las palabras *Gijko Milov Martinovitch*, encontrábase una mujer, cuyo semblante, hermoso aunque pálido, espresaba el abatimiento y la tristeza; volvíanse de vez en cuando sus ojos hácia una jóven que derramaba abundantes lágrimas. Los hombres que rodeaban á aquellas dos mujeres, en quienes se fijaban todas las miradas, parecian vivamente afligidos, al paso que afectaban una sonrisa sardónica sus adversarios.

Una nueva descarga de fusilería, verificada en la parte de afuera, anunció la llegada de un hombre, á quien se esperaba con impaciencia. Era el tal alto, bien formado, con la frente elevada, y sombreado el pálido semblante con una larga cabellera negra: saludáronle desde que apareció con el prolongado grito de: «Bendito sea el santo Vladika!» (Blogoslav sveti Vladika).

La presencia de Pedro Radoja, quien en calidad de gefe temporal y espiritual de Montenegro gobierna desde 1833 aqeul país, no dejaba la menor duda acerca la gravedad del negocio que iba á fallarse: sentóse sobre un banco de piedra, cubierto con una especie de tapete, hizo la señal de la cruz y habló de esta manera:

«Hijos mios, la bendicion de Dios sea con vosotros, y el amor y aprecio de vuestros semejantes! Nuestro país no es muy grande, ni tiene mas defensores que las montañas que le rodean y los valientes que lo habitan; pero aunque el Señor haya levantado de tal modo sus crestas, que formen una cadena fuerte é inmutable, hase introducido en medio de vosotros Satanás, bajo la máscara del crímen y de la venganza, y os divide y os arma unos contra otros, y os impele á esterminaros. Apresúrense aquellos á quienes dirigimos este reproche á depositar su odio y su animosidad en nuestro corazon paternal, que no conoce mas voz que la de la justicia, y que siempre se complacerá mas en bendecir vuestras comunidades, que en herir á uno solo de vosotros!»

«Quién sois? preguntó el Vladika despues de esta alocucion al anciano que acababa de presentarse como parte ofendida.

— Savo Markov Petrovitch Niegusch, respondió; lo que queria decir: Hijo de Marko, de la familia de Petrovitch, perteneciente á la comunidad de Niegusch.

— Vuestra edad?

— Sesenta años.

— Vuestra profesion?

— Cazador, y soldado cuantas veces pueden este brazo y este fusil ser útiles ó necesarios á mi país.

— De qué os quejais?

— De un crímen que me ha herido en lo que mas caro tenia en el mundo, y del cual quise vengarme aun á riesgo de mis dias. Esa mujer que veis en medio de mis enemigos es mi hija. Hasta la edad de veinte años no conoció mas voluntad que la de Dios y la mia. Dulce, laboriosa, obediente, iba á colmar mi felicidad, uniéndose con un valiente jóven de nuestra comunidad, con quien contrajera esponsales desde su mas tierna infancia, cuando un accidente imprevisto trajo á mi casa á Gijko-Milov Martinovitch. Con placer recibí en mi morada á ese desgraciado, á quien, perseguido por los turcos, nuestros comunes enemigos, creí con derecho á mi hospitalidad y asistencia. El infame me ha pagado con una traicion! Se hizo el amante de mi hija! Arrojé de mi casa al culpable, esperando que con el tiempo se restableciera en ella la tranquilidad. La felicidad de Mryna era el único objeto de mis pensamientos; y parecia que ella misma correspondia ya al amor de su novio, cuando el dia en que debia verificarse aquella tan diferida union, asaltó Gijko mi morada á mano armada, arrebató á mi hija, y mató á mi hijo que acababa de ponerse entre yo y el seductor.»

Débil y conmovida era la voz del anciano. Fijó llenos de lágrimas los ojos en la muchedumbre, y continuó así:

«Lo que despues en mí ha pasado, fácilmente lo comprenderéis. Mi corazon no conocia mas que un deseo, mas que un voto, el de vengarme. Hervia la

sangre en mis venas cada vez que miraba los vestidos ensangrentados de mi hijo. Consumíame de rabia y de pesar, arrastrando ese cuerpo débil á través de las malezas, trepando por las rocas, recorriendo los caminos, espiando, acechando, buscando como saciar mi odio. Dos meses se pasaron así, cuando un dia vi venir á mi casa á mi sobrino, á ese valiente Marco (señalando al jóven que estaba á su lado), con una cabeza llena todavía de fresca sangre. Dilatóse mi pecho á semejante vista, pues era la cabeza del viejo Milo Martinovitch, padre del asesino de mi hijo, del raptor de mi hija, y del enemigo de mi familia.»

Estas últimas palabras, acompañadas de un gesto convulsivo, provocaron en el auditorio señales de compasiva admiracion. El Vladika quiso interrogar á la parte contraria, pero los numerosos gritos de *dejad hablar á Savo; Savo habla bien*, etc., indujeron al anciano á continuar así:

«Apenas vengado, debí á mi vez preservarme de la venganza de Gijko, quien me habia amenazado públicamente. Nuestro odio, desarrollado al abrigo de mil precauciones, tomadas para herirnos uno ú otro, se comunicó á nuestros parientes y á nuestros amigos. No pudiendo destruirnos ni por la fuerza, ni por la astucia, abandonamos nuestro proceso á una especie de guerra franca, cruel, implacable. Dios sabe lo que ella me ha costado! Allí donde se elevaban en otro tiempo mi casa y mis graneros, no encuentro hoy dia mas que un monton de pavesas y de ruinas. Qué importa! ellas son mi contento, pues que Gijko ya no existe!...

Sofocaron la voz del anciano los sollozos que hasta entonces comprimiera la mujer de aquella víctima. Con estar la muchedumbre exaltada con el discurso de Savo, no fué por eso menos accesible á la voz del dolor, y fué general el enternecimiento, cuando uno de los parientes de Gijko probó renovar su memoria, trazando con aquel nervio y facilidad que distingue á los Montenegrinos, no solo los servicios prestados á la patria, sino tambien su excelente conducta para con su mujer y sus amigos, y su muerte en el campo de batalla.

Hablado que hubieron ambas partes, concedióse la palabra á Iwan Obrenbe Gowich, jefe de una comunidad neutral, el cual espuso como esta última, atenta espectadora de una lucha que dividia á las otras dos, habia por último mediado para restablecer el órden y empeñar á los combatientes á que vinieran á arreglar sus diferencias delante el senado. Sin anticiparme sobre la decision de este tribunal, añadió, seria de parecer que se comparasen las pérdidas que realmente han esperimentado ambas partes, y que se probase reconciliarlas indemnizando á la mas mal parada á costa de la otra.

Habiendo sido aprobado este dictámen por todos los senadores, levantóse uno de ellos para recordar á sus colegas que una tarifa establecida desde tiempo inmemorial para aquella especie de composiciones, fijaba el precio de cada cabeza á ciento treinta y dos ducados, cuatro *zwanzger* y un *para* (unos 5943 rs.); que se adjudicaba la mitad para los miembros rotos ó heridas graves, y que los demas daños y perjuicios debian estimarse á proporcion.

En los debates que se empeñaron sobre este punto, presentaron las partes interesadas con una sangre fria imperturbable todos los medios que les parecian útiles á su causa.

Cautivando vivamente la atencion de los asistentes aquella elocuencia al paso que triste polémica.

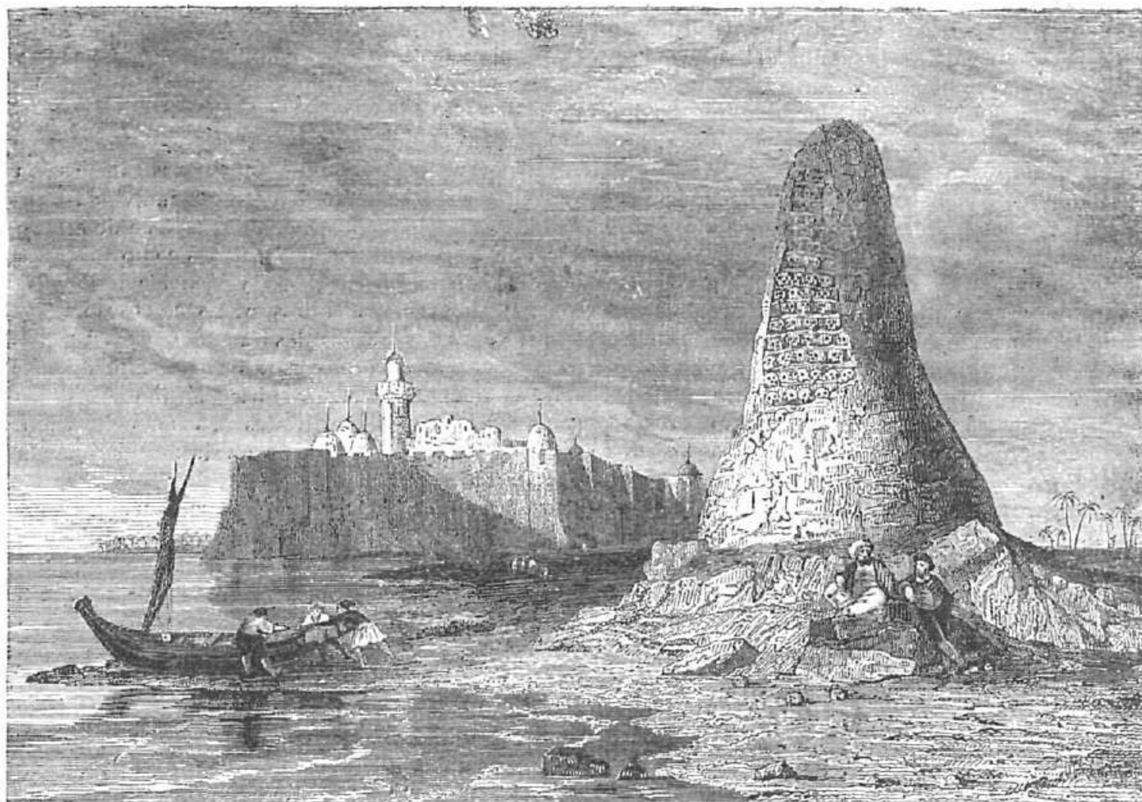
Por el cálculo que se hizo resultó que la familia de Gijko, debia pagar á la de Savo la suma de 18.238 rs. Aprobaron los senadores la cuenta por votacion nominal, y antes de cerrar la sesion, redactó el secretario del Vladika el fallo por duplicado, firmólo y remitiólo á cada una de las dos partes.

A pesar de la lealtad y de la franqueza que distingue á los Montenegrinos, entre los Slavos cis—karpacienses, declaró el viejo Savo que queria sancionar con un juramento solemne el olvido de lo pasado, y la fe en un porvenir mas venturoso. Celebróse en la iglesia la ceremonia; los hombres, mujeres y niños que componian el partido de Savo permanecieron sentados sobre las baldosas; en seguida un hombre el mas entrado en años del partido contrario adelantóse con el crucifijo en la mano, y despues de haberlo besado, pronunció con voz firme y segura terribles imprecaciones, á las que el partido de Savo respondia con recogimiento: *Amen*.

Despues del juramento, colocáronse los dos partidos uno en frente de otro, los hombres en frente de los hombres, las mujeres en frente de las mujeres, los niños en frente de los niños, procurando acercar en lo posible las edades, los temperamentos y los caracteres. Recorrió entonces ambas filas un juez escogido de entre los senadores y despojando á los hombres de sus sables, pistolas y fusiles, hizo de ellos un solo monton y en seguida todos se abrazaron. Volvieron los hombres á tomar de mano del juez las armas trocadas en señal de concordia, y escurrióse alegremente la muchedumbre para ir á tomar parte en el banquete preparado al aire libre á costa de las dos partes reconciliadas.

TORRE DE CABEZAS EN ZERBI (AFRICA).

La isla de Zerbi, ó isla de los Lotófagos, en el Mediterráneo, en la costa del reino de Tunez, está separada del Continente por un canal, que en ciertos parajes no tiene mas que diez toesas de ancho. En el centro de ella hay un arco de triunfo bastante bien conservado, que fué erigido en honor del emperador Antonino y de su colega Vero. En esta Isla existe el triste monumento cuya lámina publicamos; y es una especie de pirámide de unos treinta pies, edificada con las cabezas de los españoles que murieron en el combate que en 1558 trabaron á las órdenes del duque de Medinaceli, y de Andrés Doria con los otomanos mandados por Cara Mustafá. La poblacion, bastante considerable, está dispersa en varias aldeas y cortijos, poco distantes unos de otros; el gran mercado está junto al puerto, donde tambien hay un antiguo castillo llamado Menaqs ó Menaques, nombre que se parece bastante al antiguo Meninx, que era el de la Isla. Los Zerbinos hablan dos idiomas: el árabe y el chillon; en Tunez y en Trípoli tienen gran fama de avaros, y se tratan como cismáticos, pues son de la secta de Aly; con todo, hoy en dia son muy apacibles y hospitalarios.



Torre de craneos en Zerbi.

COSTUMBRES CORSAS.

Un asesinato impune daba márgen á muchos otros asesinatos; los ofendidos, incitados por un enemigo que con orgullo hacia alarde de la sangre de que estaba manchado, se hacian ellos mismos una justicia que les negaba el gobierno. Pagábanles al punto en la misma moneda, y en seguida hacian ellos á su vez otro tanto; de suerte que un homicidio impune arrastraba en pos de sí otros treinta ó cuarenta que, sumian en el desconsuelo á otras tantas familias.

Un hombre que ocupaba un empleo superior en la administracion del ejército francés en Córcega durante la guerra de 1738, que recorrió muchas veces la Isla en todas direcciones, y vivió entre sus habitantes por espacio de mas de dos años, escribió á su vez una historia poco conocida no obstante los títulos que tiene para serlo. Este testigo ocular pinta con vivos colores las vengativas pasiones del corso, la educacion de aquellos hijos criados en el odio de un enemigo y en la sed de su sangre, y el furor de aquellas mujeres que, á riesgo de perder á un hermano, á un amigo, á un amante, les impelen á la venganza, diciéndoles: *Non siete uomo se non ne fate la vendetta.* El mismo historiador atestigua que jamás su pasion por la venganza precipita á los corsos á cometer la cobardía de entregar á su mas mortal enemigo á la justicia para hacerle ahorcar ó enrodar, caso que mereciera semejante castigo. «He visto, dice, ofrecer crecidas sumas á gentes pobres y miserables para hacerles revelar la guarida de ciertos bandidos, contra quienes tenian una *inimicizia di sangue;* mas ellos rechazaban aquella proposicion como una afrenta. Yo mismo he empleado en varias ocasiones parecidas toda mi retórica para inducirles (bajo el cebo de una fuerte recompensa) á que nos suministrasen los medios de detener á ciertos criminales de que se queria purgar el país, prometiéndoles inviolable secreto; y me contestaban que no lo hicieran aun cuando se tratase de la fortuna mas considerable.»

Un hecho mas curioso, mas característico todavía, cuenta un historiador digno de fe. A la época en que estaban en la Isla nuestras tropas como ausiliares de la república de Génova, y por consiguiente como enemigas de los corsos, internáronse en los bosques para buscar en ellos un asilo dos desertores del regimiento de Flandes. Condujo la casualidad tras sus huellas á Mr. de Nozieres, su coronel, que fuera aquel mismo dia á una partida de caza. Habiéndolo columbrado los dos desertores, se arrojaron en un pantano cubierto de arbustos; mas desgraciadamente les viera un pastor de la vecindad, cuyos gestos indicaron el lugar do se habian guarecido. Conducidos á Ajaccio y condenados á muerte, fueron pasados por las armas.

Sin embargo, el pastor que recibiera cuatro luises en recompensa de su denunciacion, contó su aventura, á la que por otra parte se diera en Ajaccio toda la publicidad posible para inspirar á los soldados un temor saludable y persuadirles que no se verian en su desercion favorecidos por los naturales del país: suma fué la indignacion de la familia del pastor al saber tal cobardía; reúnense sus parientes, y resuelven que no deben dejar vivir á un hombre que ha deshonrado á su nacion y á su familia recibiendo el precio de la sangre.

Pronunciada aquella especie de sentencia, pónense á su persecucion, alcánzanlo, lo conducen bajo los muros de Ajaccio, y despues de haberlo confiado algunos instantes á los cuidados de un religioso que hicieran venir para confesarlo, fusiláronlo á manera de los franceses, al propio tiempo que fusilaban á los dos desertores. Despues de la ejecucion entregaron los cuatro luises al confesor, encargándole los devolviera á los oficiales que se los dieran. *Creeríamos, dijeron, manchar nuestras manos y nuestras almas con guardar este dinero, precio de una iniquidad; conviene que no sirva á ninguno de nuestra nacion.*

Ciertamente que semejantes rasgos no pertenecen á la historia de un pueblo vulgar; y al paso que revelan una especie de grandeza de alma, no escenta sin duda de cierta ferocidad, vienen al apoyo de la opinion que hemos emitido de que la venganza corsa es menos la satisfaccion de un instinto de perfidia, que una errónea aplicacion del principio por el cual se creen autorizados á hacerse ellos mismos la justicia. Puede considerarse el hecho que acabamos de contar como la aplicacion de un principio mas general, es á saber: el derecho de tomarse la justicia donde quiera que no la suministran las leyes.

Diodoro de Sicilia, y despues de el Filippini, observaron este viso del carácter de los corsos, desconocido mas tarde, no obstante de que no ha escapado á recientes observaciones. «En medio de su profunda ignorancia, dice Filippini, tienen los corsos un respeto religioso por la justicia, sobre todo cuando es administrada con imparcialidad y sin escepcion de personas.» Trescientos años despues, escribia un administrador, Mr. de Beaumont, que ha sido recientemente subprefecto de Córcega: «Si despues de haberle escuchado atentamente (al Corso) se le prueba que es culpado, se somete; pues respeta la ley desde que se manifiesta clara á sus ojos.» Un antiguo consejero de la corte real de Córcega, L. Realier Dumas, afirma tambien que no corre ningun riesgo en Córcega un magistrado imparcial. «Se verá, dice, solicitado, molestado, amenazado quizás; pero nada tiene que temer si cumple con su deber. Habia por espacio de cuatro años desempeñado mis funciones en la audiencia cuando recorrí la Córcega. Atraveséla en todas direcciones casi solo y sin armas; veinte veces pasé por entre gentes á quienes habia condenado por contumaces, sin que jamás me aconteciera nada. En uno de los países mas peligrosos, en Olmetto, encontrábame en casa Mr. de Pianelli, cuando veo venir hácia mí á un hombre seguido de muchos otros. «He perdido un pleito que me ha arruinado, y vos sois quien me lo ha hecho perder.... No importa, sois un hombre honrado, pues que solo habeis oido á vuestra conciencia. Mis parientes y yo venimos para ofrecernos á acompañaros.»

He aquí lo que cuenta el mismo Mr. Realier Dumas: «Estaba yo una noche en Ventiserri, en casa Mr. Batessi; íbamos á sentarnos á la mesa cuando entra un hombre armado de pies á cabeza, y le dice: Desde hoy queda nuestra familia enemistada con la vuestra; teneis para avisar á vuestros parientes ocho dias, despues de los cuales estad alerta que tambien lo estarémos nosotros.»

Al noveno dia robáronle ya algunos ganados. La venganza corsa se ejerce no solo de individuo á individuo, sino de familia á familia, y hasta de canton á canton, así sobre las propiedades como sobre las personas. Tiene algo del duelo, y participa de la guerra civil: hay en ella el desafío, las emboscadas, las suspensiones, las treguas, los tratados de paz. Un corso que está en *vendetta* contra otro, creeria deshonrarse si le matase sin prevenirle, siendo á sus ojos como á los de sus compatriotas una infame traicion. Citarémos en prueba de esto un hecho que cuenta Mr. Realier Dumas:

«Volvia un campesino de Bastia para su aldea; sorprendido por el mal tiempo, sobreviene la noche y se pierde. Cree por último, á la luz de los relámpagos, divisar una casa, corre á ella, llama, era la de su mas cruel enemigo. Entra, le dice aquel hombre, y comparte mi cena y mi cama; mañana continuarás tu camino si el tiempo lo permite. Cenado que hubieron, acuéstanse juntos, y al dia siguiente el viajero vuelve tranquilo á su casa. Algunos dias despues fué asesinado por el mismo que tan generosa hospitalidad le diera.»

No acertaban pues los que atribuian la venganza corsa á una innata inclinacion á la ferocidad. Han preferido mas bien atenerse á una simple apariencia á querer penetrar en el fondo de las cosas; mejor han procurado repetir una opinion comun, que no tener que esplicar la naturaleza de un sentimiento, que puede ser el producto de otros muchos sentimientos, cuya complicacion no es fácil desenmarañar. Así, por ejemplo, una falsa susceptibilidad en punto de honor ha causado *vendette* en Córcega, así como ha dado márgen á duelos en otras partes. Un corso está convencido de que queda deshonrado á los ojos de sus compatriotas si no toma venganza de una injuria no castigada por la ley: por tanto, asesina para conservar el honor.

El autor de un escrito sobre los *hábitos y costumbres de los corsos*, publicado en 1798, G. Feydel, cuenta lo que sigue: «Dos hombres tienen una disputa en una plaza pública; el uno echa en cara al otro el no haber aun vengado la muerte de su hermano. Dos municipales, testigos de la querella, condujeron preso no al que hiciera el reproche, sino al que lo sufria. Así son las costumbres.» Eso en punto de honor: en cuanto al sentimiento de la justicia, he aquí una terrible espresion del paisano Franchi, cuando el desquite del hijo de Bonaldi, juez de paz, que le hiriera con un pistoletazo: «Los jurados lo han absuelto é yo le condeno.» Este hecho, citado por M. Valery, nos vuelve á conducir á nuestro viajero, de quien nos hemos alejado sobrado largo tiempo, y á quien nos volvemos á juntar para no dejarle ya mas; pero nos ha parecido importante espresar detenidamente el rasgo principal de

la fisonomía corsa; pues por falta de esta esplicacion, hanse cometido para con este pueblo errores que es justo rectificar.

No podemos prescindir de citar aun el hecho siguiente, contado por M. Valery, y el cual corrobora con un nuevo testimonio el testimonio que hemos ya acogido de M. Realier Dumas: «Un presidente de cámara, en Bastia, M. Desclaux, estraviárase en una cacería á los alrededores de aquella ciudad; estaba el dia adelantado y sombrío, cuando se encontró con un hombre armado hasta los dientes, de espesa barba y rostro siniestro, á quien fuéle de todo punto indispensable preguntar el camino. Hablaba aquel hombre el francés con alguna facilidad, y condujo á M. Desclaux con la mayor atencion. Llegado que hubieron á la vista de Bastía: «He aquí vuestro camino, le dijo, pero permitid que no os acompañe mas lejos; podria ser quizás que no usarais conmigo de la misma generosidad que he yo manifestado hácia vos; yo soy fulano de tal, el bandido á quien vos hicisteis condenar á muerte.» Como pareciese conmovido M. Desclaux: «No por eso estoy de vos resentido, replicó su guia, vos habeis cumplido con vuestro deber; pero no escaparán á mi venganza los falsos testigos fulano y zutano, que me han hecho condenar.» Y enseñando su carabina: «Estad cierto que me la pagarán.» Dichas estas palabras, alejóse el bandido, y desapareció en un makis.

Es sabido que la palabra *bandido*, no tiene en Córcega la significacion que entre nosotros; allí ha conservado el primer sentido de la palabra italiana *bandito* (desterrado, proscrito); así es que se entiende un contumaz, perseguido por la justicia, y que lleva una vida salvaje. En su capítulo 30, traza M. Valery, una descripcion muy pintoresca de uno de aquellos hombres, con quien tuvo una conversacion muy instructiva para el conocimiento de las costumbres del país.

Conócese un rasgo que atestigua la estremada firmeza, de que no es raro encontrar ejemplos entre los corsos; y es el de aquel Viterbi, que, condenado á muerte, ínterin esperaba el éxito de su instancia al tribunal de Casacion, permaneció diez y ocho dias sin comer, y redactó el diario de sus sensaciones físicas y de su gradual decaimiento.

M. Valery trae una carta de Viterbi á su mujer, escrita la víspera de su muerte. En aquella carta, en estremo curiosa, recomienda Viterbi todo lo necesario para sus funerales; dispone su órden; nombra las personas que deben asistir, y les señala su lugar; quiere que cada uno de sus parientes y de sus mas íntimos amigos, al echar sobre el féretro un puñado de tierra, diga en alta voz: *Giuro di non dimenticarmi mai della maniera con cui è morto il mio parente et il mio amico Lucantonio Viterbi.* Manda á su mujer que haga jurar á sus hijos odio eterno contra sus perseguidores, y que cada año reuna á su familia en el cementerio el dia del aniversario de su muerte, á fin de perpetuar la memoria de la infame conducta de sus enemigos. Acabó con esta frase: «Pensad frecuentemente en vuestro marido; inculcad á vuestras hijas sentimientos de modestia y de honor; union entre ellas, estrecha intimidad con los verdaderos y fieles parientes, lealtad y franqueza con los amigos, paz con los indiferentes, amor para con todos, piedad y sensibilidad para con los desgraciados, odio á muerte para con los enemigos.» Esta energía de sentimiento, esta palabra ardiente, esta fuerza moral en un hombre cuyo corazon cesa de latir, cuya vida se apaga por falta de alimentos, ofrecen un notable ejemplo de lo que puede la entereza de carácter: así pues, bien hiciera M. Valery en conservar el testimonio auténtico.

HISTORIA DE LAS VIRUELAS.

Inoculacion y vacuna.

JENNER.

No solamente ha espuesto la naturaleza á los seres animados á infinitas causas desorganizadoras, que alterando su fuerza vital, apresuran el momento de su fin, sino que ha esparcido tambien por el universo grandes agentes destructores, cuya accion, á pesar de no hacerse sentir mas que por intervalos, anonada de un solo golpe millares de existencias. Estas plagas, confundidas frecuentemente bajo el vago nombre de peste, ejercian principalmente sus estragos durante el período de la baja edad. Abandonada á un ciego empirismo, la medicina hacia vanos esfuerzos para arrancar algunas víctimas de los tiros del mal; sin embargo, las desgraciadas poblaciones eran diezmadas con espantosa rapidez, y atribuyéronse desde entonces esas calamidades á la cólera celeste, mientras tenian su orígen, si no primitivo, á lo menos aceleratriz en la ignorancia y preocupaciones de una pretendida ciencia. Entre esos terribles contagios, uno sobre todo continua infestando con su presencia los lugares que invadiera antes con su accion progresiva y mortífera, habiéndose hecho el espanto de todas las comarcas, y es el de las viruelas. A últimos del siglo pasado estendióse por todas las partes del mundo esa espantosa enfermedad; rara vez dejaba escapar de sus mortales golpes á una sola familia, ó si resistia á los embates del mal el infeliz infestado, achacoso, completamente desfigurado, conservaba toda su vida las huellas del azote que le pusiera á punto de sucumbir. Sin embargo, esas viruelas tan generales y tan universales, encrudeciéndose por todas partes, y á veces con increible intensidad, transcurrieran apenas doce siglos desde que completamente desconocidas, habian tan tristemente revelado por la primera vez su presencia en Europa. La antigüedad no sospechara jamás su existencia, segun nos lo prueban los escritos de esos médicos griegos y latinos, en los cuales entre las descripciones tan exactas, y al mismo tiempo tan poéticas de las enfermedades de aquellos tiempos, nada indica, nada recuerda nuestras viruelas.

Marius, obispo de Abranche, cronista del siglo VI, cuenta que en 570, y en 580, se manifestó en las Galias y en la Italia, por dos veces diferentes, esa enfermedad que él mismo llama viruelas, sea á causa de los granos, varices que cubrian el cuerpo del enfermo, sea á causa del aspecto que daban á la piel los efectos de esa erupcion de pústulas, aspecto que llamaban entonces varia. Dagoberto y Clodoberto, hijos de Chilperico y de Fredegonda, sucumbieron á los tiros de este contagio, y mas tarde la esposa de Gontran, Austregilda, cayó tambien víctima de su furor: jóven todavía esta reina, al verse arrebatada en tan breves dias, creyó que habia sido emponzo-

ñada, y acusó á los que la habian asistido: atroz calumnia que el dolor y la desesperacion arrancaron á una princesa mas ignorante que cruel. El bárbaro Gontran, para vengar la muerte de su esposa, hizo enterrar vivos á Nicolas y á Donat, médicos infortunados que Austregilda habia señalado como á sus asesinos.

Hasta el siglo VII, ni crónica alguna, ni anales hacen mencion de las viruelas; pero la invasion de los sarracenos en Europa, nos trajo bien presto consigo esa enfermedad, en tan completo olvido entónces, que algunos autores refieren á aquella época su aparicion. Mas adelantados que los cristianos en el cultivo de las ciencias los árabes de aquellos tiempos, no se contentaron con lamentarse de sus estragos, sino que estudiaron la naturaleza del contagio, y el modo de acudir á su remedio; y uno de los mas célebres médicos orientales, el persa Aboubekr Mohammed Rhazes, publicó sobre las viruelas una sabia disertacion que, á pesar de todos los progresos del arte de curar desde aquella época, es todavía uno de los trabajos mas profundos, hecho sobre esa materia, pero todos los esfuerzos de la medicina fueron infructuosos, y las viruelas adelantándose á grandes pasos, iban invadiendo la Europa toda. A los primeros gérmenes del mal esparcidos por la invasion de lo sarracenos, juntáronse otros nuevos traidos por las cruzadas, y en el siglo XIII, desde las orillas del mar del Norte hasta las del Mediterráneo estaba todo infestado por la presencia del cruel azote, á que dieran diversos nombres las diferentes naciones: Llamábase en Italia variola, en España, viruelas, en Alemania, packen, en Inglaterra, pox, en Francia, picote. El descubrimiento de la América, en 1492, ofreció mas vasto campo á los furores del contagio, y á medida que se estendian las relaciones y el comercio de los europeos, veíase á las viruelas ensanchar sus límites, sin que los ardientes fuegos de los trópicos ni los hielos de los polos fueran parte para detener á la devastadora enfermedad; y hasta en Groeland, en la Siberia, en Kamchatska, en todas partes tuvieron que llorarse víctimas.

Al oriente debíamos el funesto don de las viruelas, y al oriente somos deudores del primer medio que haya verdaderamente suavizado su terrible influjo. Hacia mucho tiempo que en Asia, así como en diferentes partes del Africa, se practicaba la inoculacion, es decir que cuando la enfermedad habia atacado á alguno, y en vez de declararse con toda su habitual violencia, tomaba un curso menos peligroso, sacábase entonces con una aguja, ó con un instrumento delgado y puntiagudo, pus del enfermo, y con la aguja de él impregnada, pinchábase alguna parte del cuerpo de aquel á quien se queria preservar, el cual sentia las viruelas mas benignas, sin peligro y con un grado de intensidad igual al que tenian en el primer enfermo, y como el mal no ataca jamás, ó casi jamás, dos veces al mismo individuo, quedábase de ese modo preservado de un ataque mas maligno. A principios del siglo XVII, el frances Aubry de la Motraye, aprendió en Circasia este ingenioso medio de conjurar la enfermedad, mas la que realmente regaló á la Europa la inoculacion fué lady Wortley Montague, mujer tan célebre por su energía, como por su mérito literario; la cual hizo ensayar el preservativo en su propio hijo, de edad de cinco años, con éxito bastante satisfactorio; y de vuelta de Constantinopla, estendió con su ejemplo en Inglaterra este descubrimiento, coronando un feliz resultado la mayor parte de sus ensayos. En Francia, á pesar de la oposicion que encontró al principio en el seno de la facultad el nuevo procedimiento medical, gracias á los esfuerzos de los La Condamine, de los Helvetius, y de los Antonio Petit, adóptose en todas las escuelas y hospitales, y usóse en las familias, mientras lo propagaban en Holanda un Boerhave, un Haller y un Bernouilli en Suiza, y en América un Franklin.

Sin embargo, el mal no estaba destruido todavía:



Jenner.

no se pagaba al monstruo tan terrible tributo, pero no dejaba de pagársele aunque ligero. Un hombre concibió la idea de libertar de él completamente al mundo, y de hacer desaparecer, por decirlo así, de la faz de la tierra, á uno de sus mas poderosos tiranos. Este hombre era Eduardo Jenner, nacido en 17 de mayo de 1749, en Berkeley, condado de Glocester. Jenner era un cirujano que se dedicaba con éxito á investigaciones de anatomía y zoología, cuando, algunas observaciones hechas sobre las viruelas decidieron de lo que debia hacer su gloria y colocarle en el número de los bienhechores de la humanidad.

Era una opinion admitida en diferentes condados de Inglaterra, y hasta en algunas otras partes de Europa, particularmente en Francia, el que estaban libres de las viruelas los que conduciendo vacas habian contraido pústulas en las manos. Habia ya llamado la atencion de algunos médicos esta creencia, que vino á ser preferentemente el objeto habitual de las investigaciones y trabajos de Jenner; el cual se dedicó á una numerosa serie de observaciones sobre el virus variólico, sin que tardase mucho en convencerse de que las pústulas comunicadas por las vacas, por otro nombre la vacuna, era un seguro preservativo contra los ataques de la temible enfermedad; con cuya certeza publicó en 1798 su inmortal obra titulada: *Investigaciones sobre las causas y los efectos de las viruelas vacunadas*. El éxito de ese escrito fué inmenso, traducido en todas las lenguas fué acogido por todas partes con un favor ciertamente bien merecido.... La vacuna, es decir el uso del virus de la vaca fué elogiado do quiera contaba la ciencia hombres distinguidos; la Francia y las comarcas del Norte fueron las primeras en acoger la herencia que les legaba el genio de Jenner. En vano algunos espíritus timoratos ó estacionarios intentaron despreciar con razones mas ó menos especiosas tan bello descubrimiento, no por eso dejaron de ser mas y mas numerosos sus prosélitos, y de combatir hasta la muerte para probar de una manera irrefragable la eficacia de su medio preservativo. Murió Jenner el 26 de enero de 1823, honrado con la estimacion general, admitido en el seno de casi todas las sociedades sabias de ambos mundos, y bendecido por todos los pueblos. Erigióle su patria monumentos despues de haberle concedido durante su vida, gracias y recompensas.

Mas de treinta años han transcurrido desde que posee el universo el bello descubrimiento de la vacuna, y sin embargo el número de casos de individuos vacunados atacados de la enfermedad ha aumentado sin cesar. Seria solo temporal la virtud de la vacuna, y debiéramos hacernos vacunar cada quince ó veinte años? Eso es lo que debe decidir la actual medicina; pero aun cuando así fuese, seria comprar bastante barato este remedio contra los sufrimientos y achaques, y á veces contra la misma muerte; y los detractores de la vacuna, no por eso merecerian mayor fe, ni serian mas razonables.



El Rey Juan.

HISTORIA DE FRANCIA.

EL REY DON JUAN Y SU ÉPOCA.

(1350 — 1364.)

I.

Hay en la historia de la antigua monarquía francesa una época generalmente desconocida; y sin embargo, bien dramática por cierto, pues en ella aparece el pueblo en la plaza pública, y muéstrase en toda su energía de trastornos y revueltas. Hablamos de la época del rey Juan, hijo de Felipe de Valois, de cuyo reinado no ha mucho se ignoraban los mas esenciales detalles. En el estado á que han llegado los estudios históricos, muy culpable es semejante omision; y para evitarla, probamos de trazar reducidamente un cuadro de aquellos movimientos de gremios y mercados, en que descollaron dos grandes figuras, el preboste Marcelo, y el famoso rey de Navarra, Cárlos el Malo.

Encontráranse en Crecy los batallones de Felipe de Valois y los de Eduardo de Inglaterra; quedó allí derrotada la caballería francesa, allí perdió la nobleza su gloria y sus espuelas, y pocos cronistas hay que no se enternezcan al narrar aquel desastre, á que sobrevivió muy poco Felipe. Diezmaba entonces la peste la poblacion de la mayor parte de Europa, en particular de la Francia; Eduardo paseaba sus triunfantes ejércitos desde Calais hasta el pie de las viejas torres de París; y en tan deplorables circunstancias comenzó el reinado de Juan.

Desde el siglo XIII acrecieran cada dia los progresos de la clase ciudadana: aquella muchedumbre de siervos, y de villanos, comenzando por organizarse en municipalidades ó *comunes*, segun la espresion francesa, ensancharan las ciudades, levantaran baluartes, cavaran hondos fosos, y echaran sobre ellos ferrados puentes levadizos. Una casa capitular ó de consejo reunia á los magistrados; la campana llamaba á los habitantes á la plaza y á los mercados para juzgar de los comunes intereses; y allí era donde se discutian los negocios de la ciudad, si se debia ayuda y favor al señor ó al rey, si les tenia cuenta confederarse con una ciudad vecina, si se estableceria un portazgo en un puente ó camino, si se haria un alistamiento de arqueros ó de hombres de armas para defenderse contra el baron vecino, ó contra el obispo, antiguo señor de la ciudad, etc. Casi todas las ciudades de alguna importancia fueran modificando sus primitivos derechos de comunes, y ya estaban entonces organizadas en municipalidades. El preboste, primeramente nombrado por el rey, poco á poco fuera eligiéndose por los ciudadanos; de manera que el establecimiento de los prebostazgos, muy poco alteró el espíritu general de las municipalidades, y aun pudiera decirse que no fué mas que un cambio de nombres en los magistrados. Los regidores no eran sino ciudadanos que defendian los intereses de la poblacion contra toda usurpacion, ya secular, ya eclesiástica; desaparecieran aquellos villanos plebeyos, que, apenas salidos de la servidumbre, ganaban con fatiga su subsistencia; el título de ciudadano de París, de Orleans, de Bourges, valia tanto como el de un individuo de noble prosapia; y el ciudadano tenia su casa fortificada con torrecillas, su arca bien provista de sendos escudos, y pingües tierras al rededor de la ciudad.

Confundida con la de los ciudadanos por intereses comunes, poco se diferenciaba de ella la clase de los menestrales y artesanos. Todo hombre libre pertenecia á un estado, ó á una corporacion de mercaderes ó de oficiales; y una de las primeras ordenanzas del rey Juan fué fijar el rango, las distinciones, y hasta las recompensas para aquella larga serie de corporaciones. Van en primer lugar, como mas útiles, los panaderos y tahoneros de París; cuatro prohombres, que elegia el preboste de los mercaderes, debian visitar dos veces á la semana las panaderías, y examinar el pan por si habia fraude en el peso; y veinte y cuatro medidores presidian en los mercados de harina, en la plaza de la Greve y en la *Juiverie*. Formaban el segundo estado los vendedores de vino, á quienes no se permitia venderlo en su tienda despues del toque de queda. Sin permiso del rey no podia haber mercado de pesca salada. Ocupaban el quinto órden los carniceros, que eran numerosos y regularmente forzudos; y valíanles, grande importancia sus grandes cuchillos, sus mastines, y sus mancebos giferos. Seguian los mercaderes de lienzo por mayor, buenos ciudadanos, aunque un tanto sisones; tras los cuales venian los viñadores, toneleros, carpinteros, labradores, todos bajo la invocacion de *monseñor San Jaime;* despues, los tiznados carreteros, los mercaderes de hierro, de heno y de carbon, los cambiadores de viejo estaño por nuevo, los morcilleros; y finalmente, amen de todas estas corporaciones, tenian su bandera particular los mercaderes de seda, de tejido de oro, los plateros, los raspadores de pergaminos, los *iluminadores* de imágenes y los escultores de crucifijos de marfil.

Cada estado formaba una como sociedad particular, especie de república con sus magistrados. Desde el reinado de Felipe Augusto fué creciendo el influjo del preboste de los mercaderes, sugeto esencialmente ciudadano y popular; y ya en la ciudad de Lóndres, revistiérase de toda la importancia del lord corregidor. Tenian las corporaciones caperuzas particulares; y en vez del blason feudal, de signos emblemáticos, torres y cimeras, llevaban la imágen del santo patron de su respectiva cofradía. Cuando el rey Juan hizo su entrada en París, salieron á recibirle todos los oficios, y entonces vióseles desplegar toda su magnificencia; no solo estaban las calles engalanadas con bellas y grandes colgaduras, sino que tambien los buenos ciudadanos, los tenderos de París, salieron con capirotes uniformes para cada gremio, precedidos de músicos, gaitas y zampoñas. Cada cofradía gozaba del privilegio de armarse y reunirse debajo de la convocacion de sus prohombres; los domingos, además de sus juegos favoritos de la pelota y la taba, á fuer de buenos arqueros, ejercitábanse los oficiales en el manejo del arco y tiro de la ballesta; y en las procesiones era de ver cual desfilaban con sus armas segun su rango y clase, en que eran sobre manera quisquillosos. Los ciudadanos y los oficios componian la clase mas rica: así, cuando se pedia un subsidio, no habia que dirigirse á los posesores de feudos, pues se negaban, so pretexto de que solo estaban obligados al servicio militar; ni tampoco al clero, que ponia mal gesto aun para soltar el diezmo; sino á la clase ciudadana, cuyo auxilio era el medio mas seguro de tener dinero. Nada mas pedian los ciudadanos y oficiales que un poco de libertad en cambio de sus escudos; y con tal que se les prometiese el honor de aumentar el número de los maceros de la ciudad, ó de llevar los birretes partidos, con tal que se les autorizase para vender en los patios de palacio, ó para ir á cualquier hora, así de dia como de noche, al *locutorio* de los ciudadanos, con mucha satisfaccion concedian subsidios á Su Majestad.

II.

A esta necesidad, que paró en costumbre, de pedir dinero á los ciudadanos debieron estos su influjo en los negocios, porque era de todo punto imposible que continuasen desembolsando, sin examinar á que se destinaban sus capitales. Ya entonces la fuerza militar estaba mayormente en las ciudades; en todas las batallas sus valientes arqueros igualaran á los hombres de armas, y combatieran con no menos ardimiento que

los hazañosos caballeros. En la de Crecy, mientras la caballería tomaba la fuga y se negaba á pelear, los *comunes* ó municipales permanecieran firmes en el campo, y al dia siguiente 7.000 ciudadanos prefirieron ser pasados á cuchillo, que ceder el puesto á la caballería inglesa, muy superior en número. Conciliaba este conjunto de circunstancias grande importancia política á la clase ciudadana, que por otra parte en lo interior de sus poblaciones no descuidaba ponerse en respetable estado de defensa: altas torres defendian los principales edificios, y no impunemente hubiera recorrido la caballería sus calles estrechas, interrumpidas por postes, de que pendian cadenas que las atravesaban.

Buena parte de este influjo les cabia á los mercados de París, cuyos aplausos no eran del todo indiferentes al príncipe. Cuando el rey ó el proboste tenian que hacer alguna promulgacion, en los mercados era donde resonaban trompetas y bocinas, y la voz chillona de los alguaciles; agrupábase el pueblo al rededor de los ministros del Chatelet para escuchar los decretos, y si no merecian estos su aprobacion, no faltaban murmullos ni tumulto. Se tenia que verificar una ejecucion importante? el señor rey sentenciaba á muerte á un baron por crímen de lesa majestad? á los mercados iba á parar el paciente; y bien se echa de ver con cuanta diligencia se precavia toda conmocion de las masas, cuando el tesorero, guarda sellos, peajero, ú otro oficial real cualquiera, que hubiese escitado el descontento de los ciudadanos, raras veces escapaba de Montfaucon y de la fatal escala que le esperaba. Desde el reinado de Juan hasta Cárlos VII hicieron los mercados gran papel en los negocios, y durante aquel período no hubo príncipe que no arengase á los oficios, y no les declarase repetidas veces, que solo deseaba ser con ellos en vida y muerte.

Los clérigos de clase inferior, y sobre todo los frailes, hacian entonces causa comun con los intereses populares, porque ya no podian soportar el peso de tantos diezmos como se les imponian. Los prelados tenian sus representantes en el Parlamento, que sabian abogar en su favor; pero los cabildos y las órdenes monásticas, que al fin y al cabo eran quienes cargaban con los desembolsos, ninguna parte tenian en la administracion ó inspeccion de los negocios; y como no menos tenian que querellarse de los barones y caballeros, cuyas rapiñas arruinaban las catedrales y monasterios, es de ahí que naturalmente encontráronse aliados de la clase ciudadana, cuyos individuos eran además muy piadosos, y pertenecian á cofradías prohijadas por frailes blancos y negros, por los franciscanos, por los predicadores, etc. Los curas de París iban perfectamente de acuerdo con los centuriones ó capitanes de cuartel, y lo mismo que ellos apetecian los aplausos de los mercados, mientras los ciudadanos proporcionábanles sedas ofrendas, y les daban cirios tan largos, que hubieran podido ceñir los muros de París.

Desde la batalla de Crecy cayera en gran descrédito la nobleza territorial, que, pobre y sin consideracion, ningun ascendiente tenia. Que debia resultar de semejante estado de cosas, sino que el Rey recurriria á donde todavía quedaban recursos, y que la clase ciudadana adquiriria en el gobierno la importancia política á que era acreedora? Eran graves los apuros del rey D. Juan, y nunca señor feudal, necesitara acudir á todos sus medios, como lo necesitó el hijo de Felipe de Valois al principio de su reinado: la batalla de Crecy pusiera sus provincias en poder de los Ingleses, y si bien es verdad que se acordara una tregua con el rey Eduardo, no fué esta de larga duracion, porque no podia haber paz definitiva y duradera entre un príncipe que proclamaba sus derechos á la corona de Francia, y otro que ya poseia el trono de ella. Nada le quedaba al rey Juan sino la clase ciudadana, y como era la única que le ofrecia recursos, recurrió á ella.

Mucho procurara ya este Monarca evitar la convocacion de los Estados generales del reino: tan exigentes se mostraban, y tantas reformas pedian los ciudadanos y el clero. Y como á los individuos del real Consejo no les gustaba tan importuna vigilancia, durante cuatro años pasárase el Rey sin asambleas generales; y aunque habia comisionado consejeros para tratar con los Estados particulares de cada provincia, para que podian servir algunos millares de escudos de oro con tan costosa caballería? Seguia la guerra con los ingleses, y como era preciso buscar un apoyo popular para rechazar una invasion, á pesar de su repugnancia á la convocacion de los Estados generales, el rey Juan tuvo que someterse á ella; y en consecuencia, los muy fieles y muy amados nobles, prelados y diputados de las buenas ciudades, fueron llamados á París por San Andrés de 1355. Monseñor Pedro de Laforest, arzobispo de Ruan y canciller de Francia, espuso al Parlamento el estado de la guerra, y les invitó á que manifestasen en que podrian ayudar al Rey en sus gastos. El clero por boca de monseñor de Craon, arzobispo de Reims, la nobleza por el duque de Atenas, y las buenas ciudades por medio de Estevan Marcel, entonces preboste de los mercaderes de París, contestaron: «Estamos prontos á vivir y morir por el Rey, y á servirle con bienes y persona; pero pedimos formar un solo parlamento y reunirnos;» y Pedro de Laforest dijo: «Nos, lo otorgamos.»

Reuniéronse en efecto los Estados, y en la cámara del Parlamento contestaron al Rey que le darian 30.000 hombres de armas, á sus costas, y votaron además impuestos y gabelas. Comenzó á cobrarse el subsidio el 22 de junio de 1355; y los diputados de los tres brazos redactaron una prolija instruccion acerca de la manera de repartirlo y hacerlo ingresar en el erario, siendo Pedro Chapelu el cobrador en la diócesis de París, y encargándose del libro de registros Mauricio de Epernon. No en todas partes se recibió con igual resignacion aquel impuesto, y en algunas ciudades ocasionó descontento y revueltas. Al llegar la primera noticia á Normandía, sorprendióse todo el país; y el conde de Harcourt, bien quisto del pueblo de Ruan, de los ciudadanos y de los comunes, dijoles: «Ola! buena gente, no os echais mal yugo si concedeis esta gabela. Si Dios me ayuda, jamás se cobrará en mi país, y no habrá nadie asaz osado para imponerla á mis dominios;» y el Rey de Navarra, que entonces se hallaba en el condado de Evreux, decia por el mismo estilo: «No correrá tal impuesto por mis feudos.» Llegaron estas palabras á oidos del rey Juan, que esclamó: «Sepan, pues, que no quiero que en Francia haya mas amo que yo;» empero aquella resistencia era parte de una vasta conjuracion que contra el Rey se tramara.

Dos años habia que Cárlos de Navarra continuaba sus amistosas relaciones con el Rey de Inglaterra, y

entre tanto íbanle prestando homenaje muchos barones normandos, porque el rey Juan era altivo y desabrido para con la nobleza, que preferia el carácter caballeresco de Eduardo, y particularmente de su hijo, el Príncipe de Gales. Tan buena maña se dió el de Navarra, que atrajo á su liga al mismo Cárlos, hijo del Rey, y entabló con él trato secreto contra Juan su padre. No se sabe á punto fijo que objeto se proponia semejante convenio; pero cuando el Delfin, que entonces contaba diez y siete años, fué á apersonarse con el de Navarra: «Querido primo, díjole este, vuestro padre el Rey os aborrece de muerte, y da la preferencia á vuestro hermano Felipe. Tan inesperto era Cárlos, que se entregó enteramente al Navarro, y no pudo su padre atraérselo sino dándole en herencia el ducado de Normandía. Segun el proyecto de Cárlos de Navarra, tratábase de acudir al Emperador de Alemania, tio del Delfin, pidiéndole hombres y dinero para prender al Rey de Francia, encerrarlo en una torre, y quitarle de en medio si así fuere necesario.

Con el ducado de Normandía pareció que se contentaba el Delfin, y obteniendo perdon para sí y para sus cómplices, quedó todo en aparente calma. Pero cuando Juan supo la resistencia que el Rey de Navarra y el señor de Harcourt oponian al impuesto votado por los Estados generales, encendióse en mayor furor, al cual dió libre rienda. Residia por entonces monseñor Cárlos, duque de Normandía, en el castillo de Ruan; y como, ignorando el odio mortal que profesaba su padre al Rey de Navarra, al conde de Harcourt y á monseñor Godofredo, su tio, mantenia con ellos relaciones amistosas, aconteció que les convidó á comer. Sabedor de esto el rey Juan, partió de Orleans, á donde fuera á sacar de pila un hijo del conde de Artois, y tanto anduvo, que llegó al castillo cuando estaban aquellos en la mesa. Subió presuroso la escalera, entró en la sala del festin, y el mariscal Daudeham, que le precedia con una gran espada, esclamó: «Nadie se mueva por nada que vea, sino quiere morir de espada.» Grande fué el pasmo del duque de Normandía, del Rey de Navarra, de monseñor de Harcourt, y de cuantos en la mesa estaban, que ciertamente hubieran preferido estar entonces en cualquier otra parte; y levantándose para hacer reverencia, no hizo alto en ello el Rey, sino que adelantándose á la mesa, echó su brazo sobre el Rey de Navarra, cogióle por la piel, y se le encaró, diciéndole: «Ola, fuera, traidor, no eres digno de comer en la mesa con mi hijo; por el alma de mi padre! juro no catar bocado ni bebida mientras vivas!» Habia allí un escudero llamado Colinet de Bleville, que trinchaba los platos del Rey de Navarra; y cuando vió á su amo tan mal parado, echó mano á su cuchillo, y asestando al pecho del rey Juan: «Te mato si no lo sueltas,» gritó; pero al punto le prendieron. De rodillas y juntas las manos lloraba el Duque de Normandía delante de su padre, diciéndole: «Ah! monseñor, por Dios, ved que me deshonrais; pues todos dirán que he vendido mis huéspedes.—Alzad, Cárlos, respondió el Rey, son perversos, traidores;» y mandó llevar al de Navarra á un cuarto, á donde se le condujo no muy respetuosamente, junto con el señor Friguet y el susodicho Colinet de Bleville. Luego fuése el Rey para el conde de Harcourt, y dándole un gran golpe en los hombros, díjole: «Andad, traidor orgulloso, id á la cárcel. Por el alma de mi padre y por monseñor San Dionis, ya sabréis cantar de plano cuando me escapeis.»

Pero temiendo el Rey no se sublevasen los habitantes de Ruan, que amaban sobre manera al conde de Harcourt, llamó al rey de los pícaros, y le dijo: «Ea, Pedro Lenoir, á ver como me desembarazas del señor de Harcourt, de Juan de Granville, de Colinet y de maese Maubué. — Que me place,» respondió el tuno; y aquella noche fueron degollados sin permitirles que se confesasen; pues decia el Rey que no merecian confesion los traidores. Entre tanto reuniéranse los ciudadanos, muchos murmuraban, y no pocos hablaban ya de tomar las armas; pero ahí estaba el Rey, calado el casco y baja la visera, y viendo que era preciso darse á conocer para apaciguarlos, alzóse el baberol, y esplicó porque habia hecho prender al Navarro y á sus cómplices, sacando de su escarcela un pergamino con varios sellos: era el acta del trato que el Rey de Navarra y el conde de Harcourt hicieran con Eduardo de Inglaterra, de matar á Juan y á su hijo, y de trasladar la corona al de Navarra.

Conducido á París, fué este al principio encerrado en el Louvre, y despues se le trasladó al Chatelet, donde le hicieron pasar muchos sustos, porque de dia y de noche le indicaban que ya estaba condenado á muerte, ó que le cortarian la cabeza, ó bien que le echarian al Sena dentro de un saco. A todo él se conformaba, dicen las crónicas, porque no podia allí echarla de amo, y hablaba tan bien y con tanta dulzura á sus guardias, que le tenian estos gran compasion. A los interrogatorios á que se le sujetó, contestó con mucha sutileza; y como no le pudieron sacar una palabra, encerráronle en el alto castillo de la Roche-Gaillard. Tan arbitrario enjuiciamiento sin la garantía de los pares, y contra todos los usos feudales, produjo viva impresion en toda la nobleza de Francia, particularmente en la de Normandía; y Felipe, hermano del Rey de Navarra, envió al rey Juan este cartel de desafío: «A Juan de Valois, que se titula rey de Francia, hacemos saber, que por el grandísimo tuerto é injuria que haceis á nuestro muy amado señor y hermano, sin derecho ni razon, teniéndole vilmente preso, de lo cual estamos muy enojados, desde hoy en adelante os retamos á vos y á todo vuestro poder, y os harémos guerra tan mortal y tan recia como podrémos.»

A consecuencia de estos acontecimientos dióse la batalla de Poitiers, terrible derrota en que huyó vergonzosamente la caballería, quedando prisionero el rey Juan. Aquel combate fué un golpe mortal para la nobleza; la mayor parte de los caballeros se portaron con cobardía, y los que con sus escuderos se escaparon de Poitiers tuvieron que sufrir las burlas y desprecios de los comunes. Así los ciudadanos vinieron á ser la única fuerza vital verdaderamente poderosa, y á poco los Estados generales se apoderaron de la direccion de los negocios.

III.

Cuando el Delfin volvió de la batalla de Poitiers, fué recibido friamente por el pueblo; no habia sido el primero de los fugitivos entre la jóven caballería!

Sobrado jóven para tomar el título de regente, hízose nombrar teniente general del reino durante el cautiverio del Rey en Londres. Presto se reunieron los Estados generales, que fueron completos, pues contábanse mas de quinientos diputados. Los caudillos y directores de los tres brazos, los que tuvieron mas influencia en sus deliberaciones, fueron Roberto le Coq, obispo de Laon, y Estevan Marcel, corregidor.

Roberto le Coq fuera al principio abogado del parlamento de París; é instituyérale Felipe de Valois su principal consejero. Como era un clérigo muy instruido, llegó á ser obispo y duque de Laon y presidente del Parlamento, cargo cuyas funciones en aquella época nada tenian de incompatibles con las de obispo. Roberto le Coq habia sabido hacerse muy popular; era afable y hablaba abundantemente con los menestrales de París. El corregidor Estevan Marcel era el hombre de la vecindad; las gentes del mercado, los pescadores, los cortantes, los amoladores conocian bien al maestro Marcel; todos le saludaban y obedecian á sus menores mandatos. El Corregidor, como es sabido, disponia de toda la ciudad, hacia abrir y cerrar las puertas, y mandaba á los gefes de cuartel y á los centuriones de la guardia municipal.

Estendieron los estados generales sus acuerdos poniendo duras condiciones á la regencia. Antes de otorgar socorros y subsidios, pedian diminucion de impuestos y varias otras reformas, é insistian principalmente sobre la libertad del Rey de Navarra retenido en cautiverio por los partidarios del Rey. El Delfin contestara á los diputados: «Queridos y leales, voy á consultar á mi Consejo sobre lo que me decís así como del cautiverio y libertad del Rey de Navarra.» Y se retiró con la mayor gracia del mundo, intentando eludir por debajo de mano las condiciones impuestas por los Estados generales; mas como necesitaba para sí y para sus oficiales de grandes cantidades de dinero, quiso el Delfin procurárselo sin el auxilio de los tres estados, y al intento echó mano del recurso ordinario, de la alteracion de la moneda. Escitó vivos rumores ese cambio. «Cuando se pondrá coto á tanta rapiña!» decian los menestrales; pues el Corregidor habia reunido el pueblo y le dijera: «No acepteis esa mala moneda; ninguna alteracion puede hacerse en ella sin el consentimiento de los Estados.» Al punto el Delfin dió órden á Estevan Marcel de presentarse á Saint Germain l' Auxerrois, donde entonces se encontraba; y presentóse dicho Marcel cerca la hora de comer, acompañado de una muchedumbre de artesanos armados: «Señor Corregidor, dijo el Delfin, os demandamos que hagais cesar el impedimento que habeis puesto al curso de la moneda. — No, respondieron los gefes; nada se hará; de ningun modo permitirémos que dicha moneda tenga curso.» Al salir de la entrevista, Marcel hizo publicar un bando ordenando que todos los oficios se armasen incontinenti; y en consecuencia acudieron todos á sus banderas unos armados con picas, otros con lanzas, quienes con mazas, y quienes con horcas y palos nudosos.



El Preboste Marcel arengando al pueblo.

Sin embargo, el Delfin, espantado con aquellas demostraciones enérgicas y tumultuosas, se apresuró á ceder á las reclamaciones de la multitud. Mostráronse entonces mas exigentes los Estados generales; en una sesion solemne, tomó la palabra Roberto le Coq, y esclamó: «El Rey y el reino de Francia han sido mal gobernados; grandes catástrofes han sobrevenido, y con motivo de la alteracion de la moneda y otros cambios, obra todo de los consejos del canciller y otros oficiales que no hacen mas que arruinar al estado. El pueblo no puede sufrirlo ya mas; por lo cual hemos resuelto exonerar de sus cargos á los oficiales. Presentaron al Delfin un gran proyecto de reforma, al cual debió poner su sello; y en seguida los Estados generales organizaron un gran consejo, cuyas atribuciones abrazaban la administracion general del

Reino. Su primer acto fué la supresion de los oficiales cuya avidez y negligencia comprometian la monarquía; siendo tanta su severidad, que en París, casi todos los jueces fueron removidos, así los del parlamento como de la contaduría mayor, y tribunal de subsidios.

De este modo el gobierno de Francia pasara á manos de un gran consejo formado por los tres estados y bajo la absoluta influencia de Roberto le Coq, órgano del clero popular. Ningun mandato del Delfin tenia su pleno poderío, todos llevaban esta fórmula: «Segun el parecer de nuestro Consejo de los estados y de los hombres de nuestras leales villas.» Semejante situacion no podia convenir á Monseñor; sometíase á ella por necesidad, mas sin que los gentilhombres de su confianza dejaran de conspirar para su reintegracion. Sabíalo el pueblo, y estuvo alerta; cerráronse las puertas, colocáronse en las calles pesadas cadenas para detener á los caballos, y donde no las habia, abriéronse profundos fosos á lo largo de las murallas. Y tenian razon los del pueblo de prepararse á la resistencia, pues una bella mañana llamó Monseñor al ayuntamiento, corregidor, regidores y consejeros y les dijo: «Ea, amigos: yo solo quiero gobernar de ahora en adelante; os prohibo mezclaros en los negocios del Reino. Nada contestó Marcel, pero el Delfin tuvo que abandonar á toda prisa á París, por estar el pueblo sumamente irritado por su mala fe.

Verificábase en aquel entonces un grave acontecimiento. El Rey de Navarra, que gemia cautivo hacia mas de veinte meses, recobrara de repente su libertad; resuelta, segun decian los menestrales, en una sesion secreta de los Estados, tenida por Marcel y los regidores de París. Por lo demas, he aquí como se verificó. Algunos hombres de armas fueran al castillo que encerraba al cautivo Rey de Navarra; plantaron escaleras al pie de las murallas, y sorprendieron los guardias, á quienes no hicieron el menor daño. Salido de su prision el de Navarra, como necesitara el partido popular de un gefe atrevido para sostener los esfuerzos de la muchedumbre, nada echó en olvido para captarse la popularidad. Así se hospedó en casa de un simple propietario, á quien llamó su especial amigo; y algunos dias despues reunió á los comisarios de barrio y á los centuriones de París y les dijo: «Quiero, amigos mios, ir al mercado y hablar al pueblo.» Dichos comisarios y centuriones reunieron á los propietarios y bajo pueblo en el claustro de S. German; el Rey de Navarra subió á un tablado, y empezó así: «Mucho siento las vejaciones que me han hecho sufrir injustamente; quiero vivir y morir defendiendo el reino de Francia pues desciendo en línea recta de padre y madre franceses, y tengo mas derecho á la corona que el Rey de Inglaterra. Honrados menestrales, los oficiales del Rey son la causa de los males del pueblo.» Insinuó algo sobre la mala voluntad del Delfin, y era ya de noche que estaba todavía arengando.

Al dia siguiente, conmovidos todos por el bello discurso del señor Cárlos, rey de Navarra, el Corregidor, los regidores y gran número de ciudadanos se presentaron al Delfin, que habia vuelto á habitar las Tournellas, y le suplicaron que hiciera justicia al de Navarra; Roberto le Coq, presidente del gran Consejo, contestó: «No solamente hará justicia el Duque mi señor, sino que se portará con la cortesía con que debe portarse un buen hermano con otro hermano.» Estaba lejos de ser este el verdadero intento del Delfin; pero el Obispo de Laon era dueño del Consejo; y nadie osaba contradecirle. Hízose efectivamente justicia; el Rey de Navarra apareció en perfecta inteligencia con el Delfin; tenian conferencias todos los dias, comian juntos, visitaban las reliquias, las urnas veneradas. Nada negaba al Rey de Navarra Roberto le Coq, y á peticion suya concedió la libertad á los cautivos del Chatelet: acogióse la órden con estrepitosos aplausos, é hízose estensiva hasta á las prisiones de las abadías; con lo cual sintieron los habitantes de París tan vivo agradecimiento hacia el Rey de Navarra, que al salir de aquella villa para Ruan, hiciéronle los ciudadanos numerosos presentes de los fondos del comun y le acompañaron hasta Mantes.

El activo Rey de Navarra hizo descolgar en Ruan los cadáveres de cuatro nobles que immolara la venganza de Juan; y asistió á sus honras montado en su soberbio caballo de batalla y rodeado del pueblo. Semejante conducta tenia por objeto recordar la tiranía del Rey Juan, mal quisto en los lugares de Normandía desde la ejecucion de los cuatro señores. El de Navarra apareció en seguida á una ventana desde su habitacion, y dirigiéndose á la muchedumbre, repitió lo que dijera en los mercados de París; deploró de el martirio de los condes; y luego convidó á su mesa á algunos propietarios y hombres del pueblo; habiendo colocado á su derecha á uno de los gefes del partido popular, revendedor de vinos al menudeo. En París conservábanle los ciudadanos una fiel adhesion, y como temian la llegada de los archeros reales en la leal Villa, guardaron los menestrales constantemente las puertas, con el capacete en la cabeza, y la ballesta en la espalda, y resolviendo para conocerse mejor los que seguian el partido popular adoptar un color por emblema, vistieron caperuzas de paño mitad rojo, mitad azul.

No le quedaba otro partido al Delfin que el de hacerse el hombre de los menestrales, y contrarestar de ese modo la popularidad del Rey de Navarra, papel que aceptó; y seguido de cuatro ó cinco señores de su consejo se trasladó al mercado de París, donde habia reunida una numerosa muchedumbre. Subió el Delfin á un trono, y dijo con calor: «Mi intento es vivir y morir con vosotros; no para oprimir al pueblo francés hago venir gente armada, sino para defenderlo de los enemigos del Reino. En cuanto al desembolso últimamente hecho, no he recibido un cuarto, y creo que darán sus debidas cuentas los que han tocado el peculio.» Muy bellas palabras eran esas, pero la llegada de gente armada habia exasperado á la muchedumbre. El Corregidor se quejaba continuamente de que el Delfin y sus consejeros íntimos agravaban las desgracias del país, y para hacerle presentes sus quejas habia ido á encontrar al Príncipe diferentes veces. Hacíale el Delfin promesas que nunca cumplia. Tal conducta impeliera á Marcel y á los regidores de París á tomar, de acuerdo con los ciudadanos, una resolucion estremada; creyeron indispensable dar muerte á algunos consejeros de Monseñor. Reuniéronse los menestrales bajo su bandera en Saint-Eloi y muy luego Regnaldo d' Acy, abogado del Parlamento, adicto servidor del Delfin, fué perseguido y muerto en la tienda de un pastelero. El preboste y el pueblo se di-

rigieron á toda prisa á la morada del Delfin, subieron la escalera, y penetraron en su aposento. Díjole el preboste: «No os asusteis, señor Duque; tenemos que hacer aqui.» Y haciendo una señal á los de su séquito, se precipitaron sobre Monseñor de Couflans, mariscal de Champagne, y de Roberto de Clermon, á quienes degollaron sin piedad.

Sobre manera espantado de lo que estaba viendo, gritaba á voz en grito el Delfin: «Salvadme! salvadme!»—No hayais miedo, contestóle Marcel, y le dió su caperuza, la cual trajo todo el dia. Los del pueblo arrastraron los cadáveres de las víctimas hasta el patio del palacio, donde quedaron espuestos á la vista de los que querian verlos, sin que nadie osara tocarlos. Al salir de palacio fuése el preboste á la casa de la Villa que estaba en la plaza de Greve, y habiéndose asomado á una ventana, dijo á los menestrales que armados estaban allí reunidos: «El motivo del hecho que se acaba de consumar ha sido el pro comun de la nacion. Lo aprobamos repetia el pueblo. Y una vez ratificado el acto por las cofradías, volvióse el preboste junto al Delfin que estaba temblando y lamentándose: subió el preboste al aposento de Monseñor, y le dijo: «No os inquieteis por lo sucedido; el pueblo lo ha hecho con buen intento, y vos no estais ya en peligro. Los que han muerto eran malvados y traidores; aprobad lo hecho, y sed de los nuestros; otorgadnos el perdon si es necesario.—Os lo otorgo, contestó espantado el Duque; y si los de París quieren ser mis amigos, yo lo seré suyo.» Entonces el preboste Marcel envió al Delfin dos piezas de paño, una colorada y otra azul á fin de que se mandara hacer caperuzas para él y sus oficiales; vistiendo así toda la casa del Príncipe los colores populares.

IV.

Al llegar el Rey de Navarra á París, en cuyos mercados no disminuyera en lo mas mínimo su popularidad, apeóse en su morada, en la calle de San Jaime, donde vino á encontrarlo Marcel: «Haced al Duque una buena peticion, le dijo, y se os hará justicia. Los ciudadanos cuentan que aprobaréis la muerte de los tres consejeros del Delfin.» Y el de Navarra respondiera al Corregidor, golpeándole la espalda: «Todo lo aprobaré, mi bueno y especial amigo.» El Consejo real estaba compuesto de modo, que no podia retardar el acomodamiento entre el Delfin y el Navarro; pues los ciudadanos de París estaban en mayoría. Tuvo lugar la reconciliacion, peró habia poca buena fe en las Protestas del Duque, y el Rey de Navarra desconfiaba á su vez de la conducta del Delfin.

A fin de que toda la Francia tomase parte en la causa de los menestrales, escribió el Corregidor á todas las ciudades, participándoles como los habitantes de París se habian desembarazado de los malos consejeros del Duque, é invitándolas á vestir las caperuzas con los colores populares. Hasta entonces no tenia el Delfin mas título que el de lugar teniente del Reino; los Estados para regularizar el ejercicio del poder real, le confirieron la regencia, poder mas estenso y mas absoluto. Al paso que aumentaban el poder del Delfin, los Estados imponian al Consejo nuevas garantías; reforzaron el partido popular con cuatro gefes de la clase media, y Marcel, admitido una sola vez en el Consejo, tomó en él asiento permanente, junto con tres regidores de París. Algun tiempo despues súpose como el Regente habia huido: no pudiendo sufrir la tutela que se le imponia, se habia escapado secretamente por el Sena durante la noche, habiéndole conducido un carpintero en una lancha. Alborotó en gran manera al pueblo tal evasion; y apercibióse á la resistencia, al saber que el Regente habia ido á refugiarse en la fortaleza de Meaux, asilo escogido por los gentilhombres que huian de la *Jacquerie*.

Despues de la batalla de Crecy y de Poitiers, no inspiraban ya los gentilhombres el mismo respeto ni los mismos temores; la mayor parte de los nobles huyeran vergonzosamente del campo de batalla; cómo pues podia temerse á unos señores, á quienes unos simples archeros de Inglaterra habian hecho volver la espalda? Burlábanse de ellos á sus barbas, lo cual producia suma agitacion en las campañas. Entonces fué cuando estalló la *Jacquerie* ó revuelta de los paisanos. Hacia largo tiempo que daban el apodo de buen Jaime, á los villanos que servian en los combates, apodo que se estendió á todos los siervos. Los gremios de París, de Laon y de Amiens, vieron con satisfaccion cual en esa sublevacion de 100.000 villanos limpiaban las provincias de los feudos que por tanto tiempo les oprimieran. Aplaudieron los mercados de París los esfuerzos de los Jaimes, y ofrecieron juntar sus banderas á los harapos que enarbolara aquella desenfrenada muchedumbre.

Despues de la partida del Regente, los habitantes de París se habian constituido en república municipal; apoderáranse Marcel y los regidores del palacio del Louvre, que guarnecieran con buen número de ciudadanos, cerráronse las puertas que daban al rio, y demolióse el convento de frailes menores que por estar junto á las murallas podia favorecer á los sitiadores. Bien se le alcanzaba al Corregidor que no fuera dado á los habitantes de París, entregados á sus propias fuerzas, resistir al Regente y á la nobleza; asi pues no vaciló en entrar en relaciones con los *Jaimes* que avanzaban entonces sobre Meaux, pudiendo dar por ganada la causa de París, con tal que los paisanos sublevados lograsen dar muerte al Regente. Una gavilla de mil ciudadanos capitaneados por Pedro Gilles, droguero de la calle de Curs, se reunió á los Jaimes á algunas leguas de Meaux, y se apoderaron de la ciudad. Salieron á su encuentro los ciudadanos de Meaux, mas como fraternizaron grandemente, pusieron mesas con sendos frascos de vino, pan y manjares; y luego, todos cayeron de repente sobre el castillo, avanzando sin obstáculo hasta la primera barrera; pero el conde de Foix y una cuadrilla de gentilhombres los dispersaron, sin que muy luego quedase el menor vestigio de aquel acontecimiento. Quedaron los habitantes de París en la mayor consternacion pues contaban con los Jaimes para entretener á la nobleza y resistir al Regente. Sin embargo, no dejaron por eso de trabajar con extremado ardor para la defensa de su Villa.

Existian en París dos partidos: uno enteramente municipal, que queria apoyarse en la fuerza de los ciudadanos; y tenia por gefé á Jaime y Simon Maillard. Intentaba el otro echar mano de todos los re-

cursos para conservar la independencia de los ciudadanos, siendo Marcel y tres regidores los principales gefes. Despues de la derrota de Meaux, se apoderó del mando absoluto ese último partido, y casi á unanimidad resolvióse llamar al Rey de Navarra. Vino este á toda prisa á París, y Marcel, rodeado de los regidores, le recibió en la puerta de S. Honorato con grande júbilo y regocijo, y aseguróle que si llegaba á hablar en la plaza de Greve, le haria dar la capitanía general del Reino. A todo consintió el Rey de Navarra, y arengó al pueblo desde el balcon de la casa de la Villa: «Señores, dijo, con razon amo al reino de Francia, pues desciendo de las flores de lis y fuera rey á haber sido un hombre mi madre. Debo mil favores á todas las ciudades de Francia, y particularmente á París, y quiero vivir y morir con los del pueblo.» Por unánime aclamacion el Rey de Navarra fué proclamado capitan general del Reino.

La faccion de Maillard veia con disgusto el incremento que iba tomando en París el poderío del de Navarra: á medida que iban acercándose á los muros el regente y los nobles, mostrábase mas audaz, y manifestaba con mas energía su rencor; bien que el Rey de Navarra, viendo que no podia fiarse de todos indistintamente, salió de París con todas sus gentes de armas y fué á concentrarse en S. Denis; resuelto á servir de medianero entre el Regente y los ciudadanos. Habia en París para la defensa de las murallas gran número de veteranos; quienes cometian en las casas mil tropelías, y robaban y talaban los jardines; no le costó gran trabajo á Maillard el sublevar al pueblo contra ellos; así que estalló una violenta conmocion en la que perecieron mas de cien hombres de armas; mas al perseguirles la muchedumbre hasta lo interior del bosque de S. Cloud, los veteranos se pusieron en emboscada, y perecieron mas de setecientos ciudadanos, lo cual hizo que se esparciera el rumor de que Marcel habia prevenido á las gentes de armas, y que de consiguiente vendia la Villa. Eso es lo que queria el partido de Maillard; maquinando como maquinaba para debilitar la popularidad del Corregidor. Conocia Marcel el complot, y no veia mas medio de salvacion que el de arrojarse al instante en brazos del Rey de Navarra, y convino en entregarle las llaves de París.



Una ejecucion en el mercado.

Como Maillard tuvo igualmente noticia de los designios de Marcel, intentó impedir la entrada del de Navarra y aprovechar aquella coyuntura para hacer triunfar á su partido. Marcel debia ir por la noche á la Bastilla de S. Antonio para entregar las llaves al de Navarra. Juan Maillard se puso alerta: serian cerca las cinco de la mañana cuando seguido de algunos hombres se dirigió á la puerta de S. Antonio, donde encontró al Corregidor emboscado. Dirigióle la palabra Juan Maillard: «Estevan, Estevan, qué haces aquí á esa hora?—Qué te importa, le respondió el Corregidor; estoy aquí para guardar la Villa cuyo gobierno me está confiado.—Pardiez, esclamó Maillard, que no estas aquí con buena intencion, y voy á probártelo. Entonces dirigiéndose á los que le rodeaban, dijo: Vedle con las llaves de las puertas en la mano para vender la Villa.—Mientes, replicó el Corregidor.—Tú eres quien miente, traidor! y gritó: Mueran los de su pandilla; mueran los pérfidos y los perjuros.» Y se trabó un reñido combate cuya victoria quedó para el partido de Maillard. El Corregidor Marcel se habia refugiado en la torre de la Bastilla de S. Antonio, donde fué muerto con algunos regidores y alcaldes de barrio. Juan Maillard se puso á recorrer las calles, y á despertar á los ciudadanos gritando con atronadora voz: «Hemos dado muerte á los traidores que querian entregarnos al Rey de Navarra. El dia

siguiente, al asomar los primeros albores reunióse el pueblo en los mercados; así que fué numerosa la muchedumbre, subió Juan Maillard á un tablado y dijo: «Ya sabeis por que crimen he muerto al Corregidor; pues toda la ciudad debia ser quemada y destruida, á no haberlo remediado Dios en su divina gracia.» El pueblo se dejó embaucar, y muchos habitantes se alegraron de haber escapado de tan gran peligro.

Hasta aquí no habia mas sino que una faccion municipal habia derribado á la otra, mas los partidarios del Regente y de la nobleza, no perdieron la ocasion de volver el movimiento popular á su favor; y algunos gentilhombres recorrieron las calles con la bandera de Francia. El partido de Maillard que en un principio no abrigara la intencion de favorecer esa causa, se vió obligado á ceder y á unirse á los nobles. Como algunas gentes de armas del Duque tomaran posesion de las puertas de París y de la Bastilla sin que les hiciera resistencia, no vaciló el Duque en entrar en la villa, donde fué recibido con aclamacion yendo Maillard á su lado cual si fueran de igual á igual. Señalóse la entrada del Regente con ejecuciones en los mercados; so pretexto de meras palabras de amistad, de relaciones con el Corregidor, cortábase la cabeza á todo el mundo. El Regente vino á hablar al pueblo: «El Obispo de Laon, le dijo, era un traidor lo mismo que Marcel: querian coronar al Rey de Navarra, en contra de Juan, mi padre.» Todo se encaminaba al poder absoluto; de su propia autoridad, nombró el Regente al corregidor, que escogió entre sus mas adictos; abolióse el régimen municipal, y á seis ciudadanos de alguna nota, á quienes el Delfin acusaba de haber secundado los proyectos del Corregidor, y que pedia fuesen presos y juzgados, se les decapitó sin forma de proceso y por especial comision.

Los cadalsos de Montfaucon y de la plaza de Greve eran cada dia teatro de nuevos suplicios impuestos á los ciudadanos de París; los oficiales del Regente multiplicaban los castigos en razon á que iban acompañados de confiscaciones, las cuales llegaron á ser tantas,



Entrada de Carlos el Malo en Paris.

que sirvieron al principio para pagar á las tropas, á los capellanes luego, al rescate del Rey Juan, y á la reparacion del palacio de las Tournellas; una pequeña parte de esos bienes fué distribuida á las viudas é hijos de los ajusticiados; y la viuda de Marcel no pudo obtener mas que la mitad de los muebles de su marido. Los mismos que habian hecho traicion á la causa popular para llamar al Regente, se vieron obligados á tomar cartas de indulto; y Juan Maillard que tantos servicios prestara á la causa real debió ser amnistiado, pues se le consideraba siempre «como enemigo de la corona de Francia y de Monseñor.»

En medio de aquella general consternacion, recibieron los habitantes de París una carta del rey Juan, datada en Lóndres, donde el Monarca continuaba cautivo. «Se os habia querido sustraer fraudulentamente á nuestra obediencia, decia el Rey, por medio de maleficios y otras maquinaciones diabólicas; y puesto que por la gracia de Dios habeis vuelto á la buena Villa, capital de nuestro Reino bajo el poder de nuestro hijo, os damos las gracias, como podemos, por la buena lealtad que nos habeis manifestado.» Así acabó aquella tentativa para conquistar la libertad de la clase media en París, y en la mayor parte de las grandes ciudades de Francia, habiendo servido á los intereses del Delfin y del rey Juan la division de los gefes y la inconstancia de los mercados. La autoridad absoluta conquistó todo lo que el poder de los ciudadanos no habia sabido conservar; quedaron todavía en París algunos viejos restos del patriotismo de la clase media, algunos recuerdos de la independencia que soñara el corregidor Marcel, y descubriéronse varias tentativas de conspiraciones; pero los patíbulos acabaron presto con aquellos movimientos aislados; y nada se opuso ya al ejercicio del poder real. Reinó el Delfin en la buena villa de París; y la nobleza, que recobrara presto toda su importancia, abrumó con sus desdenes á los ciudadanos vencidos y privados de sus gefes y de sus tribunos.

V.

Frustrárase la gran tentativa para asegurar la independencia de los ciudadanos; y el Regente entrara en la plenitud de la autoridad real. Mas la crueldad desplegada contra los buenos ciudadanos de París, aquellas ejecuciones nocturnas y sangrientas que cubrian de luto la ciudad despojada de sus privilegios, no daban oro. Cárlos, todavía Delfin, habia probado reunir algunos estados generales en varias provincias de la monarquía, los que se reunieron en efecto, habiendo el Conde de Armagnac, comisario del Regente, tenido los del Languedoc. Alcanzara un donativo de aquellas poblaciones del mediodía, que á la sazon parecia hubiesen abdicado su alto carácter de indepencia por una generosa fidelidad feudal. En Auvergne, en el Delfinado, hubo tambien estados provinciales, y los comunes se endilgaron cada uno como mejor les plugo. Todo esto debilitaba no poco el poder de los Estados generales, y destruia aquella fuerza que hubiese tenido una verdadera representacion nacional.

Desde la entrada del Regente en París, la agitacion habia subido á su colmo; todos estaban descontentos, nobleza, clero y ciudadanos. Severas ordenanzas de policía sembraban la desconfianza y consternacion en las ciudades. Los monasterios no podian tocar la campana despues de la queda de Nuestra Señora, á fin de no absorber la voz de los sargentos que daban la guardia. Quitábanse las cadenas de los guarda-cantones de las calles, y la policía no pertenecia ya á los ciudadanos La mas leve sospecha de union municipal ó de complicidad con el Rey de Navarra, bastaba para hacer prender á los habitantes mas notables. En el mes de octubre de 1358, fueron metidos en el Chatelet diez y nueve ciudadanos acusados de conspirar para restablecer el gobierno del Rey de Navarra. Los regidores, capitanes y decenarios fueron á toda prisa al palacio del Regente, y quejáranse de la violencia usada con algunos de ellos. El corregidor Juan de Culdoe, no quiso juntarse á la diputacion temeroso de comprometerse. El Regente contestó: «Mañana iré á la casa de la ciudad, y daré á conocer las razones que me obligan á meter á los referidos en la cárcel; y si para en adelante pensais que se les debe poner en libertad, lo haré así.» Y he aquí que el Regente fuése á la plaza de Greve, donde habia mucha gente reunida, y subiendo á las gradas de la cruz que en medio de ella se elevaba: «Estoy seguro y bien informado de que los ciudadanos encerrados en el Chatelet son traidores y aliados del Rey de Navarra.» Entonces Juan Damien, jóven de la corte del Delfin, hizo la abominable accion, siendo yerno de uno de los ciudadanos detenidos, de pedir la palabra y decir: «He visto al Rey de Navarra para que me concediese la libertad de un pariente mio, que es su prisionero, y puedo asegurar que lo que ha dicho monseñor el Regente sobre la complicidad de los ciudadanos, es la pura verdad.» Un testimonio tan estraordinario y tan afirmativo hizo alguna impresion en la muchedumbre que se avino al fallo; mas sobre ser obscuras las pruebas, eran los hechos tan inciertos, que el Regente vióse obligado á ceder á la opinion y á hacer salir á los ciudadanos cautivos.

El Rey de Navarra continuaba siendo el hombre de los ciudadanos; do quiera se levantaban sus estandartes acudia el pueblo para reunírsele y ofrecerle sus servicios. Sus caballeros no tenian mas que presentarse delante de una ciudad para que se les abriesen las puertas. *Noel, Noel* esclamaban, *socorro y alegría* á Cárlos de Navarra. Amiens y Laon se coaligaron á fin de defenderle, y los habitantes rechazaron á las tropas del Regente. El Rey de Navarra era al propio tiempo el gefe querido de aquellas grandes compañías que desolaban las provincias bajo el nombre de ingleses, vascongados, bretones y normandos. Aquellas compañías elegian para capitan al mas valiente y osado, ni llevaban la bandera de ningun príncipe, sino los colores que habian adoptado, y servian durante la guerra al que ofrecia mas subida paga, ó mas ventajas de pillaje ó de botin. Cuando se presentaban delante de un castillo ó una ciudad, podia darse por seguro que pronto no iban á quedar mas que los vestigios, y robaban á amigos y enemigos. Sea que el Rey de Navarra pagase largamente aquellas numerosas compañías, sea que tuviesen una predileccion marcada á su valor, ó bien que como rey de Navarra ejerciera sobre ellos una especie de dominio, casi todos se habian puesto á su servicio. Con su auxilio desolaba los alrededores de París, tomaba las ciudades y sostenia sitios. Qué podia oponer el Regente á aquellos hombres? Por lo que á él hace era personalmente cobarde en los combates; su caballería era poco numerosa, y pocas ciudades de comunes ó de ciudadanos estaban por él.

Por otra parte ostentaba el Regente en su gobierno un funesto espíritu de reaccion. Los estados de 1356 habian pedido la deposicion de casi todos los oficiales de la corte del Delfin, suponiendo que aquellos estados hubiesen ejercido un derecho que no les pertenecia, no por eso era menos cierto que la mayor parte de los oficiales habian merecido por sus rapiñas el odio popular; una carta general les restituyó no obstante á sus destinos. Los murmullos de los mercados fueron muy vivos, y acogióse muy mal la vuelta de aquellos oficiales que por tan largo tiempo habian vejado al pueblo

Los estragos de las grandes compañías, y las terribles luchas con los ingleses hacian pensar seriamente en la paz con el Rey de Navarra. Las dos reinas Blanca y Juana se habian manifestado siempre dispuestas á una reconciliacion, y tenian un gran ascendiente sobre el Navarro: «Cuñado, poneos de acuerdo con el Regente, le escribian sin cesar. —Y porqué, les contestaba el Rey de Navarra, no se me da el Reino?» En efecto, rendíanle secretamente homenaje los ciudadanos, y enviaban socorros contra Cárlos de Francia. Por su parte el Regente profesábale un odio mortal, ni podia creer en su sinceridad. Conocia sus derechos al Reino, las pretensiones que altamente hiciera valer, y no podia pensar que renunciara á ellas de golpe sin que probara la fuerza ó la astucia. En tales circunstancias, hubo un simulacro de estados generales; consintieron los nobles en servir un mes á sus expensas; el clero hizo, murmurando, el ofrecimiento de pagar un diezmo; algunos diputados de París designados por el preboste ofrecieron seiscientos hombres de armas y mil veteranos. Siendo lo que mas urgia una reconciliacion con el de Navarra, determinóse á ella Cárlos, bien que á pesar suyo. Convinieron en que se le volverian todos los lugares y castillos de que se apoderara ilegí-

timamente el rey Juan, que se le pagarian para indemnizarle doce mil libras en buenas tierras y quinientos mil escudos con la efigie del mismo Juan, lo que junto con los intereses debia formar una renta de cincuenta mil escudos durante doce años.

Como este tratado era de los mas onerosos, confiaba el Regente hacerle desechar por su Consejo y los ciudadanos; con cuyo intento volvióse á toda prisa á París, y habiendo convocado en la sala del parlamento á algunos vecinos notables, les habló de esta manera: «Qué pensais de este tratado?» Y le dijeron todos que era preciso aceptarlo; respuesta que transmitieron al de Navarra. El Rey *Malo* encargó á Friguet, su mas íntimo consejero, quien habia estado detenido en el Chatelet por el crímen de traicion, que cabalgara hácia París con dos nobles, á fin de arreglar las condiciones definitivas del arreglo, y un gran número de ciudadanos salieron á su encuentro. La presencia del Corregidor Juan Culdoe y de Juan Maillard, no fué parte para estorbar los testimonios de amistad que se dieron de una y otra parte. Acogiera y festejara el Regente á los enviados del Rey de Navarra, todo con el intento de empeñarle á que se confiara sin temor, pues debia de tenerse una entrevista en Pontowe; pero para lo que pudiera suceder, no quiso el Rey entregarse y pidió rehenes, que se le concedieron. Solo de este modo tuvo lugar la entrevista, acercáronse el Rey y el Regente con la cabeza descubierta; cenaron juntos y bebieron alegremente toda la noche. Faltaba arreglar sobre que castillos se fijaria la renta de las doce mil libras. El Rey de Navarra decia: «Cuñado, dadme en feudo los vizcondados de Falaise, de Bayoux y de Vire.» Encontró el Regente algo fuerte la demanda y contestóle: «Consultarélo con mi Consejo y los ciudadanos de la buena ciudad de París.»

Los ciudadanos de París, á quienes entonces hacian intervenir en todos los negocios, nada tenian de comun con aquellos grandes ciudadanos que se habian pronunciado á favor de la causa municipal; el Corregidor escogia á los ciudadanos llamados al Consejo, de suerte que pudiese el Regente disponer de ellos con mayor facilidad. Encontraron exhorbitante la peticion del Rey de Navarra, y mandáronle decir: «Nosotros os hacemos ofrecimientos razonables; si vos no los aceptais, haga cada uno lo que mejor le plazca.» El Rey de Navarra llamó al Consejo del Regente y le dijo: «Señores, es preciso poner un término á las desgracias de este Reino; quiero ser el amigo del rey Juan y del Regente; no quiero ni oro ni tierras nuevas; solo sí pido que se me den las que mi primo me ha quitado. Con que haced reunir el pueblo de Pontoise que quiero hablarle.» Y el pueblo de Pontoise fué llamado á la sala del castillo. Cárlos de Navarra declaró que pondria coto á la rapiña, y que para dar una prueba de su buena voluntad, iba á hacer salir sus guarniciones de navarros y de ingleses de los castillos y fortalezas del Rey de Francia: este discurso fué vivamente aplaudido. Admirábase todo el mundo de las buenas intenciones del Rey de Navarra; sin embargo de que no faltaba quien dudase que fuesen verdaderas y que no encerrasen algun designio pérfido en aquella apariencia de lealtad.

Una vez justificada la buena voluntad del Rey de Navarra, no podia oponerse al tratado la menor dificultad; con todo el Regente creyó necesario comunicarlo á los habitantes de París, antes de aceptarlo definitivamente. Leyó Cárlos en la plaza de Greve el tratado de paz y dijo: «No quiero que el Rey de Navarra entre en París sin vuestro beneplácito: buenas gentes, dais vuestro consentimiento?» Los mercados ratificaron el tratado. El Regente salió al encuentro del Príncipe hasta Saint-Denis para recibirle y conducirle él mismo á la buena ciudad de París, que el Navarro deseara tanto poseer! Verificó su entrada de la manera mas honorífica, y presto llegó á ser el hombre mas influyente del Consejo; Cárlos no se decidia sino despues de él, y hasta decíase que habian estipulado entre ellos ciertas condiciones sobre la guerra con los ingleses y la cautividad del rey Juan; cuya prision debia prolongarse cuanto fuese posible á fin de que el Delfin Cárlos pudiese disfrutar de la corona.

En aquella época, el Regente recibió de Lóndres cartas en las que el rey Juan le participaba como habia concluido un tratado de treguas y de rescate con Eduardo de Inglaterra. Consultó Cárlos á su buen primo de Navarra, y este le aconsejó que convocase los Estados generales para someter á su aprobacion el tratado, con la certeza de que seria tan duro que se le podria hacer rechazar: á lo cual se avino el Regente. Este era el primer ejemplo de una invencion de asamblea política en Francia para el exámen de un tratado de paz. Reunidos los Estados el 25 de marzo, manifestaron que antes prefirieran una mas costosa guerra que ver de tal modo desmembrado el noble reino de Francia. Asegurábase que el Regente, aconsejado por el Rey de Navarra, no llevaba gran prisa en sacar del cautiverio á su padre, y que influyera en la deliberacion de los Estados. Por tanto, el rey Juan al saber en Lóndres que las cláusulas del tratado que habia propuesto habian sido desechadas por los Estados generales esclamó: «Ay de mí! nieto Cárlos, poneis vuestra confianza en el Rey de Navarra, que os engaña y engañaria á cuarenta como vos.»

Irritado el Rey de Inglaterra por los retardos que sufria la conclusion de la paz, pasó al continente con un poderoso refuerzo de archeros y de lanzas; y se adelantó hasta Bretigny. En aquel momento en que hubiera convenido el concurso decisivo del Rey de Navarra y de Cárlos de Francia, nació entre ellos grande odio, cuyo motivo y causa no se sabe muy bien. El Rey de Navarra salió repentinamente de París, desafiando al Regente. Eduardo manifestaba sobre todo la intencion de hacerse coronar rey de Francia; las tropas inglesas invadian y saqueaban los alrededores de París; mas estaba el país de tal modo devastado, que no les reportaba á los enemigos el menor provecho el recorrer la campiña. «La guerra que haceis á ese reino de Francia, decian los barones ingleses al rey Eduardo, es harto poco favorable; lidiando de este modo gastamos nuestra vida, y podemos perder en un dia mas de lo que hemos ganado en veinte años.» Eduardo vacilaba todavía, cuando en los alrededores de Ruel estalló una terrible tempestad, que arrancara con violencia las tiendas de campaña, y arrastrara á hombres y caballos en su corriente: mas de mil archeros y seis mil nobles corceles perecieron. Hizo este acontecimiento tan grande impresion en el ánimo de Eduardo, que recibió á los enviados del Regente, con quienes despues de

haber conferenciado por espacio de ocho dias, llegóse á firmar por último el gran tratado de Bretigny.

En virtud de aquel tratado, el Rey de Francia cedia á Eduardo, Montreuil, los condados de Ponthieu y de Guines con sus derechos y señoríos; Juan y su hijo renunciaban á toda soberanía sobre las provincias inglesas tanto antiguas como la Guyenne, como sobre las tierras nuevamente conquistadas; al paso que el rey Eduardo y el Príncipe de Galles abandonaban el nombre y el título de rey de Francia. Fijárase el rescate de Juan á tres millones de escudos de oro, debiendo salir de Calais despues de haber satisfecho los primeros seiscientos mil francos y de haber entregado rehenes hasta el pago completo de la suma estipulada. El tratado de Bretigny es un gran progreso en la historia de la diplomacia; es la primera redaccion completa de una convencion entre soberanos independientes; pues escepto la costumbre feudal de los rehenes, se encuentran en él las estipulaciones habituales en los tratados.

VI.

Hartas batallas quedaban terminadas con el tratado de Bretigny, para que no se le revistiese de todas las solemnidades del clero y de la caballería. Diez caballeros de mesnada, que calzaban espuelas de oro, pasaron á París de órden de Eduardo y del Príncipe de Galles, para que el Regente ratificase y confirmase todas las condiciones del tratado; y reuniendo el preboste los ciudadanos, y leyéndoselo el Regente, manifestaron algun descontento, bien que al cabo lo adoptaron como una fatal necesidad. Trás esta sancion, Guillermo de Melun, arzobispo de Sens, celebró la misa; y el Regente, con una mano sobre el misal y otra estendida hácia el santuario, juró que observaria fielmente lo pactado; tambien hubo juramento por parte del Príncipe de Galles delante de seis caballeros franceses, portadores del tratado sellado con el gran sello del Regente. Al rey Juan se le permitió que saliera de Lóndres, y vino con Eduardo hasta Calais, donde le recibieron con demostraciones de grande alegría. El dia 24 de octubre, en una misa solemne, ambos monarcas juraron sobre el altar que cumplirian todas las cláusulas del tratado de Bretigny; pero en la nueva carta, que escribió el secretario del Rey, no se insertó el artículo 12, que contenia una renuncia de Juan á todos sus derechos de dominio eminente en las provincias cedidas, y otra de Eduardo á todas sus pretensiones sobre la corona de Francia.

Cumplidas las primeras condiciones, y luego que Juan hubo enviado á los castellanos de todas las bastillas y castillos órden de entregarlos á los oficiales del Rey de Inglaterra, pudo dejar Calais, y fuése para su buena corte de París con Felipe, su hijo, noble jóven que tan intrépidamente peleó en Poitiers, y partió el cautiverio con su padre; y entre tanto los rehenes tomaron el camino de Calais para pasar á las cárceles de Inglaterra; pues era otra de las obligaciones del feudalismo sufrir la prision como caucion de su señor cautivo. Así se iba pacificando el Reino. Cuando Juan llegó á París, el Regente acababa de concluir otro tratado de paz con el de Navarra; fueron amnistiados los mas ardientes defensores de la causa popular; y entre los sugetos cuyos nombres quedaron consignados en las actas de remision, hallóse Roberto le Coq, obispo de Laon, celoso partidario de los intereses de las ciudades durante los Estados, y amigo del desventurado Marcel. Uno de los primeros actos de Juan al llegar á París, fué confirmar con su real autoridad todas las ordenanzas espedidas por el Regente durante su ausencia. Traian agitados los ánimos las estipulaciones pecuniarias para el rescate del Rey; y si bien era de ley que todos los vasallos debian cooperar al rescate del señor, no podian fácilmente encontrarse tres millones de escudos en la caballería. Hubo, pues, que echar mano de medios estraordinarios y fuera de los principios feudales; y hasta los judíos obtuvieron permiso de habitar en el Reino mediante una buena suma de escudos en oro, que pagaron con mucho gusto.

Introdujo Juan el mayor órden y sencillez en palacio; ya no se veian allí ni los brillantes pages de los consejos generales, ni aquellos nobles tan ricamente dotados; todo era sencillo, y lamentábanse los chambelanes de que ya ningun lucro hacian con el lienzo y la cocina del Rey. Pero era preciso pagar el rescate, ¿y cómo? El Rey especuló sobre la dote de su hija Isabel, hermosa jóven que no se moviera de París. En los trastornos que motivó la lucha por la independencia italiana, ascendió á la señoría de Milan Galeazo, hermano de Bernabé Visconti el despreciador de la iglesia, y descomulgado por el Papa porque se burlaba de bulas y de amonestaciones. Negándose el Arzobispo de Milan á consagrar un monge que él le recomendara, díjole Bernabé: «Viejo tunante, ¡de rodillas! no sabes tú que en mi tierra no hay mas papa ni mas emperador que yo?» Ya se echa de ver cuanto le importaba á Galeazo apoyarse en el crédito de una grande alianza; compró, pues, la mano de Isabel en cuatrocientos mil escudos de oro, y mucho se dolieron en París de tenerla que entregar á una raza de condenados; pero el rescate, y siempre el rescate cohonestaba todos los sacrificios!

Así forzado á arruinar su Reino y á sacrificar su familia, procuraba el Rey reparar con buenas disposiciones las calamidades que affigian al pueblo. Lo que mayormente desolaba las provincias eran las grandes compañías que, á consecuencia de haberse licenciado los ejércitos, formaban varios cuerpos con sus gefes, y devoraban lo que perdonó la guerra. Trás el tratado de Bretigny, aparecieron los *tard-venus* (los tardíos), que se apoderaron de varios castillos y ciudades, de Toul, Verdun, Besançon, y Beaune. En vano quiso contenerlos una division de caballería, pues aquella tentativa costó la vida á muchos nobles barones, y entre ellos al Duque de Borbon; y á no llamarlos á Italia el Marqués de Montferrat, pronto hubieran amenazado á París. Entretanto, Felipe, duque de Borgoña, el mas rico feudatario, falleció cuando apenas contaba quince años, dejando una sucesion muy opulenta; y en una carta testamentaria legó el ducado á monseñor el rey Juan, quien se apresuró á reunir la Borgoña á sus dominios, bien que un año despues la dió á su cuarto hijo Felipe. Mucho le amaba el Rey, y en verdad lo merecia el jóven: «Por nos, decia su padre, ha arrastrado todos los peli-

gros, y á nuestro lado estaba en la desgraciada jornada de Poitiers, donde le hirieron. Por esto hemos erigido á la dignidad de par el ducado de Borgoña, y hecho duque y primer par de Francia á nuestro hijo Felipe.»

VII.

Durante el reinado de Juan, dominó completamente en Europa el espíritu novelesco de la caballería; y á pesar de la miseria pública, nunca fueron tan frecuentes los torneos, ni tan brillantes las cortes. Era aquella la época de las grandes novelas caballerescas; y no se hablaba mas que de los recuerdos de Carlomagno y de sus doce pares, de sus proezas en Palestina, del gigante Roboastro, del encantador Merlin, y de todas las brujerías y encantamientos que están ahí en las crónicas de San Dionisio. No se habia estinguido en occidente la idea de las cruzadas: todo paladin hacia que su capellan le leyese en su castillo las terribles estocadas y tajos de Godofredo de Bouillon, y las hazañas de Tancredo ó de Baudomis; y allí era el soñar en la milagrosa fortuna de aquellos felices tiempos antiguos, en los nuevos imperios, en las coronas de Jerusalen y de Armenia, y en la púrpura de Constantinopla, cuando en los presentes uno se arruinaba en escaramuzas, de que á duras penas sacaba algunos feudos, ó unos dominios no muy pingües. Revivia con mas fuerza la idea de una peregrinacion á los lugares santos, y un viaje á Ultramar era ya uno de los propósitos mas esenciales de la caballería aventurera y belicosa. En su largo cautiverio en Lóndres, habituárase Juan á la vida de los torneos; y al volver á ver su veterana y noble caballería, sonrióse de una tentativa de cruzada, en que todavía pensaba el buen Inocente IV al morir.

Salió de París el Rey para Aviñon, donde debia elegirse un nuevo pontífice, y andaba revolviendo en su mente el proyecto de tomar la cruz y desembarcar en Oriente á la cabeza de los gentilhombres de Francia; pero como quedó para el año siguiente la partida de la cruzada, pudo él volver á la corte, y entender en la administracion del Reino. Si bien siempre le habia repugnado convocar los Estados generales, con todo la necesidad de procurarse el rescate acalló sus antiguas prevenciones, y los convocó; pero no se designó París para la celebracion de la asamblea, pues temíase no se repitiesen las escenas de libertad y de desórden de los estados de 1356, sino que Amiens se consideró como el sitio mas propio para la tranquilidad de los estados. Allí el Rey espidió cartas y ordenanzas: «En atencion á muchas peticiones que nos han hecho varios vecinos de nuestras buenas ciudades, ordenamos que todo judío, de cualquiera estado que sea, lleve una escarapela bien notable, del tamaño de nuestro sello, mitad roja y mitad blanca, y tal que se la pueda divisar sobre capa ú otro vestido, y que queden los judíos sometidos á la jurisdiccion de los jueces ordinarios; nadie podrá obligarse corporalmente á ellos. En cuanto á lo de los Lombardos, queremos que todos los que están comprometidos, queden enteramente quietos y libres.» La ronda de París, especie de milicia nacional, tambien fué regularizada por una ordenanza: «Hacemos saber que para la seguridad de nuestra buena villa de París, de las santas reliquias de nuestra capilla, de los presos del Chatelet, así como de las personas y corporaciones de mercaderes, y á fin de proveer á los peligros é inconvenientes que cada noche podrian acontecer ya por incendio, ya por robos, muertes y hurtos, se ordenó por madura deliberacion del Consejo que gentes de oficio de la referida villa hiciesen cada noche ciertas rondas, una vez cada tres semanas por oficio; que las dichas gentes de oficio no se librasen de dicha ronda, á no sér que se hubiesen hecho sangrar aquel mismo dia, ó que sus mujeres yaciesen con los dolores del parto, y las dichas gentes así se distribuyeron: seis en el portillo del Chatelet, seis al rededor que vayan y vengan para ver si se escapa alguno; seis en la plaza *aux Chäti;* seis delante de la fuente de los Santos Inocentes, seis debajo de los pilares en la Greve, seis en la plaza Baudoyer, y otros que cabalguen toda la noche por las encrucijadas. Frecuentemente estos faltan á sus deberes, esto es, que alguno va á acostarse. Por esto los secretarios de la ronda cada dia harán saber á los oficios los nombres de los que faltaren, y se pasará la noticia á nuestro receptor, á fin de que haga justicia y razon de la escusa.»

Así cuidaba el Rey de los negocios, cuando volvieron á llamarle al cautiverio; he aquí como continuaban en Lóndres los rehenes: príncipes de la real familia, nobles y ciudadanos, todos se consumian de fastidio lejos de su patria y de su familia en aquel país frio y húmedo, á cuyos torneos y fiestas solo asistian con repugnancia; y todos ansiaban volver á ver sus castillos, sus alegres casales, sus gentiles damas y sus hijos. Como tan largo y tan pesado cautiverio traia impacientes en particular al duque de Orleans, hermano del Rey, y á los duques de Anjou y de Berry, díjoles el rey Eduardo: «Amados primos, os estais consumiendo; pues bien, dadme algunas haciendas y castillos por vuestras personas.» No se hicieron de rogar los príncipes, que con tal que volviesen á Francia de buena gana hubieran dado bienes, monasterios, peajes, y haciendas; y así firmaron una escritura en que cedian á Eduardo los señoríos de Belleville en rehenes. Envióse esta escritura á la aprobacion del rey Juan, que la confirmó con su sello, y la pasó al Delfin; pero Cárlos quedó muy descontento de las cláusulas estipuladas, y lo comunicó á los del Consejo y al Parlamento, quienes negaron su sancion.

Debian, pues, los rehenes continuar ó no en poder de Eduardo? De repente el duque de Anjou, sin participarlo á nadie, evadióse de Lóndres y llegó á París, donde dijo de un modo vago que ya daria cuenta de las causas de su fuga: así quebrantó las mas santas leyes del honor y de la caballería. Sobrado leal era el alma de Juan para que no reparase esta falta de su hijo; y como el jóven Príncipe no quisiese volver á Lóndres, clamando que preferia la muerte que ver otra vez el Támesis, el Rey declaró en parlamento que él iria en su lugar. No faltó quien asegurase que solo sus deseos de solazarse le llevaban allende el mar, y que amaba ardientemente á la condesa de Salisbury, querida de Eduardo, la cual á toda prisa le llamaba á Lóndres. No habiendo ya nada que le detuviese en el continente, embarcóse Juan para la Inglaterra; Lóndres le recibió con grande obsequio, y salieron á su encuentro el lord Corregidor, y las corporaciones de los oficios. Un mero negociante en vino dio

un festin espléndido á los cuatro reyes de Francia, de Inglaterra, de Escocia y de Chipre, que se hallaban en la ciudad, y tan alegremente bebió el francés, que cayó enfermo. Cuentan algunos cronistas que en el lecho de muerte reconoció los derechos de Eduardo á la corona de Francia, concesion y reconocimiento que le pedia la condesa de Salisbury; pero esto no es creible, á no ser que se hubiese arrancado semejante declaracion á la debilidad de un moribundo.

Falleció el Rey á 8 de abril de 1364; y aquel mismo dia caian en los mercados de París por mano del verdugo las cabezas de veinte y ocho ciudadanos, que, á pesar de las sangrientas ejecuciones de los años antecedentes, enarbolaron los colores de la independencia y del Rey de Navarra.

AGRICULTURA (*).

PROGRESOS DE LA RIQUEZA AGRÍCOLA EN INGLATERRA.

Tal es el verdadero motivo de los rápidos aumentos que ha tenido la renta de los propietarios de tierras en esos últimos tiempos. Antes, casi todo el producto de la tierra se invertia en alimentar y vestir á los que la cultivaban; ahora los progresos de la industria agrícola y la substitucion parcial de las máquinas á los brazos permiten al labrador ejecutar los mismos trabajos con la mitad menos de gastos.

A consecuencia tambien de la introduccion de métodos mas racionales y económicos, se han puesto en cultivo terrenos antes abandonados. Todo cuanto disminuye los gastos de la esplotacion de los mejores terrenos, tendrá siempre por resultado el hacer esplotar los terrenos de un grado inferior de fertilidad natural. Supongamos que en tiempo de los antiguos métodos, un acre de buena tierra producia cuatro medidas de trigo, y que para reemplazar la semilla, alimentar y vestir á los trabajadores, y pagar el gasto de los animales de la hacienda se necesitasen otras cuatro medidas; es claro que en este caso no habria ningun sobrante, y que por consiguiente, el propietario no alcanzaria ninguna renta. Supongamos ahora, que de resultas de una agricultura perfeccionada lograse reducir á la mitad los gastos de esplotacion, entonces la tierra producirá una renta equivalente á dos medidas de trigo. Mientras, pues, los productos de las tierras de primera calidad no hacian mas que compensar los gastos de esplotacion, los terrenos de calidad inferior debian por fuerza estar olvidados; y por consiguiente habrán dejado de estarlo, cuando los mejores terrenos han empezado á dar considerables ganancias. Unicamente, en lugar de sacar una renta equivalente á dos medidas de trigo, por ejemplo, como en las tierras buenas, el propietario de las inferiores deberá contentarse con el valor de una, ó de una suma aun menos crecida.

De este modo los progresos de la industria agrícola han ejercido una doble influencia: 1.° aumentando en una proporcion grande los productos de las tierras buenas, y 2.° dando valor á terrenos que sin ellos jamás lo habrian tenido.

(*) Continuacion. Véase las páginas 29, 38 y 45.

Pero no es solo el propietario de tierras quien se aprovecha de los progresos de la agricultura; pues no menos esperimentan su utilidad las clases mercantiles ó industriosas. Cuando una porcion de tierra, que en otro tiempo se cultivaba con cuatro caballos y dos hombres, puede serlo ahora con dos caballos y un solo hombre; se economiza el mantenimiento de un trabajador y de dos caballos. El producto de esta economía será desde luego para el propietario como una renta adicional; así es que, respeto de que no puede comer mas que antes, empleará este aumento de renta manteniendo trabajadores que se ocuparán en fabricar los artículos que desee poseer tan pronto como tenga medio de adquirirlos.

A medida que el sobrante de los productos agrícolas sobre los gastos de cultivo aumenta ó disminuye, las manufacturas decaen ó prosperan. En este país la porcion de los productos consumidos anualmente en la esplotacion de las tierras es comparativamente muy corta. El excedente se divide con desigualdad entre el arrendador, á título de ganancia, el colector de los impuestos, el de los diezmos y el propietario. A escepcion de lo que los individuos consumen para su manutencion, todo lo demas se trueca por productos manufactureros. Así pues, cada mejora que aumenta los frutos de la tierra en una proporcion mayor que los adelantos, redunda en ventaja de las fábricas. El dinero que se adquiere á título de renta debe únicamente considerarse como la medida de este escedente, y esta renta, lejos de ser perjudicial con su aumento á la prosperidad de la industria manufacturera, es al contrario su vehículo mas eficaz.

(*Se continuará.*)

EL GRAN BUHO.

La desgracia que tuve siempre de no creer en espíritus, aparecidos, ni brujas, priváramo del indecible placer de los cuentos de las viejas; mas no obstante, cierta noche.... fuerza será que lo cuente. Si alguna vez vais á visitar la pequeña ciudad de Cluny, guardaos de buscar las ruinas de su célebre abadía, pues en ellas imprimiera su huella el vandalismo revolucionario. Haced mas bien una escursion en los bosques que hay á una legua en la falda de unas montañas, y allí encontraréis sobre una roca solitaria las romancescas ruinas del viejo castillo feudal de Soulourdou, pertenencia en otro tiempo de los Guisas; bellas historias hay que contar sobre esa antigua mansion; pero viejas todas ellas, prefiero darte, ó lector, noticia de una, que aunque menos importante, data de mi juventud.

Ya entonces las ruinas de Soulourdou no consistian sino en algunos lienzos de muralla, que formaban el recinto del castillo. Dos ó tres vastos salones, cuyos hendidos techos daban entrada al rocío de la noche, una torre medio derruida, á la cual era dado todavía subir por una escalera de caracol, varios otros fragmentos de construccion gótica, elevando su musgosa frente por entre los salvajes arbustos; tales eran los restos de esta en otro tiempo opulenta habitacion. No quiero hablar de los vastos subterráneos que,

segun cuentan las crónicas, existen en todas las ruinas, bien que nadie los haya jamás visto; bastará decir que respecto á eso, la credulidad pública habia ricamente dotado á Soulourdou. Su posicion encima de una roca salvaje, y en medio de los bosques, se prestaba perfectamente á las historias de hombres solitarios y aparecidos, por donde disfrutaba el castillo de una reputacion terrible, á mas de tres leguas á la redonda, sin que nadie osara jamás acercarse á él sin terror.

Tenia yo diez y ocho años, y el espíritu aventurero propio de la juventud, cuando fuí invitado á una gran partida de caza, que debia tener lugar en la selva de Soulourdou. Durante esta diversion, que costó la vida á mas de una pobre liebre, oí contar por la primera vez las espantosas historias de espíritus, aparecidos en el castillo, del cual no distábamos entonces mas de unos tres ó cuatrocientos pasos. Mi natural incredulidad hizo que por de pronto parase poca atencion á esos cuentos; mas luego tres de nuestros cazadores se pusieron á contar con el aire de la mejor buena fe, como habia lo mas un mes que habian sido testigos de las espantosas escenas que durante la noche se verifican en las ruinas. La cosa tomaba ya un carácter positivo; los tres me afirmaron haberlo visto, visto con sus propios ojos, estando juntos, conviniendo perfectamente sus maravillosas narraciones. Como que las habia con personas respetables, á quienes no tenia el país por supersticiosas *ni crédulas*, hubiese sido descortesía negarlo, me era de todo punto imposible creerlo, tomé pues un partido desesperado: «Señores, les dije, dejadme los pocos víveres que habeis traido, y esperadme mañana al almuerzo, pues esa noche me albergo en las ruinas de Soulourdou.» En vano intentaron disuadirme de mi intento, en vano me dijeron que los pretendidos espíritus podria ser muy bien no fuesen mas que malhechores, yo me apoderé de una botella de vino y de un pedazo de empanada, y me dirigí hácia el castillo, abriéndome paso al través de las espesas zarzas que lo rodeaban por todas partes.

Recorrí sus silenciosas ruinas con objeto de buscar un lugar cómodo donde pasar la noche á cubierto, y encontrélo en una especie de vestíbulo abovedado que conducia al pie de la escalera de la torre. Sirvióme de mesa una enorme piedra, sobre la cual deposité mis provisiones, haciendo otra mas pequeña el oficio de banco, y en caso necesario hubiera podido ofrecerme una cama una espesa capa de musgo y de líquen. Con todo, como verá el lector, malditas las ganas que tuve de dormir.

Estábamos en verano. Llegó la noche triste y nebulosa, con una luna pálida, velada á cada instante por sombrías nubes, un viento frio y húmedo gemia en las tenebrosas bóvedas, y se le oia silbar al través de los árboles, agitando las zarzas y espinosos arbustos que crecian en las grietas de las murallas. De cuando en cuando repetia el eco el estrépito de alguna piedra, que arrancada de lo alto de la torre por la tempestad, caia rodando por la derrotada escalera. No tenia miedo, pero esperimentaba una impresion de tristeza y de inquietud, que, lo confieso, me ponia mal humorado. Prestaba atento el oido al menor rumor, á pesar de mi escepticismo filosófico, y quedaba mas tranquilo cuando solo oia el aullido de los lobos ó los gañidos de las zorras atravesando las selvas.

Habíame ya tendido sobre mi lecho de musgo, con ánimo de abandonarme al sueño, cuando oí junto á mí un prolongado suspiro: estremecíme y fijé los ojos en la torre, pero era en aquel instante tan oscura la noche, que nada me fué dado distinguir. Resonó en mi oido otro suspiro con algo de extraordinario, de lúgubre, en nada semejante á la humana respiracion, y que participaba mas bien, tanto del silbido de una serpiente enorme, como del sordo gruñido del tigre. Levantéme, eché mano á mi fusil, y esforzándome en dar firmeza á mi trémula voz pregunté: «¿Quién va?»

Cesaron los suspiros, y respondió á la mia una voz retumbante por medio de unos roncos y estraños sonidos que jamás hirieran mis oidos. Parecióme que oí á pronunciar distintamente las bárbaras palabras de *hui-hou, hou-hou* sonando en seguida una extraordinaria agitacion en lo alto de la torre, y rodando hasta á mis pies algunas piedras. Confieso que en aquel momento con tanta mas razon no las tenia todas conmigo, cuanto el principio de mi aventura era en un todo idéntico á lo que me habian contado los cazadores. Sin embargo, preparado que hube el fusil, levantéme suavemente, y pie ante pie fuíme acercando á la escalera. Las densas tinieblas que envolvian las bóvedas me dejaron ver al través de sus sombras, el mas aterrador espectáculo que se *puede imaginar en cuatro ojos grandes y bermejos*, brillantes como ascuas, los cuales se fijaron al punto en mí de un modo siniestro. Su enorme grandor y el espacio que de uno á otro mediaba me dieron á entender que pertenecian á seres cuya talla aventajaba la de un hombre: bañó mi cuerpo un frio sudor, mis cabellos se erizaron sobre mi frente; no obstante no perdí la serenidad; apunté á aquellos espantosos ojos é hice fuego. Con el estrépito que causó la detonacion, creí que se venia abajo la torre, y tuve por prudente retirarme á otra parte de las ruinas. Andaba pues con tanta presteza como me era posible hacerlo por entre escombros y en una noche en estremo oscura, cuando de repente ví iluminadas las ruinas por una luz brillante, parecida á la de muchas hachas encendidas. Paréme estupefacto con ese nuevo contratiempo, que hizo refluir toda la sangre en mi corazon. Oyéronse entonces humanas voces, y resonaron en mi oido gritos prolongados.... los gritos de mis amigos que, pesarosos de haberme dejado solo en lugar tan desierto y sospechoso, venian á buscarme alumbrándose al través de las zarzas con antorchas de paja.

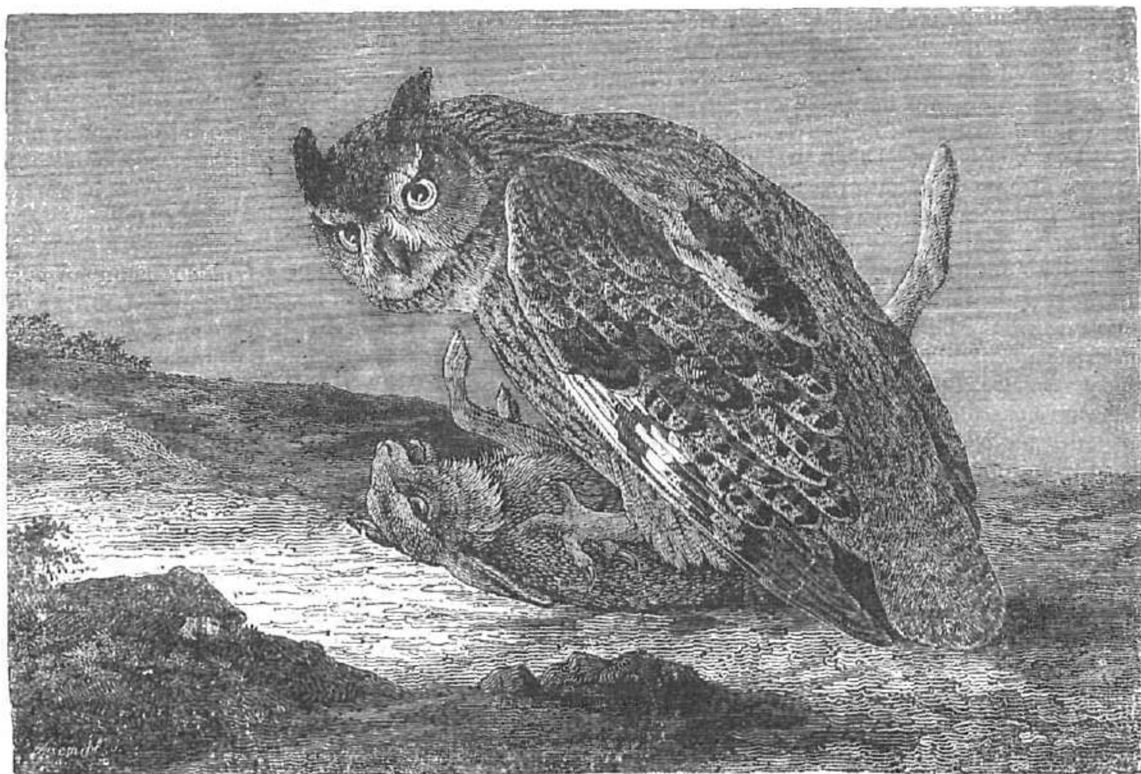
Contéles lo que acababa de sucederme, y subimos juntos á la torre. Sobre la plataforma, en el mismo lugar donde viera los ojos bermejos, encontramos tendido y moribundo un monstruo singular de repugnante y estraña figura. Sus poderosas alas tendidas en el pavimento no tenian menos de seis pies de circuito; su cabeza era grande como la de un niño, redonda, y con una especie de cuernos movibles; sus ojos perfectamente redondos, mayores que los de un hombre, saltones, y provistos de un doble párpado, su nariz en estremo retorcida cubria una enorme boca, perdiéndose ambas cosas, por decirlo así, en un bordado de rojo y erizado clin; y sus pies te-

nian cuatro dedos armados de aceradas y puntiagudas uñas, comparables por la forma y grandor á los de una pantera.

Era el monstruo un gran buho *(strix bubo)*, que hacia algunos años habitaba con su hembra en la vieja torre. Es la mayor de las aves nocturnas, tanto que aventaja su talla á la del águila. Su cabeza está adornada de dos penachos casi negros en forma de cuernos; su plumaje es de color leonado con manchitas morenas en la punta y lados de cada pluma; lo moreno abunda mas encima, y lo leonado debajo. Sus grandes y vigorosos pies están cubiertos de pluma hasta las uñas.

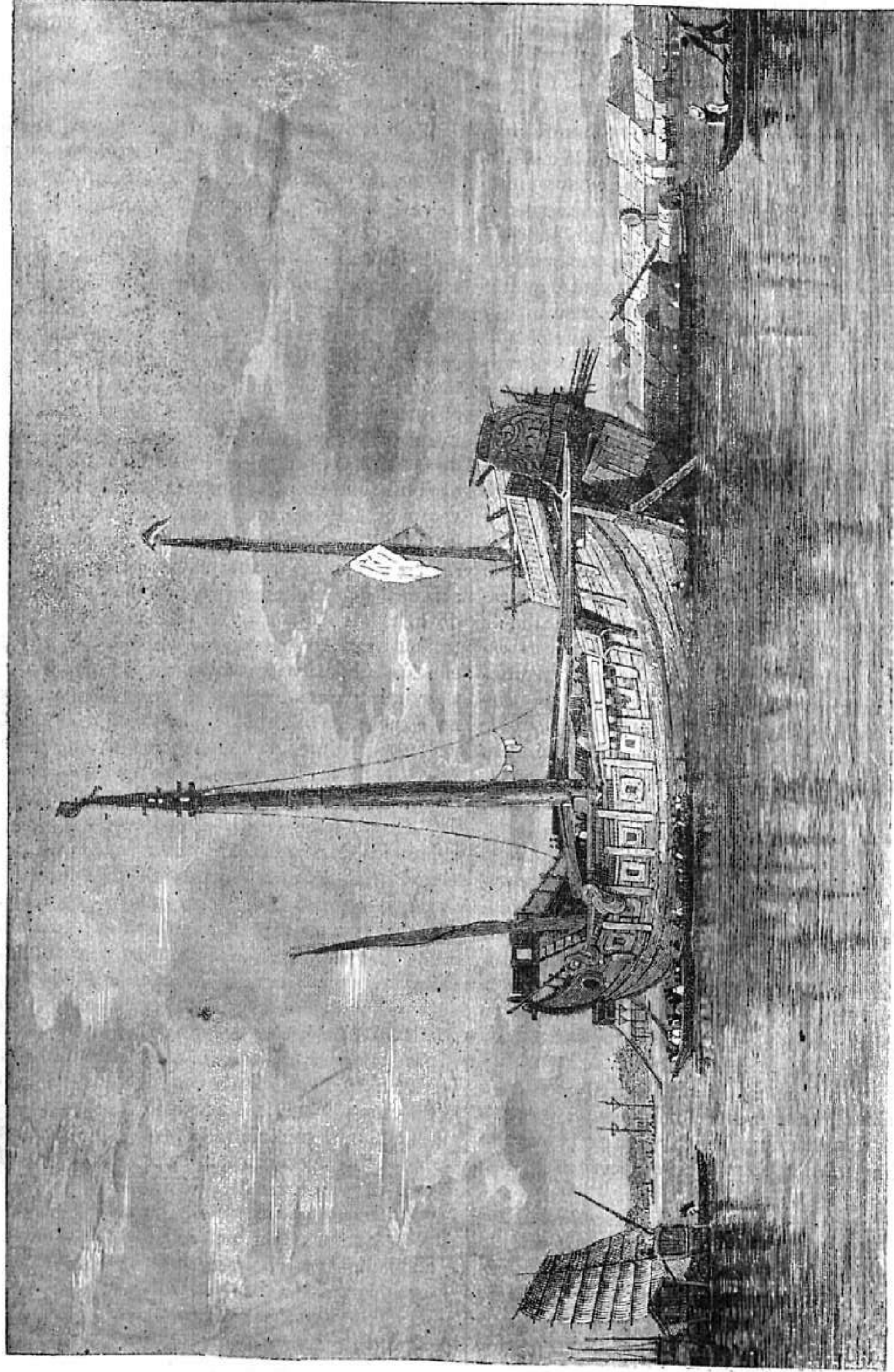
Esta ave, bastante rara en Francia, no habita mas que las rocas, y las ruinas de los viejos castillos, parándose rara vez en los árboles. Como los demas mochuelos, no sale de su retiro sino durante el crepúsculo de la mañana y el de la tarde; bien que pudieran sus ojos soportar la luz mejor que los de otras especies. Fuerte y animoso como el águila, ninguna ave de presa le hace mella, y ataca á todas las otras, no menos que á los pequeños mamíferos, tales como conejos, liebres y cervatillos, para los cuales es un objeto de odio y antipatía invencibles. Si al comenzar por la tarde su caza da con una banda de cuervos, trábase al punto un combate á muerte; acabando siempre el gran buho por dispersarlos, no sin haber antes cogido á algunos las mas de las veces. Suele tambien perseguir á las demas aves de rapiña, como el pernóctero por ejemplo, y arrebatarles su presa. Denantes servia en la cetrería no para coger la caza, sino para atraer en el lazo con su presencia al milano y á la corneja.

Esta ave, bastante comun en Alemania y en Rusia, rara vez desciende al llano, estableciendo su nido, compuesto de ramas de árbol y de hojas secas en las viejas murallas ó en las rocas. Pone dos ó tres huevos mayores que los de una gallina, de redondeada forma y blanco ceniciento. Cuida mucho de sus pequeñuelos, y como estos son en estremo voraces, suele frecuentemente durante su educacion cazar en medio del dia, lo que no pueden hacer los demas mochuelos.



El gran Buho.

JUNCO, EMBARCACION CHINA.



JUNCO, EMBARCACION CHINA.

Hase juzgado á los Chinos con sobrada severidad; el no haber aparecido bajo un punto de vista muy favorable á los escritores que han tenido ocasion de observarlos en Canton, fuera sin duda causa de que se les rebajara en demasía.

Es precisamente lo mismo que si se quisiera describir nuestro carácter nacional no empleando para esa descripcion mas materiales que los recogidos en el primero de nuestros puertos. Por lo demas, es en verdad estraordinario el que no sean los Chinos peores de lo que los encontramos en Canton, pues conocen muy bien la máxima en virtud de la cual sus autoridades «gobiernan á *los bárbaros* como animales y no como á indígenas.» De donde se sigue que su conducta para con los estranjeros es del todo diferente de la que se guardan naturales con naturales. Son frecuentemente insolentes, arrogantes, y trapacistas cuando ni temor, ni interés les domina; y tal es entre ellos la fuerza de la opinion, que obligados por este último á ceder delante de los estranjeros, tienen el mayor cuidado en que ninguno de sus compatriotas sea testigo de su bajeza. Hase visto á un mendigo arrodillarse para pedir limosna á los europeos, no creyendo ser visto, y abstenerse cuando pasaban chinos.

Pasó largo tiempo antes de que los coulis, clase la mas ínfima de criados, consintieran en preceder por la noche á los europeos con una linterna en la mano, y mas largo tiempo necesitaron aun para resolverse, hasta mediante el oro, á llevarlos en silla de manos por las calles de Macao. Ahora bien; es estraño que no tengan el menor escrúpulo en maltratar y engañar á esas *desdichadas criaturas que vienen*, segun dicho de su gobierno, *á aprovecharse de los beneficios de la civilizacion china!* No debemos mas bien admirarnos de que en sus relaciones con nosotros hayan tenido muchas veces tanta probidad, tanta buena fe y generosidad!

Las buenas cualidades del carácter de los Chinos, tales como la dulzura, la docilidad, la industria, andan siempre acompañadas de particulares vicios, como poca sinceridad, zelos y desconfianza. No creen cosa reprensible el usar de la astucia con los europeos de Canton. El conocimiento de sus verdaderos intereses hace á la mayor parte de los comerciantes de esta ciudad escrupulosos en el cumplimiento de sus empeños; mas fuera de esto, el demonio estranjero (que así nos llaman) les parece siempre buena presa. El chino, en sus relaciones con el europeo aparenta ser sobre manera franco, y hasta perdiendo en el cambio miente, siendo así que nunca podria decir mejor la verdad.

Las importantes ventajas que poseen los chinos sobre los pueblos que les rodean les han infundido ese orgullo nacional que les induce á tratar á los europeos con ofensivo desden; y como consecuencia de ese mismo orgullo, tienen de su país, comparado con el resto de la tierra, una idea análoga á la que los antiguos astrólogos se formaran de la tierra comparada con el resto del universo. Le creen centro de un sistema, y le llaman la *nacion central.*

Una ley espresa prohibe los efectos no sancionados por el uso; lo cual hace que esten tan poco dispuestos los chinos á adoptar las modas y utensilios estranjeros. Indudablemente alcanza la Europa una superioridad incontestable en punto á ciencias; pero á los ojos del chino que nada para él útil ve llegar de esa parte del mundo, que nunca oyera hablar sino de ahora poco de los diferentes estados de que se compone, y de las interminables guerras que estos sostienen entre sí; la comparacion cede toda á favor de la China, con su vasto territorio, sus inmensas riquezas, sus centenares de millones de habitantes industriosos é ilustrados, y su paz no interrumpida por espacio de cerca doscientos años.

Bajo el aspecto físico los chinos son tambien superiores á sus vecinos; hase observado frecuentemente que no existen hombres mas bien formados, ni mas vigorosos, que los coulis ó mozos de cordel de Canton.

El peso que dos de ellos llevan fácilmente en las espaldas por medio de mambús, abrumaria á los individuos mas robustos de los otros paises. Como marinos los ingleses les hacen completa justicia; pero con gran dificultad pueden ser habidos en razon á los numerosos obstáculos que se oponen á que sirvan al estranjero. Por lo demas, quedan los viajeros admirados al encontrar por primera vez en los mares de las Indias, las groseras y mal construidas embarcaciones que emplean todavía los chinos para la navegacion. La descripcion que da Barrow, en sus viajes á la China, de los grandes buques mercantes, hoy dia en uso en ese pueblo singular, es la mejor y mas acabada, debiendo ser preferida á toda otra. Despues de haber sentado que los tales buques, vista su estraña forma, parecen poco á propósito para luchar con los tempestuosos mares de la China, añade las siguientes observaciones: «En general, la parte de la nave que sale del agua presenta el aspecto de la luna en su último cuarto. La proa no es redondeada como la de los buques europeos; sino que, como la popa, ofrece una superficie llana y cuadrada. En cada lado de la proa hay pintado un grande ojo circular; los dos estremos de la nave se elevan á una altura prodigiosa de encima de la cubierta; unas tienen dos, otras tres, otras cuatro, mástiles, cada uno de los cuales consiste en una sola pieza de madera, sin que sea dado acortarlos cuando uno guste como los de los buques europeos. El diámetro del palo mayor de un buque chino de primer órden es igual al de un buque de guerra de ochenta cañones; dicho palo está clavado en medio de un macizo maderámen, teniendo cada uno de ellos atada una vela de estera, tendida sobre cañas de mambú. El capitan Elliot ha suministrado algunas noticias curiosas tocante á la construccion interior de las embarcaciones chinas. La sentina está dividida en diferentes compartimientos impermeables, como los costados de la nave; á veces cuenta una sola de estas hasta sesenta cámaras, que como carecen de comunicacion entre sí, aun cuando por una de ellas hiciera agua, y no fuese dable atajarla, se llenaria esa sola cavidad, sin que por eso dejara el buque de navegar con toda seguridad.

Los chinos están poco adiestrados en el arte de la navegacion. Está ya fuera de toda duda el que poseyeron la brújula mucho tiempo antes de que la

conociera la Europa; sin embargo, no cuentan ningun otro instrumento digno de nota, y es muy dudoso que hayan jamás hecho uso de una carta marítima. No obstante, á pesar de la ignorancia de los marinos del celeste Imperio relativamente á la latitud y á la longitud, á pesar de su carencia de conocimientos astronómicos, y de las peligrosas tempestades que agitan frecuentemente el Océano; hanse siempre echado á la mar con toda confianza, y han llevado su comercio hasta Batavia, y aun hasta paises mas lejanos. Las embarcaciones que hacen el tráfico de Batavia hacen sus cargamentos de té, parasoles barnizados, mahon, papel, é infinidad de artículos inferiores. Transportan al mismo tiempo numerosos emigrados; pues si bien el gobierno chino no autoriza la salida de sus súbditos para irse á establecer en paises estranjeros, muchos hanse puesto bajo la proteccion de las autoridades europeas en todas las colonias del Indostan.

Los europeos se han formado una estraña idea de la fisonomía china, por las figuras representadas en las muestras de manufacturas procedentes de Canton, y cuya mayor parte están trazadas en el estilo poco severo de la caricatura. De esas falsas nociones ha resultado que muchos han acogido en su mente una idea grotesca de un pueblo grave, pensador, razonable, y digno muy frecuentemente de servirles de modelo. Los chinos que no han sido espuestos á la influencia de la atmósfera tienen la tez tan bella como los españoles y los portugueses; pero es tal la accion del sol sobre su piel, que muchos de ellos que van medio desnudos, parece, cuando lo están enteramente que tengan la parte superior del cuerpo de asiático y la inferior de europeo. Generalmente tienen buen semblante hasta treinta años, pasados los cuales, la proeminencia de los huesos de sus mejillas da á su fisonomía una espresion de dureza que ocultaba la juventud.

Conocen los chinos el género opuesto de belleza en los dos sexos; la mujer debe ser delicada y débil, el hombre, al contrario, robusto, no en la acepcion que denota una gran fuerza muscular, sino en la que indica la corpulencia, la obesidad. Está bastante de moda en hombres y mujeres dejarse crecer las uñas de la mano izquierda, hasta alcanzar el aspecto de verdaderas garras. Como las uñas, cuando son largas, están muy espuestas á quebrarse, las defienden con pedacitos de mambú muy delgados. Pero el gusto de que puede uno menos darse cuenta, es la mutilacion del pie de las mujeres, mutilacion por la cual se distinguen los chinos de los demas pueblos. Nada de positivo se conoce acerca el orígen de esa costumbre, sábese únicamente que tuvo lugar hácia fines del siglo nono de nuestra era. El principio que dictara la moda de las uñas desmesuradamente largas sin duda sugiriera igualmente la de la mutilacion de los pies desde la mas tierna edad. Esta moda engendra la idea de exencion de trabajo, pues todas las personas del bello sexo están impedidas á causa de la pequeñez de sus pies. Los chinos son muy aficionados al aire de sufrimiento y debilidad que da á las mujeres la mutilacion; y comparan su marcha al verlas andar cojeando sobre sus talones, al columpio de un sauce ajitado por la brisa.

Jamás la puerilidad y la locura de una gran parte de la raza humana se vieran tan patentes como en esas modas tan variadas, y tan contrarias frecuentemente á las leyes de la naturaleza. Así, mientras que un pueblo magulla los pies de sus hijos, aplasta otro la cabeza de los suyos entre dos tablas; mientras admiramos en Europa la blancura de los dientes, liman el esmalte de los suyos los macayos, y los tiñen de negro, por la poderosísima razon de ser blancos los de los perros. El jefe de la Nueva Zelandia hace esculpir en la piel del rostro y de sus miembros el escudo de armas que le distingue entre sus compatriotas, y es menos que nada el esquimal que no puede tener las mejillas agujereadas y ornadas con pedacitos de piedra.

PALACIO DE BLOIS.

Entre otros de los magníficos palacios que encierra el departamento de *Loir-et-Cher*, cuéntase el antiguo y célebre de Blois, del cual vamos á ocuparnos.

Este palacio, sucesivamente habitado por diferentes reyes de Francia, hácese notar sobre todo, por la diferencia de estilo que presenta su arquitectura en sus diversas partes, testigos de cuatro épocas distintas. Desde principios del siglo XVII, quedaba solo una torre, único vestigio del viejo edificio; habitáronlo algunos príncipes de la casa de Champagne y de Chatillon, y añadieron nuevas construcciones. Ordenó la mas elegante Luís XII siendo todavía duque de Orleans, como lo cuenta Juan Dauton. En efecto, entre las esculturas de la fachada del mediodía, encontrábanse las armas de ese Príncipe, junto con las de Ana de Bretaña, y elevábase en la puerta principal la estatua ecuestre del Rey.

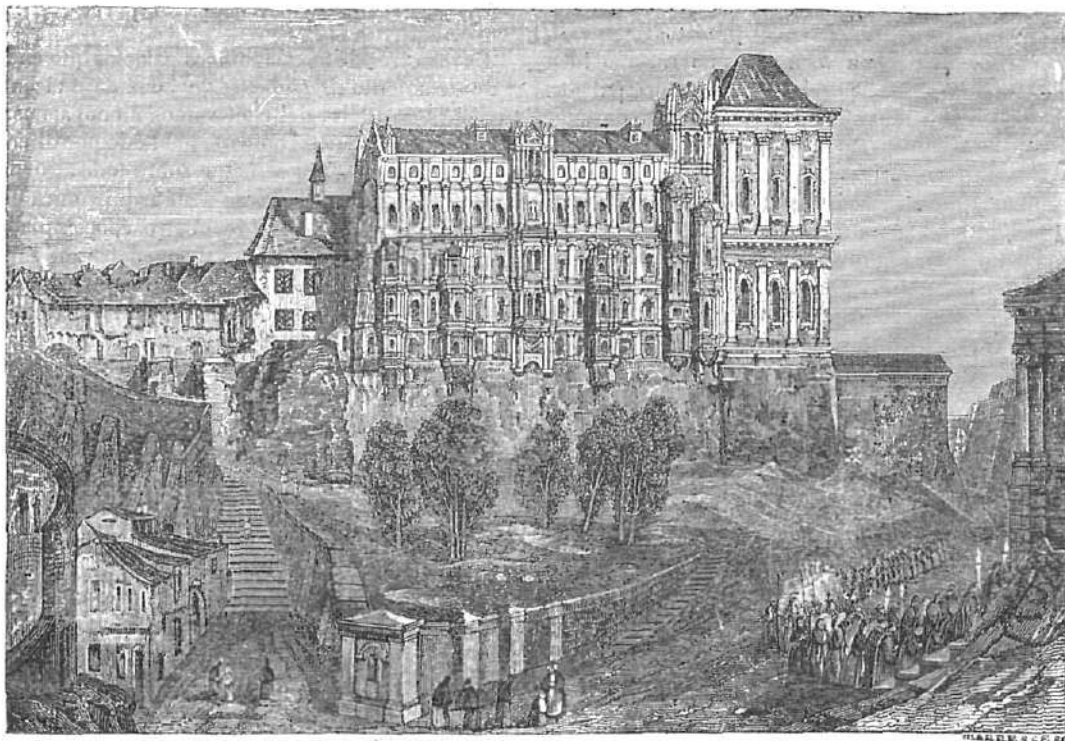
Todo el costado septentrional pertenece al siglo de Francisco I, cuya cifra y divisa formaban parte de sus ornamentos. Grandes recuerdos históricos se refieren á esa parte del palacio de Blois, en la cual residieron Enrique II, Cárlos IX y Enrique III, y recibió la muerte el duque de Guisa. Elévase todavía á corta distancia la torre donde fueron encerrados el arzobispo de Lion y el cardenal de Guisa; y donde pereciera este último á golpes de partesana.

A la parte de oriente existe otra ala, obra de dos épocas diferentes. Contiene la parte mas antigua la sala donde se celebraron los estados en 1576 y 1588; siendo concluida la mas moderna bajo Enrique III. En fin, Gaston de Francia, duque de Orleans, hizo igualmente construir por Mansard un cuerpo de edificio notable por su rica arquitectura, pero que quedó sin concluir. Precede al palacio un inmenso patio, en cuyo recinto se celebraron dos magníficos torneos, uno en honor del Rey de Castilla cuando fué á reunirse á Claudio de Francia, y otro con motivo de las bodas que se celebraron entre el marqués de Montferrat y la hermana del duque de Alençon.

Buscaran un retiro en el palacio de Blois dos mujeres de carácter bien diferente, Isabel de Baviera y Valentina de Milan. Fué esta última á Blois á llorar la muerte de su esposo, cobardemente asesinado. Hija de Galeas Visconti y de Isabel de Francia, Valentina habia casado en 1389 con Luís, duque de Orleans, hermano del rey Cárlos IV. La aflictiva enfermedad

del monarca, las rivalidades, las intrigas, los disturbios á que dió márgen, sucedieron poco despues del enlace del duque, á las suntuosas fiestas y á los placeres siempre renacientes de una corte jóven y brillante. Dulcificaba Valentina con su presencia el tedio del Príncipe, y sabia calmar sus agitaciones mejor que nadie; dábale Cárlos el nombre de hermana querida, y la llamaba con las mas vivas instancias, todas las veces que cediendo á la malignidad de sus enemigos intentaba ella con alejarse de la corte hacer cesar las acusaciones de sortilegio, á que no dejaba de dar sobrado crédito la ignorancia de aquellos tiempos. Decíase que instruida en Italia en el arte mágico, ejercia sobre el Rey su secreto influjo para asegurar la autoridad al duque de Orleans. No hay duda que deseaba Valentina el triunfo de su partido sobre el del duque de Borgoña, pero consistia toda su magia en un carácter de inalterable dulzura. La muerte de uno de sus hijos fué una nueva causa para calumniar á aquella cuyo corazon debia ser herido en todas sus afecciones. Los partidarios del de Borgoña hicieron correr la voz de que el jóven príncipe habia bebido por equivocacion un veneno preparado por su madre para el delfin; y el duque de Orleans no temió dar cierto crédito á tan horrible acusacion, confinando á la princesa á Neufchatel.

Encontrábase Valentina en Chateau-Thierry, cuando hácia fines de 1407, supo la muerte del duque de Orleans, su esposo, mortalmente herido por órden del de Borgoña. El temor que debia inspirar una faccion capaz de probar golpe tan atrevido, obligóla á poner á salvo lo que de mas caro tenia; así pues, mandó á



El palacio de Blois.

sus hijos al palacio de Blois, mientras ella acudió á Paris. Atravesó la ciudad, acompañada de largo séquito de mujeres vestidas de luto, y fué á arrojarse á los pies del Rey, pidiendo venganza. Retirada á Blois, junto á sus hijos, no cesaba Valentina de clamar justicia; por segunda vez hizo estallar á los ojos de los parisienses sus dolorosas quejas; pero la impunidad del crímen y el triunfo del culpable la redujeron á una desesperacion tal, que acabó con sus dias. Juntó al rededor de su lecho de muerte á sus hijos, entre los cuales se hallaba Dunois, á quien, segun costumbre de aquel tiempo, llamaban el bastardo de Orleans. Exortóles Valentina á sostener la gloria de su casa, y á no olvidar, sobre todo, la venganza del asesinato de su padre. Mejor que los demas contestó Dunois: «Me lo han robado, esclamó ella, yo debia ser su madre.» Murió esa princesa en 1408, á los treinta y ocho años de su edad, despues de haber desplegado las mas castas virtudes y el carácter mas noble, y de haber conservado unas costumbres puras, en medio de una sociedad corrompida y dominada por las pasiones. Los derechos hereditarios de Valentina sobre el Milanesado, engendraron las guerras que sostuvieron dos reyes de Francia, sus nietos: Luís XII y Francisco I.

Es un hecho poco conocido, y que nos creemos nosotros obligados á contar aquí, el que los primeros libros ó manuscritos que han servido para componer la actual biblioteca del rey en Paris, traen las armas de Luís I, duque de Orleans, padre de Luís XII, habiendo formado parte de la librería de ese príncipe en su palacio de Blois.

Transportáronse por órden de Luís XII, á Fontainebleau, y mas tarde á Paris, en una posada de la calle de La Harpe. Es cierto que existia en él Louvre durante el reinado de Carlos V una torre destinada en aquel entonces á lo que se llamaba la librería; pero vendió el

duque de Bedfort aquella primera coleccion de manuscritos, muy poco numerosa en la época en que Enrique VI tomó el título de rey de Francia, triste recuerdo de nuestra historia.

EL CATALAN MONTAÑÉS.

¿Habeis reparado alguna vez en un hombre de gorro encarnado, de calzones azules, de chupa parda, de rostro avellanado y tostado por el sol, que con callosa mano empuña un baston grosero, que con los ojos hechizados y la boca entreabierta va recorriendo las calles de una ciudad populosa y brillante, cuyo traje tosco, modales sencillos, y caminar descompasado, contrasta de un modo singular con ese torbellino de elegantes que circulan en todas direcciones? Esa estampa tan original é interesante, que no parece sino una vision lanzada de otro mundo desconocido, ese hombre, que comparado con el habitante de la capital ó el morador de las playas, diríase que es un hombre de otra region, de otro siglo, de otra casta, este es el aldeano de las montañas de Cataluña: este es el montañés propiamente tal, que de ningun modo debe confundirse con el aldeano del Ampurdan ó del Vallés, ni con el de la Sagarra ó llanos de Urgel.

Hombres preciados de cultos, que le echais al pasar una mirada desdeñosa, que dada la oportunidad quizás le zaherís con maligna pulla, y que en el fondo de vuestro corazon solo le reservais la compasion y el desprecio, ¿habeis pensado bastante en la injusticia de vuestro proceder? estais tan seguros de que pudiérais sostener con él un parangon ventajoso? Daros quiero que vuestro castor, que vuestra seda, que vuestros finísimos paños y delicadas telas, que vuestras contorneadas cañas, preciosos dijes, y lujosos aderezos, valgan mas que su gorro de lana, su vestido grosero, y su baston corvo y nudoso; pero estad ciertos de que maldita la envidia que os tiene por vuestro brillo, maldita la gana que le viene de cambiar su traje por el vuestro. ¿Y cómo le disputaréis la prudencia de su eleccion, y lo fundado de su gusto? Si el gorro bien apañado le salva la cabeza de la intemperie del tiempo, si el vestido abrigándole como necesita, es el mas á propósito para dejarle el cuerpo espedito cual le conviene en sus pesadas faenas, si el baston le sirve á las mil maravillas para trepar malezas, ó atravesar lodazales, ¿qué falta le hacen vuestros lujosos atavíos? Teneis por ellos ni los miembros mas ágiles y robustos que el pobre aldeano, ni el estómago mas recio, ni la vista mas clara, ni la planta mas firme, ni la salud mas constante? Y sobre todo, ¿teneis el alma mas tranquila? sois mas felices? Cuando visteis la traza peregrina del montañés, vosotros os habeis burlado de él, creyéndole sobrado estúpido para advertirlo siquiera, cuanto menos para vengarse burlándose él á su vez de vosotros; pero andais equivocados: su aparente cortedad, su esquivo apocamiento solo proviene de hallarse en tierra estraña; dejadle que salga de las puertas de la ciudad y que se haya restituido á sus hogares, no lo dudeis se desquitará con usura, pagaros ha con la misma moneda; y el mancebo mas apuesto y gallardo, y la dama mas linda y rozagante que adornan vuestros salones, serán objeto de una sátira cruel, cuando pueda espresar sin miramientos, rodeado de su familia y amigos, lo que pensara de aquellos trajes, que diciéndolo de paso, ofrecian á sus ojos figurines de tan estraño talante, cual os lo pareciera á vosotros el labriego con su rústico vestido y peregrina apostura.

Al manifestar cierto interés por el aldeano de la montaña, nadie crea que tratamos de repetir las halagüeñas descripciones de la vida campestre con que nos traen empalagados los poetas: servir pueden sin duda para recrear un tanto la imaginacion, y sobre todo para hacer resaltar la del poeta; pero no son un retrato fiel de las costumbres y de la vida del campo tales como existen en la actualidad, y cual se han hallado sin duda en todos tiempos y paises; que la edad de oro solo tuvo cabida en la fantasía de los vates; y si los sueños de la fábula tuvieron su orígen en la tradicion de Eden, aquella dicha no pasó á los desventurados hijos de los primeros progenitores, la memoria de aquella bienandanza consérvala la humanidad como un recuerdo doloroso, recuerdo tan magníficamente explotado por Milton en su inmortal *The paradise lost*.

Por lo demás, tan lejanos estamos de abrigar ilusiones en esta parte, ni de querer fomentarlas por medio de ficciones agradables, que antes bien no tendrémos reparo en confesar paladinamente, que hablando de los aldeanos de la montaña, está lleno de verdad aquel refran castellano, *la vida de la aldea désela Dios á quien la desea*. Así es, que ni se halla aquel ambiente purísimo impregnado de suavísimos aromas, ni aquellos manjares tan sabrosos y esquisitos por naturaleza sin necesidad de condimento, ni las horas se deslizan blandamente en apacible alternativa de templado trabajo y sosegada holganza, ni el oido del aldeano se recrea con tanta frecuencia con el canto *no aprendido* de las aves, ó con los armónicos acentos de dulcísima zampoña; la realidad viene á deshojar con mano fria las bellas ilusiones de las églogas é Idilios.

La intemperie de las estaciones, trabajo incesante, fatigas sobradamente pesadas, alimentos insípidos, albergue incómodo, privaciones de todo género; he aquí lo que acompaña de continuo la vida de ese pobre labriego; y sin embargo, cosa admirable! vive contento, y tiene á su vivienda un apego inesplicable, un cariño sin límites; y cuando circunstancias pasajeras le obligan á dejarla por breve tiempo, y á entrar en alguna ciudad populosa, siente un vacío en su corazon, conoce que está fuera del propio elemento de su existencia; y al comparar su vida con la vida de los otros hombres, la memoria de su humilde techo obra en el fondo de su alma con embeleso indecible, y el recuerdo del buey que muge, del perro que ladra, de la abeja que susurra, del viento que silba en el bosque cercano, ó del torrente que se despeña estrepitoso allá en honda lontananza se mezclan dulcemente en su corazon con la imágen de la compañera de sus dias, y la de sus tiernos hijos, y no hay pena que fuera comparable á su pena, si un hado cruel le obligase á cambiar de suerte. Allá en lo mas profundo de un valle desde donde descubre apenas una estrecha zona del firmamento, ó en la vertiente de una montaña riscosa y sombría, allá tiene su casita de tapia, y allí está su corazon; allí moraron siempre sus ancianos padres, allí ha nacido él, allí ha vivido; aquel cielo, aquellos

bosques, aquellas rocas, están íntimamente enlazados con todos los recuerdos de su infancia y de su mocedad, allí verá tranquilo como se acerca la muerte, para dormir en paz en el mismo cementerio donde reposan sus antepasados, y al pensar en el porvenir de sus hijos, su única ambicion, su voto mas ardiente, es que Dios les conceda largos años de una vida semejante. ¡Hondo secreto de la Providencia, que de tal modo ha grabado en nuestra alma el amor de la patria, apegándonos á ella hasta por medio de las privaciones y del infortunio!

Es preocupacion muy corriente el figurarse á nuestro labriego como muy rudo, muy ignorante, escasísimo de inteligencia, y con todas las facultades muy poco desenvueltas; como por via de favor y de proteccion se dice que en su línea no deja de ser un hombre útil; pues que ora sea labrador, ora pastor, es de profesion necesaria á la sociedad. Pensar que sea ni comparable con el hombre de las ciudades, mayormente de las populosas, esto ni por asomo; la distancia parece inmensa, no da lugar á cuestion. Sin embargo, y por mas que así se presente la cosa mirada en la superficie, y al través del prisma de las preocupaciones, es muy diferente en la realidad.

En primer lugar es innegable que en todo lo tocante á ideas morales, y haciendo el cotejo entre hombres que por su clase carezcan de instruccion, es muy superior el hombre de la montaña al habitante de las ciudades, y sobre todo si son populosas; sin que sea menester que insistamos sobre este particular, ya que no solo es evidente el hecho, sino tambien las causas de que dimana. Y cuenta que no se trata aquí de la conducta moral, ni de entrar en parangones que nos obligarian á remover asquerosas sentinas; hablamos tan solo de los conocimientos morales, de las ideas del deber y del derecho, de las obligaciones del hombre para con Dios y sus semejantes; en una palabra, de todo cuanto concierne á los principios fundamentales de la familia y de la sociedad.

Parece indisputable la ventaja á favor del hombre de las grandes ciudades, si la cuestion se concreta á los conocimientos de otro genero; pero si bien se mira hay tambien en esta parte un error que no depende de otra causa sino de que se considera la cosa solamente por un lado; adrede ó sin advertirlo se abre tan solo una arena en la que ciertamente no puede competir el labriego, donde es vencido sin que ni siquiera pueda combatir. Confesarémos de buen grado que nada entiende de industria y comercio en la acepcion comun de estas palabras, que trasladado á la ciudad no sabe acomodarse á las formas que la tácita convencion, el capricho y cien y cien otras causas han introducido; pero hasta aquí no hemos visto la medalla sino por una cara, miremos el reverso, trocando los papeles con la traslacion de un hombre de la ciudad á la aldea de la montaña.

Ignoraba el montañés la maniobra de una máquina, y el objeto á que se destinaban varios artefactos; se encantaba á la vista de una fruslería de quincalla, pasmábase de la destreza de un jugador de manos, de las cabriolas de un volatin, se dejaba embaucar con la charla de un saltimbanquis, y daba á cien otras frioleras una importancia desmedida; concedamos todo eso, bien que con las deducciones necesarias para que no queden sin cercenar las exageradas ponderaciones que en contra de la inteligencia del labriego suele acumular la preocupacion y la ligereza; concedamos todo eso sin entrar en consideraciones de hasta que punto podrian hacerse fundados cargos sobre estas materias al hombre de las grandes ciudades, y parémonos tan solo en lo que le acontece en su nueva posicion campestre. De repente ha perdido toda la superioridad que tanto parecia realzarle sobre nuestro aldeano. Ni conoce una planta, ni un árbol, ni una flor, ni un grano, de todo se admira, todo lo pregunta, ignora el destino de los instrumentos mas comunes de labranza, todo es nuevo para él, y si reflexiona un instante podrá conocer cuanta verdad es que en este mundo todo se compensa, que cambiada la escena han cambiado tambien los actores, y que así como en la ciudad él se esplicaba con la mayor soltura, mientras el labriego no hacia mas que admirarse y preguntar, así ahora le ha tocado á él el turno de admirarse tambien y preguntar; mientras el montañés se espresa á las mil maravillas, desenvolviendo su caudal de conocimientos, con una nomenclatura tan propia cual hacerlo pudiera el mas hábil y esperimentado naturalista.

En todo lo que concierne al conocimiento de lo que se apellida naturaleza, es muy superior el hombre del campo al de las grandes ciudades, mejor dirémos el uno la conoce perfectamente en cuanto cabe en la esfera de sus alcances y esperiencia, el otro nada sabe de ella, ha nacido entre las artes, vive entre las artes, y no se ofrecen á su vista sino objetos de puro artificio; porque es menester no perderlo de vista, en la vida de las grandes ciudades la naturaleza no entra, el arte la encubre ó la transforma, por do quiera se descubre la mano del hombre. Y á la verdad, ¿no os parece que la vista de nuestros pequeñitos y simétricos jardines, de nuestras arboledas tiradas á cordel, y de nuestros surtidores tamaños como hilos y que despiden un murmullo apenas perceptible, no os parece que son cosas muy á propósito para formarse viva idea del grandor colosal, de la magnífica prodigalidad, del sublime desórden de la naturaleza; de esa naturaleza nunca pequeña y mezquina, siempre grande, siempre asombrosa, siempre sublime, ora se halle en profunda calma, silenciosa como las cavidades de un abismo, ora se agite estrepitosa al bramante bufido de la tempestad?

Se ha dicho que el pueblo carece de memoria, y esto que es una verdad con respecto al pueblo de las grandes ciudades ó el que participa de su influencia, no lo es con relacion al habitante de las montañas. Recorredlas, y observaréis á cada paso que aquel es el lugar de los recuerdos, allí las tradicciones de todas clases tienen su natural asiento, allí están en el depósito mas seguro. ¿Qué sabe de recuerdos un hombre no instruido habitante de las ciudades populosas? tan solo lo que oyó ó vió ayer, y esto para olvidarlo mañana; porque los objetos se le agrupan delante en confuso tropel, desfilan rápidamente ante sus ojos, y le abruman y le distraen; y ese flujo y reflujo incesante obrando sobre una sensibilidad demasiado estimulada y aguzada, y sobre pasiones desarrolladas con excesiva viveza, le dan una susceptibilidad estrema para todo lo presente, haciendo que se produzcan y borren las impresiones del alma como los paisajes en la cámara obscura.

No sucede así con el rústico de la montaña: él sa-

be todo lo que su padre, como este sabia cuanto su abuelo; merced á las veladas en que reunida la familia en torno de la lumbre de la chimenea, escucha embelesada y con el mayor candor y docilidad las narraciones del canoso anciano cargado de años y de esperiencia. Subid á la montaña, y hallaréis hombre rudo que os contará muchos lances de la guerra de sucesion, ó como ellos dicen *dels voluntaris*, de la *del any noranta*, minuciosos detalles de la guerra de la independencia, *dels francesos* ó *del any vuit*, la historia de los hombres mas inteligentes que ha tenido el país por espacio de muchos años, de los pastores mas afamados, de los perros mas batalladores, ó cazadores, de las hambres, enfermedades, granizadas, lluvias, sequías, pingües cosechas, carestías; oiréis esas historias con sus circunstancias particulares, con sus fechas refiriéndose por lo comun á algun santo ó festividad, como tantos dias despues de San Juan, tal semana de cuaresma, pocos dias despues de *Corpus*, por *sincugesma*, etc. etc. oiréis en fin una historia á su modo, pero que no deja de ser interesante por la estension del tiempo que comprende, y por la muchedumbre y variedad de objetos que abarca.

Pero lo que agrada sobre todo al que observa de cerca la montaña de Cataluña, es la aficion al trabajo, la diligencia estremada, la moralidad, el respeto á las personas, el espíritu de hospitalidad y beneficencia que distingue á sus habitantes. Es necesario haberlo visto con los propios ojos para formarse idea de la asombrosa laboriosidad de aquellos labriegos. Pasaréis por la falda de altísimas montañas, y divisaréis como colgados en rapidísimas pendientes, esparcidos acá y acullá los labradores, aprovechando con incansable paciencia alguna pequeña superficie que alla quedara como por azar entre mil riscos y barrancos. El terreno os parece intrepable, parece imposible que hayan podido escalarlo los hombres; pero reparad bien, y descubriréis que por entre las rocas y los matorrales va serpenteando un camino por donde alcanza á transitar el buey arrastrando el arado y la carreta.

El país, en cuanto cabe, es muy poblado, y no se hallan la turba de mendigos que al parecer debieran rebosar de aquellas chozas de tapia: si los hay son comunmente de otra tierra, como de la Sagarra ó de los llanos de Urgel, que forman, como suele decirse, linaje aparte; pues por lo que toca al laborioso montañés, no solo alcanza á fuerza de actividad y de sudor al mantenimiento de su familia, sino que todavía le resta un pedazo de pan para compartirlo con tanto desgraciado como se presenta á su puesto pidiendo algunos mendrugos en nombre de Dios.

A la entrada de los pueblos pequeños, es frecuente en otros países encontrarse con corrillos de holgazanes, que embozados con sus mantas, solo sirven para inspirar desconfianza al viajero que ha echado de ver la torva mirada que le han dirigido por debajo del gorro plegado sobre la cabeza, y caido sobre la frente á guisa de visera; pero á buen seguro que no sucede así en la montaña de Cataluña. Mientras dura la luz del dia es tiempo de trabajo, y al entrar en una aldea no encontraréis á ningun hombre apto para trabajar, á no ser que á causa de la estacion tenga por allí el objeto de sus tareas. ¿Quién no recuerda lo que le ha sucedido al atravesar alguno de esos puebleeitos? Hondo silencio reina por todas partes, solo interrumpido por el rechinante zumbido de algun sencillo torno, por el cloqueo de las gallinas que andan picoteando y escarbando, por el graznido de los patos que se zambullen en la balsa, ó por el ladrido de algun perro acosando las piernas de vuestro mulo que atraviesa el callejon de tapias, ora marchando por un pavimento de roca lisa, con vivo triquitraque, y resbalando á cada paso, ora hundiéndose en un piso fofo, de paja echada allí con la mira de aprovechar el abono. Persona ociosa no la veréis; aquí encontraréis á la robusta matrona ocupada en los quehaceres de la casa, ó en otras faenas, allá veréis á la moza ágil con su cesto al brazo llevando la comida á los trabajadores, y cruzando velozmente los campos por los estrechos senderos que serpentean en todas direcciones en torno del pueblo; la vieja decrépita con la rueca clavada en la cotilla, como lanza en ristre, hace voltear el huso entre sus dedos todavía diligentes, aunque ya descarnados y yertos; el anciano encorvado bajo el peso de los años y de las fatigas, adereza todavía el pajar, el establo, ó se ocupa en otras faenas que harian perder tiempo á los jóvenes robustos; y solo el tierno niño que apenas sabe hablar, que no puede aun levantar del suelo ni el cesto ni la azada, anda jugueteando por delante las puertas medio desnudo, y parándose á miraros encantado mientras alcanza su vista.

Esquivo como parece el montañés, es sin embargo muy tratable, y en cuanto á respetar á las personas, nada deja que desear. Pedidles el camino, y de cierto que no sufriréis una respuesta desabrida, ni os espondréis á un chasco pesado; y si vuestro traje indica que seais persona de alguna distincion, suspenden su trabajo y os saludan con respeto, ó tirando ligeramente el gorro hácia el cogote si no haceis mas que pasar, ó descubriéndose del todo, si trabais con ellos alguna conversacion. Si es que por alguna casualidad extraña, ó por dejos inmorales de las guerras, no se abrigue por entre las escabrosidades algun malhechor, la seguridad del viajero es completa, puede andar con entera confianza; y si algo le inspira recelos en el camino será algun traje que á primera vista conocerá que es de forastero; por lo demas, en atravesando alguna soledad, si llega uno á divisar gente del país, algun *pagés*, el corazon se alienta y se ensancha. Imposible parece que aquellos hombres tan mansos y pacíficos sean los mismos que en sonando la hora del combate rugen como leones y brincan como leopardos por encumbradas malezas, ya para matar franceses como en la guerra de la independencia, ya para tomar parte en nuestras lamentables discordias civiles: señal evidente de que aquellas almas no adolecen de estupidez ni estan faltas de energía, prueba irrecusable de que el sufrimiento y el valor se hermanan admirablemente con la laboriosidad y la templanza.

Al contemplar la vida de esos pueblos que viven en la actualidad como vivieran hace siglos sus antepasados, sin que hayan cambiado substancialmente sus ideas y costumbres al traves de los tiempos mas varios y tormentosos, al mirarlos ocupando una posicion aislada, sitiada y acometida en todas direcciones por el poder siempre creciente de una civiliza-

cion móvil, inquieta, bulliciosa, que trasforma tan rápidamente las ideas, las costumbres y la faz de los pueblos, párase naturalmente el ánimo á considerar, qué les sucederá á esos sencillos habitantes de la montaña el dia en que el elemento industrioso llegue á penetrar en sus pacíficas viviendas, con la construccion de carreteras, explotacion de minas de carbon, y establecimiento de fábricas; cuando contraste con las rojizas paredes del antiguo santuario, la blanca fachada de los edificios fabriles, cuando la silenciosa calma de ahora sea reemplazada por el atronador ruido de las diligencias y de las máquinas.

Parecer pudiera todo eso una ilusion; pero es una realidad que á no dudarlo se avanza con el porvenir: á esa realidad marcha el siglo con agigantados pasos. Transformaciones semejantes se han verificado ya en otros paises, y esa transformacion empezada en Cataluña, se completará mas ó menos tarde á pesar de los peligros que amenazan á su industria, y de los continuos vaivenes que le embargan un tanto el movimiento, y no le dejan llevar á cabo su entero desarrollo. Cambiaránse entonces las costumbres, las ideas, los hábitos, los modales de esos pueblos; serán quizas mas ricos, mas brillantes, mas numerosos, pero ¿serán mas felices?

JAIME BALMES.

ANTIGUA TESTA DE APOLO,

LLAMADA EL APOLO GIUSTINIANI.

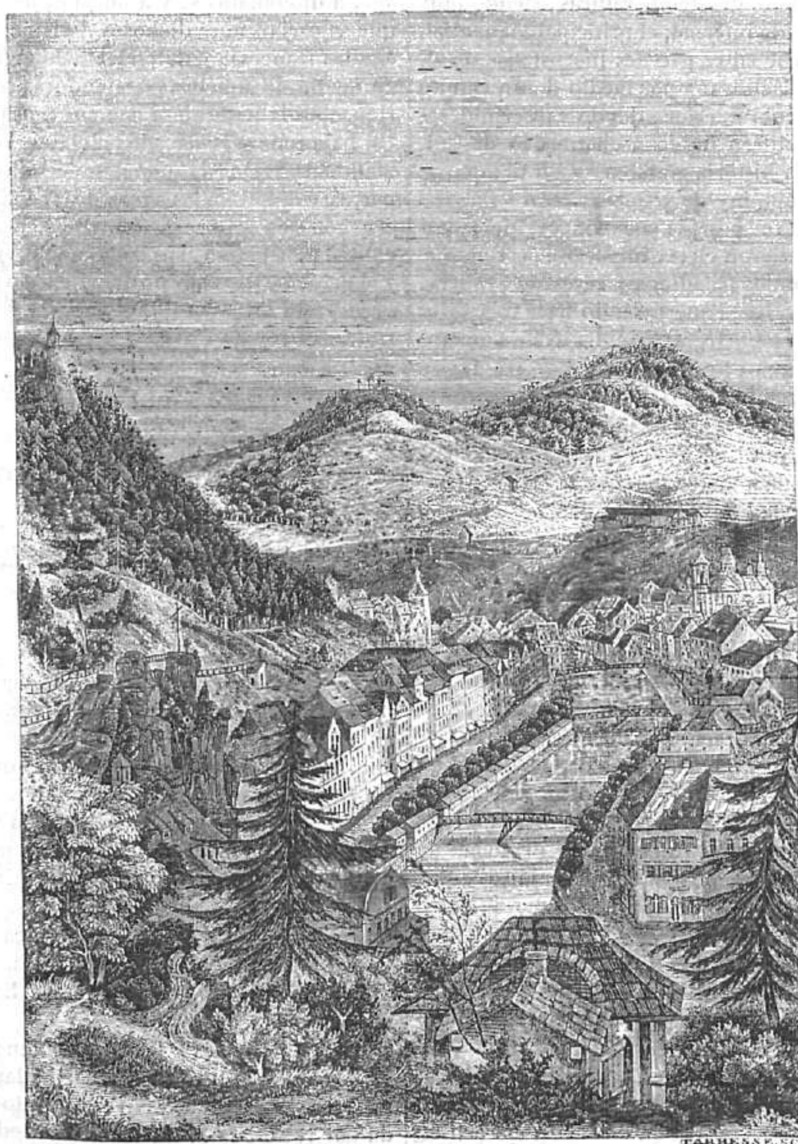
ESTA testa, que era la mayor preciosidad de la galería Giustiniani y que es conocida en toda Europa bajo el nombre de Apolo de Giustiniani, adorna actualmente el gabinete del conde Pourtalés. Parece que los romanos no conservaban ya la estatua entera, y sí solo la cabeza, cuyo mérito apreciaron esponiéndola en un santuario á la admiracion de los artistas y al culto de los creyentes. Otro ejemplo de este uso nos recuerda la soberbia cabeza de Esculapio encontrada en Milon y conservada actualmente en el Museo Blacas; la cual habiendo pertenecido primeramente á una estatua entera, fué mas tarde, aunque simple fragmento, colocada como objeto precioso respecto al arte en una capilla de Esculapio, acompañándola una inscripcion que la designaba como un don votivo y que revelaba al mismo tiempo el nombre de la Divinidad y el del donador. Es muy probable que se hiciese lo mismo con la testa del Apolo Giustiniani, pues ningun fragmento se ha hallado perteneciente á la estatua, y el corte de su cuello se opone evidentemente á que fuese un busto.

Si se atiende á la inflexion y á lo torcido del cuello, dice Mr. Panofka, no menos que á la direccion de los ojos, es lícito afirmar que la estatua estaba sentada. Su pérdida es tanto mas sensible, cuanto que la cabeza es de un estilo muy poco comun entre los numerosos monumentos que del arte griego conservamos, sin que por eso sea mas fácil el asignar la época á que pertenece. Con menos trabajo podrémos reconocer en ella la nobleza de la espresion, la grandiosidad la majestad de la fisonomía, y la habilidad del cincel que la dió un carácter á la vez original y bello. Los cabellos conservan evidentes restos de coloracion, lo que nos hace presumir que el tiempo ha borrado un color ligero y fugitivo que habria sido aplicado sobre sus carnes; así es que si el escultor ha dado un carácter tan pronunciado á las cejas y á los grandes contornos, debemos creer que el color dulcificaba los ángulos y modificaba los diferentes planos por medio de una capa blanquizca, cuyo tono y espesor corregiria la aspereza del cincel.



Antigua testa de Apolo.

VISTA DE CARLSBAD EN BOEMIA.



AGUAS DE BADEN, DE CARLSBAD Y DE TOEPLITZ.

Tres ciudades hay en Alemania célebres por las maravillosas virtudes de sus aguas minerales, y son Baden-baden, Carlsbad y Toeplitz. ¿Eres acaso hipocondríaco, gotoso, febroso, asmático, ó bien diplomático, artista, cómico ó poeta? Si lo eres, encamínate á dichas ciudades luego que los primeros rayos del sol de primavera vienen á animar la tierra. Las aguas de Alemania gozan de singulares privilegios, presencian las mayores intrigas, las alianzas entre altas y poderosas familias, y son el punto de reunion del lujo, de la elegancia y de la riqueza.

Con respeto á sus virtudes medicinales, las aguas de Baden merecen la reputacion de que gozan; y sus manantiales tienen diferentes temperaturas, siendo muy elevada la del llamado infernal; el principal manantial, el Usprung, pasa por entre paredes incrustadas de almazarron y de estaláctidas, y por medio de un cañuto se trasmite á la fuente esterior, donde varias mujeres distribuyen el salutífero flúido á cuantos lo desean. Baden figuró en la historia antigua, y en tiempo de Augusto tomó el nombre de *civitas aurelia aquensis*. Durante el siglo VII fué poseida por monges, que la engrandecieron y le dieron cierta importancia; dominada despues por condes paladinos y reyes de Francia, quedó estacionaria, hasta que pasando hace tres siglos á ser patrimonio de los margraves, empezó á estenderse su reputacion en todos los puntos de Europa. Desde esta época hasta 1799 las luchas consecutivas entre la Francia y el imperio de Alemania ensangrentaron repetidas veces sus murallas.

Carlsbad, llamada tambien la reina de las aguas minerales, es una ciudad de Bohemia, distante veinte y seis leguas de Praga, rodeada de bosques y montañas, que contribuyen á variar su delicioso aspecto. Los manantiales de Carlsbad, que forman la riqueza de los 2300 habitantes que contiene, se dice que fueron descubiertos durante una caza del emperador Cárlos IV, con ocasion de haber uno de sus perros caido en el agua hirviente. Carlsbad, que los viajeros llaman el salon de la Europa, es el lugar predilecto de los mas ricos y poderosos magnates; en el paseo de Wiese y en el *prater de la Spa* se presenta una reunion de personajes muy curiosos de observar, y entre otros no falta allí un representante para cada familia principal de Alemania. En un pequeño almanaque publicado por el doctor Caron se lee que durante el curso de cinco años han visitado la ciudad cincuenta y tres príncipes y princesas pertenecientes á familias reinantes, veinte y cinco altos dignitarios de la Iglesia, sesenta y siete hombres de Estado, cincuenta y dos generales austriacos, y mas de trescientos mariscales, ministros y embajadores de diferentes naciones. La mayor parte de estos personajes, si se les hubiese de juzgar por sus actos políticos y por la influencia que estos actos ejercen en el destino de los hombres, se afirmaria que padecen del cerebro ó de otras enfermedades semejantes; pero no es así, y casi todos gozan de una salud perfecta, y solo se acuerdan de las aguas minerales para distraerse y esparcirse.

Un camino montuoso y arisco, rodeado por todas partes de castillos y poblaciones, conduce á Toeplitz, cuyos baños se encuentran distribuidos en edificios separados. El Stadtbad contiene tres manantiales calientes que proveen los baños particulares, y especialmente el suntuoso castillo del príncipe de Clary; y los otros dos grandes edificios, situados á la derecha del Stadtbad, sirviendo el uno para los hombres y el otro para las damas. El Menschenbad, baño público para los heridos, es un edificio subterráneo, parecido á una vasta caverna inundada, sostenido por robustas colunas, é iluminado por pequeñas ventanas que comunican con la calle. Rodea todo el edificio un espeso vapor, á través del cual se ven los enfermos, y se oyen sus agudos gritos: asqueroso espectáculo que recuerda los cuadros de *glie anime dell Purgatorio*, colocados por los pobres en las puertas de todas las iglesias de Italia. Toeplitz recibió en 1813 á dos emperadores y á un rey, á un príncipe real, á grandes duques, á margraves, á diplomáticos, y á oficiales de todos los rangos que se creian muy dichosos de haber escapado de las águilas francesas y de poder habitar con tranquilidad en medio de aquellas encantadoras colinas que ha enriquecido la naturaleza con sus mas preciosos tesoros. Un bajo relieve, colacado en el esterior de la puerta de Stadtbad, recuerda que algunos animales sumergidos por casualidad en las aguas de Toeplitz dieron á conocer con sus gritos su existencia y sus virtudes. La ciudad es hermosa, sus calles anchas y bien enlosadas, y el príncipe de Clary no ahorra gasto alguno para convertir este lugar en digna morada de las testas coronadas. El rey de Prusia y los emperadores de Rusia y Austria han hecho construir en Toeplitz suntuosos palacios para sus personas y ricos hospitales para sus soldados.

ESTUDIOS BOTANICOS.

ARTICULO I.

¿Si os preguntase que diferencia existe entre un caballo y una col, no os reiriais de mi pregunta? Y si generalizando mas la cuestion, os preguntase que diferencia existe entre ciertos zoófitas, que son animales, y ciertas conferbas, que son verdaderas plantas, no os veriais mas apurados entonces, pues no existe en realidad un límite marcado entre el reino animal y el vegetal, á pesar de lo que hayan dicho Linneo y los botánicos sus sucesores? Veamos, sin embargo, la definicion que, segun el Naturalista sueco, caracteriza y distingue los tres reinos: «los minerales crecen; los vegetales crecen y viven; los animales crecen, viven y sienten.»

La sensibilidad es, pues, la única facultad que distingue á los animales de las plantas. Comparemos estas á los primeros, y procuremos hallar un carácter mas marcado.

1.° Los animales y las plantas tienen órganos ó partes, que por su disposicion particular sirven cada una para un uso especial, y cuyo conjunto puesto en accion da por resultado la existencia del todo.

2.° Los animales viven, y la fuerza vital parece provenirles de la irritabilidad de sus partes, susceptibles de contraerse por el contacto de ciertos estimulantes. Otro tanto se efectua en las plantas: la irritabilidad y la contraccion aparecen enérgicamente en las flores de la ruda y del cactus, en las hojas y los ramos de la sensitiva y en las hebras del atrapamoscas.

3.° El azoe, el carbono, el hidrógeno, el oxígeno, algunas sales alcalinas y óxidos metálicos forman la base de las substancias animales. — Los vegetales ofrecen la misma composicion, con la sola diferencia de que domina en ellos el carbono, y se encuentra el azoe con poca frecuencia, á no ser en ciertos productos que se llaman animalizados, como el glúten, etc.

4.° Los animales y las plantas viven y mueren; resisten á las fuerzas esteriores que tienden á destruirlos, y reparan sus partes maltratadas.

5.° Los animales rechazan las substancias inútiles ó nocivas á su naturaleza, y se apropian por medio de la nutricion las que son capaces de asimilárseles. — Las plantas obran absolutamente de la misma manera: sus tallos y sus raices en especial se desvian por un movimiento, que casi parece voluntario, aquellos huyendo de las tinieblas y buscando la luz, estas abandonando el suelo seco y estéril por una tierra mas húmeda y mas nutritiva. Las plantas absorben tambien los flúidos que les son útiles, al paso que rechazan las secreciones inútiles ó nocivas.

6.° Las plantas, como los animales, tienen sexos.

7.° Algunos animales hermafroditas, como la almeja, y muchos otros moluscos acéfalos, se fecundan y reproducen sin el auxilio de un individuo de su especie.—La mayor parte de las plantas son hermafroditas.

8.° Los caracoles y muchísimos mariscos son andróginos. — El moral y otras varias plantas monóicas se hallan en el mismo caso.

9.° La mayor parte de los animales solo tienen un sexo. — Todas las plantas dióicas están en el mismo caso.

10. Muchos animales son vivíparos, es decir, paren ya vivos á sus hijos. — Algunas plantas gramíneas, como el lirio y el ajo, en vez de dar semilla producen pequeñas plantas enteramente formadas.

11. Algunos animales son escísiparos, es decir, se reproducen con la mayor frecuencia por medio de escisiones, como los pólipos y la mayor parte de los zoófitas. — En no pocos vegetales ágamos se observa lo mismo, especialmente en el líquen, que jamás fructifica.

12. Muchos animales son ovíparos, ó lo que es lo mismo, se reproducen por medio de huevos. — Un grano de semilla no es otra cosa que un huevo vegetal, con la particularidad de que presenta la mayor analogía anatómica con los de los animales.

13. Algunos animales zoófitas se multiplican en pequeños individuos, que como yemas ó tubérculos se forman al rededor de su madre, la cual los alimenta con su propia substancia hasta que, llegando á un desarrollo suficiente para que puedan atender ellos mismos á sus necesidades, se separan de su madre, cuidan de su propia existencia, y muy luego de la de sus hijos. — Muchas plantas se multiplican por medio de vástagos y de esgueges: las conferbas no conocen otro medio de reproduccion que el de dichos pólipos, y el mastuerzo además aumenta su especie por medio de pequeños gérmenes tuberculosos que crecen sobre sus hojas.

14. Podemos ingertar dos pólipos, colocando el uno sobre el otro, y aunque sean de especie diferente no resultará mas que un solo é idéntico individuo. — Ya es bien conocido el modo de ingertar los vegetales.

15. Si se arranca el ojo á una tortuga ó la pata á un cangrejo, si se corta la de una salamanquesa ó la cabeza de un caracol, de una nereida, dichas partes reaparecen en mayor ó menor tiempo segun sea la estacion, y al cabo de poco los animales se presentan enteros y completos. — Las ramas de un vegetal renacen despues de ser cortadas.

16. Todos los insectos, los reptiles, y aun ciertos mamíferos, como por ejemplo el liron y la marmota, quedan entorpecidos mas ó menos tiempo por causa del frio sin dar signo de vida. — En los árboles de nuestros climas cesa la vegetacion durante el invierno.

17. Los animales cambian varias veces la piel en el discurso de su vida, ya sea que caiga en grandes fragmentos, como en los crustáceos, las serpientes, etc., ya sea que se repare de un modo casi imperceptible y bajo la forma de un polvo escamoso, como se verifica en el hombre. — Los árboles renuevan muchas veces durante su vida la corteza, ya sea en grandes fragmentos: el alcornoque, el plátano, el abedul; ya sea en partículas: el peral, el manzano, etc.

18. En los insectos los flúidos nutritivos recorren las paredes de un largo tubo intestinal, alimentan los tejidos orgánicos, y se elaboran por el contacto del aire, que se introduce por medio de estigmas ó poros respiratorios colocados á lo largo del cuerpo. — En las plantas los flúidos nutritivos, ó sea la savia, atraviesan los largos tubos que forman el vegetal, vivifican todas las partes, y llegan hasta las hojas ó á la superficie de los demas órganos, donde hallándose en contacto con el aire y la luz, á causa de los poros que acribillan el vegetal, se combinan é identifican con la substancia de la planta.

19. Los animales respiran: si se les sumerge por algun tiempo en un gas puro que no sea el oxígeno mueren asfixiados, porque inspiran el oxígeno y espiran el ácido carbónico. — Las plantas respiran: si se las sumerge por algun tiempo en un gas puro, que no sea el ácido carbónico ó el oxígeno, mueren asfixiadas, pues por su naturaleza se apropian el carbono y rechazan el oxígeno.

¿Qué resulta de esta comparacion entre los dos reinos, comparacion que fácilmente podríamos estender mucho mas? Que las plantas solo difieren de los animales en que aquellas respiran el ácido carbónico en vez del oxígeno, y que en la incineracion dan ácido carbónico en lugar de azoe. Conocida la naturaleza de los vegetales, con la posible claridad empecemos á trazar sus formas generales, á fin de que no sea difícil comprendernos cuando entremos en mas estensos detalles.

La mayor parte de las plantas se compone: de una raíz *fig.* 1. *m.* destinada á fijarlas en la tierra y á sacar de ella una parte de su nutricion; y de un tallo *e* que sostiene todas las partes de la planta. El tallo puede dividirse en ramas, las ramas en ramos, y los ramos en ramúsculos. *Las hojas* toman nombres diferentes segun el puesto que ocupan: las que están colocadas sobre la raíz, *i i* se llaman radicales, las que están unidas al tallo *h h* se llaman caulinares, y se da el nombre de hojas florales ó de brácteas á las que acompañan á las flores ó á sus pedúnculos. Existe una cuarta especie de hojas llamadas *estípulas*, que solo se encuentran en la base de las demas hojas ó de su cola, y que toman las mas veces formas muy singulares, como por ejemplo en los rosales, en los guisantes etc. Las hojas *i i* están á veces sostenidas por una pequeña cola llamada peciolo, en cuyo caso se llaman peciola-

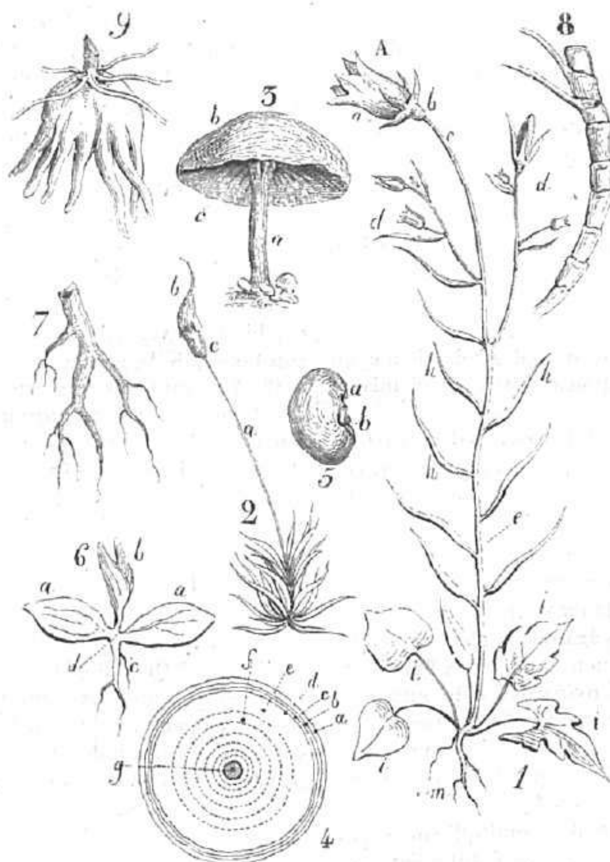
das. Cuando faltan dichas colas, como en *h h*, las hojas se llaman sentadas, esto es, sin pecíolo.

A veces las hojas ó su pecíolo terminan en un hilo simple ó ramoso, que se agarra y ensortija á los cuerpos vecinos, y tiene el nombre de zarcillos.

El tallo ó ramo termina en una pequeña prolongacion como *c*, destinada á sostener la flor, y se llama pendúnculo. Este se separa á veces para sostener diversas flores como en *d d*, en cuyo caso las divisiones se llaman pedículos.

La flor es el órgano de los sexos, y por consiguiente el mas importante: compónese de los órganos de fecundacion, de que hablarémos despues, y de sus invólucros, los cuales consisten ordinariamente en un cáliz *b* siempre colocado en el esterior y de color verde como las hojas, cuando existe por ejemplo en la campánula, que en la lámina se figura, en una corola *a* nunca verde, pero sí muchas veces adornada de los mas brillantes colores. Cuando consta de una sola pieza, como en nuestra lámina, se llama la corola monopétala, y polipétala cuando de muchas, siendo cada pieza un *pétalo*.

No todas las plantas presentan flores semejantes á las que acabamos de describir, y que á causa de la brillantez y variedad de sus colores reciben el nombre de fanerógamas. Algunas hay en que apenas se conocen los órganos de la fecundacion, como por ejemplo los hongos fig. 3.ª, plantas conocidas bajo el nombre de cryptógamas, otras hay en que dichos órganos tienen una configuracion muy singular, como por ejemplo en los musgos fig. 2.ª, donde consisten en una urna *c* y una cubierta *b*. Estos últimos vegetales son llamados ágamos, siempre que los órganos de la fructificacion sean en ellos muy marcados, sin que sin embargo se puedan reconocer los de los sexos.



Estudios botánicos.

No todas las plantas constan de partes semejantes á las que acabamos de describir: los hongos, por ejemplo, ni tienen hojas, ni tallos, etc.; el que presentamos en la figura 3.ª, se compone de un sombrero *b*, de una especie de hojas *c*, y del pedúnculo *a*. Compónense otras de diferentes partes, cuya descripcion dejamos para luego.

Lo que hemos dicho basta para conducirnos con seguridad por los deliciosos senderos de la botánica.

DE LA GERMINACION.

El primer fenómeno que se nos presenta, siguiendo el órden analítico, es el de la germinacion, primer desarrollo de la planta contenida en el huevo vegetal. Tomemos una semilla, una judía por ejemplo, y plantémosla: la humedad la penetrará, el calor ocasionará cierta fermentacion, se romperán las cubiertas de la pequeña planta, y aparecerá una plantita fig. 6, que se compondrá de una radícula *c*, ó sea principios de la raíz; de un cuello ó nudo vital *d*, punto en que el

tallo descansará sobre la raiz; de dos cotiledones *a a*, comparables á dos hojas, y que llenan cada uno funciones enteramente distintas; y en fin de una plúmula *b*, ó sea principio del tallo. Obsérvase que en la mayor parte de las plantas las primeras hojas que da la plúmula tienen una forma distinta de las hojas ordinarias; y distínguese á las primeras con el nombre de primordiales.

Los cotiledones vienen á ser las tetas de las plantas. En tanto continuan doblados y ocultos en la semilla, están compuestos de fécula ó harina, y son los que en el trigo, en la avena, en la cebada, en el alforfon y otros cereales cultivados dan la harina de que se hace el pan. Despues de la germinacion, el oxígeno y el ácido carbónico desarrollados por la humedad, el calor y el estiércol obran sobre la fécula, y por medio de una operacion, que nuestros químicos imitan con bastante exactitud, la convierten en azúcar, ó por mejor decir, en un jarabe muy azucarado, que, semejante á la leche de las hembras en los animales, pasa desde los cotiledones á la naciente planta, y la alimenta hasta que ha ya adquirido suficiente vigor para chupar por sí misma su alimento, de la tierra por medio de sus raíces, y de la humedad del aire por medio de sus hojas. Cambia entonces el fenómeno, acaba la germinacion, y la vegetacion empieza. — B.

FILOSOFIA.

CUALES SON LAS VERDADERAS FUENTES DE LA MORAL Y DE LA FELICIDAD.

La pobreza poética era el bello ideal de los filósofos estóicos y epicúreos. Esos buenos hombres que vivian, no como los escritores modernos en reducidos aposentos en un segundo piso, sino en palacios espléndidos á guisa de templos, no conocian mas que la pobreza pintoresca. Hacíanse indigentes por conviccion, como una jóven se hace víctima por refinamiento de placer. Sócrates, el mismo Sócrates, comia muy opíparamente, aunque llevaba palo é iba descalzo. Nunca he compadecido á Diógenes el Cínico, cuyo tonel atraia todas las miradas, y que muellemente tendido al sol, se divertia en tejer sofismas. Oradores, disertantes, peripatéticos, no eran mas que unos aristócratas que se divertian. Era necesario preguntar al verdadero pueblo, al esclavo que daba vueltas á la muela, á los infelices que obedecian los antojos de un dueño, y que no tenian alma ni voluntad, si les gustaba la pobreza. La filosofía cristiana ha marchado por la misma senda. Segun ella, la pobreza seria la madre de todas las virtudes. El cristianisíno se manifestó en un tiempo de corrupcion y de lujo: echó sus primeras raíces en las clases inferiores de la sociedad, y se ha propagado, y ha prosperado por los verdaderos pobres de la antigüedad, por los esclavos é infelices. Su doctrina era una consecuencia de su orígen.

¿Pero se puede defender históricamente la moralidad de la pobreza? Justificará este aserto el estudio de nuestras ciudades y nuestras campiñas? Es cierto que la indigencia sea el orígen de todo bien, y la riqueza la fuente de todo mal? Platon sostenia esa teoría, paseándose bajo pórticos de mármol, en medio de una multitud de oyentes que besaban sus pisadas. ¡Marco Aurelio la repetia sentado sobre el trono del mundo! Hildebrando la predicaba tambien y ceñia la tiara! El mismo anatema contra la riqueza que pronunciara Séneca, el mas opulento de los romanos, lo repitieron todos los monges que vivieron con todas las comodidades desde el bajo imperio hasta Lutero. Pero pasemos al hecho, examinemos lo que está á nuestra vista: hanse dirigido informaciones á diferentes paises de Europa: los ricos y los sabios han tomado á su cargo el examinar de cerca la situacion de los ignorantes y los pobres: se han amontonado columnas de guarismos, y se han establecido premios de estática. ¿Qué resultado definitivo se ha obtenido? En vez de encontrar moral la pobreza, se la ha reconocido vil y miserable. Mientras que el rico duerme ó se entrega á los desórdenes, el pobre roba, mata ó se embriaga.

Las lecciones de los moralistas no han servido por consiguiente para nada: se han reproducido de siglo en siglo las mismas locuras, las mismas necedades; y si el género humano es tan vicioso como antes, no es ciertamente por falta de advertencias, de sermones, disertaciones y elogios prodigados á la virtud. Desde tiempo inmemorial se tilda á los ricos de desenfreno, de crueldad, de destemplanza, de orgullo y avaricia. ¿Qué idea nos formarémos de la especie humana, si está ya probado que los pobres no valen mas que los ricos?

Pero se derramará la instruccion, se nos dice. «Aquí se presentan dos objeciones: son mejores los que poseen la instruccion? no es ella una nueva especie de veneno para el pueblo? Acaba de morir en París un inglés que puede pasar por uno de los hombres mas sabios de la Europa, cuyas obras gozan de mucha reputacion, quien despues de haber agotado todos los vicios, y hechóse por fin petardista y jugador, se ha abrasado los sesos. La vida de casi todos los grandes poetas está llena de manchas, sino degradantes al menos dolorosas. ¿Qué efecto produce el saber derramándose por entre los artesanos y proletarios? Desarrolla el genio, y raras veces la virtud: Rousseau entrega sus hijos al hospital; Burns muere quemado por el aguardiente, y Chatterton se suicida. La mayor parte de los petardistas que los tribunales condenan, saben leer y escribir. Solo parecen pertenecer á los hombres sin educacion los crímenes contra la vida y las personas, los crímenes contra la propiedad pertenecen especialmente á los malos bien educados. Allá los asesinos, aquí los bribones: la sociedad gana sin duda en ello, pero menos de lo que generalmente se pretende.

Lo que se llama luces puede recibir sentidos muy diferentes: el trabajo de la prensa consiste en esparcirlo todo, errores y falsedades; la prensa no es buena por sí misma; no es mas que un instrumento de espansion. ¿Como podrá el pueblo escoger! Quién será su guia en esa masa inmensa de escritos dictados por el genio del bien y del mal, y que encierran todas las teorías? No temeis que sus pasiones dominen su inteligencia, y que busque en sus nuevos conocimientos mas bien un estimulante para sus mas peligrosas sensaciones que claridad para su espíritu? Durante mi permanencia en Irlanda picóme la curiosidad de saber cual era la lectura que ocupaba las horas de recreo de las clases inferiores; y ví que formaban su biblioteca libros muy malos, uno ó dos tratados de política muy

virulentos, algunas obras obscenas, y el célebre folleto de Tomás Pagne. Este alimento era un veneno; circulaba en millares de familias, é introducia en el cuerpo social el desprecio á la moral, y el odio á todo freno. Un operario que ha leido á Tomás Pagne y que cree en sus teorias, es mas virtuoso, mas sabio, mas bueno, mas social? creo que no.

En las ciudades manufactureras de Inglaterra, se encuentran reunidos de una manera digna de ser observada, el orgullo, el vicio, la miseria, la instruccion y la pobreza. Cerca de cuarenta mil niños de las clases inferiores frecuentan en Manchester las escuelas gratúitas del domingo. Un fabricante de esta ciudad, ha declarado que mas de la mitad de sus operarios sabian leer y escribir; y sin embargo todo el mundo conviene, y un documento oficial reciente afirma, que la depravacion está en su colmo entre los operarios instruidos. Su salario, dice la relacion, bastaria para vivir con comodidad ellos y sus familias, pero prefieren el beber al vestirse y al amueblarse. Apenas deja de resonar el ruido de las máquinas, apenas encuentran esos miserables un momento de descanso, se entregan sin reserva á todos los gustos sensuales ó furiosos, que parecen consolarles de su largo trabajo, de su horrible esclavitud. En las cercanías de Manchester no se ven mas que batallas de operarios, escenas de orgía y embriaguez, bacanales asquerosas, pruebas de degradacion y de desmoralizacion: mujeres, viejos, niños revolcándose en el mismo cenagal.

(*Se continuará.*)

NAPOLEON EN SANTA HELENA.

Esperimentase un sentimiento indefinible de tristeza y de dolor al recordar los últimos años de Napoleon, del gran Capitan lanzado á aquella Isla maldita; donde, como lo repetia él mismo á menudo, no se ve ni sol ni luna durante la mayor parte del año: «Todo es gradacion en el mundo, decia el Emperador; la isla de Elba, que tan mala encontraba un año atrás, es un lugar de delicias comparada con Santa Helena. En cuanto á esta, puede desafiar á todas las desdichas venideras.»

El *bill* que arrastrara á Napoleon á la roca de Santa Helena, es un acto de proscripcion parecido á los de Sila, si no es todavía peor. «Los Romanos persiguieron á Aníbal hasta el fondo de la Bitinia. Obtuvo Flaminius del Rey Prusias la muerte de aquel grande hombre, esclamaba Napoleon, y sin embargo, fué acusado en Roma de haber obrado así para satisfacer su odio personal. En vano alegara que Aníbal, todavía en el vigor de la edad, podia ser peligroso, y que era necesaria su muerte; respondieron mil voces que lo que era poco generoso é injusto jamás podia ser ventajoso á una grande nacion; y que con tales pretextos, se justificaban los asesinatos, los envenenamientos, y toda especie de crímenes. Las siguientes generaciones reprocharon á sus abuelos esa cobardía; y hubieran dado cualquier cosa para borrar semejante mancha de su historia. No obstante, los Romanos no violaron jamás la hospitalidad; Sila encontró un asilo en casa de Mario, Flaminio, antes de proscribir á Aníbal, no quiso recibirle á bordo de su buque, ni le manifestó que tuviese órdenes de recibirle bien.

«Si algun dia, por las revoluciones de los siglos, continuaba el Emperador, ha de comparecer un rey de Inglaterra ante el temible tribunal de su nacion, insistirán sus defensores en el augusto carácter de rey, en el respeto debido al trono, á una testa coronada, al ungido del Señor! Pero no les asistirá á sus adversarios el derecho de contestar: Uno de sus antepasados proscribió á su huésped en tiempo de paz; no atreviéndose á condenarle á muerte en presencia de un pueblo que tenia sus leyes positivas y sus formas regulares y públicas, hizo esponer á su víctima en el punto mas insalubre de una roca situada en medio del Océano, en otro hemisferio. En él pereciera el huésped, atormentado por el clima, por las necesidades y las injurias de toda especie. Pues bien! aquel huésped era tambien un gran monarca, elevado al trono por 36,000.000 de habitantes; fué dueño de casi todas las capitales de Europa; vió en su corte á los mas grandes reyes, y fué generoso con todos ellos; fué por espacio de veinte años árbitro de las naciones; y estaba enlazada su familia con todas las familias reales, hasta con la de Inglaterra. Dos veces fué el ungido del Señor, dos veces fué consagrado por la religion.»

El gobierno inglés, y tambien en esto hubiera obrado arbitrariamente, considerando al Emperador como prisionero de guerra, hubiera podido adoptar con respeto á él los principios de los salvajes, que dan la muerte á sus prisioneros. Ese derecho, dicen los autores del *Memorial*, hubiese sido mas humano, mas conforme á la justicia, que el de llevarle á aquella espantosa roca, habiendo sido comparativamente un beneficio la muerte que se le hubiese podido dar á bordo del *Belerofonte*, en la rada de Plymouth. Hemos recorrido las comarcas mas infelices de Europa, y ninguna puede ser comparada con aquella árida roca, privada de todo lo que puede hacer soportable la vida, propia solo para renovar á cada instante las angustias de la muerte. «Que infame trato nos estaba reservado, decia Napoleon, despues de haber recapacitado todos los vilipendios que le hacian sufrir: á la injusticia, á la violencia, unen el ultraje y los suplicios prolongados! Si tan dañoso les era, á qué no deshacerse de mí? Algunas balas en la cabeza ó en el corazon hubieran bastado, y siquiera no estuviera ageno de energía ese crímen! A no ser por vosotros y por vuestras mujeres, sobre todo, no querria recibir aquí mas que la racion de un simple soldado. Cómo pueden los soberanos de Europa dejar profanar en mí el carácter sagrado de la soberanía? No ven que se suicidan en Santa Helena? Si al entrar vencedor en sus capitales hubiese abrigado yo sus sentimientos, que hubiera sido de ellos? Llamábanme todos su hermano, y lo habia llegado á ser por la eleccion de los pueblos, la sancion de la victoria, el carácter de la religion, y las alianzas de la política y de la sangre. Con qué creen que el buen criterio de los pueblos es insensible á su moral? Qué esperan pues? Como quiera, haced resonar vuestras quejas, señores; conózcalas é indígnese la Europa; las mias son inferiores á mi dignidad y á mi carácter: *yo mando ó me callo*. Muchos hay sin duda en una condicion física peor que la mia; mas eso no nos quita el derecho de juzgar de la nuestra y del infame trato que nos hacen sufrir. La mala conducta del gobierno inglés no se ha limitado á enviarnos aquí: hase estendido hasta la

eleccion de los individuos á quienes han confiado nuestras personas y necesidades. En cuanto á mí seria menor mi pena si estuviese seguro de que un dia lo divulgase alguno al universo, de modo que queden los culpables cubiertos de oprobio.»

A veces esforzábase el Emperador á suavizar con reflexiones menos amargas los sufrimientos y dolores de su posicion. «Nuestra situacion sobre esa roca, decia, puede tener atractivos; el destierro tiene sus ventajas. Somos los mártires de una causa inmortal, el mundo nos contempla, llórannos millones de hombres, suspira la patria y viste luto la gloria; luchamos aquí contra la opresion, y tenemos á favor nuestro los votos de las naciones. Si no pensara sino en mí, quizás tendria que alegrarme; las desgracias tienen tambien su heroismo y su gloria! Faltaba la adversidad á mi carrera. A haber muerto en el trono rodeado de la auréola de todo mi poderío, hubiera sido un problema para muchos; hoy dia, gracias á mi desgracia, podrán juzgarme patentemente.» Napoleon examinaba en seguida los diferentes cambios que podia ocasionar su salida de Santa Helena. «Si la Europa ha sido prudente, repetia al general Bertrand, si se ha restablecido el órden por todas partes, entonces no valdrémos ya ni el oro ni los cuidados que aquí costamos; se desembarazarán de nosotros. Pero esto puede prolongarse todavía algunos años, tres, cuatro ó cinco años. De otra manera, dejando á un lado los acontecimientos fortuitos que no es dado prever á la humana inteligencia, no veo mas que dos grandes alternativas para salir de aquí: la necesidad que de mí pudieran tener los reyes contra los pueblos desbordados, ó la que tuvieran los pueblos sublevados contra los reyes; porque en esa inmensa lucha del presente contra lo pasado, yo soy el árbitro y mediador natural; habiendo aspirado á ser de ella el supremo juez, y á ese grande objeto se encaminaba mi administracion en el interior, y en el esterior mi diplomacia. Así hubiera sido mas pronto y mas fácil el desenlace; pero el destino lo ha dispuesto de otra manera.»

La permanencia de Napoleon en Santa Helena no es en cierto modo mas que una prolongada agonía; trazar su historia, es trazar la de sus últimos momentos, es contar su muerte. El 26 de marzo de 1821, la enfermedad del Emperador tomó un carácter grave; en vista del cual, el doctor Antomarchi no se atrevió mas á fiarse solo de sus luces; mas el enfermo no queria de ningun modo médico inglés, y se hacia indispensable una consulta. «Una consulta! de qué serviria? esclamaba el glorioso Cautivo; vosotros jugais todos á la gallina ciega. Otro médico no veria mas claro que vos lo que pasa en mi cuerpo; y si pretendiese leer mejor en él seria un charlatan que me haria perder la poca confianza que todavía tengo en los hijos de Hipócrates. Por otra parte, á quién consultaria? á ingleses que recibirian las inspiraciones de Hudson? No quiero, lo he dicho ya; prefiero que se acabe la iniquidad, la deshonra equivale á todas mis angustias.» No obstante, consintió el Emperador en recibir al doctor Arnott, físico del vigésimo regimiento.

La enfermedad hacia rápidos progresos; y Napoleon no queria tomar ningun remedio: «Los cuidados me son inútiles, decia; lo que sucede está escrito, nuestra hora está marcada, y ninguno de nosotros puede tomar del tiempo la parte que la naturaleza le rehusa. Y por otra parte, cómo resignarse á tomar todos esos medicamentos? eso es superior á mis fuerzas; pues es cosa inaudita mi aversion á los remedios. Corria los peligros con indiferencia, veia la muerte sin emocion; mas no puedo, por mas esfuerzos que haga, acercar á mis labios un vaso con la mas ligera preparacion.» Dirigiéndose luego á la condesa Bertrand: «Cómo lo haceis para tomar todas esas píldoras, todas esas drogas que sin cesar os prescribe el doctor?—Las tomo sin pensar en ello, respondió ella, y aconsejo á vuestra Majestad que haga lo mismo.» Meneó la cabeza, y dirigió la misma pregunta al general Montholon y á sus camareros, quienes habian estado mas ó menos enfermos; y recibiendo de todos ellos la misma respuesta. Con qué soy aquí el único rebelde á la medicina? esclamó, no quiero serlo!»

Durante ese tiempo un oficial de ordenanza inglés, encargado de justificar la presencia de Napoleon, estaba obligado á dar cada dia parte al Gobernador, manifestando haberle visto; mas como desde el 17 de marzo guardase cama el Emperador, no habia podido el oficial llenar esa parte de su mision. Creyó Hudson que le hacian traicion: fuese á Longwood con su séquito, dió la vuelta á la habitacion, y no descubriendo nada, enfurecióse y amenazó al oficial con las mas severas penas si no se aseguraba de la presencia del *general Bonaparte*. Quedaba el oficial en el mayor embarazo; dirigióse al general Montholon y á M. Marchand, quienes, movidos de su posicion, le proporcionaron los medios de salir del apuro y de calmar los furores de Hudson Lowe. Era preciso evitar el que descubriese Napoleon al agente del Gobernador, y hasta hacer de forma, que ni tan siquiera sospechase su presencia: cosa bastante difícil, mas que no obstante consiguieron. El aposento donde dormia Napoleon se encontraba al nivel del suelo, y eran bastante bajas las ventanas para que permitieran ver cuanto en él pasaba; mientras permanecieron el general Montholon y el doctor Antomarchi al lado del enfermo, el camarero entreabrió ligeramente las cortinas, cual si hubiese querido mirar al jardin; con lo cual pudo verle y dar su parte el oficial apostado fuera de la ventana. Mas no quedó satisfecho el Gobernador; no soñando mas que fuga, evasion, no pasaba dia sin que se imaginara sorprender la huella de su prisionero. En fin, el 31 de marzo declaró, que si por todo aquel dia, ó el siguiente á mas tardar, no tenia su agente la facultad de ver al *general Bonaparte*, iria él con su estado mayor y forzaria la entrada, sin cuidarse de las desagradables consecuencias que pudiese ocasionar su irrupcion. Procuró el general Montholon retraerlo de su intento; representándole los miramientos debidos al infortunio, la turbacion, el desórden, que causaria al Emperador su inesperada aparicion; mas Hudson nada quiso oir; se le daba muy poco que viviera ó dejase de vivir Napoleon; su deber era asegurarse de su persona, y queria cumplirlo. Buscaron otro medio de conjurar la tempestad, los generales Bertrand y Montholon: hicieron presente á Napoleon que su estado exigia cuidado, miramiento, una práctica ilustrada, en una palabra, que debia llamar junto á sí otro médico. Quedó definitivamente elegido el doctor inglés Arnott, á quien hizo el Gobernador responsable de la presencia del Emperador, obligándole á dar cada dia al oficial de ordenanza un

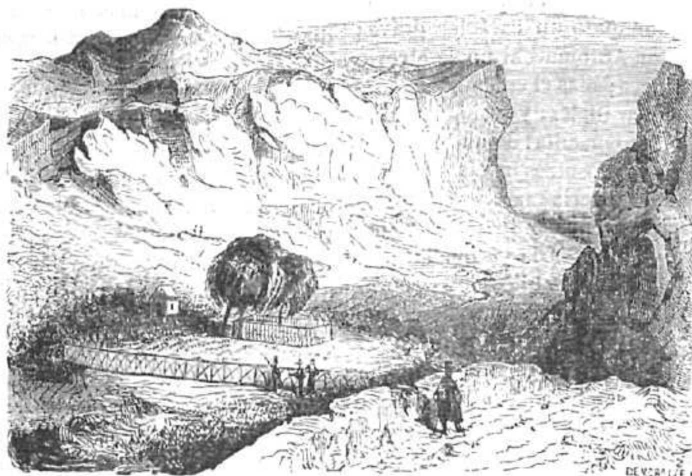
parte, que debia este trasmitir á Hudson Lowe.

El 5 de mayo, algunas horas antes de la muerte de Napoleon, tuvo lugar la mas desgarradora escena de las que acompañaron su larga agonía. La condesa Bertrand, que á pesar de sus dolencias, no habia querido abandonar ni un instante el lecho del augusto enfermo, hizo llamar primero á su hija Hortensia, y despues á sus tres hijos, para hacerles ver por última vez al que habia sido su bienhechor. Nada bastara á pintar la emocion de aquellos niños en vista de aquel espectáculo de muerte. Habia cerca de cincuenta dias que no se les habia permitido ver á Napoleon, y sus ojos llenos de lágrimas buscaban con espanto en su rostro pálido y desfigurado la espresion de bondad y de grandeza que solian encontrar en él: arrastrados por un mismo movimiento, arrójanse al lecho, cogen las dos manos del Emperador y las inundan de lágrimas. Sin duda habrá quedado en sus corazones el recuerdo de esta escena, acordaránse siempre de haber contemplado el cuerpo de Napoleon en el momento en que iba á abandonarlo su alma; uno era el gemido de todos los circunstantes, una la inquietud, uno el presentimiento del instante fatal que por momentos se acercaba. A las seis menos once minutos exhaló el Emperador el postrer aliento.

Encontróse entre los papeles de Napoleon un codicilo, cuyo primer artículo estaba concebido en estos términos: «Deseo que mis cenizas descansen á orillas del Sena, en medio de aquel pueblo francés que he amado tanto.» Los ejecutores testamentarios dieron noticia de esa pieza al Gobernador, quien puso el grito en el cielo por tal pretension, y declaró que era inadmisible. Probóse desarmar su cólera; probáronse representaciones, súplicas, todo fué inútil; el cuerpo de Napoleon debia quedar en Santa Helena sin mas recurso. Los ejecutores testamentarios invocaban la humanidad, el respeto debido á los muertos; pero desvanecióse el derecho delante la fuerza; y no quedó mas recurso que el de los débiles, protestar y obedecer. Hízose así; escogióse un lugar, del cual el Emperador hablaba siempre con satisfaccion, á pesar de no haberlo visto mas que una vez, aquel del cual brotaba una agua bienhechora, que suavizara frecuentemente los males que padecia. Consintió Hudson, tenia la órden de retener los despojos de Bonaparte, y le era indiferente que estuviesen en este ó el otro lugar de la Isla; montando al punto á caballo, acudió al frente de su estado mayor para asegurarse el mismo que el Emperador habia exhalado el postrer suspiro. Quedó espuesto Napoleon en su reducido aposento de dormir, convertido en capelardente.

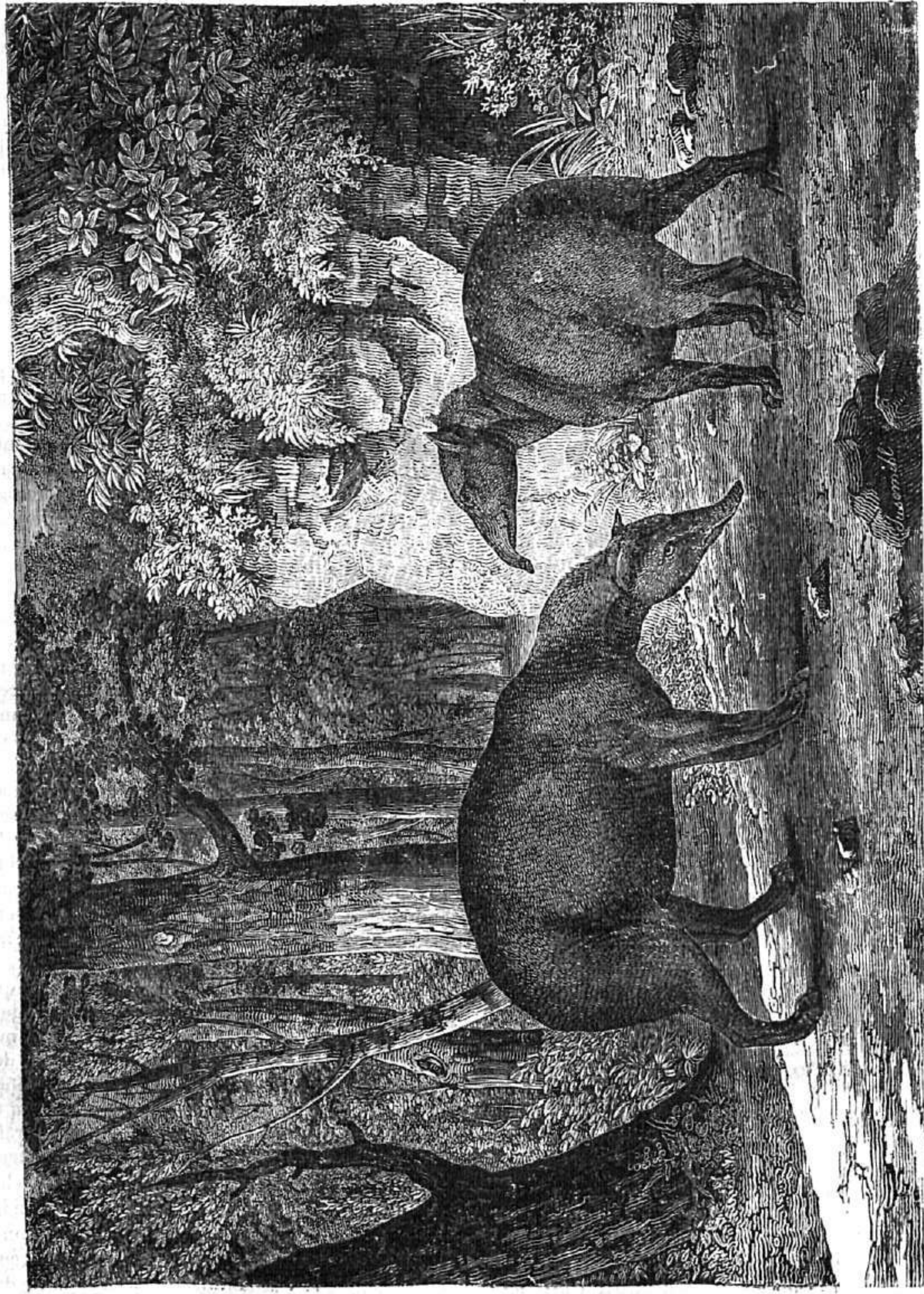
Verificáronse los funerales el 8 de mayo. Llegó el gobernador, siguió el contra-almirante, y presto todas las autoridades civiles y militares se encontraron reunidas en Longwood. El dia era magnífico, cubria el pueblo las avenidas, y la música coronaba las alturas; jamás presenciaron aquellos lugares, tan triste, tan solemne espectáculo. A las doce y media colocárase sobre un carro el féretro, cubierto con un paño de terciopelo color de violeta, y con la capa que llevaba Napoleon en Marengo. El cortejo fúnebre se puso en marcha segun el programa estendido por Hudson Lowe. Así que hubo llegado al lugar de la sepultura, precipitóse la muchedumbre á los sauces, hechos ya un objeto de veneracion por la presencia del Emperador; todos querian tener ramas ú hojas de aquellos árboles que debian sombrear la tumba del grande Hombre; así es que en un instante quedaron deshojados á la altura de la mano. Estaba Hudson pálido de cólera, y vengóse prohibiendo el acercarse á la tumba, que mandó rodear con una barricada, colocando junto á ella dos soldados de faccion.

La tumba de Napoleon dista cuasi una legua de Longwood; tiene una forma cuadrangular, mas ancha en la parte de la cabeza que en la de los pies, y es de unos doce pies de profundidad; está el féretro colocado en dos fuertes cajas de madera, y aislado en toda su circunferencia. Allí ha permanecido el poderoso Capitan, hasta que un poder reparador ha conducido sus despojos á Francia, al seno de aquel país que le debe tantos laureles, tantos triunfos, y tanta gloria.



Tumba de Napoleon en Santa Helena.

EL TAPIR.



EL TAPIR O ANTA.

(*Tapir americanus*, Lin.)

De vuelta del jardin Botánico, á donde fuí á ver el tapir recien llegado, iba discurriendo conmigo mismo como urdir un artículo acerca de tan raro animal, cuando ocurrióseme que algo de este asunto habia visto en cierta parte de mi correspondencia, que, entre paréntesis, es un verdadero cajon de sastre; y llegándome en cuatro saltos á casa, y registrando papeles, he aquí lo que encontré:

«Le escribo á V. todavía á orillas del Parana, que es uno de los mas bellos rios del Brasil. Habrá cosa de tres dias que fumé en el calumet de un hombre rojo, dormí en su cama de estera, y cazé en su compañía. Este descendiente de los antiguos indígenas, no conserva de sus antepasados mas que la piel roja, y su amor á la libertad, á la poltronería y á la caza; pero en lo demas es un buen hombre, que prefiere su choza en el bosque á los palacios de nuestras ciudades; de suerte que la primera vez que fué á Rio Janeiro, solo le sorprendió y entusiasmó la parada de un carnicero, y el mostrador de una taberna. Maipouri-Eté, que este es el nombre de mi nuevo amigo, es un famoso cazador, y puede decirse cazador esclusivamente de tapires ó antas.

Pero permítame V. le diga de paso que hay pocos animales, cuyo nombre esté tan estropeado y diversificado como el de que se trata; y aun hoy en dia se le conoce en el país con los de *tapir*, *tapihire-eté*, *tapiroussou*, *maipouri*, *manipouri*, que le dan los salvajes de varios distritos; y con los de *vagra*, *danta*, *anta*, etc., con que le nombran portugueses y españoles.

Parece que en otro tiempo, al menos así lo dice Maipouri-Eté, abundaba mucho mas que ahora. «Cuando yo era muchacho, decíame el Indio, fuí varias veces á caza de noche con mi padre y mis tios, y entre cinco ó seis que éramos, raras veces dejábamos de coger una media docena en una sola noche. Al cerrar esta, partíamos de nuestras cabañas para los bosques donde sabíamos se retiraban estos animales en bastante número. Como al volver á su guarida pasan siempre por el mismo lugar, á través de los matorrales y yerbas altas, trazan senderos que fácilmente se reconocen. Nos emboscábamos por donde habian de pasar, con una tea en una mano y una lanza en la otra, esperando inmóviles y con el mas profundo silencio; y cuando oíamos el ruido de su marcha, encendíamos las teas, aunque tapando la luz con estremada precaucion.

«Por nó desviarse del sendero trazado, andan estos animales á dos ó tres de frente. Nosotros dejábamos que se acercasen con confianza, y luego salíamos de repente de detrás de las rocas que nos ocultaban, lanzando grandes gritos, y nos precipitábamos á ellos presentándoles el vivo resplandor de nuestras antorchas. Espantados los tapires, arremolinábanse, empujábanse, y se derribaban unos á otros; y así, antes que se recobrasen de su susto y confusion, y echasen á huir, ya nosotros habíamos muerto algunos con nuestras lanzas. Pero hoy, continuó Maipouri-Eté, esta caza es muy diferente y bien poco provechosa: pues de tal manera se ha desparramado á fusilazos á estos tímidos animales, que ya no se atreven á vivir á manadas; y bien raro es que se halle una familia entera reunida. Así es, que me veo precisado á recorrer los pantanos para sorprenderlos y matarlos á flechazos, y á cavar en sus senderos hoyas que cubro con ramas, y en que se dejan ellos caer sin precaucion ninguna; pero como estos medios son fatigosos y limitados, mi caza apenas me da para alimentarme.»

Maipouri-Eté, ó sea *gran tapir*, pues esto significa su nombre, que probablemente se le habrá dado á causa de su profesion; Maipouri-Eté lanzó aquí un hondo suspiro, y cesó de hablar. Mas como conozco el mejor medio para devolver la alegría á un indio, fuí yo á buscar en mi portamanteo, una botella de aguardiente, y se lo dí. Serenóse entonces perfectamente su rostro, y aun se me anticipó en la demanda que iba á hacerle, proponiéndome una partida de caza.

Emprendímosla, y por el camino fuéme contando cuanto sabia de las costumbres del tapir. «Este animal, decíame, aunque á veces escede en altura á un asno regular, es mas corpulento, mas cortas sus piernas, arqueado su cuerpo como el de un cerdo, grueso y carnudo su cuello, cuya nuca figura una cresta: está casi desnudo, y el poco pelo que lo cubre, es lo mismo que su piel, pardo-oscuro; sus pies delanteros tienen cuatro dedos, y tres sus patas traseras; su cabeza es gruesa y larga; y lo que le da mas rara figura, es que sus narices forman una pequeña trompa carnosa, móvil, de que se sirve con muchísima destreza para arrancar del limo las raíces de las plantas acuáticas, de que de ordinario se alimenta.

«Es un animal triste, estremadamente tímido, que solo de noche se atreve á salir de su retiro para ir á echarse en los lagos, pantanos y rios, en cuya márgen habita. Jamás come carne, sino plantas y raíces, y nunca usa contra los animales ni contra los hombres sus dientes, que por cierto las tiene numerosas y cortantes. Su dulzura, ó si se quiere su cobardía, hace que evite todo combate, y que cuando se le ataque, no sepa sino morir ó huir; con todo, cuando se halla en el agua, parece que su destreza en nadar le da ciertos asomos de valor; como que se han visto tapires, que antes de sucumbir, han embestido las canoas de donde se les tiraba; bien que solo reducidos á los últimos apuros, la desesperacion del miedo les impele á tal defensa.»

Segun me fué contando mi Indio, inferí yo que el tapir tiene cierta analogía con nuestro jabalí de Europa, no solo en las formas generales, sino tambien en sus hábitos. Lo mismo que el jabalí, gusta de revolcarse en el cieno de los pantanos, pero antes de volver á su guarida, limpíase cuidadosamente en agua clara. Lo mismo que el jabalí, aliméntase de raíces, frutas y granos, pero nunca de carne; y á semejanza de aquel, jamás se desvia de su camino cuando huye, y derriba brutalmente cuanto halla á su paso, así hombres como animales, pero nunca los hiere con sus dientes. Si se le caza cuando jóven, se le cria con la mayor facilidad, y se familiariza hasta el punto de ser importuno.

Llegamos por fin á unos espesos matorrales que hay en una pequeña colina que domina la desierta ribera del Parana, y dista de este como unos doscien-

tos pasos. Hízome el Indio dar la vuelta al pequeño bosque, donde dejó un perro que hasta entonces trajera atado, y fuímos á apostarnos á la orilla del agua, entre unas cañas. Habia leido yo, no sé donde, que son mudos los perros de América; y en efecto, son menos chillones que los de Europa; pero cuando cazan, gritan lo mismo que estos, de lo que me convencí aquel dia; pues á poco sacó el perro de su guarida á un tapir, que vino directamente hácia nosotros á echarse al agua, cosa que hacen siempre que se les persigue. A cincuenta pasos lo mas, le disparé dos tiros, pero sea que las balas no pudieron penetrar en su piel, que es muy dura y recia; sea que no apunté bien, el caso es que solo logré que el animal metiese su cabeza entre las piernas delanteras para emprender el galope, grotesca actitud que toma el tapir siempre que corre con todas sus fuerzas. Aunque mas diestro, no fué el Indio mas afortunado que yo; y el tapir se tiró al agua, llevando una flecha en su costado.

Corrí á donde se habia sumergido, y tuve tiempo de cargar mi escopeta antes que volviese á asomar en la superficie. A estar yo solo, creyéralo anegado, porque no miraba mas que á cierta distancia; pero el Indio me mostró su cabeza fuera del agua á mas de trescientos pasos de donde lo ví zambullirse; esto es, á doscientos pasos mas lejos de lo que yo esperaba; y volviendo á sumergirse, no lo vimos mas. Así terminó una cacería que duró cinco minutos, y para la cual anduve mas de cincuenta leguas. Mas no me doy por vencido, y cuando vuelva á Francia, espero traerle á V. un magnífico tapir, aunque henchido de paja. Y sobre todo, hará grande efecto en una coleccion su hijo, que está salpicado de blanco como un cervatillo; y digo su hijo, porque la hembra en cada parto jamás da mas que uno, del cual no se separa hasta que se emancipa; esto es, hasta que ya es bastante fuerte para proveer por sí mismo á sus necesidades.

FILOSOFIA.

CUALES SON LAS VERDADERAS FUENTES DE LA MORAL Y DE LA FELICIDAD (*).

Si dicha parte de la poblacion no pudiese economizar por la escesiva escasez de su salario, se comprenderia fácilmente una imprevision tan loca, un vicio tan ciego; mas habiendo en cada familia casi siempre dos operarios, cada uno de los cuales gana la suma semanal de 10 *chelines* y 5 *peneces;* estando ocupados de un modo útil los muchachos desde la edad de nueve años, y reuniendo de esta suerte cada familia la cantidad de 6 *lib. est.* (150 fr.) cada mes, podria vivir honestamente y con comodidad, si no lo sacrificase todo á sus apetitos los mas groseros, á sus costumbres las mas degradantes. Entrad en las guaridas que habitan, y no encontraréis en ellas ni ropa, ni lumbre, ni muebles, ni tapices, nada de lo que concurre al bienestar del hombre. De esta situacion social nacen la dureza de corazon, la insensibilidad para los sufrimientos agenos, y el defecto total de delicadeza, y hasta de decencia en las relaciones. Se ha consultado á los fabricantes, á los artesanos, á los dueños de tabernas; se han publicado muchos volúmenes de informes acerca de esto, y nadie ha puesto en duda la horrible depravacion de estos hombres. Esto nace de que todo esceso es fatal: la culpa de la civilizacion actual no está en tener manufacturas, sino en dejarse absorber por ellas.

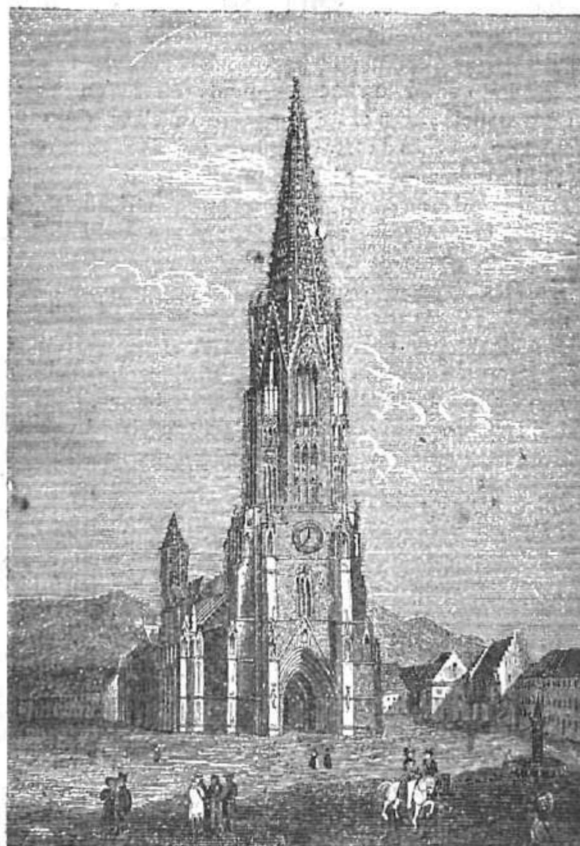
Si el operario se viese atacado y acusado por los que le rodean, tendria derecho á responder como esa pobre mujer de Walter-Scott: «Fácil os es hablar á vos que encontrais siempre una agradable lumbre en vuestro hogar, que teneis vestidos enjutos y una familia que os sonrie; mas en cuanto á mí, la gota de licor me sirve á la vez de vestido y de pan, de lumbre y de familia.» «Vosotros no estais sujetos, diria el operario, á un trabajo tan cansado tan molesto como nosotros, á quienes nos queda solo energía para sentir las emociones violentas. Nuestra inteligencia se entorpece, nuestro cuerpo se debilita, las bebidas espirituosas nos ofrecen un auxilio, engañoso sin duda, pero que nos parece precioso contra esa postracion general. Cuando somos escitados, cuando sentimos renacer en nosotros una fuerza facticia, nos creemos ya felices. Gastamos el dinero ganado por un trabajo escesivo para obtener una escitacion exagerada y artificial: en seguida nos encontramos cara á cara con la indigencia, que nos obliga á trabajar de nuevo; y nos hallamos condenados á no poder salir nunca de ese círculo vicioso. ¿Quién tiene la culpa de todo eso, sino esta sociedad mal organizada, estos filósofos mentirosos que nos predican como única virtud la industria y el trabajo? ¿No eran mucho mas verdaderas las doctrinas antiguas cuando nos enseñaban á moderar nuestra vida, cuando nos decian que la dicha y la virtud consistian en el equilibrio de las pasiones, de los trabajos y de los placeres? Cuando la vida ascética, fundada en la santidad de la privaciones, llevaba al estremo esta teoría, y no venia á parar sino en el fanatismo, en la supersticion en el embrutecimiento, era culpable del mismo crímen que comete hoy la industria que divinizais. Estiraba, hasta llegar á romperlo, uno de los resortes de la sociedad humana. Los Romanos por el abuso de la vida guerrera; los monges por el de las teorías de abnegacion; los modernos por el de la actividad industrial, han pecado contra la gran ley que preside al desarrollo de la organizacion social: la ley del equilibrio.»

Nada habria que replicar á semejante respuesta; mas hoy dia seria de desear para instruccion de los pueblos y de los que los gobiernan, que la ciencia no se limitase á indagaciones áridas ó ideales; sino que averiguase cuales son las poblaciones que gozan de mayor suma de bienestar, y á que ocupaciones se entregan. Se veria con esto cuales son las verdaderas fuentes de la moralidad y de la dicha. Se conoceria que no se trata solamente de derramar conocimientos, sino que es tambien necesario dar los medios de usar de ellos. La plebe de París, que no carece ni de talento ni de destreza; la de Lóndres, que se hace conocer por su energía; la de las ciudades manufactureras, que vive encadenada á un trabajo perpetuo y terrible, forman masas de hombres muy corrompidas y desgraciadas. ¿No seria muy útil el saber por qué medios evitan esos mismos peligros la de Viena y Edimburgo? Esta obra admirable es precisamente la única en que no han atinado los estadistas.

(*) Véase la página 93.

Está completamente probada la inmoralidad profunda é incurable del pueblo en las ciudades manufactureras. Su pobreza no nace ni de la falta de conocimientos, ni de trabajo, sino de una habitud de costumbres generales, de una sensualidad sin contrapeso, de una imprevision profunda. La educacion propiamente dicha es insuficiente para curar esos males, para contrabalancear esos vicios. Levantad escuelas, derramad la instruccion por el pueblo, dadle periódicos y folletos con profusion; el pueblo no será por esto ni mas feliz, ni mejor, ni mas rico, si el equilibrio de su vida no le ofrece horas de reposo, dulces esperanzas, placeres domésticos, recompensas para sus virtudes y un porvenir para su vejez. Bien podria el pueblo de las grandes ciudades, tal como existe al presente en muchos paises, amontonar tesoros: no haria mas con esto que devorar mas rápidamente goces fatales, que le precipitarian, á pesar de su riqueza aparente, en la miseria y el dolor.

Está todavía para formarse la filosofía de las clases pobres. El cristianismo habia adelantado mas en esto de lo que han hecho nuestros filósofos modernos. Su teoría de la resignacion enseñaba al menos á los infelices á conformarse y á los felices á compadecerse. Al presente, instruir sin mejorar, es quemar sin iluminar. Aumentar el número de nociones populares, sin dirigir su empleo, es embriagar á una multitud salvaje, pronta á pegar fuego al edificio y á perecer bajo sus ruinas. Poco importa que la barbarie venga de la ignorancia ó del error, de una brutalidad feroz ó de un embrutecimiento civilizado: el gran problema está en mezclar la civilizacion moral á la civilizacion de las luces, y la solucion de este problema no está indicada siquiera por nuestros filósofos.



Catedral de Fribourgo en Brisgau.

CATEDRAL DE FRIBURGO EN BRISGAU.

Friburgo, capital de Brisgau, y una de las mas importantes ciudades del gran ducado de Bade, está situada junto á la Selva Negra, y así no es estraño que sus alrededores sean los mas pintorescos, los mas fértiles é industriosos del mediodía de Alemania. A su frente estiéndese una vasta y bellísima llanura, de cuyo seno álzanse por todas partes elegantes ciudades, y poblaciones donde compiten las comodidades y la felicidad mas tranquila: delicioso jardin, que orla el Rhin por un lado, y protege por otro el monte Kayserstuhl, que por su orígen volcánico tanto llama la atencion del geólogo. Al estremo del horizonte, mucho mas allá del rio, asoma sus cimas la cordillera de los Vosges, detrás de la ciudad levanta su mole el Schlossberg, cuyas vertientes vense hoy cubiertas de viñedos; y en medio de tan rica perspectiva, aparecen á trechos sombríos restos de los tiempos pasados, tristes testimonios

que se dijera quedaron allí para inspirar incesantemente lúgubres y dolorosos recuerdos á los hijos del valle y de la montaña. Cerca del Schlossberg, aunque mas atrás, hay el alto y bello Johannisberg, y luego el Rosskopf, mas alto todavía; enfrente preséntanse con majestad el Schinberg y el Schaninsland, y al fondo el Feldberg, que bien pudiera llamarse el gigante de la Selva Negra. Por entre estas montañas serpentea el Dreisam, que despues de bañar los muros de Friburgo, va á regar el valle de Kirchgarten.

Pocas ciudades ofrecen mas pintoresco aspecto que Friburgo, que aparece risueña y majestuosa con su bella iglesia de S. Luís, sus cuarteles, su seminario, su universidad, y mayormente con el famoso campanario de su catedral, que se lanza con orgullo á los aires en medio de todos estos edificios. Así lo que primero cuida el viajero que llega á aquella ciudad es visitar la catedral, que es sin disputa la mas hermosa de la Alemania, y pasaria por la obra maestra de la arquitectura gótica, á no existir la de Estrasburgo. Su antigüedad corre parejas con la de la poblacion; empezada en tiempo de Conrado, duque de Zæhringen, que reinó desde 1122 á 1152, acabóse en el de Conrado I, conde de Friburgo, que falleció en 1272, durando por consiguiente la construccion siglo y medio. Por lo que á su costa respecta, mas que los duques de Zæhringen y que los condes de Friburgo cargaron con los gastos los ciudadanos, no faltando entre ellos quienes empeñasen á este fin sus casas. Así con razon, al hablar de ella, dicen los Friburgenses, recalcando en estas palabras: *Nuestra catedral.*

Aun no perfeccionado, en 1146 fué el edificio teatro de aquellas escenas religiosas, que, si bien han desaparecido para siempre, nos impresionan y conmueven al leerlas con su indisputable poesía; y fué que S. Bernardo hizo oir allí su irresistible acento, y bendijo á los que, arrastrados por la vehemencia de su divina palabra, iban á aumentar el número de los libertadores del Santo Sepulcro.

Acabóse el campanario hácia mediados del siglo XIII, esto es, antes que se principiara la catedral de Estrasburgo; y elévase á trescientos cincuenta y seis pies de altura.

Forma este edificio una cruz, que mira á oriente; la parte mas antigua es de estilo bizantino, y gótico el cuerpo de la iglesia, reunion no desnuda de interés para el que estudia el arte. Tiene la nave noventa y cuatro pies de altura, veinte y siete de ancho, y setenta y cinco de longitud, al paso que las paredes ofrecen un espesor de seis pies.

La torre es cuadrada en su parte inferior, sirviéndole de apoyo unos pilares, ó mejor estribos, de ocho pies de diámetro, y trece de altura, entre los cuales está la portada que pasa por una obra maestra, entre las dos hojas hay una magnífica estatua de la Vírgen, y adórnanla además numerosas esculturas que representan la vida de nuestro Señor; sobre sus caras laterales figúranse la ascension de Jesucristo y la coronacion de la Vírgen, patrona de la catedral. Sobre esta portada una galería, que podria creerse obra de encaje, da la vuelta á la torre, que allí toma la forma de un dodecágono, transformándose luego en una pirámide octógona, que remata en punta, todo ejecutado con admirable perfeccion y delicadeza.

Prodigiosa es la elevacion del coro, que está cerrado por cinco lados, y cuya bóveda es la admiracion de los inteligentes. Entre los seis altares distínguese el mayor, que adornan escelentes cuadros de Juan Baldung, llamado en Suevia Grien de Gmund. Representan la asuncion de la Vírgen, la crucifixion, y los doce apóstoles, y pertenecen todos á principios del siglo XVI. En la capilla de la universidad hay dos cuadros muy bellos de Juan Holbein.

AGRICULTURA (*).

PROGRESOS DE LA RIQUEZA AGRÍCOLA EN INGLATERRA.

Esta industria en las otras naciones solo decae, porque la industria agrícola va igualmente en decadencia; en Francia, por ejemplo, el país se halla dividido en pequeñas haciendas entre un gran número de labradores, que no solo trabajan personalmente en la tierra, sino que fabrican tambien una parte de los artículos que los labradores ingleses sacan esclusivamente de las fábricas; la mayor parte de los labradores franceses hacen por sí mismos sus instrumentos aratorios, pues el sistema que regia entre nosotros al principio ó á la mitad del siglo pasado todavía está en vigor entre nuestros vecinos; los cultivos alternos solo se conocen en algunas provincias, y el triste barbecho se estiende como una lepra sobre una gran parte del territorio; siguiéndose de aquí que la tasa de la renta es corta, y que una porcion harto considerable de los productos de la tierra se consume en el recinto de la hacienda. Para esplotar en Francia una porcion dada de terreno, se ha menester doble número de gente y animales que en Inglaterra, y á pesar de este empleo escesivo de trabajo humano y animal secundado por todas las ventajas del terreno y del clima, sabido es que por término medio un acre francés produce un cuarto de menos que en la Gran Bretaña á causa de la inferioridad de los métodos agrícolas. Se ha calculado que entre nosotros cuatro millones de labradores producen alimentos para sí, para seis millones de individuos que trabajan en las fábricas, y para dos de ociosos ó de personas empleadas en las profesiones científicas. En Francia, al contrario, sobre una poblacion de mas de treinta millones, á lo menos hay veinte que se ocupan en los trabajos de la agricultura; ó por decirlo mejor, dos labradores se ocupan en producir alimentos para sí y para un trabajador industrioso; mientras que en Inglaterra un solo labrador produce suficientes alimentos para sí y para dos artesanos. Así pues, cuando se puede añadir útilmente un trabajador á los que ya se ocupaban en los trabajos agrícolas, este procurará los medios de mantener otros dos en la industria con ventajas recíprocas.

La prosperidad de nuestro comercio interior y esterior no depende menos de la prosperidad de nuestra agricultura que de la de nuestra industria. Los diferentes artículos importados á este país de los diversos ángulos del mundo, lo son en gran parte para ser cambiados con los frutos de nuestro propio suelo. Cuando el droguero del pueblo vende una libra de pimienta ó de té, al fin y al cabo no es mas que un trueque de un producto de Surinam ó de la China

(*) Continuacion. Véase las páginas 29, 38, 45 y 78.

con una cantidad equivalente de vaca ó de granos ingleses.

Destruid este sobrante de géneros alimenticios, haced que el labrador no produzca mas que lo que le es necesario para su propio consumo, y este trueque no podrá verificarse.

Como en este país el comercio y las fábricas ocupan un número mucho mayor de individuos que el cultivo de la tierra, generalmente se cree que las clases industriosas y comerciales son mas importantes y mas útiles al estado que la clase agrícola. Nada mas falso, menos filosófico, ni mas arriesgado que esta manera de ver las cosas. Si el comercio y las fábricas se consideran, no bajo la referencia del número de brazos que ocupan, sino bajo la de los capitales que se emplean y de las ganancias que de ellos se sacan, es muy fácil convencerse que no tienen derecho á la superioridad que se les atribuye. Hay que acordarse siempre de que el fabricante no crea la riqueza, ni hace mas que modificar y aumentar la que producen los trabajos de la agricultura; y mientras el industrial prepara el lienzo que mas tarde debe servir para un vestido, ó construye la casa que despues será habitada, le es preciso alimentarse de los productos que el labrador hizo nacer. Las casas, manufacturas, naves y toda especie de máquinas presentan en parte los alimentos que se han consumido durante su construccion. Es inconcebible que unas verdades tan sencillas hayan podido ser desconocidas por algunos economistas, y aun por hombres de estado prácticos.

La importancia relativa de la agricultura se conoce principalmente cuando se examinan los diferentes canales por los cuales se distribuyen sus productos. La primera porcion del producto en bruto de la tierra se emplea para las siembras y el alimento de los individuos que componen la clase agrícola, los labradores los trabajadores á quienes pagan, colectores de diezmos, etc. Otra porcion sirve para mantener á los propietarios, los empleados militares y civiles y los criados que estan á su servicio. Es imposible estimar exactamente la cantidad de alimentos que consumen las diferentes clases que acabamos de nombrar, y de los que sirven para el sustento de los trabajadores empleados en la fabricacion de los artículos de necesidad ó de lujo, que estas clases compran; pero nosotros creemos que esta última cantidad puede ser, aproximadamente, estimada en la mitad. A fin de proceder con mas claridad supondrémos que las transacciones comerciales del país se hacen por permuta y sin la intervencion del dinero; esto nada influirá en el resultado, que seria enteramente el mismo si el dinero interviniese como medida de los valores. Sin aspirar á un grado de exactitud que no puede lograrse, y que á mas seria inútil, supondrémos tambien que la Inglaterra, Escocia é Irlanda contienen cincuenta millones de acres en estado de cultivo; que cada acre produce por término medio dos medidas de trigo ó cualquier otro alimento de un valor igual; que cinco millones de individuos ó un hombre por diez acres, 1,500.000 caballos ó tres caballos por cien acres, se emplean en los trabajos de la agricultura: tenemos motivos para creer que estos datos no discrepan mucho de la verdad. Sentado esto, la cantidad de medidas invertida en las siembras ó consumida por los hombres y ganados se distribuirá del modo siguiente:

	Medidas.
5,000.000 de hombres, á tres medidas por hombre, que consumen	15,000.000
1,500.000 caballos á 4 medidas por caballo.	6,000.000
Semillas de diversas especies equivalentes á	7,000.000
	28,000.000
2,000.000 de personas que componen las clases que no estan directamente empleadas en los trabajos de la agricultura ó en los de las fábricas consumen á 6 medidas por hombre.	12,000.000
	40,000.000

La suma de todo lo que se consume en semillas así como lo que consumen los hombres y caballos ocupados en el cultivo de la tierra, y las clases improductivas tales como la gente del foro, eclesiásticos, médicos, propietarios de tierras, capitalistas, empleados públicos, etc., asciende á casi las cuatro décimas partes de todo el producto de la tierra, absorbiendo lo restante la clase industriosa ó mercantil. Estimando en 60 chelines la medida de trigo ó los demas alimentos de un valor correspondiente, los 60,000.000 de medidas que componen el escedente de los consumos de las otras clases fuera del comercio y de las manufacturas, presentarán la suma de 180,000.000 (4.500,000.000 fr.); y cuando se calcula que esta enorme suma pasa cada año por cuatro cinco, seis manos, y algunas veces por mas, entonces puede formarse una idea de la inmensa estension del comercio de los cereales, y en general del de los productos de nuestro suelo.

Si examinamos ahora la suma de los capitales empleados en el cultivo de la tierra, se presentará nuestra riqueza agrícola bajo un aspecto todavía mas imponente. Estimando el valor de la tierra, por término medio, en 30 lib. por acre, y el capital del arrendatario empleado en su esplotacion en 10 lib. tambien por acre, y apreciando, como lo hemos hecho ya en 50,000.000 el número de acres en cultivo, verémos que los capitales esplotados por la agricultura en los tres reinos, tanto los de los propietarios como los de los arrendadores, suben á la monstruosa cantidad de 2.000,000,000. (50.000,000,000 fr.)

(*Se continuará.*)

OBSERVACIONES DE SAINT-PROSPER.

Hicieos una espantosa desgracia, pero habeis sido justo con vuestros inferiores, noble y grande con vuestros iguales; y habeis socorrido y consolado á los que de consuelo y socorro necesitaron. Vuestra inclinacion os ha impelido á la senda del bien; entonces los recuerdos de vuestra vida pasada se apoderan de vuestra memoria y la llenan á pesar vuestro. Al esperimentar la ingratitud de este, os acordais de

que hace poco salvasteis sus dias. Otro os calumnia, pero vosotros le defendisteis contra el clamor público; aquel os ultraja, mas en otro tiempo, por serle útiles, olvidasteis vuestra elevacion, y os bajasteis hasta él. Todo cambia á vuestro alrededor, todo se os hace hostil, y sin embargo permaneceis tranquilos. El desprecio de los hombres os persigue, mas no os abate; para los otros fructificaba en otro tiempo vuestra dicha, que solo para distribuirla recibiais. Desde entonces estabais dando arras á la adversidad; y cuando ella ha venido os ha encontrado en guardia. Los juicios mundanos cambian y varian; la estimacion que os habia abandonado, la justicia que os negara su amparo, os vuelven á abrir sus brazos; de nuevo entrais en la sociedad condecorado con vuestra misma desgracia. Ese era el último género de superioridad que os esperaba, habeis tomado asiento entre los escogidos.

Todos debemos recibir con valor y agradecimiento las desgracias que Dios nos envia. Es una deuda de honor que se debe pagar sin mirar la suma y además la desgracia se hace suyos hasta á los testigos. Nosotros no somos mas que habitantes de un mismo país, no hablamos mas que un mismo lenguaje; somos mas que ciudadanos y hermanos, somos cristianos. Ensimismarse es amontonar dias; pero vivir es llegar á ser criatura social; es aceptar su destino; es llenar sus deberes. Enemigos encarnizados persiguen al inocente, arrojémonos en la refiriega; poseemos el don de hablar y de escribir, apelemos al universo. El pobre que á nosotros se acerca no puede alimentar á todos sus hijos: entremos en su cabaña, y tomémosle el que le sobra; aquel es el nuestro. Tal en fin es desgraciado por su culpa, huya del arrepentimiento, y es fuerza que se le guie á él; para mas asegurarlo, haceos seductor. Sostener al que vacila, obra vulgar es; pero pedir su parte en la agena adversidad, reclamarla imperiosamente cautivar en fin el infortunio para purificarlo, es aventajarse al deber; es recoger sus delicias.

PROTEO ANGUILIFORME.

En el cuaderno intitulado el *Hombre fósil*, se dice que la naturaleza no reconoce ni especies, ni géneros, ni familias, ni órdenes, ni clases, en razon á que no procede en la creacion de la misma forma que los naturalistas al establecer un método. Creo, y lo repito, que ha procedido pasando del simple al compuesto, toda vez que ha echado sobre la tierra á alguno de los numerosos seres que hoy dia la pueblan, ó la poblaran en otro tiempo. Hiérele á uno esa idea cuando estudia la zoología fósil, al ver con que insensible gradacion pasa de lo que se llama una clase á otra por medio de seres intermedios, tales como los plesiosauros, megalichthys y sivathériones. Como no se encuentra ya ninguno de esos estraños animales, ó á lo menos muy pocos, créese que ha perdido esa fuerza creatriz, y que nada crea ya hoy dia: opinion á que no puedo suscribir.

Como quiera que sea, hase descubierto hace pocos años un animal tan curioso como pueda ofrecerlo todo el reino fósil, y ese animal es el proteo anguiliforme (*proteus anguinus*, LAUR.). Es pescado ó reptil? He aquí la cuestion que se podria proponer, y cuya solucion no seria muy fácil. En efecto, lo que distingue principalmente á los peces de los reptiles, es la facultad especial de vivir en el agua por medio de agallas que descomponen ese elemento y operan el fenómeno de la respiracion. Ahora bien, el proteo tiene como los peces agallas, por medio de las cuales respira en el agua, su elemento. Será por tanto un pez? No, porque á mas de las agallas tiene, como los reptiles, pulmones, con cuyo auxilio descompone y respira el aire, que tambien es su elemento. Es de consiguiente, y de una manera bien pronunciada, pez y reptil al propio tiempo.

Ese animal singular, es largo de un pie escaso, y grueso de un dedo; su cola es comprimida de los lados como la de la anguila, y tiene cuatro patas cortas como abortadas, indicando que ó bien menguarán ó desaparecerán en los venideros siglos, ó bien se desarrollarán y llegarán á ser patas perfectas, segun impela el tiempo á ese ser admirable á la clase de los peces ó á la de los réptiles. Las patas delanteras tienen tres dedos bastante bien formados; las traseras solamente dos, y esos en estado elemental. Su hocico es largo, cilíndrico, obtuso, deprimido; su quijada inferior es mas corta que la superior, y las dos están armadas de unos dientes pequeños y puntiagudos. Oculta la piel sus ojos estremadamente pequeños, así como sus orejas; y flotan á uno y otro lado del cuello sus agallas á manera de penachos. En fin, es de color de carne, y todo su cuerpo está cubierto como el del pez de una materia viscosa.

Hasta ahora no se ha hallado al proteo sino en una sola parte de la tierra, y aun en límites bastante estrechos; es decir, en la Carniola, donde es llamado *zlovishka riba*, lo cual, palabra por palabra, significa hombre pez. A veces sale á la luz durante las inundaciones de los lagos subterráneos donde habita, pero se esfuerza al punto á volver á entrar en las entrañas de la tierra, y perece si no lo logra. Háse creido largo tiempo que se encontraba en las aguas de las cavernas de los alrededores de Sittich, mas de algunos años á esta parte hanse tambien hallado en las grutas contiguas á Laybach y á Adelsberg.

Admirados los naturalistas de la rareza de un animal que, gracias á la reunion de agallas y de pulmones, echa por tierra una de las principales bases de su clasificacion, han intentado durante algun tiempo hacer pasar al proteo por una larva de salamandra desconocida, análoga al renacuajo de la rana. El último Emperador de Austria mandó construir en sus jardines de Schœnbrunn, á propósito para criar proteos, una gruta con varias fuentes subterráneas, donde esos animalejos viven perfectamente. Desde entonces ha sido fácil observarlos, y asegurarse de que ninguna metamórfosis sufren para pasar á otro estado. Un naturalista aleman ha conservado á algunos en una fuente escavada sencillamente en un sótano, y en ella vivieron en el mejor estado durante cinco años. He aquí los principales resultados de las observaciones hechas tanto en Schœnbrunn como en otras partes.

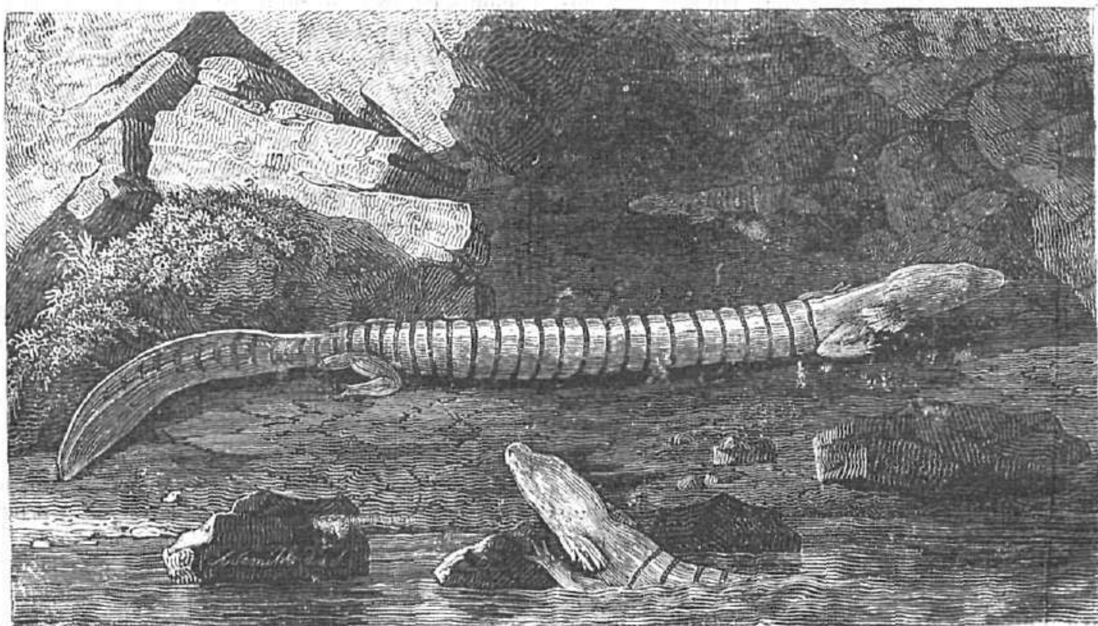
Para conservar á los proteos cautivos, es fuerza colocarlos en lugares tenebrosos; pues la luz les incomoda mucho, y los matan en pocos instantes los rayos del sol. Su agua debe de estar á la temperatura de cer-

ca ocho grados del termómetro de Reaumur, siendo igualmente sensibles al frio y al calor. Si se eleva esa temperatura á quince ó mas grados, ó bien se disminuye su calor echándole hielo, mueren los proteos en dos ó tres horas. Esos animales nadan con rapidez auxiliados de su cola y patas, pero por el suelo marchan, ó mejor se arrastran, con bastante dificultad. No es, no obstante, raro verlos salir del agua para pasearse por la orilla, en cuyo caso tienen la precaucion de andar por rocas cenagosas, ó cuando menos mojadas, pues en un suelo enjuto les acontece á veces quedarse pegados á tierra por su viscosidad, y entonces han de morir sin remedio.

Cuando libres, son los proteos un tanto voraces, y se alimentan, á lo que parece, de insectos y gusanos; pero encerrados en estrechos charcos, se niegan á comer, lo que no les impide vivir largo tiempo. Si bien de un natural muy apacible, es no obstante fácil encolerizarlos atormentándolos un poco, y entonces se agitan con vivacidad, lanzan agudos chillidos, cambian de color, y su cuello se pone de un color de escarlata muy vivo. Parece que se aman unos á otros, y cuando se les echan en un charco algunos nuevos, los otros les rodean al punto lanzando un agudo chillido; los acarician, hacen como que los consuelan, y saben manifestar su satisfaccion, de modo que ninguna duda dejan del sentimiento que les afecta.

A no haber Harvey descubierto la circulacion de la sangre, cupiérale la gloria de ese descubrimiento al primer anatómico que hubiese observado un proteo. Tan delicada y tan fina tienen la piel esos animales, que llega á ser transparente, pudiendo con la ayuda de un fuerte lente ir siguiendo la circulacion de su sangre por las venas y arterias hasta el corazon, el cual se ve bajar y subir compasadamente, contándose con bastante facilidad de cincuenta á cincuenta y cinco pulsaciones por minuto.

Como al proteo anguiliforme no se le encuentra mas que en un solo país del mundo, y de ese país en solo tres ó cuatro lugares, han pensado algunos que no pertenecia á los habitantes de la superficie del globo, sino que á veces asomaba en ella á la fuerza desde el fondo de los lagos subterráneos á través de las hendeduras de las rocas calizas de que está herizada Carniola. En verdad, prestaria este asunto para un romance fisiológico, al cual no faltaria sino la verosimilitud por una parte, y por otra el que estaria en contradiccion con las observaciones de nuestros geólogos. Pretenden estos últimos que el mundo se halla en el interior en estado de fusion, y que su temperatura á una milla solamente de profundidad es igual á la del agua hirviente; deducen tan singular consecuencia, de que á medida que en las minas y pozos se hunde uno en la tierra, sube el termómetro un grado cada noventa pies. Las pobres anguilas, que mueren cuando tiene el agua una temperatura de mas de ocho grados, se encontrarian, á lo que imagino, muy mal en una agua hirviendo. Además, suponiendo que los geólogos se equivocan, lo que podria ser muy bien, ese animal huye de la luz y busca las tinieblas, sin que apetezca tampoco una completa oscuridad; pues tiene ojos, aunque apenas visibles y cubiertos por su transparente piel, y hase observado muy bien que goza del sentido de la vista. Este solo hecho bastaria, si necesario fuese, para probar que así como los demas vivientes ha sido criado para habitar no las entrañas y sí la superficie del globo.



Proteo anguiliforme.

EL CHLAMYDOSAURO, ó LAGARTO CON CAPA DE KING.



EL CHLAMYDOSAURO, ó LAGARTO CON CAPA DE KING.

La Nueva-Holanda es sin contradiccion el país mas estraordinario del globo, pues nada en ella se parece á lo que se haya visto en otras partes, y aun se diria que la naturaleza obedece á nuevas leyes de organizacion. Las flores presentan las mas estrañas formas; los bosques de encaliptos producen con sus hojas blanco-azuladas el mas singular efecto, y estan poblados de kanguroos, que no tienen otro medio de andar que el dar saltos; de falangeros, que aunque parecidos á las ardillas, pueden volar de árbol en árbol; de mamíferos con el cuerpo cubierto de una piel igual á la de una liebre, con las patas de nutria, con el pico de ánade, con todas las habitudes de las ratas de agua, pero que sin embargo producen huevos muy parecidos á los de los pájaros; de otros mamíferos, en fin, que no llevan sus hijos en el seno, como los demas vivíparos, sino que los dan á luz mucho tiempo antes de estar formados, depositándolos en una bolsa membranosa debajo de su vientre, en la cual las pequeñas masas informes se desarrollan. Nada hay en aquella estraña tierra, sin esceptuar á los hombres, que no tenga formas, colores y caracteres enteramente distintos de los demas seres de su especie.

No es de los menos estraordinarios de la nueva Holanda el lagarto con capa, ó sea el chlamydosauro de king (*chlamydosaurus kingii*, DUMER). Su tamaño es de dos pies y medio, pero su cola delgada y cilíndrica, y cubierta como lo restante del cuerpo de pequeñas escamas acanaladas, forma por sí sola las dos terceras partes de dicho tamaño. El color de su parte superior es leonado y cortado por bandas transversales de color mas pálido, salpicadas de negro; la superficie superior de sus patas traseras y del estremo de la cola estan teñidos de negro. Su lengua es bastante espesa, poco dilatable y algo afilada; sus muchos dientes son fuertes y parecidos á los de las serpientes, y sus patas tienen cinco dedos, armados de robustas uñas un poco torcidas. Pero lo mas singular de este animal es su enorme collar de piel delgada, cubierto por uno y otro lado de escamas romboidales y carenadas, y cuya parte inferior termina en una especie de sierra.

Aunque partidarios de las causas finales no se nos presenta á primera vista el objeto para que esta singular vestidura pueda servir al animal. ¿Es acaso una arma defensiva, una especie de escudo ó coraza destinada á rechazar los golpes del enemigo? De ningun modo, pues el tal collar consiste en una membrana estremadamente débil, é incapaz de amortiguar la fuerza de un golpe cualquiera por ligero que sea. ¿Es quizá un simple ornamento? En tal caso seria tan mal imaginado como el de nuestras damas, y no menos incómodo que el corsé, las mangas embutidas y mil otras diabluras de este género, pues impediria los pasos del animal si se descuidase de dejarlo pendiente entre sus piernas delanteras cuando quiere moverse. Veamos sin embargo si estudiando las costumbres del lagarto con capa, podrémos sospechar á lo menos el objeto para que esta le sirve.

El chlamydosauro, como alguno de nuestros lagartos, hace una guerra á muerte á los insectos alados, como moscas, mariposas etc. que persigue sobre la tierra, sobre los árboles, y do quiera que los pueda encontrar. Pero careciendo de una larga lengua para flecharlos, como tiene el camaleon, por ejemplo, se ve obligado á suplirla desplegando una agilidad estraordinaria, y no siendo esencialmente trepante por no tener sus uñas bastante torcidas, ni dedos bastante fuertes, le acontece que muchas veces, pasando de un ramo á otro para coger su presa, da el golpe en vago y cae al pie del árbol. En este caso se romperia infaliblemente los huesos á no servirle el collar de paracaidas: desde que conoce que pierde el equilibrio alarga y atiesa su cuerpo poniéndolo como un palo y aplicando exactamente sus piernas ya á los lados ya á la cola, estiende su collar ó capa, y se deja caer entonces sin la menor inquietud; entra el aire en el paracaidas, al cual sirve de lastre el cuerpo, y el animal desciende pausadamente, bamboleándose á merced del viento.

No es decir que el chlamydosauro sea muy aficionado á esta peligrosa operacion; antes bien se vale las mas veces de la astucia para apoderarse de su presa, aletargado en su dulce pereza, en el *dolce far niente* tan querido de los italianos. Sus largos dedos le dan la mayor facilidad para correr sobre la yerba y las hojas secas, y así es que le agrada mucho el vivir junto á los árboles ó al pie de rocas herbosas, donde está tomando el sol horas enteras en la mas completa inmovilidad, aguardando á que la casualidad conduzca un insecto á poca distancia de su hocico. Para no ser reconocido de sus víctimas, que al verle echarian á huir, hunde el cuerpo en un agujero y se cubre con su collar, que siendo rojizo y tachonado de negro, se parece mucho á una hoja seca, aplanada en el suelo y que llegando á ocho ó á nueve pulgadas de diámetro, no deja ver mas que la punta del hocico y los ojos. Despues de haber tomado esta actitud, aletárgase el animal, hasta que sintiendo pasar algun insecto sobre la supuesta hoja seca, se anima y se agita rápidamente. El insecto se atolondra, tropieza bruscamente y va á parar en el fatal hocico, donde se encuentra preso y devorado sin haber tan solo turbado la tranquilidad de su enemigo, que aguardando nuevas víctimas vuelve á su tranquilo sueño.

Esta aficion á la pereza, comun á todos los reptiles, proviene sin duda de la misma causa que en los paises templados los hace quedar como muertos durante todo el invierno, y es el poco calor de su sangre, no muy superior al de la temperatura del aire. Otro efecto resulta de la misma causa: el que estos animales solo tienen necesidad de respirar á largos intervalos, lo que les da la facultad de pasar debajo el agua sin ahogarse mucho mas tiempo que los mamíferos, y aun algunas veces muchas horas seguidas; obsérvase en los lagartos, cocodrilos, culebras, ranas, etc. Engañados nuestros padres por las apariencias, los creian anfibios, es decir que se imaginaban que podian vivir indiferentemente en el agua ó en la tierra, pero los progresos de la anatomía comparada han rectificado este antiguo error.

Sea lo que fuere, como las iguanas, familia á la cual pertenece el chlamydosauro, no se contenta este lagarto con comer insectos, sino que tambien ataca

á los pequeños pájaros, y sobre todo sus huevos y pollos si puede sorprenderlos en el nido. A falta de presa animal, come yerba, hoja y pequeños frutos de la clase de las bayas. Este último hecho es muy estraordinario para los naturalistas, y no me atreveria á afirmarlo si no hubiese visto en el estómago de algunos de estos animales disecados en el Museo de Historia natural restos muy fáciles de conocer de dichas diferentes substancias.

El chlamydosauro habita en los troncos de los árboles ó en los huecos de las rocas; pero siempre en parajes muy secos y espuestos al mediodía. Los indígenas de la Nueva Holanda sin darle precisamente la caza no se olvidan, cuando hay ocasion, de apoderarse de ellos para comerlos, y hallan su carne muy sabrosa y comparable por el gusto y color al de una tortuga de tierra.

MORAL LITERARIA.

Escuela escéptica. — Walter Scott.

Debemos considerar como precursor y prototipo de la escuela escéptica, que priva hoy dia entre los franceses, al René de Chateaubriand, en razon de lo incierto de sus ideas, de lo vedado de las pasiones que le agitan, la fiebre de un corazon enfermo, y el torcedor que le atormenta durante su peregrinacion; bien que aquel cúmulo de ideas graves, aquella atmósfera de pensamientos religiosos, de que ha sabido el Autor de *Los Mártires* rodear á su héroe, son causa de que deje en el ánimo la lectura de su novela cierta impresion sana y religiosa, mas bien que otra impía y desasosegada.

Lord Byron, calificado por un paisano suyo de medio fatuo y medio mujer, es el que mas se ha distinguido en levantar al alto quejas contra la existencia y la sociedad, siendo en realidad, ó al menos en apariencia, el que menos motivos tenia de quejarse: dotado de un talento superior, bella figura y elevado carácter, heredero de cuantiosos bienes y de un nombre ilustre, en país donde este da singular prestigio y coloca en alto puesto, el desacierto de los primeros pasos de su adolescencia, su temperamento, que no cuidó de dominar, y la injusticia con que en la *Revista de Edimburgo* atacó sus juveniles ensayos la descontentadiza raza de los críticos, fueron bastantes á agobiarle y á volverle sobre manera atrabiliario en lo mas florido de sus años. Y tanto, que será aprension acaso, pero para mí su individualidad raya en egoismo, en capricho su originalidad: no puedo menos de considerarle enemigo de los lores y de la Escocia, al admirarle entusiasta del Partenon; al verle generoso defensor de Pope y de su clásica escuela, se me antoja detractor del laureado Suthey y de la literatura contemporánea; me parece, en fin, que juega sin escrúpulo con los principios, y aun con la opinion de los hombres y de los pueblos, al modo que dispensaba sus buenas libras esterlinas para satisfacer los impulsos de su negro humor. Pero no habia llegado Byron al punto á que nuestros vecinos, y no sé donde irémos á parar, si calculo los últimos términos de la progresion descendente que ha seguido la poesía escéptica desde *Fausto* hasta las impuras *Memorias del diablo*, habiendo pasado de uno á otro de estos dos libros desde el gabinete del sabio hasta los estrados de la cortesana. Esta literatura, que ha interpretado todos los sistemas, hojeado todas las historias, puesto la mano en todos los monumentos, desflorado hoja á hoja la corona del pensamiento; que ha mascado sin apetito mil manjares diversos para paladearlos y escupirlos en seguida, es la que domina en la mayor parte de las obras de Soulié, Balzac, Victor Hugo, Madama Sand, etc.

Sin indicar tales escritores por que medios caminamos hácia ella, nos hablan de una muy cercana edad de oro; nos dan por aborrecibles muchas instituciones vigentes, sin decirnos quien y como debe derrocarlas, y cuales las han de substituir para no desatar los vínculos sociales; elevan el alma con su tono inspirado, sin evocar ante ella ningun genio de las alturas; interrogan á placer la esfinge de la humanidad, y no se toman el trabajo de descifrar sus respuestas. Nos pintan además como un estúpido rebaño, al mismo tiempo que pretenden que todo, sin esceptuar las vallas del buen parecer y de la moral, se rinda al hombre de talento; y cuando dan entrada á mil dudas sobre la virtud y los deberes, afectan creer en la mayor abnegacion, en los sacrificios mas heróicos, sobre todo en punto de amor, para cuyos afectos ha venido á ser de moda lo de «¿Qué me importa el universo si soy tuya? injúriame, y bendeciré tus acentos, seré tu perro, esclava de tu mujer.....» Palabras y mas palabras, que se han escapado á buenos escritores, entre espresiones mas sentidas, y por lo tanto menos amaneradas.

En resolucion ¿Qué sacaria en claro quien de tanto cuento, drama y novela del dia quisiera formar un código filosófico? Que los Autores del siglo XVIII, eran altamente materialistas, pero que varios del presente no les van en zaga; que el cristianismo es sublime, sin que por eso sea el matrimonio de las cosas mas respetables; que se conservan virtudes inauditas, sobre todo entre los individuos escluidos de la sociedad, aunque nuestra especie se marchite ya gastada y moribunda; que este siglo, que por la mano nos conduce á un porvenir encantado, es de lo mas detestable é imbécil que imaginarse pueda; que los pasados eran hermosos y heróicos, pero los personajes, cuya memoria nos ha transmitido como gloriosa, abominables y dignos de desprecio... Nada, en fin, absolutamente nada, ó por mejor decir, confusion en la cabeza y abatimiento en el corazon.

Inútil será decir que no hemos atendido al mérito literario de las obras francesas, y escusado hablar del de Walter Scott en una ciudad, donde son sus novelas leidas, y por consiguiente admiradas, la de España en que mayor número de buenas traducciones de ellas se ha impreso, y en donde ha prendido tanto su lectura, que si se ofreciese reunir un número considerable de jóvenes ligados con el vínculo comun de una idea sólida y vivificadora, mas tal vez que invocando un lema político, se lograria con inscribir en la bandera: *Admiradores de Walter Scott*. Este célebre novelador, romántico de veras (perdóneseme el vocablo), que ha cerrado segun visos la lista de respetables románticos, ha recorrido con noble anhelo la Historia, en particular desde la invasion de los Bárbaros hasta nuestros dias. Ha pasado los ojos por con-

siguiente por las épocas mas turbulentas de los modernos fastos; mas la mirada de indulgencia que preside sus pesquisas, lo presenta cual conciliador de los principios é intereses mas encontrados. Abundaba su alma en espansion y en honradez, abrigaba asentimiento á todas las verdades, simpatías para todas las virtudes; y así es que, apasionado investigador de los antiguos tiempos, estima en alto precio los adelantos de las ciencias y de la industria; que, cantor de las supersticiones populares, aclama la creciente civilizacion; y que con ser aristócrata, nadie ha tenido en mas al hombre ínfimo de la plebe. Póstrase, es cierto, con dignidad ante el trono de los reyes, encomia la lealtad del vasallo de Cárlos II, nos da á sentir las virtudes que templaban la corrupcion y barbarie de los tiempos feudales; al paso que ensalza las del rígido republicano en Woodstok, ama en su mente á su honesta Beattie y á su judía Rebeca, y tiene en cuenta la virtud altanera del porquero Gurt, la esperiencia del mendigo Edie, la honradez del aventurero herrador Wayland, y hasta las ingeniosas travesuras del pilluelo Flibbertigibert. Profundo filósofo, historiador consumado, nos desenvuelve la genealogía, por decirlo así, de los acontecimientos, la filiacion de las ideas y de las costumbres; nos da sencilla razon de las instituciones que la fuerza de los hechos acá, allá el capricho, las virtudes ó las pasiones de los hombres han levantado, sin envolvernos en una ciega fatalidad, como ciertos historiadores modernos, que consideran los primitivos elementos de la humanidad como simples premisas de problema metafísico, de las cuales por medio de una operacion conocida hemos debido de llegar á un resultado necesario. El órden, la razon y la justicia dominan en Walter Scott sobre el caos de los acontecimientos, y tal es seguramente su idea matriz, de la cual poseia el secreto, y de cuya estension y fecundidad él solo podria darse cuenta. Ni ha adulado á los hombres, ni les ha calumniado; y aun cuando levante los secretos pliegues que ocultan las debilidades del corazon, su sonrisa benévola obliga el nuestro á la indulgencia del suyo. Decia Earncliff al enano misterioso: «Espantoso es el cuadro que haceis de la vida, pero no por eso se abate mi valor... debemos tolerar las desgracias con resignacion, y gozar de la felicidad con agradecimiento; á un dia de trabajo sigue una noche de descanso, etc.» y lo mismo dice Walter Scott á sus lectores, que dejan siempre sus novelas con deseos de obrar, y precisamente de obrar bien.

Y á este hombre maravilloso, que parece habia de gastar sus fuerzas en la meditacion y el estudio, dedicar sus momentos todos á la creacion, le vemos portarse en la vida con arreglo á los modestos deberes del puesto que ocupaba, semejante al solitario de la Tebaida, que despues de conversar con los ángeles, cultivaba humildemente con sus manos el pobre trozo de huerta que le habia cabido.

M. MILA.

FERRARA.

AUNQUE triste, desierta y abandonada, respira aun cierta especie de grandeza y magnificencia cortesana, que ya á primera vista nos hace confesar que su decadencia ha sido exagerada por algunos recientes viajeros. No es ya á la verdad la *Città bene aventurosa* del Ariosto, pero continua siendo la *gran Donna del Pò*, segun la denomina Tassoni. Su castillo, que habita el legado, conserva en sus puentes, en sus torres y en sus elegantes balaustradas cierto embeleso mágico, que no desdice de los hechos poéticos que nos recuerda. El palacio *del Magistrato*, residencia del gonfalonero, tiene admirables pinturas, variados arabescos y pequeñas figuras rodeadas de un fondo de oro; y junto á la sala de Ariosto hay cuatro aposentos que dan al jardin, en los cuales se asegura se ocultó Calvino, cuando le dió asilo la duquesa Renée, esposa de Hércules II, protectora de los literatos y eruditos de su siglo. La catedral de Ferrara, monumento del siglo XII, aunque renovada en el interior, conserva en su esterior el carácter gótico, especialmente en su fachada, llena de bajos relieves íntegros, que representan la vida de Jesucristo, el juicio final, el infierno, el paraíso y los siete pecados mortales, y adornada de mil emblemas sagrados, profanos ó grotescos; sobre la puerta izquierda descuella un colosal busto antiguo, enviado á la *Madona* de Ferrara, que es una de las célebres de Italia en las tradiciones.

Pero lo que ha dado á Ferrara una reputacion inmortal, lo que hace su nombre interesante á los amantes de las letras y de la noble poesía, es el que dentro sus muros y en la corte de sus duques brilló el genio del Ariosto y del Tasso

Numerosas traducciones de la *Jerusalen libertada* y del *Orlando* han dado á conocer á la Europa el carácter de Torcuato, las angustias, infortunios y miserias de su vida; al paso que les somos deudores de algunas revelaciones curiosas é instructivas sobre el gracioso Ariosto, poeta de las damas y de los amores, genio inmenso al mismo tiempo que seductor, y finalmente satírico. Con esto es ya superfluo el que hablemos de los dos mas aventajados poetas de la época moderna; pero anteriores al Ariosto y al Tasso, muchos sugetos de imaginacion y de talento habian compuesto divertidas epopeyas, entre otros Pulci, autor del *Morgante*; el Ciego de Ferrara, autor del *Mambriano*, y Rojardo, autor del *Orlando enamorado*. Este último y el *Morgante* no son enteramente desconocidos, pues se encuentran á lo menos repetidos con frecuencia los nombres de los poetas que los compusieron, lo que no sucede en el *Mambriano*, debido á la pluma de un hombre trabajado de las enfermedades, cuya familia y hasta el nombre se ignoran, y que ha sido designado con el epiteto de Ciego de Ferrara: su obra, sin embargo, merece ser conocida; y como muchos trozos de su poema no están desnudos de interés, parécenos no se mirará con disgusto que demos de ella un análisis fiel, aunque corto y rápido.

Mambriano es un rey de Bithinia, jóven, galante y valeroso, pero de cabeza evaporada. Reinaldo de Montalban habia muerto al rey Mambrino, tio materno de Mambriano, y se habia apoderado de sus armas. Sale Mambriano de sus estados para vengar á su tio, despues de haber jurado solemnemente á su madre que no daria un paso atrás hasta haber muerto á Reinaldo y destruido á Montalban; y embárcase en compañía de algunos valientes, despreciando los consejos de un venerable anciano, que quiere distraerle

de semejante empresa. Asaltóle á poco una tempestad, que sumergió su navío, ahogó á sus compañeros, y le lanzó á la playa de una isla, donde reinaba la hermosa hada Carandina. Permaneció allí sin sentido hasta que la hada le recogió, le condujo á sus jardines y palacio, y le hizo que olvidase á Reinaldo, á Montalban y todos sus proyectos de venganza. Recuérdaselo sin embargo un sueño, que le determina á dejar á la májica; mas esta, al saber la causa, propone que ella atraerá Reinaldo á su isla, y evocando sus demonios familiares, que la conducen á Francia en un navío construido y equipado al intento, aparece en sueños á Reinaldo, y le invita á acometer por ella la mas brillante aventura. Despierta Reinaldo, y al ver que era algo mas que un sueño, viste la armadura, monta en su Bayardo, embárcase en el navío de Carandina, y llegan los dos á la isla al cabo de tres dias, conforme á la promesa hecha á Mambriano.

El hada dice entonces á Reinaldo que se habia visto obligada á implorar su auxilio para que la defienda contra un desleal caballero, y le concede desde luego los mismos derechos que concediera á Mambriano, y que, si se habia de creer á su juramento, no habia dado jamás á caballero alguno. Sorpréndela Mambriano en los brazos de Reinaldo, la llena de improperios, y desafía á su enemigo; y mientras se preparan al combate, se ven abordar en la isla muchos buques. Empieza el encarnizado combate, y Mambriano, herido, pálido y casi moribundo, es transportado á bordo de una embarcacion que levanta el áncora y parte. Los numerosos guerreros que encuentra en la nave notifican á su rey Mambriano, que despues de su partida, Polindo su virey habia divulgado la noticia de su muerte, se apoderara del trono, y que desesperada la Reina su madre, puso fin á sus dias. Grande es el pesar de Mambriano al verse oprimido de tantos ma-



Castillo de Ferrara.

les; pero recóbrase bien pronto, esperando que no le faltarán ni hombres, ni dinero para derrocar á Polindo, matar á Reinaldo, destruir Montalban y atacar á Carlo Magno en persona, si la ocasion se presenta.

Entretanto continua Reinaldo dueño de Carandina y de su isla, y sumergido en las delicias del amor y de los buenos platos. Durante la comida cantan hermosas ninfas las hazañas del caballero, y cuentan historias galantes, algunas de ellas un poco libres. Sobre este particular el Poeta pide perdon á sus lectores de entretenerles con semejantes leyendas, y se escusa graciosamente con el ejemplo de Reinaldo; pues si este, con ser tan noble y famoso caballero, no habia podido dominar sus pasiones, el que no era mas que un pobre soldado, no tenia la presuncion de querer sobrepujarle en fuerza de ánimo.

Mas importantes eran las ocupaciones de Mambriano: reune tropas, y marcha contra el usurpador, que abandonado del ejército, se refugia con 300 hombres entre los Saberitas, tribu feroz y guerrera de las montañas del Asia, entre quienes son comunes todos los bienes, sin exceptuar las mujeres. Les persuade á tomar su partido, se pone á su frente, y se encamina hácia el campo de Mambriano, que cree sorprender: pero felizmente para este, un desertor saberita se lo advierte, y le promete al mismo tiempo libertarle de sus enemigos por medio de una singular estratajema. En tanto que avanzan los dos ejércitos, el desertor

hace tocar á los músicos del Rey cierta tonada que entre los Saberitas obliga á danzar á todos los hombres, y hasta á los caballos. El éxito fué el que se esperaba: así que sonó la música, los caballos saberitas se echaron á saltar, y encabritándose derribaron á los ginetes, que inmediatamente se pusieron á bailar por su cuenta. Entonces atácanlos Mambriano y sus soldados, los destrozan, y Polindo se refugia á un bosque, donde le devora una osa. Apenas recobra Mambriano la corona, vuelven á ocupar su ánimo los antiguos proyectos de venganza y de conquista, que piensa llevar á cabo con una formidable armada de 600 velas. Sigue aquí en el poema un largo episodio de D. Roldan y de Astolfo, que abandonando la corte de Carlo Magno, y andando en busca de su primo Reinaldo, tuvieron despues de muchas aventuras una muy desagradable en España, pues fueron encerrados por los Sarracenos en una caverna en que habian descendido para consultar una hada. Los enemigos tapiaron la abertura de modo, que los desgraciados caballeros no recibian socorro, ni víveres, ni luz: tan solo la májica, que se llamaba Fulvia, hubiera podido libertarles, pero sus demonios no la obedecen, encadenados por los encantos de Carandina, hada mas poderosa que aquella.

Mientras que Don Roldan sigue detenido y á punto de espirar en las concavidades de una montaña, Montalban, sitiado por el ejército de Mambriano, echa á menos los encantos de Maugís, que disfrazado de negociante griego, habia pasado á la isla de Carandina, y arrebatado de ella á su primo Reinaldo. Junto á Montalban se trataba la mas encarnizada batalla, en que llevaban la mejor parte los Sarracenos. Carlo Magno y sus pares de un lado, de otro Bradamante y sus hermanos, se veian ya reducidos á la última estremidad, cuando llegando de improviso Reinaldo, cambia el aspecto del combate, pone en fuga á los Sarracenos, sin poder empero arrancar de sus garras un considerable número de prisioneros.

Seguian Roldan y Astolfo encerrados en su caverna y vigilados por 1000 soldados sarracenos; el primero, estremadamente piadoso, creyendo que no le quedaba otro medio de salvarse que la oracion, comienza una muy fervorosa y muy larga, se duerme al concluirla, y le aparece en sueño una vision profética. Cree ver al diablo que le acusa de herejía ante Jesucristo: las almas de los paganos que habia convertido y bautizado, que no eran pocas, interceden á favor suyo, como tambien las vírgenes y las mujeres santas, las virtudes teologales y las cardinales. La sentencia del Juez es favorable, y no tarda en confirmarse esta vision, pues el dia mismo es destruida la caverna y los caballeros quedan libres. Roldan, segun su costumbre, no deja de aprovechar esta ocasion para convertir á la májica Fulvia, y casarla con un sarraceno que tambien abjura su secta.

Cámbiase el lugar de la escena: Mambriano y Reinaldo llegan al Asia con sus respectivos ejércitos; y pierde aquel muchas batallas, vencido por los encantos de Maugís, y por las armas de Reinaldo, de Bradamante y de sus hermanos. Los paladines prisioneros son libertados por medio de una operacion sumamente sencilla: Reinaldo ocupa una montaña, en frente de la cual está la prision de aquellos rodeada del ejército de Mambriano: Maugís transporta el castillo en masa á la montaña; entra en él sin dificultad Reinaldo, y salen sus amigos. Desconcertado Mambriano por tan singular modo de guerrear, consiente en entrar en capitulaciones, y envia para el efecto dos embajadores, uno de ellos Pinamonte, emperador de Trebisonda, que á pesar de su mucha edad, está locamente enamorado de Bradamante, y se encarga gustoso de la comision para verla y declararle su amor. No deja de hacerlo á la primera ocasion, y la hermana de Reinaldo, que aunque guerrera intrépida era mujer, se divierte en mofarse de él, fingiendo no ser insensible á su afecto, llamándole amigo, y mostrándole las mas favorables disposiciones. No ignora Pinamonte la costumbre de su amada; sabe que todo caballero que desea su mano debe combatir con ella en campo cerrado, y que si es vencido se apodera ella de su caballo y armadura, y le despide cubierto de vergüenza, á pie y con solo el equipaje de un simple viajero. Pinamonte, antes de renunciar su mano, acepta el combate. Señálase el dia y lugar; el anciano Rey, escesivamente enamorado é impaciente, no puede cerrar los ojos en toda la noche, y ni siquiera aguarda la salida de la aurora para encaminarse al punto indicado, armado ya y pronto á combatir. Con el fresco de la mañana duérmese sobre su caballo, y al llegar Bradamante, seguida de algunos caballeros, y reparando en el dormido Pinamonte, decidida á chasquearle, ase de las riendas del caballo de este, y al llegar al campo cerrado junto á la tienda, coge con sus atléticos brazos al desgraciado caballero, y le coloca en una cama. Despierta este en fin, y Bradamante le convence de que se ha efectuado ya el combate y ha sido desmontado por su lanza. El pobre diablo de nada se acuerda; y acabando de persuadirle los caballeros presentes, que atestiguan el hecho, queda tan convencido, que consiente en dejarse sangrar copiosamente, para prevenir los malos efectos de la lanzada. No es esta la sola farsa de que es héroe el burlesco Emperador: créese escelente danzarin, y quiere absolutamente antes de su partida bailar con la bella Bradamante, que se lo concede graciosamente. Empieza á bailar con su cota y demas piezas de la armadura; pero Reinaldo, no contento con semejante ridiculez, dice en alta voz que Pinamonte danzaria mejor si se pusiese á la ligera á guisa de jóven doncel. A pesar de sus años y dignidad, despójase el anciano Emperador de su armadura, y queda en hábito corto y no muy honesto, ni majestuoso. Cae, y esto es lo mejor del cuento: el poeta se complace en describir los efectos de la caida, y los caballeros y las damas sueltan la rienda á larga y estrepitosa carcajada.

Despues de haber llevado á cabo en Africa grandes aventuras, regresa Roldan á España, y de allí á Francia, donde se le reune Reinaldo. Describe el poema mil viajes sin objeto, encantos, torneos, y hechos de armas sin fin alguno, y reuniéndose finalmente todos los paladines entorno de Carlo Magno, declara el Autor que ha concluido el poema, pronuncia por casualidad el nombre de Mambriano, y añade: «Pues el libro ha comenzado por él, quiero que lleve su nombre, título semejante al que dió al suyo Turpin, famoso escritor, que por todo el oro del mundo no hubiera dicho una mentira; esto es cierto é incontestable, y el que no lo crea es un loco.» Tales son las últimas palabras del poema, y con el mismo tono ya habló an-

tes acerca la pretendida crónica, en que finge haber encontrado los acontecimientos que refiere, sin cuidarse mucho de que sea ó no creido. Es en fin un ameno y deleitoso libro, de que mas tarde se valió el divino Ariosto, bien que con mas ligereza y buen gusto que el Ciego de Ferrara. «Bradamante, dice este, mató á un gigante de tan desmesurada estatura, que aplastó al caer á un rey sarraceno y á su caballo; y tanto los aplastó, y tanto los hundió en el suelo, que no ha sido posible encontrar rastro del caballo ni del caballero. Este acontecimiento escribióse en Montalban, donde cualquier curioso puede verlo en letra del propio puño de Bradamante. Concuerdan todos los autores en que el Rey fué aplastado, con la diferencia de que algunos pretenden que no hubiera sido difícil encontrarle. Esta cuestion trajo muy ocupados á los sabios de París; y para resolverla escribió Turpin que el Rey habia quedado pulverizado; pero como esto no es un artículo de fe, crea cada uno lo que mas le acomode.»

El Ciego de Ferrara se somete á todas las formas establecidas por los poetas sus antecesores, escepto la de concluir los cantos con una devota oracion. Conserva el uso de dirigir la palabra á los oyentes, de referirse á un canto distinto del que se lee, y concluirlos anunciando lo que se debe leer en el próximo; pero en vez de las invocaciones piadosas, de las oraciones y textos bíblicos, fué el primero que encabezó sus cantos con invocaciones poéticas, ó con una digresion cualquiera, ya relativa á la accion del poema, ya á sus circunstancias personales, ó á las ideas que le ocupaban. En una palabra, fué el que sugirió el primer modelo de aquellos agradables comienzos de canto, que el Ariosto llevó á la perfeccion, bien así como todas las otras partes de la novela épica. El principio del vigésimocuarto canto es el mas digno de atencion: «El astro de las estaciones nos habia devuelto la primavera: Marte, viendo la campiña adornada de flores, abandonara ya la Tracia, cuando supe que el furor de los Galos, de que Roma guarda aun funesta memoria, renovaba sus estragos. Tomé entonces mi lira para no asemejarme á una piedra insensible entre los demas poetas. Pero conociendo que en los negocios del dia es difícil contentar á todos, pues que unos alaban lo que otros vituperan, y viendo nacer entre nosotros un sin número de rivalidades públicas y secretas, que tantos daños, tantas enemistades, querellas y desgracias causan, me he decidido á cantar á aquellos que, Dios lo sabe, quizá no han existido jamás.» Al principio de otro canto invoca todas las musas, y recuerda con no menos tristeza que originalidad la enfermedad que le aflige. Dejando á Roldan encerrado en la obscura caverna, y no encontrando medio de sacarlo de ella: «Ten paciencia, le dice, valeroso senador Romano, y acuérdate de que si te hallas ahora sepultado en las tinieblas, estoy yo privado para siempre de la luz.»

La casa de Este, una de las mas antiguas de Europa, ha sido celebrada por los poetas de Ferrara; el primer tributo poético que se le pagó se halla en el *Orlando enamorado* de Bojardo, posterior al Mambriano, y el Ariosto y el Tasso, estendieron estos elogios en una genealogía fabulosa. El Cantor de Orlando llegó á suponer que la bella y valerosa Bradamante, descendiendo á la gruta de Merlin, encontró una májica llamada Melisa la Buena, que le anunció el futuro esplendor de la casa de Este. No tratamos nosotros de escribir una completa genealogía de los Señores y Duques de Ferrara; ni levantarémos el velo que justamente cubre la memoria de algunos de estos Príncipes. Dejémosles descansar en paz, y procurémos tan solo dar á conocer los hombres de mérito que han gobernado Ferrara.

Al principio del siglo XII, Guido I, llamado Salinguerra, tomando posesion de Ferrara, y arrogándose un dominio casi absoluto, construyó muchos edificios magníficos, engrandeció considerablemente la ciudad, la fortificó y defendió con treinta y dos torres. El gran poder que alcanzó le hace acreedor á que se le considere como el primer señor de Ferrara, y su valor le valió el nombre de *Saliens in guerra*, ó descollante en la guerra. Despues de su muerte, los dos señores mas poderosos que se presentan son Adelardo y Taurello. El primero, gefe del partido güelfo, viéndose próximo á la tumba, y deseando apagar los antiguos odios y legar la paz á su patria, deseó casar Marchessella, su hija única, con uno de los hijos de Taurello, y se la confió de edad de siete años para que la educase en su palacio. La Marca de Ancona, y demas bienes considerables que llevaba en dote la doncella, daban demasiada preponderancia al partido gibelino para que sus adversarios no se lo envidiaran. Un caballero de Ravena, acérrimo güelfo, á pesar de ser pariente de Taurello, se unió á los marqueses Azzon, Bonifacio y Obizzon de Este, para arrebatar durante la noche á la jóven Marchessella, y obligarla á casarse con el marqués Obizzon. De este rapto data la decadencia del poder de los Torrelli y el acrecentamiento de los marqueses de Este en Ferrara, á la par que los odios inveterados entre los Torrelli y los de Este, que prolongados en las dos ilustres familias, hicieron derramar tanta sangre no solo en Ferrara sino en toda la Lombardía.

Salinguerra II sucedió á su padre Taurello, y fué en 1160 elegido *podestá* de Ferrara; adquirió gran reputacion en las armas, y los historiadores le pintan como uno de los hombres superiores de su siglo. Intentó desde luego acabar con los Güelfos, capitaneados por Azzon de Este, que espulsó de Ferrara; pero no tardó en sentir los efectos de su venganza, pues Azzon entró en la ciudad y se hizo elegir *podestá*. Pasó Salinguerra á Sicilia para pedir socorros al emperador Enrique, que se los prometió, y encargó al famoso Ezzelino, llamado el Monge, que le apoyase con todas sus fuerzas. Entró Salinguerra vencedor en Ferrara; pero fué espulsado algunos años despues. Gerardo Mauricio, Autor contemporáneo y testigo ocular, cuenta que pasando Othon, Rey de Alemania, vió á Salinguerra, que el llama *vir prudens*, *nobilis*, *ac bellicosus*, acercarse á la tienda del Príncipe, seguido de un brillante acompañamiento, y que habiéndose apeado junto al lugar donde estaba el Rey, se le quejó de las traiciones del marqués Azzon, añadiendo que estaba pronto á justificar en su presencia su acusacion con las armas; pero el Rey intervino para conciliar los dos rivales. Azzon de Este espulsó de nuevo á Salinguerra de Ferrara, y no terminó en él su implacable odio, pues lo heredaron sus hijos y nietos, cuyos ejércitos dispersó Salinguerra, abriéndose de nuevo las puertas de la ciudad. Lleno de gloria y de años gozaba de los

frutos de la paz, cuando los Venecianos se le declararon contrarios, y guiados por el marqués Azzon pusieron cerco á Ferrara. Defendióse con tanto valor Salinguerra por tres meses, que para vencerle se vieron los sitiadores obligados á echar mano del mas infame artificio. Llamóle Azzon al campo so pretexto de una conferencia para fijar los artículos de la paz; y mientras aquel héroe se adelantaba confiando en la buena fe de sus contrarios, se apoderaron de él y le llevaron prisionero á Venecia. Quedó impune tan odiosa traicion, pues Salinguerra murió en 1244 en Venecia, de edad mas que octogenaria; y despues de esta época quedó la casa de Este dueña de Ferrara.

De 1244 á 1250, época en que los Señores de Venecia tomaron el título de Duques, gobernaron la ciudad doce príncipes de la casa de Este; y siempre en guerra con sus vecinos, alcanzaron algunos nombradía por sus brillantes hazañas. A principios del siglo XIII se introdujo la division en el seno de la misma familia: Fulgues, bastardo de Azzon VIII, luchó contra los herederos legítimos, que imploraron el auxilio del Papa; pero la corte de Roma exigió que fuese declarada Ferrara como feudo de los estados pontificios; y concedido esto, mandó el Papa emisarios para tomar posesion de Ferrara. Por su parte propuso Fulgues á los Venecianos que les cederia la ciudad bajo ciertas condiciones, si le ayudaban á tomar posesion de ella; aceptaron los Venecianos la proposicion, y las tropas de la República de San Márcos forzaron á los Ferrareses á recibir el *podestá* que les plugó imponerles. Irritado el Papa Clemente V, publicó una bula contra los Venecianos, predicó una cruzada, y con el auxilio de esta se apoderó de Ferrara, cuyo vicariato y el de su distrito obtuvieron los Señores de Este, aviniéndose á reconocer la soberanía del Papa.

Desde entonces no fueron otra cosa los duques de Ferrara que delegados de la Santa Sede. El duque Alfonso I tuvo dos hijos, Hércules II é Hipólito, que fué cardenal, y al que Ariosto dedicó su inimitable epopeya. Cincuenta años despues Torcuato Tasso celebraba al duque Alfonso II y á su familia en su inmortal Jerusalen. «El duque Alfonso, tan alabado por el Tasso, dice Mr. A. Mazuy, debia ser un dia su perseguidor, y encerrarle so pretexto de locura en el hospital de Santa Ana. Alfonso, que el Poeta deseaba ver al frente de una cruzada contra los Turcos, no se hallaba al alcance de tan importante mision; pues falto de energía y mediano en talento, no se ocupó mas que en fiestas, torneos y justas, al paso que deshonra su memoria á los ojos de la posteridad su conducta para con el Tasso.» Desde que se supo en Roma la muerte de Alfonso, la Santa Sede reclamó el Ducado de Ferrara, lo reunió definitivamente á sus Estados, envió tropas y estableció allí la residencia de un legado; y desde entonces forma parte de los Estados Romanos.



Melusina pronostica el lustre de la casa de Este.

LA NOVIA DE ALDEA, DE GREUZE.



LA NOVIA DE ALDEA, DE GREUZE.

Greuze, pintor distinguido de la escuela francesa del siglo XVIII, nació en 1726; estaba lejos su padre de destinarle á la carrera de las artes; pero en vano le prohibia embadurnar papel y ensuciar con carbon todas las paredes; que el jóven Greuze no tenia otra ocupacion. Cuéntase que iban á despedirlo de la casa paterna, cuando un pintor lionés, llamado Grandon, padrastro del célebre Gretry, acertó á pasar por la pequeña ciudad de Tournus, donde residia Greuze, y á ser en ella testigo de una escena estremadamente viva entre padre é hijo. Sorprendido del talento original de este último, Grandon obtuvo permiso de llevárselo consigo á Lion, donde le dió de balde algunas lecciones, que le pusieron en estado de hacer retratos con algun éxito. De consiguiente, no es de todo punto cierto, como se ha dicho, que Greuze no haya tenido jamás otro maestro mas que la naturaleza; segun toda apariencia, muy al contrario, solo á las lecciones de Grandon, buen pintor de retratos, debió el jóven Greuze la superioridad con que pintaba las cabezas de niños y de ancianos.

Habiendo Grandon ido á París, siguiòle y establecióse en ella su discípulo. Bastando apenas para su alimento el módico precio de sus retratos, sintió Greuze la necesidad de elevarse á un género mas noble. Siguió el estudio del modelo en la academia; y aun cuando no se distinguiera mucho de sus condiscípulos, por sus dibujos, tuvo á lo menos la ventaja de rectificar los defectos de sus primeros principios. ¡Cuál fué la admiracion de sus profesores, cuya atencion no llamara todavía, al enseñarles su escelente cuadro del *padre de familia esplicando la Biblia á sus hijos!* No pudieron dar crédito á sus ojos, tan estraordinario les pareció el mérito de aquel ensayo, no temiendo decir algunos que no podia ser Greuze el verdadero autor de semejante obra maestra. Contestó á esta acusacion con otras obras tan bellas y mas perfectas quizás que su *Padre de familia*, con lo cual se elevó desde entonces su reputacion al mas alto grado. Su cuadro del *Ciego engañado* le abrió las puertas de la academia á propuesta de Pigalle, y las obras que espuso en el Salon tuvieron el mas prodigioso aplauso.

Sin embargo, continuaron los émulos de Greuze en desacreditarle, diciendo por todas partes que su dibujo tenia un gusto trivial, y que no poseia el menor conocimiento de los grandes modelos. Quiso Greuze destruir el efecto de esa malevolencia, y al intento se trasladó á Roma para aprender á dar mas vigor á su colorido, y mas nobleza y elegancia á su dibujo. Esta empresa, lejos de tener buen éxito, no hizo mas que alterar bajo ciertos respetos la cándida originalidad de su estilo primitivo; y cuando estuvo de vuelta á París, afectando compadecerle sus enemigos, no dejaron de publicar que habia perdido su talento por el camino. Por fortuna, reparó presto el ligero descalabro que momentáneamente sufriera su reputacion: «El mas grande artista no está exento de debilidad, dice M. Pillet; y Greuze en aquella ocasion tuvo que reprocharse algunas faltas que le acarrearon numerosos disgustos; creyéndose sin duda harto superior á los demás académicos para sujetarse como ellos á la condicion de presentar un cuadro de recepcion, rehusó por largo tiempo llenar esa indispensable formalidad. Espirara ya el plazo pasado el cual debia escluírsele para siempre, cuando la academia conociendo la pérdida que iba á sufrir con desechar de su seno á un artista tan distinguido, contentóse con suspenderle el derecho de esponer sus obras en el salon del Louvre, mientras no cumpliese con lo mandado en el reglamento. Determinóle á ceder esa decision; descontento de que solo pretendiesen recibirlo en la academia en calidad de pintor de género y de retratos, quiso ser admitido con el título de pintor de historia; y con ese intento presentó para cuadro de recepcion una composicion del género heróico que desgraciadamente mereció el título de mediana á los ojos de todo el mundo. Aprovecháronse los académicos de este mal éxito para negarse á los deseos de Greuze, y desde aquel instante rompió con ellos el artista sin contemplacion, y se abstuvo de enviar sus obras al Louvre mientras subsistiese la academia.»

En la época de la revolucion, espuso Greuze algunos retratos en el museo de los artistas vivos; pero entonces su vista y su mano estaban debilitadas. Iba á cumplir los ochenta años cuando le arrebató la muerte á las artes y á su familia, el 21 de marzo de 1805. Greuze nada habia tomado del talento de sus antecesores, á lo menos en cuanto al espíritu y al gusto de sus composiciones; habiendo quedado á bastante distancia todos sus numerosos imitadores. Ni en la mitología ni en la historia buscaba el asunto para sus cuadros; estudiaba la naturaleza en la humilde vivienda del pobre, bajo la choza del simple labrador. Sobresalia en la representacion de escenas morales y tiernas; y poseia en grado eminente el arte de ennoblecer el género rústico sin alterar su sencillez. Cítanse con justo elogio sus cuadros del *Padre paralítico*, *de la maldicion paternal*, *la Novia de la Aldea*, cuyo grabado damos hoy, *la vuelta del cazador*, *la niña y el perro*, obra maestra de candor, etc. La mayor parte de esas obras, llenas de vida y de sensibilidad, son sobre todo notables por la pintoresca disposicion de las figuras; siendo lo único quizás vituperable la afectacion del efecto teatral. Greuze tenia tambien el defecto de repetir, en casi todos sus cuadros, el mismo carácter de cabezas; pero están estas tan espresivas, tan admirablemente modeladas, que bajo ese aspecto ningun pintor del último siglo podia comparársele. Su dibujo, en todas las demas partes de la figura carecia mas bien de elegancia que de correccion, sin que respecto á firmeza nada dejase que desear. Sus ropajes por lo general son de mal gusto; habiéndose dicho que los descuidaba de intento para hacer resaltar la belleza de las carnes, lo cual es algo dudoso por ser demasiado bellas para necesitar el realce de semejante artificio.

Greuze era de pequeña talla, tenia una mirada viva, y advertíase cierta bizarría en su peinado y vestido. Gustaba de los adornos, y en tiempo de la revolucion viósele diferentes veces pasear vestido de color de escarlata y con la espada al lado. Por lo demas, Greuze no era menos galan en sus modales que en sus vestidos. A la edad mas avanzada buscaba con empeño la sociedad de las mugeres mas jóvenes, y el esmero con que procuraba agradarlas no estaba siempre desnudo del ridículo. Sus sencillas honras, dice el *Monitor*, fueron animadas con una escena tan tierna como inesperada: «En el momento en que iban á sacar de la iglesia el cuerpo para colocarlo en el coche fúnebre,

una jóven cuya emocion y llanto podian columbrarse al través del velo que ocultaba su róstro, acercóse y colocó en el féretro un ramillete de siemprevivas, retirándose luego al fondo de la iglesia para continuar sus interrumpidas oraciones. Envolvia los tallos de esas flores un papel doblado, en el cual se leian estas palabras: «Esas flores que la gratitud de sus discípulos ofrece, son el emblema de su gloria.»

LETIZIA BONAPARTE.

Luego que madama Letizia Bonaparte acabó sus dias en Roma, esparcióse la nueva de su fallecimiento; pero confundida entre la multitud de noticias diarias, solo llamó una atencion efímera y cayó en olvido. Sin embargo, la madre del gran Napoleon no deja de ser acreedora á la meditacion del historiador y del filósofo.

Veinte años de destierro no pudieron arrancar á esta señora el menor acto que desdijese de la grandeza de su hijo; pues Letizia, tarde elevada al colmo de la fortuna, despues de rústica y triste existencia en Córcega, supo conservar su nativa altivez y firmeza. Con ojos italianos, es decir acostumbrados á lo bello y que por nada se deslumbran, contempló la rápida elevacion del Emperador como debida al genio, y ni aun este mismo genio la admiró, puesto que reconocia su orígen en sí misma.

Aunque la Francia haya olvidado el papel que representó la madre de Napoleon, ella fué una señora de elevado carácter y superior talento. El grande Hombre lo dijo con frecuencia, y su juicio se vió completamente confirmado con el profundo y general respeto que siempre rodeó á madama Letizia en su infortunio. «Apenas, decia, ví á mi hijo precipitado del poder y conducido á Santa Helena por los Ingleses, de quienes no dudaba que lo matarian, dije para mí: «Tú, madre de este hombre, debes desde ahora renunciar al mundo, no mas alegría... tu hijo sufre en la desgracia; en adelante la tristeza y soledad serán las únicas compañeras de tu vida.»

La anciana cumplió su propósito: nunca salió de su morada un acento de alegría; nunca coches brillantes, á no ser los de sus hijos, se pararon á sus umbrales; y dijérase que la atmósfera de un grande infortunio envolvia su silencioso y desierto palacio. Formaba este un ángulo entre la calle del Corso y la plaza de Venecia, y estaba situado á vista de la cima del Capitolio, y en frente de una fortaleza de feudal aspecto, digna mansion del representante del Austria. ¡El palacio de Venecia en frente del de Bonaparte! Al pasar por delante de ambos edificios dirígese el pensamiento hácia Letizia, muger corsa, y hácia María Luisa, hija del Austria: ¡qué contraste! qué irrision del destino!

Trascurrian los dias de madama Letizia en el retiro, y antes de 1830 pasábalos hilando, dictando cartas, y recibiendo á sus hijos; pero como tuviese en esa época estando de paseo una caida y consecuente fractura de un muslo, vióse en adelante imposibilitada en un sillon. Poco despues se alejaron sus hijos de Roma, debilitósele mas y mas la vista, y vivió sola y enferma, pero con toda la fuerza de su grande ánimo para soportar con calma el aislamiento y los disgustos del último período de la vida. Su hermano el cardenal Fesch, cuyo cariño y esmero al parecer iban siempre en aumento, un anciano chambelan, una antigua dama de honor, y una mujer con destino de lectora componian su única sociedad. Pasábase pues el dia leyendo algunas memorias y hablando de los pasados tiempos: todo asunto alegre era escluido de la conversacion: *En casa de la madre del Emperador no se rie*, decia aquella señora; y en efecto, al entrar en la morada de ese último resto del grande Hombre la sonrisa espiraba en los labios.

Algunos años ha, solia dar todos los dias un corto paseo ya á pie, ya en coche: en uno de ellos fué este detenido por algun obstáculo en la calle del Corso; y como dos oficiales austríacos, al reparar en el blason imperial, procurasen ver quien iba dentro, la anciana penetró su intencion, y corrió al punto los cristales diciéndoles: «Qué le quieren Vds., señores, á la madre del emperador Napoleon? Los oficiales quedaron poseidos de respeto. En otra ocasion no anduvo tan comedida con el Emperador de Austria. Al llegar este á Roma en 1815, fué su primer cuidado mandar una visita á la Reina de Etruria, vecina de madama Letizia: mal informado el edecan, equivocó la direccion, fué al palacio de Bonaparte, y se hizo anunciar. A la sazon madama Letizia estaba hilando, y dejó que se acercase el enviado; pero apenas oyó de su boca: *Su Magestad el Emperador mi amo....* se levanta con noble orgullo, y mostrándole la puerta, esclama: «Idos, y decid á vuestro amo que madama Bonaparte nada puede ni debe escuchar del Emperador de Austria.»

Cuando la entrada en Roma del Rey de Nápoles Fernando I, mandáronse iluminar todas las casas de la calle del Corso, y el cardenal Gonzalez, entonces secretario de estado, envió á rogar á madama Letizia que iluminase las ventanas de su palacio, pero ella contestó: «Decid de mi parte al Cardenal que si el hombre que llega hubiese dado muerte al esposo de su hija, ciertamente no le hiciera iluminacion á su arribo;» y el palacio Bonaparte fué el único que aquella noche quedó á oscuras.

Pocos meses despues de muerto Napoleon, cierta tarde toda la familia de Bonaparte fué convocada en casa de madama Letizia. Al paso que los hijos de la anciana iban llegando, la madre, vestida como ellos de luto, se mantenia con noble calma en su sillon, y á una seña que les dirigia con la mano, abrian una puerta, permanecian algunos instantes en el cuarto inmediato, y al salir tomaban asiento silenciosos y con los ojos humedecidos de lágrimas. Un antiguo coronel del ejército de Italia, que se hallaba presente con su jóven discípulo un príncipe de Bonaparte, no pudo reprimir cierto aire de curiosidad; advirtiéndolo madama Letizia, se levanta, coge de la mano al coronel, condúcelo á la puerta, la abre, y se presenta á la vista una mesa con el busto del Rey de Roma llegado de Santa Helena, al cual iluminaban dos velas. A pocos instantes cerró otra vez la puerta en silencio, y condujo á su lugar el coronel, cuyos ojos tambien se humedecieron.

Esta digna señora sin cesar amonestaba el trabajo á los jóvenes: «Trabajando, decia, alcanzó mi hijo el imperio, y se puso en estado de repartir cetros y coronas entre sus hermanos: hubo un tiempo, pues, en que no ponia yo todos los dias el puchero á la lumbre.» Complacíase especialmente hablando así del tiempo de su oscuridad como de sus dias gloriosos: casi siempre daba á Napoleon el nombre de emperador, y enumera-

ba con satisfaccion los estados que los de la familia poseyeran; y como se identificaba con su hijo, por lo mismo no era en Letizia una estúpida vanidad el recordar tales sucesos, sino el justo orgullo de un mérito reconocido: «Mi hijo, decia, fué derribado del poder, y pereció miserablemente lejos de mí; proscritos mis demas hijos, véolos morir uno tras otro; mis nietos, que mas largo porvenir prometen, parecen destinados á sucumbir; yo en la vejez y la debilidad, sin esplendor, sin honores.... pues bien! no cambiara mi existencia por la de la reina mas poderosa de la tierra!»

Reprendiendo el esplendor de que se rodean los monarcas caidos, decia: «Fuerza es que cada cual viva conforme á su respectiva posicion; y es muy ridículo representar el papel de rey despues de perdido el trono: las sortijas adornan los dedos, pero estos quedan, al paso que aquellas caen.»

Esta mujer profesaba por conviccion y sentimiento la máxima de no recibir enemigo político alguno de Napoleon: en su presencia nunca admitió ingleses, rusos, austríacos, ni prusianos, y en particular profesaba implacable odio á los austríacos y á los ingleses: resentimiento que acabó de apoderarse de ella con la prematura muerte del duque de Reichstadt. Fundaba en este jóven grandes esperanzas, pues estaba persuadida de que debia tener el genio de Napoleon; con todo, al saber su muerte no la abandonó su habitual estoicismo, pues en la aciaga suerte de su familia veia el cumplimiento de un gran designio del cielo, y aceptaba con firme orgullo tan fatal destino.

Vió morir sucesivamente á Murat, Napoleon, Elisa Bacciochi, y Paulina Borghese; en 1817 perdió un hijo de Luciano, jóven de elevado talento; en 1831, el primogénito de Luís, objeto de su afecto especial, y capaz de vindicar el nombre de sobrino del Héroe del siglo; en 1832 cupo la suerte al Duque de Reichstadt; y en 1833 murió el hijo de Bacciochi en pocas horas, á consecuencia de una caida de caballo. «Todos desaparecen, esclamaba, quedo sola como un árbol que va perdiendo sus hojas! Será pues preciso que á todos los entierre despues de haberles dado la vida! He agotado ya mis lágrimas; cúmplase la voluntad del cielo.»

Estaba dotada de carácter italiano, firme, filosófico, que mira los sucesos como efecto de una voluntad inmutable, y que cuando cree inútil la lucha, se envuelve con el manto y sucumbe dignamente. Participaba de esa ojeada nacional, que así abraza las generalidades del conjunto, como penetra en los pormenores mas minuciosos: facultad que tuvo no poca parte en la elevacion del Emperador. Estaba igualmente dotada de ese juicio pronto y preciso, que resuelve lo mejor tanto en los pequeños como en los estraordinarios acontecimientos; y aunque una clase presumida de la sociedad llame vulgar á esta facultad, no deja por ello de probar, unida á la primera, gran fuerza de genio.

La madre de Napoleon conservó hasta en sus últimos instantes su inmensa memoria de hechos, números y sensaciones: cada mañana repasaba las cuentas de gasto del dia anterior, y arreglaba las del presente. Por desgracia vino la avaricia á marchitar tan bellas prendas, puesto que en medio de una fortuna muy regular portábase con escesiva parsimonia. Sin embargo, decia: «Acúsanme de avaricia, no lo ignoro; pero acumulo para mis hijos, quizás les aguarden mas contratiempos... he presenciado mudanzas tan rápidas!..» En caso necesario tambien sabia dar, y ella sola mandaba á Santa Helena todo el dinero que podia.

En 1833, dice el Autor de donde tomamos estos apuntes, se dignó recibirnos á tres franceses á su casa: al entrar en aquel reducido y silencioso palacio interrumpimos por instinto nuestra conversacion, y llegamos meditabundos á la antecámara. Dormitaban en ella dos criados con librea imperial, uno de los cuales fué á anunciar nuestra visita; y á poco vino una muger de fisonomía italiana y seria, que nos condujo al cuarto de madama Letizia. Hallábase esta sentada en un sillon movible enfrente de la puerta que nos dió entrada. A su presencia nos vimos sobrecogidos de respeto. «Acérquense Vds, dijo la anciana señora, pues se me ha ido la vista. Gran placer me cabe en recibir franceses, pues son tan pocos los que vienen á visitar á la desgraciada madre del Emperador!.... Los ingleses y los americanos son los únicos que desean verme; pero á los primeros nunca los recibo,» y recalcóse en estas últimas palabras.

Mucho mas hubiera podido decir, y á buen seguro no la habríamos interrumpido, pues estábamos poseídos de cierto pasmo religioso que todo contribuia á aumentar. La anciana madre del Emperador, que lo llevó en su seno, lo sacó á la luz del mundo, y crió en su débil infancia, tenia ya 85 años: su fisonomía, modelo de la de Napoleon, estaba tan pálida, que se hubiera creido estar en ella agotada la sangre; solo la daban alguna animacion sus negros y brillantes ojos y la sonrisa benévola que asomaba á sus labios delicados. Diónos á besar las manos, que eran de notable belleza, bien que de una frialdad marmórea y de transparente blancura. Su tocado consistia en una especie de turbante blanco, que dejaba al descubierto una frente de marfil de forma igual á la de su hijo. Llevaba un vestido de color de violeta; y sus pies se abrigaban en un manto de armiño. Junto á ella habia una mesita muy frágil y sencilla, sobre la cual dejaba caer la mano de cuando en cuando; y en la pared una magnífica repisa sostenia el marmóreo busto del Rey de Roma. «Ya lo ven Vds., dijo la anciana, he ahí cuanto de mi hijo me queda: esta mesa estuvo junto á su lecho en Santa Helena, y en ese busto fijó sus últimas miradas: este es el legado de mi desgraciado hijo!»

Una mesa y un busto componen el único legado de Napoleon á su madre!

«Ah! prosiguió, no es cosa muy alegre visitar á la madre del Emperador, á una anciana que tiene un pie en el sepulcro..... Muchos pesares han señalado mi vida: á 30 años enviudé con ocho hijos, todos jóvenes.... Napoleon tenia entonces 14 años: su padre y yo fuimos á verlo á Brienne, y de vuelta para Córcega murió mi esposo.... Quiero mostrarles su retrato.» Llamó á un anciano ayuda de cámara, quien empujó el sillon movible de Letizia hacia un gabinete, á donde la acompañamos. Adornábanlo varios retratos de los reyes, reinas, príncipes y princesas de la familia Bonaparte en trajes de ceremonia, y en medio de un lienzo de pared veíase en trage de gentilhombre el padre de todos aquellos soberanos.

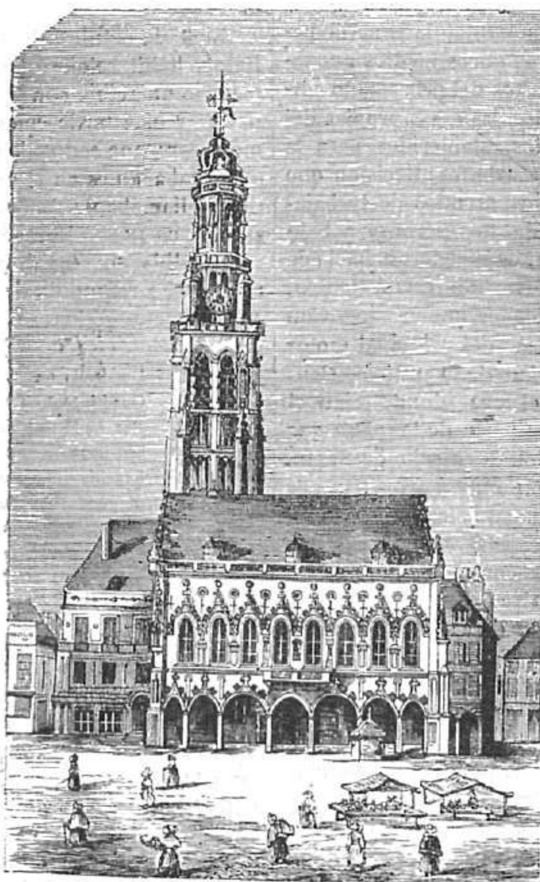
Tomó madama-Letizia el sitio acostumbrado al pie del retrato de su esposo; dijímosle que el Emperador menos se parecia á su padre que á ella; pues en efecto solo se asemejaba á aquel en el color de los ojos

y en el corte de la fisonomía «Oh! mi hijo tenia el rostro muy bello cuando estaba de buen humor, pero al meditar en sus vastos designios ponia la cara muy seria. Entonces le decia: Hijo mio, voy á incomodarme cuando digan que te me pareces; y esto le hacia reir y me daba un abrazo: pobrecillo! tenia tan buen corazon!....»

Preguntamos á madama Letizia si era cierto que Napoleon hubiese nacido en el suelo, sobre un tapiz donde estaba representado César ó Alejandro. — Es un cuento, contestó; mi hijo vino al mundo el 15 de agosto, y acaso hay tapices en los aposentos de Italia en esa estacion?... Dicen que nació sobre la cabeza de César!.... Por ventura tenia necesidad de esto? pero, ya se ve! tanto se va trás de lo estraordinario! En la infancia de Napoleon no hubo de estraordinario mas que su grande amor al trabajo y la gravedad y solidez de su juicio: calidades que desenvolvieron aquel genio vasto que lo levantó al imperio.»

Al fin nos despedimos de la anciana, pidiendo que nos diese antes de partir su bendicion, á lo que accedió levantando ambas manos y diciendo: «Vivan Vds. dichosos, y sobre todo resignados á la voluntad del Cielo. Adios; piensen alguna vez en la anciana madre de Napoleon, pues pronto no existirá.»

No se engañó: á pocos meses debia morir, perdiendo antes todavía una de sus nueras, la esposa de Gerónimo, hermana del Rey de Wurtemberg, que abandonando su rango, familia y esplendor, acompañó á su esposo en la proscripcion, salvando así



Arras. — Casa de la ciudad, campanario.

el honor de las princesas alemanas, tan gravemente comprometido por María Luisa de Austria.

Conservarémos un eterno recuerdo de esa última visita á una mujer, á quien ni las consideraciones mundanas de la época, ni su edad avanzada pudieron desviar un punto de la línea de conducta que se trazara; á esa mujer, cuya vida prolongó al parecer la Providencia para colmarla de pesares, bien así como la colmara antes de glorias; á la madre en fin de Napoleon, del hombre estraordinario que vivirá en la mas remota posteridad: y aunque un dia sobrevenga otro trastorno universal que borre los cultos, costumbres y leyes como en nuestra época, quedará algun resto capaz de anudar el hilo de la historia, y ese resto será la imágen de Napoleon impresa en todo el mundo físico y moral: entonces ese grande Hombre será para otras generaciones el héroe ó la divinidad de nuestros tiempos.

ARRAS. — CASA DE LA CIUDAD, CAMPANARIO

De los antiguos monumentos notables que posee Arras, la casa de la ciudad es el único que se haya

conservado hasta nuestros dias; concebido en un estilo de arquitectura gótica, remóntase su construccion al siglo XVI. Hasta fines del siglo XV, la antigua casa de la ciudad estaba colocada en una plazuela junto á la antigua iglesia de S. Gery; pero era tan poco adecuada á su objeto su distribucion, y hallábase el mismo edificio en un estado de degradacion y de vejez tal, que los magistrados y los ciudadanos de Arras formaron desde entonces el proyecto de construir un edificio mas digno de la capital de una provincia. Convocóse al intento una asamblea general, y aprovechándose de las luces del célebre emprendedor Jaime Carou, resolvieron hacer un edificio espacioso y cómodo, con una torre de reloj y campana que dominase la ciudad. La dificultad mas embarazosa que entravara la ejecucion de aquel proyecto fué la falta de dinero. Arruinara á Arras el fatal edicto de 1481, y el latrocinio y la devastacion de las tropas alemanas victoriosas no hicieran sino aumentar la general penuria de la ciudad. Por tanto, pocos medios quedaban para hacer frente á los gastos del proyectado edificio. Con ese objeto vendiéronse las casas propias del comun y la de los diez oficios establecidos para la medida y anaje de las estofas y sederías: decision que hiriendo los intereses de varios gremios de trabajadores, fué por ellos mal acogida. Reuniéronse, y bajo la direccion del mas atrevido, se dirigieron hácia la casa del magistrado; mas advertido este á tiempo, mandó algunas mangas de soldados, quienes lograron disipar el tumulto, apoderándose del principal motor y abandonándolo á la severidad de la justicia. Ocupáronse entonces en escoger el lugar donde erigir el edificio. Mereció la eleccion la parte de la plaza que se encuentra en la prolongacion de la calle de S. Gery, y en efecto, era aquel lugar muy á propósito por su elevada posicion y proximidad á las habitaciones de las diferentes autoridades; mas como estuviese ocupado por las mesas de los cortantes, y no se estendiese el poder de los magistrados ni el de los ciudadanos hasta poderse apoderar de él, fué preciso escribir al Príncipe.

Felipe, archiduque de Austria, acababa de cumplir los veinte años. Recientemente llamado al gobierno de Arras por el tratado de Senlis, convenia á sus intereses acoger favorablemente la peticion de los ciudadanos de Arras y de granjearse de ese modo su amistad; por lo cual, con cartas escritas el 25 de enero de 1501, otorgóles el permiso de echar los cimientos de la casa de la ciudad en el sitio y lugar de las mesas de los cortantes.

Como los fondos votados en un principio no bastaran á cubrir los primeros gastos, dedicáronse á ese objeto los productos señoriales, los derechos de entradas y salidas, y los de nueva ciudadanía, el precio de los empleos que se vendieran, y por último las multas y otros derechos casuales. Facilitó esa medida los medios de continuar los trabajos, y concluyóse en 1508 la construccion del deseado edificio.

La torre, tan atrevida como delicadamente trabajada, está así mismo concebida en el estilo de la arquitectura gótica; es cuadrada en su base, redonda á medida que va elevándose con elegancia, y termina con una corona de piedra de sillería, como el resto del edificio, sosteniendo las armas de la ciudad, representadas por un leon levantado sobre sus dos patas, con una veleta, á cuyo estremo se encuentran las insignias del gobierno, un tanto variables en Francia. Echaron los franceses en 1492 los cimientos del campanario, que en 1554 acabaron los españoles, y fué en parte demolido en 1836. Levántanlo actualmente de sus ruinas por temor de alguna desgracia.

No ha mucho encontrábanse todavía grabados en la cámara de los acechadores los siguientes versos, consignados en varios manuscritos:

L'an mil cinq cent cinquante quatre
Par un second jour de juillet,
Jean de la Motte et Pierre Goulâtre
Firent en ce lieu le premier guet,
Etant nouveau le beffroi fait
Par un nommé Jacques Caron,
Maitre en cet art, l' un des parfaits,
Car il avait fort grand renom (1).

El 3 de octubre de 1541, ajustáranse con Jaime Halot, hábil relojero de Arras, para añadir al campanario un reloj, con teclas para tocar diferentes sonatas; y mas tarde colocaron en él la grande y hermosa campana conocida con el nombre de la *Joyeuse*, que estaba antes en el campanario de la iglesia de S. Gery y llamábanla *Ban-Clocque* ó *Clocque-à-Ban*: pesaba cerca 18.000 libras.

Hendida en 1464 durante la mansion de Luís XI en Arras, y refundida de allí á poco, grabaron en ella en caracteres góticos los versos que siguen:

Desiderata vocor, milleno facta sub anno,
Quadringenteno, sexageno quoque quarto,
Rex Ludovicus cùm primùm venerat istuc;
Sed libertates confirmans Atrebatenses
Bannitis villœ regressum non dedit ille,
Burgundos que Brabantigens ducente Philippo
Artesii comite cum pluribus, et dominante,
Prœsul erat Petrus de Ranch courtque vocatus.

Hiciéronme Domingo Magret y Juan Boiset.

Refundióse de nuevo esa campana en 1728 y pusieron en ella esa inscripcion:

«Primitus *Ban-Clocque*, ceu *Clocque-à-Ban*, deinde *Desiderata* dicta, tandem à populo jam dudum lœta vocor, gallicè *Joyeuse*, quæ quondam casu fracta, anno 1464 renovata fui. Me iterum fortuito fissam feliciter redintegrari curárunt major et scabini urbis Atrebati, anno 1728, regnante Ludovico XV.»

Perdieran parte de sus ornatos el campanario y la casa de la ciudad de Arras, y en balde se buscarian los vidrios colorados, así como muchos de los primitivos nichos. La tribuna (*la Breteque*), desde donde se hacian las públicas proclamaciones y se leian al pueblo las cartas y ordenanzas, y la tríple hilera de ventanas que hacian desaparecer la monotonía del techo, de todas esas cosas, unas han sido destruidas, torpemente renovadas otras; y sin embargo, á pesar de las restauraciones, degradaciones y composturas que debió de sufrir este monumento, échase de ver aun en sus diversas partes la ojiva que se encorva en punta para formar las bóvedas y las ventanas, las

(1) El 2 de julio del año 1554 Juán de la Motte y Pedro Goulatre hicieron en este lugar la primera guardia, habiendo fabricado recientemente el campanario un tal Jaime Caron, consumado maestro en este arte y de mucha reputacion.

espirales serpenteando á lo largo de las molduras de la fachada, las galerías de variados compartimientos, las colunitas y los cimbanillos, los animales encaramándose á la torre, todos los caracteres en fin reproducidos constantemente en las catedrales de la edad media, hasta los mismos nichos; pero de una composicion, de una traza de tal modo cristiana, que el artista hubiese debido antes dejarlos vacíos que colocar en ellos otras figuras que las de santos.

Tiene la casa de la ciudad una segunda fachada, pegada á la que acabamos de dar á conocer, y que la prolonga hácia la calle de S. Gery. Posterior á la primera (1576), está revestida de aquella forma de arquitectura llamada con justicia estilo del renacimiento; puesto que tras los siglos de ardiente y pura creencia, llegó un momento en que debilitándose la fe, no buscó en ella el artista sus inspiraciones, y no pudiendo innovar volvió sus miradas hácia la herencia legada por los antiguos: tomó á los romanos sus formas, sus ornatos á los griegos, é hizo del todo un conjunto, que luego no ha hecho mas que empobrecerse para simplificarse, mas que encogerse para estar al alcance de las posiciones y de las fortunas.

EL PERRO FILARMONICO.

El efecto que producen los sonidos en los irracionales es generalmente conocido, á lo menos tocante á algunas especies: el afan con que el ruiseñor distrae con tiernas melodías á su amada compañera haciéndole mas soportables los cuidados de la incubacion; el bélico ardor y generosa impaciencia que al caballo inspira el sonido de la trompeta; el movimiento y placer que comunica al rebaño la flauta pastoril; y otros varios hechos de la misma naturaleza prueban que los animales son muy sensibles á los encantos de la música. Esta les causa el mayor placer, y aun el adusto cerdo anda con no usada ligereza al son del tamboril y de la gaita. Entre los animales que ocupan el primer lugar como filarmónicos cuéntanse los pájaros, algunos de los cuales son susceptibles hasta cierto punto de enseñanza; pues retienen en la memoria y reproducen alguna breve tocata que se les enseñó con la flauta ó el organillo. Sin embargo, las observaciones hechas hasta ahora prueban que el oido de los irracionales puede solo apreciar una sucesion de sonidos simples (que constituyen la melodía), ó á lo mas, algunas consonancias tambien muy sencillas; pero ninguna observacion que sepamos ha manifestado hasta ahora que pudiesen comprender y saborear las complicadas combinaciones del contrapunto, y numerosas consonancias de la armonía. El hecho que vamos á referir, reciente y público en Barcelona, y del cual hemos sido testigos varias veces, prueba que la naturaleza presenta en esto sus escepciones, y que un irracional puede complacerse con el armónico estrépito de una grande orquesta. El individuo que nos ocupa fué un perro, conocido en Barcelona por el *perro filarmónico*. No se crea que el tal individuo de la raza perruna disfrutase una vida regalada, ni aquellas comodidades que aumentan la sensibilidad y delicadeza del organismo; al contrario, no teniendo dueño, vivia sujeto á la inclemencia de las estaciones y del hambre: pertenecia á esta república de perros que se hallan entre nosotros sin dueño ni albergue; que á duras penas pueden procurarse la subsistencia entre palos y malos tratamientos, y que por la noche se refugian en un cuerpo de guardia ó en una casa á medio edificar, etc. El individuo de que tratamos tenia hábitos muy singulares: siempre que habia funciones solemnes en alguna iglesia, era seguro hallar el *perro filarmónico* echado junto á la orquesta, prestando atento oido en una interesante inmovilidad. En el teatro era aun mas conocido, pues en ningun dia de ópera faltaba el perro junto á la orquesta, donde permanecia hasta el fin; y tanta era su aficion, que daba muestras de disgusto cuando al abrir las lunetas inmediatas metian el ruido acostumbrado los señores abonados. Si al levantarse el telon veia representar la compañía dramática, se volvia al punto. Tanto tiempo siguió este método de vida, que al cabo sin entrar en el teatro conocia los dias en que solia trabajar la compañía italiana; y además estaba al corriente de todas las iglesias en que se daban funciones solemnes. Así este animal tanto escitó el interés de los Barceloneses, que ni en el teatro, ni en parte alguna donde era conocido se le molestaba; y hasta fué sentida su ausencia por algunos filarmónicos, cuando al fin desapareció y no se supo mas de él. No deja de ser curioso el hecho, y tanto mas notable, cuanto que los perros en general son animales muy antipáticos á la música, aunque su instinto los acerca al hombre. Esto prueba al parecer, que el efecto de la música en los animales se verifica antes por la analogía del sentido auditivo que por la del espíritu; pero si es así, ¿cómo los pájaros son los mas filarmónicos, al paso que su organizacion es tan poco análoga á la del hombre? dejamos esta cuestion para los naturalistas y los que se dedican á la anatomía comparada.

P. Reinés.

CIRCO DE CARACALLA ó DE ROMULO.

BAJO RELIEVE EN ÉL ENCONTRADO.

Al salir de Roma por la puerta Capene, y tomando por la via Apia, encuéntranse no lejos de este célebre camino unas vastas ruinas, tenidas largo tiempo por los restos del circo de Caracalla, pero que desde 1825 reconociérase haber pertenecido á otro circo consagrado por los años 311 de nuestra era á Rómulo, hijo de Majencio, que habia sido dos veces cónsul, y recibiera despues de su muerte los honores del apoteosis. Desde entonces, el nombre de Caracalla ha sido reemplazado por el de Rómulo. Diferenciábanse los circos de los anfiteatros, ó dobles teatros, en que estos estaban solo destinados á los combates de gladiadores y á las representaciones teatrales, mientras servian los primeros para los juegos celebrados en las fiestas y ceremonias sagradas. Los mas bellos restos de anfiteatros que se poseen son: el Coliseo en Roma, y las Arenas en Nimes; siendo las ruinas del circo de Rómulo las únicas que de semejantes edificios puedan dar una exacta idea. Dicho circo abraza un espacio de 1560 pies de longitud, sobre 240 de latitud. Encontrábase la puerta principal en medio del pequeño lado rectángulo, y á su lado, en el interior del edificio, las cocheras de donde salian los carros que disputaban el premio de la carrera. Echanse de ver aun

en los escombros de la pared, grandes montones de tierra con trazas de estar allí colocados para facilitar la construccion. La arena destinada á los luchadores estaba dividida en dos partes en toda su longitud por una pared de 6 pies de largo y 12 de alto, y era lo que se llamaba la Spina, la cual estaba adornada con estatuas, templetes y obeliscos, encontrándose en ambos estremos los meta, ó límites, pequeñas torres en forma de quillas. Sin duda á esta Spina perteneciera el magnífico obelisco egipcio encontrado junto allí, y que adorna hoy dia la plaza Navona en Roma. Este soberbio monolitho de 51 un pies de elevacion, ha sido hábilmente colocado encima de una roca que ocupa el centro del antiguo circo agonalis. Lo notable del circo de Rómulo, es que ningun vestigio presenta del foso de 10 pies de latitud sobre 10 de profundidad llamado *Euripus*, y que estaba destinado á poner á los espectadores al abrigo del alcance de las fieras que un bárbaro placer desencadenaba en aquellos recintos contra otros animales, ó contra los mismos hombres. Este circo, como todos los establecimientos de este género, no estaba cubierto; siendo probable que de uno á otro estremo estendiesen una vasta tela, conforme se practicaba en los teatros. Este género de cubierta, en que los romanos desplegaron despues tanto lujo, hacia mas fáciles las corrientes de aire, é impedia llegase la atmósfera al grado de sufocante calor de nuestros salones de espectáculo.

Cuando las escavaciones verificadas en diferentes intervalos en el lugar del circo de que hablamos, á mas del obelisco de la plaza de Navona, encontráronse gran número de estatuas, bajo-relieves é inscripciones. Entre aquellos curiosos monumentos del antiguo arte, citarémos particularmente un bajo relieve, cuyo asunto escitará la curiosidad de los arqueólogos, a la par que su admiracion. Echase de ver en él una mujer sentada, dando de comer á dos asnos ó á dos mulos. Cúbrele luengo vestido, y ciñe su cabeza, segun se puede juzgar por el estado de degradacion de aquella parte del bajo relieve, una corona de espigas. Qué mujer es esta? Es una diosa, ó una sacerdotisa de alguna divinidad? Ambas opiniones han tenido igualmente sostenedores. A los ojos de ciertos anticuarios, es Céres, símbolo de la agricultura, dando de comer á los animales á ella consagrados. Es verdad que no era el asno el animal por excelencia que ofrecia el paganismo á la diosa de las mieses, sino una gorda marrana ó un morueco. Pero algunas investigaciones nos han manifestado que tambien el asno y el caballo le fueron consagrados, por haberse convertido en jumento, segun cuenta la fábula, para escapar á la persecucion de su hermano Neptuno. Vanos esfuerzos, pues el libertino Dios se transformó en caballo, y la hizo madre del caballo Arion. Este enlace del culto del caballo con el de Céres, encuéntrase entre los Figalienses, quienes bajo el nombre de la negra Céres, adoraban á una diosa con cabeza de yegua y melena de dragon. Con mas verosimilitud algunos sabios pretendieron ver en esta mujer á la vestal Anemuria, antigua sacerdotisa de Céres, quien adiestró, segun dicen, para las carreras del circo, algunos asnos venidos de la Arabia, conforme aparecieron á veces, particularmente desde la época de los Antonios. Un autor anónimo de una descripcion de la ciudad de Roma, de donde sacamos esas noticias, llega á pretender que ese bajo relieve indicaba el lugar que debian ocupar las Vestales en el teatro; pues á semejanza de las sacerdotisas de Céres, desde el reinado de Neron podian asistir á los juegos públicos.

Por mas fundadas que sean esas dos hipótesis, nunca pasan de hipótesis de anticuarios, y es sabido desde largo tiempo el grado de confianza que se les debe otorgar.

Pero aun cuando no debiese considerarse en ese bajo relieve sino la habilidad del cincel que lo ha producido, no podria menos de reconocerse en él la obra de una mano romana, formada en la difícil imitacion del arte griego en toda su pureza.



Bajo relieve del circo de Rómulo.

IRLANDA. — DUBLIN.



Vista de la Aduana de Dublin.

IRLANDA. — DUBLIN.

La Irlanda encierra uno de los pueblos mas miserables del mundo, y el que menos esfuerzos ha hecho para escapar de su miseria; uno de los mas apegados á las prácticas de la religion y de los menos instruidos sobre su verdadero espíritu; uno de los mas ingeniosos y de los mas sencillos; de los mas bravos y mas inclinados á crueles venganzas; de los mas ejercitados á las privaciones y de los menos sobrios; de los mas tenaces en sus resoluciones y de los mas ligeros en sus designios; de los mas inclinados al trabajo y de los mas perezosos. Puede decirse de él que tiene siempre un defecto como correctivo de una cualidad; su carácter es un compuesto de candor y de sutileza. Los irlandeses se prestan fácilmente á la disciplina militar; la miseria arrastra á las filas del ejército á una multitud de jóvenes que llegan á ser escelentes soldados; siendo la Irlanda la que suministra casi esclusivamente los reemplazos á la Gran Bretaña. Débesele al propio tiempo crecido número de oficiales distinguidos en todos los grados. La disposicion para la carrera de las armas es de consiguiente uno de los puntos de vista mas ventajoso bajo que puede mirarse á los irlandeses. Comprimido por una subordinacion que impide los desvíos, el espíritu nacional de ese pueblo se ostenta verdaderamente elevado y digno de los mayores elogios.

La capital de Irlanda, situada en la provincia de Leinster, una de las cuatro divisiones de aquel reino, es una grande y magnífica ciudad. Figúrese el lector al estremo de una bahía, que podria compararse á la de Nápoles si el cielo de Irlanda se pareciese al de Italia, una vasta ciudad dividida por un rio en dos partes iguales; represéntese en su imaginacion al norte y al este de dicha ciudad un terreno formando suave declive, é imagínese en el sur la vista deliciosa de elevadas montañas, y tendrá una idea de la bella situacion de Dublin. Cada lado de su forma cuadrangular ocupa una legua de estension; y llenan su recinto 17.000 casas. La capital de Irlanda está adornada con bellas construcciones. La aduana, espléndido edificio con cuatro fachadas, rematando la principal en una hermosa cúpula adornada con la estatua del comercio; y la iglesia de S. Werburgo, notable por la ligereza de su puerta principal y por su flecha que se eleva á la altura de 150 piés. La Bolsa, abierta en 1779, y cuyos gastos para la construccion se cubrieron con el producto de una lotería, presenta en su frontispicio tres puertas abiertas sobre un peristilo que remata en una media naranja, sostenida por doce colunas, y formando un paseo circular. Frente la entrada del norte elévase una estatua de bronce de Jorge III, sobre un pedestal de mármol blanco. El palacio de justicia, llamado las Cuatro cortes, es de una estension y de una arquitectura majestuosa; su cúpula domina toda la ciudad. Lejos está de corresponder á la belleza de esos edificios el palacio del lord lugarteniente; antes échase de ver que es una vieja fortaleza destinada á diferente uso; sin embargo de que tiene en el interior la mayor magnificencia. Otras fábricas hay todavía notables bajo diferentes aspectos: la catedral de S. Patrick es uno de los mas antiguos edificios de la ciudad; fué erigida por el arzobispo Comyn en 1190, adornada con un campanario en 1370, y rematada con una flecha en 1750.

El césped de S. Estevan, *Saint-Stephen's green*, es la plaza mas grande de Dublin; tiene cerca de legua y media de circunferencia; y es un bello paseo compuesto de una alfombra de yerba y de doble fila de árboles, cuyo centro está adornado con la estatua ecuestre de Jorge II. No pasarémos en silencio el vasto dominio real llamado el parque *del Fénix*, nombre que toma de una coluna de mármol, en cuya cima hay la imágen de esa ave fabulosa: erigiérase en dicho parque un monumento al duque de Wellington. Harémos igualmente mencion de la coluna erigida á la gloria de Nelson ante la bella posada de las Postas. Al extramuros occidental de la ciudad vese el hospital real de Kilmainham, fundado por Cárlos II para los inválidos del ejército irlandés, segun el plan del de Chelsea. Otro establecimiento no menos notable, siquiera por su orígen, es el hospicio de los locos, fundado por el dean Swift, tan conocido como autor de los *Viajes de Gulliver*, y en el cual dícese falsamente que encontró un asilo cuando perdió la razon.

Las fábricas que atañian á la prosperidad comercial de Dublin, no se ejecutaran con menor perseverancia y atencion que las que tenian por objeto su embellecimiento. Así se admira un gran canal que pasando por esa ciudad desagua en el rio Shannon, y une la navegacion del mar de Irlanda al del Océano atlántico; una pared de treinta pies de espesor sobre diez de elevacion, encima la marea alta, construida á la entrada de la bahía para impedir la reunion de dos bancos de arena, conocidos bajo el nombre de Toro del Norte y Toro del Sur, *Nort Bull* y *South Bull*; la Casoon, edificio circular que parece salir del seno de las olas; el nuevo fondeadero construido para recibir los paquebotes que llegan cada dia de Inglaterra, sin otros que pueden contener algunos millares de navíos; en fin, en toda la estension de la ciudad, encerrado el rio en pretiles, prueban que nada útil se ha echado en olvido.

Dublin ha llevado diferentes nombres: Tolomeo le dió el de *Eblana portus*; tomó en seguida el de *Auliana*, del nombre de la hija de Alpino, que se ahogó en el Liffey; y llamáronla posteriormente *Dublana* ó *Dubleana*, que significa el negro lago del mar; en idioma gaélico *Bala-na-Cleib*, es decir la ciudad del vado de los zarzos, en razon á que sus habitantes se servian para pescar de *zarzos*, instrumento todavía en uso en diferentes costas de las islas británicas, y en la mayor parte de las de Francia. En tiempo de Tolomeo no era esa ciudad mas que un miserable monton de chozas de pescadores, puesto que en el siglo XII, aunque fuese la mas bella ciudad del reino de Leinster, y encerrase algunos edificios de piedra, era tan poco considerable, que Enrique II que se apoderara de ella la dió en albricias á sus súbditos de Bristol. No tomó incremento sino un siglo mas tarde; recibió varios adornos bajo el reinado de Isabel, y engrandecióla Cárlos I; mas arruináronla las guerras civiles hasta tal punto, que á principios del siglo XVIII, citábasela como una de las ciudades menos importantes de Europa, y no hará sino como medio siglo que ha tomado el rango que ahora ocupa.

La Irlanda está cubierta de pobres; la comodidad

es un estado de escepcion que se reduce á un número de familias muy pequeño comparado con las que viven en una completa desnudez; la sola escusa que puede alegar un apuro llevado mas lejos de lo que se halla en cualquiera otra comarca, es que ha llegado á ser comun condicion. La Irlanda no tiene como la Inglaterra una contribucion para los pobres; la caridad pública está solo encargada de proveer á las necesidades que puede satisfacer; y las privaciones hacen lo demas. Sin embargo, á tal punto han llegado las cosas, que no podrian existir así largo tiempo. La poblacion indigente es numerosa en Irlanda, mas los terrenos incultos son inmensos, dice M. d' Haussez; si se aplicasen algunos brazos al cultivo de una tierra hoy dia sin valor; si se ocupaban en recoger socorros para suplir la insuficiencia del producto del trabajo, podrian aliviarse muchas miserias. Si antes de establecer la contribucion de los pobres, ó en razon de la desproporcion de los recursos con las necesidades, se hacia la aplicacion de un sistema de trabajo y actividad, se sacaria una ventaja tanto mas grande, cuanto que por necesidad y por hábito son los irlandeses mas sobrios que los ingleses. Con que se añadieran algunas patatas al alimento de una pobre familia irlandesa, habria bastante para crearle una especie de bienestar, al paso que le familiarizara con el trabajo el cultivo de un olvidado pedazo de tierra.

ANÉCDOTAS DE CHAPELLE.

Chapelle, el alegre amigo de Bachaumont, y su ingenioso compañero de viaje, se habia abandonado á la pasion del vino, pasion desgraciada que le hizo cometer mas de una vez imperdonables estravagancias. Tal es la célebre aventura de Auteuil, tan fuera de propósito puesta en duda por Voltaire, y que atestigua Racine en las memorias sobre la vida de su padre.

El mal estado de la salud de Moliere reclamaba indispensablemente el aire del campo, y para gozarlo á sus anchuras alquilara en la aldea de Auteuil una casita de que disponia Chapelle, así como de la mesa de su amigo, á quien no era dado ya hacer los honores. La aventura que vamos á contar, fué el final de una cena celebrada en dicha casita. Los convidados eran Chapelle, Despreaux, tres calaveras y el comediante Baron, todavía muy jóven; Moliere habia tenido que meterse en cama á causa de una ligera indisposicion. Parte de la cena fué tal cual debia ser entre gentes de ingenio y de buen humor. Una vez les hubo el vino calentado la cabeza, cayeron insensiblemente sobre la moral. Merecieron largo tiempo sus reflexiones las humanas miserias, y habiendo alguno citado la máxima de los antiguos: *Que la primera dicha es no nacer, y morir presto la segunda*, tomáronle todos por un consejo saludable, y resolvieron sobre la marcha irse á anegar. Corren á la playa que está cerca, y el Baron espantado, clama auxilio y va á dispertar á Moliere. Vuelan trás ellos y los apartan del agua. Este servicio escitando su cólera, persiguen á sus bienhechores espada en mano. Preséntase Moliere, pregunta á sus amigos, y finge aplaudir sus proyectos. Quéjase luego de su falta de amistad: «Qué les habia hecho para que quisieran ahogarse sin él? «La injusticia era manifiesta, convino en ello Chapelle, y todos á la vez le invitaron á anegarse con ellos: «Ahora mismo? replicó Moliere, tan bella accion debe quedar sepultada en las tinieblas de la noche? Mañana, en medio del dia, á la presencia de todo el mundo, irémos á arrojarnos al agua, la cabeza lo primero.» El heroismo del nuevo proyecto arrebató todos los sufragios, y como es de presumir, al dia siguiente no se acordaron ya de las miserias de la vida sino de buscar nuevas diversiones.

Naturalmente alegre, Chapelle no entraba á tratar de lo serio sino cuando estaba borracho. En una cena que hizo mano á mano con un mariscal de Francia, el vino les recordó por grados diversas ideas filosóficas y morales, y dispertó en ellos sentimientos cristianos. Reflexionaron profundamente sobre las desgracias anexas á la humana condicion; y convinieron en que nada hay mas peligroso que el vivir sin religion; mas hallaron que era imposible vivir en el mundo gran número de años como bueno y verdadero cristiano. Acabaron por envidiar la dicha de los mártires. «Algunos momentos de dolores les han valido el cielo. Pues bien, esclama Chapelle, vámonos á Turquía á predicar la fe. Nos conducirán delante de un bajá; yo le contestaré como es debido; vos contestaréis como yo, Sr. mariscal; empalaránme, seréis empalado; y hénos aquí santos.—Como! esclama lleno de cólera el Mariscal, os toca á vos, camarada, darme el ejemplo! Yo soy quien hablaré el primero al bajá, y el primero que seré martirizado, yo, mariscal y duque y par de Francia.—Cuando se trata de la fe, replica tartamudeando Chapelle, me rio del mariscal, del duque y del par de Francia.» Arrójale el mariscal el plato á la cabeza, precipítase sobre él Chapelle, y vuelcan mesas, sillas, y taburetes, y solo con gran trabajo logran separarlos.

He aquí el ejemplo de una ternura bastante singular. Iba Chapelle á comer con alguna frecuencia en casa una dama de mucho talento y noble alcurnia. Como estuvieran un dia largo tiempo sobre mesa, llegó la camarera, y no quedó poco admirada al ver anegada en llanto á su señora, y á Chapelle agobiado de tristeza. A las preguntas de la dueña sobre la causa de lo que estaba viendo, respondió Chapelle suspirando que lloraban la muerte del poeta Píndaro, víctima desgraciada de la ignorancia de los médicos, quienes le habian muerto con remedios contrarios á la enfermedad. Amen de todo esto, hacian largos elogios del Poeta, detalles inmensos de sus bellas cualidades y de sus talentos poéticos. Conmovida hasta lo íntimo de su corazon la buena camarera juntó sus lágrimas á las de su señora, y los tres continuaron condoliéndose con lágrimas y suspiros de que hubiese perecido tan lastimosamente tan grande hombre. Es sabido que Píndaro, el príncipe de los poetas líricos griegos, vivia cerca quinientos años antes de Cristo!

Los desvaríos que frecuentemente ocasionaba el vino á Chapelle affigian á sus verdaderos amigos. Algunos dias despues de una aventura estrepitosa, Despreaux encontró á Chapelle en la calle, y viéndolo con aire algo confuso, creyó que habia llegado por último el momento de su conversion. La mas cordial franqueza dictó al punto á Despreaux cuanto podia hacer entrar á Chapelle en sí mismo. Este, llorando de emocion, esclama que ha tomado ya su partido y

que quiere corregirse. Despreaux lo abraza lleno de júbilo: «Conozco, continua Chapelle, cuanta razon tienes. Acabas, de persuadirme, querido amigo mio, pero entrémonos aquí, y hablarémos mas libremente.» Arrástrale á una vecina taberna; traen una botella, beben trago sobre trago, habla Despreaux. Chapelle aplaude. A la vaciada botella siguen otras y otras. En fin Despreaux haciendo presente á su amigo el daño que le acarreaba su vergonzosa pasion al vino, y Chapelle dándole las gracias y protestando sin cesar no beber mas, pero bebiendo siempre, los dos se embriagaron de tal modo, que fué preciso llevarlos á sus casas. En vista de tal ensayo juró solemnemente Despreaux no trabajar mas en la conversion de Chapelle, quien murió sin que hubiese menguado en lo mas mínimo su pasion al vino.

IRLANDA. — LA GRUTA DE LOS GIGANTES.

Los cinco reinos en que estaba dividida antiguamente la Irlanda, forman hoy dia cuatro grandes provincias, que conservan los nombres de cuatro de ellos, á saber: Leinster, Munster, Connaught y Ulster, que vamos á recorrer rápidamente y á describir lo que de mas curioso encierran.

En Olly Brook, provincia de Leinster, vivia aquel Roberto Adair, tan famoso en sin número de canciones de Irlanda y Escocia, de quien se cuenta la siguiente anécdota. Habiendo un escocés oido hablar de las báquicas proezas de Roberto Adair, llegó de Edimburgo con el objeto de proponerle un desafío con botella. Apenas desembarcado en Dublin, preguntó á todo el mundo: *Ken ye on Robert Adair?* conoceis á un tal Roberto Adair? Indicáronle al punto su morada. Fuése para ella, pidió hablarle y le comunicó su proyecto. Roberto Adair estaba entonces á la mesa, y ofrecióle evacuar de corrida el negocio; mas no quiso aceptar nada el escocés, y le dijo que estaba todo preparado en la posada de Bray. Trasladáronse los dos campeones al campo de batalla: apurada la décima botella, cayó el escocés debajo la mesa; hizo traer la oncena Roberto Adair, la cual engulló en presencia de los mozos sin tomar aliento; y montando luego á caballo se volvió tranquilamente á su casa. Metió bastante ruido en Edimburgo la aventura del escocés, á quien se acercaban todos sonriendo: *Ken ye on Robert Adair?* le preguntaban *I ken the dil*, al diablo es á quien conozco, contestaba: «A fuer de escritor imparcial, dice un viajero moderno, y haciendo cual se debe justicia á todo el mundo, estoy convencido que si se volviese á dar la batalla en nuestros dias, venceria en la lucha el escocés.»

Vense junto á Glandalough los mas antiguos restos de la devocion de nuestros abuelos; la antigüedad de aquellas ruinas se remonta á los primeros tiempos del cristianismo. En ella fundó un monasterio S. Kevin ó Cavan sobre las ruinas de un monumento de los Druidas, quienes, como es sabido, buscaban siempre para su culto los lugares mas salvajes. Fué por largo tiempo un obispado, y está reunido ahora al de Dublin. Admíranse aun las bellas ruinas de siete iglesias, y una de esas torres redondas cuyo orígen es desconocido, y que tan comunes son en Irlanda, las cuales se parecen todas, y todas tienen una puerta á quince ó veinte pies del suelo, generalmente de cara al este; y algunas ventanas estrechas, careciendo hasta del menor vestigio de escalera en el interior, si se exceptuan algunas adrajas que sostenian quizás diferentes techos. Estas torres, cuya altura varia de 60 á 100 pies, se encuentran siempre en las cercanías de una iglesia ó de una célebre abadía. Profesan los irlandeses la mayor veneracion á las ruinas de Glandalough, á las que acuden en romería; pues segun una leyenda curan todas las enfermedades, bastando el que tenga el brazo lastimado con que lo pase por entre el agujero de una piedra para que cure al instante; sin que falte un lugar para poner la cabeza, y otro para frotarse las espaldas. El lecho de S. Cavan, al cual solo se llega con gran dificultad siguiendo la rápida vertiente de la montaña que domina el lago, está abierto en la roca, y es de seis pies de largo: afirman los habitantes que la persona bastante atrevida para deslizarse hasta aquel punto y tenderse en el estraño lecho del Santo está segura de morir mas que centenaria.

Bantry, en la provincia de Munster, es una pobre y pequeña ciudad, situada en el fondo de una soberbia bahía, rodeada de un país estéril, montañoso y lleno de rocas, en medio de las cuales encuéntranse no obstante deliciosos puntos de vista. Entre Glangariff y *Bear haven* (puerto del Ours) descúbrese una cascada muy elevada que cae casi perpendicularmente de una altura prodigiosa de la montaña llamada *the hungry hill*, la montaña hambrienta. La isla Whiddy encierra antiguos muros, erigidos cuando los habitantes se ocupaban en la salazon de la sardina, abundante en otro tiempo en estos lugares, y escasa desde la batalla que se dió entre franceses é ingleses bajo el reinado de Guillermo III. El salto del clérigo, *He priest leap*, es una alta montaña á algunas leguas de Bantry; en cuya cima, segun cuenta la tradicion de la comarca, un santo sacerdote que iba de Kerry á Bantry, para visitar á un enfermo supo que este estaba á punto de morir. Temeroso en su vista de llegar tarde, retrocedió algunos pasos, y precipitóse desde una altura de cien pies. Muéstrase todavía junto á la ciudad la roca sobre la cual cayó y prosténnase el pueblo ante la señal que dejaron sus rodillas, sus dedos, y su naríz.

La hermosura del lago de Killarney atrae á sus orillas gran número de curiosos desocupados de que abunda la Inglaterra. Por lo demás, este lago merece la reputacion de que goza, pues entre las escarpadas montañas de que está rodeado une la de Mangerton, tiene en su cima un receptáculo de inmensa profundidad, del cual nace, despues de fuertes lluvias, una hermosa cascada, mientras que la roca llamada el *nido de las águilas* por servirles de nido, hace resonar numerosos ecos que al solo sonido del cuerno producen el estrépito y rumor de cien instrumentos y el prolongado estampido del trueno al disparo de un arma de fuego. Recibe por todas partes el tributo de veinte riachuelos, que ora atraviesan acá campos y praderas, allá bosques espesos é impenetrables á los rayos del sol, ora forman espumosas cascadas, siendo la mas notable la de O' Sullivan, la cual dejando su verde cuna, se precipita con espantoso fragor desde una altura de setenta pies.

Las venerables ruinas de la abadía en la península de Mucoruss inspiran un sentimiento de religioso horror sumamente agradable: el tejo, colocado en medio

del claustro, lo cubre enteramente con sus ramas, y deja pasar apenas algunos rayos de luz sobre las tumbas y osarios que le rodean. Están los habitantes en la persuasion de que el temerario mortal que osara cortarlo, ó herirlo tan siquiera, pereceria infaliblemente aquel mismo año; y tienen la mas fervorosa devocion al Santo del lugar, al cual acuden en romería, y hacen penitencias, que consisten en andar cierto número de veces al rededor del edificio, recitando oraciones. Entierran tambien en este lugar sus muertos, que traen algunas veces de una distancia prodigiosa, y colocan al sur ó al este de la iglesia, por ser el norte tenido comunmente como el lado del diablo, y estar el oeste reservado á los niños muertos sin bautizar, á los soldados y á los estranjeros. Como tienen por la mas escandalosa impiedad el transportar los restos de los féretros, hay dos largas bóvedas del monasterio enteramente llenas de ellos.

El rio mas considerable de Irlanda es el Shannon, por el cual tienen sus habitantes una singular veneracion, de que parece digno; sin que nadie sea tenido por verdadero irlandés sino despues de haberse sumergido en él. Están las orillas guarnecidas de elevadas rocas y de profundas cuevas, en las cuales van á romperse las olas con furor. Vense á algunas millas, sobre una roca casi enteramente desierta, restos de fortificaciones, y hasta vestigios de una pequeña ciudad; en cuyo interior colúmbranse las calles y los cimientos de las casas, que segun sus estrechas formas, no parece hayan sido mas largas que las cabañas ordinarias, á pesar de ser un tanto considerable el recinto fortificado.

La provincia de Connaught encierra mil curiosidades naturales. Hay en ella una fortaleza redonda, llamada Palacio de Dondorlass, residencia, segun se dice, de Goora, rey de Connaught, la cual dista poco de una célebre ciudad llamada Ardrahan; y que no es ahora mas que una aldea, pero que se asegura haber sido inmensa: en verdad, si lo ancho de un camino que conduce á una ciudad puede dar una idea de su



Gruta de los Gigantes.

estension, Ardrahan debió ser una de las mas vastas del universo. Llámase este camino en irlandés: *Bothar lean da nae mias*: camino por el cual fueron seguidos los platos, la historia de cuyo nombre, es segun dicen bastante curiosa. Habíase S. Macduagh retirado con un monge á la montaña para hacer oracion; cuando al cabo de dos dias empezó este á murmurar, y dijo al piadoso Macduagh: «No se ofenda vuestra santidad, mas vos me habeis conducido á esta desierta montaña para perecer de hambre; sé que el Rey da hoy un gran convite, y no me disgustaria asistir á él.—Oh hombre de poca fe, replicó el Santo, pensais que os conduje aquí para haceros perecer?» Y púsose al punto á rezar con mas ardor que nunca. De golpe quedó encantado el monge al ver á su presencia una escelente comida. Sin embargo, el Rey y su Corte, despues de una partida de caza, al volver muy hambrientos á su albergue, tuvieron el dolor de ver cual iban desapareciendo los platos de su mesa. Hicieron en aquel momento lo que hubiera hecho todo el mundo en su lugar, y que parece muy razonable: cocineros, criados, palafreneros, dejando toda otra tarea, acompañaron al Rey y á los señores que, bien á pie, bien á caballo, seguian al gran galope los platos fugitivos. Llegó la comida á pesar de todo un cuarto de hora antes que ellos; y el monge, que em-

pezaba ya á regodearse, columbró con espanto aquella muchedumbre que se dirigia contra él vociferando. Quejóse de nuevo al Santo, diciendo que mas le valiera que no le hubiese dado de comer que hacerle sacudir por los cortesanos. «Oh! hombre de poca fe, repitió el Santo, déjalos llegar.» Llegaron en efecto; mas así que estuvieron á treinta pasos de la mesa púsolos el Santo en la situacion mas desagradable, pues clavó sus pies en la roca, y les obligó á asistir á la comida del monge. Llamóse desde entonces, y todavía se llama, aquella senda: el camino por el cual fueron seguidos los platos.

Edificárase á alguna distancia, en el siglo XV, un castillo formidable, que opuso, segun se asegura, una larga resistencia á los soldados de Cromwell, quienes empezaban ya á retirarse, cuando al asomarse á una ventana el pobre Gobernador, contento de su victoria, tendióle muerto un arcabuzazo, con cuyo suceso no tardó en rendirse el castillo. Dos grandes lagos separan casi enteramente del resto de Irlanda los lugares de Conorama y de Connaught. Jamás han penetrado los ejércitos en el interior del país, que ha sido én todos tiempos el asilo de los desertores y de los contrabandistas, sirviendo aun hoy dia de retiro á pobres aldeanos, que bajando de sus montañas, van á alistarse á la otra parte de los lagos, y cuándo estan vestidos y pagados, vuelven á pasar el agua una bella mañana, y ya no se oye hablar mas de ellos.

A los alrededores de Westport está situada aquella famosa montaña á cuya cima hizo venir S. Patricio todos los diablos y todas las bestias venenosas á fin de precipitarlas en el agujero que en ella se ve todavía. *Crough Patrick* está formada á manera de cono, y se asemeja á un volcan, pudiendo ser muy bien que el agujero de S. Patricio no fuera mas que su cráter. Está el país cubierto de ruinas de abadías y de fuentes sagradas; y entre ellas muéstrase una larga piedra, objeto de veneracion para los habitantes, los cuales pretenden que la gastó S. Patricio á fuerza de arrodillarse en ella.

Encuéntranse la gruta y el camino de los Gigantes en la provincia de Ulster, debajo de un viejo castillo, cuya entrada ès solo posible á las cabras, teniendo que pasar los mortales por una arcada de un pie de largo, sin balaustrada, y sobre un espantoso precipicio. Lo que mas llama la atencion al aspecto de la gruta de los Gigantes son las rocas perpendiculares, de cuatrocientos ó quinientos pies de elevacion, que se elevan del seno del mar. Distínguense fácilmente las diferentes capas que las componen, las cuales son ya de una piedra rojiza, ya de basalto, ya de piedras calcinadas, blancas como la nieve, y mezcladas con otras de fuego, estando en algunos parajes colocadas en colunas regulares, con alguna semejanza á un juego de órgano. El camino de los Gigantes, *Giants-Causwray*, es un fragmento separado de la montaña, que estando la marea baja, se puede recorrer hasta bastante lejos. El fenómeno mas notable de los pilares que le sustentan es que no son de una sola pieza, sino en piedras cortadas, de las cuales la superior es siempre convexa, y se ajusta perfectamente con la que sigue, que es cóncava. En la misma direccion, á diez ó doce leguas en la costa de Escocia, la isla de Staffa está compuesta de pilares parecidos y no menos dignos de atencion.

INSTITUCIONES JUDICIALES

DE INGLATERRA.

Westminster.—Hall.—Sentencia de un par.—Proceso y ejecucion de lord Ferrers, 1760.

ARTICULO I.

El conde Ferrers, descendiente de una de las mas ilustres familias inglesas, pues entre sus antepasados contaba el conde de Essex, y miembro de la cámara de los lores, ya hacia tiempo que contrajera la costumbre de embriagarse casi cada dia, cuando se casó con la hija de Sir William Merewith. Desgraciadamente para él, y mucho mas para su esposa, no le corrigió el matrimonio de tan torpe vicio, al cual continuó dándose con mas desenfreno; y aun estando en ayunas era tan furioso, suspicaz y vengativo, que generalmente se le tenia por loco. Cuando la borrachera le privaba de la poca razon que aun poseia, poníase terrible, y parecia siempre pronto á cometer los mayores escesos de violencia y crueldad; de manera que, temiendo á cada paso por su vida, la condesa solicitó y obtuvo un *bill* de separacion de cuerpo. Entonces á peticion del mismo Conde dióse el encargo de administrar todos los bienes de ella á un antiguo servidor de su familia, llamado Johnson.

Pasaron dos años; y furioso por no haber podido sobornar al fiel criado, y quitarle una hacienda lucrativa que á este se le habia prometido y cedido por arriendo, lord Ferrers resolvió vengarse asesinándole; y para ello, el domingo 13 de enero de 1760 mandó á Jonhson un recado para que viniese á avistarse con él el viernes próximo, á fin de ordenar y arreglar ciertos papeles y cuentas.

El dia indicado, á la hora señalada, el desgraciado administrador pasó efectivamente á Slauton, condado de Leicester, donde residia su amo, sin temor ni sospecha, pues hacia algun tiempo que el Conde, para atraerle al lazo que le preparaba, aparentaba un cambio completo para con él, y le daba públicas pruebas de estimacion. Todo estaba dispuesto: miss Clifford, el aya de los niños, recibió órden de ir á pasar el dia en casa de su padre, y de no volver hasta las cinco y media de la tarde; tambien habian salido los demas criados con diferentes comisiones, y solo quedaban en casa tres cocineras.

Una hora habria que lord Ferrers se encerrara con Jonhson en un aposento escusado, cuando una de aquellas mugeres, oyendo ruido, fué hasta la puerta por si veia ú oia algo.

«Firme V. este papel, gritaba irritado el Conde.

—Nunca un hombre de bien se declaró bribon á sí mismo, contestó Jonhson con calma y firmeza.

—Firme V., firme V., ó va V. á morir, repuso el Conde cada vez mas furioso.

—Acaso quiere V. asesinarme, mi lord? Oh! no, es imposible, dijo Jonhson ya inquieto.

—Te equivocas, miserable, gritó el Conde.... De rodillas, ruega á Dios por tu alma... vas á morir.»

Y al mismo tiempo la mujer, que estaba escuchando á la puerta, oyó un pistoletazo, y un grito. Muerta de susto, fuése á su cuarto sin atreverse á contar á sus

compañeras el horrible secreto, cuya revelacion debia á su curiosidad.

Aunque herido mortalmente, Jonhson aun vivia; y compadeciéndose de los dolores que sufria, y no osando rematarle, como lo declaró despues él mismo lord Ferrers, mandó á las dos mugeres que estaban en la cocina que lo llevasen á su cama, avisasen á su familia y llamasen un cirujano, haciéndose luego traer algunas botellas de su mejor vino. Acudió al punto la hija de la víctima; y al verla, dejó él en la mesa el vaso, cuya mitad acababa de beber, y con gran frialdad le declaró que habia asesinado á su padre de un pistoletazo *con premeditacion.* M. Kirland, el cirujano, que llegó poco despues, oyóle decir lo mismo; y despues de examinar juntos la herida, él, sin manifestar la mas leve emocion, designando al facultativo con el dedo el puesto donde debiera haber penetrado la bala:

«Kirland, dijo, creo que Jonhson ha recibido mas miedo que daño. Mi intencion era dejarle sin vida, y viendo que no habia sucumbido al primer tiro, iba á dispararle otro; pero sus dolores y sus gritos me detuvieron, la humanidad recobró sus derechos, y se opuso á mi resolucion. Le suplico á V. que le cuide bien, pues ya que *le he perdonado la vida*, mucha crueldad seria no aliviar sus padecimientos.»

(*Se continuará.*)

LOS BOTOCUDOS.

COSTUMBRES, RELIGION É IDIOMA DE ESTOS SALVAJES.

FORMAN los Botocudos una poblacion importante del Brasil, conocida en otro tiempo bajo el nombre de Aymores, la cual habita entre el rio Dou y el rio Pardo, desde el 13° hasta el 19° 1/2° de latitud austral. A la singular costumbre que tienen estos salvajes de introducirse en el espesor del labio discos de madera, deben el renombre de *botocudos* que les dan los Portugueses; en cuya lengua *batoque* ó *botoque* significa tapon, nombre aplicado al ornato de boca de la horda brasileña, por la semejanza que efectivamente tiene con el tapon de un tonel. Por lo demás, lejos de adoptar los indios á quienes se aplica, la denominacion de Botocudos, la miran como injuriosa; y se designan entre ellos con el nombre de *crecnum*, *cracnum endgerekmoung*.

Tienen estos salvajes anchos el pecho y las espaldas, el cuello muy largo, los ojos grandes, la naríz aplastada, los huesos de los carrillos muy elevados, pequeños los pies, y las piernas delgadas. Esta última circunstancia es debida en gran parte á la costumbre que tienen de comprimir desde su nacimiento las piernas de los niños, mirando como una belleza esta imperfeccion de su constitucion física. En general, el tipo de su semblante presenta la mas sorprendente analogía con el de la raza mogola, analogía que han confesado ellos mismos casi sin saberlo tomando á chinos por indios de las mismas tribus que ellos. Ofrece los mas matizados tintes el color de su piel; la cual, bien que habitualmente de un moreno rojo, varia del tono mas claro, al mas oscuro, tira á veces á amarillo, y alguna que otra en fin, por una semejanza bien notable con la raza blanca, colora las mejillas un rosado tinte. Lo mas raro, y que en gran manera sorprende, es que ciertas mujeres tienen los ojos azules, siendo ese mismo color de la pupila mirado por los Botocudos como notable tipo de belleza.

Menos afanados en su adorno que los demas indios, todavía conservan sin embargo esos salvajes la costumbre de arrancarse las cejas y las pestañas, raparse de tal modo los cabellos que solo quede una especie de casquete en el estremo de la cabeza, y trazarse en el cuerpo con el zumo del achiote ó del jenipayer groseras pinturas que dan á su aspecto cierto aire repugnante y feroz. En ciertas circunstancias adornan su frente con una diadema de plumas y ornatos por el estilo; mas pierden los Botocudos ese amor á la compostura á medida que van alejándose del estado salvaje y de embrutecimiento en que ha mas de un siglo estaban. Hemos hablado ya de los discos de madera garimato, que introducen en sus labios, añadamos ahora que alargan igualmente sus orejas por medio de anchas placas, *houma*, de forma que el estremo de los lóbulos caiga sobre sus espaldas.

Errantes en las soledades y en las selvas del Brasil, esas hordas indianas se alimentan de la caza, alimento que de cada dia se les hace mas raro y difícil. Pronto, despojada de caza les rehusa la comarca la subsistencia á tan duras penas obtenida; y les fuerza á ir á buscar á otra parte con que combatir el hambre y las privaciones que les amenazan. Así, encuéntrase á veces á una familia nómada botocuda, transportando de un desierto á otro, su morada y los pocos objetos que posee. El padre marcha á la cabeza cargado con su arco y sus flechas, sigue luego la muger arrastrando en pos de sí á sus hijos, y llevando á los mas jóvenes sobre su espalda. Contribuye á aumentar su carga un enorme saco ó red llena de los utensilios del menaje y de las provisiones de cera, estopas y ornatos reservados para los dias de fiesta. No es posible pintar la impresion de tristeza grabada en el rostro de la fámilia indiana: conócese al verla, que no está la felicidad en el pretendido estado de naturaleza, y que el salvaje, aun mas que el hombre civilizado, ha de pasar una vida llena de angustias y de miserias.

Nadie podria formarse una idea de la admirable destreza con que arroja el botocudo su mortífero dardo, cuya acerada punta raras veces deja de dar la muerte al animal contra quien se ha lanzado. Las dimensiones del tiro varian segun la naturaleza de la caza, y la distancia á que se presenta. Por una prevision instantánea, es siempre la presa asegurada para su enemigo, mamíferos, aves, peces, los mismos insectos, todo sirve para saciar el voraz apetito del indio, que ni forzado de la necesidad, deja de devorar las desagradables larvas del barrigoudo. Ninguna parte del animal es rechazada como rebelde al gusto y repugnante al paladar, siendo saboreados la piel y los intestinos como los trozos mas delicados. En su inmunda glotonería, poco se afana el botocudo en conservar para el dia siguiente con que ponerse al abrigo de una caza improductiva, y del hambre que á veces, durante muchos dias, le rehusa hasta los mas groseros alimentos.

Consiste toda su habitacion en algunas hojas de palmera inclinadas de manera que forman un techo. Cuando han de pasar en ella algunos dias, las enredaderas cubren la cabaña con sus hojas, y una cama compuesta de corteza de *guatelé (lecythis ollaria)* es el

único mueble de su rancho; que así es como llaman ellos á sus habitaciones.

La guerra hace un gran papel en la vida de estos naturales del Brasil. Ya despliegan su habilidad en manejar la maza, ó su resignacion en sufrir los golpes que les tira un adversario riguroso en combates singulares sostenidos á causa de particulares ofensas; ya se empeñan luchas mas serias entre dos tribus rivales ó que tienen graves motivos de disension. Otras veces en fin, dirigiendo contra los colonos espediciones hábilmente combinadas, esparcen el terror entre los tiranos del nuevo mundo.

Sus combates singulares son de un género particular: los dos antagonistas se adelantan uno contra otro armados de largos varejones. El ofendido toma la palabra, y en un enérgico discurso recapitula las faltas que cree tiene que echar en cara á su adversario; en seguida arrójase airado sobre él, y le golpea con violencia con su leñosa arma. Debe el ofendido sufrir sin oponer resistencia, la cruel fustigacion; pero presto llega á ser agresor á su vez; cuenta sus agravios, contesta á las acusaciones que le han sido dirigidas y arroja furiosos golpes al primero, quien, retenido por la misma obligacion, no puede probar especie ninguna de defensa. Mas adelante la lucha se hace mas igual y los dos combatientes tiran y paran recíprocamente los golpes. Toman partido por sus maridos las mugeres, y no se acaba el combate sino con la estrepitosa derrota de uno de los dos antagonistas.

Los colonos han encontrado en los botocudos unos adversarios peligrosos é intrépidos. Así es que cuando se origina una guerra entre aquellos naturales y los portugueses brasileños, es horrorosa la carnicería; y el botocudo, inferior por la insuficiencia de sus armas y su ignorancia en la ciencia militar, halla bajo el fusil europeo muerte inevitable y terrible. Armado de un trabuco cargado con gruesas balas, defendido por una basta casaca rellena de borra, el *gibao de armas*, llevando en la cintura el *jacao*, la inhumana podadera, el soldado arrostra con confianza á un enemigo que no tiene mas que la flecha para herir; y lo inmola sin piedad en horrible represalia, pues sabe que el indio no hace prisioneros.

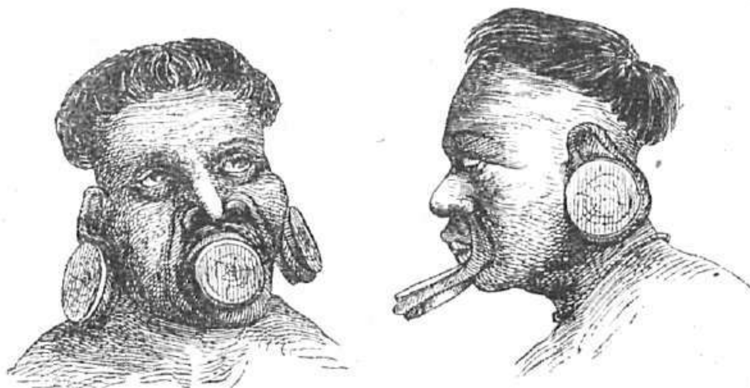
Hase suavizado no obstante la ferocidad de los salvajes de las riberas del rio Doce; pues si bien en otro tiempo devoraban víctimas humanas, y celebraban con solemnes fiestas banquetes tan horribles, hoy dia han llegado á ser tan poco frecuentes esas escenas de caníbales, que ciertos viajeros han llegado á negar hayan tenido los botocudos tan detestable costumbre.

Sin ningun respeto á los muertos, sin virtudes particulares, la religion no es para ellos mas que una supersticion grosera cuyo culto lo forma una serie de puerilidades. Su dios supremo es el sol, ó como ellos lo llaman *Tarou*; principio bienhechor cuya saludable influencia fertiliza la tierra y la enriquece con sus frutos. La luna es al contrario, el principio malo que engendra los relámpagos y el rayo, y lanzando sus fuegos sobre nuestro planeta, abrasa la vegetacion que lo embellece. A ese dualismo peculiar á tantos pueblos, hay que añadir la creencia en los espíritus, hija mas directa de la supersticion. Es tal el temor que los *janchons*, ó espíritus malhechores, inspiran á los intrépidos botocudos, que apenas se atreven á acercarse á los bosques por la noche. Hiela sus miembros el miedo, y los sueños de la imaginacion producen lo que no podria hacer la mas temible realidad.

La lengua de esas tribus americanas es un conjunto de sonidos nasales y bárbaros con numerosas vocales aspiradas, en la cual se confunden frecuentemente las consonantes. Usan de la onomatopeya, indicio de las lenguas primitivas, y de los diminutivos ó aumentativos para indicar la mayor ó menor intensidad de accion. Su poesía es tan pobre como su lengua, consistiendo en algunos cantos de guerra ó de duelo, acompañados de una música monótona, cuyo carácter triste aumenta la fria regularidad del asunto.

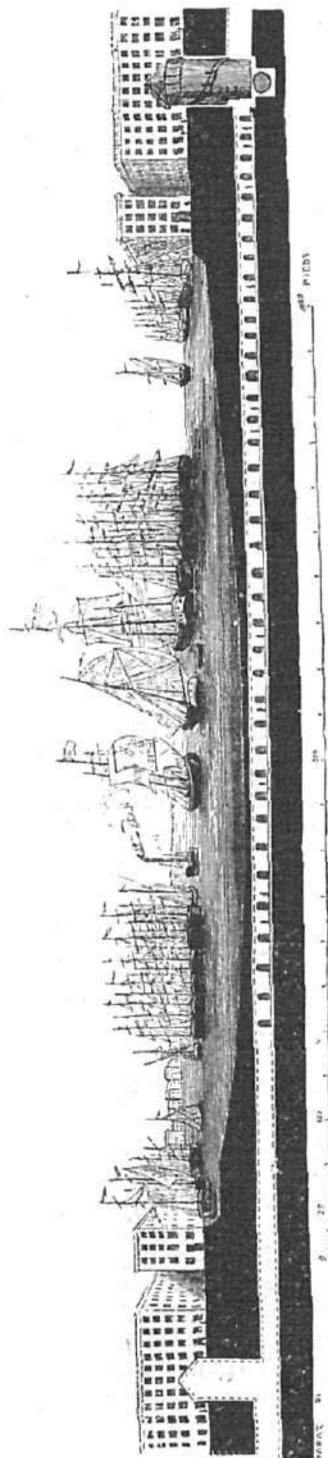
Están divididos los botocudos en tribus de cuarenta y cincuenta personas, y tiene cada una un gefe ó capitan. Los hombres se casan jóvenes, con lo que salen presto de la patria potestad; estando la poligamia solo en uso entre los gefes.

Tal es sumariamente el cuadro del actual estado de aquellas hordas interesantes de la América meridional, que con los tupinambos y los guaycouxous forman los restos de aquella antigua nacionalidad brasileña, destruida por el plomo civilizador de la Europa.



Los Botocudos.

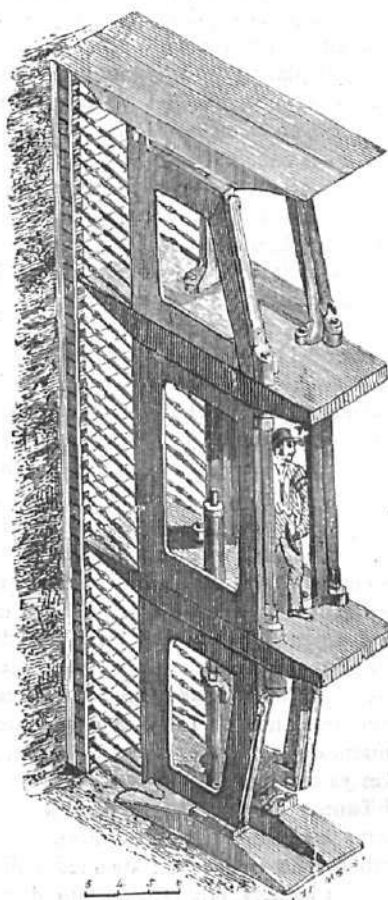
TUNNEL ó PUENTE DEBAJO DEL TAMESIS.



N. 1. Seccion transversal de la madre del rio Támesis, y corte del Tunnel desde Rortherhite á Wapping.



N. 2. Trabajadores en el *escudo*.



N. 4. 12.ª parte del *escudo*, ó bastidor.

TUNNEL Ó PUENTE DEBAJO DEL TAMESIS.

Aunque jamás se ponderará con exceso la prodigiosa industria y comercio de Inglaterra; sin embargo, no son lo mas estraordinario los productos mismos de la industria, sino los medios, la sencillez y la pujanza de los recursos de que echa mano: esas máquinas tan ingeniosas, á las cuales se traslada cuanta destreza y fuerza dió la Providencia al hombre, esa reunion de capitales y de talentos; esa tendencia hácia un mismo objeto. En Inglaterra todo proviene de la asociacion, desde la senda que conduce á la mezquina cabaña hasta los *docks* que reciben los navíos de todos los mares, desde el alumbrado público hasta la construccion de las ciudades.

En su estado actual es el comercio inglés una de las mayores maravillas de una civilizacion, que ha alcanzado el mas alto grado de perfeccion; sus establecimientos de mar y de tierra, la importancia y la actividad de sus transacciones, el número de brazos que ocupa, el movimiento en que pone á los capitales, los descubrimientos de que es causa, sus resultados en fin, bajo cualquier aspecto que se les considere, son superiores á cuanto haya jamás existido sobre el particular; y aun entonces cuando se rebajan un tanto las proporciones de este gigante, durará su recuerdo en la memoria de las naciones, y sus esfuerzos y sus consecuencias se contarán entre las mas poderosas palancas que hayan jamás contribuido á realizar una revolucion en las ideas y en la posicion material de la sociedad.

Sabido es la actividad del comercio de Lóndres; y solo para facilitar las transacciones entre dos vastos cuarteles, *Rotherhite* y *Wapping*, se emprendió la grande obra del *Tunnel*, destinada á reunir las dos orillas del Támesis por medio de dos corredores abovedados abiertos debajo del rio (*véase la lámina n.° 1*). Concibió el proyecto, y se atrevió á comenzarlo un ingeniero francés, Mr. Brunel; y á favor de un genio ardiente, fecundo en recursos, y superior á los obstáculos que á cada paso encontraba en un terreno, cuya caprichosa variedad érale imposible prever, logró ejecutar mas de la mitad de aquella concepcion osada, que ya estaria concluida, si desanimados los accionistas no se hubiesen negado á anticipar los fondos necesarios. En 1837 volvieron á continuarse los trabajos; y el arte, no menos que el interés de los comerciantes de Lóndres exige que no se levante la mano de aquella empresa inmensa, cuyo feliz éxito es ya indudable.

Consiste el Tunnel en dos arcadas de ladrillos; y para que no haya embarazo ni confusion en el curso de los carruajes, los que vayan de medio dia á norte pasan por un lado, y por otro los que de norte á mediodía. Ambos corredores están empedrados, con dos altas aceras para los transeuntes; y en el espacio que los separa ábrense pequeñas arcadas de comunicacion, por las cuales pueden las personas, y no los carruajes, pasar del uno al otro, alumbrándolos en toda su estension el gas por medio de faroles puestos en cada una de aquellas arcadas (*véase la lámina n.° 5*). Entrase fácilmente al Tunnel por bajadas ó declives circulares, que van inclinándose con gradacion casi imperceptible, como que la inclinacion no pasa de cuatro pies sobre ciento; la bajada de menor estension es para los peones, y la mayor para los carruajes.

En 1799 tratóse por primera vez de abrir un paso debajo del rio por *Gravesend*; pero abandonado este proyecto, en 1804 comenzó á ponerse en ejecucion otro que debia atravesar de Rotherhite á Limehouse; y ya se habia logrado construir una pequeña galería horizontal de mil pasos de largo, cuando sobrevino una irrupcion del rio, y quedó impracticable la continuacion de la obra. En 1823 Mr. Brunel presentó su plan; y al punto se palparon las ventajas y garantías que ofrecia, los medios para facilitar la empresa, y la acertada eleccion del paraje que indicaba, porque en efecto tal vez era el único lugar entre el puente de Lóndres y *Greenwich*, donde pudiese realizarse un paso semejante sin perjudicar á los establecimientos comerciales de entrambas orillas.

Mientras se negociaba con el parlamento para obtener la autorizacion de hacerse con los fondos necesarios, la comision central de los *Suscritores*, esto es, de los que contribuian á la empresa, nombró quienes sondasen el lecho del rio sobre tres líneas paralelas; y en su relacion del 4 de abril de 1824, declaró que en todas partes se hallara una capa espesa de arcilla azul de consistencia suficiente para garantir la solidez de una obra. Desde entonces Mr. Brunel ensanchó las dimensiones de su plan. En la misma superficie del terreno y sobre veinte y cuatro estacas hizo construir una torre de ladrillo, de cincuenta pies de diámetro, cuarenta y dos de altura, y tres de grueso; encima puso una máquina de vapor para el desagüe y escavacion del terreno; y en seguida bajaron la vasta torre, que por el solo efecto de su mismo peso atravesó un lecho de arena movediza. Despues de superados mil obstáculos, que provenian de la misma movilidad del lecho, penetró la torre á una profundidad de sesenta y cinco pies; entonces formóse otra de solos veinte y cinco de diámetro, que se colocó en el fondo de la primera, para que sirviera de pozo; pero á ochenta pies de profundidad hundióse súbitamente el terreno, arrojando inmensa cantidad de agua y de arena; bien que, detenida á tiempo aquella espantosa inundacion, quedó el pozo sólidamente establecido.

Completamente terminados él y la torre, principióse la escavacion de las galerías en una escala de treinta y ocho pies de ancho, y veinte y seis pulgadas de alto, presentando el total un espacio de ochocientos pies cuadrados. Por medio de un aparato ingenioso, designado con el nombre de *escudo*, hízose la escavacion, y se construyó la mazonería tal como hoy se ve, con doble arcada, calzadas y andenes. Compónese el escudo de doce grandes bastidores ó cajas, pegados el uno al otro, como los libros en un estante; tiene de alto cada uno veinte y dos pies, y unos tres de ancho; forman horizontalmente tres pisos ó comparticiones, que ofrecen treinta y seis cajas ó nichos para los trabajadores, y particularmente para los mineros, que delante de ellos cortan el terreno y evitan todo hundimiento con unas tablas que sujetan fuertemente contra el suelo; y de los mineros, enseguida los albañiles construyen la pared de revestimiento (*véase la lámina n.° 2, 3 y 4.*) Colocóse el escudo en su primera posicion á 1°. de enero de 1826.

y se empezaron á edificar las dos galerías debajo de un lecho de arcilla; pero el 25 del mismo mes pareció que de repente se rompia aquella capa protectora, dejando al escudo espuesto á una infiltracion considerable, que procedia de un lecho de arena gruesa. Con todo, á 11 de marzo, bajaron el escudo debajo de otra capa de arcilla, y tanto se trabajó en la obra, que á 30 de abril de 1827, esto es, en diez y seis meses y medio, se habian desaguado quinientos cincuenta pies de terreno, é inmediatamente construido las galerías. Al mes siguiente, aconteció una terrible irrupcion del rio, la cual apenas atajada, una segunda inundacion, mas formidable que la primera, hizo temer por la conclusion de aquella grande empresa. Quitado el agua y la arena trás inauditos esfuerzos, púdose al fin entrar en el Tunnel; y como se le encontró sin menoscabo alguno, quedó patentizada la eficacia de los medios de que se valia Mr. Brunel, y renació la confianza mas general y completa.

Acompañamos este artículo con cinco dibujos del Tunnel, que representan:

Número 1. La seccion transversal del lecho del Támesis, y el corte del Tunnel, que manifiesta la estension que ya tenia por marzo de 1839, esto es, setecientos cincuenta pies de fábrica, desde la torre fundada en *Rotherhite* hácia *Wapping*, ofreciendo tambien una fila de arcadas que separan los dos corredores ó galerías; y de ello puede inferirse lo que se habrá construido desde 1839, hasta el presente año.

Número 2. Los mineros y albañiles, trabajando en el escudo ya descrito.

Número 3. Corte transversal del Tunnel, que demuestra el espesor y dimensiones de la obra, enteramente construida de ladrillos unidos con una argasa, que la humedad, lejos de destruirla, pone mas dura.

Número 4. Uno de los bastidores ó cajas, que demuestra la forma y posicion de las tablas puestas de frente y hácia adelante, y fuertemente retenidas en su puesto por tornillos de presion: las tablas pasan de quinientas, y de mil los tornillos. Para ir cavando el terreno, quítanse una ó dos tablas á un tiempo, y se vuelven á su lugar antes de quitar otras; de manera que el conjunto forma un tablero sólidamente apoyado contra el suelo.

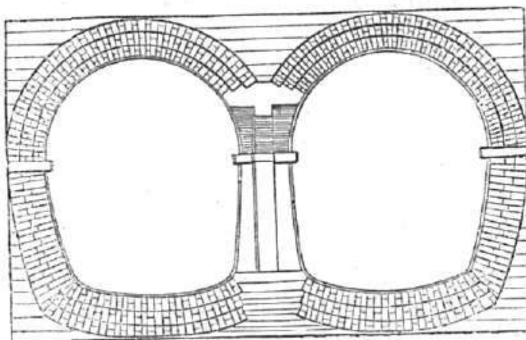
Número 5. Vista de la galería del oeste.

CROMWELL.

Oliverio Cromwell fué un personaje famoso de la historia moderna, que sin ninguno de los medios de influencia que pueden dar la alta categoría, el nacimiento ó la fortuna, sostenido únicamente por la fuerza de su carácter y por circunstancias estraordinarias, llegó á mandar ejércitos, á trastornar el antiguo gobierno de su país, hacer perecer su Rey en un cadalso, y apoderarse de la potestad suprema, con una autoridad que jamás habia ejercido ningun monarca de Inglaterra. Seria sin duda tan útil como interesante seguir uno á uno todos los acontecimientos de su vida para descubrir en ellos las causas y los progresos de una fortuna tan prodigiosa; pero el historiador únicamente puede entrar en los pormenores necesarios para encadenar los efectos con las causas, y para encontrar la esplicacion de un fenómeno tan asombroso. Los límites á que nosotros debemos ceñirnos solo nos permiten dar el resúmen de los hechos, y bosquejar los principales rasgos de la conducta y del carácter de este hábil usurpador. Entre sus envidiosos, algunos han creido mancillar su memoria suponiendo que era de baja estraccion: falsedad poco favorable á sus detractores, porque elevándose tan alto, aun hubiera tenido mas mérito cuanto mas bajo hubiera sido el punto de donde partiera. Mientras vivió hubo un obispo que creyó hacerle la corte suponiendo que descendia de Tomás Cromwell, conde de Essex; mas Oliverio desechó con desden esta pueril adulacion, diciendo que no mediaba ninguna relacion de parentesco entre él y el conde de Essex; y tal era su orgullo, que no permitia dar á su elevacion otro orígen que el de su valor y sus talentos. El mismo dijo en un discurso que pronunció en el parlamento, en 12 de setiembre de 1654, que habia nacido de una familia ni distinguida ni oscura, circunstancia que contradice la asercion de Milton, que llama noble é ilustre á la familia del protector. El apellido de esta familia era *Williams*. Roberto, padre de Oliverio, era hijo segundo de Enrique Cromwell, que fué creado caballero por la reina Isabel, y por una circunstancia particular habia mudado el apellido de *Williams* en el de *Cromwell*. Poseia bienes considerables en el condado de Hemtigdon. Oliverio nació en 25 de abril de 1599; dióle su padre una educacion escelente, pero tuvo en su infancia poca aficion al estudio, porque su carácter natural le inclinaba á los juegos ruidosos de su edad, y mostró desde muchacho una imaginacion sumamente dispuesta para dejarse arrebatar del entusiasmo religioso. Contaba él mismo que un dia estando acostado en su cama, melancólico y pensativo, se le apareció un espectro femenino, y le anunció que llegaria á ser el primer hombre del reino. La relacion de esta vision le valió, segun dicen, una seria reprehension de su padre y su maestro; mas no por esto dejó de estar persuadido de que era verdad cuanto se le habia predicho, cuya impresion no se le borró de la memoria. Conviniendo en la realidad de este desvarío, quedaria probado que Cromwell desde su primera juventud estaba preocupado con ideas de grandeza y de fortuna, lo cual es un indicio nada equívoco de ambicion, y puede llegar á ser un medio para elevarle. Concluidos los primeros estudios de Cromwell, le enviaron sus padres á la universidad de Cambridge, donde adelantó poco en los estudios clásicos, pero se distinguió allí por su fuerza y su habilidad en todos los ejercicios del cuerpo. Habiendo muerto su padre dos años despues, volvió á la casa paterna, y su conducta violenta y desarreglada sobresaltó á su madre, que tomó el partido de enviarle á Londres y ponerle en uno de los establecimientos públicos destinados á la enseñanza de la jurisprudencia. Oliverio, correspondiendo mal á las miras de su madre, en vez de ocuparse en el estudio de las leyes se entregó á todos los placeres de la disolucion, y malgastó en poco tiempo la corta herencia que su padre le habia dejado. Parece no obstante que este desarreglo de vida no propendia tanto á inclinaciones naturalmente viciosas, como á un cierto desasosiego de carácter que constituia en él una necesidad de ser movido por sensaciones fuertes y es-

traordinarias. Se casó cuando aun no tenia 21 años con Isabel Bourchier, regresó con ella á su país natal, y observó desde entonces un método de vida prudente y arreglado. Esta reforma fué en parte efecto del matrimonio, y en parte efecto de las relaciones que contrajo con una nueva secta de presbiterianos exaltados, la cual adquiria de dia en dia una influencia cuyas consecuencias fueron desastrosas. Cromwell se coligó con las principales cabezas de aquella secta, y dió indicios de ocuparse con zelo en las disputas de religion que en aquella época agitaban los espíritus. Asistia comunmente á las juntas de los puritanos, y en ellas llamó tambien la atencion en lo que ellos llamaban *los dones de la oracion y de la predicacion.* Recayó en Cromwell una herencia de 400 ó 500 libras esterlinas de renta, y á fin de tomar posesion de ella pasó á la isla de Ely, donde enseñó públicamente la doctrina del puritanismo. En 1628, fué elegido individuo del tercer parlamento de Cárlos I, en el cual se señaló por sus declamaciones contra la autoridad del Papa, ó lo que ellos llamaban *papismo.* Fué disuelto aquel parlamento, y viendo Cromwell que así quedaba trastornada su fortuna, y la influencia de su partido muy debilitada, tomó la resolucion de pasar á la Nueva Inglaterra; pero un edicto del rey prohibió las emigraciones y por este acto, cuyos efectos no era posible prever, el mismo Cárlos I forzó á quedarse en Inglaterra el que un dia haria caer su cabeza por mano del verdugo. Habia arruinado enteramente su patrimonio con la mala economía en la administracion de sus bienes, y cuando se procedió á las elecciones para aquel parlamento que llegó á ser tan famoso bajo el nombre de *largo parlamento*, valiéndose de una intriga astuta halló medio de hacerse elegir diputado de la universidad de Cambridge. Yendo á ocupar su asiento en la cámara de los comunes, se presentó en ella con un vestido sucio y desgarrado, y una especie de rusticidad en su esterior que llamó la atencion de sus colegas; mas entre aquella apariencia grosera el famoso Hampden, individuo del mismo parlamento, supo traslucir lo que habia de profundo y superior en el carácter de Cromwell. Otro individuo, estrañando el trage tan desaliñado con que se presentaba aquel recien llegado preguntó á Hampden quien era; y este le respondió: «Ese hombre tan mal vestido será, si no me engaño, uno de los mas grandes hombres de nuestro tiempo.» Esto era ver bien y ver de lejos. Cromwell fué admitido muy luego en todos los secretos de la faccion, que despues de aparentar que solo queria reprimir los abusos de la autoridad del Monarca, anunció en breve el proyecto de destruir la misma monarquía. Declaróse la guerra entre el Rey y el parlamento; Cromwell levantó un regimiento de caballería, cuyo mando tomó, y al frente de este cuerpo se hizo admirar por su habilidad y su valor. La naturaleza le habia destinado á ser un guerrero, y cual otro Lúculo, desde el principio de la carrera mostró los talentos de un gran capitan; pero lo mas admirable de este fenómeno es que Oliverio Cromwell tenia entonces 42 años. Su regimiento llegó á ser el mejor del ejército, tanto que en todas las acciones en que se halló fué vencedor. Nombráronle teniente general de caballería, y aunque no mandaba en gefe en las dos grandes batallas de Marston-Moor, en 1644, y de Newbury, en 1645, sus consejos, su valor y su actividad fueron los que decidieron el éxito de aquellas importantes acciones, y que acarrearon la ruina del partido realista y los desastres del desgraciado Cárlos I. Parece que desde entonces la ambicion de Cromwell no conoció ya límites; y debiendo sus ascensos á la confianza de un parlamento ignorante y fanático, que no obstante le oponia obstáculos algunas veces, conoció en fin que el medio mas á propósito para adquirir una dominacion mas absoluta era el de hacer pasar al ejército la preponderancia del poder. Golpe decisivo fué á la verdad el que dió en 1653 disolviendo aquella misma cámara de los comunes que le habia elevado á tanta altura. En 16 de diciembre el nuevo parlamento, compuesto bajo su direccion, le declaró *protector de la república de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda;* mas no era el título de protector el que mas lisonjeara sus miras ambiciosas. Despues de la muerte de Cárlos I la cámara de los comunes votó la abolicion de la monarquía, deliberó sobre el género de gobierno que convendria adoptar, y los partidarios de Cromwell insinuaron que para no chocar tan de repente con la opinion de los habitantes de una nacion acostumbrada á las formas monárquicas, se podia restablecer la monarquía sometiéndola á las restricciones necesarias para asegurar la libertad; pero Mortens, celoso republicano, se declaró contra esta idea, diciendo que si la nacion queria conservar un rey, aquel á quien acababa de quitar la vida era tan bueno como cualquiera noble que él conociese en Inglaterra. Presentaron á la deliberacion de la cámara un proyecto de constitucion bajo el título de *humilde peticion ó dictámen*, en el cual se proponia formar una república con un gefe cuyo título habia quedado en blanco, y los partidarios del protector proponian llenar el claro con la palabra *King* (rey). La cámara declaró que en las cuatro letras de que se componia esta palabra no veia cosa alguna que impidiese el adoptarla, y luego nombró una comision de cien individuos encargada de llevar á Cromwell el resultado de su declaracion, segun lo cual se le rogaba que aceptase el cargo y el título de rey. Pidió algun tiempo para meditarlo, y habiendo instado con terquedad á Witelock para que le dijese sin temor ni miramiento alguno cual era el partido que juzgaba mas ventajoso para la nacion y para él, el lord comisario respondió que no veia nada mas acertado que llamar al trono al hijo de Cárlos I, fijando los límites de la autoridad real, y asegurando á Cromwell la fortuna y los honores que merecia. El usurpador ni impugnó ni adoptó esta idea, pero en su rostro se vió pintado el descontento, y desde aquel mismo instante ya no mostró afecto ni confianza alguna á su fiel consejero. Aun se cree que para alejarle de Inglaterra le envió como embajador cerca de Cristina de Suecia. Digno es de citarse tambien aquí otro hecho referido por Lorenzo Echard. Lady Lauderdale, amiga de Cromwell, fué encargada de proponerle que restableciese en el trono al jóven Cárlos, entregándole este una firma en blanco, en cuyo papel Cromwell mismo escribiria las condiciones que exigiese, y estipularia los honores y bienes que deseara para él, su familia y sus amigos. La proposicion fué comunicada primeramente á la mujer del protector, quien admitiéndola con gusto

no titubeó en transmitirla á su marido, exhortándole á que aceptase la oferta que se le hacia, como el único medio de seguridad, de paz y de dicha que pudiese haber para él y su familia. El protector, sin discutir las razones en que su esposa apoyaba sus instancias, «Sois una loca, le respondió: si Cárlos Estuardo pudiese perdonarme lo que yo he hecho contra su padre y contra él, no seria digno de llevar la corona que yo le cediese.» Respetando Cromwell todavía el espíritu religioso de aquel tiempo, quiso consultar tambien á los teólogos de Lóndres. El ejército, siempre fanático y republicano, se atemorizó de las disposiciones que manifestaba el parlamento, pidió que fuese disuelto, y el grito público sostuvo al mismo tiempo la pretension de la fuerza armada. Cromwell en tal estremo se presenta un dia en el parlamento escoltado de cierto número de soldados que dejó en las avenidas: escucha primero los altercados que se movieron sobre la proposicion de prorogar las sesiones del parlamento hasta año y medio, y cuando llega el instante de proceder á la votacion se levanta y dice: «Ya es hora de dar fin á toda esa cháchara;» y mandando que entre su tropa, hace bajar al orador de la tribuna, y dice á sus soldados. «Echad fuera ese muñeco,» indicando el bulto del orador. Despues de haber hecho desocupar el salon, manda que le entreguen la llave y vuelve al punto al palacio de Whitehall. Desde aquel momento reinó Cromwell en Inglaterra con el título de *protector*, mostrando mas prudencia para gobernar que la que habia manifestado para adquirir el poder supremo. Fué instalado en Whitehall, palacio de los reyes de Inglaterra, con las mayores solemnidades, y dispuso que le proclamasen protector de los tres reinos con el título de *alteza*. Las primeras medidas de su gobierno fueron dirigidas por la mas sabia política: proveyó abundantemente de comestibles los almacenes; fué constántemente pagado el haber del ejército con adelanto de un mes, y el erario era administrado con vigilancia y economía, sin imponer nuevas contribuciones. Declaró que no queria gobernar sin un parlamento; que ninguna ley seria establecida ni derogada sino por un acto celebrado con las fórmulas acostumbradas, y que el parlamento gozaria de la mas amplia libertad en sus deliberaciones. Puso en los tribunales de justicia legistas los mas íntegros é ilustrados, sin reparar en las opiniones que habian podido manifestar anteriormente. Hale, uno de los mas sabios jurisconsultos y de los mas hábiles magistrados que se han conocido en Inglaterra, fué nombrado juez en el primer tribunal del reino, y habiéndosele hecho presente á



N. 3. Construccion de las dos galerias del Tunnel.

Cromwell que Hale era uno de los enemigos mas declarados de la revolucion: «Lo sé, contestó; pero es generalmente respetado, y así he querido poner una barrera entre mi venganza y mis enemigos.» Hale no aceptó el empleo de juez sino á fuerza de instancias repetidas de Cromwell, y se condujo con una entereza igual á su integridad. Jamás trató el protector de tener influencia alguna en la administracion de justicia, ni hubo ejemplar de que durante su gobierno le dirigiese el público ninguna queja contra la integridad de los jueces. Su vida privada fué por otra parte sencilla y retirada, sin afectacion y sin fausto en medio de su familia y de algunos amigos. Conociendo tambien que la prosperidad del comercio era la verdadera base del poder de la Inglaterra lo protegió y fomentó en todos sus ramos. Nadie duda que él fué quien concibió la idea de aquella famosa acta de navegacion, muy contraria sin duda á los verdaderos principios de la prosperidad de las naciones por una comunicacion franca y libre, pero que ha servido evidentemente para dar al comercio de los ingleses una gran ventaja sobre otros pueblos. Este mismo Cromwell que tan hábilmente habia sacado partido de las disensiones sobre puntos de religion, y que habia adoptado el ridículo guirigay de una secta de fanáticos á quienes la ignorancia popular habia dado una preponderancia tan funesta, este mismo hombre llegando á ser en fin el amo mostró acerca de la religion unos principios tan circunspectos y tan moderados, como podia acaso permitirlo el espíritu de aquellos tiempos, en que el fanatismo y el desenfreno reinaban en toda Europa. Por una ley constitucional estableció que el protestantismo seria la única religion que se profesaria públicamente; pero dejó la libertad de seguir á cada uno en particular el culto que adoptase segun su conciencia. Lo que mas distingue su carácter y sus talentos políticos, es la conducta que observó con las potencias estranjeras; conducta cuyo éxito le hubiera coronado de una gloria inmortal, si la gloria pudiera hermanarse con los crímenes que habian manchado su vida y preparado su inconcebible cuanto asombrosa elevacion. Hizo la guerra á los holandeses, que tenian entonces una fuerza naval imponente, mandada por Ruyter, Van Tromp y otros marinos de mucha esperiencia. La marina inglesa podia oponerles entonces el famoso Blake y otros oficiales tan valientes como hábiles, y anima-

dos de aquel entusiasmo que enciende fácilmente en el alma de los guerreros un gefe que sabe inspirar á la vez confianza y temor. Despues de muchos combates muy disputados, en que los ingleses quedaron siempre con ventaja, los holandeses se vieron obligados á pedir la paz, consintiendo en reconocer en el mar la superioridad del pabellon inglés, y en restituir á la Inglaterra muchos dominios lejanos que habia perdido por un efecto de las turbulencias del último reinado. Mazarini que gobernaba en Francia y que no podia oir pronunciar sin ponerse pálido el nombre de Cromwell, le envió un embajador y solicitó su alianza con demostraciones de respeto y sumision poco decorosas á la dignidad de la monarquía francesa; pero la corte de España, no pudiendo entrar en convenio con el usurpador del trono de Cárlos I, se vió al fin comprometida en una guerra desastrosa. Mazarini, que se habia aliado con el protector, envió un cuerpo de ejército á los Paises-Bajos, tomó á Dunkerque, de que hizo donacion á la Inglaterra; y Blake entró con una escuadra en el Mediterráneo, donde ninguna escuadra inglesa se habia atrevido á entrar desde el tiempo de las cruzadas. Causa verdaderamente admiracion que aquel valeroso almirante, cuyos triunfos son harto conocidos, los consiguiese siendo un fogoso republicano, y por consecuencia enemigo personal de Cromwell, pero queria servir á su país y no al usurpador. «Nuestro deber, decia á sus marinos, es el de pelear por la patria, cualesquiera que sean las manos en que esten las riendas del gobierno.» La Inglaterra habia llegado á ser en fin la primera nacion de Europa: jamás habia estado su comercio mas floreciente, ni su marina se habia mostrado tan formidable, ni la poblacion, ni la estension de su territorio la habian destinado á tan alto grado de poder: era la obra del genio de Cromwell, y si se compara la energía de su gobierno con la debilidad del que habia destruido para usurpar un trono, y la corrupcion del que le sucedió, no se estrañará que algunos digan que nadie ha gobernado los tres reinos de la Gran Bretaña con tanto talento y con tanta gloria. Un destino tan deslumbrante puede parecer quizás digno de envidia; mas no lo era. Cromwell llegando á la cumbre de la ambicion mas audaz no encontró en ella la dicha. Supo reprimir con el ascendiente de su genio y el vigor de sus armas las empresas de las naciones estranjeras, indignadas de sus triunfos y zelosas de su poder; pero no pudo aplacar el encono de sus enemigos, cuyo poder se habia arrogado. Estos, que eran numerosos, eran tambien al mismo tiempo los partidarios de los Estuardos y los sinceros republicanos: eran los políticos y los guerreros que habian sido los instrumentos de sus proyectos, y no participaban de los frutos de ellos: eran en una palabra aquellas sectas nacientes y fanáticas que habia humillado y reducido á no ejercer ya influencia alguna en el gobierno. Valiéndose de una policía vigilante y severa pudo muy bien impedir que los diversos partidos se declarasen abiertamente contra él, mas no le fué posible evitar sus secretas tramas. Se intentó varias veces asesinarle; hizo que castigasen á los delincuentes; pero los suplicios no impidieron que se renovasen las mismas maquinaciones. El terror se apoderó al cabo del alma de Cromwell, y ya no tuvo un momento de paz. La idea del puñal y del veneno helaba de espanto el corazon de un hombre que cien veces habia arrostrado la muerte con intrepidez en los combates. El que hacia temblar la Europa, no se atrevia á salir de su palacio, y hacia guardar las avenidas con un estremo cuidado. Llevaba bajo el vestido una cota de malla, jamás echaba á andar sin tener en sus faltriqueras dos pistolas cargadas, y no se atrevia á acostarse dos noches seguidas en una misma alcoba. Este estado de inquietud y de angustia fué tambien acrecentado con la publicacion de un folleto titulado: *Killing no murder* (matar no es asesinato.) Salia á luz bajo el nombre supuesto de W. Alleu; pero el verdadero autor era el coronel Tito, hombre que fué por mucho tiempo partidario de Cromwell. Este folleto estaba escrito con el calor y la energía propia de un fogoso republicano. Leyóle Cromwell, y este escrito le hizo una sensacion tan estraordinaria, que desde aquel momento ya no se le vió sonreir, y cayendo enfermo de tercianas vió llegar el término de aquella existencia tan miserable. Mostró la mayor debilidad en su dolencia, y estando cerca de morir decia á sus médicos: «Os repito que no moriré de esta enfermedad; he recibido del cielo respuestas favorables. El Señor ha tenido consideracion no solo á mis súplicas, sino tambien á los santos personajes que mantienen con él una correspondencia mas intima.» Pascal dice en sus *Pensamientos*: «Cromwell iba á destruir toda la cristiandad: la familia real esaba perdida, y la suya poderosa para siempre, á no ser por el granito que se puso en su uretra: Roma misma iba á temblar bajo su poder; pero aquella leve piedrecita que en sí parecia ser nada, puesta en aquel paraje le mata, humilla su familia y restablece al Rey.» Pero no murió realmente Cromwell de mal de piedra, y sí de una calentura ordinaria, sobre lo cual comete Pascal un error, aunque los fines de aquel usurpador sean los mismos que le atribuye el autor de los *Pensamientos*. Murió en 13 de setiembre de 1658 á la edad de 59 años. Su carrera de gloria habia sido rápida, porque tenia mas de 40 años cuando comenzó á representar un papel importante en los asuntos públicos, y reinó despues diez años. Es el primer usurpador que ha gozado tanto tiempo del poder soberano, y tambien el primer súbdito que desde Leonidas ha hecho perecer á su soberano bajo fórmulas judiciales. Cromwell habia instituido el protectorado electivo, no hereditario, y se habia reservado el derecho de nombrarse un sucesor; pero no habia declarado todavía su eleccion cuando cayó enfermo, y hasta poco antes de su muerte no dictó el acta por la cual designaba á su hijo Ricardo para reemplazarle. Uno de sus capellanes, llamado *Sterry*, anunció en nombre de Dios que el protector habia subido al cielo, y que estaba allí á la diestra del Señor implorando la misericordia divina por los pecados del pueblo inglés. Hiciéronle magníficas exequias, y fué enterrado en la abadía de Westminster. La mayor parte de las cortes de Europa, y en particular la de Versalles se vistieron de luto como por un soberano con el cual acababan de hacer alianza. En Inglaterra sus hechuras hicieron resonar su dolor, en tanto que sus enemigos disimulaban su alegría. Los templos resonaron con las aclamaciones de los fanáticos, y los poetas se apresuraron á deplorar la pérdida de un hombre *tan grande*. Hubo una tempestad violenta el dia mismo de la muerte del protector, y el célebre Walter compuso acerca de este incidente unos versos llenos de estro y de energía, en que representa á la isla Británica estremecida

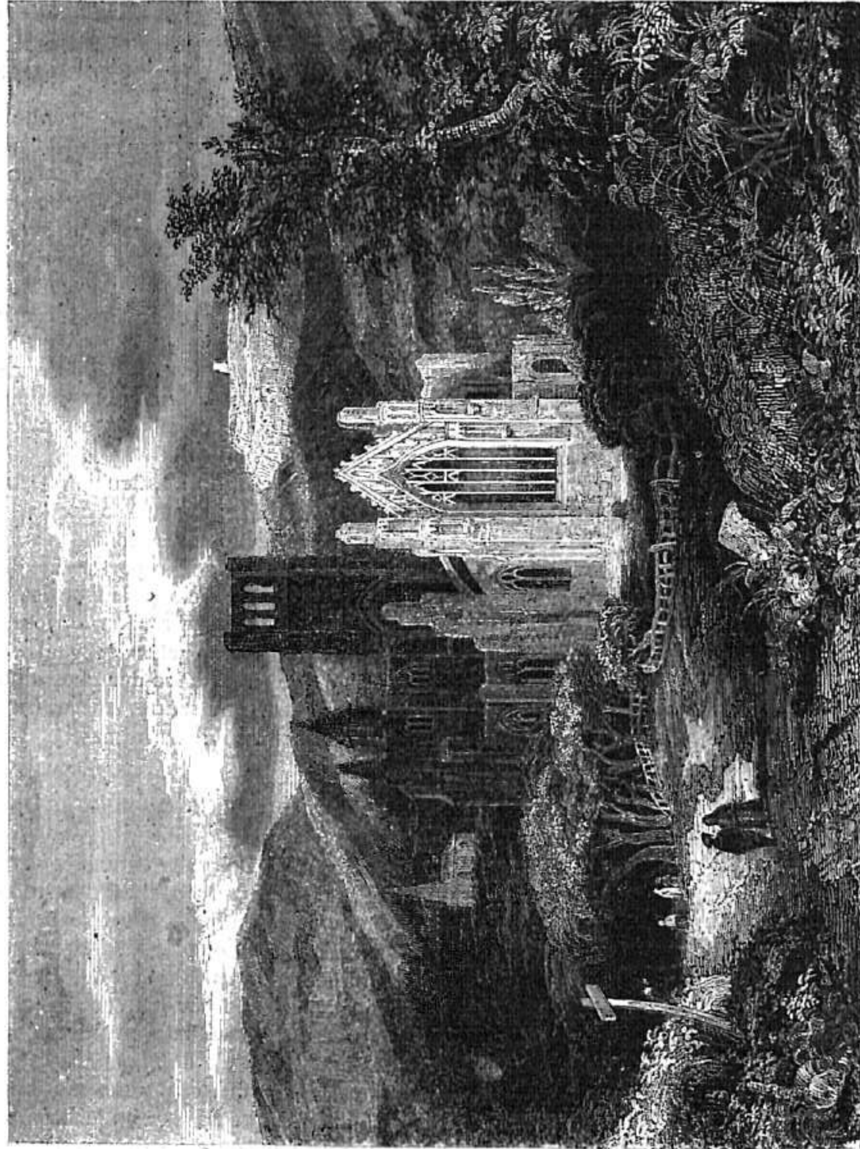
por los últimos suspiros del protector, y al Océano que se subleva cuando pierde al domador de los mares: y compara en fin á Cromwell con Rómulo, á quien los dioses arrebatan de la tierra en medio de una tempestad. Ricardo Cromwell fué reconocido é instalado sin oposicion alguna como protector de los tres reinos, pero su triunfo no fué duradero. «Maravilloso espectáculo, dice Montesquieu, fué el que presentaban los ingleses en el siglo XVII, haciendo esfuerzos impotentes para establecer entre ellos la democracia..... Al cabo de muchos movimientos, choques y sacudidas, fué preciso reposar en el gobierno mismo que habian proscrito.» Cromwell ha sido juzgado muy diversamente en el siglo en que vivió y en los tiempos sucesivos; los unos solo han visto en él un grande hombre, y los otros un perverso venturoso. El tiempo ha desvanecido las prevenciones á que habian dado orígen las facciones políticas y las luchas de religion, así como las pasiones particulares; y la historia ha determinado el lugar que corresponde en la opinion de la posteridad á aquel hombre cuyos grandes talentos y grandes crímenes, segun la espresion de otro famoso poeta inglés, le han condenado á una fama eterna. Bossuet ha grabado con toda la energía de su buril los rasgos principales del carácter de Cromwell en un fragmento que saben de memoria todas las personas de gusto, y que se halla en su oracion fúnebre de Enriqueta María de Francia, reina de Inglaterra. Entre los escritores posteriores á Cromwell que han hablado sobre aquella época se debe distinguir el lord Littleton en sus escelentes *Cartas sobre la Historia de Inglaterra*, y particularmente David Hume, cuyo gran talento é imperturbable imparcialidad son bastantes para juzgarle superior á todos los historiadores modernos. A estas autoridades debemos añadir un *Exámen crítico de la vida de Oliverio Cromwell*, por Juan Banks, obra que contiene muchos pormenores curiosos y reflexiones juiciosas. Comparando los juicios diversos y examinando las pruebas en que se fundan, puede cualquiera formarse una idea, á lo menos verosímil, de las buenas y malas cualidades de Cromwell, y del uso que ha hecho de ellas para llegar tan rápidamente á tan estraordinario grado de poder y de grandeza. No tenia su persona ninguna de aquellas cualidades naturales que inspiran el afecto, la confianza ó el respeto. Su rostro carecia de nobleza y de gracia; su lenguaje como sus modales tenia algo de rústico y de plebeyo, y hasta su voz era agria y disonante: su elocucion en los discursos públicos era animada, muchas veces enérgica, pero incorrecta, vulgar, incoherente y confusa. No obstante, compensaban estas desventajas naturales un conocimiento profundo de los hombres, una gran sagacidad en descubrir y analizar su carácter, y una rara habilidad en lisonjear sus intereses y sus pasiones, haciendo de ellos unos instrumentos de su ambicion. Distinguíale particularmente su audacia en concebir los planes mas atrevidos, la prontitud con que tomaba las resoluciones mas arriesgadas, una grande intrepidez en la ejecucion, y un genio fecundo en recursos para vencer todas las dificultades. Pero estos dotes naturales, al hacer uso de ellos jamás eran dirigidos por sentimientos de honor y de virtud. Una profunda desmoralizacion, un fanatismo exaltado ó hipócrita y un maquiavelismo calculado ponian á su disposicion todos los medios que podian guiarle al blanco de sus deseos. Por aquí es muy fácil esplicar la asombrosa fortuna de Cromwell. Si nos referimos á todos los tiempos de disensiones civiles, se verá que comunmente son hombres ordinarios los que se han puesto al frente de los asuntos, y esto acontece aun mas fácilmente cuando el fanatismo se agrega á las pasiones populares. Difícil es de creer que fuese realmente adicto á los delirios de los puritanos y de los *niveladores*; pero no se puede negar que tuvo un fondo de religion, y fué un celoso calvinista. Aparentó ser fanático para dominar á los fanáticos, y era preciso adoptar su gerigonza para ganar su confianza: medio comun á todos los ambiciosos que quieren ser populares; pero el mismo Cromwell se burlaba de aquel guirigay cuando estaba con sus amigos. Divertíase un dia bebiendo con ellos y buscaba un sacatapon que se habia estraviado, cuando se presentó una diputacion de presbiterianos: mandó decirles que no podia darles audiencia porque estaba ocupado en buscar al Señor, y así que se marcharon dirigiéndose á sus compañeros: «Imbéciles! dijo, creen que buscamos al Señor y buscamos en suma el sacatapon.» Era Cromwell tan ilustrado que no podia menos de despreciar cuanto era ridículo y absurdo en el lenguaje y en las ideas de aquellos hombres ignorantes y groseros con quienes vivia, aparentando estar poseido tambien del fanatismo para hacerle útil á sus proyectos. Su vida ofrece muchos ejemplos de inconsecuencia difíciles de esplicar. Se mostró en ciertas ocasiones cruel, y en otras muy moderado aun con respecto á sus enemigos declarados. Era en general amigo de la justicia, pero implacable en todo aquello que podia ofender ó menguar su autoridad. Es natural en un usurpador ser celoso de un poder que está en oposicion con tantos intereses diversos y que no ha podido recibir todavía la sancion del tiempo. Algunos escritores han creido que la elevacion de Cromwell fué el parto de un sistema profundo y atrevido, concebido muy de antemano en su mente, y hácia cuya ejecucion habia dirigido todos sus pensamientos y todas sus gestiones. Esta idea no es conforme ni á las consideraciones del entendimiento humano, ni á los pormenores de la historia de Cromwell. Es evidente que su ambicion no se desarrolló sino por grados, que se limitó primeramente á buscar los medios de ejercitar un alma activa, inquieta, naturalmente inclinada á la dominacion; que la casualidad imprevista de una guerra civil le metió á la edad de mas de cuarenta años en la carrera militar, donde mostró unos talentos que él mismo no se conocia. Se dejó arrastrar por el movimiento popular que no habia podido dirigir; aprobó el establecimiento de una comision para formar el proceso á Cárlos I; asistió á las sesiones de la instruccion de la causa, y firmó la sentencia de muerte. Se cuenta tambien que en el momento en que tomó la pluma para poner su firma salpicó de tinta la cara de uno de los jueces llamado *Martin*, que se desquitó de aquella chanza pesada haciendo con él otro tanto. Bufonadas de este género eran familiares á Cromwell; y los historiadores de su tiempo han referido otros muchos rasgos que son difíciles de conciliar con la austeridad natural de su carácter y la gravedad de sus ocupaciones continuas; pero nada es mas comun en el carácter de los hombres que la inconsecuencia de sus principios y de sus acciones. Una de las cosas tambien admirables en Cromwell, es la

trivialidad y la greguería de su lenguaje ordinario comparadas con el gran sentido que reina en algunos de sus discursos, y particularmente con la influencia que ejercia por la palabra no solamente en los ánimos de una soldadesca ignorante y fanática, sino tambien en una asamblea como el parlamento compuesto de hombres mejor educados y mas instruidos. Se han conservado cartas originales de Cromwell, escritas en un estilo muy comun, incorrecto, y aun sin ortografía. Decia César que si era perdonable violar los derechos de la justicia era verdaderamente para llegar á ocupar el trono; porque el esplendor del objeto desvanece cualquiera otra consideracion, y los goces que uno se promete de él enervan todos los sentimientos; pero Cromwell habia violado todas las leyes de la moral á mucho menos precio. Parece cierto que hubiera consentido en reponer en el trono al hijo de Cárlos I, si hubiese podido tener una entera confianza en las promesas que se le hiciesen de parte del jóven príncipe. Tenia tan poco respeto á la moral, que hubiera despreciado á Cárlos II á ser este mas fiel á su palabra que al resentimiento que debe un hijo al asesino de su padre. La desconfianza era uno de los rasgos mas manifiestos del carácter de Cromwell: el hombre en quien tuvo mas confianza era su secretario íntimo Thurlve, y aun á este le ocultaba todo aquello que no juzgaba necesario confiarle. Es la desconfianza una precaucion necesaria en los ambiciosos, y tambien el veneno que los atormenta en medio de sus triunfos y satisfacciones. Apenas llegó Cromwell al término de sus deseos, cuando comenzó el castigo de sus crímenes: se vió rodeado de asesinos, y todos sus pensamientos se volvian hácia los medios de preservarse del veneno y del puñal; y su familia aumentaba sus terrores siendo partícipe de ellos. Su madre no oia jamás un ruido estraordinario en el palacio sin que tuviese el temor de ver entrar una pandilla de conjurados que fuesen á vengar en la sangre de su hijo el mal que habia hecho á su pais. Es un bien para la humanidad que el poder no baste para dar la dicha, y que la gloria manchada con el crímen no preserve del remordimiento. Un tirano puede intimidar la generacion que oprime, y sofocar los gritos de sus víctimas, pero no sofocará los gritos de su propia conciencia, ni menos encadenará el juicio de la posteridad. Refiriendo con fidelidad los últimos momentos de un Neron, de un Luís XI, de un Cárlos IX, y de un Cromwell, la historia da á los hombres una grande y saludable leccion tan imponente para los opresores como consoladora para los oprimidos.



N. 5. Vista de la galeria de oeste del Tunnel.

LA ABADIA DE MELROSE.



Ruinas de la abadia de Melrose.

LA ABADIA DE MELROSE.

I.

Honor á lo pasado! Veneracion á los monumentos que atestiguan la fe de nuestros mayores! Gloria á las ruinas que aun respeta el tiempo!

No seamos sacrílegos para con estos piadosos recuerdos. ¿Porqué la edad presente debe solo pensar en lo porvenir? Porqué tan solo á la juventud de las cosas, de suyo tan perecedera, tributamos nuestra adoracion? Porqué el hombre que hoy existe ha de despreciar las generaciones que ayer fenecieron, cuando el sol divino fecunda con indiferencia la tierra, donde entre las cenizas de nuestros antepasados esparcimos la semilla?

El siglo presente, debésele esta justicia, conserva al menos cierta veneracion á las santas tradiciones, que sin embargo desecha. Buena parte de los contemporáneos, y ciertamente no los menos ilustres, han enseñado á los pueblos el culto de la historia y la legítima admiracion que á la antigüedad se debe; y hemos visto descubrirse las frentes mas impías ante los templos cristianos: inmensos sepulcros, de que se apartara el Señor, bien como en otros tiempos desapareció de su tumba vacía.

La antigua abadía de Melrose debió en 1136 su fundacion al rey de Escocia David I; y dedicada á santa María, habitáronla monges del Cister, que vinieron de Beauvais, hasta los tiempos de la reforma.

No contentos con honrar á su Criador con sus continuas preces, ni con la vana ciencia que duerme bajo el polvo de los libros, sobresalian en las artes mecánicas y en la industria, por cuyo medio ya en aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie preparaban los benéficos adelantos de la actual civilizacion. Honor á sus nobles esfuerzos!

En el espacio que ahora ocupa la iglesia de Melrose, que forma una cruz latina, existió antiguamente un templo, del cual se narraban supersticiosas tradiciones. Allí, segun fama, reuníanse de noche los nigrománticos que acudian de todos los puntos de Escocia, atravesando la niebla del aire caballeros en una escoba. Y no muy lejos divísase el Eildon-Hill, montaña que partió en tres picos cónicos la poderosa vara del mágico Miguel Scott, cuya sepultura se han atribuido y disputado varias comarcas, al modo que siete ciudades griegas la cuna de Homero. Es indudable, sin embargo, que su tumba no ha muchos años, veíase en los subterráneos de Melrose, y que sus libros mágicos, cerrados con sello, yacian sobre el cadáver de aquel personaje de los tiempos fabulosos.

Walter Scott ha cantado esta abadía en sus poemas y novelas, y al inmortalizar en sus versos la memoria de estas ruinas, no se olvidó de las poéticas tradiciones, que eran su mejor adorno. El padre de la literatura moderna y verdadera, cuyo corazon temprano empezara á latir con las baladas del Norte, con las inspiraciones cristianas y con las hazañas de los buenos tiempos antiguos, unió la sombra del mágico á la de las góticas paredes, y entre la serie de hechos que pueblan sus páginas, pasa la abadía alta, oscura, solitaria y fantástica, ceñida de tumbas por defuera, centro de gloriosos recuerdos, y sitiada por los espíritus que acechan la sepultura del nigromántico Scott.

Así habla de ella en su poema, *Canto del postrer Trobador*.

II.

«Si quereis formaros una exacta idea del magnífico aspecto de Melrose, id á visitarla de noche, á la pálida claridad de la luna; porque el vivo resplandor del dia solo dora sus ruinas para insultar en ellas, al iluminarlas, sus cenicientas masas. Cuando los rotos arcos están sumergidos en las tinieblas de la noche, y cada ojiva refleja la blanquizca lumbre de la luna, cuyos frios rayos proyectan inciertas masas de luz sobre las ruinas de la torre central; cuando los ligeros botareles ofrecen alternativamente las tintas del ébano y del marfil; cuando los plateados resplandores del astro de la noche juguetean en torno de las estatuas de los santos y de los cartones en que hay grabadas las sentencias que nos enseñan á bien vivir y á bien morir; cuando á lo lejos se oye el mugido de las olas del Tweed, y sobre la tumba de los muertos los siniestros graznidos del buho: vé entonces á contemplar el arruinado monumento, testimonio eterno de la munificencia de San David; y al regresar á tu morada, bien puedes afirmar en tu entusiasmo que nunca á los ojos de hombre se ofreció espectáculo á la vez tan bello y melancólico.

«Poco paró en ello su atencion Deloraine, pues nada le importaba tan magnífico cuadro! Con el mango de su puñal llamó con redoblados golpes al sólido portillo del convento, cuyo portero acudió presuroso: «Quién llama tan recio y tan tarde? — Vengo de Branksome,» dijo el guerrero, y abrióse la puerta de par en par: porque los gefes de Branksome tomaran las armas en defensa de los derechos de la abadía, y dotaran sus altares con sendas fanegas de tierra y ricas rentas para el reposo de sus almas.

III.

«El intrépido Deloraine anunció el motivo de su venida: inclinó el portero humildemente la cabeza, y con una antorcha en la mano y descalzos los pies, adelantóse sin rumor. Los pasos del guerrero conmovian á lo lejos las sonoras bóvedas del claustro; en fin, abajando su elevada cimera, entró en la celda del viejo sacerdote, y alzó la visera de su casco para saludar al monge del ala de Santa María.

«La castellana de Branksome me envia á saludaros, y á deciros que ha llegado la hora señalada por el hado, y que esta noche debo velar con vos para obtener el tesoro de la tumba.» Incorporóse el monge sobre la tela de cerda que le servia de lecho, y fué levantando sus entorpecidos miembros; cien años tiñeran con la nieve de sus inviernos su flotante barba y los pocos cabellos que le quedaban.

«Abriendo sus grandes ojos azules, que brillaban con espresion terrible, lanzó al caballero una mirada de sorpresa. «Osas, temerario guerrero, ver lo que quisieran ocultar así el cielo como el infierno? Durante sesenta años de penitencia ha constreñido mi pecho un ceñidor de hierro, héme sometido á las austeras reglas del cilicio y de la disciplina, mis rodillas

han gastado el arenoso pavimento de mi celda, y sin embargo poco es todo esto para espiar el crímen de haber conocido lo que jamás hubiera debido conocer. Si estás resuelto á pasar en continuos rezos y en ruda penitencia todos los años de vida que te quedan, osado guerrero, sígueme.

«—No haré yo penitencia alguna, padre mio, y por lo que á los rezos atañe, lléveme el diablo si sé uno, porqué poco tiempo he tenido de pensar en misas y oraciones, escepto para decir un *Ave María* cuando emprendo alguna espedicion á la frontera. No sé en verdad otro alguno: así, pues, daos prisa en satisfacer mi comision y despacharme.»

«Miró otra vez el viejo fraile al caballero, y suspiró profundamente, que tambien él habia sido valiente guerrero y combatido en España y en Italia, y pensaba entonces en los dias pasados, cuando eran vigorosos sus miembros y su valor á toda prueba. Ahora, con lento é incierto paso guia á su compañero hácia el jardin rodeado del claustro. Sobre sus cabezas prolongábase la bóveda sostenida por numerosos pilares, y debajo de sus pies yacian los huesos de los difuntos.

IV.

«Sobre risueñas alfombras de césped y flores brillaban en aquella hora las lágrimas del rocío: allí no crecian ni césped ni flores, pero las esculturas de los arcos ofrecíanlas tan bellas como la naturaleza. Consideró por bastante rato el monge el plateado disco de la luna, y en seguida hundió sus miradas en el sombrío velo de la noche; rojas banderolas de luz rodaban hácia el Norte, que parecia estaba ardiendo: así en la bella Castilla viera lanzarse en brillantes escuadrones los jóvenes ginetes, volver de repente las riendas del rápido corcel, y arrojar el inesperado dardo. Al ver aquellas lucientes ráfagas, conoció que los espíritus del aire cerníanse sobre aquellos fuegos del Norte.

«Por una ferrada poterna entraron luego en el vasto santuario. Elevábase hasta perderse de vista el sombrío techo sobre ligeros y altos pilares; en las claves de las bóvedas de las naves laterales habia esculpida una flor de lís ó de cuatro hojas; en las impostas gesteaban grotescas figuras; y los pilares, compuestos de agrupadas columnas delgadas y elegantes, cubiertos de adornos su base y capitéles, asemejábanse á manojos de lanzas enlazadas con guirnaldas de flores.

«El frio viento de la noche agitaba los numerosos escudos de armas y las despedazadas banderas alineadas al rededor de la balaustrada del velado altar. Allí arrojando moribunda lumbre, algunas lámparas ardian delante de tu tumba solitaria, ó valiente gefe de Otterbune, y delante de la tuya, sombrío caballero de Liddesdale! O vanagloria del sepulcro! orgullosos ensueños de la ambicion, he ahí vuestro fin!

«Atravesando los rayos de la luna por el calado follaje que unia las delicadas columnas, caian sobre el oratorio de Este. Dijérase que la caprichosa mano de alguna hada habia entrelazado con ramos de mimbre rectos troncos de álamo, y luego, por medio de mágico conjuro, trocara en piedra las guirnaldas que de aquel modo entretegiera. La débil y plateada lumbre del astro iluminaba las imágenes de los profetas y de los santos pintados en las vidrieras; en la central, Miguel triunfante tremolaba su cruz resplandeciente con los colores de la púrpura, y humillaba el orgullo del apóstata; y jugueteando á través de tan sagrado asunto, los rayos de la luna reflejaban en el pavimento una tinta de sangre.

V.

«Sentáronse sobre un pedrusco de mármol, debajo del cual reposaba un monarca escocés; y en tono solemne el monge habló de esta manera: «No siempre he vivido en la penitencia; he visto las regiones que habitan los paganos, y combatido bajo los estandartes de la cruz: y con todo, ahora tus armas parecen estrañas á mis ojos, y mi oreja halla algo de estraordinario en el rumor del acero que te cubre.

«En aquellos lejanos paises, quiso la suerte que encontrase á Miguel Scott, mágico, cuya nombradía infundia tanto terror, que cuando agitaba la varilla en la cueva de Salamanca, bamboleábanse todas las campanas de Nuestra Señora de París! Enseñóme una parte de su arte; yo te podria decir, guerrero, las palabras que dividieron en tres la colina de Eildon; y echaron un puente sobre el Tweed, si no fuese pecado mortal el pronunciarlas; y solo por haberlo pensado en lo íntimo de mi corazon, es fuerza que haga triple penitencia.

«Cuando Miguel tendióse en su lecho de muerte, dispertando su conciencia, reflexionó á cuan culpables prácticas se diera, y me hizo saber que le importaba acudiese yo á su lado á toda prisa: estaba en España cuando salió el sol, y al ponerse ya me hallaba junto á la cama del moribundo. No puedo repetir las palabras que me dirigió en el artículo de la muerte, pues tales son, que separarian violentamente la colosal fábrica de esta nave, y amontonarian los escombros sobre la tumba.

VI.

«Juré que con él enterraria su temido libro, para que jamás mortal alguno pusiese en él los ojos; que nunca revelaria el paraje donde se ocultase, salvo el caso de urgente necesidad para la casa de Branksome: y que, cesando aquella, devolveria el volúmen á la tumba. Sepultélo la noche de San Miguel, cuando daba la una la campana del convento y brillaba una hermosa luna. Cavé su mansion entre los muertos en el momento en que un tinte rojo iluminaba el pavimento del santuario, á fin de que, permaneciendo sobre la tumba del mágico la cruz de su patron, ahuyentase de ella los espíritus infernales.

«Noche siniestra y terrible fué aquella en que bajé Miguel á su sepulcro! Cruzaban el santuario sonidos estraños, ondeaban las banderas sin que agitase los aires un leve soplo......» Todavía hablaba el monge, cuando la campana dió la una!... Os afirmo que nunca hombre mas denodado que William de Deloraine, siempre pronto á la ocasion, arremetió un caballo contra su enemigo; y sin embargo, tiritó de terror, y se le erizaron los cabellos.

«Mira, guerrero! los rojos reflejos de la cruz te

indican la tumba del tan temido difunto. Dentro arde una luz maravillosa para alejar los espíritus que buscan las tinieblas. Aquella lámpara arderá eternamente hasta el dia del juicio final....!» Adelantóse lentamente el monge hasta junto á la ancha losa, sobre la cual dibujábase la cruz de color de sangre; y mostrando un secreto escondrijo á Deloraine, asió el guerrero una barra de hierro que en él habia, mientras con su mano descarnada hacíale el anciano señal de que levantase la enorme lápida que cerraba la entrada del sepulcro.

VII.

«Palpitóle con violencia el corazon cuando, inclinando sus nervudos miembros hácia la losa sepulcral, se puso á ejecutar aquella órden: eran tales los esfuerzos que hacia con su barra de hierro para lograrlo, que su frente chorreaba anchas gotas de sudor; y solo desplegando una fuerza estraordinaria pudo en fin levantar la pesada piedra. Fué de ver entonces cual aquellas brillantes ráfagas de luz lanzábanse hasta la bóveda del santuario, é inundaban las lejanas galerías con su luciente claridad! Nunca llama terrestre arrojó tan vivo brillo, antes bien creyérase ver el resplandor de los cielos. Saltando con ímpetu de la fosa iluminó la cogulla del monge, cuyo pálido rostro, reflejóse en la armadura y sobre la frente severa del guerrero, y fué á mecerse entre las undulantes plumas de su penacho.

«Allí, á su vista yacia tendido el mágico, como si acabase de morir la víspera. Su barba blanca, rizada en bucles de plata, contara al parecer mas de setenta inviernos; cubríalo una muceta sujetada con un cinturon de labor española, á guisa de los peregrinos de Ultramar; su mano izquierda tenia el temible libro; su derecha empuñaba una cruz de plata, y cerca de las rodillas estaba colocada la lámpara. Su aspecto, que hiciera temblar á los mas malignos espíritus infernales, era imponente y majestuoso, y su rostro tan tranquilo, que concibieron la consoladora idea de que habia obtenido gracia delante de Dios.

«Mas de una vez habia William de Deloraine atravesado el campo de batalla cubierto de sangre, y hollado con los pies de su caballo los mutilados cadáveres de los guerreros sin sentir temor ni remordimientos; y sin embargo, en aquel instante estos dos sentimientos dispertáronse en su corazon. A tan estraño espectáculo de muerte, respiró con pena, y su cabeza sufrió terribles vértigos, y estuvo como un insensato, mientras el monge oraba con fervor y en alta voz. Oraba desviando la vista, porque no podia mirar al hombre que tan tiernamente amara.

VIII.

«Y cuando hubo rezado las preces de los difuntos, dirigió á Deloraine estas palabras: «Ahora, guerrero, date prisa en acabar tu tarea, ó sino podríamos pagar cara nuestra osadía, porque seres que tu no puedes ver agrúpanse rápidamente al rededor de la abertura del sepulcro.» Entonces, aterrorizado Deloraine, arrebató á la helada mano que lo sostenia el temible libro guarnecido con cubierta y manecillas de hierro; y al tomarlo, parecióle que el muerto fruncia el entrecejo; pero tal vez la luz de la lámpara sepulcral fascinó los ojos del guerrero.

«Cuando volvió la enorme losa á cerrar la tumba, estaba la noche mas sombría que antes, pues se ocultara la luna, y brillaban escasas las estrellas. El caballero y el monge, retirándose con mal seguro paso y llenos de espanto, á duras penas dieron con la poterna. Diz que al atravesar las naves colaterales, oyeron en el aire rumores estraños, y que en las pequeñas galerías que en la mitad de su altura corren las paredes estallaron sollozos, á los cuales acallaron estrepitosas carcajadas y voces muy diferentes de la voz humana, como si los espíritus infernales festejasen la noche en que tornaba el libro á la luz del dia No sé lo que en ello hay de cierto: yo repito los hechos tales como me los contaron.

«Ahora, dijo el monge, apresúrate á salir de aquí, y ojalá que, cuando yazgamos en nuestro lecho de muerte, la misericordiosa Vírgen María y el buen San Juan perdonen á nuestras almas lo que acabamos de hacer!» Y regresó á su celda, y abismóse en la oracion y penitencia. Cuando la campana del medio dia reunió la comunidad, el monge del ala de Santa María habia dejado de existir! Yacia su cadáver al pie de la cruz, juntas las manos, como si orase todavía (*).»

IX.

La sola iglesia de Melrose, á pesar del estado de degradacion en que se encuentra, ocupa un espacio de ciento cincuenta pies de longitud, y treinta y siete de anchura, abrazando novecientos cuarenta y tres su circunferencia. El campanario, alto en el dia de unos noventa pies, tal vez no llega á la mitad de la altura que tuvo cuando entero.

Existen aun nueve ventanas de la nave mayor, y á sus lados adórnanlas cabezas de monges ó de religiosas cobijadas por doseletes perfectamente esculpidos. Aunque de tan vastas proporciones, tienen estas ventanas sorprendente ligereza, magnificencia y elegancia; y la mayor, situada al poniente, alta de treinta y seis pies sobre diez y seis de ancho, es objeto de una singular anécdota. Dícese que aquel de sus pilares que forma una espiral y llama la atencion por la delicadeza de sus labores, y por la osadía con que se lanza, fué obra de un pobre aprendiz, que lo ejecutó mientras su maestro recorria la Europa en busca de un modelo para el pilar que le faltaba, y en cuya construccion queria, digámoslo así, escederse á sí mismo. Al regresar de sus viajes, y encontrándose con la obra maestra del aprendiz, fué tanta la fuerza de la envidia, que le dió muerte.

Fuera casi inconcebible que piedra tan dura haya podido trabajarse con la esquisita perfeccion que ostentan los admirables detalles de este monumento, si no supiéramos que nunca reconoció igual la constancia y paciencia de los artífices cristianos.

¡Qué audacia en el pensamiento! qué precision en

(*) El *Canto del postrer Trobador*, bello poema en seis cantos, enriquecido con escelentes notas, y traducido por P. P. véndese en Barcelona en la librería de Oliveres y Gavarro.

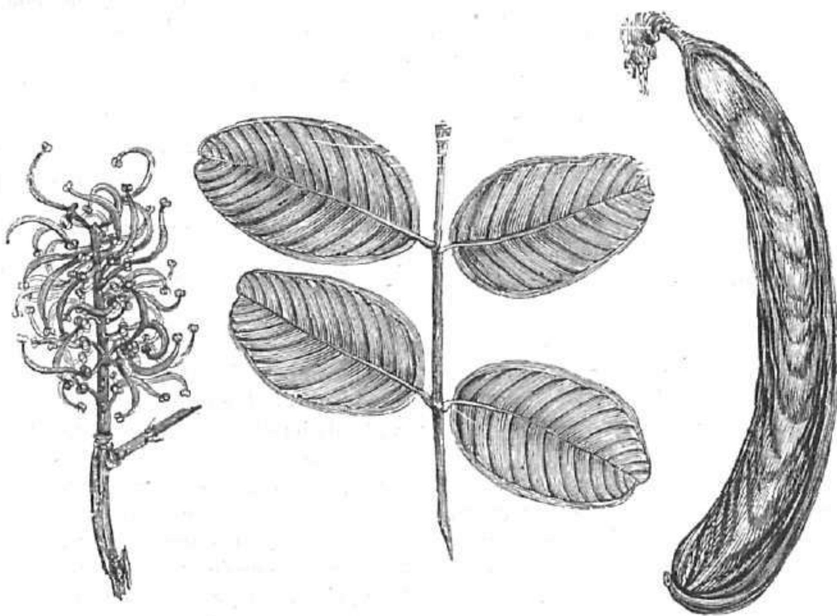
la ejecucion! Es imposible describir, pues cada mínima porcion de este edificio parece entallada con la diligencia que el lapidario consagra el diamante! Esta suntuosa fábrica muy bien pudiera compararse á un rico cesto de flores; sus columnas, como dice Walter Scott, son otros tantos manojos, y los arcos guirnaldas que se enlazan en flexibles y variados festones, al paso que decoran la parte esterior estraños relieves, originales caprichos; en aquellas líneas de esculturas hay escrito en símbolos de piedra todo un poema heróico-cómico sobre la humanidad.

Aquí burlescas cariátides representan frailes, de los cuales algunos como rendidos por el peso que sostienen, espresan su cansancio con sus gestos; satíricas imágenes, con que gustosos esponian los arquitectos á la risa pública los religiosos de un órden rival. Allí, aparecen rosetones, coronas, querubines, sirenas, una cerda tocando la dulzaina, una zorra con dos palomas en la boca, grupos de soldados, y formas diversas, que figuran los siete pecados mortales con todo el aparato y acompañamiento de su pompa y de sus miserias. Pero en cada rostro brilla una fisonomía tan espresiva, que difícilmente podríase animar la materia como la animó el hábil escultor, auxiliado de la fuerza de sus sencillas creencias.

X.

No será fuera de propósito presentar aquí algunas noticias relativamente al arte que en Inglaterra alzó esas imponentes basílicas que todavía son la admiracion de una incrédula posteridad.

La primera época de la arquitectura cristiana en aquel país, cuéntase desde la conquista de los sajones hasta la invasion de los normandos en 1066, y el arte recibe en ella el nombre de *Sajona*. Desde 1066 á 1200 reinando Ricardo I, dióse la arquitectura al partido del vencedor, y se hizo normanda, copiando los tipos franceses. Pero celosos de su nacionalidad los arqueólogos ingleses, pretenden que de 1200 á 1300 la arquitectura de su país tomó un carácter solo á ella propio y peculiar, y á los monumentos de aquel siglo los llaman de *la arquitectura gótica en sus principios*. De 1300 á 1400, admite esta adornos, y perfeccionándose, se denomina *estilo inglés adornado;* y en fin, desde Eduardo III hasta Enrique VIII, desde 1460 á 1537, las iglesias pertenecen al *estilo inglés florido ;* las mejoras y las creaciones cesan donde la fe acaba.



Algarrobo.

EL ALGARROBO.

Descripcion de este árbol.—La algarroba ó garrofa.—Empleo de su haba, que no es otra que la vedada á los Pitagóricos.

No hace mucho tiempo que la agricultura ha dejado de ser un conjunto de rutinas, una serie de métodos empíricos nacidos de ridículas preocupaciones, ó á lo menos de observaciones incompletas. Una de las ideas falsas y de fatales efectos que llenaban el ánimo de los cultivadores, prescribió que se arrancase sin piedad á uno de los mas bellos árboles de los países limítrofes al Mediterráneo: al algarrobo, cuyos ramos siempre verdes presentan tan hermoso contraste con la monotonía de la campiña durante el invierno; y acusado, sin saberse porqué, de dañar á los pastos y á las demas plantas herbáceas que rodean sus raices; mientras que las llanuras de la Pulla y los campos de la Andalucía nos muestran sin cesar á estos árboles, vegetando vigorosamente sin ejercer la menor influencia sobre las producciones vecinas. Si no tuviese mas que sus hermosas flores, al principio purpúreas y luego rosadas, y que despues de su entero desarrollo se colocan divididas en pequeños racimos sobre la parte desnuda de

sus ramas, bastaria esto para que mereciesen la atencion del jardinero; pero pocos individuos del reino vegetal ofrecen producciones tan variadas, y pocos piden un cultivo mas fácil y menos dispendioso. No podemos esplicar el abandono en que se ha dejado el algarrobo de otro modo que recurriendo á lo variable del gusto de los hombres: basta para que hayamos dejado de apreciarlo el que la antigüedad hiciese mucho caso de él, pues si bien que admiramos las obras de los antiguos, hemos repudiado los mas insignificantes de sus placeres domésticos.

El algarrobo, llamado en latin *ceratomia siliqua*, pertenece á la estensa familia de las leguminosas; Linneo lo colocó en su *diæcia exandria*, cuyo único género constituye. Sí se atendiese á su elevacion, que llega á veces á diez metros, á su pomposa copa, á sus ramas irregulares, tortuosas y muchas veces caidas, se tomaria muy fácilmente por un árbol de la familia de las *terebintáceas*. Su tronco es escabroso, y termina por una raíz vertical, larga y ramosa; la disposicion de sus flores lo distingue algun tanto de las demas leguminosas, pero sus ovarios siguen las mismas leyes que en estas últimas. Estos ovarios abortan muchas veces, pero si son fecundados, se presentan rodeados de un disco estaminífero y carnoso, al que sucede luego una vaina ó silicua, que es la algarroba ó garrofa. Tiene de longitud veinte y un centímetro, tres de latitud, y es obtusa, aplastada, dura en los lados, lisa y pulposa en el interior; bastante correosa y de color castaño en el esterior; y no cayendo por sí misma es necesario cogerla, lo que se efectua hácia la mitad del agosto. Los griegos la llamaban *queronia* refiriéndose á su forma. Su pulpa es de ordinario rojiza, carnosa, medulosa, y presenta de trecho en trecho algunas celdillas transversales, cada una de las cuales contiene una semilla ó haba elíptica, comprimida, negra, dura y brillante. En ciertos lugares se estrae de esta pulpa un jugo que sirve para confitar otros frutos, como las judías, las ciruelas y los mirabolanes, y los árabes la aprecian tanto como á la miel mas dulce. Esta semilla, que tiene un gusto muy desagradable cuando verde, es sumamente suave cuando ha llegado á su perfecta madurez.

No solo los griegos y romanos buscaban la algarroba con avidez, sino que era tenida en mucho precio por varios pueblos del Asia menor, y los sirios estraian de ella un vino delicado y de mucha estima. En nuestros dias ha pasado á ser el alimento del pobre y de los animales; en España solo se usa para engordar el ganado, en Francia sirve tambien para formar una especie de aguardiente que conserva el dulce sabor de la fruta, y los turcos en fin la emplean frecuentemente en sus sorbetes.

La garrofa entra en el número de las composiciones farmacéuticas, y su mucílago es laxante y purgante como el de la cañafístola, con el cual presenta mucha analogía.

Sometida su haba á la decoccion, toma un color sanguíneo muy marcado, apariencia estraña, y que ha debido de producir necesariamente ideas supersticiosas. Segun todas las probabilidades era el haba funeraria de los antiguos, á lo menos así parecen demostrarlo muchas piedras grabadas pertenecientes á los tiempos mas remotos, y que junto á un esqueleto y á varios emblemas mortuorios, representan una algarroba. Era tambien el haba negra que echaban los antiguos á sus fantasmas y aparecidos, la que prescribieron que no podian tocar las llamas, y finalmente la que estaba vedada á los discípulos de Pitágoras.

Tiene una calidad muy particular, comun empero con el altramuz, y que consiste en que su peso sea casi siempre el mismo, circunstancia que movió á los griegos á adoptarla como base de los pesos.

Para que el algarrobo nazca pocas semanas despues de haber sido sembrado, es necesario que las semillas sean frescas y confiadas á un terreno bien situado, sin embargo de que puede dar buenos resultados en los terrenos de peor calidad, sobre todo si son inmediatos al mar y están cubiertos de rocas; abunda sumamente en Siria, en la isla de Rodas, en Córcega, en Italia, en Cerdeña y en España. Sus hojas aladas, completas, correosas, brillantes, de color ceniciento en la superficie inferior, y verde azul en la superior, ofrecen cómoda y fresca sombra contra los ardientes rayos del sol de verano; y contienen un principio astringente que puede aprovecharse en la preparacion de los cueros.

La madera del algarrobo es muy dura y consistente, y sirve para los mismos usos que la de la encina verde, *quercus ilex*; se emplea especialmente en los marcos y ornatos, sin que sea menos apta para dar escelente lumbre. Se ignora si el algarrobo es indígena, y aunque durante mucho tiempo se ha pretendido que es originario de la India y del alto Egipto, no puede afirmarse: así pues, no se encuentra en dichas regiones en el estado de vegetacion libre.

INSTITUCIONES JUDICIALES

DE INGLATERRA.

Continuacion de la causa de lord Ferrers.

ARTICULO II.

Un momento despues añadió (*):

«Si jamás habla V. de este asunto, cuidado no me vaya V. diciendo, si bien deseo que se le cure, que *me he arrepentido de lo que hice*; no señor, no me pesa del todo, no lo he hecho sin reflexion, pues *era un acto premeditado*. Poco antes cargué á propósito una pistola con firme resolucion de matarle, porque es un pícaro que lo merece. Ya que no ha muerto, le suplico á V. que no consienta que se me ponga en prision; y además, se lo advierto, levantaré la tapa de los sesos á cualquiera que intentare echarme la mano encima. Si muriese el herido, ya iré yo en persona á presentarme y constituirme preso ante la cámara de los pares; puedo justificarme, tal vez no me creerán, pero al menos habré satisfecho mi conciencia. Sea como fuere, no parta V. mañana sin verme, pues quiero saber positivamente si vivirá ó no. .. me levantaré á cualquier hora que V. venga, aunque sea á las cuatro.»

Por consideracion al herido, y sobre todo por temor de que no se le libertase el culpable con el suicidio ó la fuga del justo castigo de su crímen, M. Kirland procuró ganar tiempo, é hizo al Conde promesas que en su corazon estaba muy dispuesto á no cumplir.

(*) Véase la pág. 126.

Aunque este no cesó de beber desde el asesinato hasta la cena, conservaba la mayor serenidad, y su cabal razon, como lo prueban sus preguntas acerca del estado y consecuencias de la herida; y persuadido de que Jonhson no moriria, reiteró y completó durante la cena su declaracion. «Maravillado estoy, dijo, de que la *bala se haya quedado en el cuerpo*, pues habia yo *probado* la pistola, y *atravesado* una tabla de una pulgada y media de grueso. Diga V., señor Kirland, como es posible que la bala no haya pasado de parte á parte á Jonhson? Y á fé le apunté perfectamente.» Y levantándose, se ponia en la actitud de uno que va á disparar una pistola. En vano miss Clifford, el aya de los niños, propuso que se llevase el herido á su casa, que solo distaba una milla: «No señor, nada de esto, esclamó el Conde; *quiero tener en mi casa á este pícaro para atormentarle.*»

Despues de cenar, M. Kirland tuvo que aceptar media botella de Porto, y luego subieron á ver el enfermo. Fuése que la enorme cantidad de vino que habia bebido le hubiese embriagado, ó que se le renovase la cólera súbitamente, el asesino insultó groseramente á su víctima, á aquel anciano moribundo; amenazóle con romperle la cabeza, si allí mismo no confesaba que era un bribon; y ya se disponia á sacarle violentamente de la cama y arrojarle al suelo, cuando el desventurado, advertido por una señal de M. Kirland, dijo en voz apenas perceptible: «Confieso que soy un bribon.»

Al parecer satisfecho, fuése por fin el Conde á acostarse, no sin gritar al retirarse: «Señor Kirland, puedo contar con V.? Está V. seguro de que no hay peligro alguno?

—Ninguno, contestó el cirujano; V. E. puede descansar tranquilo.»

A las siete del dia siguiente, Jonhson espiró en su propia casa, adonde lo habia hecho trasladar el cirujano durante la noche con las mayores precauciones.

«M. Kirland, decia el procurador general al terminar esta relacion, al punto se pone al frente de algunas personas armadas, y vuelve á Slauton para prender el asesino; que acababa de levantarse cuando llegaron, y se dirigia á la caballeriza, donde habia preparados para su fuga algunos caballos. Luego que vió que venian á prenderle, encerróse en su casa, donde sostuvo un sitio de cuatro á cinco horas; mas, conociendo que toda resistencia era en vano, asomó á la ventana de un desvan, y preguntó que querian.

—Contestósele que M. Jonhson habia espirado, y que venian á prenderle.

—Dijo que M. Jonhson no habia espirado, y que no lo creeria, si no se lo aseguraba M. Kirland en persona; entonces cerró la ventana, y no se le volvió á ver, hasta que, juzgando favorable la ocasion, probó de escaparse por el jardin, en cuyo acto le descubrió un tal Culler carbonero. Este hombre intrépido echósele encima; y aunque iba armado con un mosquete, dos pistolas y un puñal, dejóse él prender sin resistencia. Entonces declaró que se envanecia de su crímen, y que su intencion fué matar á M. Jonhson. Llevaronle á casa M Kinsen, donde estuvo hasta que hubo acabado su informe el ministro de la justicia encargado de examinar el cadáver; y pocos dias despues el carcelero del condado de Leicester en persona le condujo á Lóndres, y le entregó al ugier de la vara negra que le encerró en la *Torre*.»

(*Se continuará.*)

EL KAMTCHATKA.

NADA se arraiga con tanta rapidez como los errores históricos y geográficos. ¡De cuántos paises no se ha hecho una descripcion inexacta, fiándose en un viajero ignorante ó ligero! Qué de nociones imperfectas no nos suministran los libros sobre infinitos pueblos de nuestro globo! De ello es notable prueba el Kamtchatka. ¿No recuerda esta palabra la region de las nieves y de los hielos, la mansion habitual del frio mas intenso é insoportable? Qué diria alguno de esos que creen con fervor en los autores de geografías en veinte y cinco lecciones, ó de cosmografía elementar, permítasenos la espresion, si supieran que nada ó casi nada es de esto? Que de magníficos pastos cuya yerba largamente ondea como en las vastas praderas de la Luisiana, y en los cuales solo falta el ganado, cubren el suelo volcánico de la península siberiana; no que queramos decir que la temperatura sea tan elevada en Botcherelsk ó en algunas otras ciudades del Kamtchatka, como en Calcuta, ni menos en Peking. Baja es sin duda, pero el termómetro no baja un solo punto mas que en nuestros mas rigurosos inviernos, solo que su duracion es mucho mas larga que en los climas mas meridionales. Los vientos del oeste que al mismo tiempo soplan con bastante frecuencia en esas comarcas, contribuyen tambien á prolongar este período de detencion para las plantas.

Hemos dicho que faltaba el ganado en Kamtchatka; y en efecto, es otra de las causas que mas han debido retardar los progresos de la agricultura en aquel país, cuya riqueza la constituye en gran parte el comercio de pieles. Ahí el oso, la zorra, y la cebellina, suministran una piel espesa y caliente. Podria ser la pesca otra de las fuentes de la prosperidad de la comarca, á hacerla hombres industriosos y á arreglar las leyes el cambio de los productos. Las platijas, truchuelas, anguilas, lenguados y lampreas abundan en los numerosos rios que atraviesan la península y van á mezclar sus cenagosas aguas con el Océano. Los principales son el Kamtchatka, el Avatcha, y el Bolchaia Reka. El primero tiene cerca de treinta y cinco leguas de largo. Porcion de esos rios no se hielan jamás á causa de la rapidez de sus aguas. A veces el salmon y el arengue asoman por encima las olas que alimentan los deshielos, y entonces es fácil pescarlos. Tal es la abundancia de los últimos, que con el objeto de desovarse, se retiran á la embocadura de los rios que casi se les puede coger con la mano y llenar de ellos algunas espuertas en pocos instantes.

La humedad del clima y la inconstancia de la temperatura no son nada favorables á una vegetacion activa, así es, solo el cedro y el álamo campean felizmente en él. La corteza del último aderezada con cabial, suministra un manjar bastante agradable al paso que se compone una bebida muy tónica con la savia. Las plantas medicinales son allí mas abundantes que en el resto del Asia septentrional, y numerosas ortigas suministran un hilo que sin gran desventaja puede reemplazar el del cáñamo y el del lino.

Atraviesa en toda su longitud el Kamtchatka una

doble cadena de montañas. La occidental está compuesta de antiguas rocas; la oriental de rocas volcánicas, que se prolongan en el Océano para ir á formar las Kouriles. Hácese subir á diez y siete el número de esos picos que son todavía ardientes cráteres, verdaderos hornos que se elevan por encima de la grieta que atraviesa el interior de toda la comarca. El mas célebre de todos, es Khioutchevskaïa Chapka, tenido por tan alto como el pico de Tenerife. En tiempo claro descúbrese desde el mar á setenta leguas. Cubre sus costados una enorme capa de hielo, y lo que es notable es que es el único que se conoce en Siberia. Rodea la cima una faja de escarpadas rocas al través de las cuales se escapa del cráter la ardiente lava. A veces detiene el hielo al rio de fuego, pero presto lo rompe este con espantoso estrépito. La boca del volcan tiene casi una milla de estension, y arroja constantemente llamas, vapores blancos y densas humaredas. Preséntanse esas erupciones volcánicas bajo la forma de grandes bolas de fuego, que se transforman al punto en anillos y desaparecen en la atmósfera. En 1821 estalló una erupcion tan terrible, que el cono de la Petite d' Alait, una de las Kouriles, se hundió unos dos tercios de su altura.

Despues del Kliontchevskaïa, échanse de ver el Sveloutch, el Kasnaïa Sopka y el Kamtchatskaïa. Todas esas montañas presentan unos costados escarpados y una naturaleza atormentada; siendo en ellas rara la vegetacion. En la cadena occidental, las alturas menos elevadas están unidas por medio de declives muy suaves.

Tal es el cuadro físico del Kamtchatka. Sobre aquel suelo mas inculto que rebelde, hanse construido un reducido número de ciudades, que mas bien deberian llamarse aldeas y cabañas. Avatcha ó Petropavlofsk, cuenta apenas quinientos habitantes, siendo lo que le da toda su importancia el puerto, del cual parten los barcos de los que se dedican á la pesca de la ballena. Botscherelsk no es mas que un monton de cabañas sin mas celebridad que su correo de perros; Verkhué Kamtchatka en fin no presenta mas que un hospital militar, al rededor del cual se agrupan algunos malos reductos.

Los Kamtchadales forman junto con los Koriakos y los Kouriles la poblacion de la península de Kamtchatka, pero como los primeros constituyen la mayor parte de los habitantes, y son los únicos que deben considerarse como indígenas, no nos ocuparémos de las otras dos naciones, que por lo demás presentan en sus costumbres la mayor analogía con los Kamtchadales.

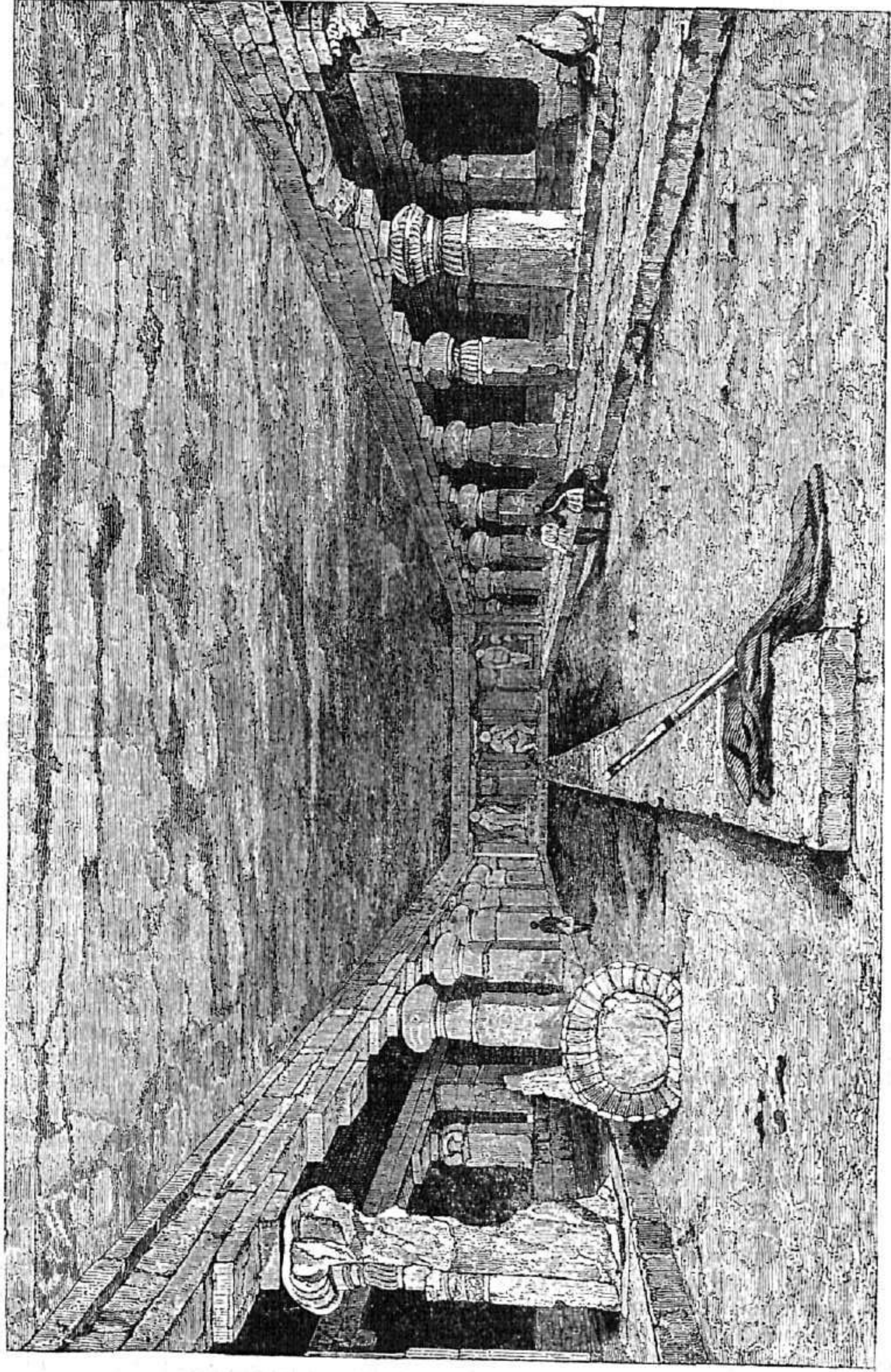
Unos cabellos negros, una cara chata, ancha y aplastada, unos ojos hundidos é irregulares, parece dan á entender que es aquel pueblo una de las ramas de aquella raza mogola, que se estiende por una estension tan vasta del mundo. Holgazanes, vanos, tímidos, groseros en sus hábitos así como en sus placeres, apenas aquellos salvajes del Asia habian sabido elevarse antes de la llegada de los rusos á la forma mas elementar de sociedad. En cada *ostrog* ó habitacion la autoridad del anciano era la única reconocida, y esta distaba aun de la de los *Sachems* de América, negándose á la esperiencia y á la edad el respeto con que suelen rodearlos las nacientes sociedades.

(Se continuará.)



Vista del volcan de Kamtchatka.

TEMPLO SUBTERRANEO DE ELORA.



TEMPLO SUBTERRANEO DE ELORA.

Elora ó Ilour, asilo de los peregrinos indios que acuden en tropel á visitar los templos contiguos, está situada á una milla de las grutas sagradas, á las cuales debe probablemente su existencia. Las escavaciones practicadas en ella, distribuidas en varios compartimientos, alcanzan el espacio de legua y media, y forman templos, capillas, corredores innumerables, abiertos con gran trabajo á fuerza de martillo y de cincel, adornado el conjunto con número tal de figuras en bajo relieve, que es absolutamente incalculable. Sufriera las injurias del tiempo gran parte de ellas, y mutilaran otra mayor los fanáticos musulmanes destructores de tantos monumentos indios, griegos, persas y egipcios. ¿Quién seria capaz de calcular los edificios sacrificados al orgullo de las mosqueas, las fábricas que proscribiera ó hiciera inútiles el alcoran? La mayor parte de los techos de esas grutas están cubiertas de pinturas y de ornatos apenas inteligibles, por la enorme capa de humo que los cubre; pues la profunda y religiosa veneracion de los indios á esos templos subterráneos no les impide preparar en ellos sus alimentos, ni creen ultrajar la divinidad, haciéndola presenciar las ocupaciones domésticas, ni profanar su asilo compartiéndolo con ella.

Las noticias sobre el orígen y la antigüedad de los subterráneos de Elora se reducen á dos tradiciones, transmitidas la una por un musulman, y por un bracman la otra. Segun este último, cuentan las excavaciones 7950 años y son obra del rajah Ilou; el cual deseoso de curar una enfermedad vermicular de que adolecia, fuése á las aguas de le piscina de Siva, famosas por sus virtudes purificativas. Cediendo Vichnou á las reiteradas instigaciones del mensajero de la muerte, habia reducido aquel estanque, que contaba comunmente ciento setenta pies de ancho, al tamaño de una pezuña de buey. Ilou sumergió un vestido en el agua, con el cual enjugándose manos y rostro quedó al punto curado. Bañóse entonces en una cisterna purificativa que mandó abrir, y todo su cuerpo quedó completamente limpio. Tan señalado beneficio le indujo á mirar como sagrado aquel lugar, y en consecuencia hizo construir en él diferentes templos. La narracion del musulman, como no sea ni con mucho tan maravillosa, es por ende mas verosímil. «La ciudad de Elora, dice, fué edificada por el rajah Ilou, quien construyó tambien los templos subterráneos, que se admiran aun hoy dia, y florecia cerca novecientos años atrás. De consiguiente la data de nueve á diez siglos parece mas probable que la de 7950 años de que habla el bracman.

Tuvieron en todos tiempos los devotos indios la costumbre de precaverse de los desvaríos de las ciudades y de las distracciones del mundo, y de retirarse á las soledades mas profundas; siendo su verdadero objeto aparecer á los ojos de sus discípulos con el recogimiento y el misterio, capaces de exaltar la imaginacion y de inspirar respeto. A animar tan piadosas resoluciones y á facilitar su edificante ejecucion, se encaminara el celo de los príncipes indios, que rivalizaron en magnificencia en la construccion de los templos y en la excavacion de los retiros subterráneos. Tal parece haber sido el doble destino de las cavernas sagradas de Elora, y de todas las que se encuentran esparcidas á lo largo de las costas de Coromandel y de Malabar en una estension de cerca ciento cincuenta leguas.

La vista del templo de Jaganatha, uno de los primeros que enseñan los bracmanes á los estranjeros, debe ciertamente admirarles, sea que consideren los estensos trabajos que exigiera la escavacion de una roca de granito rojo, sea que examinen con la merecida atencion la forma de los pilares cortados en la misma y sus innumerables esculturas. ¿Qué es lo que deben pensar? cuál debe de ser su sorpresa al decirles que toda la montaña en el espacio de cerca dos leguas, está enteramente llena de semejantes excavaciones, mas grandes y mas bien adornadas que estas. A la entrada del santuario, á derecha é izquierda de su escalera, vense dos estatuas de pie, llamadas Soud y Boud; el primero era padre del segundo. Jaganatha sentado sobre sus talones, y con las manos apoyadas sobre sus rodillas, ocupa el fondo del santuario, que parece confiado á la guardia de dos mujeres, nietas de Brahma, particularmente célebres por el fruto sobre manera estraordinario de su fecundidad, pues dieron á luz cien especies de armas y de manos de que se sirvió Rama en su espedicion contra Ceylan. Está adornado el interior del templo con figuras parecidas á las del santuario, solo que son de menor dimension; parecen desnudas y sin mas ornato ó peinado en la cabeza que sus rizados cabellos. Segun una leyenda del bracman que enseña este templo, abrió esas grutas el carpintero de Rama.

Un estrecho sendero conduce del templo de Jaganatha al de Paracou, esta sanguinaria encarnacion de Vichnou que intentó esterminar una tribu entera. Despues de haber inundado la India de sangre, quiso Paracou ofrecer un sacrificio, y no encontrando un solo bracman dispuesto á secundar sus piadosas intenciones, subióse á las montañas de Koken, y descubrió catorce cadáveres que arrojara la mar á la vecina ribera. Llamólos á la vida, confirióles las órdenes bracmanicas, y le ayudaron á ofrecer su sacrificio. Los catorce resucitados fueron el tronco de una tribu. Tal es la circunstancia que valiera á Paracou un templo, el cual, si bien menos considerable que la mayor parte de los otros, en nada les cede respecto la belleza del trabajo y estado de conservacion.

Una bella entrada abierta en la roca, conduce á la magnífica gruta de Indra, ó mas bien á aquella serie de grutas consagradas al gobernador de los cielos, señor de las nubes, la primera de las deidades secundarias, célebre sobre todo por sus maléficas intenciones y baja envidia, pues consiste su principal ocupacion en dar malos consejos á los malvados enfurecidos, y en robar las víctimas ofrecidas en sacrificio; de modo que solo al terror debe los homenajes y el templo que le han consagrado los indios. En el piso superior échase de ver la estatua gigantesca de Indra, sentada sobre un elefante, su animal favorito, y ordinaria cabalgadura; representando otra á Indrena, su esposa, sentada sobre un leon. Las esculturas que adornan esta magnífica gruta son en tan gran número, que no es posible dar de ellas una descripcion detallada, ni sabe uno que es lo que mas debe admirar, si la acabada perfeccion de los detalles, ó la imponente belleza del conjunto.

Sigue luego la excavacion Nilkaut Madiou, es decir del gran dios de la garganta azul. Ese es otro de los epitetos de Siva, cuyo cuello contrajo un color de azul subido, apurado que hubo el veneno producido por los buenos y malos genios, cuando machacaron el Océano con el monte Merou, que hacian voltear sobre una tortuga por medio de una serpiente sin fin, cuyos anillos envolvian la montaña. Despues de haber hecho salir del Océano á la luna, la diosa de la dicha, el licor de la inmortalidad, segun dicen los bracmanes, los buenos genios y los malos continuaron imprimiendo al monte el mismo movimiento; y salió del Océano desmesuradamente agitado un veneno muy violento, cuyo vapor se esparció por el mundo todo. Por efecto de su corrompido hedor, quedaron confundidas las tres regiones del universo hasta el momento en que, despues de una sola palabra de Brahma, Siva, á fin de salvar el género humano, se apresuró á engullir el horrible licor, que se paró en la garganta de ese dios de forma mágica, quedando desde entonces teñida de azul. Encuéntrase encima la muralla una estatua de Souami, general de los ejércitos celestes y dios de la guerra; y échase de ver en la parte opuesta la de Ganesa, el que le engañó tan completamente: ingeniosa alegoría por la cual han querido indicar los indios que la prudencia era muy superior á la fuerza. La estatua de Ganesa, dios representado con cabeza de elefante, ha perdido su trompa.

«Las grutas de Elora, dice M. Langles, tienen una sorprendente semejanza con las catacumbas etruscas contiguas á Tarquinia, en Italia, y en particular con las hipogeas de Tebas; y hasta estaria uno tentado á creer que esas tumbas de los soberanos y habitantes de la antigua capital de Egipto han servido de modelo á los arquitectos de Elora; debiendo atribuirse al distinto destino de esos monumentos su diferencia, que se nota en las distribuciones interiores, asi como la ausencia de pozos en las grutas de la India. En Egipto debian servir de asilo á los muertos; los indios los habian consagrado al culto de los dioses, y á los piadosos ejercicios de los que se dedicaban al servicio de los templos. No se puede disputar á los egipcios la ventaja de una prodigiosa anterioridad con respecto á los indios en la civilizacion; ni seria preciso remontarnos á épocas muy remotas para descubrir la en que hase trasladado á la India una parte de sus conocimientos y sus artes. Tan útil importacion debió verificarse por medio de los abisinios, cuyas antiguas relaciones con el interior del Deccano son hoy dia bien conocidas: entre los viajeros abisinios debieron de encontrarse artistas, ó á lo menos ciertos arquitectos mucho mas hábiles sin duda que los de la India, quienes tendrian, á lo que parece, alguna idea vaga de los griegos; pues descúbrense en las grutas de Elora líneas, ornatos, y hasta estatuas, que ofrecen vestigios del estilo griego. ¿Quién se imaginara, por ejemplo, ver hojas de acanto mal figuradas y vueltas al revés al rededor de una coluna india, de modo que esta base nos dé la idea de un capitel corintio? No nos revela esta circunstancia á ignorantes y serviles copistas del interior de las mezquitas de Egipto y de las iglesias de Abisinia, las cuales en su mayor parte ofrecen la combinacion mas absurda de los vestigios de la arquitectura griega con los ornatos de la musulmana? Segun toda apariencia, los abisinios trajeron á la India la idea de los monumentos á la vez gigantescos y bárbaros que vieron en su patria y en el alto Egipto; aquellas concepciones, superiores, que digamos, á las fuerzas del hombre, fueron acogidas con entusiasmo por príncipes celosos de señalar su piedad hácia los dioses, y de transmitir á la mas remota posteridad el recuerdo de su poderío por medio de monumentos capaces de dar de él una idea exagerada. No era menor la aversion que profesaban los antiguos bracmanes de la que tenian los antiguos derviches á las mundanas distracciones y corrupcion de las ciudades: así es, que buscaban la sencillez y la pureza de los mas solitarios asilos; mas hace ya largo tiempo que unos y otros se han emancipado de esos escrúpulos. Como se miraba entonces como acto meritorio endulzar la austeridad y favorecer las devotas intenciones de los bracmanes, imaginaron los soberanos que era de su deber, y sobre todo tuvieron por honor proporcionarles retiros señalados con la grandeza y magnificencia de sus fundadores, y santificados por las imágenes mas veneradas del culto indio.»

EL KAMTCHATKA.

(ARTICULO 2.°) (*)

El cristianismo encontrara á los Kamtchadales sumidos en una degradacion vergonzosa para la humanidad: tan profundo era el mal, que la fe ha sido casi impotente ante tantos siglos de falta de cultura y de barbarie. Las tribus de la península siberiana de tal modo tienen obscurecidas las ideas del bien y del mal por las mas ridículas supersticiones, que apenas las nociones primordiales de la moral permanecieran intactas en unas almas que parecia hubiesen enagenado todo su poder y su libertad á beneficio de los sentidos, y de los sentidos embrutecidos de una raza degenerada!

Su Dios es un cierto Koutkhou, á quien atribuyen la creacion del universo. Creemos que el lector no esperará de nosotros muy circunstanciados detalles sobre la cosmogonia incoherente que sirve de base á sus creencias religiosas, bastara decir que ninguna analogía existe entre ellos y el nacimiento de nuestro mundo. Segun unos creó Koutkou la tierra con el ausilio de su hijo Simskalin; este dios junto con su hermana, trajo del cielo la masa terrestre, que despues de colocada sobre los mares abandonó á la direccion de Outleigni segun otros. Y esta es la opinion que han adoptado tambien los Jakoutas, cuyas supersticiones están con las de los Kamtchadales en el mayor grado de parentesco.

Koutkhou, cansado por último de la celeste mansion, vino á buscar en la tierra una existencia dulce y tranquila, y como se deja suponer adoptó por reino á Kamtchatka, donde dió á luz á su hijo Tigil y á su hija Sidouka; entonces los animales terrestres no estaban todavía criados, ni los hombres gustaran los frutos de aquella comarca deliciosa para el Kamtchadal cuya descripcion dimos en otro artículo, y en la cual las escarchas disputan á las erupciones volcánicas un terreno ya devorado por las llamas, ya helado por las nieves. Fastidiárale sin duda su nuevo estado á Kout-

(*) Véase el art. I, pág. 143.

khou, puesto que le abandonó casi de repente, no como esas deidades de los pueblos crédulos que desaparecen á los ojos de sus adoradores admirados en un carro de fuego arrastrado por dragones ú otros animales fabulosos (la imaginacion de los siberianos no es tan rica en invenciones mitológicas), sino en unos patines cuyos filos penetrando en la movediza tierra apenas solidada, hicieran nacer esos soberbios montes cuya árida superficie vienen á renovar á cada instante la lava y las cenizas.

Entonces Tigil hizo salir de la nada al hombre desconocido en el universo; nacieron las artes, las artes sí, pero las artes de los Kamtchadales, los cuales por carecer de alimentos devoran los piojos que se los comen, y habitan debajo de tierra en ahumadas cavernas, donde se hacinan unos sobre otros, hombres, mugeres, y niños, agrupándose al rededor de una hoguera, y lanzando por intervalos sonidos tan inarticulados como los de los animales.

Tal es en resúmen la religion Kamtchadal, en cuanto á culto es pensar en lo escusado; pues para ellos honrar á la divinidad es temerla. Koutkhou es impotente, jamás su terrible brazo se ha desplomado sobre el que desprecia su nombre; por lo cual se vomitan contra él todo género de imprecaciones, consistiendo sus rezos en palabras de odio y de cólera. Sus altares son dignos de semejantes adoradores; fórmanlos unas estacas clavadas en el suelo, y al pasar el pescador junto á esos postes elevados á la divinidad debe deponer en su base un pedazo de pescado. Esa es la ofrenda que se tributa á Koutkhou y á las deidades subalternas, las cuales comparten entre sí el imperio de las cosas secundarias; siendo como un don que hace uno á pesar suyo á un poder superior que le importuna. Segun el Kamtchadal, el mundo está poblado de espíritus, de semidioses, de seres invisibles que se ocultan á las miradas de los hombres en la soledad de los bosques y en lo profundo de las montañas. Teme su influencia maligna, su espantoso enojo; pero jamás el temor le ha sujetado á las formas regulares de un culto.

Los Kamtchadales unen la idolatría á las creencias ridículas que se han apoderado de su fe. Dos ídolos informes decoran las *iourtas*, ó habitaciones; Khantaï y



Mujer de Kamtchatka.

Ajouchak, penates del hogar siberiano, el uno es una especie de sirena, cuyo aspecto bizarro divierte á los niños de Ostrog, mas bien que escita su piedad; el otro es una simple estaca con una cabeza de madera.

Por este resúmen de la teología kamtchadal juzgará el lector del grado de cultura de los que la han adoptado. Penetremos ahora en la vida interior de los naturales, y en ella encontrarémos las consecuencias necesarias de su estado social degenerado. El *far niente* es igualmente para el habitante de aquella parte de la Siberia el bien supremo, el término hácia que debe dirigirse: si sufre el Kamtchadal las fatigas de la pesca, si las mugeres, menos embrutecidas que los hombres, van á coger en las selvas la ortiga que debe servir para tejer sus groseras estofas, hácenlo solo impelidas de la dura necesidad. Si debe cada uno llevar penosamente la viga destinada á elevar las *iourtas*, es porque el frio es terrible y hay que sustraerse á él; de lo contrario, tendido en el suelo, nadie quisiera mas techo que el cielo, ennegrecido como es por los densos vapores de una atmósfera sujeta á incesantes cambios, ni otro lecho que el suelo duro y cascajoso, cubierto de áspero granito ó de helado *micachisto*.

Por lo demás, sus *iourtas* ó habitaciones, claros in-

dican la indolencia natural de los que las han levantado. En las entrañas de la tierra es donde los Kamtchadales erigen sus cabañas cubiertas con una alfombra de césped, y defendidas de los vientos y de las influencias esteriores por unas mal juntadas vigas. En medio un ancho hogar arroja hácia todos los ángulos de aquel albergue una densa humareda, que se escapa por el mismo agujero que da entrada á la habitacion. Junto á aquellas cubiertas hoyas, pues no merecen otro nombre, están las *balaganas*, ó casas de recreo, en las que depositan las provisiones y donde vive el pescador todo el tiempo que visita el sol su morada, es decir por espacio de dos meses.

El traje de los Kamtchadales es el de la mayor parte de las tribus de la Siberia: traen comunmente dos vestidos con faldones iguales y forrados con pieles de carnero. Cuelga detrás de la espalda un ancho capuchos que sirve para cubrir la cabeza; y guarnecen sus pie, forrados borceguíes. El traje de las mugeres se diferencia poco del de los hombres; sus vestidos son mas largos, y suben hasta la rodilla sus botines.

La lengua de los Kamtchadales al primer golpe parece mas bien una serie de sonidos inarticulados que un sistema verbal regular; pero estudiada con mas cuidado, se conoce luego que, á pesar de su pobreza, no está enteramente desprovista de flexibilidad y de espresion. La lengua rusa le ha dado muchas de sus palabras; así, por ejemplo, *bogbog*, significa un sacerdote, de la palabra rusa *bog*, dios. Llaman á los europeos *Brichtatin*, es decir hombres de fuego, á causa de sus armas, y se designan entre ellos con el nombre de *itelmen*, habitantes.

Sumergidos en la mas profunda ignorancia, les es desconocida su edad; y los rusos les han traido el uso de los metales. Cuando están enfermos, explotan las hechiceras su credulidad; y ponen á contribucion el fruto de su pesca.

Tales eran los Kamtchadales cincuenta años atrás, y tales son todavía, si es que se les puede contar en la superficie del globo, pues su número disminuye poco á poco, su raza desaparece de cada dia. Por qué? Es que donde quiera se derrame el torrente civilizador, transforma ó anonada.

CRISTOBAL COLOMBO ó COLON.

Son diversos los pareceres acerca de la patria de este celebérrimo navegante; sin embargo, como dice Vegas en su *Diccionario geográfico universal*, la opinion mas comun es que nació en Cogoreto ó Cogurete, villa marítima de Italia en los estados de Génova; pero todos están conformes en fijar la época de su nacimiento en el año 1441. Era descendiente, segun nuestro Herrera, de una distinguida familia, y su padre Domingo Colombo, que pretendia darle una educacion correspondiente á las felices disposiciones que manifestó desde su tierna infancia, le envió á la universidad de Pavía para que siguiese allí sus estudios. Si bien el jóven Colon llenó al principio los deseos de su buen padre estudiando las bellas letras, fué tal su inclinacion al estudio de la náutica, que dedicándose esclusivamente á esta ciencia, hizo tan rápidos progresos en la geometría, astronomía, cosmografía, dibujo, historia y navegacion, que en breve logró aventajar á todos sus contemporáneos. Se ejercitó despues en la navegacion y el comercio por espacio de 23 años, y habia adquirido ya grandes conocimientos cuando concibió el proyecto de descubrir el *Nuevo Mundo*. Portugal era sin duda en la época de Cristóval Colon la nacion mas emprendedora, y el descubrimiento de las costas occidentales del Africa la habia llenado de gloria. La Capital era como el punto de reunion donde acudian los hombres mas célebres de Europa en el arte de navegar; Colon quiso unirse á ellos, y pasó á establecerse en Lisboa con su hermano Bartolomé, y allí se casó con Doña Felipa Muñiz de Perestrelo, hija de un navegante portugués, de la cual tuvo un hijo llamado Diego Colon. Martin Behem en union con los médicos de Juan II habian propuesto á los marinos el uso del astrolabio para observar la latitud en alta mar; y Colon, que se valió felizmente de este instrumento, y fué el primero que se sirvió de él, estableció reglas para fijar la posicion de los navíos por la latitud y longitud, y de este modo su genio inventor perfeccionó el arte náutico antes de poner en ejecucion su gran proyecto. En Portugal fué donde se convenció mas y mas de la posibilidad de descubrir las Indias orientales por el Occidente, moviéndole á ello, segun refiere D. Fernando su hijo, los fundamentos naturales, la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes; y despues de serias y largas meditaciones, se determinó por fin poner en ejecucion el plan que se habia propuesto. El comercio solo, le habia proporcionado una honesta subsistencia, y por lo mismo se hallaba imposibilitado de acudir á los gastos de una espedicion tan arriesgada. No le quedaba otro arbitrio que acudir á una potencia ofreciéndole las ventajas que podian reportarse de aquella empresa; pero el senado de Génova la desechó como temeraria, y al paso que el rey de Portugal D. Juan II escuchó con agrado á Colon, la comision encargada de examinar los planes, abusando de la confianza que de ella hizo su autor, se valió secretamente de un piloto inesperto para que hiciese aquel viaje. Este, despues de haber divagado largo tiempo por los mares siendo el juguete de las olas, solo consiguió poder regresar á Lisboa sin haber hecho el menor descubrimiento, y lo peor es, que para justificarse, trató de visionario á Cristóval Colon, que no ignoraba ya la mala fe de los comisionados. Resentido pues del ultraje que acababa de esperimentar, determinó abandonar el Portugal; y mientras en 1484 se dirigia secretamente á España para entablar en ella negociaciones, envió á su hermano D. Bartolomé á Inglaterra, para ver si podria sacar partido de Enrique VII. Llegó Colon á Córdova, y habiendo fallecido su muger, colocó á su hijo Diego al lado del P. Fr Juan Perez Marchena, guardian del monasterio de Ravida, hombre docto y amigo de las glorias de nuestra nacion. En la misma ciudad de Córdova entabló amistad con varios personajes ilustres, y particularmente con D. Alonso de Quintanilla, que ejercia uno de los empleos mas importantes. En España, lo mismo que en Génova y en Portugal, tuvo muchas dificultades que vencer: D. Fernando y Doña Isabel recibieron al principio á Cristóval Colon con la mayor complacencia: estos monarcas con la idea de engrandecer el reino y aumentar el esplendor de su reinado encargaron al P. Fr. Hernando de Talavera, confesor de la reina,

nombrase una junta de cosmógrafos, para que oyendo á Cristóval Colon, examinasen el plan y manifestasen su parecer. Colon, escarmentado ya con lo que le habia sucedido en Portugal, anduvo en esta ocasion con alguna reserva; así es que los sugetos elegidos, poco espertos en el arte de navegar, y alucinados por las preocupaciones de aquel tiempo, informaron mal; y SS. MM. se contentaron con decir á Colon: «que por hallarse ocupados en muchas guerras, y en particular en la conquista de Granada, no podian emprender nuevos gastos; que acabado aquello mandarian examinar mejor sus pretensiones.» Así lo dice Herrera. No se desanimó Colon con esta respuesta; antes bien mas animoso cuanto mayores obstáculos encontraba, viendo perdidos ocho años en vanas solicitudes, resolvió pasar á la corte de Francia. El P. Marchena que lo supo, valiéndose del crédito que tenia con la reina Isabela, procuró interesarla á favor de Colon: volviéronse á abrir de nuevo las negociaciones, aunque tambien sin éxito. Pero esta vez se hacia justicia á los grandes conocimientos de Colon; solo se hallaban sus pretensiones exageradas. En fin, la reina, bien penetrada de la importancia del proyecto y de cuanto podia perder si abandonaba sus ventajas á otra potencia, consintió en adelantar los gastos de aquella empresa, y envió emisarios en busca de Colon, que habia ya emprendido su marcha, y no les costó poco trabajo hacerle retroceder. Recibido nuevamente con alegría, el 19 de abril de 1492 se firmó el tratado por el cual Cristóval Colon recibia los títulos hereditarios de almirante y de virey en todos los mares, islas y tierras que descubriese. Se le otorgaron otras mercedes, y en 12 de mayo siguiente pasó al puerto de Palos, donde debia hacerse el armamento. En 3 de agosto del mismo año salió de aquel puerto con tres navíos y 90 hombres segun nuestro Herrera, aunque otros dicen que llegaban al número de 120: ancló en las islas Canarias, y desde allí siguió su viaje, y despues de 35 dias de navegacion siguiendo siempre el rumbo de oeste descubrió en la noche del 11 al 12 de octubre la primera isla del Nuevo Mundo, á la cual dió el nombre de S. Salvador. Durante esta travesía sufrió muchos trabajos; la tripulacion, cansada de las continuas calmas despues de haber perdido la tierra de vista, creyendo que no les seria fácil regresar á su patria, murmurando de Colon, le trataron de aventurero, y aun determinaron arrojarle al mar, de cuyo atentado creian fácilmente disculparse diciendo que él mismo se habia precipitado inadvertidamente contemplando los astros. Pero muy luego, habiendo tomado tierra en la isla de S. Salvador, antes llamada *Guanahaní*, una de las Lucayas, le saludaron en calidad de almirante y de virey, pidiéndole perdon de los disgustos que le habian ocasionado. Colon entonces se presentó con toda la grandeza de su alma, y hablándoles con la dulzura propia de su carácter, les exhortó de nuevo á una empresa que inmortalizaria sus nombres. Siguió despues su ruta, y descubrió sucesivamente tres islas, á las cuales dió los nombres de Santa María de la Concepcion, Fernandina, é Isabela; y llegó por fin á la isla de Cuba, donde se entretuvo algunos dias para examinar sus preciosidades y riquezas. Abordó despues á otra que llamó de Santo Domingo, separada de la anterior por un canal de 18 leguas, y fondeó en el puerto de San Nicolás; mas hallando este país poco poblado, siguió haciendo nuevos descubrimientos enterándose en todas partes de las costumbres de los habitantes y de las producciones del terreno. El 24 de diciembre á las 11 de la noche, mientras que Cristóval Colon se habia retirado para tomar algun descanso, su navío baró en un banco de arena, y á pesar de los esfuerzos que hicieron para ponerle á salvo, solo consiguen que se estrellase en la costa inmediata. Colon pasó con todo su equipaje á bordo de otro navío, mientras el cacique de una isla inmediata envió varias canoas para proteger á los españoles, dándoles órden de que procurasen salvar todos sus efectos. Es de admirar que en esta larga operacion no se observó en aquella gente bárbara el mas pequeño fraude, antes bien mucho celo á favor de los navegantes: no hubieran hecho mas los europeos mas sensibles y determinados. Guacanagari, que así se llamaba el cacique, pasó en persona á consolar al almirante, quien agradecido prometió formar un establecimiento en sus estados para defenderle de los caribes sus enemigos, y con la aprobacion del cacique construyó un fuerte de los desechos del navío que acababa de perderse, al cual llamó la Natividad. Se despidió despues de Guacanagari, y dejando allí alguna fuerza, en 4 de enero de 1493 se hizo á la vela hácia el oeste para concluir el reconocimiento de la costa septentrional de aquellas islas, y en 16 enero de 1493 tomó la ruta para España. El viento les fué favorable hasta que en 12 de marzo, hallándose en frente de las islas Azores se levantó una furiosa tempestad en que parecía inevitable el naufragio. Lo que mas affigia á Colon en aquellas críticas circunstancias era el pensar que la noticia de sus descubrimientos iba á ser sepultada con él en el fondo de los mares, y en este conflicto creyó que el mejor medio de conservar la memoria de su espedicion era escribir en dos pergaminos el compendio de su viaje, y metiendo cada uno de ellos en una barrica embreada, abandonándolas al mar para que llegase á manos de algun navegante. Así lo verificó; pero la Providencia que velaba en su conservacion calmó los vientos, y el almirante en breve se vió fuera de todo peligro. En 15 de febrero hizo aguada en la isla de Sta. María, y apartándose de las Azores se dirigió al Tajo para recomponer sus averías. En 15 de marzo de 1493 llegó al puerto de Palos, donde le recibieron con el mayor entusiasmo. Su viaje á la corte fué un nuevo triunfo para él: las gentes acudian de todas partes para admirar al navegante de su siglo. Los Reyes Católicos se hallaban entonces en Barcelona, y los barceloneses, que tanta gloria habian adquirido con sus empresas marítimas, quisieron recibir al descubridor del Nuevo Mundo tributándole los honores debidos. Este se dirigió á palacio acompañado de los indios que traia consigo, y que aun conservaban el traje de su país. Seguian varios y ricos presentes colocados en hermosísimos cestos; y de este modo rodeado de un inmenso pueblo que no cesaba de victorearle, llegó á la presencia de los reyes, que le aguardaban con indecible gozo Estos le recibieron con muestras del mayor cariño, mandaron tomase asiento; y entonces el almirante les dió cuenta de su viaje y de los descubrimientos que acababa de hacer. Fernando le confirmó todos sus privilegios y le permitió añadir al escudo de armas de su familia los de los reinos de Castilla y de Leon con el siguiente emblema:

Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon.

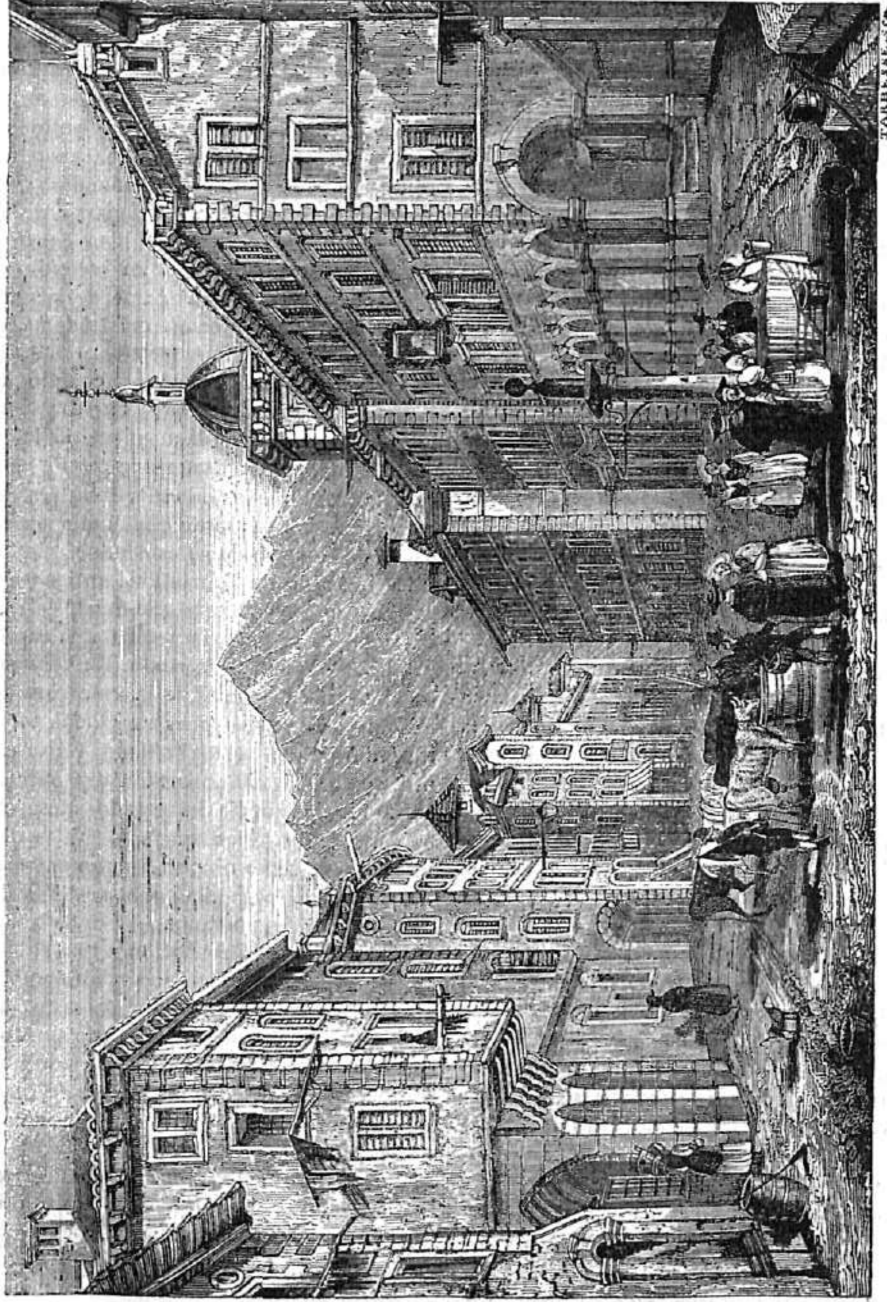
Despues salió otra vez para América con una armada de diez y siete velas, con el objeto de formar establecimientos en las tierras que habia descubierto, haciéndose á la vela en el puerto de Cádiz el 25 de setiembre de 1493. Se detuvo algunos dias en las islas Canarias, y entonces, en vez de seguir la paralela de estas islas, como hizo en su primer viaje, se dirigió á las de Cabo Verde, y se mantuvo en ellas hasta el domingo 3 de noviembre, dia en que descubrió la Dominica, una de las Antillas. Observó luego otras islas al Norte, y logró hacer varios descubrimientos, entre ellos los de las islas Guadalupe y S. Cristóval, llegando despues á la punta oriental de Santo Domingo por el sur de Puerto Rico. Continuó su viaje hasta tomar tierra en el puerto de Navidad, donde encontró el fuerte reducido á cenizas y los españoles que habia dejado en él de guarnicion, muertos traidoramente ó combatiendo contra los isleños. Los que acompañaban á Cristóval Colon querian vengar la sangre de sus compatriotas; mas este los detuvo con buenas razones, y les hizo ver que seria una accion temeraria el entrar en guerra contra unas gentes que todavía no conocian. En efecto, logró calmarlos, y luego echó los primeros fundamentos de la ciudad de Isabela en medio de una llanura fértil y al lado de un puerto situado al este de la punta llamada hoy la Isabelica. El primer cuidado del almirante fué visitar las minas de Cibao, y establecer de trecho en trecho algunos fuertes para mantener la comunicacion con la ciudad de Isabela, donde queria retirar el oro que se habia propuesto enviar á España. Apenas habia tomado sus primeras disposiciones, se volvió á embarcar para continuar sus descubrimientos; siguió la ruta del oeste, y visitó la costa meridional de la isla de Cuba hasta la de los Pinos. La falta de víveres y lo muy fatigados que se hallaban los marineros le impidió reconocer esta isla, y tuvo que contentarse con la relacion que de ella le hicieron los isleños, y su longitud fué determinada á 75° al occidente de Cádiz. La escuadra á su regreso costeó la Jamáica por el Sur, y volvió por fin á la ciudad de Isabela. Entonces fué cuando recorriendo la costa meridional de Sto. Domingo descubrió Colon la embocadura del rio Ozausa, y formó el designio de edificar allí una ciudad, que ha dado su nombre á toda la isla. En la Isabela halló á su hermano Bartolomé despues de algunos años que se habian separado, á quien Cristóval Colon nombró su lugarteniente con el título de adelantado. Mientras tanto, algunas disensiones que se habian suscitado entre los españoles, dieron la audacia á varios caciques para sublevarse contra ellos; mas Cristóval Colon les hizo entrar en su deber y construyó varios fuertes en sus estados para impedir en lo sucesivo semejantes atentados. En esta época fué cuando principiaron las desgracias de Colon, pues habiéndose visto obligado á enviar á España á algunos de los sediciosos que habian turbado la tranquilidad de la colonia, estos apoyados por los enemigos del almirante, dirigieron sus quejas á los reyes, que determinaron por fin á persuasion del obispo de Badajoz, presidente del consejo de Indias, enviar un comisionado para que examinase lo que pasaba en las tierras nuevamente descubiertas. Este enviado, en vez de ocuparse en el principal objeto de su comision, quiso usurpar la autoridad del almirante, y se condujo con él con la mayor arrogancia, de modo que Colon no halló otro recurso que venir él mismo á la corte para justificarse. Su presencia y sus discursos produjeron el efecto que se habia propuesto: pues el Rey, bien convencido de sus justas razones, le restableció en su confianza y le colmó de nuevas mercedes, creándole duque de Veraguas y gran almirante de las islas occidentales. El 30 de mayo de 1498 emprendió Colon su tercer viaje, durante el cual reconoció el continente del Nuevo Mundo, bien que Américo Vespucio quiso disputarle la gloria de haber sido el primero. La escuadra descubrió en primer lugar la isla de Trinidad, pasó el sur empeñándose en el golfo de Paria que la separa del continente, y vino á salir al norte del golfo llamado *Boca de dragon*, despues de haber atravesado una de las embocaduras del Orinoco. Se adelantó luego hácia el oeste, y descubrió la isla de la Margarita, llamada así á causa de la grande cantidad de perlas que se hallan en sus alrededores; y habiendo llegado hasta el lugar donde despues se ha construido la ciudad de Caracas, se alejó de la costa y fué á parar á la embocadura de Ozama, donde su hermano Bartolomé por órden suya habia fundado la ciudad de Sto. Domingo; cuya isla halló en la mayor confusion á causa de los partidos que habian levantado algunos sediciosos contra Bartolomé; y si bien Cristóval logró apaciguarlos, la noticia de estas desavenencias llegó á la corte al mismo tiempo que la del descubrimiento del continente. Sus enemigos formaron en su vista nuevas querellas, y consiguieron que el Rey nombrase á Francisco de Bovadilla, para que reemplazase al almirante y examinase su conducta. Desde el momento que este intrigante se apoderó del mando, hizo poner en libertad á todos los sediciosos, prendió á Colon, le cargó de hierros y arrestó á sus hermanos. Los que mas beneficios habian recibido de Cristóval Colon, fueron los primeros que le abandonaron, y uno de sus mismos allegados le puso los grillos. A primeros de octubre de 1501, salió la escuadra que conducia á España al ilustre prisionero, cuando Vallejo capitan de uno de los navíos y encargado de su persona, le transportaba á bordo, el afligido Colon le preguntó: «¿Dónde me conduces Vallejo? Acaso estás encargado de la ejecucion del decreto de mi muerte? —No, le contestó Vallejo, venís á bordo de mi navío para ser conducido á España.» Este mismo capitan, que era tal vez el único que lloró las desgracias del almirante, quiso quitarle los hierros; pero el magnánimo Colon, fiel siempre á su soberano, en vez de permitirlo, le dijo con entereza: «En nombre del Rey me han aprisionado, á él solo toca darme la libertad, y aun quiero que despues de mi muerte, estos mismos grillos se coloquen sobre mi sepulcro.» Cuando Colon llegó á España, Fernando é Isabel, afligidos por sus desgracias, le enviaron inmediatamente uno de sus oficiales para que le consolase, dándole al mismo tiempo órden de que se presentase en la Córte. Le recibieron con muestras de agrado, y le aseguraron que no era voluntad suya, que se le hubiese tratado tan ignominiosamente; el almirante enternecido, sin poder proferir ni una sola palabra, se arrojó á sus pies los ojos bañados en lágrimas; SS. MM. le abrieron sus brazos; y luego Colon les dió cuenta de su conducta y de los trabajos que habia sufrido, les aseguró su fidelidad y el deseo que le animaba de emplearse hasta sus últimos dias en su servicio. Bovadilla, autor de los males del desgraciado Colon, fué separado

del mando y llamado á la Corte; sin embargo, el almirante lejos de ser reintegrado en su gobierno, recibió la prohibicion espresa en su cuarto viaje de abordar á ninguna de las islas que habia descubierto. Continuó pues sus descubrimientos en el continente del Nuevo mundo, y encontró en su primera ruta la isla Martinica. Habiéndosele inutilizado entonces uno de los navíos, intentó pasar á la de Sto. Domingo para comprar otro; pero el gobernador Ovando, que habia reemplazado á Bovadilla, le prohibió su entrada en el puerto, y por lo mismo se vió obligado á continuar su ruta y en medio de eminentes peligros y de intolerables y agudos dolores ocasionados por la gota, descubrió la parte de la costa del golfo de Méjico, comprendida entre Trujillo y el golfo Darien. Al regresar de esta espedicion, fué arrojado por la corriente sobre la costa meridional de la isla de Cuba: sus navíos, combatidos por una horrorosa tempestad, llegaron al punto de ser sepultados por las olas, y no pudiendo dirigirlos con seguridad á Sto. Domingo, tuvo que barar en el fondo de una bahía situada en la costa del norte de la Jamáica. El gobernador Ovando, en vez de darle socorro, le dejó padecer un año entero, temeroso de que su presencia en Sto. Domingo podia ocasionarle algun disgusto; pero en fin, obligado por el grito de la indignacion pública, le sacó de aquella posicion, y le condujo á la Capital donde á pesar de habérsele hecho los honores debidos, Ovando buscó todos los medios indirectos de hacerle desagradable su destino. Colon llegó por último á España, agobiado por el peso de las fatigas: la noticia de la muerte de la reina fué para él el último golpe de su fortuna; las penas aumentaron sus enfermedades, y por último murió en Valladolid de un ataque de la gota en 20 de mayo de 1506, á la edad de 65 años. Con esta ocasion rectificamos lo que se dijo en el artículo de la Catedral de Sevilla sobre descansar en ella los restos de Colon, error que entonces se deslizó entre los datos verdaderos en que se funda lo restante de aquel artículo. Decimos pues que sus restos fueron en 1513 depositados en el monasterio de Cartujos de las Cuevas, en Sevilla, y en 1536 trasladados á la Catedral de Santo Domingo, en la Isla Española. Pero habiendo la isla pasado al dominio de los franceses, á 20 de diciembre de 1796 se exhumaron con gran solemnidad á peticion del teniente general de la Armada D. Gabriel de Aristizabal, y puestos en una urna de plomo dorado se llevaron á la Habana, adonde llegaron á 15 de enero de 1796, y se depositaron en la Catedral, en la pared, á la derecha del Altar mayor. Dejó dos hijos, el uno llamado Diego que heredó todos sus títulos y el otro Fernando que escribió la historia de su vida. Cristóval Colon era de bella presencia, gracioso, alegre y elocuente, grave con moderacion, con los estraños afable, y con los de su familia suave y placentero; así es que fácilmente se grangeaba el amor de todos en general, y además de ser buen astrólogo y escelente náutico; reunia la circunstancia de poseer el latin y de ser un mediano poeta; en una palabra, debió á la naturaleza y á los estudios todas las prendas que distinguen á los grandes hombres. A la edad de 50 años, empezó sus descubrimientos, y formó los establecimientos que despues inmortalizaron su nombre. La envidia, que no cesaba de perseguirle, esparció la noticia de que la existencia de las tierras situadas al oeste de nuestro continente le habian sido reveladas por un navegante que las habia visto antes que él; pero esta asercion se halla fundada en fábulas desmentidas por todos sus contemporáneos, y estos aseguran que solo á las continuas meditaciones de Colon debieron los reyes católicos el descubrimiento del Nuevo Mundo; solo á Colon fué dado surcar aquellos mares y abrir el paso á los navegantes que le han sucedido.



Kamtchadal en traje de invierno.

SUIZA. — EL VALLÉS.



Vista de Sion.

SUIZA.

EL VALLÉS. — SION.

Nada mas estraordinario que la forma del Vallés, considerado en su conjunto; pues no es otra cosa que un largo y estrecho valle, encerrado entre montañas de una prodigiosa altura, tan empinadas y continuadas, que es difícil distinguir á primera vista los varios valles que comunican con el principal. Desde la cima del monte Furka, donde empieza la separacion de los Alpes en dos cadenas paralelas, hasta el puente de S. Mauricio, donde se acercan sus bases, dejando solo una abertura apenas suficiente para las aguas del Ródano, prolóngase el Vallés por espacio de treinta y seis leguas, conservando siempre la latitud de una legua poco mas ó menos; con lo cual concíbese fácilmente, que visto desde la cima de los Alpes dicho valle, se presentaria como una sombría garganta, abismada entre espantosos peñascos, y devastada frecuentemente por los torrentes. El Ródano, nacido en el monte Furka, y que atravesando el Vallés recoge todas las vertientes de los Alpes, parece doblar su furor á cada torrente que recibe en su seno y á cada valla que quebranta, ya sea precipitando sus olas á través de los acumulados peñascos, ya sea inundando las indefensas llanuras, no deja tras de sí mas que ruinas.

El aspecto de los Alpes, que forman á uno y otro lado del Vallés una impenetrable barrera, merece tambien la atencion del observador. Estas dos cadenas de montañas siguen una línea tan regular, sus cimas se elevan á una altura tan igual, y las rajas de sus anchos costados guardan tal correspondencia entre sí, que es imposible desconocer á vista de la uniformidad de semejante construccion, el plan de la naturaleza y el sello de su poderosa mano. Aquí aparecen en toda su grandeza primitiva, dice M. Raoul Rochette, los primeros cimientos del continente que habitamos; aquí se muestran los fuertes lazos que unen á la tierra, las barreras que arreglan los vientos, los depósitos que fecundan el suelo; aquí encuentro finalmente, si es lícito decirlo así, el armazon de la Europa. «Cuanto mas contemplo los Alpes del Vallés, continua el mismo escritor, tanto mas me persuado que no es otra la base principal sobre la cual la naturaleza ha querido elevar nuestro continente. La misma forma del profundo valle que lo separa me parece una parte necesaria al plan de esa admirable arquitectura. Mas distantes una cadena de otra, no hubieran podido prestarse el mutuo socorro necesario á su vejez, y confundidas en una sola masa, se hubieran debilitado paso á paso por causa de los elementos que los años les arrancan, en vez de que el valle intermedio recibe y guarda ahora todos sus restos, y á medida que la mano del tiempo abaja sus cimas, sus bases, incesantemente cubiertas de nuevas ruinas, se estienden y se fortifican; de modo que la forma cambia, mengua la altura, pero la masa no se altera ni se disminuye.»

Los recientes anales del Vallés contienen mil desastres ocasionados por repentinos derrumbamientos, por caidas de montañas enteras. El San Bernardo, el Simplon y el Jorat, han sido en diferentes períodos abandonados de los elementos que integraban en su formacion, y dos picos de los Diablerets se han abismado en el fondo de risueños valles, condenados desde entonces á la esterilidad. En tiempos mas lejanos ha sufrido esta parte de los Alpes los mismos accidentes, y Gregorio de Tours, el mas antiguo de nuestros historiadores, pinta una de estas catástrofes que sobrevino en su tiempo. Pero ¡cuántos fracasos semejantes han debido trastornar la estructura primitiva de los Alpes, en épocas sobre las cuales la tradicion calla, ó cuyo recuerdo se ha perdido! La salvaje desnudez del lado septentrional, y la perpetua esterilidad á que está condenado, atestiguan la incesante y destructora accion de los siglos.

Sion, antigua morada de los Sedunios y silla obispal, célebre durante mucho tiempo en la cristiandad, hoy dia capital de la república y canton del Vallés, ofrece una de las mas raras situaciones que existan; pues está colocada al pie de dos eminencias aisladas de aspecto salvaje y de singular forma, coronadas de antiguas torres y edificios arruinados, que contrastan con la riqueza y frescura del paraje que lo rodea. La ciudad es nueva y bastante bien construida, lo que debe desgraciadamente á un incendio que muchos años hace devoró buena parte de sus antiguos edificios, y á una inundacion del Ródano, que destruyó los que el fuego habia respetado: renació apenas Sion sobre sus nuevos cimientos, cuando amenazóla la guerra una segunda ruina, y el patriotismo de sus habitantes sucumbió en la mas justa de las causas, siendo la ciudad presa y saqueada por un ejército francés en 1799. Las huellas de estos desastres dan á Sion un carácter mas interesante que el que tendria si se hallase en el apogeo de su esplendor.

Del castillo de Tourbillon, antigua residencia del obispo, no quedan mas que murallas medio destruidas, y en la eminencia vecina una capilla que tampoco el tiempo ha respetado. En vano se ha buscado en el castillo mas antiguo la coleccion de retratos de los obispos de Sion; pues casi todos perecieron en el incendio de que hemos hablado. En su estado actual, ningun edificio contiene Sion digno de ser citado; y hasta la edad media ha pasado sobre ella como un torrente de los Alpes, que solo ruinas deja en pos de sí. Tampoco se ve ningun monumento de la dominacion francesa; pero sí algunos vestigios de la lengua y del poder de los romanos, y aun se leen en las paredes de la catedral inscripciones casi enteramente borradas, que atestiguan el reconocimiento de los Sedunios para con el emperador Augusto, su protector. Seria sumamente curioso, aunque sin duda inútil, el inquirir cuantos patronos ha contado un pueblo tan pobre y oculto entre los Alpes, desde Augusto, dueño del mundo, hasta el obispo actual, que se contenta con 15.000 francos anuales.

No se ha formado la historia seguida y completa del Vallés, aunque pocos paises son mas merecedores á ella; por mas que su nombre no figure en los tiempos modernos en ninguna conquista ni en ningun tratado. Si los valaisanos, valientes únicamente contra sus opresores, y frecuentemente vencedores en sus justas y santas guerras, no figuraron jamás entre las aclamaciones y las lágrimas de Europa, son por esta misma razon acreedores á nuestro aprecio, y los honrosos monumentos de su inocente valor deben ser mas respetados que el bronce y el mármol en que depusie-

ron sus trofeos tantos insolentes conquistadores. En medio de las eternas luchas de la jurisdiccion feudal, fué una circunstancia feliz para el Vallés la de pertenecer á un obispo, porque en aquellas edades llamadas bárbaras, la religion protegia los derechos de los pueblos, con mas vigor del que son capaces nuestras modernas constituciones. Fundábase, sin embargo, la soberanía temporal del obispo de Sion en un diploma de Carlo Magno, llamado la *Carolina*, instrumento no menos falso que el de las famosas donaciones que la Iglesia creyó durante mucho tiempo deber á la liberalidad de aquel Príncipe. No era mas legítima otra pretension del mismo obispo, y era la de ser sucesor de los gobernadores romanos, intitulándose por una singular confusion de ideas, Conde y Prefecto del Vallés, al mismo tiempo que obispo de Sion. Como quiera, los beneficios de su gobierno suplian por la insuficiencia de sus derechos, y sus virtudes positivas desviaban la atencion de lo ridículo de sus pretensiones. Pero los obispos de Sion abusaron con el tiempo de su poder; y poniéndose entonces en tela de juicio los títulos de sus derechos, se conoció su ninguna validez, y su autoridad desapareció al momento que fué contestada. Los habitantes del alto Vallés, cuya única riqueza consistia en su libertad, pero de un carácter indomable como sus montañas, fueron los primeros en vindicar la independencia de su país contra las fuerzas de su obispo y de los nobles; y despues de haberse constituido en pequeñas repúblicas, sostuvieron una obstinada lucha, cuyos varios sucesos llenaron todo el siglo XIV, y cuyo resultado fué el establecimiento de la federacion valesa, bajo el plan y con la ayuda de la helvética.

Es muy sensible que algun escritor contemporáneo no nos haya trasmitido los pormenores de la larga y sangrienta lucha entre la nobleza y el pueblo del alto Vallés, pues ofrece una particularidad que la distingue de las restantes guerras civiles de aquel siglo, cual es una especie singular de ostracismo que llamaban la *Mazza*. Cuando algun personaje importante escitaba las sospechas del pueblo, tomaban una maza, en la que habian grabado groseramente la forma de una cabeza humana. Elevada en un lugar solitario, todos los enemigos del poderoso personaje clavaban furtivamente en ella un clavo, y cuando el número de estos era ya bastante para indicar la pluralidad de los sufragios, la Maza, horroroso símbolo del resentimiento popular, era transportada con grande algazara, y clavada á la puerta de aquel, cuya existencia ó poder amenazaba. «Al aparecer este temido signo de la desgracia pública, dice M. Raoul Rochette, callaban los amigos, los parientes se ocultaban entre la multitud. El demagogo mas exaltado se hacia, por decirlo así, el abogado de la Maza; y sus discursos, acompañados de aquella salvaje elocuencia del gesto y de la voz, que pocas veces deja de hacer efecto en un numeroso auditorio, no tardaban en evocar la muerte ó el destierro sobre la cabeza del culpable. Condenado este sin exámen, debia someterse sin dilacion; destruíase su castillo, y si acaso intentaba resistir, tomábase por asalto y destruíase tambien. De este modo libertáronse sucesivamente los valeses de los enemigos de su independencia, de los Raron, de los Chatillon, de los Supersax; y cuando despues de mas de un siglo de venganzas, á ruegos de los cantones helvéticos, consintieron en enterrar la espantosa y temida Maza, parecia, dice un historiador, que asistiesen á los funerales de su libertad.»

La aldea de S. Gingolfo, comprende la frontera del Vallés y de la Saboya; pues un riachuelo procedente de los montes vecinos, divide esta aldea en dos mitades casi iguales, una valesa y la otra saboyarda. La República y la Monarquía en ninguna parte se hallan tan cercanas; pues solo es necesario un salto para pasar de una á otra. Aunque las dos partes de la aldea pertenezcan á instituciones tan diferentes, solo forman una comunidad pacíficamente regida por las mismas leyes municipales, y cuyos habitantes todos católicos, se reunen en una misma iglesia, situada en país saboyardo. La ciudad de S. Mauricio poco ofrece digno de atencion, á mas de su puente en el Ródano, obra que se cree de los Romanos, y cuya puerta comunica con el país de los Valeses. Dicha ciudad aunque pequeña es antigua, y ha sido bastante célebre en diversas épocas de la edad media; pues las leyendas del mártir de la legion Tebana y las ofrendas y reliquias que habia acumulado en su abadía la piedad de los príncipes, llamaban en otros dias una infinidad de peregrinos. En nuestro siglo han perdido estas pasadas riquezas mucha parte de su valor aun para los habitantes del país, y apenas visitan á S. Mauricio otros viajeros que los curiosos y negociantes.

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS JUDIOS EN LA ANTIGUA CORONA DE ARAGON.

Barcelona. — *Siglo* XIV.

Cuando la espada de Tito hubo arrasado sin piedad los muros de la Ciudad santa, entonces fueron cumplidas las visiones de los profetas, entonces dispersas por las plazas las piedras del Templo, y dispersos por el mundo los hijos de Judá. Así como á todas partes le acompañaron su tipo, sus hábitos y su creencia, á todas partes la raza hebrea llevó como estampado en la frente el signo, que la separó de los demas pueblos de la tierra, y la hizo objeto de aborrecimiento universal.

Ya los bárbaros, que volcaron el imperio, miraran con horror la presencia de los judíos en las provincias que convirtieron en estados, y los mismos reyes godos de España dejaron un monumento de su aversion á aquel pueblo en leyes odiosas, que la historia mencionaria con justa severidad, á no tener en cuenta el celo supersticioso de la época, tan propio y natural en la infancia de las sociedades. Hasta los sarracenos creíanse mancillados con el roce del israelita; y todas las páginas de la edad media respiran el horror mas profundo á los verdugos del Hijo del hombre. Desgraciadamente para estos, la voz que salia de la cátedra de S. Pedro avivó el fuego de la religion y del entusiasmo en los corazones cristianos: nobles y plebeyos, señores y vasallos, todos tomaron la cruz, y el Occidente se precipitó sobre el Oriente á conquistar el Santo Sepulcro; y si bien poca parte de aquellas espediciones le cupo á la España, que desde la primera invasion musulmana estaba reconquistando y reconstruyendo sus provincias con la punta de la

lanza, mucho participó del fervor general, y la esperanza y ardientes votos con que acompañaba la partida de los cruzados, trocábanse en ira y odio contra los causadores de la primera pérdida de los lugares santos; al paso que la movian á guerrear con mas constancia y denuedo contra los sectarios del islamismo, entonces tambien dueños y profanadores de Jerusalen.

En aquellos siglos feroces, ni apoyo ni seguridad para los desventurados israelitas: aunque la política de los reyes supo de vez en cuando utilizar la existencia de aquel pueblo en sus estados, los nobles mas de una vez encontraron medios de burlar sus decretos y pagar con las armas y la violencia las obligaciones contraidas; las poblaciones, en cuantas ocasiones podian, manifestaban con alborotos, muertes é incendios la repugnancia con que miraban la presencia del antiguo pueblo de Dios; ni las mismas puertas y muros que cercaban las Aljamas eran reparos bastantes á su defensa, pues á menudo reales ordenanzas tenian que reprimir el celo cristiano de sus vasallos; las grandes festividades de nuestra religion casi siempre eran para el hebreo dias de desasosiego, cuando no de desesperacion y luto, y aquellos en que la Iglesia lo viste por la muerte del Redentor, rara vez se pasaban sin escalamientos de Aljamas, ó sin graves insultos y muertes, si la imprudencia ó la necesidad alejaban de su recinto á algun hebreo; y hasta la administracion de justicia, esa que es una como Dios, principio suyo, además de las numerosas disposiciones con que la legislacion española oprimia á la raza proscrita, la administracion de justicia con tanta injusticia y crueles prevenciones se ejercia en Aragon para con aquella, que muchos monarcas tuvieron que neutralizar con indultos generales, concedidos á favor de los judíos, las violencias y fraudes de los mismos oficiales de la real casa, indultos que quizás atizaban la rabia de los pueblos, que en ellos debieron de ver señales de proteccion mas que de indemnizacion y justicia. ¿Qué denuestos se inventaron, que no marcasen desprecio á los judíos? Qué males sobrevinieron, que á ellos no se atribuyesen? Qué enjuiciamentos se formaron, en que no se les torturase? Pestes, conjuraciones, asesinatos, hechizos, conciliábulos impuros, en todo se creia ver la mano oculta de los israelitas, que, apenas tolerados en las naciones cristianas, solo á fuerza de oro arrancaban al trono alguna proteccion ó el mero permiso de fijar su morada en las villas y ciudades.

Pero en medio de tanto abatimiento fué cuando desplegó aquel pueblo algunas calidades, que le valieron en compensacion cierto poder é importancia, como si la misma mano que lo dispersó por el mundo lo sostuviese en su miseria, para que fuesen cada dia mayores sus trabajos y la expiacion mas duradera. Con una sagacidad y diligencia, que tal vez recordaban las de los Fenicios, antiguos pobladores de la tierra de Canaán, si ya no las debieron al infortunio, fuéronse apoderando de buena parte del comercio que en sus manos pronto se convirtió en un giro vasto entre países los mas lejanos; y en verdad la ocasion era propicia, y á propósito sus propias circunstancias particulares. Cortado por los bárbaros el imperio en sin número de estados, perdida la memoria de los descubrimientos y adelantos geográficos de los antiguos, separó á las naciones, ó mejor dicho á las comarcas, una valla inmensa: la ignorancia de su situacion respectiva. En los primeros siglos de la edad media, encerrado el castellano en su fortaleza y sin mas educacion que la de las armas, para él redújose el mundo á los campos, donde hizo prueba de su buena lanza, y á la corte de su soberano, donde tal vez oyó relaciones de tierras, cuyos nombres le pasmaron por peregrinos como por desconocida le pareció inmensa su distancia. El ciudadano apenas se atrevia á salir de los límites de su distrito, y ciertamente nada debia convidarle á hacerlo, cuando, amen de los peligros del viaje, veia casi segura la pérdida de su estado de hombre libre. El odio traia divididas á las naciones; las guerras de familia á los magnates, y á las ciudades las disputas de franquicias y estension de territorio, ó anterioridad en el goce de fueros; y los piratas y bandoleros llenaban el vacío que aquellas contiendas dejaban. Eran, pues, casi nulas las comunicaciones en Europa; las noticias cundian tardías y vagas; y el comercio, que es hijo de las comunicaciones, por mucho tiempo yació aletargado.

Ningun odio ni rivalidad traia divididos á los hebreos; sin patria, sin gobierno propio, igualmente aborrecido, igualmente proscrito, ¿qué tenia que envidiar el judío italiano al que moraba en España? Desparramados por toda la Europa, y principalmente por el mediodía, libres de toda afeccion, de todo sentimiento nacional, enlazados, por unos mismos intereses, por unas mismas desgracias y por un mismo idioma, versados en casi todos los dialectos entonces mas en uso; ellos reunian todos los elementos oportunos para formar una asociacion general, que aprovechando sagazmente las escasas comunicaciones, se mantuviese unida por cuantos medios podian suministrarle, ya su misma industria y cautela, ya unas bases convenidas de antemano, ya las frecuentes y casi continuas correrías de sus individuos, ya los signos y fórmulas de su propio idioma, esto es, las *letras de cambio*, de que se sirvieron primero por necesidad para transportar sus caudales cuando la ruina de su patria, y cuyo uso introdujeron luego para su utilidad, y para la rapidez y seguridad del tráfico. Así la Europa les debe la fundacion del *crédito*, principio y sosten de los negocios comerciales; así ejercieron un giro vasto é inmenso para las circunstancias, que principalmente consistia, sin contar el cambio, en cosas preciosas y de poco bulto, alhajas, joyas, piedras, sedas, aromas, etc pues ni los tiempos eran tales que pudiesen ellos esponer sus haberes en objetos de uso comun y mayor consumo, armas, tejidos ordinarios, cereales, etc., ni la naturaleza de estos mismos objetos y el pertenecer á comerciantes judíos hubieran dejado de escitar la codicia en mas de un lugar de su tránsito, bien que posteriormente tambien en estos géneros comerciaron; y aun despues que el gran movimiento de las cruzadas sacó de su letargo al comercio, que con la riqueza dió la libertad á las ciudades de Italia, aun despues que Barcelona rivalizaba con ellas, y que las anseáticas combinaron una de las mayores empresas y establecimientos que recuerdan los anales de la edad media, por mucho tiempo continuó el cetro de los

negocios en manos de los judíos, y judíos eran buena parte de los famosos lombardos, abastecedores y banqueros de casi todos los grandes mercados de Europa.

Aquellos mendigos, aquellos *perros* judíos, iban engrandeciéndose en el seno mismo de la persecucion y del infortunio. Merced á sus donativos y contribuciones, fueron organizando en las poblaciones cristianas sus barrios, que acá en España llamaron Aljamas ó Juderías, cercados de muros, con sus sinagogas y con cuantos establecimientos eran necesarios á su religion y á su bienestar; y las crecidas sumas que á la corona pagaban las de los reinos de Aragon por el derecho llamado de *cenas*, apellidado *yantares* en Castilla, claro dicen su riqueza, al mismo tiempo que manifiestan su utilidad al Estado. Ya de muy antiguo, esta riqueza suya hizo que los soberanos escogiesen sus tesoreros entre los judíos; y gracias á sus préstamos se realizaron empresas, que sin ellos hoy no ocuparian un buen lugar en los anales de la gloria. Las mismas ciudades les pidieron prestado en sus apuros, en sus guerras y armamentos, ellos fueron los prenderos y prestamistas para los particulares; y mas que ninguno la nobleza tenia de contínuo depositados en las arcas de las Juderías su honor y su buena fe. ¿Quién ignora hoy en dia (perdónesenos esta única particularizacion en estas consideraciones generales) la graciosa tradicion del Cid, cuando al partirse de la corte tomó dineros prestados de los judíos Raquel y Vidas, dejando en prenda unos cofres, que ellos creyeron llenos de alhajas de plata, y solo lo estaban de arena? Sabidos son aquellos versos del Romancero:

« Y á los honrados judíos
Raquel y Vidas llevad
doscientos marcos de oro,
tantos de plata, y no mas,
que me endonaron prestados,
cuando me partí á lidiar
sobre dos cofres de arena
debajo de mi verdad;
y rogadles de mi parte
que me quieran perdonar,
que con acuita lo fice
de mi gran necesidad:
Que aunque cuidan que es arena
lo que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad.
Pagadles la logrería
que só tenudo á les dar
del tiempo que su dinero
he tenido al mi mandar. »

Sin embargo, ni todos los nobles lo eran como el Cid, ni siempre con tanta religiosidad se les cumplieron á los judíos las estipulaciones contraidas por gente de alta alcurnia, como ya dejamos insinuado.

Pero ¿fueron realmente los hebreos lo que la fama los supone, hombres codiciosos, que á fuerza de usuras desangraban á cuantos á ellos acudian?

Antes de contestar á semejante cuestion, permítasenos mirar por encima la opinion en que se tenia en aquellos tiempos el comercio, particularmente el de banca. Es evidente que el interés legal en todos los paises negociantes se considera para los capitalistas una recompensa de la esposicion á que el giro sugeta sus caudales. Varios Padres de Iglesia vieron en este interés un pecado contra lo establecido por la Escritura; ¡pecado, usura! gritaron los aristotélicos, tenidos entonces por lumbreras del género humano y oráculos infalibles del saber; y al oir la voz salida del seno mismo de la Iglesia, y confirmada por las argumentaciones de los filósofos, reyes y ciudades, magnates y plebeyos miraron aquel tráfico como un crímen, y llevaron su ceguedad al estremo de imponer severas penas á quienes lo ejerciesen. Los mismos comerciantes cristianos, considerando los riesgos á que su profesion les esponia, aumentaron á proporcion de aquellos riesgos los intereses, que jamás hubieran escedido de la cantidad legal y regular á continuar autorizándolos la opinion y las leyes; de manera que en el siglo XIII ordinariamente se hacia el giro al veinte por ciento; y ya que los Soberanos aprobaron despues esta ganancia, no hay que maravillarse si los prestamistas particulares, y mayormente los judíos exigian en sus negocios intereses mas crecidos. A aquel mal concepto, que á la generalidad merecia el comercio de cambio, agregábanse en los hebreos el odio que su religion inspiraba, y la casi impunidad de los delitos contra ellos cometidos so color de celo cristiano; y si frecuentemente las villas les devolvian en asonadas y matanza los capitales desembolsados, si los nobles negaban á veces lo recibido, cuando no apelaban á la violencia oculta, si no faltaron reyes que solo por gruesas sumas de oro les garantieron un poco de seguridad en sus estados, cuando no les envolvieron en procesos y conjuraciones, las mas de ellas fingidas, ¿nos admirarémos de que tan inhumanos y usureros se manifestasen en sus contratos! Al emitir estas leves consideraciones, no es nuestro ánimo sentar la integridad de los judíos, ni mucho menos vindicar su fama; su opresion y miseria degradaron su carácter, dándoles la astucia, condicion comun á todos los esclavos que con la libertad perdieron la fuerza y la voluntad de hombres; la ignorancia de los tiempos, el hallarse privados de ser propietarios, y su pobreza y riesgo propios les hicieron avaros y mercaderes; y harto posible es que, semejantes al reptil que se arrastra para matar, luciese allá en sus cálculos una siniestra idea de venganza sorda por los ultrages recibidos, que vendiesen á título de servicios sus usuras, que con salvedades y santas esclamaciones tasasen el interés por la amarillez, risa forzada y frio sudor de los necesitados, y que así desangrasen á la pobre viuda como al relajado heredero, que ponia en prenda el amor de la doncella ricamente dotada, ó las canas y achaques del padre enfermo.

Mas la historia siempre recordará con alabanza otras calidades quizá mas ilustres para aquellos proscritos que su habilidad en los negocios, su buen desempeño en la Tesorería de la real Hacienda, y su actividad en el giro: hablamos de su amor al estudio, y de sus adelantos en el cultivo de las ciencias, que entonces constituian mayormente el saber humano.

Acabada en el rabino *Jehuda* HA-NASI la serie de los *Tanaim* (doctrineros ó maestros), que desde Moisés habia conservado en su pureza la tradicion oral; y motivando aquel con su libro *Misnah*, ó exposicion de la ley, la serie de los *Emoraim* (talmudistas ó expositores), á los cuales siguieron los *Rabanan-*

Sebarae y los *Gueonim* en Persia : uno de los mas famosos maestros de este reino, cuyas academias hebreas ya tocaban á su ruina, por los años de 948 fundó en Córdoba la gran *Yesiba*, ó academia, que igualó en esplendor á las antiguas, fué como el centro adonde acudian á consultar todos los judíos españoles, amen de los estranjeros, y dió principió á la serie de los *Rabanim* (*). Desde entonces todas las sinagogas y Aljamas fueron ilustrándose con doctores profundamente versados en los libros del antiguo Testamento, y sabios en aplicar sus doctrinas á los usos del pueblo; y á la par de la instruccion religiosa progresó la jurisprudencia, pues además de ser oral la tradicion del sentido de la ley entre los *Nasis* ó príncipes del *Sanhedrin* y los que lo componian, el *Talmud*, al mismo tiempo que era el cuerpo de doctrina, religion y moral, formaba el Código de su derecho civil y eclesiástico, ó mas bien, la declaracion del texto de la ley de Moisés. No es nuestro propósito seguir la sucesion de los escritores rabínicos, que ennoblecieron las *Yesibot* ó academias españolas, y estas mismas consideraciones, que no pasan de apuntes generales, no consienten que particularicemos hechos é individuos: pero las frecuentes deserciones que en los siglos XIV y XV esperimentó el judaismo, dejaron bien confirmada la gran fama que de sabios disfrutaban sus doctores; pues los convertidos á la religion cristiana fueron lumbreras del nuevo culto que adoptaron; y en gran congreso, que desde 7 de febrero de 1413 hasta 12 de noviembre de 1414 se celebró en Tortosa entre los mas sabios rabinos españoles y algunos teólogos cristianos, en presencia del papa Benedicto XIII y de su corte, ejemplo único en los anales del cristianismo, los doctores de la ley antigua hicieron prueba de su profundidad en los argumentos y dignidad en el arte de persuadir; y para mayor gloria del judaismo, fué el defensor de la venida del Mesías é impugnador del Talmud un doctor hebreo converso, médico del papa Benedicto, llamado *Yehosuah Halorqui* cuando profesaba la religion hebrea, y Gerónimo de Santa Fe desde su conversion, el cual disputó infatigablemente con cada uno de los rabinos, y escepto á dos, con sus razones precisó á los demas á que abjurasen su errada creencia.

(*) Tal vez para la inteligencia de este pasaje, no sea inoportuna la siguiente noticia. Los *Tanaim* eran cabeza del supremo tribunal, únicos intérpretes de la Escritura, y conservadores de la tradicion oral, que enseñaban verbalmente los setenta y un doctores que formaban el *Sanhedrin* en el mismo templo de Jerusalen, bajo la presidencia de un *Nasi* ó príncipe, juez universal de todo Israel, y de un magistrado que apellidaban *padre de la casa del juicio*. Asi duró la tradicion hasta *Jehuda Ha-Nasi*, esto es, hasta el siglo III de la Iglesia, el cual viendo la dispersion de Israél, y que ya era imposible enseñar la ley verbalmente, por consejo de los mismos Tanaim, cuyo Nasi él era, compuso el famoso libro *Misnah*, en que expuso la ley y esplicó sus preceptos con la doctrina recopilada de los Tanaim pasados. Sucedióle en el oficio de cabeza del Tribunal supremo *Hanina Bar-Hama*, que con otros dió principio á la serie de los *Emoraim*, asi llamados porque declararon, ilustraron y comentaron el *Misnah*, recibiendo esta recopilacion el nombre de *Talmud*. Despues de los Emoraim vinieron los *Rabanan Seburae*, ó expositores del Talmud, y los *Gueonim*, jueces y maestros unos y otros en las academias de Persia, establecidas en Pombedita y Mehasia: de estos fueron discípulos los Judíos españoles, descendientes de aquellos hijos de las tribus de David y de Judá, que vinieron á España despues de la destruccion del templo y de Jerusalen por las armas romanas; y fundada en Córdoba la gran *Yesiba* ó academia por los años de 948, comenzó la serie de los *Rabanim*, últimos doctores por quienes contó el pueblo hebreo sus edades, y los cuales comprendian estos tres grandes ramos: los *Caraitas*, que fundaban todo su estudio en la letra del texto sagrado; los *Rabanitas*, dados enteramente á estudiar la ley oral; y los *Cabalistas*, ó conservadores de la tradicion, que apoyándose en ciertas reglas de los sabios primitivos, dedicábanse á entender y explicar el texto por medio de combinaciones de nombres y de letras, y aplicaron su sistema al estudio de las ciencias ocultas.

No descuidaron tampoco la medicina, que en aquellos tiempos quedó casi solo en manos de ellos, de los árabes, y de las mujeres. Los príncipes, los grandes y hasta los prelados confiaron el cuidado de su salud á los facultativos rabínicos; y en particular los españoles rivalizaron con los sarracenos en los conocimientos del arte de Hipócrates. Supieron cuanto en historia natural se sabia entonces; y como dedicáronse bastante á la mineralogía, este mismo estudio les valió singulares ventajas en el oficio de plateros y joyeros, en que fueron sobresalientes. Tanto progresaron en botánica, que á ellos debió la Europa su primer jardin botánico, el de Mompeller, que arreglaron de órden del rey de Aragon. Poseyeron muchos idiomas, y se ejercitaron en traducir, saludaron la historia, y esclarecieron la de su antigua patria; la armonía del Rey profeta no fué pérdida para su oido; y la España cuenta algunos hijos de Israel entre sus trobadores; y quizás á la diligencia de un hebreo debe nuestra literatura la conservacion de algunas obras de nuestros antiguos poetas. Cultivaron la filosofía en todas sus partes; y si en sus especulaciones no les guiaron principios mas acertados, cúlpese á la barbarie de los tiempos y al fanatismo que las obras de Aristóteles y las de sus comentadores inspiraban. Escribieron de lógica, de metafísica, de física, de matemáticas, de geografía, de astronomía, en que descollaron, y sobre todo de astrología judiciaria y de alquimia, que á pesar de sus desvaríos es la predecesora, y la que, conservando los conocimientos de los antiguos teólogos y filósofos herméticos, ha abierto las puertas á la química moderna.

Esta misma aficion y adelantos en el estudio de la ciencia contribuyó no poco á acibarar sus infortunios. La supersticiosa edad media vió en aquel estudio relaciones ilícitas con los espíritus, en los astrolabios comunicaciones del demonio, en el resplandor de los laboratorios el fuego del infierno, en las redomas seres encantados, y hasta denominó los conciliábulos nocturnos de los brujos y de las potencias infernales con el nombre de *sábado*, que lo era del dia festivo entre los hebreos, y de su reunion y predicaciones en las sinagogas. Y á la verdad, pocas veces escitaron la supersticion motivos mas poderosos, aun pasando por alto el misterioso destino del pueblo de Israel, y su carácter de enemigos y verdugos de Jesucristo, que abria la puerta á toda suposicion mala. Ramificado el judío *cabalista* con la grande asociacion, que de tiempo inmemorial fué transmitiendo de siglo en siglo en el Oriente el depósito del saber, y constituido principal representante de la tradicion (*); envolvióse en una nube de misterio, que subió de punto con el lenguaje místico de todas sus obras. Filósofo del fuego, hundióse en el polvo de los laboratorios subterráneos, cuyas paredes veíanse ennegrecidas con las revueltas fórmulas que los iniciados habian recibido como pro-

(*) Véase el fin de la nota anterior.

blemas que debian descifrar, en busca del *gran principio, del fuego central, del soberano elixir*, simbolizado en todos los mas remotos sistemas mitológicos, así en Belo como en Osiris, así en el Hércules egipcio como en el Hércules tirio, así en Febo como en Júpiter Elisio, primeras revelaciones de la electricidad y de la fuerza magnética, consideradas por el pueblo como pesquisas para el descubrimiento de la piedra filosofal, cuya existencia propalaban con crecidas ponderaciones los falsos adeptos. Ni claridad, ni llaneza en los escritos cabalísticos; allí la ciencia tenia sus límites, ni era positiva, sino sobrenatural; la tradicion la encerraba en su círculo místico; lo que debia ser realidad, solo era abstraccion é idealismo; y pues los enemigos de Cristo profesaban ciencias que necesitaban del horror de las tinieblas y del misterio, claro era para el pueblo que mucha parte de ellas le tocaba al diablo. Tal vez el orgullo humano, que es ciego y loco cuando en los sabios, en los judíos no se contentó con seguir las huellas trazadas por los preceptos; y quizás vendiendo al mundo ciencia falsa, pretendió por las combinaciones de los astros y de las figuras geométricas regular los acontecimientos de las naciones, abusando de la ignorancia de los poderosos, y fomentando las creencias supersticiosas de los pueblos: si así es, con sus propias manos cooperaron los judíos á su ruina, y cara compraron su fama de astrólogos y de adivinos.

Así las calidades que fueron su mayor gloria, acabaron de atraerles el odio de los cristianos, al paso que contribuyeron en algunas partes á su esterminio. Su riqueza engendró la envidia; su comercio y préstamos les valieron fama de usureros y codiciosos; sus ceremonias pasaron por reuniones impuras, y su ciencia se calificó de brujería. Por esto, cuando tras la famosa conferencia de Tortosa el Papa Benedicto XIII lanzó contra ellos un decreto que les privaba de esplicar y oir el Talmud, cuyos ejemplares mandaba depositar en las catedrales, y de erigir nuevas sinagogas, ordenando que solo una se dejase en cada Aljama y se derribasen las demas, con otras disposiciones á cual mas rigurosas, que renovó despues el concilio de Basilea y confirmó el pontífice Paulo IV, nadie elevó la voz contra aquel decreto; por esto, cuando en 1492 los Reyes Católicos los espulsaron de sus estados, una general alegría acogió aquella determinacion fatal y no bastante considerada.

Pero ya antes habian sido los hebreos víctimas de frecuentes sediciones; y concretándonos á los reinos que formaban la antigua corona de Aragon, en el siglo XIV sufrieron un ataque tan general y recio, que esterminó las principales Aljamas. A 5 de agosto de 1391, como de antemano se hubiesen convenido, casi todos los pueblos acometieron las Juderías, saqueadas las entregaron á las llamas, y degollaron á cuantos hebreos no quisieron ó no tuvieron tiempo ni aliento para pedir el bautismo. Once mil se bautizaron entre la matanza en las grandes poblaciones; mas los alborotos de Cataluña á todos sobrepujaron en ferocidad y barbarie. La corona de Aragon tenia sus mejores Aljamas en Barcelona, Lérida, Gerona, Palma, Huesca, Zaragoza y Valencia; el furor popular convirtió á la mayor parte de los judíos de las cuatro últimas (*) redujo á una sombra tercera y segunda, y aniquiló completamente la primera. Fué sin disputa la de Barcelona sublevacion de las mas sangrientas que recuerde historia de ciudad en la edad media; y como hasta el presente nadie la haya tratado con esplicacion de las circunstancias que en ella se vieron, permítasenos que ensayemos una ligera descripcion, formada con los materiales que nos han suministrado los archivos.

(*Se continuará.*) P. PIFERRER.

(*) En la de Palma, sea por el carácter mas benigno de los mallorquines, sea que no pudiendo salir de la isla los judíos se apresurasen á asirse del único medio de salvacion, fué poquísimo el estrago, y casi todos se convirtieron, perseverando hasta nuestros dias sus descendientes, y no aun desvanecidas las antiguas preocupaciones que hasta ahora les han separado de los demas ciudadanos de aquella capital.

VOLCANES DE LA ISLA HAOUAI.

El grupo de las islas Haouaï ó Sandwich, forma uno de los archipiélagos mas importantes de la Polynesia (Oceania oriental). El exámen geológico de su suelo parece dar á entender que fuera primitivamente una cordillera de volcanes, nacidos de un banco de corales; pues el terreno no presenta en efecto mas que lavas y rocas calcinadas, cubiertas solo por algunas tierras de aluvion. Las montañas son áridas, y no ofrecen apenas el menor vestigio de vegetacion, y los llanos parecen igualmente formados por erupciones volcánicas y restos de mariscos y de corales. A la profundidad de dos ó tres pies, bajo esta primera capa, encuéntrase otra de taba madrepórice, muy porosa en su base, en la cual van á desalarse las aguas del mar, saliendo limpias y dulces. El aspecto de las islas, y particularmente el de la principal del archipiélago, vienen á corroborar esas primeras pruebas de un orígen reciente y plutoniano; habiendo pocas comarcas que ofrezcan una naturaleza mas atormentada, y conserven mas huellas de los trastornos de que ha sido y es todavía teatro.

Sin embargo, no son esas solas las pruebas de la formacion volcánica del archipiélago, muchas otras islas guardan todavía huellas, para decirlo así, mas vivas, y renuevan cada dia la superficie del suelo varios volcanes en plena actividad.

El mas célebre de todos, es el conocido bajo el nombre de Kiro-Ea, y se encuentra en la grande Haouaï, la Owhyhée de los navegantes del siglo pasado, donde Cook perdió la vida. Este volcan está situado á veinte ó treinta leguas de la aldea de Waï-Aken, célebre por la mansion del comodoro Byron, y actualmente habitada por misioneros protestantes. Conduce á él un sendero agradable y fácil, plantado de cocos, plátanos y pandanos, que guía á un hermoso bosque de aleurites, al salir del cual vese ya una lava negra y lisa como el mármol. Revelan á poco el cercano volcan colunas de fuego, las cuales, á medida que se dista menos de él, ó mejor de los cráteres, preséntanse mas anchas y mas elevadas. Llégase por último hasta la misma boca que despide el fuego y el humo, por un precipicio de cincuenta pies, abierto en la roca, y todo cubierto de zarzas y de arbustos. Un sordo y continuo rumor, y colunas de azulada llama anuncian la proximidad del volcan. Preséntase entonces un

magnífico espectáculo á los ojos del viajero que osara penetrar en aquellas terribles regiones. Una llanura de siete á ocho millas de circunferencia, despliega, en medio de un terreno agitado y unduloso, como unos sesenta cráteres cónicos, algunos de los cuales están en incesante actividad, elevándose de una profundidad de mas de mil trescientos pies armellas de lava y azufre, cubiertas de hendeduras tan profundas, que apenas se atreve el ojo á sondearlas.

Interrumpen solo el negro tinte de aquel cuadro de una espantosa convulsion terrestre, algunas pinceladas de azufre, cuyo verde y amarillo matiz produce en los flancos de los diversos volcanes bizarros efectos de luz. Las paredes de otras escavaciones son á veces de un rojo moreno que va muy bien con el color del vecino suelo. Lo que hace recomendable á la atencion de los naturalistas el volcan de Kiro-Ea, es que en lugar de encontrarse en la cima del cono, como la mayor parte de los que le rodean, ó se encuentran en otras comarcas, hállase situado en una profunda hondura, á la cual se baja por unos terraplenes dispuestos á poca diferencia en forma de gradería, disposicion debida muy probablemente al hundimiento del cono primitivo. Puede bajarse hasta el antiguo nivel del volcan por un declive vertical de cerca cuatrocientos pies. El camino que conduce al plano inferior es tortuoso y abierto sobre montones de lava y de rocas prontas á desplomarse. Por tan difícil sendero, que guia á una negra garganta de paredes de basalto, desde donde se descubre apenas el cielo, bajaron el comodoro Byron, los misioneros, y varios oficiales de la marina francesa. Para llegar á uno de los volcanes en actividad, hay todavía otro camino de una lava todavía mas ardiente, pero la temperatura del suelo es tan elevada que no se puede tener la mano encima, prendiéndose frecuentemente fuego en el estremo de las largas estacas destinadas á sostener el terreno.

Es imposible pintar el espectáculo á la vez imponente y horroroso que presentan aquellos valles casi infernales, sobre todo en una bella noche y estando el cielo estrellado.

La lava se ha abierto un camino en el cráter, y mana por encima de capas superficiales, que aunque endurecidas, han conservado en su concrecion sus undulaciones y accidentes. Esos intestinos, que sirven como de conductos á las erupciones volcánicas, tienen generalmente de ocho á diez pies de longitud, y la bóveda inferior forma una curva, á la cual se pegan bajo todas las formas innumerables estaláctitas, presentando las mas bizarras configuraciones.

Una calzada de ciento cincuenta toesas escasas, separa el Kiro-Ea del Kiro-Ea-Iti ó pequeño Kiro-Ea, otro volcan apagado hace ya largo tiempo. El terreno de la llanura en que está situado es de tal modo caliente, que los leñadores cuecen en él sus alimentos, envolviéndolos en hojas de helecho y enterrándolas durante algunas horas.

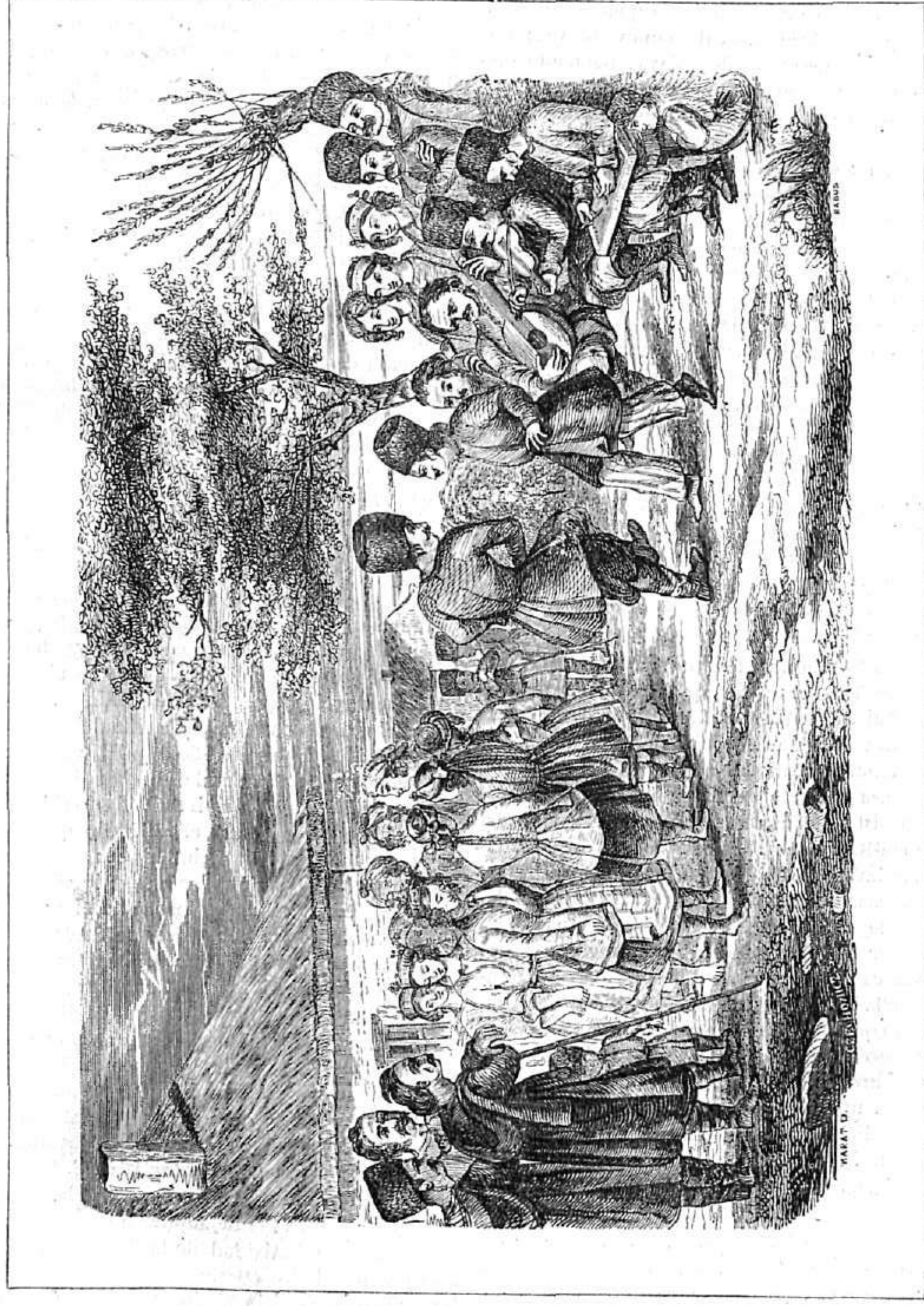
No son esos los únicos volcanes de la isla, encuéntrase todavía el de Pouna-Hohoa, no menos curioso que los precedentes. Es de reciente formacion, y sus dos grandes grietas que vomitan llamas y ardientes lavas, no se abrieron sino ahora hace dos años. Por último, al estremo septentrional de Kaï-Roua, encuéntrase el Mouna-Houa-Raraï, cuya erupcion dió orígen á un promontorio.

Sigue.



Volcanes de la isla de Haouai.

DANZA ENTRE LOS PUEBLOS DE LA RUSIA MENOR.



Esos volcanes, con sus frecuentes erupciones, con su aspecto amenazador y los estragos que ejercen en la isla de Haouaï, debieron necesariamente de herir la imaginacion de los insulares, y dar márgen á fábulas forjadas por la ignorancia y acreditadas por el miedo. Segun las tradiciones y creencias de la isla, el Kiro Ea remonta á la formacion del mundo, es decir al nacimiento del archipiélago. En su cráter y llanuras que le rodean, habia la terrible diosa Pelé junto con las otras deidades ignívomes, las cuales se complacen en nadar en las ardientes lavas y torbellinos de llamas al son de la estrepitosa música de las erupciones. La diosa Pelé, segun los habitantes de Sandwich, vaga por los conductos subterráneos de la lava, habiendo sido ella quien persiguió con su furor á Bou-o-Kahavari, poderoso gefe del distrito de Poune, donde se encuentran los volcanes de que hemos hablado. La persecucion que ese príncipe de Haouaï tuviera que sufrir de parte de la terrible deidad, no es mas que la fábula de una irrupcion antigua, sin duda, que trastornó toda la isla. Concibiera Pelé un vivo resentimiento contra Kahavari, por haberle este gefe vencido en el juego de hazone, especie de montañas rusas, en el cual el que primero llega al término en su trineo es proclamado vencedor. Sin embargo Kahavari escapó á duras penas á la venganza de la diosa, arrojándose en una piragua y ganando la isla de Ohaou. En vano fuera de sí Pelé arrojó contra su enemigo un enorme peñasco, que no le alcanzara. Pelé y Kahavari son dos volcanes, de los cuales el primero es el de Kiro-Ea, y el segundo está en la actualidad apagado, no siendo esa fábula mas que la historia alegórica de las erupciones terribles que verificaran á porfía los dos cráteres.

Sacrificábanse á Pelé víctimas humanas, y vense todavía á corta distancia de Kiro-Ea-Iti, las ruinas de un templo ó Heïau donde se consumaban los horribles holocaustos. En otro tiempo hacíase una célebre peregrinacion á aquel templo que fuera mansion del profeta Kamaka-Ake-Akonas, que vivia bajo el reinado de Tamea Mea, y alcanzara en las islas de Sandwich gran reputacion de santidad.

Este Tamea Mea uno de los monarcas mas ilustres de aquellas islas, contuvo un dia una erupcion del Mouna-Houa-Raraï que habia devastado todo el distrito. Hacia la lava rápidos progresos, y amenazaba sepultar bajo sus ardientes ondas todas las llanuras del alrededor. Plegarias, exorcismos, ofrendas, nada bastara á detener el rio de fuego, cuando cortando un rizo de sus cabellos, que era Tabou (1) arrojólo Tamea-Mea en la lava que paró de manar dos dias despues, con lo que el rey de Haouaï pareció haber sido mas poderoso que todos los medios empleados para conjurar el furor de las divinidades volcánicas. No nos estenderémos mas sobre los volcanes de Sandwich, bastando lo dicho para dar una idea de una de las obras mas admirables de la naturaleza, y de todo cuanto el archipiélago Haouaï puede ofrecer de interesante al viajero ávido de emociones fuertes y de espectáculos nuevos.

(1) El Tabou, esta palabra que significa en lengua palignesia, interdiccion completa y rigurosa, prohibicion del contacto y de la vista, aplícase á una cosa sagrada que no es lícito tocar bajo pena de la vida. Poníase el Tabou á una persona, á un animal, á un trozo de tierra, á un árbol, á un brazo de mar, etc. podia ser temporal, y alzado por la divinidad, es decir por los sacerdotes; siendo esta institucion religiosa comun á la mayor parte de los archipiélagos de la polynesia.

DANZA ENTRE LOS PUEBLOS DE LA RUSIA MENOR.

La Rusia menor comprende los cuatro gobiernos de Kief, Tchernigof, Poltava y Kharkof, á las cuales pueden juntarse las de Podolia y de Volhynia, provincias en otro tiempo polacas, pero cuyos habitantes son la mayor parte de la raza de los naturales de la Rusia menor y de la religion griega, circunstancia muy importante, pues ella es la que ha facilitado las invasiones de los rusos en el territorio de la antigua república de Polonia; los habitantes todos siendo de orígen de la Rusia menor y hablando su lenguaje abandonaron fácilmente á los señores polacos, y recibieron sin gran repugnancia á unos ejércitos que hablaban á poca diferencia su idioma; así quedó sola la nobleza para defender unas posesiones muy antiguas, es cierto, pero tan nacionalizadas como el dia de la conquista. La Rusia menor y la Ukrania polaca abrazan juntas una estension de 6.500 leguas, con una poblacion de nueve millones de habitantes, distribuidos casi por iguales partes en ambas riberas del Nieper. Ardua y enojosa tarea seria hablar detalladamente en esas columnas de las provincias de la Rusia menor, pues ofrece el aspecto de esas comarcas cierta uniformidad fastidiosa; dirémos, no obstante, algo acerca la ciudad de Kief, capital del gobierno de ese nombre.

Panteon por mucho tiempo de las divinidades slavas, y mas tarde una de las ciudades sagradas de la religion greco-cristiana, Kief, que los de la Rusia mayor pronuncian Kiof, es aun una de las ciudades mas notables del imperio. Situada en la ribera derecha del Nieper, se eleva de colina en colina, y abraza en un cuádruplo recinto cuatro partes distintas. Podol, ó la ciudad baja, ocupa la misma orilla del rio; un palacio imperial y algunos edificios públicos adornan ese cuartel comerciante, donde se echan de ver tambien los vastos edificios de la universidad, servida por monges. Podol ha conservado el privilegio que de gobernarse por medio de su preboste y sus magistrados obtuviera de los reyes de Polonia; por lo cual forma en cierto modo una ciudad aparte. El antiguo Kief, ó la ciudad alta, abraza la catedral de Santa Sofía, una de las mas bellas y mas ricas del imperio, con el monasterio donde reside el metropolitano de la Rusia menor. Contiene esta iglesia la tumba de mármol de su fundador, el gran duque Jaroslav; único monumento de ese género que se conoce en Rusia, y que puede dar una idea de las artes en ese país en el siglo XI. La mayor parte de las casas de este barrio son propiedad de los monges. Entre las otras diez iglesias de la ciudad vieja, distínguense la de S. Basilio, fundada por Vladimiro el Grande, sobre las ruinas del templo de Perona, el de Júpiter de los antiguos Slavos, y la de la Natividad de la Vírgen, llamada por otro nombre de los *Diezmos*, por haberla concedido, segun Nestor, cuando Vladimiro la mandó construir por arquitectos venidos de Constantinopla, un diezmo, no solo sobre sus bienes particulares, sino tambien sobre las rentas de su imperio. Encuéntranse

reunidos en la ciudadela de Kief los edificios de la administracion, las casernas y el famoso monasterio de Petcherskoi con sus catacumbas, donde se conservan desecados casi cincuenta cuerpos de mártires, lo cual es debido á la roca arenosa de que se compone el terreno, y que tiene la propiedad de desecar los cuerpos sin corromperlos. Está el convento edificado encima una cueva abierta, segun dicen, por S. Antonio, quien despues de haberla habitado solo, reunió mas adelante en ella doce discípulos.

No imitemos á los escritores alemanes que miran como ya consumada la fusion entre los habitantes de la Rusia mayor y los de la menor; siendo así que apenas empieza. Los de la Rusia menor, establecidos desde mas antiguo en el mismo país, conservan mejor la fisonomía nacional; distinguiéndoles ya desde un principio sus ojos, casi generalmente negros, sus cabellos rizados, y su lengua mas armoniosa. Los de la Rusia mayor, desparramándose por una inmensa estension de comarcas ocupadas por los Fineses y los Hunos, se ha confundido enteramente con esas razas, del todo diferentes de los Slavos; de ahí ese cabello rubio, esas fisonomías salvajes y un tanto estúpidas, que se encuentran entre los habitantes de la Rusia mayor. Su carácter moral es tambien diferente: los de la Rusia mayor, ávidos, interesados y estúpidos, no tienen ni fe ni probidad en sus relaciones con los estranjeros, abandonados cuerpo y alma á los ardides de su comercio; por lo cual decia Pedro el Grande, que si no permitia la entrada de los israelitas en su imperio, era movido de su propio interés, á fin de impedir se viesen engañados por sus súbditos. Al contrario los de la Rusia menor, indolentes, confiados y generosos, no piensan en el dia de mañana, ni gozando de la dulzura de su clima vuelven al trabajo, sino obligados por la necesidad; abandonando su concesion al ingenio de los Judíos, Griegos, y naturales de la Rusia mayor. La libertad personal da á los habitantes de la Rusia menor, un andar franco y una mirada segura; en su seno tomara orígen la libre y fiera nacion de los Cosacos, bien que modificada en parte por las mezclas.

Los habitantes de la Rusia menor están dotados por lo comun de una constitucion corporal, capaz de soportar por mucho tiempo largas fatigas; pero carecen de aquella intensidad de fuerzas que se observan en muchos otros pueblos del norte. Las penosas y largas marchas de los ejércitos y el rigor de los castigos, ofrecen ejemplos casi increibles de lo que puede soportar un ruso. Cuantas veces no se ve el soldado en la precision de atravesar áridos desiertos, y de pasar el invierno en chozas subterráneas, sin fuego, ni mas alimento que la galleta. Admirable es por tanto que poseyendo los rusos tan intensa fuerza pasiva, si así puede decirse, no estén á la par dotados de una fuerza activa, á lo menos en el norte. Para remover una carga, ó llevarla de un lugar á otro, empléanse siempre en Rusia mayor número de brazos que en ninguna otra parte; en un puerto de mar cualquiera, vese á veces á un marinero inglés hacer solo lo que á tres rusos les costaria gran dificultad. Es sin duda efecto de la pereza, pero mas frecuentemente falta de vigor.

Los habitantes de la Rusia menor celebraban en otro tiempo el matrimonio con estrañas y particulares ceremonias, cuya mayor parte han caido en desuso. Cuando estaban acordes sobre la alianza dos familias, la novia era presentada desnuda á cierto número de mujeres, que le indicaban los defectos corporales que debia procurar corregir; coronábanla el dia de las bodas con una guirnalda de flores, y echaban sobre la cabeza de la desposada un puñado de lúpulo, deseándola la fecundidad de esa planta. Subsiste todavía una singular costumbre en la Rusia central, y hasta en Moscou, peculiar á la clase media. Cuando ha parido una muger, los que van á saludarla introducen debajo de la almohada una moneda, cuyo valor varia segun la fortuna de la parida. Los casados son los únicos que están sujetos á esa contribucion, atendido á que se aprovecharán de ella á su vez. En estas comarcas conserva el pueblo acerca el estado de las almas despues de su muerte ideas supersticiosas: cuando un difunto ha quedado envuelto en su mortaja, reza sin cesar por él un sacerdote, le purifica con el incienso, y le rocia con agua bendita todo el tiempo que permanece sobre la tierra; conducido á la iglesia con grandes demostraciones de dolor, descúbrese el ataud; los parientes, amigos y criados del difunto lo abrazan, y dale el sacerdote un pasaporte para el cielo; colócase ese escrito entre las manos del cadáver, y rézanse oraciones sobre su tumba por espacio de cuarenta dias. El pueblo ruso pasa la vida entre las ceremonias pomposas y las abstinencias de la iglesia griega; á la mas triste cuaresma, sucede de repente la fiesta de la Resurreccion, cuyo pomposo espectáculo no fuera dado á los viajeros pintar en términos bastante magníficos.

Los pueblos de la Rusia menor han conservado algunas ceremonias paganas, por otra parte muy inocentes. El 24 de junio, la fiesta de *Koupo*, reune á la juventud al rededor de un árbol adornado de cintas y de una mesa cubierta de manjares; antiguos cantos recuerdan el nombre de esa divinidad Slava. Celébrase la fiesta de *Koliada* en el mes de diciembre con cantos por las calles, dirigidos solo á los dueños de las casas. El trage de los habitantes de la Rusia menor es el mismo que el de los polacos, y consiste en una *Kourtka*, con pantalones muy largos. El de las mugeres tiene un carácter particular; formando unas trenzas tendidas, y entrelazadas con sin número de cintas y flores naturales; un collar y una cadena de monedas que adornan el cuello; y un inmenso zagalejo encarnado con borceguíes del mismo color.

Cortas son en número las diversiones del pueblo ruso, desde que el patriarca no es conducido caballero en un asno por el mismo czar, á los gritos de *Hosanna!* ni introducidos los embajadores por una cabalgata, llevando tributos al Emperador, y recibiendo en cambio ropones y caftanes de honor. No obstante, las disposiciones de los habitantes de la Rusia menor á la alegría estrepitosa, y su gusto por todo lo que tiene ostentacion, son verdaderamente increibles; nadie en Europa canta ni baila tanto como el ruso. Ofrecemos hoy la vista de una fiesta de los pueblos de la Rusia menor reunidos bajo las antiguas encinas; nada mas cómico que esas diversiones populares; á un lado una miserable orquesta hace oir el agrio son de un mal violin y los gemidos de una guitarra hendida; mientras rodean á los músicos graciosas mugeres que parecen gustar de la discordante armonía de sus instrumentos. Colocados al otro lado del recinto, los ancianos apoyados en sus palos asisten á

las danzas de la juventud; danzas bizarras, en que las jóvenes forman grupos á parte, en tanto que divierten á la reunion por medio de mil grotescas contorsiones los Vestris del lugar.

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS JUDIOS EN LA ANTIGUA CORONA DE ARAGON.

Barcelona. — *Siglo* XIV.

CONTINUACION (*).

Hay en Barcelona, en lo que fué la ciudad antigua, un recinto formado por las calles del Call, Baños, bajada de Santa Eulalia, y S. Honorato, que al menos observador sorprende por lo solitario, original y sombrío; y como precisamente á su lado se abre la plaza de S. Jaime y hierve el movimiento del Call, cuyas paredes desaparecen debajo de las costosas sederías que las adornan, aquel silencio y aquella soledad resaltan y hieren la imaginacion mas vivamente, al paso que su aislamiento ya á primera vista revela que tuvo un tiempo particular destino.

Allí fué antiguamente la aljama ó judería: ceñíala al oriente la calle de la *Font*, hoy de S. Honorato, aunque los edificios tambien ocupaban buen trozo de lo que ahora es Audiencia y casa del Regente, siguiendo á la otra parte de la calle de la *Volta*, hoy de Santa Eulalia, hasta tocar la cerca de la escuela de la Catedral; por aquel lado del norte lindaba con las casas de particulares ciudadanos, verificándose lo mismo por poniente, donde tambien le servia de límite la calle dels *Banys frets*, hoy baños; y por mediodía cerrábanla el Castillo Nuevo, cuyas ruinas aun subsisten sobre otros restos de fortificacion romana, y el Call, entonces á últimos del siglo XIV llamado *la calle que conduce á la muralla nueva*; esto es, á la muralla que por 1363 se construyó desde la antigua puerta de los *Bergantes* ó de Santa Ana á lo largo de la Rambla hasta el espolon de mar, donde habia la torre de *las Pulgas*. Aunque por algunas partes lindase con las propiedades de los cristianos, formaba sin embargo la aljama un barrio aislado, pues además de que podian servir de muros los mismos edificios, tenia sus dos puertas principales, una en aquel arco que aun se ve en el Call en frente de las ruinas del Castillo Nuevo, y otra en un estremo de la plaza de S. Jaime. Cruzaban el interior varias calles, de que han desaparecido algunas; pero sin contar la de la *Volta* ó de Santa Eulalia, aun varias perseveran, y entre ellas una de las principales, denominada en aquellos siglos *de la Sinagoga mayor*, *ó de las Carnicerías*, y hoy de Santo Domingo, nombre que ya tuvo á fines del siglo XIV. Habia una alhondiga, que comunicaba con la calle de la *Volta*, y dos Sinagogas: la menor, llamada tambien *Escuela de las mugeres*, y la mayor, contigua por oriente á la calle de su nombre, en cuyo estremo é inmediata al Call estaba la Carnicería, en una casa que tenia ocho tiendas (**). Tales eran los límites y lo mas notable que de aquella aljama indican los documentos, cuando lució el dia de su ruina.

Corria el mes de agosto del año de gracia 1391, y Barcelona acababa de solemnizar la fiesta de Santo Domingo con gran concurso de forasteros, y notable satisfaccion de los habitantes vecinos al convento de la órden. Pero, ora estuviese la conspiracion aplazada para aquel dia, ora el fervor popular se hubiese acrecentado con la misma solemnidad y devocion de la fiesta; al amanecer del dia siguiente, 5 de aquel mes, movióse gran tumulto, que con clamores terribles turbó el silencio de las calles, pidiendo el esterminio de los infelices hebreos. Hízose general la alarma, y acudieron á tomar parte en la sedicion hombres de varios oficios y condiciones, ciudadanos, marineros, esclavos y mugeres: gente la mas atraida por el cebo del robo y del enriquecimiento. Lo avanzado de la hora, la confusion que nunca deja de cundir en los primeros momentos en tales lances, y la incertidumbre del suceso debieron sin duda de ser parte para retardar las disposiciones del Concejo, y favorecer la criminal empresa de los amotinados, que atacaron la aljama ó *Call mayor*, y la entraron á viva fuerza. Pasaron á saco todas las casas, sembráronlas de cadáveres, y entre los ayes de los moribundos y los lamentos de las viudas y de las madres, en vista de una muerte segura, los hebreos que no hubieron otro medio de salvacion pidieron el bautismo: profanacion horrible de una religion toda amor, libertad y mansedumbre; orgía sangrienta, en que el sacramento que nos purifica de la mancha primitiva, iba mezclado con el crímen, la sangre y la violencia. Robado todo el barrio, acudió entonces la fuerza ciudadana; y apoderándose de varios de los asesinos, mandó el Concejo que algunos destacamentos custodiasen la aljama, mientras él entendia en lo que mas importaba al honor de la ciudad y á la justicia.

Sin embargo, aquellos magistrados dieron en tal ocasion un testimonio nada favorable á su imparcialidad, el cual probó que tampoco ellos estaban exentos de aquellos odios y preocupaciones que entonces dividian los estados enemigos. Las largas, continuas y feroces guerras sostenidas por la corona de Aragon contra Castilla, mayormente en tiempo del rey D. Pedro *el Ceremonioso*, engendraron tal encono entre ambos pueblos, que, haciéndose mutuamente objeto de desprecio, se consideró á los castellanos eternos contrarios del nombre aragonés; y harto sabido es que en épocas turbulentas al enemigo comun y manifiesto se achacan todos los sacudimientos y trastornos, aun aquellos que son hijos de nuestra propia corrupcion y pasiones desenfrenadas, cuando no de la discordia y odio de los partidos. Y como entre los presos en el motin se hallasen algunos castellanos, los concejales asiéronse de este medio, que, si atestiguaba su destreza en política, echaba un borron á la fama que de rectos y justicieros de muy antiguo gozaran los *Concelleres* de Barcelona.

A los castellanos, pues, se atribuyó el alboroto; y en la sesion celebrada el lúnes 7 de aquel mes, mandóse que de ellos se hiciese aquella justicia que merecian. Ya antes de convocarse el *Concejo de ciento*, habíanse reunido por su órden en la plaza de S. Jaime y casas consistoriales las milicias ciudadanas, que estaban organizadas en compañías de cincuenta y de diez

(*) Véase la pág. 155.

(**) Además de las crónicas y dietarios, que ciertamente poco ó casi nada detallan sobre el particular, sacamos estas indicaciones de un inventario, que con el título de *Libro de los censos* se custodia en el archivo de S. Severo. La casa de las ocho tiendas, cuando la destruccion de la aljama, pertenecia al judío David Belleayre.

hombres, de cuyo número recibian su denominacion (*); y tomada aquella resolucion por los municipales, formáronse las compañías desde la plaza del *Blat* (del trigo, hoy del Angel) hasta el estremo del Call junto al castillo Nuevo, torciendo hácia S. Miguel y S. Justo. Pero entretanto la playa del puerto y sus alrededores eran teatro de otra escena bien distinta: numerosos agrupamientos se participaban la sentencia de los presos; marineros de todas las naciones, que entonces frecuentaban aquel puerto, tomaban parte en la disputa; aumentábase el gentío con la chusma que fluia de la ciudad y de las embarcaciones; y como suele acontecer en tales casos que el contínuo ir y venir de los recien llegados exige sin cesar nueva relacion, crecia el entusiasmo á medida que la noticia iba repitiéndose sin interrupcion y tomando cuerpo, y por las feroces miradas y violentos ademanes de armas fácil era prever la tormenta que amenazaba.

La una de la tarde seria, cuando rompiendo en descompasados gritos, lanzáronse á la ciudad, y espada en mano y armadas las ballestas fueron subiendo por la calle de la *Mar*, hoy de la Platería, y con grande ímpetu desembocaron en la plaza del Trigo, dando terribles alaridos, y clamando en su dialecto catalan: *Muyra tot hom, é viva lo Rey é lo poble!* Mueran todos, y viva el Rey y el pueblo! estraño respeto á la majestad real, que no se desmintió ni para con los reyes odiados por los catalanes, hasta tiempos mas modernos. No debieron de ser suficientes las compañías ciudadanas para contener aquella muchedumbre, ya que ella atacó la corte ó tribunal del Veguer, donde estaba la cárcel, libertó á los castellanos que esperaban su última hora, y apellidando libertad abrió todas las puertas, y la dió á cuantos presos allí habia, que fué procurarse notable refuerzo de gente lista y á propósito para el empeño.

Entretanto, á la primera noticia del tumulto, atemorizados los desventurados judíos con el saqueo y asesinatos del sábado anterior, no atreviéndose á confiar su salvacion á los destacamentos de la fuerza ciudadana, que, sea dicho de paso, remisa anduvo en el servicio, si ya no acudia con repugnancia á la defensa de los enemigos del nombre cristiano; refugiáronse en el castillo Nuevo, y dejaron abandonadas al furor y rapiña populares sus casas y lo poco que de sus haciendas salvaron en el pasado alboroto.

Pero en breve el hondo murmurio y estruendo que en la Veguería sonaban, debieron de indicarles cuan terrible era aquella sedicion; y á consentirlo estas desnudas apuntaciones históricas, tal vez haríamos por describir la congoja y ansiedad pintadas en sus semblantes, el llanto de unos, las voces ternísimas de despedida de otros, las bendiciones de los ancianos á los infantes, las oraciones patéticas de los que en trance tan amargo invocaban el cielo, y en todos el dolor, la desesperacion, la agonía.

Furiosos los amotinados al encontrar encerradas sus víctimas en el Castillo, rompieron contra él un recio ataque, apostándose en todas las azoteas vecinas, desde las cuales el continuo zumbar de las ballestas probó su rabia y su sed de esterminio. Eran empero vanos sus esfuerzos; pasábanse las horas, y tal vez saliese en tanto el cuerpo municipal de aquella inaccion que para siempre condenará la historia; y ardiendo en impaciencia probaron de incendiar las puertas del fuerte, mientras otros, entre ellos un mesonero Guillelmo Cantarer, ya despacharan comisionados que al toque de *somaten* reuniesen los vecinos de los pueblos inmediatos. Cerraba la noche, y no cesaba el disparar de las ballestas ni los gritos de la muchedumbre, que siempre iba en aumento; y entrando al toque de oracion en la ciudad los campesinos, llegó á su colmo el tumulto.

Pero, aunque celosos aborrecedores de los hijos de Israel, mas pudieron con los recienvenidos su interés propio y su odio al baile general, cobrador y administrador de las regalías patrimoniales, cuya jurisdiccion mayormente sobre ellos pesaba, que el ruido del combate y la gritería de los sediciosos; y allanando las oficinas de aquel funcionario, destrozaron todo lo que encontraron á mano, apoderáronse de cuantos libros y registros pudieron, y hecho de ellos un gran monton en la plaza de S. Jaime, los entregaron á las llamas, quema que aun lamenta el archivo municipal. Noche espantosa fué aquella: el resplandor del fuego que devoraba los papeles y las puertas del castillo, reflejaba una tinta roja y siniestra en los sombríos y feroces semblantes apiñados en torno suyo; no cesaba el crujir de la ballestería, y el hondo clamoreo retumbaba como un trueno lejano.

Con la luz del nuevo dia redoblaron los amotinados sus esfuerzos; asaltando por fin la fortaleza, renovaron la escena de sangre del sábado, y con ella la de profanacion, pues otra vez tuvieron que asirse los hebreos del bautismo como del único medio que de salvar sus vidas les quedaba; y con barbarie la mas refinada, como si temiesen dejar incompleta su obra, los campesinos hicieron el mas escrupuloso registro de todas las estancias del edificio. Trescientos cadáveres atestiguaban en la aljama y en el castillo Nuevo la ferocidad y furor del populacho: los judíos que sobrevivieron, forzados á abjurar la religion de sus padres, y abrazar otra de repente, entre la sangre y las bascas de la agonía; sus casas robadas, y en parte destruidas; delante de ellos las miserias; á su alrededor las amenazas, las sospechas y la muerte; y en su corazon el abatimiento, la desesperacion y el espanto (*).

¿Fué aquella catástrofe efecto de una conspiracion convenida, ó solo se debió al impulso popular? La historia nada dice que pueda satisfacer á semejante cuestion, cuyo suceso toca muy por encima; ningun proceso sobre él conservan los archivos, y cierto no serémos nosotros quienes nos atrevamos á levantar el velo que no se atrevieron los mas esclarecidos historiadores, ya que á ello no nos autorizan ni el testimonio de las crónicas, ni los datos de los archivos. Mas los hechos de sí mismos arrojan cierto vislumbre dudoso, á cuyo través no es difícil divisar sombras y figuras, bien que tal vez lo incierto de la luz finja ilusiones y fantasmas. Entre los presos que mencionan los códices hubo individuos de la servidumbre de fami-

(*) Llamábanlas en catalan *cincuantenes é deenes*, y el dietario de donde copiamos esta noticia escribe de este modo *L tenes* el primero de aquellos dos nombres.

(*) La relacion de aquel alboroto va apoyada en las noticias de los *dietarios* de 12 de setiembre de 1390 á 31 de diciembre de 1396, *archivo municipal* de Barcelona.

lias no oscuras, y para colmo de escándalo no faltaron en la matanza dos esclavos del Consejo real y vicecanciller Guillelmo de Vallseca (*). El cuerpo municipal nada ó casi nada tentó para atajar el alboroto; y si alguna disposicion espidió, anuláronla su misma ineficacia y la remision con que fué ejecutada, pues la milicia ciudadana anduvo floja y no muy animosa, si ya no se la quiere suponer contenta de lo que acontecia, ó cuando menos indiferente. Si la municipalidad realmente cerró los ojos sobre el suceso, ó dió con su lentitud tiempo de consumarlo, desconoció la terrible condicion de los movimientos populares, y las consecuencias de aquel primer paso. Durante aquellos siglos guerreros, habia sido Barcelona centro de paz, seguridad y comercio, prendas que no abundaban en todas las grandes poblaciones, y que ella debia á la escelencia de su régimen administrativo, á las buenas costumbres de los ciudadanos, al respeto de unas clases para con otras, y á la aplicacion y honradez de los gremios, cuyos individuos no de otra cosa que de su oficio se curaban, y lo tenian en mas que cuartelados escudos. Abierta la puerta á la intervencion del pueblo, menguaba aquella aplicacion, relajábanse las costumbres, y las ocupaciones y la vida doméstica se resentian de las ocupaciones y de la vida pública, mientras iba desapareciendo el respeto mutuo de las clases, se introducian la rivalidad y la discordia, y los que sirvieron de instrumento querian entrar en el reparto y en el poder despues de la victoria. Así lo esperimentaron ya á poco los mismos *Conselleres*, pues no estinguiéndose el incendio popular con la estincion de la aljama, rodeó la muchedumbre las casas consistoriales pidiendo se quitasen los impuestos, y en nombre de todos subió al salon de *Ciento* el corredor Pedro Bas, que con grande osadía, puesto sobre un escaño, dijo: «Señores! plégueos de quitar estos impuestos, porque afuera está mucha gente esperando la buena noticia (**);» así se esperimentó en los disturbios que sobrevinieron á la muerte sin hijos del rey D. Martin, á la entrada en el trono de la línea de Castilla, y posteriormente en el reinado de D. Juan II, aunque en aquellas ocasiones, particularmente en la última, todo contribuyó á escitar la indignacion de los catalanes, y los sucesos favorecieron, si no motivaron, la relajacion y el desenfreno.

Sea como fuere, la aljama de Barcelona quedó para siempre destruida, y el real patrimonio se apoderó de todas las casas que la formaban, de las cuales dispuso, ya enagenándolas, ya recompensando con ellas á los validos de la Corte (*).

Ceñia entonces la corona de Aragon el rey D. Juan I. el *Cazador* ó el *Amador de gentileza*, segun los autores catalanes; monarca dado á los tratos cortesanos, á la caza y á los usos caballerescos, en que parece heredó con creces la magnificencia y suntuosidad de sus mayores, y el cual, si bien salpicó con sangre y venganzas las primeras páginas de su reinado, á poco fué cediendo á la benignidad de su corazon, y mas que todo al influjo de su tercera esposa la reina D.ª Violante, mujer de condicion mansa y delicada, que convirtió la corte aragonesa en escuela de caballerosidad y cortesanía, trayendo á ella la gracia y finura que aprendiera en la de su tio el rey de Francia. Mas, al ver menospreciadas las leyes y pasadas á hierro y fuego las juderías, en particular la de Barcelona, la sangre justiciera de su padre el rey D. Pedro se encendió en las venas de D. Juan, que al punto se preparó para ir en persona á castigar el crímen.

Sabedor el cuerpo municipal barcelonés de la salida del rey de Zaragoza para Cataluña, á donde venia con ánimo de hacer ejemplar justicia, envió á su encuentro los honorables Ramon Savall, mícer Berenguer Vives, Roméo Desfeu, platero, y el *conseller* Armengol, para que inclinasen, si posible fuese, su corazon á usar de misericordia. No parece hizo D. Juan alto en aquellas representaciones, ya que poco despues tuvo que repetirlas varias veces con mayor instancia el Concejo, y prosiguiendo su camino despues de entender en el castigo de la sedicion de Lérida, de órden suya se ejecutaron en Barcelona numerosas prisiones; y tanto debió de trabajarse en la prosecucion del proceso, que en breve la justicia comenzó á vengar la sangre de los judíos derramada, y vibró su espada como pocas veces ó ninguna se viera en estos reinos.

Fué la primera ejecucion un jueves, 14 de diciembre de aquel año 1391; once personas sufrieron la pena de horca, y ciertamente no podia darse mas publicidad ni hacer mas aterradora la sentencia, pues el suplicio ocupó, digámoslo así, toda la ciudad, siendo ahorcados dos de los reos á la puerta de la corte ó tribunal del veguer, cuya cárcel habian forzado los sediciosos, dos en la plaza del Trigo ó del Angel, dos en la horca de la Lonja ó del *Portxo* cerca del despacho de carbon, dos á la puerta de la aljama que daba á la plaza de S. Jaime, uno en la plaza Nueva, otro en la de Santa Ana, y el último en la puerta de la ciudad llamada *dels Orbs*, hoy del Angel.

Dos dias despues, sábado 16 de aquel mes, vino el rey de Vilafranca, donde estaba, á Barcelona; sin levantar la mano de la causa, un viernes, que fué el 22, firmó sentencia de muerte contra doce personas, é inmediatamente salió de la ciudad para Vilafranca. Once de los sentenciados lo eran por autores de la destruccion de la aljama, y el restante, cosario

(*) Archivo de la corona de Aragon, *Gratiarum XV Johannis I* 1904, fóleo 94 y 95. Segun la remision allí contenida, los esclavos del vicecanciller eran Juan *de natione chaircorum*, y Tomás *de natione sarracenorum*.

(**) Archivo de la corona de Aragon, *Gratiarum XIV Johannis I*, numero 1903, foleo 164. Así principia el documento, que es un indulto: «Nos Johannes etc. Pridem nostras pervenit ad aures quod vos fidelis noster Petrus Bas, corritor, civis Barchinone, *post finale exterminium calli judaici dicte civitatis*, cum popularis insultus adhuc in ipsa civitate seviret, quo mediante quasi totus populus ipsius civitatis ut imposiciones amoverentur vigilanter instabat, quadam die qua consilium centum juratorum in domo consilii civitatis ejusdem celebrabatur, vos ascendendo quoddam... in dicta domo consilii et elevato capite hec verba vel his similia pertulistis: *Senyors, placieus que aquestas imposicions hic isquen, car molta gent está defora esperant lo bon novell*, et nonnulla alia verba his similia concitationem populi denotantia, etc

(*) A 2 de octubre de 1392, hallándose el Rey y su esposa en S. Cucufate del Vallés, y en atencion á que la reina tenia por ciertos títulos jurisdiccion *alta y baja* en la Aljama y sus límites, enviaron á los tesoreros Felipe de Ferrer, Guillen de Busqueti y Jaime Pastor comision de poder abrir la Aljama, calles, casas, etc. venderlas y disponer de ellas como estimasen mas conveniente. *Archivo de S. Severo.*

genovés, que fué ejecutado en la horca de la mar; y siguiendo el sistema del anterior ajusticiamiento, á aquellos les dieron muerte en diferentes lugares, que fueron : dos en la plaza del Trigo, dos junto á la cloaca de la Lonja, dos en la horca del *carbon* junto á la playa, dos en el puente *den Capderá* (tal vez en el estremo del Borne), uno en la plaza Nueva; y los dos últimos, amen de la pena de horca, fueron descuartizados el uno á la mencionada puerta de la aljama, y el otro en la plaza del Trigo, poniéndose los cuartos del primero en la misma puerta de la judería y delante de la oficina del Baile, y los del segundo en la cárcel ó tribunal de Veguer, y en el mismo lugar del suplicio. ¡Rara confusion y destino de las cosas humanas! mientras los barceloneses contemplaban con terror el fúnebre aparato de la justicia, que privaba de la vida á doce hombres; partió D.ª María á reunirse con su esposo el infante D. Martin, y la Ciudad puso un puente desde la torre de S. Nicolás á la galera en que se embarcó, acompañándola debajo de palio, al son de trompetas, timbales y otros instrumentos.

Mas nada distrajo al rey de aquel negocio, que en verdad se iba haciendo harto sangriento; y ni la grande espedicion de su hermano D. Martin á Sicilia fué bastante á que suspendiera el brazo de la justicia. Así un viernes, 26 de enero de 1392, sentenció á muerte ocho personas; pero, merced á las súplicas de la reina y á las reflexiones de nobles y caballeros, solo tres caminaron al patíbulo, pereciendo uno en la puerta de la Boquería y otro en la plaza Nueva, y el tercero llamado *Benviure*, principal autor de la sedicion contra los judíos de Mallorca, fué decapitado en la plaza de la Lonja, quedando allí el cuerpo, y colocando su cabeza en la punta de una entena de una embarcacion mercante mallorquina (*).

Esta fué la última ejecucion, pues el ánimo de D. Juan, volviendo á su natural benignidad, dió cabida á la clemencia; y ciertamente era ya preciso aflojar un tanto de aquel rigor, y á la par de la misericordia aconsejábanlo la política y la conveniencia. No lo desconoció el rey: las cárceles rebosaban de gente comprometida en el suceso, y gran delicadeza y pulso requeria el disponer de la suerte de tantas personas; que ni era prudente aumentar con el castigo el número de los mal contentos, ni tanto amaban los pueblos á D. Juan que pudiese él á su placer tentar hasta donde alcanzaban su respeto y su paciencia.

Así á 27 de febrero de aquel año ya concedió la libertad bajo salvo conducto al arquitecto y escultor *Jaime dez Mas*, para que pudiese proseguir las obras que dirigia en el monasterio de Monserrate (**); por mayo indultó á Ramon Vidal, al ballestero Dimitre Romaguera, de nacion griego, á Juan Esteve *factor de cordes de budell*, á Vicente Cofí, *textor pannorum lane*, á Costa Burgar, esclavo que fué de Juan Fonoyll, á Arnaldo de Pons ó Poncio, que además habia comprado objetos robados á los judíos, á Nicolas Bofiy, á Francisco Romeu, á Francisco Matoses *de genere tartarorum*, que fué esclavo de Francisco Matoses, y otros; por junio á Dimitre Mateu y Juan Mateu, padre é hijo, al mesonero Guillermo Cantarer, á Juan Turch, esclavo del ollero Bernardo Seriguell, á Hennego de la Clusa, á Jacomino, esclavo del cajero Francisco Puig, al sastre Guillermo Solá, al boticario Bartolomé Carragosa, á Martin Aguilar, que fué esclavo de Miguel Aguilar, á Pedro Melous, mercader de Lérida, al griego Jorge Fuylla, etc. etc. y así sucesivamente por espacio de algunos meses, siendo tantos los indultados, que su individual enumeracion, además de requerir largo tiempo para hojear y estractar los documentos de indulto dispersos por los varios códices del Archivo de la Corona de Aragon, escederia con mucho de los límites que permite un artículo de la naturaleza del presente, si es que no pecaria por prolija y desnuda de interés general (*).

Si la sana política aconsejó aquella medida de clemencia, el real ó erario reportó de ella crecido provecho, pues todos los indultados satisfacieron buenas sumas en florines de oro, de las cuales ninguna bajó de 20, llegando no pocas á 300 y á 500. De este modo con las ejecuciones dejó D. Juan bien puesto el honor de la corona y satisfecha la justicia; con el perdon acudió á las urgencias del tesoro; y des-

(*) Archivo municipal de Barcelona, *Dietario* de setiembre de 1390 á 31 de diciembre de 1396, folco 42 hasta 45.

(**) Hay en aquel salvoconducto algunas cláusulas que merecen citarse, ya porque ellas atestiguan el mérito del arquitecto, ya tambien porque siendo mas rigorosas que los demas indultos prueban la gran parte que á *Jaime dez Mas* le cabria en el saqueo y destruccion de la Aljama; y son estas : « Nos Johannes etc. Per venerabilem religiosum ac dilectum nostrum fratrem Vincencium de Rippis, priorem beate semper Virginis Marie de Monteserrato, percepimus quod vos Jacobus dez Mas, lapiscida civitatis Barchinone, qui in ecclesiarum domorumque et aliorum operibus estis valde subtilis et expertus, Refectorium monasterii ejusdem operastis subtiliter atque bene, necnon quedam alia opera ipsi monasterio necessaria incepistis et continuastis, que absque vestri interventu et magisterio, qui illa sollicite cogitastis et in mentis archano habetis, ad debitum minime possent perduci effectum, et nisi opera sic incepta fierent monasterium prefatum sine dubio susciperet non modicum detrimentum; proterea idem prior et conventus dicti monasterii nobis humiliter supplicarunt quod vobis, qui de disraubatione et bonorum judeorum civitatis Barchinone depredatione his diebus turpissime facta debitum honestatis abjecto, coram nobis delatus et perinde pro pace et treuga legittimé citatus fuistis, de his guidare et assecurare ad unum annum de solita clementia dignaremur... . Per hoc autem guidaticum nolumus nec intendimus quod bonorum vestrorum annotatio, siqua est, in aliquo ledi valeat vel anni tempus ullatenus interrumpi, quinimo illud remanere volumus in eorum viribus, robore, et effectu; sed processus quivis judicialis et extrajudicialis contra vos inde factus seu inceptus durante présenti guidatico suspendatur, exceptis bonorum vestrorum annotatione, confiscatione et eorum executione, que post annum licite fieri valeant, presenti guidatico non obstante. Volumus tum, et sub hac conditione huiusmodi guidaticum vobis facimus et concedimus, quod teneamini idonee assecurare, mediante publico instrumento in posse prioris antedicti antequam gaudeatis et utamini guidatico supradicto, quod per unum annum continuum vos una cum quodam servo vestro quem habetis operabitis et continuabitis opera supradicta sollicite atque bene, nullum salarium propterea recipiendo; quod si secus egeritis, presens guidaticum nullam obtineat roboris firmitatem, et pro non facto penitus habeatus. In cuius rei testimonium hanc vobis fieri et sigillo nostro jussimus communiri. Datum Barchinone XXVII die ffebruarii, anno á nativitate domini millessimo CCCLXXXX secundo. Rex Joannes. » Archivo de la Corona de Aragon, *Gratiarum XI*, *Joannis I*, número 1900, fol. 206.

[*] Archivo de la corona de Aragon, *Gratiarum XI* hasta el *XVI Joannis I.º* Para que el lector se forme una idea de las muchas remisiones que hay en aquellos códices, bastará que sepa que en una parte del solo *Gratiarum XIII*, esto es, desde el folio 37 hasta el 41 inclusive, á continuacion de un documento de indulto van cuarenta y tres remisiones abreviadas con la fórmula — *Similis remissio facta est*. etc.

pues con la venta de los bienes de la aljama, bien que descontando la parte que del producto les cupo á los acreedores de los judíos, realizó un préstamo, digámoslo así, en que ni tuvo que arrostrar las negativas de los parlamentos ó córtes, ni avenirse á la carga de intereses. Los pueblos miraron un justo castigo del cielo en las desgracias de los judíos; pero tal vez á la corte no le pesó de aquella destruccion de las aljamas, y quizás la nobleza sonrió al popular tumulto. La sedicion fué general en los reinos que formaban la corona aragonesa, y un mismo sol alumbró en todas partes los robos y la matanza: vean otros en ello el ciego impulso de la casualidad, y espliquenlo enhorabuena con las razones que suministran el carácter de los tiempos y la diferencia de las religiones; nosotros siempre percibirémos ciertos visos de conspiracion en aquel acontecimiento, pues mientras guarde silencio la historia, no lo esclarezcan los documentos, y no se borren algunas de sus circunstancias, ha lugar á la duda y á la sospecha.

P. Piferrer.

PINTURA DE UN VASO ANTIGUO.

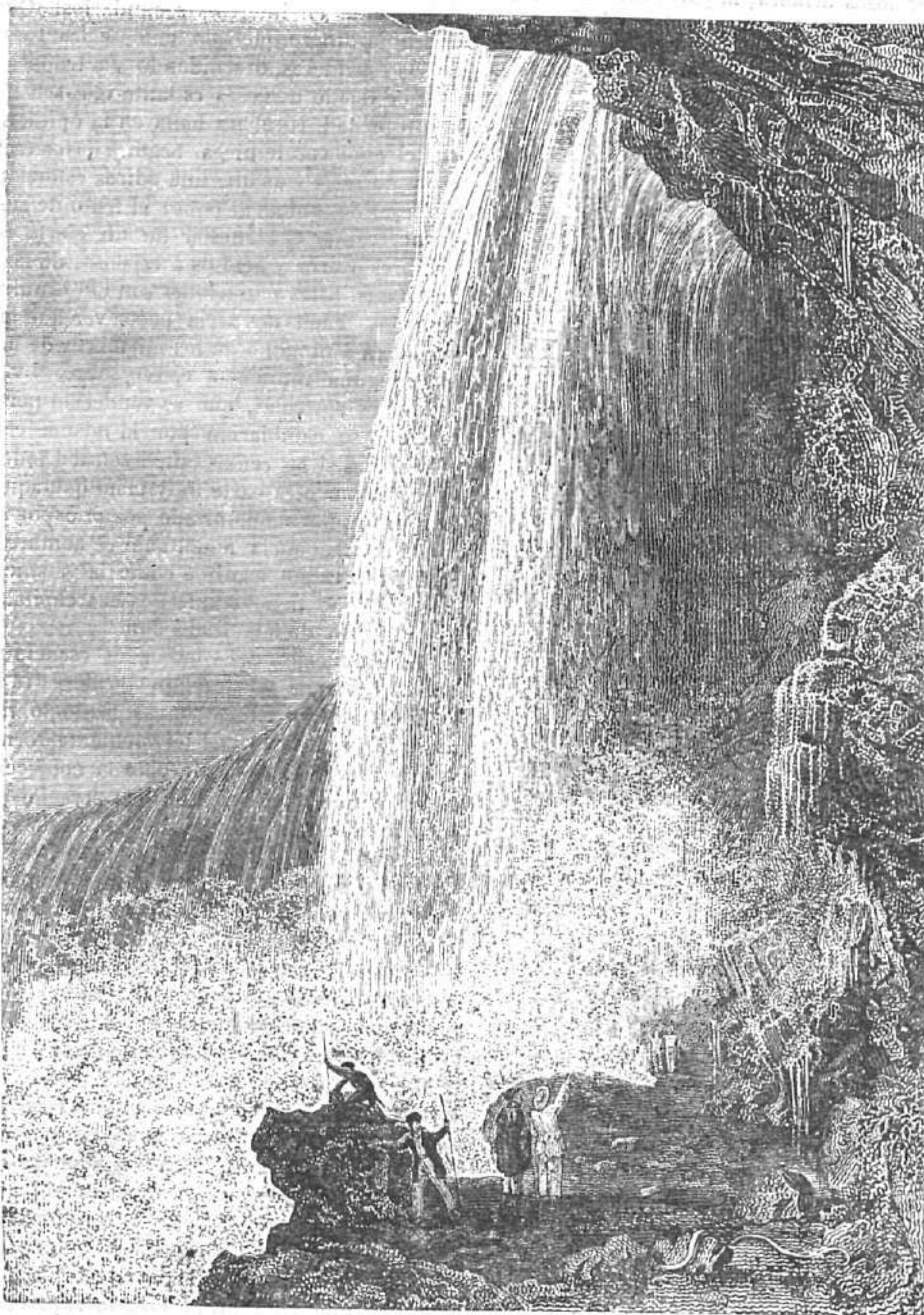
El grabado que damos á continuacion ofrece uno de aquellos asuntos, sobre cuya interpretacion no pueden andar discordes los arqueólogos. Sin el auxilio de una grande erudicion, fácil es conocer en el personaje que lleva el jabalí, al Héroe tebano, y al rey Euristeo en el hombre oculto en el vaso. Las manos tendidas de ese último dan claro indicio de su terror, y forman notable contraste con la calma de Hércules que trae vivo el salvaje animal de Erimanto. El hijo de Alomena trae una espada por encima de su bordada túnica, y cuelgan de su espalda el arco y el carcax; su protectora habitual, Minerva, aparece armada con el casco, la lanza y el escudo; siendo particular en su traje un cinturon que despues de haber sujetado su túnica, baja en dos largas tiras hasta el borde de ese vestido, su mano levantada y su cabeza vuelta hácia el grupo principal atestiguan la sorpresa que le causan la bravura de Hércules y el temor de Euristeo; del lado de este vese tambien alejarse á una muger; qué nombre se le debe dar? Pudiérale convenir el de Hera, quien á la hora del alumbramiento de Alomena, protegió á Euristeo con preferencia á Hércules.

Las excavaciones de la Etruria contribuyeran mucho á aumentar el número de monumentos relativos á ese místico asunto que se encuentra en multitud de urnas, siendo los mismos los personajes en todas esas pinturas; lo cual nos ha inducido á hacerlos conocer á nuestros lectores.



Pintura de un vaso antiguo encontrado en Etruria.

AMÉRICA SEPTENTRIONAL. — LA CATARATA DEL NIAGARA.



LA CATARATA DEL NIAGARA.

La catarata de Niagara, que está en la América septentrional, entre el Alto Canadá y Nueva-Yorck, es sin disputa una de las mas bellas del mundo. Antes de precipitarse, deja bruscamente el agua la direccion noroeste, y de una legua se reduce su anchura á un cuarto. Tiene la cascada de altura perpendicular ciento cuarenta y cuatro pies, y se cree que á lo menos se hunde sesenta pies en el abismo; divídela en dos partes la isla de Iris ó Goat-Island, que está cubierta de hermosos árboles; la parte occidental, que es la mayor, se encorva como una herradura; y á la otra la subdivide un islote. A veinte leguas ya se oye el retumbo de la catarata; siéntese temblar la tierra por los alrededores, y de veinte y cinco leguas se ve la nube de vapor, que se levanta encima del precipicio; y que en invierno, cayendo sobre las ramas de los vecinos árboles, congélase en ellas produciendo decoraciones cristalinas verdaderamente admirables. «Mil arco-íris, dice Chateaubriand, crúzanse sobre el abismo; el agua, hiriendo la estremecida peña, rebota en torbellinos de espuma, que se levantan por encima de los bosques, como la humareda de un vasto incendio. Decoran la escena pinos, nogales salvajes, y rocas tajadas á guisa de fantasmas; las águilas, arrastradas por la corriente del aire, bajan volteando al fondo del abismo, y los carcajous se cuelgan con sus largas colas al estremo de las ramas inclinadas, para coger en el abismo los despedazados cadáveres de las dantas y de los osos.»

En invierno, cuando á pesar de su espantoso movimiento sienten las aguas los efectos de las heladas, es cuando la catarata aparece mas bella y admirable; y entonces enormes columnas de hielo álzanse desde el fondo del precipicio, mientras cuelgan de lo alto carámbanos inmensos, que semejan flautas de órgano. Desde últimos de diciembre de 1828, ha cambiado enteramente el aspecto del salto del Niagara, por haberse hundido una inmensa porcion del peñasco de donde se precipita. Esta destruccion, efecto de los esfuerzos de una masa enorme de agua que se despeña de tan grande altura, no será ciertamente la última, así como no es tampoco la primera; pues bien sabido es que la catarata ha retrocedido unas tres ó cuatro leguas, y que tres siglos ha estaba en frente de la ciudad de Lewistown.

AGRICULTURA (*).

PROGRESOS DE LA RIQUEZA AGRÍCOLA EN INGLATERRA.

Esta demostracion convencerá sin duda á todo el que reflexione de que el cultivo de la tierra forma la fuente mas abundante de la riqueza nacional; y todos los que sinceramente deseen el bien de su país deben emplear sus esfuerzos para facilitar su progreso. Emprender desagües, canales, caminos inmediatos, ó cualquier otra cosa que aumente los productos de la tierra ó que abrevie el trabajo necesario para ponerla en valor, este es el medio mas eficaz de asegurar la prosperidad de las manufacturas y del comercio. Estos últimos no son mas que las ramas y las hojas del árbol político, del que la agricultura forma el tronco. Y sin embargo, con cuanta negligencia ha sido mirada por los hombres de estado de nuestros dias! Un consejo de hombres hábiles y esperimentados está encargado de velar sobre los intereses de las fábricas y del comercio, mientras la agricultura, sin direccion comun ni brújula, está abandonada á los esfuerzos aislados de los particulares. Es imposible no censurar una política rigurosa que menosprecia los primeros intereses del estado, para parar su atencion únicamente en intereses secundarios. ¿Qué se diria de un jardinero que solo cuidase las ramas y hojas de sus espalderas, descuidando sus troncos y raíces?

Este estado de cosas es tanto mas sensible, cuanto la propiedad rural no halla en la opinion el apoyo que el gobierno le niega. Segun ciertos escritores, la renta no seria mas que una odiosa estorsion, un medio legal de quitar al pobre el fruto de sus fatigas y de acrecentar el bienestar de un cierto número de hombres avaros y ociosos á espensas de las clases industriosas. Estas acusaciones son tan criminales como absurdas. Fácil nos seria hacer ver que la renta no perjudica á ninguno de los miembros de la sociedad; que ninguna influencia ejerce sobre el valor de los productos agrícolas, que se venderian por el mismo precio ó se cambiarian por la misma cantidad de mercancías si las rentas estuviesen del todo abolidas. ¿Y no es por otra parte muy justo que aquel que coloca un capital economizado por él ó por sus padres saque una ganancia anual bajo el nombre de renta? Esta renta es tan legítima como la ganancia que hace aquel que tiene empleados sus capitales en una manufactura de lana ó algodon.

La produccion del trigo en su esencia no es mas que una grande fabricacion. La tierra es la materia en bruto, cuyos frutos son el producto manufacturado. El propietario y el terrateniente forman por el solo hecho una asociacion para la confeccion de este artículo. Como base de toda la operacion, el propietario se procura la tierra que en el estado natural y antes que la haya preparado la industria humana es de poco ó ningun valor. Las obras de albañilería, los cercados, puertas, caminos y zanjas, todo debe prepararse á costa suya. El valor de estos artículos, ó lo que toca al mismo, y el trabajo que los produce, constituyen el contingente del propietario en el negocio que concluye junto con el arrendador. Si los propietarios no hubiesen adelantado sus capitales para mejorar la tierra, solo habria podido dar frutos silvestres, y la poblacion que hoy cultiva nuestros campos ó trabaja en nuestras fábricas no subsistiria veinte y cuatro horas. Estos son hechos; pero mientras el hombre que establece una manufactura de algodon es remontado hasta las nubes y señalado como un bienhechor público que labra el bienestar de un gran número de trabajadores industriales, y que aumenta en una gran proporcion la riqueza nacional, el propietario, que con sus adelantos ha centuplicado los productos de la tierra, es mirado como una planta parásita y nociva que convendria arrancar de raíz.

Los que creen que las manufacturas y el comercio pueden florecer en un país que posee un vasto

(*) Conclusion. Véase las páginas 29, 33, 45, 78 y 101.

territorio cuando se menosprecia en él la agricultura, echen una ojeada á lo que pasó en Francia durante los siglos XV, XVI y XVII. Cuando Enrique IV subió al trono de Francia, halló el reino en un estado deplorable, la agricultura abandonada y el comercio destruido. Tomó la magnánima resolucion de hacer todo cuanto estuviese á su alcance para asegurar la prosperidad de su reino, y halló en el buen Sully un hombre capaz de secundarle en la ejecucion de sus grandes designios. El rey y su virtuoso ministro se convencieron de que la tierra debia servir de base á la grandeza del país, y la agricultura con los estímulos que le prodigaba el monarca hizo rápidos progresos floreciendo en Francia mas que lo hacia entonces entre nosotros. A aquel sabio político se debió en gran parte el principio de la fuerza que desplegó este reino bajo Luís XIII y en los primeros años del reinado de Luís IV.

En la época en que Colbert obtuvo la preponderancia en los consejos de Luís, el espíritu de mejora se habia difundido en Francia con una energía estraordinaria. La Francia marchaba, como se diria hoy, pero la senda que se la hizo seguir la condujo á un abismo. Colbert pensó que un gran comercio y numerosas manufacturas aumentarian mucho la riqueza del reino. Rechazando con desprecio el azadon y el arado de Sully, empleó todos sus cuidados y esfuerzos en hacer de la Francia la primera potencia mercantil del globo. Escitó á la poblacion del campo á que lo abandonase para entrar en las fábricas; y á fin de que los manufactureros vendiesen sus mercancías mas barato que en los demas países, adoptó cuantos espedientes podian hacer rebajar el precio del pan. Se opuso de consiguiente á que los granos saliesen del reino, impidiendo hasta el transportarlos de una provincia á otra mientras que fomentaba su importacion de todos modos. Su zelo por las manufacturas le arrastró aun mas lejos, y oprimió al labrador con impuestos y contribuciones para aliviar al fabricante.

Pero todos estos medios violentos, para el fomento de las manufacturas tuvieron un resultado enteramente contrario al que se queria obtener. El precio de los comestibles, en lugar de disminuirse, se aumentó, resultando de ello que la agricultura francesa quedó arruinada sin ningun provecho para la industria, y que ocupado el pueblo en fabricaciones de toda especie buscó su pan en el estranjero. Como este caudal era insuficiente y precario, muy á menudo habia hambre, y la Francia cayó del alto grado á que habia llegado bajo el ministerio de Sully. No hay duda que Colbert era un hombre de genio; sin embargo, sus talentos eran mas brillantes que sólidos; y al paso que Sully adquirió con justo título la reputacion de estadista prudente, frio y esperimentado que no disparaba jamás su dardo sino cundo estaba seguro de alcanzar el blanco, Colbert solo puede considerarse como un innovador atrevido y brillante, que con sus combinaciones temerarias arruinó el país que queria enriquecer.

Entre los numerosos servicios que prestó á la Gran Bretaña el soberano mas patriota que haya regido jamás á un gran pueblo, débense contar principalmente los útiles ejemplos que el difunto rey nos ha dado favoreciendo los progresos de la agricultura con perseverancia y por cuantos medios podia disponer. No examinarémos si esta constante predileccion por la industria agrícola era el resultado de una prevision filosófica de las inmensas ventajas que debia reportar á la nacion, ó bien la inclinacion natural de un entendimiento sano y de un corazon puro á las inocentes y apacibles tareas de la vida campestre. Cualquiera que haya sido el motivo que le haya determinado á descansar de los cuidados del imperio en el seno de los placeres que procura la agricultura, no por esto ha prestado menos inapreciables servicios á sus súbditos. No pocos monarcas han cifrado su gloria en devastar campos fértiles; Jorge III al contrario cifró la suya en los esfuerzos que hizo para acrecentar la felicidad de sus pueblos con aumentar la masa de sus géneros alimenticios. Estos útiles ejemplos dados por un gran príncipe han ejercido el mas feliz influjo. Esta aficion á los trabajos y mejoras agrícolas nacida bajo la sombra de las posesiones reales de Vindsor, se difundió pronto hasta Wobum, Petword y Holkam, no tardando en penetrar gradualmente en las partes mas remotas de nuestra isla. Los propietarios y arrendadores salieron del funesto letargo en que habian dormitado por tanto tiempo; aprendieron en fin á apreciar los recursos demasiado olvidados de sus bienes paternos, y la luz que brilló de repente sobre ellos fué el principio de mejoras mas variadas, mas importantes y mas útiles que todas las que se habian verificado en los dos siglos anteriores. Una era nueva comenzó para Inglaterra; se abrieron nuevos caminos, se profundizaron nuevos canales en todas direcciones, se pusieron en planta nuevos cultivos, desaguando pantanos y desmontando matorrales estériles. Terrenos inmensos, que antes servian de triste mansion á bestias monteses, embelesan hoy la vista ya con las doradas espigas del trigo, ya con el vivo verdor de los prados artificiales.

Despues de haber el ejemplo de este buen rey puesto en moda la industria agrícola entre las clases mas elevadas, se han establecido en todo el reino sociedades locales y en fin la sociedad general de agricultura. Convendrémos en que varias de estas sociedades, al poner algunas veces su atencion en algunos objetos pueriles ó absurdos, han caido tanto en la nota de ridículas, como por ejemplo, la que ofrecia un premio al que discurriese el mejor modo de alimentar los carneros con una dieta vegetal.» Sin embargo, no se puede negar que en general han logrado dar nociones mas racionales á los labradores, y suscitado entre ellos un espíritu de emulacion y empeño, que ha producido ventajas incalculables, no solo para los que se ocupan directamente en la esplotacion de la tierra, sino tambien para todos los habitantes del país en general. Sin embargo, no conviene hacerse ilusion; todo lo que se ha hecho de setenta ú ochenta años á esta parte es muy poca cosa respecto de lo que aun falta que hacer. Cualesquiera que sean los progresos de la agricultura inglesa y superioridad sobre la del continente, todavía está muy distante del punto á que debe llegar y hácia el cual debe apresurar su carrera. Considerada como arte práctica, ha dado sin duda pasos inmensos, pero bajo el punto de vista científico, todavía está en su infancia.

Así mismo vemos con un profundo sentimiento que los propietarios de tierras no se aplican á difundir

entre la gente del campo los principios generales de las ciencias naturales, del modo que se hace hoy en la de las ciudades. Prescindiendo de consideraciones mas generosas, su interés bien entendido debiera no obstante inducirles á valerse de todo su influjo para dar á los labradores un conocimiento á lo menos parcial de unas ciencias, cuya juiciosa aplicacion tanto incremento acarrearia á los beneficios de la agricultura. Estamos persuadidos de que seria mas útil al país el enseñar la mineralogía, química, botánica, historia natural, mecánica, etc. á los labradores, que á los artistas de las ciudades. Si el fabricante de máquinas conoce bien los principios segun los cuales debe construirse un telar, importa muy poco que el jornalero que debe trabajar en él comprenda estos principios, pues necesita mucho mas de sus brazos que de su inteligencia. No así en el agricultor; puede, es verdad, procurarse un arado y algunos otros instrumentos aratorios bien construidos por mecánicos que se ocupan esclusivamente en la fabricacion de estos aperos; pero para determinarle á ello, es necesario que algunos principios de mecánica le ayuden á comprender todos los inconvenientes de los instrumentos groseros que le han legado sus padres. Supongamos, sin embargo, que se consiga que un labrador ignorante comprenda las ventajas de los aperos perfeccionados; ¿será este todo el partido que puede sacar de las ciencias? ¿Cómo sin la química, botánica y mineralogía se formaria una idea justa de las diversas tierras de su hacienda, de los medios de corregir sus defectos, de sacar un buen partido de sus ventajas, y principalmente de apropiar las semillas y los céspedes artificiales á la naturaleza de la tierra que cultiva? Mientras estas ciencias no sean conocidas en los campos, la agricultura solo será desgraciadamente lo que es aun hoy: un arte empírico, un confuso monton de operaciones mas ó menos imperfectas, y no la aplicacion científica de los medios artificiales de aumentar las fuerzas productivas de la tierra. El labrador de Norfolk, por ejemplo, siembra indiferentemente nabos tanto en las tierras blandas como en las mas duras. El cultivo de esta preciosa legumbre en campo raso ha producido, como lo hemos visto al principio de este artículo, incalculables ventajas, que se han reducido mucho estendiendo este cultivo á todas las especies de tierra. Muy fácil nos seria por desgracia continuar citando ejemplos de los inconvenientes que ofrece la ignorancia de los labradores.

El cultivo de los nuevos céspedes artificiales, el descubrimiento de nuevas estercoladuras, el uso mas acertado de las ya conocidas, tales serian los resultados infalibles que se obtendrian iniciando á la clase agrícola en las ciencias naturales. La ciencia, dijo un grande hombre, es la fuerza y el poder; por medio de ella se pueden vencer los obstáculos de la naturaleza mas rebelde. ¿No vemos por ventura que, á consecuencia de la aplicacion de una sana teoría, distritos arenosos de la Gran-Bretaña producen hoy tan grande cantidad de géneros alimenticios como las orillas mas fértiles de nuestros rios? Es muy probable que todos los terrenos serian productivos si se cultivasen en ellos las plantas que les corresponden, ó si se modificase su naturaleza escogiendo buenas estercoladuras. Las tierras impregnadas de partes metálicas son en general muy estériles, principalmente aquellas donde se hallan minas de plomo. No obstante, la *arenaria verna* (*) prospera en esta especie de terreno que es tan contrario á la mayor parte de las plantas. El ilustre presidente de la sociedad real, el difunto Sir Joseph Banks, probó de criar en su jardin la arenaria verna; pero para conseguirlo le fué preciso enviar á buscar á las minas fragmentos de mineral de plomo, é introduciéndolos en un pozo que hizo cavar para contenerlos, la superficie del suelo se cubrió pronto en este lugar de una abundante vegetacion producida por la arenaria, que en ninguna otra parte del jardin podia nacer.

Lo que fuera mas de desear para la instruccion de la clase agrícola seria una serie de tratados claros y concisos, en los cuales se espusiesen todos los métodos que se fundasen en teorías racionales, y cuya eficacia estuviese garantida por la esperiencia. El defecto ordinario de los escritos sobre la agricultura consiste en que la doctrina que enseñan es demasiado general, y esto es lo que mantiene las preocupaciones de los labradores contra tales libros. La mayor parte de los agrónomos que escriben poseen preceptos que aplican indistintamente á todas las tierras, al modo que los charlatanes tienen remedios universales para todas las enfermedades. Un labrador de Norfolk, que posee un terreno arenoso y en que quizás no caen veinte pulgadas de lluvia por año, hace un ensayo que le sale bien, y al instante lo publica por medio de un folleto ó algun escrito periódico. Otro labrador de Cornouailles, cuya imaginacion se exalta al leer la relacion de los felices ensayos hechos en el Norfolk, se determina á hacer la misma esperiencia; pero como su tierra no es de la misma calidad, sino dos veces mas húmeda que la de Norfolk, queda completamente burlado. Desde entonces maldice los sistemas, jura no leer mas libros de agricultura, y vuelve á caer en las rutinas que le legaron sus padres. Una serie de cultivos operada segun algunos libros, y aun segun libros justamente apreciados, puede tener tambien inconvenientes muy graves, si no se pone la atencion necesaria en la diversidad de las tierras, de las temperaturas, de los abonos, de la disposicion é inteligencia de los labradores, etc. De ahí el absurdo de prescribir reglas generales en las que no se atiende á estas diferencias; y en este escollo se ha estrellado el consejo de agricultura. Si este consejo se hubiera limitado á la útil tarea de sancionar las prácticas agrícolas que están en uso en los diferentes distritos de Inglaterra, esponiendo con exactitud las diversas circunstancias de humedad, calor, etc; hubiera prestado importantes servicios, y seguramente todavia existiria; pero ingenios mas ambiciosos emprendieron la redaccion de un código general que rigiese en todas las operaciones agrícolas del reino, y lo absurdo de este proyecto hizo caer al consejo de agricultura en un descrédito tal, que se vió obligado á disolverse.

Al escribir el artículo, que se acaba de leer, no ha sido nuestro ánimo menospreciar los útiles trabajos de la industria, sino solo restablecer la agricultura en sus derechos. Lo repetimos: industriales y

(*) El arenario ha recibido el nombre que trae porque crece en las arenas. Es una especie de matorral que sirve para pasto de los ganados.

labradores no deben considerarse como rivales, y mucho menos como enemigos. Cuanto mas progrese la industria manufacturera, mejor alojados, amueblados y vestidos estarán los labradores, y cuanto mas adelantará la ciencia de la agricultura, la poblacion de las ciudades gozará de mayor abundancia y delicadeza en los alimentos. Nada en el mundo se armoniza y concuerda tanto como la moral cuyos principios abriga el corazon cuando nacemos con la economía política, producto de la observacion y de una civilizacion perfeccionada. Una y otra nos inducen á ayudarnos recíprocamente en lugar de procurar nuestra ruina. La prosperidad de las diferentes clases como la de los diferentes pueblos, es bajo ciertos respetos solidaria; verdad que será mejor comprendida á medida que se vayan ilustrando las sociedades.

EL PARO BIGOTUDO.

Entre los ligeros habitantes de las selvas, ninguno hay cuyas costumbres sean mas singulares, mas interesantes que las de los paros (*parus*). La naturaleza ha dado á esas encantadoras avecillas, á mas de la belleza en el plumaje y gracia en los movimientos, una inteligencia en nada inferior á la de los grandes animales. La mayor parte viven y viajan en familia, y se prodigan mutuamente pruebas de una tierna afeccion, de que citarémos un ejemplo. Compré un



El Paro bigotudo.

dia á unos niños dos abejarucos (*parus cœruleus*, L.) que acababan de coger en la trampa, á fin de ver hasta donde llegaria la inteligencia de esas avecillas. Aseguré á uno por la pata, con un pedazo de hilo bastante grueso y lo até en la rama de uno de los árboles de la selva. Sus camaradas que estaban poco distantes, no tardaron en oir sus gritos y en venir á su socorro. Rodeáronlo con inquietud y advirtieron pronto el lazo que lo tenia cautivo. Al instante con su pequeño pero muy fuerte pico, pusieron manos á la obra, no para cortar el hilo, como hubiese creido, sino para desatarlo. Daba gusto verlos trabajar por turno, dando pruebas de destreza y buena voluntad, y cediendo los torpes el puesto á los mas inteligentes. Al cabo, á fuerza de perseverancia y de esfuerzos desatóse el hilo, y un grito general de triunfo y de alegría me anunció la libertad del prisionero, quien al punto echó á volar seguido de todos los demas.

Ya de árbol en árbol, se habian alejado del lugar de la escena, cuando juzgué á propósito hacerlos volver. No necesité mas que hacer gritar al que tenia para verles venir al punto. Noté con interés que el mismo que no habia sino un instante que estaba libre, fué el primero en volar al socorro.

Até al segundo como habia hecho con el primero pero con la precaucion de hacer en el hilo cinco ó seis nudos unos sobre otros. No obstante sus pequeños camaradas pusieron manos á la obra con el mis-

mo ardor, haciendo uso de pico y patas. Varias veces acerquéme estrepitosamente al árbol para interrumpir su trabajo y espantarlos; mas no logré ahuyentarlos del todo. Iban á ocultarse entre el ramaje ó detrás de las ramas de los vecinos árboles, y desde allí me observaban esperando mi partida, con una impaciencia que revelaban sus gritos. Por último, retiréme despues de haberlos inquietado durante algun tiempo, y nada es tan curioso como la destreza que desplegaron en deshacer los nudos unos trás otros. Así que hubieron vuelto la libertad al pequeño cautivo, tomaron todos un vuelo bastante elevado y no les ví mas.

Conocen muy bien los cazadores el afecto que unos á otros se profesan los paros, y se aprovechan de ese sentimiento para apoderarse de toda la bandada así que han logrado coger uno. Al intento, pónenle en la pata un bramante enviscado, y están seguros de que todos acudirán á prenderse en él unos trás otros.

Conócense los paros por su pico pequeño, corto y cónico, ya desnudo, ya guarnecido de algunos pelitos en el arranque de las narices, ocultos por la pluma. Forman una familia bastante contrapuesta en el órden de los gorriones. Está su plumaje pintado generalmente con colores agradables, entre los que dominan el azul, el negro y el amarillo. Se alimentan de insectos, de orugas, de semillas y de frutecitas, revoloteando de rama en rama con mucha vivacidad, encaramándose, saltando y suspendiéndose por las patas en una posicion del todo inversa.

Bien que pequeñitos tienen los paros, mucho valor, y hasta llegan á ser algo pendencieros. Columbran un mochuelo ó cualquiera otra ave nocturna de rapiña, dan al punto á las demas avecillas la señal de ataque, las cuales rodean al ave nocturna lanzando penetrantes y no interrumpidos gritos, y la hostigan por todas partes, precipitándose sobre ella, y hasta se atreven á atacarla á picotazos; logrando siempre ponerla en huida y hacerla ganar á toda prisa su tenebroso retiro.

Cuando empollan defienden aun con mas valor su nido, y saben arrojar de él á los cuclillos, picazas y hasta á las avecillas de rapiña tales como el cernícalo. He visto varias veces á un paro, del tamaño de un pulgar dar la caza á un pernóctero y perseguirlo con estraordinario encarnizamiento, sin que este, espantado sin duda por la petulancia y gritería de su adversario, ni por pienso se volviera jamás para defenderse.

La ocasion hace á veces carniceros á los paros, bien que no lo sean. Si se les encierra en una pajarera con pardillos, jilgueros y otras avecillas de ese especie, raras veces dejan de atacarlos, matarlos, y comerles los sesos despues de haberles hendido el cráneo, y hasta se dice que obran así en libertad, lo cual no es creible. Bien que pequeño es su pico muy fuerte, y con él alcanzan á romper perfectamente la mas dura cáscara de nuez para comer la almendra, que les gusta mucho.

Durante la primavera habitan los paros en las selvas y solitarias florestas; mas se acercan á las poblaciones y recorren los jardines para buscar su alimento tan luego como despuntan los primeros frios. Se anidan en las grietas de las murallas y en los troncos de los árboles, y ponen gran número de huevos, desde ocho á catorce ó quince, segun dicen. Algunos hacen su nido con mucho arte, y entre ellos particularmente los bigotudos (*parus biarmicus*, Lin.).

Esta ave encantadora es de un rojo vivo, con la cabeza azul ceniciento y el pecho blanco. El macho tiene en cada mejilla un bigote largo puntiagudo, de un hermoso negro, y agradable pero singular efecto. Las primeras plumas de sus alas son blancas en el centro y negras en el estremo y la cola de varios colores. La hembra carece de bigotes y de azul en la cabeza.

Habitan los paros los juncos, las cañas y los matorrales cercanos á las aguas, ó en los islotes, y construyen con mucho arte su nido al cual dan la forma de una botella de largo cuello, ó mejor la de una bolsa, y lo cuelgan de las cañas ó flexibles juncos que juntan y atan por medio de largas y delgadas hebras de yerba seca. El esterior del nido está tejido con hebras parecidas entrelazadas con bastante ingenio, y acolchado el interior con algodon de sauce y de álamo donde pone por último en un lecho de plumas de seis á ocho huevos rojizos manchados de moreno. Cuida mucho de su pequeña prole, y vive con ella hasta la siguiente primavera, en cuyo tiempo se separan las parejas para ir á contraer nuevos enlaces. Mas agreste, ó cuando menos mas solitario que los demas paros, rara vez se acerca á las poblaciones sino es cuando reinan los frios rigurosos. Menos vivo y menos animoso, es por lo mismo menos malo, y no creo que haya jamás atacado á otras avecillas.

El naturalista Cuvier dividió los paros en tres especies que son 1.ª *Los paros* propiamente dichos de pico delgado, corto y cónico; 2.º *Los bigotudos*, de pico cuya estremidad de la mandíbula superior se encorva un poco sobre la otra, y 3.º *Los remiz*, cuyo pico es delgado y mas puntiagudo que el de los verdaderos paros.

El nomenclator Temminck, quien, como los demas nomenclatores, toma frecuentemente el método arbitrario por la marcha de la naturaleza, ha establecido tambien tres secciones en el género *parus*, mas sobre carácteres puramente artificiales, aunque bastante constantes. Comprende la primera los *silvanos*, cuya primera pluma de las alas es de mediana longitud. Son los verdaderos paros que viven en los matorrales y en los bosques, y se anidan en los naturales agujeros de los grandes árboles. La segunda los *riberanos*, que tienen la primera pluma de las alas nula ó casi nula; y á esta seccion pertenecen los bigotudos. Por último la tercera, cuyo pico es algo derecho y puntiagudo y es la *remiz*.

Terminarémos este artículo lamentándonos de que la ciencia, sobre todo en ornithología, se haya de ver de cada dia mas ahogada por una espantosa sinonimia; triste resultado del amor propio de los coleccionistas, quienes para darse importancia, no pudiendo enriquecer con hechos la historia natural, creen enriquecerla con palabras.

INSPIRACION

A C...

En donde quiera que á mis ojos brilla,
¡Oh sol! un rayo de tu hermosa lumbre:

Que se mece una humilde florecilla
En hondo valle ó en airosa cumbre;

Do quiera que hay verdor, sombra y frescura,
Que rie el alba perlas de rocío,
Que canta un ruiseñor en la espesura,
Que resbala una lancha sobre un rio;

De una iglesia en la nave solitaria,
O inundada de luz, himnos y gente:
De un pueblo inmenso en la comun plegaria,
O en solo el ay! de un ánima doliente;

En el peñon que el mar airado bate,
En la ola que espira en la ribera,
En el seno gentil que inquieto late,
En la larga, ondulosa cabellera;

Niños, en vuestra angélica sonrisa,
En vuestros labios, vírgenes hermosas,
En el susurro de la fresca brisa,
En el aroma de las frescas rosas,

En el azul del estendido cielo,
En el místico son de una campana,
En la neblina que, cual suelto velo,
Rasga el primer albor de la mañana,

En todo aquello de que el alma es centro,
En cuanto hace vibrar la fantasía,
¡Oh hermosa! Allí la inspiracion encuentro,
Allí está para mí la poesía.

¡Solo en lo bello, solo en lo sublime!
¡En la verdad y en la virtud tan solo!
En la luz que la fe en el alma imprime,
Y no en la antorcha del mentido Apolo.

Jamás facticia inspiracion, supuestas
Penas, ó imaginarias alegrías,
Me dictaron, mi bien, ninguna de estas
Que te ofrezco, veraces poësias.

Nunca impuro rencor, torpe deseo
O ambicion insensata me agitaron:
Nunca los lauros que en los otros veo
El sueño de mis ojos ahuyentaron.

¡Dios! ¡Familia! ¡Amistad! ¡Puros amores!
¡Patria! ¡Ilusion que en el deber sostiene!
Son para mí, en mis dichas ó dolores,
Las verdaderas aguas de Hipocrene.

Ecos mis cantos son del alma mia:
Y si se exhala de mi adusto acento
Mas frecuente el pesar que la alegría,
Es porque solo digo lo que siento.

EUGENIO DE OCHOA.

LUXEMBURGO.

La Ciudad alta. — Las ciudades bajas del Grund y del Paffenthal. — El arrabal de Clausen.

LA ciudad de Luxemburgo era en su orígen un castillo, cuya construccion se hace remontar, si bien fundándose en conjeturas bastante débiles, al reinado del emperador Galieno; no obstante no puede dudarse de que la fundacion de Luxemburgo no pertenece á tiempos muy remotos. Nada mas magnífico que el aspecto de esa antigua ciudad, y el lujo maravilloso de sus fortificaciones, desde las altas rocas donde está asentada hasta la cresta de las opuestas colinas.

En 963 Sigefroi, primer conde de Luxemburgo, adquirió las ruinas del castillo llamado Lutzelburgo, por corrupcion hoy dia Luxemburgo. Reparó Sigefroi las ruinas del castillo que flanqueó con siete torres almenadas, y presto una industriosa poblacion se agrupó alrededor de la morada señorial. Las ciudades bajas del Grund y del Paffenthal se formaron como por encanto, lo propio que el primer recinto de la ciudad alta; no siendo construido el segundo sino mas de medio siglo despues.

Evalúase á seis mil trescientas almas la poblacion de la ciudad alta, sin la guarnicion que es de cuatro á cinco mil hombres en tiempo de paz, y de doce á quince mil en el de guerra. La mayor parte de las calles de la ciudad alta están bien delineadas; y encuéntrase en el centro una plaza de armas, con doble fila de castaños salvajes. Entre los edificios públicos son principalmente notables la casa de la ciudad, residencia hace poco de la administracion municipal, y la casa del gobierno, habiendo sido convertido en cuartel para la tropa, el vasto convento del pequeño seminario contiguo al del colegio real. El bello edificio de Grevenhaus está ocupado por la administracion militar de víveres, no lejos del arsenal que encierra fusiles para mas de diez mil hombres, y las piezas de artillería necesarias para la defensa de la ciudad. La iglesia de S. Pedro es la mas notable: hay en ella un cuadro representando á Cunigonde, hija de Sigefroi, casada con Enrique, duque de Baviera, en el momento en que por medio de la prueba del hierro ardiente, se justifica de haber faltado á su esposo. Al entrar á la derecha encuéntrase un espléndido monumento rodeado de cinco plañideras, el cual fué erigido en honor del rey Juan el ciego. Los despojos de ese Rey que hace cinco siglos que están viajando de tumba en tumba, fueron casi enteramente consumidos en un incendio. Cuéntase que en 1744, cuando los soldados de uno de los regimientos de la Bohemia que se trasladaba á los Paises Bajos, supieron que el monumento del rey Juan estaba en Luxemburgo, pidieron verle, y cada cual arrancó un fragmento de la piedra sepulcral que se llevó como reliquias.

Al pie de las rocas, sobre las cuales está edificada la ciudad alta, encuéntranse las dos bajas, el Paffenthal y el Grund. El mariscal de Vauban fué quien, en 1684, trazó las fortificaciones tales como se echan de ver hoy dia, salvos los cambios hechos por los ingenieros de la confederacion germánica. Entre las dos ciudades bajas se estiende el arrabal de Clausen. Colocado en frente de la puerta de Eich, el viajero admirara siempre el importante recinto de murallas, por encima de las cuales se despliega la ciudad alta, y el rico golpe de vista del hospital militar en medio de casas mezquinas. La ciudad alta del Paffenthal, situada en el norte cuenta apenas mil setecientas almas; y mil novecientas la del Grund construida en el mediodía, habiendo sido devoradas por un incendio en 1705 casi todas las habitaciones de la primera, y sufrido

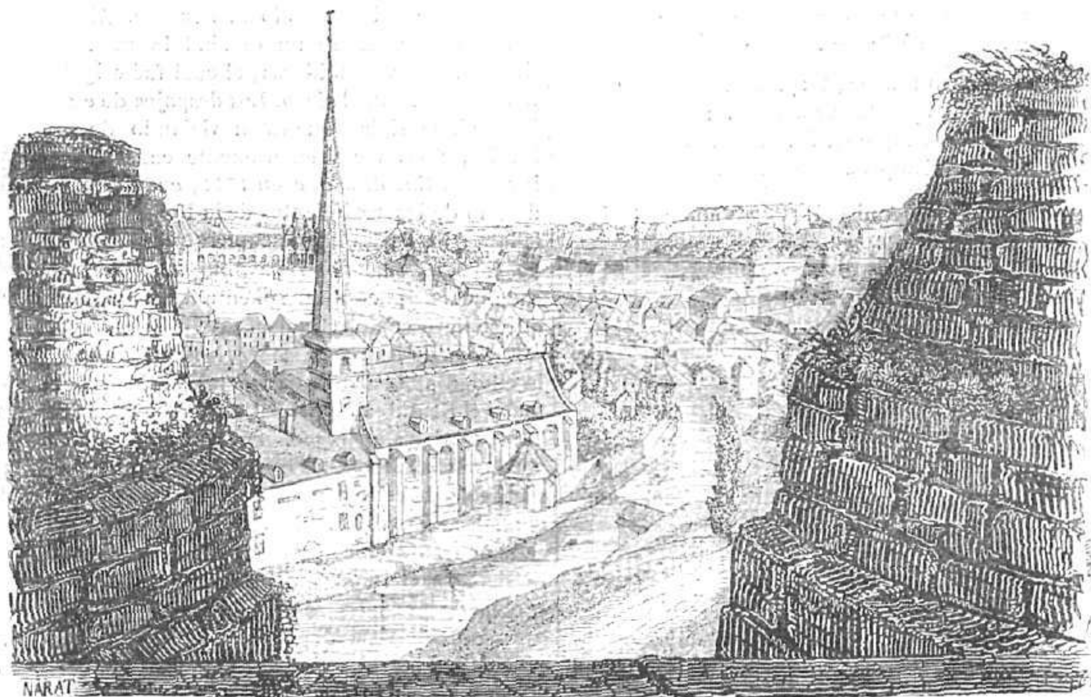
igual suerte las de la segunda en 1807, por la terrible esplosion de un almacen de pólvora, contiguo á la puerta de Thionville. Sobre las inmensas rocas que dominan la ciudad del Grund están edificadas las casernas del Rham, defendidas por un lado por elevados muros, y por precipicios por el otro.

Encierra el arrabal de Clausen cerca unos mil habitantes, las bellas ruinas del castillo que el conde de Mansfeld, gobernador de la ciudad y del ducado de Luxemburgo hiciera construir en 1565. En el siglo XVI, ese arrabal era el Pantheon de las antigüedades romanas del país, de las cuales hay todavía algunas incrustadas en las paredes. El emperador Cárlos V hizo demolir en 1641 el arrabal de Clausen, así como la abadía situada en el viejo Munster, sufriendo igual suerte el castillo de Luxemburgo para favorecer la defensa de la plaza; mas de nada sirvieron esas precauciones. El ejército francés puso sitio á la ciudad y se apoderó de ella; volvióla á tomar el duque de Nassau, y de nuevo entraron en ella los franceses el año siguiente. En 1544 se apoderó de ella Cárlos V por medio de un asalto.

La provincia de Luxemburgo ha sido largo tiempo gobernada por condes particulares, de los cuales fué el primero Sigefroi, hijo de Widerico, conde de las Ardenas; quien murió el 14 de agosto de 998, segun la necrología de S. Máximo.

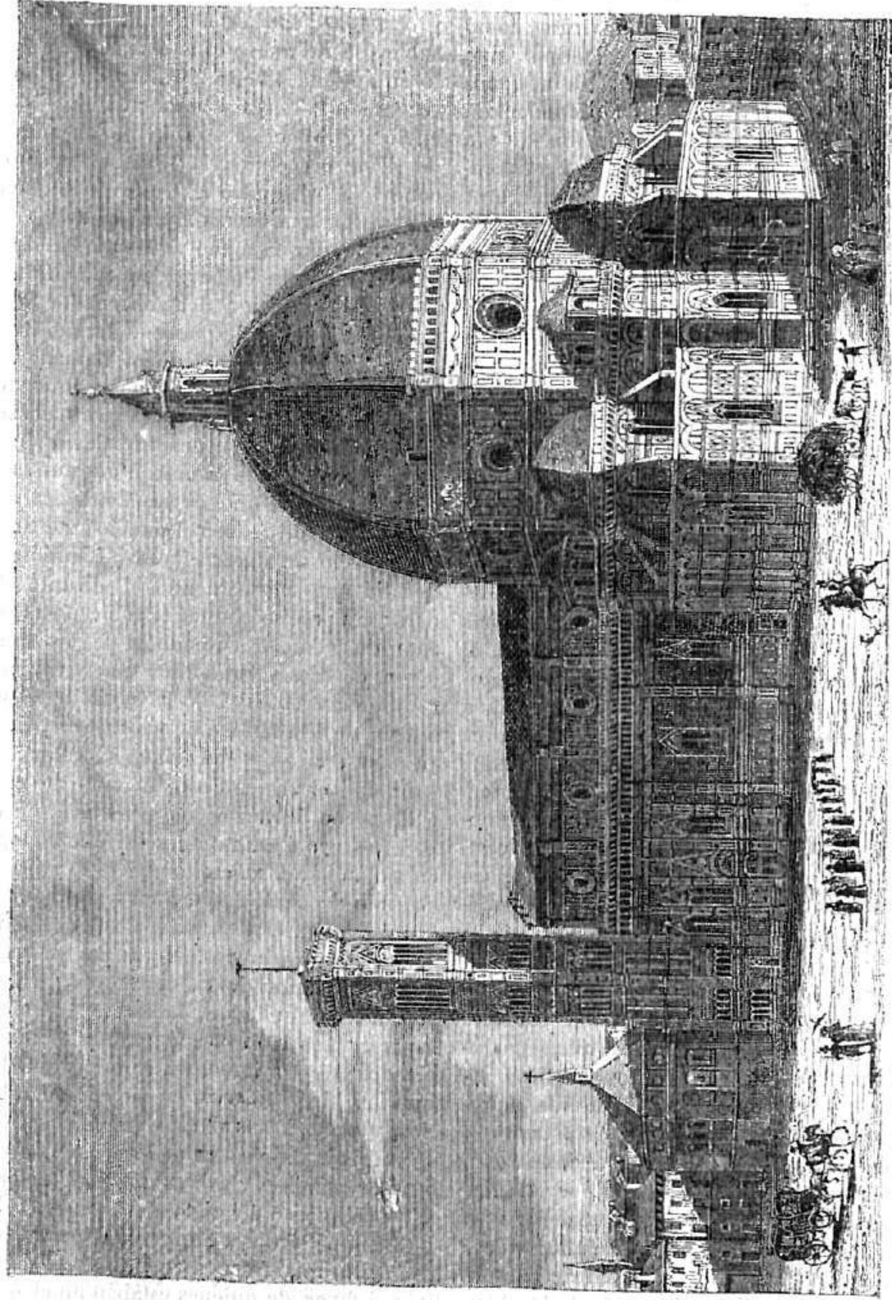
En 1415, Elisabet, de Gorlitz, viuda del duque Antonio, tomó las riendas del gobierno de Luxemburgo, despues de la muerte de su esposo; mujer imperiosa, indispuso contra ella los espíritus, y causó una sublevacion en el ducado. Algun tiempo despues hiciera cesion de sus derechos al ducado de Luxemburgo á Felipe, duque de Borgoña, dejándole la difícil mision de entenderse con el duque de Brabante, respecto las pretensiones que contra ella sustentaba. Retirada en Dijon, concluye en 1431 nuevos arreglos con los duques de Brabante y de Borgoña, y vuelve á tomar el gobierno de Luxemburgo. Súbito se presenta un nuevo competidor, y es Guillermo, duque de Sajonia. Opónele Elisabeth de Gorlitz al duque de Borgoña, á quien nombra *mambour* ó gobernador de la provincia. Seducidos por el duque de Sajonia los ciudadanos de Luxemburgo, se sublevan contra Elisabet, y la obligan á refugiarse segunda vez en Dijon. Parte de esta ciudad el duque de Borgoña el 9 de setiembre de 1443, acompañado de Elisabet, y seguido de una corte brillante; y va á ponerse á la cabeza de las tropas dirigidas contra los habitantes del Luxemburgo. Los burguiñones escalan y se apoderan de la ciudad, en la noche del 21 al 22 de noviembre, y el 11 del diciembre siguiente, obligan á la ciudadela á capitular. El 29 del mismo mes, celebrase un tratado de paz entre el duque de Sajonia y el de Borgoña. Renuncia el primero á todas sus pretensiones al ducado de Luxemburgo; manda á los estados del país que reconozcan por señor y dueño al duque de Borgoña, y les absuelve de los juramentos que pudieran haber prestado á otros. Elisabet de Gorlitz confirma ese tratado haciendo cesion á Felipe de todos sus derechos al ducado de Luxemburgo, al condado de Chini y al patronato de Alsacia, y luego se retira á Treves, donde espira el 3 de agosto de 1451, cargada de deudas y del odio de sus pueblos.

Así perdió el Luxemburgo sus soberanos particulares. Habiendo muerto en 1447 Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, María, su hija única y su heredera, trajo el Luxemburgo á la casa de Austria, por medio de su matrimonio con el archiduque Maximiliano.



Vista de Luxemburgo.

ITALIA — FLORENCIA.



Vista de la catedral de Florencia.

FLORENCIA. — ITALIA.

El verdadero orígen y fundacion de Florencia (*Firenze* en italiano, y en latin *Florentia*) son inciertos. Unos aseguran que el dictador Sila trazó su primer recinto, otros que unos habitantes de Fiesole, bajando á la llanura para celebrar sus mercados, empezaron á elevar algunas casitas, cuyo número se fuera aumentando en razon á lo ameno del lugar y á las ventajas topográficas de la situacion. Sin embargo, el sabio M. Lanci parece haber probado que Florencia no fuera fundada en el tiempo del triunvirato, como lo pensaron la mayor parte de los historiadores, sino mas bien en la época en que vivian los antiguos etruscos, á quienes atribuye igualmente la fundacion. Tomáronla de estos los romanos, é hicieron de ella uno de sus mas importantes municipios; sobreviniendo en seguida las crueles invasiones de los bárbaros que devastaron la Italia de una manera tan horrorosa. Muy cierto es que Stilcon hiciera de godos gran matanza en los alrededores de Fiesole; mas de qué les sirvió aquella brillante victoria, sino para pasar de una á otra tiranía? En efecto, á los godos sucedieron los lombardos, y en la época en que triunfaban estos últimos, los mismos habitantes de Fiesole contribuyeron á saquear una ciudad que miraban ya como rival. Destruyeron los francos el reino de los lombardos, y Carlomagno, habiendo partido de Roma despues de su coronacion, pasó por Florencia, que encontró casi enteramente arruinada, habiéndose refugiado sus habitantes á los vecinos campos para huir de las persecuciones de los soldados de Totila; sucedió esto en 800. Llamó Carlomagno á los ciudadanos fugitivos, reedificó su ciudad, castigó y destruyó la rivalidad de los pueblos vecinos, y estableció un gobierno consular que restituyera á aquella desgraciada ciudad la paz por tan largo tiempo perdida. Una vez reedificada Florencia, rodeáronla de murallas, que presto encerraron en su recinto templos y palacios á imitacion de Roma. Durara aquel gobierno bienhechor por espacio de cuatro siglos; tomando desde entonces tal aumento la poblacion, que en 1078 fué necesario engrandecer la ciudad. Esta necesidad hízose sentir todavía mas en 1284, época en que se la dieron á corta diferencia las dimensiones que aun hoy dia conserva.

Hácia mediados del siglo XIII, los dos cónsules fueron reemplazados por diez ancianos, que se redujeron á ocho al cabo de algunos años. Bajo su gobierno prosperó de una manera sorprendente la república Florentina. Sin embargo, en 1343, tuvieron los florentinos que sostener una guerra desastrosa, que les obligó á pedir auxilio á Roberto, rey de Nápoles. Este monarca les envió en calidad de capitan á un tal Gualtieri, que se engalanaba orgullosamente con el título de *duque de Atenas*; quien despues de haber librado á los florentinos de un mal, les hizo caer en otro peor, apoderándose del poder; mas presto fué arrojado por el pueblo, que se sublevó y restableció el antiguo gobierno, es decir el consejo de los ocho. Mientras se verificaban estos diversos acontecimientos, tomaba incremento y hacíase poderosa la familia de los Médicis; despertando la envidia y susceptibilidad republicana hasta el punto de verse obligada á buscar su salud en una emigracion voluntaria. Ocupaba entonces Alejandro VI la silla de S. Pedro. La influencia de este pontífice indujo á los florentinos á nombrar á Pedro Soderini gonfalonero vitalicio; quien á su vez fuera arrojado en 1512 por D. Ramon de Cardona, general de D. Fernando el Católico, rey de Aragon y de Nápoles, para introducir en Florencia á Juan y á Julian de Médicis, quienes igualmente viéranse obligados á expatriarse. Recobrara el gobierno de los ocho su primitivo vigor, mas bajo la influencia inmediata de los Médicis, sobre todo en tiempo de Leon X y de Clemente VII.

En 1527, época del desgraciado saqueo de Roma, sublevóse de nuevo el pueblo florentino y reconquistó su antigua libertad. Habiendo el sumo Pontífice recobrado la tierra y reconciliándose con Cárlos V; envió á Florencia á su sobrino Alejandro en calidad de prior perpetuo. En 1535, el mismo Emperador confirió á Alejandro el título de duque de Toscana, y para dar mas fuerza á tan arbitrario nombramiento hízole dar la mano á Margarita de Austria. No duró mucho sin embargo aquella supremacia, puesto que la ambicion del gobernador y la irritacion producida por el despotismo del nuevo duque inspiraron á Lorenzo de Médicis, llamado *Lorenzino*, la idea de libertar á su patria de aquel tirano: idea, que á penas concebida, fuera ejecutada sin obstáculo. Atrajo el duque á su propio palacio de la calle Ancha, so pretexto de favorecer unos amores ilícitos, y con la ayuda de uno de sus fieles sicarios, quitóle la vida y escapó. Ignoró el pueblo este acontecimiento por espacio de algunas horas. Reunióse el senado, y decidió que no habiendo el difunto dejado heredero; era preciso confiar el gobierno á Cosme, hijo de Juan de Médicis, llamado el de las Bandas negras, jóven de diez y ocho años que vivia en su casa de campo de Trebbia, bajo la tutela de su madre, perteneciente á la familia de los Salvatis. Este jóven, cuya alma era tan grande como su genio, gobernó con habilidad el naciente estado, aumentó el territorio, y á despecho de varias conjuraciones, de que muchas veces estuvo á punto de ser víctima, logró asegurar en su familia el soberano poder. El papa Pio V dióle el título de gran duque, en testimonio de su gratitud á los servicios prestados á la cristiandad. Habia en efecto armado dos galeras contra los turcos, y la naciente religion de los caballeros de S. Estévan, de la cual era fundador, hiciérase temible y célebre á la par por sus empresas marítimas. Como de Médicis, heredero de las inmensas riquezas y del genio de su familia, hizo construir en su capital soberbios palacios, y protegió las artes y las ciencias con generosa liberalidad. Bajo su reinado veuse florecer una multitud de hombres célebres que casi hicieran creer en el renacimiento del siglo de Leon X.

Bien que siguiera Florencia el partido de los guelfos, agitáronla frecuentemente no obstante los gibelinos á favor de quienes estaban muchas de las principales familias de la ciudad. Así es que segun el partido que ganaba veíanse frecuentes expulsiones, espoliaciones, incendios y matanzas. La conjuracion de los Pazzi contra Juliano y Lorenzo de Médicis prueba con cuanto ardor codiciaban el mando los florentinos. Despues de este último príncipe, ocuparon sucesivamente el trono Francisco I. Fernando I.

Cosme II, Fernando II y Cosme III quien bien diferente de su padre, se hiciera odioso á sus súbditos; ocasionándole sus disensiones con su esposa Margarita de Orleans una separacion que aceleró el fin de aquella dinastía, tanto mas, cuanto tuvo el pesar de ver morir sin sucesion á su hijo mayor Fernando. Sucedióle su segundo hijo, que se casara en Alemania y se habia separado tambien de su mujer; mas vivió en medio de los tormentos y enfermedades, hasta en 1737, época de su muerte. Con él se extinguió la ilustre familia de los Médicis.

Despues de muerto Juan Gaston, el Emperador nombró á Don Cárlos de España gran duque de Toscana: mas como el tratado de Viena de 1735 confiriese á este príncipe el reino de las Dos Sicilias, las grandes potencias europeas confirieron el gobierno de Toscana á Francisco de Lorena, duque de Bar, que se habia casado con la archiduquesa María Teresa de Austria, hija de Cárlos VI. De allí tomó el origen la dinastía Austro-Lorena, que gobierna aun hoy dia aquel país.

Florencia la Bella, la ciudad de las flores, que como ha dicho Mr. Delécluse, parece que descansa sobre alfombras de verdura, está situada á corta distancia de los Apeninos en una agradable y fértil llanura; rodéanla deleitosas colinas, cubiertas con multitud de quintas ó de palacios. Divide la ciudad en dos partes desiguales el Arno que se atraviesa por cuatro puentes, uno de los cuales, el llamado de la Santísima Trinidad, es digno de admiracion por la elegancia de su arquitectura.

Es Florencia de una forma casi oval, está rodeada de murallas y defendida por un castillo, llamado de S. Juan Bautista. En la parte mas elevada de la ciudad que llaman Belvedere, hay otro castillo con el nombre de S. Jorge, que comunica con el jardin real de Boboli. Residen en Florencia el gran duque y la real família que habita el magnífico palacio Pitti, así llamado por su primer propietario; es arzobispado, y hay en ella las secretarías civiles y militares, todas las administraciones de rentas, los tribunales, y un consejo supremo que juzga sin apelacion para toda la Toscana. La mayor parte de las calles son espaciosas y bien empedradas; vastos y suntuosos los edificios, encierran casi todos preciosas colecciones de pinturas.

El estranjero que entra en Florencia queda de pronto asombrado por el aspecto de sus antiguos palacios, masas inponentes, cuya solidez fuerza y construccion tienen algo de insólito. Aquellas paredes espesas, aquella ausencia total de ornatos exteriores, todo en fin hace concebir la idea de que Florencia ha sido edificada para la guerra civil. Sismondi la ha caracterizado perfectamente llamándola *Ciudad de los nobles*, ciudad de la *fuerza individual*, ciudad en que cada hombre era dueño y señor en su casa.

En el siglo XIII que, como es sabido, fué época de disturbios y de facciones, cada habitacion estaba defendida por una torre almenada, y á mas cuando lo exigia la necesidad, reuníanse todos los nobles de un cuartel y concertábanse entre sí para elevar una especie de fortificaciones movibles, llamadas *serragli*, consistentes en barricadas ó caballos de frisa, con el auxilio de los cuales obstruian las calles para defenderse.

Encierra Florencia diez y siete plazas, ciento setenta estatuas públicamente expuestas, veinte fuentes, seis colunas, diez obeliscos, veinte y ocho parroquias y unas ocho mil casas. Está dividida en tres cuarteles, y contiene cerca de noventa mil almas de poblacion fija. Los judíos gozan en Florencia de ciertos privilegios, y tienen un cuartel reservado, poco capaz no obstante para dar morada á todos. Los demas cultos religiosos son tolerados y protegidos, y tienen cada uno su templo particular.

Son muy numerosos en Florencia los monumentos notables: citarémos la catedral (Santa María del Fiore); la basílica de S. Lorenzo, cuya fundacion es muy antigua, pues fué consagrada por S. Ambrosio, y cuya capilla ducal es quizás de lo mas suntuoso que en este género posee la Italia; la iglesia de Santa Croce, construida por Arnolfo de Lapo; Santa María Novella, empezada en 1221, y cuya fachada se debe á Alberti; la iglesia d' Or-San-Michele, edificada por Giotto y Tadeo Gaddi; l' Annunziata, construida segun la traza de Brunellesco; Santa María Magdalena de Pazzi, etc. Merecen tambien citarse la academia de las Bellas Artes, el museo de Historia natural, el palacio Viejo, (palazzo Vecchio), la lonja de los Lances, el palacio Pitti, el hospital de Santa María Nuova, el teatro de la Pergola, etc., etc.

Santa María del Fiore, iglesia catedral de Florencia, es un edificio cuya belleza escede en mucho á cuantos en ella se admiran. El decreto que confió á Arnolfo di Lapo la construccion de este magnífico templo, nos manifiesta que la iglesia llevaba el nombre de Santa Reparata, y que se cambió en el que trae hoy dia, en la época de la famosa conjuracion de los Pazzi, de la que pronto hablarémos. Está la iglesia situada en una plaza cuya estension le da nuevo realce permitiendo apreciar mejor el conjunto. Duraron los trabajos de la obra mas de ciento sesenta años, y despues del primer arquitecto, trabajaron sucesivamente en aquel suntuoso edificio Arnolfo, Giotto, Tadeo Gaddi, Orgagna y Brunellesco. Este último elevó la cúpula, en la cual colocó la linterna Bacio d' Aguolo y Andrés Verocchio la cruz. La anchura interior de la iglesia es de sesenta y siete brazas, teniendo doscientos cincuenta y siete de largo. La cúpula desde el pavimento de la iglesia hasta la linterna exclusivamente, tiene de alto ciento cincuenta brazas; el pequeño cuerpo de la linterna, treinta y seis, la bola cuatro, y ocho la cruz. El conjunto del monumento abraza una extension de diez mil ciento diez y ocho brazas cuadradas. Las paredes de esta catedral estan esteriormente barnizadas de estuco; pero lo que hay en ella mas admirable, y que en cierto modo hace olvidar lo demas, es la cúpula, obra tanto mas extraordinaria, ya por ser doble, ya por haber sido edificada sin cimbras, ni bolo, ni armazon, y con el solo auxilio de un andamio ingeniosamente inventado por Brunellesco, que habia inventado aquella grande máquina, y llevó á término su obra por medio de unos procedimientos para los cuales dejábale sin recursos la tradicion de su arte. El mismo Miguel Angel estaba tan profundamente admirado de aquella cúpula, que al partir para ir á hacer la de S. Pedro de Roma fué á despedirse de la de Santa María, y la dijo: «A dios, amiga mia, voy á hacer tu semejante, mas no tu rival.» A lo menos

eso es lo que los florentinos se complacen en referir para dar todavía nuevo realce á aquel bello monumento. Encierra aquella iglesia gran número de buenas pinturas, y además la tumba de Brunellesco y su retrato en traje de ciudadano de Florencia. A su lado descansan las cenizas de Giotto, el restaurador de la pintura; vese tambien el sepulcro de Marsilio Ficino, gefe de la academia platónica, fundada por Cosme de Médicis, y el bello monumento elevado á Pedro Farnesio, general florentino.

En los siglos XII y XIII, las iglesias fueron frecuentemente teatro de sangrientas escenas. La conjuracion de los Pazzi es otro de los episodios que hacen nacer las reflexiones mas penosas. Era por el año de 1478, gobernaban á Florencia Juliano y Lorenzo de Médicis. Francisco de Pazzi, secundado por algunas otras familias poderosas, concibió el horrible proyecto de asesinarlos, sin retroceder ante el doble crímen de asesinato y de sacrilegio. Escogieron á Santa María del Fiore para lugar de la ejecucion, y convínose en que se pondrian manos á la obra en el momento en que el sacerdote celebraria la comunion. Los conjurados acudieron puntualmente á la iglesia en la cual estaban ya el cardenal, su cómplice, y Lorenzo de Médicis; mas faltaba una víctima. Francisco de Pazzi y Bernardo Baudini, que debian herir á Juliano, fueron á encontrarlo en su palacio, y le resolvieron á que les acompañase al templo. Llega el fijado instante, Francisco de Pazzi se precipita sobre Juliano, y le hiere con tan ciego furor, que el mismo se hace una ancha herida en el muslo. Al propio tiempo otros dos asesinos atacan á Lorenzo quien se defiende con valor y logra salvarse en la sacristía. Los conjurados, viendo fallido el golpe, buscan su salvacion en la fuga; mas pronto se descubrió su asilo y murieron de muerte ignominiosa. Sus cadáveres fueron arrastrados por las calles de la ciudad, y el cardenal no debió su salvacion sino al empeño con que todos los sacerdotes del templo procuraron preservarlo del furor popular, reteniéndolo en medio de



Vista de Florencia.

ellos hasta que vieron calmado el tumulto ocasionado por aquellas deplorables escenas. Maquiavelo cuenta en detall ese funesto acontecimiento, y de él hemos tomado el corto extracto que ofrecemos á nuestros lectores.

Junto á Santa María del Fiore elévase una soberbia torre cuadrada, llamada la Campanile, de doscientos cincuenta y ocho pies de altura, toda incrustada de mármoles de diversos colores y enriquecida con estatuas y bajos relieves ejecutados por los mejores artistas de la época. Construyóla en 1334 Tadeo Gaddi, segun el diseño del célebre Giotto, su maestro. El destino de este último tuvo algo de extraordinario, pues dejó el arado para trabajar en el taller de Cimabue, á quien no tardó en dejar á una larga distancia en pos de sí. A pesar de un orígen tan comun, elevóse por su talento hasta el punto de merecer la amistad del Dante y del Petrarca, y murió en Florencia rodeado de riquezas y de honores, y cargado de años.

En el mismo lugar, columbrase el Bautisterio ó iglesia de S. Juan, edificio octógono, de orígen muy antiguo, que se cree haber sido en otro tiempo un templo de Marte. En 1293 el gremio de mercaderes hizo incrustar de mármol todo el esterior á sus costas. Adornan el interior de la iglesia diez y seis co-

lumnas de granito, las cuales sostienen un terraplen, cuya bóveda y pretiles están cubiertos de mosaicos perfectamente ejecutados. Encierra además un magnífico monumento de Baltasar Coscia, en el cual el sumo pontífice Juan XXIII abdicó la tiara, y murió en Florencia, donde vivió como simple particular. Este monumento es obra de Donatello. Adornan el Baulisterio tres puertas de bronce magnífico, la del lado del sud es de Andrés Pisano; las otras dos son de la mano de Lorenzo Ghiberti, jóven de veinte y cuatro años que en el concurso abierto para todos los artistas de Italia sobrepujó á los mismos Brunellesco y Donatello. Estas dos puertas representan diversos hechos del antiguo y del nuevo Testamento. Es tan esquisita su ejecucion, que Miguel Angel solia decir: «Que eran dignas de cerrar el paraíso.» A uno y otro lado de la puerta de en medio vense dos columnas de pórfiro que dieron á los florentinos los pisanos cuando estos últimos volvieron de las islas Baleares.

ESTADO DE LAS CIENCIAS EN FRANCIA EN LA EDAD MEDIA.

Hase frecuentemente repetido que la literatura es la espresion de la sociedad; definicion que quizás fuese mas exacta aplicada á las ciencias, á aquellas en particular que marchan con la razon general. Una nacion puede envanecerse con una brillante literatura, y estar no obstante muy atrasada en su existencia intelectual y material: testigo el siglo de Luis XIV, en el cual solo la superficie tiene vida y todo es grande solo en la cumbre, de forma que al lado de una corte sabia y ostentosa se arrastra un pueblo ignorante y miserable. Los descubrimientos de las ciencias atestiguan de una manera mas cierta el estado de la sociedad; y al ver cual se estienden y se hacen populares sus resultados puédese decir que hay progreso.

Imperfecto fuera el estado de las ciencias desde el siglo XII al XIV, mas no que esté desnuda de curiosidad la época que produjo á Bacon (*) y á Alberto el Grande. La inclinacion hácia las ciencias ocultas formara el carácter dominante de aquella época; siendo una antigua costumbre de nuestros antepasados esa fe en los sortilegios y adivinaciones. «El que llamase brujo á un hombre, dice una antigua ley de los francos, y le acusase de haber llevado la caldera donde se reunen las brujas, será condenado á 62 sueldos de multa; y si es un hombre libre á quien no se pueda justificar la acusacion, pagara 186 sueldos. Esas disposiciones de la ley prueban ya que entre los francos era la brujería opinion comun y popular. En el siglo XII la grande ambicion de los sabios consistió en estar en relaciones con el demonio. Entregábanse unos á la contemplacion de los astros, á las adivinaciones por medio de la astrología; otros buscaban en el análisis de los metales resultados sobrenaturales; ya trabajaban la piedra filosofal, el arte de hacer oro (mas de cien obras hay escritas sobre esas materias); ya una mezcla de yerbas, un brevaje, ejercian un encanto sobre los hombres y sobre los animales; hechizaban á un príncipe pinchando su efigie fabricada de cera, de suerte que iba enflaqueciendo de cada dia; por otra parte ciertos talismanes formaban otros tantos preservativos contra las enfermedades de la vida humana.

La esperiencia griega habia progresado muy poco en la física, y es sabido cuan incompletos son los libros de Aristóteles. Sin embargo, en la edad media, sobre traducciones corrompidas y casi ininteligibles de estos trabajos, se emprendian y acababan las obras científicas. Tres hombres célebres han descrito el mundo físico: santo Tomás, san Buenaventura, y Alberto el Grande, mas sus trabajos no son mas que una mezcla de las doctrinas cabalísticas y de las ideas de Aristóteles. Cuando se pasaba á los hechos, á las aplicaciones, resaltaba entonces en toda su desnudez lo absurdo del sistema: no afirma Vicente de Beauvais que el avestruz empolla sus huevos con la fuerza calórica de sus miradas? No conviene creer sin embargo que aquellos bizarros estudios no hayan producido ningun resultado: al espíritu investigador, á aquellos progresos perseverantes, á aquella inquietud de la imaginacion debemos los primeros trabajos de la química y de la mecánica: en esos laboratorios secretos, en esas especulaciones de largas vigilias, fueron descubiertas la brújula, la pólvora, las propiedades de los vidrios convexos, y mas tarde, la imprenta y el grabado.

Alberto el grande ha descrito la brújula citando un pasaje de Aristóteles, mas este pasaje no existe en las obras del filósofo griego. Parece que no la conocieron los antiguos, pues un resultado tan grande hubiese llamado la atencion de Plinio y de otros naturalistas. La descripcion mas completa de la brújula encuéntrase en un libro del siglo XIII, conocido bajo el título de *Biblia Guyot;* en el cual el autor indica las propiedades del iman: «piedra fea y morena á la cual se pega de buen grado el hierro,» así como su direccion hácia el norte y la estrella polar. Al siglo XIII pertenece el importante descubrimiento de la brújula, cuya gloria se disputan todas las naciones marítimas; reclámala la Francia porque trae las flores de lis; pídenla los mercaderes de Amalfi, porque su ciudad tenia una brújula en sus escudos; algunos la atribuyen á los árabes: otros en fin quieren que Marco Paolo la haya traido de la China, mas los monumentos atestiguan que fuera conocida antes de la vuelta del célebre viajero.

El álgebra, la geometría, y sobre todo la mecánica hacian rápidos adelantos. Alberto el grande compuso una cabeza habladora y un autómata en figura humana, que cuando llamaban iba á abrir la puerta y pronunciaba algunas palabras. Roger Bacon fabricó una paloma voladora. En todas esas indagaciones ocupaba un gran lugar la astrología, base de los inmensos trabajos de Alberto el grande, en los cuales la ciencia de los hechos y de las observaciones queda ahogada por las teorías cabalísticas. No se puede abrir un libro de astrología sin que al punto aparezcan las ciencias ocultas, el arte de evocar las sombras en el silencio de la noche, cuando la luna, semivelada por una nube ilumina á lo lejos la ronda del sábado. Alberto nos enseña los medios de moler los simples, las mezclas alquímicas de la sangre y del lodo, para producir seres por medio de una generacion facticia; y nos da la descripcion de esas criaturas imperfectas y espantosas que se mueven sin existir. Lo curioso es que los eclesiásticos

(*) Roger Bacon, á quien conviene no confundir con su homónymo mas moderno, es un franciscano del siglo XIII, celebre por sus trabajos y descubrimientos, fué perseguido como hechicero.

han trabajado en la alquimia con mas ardor que todos los demás; tanto que entre los mas célebres alquimistas cuéntase un papa, Juan XII; un cardenal, Nicolás de Cusa; varios obispos, canónigos, monges y abades.

Lo que nos enseñan las crónicas sobre las observaciones astronómicas revela esa misma tendencia de los espíritus hácia las supersticiones astrológicas; el monge Alberico habla de los saltos que ha visto dar al sol; toda especie de eclipse anuncia un grande acontecimiento, una calamidad para el mundo cristiano, la muerte de un Papa ó de un Rey. Los cronistas contaban con el mayor candor que el sol pasaba la noche ya iluminando el purgatorio, ya el mar; que la tierra está sostenida por el agua, el agua por las piedras, las piedras por los cuatro evangelistas, y estos por el fuego espiritual. No era Bacon absolutamente estraño á esas pueriles observaciones; sus trabajos son mas racionales no obstante, pues rectificó muchos errores sobre el calendario seguido entonces, y propuso reformarlo al papa Clemente IV. Mas no era llegada la época, y solo pudo verificarse tres siglos despues, bajo Gregorio XIII.

La medicina que tan grandes adelantos hiciera en la antigua Grecia, parecia que se hubiese perdido enteramente en los primeros siglos de nuestra barbarie; habíase solo conservado una débil rutina en los monasterios, que junto con la hospitalidad practicaban el arte de curar. Una de las preocupaciones de la medicina de entonces, y tenia no pocas, era el creer en la posibilidad de prolongar la vida de un modo indefinido, al paso que apenas se ocupaba en la higiene ó en el arte de conservarla. Roger Bacon ha descrito antídotos universales por medio de los cuales pensaba detener la misma muerte con su fatalidad inexorable. Por lo que hace á la cirugía estaba confiada á hombres ignorantes, sin mas que algunos hábitos puramente mecánicos, á simples barberos sin el menor estudio á veces. Así es que no se ven mas que tentativas desgraciadas, testigo el mismo Ricardo herido levemente en el brazo y espirando por la ignorancia del operador.

Los conocimientos geográficos no se han perfeccionado sino en una época comparativamente muy moderna. Los escasos conocimientos que se tenian en la edad media sobre esta ciencia tan útil á los progresos del espíritu humano habian sido transmitidas por los Arabes; de modo que no es dado formarse una idea de todos los absurdos geográficos que hasta entonces se encuentran en las crónicas. Gantier de Metz consagra todo un libro á la descripcion de ciertas islas, en las cuales hay seis meses de dia y otros seis de noche: «En cuanto á nosotros, esclama con la mayor seguridad, declaramos que el mundo es cuadrado en medio de los mares.» Algunas crónicas no dan noticia mas que de dos partes del mundo, la Europa y el Asia, en la cual confunden el Africa. Lo que debia adelantar la ciencia, era aquel espíritu viajador que por entonces se habia apoderado de golpe de la Europa cristiana. La moda de las peregrinaciones á la Palestina dominaba los castillos y las ciudades, y pobres peregrinos partian á pie de Francia ó de Inglaterra, atravesaban la Italia, y se embarcaban en Génova ó en Venecia para la Siria. A veces no emprendian la ruta por mar, y recorrian la Alemania, la Hungría, las tierras del imperio de Constantinopla; y llegaban al sepulcro de Jesucristo despues de seis ú ocho meses de un viaje al través de tierras desconocidas.

El deseo de convertir á los infieles empeñara tambien á correrías lejanas, en la India y en la Tartaria, religiosos predicadores que redactaban con cuidado su itinerario. De toda aquella actividad debian resultar mas vastas nociones geográficas. Marco Paolo, a pesar de sus errores, y de alguna confusion en los nombres de los pueblos y lugares, es justamente célebre por los inmensos servicios hechos á la geografía, facilitándola sus trabajos en siglos mas ilustrados.

Por lo demás, nada mas cómico que las cartas geográficas hechas por los monges de la edad media: todas las posiciones son erradas, todas las divisiones desproporcionadas, ninguna escala puede servir para medir las distancias, toman el continente por islas, y las islas por una porcion del continente, los mas vastos reinos están reducidos á las proporciones de una provincia, y las provincias aparecen con las dimensiones de un reino.

Tales son á poca diferencia los documentos que nos quedan sobre el estado de las ciencias en la edad media. Una verdad resulta incontrastable, y es que este período fué una época de actividad y de trabajo, entregándose con ardor á las mas diversas investigaciones; por lo cual no cabe la menor duda de que las obras de aquellos hombres contemplativos y laboriosos adelantaron poderosamente las ciencias.

DON ROLDAN.

Como á la nombradía de que goza este paladin agréganse tantas y tan notables tradiciones caballerescas, no será inoportuno que espliquemos sucintamente qué fué este personaje en los anales de la edad media.

Quién es Roldan? Dónde buscar el orígen de los cuentos y leyendas á que ha dado asunto este paladin, cuyo nombre suena en todos los cantares poéticos desde el siglo IX ¿Quién fué este guerrero invulnerable, que dió sus primeros pasos en el mundo en los campamentos ó juntas de Carlomagno, y acabó su vida en Roncesvalles?

Arduo trabajo es el de aclarar estas cuestiones; y para coordinarlo un tanto, permítasenos lo dividamos en cuatro partes esenciales. Así nos parece debemos examinar:

1.º El D. Roldan de las crónicas;

2.º El de las tradiciones orales, de las *gestas*, verdaderas epopeyas de los ciclos de la edad media;

3.º El de Bojardo, del Ariosto, ó mejor, el de la escuela italiana:

4.º Finalmente, examinarémos á D. Roldan por medio del análisis de todas las leyendas locales y de todos los fenómenos topográficos que recuerdan su existencia.

I. *El D. Roldan de las crónicas*

Casi nada dicen las crónicas relativamente a D. Roldan, y en verdad no es estraño semejante silencio. Eginhardo, el monge de San Gall, y los demas analistas de la época carlovingia, enteramente distraidos

y ocupados en trazar la grande y majestuosa figura de Carlomagno, pocas noticias tuvieron sin duda de los paladines que seguian como satélites la fortuna del astro; unos cantaban á Carlomagno conquistador, que rechazaba los Sajones, y ceñiase la corona de hierro de los Lombardos; y otros no veian en él mas que el príncipe piadoso, el fundador de monasterios y el protector de la Iglesia. Tan abreviadas, tan sucintas son las crónicas, que mal podian tratar de los valientes compañeros del Emperador; y en prueba de ello, cuando el monge de San Gall en una sola frase resume la espedicion contra los Sajones, ¿cómo hubieran cabido en aquel rápido cuadro, si así puede decirse, los nombres de los paladines? Así Eginhardo no es mas que un biógrafo dedicado esclusivamente á la persona del Emperador; y bien pudiera decirse que es un secretario que escribe los fechos y hazañas de su amo. Con todo las crónicas de la segunda raza citan el nombre de Ruodland, Rotland, Rothland, Ruthlan ó Rolland, que de todas esas maneras se halla escrito, y en todas es un varon de fuerte brazo y corazon intrépido, que ora pelea contra los Normandos, ora gobierna ciertas provincias, como lo demuestra el siguiente trozo de Eginhardo, que es el texto mas auténtico, donde se menciona un Ruodland, Gobernador de la Marca de Bretaña, que murió en una batalla dada en los Pirineos contra los Wascones: *In quo prælio Eggihardus, regiæ mensæ præpositus, Anselmus comes palatii, et Hruodlandus Britannici limitis præfectus, cum aliis cumpluribus interficiuntur* (*).

De consiguiente, no puede dudarse de la existencia de D. Roldan; claro lo dice el texto de Eginhardo; el paladin pertenecia esencialmente al ciclo carlovingio, y aquí es dondé principian los cuentos caballerescos que ilustran y engrandecen su historia.

II. *El D. Roldan de las gestas, ó sea, de los cantares de gesta.*

Fácilmente se comprende la transicion que media entre estas dos especies de testimonios: lo que descuidó la crónica en su lacónica exactitud, completaron los cancionistas, romanceros, juglares, y trobadores, con inmensa libertad de imaginacion y poesía. Muy poco se escribia en aquellos tiempos de barbarie y de conquista; y si bien es verdad que algunos monges lo verificaban en el silencio de los monasterios, haciánlo refiriendo dia por dia los acontecimientos, y apuntando los hechos con la misma concision con que escribian el nombre de un difunto en el necrologio de su iglesia. Pero ya que se escribia poco, no así se cantaba; cuando hallábanse frente á frente los ejércitos, tomaban los juglares su gaita, de la misma manera que los bardos y escaldas sus arpas de oro, y al son de ella contaban los fechos y hazañas de los paladines que murieran, ó que vencieran en las refriegas; tambien frecuentemente bajábase el puente levadizo de los castillos para el trobador que iba á cantar prodigiosas y estupendas aventuras; y como cada uno daba libre rienda al vuelo de su imaginacion, adornábanse, enriquecíanse las gestas, á las cuales ataban los trobadores nuevos cabos, si así puede decirse, combinándolos y complicándolos segun su carácter y temperamento. Era de alegre genio el viejo cantor, y celebraba un lance de amor chistoso, una leyenda poética; era piadoso y devoto, y convirtiendo al paladin, hacíale terminar su carrera en la penitencia, en el retiro del claustro; hervia el valor en su pecho, y entonces nunca oidas proezas añadíanse á las primitívas *gestas*; y de este modo un nombre célebre, ó un hecho de nombradía iba creciendo y desarrollándose con nuevos incidentes en cada nueva cancion, engrandeciéndose y modificándose segun el talento y fecundidad del que lo narraba.

Así no es estraño que Rothland, Ruthland, Ruodland ó Roldan haya dado materia á tantas gestas de la edad media, por dos razones: primera, porque este paladin fué indudablemente uno de los mas temibles é intrépidos de la época de Carlomagno; y segunda, porque, como los trobadores reunian en un solo personaje los valerosos hechos que á veces convenian á varios, la figura de Roldan crecia en proporciones gigantescas, y reasumia en sí toda la fuerza y gloria del período Carlovingio. Así el Ganelon de los libros de caballería es la personificacion de la perfidia y vileza; así han confundido los trobadores Cárlos Martel, Carlomagno, Cárlos *el Calvo*, etc. atribuyendo sucesívamente á unos los hechos de los otros.

Otra de las causas de la inmensa nombradía de D. Roldan, y no la menor, fué su muerte, que recordaba la mayor catástrofe que hubiesen jamás sufrido los doce Pares, la batalla de Roncesvalles. En los negros desfiladeros de los Pirineos pereciera la flor de la caballería, y los abuelos de los barones y señores feudales sucumbieran al lado de Roldan. Juglares y trobadores á porfía narraban tan trágica historia; y popularizándose las canciones de Roncesvalles acrecieron la caballeresca popularidad del paladin. En Italia, España, Germania, en el Norte, en Islandía, se ha cantado aquella célebre batalla, y desde la cumbre de sus peñascos, así celebraron los escualdunacs su victoria:

«Un grito ha sonado en las montañas de los escualdunacs, y en pie delante de su puerta, el etcheco-jauna aplicó el oido, y dijo: «Quién va? que me quieren?» y el perro que dormia á los pies de su amo se ha levantado, y resuenan sus ladridos entorno de Altabizar.

«Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; y va acercándose, estremeciendo al pasar las rocas á derecha é izquierda: es el sordo murmurio de un ejército que sube. Desde la cumbre de las montañas los nuestros le contestan: Han tocado sus bocinas de asta de buey, y el etcheco-jauna aguza sus flechas.

«¡Ya vienen! ya vienen! qué bosque de lanzas! cuál ondean en el centro las banderas! como centellean sus armas! ¿Cuántos son? muchacho, cuéntalos bien! —Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

«Veinte, y muchos millares aun! Perderíamos el

(1) *Recueil des historiens des Gaules et de la France, Tom V, pag.* 92.—*Vita Karoli magni, n.º* 9 (*Monumenta Germaniæ historica*.. Tom. II.) En un manuscrito de la Biblioteca real de Paris asi se halla traducido este trozo: —«En cesta batalia mori Engibaldus li prevoz de la tabbla le rei, é Anseumes comps de palais, é Rollanz de Lonubara, comps de Bretagnie, et maint autra.»

tiempo contándolos. Unamos nuestros forzudos brazos, arranquemos de cuajo estas peñas, y de lo alto de las montañas precipitémoslas sobre sus cabezas. Aplastémoslos! matémoslos!

«Qué buscan en nuestras montañas esos hombres del Norte? porqué han venido á turbar nuestra paz? Cuando Dios hace montañas, las hace para que no las pasen los hombres. Pero las peñas bajan rodando, y aplastan las tropas; corre la sangre en arroyos, palpitan las carnes despedazadas, ¡oh! cuánto hueso hecho polvo! qué mar de sangre!

«Huid! huid, los que aun teneis fuerzas y un caballo. Huye, rey Carlomagno, con tus negras plumas y capa roja. Allí yace tendido y sin vida tu sobrino, tu mas valiente, tu amado Roldan; no le valió su intrepidez. Y ahora, Escualdunacs, abandonemos las rocas, y bajemos aprisa, lanzando nuestras flechas á los que huyen.

«Hélos, hélos que huyen! huyen! ¿Donde está, pues, el bosque de lanzas? donde esas banderas que ondeaban en el centro? Ya no centellean sus armaduras teñidas de sangre. Cuántos son? muchacho, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

«Uno! ya ni uno queda. Se acabó Etcheco-jauna, bien podeis volveros á vuestra casa con vuestro perro, abrazar vuestra esposa y vuestros hijos, limpiar vuestras flechas, atarlas con vuestra bocina de asta de buey, y dormir encima. Por la noche, vendrán las águilas á comerse estas carnes destrozadas, y todos estos huesos blanquearán para siempre (*).»

(*) Este bello canto de guerra, que la tradicion conserva todavía en parte entre los Eskaldunas de los Pirineos, hállase en idioma éuskaro, con el título de *Altabizaren cantua*, en la obra de M. Michel *Recueil Chansons de Roland*, *append.* *pág.* 226, y en el *Journal de l' Institut historique*, tom. 1, páginas 176-177. El Altabizar es el cerro que domina la hondonada de Roncesvalles.



Asunto sacado del Ariosto, canto XVI.

Tambien mas tarde cantaron nuestros romanceros aquella batalla, y entre los romances que de ella tratan, permítasenos citar el siguiente, que, además de ocuparse especialmente de D. Roldan, respira tanta originalidad, tanta riqueza de fantasía, candor y ternura, cuanta franqueza, sencillez, fuerza y osadía brillan en el anterior:

«En Paris está doña Alda,
la esposa de don Roldan,
trescientas damas con ella
para la acompañar:
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar
todas comen á una mesa,
todas comian de un pan:
sino era sola doña Alda,
que era la mayoral:
las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento instrumentos tañen
para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
doña Alda adormido se ha,
ensoñado habia un sueño,
un sueño de gran pesar.



Asunto sacado del Ariosto, canto XVIII.

Recordó despavorida
y con un pavor muy grande,
los gritos daba tan grandes,
que se oian en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
—Qué es aquesto, mi señora?
quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar,
que me veia en un monte
en un desierto lugar:
bajo los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo afincaba muy mal,
El azor con grande cuita
metióse so mi brial,
el aguililla con grande ira
de allí lo iba á sacar,
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshace. —
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
— Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo
que viene de allende el mar,
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar;
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.

—Si es así, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.—
Otro dia de mañana
cartas de fuera le traen,
tintas venian de dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldan era muerto
en la caza de Roncesvalles.»

¿Cuál fué el primer escrito romancesco que popularizó el nombre de D. Roldan? La escuela antígua todo lo atribuia á la crónica llamada de Turpin, que pretendíase era el orígen de las epopeyas caballerescas. Pero semejante opinion es inadmisible hoy en dia; basta tener algun conocimiento del espíritu general de los siglos IX y X para saber cuan pocas cosas se confiaban á la pluma; la tradicion era oral, narrábase solamente, y estas narraciones íbanse sucesivamente transformando ya en leyendas, ya en canciones de trobadores, romanceros y juglares. Las tradiciones orales siempre precedieron á los escritos, que este es el órden natural en la infancia de las naciones; despues recogiéronlas los trobadores, y por último dieron ellas asunto á la crónica de Turpin y á las *gestas*. Así, es nuestro dictámen que á la crónica de Turpin y á las novelas sobre Roncesvalles precedieron cartas y poemas escritos sobre aquella derrota, que ó se han perdido ó están todavía por descubrir en alguna biblioteca; pues Turold y el autor del libro *Romans de Roncesvals*, claramente lo dicen en mas de un pasaje de sus poemas, particularmente en estos:

«Cels qu' il unt mort, ben les poet hom preiser:
Il est escrit ès cartres e ès brefs,
Ço dist la geste, plus de .iiii. milliers.

Ço dist la geste e cil ki el camp fut,
Li ber Gilie por qui Deus fait vertuz,
E fist la chartre el muster de Loüm.

En vieille geste le treuve l' on lisant....

Li ber saint Gilles..... en fist l' estoire.....

TRADUCCION.

«Bien puede saberse el número de los muertos:
Hay escritas cartas y breves,
Esto dice la gesta, mas de cuatro mil.

Esto dice la gesta, y el que estuvo en el campo,
El veraz Giles por quien Dios hace milagros,
E hizo la carta en el monasterio de Loüm.

En antigua gesta se encuentra leyendo....

El veraz san Giles.... hizo la historia de ello. ...

De consiguiente, existian varias *cartas*, *breves*, y otra *carta* de Giles sobre lo de Roncesvalles cuando escribia Turold, esto es, en los treinta primeros años del siglo XII; y pues Wace, en 1066, al comenzar la batalla de Hastings hizo cantar por Taillefer las proezas de *Carlemaine*, *de Roland*, *de Olivier*, *y de los vassaus ki morurent à Rainschevaus*, es evidente que aquella cancion no era ni la crónica de Turpin, ni el poema de Turold, que se compusieron cincuenta años despues, ni el libro *Romans de Roncisvals*, manuscrito del siglo XIII; sino que Taillefer debió sin duda de cantar alguna poesía de los juglares, que no ha llegado hasta nuestros dias, ó que tal vez se encuentre en lo sucesivo.

Resumiendo, pues, cuanto dejamos indicado en este segundo párrafo, dirémos que las tradiciones narradas y escritas por los juglares son el orígen de las leyendas y gestas de D. Roldan, pues los trobadores no hicieron mas que desarrollar la tradicion primitiva, cada cual segun su espíritu y su genio.

III. El D. Roldan italiano del Bojardo y del Ariosto.

FALTA ahora examinar si el D. Roldan de las tradiciones, de la crónica de Turpin, y de los cantares de gesta fué el tipo del D. Roldan de las epopeyas italianas, particularmente del *Orlando innamorato*, y del *Orlando furioso*.

Así á Bojardo como al Ariosto no les era desconocida la fábulosa crónica de Turpin, de la cual eran una copia poco menos que literal algunos antiguos poemas italianos, por ejemplo *la Spagna*; numerosos trobadores recorrian las ciudades cantando *favole romanze che spezialmente dalla Francia erano portate in Italia*, y en los teatros mismos de Milan celebrábanse los hechos y proezas de D. Roldan y de Oliveros. Pero, al adoptar el célebre paladin por héroe de sus poemas, Bojardo y el Ariosto le dieron un carácter completamente nuevo.

El D. Roldan de los cantares de gestas es un terrible guerrero de invencible brazo, casto, austero, religioso, gran convertidor de Sarracenos, tipo de la edad media: la existencia de la fuerza, luego el arrepentimiento á la fin de la vida.

En que se parecen el *Roldan enamorado* y el *Roldan furioso* del Bojardo y del Ariosto al otro paladin, salvaje como el bosque de las Ardenas, piadoso como leyenda de Santo (*) Bojardo y el Ariosto todo lo fundan en una locura de amor por Angélica, hermosa jóven que huye de él con indiferencia y le burla como á un niño. Quién bajo semejante disfraz reconoceria el fiero guerrero, el terror de los infieles, el defensor de la fé? Tanto como copió el Taso la crónica para conservar el carácter de los piadosos cruzados, se separó de ella el Ariosto, que impregnándose del espíritu de su tiempo, mézclalo con tradiciones novelescas, y toma episodios de los libros de

(*) Un trobador ha puesto á D. Roldan en el número de los Santos: Guillermo de Bergadan, baron y vizconde de Berga, que floreció á mediados del siglo XIII, en unas enderhas a la muerte del marques de Mataplana es lama:

En paradis el luoc megllior,
Lai o' l bon rei de Fransa es,
Prop de Rollan sai que l' á mes.

TRADUCCION.

«En el paraiso en el mejor lugar,
Allí donde está el buen rey de Francia,
Al lado de Roldan yo sé que (*Dios*) le ha puesto.

Un poema italiano, posterior al *Orlando furioso*, tambien le da el título de santo. Véase *Di Orlando Santo, vita è morte con venti mila cristiani uccisi in Roncisvalle, cavata dal catálogo de' santi, d. Giulio Cornelio Graziano;* Trevio, 1597; Venecia, 1639, en 12.°

la Tabla redonda, de *Lanzarote del Lago*, de *Tristan de Lehonís*, y de *Gyron el Cortés*.

Los amantes de la historia francesa no perdonan al Bojardo ni al Ariosto el que hayan desnaturalizado el tipo del D. Roldan de la época carlovingia: Roldan era la espresion de la caballería, orgullosa en la fuerza de la edad, y penitente cuando tocaba los primeros escalones del sepulcro, de la misma manera que su primo Reinaldos de Montalban, que se hizo albañil en sus últimos años, es la mística representacion de aquel arte gigantesco de la edad media, que pobló de catedrales la mayor parte de las grandes poblaciones.

Pero atajando el curso de estas reflexiones, he aquí las tradiciones que en el siglo XIV circulaban acerca del nacimiento y primeras aventuras de nuestro héroe; y las sacamos de los *Reali di Francia*, antiguo libro italiano, que contiene la fabulosa genealogía de los príncipes de la casa de Francia:

Berta, hermana menor de Carlomagno, enamoróse perdidamente del jóven Milon de Anglante, bravo caballero, que por su bisabuelo Beuves de Autone era pariente de la familia imperial. A poco hízose embarazada la infanta, y gravemente indignado Carlomagno, encerró á los dos amantes en una torre con firme propósito de darles muerte. Pero favoreciendo su evasion el duque Naymes, trás imponderables fatigas, y víctimas de la mas espantosa miseria, Milon y Berta llegaron á las cercanías de Sutri, á pocas leguas de Roma; y refugiándose en una cueva, allí dió á luz la infanta un hijo, que al nacer fué rodando hasta la entrada de la caverna; circunstancia á que debió su nombre francés de *Rolant* ó *Roulant*, que significa aquella accion (*).

Iba el jóven creciendo al lado de su madre, mientras Milon viajaba por Africa, Persia, é India, donde se señalaba con prodigiosas hazañas; bien que no falta quien asegura que no se separó de su esposa con la cual volvió despues á la corte de Francia. Cuando fué Carlomagno á Roma á ceñirse la corona de los Césares, detúvose un tanto en Sutri; y como el muchacho Roldan tuvo ocasion de verle mientras comia, vínole un dia en mientes tomar de la mesa misma del emperador un plato que al punto llevó á su madre, y tres veces hizo la misma accion. Admirado Carlomagno, mandó que siguiesen al muchacho con que descubriéndose todo, súpose que Berta era su madre, quiso verla el buen emperador, abrazóla tiernamente, adoptó á Roldan, y le dió los títulos de conde de Aglante y marqués de Brava. Aquí empieza la noble carrera del héroe; carrera de triunfos, de encarnizadas luchas con los Sarracenos, que terminó en Roncesvalles, y que bastante han descrito todos los cronistas, romanceros y novelistas, para que prolonguemos con su relacion este artículo. «Roldan, dice la crónica de Turpin, príncipe hazañoso y valiente, descendia de noble prosapia como bien claro lo dice el título de sus padres, y si bien fué noble por la virtud y calidad de estos, mas nobleza aun le dieron sus hechos y hazañas, por las cuales mora ahora en las estrellas. Nadie le aventajaba en generosidad temporal, valor y escelencia; siempre era el primero por la alteza de sus buenas costumbres y calidades, y frecuentaba los santos templos divinos, porque era bueno y verdadero cristiano. Con sus cantares y modulaciones daba á menudo solaz y deleite á ciudadanos y plebeyos; y era la verdadera medicina para curar las llagas de su país, que defendia contra sus enemigos, esperanza de la clerecía, tutor y salvaguardia de las viudas, y pan y alimento de los pobres miserables. Largo andaba en sus limosnas, abundante y pródigo con sus posaderos; y tanto dió por el amor de Dios á las venerables iglesias y lugares santos, que las riquezas dadas le precedieron en el paraiso para prepararle lugar y sitio. Retenia en su corazon toda enseñanza buena, y estaba tan lleno de buenas doctrinas como el arca de libros y volúmenes: de tal manera que de él podia cada cual aprender todo bien y honor. Sabio era en dar buen consejo, valiente con esceso, claro y sereno en el hablar, blando para con todos, y amoroso y grande alabador y lisonjero: no habia honra que en él no campease, murió por la santa fe católica, y ahora está en el cielo en cuanto al espíritu, y yace en el suelo en cuanto á la sepultura.»

(*) Las crónicas de San Dionisio dan otra etimologia á este nombre de *Roulant*: «Segun la significacion de las palabras, *Roulant* en verdad es lo mismo que *rollo de ciencia* (*roles escritz et plein de science*), porque sobrepujó en sabiduria á todos los reyes y príncipes.»

IV. Recuerdos de D. Roldan por la Topografía.

Pocos pueblos hay que no conserven algun recuerdo de Roldan, de quien se habla como del tiempo de las hadas y de los desmesurados gigantes. El viajero que recorra los Pirineos puede á su sabor contemplar aquella inmensa *Brecha* ó *Desfiladero de Roldan*, cuyas colgantes peñas parece partió una fuerza prodigiosa; el paladin, dicen los montañeses, hendió con su buena espada Durindaina aquellas masas de granito; y en verdad, si su bocina tenia virtud para hacerse oir de veinte leguas á la redonda, bien podia hender montañas su brazo de hierro.

La Provenza tiene su gruta de Roldan, llena de estaláctitas, de otros fenómenos naturales, y antigua mansion de hadas y de máscaras, si no mienten las antiguas leyendas provenzales. En Bretaña hay el famoso *Salto de Roldan*; una distancia de trescientos pasos separa dos grupos de enormes peñascos, y la tradicion supone nada menos que el valiente caballero saltó á caballo del uno al otro. Mas como no fija la fecha del tal salto, lo mas que puede hacerse es ponerlo pocos dias antes de la batalla de Roncesvalles, despues de la cual es bien sabido que ya no podia volver á saltar nuestro héroe; pero la tradicion va mas lejos, y como añade que el paladin perdió la vida en el salto de los peñascos de Dompierre, resulta de tan fatal coincidencia cierta dificultad de no muy fácil resolucion, á no ser que se quiera suponer que la primera vez que le mataron no murió. Sea como fuere, es el caso que, llegado á la cima de Dompierre, invoca D. Roldan al *buen Dios*, y un recio espolazo le lanza sano y salvo á la otra parte; la segunda vez es por la *buena Virgen*, y salta del mismo modo; pero la tercera, su intencion es menos pura, piensa en su dama, y caballo y caballero hallan la muerte en el fondo del abismo.

Todavía se enseña en Bélgica una campana colgada en el campanario de Gante, que se fundió en 1317

y lleva el nombre del sobrino de Carlomagno, pues todos miraban la heróica nombradía del paladin como una salvaguardia de la Iglesia. En Alemania, estatuas gigantescas de D. Roldan decoran las plazas públicas de algunas ciudades; y tal vez no sea inoportuno recordar aquí que los pueblos del norte confunden Roldan con Witikind, el héroe de la Germania, el intrépido defensor de la independencia sajona.

Asi en todas partes hállase el nombre de D. Roldan: las crónicas apenas lo indicaron; las gestas engrandecieron su fama y contaron de mil maneras su vida, que aparece luego activa é indómita en una clase de los libros de caballería, piadosa y penitente en otra, siendo empero D. Roldan en casi todas gran convertidor de infieles. Trás estas tradiciones, sigue la leyenda poética de la Italia, que empieza en los *Reali di Francia*, y continua en las obras de Pulci, Bojardo y Ariosto; pero esta leyenda desnaturaliza el tipo de D. Roldan, despójale de su sello homérico, y lo adapta al espíritu del renacimiento. D. Roldan ya no es el paladin de las gestas; desgraciadamente ningun comentador del Bojardo y del Ariosto ha comprendido los marcados caracteres que diferencian las gestas de las leyendas itálianas, y todos se han asido á los detalles y pequeñeces, á incesantes y fastidiosos chismes y repeticiones, sin salir de las vulgaridades que de tres siglos acá estamos oyendo. La mucha erudicion sublima las ideas, pero la ciencia de los vocablos las achica y degrada.

INSTITUCIONES JUDICIALES

DE INGLATERRA.

Continuacion de la causa de lord Ferrers.

ARTICULO III. (*)

Los lores de Inglaterra, designados con el nombre comun y general de *peers of the realm*, pares del reino, bien que divididos en las cinco clases de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones, gozan, entre otros privilegios, del derecho de ser juzgados por sus pares, pero solo en el caso de alta traicion y de felonía, ó de no revelacion de uno ú otro de estos crímenes, pues en los demas quedan sujetos al jurado ordinario como simples particulares. «Y así debe ser, dice Blarkstone, siempre pronto á sostener las leyes existentes; si los grandes, sin cesar espuestos á la envidia de la muchedumbre, fuesen juzgados por el pueblo, tal vez encontrarian en sus jueces prevenciones harto peligrosas; y además seria privarles del privilegio de que disfruta la clase mas vil, el de ser juzgados por sus iguales, privilegio que á todos garantiza la *Magna Charta*, c. 29.»

Pero es justa semejante desigualdad? Porqué existen esas desigualdades de que ella deriva! porqué esa aristocracia opuesta al pueblo? Cuestiones son estas, que naturalmente se ofrecen al ánimo, y que se guarda muy bien de hacerse á sí mismo el autor de los *Comentarios*. Sea como fuere, fuerza es confesarlo, al recorrer la inmensa coleccion de los *State trials* ó de la historia de Inglaterra, difícilmente se encuentra un ejemplo de un par que, realmente culpable del crímen de que se le acusaba, haya reportado la mas leve ventaja de ser juzgado por un jurado de *commoners*.

Cuando, pues, un gran jurado de *propietarios francos*, llenando á la vez las funciones de cámara de consejo y de acusacion, ha dado un *truebill* contra un par de Inglaterra acusado de alta traicion, de felonía, ó de no revelacion de uno ú otro de estos crímenes, esto es, ha declarado que habia lugar á la acusacion; al punto el rey nombra *lord high steward* (lord gran senescal) *pro hac vice* á un individuo de la cámara de los lores, que regularmente es el lord gran canciller. Hace este nombramiento bajo el gran sello una comision, que relata la declaracion del gran jurado, y autoriza al gran senescal á que reciba la acusacion y la haga examinar y juzgar *secundum legem et consuetudinem Angliæ*. Entáblase regularmente entonces la causa por medio de un *Writ de certiorari* emanando del tribunal de cancillería, y mandando al tribunal inferior que ya haya entendido en la causa, que la remita al tribunal nuevamente creado, el cual debe conocer en ella, y toma el nombre de alto tribunal criminal del parlamento durante el intervalo de una sesion á otra, ó bien el de tribunal del lord gran senescal durante una sesion. Otro *Writ* manda al teniente de la *Torre*, á quien se entregó el preso, que lo traiga á la barra de aquel tribunal siempre que se le requiriere. En fin, el lord gran senescal hace arreglar para tribunal la gran sala de Westminster, y da órden á un alguacil de convocar á todos los lores para proceder al exámen del proceso, y juzgar al par acusado el dia que él fija.

Llenadas todas las formalidades que acabamos de referir con la brevedad posible; Roberto, lord Henley, lord Keeper, esto es, guardasellos, creado lord gran senescal para que recibiese la acusacion intentada por un gran jurado contra Lawrence, conde Ferrers, fijó la abertura de los debates para el 16 de abril del año 1760. Aquel proceso causaba viva y profunda sensacion en Inglaterra; la crueldad, y mayormente la horrible sangre fria del acusado, que lejos de arrepentirse se envanecia de su crímen, le atraia la indignacion de todas las clases de la sociedad; y el pueblo, impaciente por vengar la muerte de un hombre del pueblo, y ver ahorcado á un noble lord, pedia justicia á voz en grito.

El dia 16 de abril, antes que amaneciese, una inmensa muchedumbre atajaba todas las avenidas de Westminster y las calles vecinas; y algunos de los cuatro mil billetes de entrada, que el gran senescal habia repartido á las familias mas nobles y ricas del reino, se vendieron en la puerta de la sala á dos mil reales, y aun á mayores precios.

El interior de Westminster-Hall se transformara en tribunal, y un testigo ocular nos ha dejado la siguiente descripcion: «Ocupaban el fondo dos grandes tribunas para la familia real y los ministros estranjeros; y delante él se alzaba el trono del Rey cobijado por un dosel. Un anfiteatro corrido, distribuido en seis gradas, llenaba las dos terceras partes de la sala; la arena de aquel anfiteatro era el tribunal en que debia sentarse el lord gran senescal, al pie del trono, y rodeado por los grandes jueces y de los lores temporales y espirituales, y en frente del trono una barra separaba del recinto de los pares *el banco del acusado*. Al pie de aque-

(*) Véanse las páginas 126 y 142.

lla barrera habia otros dos bancos, uno para el procurador general acusador, y el agente general de la cámara, y otro para la familia y consejeros del acusado; y mas adelante, en el tablado del pavimento, el secretario escribano estaba en su bufete con todo el proceso.

La sala, el trono, los bancos, y hasta el tablado del pavimento estaban cubiertos con tapices de varias calidades, pero todos rojos de color de fuego; decoracion cuyo corte se evaluaba en cien mil libras. A las siete de la mañana, reunióse la asamblea, y difícil sería imaginarla mas brillante, pues habia allí todas las damas de la alta nobleza de los tres reinos, ya las que estaban en Londres, ya las que habian venido de muy lejos á propósito, y ninguna habia descuidado su adorno ni olvidado sus aderezos de joyería.

Antes de abrirse la audiencia, aconteció un hecho que por lo estraordinario merece referirse. No habiendo podido un curioso hacerse con un billete de entrada, trazó el proyecto de encaramarse al tejado, y por las canales instalarse en una de las ventanas que alumbraban la sala á la derecha del trono. Púsolo por obra; pero como para ver mejor sacase el cuerpo á fuera, rompióse de repente la barra en que se apoyaba, y de la altura de mas de cincuenta pies cayó él enmedio de los espectadores que llenaban las gradas que habia debajo de la ventana. Por una especie de milagro no hubo ni muertos ni heridos; y los ugieres no se sintieron con ánimos de echar de allí al furioso que tan arriesgada y penosamente habia obtenido su puesto.

A las once salieron de su cámara los pares. Iban con el órden siguiente:



Asunto sacado del Ariosto, canto XXIII.

Los gentiles hombres del séquito del gran senescal, de dos en dos;

Los secretarios de la cámara de los Pares, y el del Parlamento;

El secretario de la corona en el tribunal de cancillería, el cual llevaba la comision dirigida por el Rey al gran senescal, y el de la corona en el banco del Rey,

Los jueces, de dos en dos;

Los maestros de la Cancillería, de dos en dos;

Los primogénitos de los pares, de dos en dos;

Los pares menores de edad, de dos en dos;

Los heraldos;

Cuatro alguaciles con sus mazas, de dos en dos;

El primer ugier de la cámara de los pares;

Los pares, de dos en dos, los mas jóvenes delante;

Cuatro alguaciles con sus mazas;

El alguacil del gran sello, y el porta-bolsa;

El rey de armas y el ugier de la vara negra, que llevaba su varilla blanca delante del gran senescal;

En fin *Roberto*, *lord Henley*, guarda del gran sello de Inglaterra, gran senescal, que iba solo.

Todos los pares llevaban vestidos talares de terciopelo carmesí guarnecidos de armiño; y todos, cada vez que durante el curso de los debates pasaron delante del trono real, se detuvieron, se inclinaron y saludaron como si el rey estuviese presente.

Luego que ocuparon sus puestos, y que el gran senescal se hubo sentado sobre el saco de lana, el secretario escribano de la corona en el tribunal de la cancillería, poniendo en tierra una rodilla, presentó la comision al gran senescal, que la remitió al secretario escribano de la corona en el banco del Rey para que la leyese.

Entonces un alguacil clamó tres veces: *oid! oid! oid!* y añadió: «El Rey nuestro soberano ordena y manda á todos guardar silencio so pena de cárcel.

—Milores, dijo el gran senescal poniéndose en pie, se os suplica que escucheis la comision del Rey del modo acostumbrado; á todos los demas se les manda que durante su lectura estén en pie con la cabeza descubierta.»

Todos los asistentes, inclusos los pares, se levantaron y se descubrieron.

Acabada la lectura de la comision y del *bill* de acusacion, el ugier entregó al gran senescal una varilla de avellano, símbolo de su dignidad, que debia tener en la mano hasta el fin del proceso; y despues de pasarse lista los pares, fué conducido á la barra lord Ferrers que vino de la torre en su coche y con su librea. Iba vestido de negro, precedíale el ugier de la vara negra, escoltábanle dos alguaciles, cada uno con una hacha, y le seguia un piquete de alabarderos. No aparecia conmovido, y miró con gran indiferencia el numeroso y brillante auditorio, que acudia á su enjuiciamiento como á un espectáculo. Previniéndole el gran senescal que se le acusaba de asesinato, probóle que debia mirar como una felicidad el ser juzgado por sus pares en pleno parlamento. «¿Qué mayor consuelo, le dijo, puede desearse en las tristes circunstancias en que os encontrais, que el de ser juzgado por una reunion de jueces, á cuya sagacidad y penetracion no se escapará circunstancia alguna esencial, y cuya esperimentada equidad es superior á la parcialidad y á la seduccion?

«Reflexion es esta, milord, que, si os sentis inocente, debe desvanecer la turbacion que tal vez os causare el imponente aparato de este proceso. Por muy grave que sea la acusacion, no concibais inquietud alguna. Conservad la tranquilidad de ánimo necesaria para aprovecharos de cuantos medios de defensa las leyes os conceden.

«A fin de poneros en estado de hacerlo, milord, ya se os ha entregado una copia de la demanda, y se os ha nombrado un consejo. Nada, pues, os falta para sacar de vuestra defensa todas las ventajas posibles; en vuestros jueces solo hallaréis equidad, imparcialidad y prudencia.

«Antes de concluir, de órden de la cámara debo advertiros, milord, y lo mismo á cuantos tengan que dirigir la palabra al tribunal, que es necesario dirigirla á los pares en general; y no á uno solo en particular.»

Terminado este discurso, el acusado fué citado y *arraigned* segun la forma ordinaria por el escribano de la corona del banco del Rey; y hecha por el alguacil mayor la proclama acostumbrada, el procurador general abrió los debates esponiendo los hechos y los cargos de la acusacion.

Pero los límites de un corto artículo no permiten referir aquellos debates, que, si bien duraron tres dias, nada nuevo ni interesante ofrecieron, y en cuanto á la forma fueron iguales á todos los debates criminales ordinarios que se verifican ante el jurado de los *commoners*. El primer dia, despues de la requisicion del procurador general, se tomó declaracion á los testigos en contra, quienes depusieron los hechos que ya conocen nuestros lectores, y fueron M. Killand, miss Clifford, los criados del conde y los hombres que le prendieron; luego á los testigos en pro, los cuales presentó la familia del acusado para probar que estaba *loco*, y sobre esto giró la defensa. Al dia siguiente á la abertura de la audiencia, lord Ferrers pidió al tribunal permiso de hacer leer por el escribano-secretario una especie de carta que dirigia á sus jueces, puesta en limpio por su procurador, en la cual suplicaba á sus señorías que examinasen si su arrebato, su furor, su locura, como se la quisiere llamar, era efecto de un espíritu débil y desordenado, ó si provenia de la malicia de su carácter y del habitual olvido de sus deberes. «Dueño de reprimir mi furor, decia él, soy responsable de sus consecuencias; y al contrario no lo soy en el caso de que sus crueles esplosiones hayan podido mas que mi voluntad, porque entonces serian efecto del desórden orgánico de mi cerebro.

En una larga réplica, el solicitador general procuró demostrar que el acusado habia calculado los motivos y conocido las consecuencias de su crímen, y que por lo mismo no podia considerársele atacado de una enagenacion mental en el momento de cometerlo. «Horrible ya de sí, esclamó al terminar, agravan al crímen las circunstancias que lo acompañan Un anciano y fiel servidor, que estaba enlazado con la família de milord y de milord mismo, asesinado con premeditacion y á sangre fria, mientras por órden espresa llenaba un deber para con su amo, asesinado del modo el mas calculado y bárbaro, he aquí el hecho sobre el cual debeis fallar.»

Quitóse lord Ferrers de la barra; y acabada su deliberacion en la cámara del Parlamento, los lores volvieron al salon de Westminster. «Milores, dijo el gran senescal, en medio de un profundo silencio; habeis oido la acusacion y la defensa; la solemnidad de este proceso exige que cada cual dé por separado su voto sobre la cuestion de culpabilidad, en ausencia del preso, para informarle despues del resultado de vuestros pareceres. Milores, quereis proceder ahora á la votacion?

—Sí, sí, dijeron los pares.»

El silencio fué entonces mas profundo; todos miraban al gran senescal cuando pronunció las palabras siguientes, y al punto se volvieron todos los ojos al par mas jóven, á quien se dirigian:

«Jorge, lord Lyttleton, ¿qué dice vuestra señoría? Lawrence, conde de Ferrers, es culpable ó no de la felonía ó crímen de homicidio, de que se le acusa?»

Lord Lyttleton se levantó, se descubrió, y poniendo la mano derecha sobre el corazon, respondió con voz firme: «Culpable, por mi honor!»

Un leve ruido que ni era aprobacion ni murmullo

turbó un instante el silencio, que se restableció á poco. Todos los pares, interrogados sucesivamente, dieron la misma respuesta; y siendo lord Ferrers otra vez conducido á la barra, el lord gran senescal le anunció que sus jueces por unanimidad le declaraban culpable del crímen de que se le acusaba.

DON ALVARO DE LUNA.

«Los que servis á los reyes
Notad bien la historia mia,
Catad que mucho se engaña
El hombre que en hombres fia.»

ROMANCERO.

LEVANTADO está el cadalso
En medio de la ciudad:
Al condestable Don Alvaro,
Hoy lo van á ajusticiar.
Inmenso gentío espera
En la plaza principal
De Valladolid, al reo
Que á las doce ha de llegar.
Unos murmuran diciendo
Que es sobrada crueldad
Dar tan miserable pago
A vasallo tan leal.
Encarecen su justicia,
Su mansedumbre en la paz,
Sus proezas en la guerra,
Su destreza en el justar,
Su devocion, su llaneza
Y su prodigalidad;
Y las mugeres añaden
Que era tambien muy galan.
Otros callan, y los ojos
Bajos, nublada la faz,
En amargas reflexiones
Sin duda absortos están.
Otros muestran sin rebozo
Su alegría: «Pesia á tal,
Diciendo, si lo degüellan,
Bien merecido le está,
Que á muchos pobres villanos
Ha hecho el muy perro colgar,
Y aun se susurra que tiene
Puntas de brujo además.
— Toma! responden dos viejas,
Trasuntos de Satanás,
No ha de ser brujo, muchachos?
Pues si tiene familiar!»
Bien dicen que no hay poner
Nunca en acuerdo cabal
Los ánimos de la plebe
Ni las olas de la mar!

El toque de medio dia
Da en tanto en la catedral,
Y entre sus guardias el reo
Hácia la plaza echa á andar.
Camina el gran Condestable
Con serena gravedad,
Sin cobarde abatimiento,
Sin jactancioso ademan.
En profundos pensamientos
Se ve que engolfado va;
Por eso anda despacio
Pálida y seria la faz.
Se ve que no le sorprende
Lo que pasándole está:
Profetizado le estaba
Con toda puntualidad!

En un balcon del alcázar
Está en tanto el rey Don Juan
Con sus grandes, aguardando
Al reo que va á llegar.
Pasó en fin la comitiva
Por frente al balcon real,
Y estas palabras dirige
Don Alvaro al rey Don Juan.

«Oh rey Don Juan segundo de Castilla,
Hoy por última vez mi acento escucha,
Y no receles, no, que de mi labio
Brote la hiel de la mentira impura.
La muerte aguardo, y entreabierta miro
Pronta á tragarme ante mis pies la tumba.
Y ya en este momento en que mi alma
Va á romper las mortales ligaduras,
Ni ambicion, ni temores, ni esperanzas.
Ni la grandeza que al mortal deslumbra,
Ni intereses efímeros mundanos,
Mi lengua enfrenan, ni mi mente ofuscan.
Grande me hicistes, ah!..... Mas me valiera
Que en mi primera condicion oscura
Me dejases, Señor! que los dinteles
Pisado hubiera de tu alcázar nunca!
Grande me hiciste, oh rey! ciego instrumento
De los caprichos fuí de la fortuna,
Que cuanto un dia me halagó en su seno.
Tanto hoy despliega contra mí su furia.
Y con todo, oh Don Juan, el cielo sabe
Que la suerte conmigo ha sido injusta,
Y que mas merecian mis servicios
Que un tajo infame y una sepultura!
Cual fiel cristiano, cual leal vasallo,
Mi religion, mi patria, siempre juntas
En mi idea, he servido: del gobierno
Mio el cuidado fué, la dicha tuya.
Mi envidiada privanza, mis riquezas,
¡Si supieras, Señor, de cuanta angustia,
Y de cuantos afanes y desvelos
Han sido siempre para mí fecundas!
Nunca, nunca abusé de mi grandeza,
Aunque ahora lo mienta la calumnia,
Ni jamás fuí tirano, aunque lo digan
Los que cobardes mi infortunio insultan.
Rey que á afrentosa muerte me condenas,
Pronto la historia que á los hombres juzga
Dirá si fuí la llama que devora,
O bien la antorcha que sin daño alumbra;
Si fuí el torrente que los campos tala,
O el sereno raudal que los fecunda,
Y si es digno de gloria ó vituperio

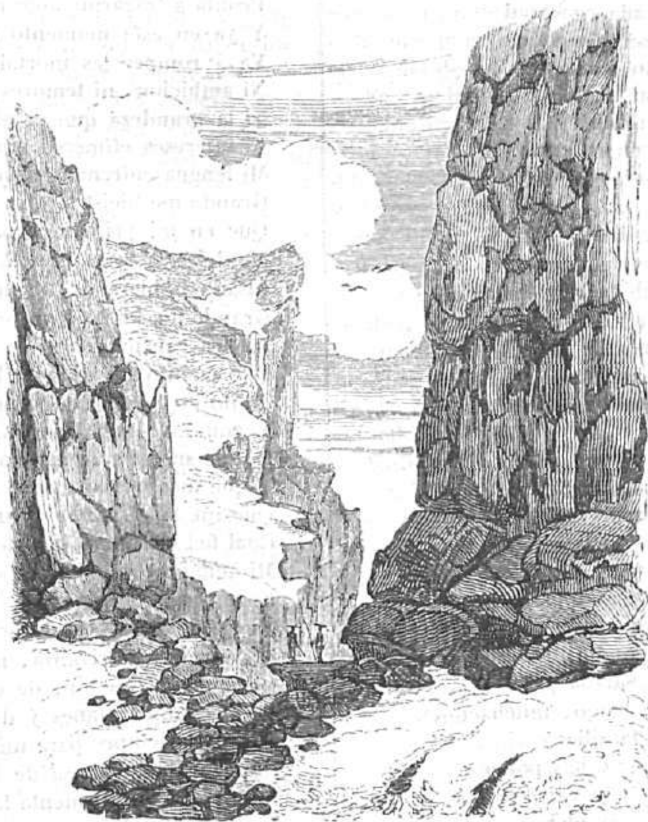
El nombre de Don Alvaro de Luna!

Pensativo quedó el rey,
Y aun lleno de confusion,
Cuando de su gran privado
El noble acento escuchó.
Descontento de sí mismo,
Mustio y turbada la voz,
«Salgamos, dice, Señores,»
Y al punto deja el balcon.

En tanto la comitiva
Llega á la plaza mayor:
Sube el Maestre al cadalso
Con firme resolucion.
Su confesor va á su lado
Diciendo: resignacion!.....
Pero parece que el reo
Es allí el consolador.

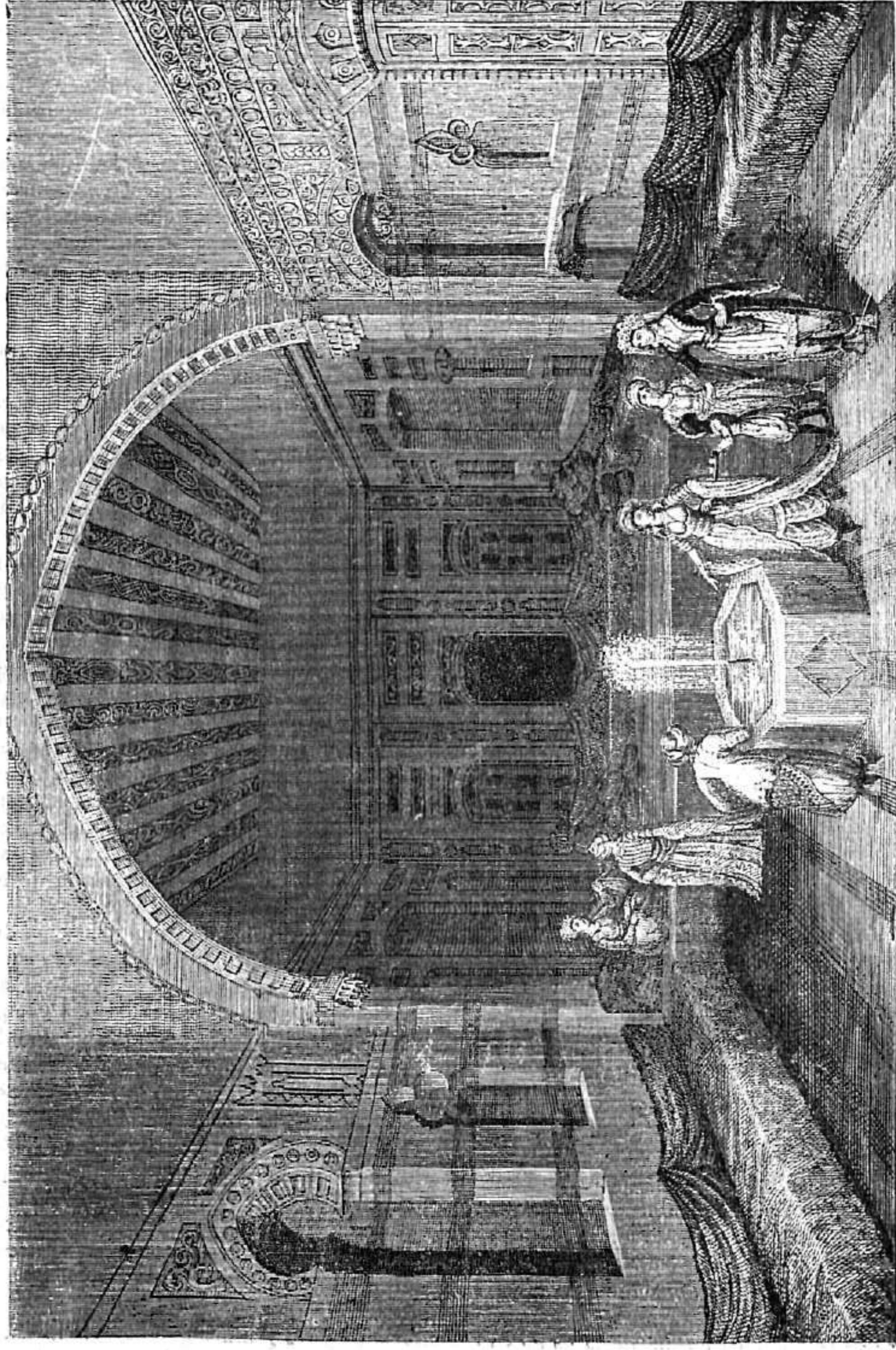
Tambien lo sigue su page
Llorando que es compasion;
De ver en tan duro trance
A su querido Señor.
—Adios, buen page Morales,
Dijo el reo, Padre, adios!»
Y besó al Padre la mano,
Y al page su anillo dió.
Las cosas que luego dijo
Partian el corazon;
Lloraban cuantos estaban
Del cadalso en derredor.
Híncase en fin de rodillas
La víctima,—y el sayon,
Del condestable Don Alvaro
La noble cerviz cortó!

EUGENIO DE OCHOA.



Desfiladero de Roldan en los Pirineos.

DIVAN TURCO EN DAMASCO.



DIVAN TURCO EN DAMASCO.

Una de las costumbres características de los turcos, y la que forma las delicias de los *verdaderos creyentes*, consiste en los divanes ó reuniones íntimas. Al llegar los asistentes en ellas, se colocan en los asientos inferiores para demostrar su respeto al dueño de la casa, á no ser sus primeros amigos ó personas de un rango superior, ó que se les invite á pasar á los puestos de preferencia. Una jóven negra presenta y sirve el café en una pequeña taza de porcelana, y las señoras pasan de un punto á otro con unos pequeños cojines, que preservan sus pies y sus chinelas, del contacto de los mármoles de diferentes colores que enlosan el aposento. «Fuí admitido á una reunion, escribe un europeo, adornada con la presencia de muchas damas, todas jóvenes y dos de ellas muy hermosas, cuyos grandes ojos negros hacian resaltar su pálida fisonomía oriental, y que llevaban anchos pantalones de seda, túnica de muselina blanca, y un largo velo, que cayendo con gracia de su turbante, cubria sus espaldas.» Fué mas tarde el mismo viajero admitido en casa de un rico comerciante, donde sentado en un divan y recostado en una otomana, les sirvieron café y pipas, y se ocupó en contemplar un interesante grupo de seis damas sentadas en círculo sobre un magnífico tapiz, todas con una elegante pipa en la boca, haciendo salir á intervalos de sus delicados labios humaradas de odorífero tabaco, que rodeando sus cabezas les daba cierta semejanza con aquellos genios que en los cuentos orientales aparecen circundados de una dorada y vaporosa nube.

Un dia en que la conversacion se habia empeñado con mayor interés y familiaridad que lo acostumbrado, se contó la historia de una jóven árabe, relacion melancólica é interesante, de la cual vamos á dar una idea:

«Una doncella llamada Kaliroe, de edad de diez años, habia casado con un árabe de sesenta, siguiendo la costumbre del Asia, en que no se aguarda á que las doncellas pasen de la infancia para darlas en matrimonio. Kaliroe era muy pobre, y su marido, no mas rico que ella, no tenia otro tesoro que un escelente carácter, un humor dulce y complaciente; pero su jóven esposa al verse rodeada de pobreza y aislamiento, no podia participar de la alegría de su marido Dimitri, y se aumentaba su tristeza al pensar en el miserable porvenir que la aguardaba. Disminuyéndose de dia en dia sus medios de subsistir, decidiéronse á sacar partido de la pura y melodiosa voz de Kaliroe, acompañándola su viejo marido con la monótona música de un tamboril árabe.

Comparecieron Dimitri y su esposa durante una bella noche de verano en el jardin de una casa turca, donde inspirada la jóven cantatriz al aspecto de un cielo sembrado de estrellas, encantó á los asistentes con los puros y suaves acentos de su voz. Georgious, jóven de corazon ardiente, quedó conmovido por la voz y las miradas de Kaliroe, sintiendo sobre todo un fuerte impulso de compasion, nacida de la palidez y debilidad que se advertia en la interesante cantora. Pasó Georgious meditabundo é inquieto el dia siguiente sobre las orillas de un rio que besaba apaciblemente los muros de la ciudad; no pudo cerrar los ojos en toda la noche, y saltó del lecho al punto que el muezzin bendijo desde el minarete al poderoso Alá.

Era Georgious un jóven galan, que sabia llevar con gracia y dignidad su negro turbante y su ancha túnica; la espresion de su fisonomía era severa y recogida, escepto cuando hablaba; pues entonces parecia tomar un nuevo carácter de dulzura y de bondad. Sabiendo que Kaliroe iba todas las mañanas á buscar agua en la fuente de S. Alejo, sorprendiòle tres dias consecutivos la aurora en el camino que conducia á dicha fuente, sin que alcanzase ver á su amada El dia cuarto reparó en una mujer que se adelantaba con una urna en la cabeza, y un pequeño velo blanco, que puesto sobre las espaldas no ocultaba su cara, y vestida con una negra túnica bordada de cordones rojos: nada mas gracioso y ligero que su talle y su andar; con lo cual reconoció Georgius á Kaliroë. Desde este dia encontraron mil medios para verse y disfrutar de su mutua conversacion; y Kaliroë considerando á su amante como á un espíritu benéfico que vigilaba sobre ella y protegia su existencia, le prometió para cuando dejaria de existir Dimitri el nombre y los derechos de esposo.

La peste que pocos años deja pasar sin que se declare en Damasco, puso en consternacion á toda la ciudad, y amenazó desde luego la vida del jóven Georgious. Corrió á su encuentro Kaliroe, y quiso quedarse junto á su lecho, sin escuchar las súplicas ni las advertencias de los encargados de cuidar del apestado. Abre Georgious sus apagados ojos, y al ver á su amada se precipita en sus brazos, da un débil suspiro, y espira. Al dia siguiente se enterraron dos cadáveres, el de Kaliroe y el de Georgious, que habian abandonado en una misma noche esta tierra de miseria y de dolor.

Antes de concluir este artículo dirémos algunas palabras sobre la tribu conocida bajo el nombre de los *Ansarios*, objeto de mas de una conversacion en las reuniones turcas de Damasco. Los viajeros mas instruidos ignoran casi enteramente cuales son las costumbres, la religion y las leyes de esta tribu encerrada en sus montañas, como en inaccesibles parapetos, ó como en santuarios vedados á los profanos. Divídense los ansarios en varias sectas, entre las cuales dominan la de los adoradores del sol, la de los adoradores de la luna, y la de los adoradores de la mujer, que reunidas componen una poblacion de cerca cien mil almas, distribuida en mas de cien aldeas. Durante las ceremonias con que solemnizan las grandes fiestas, suspéndense los trabajos del campo, vístense las mejores ropas, y se reunen los hombres en una de las aldeas en que reside un sacerdote sabio; ocúltanse allí en una casa, cuya puerta está cerrada para las mujeres, los niños y los estranjeros. Empiezan por hacer oracion, y reciben del sacerdote sabio que les preside, un vaso lleno de vino que pasa de mano en mano. Los que durante el año han prometido para alcanzar gracias particulares del cielo, ó un buey, ó un carnero, ó una cabra, lo traen consigo, para que sea inmolado despues de la oracion, y en seguida asado y servido en un banquete á todos los hombres, mujeres y niños que hay en la poblacion. Pásase lo restante del dia festivo, danzando, cantando, y dando descomunales gritos de alegría.

Cuando los sacerdotes ansarios se ven obligados á hacer un viaje, llevan consigo las provisiones necesa-

rias; pues no las pueden aceptar ni de sus mas próximos parientes; y se les reconoce fácilmente por la forma de su turbante y por el pequeño tintero que llevan colgado á la cintura. Los ansarios pueden orar arrodillados, sentados, á caballo ó en pie; pero es necesario que se cubran enteramente con sus mantos y que no miren á derecha ni á izquierda; pues si divisasen á un cristiano, á un negro, á un camello ó á una gacela, seria de ningun valor su oracion. La empiezan ordinariamente maldiciendo á turcos y á cristianos, á Abou-Becker y á Omar; y cuando por necesidad se hallan en medio de turcos ó de cristianos les está dispensada la oracion, aunque deban pasar un mes entero sin acordarse de sus deberes religiosos.

Como los ansarios han hecho de su religion un arcano que les importa guardar, no la revelan ni á sus mujeres ni á sus niños. Al llegar uno de estos á la edad de la razon, le conduce un anciano á un lugar desierto, donde lejos del ruido y de los negocios humanos, le revela los misterios y descorre el espeso velo que le ocultaba el tabernáculo de la verdad. El jóven recibe en depósito el grande secreto, y dejando el simple casquete que cubria su cabeza, la adorna en lo sucesivo con el honroso turbante.

Habiendo sabido los ansarios que los ingleses no son católicos, han deducido que la nacion británica profesa su misma religion, y así es que preguntándose á uno de sus sacerdotes cual era el Dios que adoraba, respondió con toda seriedad: *Ensari*, *Ingliz*, *sava*, *sava*, (los ansarios y los ingleses van acordes.) El mismo sacerdote preguntaba porque los franceses no envian á la Siria un ejército que arroje á los musulmanes; y añadia, que con un solo aviso se aliarian á los franceses 20.000 de sus soldados de á caballo, dando á entender con esto el odio que les causan los impuestos y vejaciones que reciben de los turcos. Los ansarios, como los montañeses del Líbano, descienden de una raza robusta, valiente, de fuerte organizacion, y de fisonomía muy regular: si viviesen en paz consigo mismos y se constituyesen en cuerpo de nacion, invencibles en sus montañas, sacudirian fácilmente el yugo de los turcos.

INSTITUCIONES JUDICIALES

DE INGLATERRA.

Conclusion de la causa de lord Ferrers.

ARTICULO IV (*).

El tercer dia, viernes 18 de abril, la audiencia se abrió á la hora y de la manera acostumbrada; pero era mucho mayor la afluencia de los curiosos á fuera y adentro de la sala de justicia. Apenas se hubo introducido en esta al reo con el mismo aparato, el lord gran senescal le preguntó si tenia algo que decir para evitar el fallo que la ley imponia.

Lord Ferrers remitió un papel al escribano, que leyó lo siguiente:

« Milores,

No sé como manifestaros mi agradecimiento á la imparcialidad con que habeis procedido en el exámen de mi causa.

Siento haber importunado á vuestras señorías con un medio de defensa, que siempre me repugnó, y de que solo me valí á instancias de mi familia, que lo creia legítimo y fundado. Espero, milores, que tendréis la bondad de recomendarme á la clemencia de su majestad.

« Si el triste estado en que me encuentro va comprendido en el último acto del parlamento, os suplico suspendais la ejecucion, á fin de que yo pueda ver á mis amigos y prepararme para tan terrible y postrer momento.»

Despues de hacerle un largo discurso sobre la naturaleza de su crímen y la sabiduría infinita del juez Todo-poderoso, que por vias incomprensibles á la limitada inteligencia del hombre sabe hermanar la justicia con la misericordia, el lord gran senescal terminó con estas palabras: « Estrechamente encerrado el poco tiempo que de vida os queda, á consecuencia del último acto del parlamento se os permitirá conversar y comunicar con los mas hábiles teólogos de la iglesia anglicana, cuya piedad procurará consolaros, y á cuyos caritativos desvelos os recomiendo con todo mi corazon. Solo me falta ahora pronunciar la terrible sentencia de la ley.

« Este fallo es: que vos, Lawrence, conde de Ferrers, volveréis á la cárcel de la Torre, para ser de allí conducido al lugar de la ejecucion el próximo lúnes, 21 del presente mes de abril, y que llegado allá, seréis ahorcado por el cuello hasta que murais, y vuestro cadáver disecado.

« Dios todopoderoso tenga misericordia de vuestra alma! »

Y dicho esto, rompió el lord gran senescal su varilla blanca, y los jueces se retiraron con el mismo órden con que vinieran.

Si los pares de Inglaterra, acusados de alta traicion, de felonía ó de no revelacion de alguno de estos crímenes, gozan del privilegio de ser juzgados por los de su mismo rango con todas las formalidades que hemos tenido que presentar reducidas en un solo artículo; en cambio son ajusticiados como los mas viles malhechores, en caso de que se les condene por felonía. Cuando reos de alta traicion, se les decapita; cuando asesinos ó felones, se les ahorca. En vano suplicó lord Ferrers al rey, que, por consideracion á su familia, que estaba enlazada con la corona, permitiese que le ahorcaran dentro de la torre; pues no pudo obtener mas que algunos dias de próroga.

Cuando al leérsele la sentencia hirió su oido la palabra *disecado*, perdió el color, y dió diente con diente; bien que al punto reprimió aquel ligero movimiento de emocion; y ya no manifestó ni temor, ni inquietud, ni impaciencia.

La víspera del dia fatal pidió le trajesen un rico vestido, todo blanco, ricamente bordado de oro; era el que llevaba el dia de sus bodas, y dijo queria volverlo á usar el dia de su muerte.

El 5 de mayo, á las nueve de la mañana presentáronse en la torre los *sheriffs*, acompañados de ministros de la policía, reclamando el reo. Al saber su llegada, rogóles lord Ferrers que se le permitiese ir á Tyburn, lugar de la ejecucion, en su propio landó, en vez del carro de los sentenciados; y concedido, su-

(*) Conclusion. Véase las paginas 126, 142 y 188.

bió á su coche, en el cual se sentaron á su lado un *sheriff* y el capellan de la torre. La comitiva, compuesta de otros seis coches de luto en que iban sus amigos, de los que montaban los sheriffs, y del carro que debia llevar el cadáver al anfiteatro, á pesar de que la escoltaban una compañía de granaderos á caballo y un piquete de infantería, apenas podia andar; tanto era el gentío que obstruia las calles. Cuatro mil nobles habian asistido al enjuiciamiento, mas á la ejecucion asistia el pueblo entero, y ninguna necesidad habia de billetes de entrada.

«Vió V. nunca tanta gente en otra ejecucion, preguntó alegramente lord Ferrers al capellan de la torre.

—Nunca, respondió este con voz grave.

—Ya concibo su curiosidad, repuso el conde; como no se ve cada dia ahorcar á un par de la Gran Bretaña!... ya se ve!...»

Tres horas duró la marcha de la comitiva, y aquel retardo acabó por apurar la paciencia al reo.

«El aparato del suplicio y las miradas de la muchedumbre son diez veces mas terribles que la misma muerte, esclamó con amargura.... Quisiera beber un vaso de agua y vino.

—Pero, si el coche para, la muchedumbre se agolpará al rededor, dijo el capellan.

—Es verdad, respondió él, no se hable mas de ello. En nombre del cielo, no nos detengamos.»

Cerca de Tyburn, vió el coche de su querida, que le esperaba no muy lejos del cadalso. Al verla quiso despedirse de ella, pero desistió de tal idea, por indicarle el sheriff que la emocion de semejante entrevista tal vez le acobardaria. En fin, á las doce menos cuarto llegó al pie del patíbulo, que estaba cubierto de negro, y al cual subió con aire tranquilo. «Queréis rezar la oracion dominical? le preguntó el capellan. —Si, contestó él; bueno es rezar.» Y arrodillándose sobre una almohada negra, repitió las palabras del capellan, y al concluir esclamó: «Dios mio! perdonadme mis errores! perdonadme mis pecados!

—Señor capellan, y señor sheriff, les doy gracias por la atencion é interés que me han manifestado Vds. Señor sheriff, dígnese V. aceptar mi reloj como una prenda de mi agradecimiento.»

Y en seguida dió cinco guineas al mancebo del verdugo, creyendo darlas al verdugo mismo, el cual conociendo su error, acudió á reclamarlas. Disputando acaloradamente, aquellos dos hombres apelaron al testimonio del conde, y no querian ejecutarle antes que juzgase sobre su querella; pero el sheriff puso fin á tan escandalosa escena, y el reo fué *lanzado á la eternidad*.

Quedó el cadáver en la horca una hora y cinco minutos; y pasado este tiempo, puesto en un ataud aforrado de raso blanco, acompañáronlo los sheriffs hasta el anfiteatro de anatomia, donde lo entregaron á los cirujanos; y despues de servir por unos dias como objeto de estudio, fué devuelto á la familia, que le dió sepultura.

Dos palabras antes de acabar este breve cuadro de costumbres inglesas. La ejecucion de lord Ferrers fué á 5 de mayo; y el 15 del mismo mes su hermano, heredero de su título, tomaba asiento en la cámara de los lores.

LION Y SUS FABRICAS.

ARTICULO I.

HABRA como unos trescientos años, que por la primera vez, dos hombres, dos amigos, Turquet y Naríz, de orígen genovés, pero domiciliados en Lion por sus intereses, pidieron y obtuvieron el permiso de establecer en dicha ciudad, fábricas para los brocados de plata y oro. Ayudados en sus proyectos por el consul Mateo de Vanzelles, alcanzáronlo sin oposicion, y recibieron un abono bastante crecido para hacer frente á los primeros gastos del establecimiento.

En aquella época, veíase Lion incesantemente turbada por la miseria é inaccion de sus obreros. Algunos comerciantes amontonaban riquezas considerables, al paso que el pueblo se moria de hambre: de ahí puede inferirse cuanta influencia moral debió de ejercer el establecimiento de fábricas modelos que venian á ser para todos un medio de existencia.

Al principio, Turquet y Naríz pudieron solo armar tres telares; mas con un empréstito de quinientos escudos que les hizo el consulado junto con otras ventajas alcanzaron á dar un gran desarrollo á su industria.

He aquí en que términos fueron concebidas las cédulas otorgadas por Francisco I á Turquet y Nariz el año de 1536.

«Por esta cédula quiere su Majestad, á fin de atraer á la ciudad de Lion á los trabajadores de terciopelo genoveses y estranjeros, que puedan adquirir en el reino toda clase de bienes muebles é inmuebles, y disponer de ellos por testamento, donaciones entre vivos y de cualquier otro modo, así como mejor les guste, y que sus mujeres, hijos y herederos, nacidos y por nacer, puedan suceder como si fuesen naturales del reino, sin tomar carta de naturaleza ó de estranjero, ni estar obligados á pagar ningun derecho ó indemnizacion; y quiere á mas su Majestad, que esten exentos de todo tributo, contribucion, empréstito, etc.»

Tales ventajas fueron un poderoso atractivo para los trabajadores, los cuales llegaron en gran número de Génova, de Aviñon, de Tours, y otras ciudades en que estaba ya en actividad la fabricacion de sederías. Cuando los comerciantes lioneses supieron las considerables sumas que habian ganado Turquet y Naríz, tentóles la envidia, y establecieron muy luego fábricas rivales. Los llamados Rollet y Viard fueron los primeros en dar el ejemplo. Formaron un obrador para la fabricacion de los terciopelos y al cabo de algunos meses, hubo mas de doscientos telares en actividad. Marcharon las cosas con tanta rapidez y tan bien, que á pesar de la concurrencia de varias ciudades, en pocos años vióse Lion sin rivales en industria. Los procedimientos para la tintura, el tejido y aderezo de las sedas adquirieron en ella un grado de perfeccion que no ha hecho mas que ir en aumento; y si posteriormente han perdido los obreros las ventajas de que gozaban por real privilegio, es porque se ha aumentado su número en una progresion tan considerable, que han formado en Lion la mayoría de la poblacion industrial.

La perfeccion que en nuestros dias diera Jacguart á los telares para la fabricacion de las estofas labra-

das, es el último termino del progreso. Nada mas ingenioso que ese nuevo modo de tejer que en balde han intentado imitar las fábricas estranjeras.

Con la revocacion del edicto de Nantes, dañó Luís XIV al comercio francés, y principalmente á las fábricas de Lion; suministrando el primero á sus vecinos de ultramar, los medios de aprovecharse de su industria. Mas de quinientas familias protestantes, desterradas por efecto del revocado edicto, se distribuyeron por todos los puntos de Europa fijándose particularmente en Inglaterra. Como quiera esas emigraciones, á no haber hecho la riqueza de otros países, hubieran contribuido muy poco á la disminucion de los trabajadores de seda. En Lion, por ejemplo, sobre una poblacion de 180.000 habitantes, cuéntanse 60.000 trabajadores, en esta forma: 30.000 empleados en tejer y otros 30.000 en devanar, torcer, poner y aderezar la seda. Siguen luego los mercaderes por mayor ó menor, los comisionados, etc, etc, que hacen subir la suma de 60,000 casi á la de la mitad de la poblacion.

De ese número real de 60.000 personas, mujeres ó niños, empleados, en la fabricacion de las estofas de seda, encuéntrase una tercera parte que muere de hambre, otra que cubre apenas sus gastos, y otra que no vive con sobrada holganza.

El trabajador de seda, llamado por otro nombre *canut* sin que se atine la etimología de ese apodo, es un ser cuyas costumbres son tradicionales como su lenguaje. Asaz comunmente pálido y débil, el movimiento constante que le obliga á hacer con los brazos el taller, le encorva las espaldas de una manera poco graciosa. Sentado apenas en un estrecho trozo de madera, condecorado con el nombre de *banqueta*, y obligado á trabajar tanto de pies como de manos, de cada cien veces las noventa es bastante mal formado de piernas, siéndole peculiares un talante sufrido y un hablar lento y nasal.

Los mayordomos no tienen mas que un aposento, ya sea que posean cuatro ó solo dos telares fijados en ciertos barrios, como en otro tiempo los judíos, ocupan desde la tienda hasta el último piso de las casas, de suerte que no es raro encontrar bajo un mismo techo treinta familias formando una aglomeracion de ciento á ciento veinte personas emparedadas y encaramadas unas encima de otras.

En una sola pieza están confusamente alojados padre, madre, hijos, aprendices y trabajadores de ambos sexos. Dos techos sobrepuestos en el aposento comun forman lo que se llama entresuelos, especie de cárceles bajas y mal sanas, no ventiladas jamás y rara vez barridas, que habitan por una parte los chinches, la familia y las trabajadoras, y por otra los chinches y los trabajadores. El aposento sirve de cocina, de comedor, de cuarto de tocador, de taller, en una palabra, de todo. Es comun encontrar sobre una misma mesa la gorra de tul, los peines, el pan y muchas otras cosas sorprendidas de encontrarse. Cuando no bastan los entresuelos se hace entarimar el sobre de los telares, á manera de hamacas, donde se echan los mozos para pasar la noche. Los *canuts* no tienen vidrios en sus ventanas; sírvense de papeles que sustrayendo la seda á la accion del aire esterior, la hacen menos quebradiza. En fin, reina en los barrios ocupados por los *canuts* un hedor infecto, al cual débese particularmente atribuir lo pálido de su tez y la debilidad de su constitucion.

El que se destina á la profesion de canut debe pasar primero tres años de aprendizaje. Al cabo de un año sabe ya cuanto puede aprender, pero el amo exige lo restante de ese tiempo para indemnizarse de los sacrificios que ha hecho. El aprendiz es alojado, alimentado y lavado gratúitamente durante los tres años: empezando á trabajar al principio del segundo. Lo mas frecuentemente se le dan á hacer dos anas de tela y el escedente que gana es para él.

Al trabajador que ha concluido su aprendizaje se le paga por el mayordomo la mitad del precio abonado por el comerciante. Sobre una tela de dos francos de hechura por ana, tiene un franco; á mas se le suministra el telar enteramente arreglado y se le da, habitacion y leña. El canut que trabaja por piezas (segun su expresion) paga de 10 á 15 sueldos cada dia por un telar sencillo, y un fr. 25 c. por uno á lo Jacguart; y ya trabaje para él, ya para el amo, siempre está obligado á mantenerse.

Los trabajadores de seda se desayunan todos con leche ó con una especie de cuajo conocido con el nombre de queso blanco; bastando uno de 6 c. para el desayuno de toda una familia. El trabajador puede por un franco al dia, comer y cenar en casa de su amo. El ordinario de los canuts se compone para la comida, de un plato de carne y de una ensalada con aceite de nueces; por la noche acostumbran no tomar mas que una sopa. Estan los telares iluminados cada uno por una lamparilla llamada *chélut*, corriendo á cargo de los trabajadores el pagar el aceite que gastan. Reina la mas perfecta libertad en las asociaciones de los oficiales y demas canuts. Ni de una parte la menor autoridad, ni la menor subordinacion de la otra, es como familia cuyos miembros son iguales.

ALFIERI.

El conde Victor Alfieri, célebre poeta italiano, nació en Aiti en el Piamonte, de una ilustre familia, en 17 de enero de 1749. Solo tenia un año cuando murió su padre, y quedó bajo la tutela de Pelegrin Alfieri su tio, que en 1758 le puso en el colegio de nobles de Turin, donde residia la familia de Tournon, de la cual era su madre. Jamás se vió un joven que mostrase menos aptitud para el estudio, ni menos inclinacion á las letras, á causa de su carácter violento y de su constitucion enfermiza. Apenas habia cumplido 16 años, cuando por muerte de su tutor quedó á su libre albedrío, dueño absoluto de sus bienes, y entonces se salió del colegio en tal estado de ignorancia, que no sabia el latin, ni la lengua italiana: únicamente se esplicaba y escribia medianamente en francés, pues no se permitia hablar otro idioma en en aquel colegio; y entre los ejercicios agradables solo se habia inclinado al de la equitacion. Una de las pasiones que le dominaron en su juventud fué la de viajar; pero como esto nacia de su inquietud natural, y no del deseo de instruirse, recorriendo en menos de dos años toda la Europa sin detenerse en parte alguna, en lugar de adquirir conocimientos útiles solo sacó de sus viajes estravagancias y preocupaciones. En 1772 se enamoró en Turin de

una señora, y esta misma pasion le inspiró repentinamente el gusto á la poesía dramática, haciendo entonces un ensayo de su disposicion en este género, trazó el borrador de la tragedia *Cleopatra*, y de una pieza en un acto, titulada *Los poetas*, en la cual el mismo critica jocosamente su tragedia. Sin embargo, estas dos composiciones se representaron en Turin año 1775, y fueron muy aplaudidas. Entonces abrió Alfieri los ojos, lamentóse del tiempo que habia perdido, y aplicándose con teson al estudio del latin y el italiano, llegó á entender perfectamente los autores clásicos de ambas lenguas. Entre los italianos tomó por modelos al Dante y al Petrarca, y llegó á saberlos de memoria: en menos de 7 años escribió su *Traduccion del Salustio*, y un *Tratado contra la tiranía;* compuso cinco grandes odas sobre la *Revolucion de la América septentrional*, y dió á luz 14 tragedias. *La Merope* que fué una de las últimas, está compuesta bajo un plan muy diferente del que se propusieron Maffey y Voltaire en otra composicion de igual título; mas no por esto ha dejado de merecer los elogios de literatos imparciales. En el *Saul* sorprende y encanta la fuerza y verdad con que se pinta el carácter de aquel rey, al mismo tiempo que el de David aparece del todo sublime é interesante; conócese que el autor ha copiado uno y otro de la misma escritura. En los coros hay escelente poesía lírica, y en los pasajes en que canta David acompañándose con el harpa en presencia de Saul, se oye el lenguaje majestuoso y sublime del tierno corazon de un jóven que canta inspirado por la divinidad. La fuerte inclinacion que Alfieri tenia á las ideas republicanas, se descubre en casi todas sus obras, especialmente en sus tragedias; pero no tardó en conocer práctica y oportunamente los estravíos y escesos á que pueden acarrear aquellas ideas, con motivo del viaje que hizo en 1786 á París para realizar la edicion de su teatro. Durante los tres años que permaneció en aquella capital, estalló la revolucion, y Alfieri sin representar ningun papel en una escena tan espantosa, adoptó no obstante al principio aquellas opiniones como muy conformes á las suyas; pero al ver en 1792 el horroroso aspecto que tomaba la revolucion francesa, cuando vió en fin al mejor rey de la Francia cruelmente tiranizado por sus mismos súbditos, solo, sin defensa ni defensores contra los enemigos mas encarnizados, entonces miró ya con horror á la Francia, y se apresuró á salir de ella. En un tiempo en que no se respetaban las cosas mas sagradas, era natural que no se tuviese consideracion alguna con un estranjero que desaprobaba públicamente los crímenes que se cometian. Fué pues tratado Alfieri como emigrado; perdió la mayor parte de su caudal, que le tenia puesto en el banco de Francia, vió confiscados sus muebles y sus libros y solo pudo salvar algunos fardos de la hermosa edicion de su teatro que acababa de salir de las prensas de Mr. Didot. Irritado de tantas injusticias, apenas llegó á Florencia publicó su famoso soneto contra la Francia:

Re senza trono, nobili avviliti,
Milizia senza disciplina alcuna, etc.

Desde entonces, entregado siempre al estudio, emprendió el del griego á la edad de 48 años, y llegó á poder traducir con acierto los autores mas difíciles. Un hombre, pues, fecundo en ideas y dado continuamente al estudio y la composicion, no podia dejar de producir muchas obras. Citarémos únicamente entre sus numerosas ediciones las mas escogidas, que son: *Teatro del conde Victorio Alfieri da Asti*, París, Didot 1788, 6 vol. en 8. Este teatro contiene 19 tragedias que merecieron un aplauso casi universal y entre las cuales se miran como las mejores: *Virginia, Antígona, Saul, Merope, Agamenon, Timoleon, los Brutos I y II, y Agis.* La accion en todas sus composiciones dramáticas es noble y sencilla, guardando siempre la unidad y marchando con rapidez; los caracteres están descritos con fuerza, y las situaciones suelen ser verdaderamente trágicas; en todos los dramas se ve siempre un espíritu varonil, y un escritor puro, conciso, lleno de imágenes que embelesan, y de pensamientos sublimes, y que sabe hacer hablar á sus personajes con oportunidad y decoro. Tal vez se engañan los que dicen que Alfieri rara vez habla al corazon. *María Stuard, Mirrha, Merope, Antígona*, etc. desmienten esta opinion. No es menos aventurado el decir que sus tragedias producen poco efecto en el teatro, cuando se puede apelar sobre esto á todos aquellos que las han visto representar: una parte del mérito de Alfieri consiste en mantener un interés que va siempre en aumento desde la primera escena hasta la última, mas no por esto se le considera á Alfieri exento de defectos. Casi todos los planes de sus tragedias estan concebidos de una manera uniforme, y su estilo es á veces algo duro á fuerza de querer ser conciso. Sea como quiera, lo cierto es que ocupa el primer lugar entre los poetas trágicos de Italia. El ha tenido el mérito de quitar á sus tragedias el personaje insípido y monótono de los confidentes, sin que esto perjudique á la claridad y perfeccion de la accion. Compuso tambien el *Tratado del príncipe y de las letras*, impreso en las *Opere varie filosófico-politiche etc.*, París 1800, 4 tomos en 12. Sus *obras póstumas* que constan de 13 tomos, y se empezaron á publicar en Lóndres y en Florencia 1804, contienen un drama de *Abel*, que Alfieri llamó *Tramelogédia*, una traduccion del *Alcestes* de Eurípides, un *Alcestes* compuesto por él, los *Persas*, traducidos de Esquilo, el *Filotetes* de Sófocles, y las *Ranas* de Aristófanes: todas estas composiciones estan en verso suelto endecasílabo. Ha dejado tambien en italiano una traduccion muy estimada de *Salustio*; la de las *Comedias de Terencio* y otra de la *Eneida*, la cual no pudo corregir por falta de tiempo. Sus 16 *sátiras* y sus 7 *comedias* son poco dignas de su pluma. Sucedió en esto á Alfieri lo que á muchos poetas que han querido escribir en todos los géneros de composicion, y que no en todos han podido ser igualmente felices. En sus obras completas, impresas en Italia 1809, 22 tomos en 16, se hallan las *Memorias de su vida* en 2 tomos, escritas por él mismo, que son tambien una continuacion de sus obras póstumas. La única obra de este autor que ha quedado inédita es su *Miso-gallo*, especie de sátira contra los franceses, escrita en 1793. Gozó tambien Alfieri de una gran reputacion como poeta lírico, siendo no menos apreciable como escritor prosaico, pues se le debe considerar justamente como uno de los primeros que purgaron la lengua italiana de los

estravagantes galicismos que en ella introdujeron algunos escritores del último siglo, y uno de aquellos que la restituyeron su energía, su gracia y su pureza. Así es que la Italia mira con razon á Victor Alfieri como á uno de sus mejores escritores, mientras la Europa toda le honra como un buen literato, un buen poeta lírico, y un trágico original y sublime. —Alfieri abrumado por el trabajo, que era ya para él una necesidad, y hallándose muy quebrantada su salud por un efecto de su mal régimen, murió en Florencia á 8 de octubre de 1803 á la edad de 54 años cumplidos. El trágico piamontés gustaba poco del trato de las gentes; no obstante fué leal con sus amigos, mostrándose sensible y socorriéndolos en sus necesidades y desgracias. Su cualidad característica era la elevacion; su pasion dominante el orgullo; y por orgullo mas que por inclinacion se hizo poeta. En el amor hizo siempre malas elecciones, hasta que al fin halló una mujer ilustre digna de fijar su inconstancia, y desde entonces fué siempre constante. Era esta la princesa de Estuard, esposa del príncipe de este nombre, biznieto de Jacobo II, la cual, habiendo quedado viuda en 1785, se unió, segun se dice, con Alfieri en matrimonio secreto, que se hizo público cuando fueron á París, y de allí a Florencia, en cuya ciudad se establecieron. Alfieri fué enterrado en la Iglesia de Sta. Cruz de la misma, donde yacen las cenizas de muchos hombres célebres, y su viuda, que le sobrevivió, hizo construirle inmediatamente un magnífico sepulcro de mármol, ejecutado por el famoso Cánova, y en el cual se ve esculpido el epitafio que se compuso el mismo Alfieri. Este monumento fúnebre se halla colocado entre los de Maquiavelo y de Miguel Angel.

FRANCFORT.

Entre las ciudades, que por su importancia y su posicion han brillado en la historia germánica, es Francfort sin disputa una de las mas populosas y mercantiles de la Alemania. Sus célebres ferias atraen á ella anualmente millares de estranjeros; y como allí reside la dieta, esta prerogativa la constituye rival de las primeras plazas de la confederacion, de Viena y de Berlin. Así, poquísimas poblaciones grandes presentan un tipo mas germánico, porque allí han conservado los habitantes un admirable resto de aquella antigua nacionalidad teutónica, á la par de su pesada actividad y de su pasiva independencia; todavía es Francfort una ciudad libre ó franca de la edad media, todavía tiene sus ciudadanos ó *burgeses*, sus corporaciones, sus gremios y maestrías; es en fin uno de los restos mas bien conservados, no del edificio feudal, sino de la libertad tal como la entendian nuestros padres, libertad otorgada por los príncipes para equilibrar el poderío de los barones. No que inmóvil en medio del torrente de la civilizacion, haya Francfort cerrado sus puertas á toda obra nueva, á toda institucion de reciente fecha; no, pues le ha cabido su buena parte en la gran revolucion de Alemania, y se pronunció á favor de Lutero contra Roma; sino que, al seguir el progreso del mundo, ha conservado sus antiguas formas, y por esto no ha cambiado su fisonomía.

Si de algun valor es la etimología de Francfort, (*frank y furt*, *paso*, *vado*), parece que esta ciudad debe su origen á unas pocas casas construidas á la orilla del Mein, junto á un paso ó vado, suposicion en cuyo favor no viene ningun dato histórico. Solo en 794, se empieza á verla figurar con nombre de Francfort en los cronistas; pues entonces Carlo-magno tenia allí una casa de campo, y allí en 804 celebró un concilio; y dentro de sus murallas vino al mundo Cárlos Calvo. Luís el Sabio la cercó con una línea de fortificaciones, que fué ensanchándose mas y mas hasta el año de 1300, en que ya tenia la ciudad la estension que hoy en dia. Despues del tratado de Verdun, en 843 quedó hecha capital de la Austrasia, y á ella trasladó Luís el *Germánico* las ferias de los Austrasios, á las cuales con el tiempo reemplazaron los dos grandes mercados de otoño y de primavera. En la edad media, era ya una ciudad en que tenian su corte los emperadores, y que por su importancia mereció el título de cámara imperial, que le duró hasta el siglo XVI. El emperador Guillermo le aseguró el privilegio de jamás ser desmembrada del imperio; y en fin, haciéndola Cárlos IV en 1356 depositaria de la famosa bula de oro, la erigió en ciudad imperial, y decretó que en adelante dentro de sus muros se celebrase la eleccion de los sucesores de Carlo-magno. Aquella bula, que aun se guarda en el archivo municipal de Francfort, y que consiste en cuarenta y tres hojas de pergamino, fijaba las funciones y prerogativas de los electores, así eclesiásticos como seglares, y las formalidades que debian observarse en la eleccion de cada emperador. Tal era el escrupuloso respeto que se tenia al original de una de las mas antiguas constituciones de la Europa, que en 1642 á duras penas pudo el elector de Maguncia obtener que se le mudasen los cordones de seda ya gastados, de los cuales pendia el sello, y si se consintió el cambio, fué con la condicion de que se hiciese en presencia de un sin número de testigos.

En 1555 Cárlos V autorizó á la ciudad para acuñar moneda; y en fin, la paz de Westfalia le confirmó todos los privilegios é inmunidades, que le habian ido concediendo los soberanos de la Alemania. Hasta 1803 se mantuvo independiente; pero habiendo las armas francesas destruido el antiguo imperio germánico, vióse de repente despojada de una nacionalidad, que contaba mas de diez siglos. Convertida primero en principado, pasó despues en 1806 á los estados del elector de Maguncia, primer príncipe de la Confederacion del Rin; pero el congreso de Viena le devolvió sus antiguas leyes y sus instituciones aristocráticas. Sin embargo, en 1816 se le concedió una nueva constitucion, pero ella era mas bien un recuerdo de lo pasado, que la obra perfecta que naturalmente debia esperarse tras una revolucion, que al parecer habia conmovido toda la Europa. Un senado, presidido por dos burgo-maestres, que él mismo se elige cada año, está revestido del poder ejecutivo; y el cuerpo legislativo tiene á su cargo registrar sus actos, y velar sobre la administracion.

Dijimos que Francfort tomó buena parte en la reforma; y en efecto fué una de las primeras en adherirse á la liga de Esmalcada, y por muchos años turbaron su sosiego discusiones religiosas, que no cesaron sino cuando la mayoría de los habitantes hubo abrazado el protestantismo. Hoy en dia, si bien la mayor

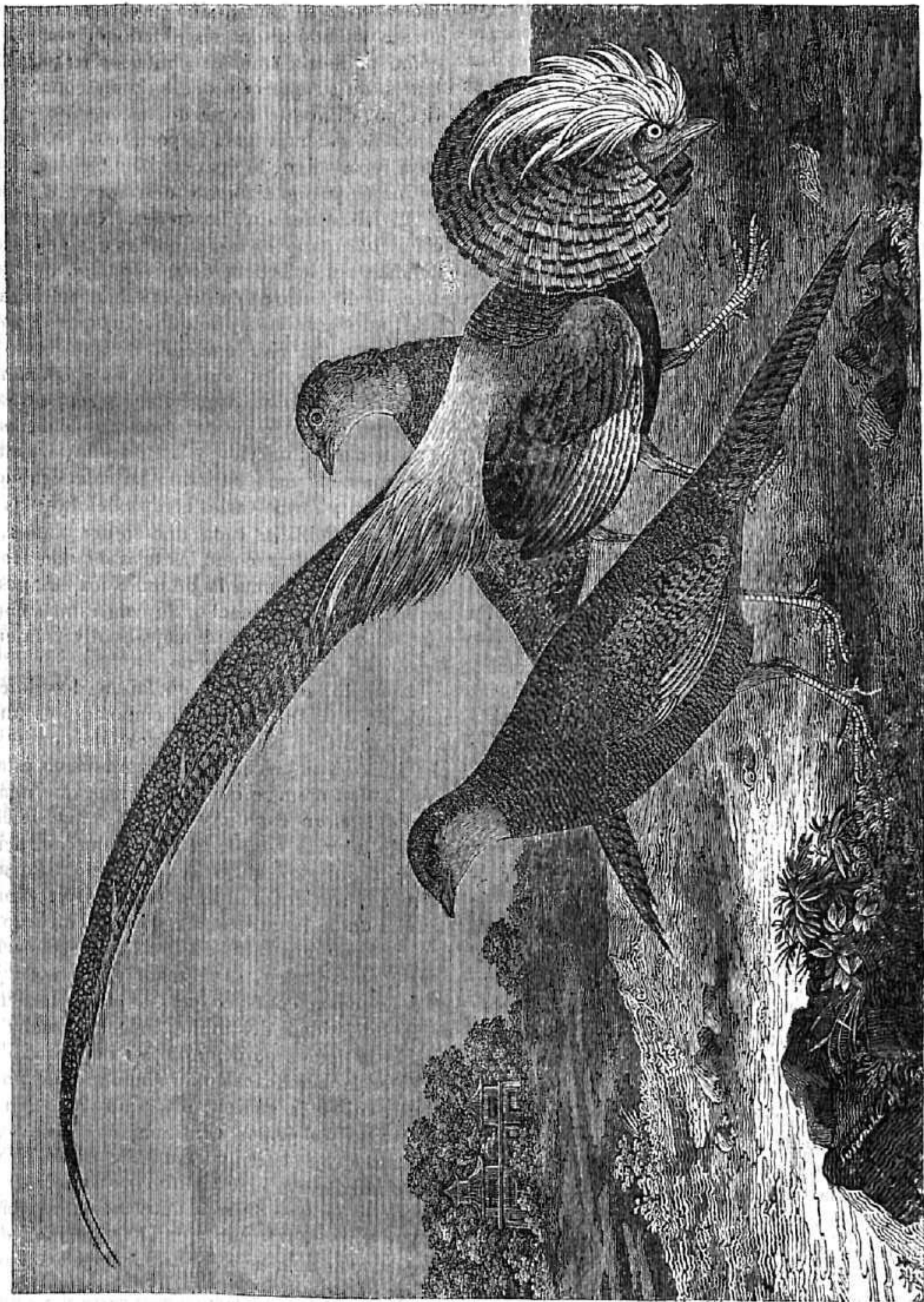
parte de la poblacion, que se calcula asciende á cuarenta y cinco mil almas, sigue la confesion de Augsburgo, con todo tambien cuentan sus adictos el culto católico y las demas comuniones evangélicas. Todos los habitantes cristianos proveen los gastos de su respectiva religion, y gozan de los derechos de ciudadano; pero respecto de los judíos, que abundan en ella y todavía desempeñan gran parte del comercio, aun se les trata con algunos de los rigores de que hartos ejemplos nos dió la edad media, y en los reglamentos que les conciernen se ha llevado la injusticia al estremo de fijar á diez y siete los enlaces que pueden contraer entre sí.

Como ciudad, está Francfort bastante bien construida; son de sillería la mayor parte de sus edificios, y hay que admirar en ella sus hermosas plazas, llamadas: la plaza de armas, el Lichfrauenberg, y el Romerberg, y sus calles de Liel y Wallgraben. Tiene varios palacios, de los cuales mencionarémos el de la Dieta, las casas Consistoriales, y el Saalhof, antigua habitacion de los Carlovingios. La iglesia de San Bartolomé es notable, no tanto por la bella copia de la ascension de la Vírgen de Rubens, que decora el altar mayor, como porque en ella se consagraban antiguamente los emperadores. Un magnífico puente de cuatrocientos pies de longitud reune la ciudad y el arrabal de Sachsenhausen, divididos por el Mein, y forma uno de sus mejores adornos. Pero no solamente es Francfort una ciudad comercial é industriosa, que envia á toda la Alemania sus tejidos, y cuyas fábricas de loza gozan de alta nombradía; sino tambien una ciudad sabia é ilustrada, uno de esos numerosos focos de instruccion, cuyos rayos vivifican toda la Confederacion germánica. Su biblioteca, rica de cien mil volúmenes, ostentó con orgullo á los bibliófilos una biblia impresa en 1462 por Faust, nombre que recuerda una de las glorias de Francfort. En ella nació ese genio asombroso, en quien aunáronse la profundidad, la erudicion mas inmensa, y la imaginacion mas prodigiosa, Goëthe en fin, cuya estatua dentro de poco transmitirá en su patria sus facciones, á la posteridad admiradora de sus escritos.



Vista de Francfort.

EL FAISAN DORADO



EL FAYSAN DORADO

Habia en otro tiempo...... cuidado que no voy á contar un cuento de hadas, sino una historia, una historia de historiador, historia que encontraréis en Plinio, el naturalista, en Heredoto y en infinitos otros escritores de la antigüedad. Continuo pues. Habia en otro tiempo en una comarca de la Arabia feliz, un ser misterioso, único de su especie sobre la tierra, inmortal, á pesar de morir cada cien años, y el mas hermoso de los seres creados. Era mas suave que la seda su ropaje, mas brillante que el oro, mas centelleante que los rubíes y las esmeraldas que reflejan todos los colores del arco íris. El tal ropaje cubria un cuerpo en tanta manera puro, que no debia su orígen á padre ni madre, de tal modo casto que no tenia sexo, y hasta tal punto delicado, que no estaba compuesto sino de las mas finas partes elementales emanadas del sol. Cuando este ser, modelo de todas las perfecciones, hacia oir su voz melodiosa, olvidábase su hermosura para no ocuparse mas que de su canto; y si hablaba, era solo para hacer amar la sabiduría ó pronosticar el porvenir. Habitaba la tierra; pero do quiera dirigia sus pasos, la naturaleza depositaba sonriendo, un suave rocío en las flores para hacerlas abrir su cáliz, apartaba las espinas de los árboles aromáticos, de cuyas frutas se alimentaba, y embalsamaba el aire con los mas suaves perfumes de la Arabia. A veces gustaba de remontarse hasta el cielo para acercarse al sol, que creia ser su padre; y entonces sostenian los céfiros sus doradas alas y huian las nubes á la otra parte del horizonte.

Todo en la naturaleza está condenado á morir y este ser que predicaba á los hombres la sabiduría, no hubiese querido dar con su ejemplo un mentís á la sabiduría divina. Por espacio de cien años conservaba todas las gracias y todo el vigor de la juventud; pasados estos, cuando el sol habia cumplido su revolucion secular, cuando, relativamente á la tierra, habia vuelto al mismo signo celeste, entonces esta criatura divina elevaba una pira con los árboles aromáticos mas preciosos, se subia encima y hácia oir un cántico melancólico que llenaba de dolor hasta el alma de los irracionales. En seguida bajaba sobre la pira un rayo del sol y la prendia fuego; y ya no se oia mas que el chisporroteo de las llamas que se elevaban al cielo, sin que de tantas perfecciones, quedase algunos instantes despues mas que un ligero monton de cenizas.

Pero en aquellas cenizas encerrábase un gusanillo, que no tardaba en llegar á ser un huevo de resplandeciente blancura. Cuando, durante algun tiempo habia recibido la templada influencia del astro del dia rompíase su cáscara y de ella salia el fénix resplandeciente de juventud y de belleza para ser por espacio de otros cien años la admiracion de los hombres que tuviesen la dicha de verlo.

Aunque inmortal, no ha vivido el fénix mas que en los tiempos fabulosos; luego cuando nació la historia, su existencia llegó á ser algo hipotética, y posteriormente cuando la crítica invadió la historia, quedó muerta sin mas recurso la milagrosa ave, así como el esfinge y el condor que con ella habitaban las mismas partes de la tierra.

Pero no, me engañé, pues el condor (*) del Gulistan y el fénix de la Arabia Feliz no han hecho mas que cambiar de país. Al primero halo vuelto á encontrar Mr. de Humbold en las cordilleras de la América meridional, y en la China al fénix Mr. de Cuvier, que lo ha reconocido perfectamente en el faisan dorado. Decir como el primero no arrebata ya elefantes, y de que manera el segundo se ha vuelto mortal y no se quema sino en el asador, y eso únicamente cuando anda descuidado el cocinero; decir como pudieron ambos encontrarse en paises tan distantes de su patria y del todo desconocidos en su tiempo, es lo que no puedo hacer, ni creo pudiesen esos señores; mas nada importa eso, basta que se les haya reconocido, lo cual era bien fácil, como se puede juzgar por la siguiente descripcion del fénix.

El faisan dorado, faisan de la China, ó faisan tricolor (*phasianus pictus*, Linn.) es una de las aves mas notables por la belleza de su plumaje. Su vientre es de color de fuego; tiene en la cabeza un hermoso copete, que se levanta y se dilata cuando el animal esperimenta una viva emocion de amor ó de cólera; el íris, el pico, los pies y las uñas son amarillos; adorna su cuello un gran collar anaranjado salpicado de negro; la parte superior de la espalda es verde; y amarillas la inferior y la rabadilla; las alas rojas con una bella mancha azul; su cola cenicienta, es muy larga y forma varias comparticiones; las plumas de las alas dobladas cada una en dos planos, se cubren unas á otras como las tejas de una azotea.

La hembra, como la de todos los faisanes, no se parece en nada al macho. Su cola es mas corta; carece de colorido, y su plumaje es diversamente salpicado de gris ó de moreno.

Como lo he dicho ya, el faisan dorado es originario de la China, pero allí como aquí es un ave de patio á lo menos para los viajeros; de donde se sigue que son desconocidas sus costumbres en estado salvaje. Bufon opinaba que no era mas que una escepcion del faisan comun, y he aquí lo que de él decia: «Puede mirarse ese faisan como una escepcion del faisan ordinario, que ha embellecido bajo un cielo hermoso; son dos ramas de una misma familia separadas desde largo tiempo, que sin embargo de haber formado dos razas distintas, se reconocen aun: puesto que se unen, se mezclan y producen juntos: peró es fuerza confesar que su producto tiene algo de la esterilidad del mulo, lo cual prueba mas y mas la antigua separacion de las dos razas.»

Tiene la hembra algo de singular que no se encuentra ni en la gallina, ni, segun creo, en ninguna otra ave; dejemos continuar á Bufon. «A veces llega á ser con el tiempo tan bella como el macho. Una en Inglaterra hase visto, en casa milady Essex, que en el espacio de seis años habia cambiado su ignoble color de becada, en el bello color del macho, del cual solo se diferenciaba por los ojos y por

(*) Los españoles, cuando la conquista dieron al ave llamada por los Indios, *ouyra-ouassou* el nombre del *cuntur* ó *condor*, creyendo, segun Garcilaso de la Vega, autor contemporáneo de la conquista, que era lo mismo que el *ruch* ó *peña* de los Orientales, tan célebre en la antiguedad de esos pueblos y en los cuentos árabes. Esa peña era muy comun en los alrededores de Tarnazar en las Indias orientales.

la longitud de la cola. Personas inteligentes, que han tenido proporcion de observar á esas aves, hanme asegurado que ese cambio de color se verifica en la mayor parte de las hembras, y que empezaba cuando tenian cuatro años; en cuyo tiempo el macho comenzaba tambien á mirarlas con disgusto y á maltratarlas; naciéndolas entonces plumas de esas largas y estrechas que en el macho acompañan á las de la cola. En una palabra, que cuanto mas entran en edad mas se parecen al macho, como poco mas ó menos se verifica en casi todos los animales. Mr. Edwards asegura haber así mismo visto en casa del duque de Leeds una faisana comun, cuyo plumaje se volviera parecido al del faisan, y asegura que semejantes cambios de colores solo tienen lugar en aves domésticamente criadas.»

Cuando se tratara de un animal estraño del cual no le hubiese sido dado á Bufon juzgar mas que por apuntaciones informes, ó por descripciones mas informes aun, trazadas por viajeros faltos de las primeras nociones de historia natural, nada de estraño tendria que hubiese incurrido en errores; pero el faisan dorado es una ave que existia ya en su tiempo en todas las pajareras, que él vió mil veces y que pudo observar por sus propios ojos. ¿Qué es pues lo que debemos pensar de esta singular metamórfosis de la hembra en macho? Sin ánimo de erigirme en juez de un hombre tan justamente célebre, he aquí mi opinion respecto á eso.

El faisan dorado es una ave que tarda muchos años en llegar á ser perfectamente adulta, y solo al cabo de tres años cumplidos empieza á tomar esos bellos colores que le hacen comparable al fénix; por tanto es muy probable que las personas que cita Bufon hayan tomado por hembras á machos que traian todavía la librea de la juventud. Sin embargo es muy posible que por un juego de la naturaleza, no sin ejemplo, una hembra se haya revestido con la librea de un macho en parte á lo menos; mas nada probaria ese hecho aislado, que debiera meramente mirarse como una monstruosidad hija del acaso.

Esta ave se alimenta, como el gallo y la gallina, con toda especie de granos, con insectos y hasta con carne, pues yo he criado dos durante algunos años con residuos de sebo ó con pan de chicharrones. Es polígamo, y un macho puede servir á cinco ó seis hembras. Estas empiezan á poner desde la edad de dos años, y se las deja empollar, hacen comunmente doce ó quince huevos mas rojizos que los del faisan comun, y un tanto parecidos á los de la pintada. Pero por lo comun, para mas multiplicar la especie, ó para sacar partido de los huevos, que se venden bastante caros, se les van quitando á medida que los ponen, y por este medio se logra que hagan de treinta á cuarenta durante el período de la primavera. Se hacen empollar por una gallina clueca, que cria muy bien á los pequeñuelos, sobre todo, si durante los primeros dias se les da un alimento á propósito. Este consiste en huevos de hormigas, ó en su defecto, en claras de huevos duros amasados con migas de pan y corazon de buey, y deja de dárseles así que los faisanitos estan acostumbrados á conocer y á tomar el pequeño mijo.

Para llevar á feliz término la educacion de los faisanes, hay rigurosamente que observar tres cosas: 1.ª ponerles al abrigo del menor frio; 2.ª preservarles igualmente de la mas ligera humedad; 3.ª darles, en cuanto sea posible, aire y luz. Si se observan bien esas tres condiciones indispensables, es seguro el éxito, sean cuales fueren los medios de que se eche mano para llenarlas.

La vida comun de un faisan es de siete á ocho años; sin embargo, Bufon cita á un sujeto que ha conservado un macho durante quince años. Lo singular es que el faisan dorado es tan delicado para comer como el comun, es mas robusto y mas fácil de criar; y sin embargo en Francia no se ha procurado multiplicarlo mas que como objeto de curiosidad.

POMPEYA. — CASA DE PANSA.

(Vista de la panadería).

Pompeya nunca fué teatro de esos grandes acontecimientos políticos que parece son los únicos que tienen derecho de vivir en la memoria de los hombres; y casi ignorada estuviera hoy en dia, á no ser por la terrible catástrofe de que fué víctima. Pero la memoria de su desastre, su singular destino, los preciosos monumentos que tras tantos siglos conserva como un depósito para la instruccion de nuestros tiempos, hacen tan interesante su nombre, que ya no puede sernos indiferente ningun detalle de su historia.

Estaba situada en la Campania, al fondo del Golfo llamado el Cráter, formado por el cabo de Misena y el Ateneo ó promontorio de Minerva, y en la orilla del mar, de que ahora dista bastante; bien que con las escavaciones se han encontrado varias conchas, mariscos y la arena de la playa. Además, segun Estrabon, no hay que dudar que tenia un puerto como Herculano y Estabia; y de todas las poblaciones de la costa, era la única que gozase de la ventaja de estar situada á la embocadura de un riachuelo navegable, por el cual se transportaban las mercaderías al interior. Aquel rio era el *Sarno*, hoy pobre arroyo, que con aquel mismo nombre corre bastante lejos de su antiguo cauce, y va á perderse en el mar por la parte de Estabia, al paso que antes atravesaba la ciudad, como lo dice Plinio. Si se atiende á su posicion y á las observaciones que resultan de las escavaciones actuales, Pompeya solo debió de tener tres calles principales: estaba construida sobre una eminencia aislada, formada por la lava, y que puede considerarse como una antigua boca de volcan, semejante á otras muchas que se ven al pie del Vesubio, pues aquel país ya habia sufrido los efectos de los fuegos subterráneos anteriormente á todas las épocas conocidas.

Sentada, pues, sobre una vasta peña, á la orilla de un mar célebre por la belleza de sus costas, á la entrada de una fértil llanura, y cerca de un rio navegable, ofrecia Pompeya á la vez una posicion militar, una plaza de comercio, y un sitio de recreo; y por esto sus alrededores estaban sembrados de caseríos y de quintas hasta la cima del mismo Vesubio. Desde ella á Nápoles habia en la costa tantas aldeas, jardines y edificios, que la orilla del golfo parecia una sola ciudad, al paso que el prodigioso concurso de estranjeros, que frecuentaban aquellos sitios, con su continuo

movimiento, daban vida y nuevos encantos á aquel cuadro.

Mas, si tan considerables eran las ventajas, que su posicion le valia á Pompeya, comprábalas á precio de un peligro comun á todas las poblaciones de aquella costa, que todavía aflige de cuando en cuando á las modernas ciudades que hoy ocupan su lugar: los frecuentes terremotos. Séneca nos ha conservado la memoria de uno que precedió diez y seis años á la grande erupcion; fué á 16 de febrero del año 63, derribó gran parte de Pompeya, y causó mucho daño á Herculano; pereció ahogado un rebaño de seiscientas cabezas, y muchas personas perdieron el juicio. El año siguiente hubo otro; y estos sacudimientos, presagios ordinarios de una erupcion, debieron de repetirse de cuando en cuando hasta el 23 de agosto del año 79, en que sucedió la primera erupcion de que hay noticia. Plinio, el jóven, que fué testigo y casi víctima de ella, ha dejado una descripcion de la misma en dos cartas á Tácito, de las cuales copiamos los siguientes trozos:

«Mi tio (Plinio el mayor) se hallaba en Misena, mandando la armada, cuando el 23 de agosto, á cosa de las tres de la tarde, mi madre le avisó de que se veia una nube de una estension y figura muy estraordinarias. Despues de descansar un rato al sol como acostumbra, levántase mi tio, y sube en un lugar, de donde podia fácilmente observar aquel prodigio. Muy difícil era de tan lejos distinguir de que monte salia aquella nube; pero el mismo suceso ha despues descubierto que del Vesubio. Parecíase á un árbol, y mas á un pino que á ningun otro, pues, despues de elevarse muy alto en forma de tronco, estendia una especie de ramas. Yo me figuro que primero le empujaba con grande ímpetu, y le sostenia un viento subterráneo; pero, sea que la impulsion fuese menguando poco á poco, sea que la nube se doblase con su propio peso, se la veia dilatarse y derramarse, y ya aparecia blanca, ya negruzca, ya de varios colores, segun estaba mas cargada de tierra ó de ceniza. Sorprendió este prodigio á mi tio, que era muy sabio; y juzgando que valia la pena de observarlo mas de cerca, mandó aparejar su ligera fragata, y me dejó libre de seguirle ó no. Contestéle que preferia estudiar, y cabalmente me habia dado algo que escribir. Al salir de casa con sus tablillas en la mano, las tropas de la flota, que estaba en Retina, espantadas de lo inminente del riesgo (pues este pueblo se halla precisamente al pie del Vesubio, y los de allí no podian salvarse sino por mar), vinieron á suplicarle que les salvase de tan espantoso riesgo. No varió de resolucion mi tio, sino que con heróico denuedo prosiguió en lo que habia empezado por mera curiosidad; y reuniendo algunas galeras, parte á ausiliar no solo á Retina, si que tambien á los demas pueblos de la costa.

«Apresúrase á llegar donde todos huyen y mayor parece el peligro, pero con tal serenidad, que á medida que veia alguna figura estraña en aquel prodigio, hacia sus observaciones, y las dictaba. Ya por sobre sus embarcaciones volaba mas espesa y caliente la ceniza al paso que iba avanzando; ya en torno de ellos caian piedras calcinadas, y guijarros ardientes ó pulverizados por la violencia del fuego; ya parecia que refluia el mar, y que se hacia inaccesible la playa con los trozos enteros de montañas que la cubrian, cuando, despues de parar algunos momentos incierto de si retrocederia ó no, dijo á su piloto, que le aconsejaba ganasen el alta mar: «La fortuna favorece el valor; vamos hácia Pomponiano.» Pomponiano se hallaba en Estabia, en un paraje separado por un pequeño golfo que el mar forma insensiblemente en aquellas costas que se encorvan. Allí, en vista del peligro, que aunque lejano se iba haciendo mas inminente, habia él puesto todos sus muebles en sus barcos, y solo esperaba un viento menos contrario para hacerse á la vela. Mi tio, á quien aquel viento era sumamente favorable, va á su encuentro, le abraza, le tranquiliza, le alienta, y para disipar con su seguridad los temores de su amigo, manda que dispongan el baño.

«*Sin embargo, en varias partes del Vesubio veíanse* brillar grandes llamas é incendios, cuyo resplandor aumentaban las tinieblas; mi tio, para tranquilizar á sus compañeros, decíales que lo que veian eran pueblos que habian quedado sin ausilio por haberlos abandonado sus habitantes, y luego acostándose, durmióse profundamente. El patio, que conducia á su cuarto, se iba llenando de ceniza de tal manera, que por poco mas que hubiese estado allí, ya no fuera libre de salir. Dispiértanle, y se reune con Pomponiano y con los demas, que no habian dormido; y juntos deliberan si se encerrará en la casa, ó si saldrán al camino, pues los temblores de tierra tanto conmovian los edificios, que se dijera los arrancaban de sus cimientos, y los hacian bambolear á una y otra parte. A fuera de la ciudad, eran de temer las piedras, que caian, á pesar de ser ligeras y desecadas por el fuego Salen pues, y se cubren la cabeza con almohadas, que sujetan con pañuelos, única precaucion que tomaron. En otras partes, entonces despuntaba el dia; mas allí donde se encontraban continuaba la noche mas sombría y espantosa, cuya oscuridad solo disipaban algunas antorchas. Parecióles acertado acercarse á la playa, y examinar de cerca que tentativa el mar les permitia hacer; pero aun seguia enfurecida por un viento contrario. Allí, pidiendo mi tio agua, bebió dos veces, y se echó sobre un lienzo que hizo estender en el suelo. De repente, al ver brillar mayores llamas y al sentir un olor de azufre que anunciaba su proximidad, todos huyen, levántase sostenido por dos criados, y al punto cae muerto. Juzgo que le sufocó el humo harto espeso, pues ya padecia de debilidad del pecho. Cuando tres dias despues se empezó á ver la luz del dia, hallóse en el mismo sitio entero su cadáver, en la posicion mas de uno que descansa que de un difunto...»

Aquí interrumpe Plinio su relacion, que continua despues en otra carta á instancia de Tácito: «Cuando hubo partido mi tio, seguí en el estudio que me impidió acompañarle. Ya durante muchos dias sentíase un temblor de tierra, de que no nos maravillamos en estremo, supuesto que con frecuencia los sufren los pueblos de la Campania; pero aquella noche se repitió con tal violencia, que se dijera que todo se desquiciaba.

Entró mi madre atropelladamente en mi cuarto; eran las siete de la mañana, y solo se divisaba una débil claridad á manera de crepúsculo. Entonces bambolearon los edificios con tan fuertes sacudidas, que no siendo ya muy seguro quedarse en la ciudad, salimos de ella, siguiéndonos espantado todo el pueblo; y al estar á fuera, parámonos, aterrados por nuevos prodigios. Los carruajes que venian con nosotros sal-

taban de manera, que ni con grandes piedras podíamos fijarlos en parte alguna; parecia que el mar rodaba sobre sí mismo, y que el terremoto lo echaba de la playa que efectivamente habíase ensanchado, y estaba cubierta de varios peces que quedaron en seco en la arena. Una nube negra y horrible, por entre cuyas grietas, digámoslo así, lanzábase fuego que serpenteaba, abríase y daba paso á largos rayos; de repente baja ella al suelo, y nos roba la vista del promontorio de Miscena; la ceniza comenzaba á caernos encima, bien que en corta cantidad; y dijérase que estábamos en un cuarto enteramente á oscuras. Hubierais oido allí el llanto de las mugeres, los gemidos de los infantes, los gritos de los hombres; ya no se conocian sino por la voz; unos imploraban el auxilio de los dioses; otros creian que ya no los habia, y que aquella era la noche postrera, la noche eterna en que debia ser sumergido el mundo. Apareció un resplandor que nos anunciaba, no la vuelta del dia, sino la proximidad del fuego que nos amenazaba, y que con todo se quedó lejos de nosotros. Otra vez oscuridad; y otra vez empieza la lluvia de ceniza tan espesa, que á cada minuto teníamos que levantarnos para sacudir los vestidos. En fin, poco á poco fué disipándose aquel denso y negro vapor, y se perdió del todo como una nube; poco despues apareció el dia, y con él el sol amarillento y tal como lo vemos en un eclipse.»

Por la descripcion de aquel terrible suceso, tal como pasó en Estabia y en Micena, ciudades comparativamente distantes del foco de aquella catástrofe; fácil es juzgar cual fué la situacion de los infelices habitantes de Pompeya y del Herculano, que tan cerca de él estaban. En su esfuerzo para abrirse paso, los fuegos subterráneos del volcan hicieron saltar la cima



Casa de Pansa en Pompeya.

de la montaña, que rodó en lava ardiente hasta el mar, ó se dispersó en nubes de piedras, de polvo y de ceniza, tan sútil, que el viento la llevó hasta á Egipto. Pompeya no fué destruida por torrentes de lava, sino sepultada á quince ó veinte pies de profundidad bajo un monton de ceniza y piedras esponjosas, que fueron cayendo en lluvias sucesivas, como lo prueban las diferentes capas que la cubren. Si hubiesen caido en masa, hubieran perecido todos los habitantes, al paso que, por los pocos esqueletos que debajo de las ruinas se han encontrado, se ve que casi todos tuvieron tiempo de salvarse. Aquella lluvia de materias volcánicas cayó en estado líquido; en ninguna parte pasó de primer piso, y sin embargo en la mayor parte de los edificios han desaparecido los pisos superiores, de que aun se encuentran restos en las escaleras, sea que con el peso de las piedras y de la ceniza amontonada sobre los techos se hundiesen aquellos, sea que el tiempo haya acabado con todo lo que pasaba de los cuartos bajos. Por diferentes señales se ha opinado que destruida ya la ciudad, muchos de los habitantes que sobrevivieron, volvieron á sus antiguas viviendas por sí podian sacar sus cosas mas preciosas; pero poco fruto debieron de reportar esas tentativas; y abandona-

das al fin las ruinas de Pompeya, durante muchos siglos, ni un vestigio quedó que revelase al viajero el sitio donde existió aquella ciudad. Sepultado á sesenta pies de profundidad, Herculano desapareció como Pompeya, para ser descubierto del mismo modo y casi al mismo tiempo que ella.

Transcurrieran mas de mil y seiscientos años sin que nadie pensase en hacer ninguna investigacion sobre las ciudades destruidas cuando la grande erupcion de 79. A fines del siglo XVII, abriendo algunos trabajadores un pozo en el sitio mismo de Herculano, descubrieron varias estatuas y trozos de mármol; pero hasta 1736 no se hicieron verdaderas pesquisas, ni quedó probado el nombre de la ciudad. Empezaron las escavaciones de Pompeya en 1755, despues de haber un labrador encontrado una estatua de bronce; y desde entonces se han proseguido con grande actividad los trabajos. Los dos teatros, el templo de Iris, el de Esculapio, y el templo griego, la vasta puerta esterior y algunos sepulcros ya estaban descubiertos, cuando los Franceses ocuparon el reino de Nápoles; y á ellos se debió la limpia y restauracion de la calle de los Sepulcros, del Foro y de la Basílica; al paso que tambien comenzaron á desenterrar el anfiteatro y las murallas que forman el recinto de la poblacion. En medio de la calle de los sepulcros se encontró el esqueleto de un anciano, á quien sin duda sufocó la lluvia de ceniza al tiempo que huia con su caudal cuidadosamente envuelto en un lienzo, que ha permanecido intacto con cuatrocientas diez medallas, que parecian recien acuñadas. Este desgraciado, á quien asaltó la muerte en su fuga, se halló en la ceniza á diez pies de elevacion sobre el piso de la calle, otra prueba de la abundancia y rapidez de aquella lluvia de ceniza, que ya debajo de tan espesa capa habia sepultado á la ciudad, cuando él procuraba salvarse. En un pequeño monumento que hay junto á la puerta de Herculano, fuera de la ciudad, se rocogió el cadáver de un centinela, que todavía empuñaba la lanza, y que prefirió morir en su puesto que abandonarlo; hecho que merece añadirse á cuantos caracterizan el rigor de la disciplina romana.

Por todas partes cercada de calles, la casa de Pansa formaba una isla; con todo al parecer no la ocupó una sola persona, ó al menos si Pansa (como puede muy bien deducirse de la inscripcion que hay en la puerta) era el propietario, además de las tiendas habia dado en alquiler varias partes de ella que no se comunicaban con el interior. Sobre las pilastras corintias, que decoran la entrada, hay una cornisa muy saliente; decoracion que, con mas ó menos riqueza, se halla en casi todas las portadas de las casas de Pompeya. La lámina que acompaña á este artículo representa la Panadería de la de Pansa; las muelas, que están en primer término, son de piedra volcánica negra, groseramente labrada, y la parte superior, en forma de cono por entrambos lados, era movible y giraba sobre la parte fija, movimiento que se ejecutaba por medio de una palanca, que se pasaba por las muescas que habia en el costado, asegurándola con una clavija. Echábase el grano por arriba; y cayendo abajo la harina y el salvado, probablemente en una tela dispuesta á propósito, cerníanse por medio de máquinas semejantes á las de que nosotros usamos, pero que enteramente fueron destruidas. El horno, que es de ladrillos, está dispuesto como los de nuestras panaderías.

ALFONSO X.

Alfonso ó Alonso X, llamado el *Sabio*, fué el segundo rey de Castilla y Leon, hijo de D. Fernando III y de Doña Beatriz. Las continuas espediciones de Fernando no le daban tiempo para atender á la educacion de Alfonso; pero encargóse de ella su abuela Berenguela, que enseñada á criar hijos dignos de reinar, aseguró con su celo y su sabiduría el feliz éxito de la educacion del nieto. Así es que mientras el padre de Alfonso engrandecia su estado á costa de los árabes, la augusta preceptora, tomando por instrumento á los árabes mismos, ilustraba el entendimiento del hijo con las ciencias de que ellos eran los únicos depositarios, reservando la instruccion de la moral á mas dignos maestros. Preciso era que, mediante tan sabia educacion dada á un jóven que habia nacido con una alma noble, una índole afable y un corazon magnánimo, se formase un príncipe digno de ocupar el trono de Pelayo, y capaz de formar las leyes con que habian de gobernar sus sucesores. Empezó á reinar Alfonso en el año de J. C. 1252, de edad de 37 años, hallándose ya ejercitado en las armas, siendo conquistador del reino de Murcia, y estando instruido en los negocios políticos y en la ciencia del gobierno. Sin descuidar este monarca la ardua empresa de esterminar los sarracenos, á la cual dieron principio con no poca gloria sus antecesores, y sin desatender el recobro de los derechos que le pertenecian sobre algunas plazas de Algarbe que le habia cedido el rey de Portugal D. Sancho cuando fué destronado, se dedicó á reformar las costumbres, mejorar las leyes, ilustrar y promover las letras y acrecentar las glorias de la nacion española. Aseguró con sus armas y rectas disposiciones la conquista de Murcia; hizo construir la famosa atarazana de Sevilla; aumentó considerablemente la marina, y supo en fin tener gratos, obedientes y contentos á sus súbditos, distribuyendo sabia y equitativamente entre ellos los premios, beneficios y favores, sin faltar jamás á la recta administracion de justicia. Juntando un respetable ejército, marchó hácia Badajoz con el fin de tomar posesion de sus derechos sobre Portugal; mas habiendo intercedido el papa Inocencio IV, se celebraron tratados amigables entre los reyes de ambas monarquías, recibiendo el de Castilla el homenaje del portugués, y además el título de rey de los Algarbes. Rindiéronle igualmente homenaje los reyes moros de Granada y de Niebla en el año 1253. Recobró los derechos de Castilla sobre Gascuña, usurpados por Enrique III rey de Inglaterra: quitó con poco esfuerzo de armas á los moros las plazas y tierras de Jerez, Medina Sidonia, Lebrija y otras: y ora tomando la espada, ora la pluma, no perdia un punto de vista la defensa y estension de sus dominios, ni su gobierno interior y su prosperidad, contribuyendo al progreso de las ciencias con sus incesantes tareas, ó alentando á los sabios para que trabajasen en provecho de ellas. Mandó hacer el libro de las leyes, que intituló *Fuero real*, en que se resumia lo mas principal de la legislacion, inte-

rio se acababa el código, que denominó el libro de las *Siete partidas*, y al cual dió Alfonso la última mano. Reunió cerca de sí los mejores físicos y médicos de Africa, para que enseñasen en su corte, y él pudiese oirlos. Estableció en Sevilla estudios de latinidad y lengua arábiga, sin dejar de proteger la universidad de Salamanca, á la cual concedió varias franquicias, y cuyas cátedras aumentó dotándolas competentemente. Compuso ó corrigió las tablas astronómicas llamadas *alfonsinas*, y escribió la primera historia general de España, la universal del mundo y la de Alejandro magno. Alfonso, cuyo tierno y sensible corazon se dejaba encantar de la dulce poesía, dispuso que se recopilasen varias canciones castellanas y gallegas; y él mismo con su abundante y agradable vena cultivó la ciencia de las musas con singular gracia y pureza. Habiendo quedado vacante la corona imperial por muerte de Guillermo, y teniendo derecho á ella el rey Alfonso, fué elegido emperador en 1257 por algunos príncipes alemanes, que aspiraban á enriquecerse con los tesoros que por esta eleccion deberia repartir entre ellos el monarca español. Ejerció Alfonso actos de soberano de Alemania en Castilla, y dió la investidura del ducado de Lorena á Federico; pero cuando Rodulfo de Hapsburgo fué elevado al trono imperial, el sabio rey de Castilla se contentó con protestar esta eleccion. No obstante las glorias de Alfonso fueron turbadas por una liga de los grandes, que escitados por el infante D. Felipe se rebelaron en 1271, y aunque al fin quedaron vencidos, miraron como un efecto de debilidad la indulgencia con que el monarca los trató. Esto y algunas violencias que parece cometió despues el rey, receloso de que se trataba de destronarle, dieron motivo á ciertas disensiones domésticas, de las cuales se aprovechó el infante D. Sancho, otro de sus hijos, que se rebeló contra el padre, logró destronarle en 1282, haciéndose reconocer por rey en las córtes de Valladolid. Alfonso en tal conflicto, despues de haber reunido varios prelados, grandes y caballeros en Sevilla, única ciudad que permaneció leal, maldijo á su hijo D. Sancho, imploró el socorro del rey de Marruecos, y hallando en un estraño y enemigo de la religion cristiana el apoyo que no encontró en los suyos, marcha contra el rebelde; y verificándose que siempre es cobarde la injusticia y valiente la razon, vence á un hijo desnaturalizado, le deshereda, castigándole como padre político, y perdonándole al fin como rey cristiano. Pero el mismo Alfonso no pudiendo resistir á tantos y tan graves disgustos, enferma gravemente y muere en Sevilla á 21 de abril de 1284, á la edad de 63 años, y 32 de su reinado. Este monarca, mas célebre por sus leyes sabias que aun permanecen, que por los reinos que supo conquistar, mandó que todas las actas é instrumentos públicos que hasta entonces se redactaban en un latin bárbaro, se escribiesen en lo sucesivo en lengua castellana, lo cual contribuyó mucho á su mejora y á los progresos de las letras y de las ciencias. Gran guerrero, escelente literato y buen político, supo arrimar la espada despues de esgrimirla con gloria, engrandeciendo sus estados, y manejar la pluma con acierto, escribiendo obras sabias y cultivando con esmero las bellas letras. Desmintiendo en fin la opinion comun de que son incompatibles las armas y las letras, al frente de sus ejércitos fué el terror de los enemigos, eternizando su memoria, y sentado en el solio de Castilla inmortalizó su nombre con una sabia legislacion y una recta administracion de justicia. Escribió como legislador, *El fuero real*, ó *el fuero del libro; Las partidas; La traduccion ó enmienda del Fuero juzgo*. Como filósofo, *El Libro del tesoro*, que contiene las tres partes de la filosofía, y *El del Candado*, todo de química. Como astrónomo, *Las tablas*, en que tuvo gran parte, y *La correccion* de cuanto facultativo se tradujo á su idioma. Como historiador, *La general de España; La universal*, perdida en parte, ó no acabada; *La de las cruzadas*; el libro que llamó *Septenario* y antecedia á las *Partidas*: en que puso un magnífico elogio de su padre. Como poeta, *Los cantares ó cántigas*; *La vida de Alejandro*; *Las Querellas*.

LAGO DE COMO.

El orígen de Como, pequeña ciudad de quince á diez y seis mil habitantes, data de una remota antigüedad como casi el de todas las ciudades de Italia. Caton el Censor, dice que los primeros que la habitaron fueron los brobienses, añade Plinio que ignora de donde venian estos; y otros autores han pretendido hacerles descender de los griegos. Nada hay mas fácil como hacer conjeturas sobre la etimología de las palabras. Está situada la ciudad de Como, en la parte meridional del lago á que da hoy dia su nombre. Llamábanla los antiguos *Larius*. Habitaron las riberas de este lago los etruscos, los brobienses y los Galos. Vencieron los romanos á estos últimos, y enviaron allí una colonia romana y otra griega. De aquella época se derivan probablemente los nombres griegos aplicados á diversos lugares del lago.

El lago de Como es muy estrecho, lo que hace que las montañas que por ambos lados le dominan parezcan mucho mas altas de lo que son en realidad. Elévase sobre las riberas la *Pliniana*, encantadora mansion, hace tantos siglos conocida. Hase dicho con alguna frecuencia, que aquel lugar era una de las casas de recreo de Plinio, el jóven, pero eso es un error. Se diera á aquel lugar el nombre de Pliniana solo por ofrecer un fenómeno que llamó la admiracion de ambos Plinios: y es una fuente intermitente, descrita por Plinio el jóven, en una carta á su amigo Licinio. La mejor descripcion que se puede dar es la misma carta de Plinio, carta tanto mas interesante, cuanto aquel fenómeno no puede razonablemente atribuirse, despues de tantos siglos, sino á los vientos, como lo hace Plinio. Dos vientos soplan constantemente á la misma hora en el lago Como, dase el nombre de *Breva* al sud-oeste que sopla desde el medio dia hasta la noche, y llámase *Tivano*, el nor-deste, que se hace sentir desde media noche, hasta la mañana del dia siguiente. He aquí como se esplica Plinio, el jóven, á quien traducimos literalmente.

«Nace en la montaña una fuente que se desliza por entre las rocas, pasa por una plazuela, obra del arte, en la cual se detiene un breve espacio, y entra por último en el lago Como. Lo que hace dicha fuente maravillosa es el fluxo y refluxo que tiene, y que la hace subir y bajar regularmente tres veces al dia. Perciben los ojos este juego de la naturaleza, y no es dado verle sin

estremado placer. Sentaos á la orilla de esta fuente, y pronto echaréis de ver cual va subiendo el agua poco á poco, ó cual insensiblemente se retira. Algun viento encerrado en las entrañas de la tierra, abre ó cierra el orígen de esta fuente, segun que detenga al entrar la espansion de las aguas, ó que por ellas rechazado se disipe como sucede á corta diferencia en una botella de estrecha boca? Aun cuando la volvais, el agua que de ella sale no cae con igualdad, sino á descompasados chorros, cual si la detuviese el aire que lucha por entrar en ella, la misma causa que hace crecer y descrecer, produciria el arreglado movimiento de la fuente? No podria ser tambien, que así como los rios arrastrados por su declive hácia la mar, se ven á veces obligados á retroceder á causa de los vientos ó de algun reflujo que se oponen á sus corrientes, se encuentra del mismo modo algun obstáculo interior que sucesivamente detenga ó envie el agua de aquella



Lago de Como.

fuente? Queda satisfecha la curiosidad cuando se ha visto la *Pliniana*, y lo que todavía es mas raro, es que esta curiosidad no se ve chasqueada.

Sobre una agradable altura, al estremo de Torno descúbrense las ruinas de un antiguo monasterio, pues las orillas todas del lago Como están cubiertas de capillas, de iglesias y de conventos. Los monges de Torno, pertenecian á la órden de los *umiliati*, órden entregada al trabajo manual, y cuyos conventos numerosos en Lombardia y al rededor del lago Como, eran fábricas de lana; y en ellos vivian los trabajadores con sus mugeres é hijos. Parece que floreciera tanto la fabricacion de Torno, que llegó á alterarse la disciplina de los *umiliati* con el aumento de la riqueza, siendo fuerza suprimir aquel monasterio en el año 1571. Campea en Gravedona el antiguo palacio de los duques de Alvitto; el efecto de aquel palacio de mármol y de la mas noble arquitectura, es muy bello desde el lago; en el es fama que se tratara de reunir el concilio ecuménico, reunido despues en Trento: gran consulta cristiana, cuyo recuerdo religioso hubiese ofrecido un nuevo contraste con los recuerdos literarios, políticos ó guerreros del lago Como.

(*Sigue.*)

EL ERMITAÑO DORMIDO, DE VIEN



Algo mas lejos, descúbrense las ruinas del fuerte castillo de Musso, antigua fortificacion abierta á pico en la roca por el valiente Trivulcio, y defendida despues con rara audacia por el famoso Médicis, cuya tumba se encuentra en la catedral de Milan. Culpable, así como otro capitan llamado Pozzino, del asesinato de Héctor Vizconti, mandado por Francisco Sforcia, quiso este á su vez desembarazarse de tales instrumentos. Pozzino fué muerto; Médicis recibiera órden de trasladarse al castillo de Musso, recelando en la travesía la intencion de Sforcia, abrió la carta de que era portador, y quedó convencido de la suerte que le esperaba. Reemplazó al punto aquella carta por otra en la cual encargaba al gobernador le entregase provisionalmente el gobierno del fuerte; y desafió desde aquella roca todos los ataques de Sforcia por mar y por tierra; llegó á ser el terror de los duques de Milan, se apoderó de la Valtelina, no quiso hacer las paces sino despues de haber obtenido, junto con el pago de treinta y cinco mil zequines, la soberanía de Lecco para sí y sus descendientes, y en cambio de la fortaleza que ocupaba, la posesion de Meleguano, otra fortaleza entre Milan y Lodi. Triste cosa es que afee el crímen á semejantes hombres, y mengue la admiracion que por otra parte inspira su prodigioso valor.

Por último, volviendo á Como, en la villa de Vico encuéntrase la ciudad de Odelscachi, la mas vasta de las numerosas ciudades que cubren las riberas del lago, mansion casi real pero triste, bien que recientemente con magnificencia adornada. En Vico, en la casa llamada la Gallia, estaban el museo y la galería de Pablo Jove, voluptuoso asilo de este prelado cortesano, escritor venal, disfamador con pluma de oro, que pasó la vida junto á los príncipes y en el seno de su museo.

EL ERMITAÑO DORMIDO, DE VIEN.

Vien, el regenerador de la pintura en Francia, nacido en Montpeller en 1716, anunció desde muy temprano su vocacion. Como apenas de diez años, copiase tan hábilmente la estampa de la serpiente de bronce, segun Lebrun, se decidieron á colocarlo en casa de un pintor de retratos: hacia en ella rápidos progresos, cuando su familia le hizo entrar de repente en casa de un procurador, y luego en una fábrica de loza, trastornando así sus primitivos estudios. Habiendo en fin aprendido de un artista distinguido de su villa natal los primeros principios de la pintura al óleo, partió para París, donde obtuvo al cabo de seis meses, una medalla de estímulo. Desprovisto de medios de fortuna, hizo alternativamente diseños para los mercaderes del puente de Nuestra Señora, y cuadros académicos para los concursos. No quedó sin recompensa su infatigable celo, y la primera medalla al principio, y el año siguiente el primer premio de pintura llamaron sobre él la pública atencion.

Superior ya á sus rivales, partió Vien para Roma á costa del real tesoro; sobrado entusiasta de su arte para estar un solo momento ocioso, hizo durante la travesía un soberbio diseño de la degollacion de los inocentes; y llegado apenas á Roma, compuso diversos cuadros de gran dimension, con una celeridad tanto mas notable, cuanto jamás le hizo sacrificar la correccion. Para dedicarse á lo antiguo de que era admirador apasionado, no olvidó lo que él llamaba las lecciones del modelo vivo, y combinando con acertado pulso esos dos géneros de estudios llegó á ser el primer pintor de historia de su época. No le seguirémos en sus excursiones á Florencia, á Nápoles, á Venecia y á todas las ciudades de Italia que poseian obras maestras. Así que estuvo de vuelta en París, fué recibido en la Academia de pintura y de escultura, al principio en calidad de socio, segun costumbre, en seguida como académico, y seis semanas despues como profesor. Pronto espuso Vien su *S Denis predicando en las Galias;* colocado en la iglesia de S. Roque donde está todavía: este gran cuadro compartió con el de la *Peste de los Ardientes*, por Doyen, los sufragios de los inteligentes. Llegó á ser en el público y en los periódicos objeto de una animada controversia. Entusiasmáronse algunos jóvenes por el rival de Vien; otros prefirieron á la osadía de Doyen, la sabia, la armoniosa composicion del pintor de S. Denis. Diderot, cuya conocida predileccion por todo lo que era exagerado en las artes no le hiciera enteramente injusto hácia el talento de Vien, se espresa en estos términos sobre los dos cuadros:

«Sus composiciones son como su carácter: Vien es esmerado, y sabio como el Dominiquin. Hermosas cabezas, dibujó correcto, bellos pies y bellas manos, ropas caidas, expresiones sencillas y naturales; nada atormentado, nada buscado ni en los detalles, ni en la disposicion. Es el mas bello reposo; cuanto mas se le mira mas ganas se tienen de mirarle. Participa a la vez del Dominiquin y de Lesueur. Vien os encadena, y os deja todo el tiempo de examinarle. Doyen, mas sorprendente á primera vista, parece decirnos que despachemos pronto, no sea que la impresion de un objeto viniendo á destruir la de otro antes de haber abrazado el conjunto, se desvanezca el encanto. Vien posee todas las partes que caracterizan á un grande artífice; de nada se olvida, es para los jóvenes un manantial de buenos estudios. A ser yo su profesor les dijera: Id á S. Roque, mirad la *predicacion de S. Denis*, penetraos bien de ella, pero pasad aprisa delante el cuadro de los *Ardientes;* es una sublime inspiracion que no os hallais en estado de imitar.»

Hemos entrado en estos detalles sobre la *predicacion de S. Denis,* por ser no solo uno de los mejores cuadros de Vien, sino tambien el que mejor caracteriza su talento. Poco tiempo despues del éxito de aquella grande obra, obtuvo el autor las mas lisonjeras recompensas. Elegido rector de la Academia de pintura, luego miembro de la de arquitectura, y encargado en seguida de dirigir en Francia á los discípulos protegidos por el Rey, vióse llamado en 1771, á la direccion de la escuela de Roma, donde fué acogido con gran distincion. Envióle el Rey casi al mismo punto el cordon de S. Miguel, dispensándole de llenar las formalidades prescritas para la recepcion Los asiduos cuidados que dedicó á los ejercicios de sus pensionados, y la idea que tuvo de exponer todos los años en Roma, en una galería pública, los trabajos de aquellos jóvenes, ejercieron, así como su propio ejemplo, una feliz influencia en la vuelta de la

escuela francesa á los verdaderos principios de la pintura. Vuelto á París en 1781, Vien continuó trabajando como en su mocedad, y muchas de sus obras merecieron honrosa distincion en las esposiciones públicas del Louvre. Nombróle el Rey su primer pintor en 1788, pero pronto quitóle la revolucion sueldos y empleos sin que le quedara mas recurso para sostener á su familia que el fruto de sus ahorros, recurso que estaba á punto de faltarle, cuando llamóle el primer Cónsul al senado conservador, donde, poco tiempo despues recibió el título de conde y de comandante de la Legion de honor. Murió Vien en París, el 27 de marzo de 1809, á los noventa y tres años de su edad; ocupábase todavía en la pintura seis meses antes de su muerte, y mas particularmente en asuntos graciosos; de su taller salieron la mayor parte de los pintores que forman el orgullo del siglo XIX; habiendo sido el maestro de David y de Vincent quienes á su vez han tenido por discípulos á Girodet, á Gros y á Gerard.

Recapitulando las producciones de Vien, sin contar los diseños y los bocetos, hase encontrado un total de ciento setenta y dos cuadros, entre los cuales se nota el *Ermitaño dormido*, cuyo grabado reproducimos conforme al de Miger. El *Ermitaño dormido*, obra de su juventud fué ejecutado en Roma, copiado del natural. Admírase la sabiduría y correccion del dibujo, el conocimiento de las luces, la firmeza y frescura del pincel y la bella armonía de los colores. En algunas partes los discípulos de Vien han sobrepujado á su maestro; mas debieron solo esas ventajas á la práctica de sus lecciones y á la meditacion de sus buenas obras, segun lo escribia el mismo David en una carta datada en Roma, y en la cual encontramos ese irrecusable testimonio: «Antes de acabar, es del caso que os diga, escribia á Vien, cuan cara es vuestra memoria á los habitantes de Roma, lo que sobre todo he tenido ocasion de probar al exponer su cuadro Mr. Lagrenee. Cuantas cosas me dicen de vos todos los dias y cuan bien saben apreciar el lugar que ocupais en la pintura. Pero yo soy quien lo sabe mejor que ellos, habiendo recibido vuestras lecciones; pues si algo bueno hay en mis cuadros como ya he tenido el honor de deciroslo, es el estar pintados segun vuestro gusto. Adios, mi querido maestro.»

LION Y SUS FABRICAS.

ARTICULO II. (*)

EL lúnes (*la Saint-Lundi.*) es rigorosamente observado en Lion por los trabajadores de seda. Trabajan todos los demas dias y parte del domingo; pero el lúnes acuden al arrabal de S. Justo, y gastan en algunas horas lo que han ganado en toda la semana. Si hay muchas fiestas seguidas, celébranlas todas los canuts, no por devocion, sino por amor á la taberna; así es que no hay casa que no tenga parte de lo que poseen en el Monte de Piedad. Es raro que los trabajadores de seda piensen en el dia de mañana; ni conocen mas medios para sustraerse á la miseria cuando llega una época de calma y se bajan los jornales que ir á cantar por las calles para escitar la pública compasion.

(*) Véase la página 196.

Hase observado que reunidos en gran número en una fábrica, manifiéstanse mas morales los trabajadores de seda; habiendo sido para ellos la emulacion un poderoso medio de accion, y probando que su sola influencia bastaba para mejorarlos. Desde entonces no hay necesidad que se les impongan reglas; pues ellos mismos las establecen y siguen puntualmente. Esta observacion de una regla invariable es la condicion del éxito de toda empresa en grande. Abandonado á sus solas fuerzas y á su ignorancia, el trabajador no encuentra en él ni el deseo, ni el poder de vencer sus malas inclinaciones. Hoy el amo seduce al trabajador, mañana el trabajador seducirá al amo. La mujer queda sola con sus hijos y su miseria, sin mas perspectiva que el hospital y una hoya en el cementerio.

Parece cosa tenida por temible para Lion la reunion de los trabajadores en grandes talleres; pero no es mas fácil que se rebele aquel que sobre estar mal alimentado, trabaja en un lugar mal sano! Es de todo punto reconocido que la industria en grande encierra un principio de mejoramiento, ya sea con respecto á la vida material del trabajador ya con respecto al gasto. Por tanto es fácil arreglar la diferencia de forma que se aleje de todos los espíritus el temor que les cause la cuestion de explotacion. Sean los trabajadores mas bien pagados, puedan respirar un aire puro, déseles un alimento sano, y se someterán á las medidas de órden que se les quiera imponer. Cuanto mas adelante un ramo de industria, tanto mas gana entre los trabajadores el espíritu de cuerpo. El hombre se deja arrastrar á lo que ve hacer: Pedro va á la taberna porque Jaime, su vecino, va tambien, quédese mañana Jaime en casa y Pedro dejará de ir á la taberna.

En Lion, mas que en ninguna otra parte, hállanse en abierta hostilidad los mayordomos y los fabricantes; míranse como explotados los primeros; los segundos al contrario hablan de sus constantes sacrificios. En todo rigor podríase preguntar si son fundadas las pretensiones de los mayordomos, y si no son ellos mismos un tercer intermedio dañoso á los trabajadores! Si los fabricantes en lugar de tener que tratar con los mayordomos, empleasen ellos mismos á los trabajadores, deberian las hechuras recibir el aumento de toda la parte de los beneficios que perciben los primeros, y que por insuficientes que sean para hacerles vivir, no dejarian de influir en el bienestar general. La compra y conservacion de los telares, los gastos de alquiler y los impuestos, tienen á los mayordomos en una sujecion permanente, hecho mas cruel por la libre concurrencia que ha reducido á nada el aprecio de ciertos trabajos.

Cuando la fabricacion de Lion marcha en buen estado, vanse á buscar trabajadores en el Franco Condado y el Auvergne. Las demandas estan hechas: hay que hacerlas? á cualquiera se toma. Llega empero una época de calma, y aquella turba trabajadora que se encuentra sin pan, trabaja al precio mas ínfimo posible para tener el medio de procurárselo. Si se formaran grandes talleres, si capitales de reserva permitiesen en todos tiempos á los fabricantes dar trabajo á los canuts, no habria jamás ese movimiento oscilatorio, esa efervescencia febril de miseria.

Para que un ramo de industria pueda proveer á

las necesidades de los que lo explotan, es preciso que el consumo sea en razon de la produccion y vice versa. Este resultado debiera producir la sedería explotada en grande. Por una parte sometidos los trabajadores á una regla que les obligase á trabajar toda la semana, encontrarian de beneficio al fin del año el dinero que hipotecan en la taberna. Por otra, no teniendo ya que temer las épocas de calma y sus ruinosas consecuencias, cobrarian mas apego á las dulzuras de la vida de familia, á su casa, tanto mas fácil de tenerla limpia, cuanto los telares no formarian parte de ella.

Esa fabricacion en grande, al paso que estimularía á los trabajadores y les haria una vida comun de trabajo, dejaria divididos sus intereses, de manera, que cada uno pudiese ser libre del empleo de sus fondos. El fabricante á su vez, lejos de perder con ese estado de cosas, ganaria todo lo que pierde con el sistema parcial. Un local apto para cincuenta telares, no costaria ni con mucho lo que los talleres parciales, en los cuales estan obligados á vivir los trabajadores de una manera tan poco conforme con las leyes de la higiene.

Hasta aquí ha desgraciadamente acontecido que los que en Francia han establecido grandes fábricas, se han ocupado menos del bienestar general que de sus intereses materiales; á esto debe en parte atribuirse la actitud hostil de los trabajadores de Lion; pero fúndense, sin hacer caso de sus opiniones, establecimientos modelos, donde puedan encontrarse en todos tiempos garantías de trabajo, y veráseles renunciar á sus motines.

Para alcanzar un resultado satisfactorio, no es preciso pedir á los ricos muy grandes sacrificios á favor de los pobres, ni menos á esos últimos una pasiva obediencia. Hoy dia cada uno debe de usar del derecho que Dios le ha dado de juzgar por sí mismo lo que le atañe. Vivir lo mejor posible, he aquí la divisa del dia. Con el desarrollo de la inteligencia, hanse ido aumentando las necesidades físicas. El gusto hase hecho mas delicado, el hombre se ha creado caprichos que no conocia, consecuencia necesaria de un estado de rápida civilizacion. El pueblo romano pedia pan y espectáculos; el pueblo francés junto con los espectáculos quiere algo mas que pan.

Entre nuestros vecinos de Ultramar, el trabajador, quien quiera que sea, goza de todos los consuelos de la vida material, y con salarios á veces muy bajos atiende á sus necesidades, por dedicarse á cierta gran manufactura que reduce á veces sus jornales, pero sin suprimirlos jamás. La ciudad de Manchester, cuesta mas de 200.000 trabajadores ocupados en la fabricacion de los algodones, de la lana y de la seda. Allí, grandes máquinas aplicadas á la filatura han disminuido el número de los trabajadores en provecho de un solo explotador. El fabricante pudo, sin ningun sacrificio, rebajar de sus precios todo lo que ha quitado de sus brazos desocupados, que entonces se han arrojado á los tejidos, y han contribuido á hacer bajar los jornales.

La Inglaterra no ha exportado jamás sus productos de sedería, y para favorecer á los manufactureros franceses establecidos en Manchester, Maclesfild y Lóndres, nuestras sedas han sido largo tiempo prohibidas. Cuando Mr. Huskisson, ministro del comercio, quiso en 1826, permitir la introduccion del producto de nuestras fábricas, á fin de perfeccionar por medio de la comparacion, los que no comprendieron la alta estension de sus miras combatiéronle con energía, y creyeron que comprometia la existencia de los trabajadores ingleses. No tardó el tiempo en probar que el ministro tenia razon. A consecuencia de esta medida, bajo muchos respetos sostuvieron las fábricas inglesas la concurrencia con las francesas en los tejidos de seda. Durante algun tiempo las sederías de Francia, á pesar de los enormes derechos con que estaban gravadas, estuvieron en voga en Inglaterra. Al presente los de esta nacion trabajan de mejor calidad que los franceses, y, á pesar de la perfeccion de sus aprestos, como hayan quedado los mismos los derechos de aduana, la exportacion de tejidos de seda es casi nula. La Suiza y la Alemania que por su parte hacen tejer á mas bajo precio que la Francia, son concurrentes que le causan un quebranto considerable, sobre todo en América donde tenian sorprendente salida sus telas.

En vista de tales hechos quedaria solo el desaliento, si la aplicacion de la industria en grande no debiese arrancar á los trabajadores de su precaria existencia.

El edicto de Nantes hizo pasar á Inglaterra á los fabricantes que la han iniciado en la industria francesa. Y de temer fuera si no se procurara evitarlo, que sus sedas labradas, tan superiores á las de sus vecinos, no fueran á su vez desnaturalizadas por los trabajadores á quienes la miseria hace cosmopolitas.

En 1814, cuando las reacciones realistas en el mediodía, las fábricas de Avignon y de Nimes quedaron de repente desiertas. La religion, en contra de lo que aconsejaba la política, arrojó de aquellas dos ciudades á mas de 25.000 protestantes; y caso que en Lion hubiese tenido lugar semejante emigracion, es mas que probable que la Suiza y la Inglaterra hubiesen ofrecido asilo y proteccion á los desterrados.

Lo que el espíritu de partido hizo entonces por Nimes y Aviñon, largo tiempo despues probó hacerlo la miseria por Lion. El trabajador que tiene allí su familia sus hábitos lucha y hace por escapar á su mal destino. De ahí las insurrecciones, la rebelion á mano armada, que mas que en el espíritu de partido han tenido orígen en la posicion desesperada de los industriosos lioneses. El hombre que nada tiene que perder se atreve á arriesgarlo todo, y hace largo tiempo que los canuts nada tienen que perder.... Atenúense sus sufrimientos, y volverán á sus pacíficos hábitos, á sus costumbres dulces y sencillas, á su existencia de canut.

ESTADO DE LA ESCULTURA EN ITALIA

ARTICULO I.

IMPOSIBLE es al hablar de bellas artes el que al punto no nos transporte la imaginacion á Italia: ella es su verdadera patria; allí domina sobre todo la escultura. En las estatuas se encuentran la religion y la historia de los antiguos, no solo en Roma, sino tambien en Paris, en Lóndres, en Berlin, doquiera que haya un museo que encierre una Venus, un Bru-

to, un Antinoo. Así en otro tiempo, las estatuas transportadas á la ciudad eterna, en medio de triunfales pompas, ofrecian en compendio la historia de cada una de las naciones sometidas á su imperio. Pronto asoma un pueblo de piedra en los templos, en los palacios, en las plazas públicas, en las encrucijadas, contrastando por su inmovilidad con aquella muchedumbre animada que va y viene por las calles. He aquí porque abandona á Florencia Miguel Angel, y con la Biblia en la mano va á buscar su Moisés en las riberas del Tíber. Allí fundó la escultura cristiana que dominó presto la pintura, invadiendo todos los cuadros sin esceptuar los del mismo autor.

¿Cual es sin embargo el espíritu que anima ahora á los escultores en Italia? Es el de Fidias ó el de Miguel Angel? Uno y otro, pues el pensamiento del que ha dado en Francia el Espartaco, ese Napoleon de los esclavos, no se hubiese podido concebir en el suelo itálico. Por tanto debo decir que vese en Florencia, en la plaza ducal, una Judit cortando la cabeza á Holofernes, grupo vaciado en bronce, que data de algunos siglos y recuerda la rebelion de los florentinos contra el duque de Atenas; leyéndose debajo esa no menos sorprendente inscripcion : *Exemplum publicæ saluti.* Qué amor patrio el de esta mujer que Parny se ha atrevido á ridiculizar al modo que lo hiciera Voltaire con la heroina de Orleans! Fuerza es decirlo, actualmente ni Moisés, ni Judit representan el espíritu de la escultura en Italia; siendo hasta necesario distinguir el espíritu de los artistas del de el público.

Absurda fuera esa distincion en toda otra época en que estuviese bien fijado el carácter del siglo, y las leyes, las costumbres, la unidad de un país, apoyadas en sólidos fundamentos. Ahora empero, en lo pasado buscan los italianos sus esperanzas para el porvenir; y vense elevar acá y acullá monumentos á los hombres ilustres de los pasados tiempos. Adulan los gobiernos al pueblo lisonjeando su gusto; mas las estatuas que le ofrecen estatuas son de reyes. En cuanto á los escultores, teniendo en general fijos los ojos en las Venus y en los Apolos, aparecen dominados por el bello ideal de este género, aun cuando les pida la religion asuntos del todo diferentes : el Apolo se transforma en un Angel, la Venus en una Magdalena he aquí la escultura clásica. Hubiese sido mejor que rompiesen los papas todas las estatuas, como lo habian empezado á hacer, para impedir la vuelta de la idolatría! Cánova recogiera en su taller toda la mitología, y la corte de Roma ha colocado sus obras en las salas del Vaticano.

Difícil es á los artistas el desprenderse enteramente de lo antiguo que por todas partes les rodea. Sabido es que en las puertas de bronce de la iglesia de S. Pedro, estan esculpidos los amores incestuosos de Júpiter. En vista de esto debemos admirarnos de que los talleres esten llenos de Venus, Martes, Cupidos y otras divinidades? Contrario de esta inclinacion de los artistas, tiende el espíritu público á la reforma de la escultura, y citarémos á la italiana cuyo cincel tan poderosamente á ella puede contribuir. No para César sino para Torcuato Tasso pide el pueblo estatuas. Indignado Alfieri de que ese gran poeta este enterrado en la capilla de un convento sin ninguna señal de distincion, propone en un soneto convertir la basílica de S. Pedro en una vasta tumba donde queden depositadas sus cenizas.

El monumento del Tasso que ha ejecutado en yeso el escultor Fabri, es muy sencillo. Esta el poeta sobre la tumba teniendo encima á Madona, su musa, y vense delante sus funerales. En lugar de esta procesion, no hubiera sido mejor representar el bautismo de Clorinda, obra de su pluma, así como se esculpen sobre la tumba del guerrero las victorias debidas á su espada!

Para acudir á los gastos de esta escultura, abrióse una suscripcion en la que figuraron muy luego los nombres de gran número de estranjeros de distincion; y Mr. de Chateaubriand, entonces embajador en Roma, dijo, al hacer su ofrenda, que el que habia cantado la gloria de las cruzadas pertenecia á todas las naciones. Mr. Fabri debe ejecutar el modelo en mármol.

Débese á Thorwaldsen el sepulcro de Pio VII, uno de los monumentos de que se queja Alfieri. Que asunto como el de ese papa, por sus relaciones con los grandes acontecimientos de Europa! Los poetas y los oradores han empleado en esta ocasion tantas imágenes tomadas de la Biblia, de la mitología de todos los pueblos y de todas las edades, que apenas bastara un siglo para conocerlas. Tratábase del triunfo del catolicismo, mas como pudiera comprenderlo Thorwaldsen siendo protestante! Su monumento nada dice. El papa está arriba, y abajo aparecen, á un lado, la Fuerza y la Constancia, y al otro la Religion consultando la Biblia. Cierto que no es la religion católica, cuya índole está en la fe y no en el exámen. Segun el parecer de los artistas, es de subido mérito la ejecucion de esta obra; tiene empero toda ella una frialdad glacial. Indignáronse á su vista los canónigos de S. Pedro, y dijeron que era obra de un bárbaro y de un herético. Pero es preciso que sepan nuestros lectores que Mr. Thorwaldsen es dinamarqués y que los SS. canónigos llaman bárbaros á todos los que no son italianos. El taller de este hábil escultor es muy vasto; estando llenas de estatuas todas sus piezas. Camucini fué quien le impelió en la carrera por zelos contra Cánova. Hizo su retrato, colocólo encima de un rico tapete en medio de su taller y presentólo á todo el mundo como á un gran escultor. Su mejor obra es un pastor y el triunfo de Alejandro, imitacion de un relieve del panteon de Atenas. Al lado de su taller échanse de ver los de dos artistas que gozan sobre él de la ventaja del genio, así como tiene sobre ellos el de la fortuna, Finelli y Tenerani. Este ha trabajado largo tiempo con Thorwaldsen, bien que no conocido entonces, presto sintió la necesidad de emanciparse. Su primera obra notable es la Psychis que le encargara una noble señora de Florencia. Parece que en esta ocasion, tuvo la fealdad el poder de inspirar la belleza. Trozo no menos notable es un bajo relieve representando la catástrofe del poema de los *Mártires* de Chateaubriand, cuyo dibujo se echa de ver en el salon de madama Recamier, de esa mujer en cuya casa no se sabe que es lo que mas se debe admirar, si su amenidad ó su amor por las artes. Tenerani ha hecho igualmente Venus, Genios, Amores. No le falta el talento, sino la proteccion y en consecuencia la fortuna; así es que su taller es muy modesto, lo propio

54

que el de Finelli, su vecino, artista verdaderamente digno de este nombre, cuya noble fiereza jamás pudo doblegarse á la menor lisonja. Para entrar en su casa es preciso llamar á su puerta, así es que es poco conocido de los viajeros. Su Venus saliendo de la concha es notable y recuerda la del poeta Lucrecio; siendo como esta el símbolo de la naturaleza. Pero su ángel del juicio final carece de inspiracion religiosa, no tiene el calor ni el gesto del que dispierta á los muertos; diríase mas bien que es un corneta del celestial ejército tocando retirada. Quizás el autor no ha leido jamás el Apocalípsis ni soñado las formas de un ángel.

Trás los distinguidos artistas de que acabamos de hablar sigue una muchedumbre de otros que no hacen mas que atormentar con su cincel todas las deidades del paganismo. La corte pontificia protege bastante las bellas artes, y los prelados y los cardenales se dignan á veces visitar á los artistas en sus talleres. El cardenal Zurla, despues de haber examinado muy minuciosamente las Gracias esculpidas por Thorwaldsen para el monumento Appiani, esclamó: Podríase imaginar que nuestras bellas romanas hubiesen servido de modelo á este artista! Están realmente aquellas Gracias muy lejos de brillar por la perfeccion de las formas, y el cardenal hacia justicia á la belleza de las romanas. La escultura ha sido admitida en el Vaticano, cuyos vastos salones le han cedido los papas, pero sometiéndola á las leyes de la decencia. El gobierno es quien hace desgarrar las entrañas de la tierra en Roma y en sus cercanías para sacar de ella las estatuas, y quien de ese modo suministra al diario arcádico, cargado siempre de antigüedades, la ocasion de decir alguna bestialidad. Los príncipes romanos menos amantes de las obras del genio mandan hacer igualmente escavaciones para enriquecer sus galerías, verdaderos cementerios de las bellas artes, como dice Lamartine hablando de los museos. En efecto, rara vez ponen en ellos los pies sus opulentos posesores, y dejan el goce casi exclusivo á los curiosos y á los estranjeros. En el pueblo se encuentra el sentimiento de las bellas artes, y un transteverino, de pie en una taberna, con la capa echada en las espaldas, os representa sin pensarlo, la postura de un senador de los bellos dias de la república. Los artistas encuentran en esta clase excelentes modelos, no solo en cuanto á las formas, sino tambien por lo que hace á la inteligencia.

Una señora transteverina sabe muy bien hacer el papel de Cleopatra delante un escultor. El último artesano conoce la historia romana y la mitología por la narracion de los ancianos; y no es solo en la capital de los estados pontificios donde se cultiva la escultura. La Romania ha producido dos artistas distinguidos, Barruzzi y Monti, quien ha ejecutado diferentes obras para la catedral de Milan y la de Novaro; pero no sé si tiene genio. Barruzzi es profesor público en Bolonia. El bello ideal de la escultura, segun él, no se encuentra sino en la mitología; así es que habiendo hecho una Leda muy hermosa, no ha temido el escándalo, ofreciendo á los ojos de todos á una ave amorosa folgandose sobre una mujer desnuda. El cementerio de Bolonia es un verdadero museo donde pueden los artistas formar su talento. Su posicion es magnífica: rodeado de edificios, de árboles y de flores, ofrece el aspecto de un vasto jardin. Allí, como en todas partes encuéntrase la gerarquía de los rangos y de las fortunas. El sepulturero es el único artista que trabaja en las sepulturas de los plebeyos; las cuales ocupan el centro, elevándose por todas partes á su alrededor pomposos monumentos, en los cuales ha echado el resto la escultura para hombres cuyos nombres los egipcios ni siquiera hubiesen permitido inscribir. El orgullo mas bien que la piedad vela para la conservacion de ese museo fúnebre.

El gusto para los monumentos no se estiende por el sud mas allá de los estados del papa. El napolitano es completamente indiferente á ellos; Virgilio abandonado sobre una roca, no está rodeado mas que de zarzas; y el Tasso no ha obtenido sino un miserable busto colocado en un jardin público. Los escultores cuyos nombres se citan son Angelini y Cali: el primero ha trabajado algunos amores asaz graciosos y algunos monumentos bastante estimados; y es el segundo, autor de las estatuas que se echan de ver en el palacio del ministerio. Colúmbrase entre ellas Fernando I.° vestido á la manera de Aquíles. Si el sentimiento de las bellas artes no está todavía formado en Nápoles, es porque no basta la naturaleza, y la educacion debe venir á su auxilio. Mientras toda la Europa espera con impaciencia los resultados de las excavaciones de Pompeya, apenas treinta trabajadores estan removiendo perezosamente las cenizas que encubren tantos tesoros. El Museo no encierra sino un pequeño número de estatuas, y si cuatro alumnos van á estudiar la escultura en Roma, el gobierno que en él las conserva, no tiene el mérito de esta institucion, la cual data del reinado de Murat.

SENTENCIA DE JESUCRISTO.

Sentencia dada por Poncio Pilatos, gobernador-regente de la Baja-Galilea, la cual dice que Jesus de Nazareth sufrirá el suplicio de la cruz.

En el año décimoséptimo del imperio de Tiberio César, y el vigésimo quinto dia del mes de marzo, en la santa ciudad de Jerusalen, siendo Anas y Caifas sacerdotes y sacrificadores del pueblo de Dios:

Poncio Pilatos, gobernador de la Baja-Galilea, sentado en la silla presidial del pretorio.

Condena á Jesus de Nazareth á que muera en una cruz entre dos ladrones, diciendo los grandes y notorios testimonios del pueblo:

1°. Jesus es seductor.

2°. Es sedicioso

3°. Es enemigo de la ley.

4°. Se titula falsamente hijo de Dios.

5°. Se titula falsamente rey de Israel.

6°. Entró en el templo seguido de una muchedumbre que en la mano llevaba palmas.

Manda al primer centurion Quirilo Cornelio que le conduzca al lugar del suplicio.

Prohibe á cualesquiera personas, pobres ó ricas, impedir la muerte de Jesus.

Los testigos que han firmado la sentencia contra Jesus, son:

1°. Daniel Robani, Fariseo.

2º Joannas Zorobatel.

3º. Rafael Robani.

4º. Capet, hombre público,

Jesus saldrá de la ciudad de Jerusalen por la puerta Struenea.»

Esta sentencia está grabada en una lámina de cobre, que á un lado lleva escritas estas palabras:

«A cada tribu se envia una lámina igual.»

Encontróse en un vaso antiguo de mármol blanco, al practicar unas escavaciones en la ciudad de Aquila, reino de Nápoles, en 1280, y la descubrieron los comisarios de las artes, que acompañaban las tropas francesas.

Cuando la espedicion de Nápoles, estaba en la sacristía de los Cartujos, cerca de aquella ciudad, encerrada en una caja de ébano; y el vaso se halla en la capilla de Caserta.

La traduccion, se debe á los individuos de la comision de las artes, pues el original está en hebreo.

A fuerza de instancias, alcanzaron los Cartujos que no se les quitase aquella lámina, que sirvió de modelo á la que hizo labrar igual en todo M. Denon, grabando en ella la sentencia; y cuando se pusó en venta su museo, lord Howard compró aquella copia por 10.882 reales.

LOS HIPOGEOS DE CIRENAICA.

El viejo Egipto ha dejado en todos sus monumentos la huella casi indeleble de sus creencias. En medio de las tan multiplicadas representaciones de Osiris, de Isis, de Nephthys, de Knef, de Phtha, y de tantas deidades de bizarros atributos, y símbolos característicos, el dogma de la transmigracion de las almas viene sin cesar á ofrecerse al pensamiento del egipcio. Todo se lo recuerda, todo repite al hombre, en Tébas, en Memfis, en Elefantina, en Oxyrinchus, que al pasar por esa tierra hija de los cielos, no debe pensar sino en la vuelta á su celeste patria. ¿Qué cosa empero mas á propósito para mantener fijo en el pensamiento esta misteriosa y poética creencia, que aquellas ciudades de las tumbas, aquellas necrópolis, emblema eterno de la eternidad de nuestra vida? Allí, gracias á los perfumes y á las fajas, el cuerpo conservará sus formas, su postura, su fisonomía; allí todo respira la existencia, pero una existencia nueva, desconocida, muda como la muerte, silenciosa como la tumba; aquella vida, en fin, libre de las manchas de nuestra vida terrestre y disipada, que espera el justo despues de mil años de expiacion, y el culpable despues de tres mil de sufrimiento. Incapaz de penetrar lo profundo del pensamiento que elevara á aquellas ciudades funerarias, deducia el pueblo que el alma del hombre sobrevivia todo el tiempo que su corteza tardaba en destruirse, supersticion grosera y ridícula, alimentada por la casta sacerdotal, depositaria de los dogmas verdaderos, la cual guardaba para sí el secreto de aquellos emblemas no comprendidos por el vulgo.

Pero no solo presidiera una razon religiosa á la costumbre de embalsamar los muertos y de conservar hasta la imágen de los animales sagrados: asistia además una razon de salud pública. La peste, aquel terrible azote que fijara su morada en el corazon del oriente, y que desde allí se estiende á veces á las comarcas occidentales, era desconocida al Egipto de los Faraones. Aquella terrible enfermedad, tenida largo tiempo por contagiosa, siega casi cada año una buena parte de la poblacion del Cairo, de Alejandría y de las vecinas comarcas. Nadie temia hace tres mil años á aquel implacable enemigo. Porque? porque preservando de la disolucion los mortales despojos, los hypogeos impedian que los miasmas emponzoñados que se exhalan de nuestros cadáveres, infestasen un aire ardiente y húmedo á la vez, conservador de todos los principios morbíficos. Así pues el embalsamamiento no era solo un respeto religioso á un cuerpo habitado por la emanacion del dios infinito, sin nombre, inmutable, incorpóreo que adoraban los egipcios; sino tambien un medio de preservar al país de la enfermedad que lo ha desolado desde el momento en que desapareciera esta costumbre.

Do quiera penetrara la dominacion egipcia multiplicara aquellas ciudades fúnebres, amontonara los sepulcros. Así es como la Cyrenáica posee igualmente monumentos del género de las Syringes de Tébas. A cada paso encuentra el viajero restos de aquellas necrópolis en parte arruinadas por el tiempo. Principalmente á los alrededores de Massakhit, de aquella ciudad que la credulidad oriental miraba como si hubiese sido petrificada, tomando los brazos y los troncos de las estatuas por el cuerpo de los habitantes de tan estraño modo metamorfoseados, allí digo, se encuentran vestigios de construcciones de necrópolis. Al rededor de Masakhit (es decir la ciudad de las estatuas), estiéndense varios valles cuyo suelo ofrece á cada paso señales de aquellas mansiones dedicadas á los muertos: á un lado encuéntrase el valle de Koubbeh, cuyas alturas están todas abiertas para tumbas. En el lugar mas hondo de la llanura, elevánse ocho pilastras con capiteles unidos, formando una galería cubierta de anchos pedruscos monólitos, apoyados contra la colina. Hay en el interior de la galería una pequeña abertura practicada en la roca, al nivel del suelo, en la cual se penetra con el auxilio de una escalera; y desde el punto en que estan los ojos familiarizados con la obscuridad de aquellos lugares, nos encontramos en una gruta cuyo techo forma una especie de bóveda. Un ligero murmullo indica que debe de nacer en ella un manantial que se escapa por algun conducto subterráneo. Esta agua que tiene la estraña propiedad de teñir de negro, riega y fertiliza todo el valle.

A la entrada de cada una de todas las demas grutas del alrededor estiéndese una magnífica alfombra de verdura, y estan practicadas las aberturas en cantos desiguales. Contiguo á Cirene, los hipogeos tienen un aspecto verdaderamente monumental; y un arte infinito ha abierto en la pared un magnífico sarcófago, rematando el todo en una pequeña bóveda adornada de guirnaldas.

Junto á la antigua Damis, admira el viajero las grutas sepulcrales, llamadas Kennissieh, á las cuales se llega por unos escalones practicados en los lugares mas escabrosos de una torrentera situada á la orilla del mar.

La misma Cirene no es mas que una vasta necrópolis abierta en el costado de una montaña; do quie-

ra tumbas al estilo dórico, con sus columnas estriadas sus geroglíficos y sus canales. Ora los hipogeos no son mas que unos meros cuadrados practicados en la roca, ora van precedidos de pórticos.

En los primeros siglos del cristianismo, todas aquellas cavernas funerarias servian de refugio á los ermitaños, los cuales corrian en tropel al desierto á olvidar el mundo y consagrarse á Dios. En su piadoso vandalismo borraron mas de una imágen curiosa que adornaba las sepulcrales mansiones; y sustituyeron emblemas cristianos á los emblemas de la religion de Knef y de Osiris. Posteriormente, el islamismo mas vandálico aun invadiera aquellos antiguos testigos de las revoluciones de los siglos; y el indolente árabe estableció su tienda en aquellas grutas abiertas para recibir ataudes, y con indiferentes ojos miró cual el tiempo destruia pieza por pieza aquellas obras del hombre que desafiaban su poder, y gracias si todavía no precipitaba la destruccion. Abandonó en seguida aquellas moradas cavernosas por mas cómodos lugares. Desde entonces no ocuparon las hypogeos sino bandas errantes de malhechores, que aligeran al viajero y atacan las caravanas. Desde allí, así como las fieras en su guarida, acechan su presa.

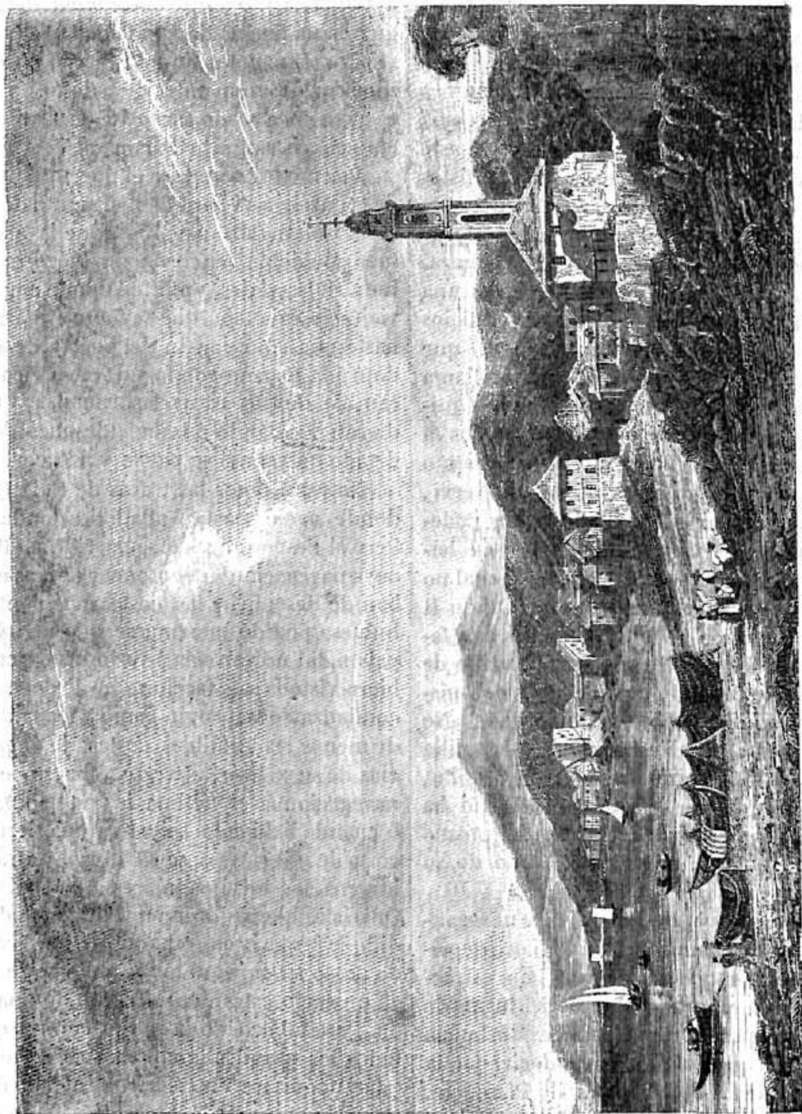
Era de noche, dice M. A. de Saint-Aigland, iba escoltado por dos moros y un viejo cheikh árabe; llevando el intento de gozar del espectáculo de los hipogeos al resplandor de las hachas. Adelantábame lentamente hácia el sud de Massakhit, cuando oí silbar á mis oidos una bala; estaban á punto de echar á huir mis guias y esclamaban ya: Son bandidos, cuando los detuvo el viejo cheikh y se arrojó sobre la cuadrilla de malhechores, armado de una pistola y de una escelente hoja de damasco. Hicieron entonces una terrible descarga, que creí habia arrebatado mil veces la vida á Abdallah, así se llamaba el árabe; pero volvió á juntarse conmigo triunfante. Han echado á huir, me dijo, porque yo soy invulnerable, y enseñábame una larga hoja de pergamino en el cual estaba grabado un versículo del Coran. Perro cristiano, rehusa creer en el profeta, despues de haber sido testigo de tal milagro. Entonces entonó con robusta voz la fórmula sacramental: No, no hay mas dios que Dios y Mahoma es su profeta. En seguida nos internamos en la caverna, cuyos ecos repitieron multiplicadas veces el grito de victoria del viejo árabe.

O vosotros, los que quereis visitar las nécropolis del viejo Egipto, abroquelad vuestro pecho con una fórmula del Alcoran, porque es una arma terrible, ante la cual se desvanece la audacia del beduino. Hoy dia, como veinte siglos atrás, la supersticion vela á las puertas de aquellas ciudades fúnebres; solo hanse cambiado los nombres: Mahomet es Osiris.



Dos hipogeos funerarios en el valle de Koubbeh.

COGORETO. — ESTADO DE GÉNOVA



Cogoreto. patria de Cristoval Colon.

COGORETO. — ESTADO DE GÉNOVA.

(*Patria de Cristóval Colon*).

En tantos estados como se divide la Europa, quizás no haya uno que haya sufrido tantas revoluciones como Génova. Conocido en la historia mas de dos siglos antes de la era cristiana, ha estado espuesto sucesivamente á las conquistas de los Romanos hasta la caida de su imperio, á las de los Godos hasta que Narzes derribó el nuevo reino que habian fundado, á las de los Lombardos en tiempo de Rotharis, al dominio de Carlomagno y de sus descendientes en Italia, y últimamente al de los Arabes que se posesionaron de sus costas hasta el siglo X en que los Genoveses se vieron en estado de arrojarlos enteramente de su tierra. Pues bien! esas vicisitudes de una fortuna ora adversa ora propicia, esta lucha tenaz é incesante fué la herencia de Cristóval Colon: la vida agitada y gloriosa de este hijo de los estados de Génova, recuerda toda la historia de su patria.

En el fondo del golfo admirable que forma el mediterráneo; bañando las últimas costas de la Provenza, Niza, Livorna y el resto de la Toscana, se eleva una aldea de poca importancia cuyos modestos edificios forman singular contraste con el suntuoso litoral que la rodea. Este modesto é ignorado caserío se llama Cogoreto ó Cugúreo. ¡Cuántas ciudades opulentas quisieran poder comprar á costa de sus ricos palacios la fama que ha dado á esta humilde aldea el nacimiento de un solo hombre! Cogoreto la envidiada por Nervi, Savona y la misma Génova, ha triunfado de sus poderosas rivales, y puede sola jactarse hoy en dia de haber dado el ser á Cristóval Colon, acerca de lo cual no cabe ya la menor duda, pues el emperador Othon II hizo en su tiempo donacion de muchos bienes á la familia del ilustre marino, entre otros la del castillo de *Cogoreto*. La siguiente cláusula de una carta del mismo Cristóval Colon viene á apoyar esta verdad: «No soy el primer almirante que ha habido de mi familia en *Cogoreto*, decia á la nodriza de Juan de Castilla, pero que me den el nombre que quieran. David ha apacentado las ovejas, y yo soy el servidor del mismo Dios, que le hizo rey y le puso en el trono de su pueblo.»

Los enemigos de la gloria de este célebre navegante han procurado, ya que otra cosa no podian, deprimir su persona, y probar que era de muy baja estraccion, apoyándose en la estrema pobreza del lugar de su nacimiento. Pero á pesar de que esta circunstancia en nada eclipsaria su gloria, debemos decir que la familia de Colon era de las mas ilustres de Plasencia. He aquí lo que Fernando Colon dice de su padre: «Siendo el nacimiento una de las cosas que mas contribuyen á la gloria de los grandes hombres, varios amigos mios al saber que yo trataba de escribir la vida del almirante Cristóval Colon mi padre, han exigido que hiciese mencion de sus ilustres abuelos, considerándole descendiente de aquel famoso Colon que derrotó á Mitrídates, y le condujo prisionero á Roma, obteniendo del pueblo la dignidad consular en recompensa de la accion que habia hecho: querian tambien que nombrase aquellos dos ilustres Colon que ganaron á los Venecianos la gran batalla que cita Sabelico en su historia: pero yo he desestimado sus advertencias, creyendo que esto nada aumentaria la gloria de mi padre, en el concepto de las gentes que solo aprecian el mérito; pero debo decir que todavía existen en Plasencia muchas personas de nuestra familia, y sepulcros que tienen esculpidos el nombre y las armas de Colon.» El siguiente estracto de una carta del hermano del almirante, esplicará como se llegó á figurar que podria descubrir las indias occidentales: «Habiendo Cristóval pasado sus primeros años aprendiendo los principios de las ciencias, trató de dedicarse á la navegacion, y partió para Lisboa en busca de un hermano que hacia mapas marítimos: enseñóle este la cosmografía y enterándose despues por los que iban á Africa, á *San Jorge de la mina de Portugal*, infirió que habia tierras desconocidas que podian descubrirse. Los Españoles no han tenido en el Nuevo Mundo ninguna posesion anterior á Colon, y de aquí se infiere cuan poca razon asiste á Gonsalvo de Oviedo que se empeñó en asegurar lo contrario.»

Por modesto que sea el puerto de *Cogoreto*, hemos de recurrir á él para fijar el punto de partida de Cristoval Colon. Allí concibió aquella ardiente pasion al mar que debia ver coronada luego mas tarde con sus inmortales viajes, y allí fué donde empezó sus primeros viajes de cabotaje, que se fueron alargando mas y mas hasta que salió por fin del puerto de Palos en 1492, y dotó á la España con la parte mas rica del universo en cambio de tres caravelas armadas, y un navío que le dieron Fernando é Isabel, despues de haberlos mendigado en vano á su patria y á la corte de Portugal.

No seguirémos las trazas de Colon desde *Cogoreto* donde nació, hasta Valladolid donde murió en 1506. Pero si despues de haber corrido el Portugal (pueblo cuya navegacion era entonces la mas estensa, y acababan de descubrir las costas occidentales de Africa), hubiese podido imaginarse que una vez salido de su pais natal no volveria á verlo mas, ¡cuán turbada hubiera visto la satisfaccion que le daba de antemano la confianza de su propio genio! Y cuantas veces no echó de menos las humildes costas de *Cogoreto* y las caricias de su madre, al verse espuesto en su aventurera navegacion á ser víctima de una tripulacion sublevada, ó cuando habiendo saltado á una tierra descubierta á costa de mil riesgos, se vió preso, y atravesó cargado de hierros los mismos mares que habia conquistado! Quizás hubiera sido menos desgraciado si hubiese podido ir á morir con tranquilidad á la aldea natal donde acaso su corazon amó, en vez de acabar sus dias en un suelo estranjero despues de una vida tan agitada. Pero tal ha sido la suerte comun que ha cabido á todos los grandes hombres. Las relaciones históricas están unánimes en referirnos al lado de todas las glorias, la pobreza y la amargura, pero que todo pecho noble admira y codicia (*).

BATALLA DE BOVINES.

Fragmento.

ARTICULO I.

. . . .

La historia, espantada de aquellos grandes recuerdos, ha pasado rápidamente sobre todos los aconteci-

(*) Véase la biografía de Colon, pág. 149.

mientos contemporáneos; y los dejara en eterno olvido, á no haberla obligado á volver á abrir sus anales el ruido de una brillante victoria. El oriflama tremolando de nuevo en las llanuras que baña el Escalda, poderosos ejércitos chocando y destruyéndose, recuerdos en el campo de batalla, reyes pisoteados, una larga carnicería y una inmensa gloria, reclaman mas detalles, imponen mas recuerdos, y el historiador, nacido en suelo francés, puede antes de describir las desgracias de Crecy, contar la gloria y las hazañas de Bovines.

Las causas que hemos ya desenvuelto habian armado de nuevo á Felipe y á Juan sin Tierra. Era el uno el rey de Inglaterra, excomulgado por el papa y que olvidaba el anatema en el seno de los placeres; el otro era Felipe, que aceptara el encargo de vengar la santa Sede de la resistencia del príncipe inglés; y dócil esta vez á la voz de los pontífices, cuyos derechos no disputaba ya, armóse y partió. Iba á vencer, cuando Juan, despues de haber intentado en balde comprar á costa de su apostasía el perdon de Roma, y la reconciliacion del anatema, el legado, que viniera á Francia á presidir la espedicion contra el inglés, prohibió de repente á Felipe el intentar nada contra un príncipe que se hiciera vasallo de la santa Sede. Y entonces Felipe, no queriendo abandonar su venganza, ni renunciar al apoyo que podia ofrecer Roma, dirigió sus armas hácia Flandes, donde un súbdito infiel, hecho el aliado de los ingleses, llamaba su real justicia. Dispertado por el ruido de las armas, probó nuevos esfuerzos Juan sin Tierra: tenia oro y compró aliados. Othon de Brunswick, emperador de Alemania, disputaba á Federico II una corona que no debia conservar; era pobre y no amaba á Felipe Augusto. Fernando de Portugal, conde de Flándes, habia osado resistir cara á cara al rey de Francia, su soberano, y solo la fuga le hiciera escapar á su enojo. Reinaldo de Dammartin, conde de Bolonia, ya por tres veces habia cambiado de partido, de bandera, y de señor, y no podia perdonar las traiciones á su rey que se las habia perdonado. Teobaldo el hermoso, duque de Lorena, era enemigo personal de Federico, y de consiguiente de Felipe su aliado. Enrique, duque de Brabante, habia dado su hija al emperador Othon. Todos esos príncipes fueron seducidos por el oro y las intrigas de la Inglaterra. Othon se puso á su cabeza. Los condes de Namur y de Bar, á pesar de los estrechos lazos que les unian á la familia real, marcharon en un ejército á que no habian podido oponer resistencia, y el emperador seguido de 150.000 hombres, bajó á Flándes, y vino por la orilla derecha del Escalda hasta Valenciennes.

Felipe no llegaba á tener 50.000 hombres reunidos; marchó sin embargo al encuentro del enemigo; salió de Perone, y siguiendo tambien el curso del Escalda, pero por la orilla izquierda, adelantóse hasta Tournay por la frontera del Hainault. Su intento, como es de ver, era arrojarse sobre la retaguardia enemiga, cortar sus comunicaciones y obligarla á dar una batalla separándola de su país; pero la entrada del Hainault era guardada, y necesitábanse sobrado tiempo y sobrados combates para forzar el paso: cambió la marcha, dejó á Tournay y dirigióse sobre el puente de Bovines para atravesar el Escalda, y encontrar al ejército aleman en la otra orilla. Al propio tiempo el emperador, á quien la superioridad de sus fuerzas, y la promesa de los adivinos parecian asegurar la victoria, creyendo que Felipe procuraba escaparse, maniobraba para alcanzarlo, pasaba el Escalda á nado y se dirigia á toda prisa sobre la aldea de Bovines. Era el 25 de julio, dia de la fiesta de Santiago.

Cansado Felipe de su marcha, y sabiendo que necesitaba largo tiempo para que su ejército atravesara el puente del Escalda, habíase echado al pie de un fresno, donde descansaba durante el calor del dia; estaban á su lado los capellanes junto con el estandarte real, aquel estandarte compañero de la gloria de Cárlomagno, depositado en otro tiempo sobre su tumba, el cual no se mostraba ya bajo las bóvedas de S. Denis sino los dias solemnes en que se levantaban las piedras sepulcrales para recibir á los reyes, y que Felipe sacara de un reposo de cuatro siglos para reconciliarlo con la gloria. Guerin, obispo de Senlis, guardasellos del reino, confesor del rey y comandante del ejército, en nombre del viejo condestable de Montmorency, Guerin de Senlis y el vizconde de Melun, habian ido á presidir el paso del rio y á reconocer la llanura, mientras que el duque Eudes de Bourgogne, Roberto, conde de Auxerre, Juan, conde de Ponthieu, Gaucher, conde de Saint Pol, Estévan, conde de Sancerre, estaban á caballo, desatada la armadura y la cabeza descubierta, para ver pasar á sus soldados. Al fijar los ojos en la llanura, vió Guerin elevarse el polvo, brillar los cascos, despuntar las lanzas. Fuego de Dios! esclamó, qué es eso? No son los enemigos que nos llegan? Era su vanguardia que se adelantaba en buen órden, conducida por Hugo de Beaure y el conde de Flándes. Al punto vuelve Guerin su caballo y corre hácia el rey, y el vizconde de Melun le sigue, el uno persuadido que el enemigo iba á atacar, y pidiendo que se preparasen á recibirlo; el otro asegurando que el emperador solo queria observar el paso y ganar el camino de Tournay. Dispierta Felipe y escucha: No era hoy dia de combatir, dice, mas el Señor no reprochó á los Macabeos desenvainar la espada durante las fiestas consagradas, y el dia en que la Iglesia toda está en oracion, debe de ser un dia feliz para los servidores de Dios. Levántase, diciendo estas palabras, entra en la vecina iglesia, hace en ella una corta y fervorosa oracion, se hace armar, y sube á caballo tan alegre, cual si hubiese tenido que ir á unas bodas ó á una fiesta.

El obispo de Senlis llamó entonces á toda prisa las tropas que habian pasado el Escalda, cambió de frente el ejército, trompetas y bocinas empezaron á tocar ataque; cubriéronse los caballos, desplegáronse las banderas, salieron al frente los sargentos y cabos, y empezóse á gritar por el campamento: *A las armas! barones! á las armas!*

A este grito, los grandes vasallos y los gefes de guerra, acudieron junto al monarca para pedir la órden y el lugar que les correspondia en el combate. Felipe, de pie en medio de ellos teniendo en la mano el oriflama: «Bellos primos, les dijo, decid, á quien lo confiaré hoy? Señor, respondió el duque de Borgoña, á mi lado tengo á un noble caballero, Galon de Montigny, tan pobre, que no tenia con que comprar un caballo, tan valiente, que para hacerse con uno para poder entrar en batalla, ha empeñado un reducido campo que le quedaba; confiadle el estandarte. Amigo Galon, dijo el rey, toma pues el oriflama; el honor de

la Francia te confio. —A mí, señor? dijo el caballero —A tí repuso el rey; Dios te dará aliento en el combate, y el rey te recompensará despues de la victoria. Y volviéndose á los príncipes y capitanes de que estaba rodeado: Señores, barones, y caballeros, toda nuestra fé está en Dios. Othon, que se llama emperador, maldecido por nuestro padre santo el papa; Ferrando es un tránsfugo y un perjuro; Reinaldo un traidor y un escomulgado; y nosotros, bien que pecadores, somos cristianos; no es pues mi causa la que vais á defender, es la vuestra, es la de nuestras familias; todos sois reyes como yo cuando se trata de combatir: seamos todos guerreros delante del enemigo, seamos todos *cristianos delante de Dios que nos dará la victoria.»* Inclináronse á esas palabras barones y caballeros, desnudaron sus espadas, cuyas puntas bajaron hasta el suelo, y doblando la rodilla, encorvada la frente y la mano estendida, pidieron al rey, por quien iban á combatir, su bendicion de príncipe y de padre. Descubrió el rey su cabeza, levantó los ojos al cielo, y estendió á su vez sus piadosas manos sobre la frente á los que iban á morir. Estaba con un clérigo detrás del rey Guillermo Breton, su capellan, y empezaron á cantar los salmos, *lo mejor que pudieron pues les embargaban en gran manera las lágrimas y los suspiros.* Oyéronse el sonido de las trompetas y el grito de los ataques empeñados á la derecha; corrieron los guerreros á sus caballos de batalla, y el rey se lanzó hácia el frente de la primera línea, para que no hubiese nadie entre él y el enemigo.

Los sargentos á caballo del conde de Soissons habian empezado el combate entre los flamencos y los alemanes del conde de Flándes; el conde de Saint-Pol y el de Beaumont. Mateo de Montmorency, el duque de Borgoña y el vizconde de Melun llegaron á toda prisa, y dieron al punto sobre ellos cual sobre banda de palomas afamada águila. No pudo resistir á su ímpetu Ferrando de Portugal; y herido de dos lanzadas; atravesado el muslo, pisoteado por los caballos, medio muerto, y no pudiendo ya continuar el combate, trasladóse á Huon de Marvelles. Retrocedió en desórden la izquierda de los alemanes, los comunes que marchaban bajo el estandarte de S. Denis tomaron por el flanco el cuerpo de batalla de los enemigos, al que se precipitaron los caballeros á la vista de la bandera real que se agitaba en los aires.

EL DELFIN DE RISSO.

Erase en otro tiempo, á las márgenes del lago Lucrin, una pequeña casucha habitada por dos pobres diablos, que vivian de sus manos. Si no ricos, eran al menos felices, porque toda su ambicion y deseos se cifraban en dar á su hijo, muchacho de diez á doce años, la educacion que ellos recibieran de sus padres. Así es que cada dia le enviaban á la escuela de un pedagogo que vivia á la otra parte del lago; y para ir á ella, tenia el muchacho que hacer un gran rodeo que le hacia perder mucho tiempo.

Probablemente en los tiempos antiguos habia tambien pilluelos como ahora, bien que no podemos decirte, lector, como se les llamaba, pues nada dice sobre el particular el buen Plinio, cuya es la historia que vamos refiriendo. Sea como fuere, pilluelo era el muchacho que nos ocupa, ya que cada dia hacia sus *novillos*, y en vez de ir á recibir la férula á casa del pedagogo regularmente se entretenia en la orilla del agua. Un dia halló en la playa un delfin herido por los pescadores, á punto de espirar, y como pilluelos y niños mimados solo una cosa buena tienen, que es el corazon, no fué menester mas para que nuestro héroe se compadeciese de los dolores del pobre animal. Un señorito bien criado y de casa decente lo hubiera tal vez acabado de sacar del agua y muerto para hacer aceite, pero al revés lo hizo el nuestro: lavóle con agua dulce las heridas, dióle á *comer el almuerzo que se llevaba á la escuela*, y despues echó á andar á casa del pedagogo, donde llegó tarde y recibió la férula.

El dia siguiente, al pasar por la orilla del lago, en el mismo puesto encontró al delfin, que ya estaba mejor y al cual curó y dió su almuerzo; lo mismo aconteció al otro dia, y durante quince consecutivos el muchacho y el delfin se hallaban en el mismo lugar y en la misma hora.

Agradecido el animal, como lo eran todos los delfines de entonces, concibió una viva amistad para su bienhechor, con quien jugaba *acariciándole*, y aun probaba de salir del agua; mas como no podia, el muchacho se desnudaba y entraba en el elemento de su amigo. Todo iba perfectamente, menos una cosa, y era, que faltando cada dia á la hora de la clase, cada dia recibia el pilluelo la férula, que acabó por disgustarle. Entonces empezó á no cuidarse tanto de su amigo, y aun se contentaba con decirle buenos dias al pasar.

Tienen los delfines vasta capacidad cerebral, de lo que Mr. Federico Cuvier deducia que tienen vasta inteligencia, á pesar de que nadie despues de Plinio lo habia echado de ver. Así es que el animal ¡miren Vds.! adivinó la causa que abreviaba y disminuia las visitas de su camarada; y por consiguiente, estando un dia divertidos con sus juegos, tomó al muchacho sobre su lomo y lo llevó nadando á la otra parte del lago, con lo cual le hizo recuperar el tiempo perdido. Por la tarde vino á tomarlo allí y lo volvió hasta junto á la casa de sus padres; cada dia efectuaba la misma travesía, y obedecia á su voz mejor que el perro de caza mas dócil y adiestrado.

Pero ay! todo tiene su fin acá en la tierra, y la implacable muerte así da en lo bueno como en lo malo; mas claro, el muchacho enfermó de una maligna calentura, y murió á los pocos dias. Ya puedes figurarte, lector carísimo, la desesperacion de sus pobres padres..... Sin embargo, no murieron de desesperacion, y el delfin sí señor!!! Por algun tiempo, cada mañana vino á la orilla del lago en busca de su amigo, hasta que no encontrándole murió de pesadumbre, el mismo mismísimo dia que el muchacho; y para completar tan estraordinario lance, á entrambos los enterraron en una misma tumba.

Dice M. F. Cuvier: «*Los autores que tan estraordinarias acciones nos refieren sobre los delfines, son sugetos graves*, que están convencidos de lo que dicen, etc.» Y á propósito va citando aquel naturalista el delfin de Arion, aquel en cuyo cuerpo ocultó Apolo su deidad, el de Hippona, que jugaba con los nadadores y los llevaba sobre su lomo, etc. etc. *(His-*

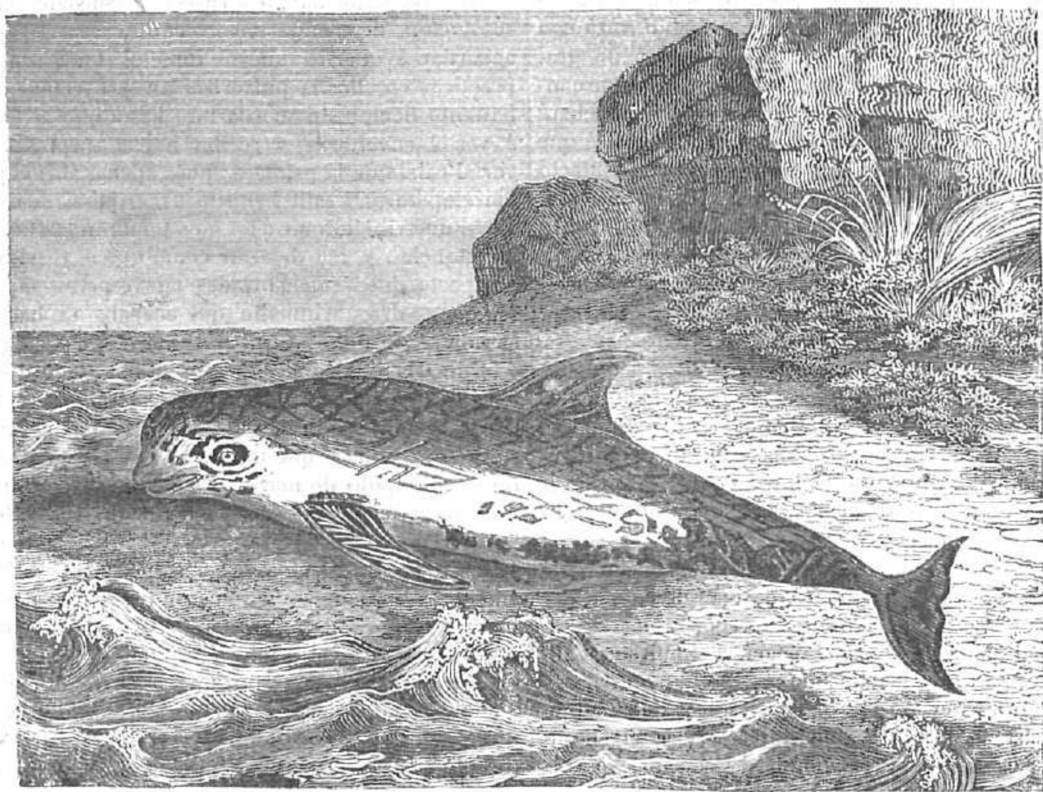
toria natural de los cetáceos, *por* J. Cuvier, p. 97. y siguientes, Paris, 1836).

En cuanto á nosotros, francamente confesamos, que todo lo que de estos animales nos cuentan Elieno, Plinio, Pausanias y otros antiguos autores, lo miramos como absurdos que no valen la pena, no digo de que se les refute, si no ni de que se les cite. Y á propósito, he aquí una observacion particular: si se lee con reflexion la descripcion que del delfin nos dan aquellos autores, por poco iniciado que uno esté en el estudio de la historia natural conoce que aquel supuesto delfin era ni mas ni menos que un tiburon, el mas brutal y feroz de todos los peces carnívoros.

Añádase que los delfines no son peces, sino mamíferos, respiran por medio de pulmones y no de agallas, paren hijos vivientes y no huevos, nunca tienen sobre la piel ni una sola escama, y sí pelos á veces, y en fin se parecen en todo á nuestros cuadrúpedos terrestres, menos en las patas, que ordinariamente están ocultas dentro la piel, y rematan en una mano plana, membranosa y como una nadadera. Por lo demas, sin tener la fuerza ni la brutalidad del tiburon, estos animales son tan voraces como él, y diga lo que quiera Mr. Cuvier, no esceden en inteligencia á los peces.

Divídenlos los naturalistas en Delfines, propiamente tales, que tienen largo el hocico y armada la boca con terribles dientes, y en *marsoplas*, de cabeza redonda, casi esférica y sin hocico.

El que damos en la lámina es el delfin de Risso (*Phocœna Rissonus*, F. Cuvier), que los naturalistas colocan en la clase de las marsoplas. Hállase en el Mediterráneo, y alcanza de nueve á doce pies de largo. Las hembras son de un color pardo uniforme, y los machos de un blanco azulado, unos y otros tienen rayas mas oscuras, sembradas irregularmente por todas las partes superiores del cuerpo, y á primera vista semejantes á rasguños hechos con zarzas; los machos llevan manchas irregulares de un pardo oscuro debajo de la mitad posterior del cuerpo, dos rayas pardas guarnecen la parte superior é inferior de la boca, y un cerco del mismo color rodea el ojo.



El Delfin de Risso.

TRANSFORMACIONES DE LOS INSECTOS.

Admirable es la naturaleza en todas sus obras, y presenta tantas maravillas cuantos son los seres que pueblan el universo: así, el naturalista que consagra sus dias á la investigacion del mundo físico ve trascurrir el tiempo de sorpresa en sorpresa; y si auxiliado de la ciencia descorre el velo que le ocultaba algunos arcanos naturales, otros hay que envolviéndose en impenetrable oscuridad dejan burlados sus curiosos afanes. Uno de estos, que acaso ocupe el primer lugar, es la generacion y reproduccion de los seres vivos, y precisamente en aquello que mas aviva la curiosidad del hombre se oculta la naturaleza, co-

mo por una especie de pudor, bajo las sombras del misterio; déjanos ver la abundancia de medios, la fecundidad de recursos que emplea para perpetuar las especies; mas en cuanto al modo de obrar de tales medios y recursos nos dice lo que el Criador al mar: *de ahí no pasaréis.* Sin embargo, esto no impide que el observador halle mil motivos de admiracion y recreo al examinar una materia tan vasta: aquí ve animales hermafroditas, allí de un solo sexo, unos nacen de un huevo, otros salen vivos del vientre de la hembra, estos se multiplican por escision, aquellos por medio de yemas ó tubérculos en el cuerpo de la madre; y hasta los hay que en su desarrollo pasan por diversos estados, nuevas organizaciones y distintos hábitos antes de adquirir su ser definitivo. ¡Qué espacioso campo de observacion no se abre al entendimiento humano en esa multitud de formas que la generacion afecta! Pero lo repetimos, probablemente nunca podrá la ciencia traspasar los límites marcados por la naturaleza: el sabio verá con asombro que un átomo de pólen aplicado á un grano apenas perceptible produce una semilla, que convertida un dia en robusta y colosal encina, luchará con el furor violento de las tempestades; verá que un leve vapor de aura seminal puesto en contacto con una pequeña vegiguilla desenvuelve un ser, el hombre, rey de la naturaleza, sujetando al imperio de su razon el mundo y *arrebatando los rayos al cielo;* pero ciertamente jamás llegará comprender el modo íntimo como se comunica la vida, ni á descubrir el secreto de las funciones generativas.

Sobre cuanto alcanza la fisiología en el asunto de que tratamos hallará el lector varios conocimientos en artículos sucesivos; limitámonos en este á dar una idea de las transformaciones que sufren muchos insectos alados antes de recibir su última forma, y la siguiente anécdota puede contribuir á nuestro objeto.

Decíanos un amigo: «Siendo muchacho oia de boca de mis maestros que los mayores descubrimientos y que mas grandes ventajas reportaron á la humanidad debiéranse en su orígen á simples casualidades: ya es la caida de una manzana que escita en el profundo Newton las primeras ideas de su admirable sistema de atraccion universal; ya el simple acto de colgar de un clavo una de las ranas que estaba disecando Galvani le descubre el flúido á que se dió su nombre; ya es un pastor que al clavar su baston herrado en una roca magnética descubre la propiedad atractiva del iman. A estos añadíanse otros mil ejemplos, tales, que escitando mi pueril vanidad infundiéronme la singular idea de que tambien podia la naturaleza favorecerme con alguno de esos fecundos acasos; por lo que, creyéndome predestinado á algun descubrimiento de primera magnitud, iba de continuo á caza de eventualidades, observándolo todo y meditando en los mas insignificantes objetos. Por fin creí llegado el momento que tanto deseaba: paseábame por el campo: el dia era hermoso, los rayos del sol con su benéfico calor escitaban á disfrutarlo á un sin número de orugas, que discurrian por la densa yerba, verdes, relucientes, despidiendo bellísimos y metálicos cambiantes. Púseme á contemplarlas, y desde luego imaginé que recogiendo una porcion de ellas, y dejándolas en seguida morir y secar de modo que pudiese reducirlas á polvo, tal vez resultase algun remedio heróico, ó quizá obtuviese partículas de oro de unos insectos que tanto brillaban: pensamientos pueriles! Envolví pues una porcion en un papel y los dejé en el rincon de un armario, aguardando á que se secasen para hacer despues mis célebres polvos. Pasado algun tiempo fuí á visitar el depósito: júzguese cual seria mi sorpresa cuando en vez de orugas, me hallé con otros insectos enteramente diversos en color, figura y movimientos, pegados al papel que los envolvia por medio de unos hilos de materia glutinosa: la mitad superior del insecto estaba enteramente cubierta por una membrana muy dura, de color verde oscuro que le impedia todo movimiento: la inferior estaba libre, y al tocarla con el dedo ejecutaba unos movimientos oscilatorios en sentido lateral que no carecian de cierta gracia: era de color ceniciento verdoso con puntos negros. Calmada mi sorpresa, y constante en mi resolucion, determiné envolver otra vez el papel y aguardar á que los nuevos insectos muriesen para practicar en ellos la pulverizacion proyectada. Pasé bastante tiempo sin acordarme; hasta que al fin voy á ver el envoltorio, y recibo nueva sorpresa, mayor si cabe que la primera; pues apenas abrí el papel que empezaron á salir bellísimas mariposas de mil colores, que viniéndome á los ojos tomaron el vuelo por la estancia, y me dejaron como quien ve visiones. En parte quedaron burladas mis esperanzas; pero aunque el descubrimiento que acababa de hacer no era de la clase de los que imaginara, no dejaba por esto de ser muy importante, puesto que me diera á conocer las transformaciones de los insectos. Quedé pues contentísimo, y no deje de dar parte del suceso al primero que me deparó el acaso. Era este un condiscípulo de mayor edad é instruccion que la mia, quien riéndose de mi presuncion, acabó de esplicarme la materia.

«El descubrimiento que acabas de hacer, me dijo, en tanto no es nuevo, en cuanto fué sabido desde la mayor antigüedad, y segun refiere un hábil naturalista, fué objeto de grandes disputas entre los antiguos filósofos: sostuvieron unos que dichos cambios consistian en completas metamórfosis; esto es, verdaderos tránsitos de un animal á otro de distinta naturaleza; otros consideraban el estado de crisálida como una muerte real, y el paso del insecto al estado de mariposa como una perfecta resurreccion: pareceres que segun dicho Autor son opuestos á la razon y á la verdad; pues el insecto no hace mas que desprenderse de algunos órganos que le son inútiles en cada una de sus nuevas transformaciones, y adquirir otros mas acomodados á su modo de existir. Dichas mudanzas se verifican de la manera siguiente: empieza una mariposa deponiendo sus huevecillos en determinadas plantas, precisamente en aquellas que son propias para alimento del producto que ha de nacer del huevo; y en el instinto que las hace distinguir á la mariposa no puede menos de reconocerse el órden providencial que rige á la naturaleza, órden que mas se admira todavía cuando echa la planta sus nuevas hojas. Si estas brotasen antes de nacer la tierna oruga ó larva (que así se llama el insecto al salir del huevo) fueran despues demasiado recias para sus delicados órganos masticatorios y digestivos

si brotasen al cabo de algun tiempo de nacida la oruga, pereceria por falta de nutricion; pero la naturaleza todo lo ha previsto, y al mismo tiempo que el insecto nace echa sus nuevas hojas la planta. Todo el mundo conoce á la oruga, insecto que se arrastra por el césped á beneficio de un sin número de pies, y que tiene un aparato propio para roer la yerba. Vive por algun tiempo en este estado, y al aproximarse el invierno va en busca de un sitio resguardado del aire y de la lluvia, como por ejemplo la hendedura de un roca; y allí desprendiéndose primero de su piel, de su prodigioso estómago y de una parte de los pulmones, nácele una fuerte membrana que envuelve todos sus órganos, y por medio de un humor pegajoso, del que forma el insecto cortos hilos, se mantiene adherido á la pared que escogió para su retiro. En semejante estado, no puede decirse que el animal esté muerto, como creyeron algunos antiguos naturalistas; pues aunque no come absolutamente en todo el invierno, está dotado en su parte inferior de aquel movimiento oscilatorio de que se ha hablado. Al resultado de esta transformacion se da el nombre de ninfa ó crisálida.

«Durante el invierno, mientras la crisálida permanece en esta especie de letargo van tomando consistencia sus órganos interiores, y al llegar la siguiente primavera sale de la membrana una linda mariposa, y despliega al aire sus matizadas alas.

«Si pasamos ahora á hacer la comparacion del insecto en estado de oruga con el mismo despues que ha adquirido la forma de mariposa, no dejarémos de hallar un contraste admirable: la tierra es el elemento de la oruga, el aire lo es de la mariposa, así, al paso que la primera repta por el suelo, colúmpiase la segunda en el ambiente entregada á todo el placer de su caprichoso vuelo: la oruga, como que se alimenta de hojas, está provista de mandíbulas propias para roer; la mariposa carece de aparato masticatorio, y en en su lugar se halla dotada de una pequeña trompa con la que absorbe el jugo de las flores, del que se mantiene: por último, así como los placeres del amor son desconocidos á la oruga; hace de ellos su principal ocupacion la mariposa. Esta es en resúmen la marcha que sigue la naturaleza en la generacion de varios insectos alados.»

Hasta aquí habla nuestro amigo; y esto basta para dar del asunto una idea general pero exacta: solo añadirémos que en las referidas metamórfosis se funda la cria de los gusanos de seda, los cuales al pasar al estado de crisálida se fabrican un capullo que los envuelve enteramente, y de él se saca la seda, precioso producto que despues de abrigar un vil insecto pasa por manos de la industria á vestir á los monarcas de la tierra. Consagrarémos espresamente algun artículo á la esposicion del modo de criar dichos gusanos y de fabricar la seda hasta su última perfeccion, y en ellos pondrémos á la vista del lector en otras tantas láminas las transformaciones de que acabamos de hablar y las varias operaciones de un establecimiento de sedería chinesco.

P. Reinés.

RIO JANEIRO.

Edificado en el fondo de la bahía de Ganabara, en 1567, por órden de la reina Catalina, S. Sebastian de Rio Janeiro ha llegado á ser otra Lisboa, donde han ido á refugiarse en su destierro el poderío y el esplendor de Portugal. El genio de Pombal parece que habia presentido que era fuerza asegurar á la nacionalidad portuguesa, á la familia real de Braganza su tipo y su paladion, un asilo contra las invasiones de la Inglaterra, contra las armas victoriosas de la Francia. Largo tiempo reducido á la condicion de una vasta villa, cuyas pantanosas cercanías hacian difíciles las comunicaciones con el interior, el fuerte de Calabouço y las casas esparramadas que le rodeaban, se convirtieron en un vasto depósito de los géneros del nuevo Mundo, en una ciudad populosa y comerciante, que debia acoger en sus muros á un monarca, y encontrarse elevada al nivel de una ciudad de primer órden. Las balas que le arrojaron el capitan Du Clerc y luego el ilustre Dugnay Trouin, desfloraron apenas los techos de sus casas, sin causar un gran daño á la colonia: viniendo luego la administracion de Carvalho á reparar los siete millones de pérdida que esperimentara la ciudad. Luís Vasconcellos embellecióla ya en su nacimiento por medio de un gobierno sabio y amigo de las artes, y numerosos edificios consagrados al culto adornaron las apenas trazadas calles. Un gigantesco acueducto, que recuerda en sus proporciones los que los romanos han dejado como monumentos de su genio constructor, condujo á Rio Janeiro una agua pura, de que se viera privada hasta entonces. Nada hay mas grandioso y elegante que el acueducto de la Carioca que forma uno de los edificios mas nacionales del Brasil y que tanto ha contribuido á la nombradía de su capital.

Es S. Sebastian arzobispado; y su catedral, llamada iglesia de los carmelitas descalzos, se encuentra en la plaza del Palacio real. Menos vasta que ese templo, la capilla real á mas de llamar la atencion por su graciosa nave en el exterior, y estremada riqueza de ornatos en el interior, trae á la memoria recuerdos históricos. En ella asistia Juan VI al oficio divino, en ella se oia una música religiosa, superior á todas las de nuestras capillas europeas.

Al lado de esos monumentos sagrados, colocarémos por lo que concierne á la magnificencia de las decoraciones á S. Francisco de Paula con sus numerosos ex-votos, á S. Francisco de Asis con sus dorados hasta prodigados, y la iglesia de la Candelaria de elevadas torres la cual es sin contradiccion la mayor del Brasil.

Pero la maravilla de Rio Janeiro, es S. Benito, aquel convento, cuya pintoresca situacion le constituye mas bien una casa de recreo que la mansion de una comunidad religiosa. El exterior es de una noble sencillez, habiendo conservado toda la riqueza para el interior: salas y corredores estan cubiertos de jaracanda con esculpidos relieves, contribuyendo á realzar la natural pulidez de la ensambladura un tinte con matiz color violeta y dorados reflejos. Pinturas debidas á viejos pinceles brasileños, reproducen las principales escenas de la vida de S. Benito, cuyas reliquias consérvanse religiosamente en una capilla

no menos rica en dorados y en ornamentos análogos. Desgraciadamente las últimas revoluciones que han trastornado el Brasil, transformaron en caserna aquel suntuoso convento, y de temer es que el vandalismo de los soldados americanos borre el brillo de su aparato.

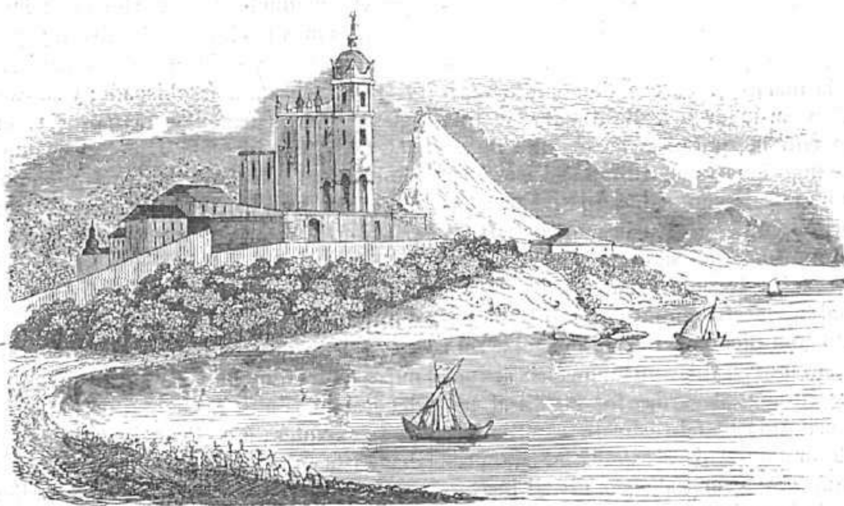
Los edificios del mismo género mas notables despues de S. Benito son S. Antonio y Santa Teresa, la situacion de la cual es todavía mas admirable que la de aquel. Como el edificio no está rodeado de murallas, columbrase desde la orilla del mar su blanca fachada, elevándose de una verde alfombra de yerba, que ciñen con sus odoríferas zarzas los setos vivos allí plantados.

Bajo la mansion de las veinte y una reclusa de Santa Teresa, elévase en un promontorio la bonita iglesia de Nuestra Señora de la Gloria, cuya pintoresca construccion da á la vecina comarca un aspecto verdaderamente original. Subido que habeis las gradas de aquel templo, despliégase á vuestros ojos el magnífico Océano y las montañas de las Orcas que rodean las márgenes de un lago de tranquilas ondas y variadas orillas.

Si de los edificios religiosos pasamos á los monumentos civiles, echarémos de ver la aduana, el teatro, de estension igual al de la Scala de Milan, y la Lonja, obra del arquitecto francés Mr. Grandjean de Montigny. Destinado á sucesos menos importantes, y en especial menos tristes, aquel edificio vió muy luego sus salas abandonadas á causa de los tristes recuerdos que traia á la memoria á los americanos. Allí tuvieron lugar aquellas sangrientas escenas de desórden que, al estar Juan VI á punto de abandonar el Brasil, promoviera el país reclamando el beneficio de instituciones liberales para que estaba apenas preparado.

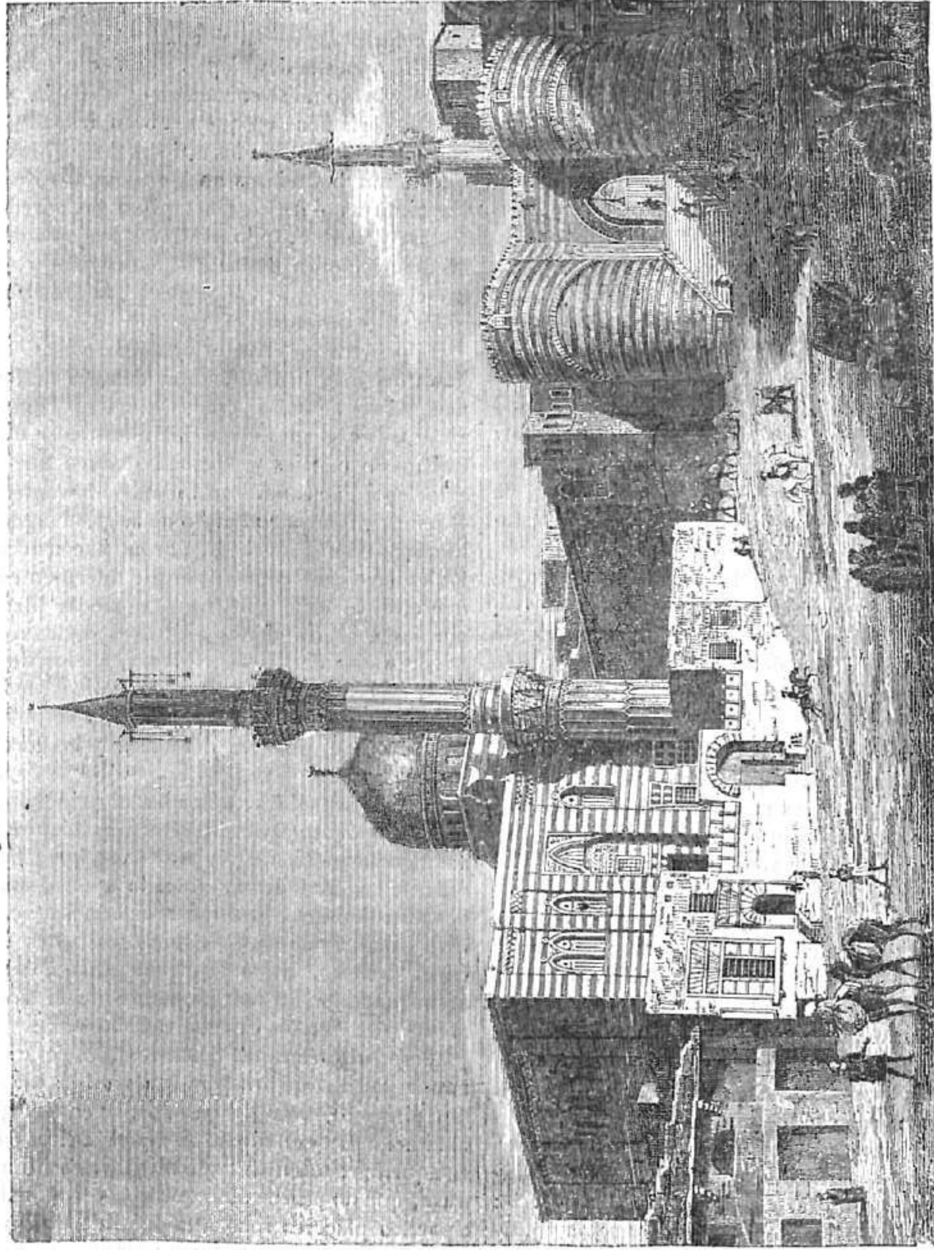
No citarémos sino el paseo ó jardin público, cuyos terraplenes recuerdan los de Constantinopla en la vista magnífica de que en ellos se disfruta, y en el cual dos elegantes fuentes refrescan el aire abrasado de un clima colocado entre los trópicos.

Las calles de Rio Janeiro, y en particular la de la Alfandenga, estan muy animadas. La variedad de las razas junto con la de las costumbres bastara para interrumpir la estrepitosa monotonía de las ciudades comerciantes, á no haber evitado ese defecto Rio Janeiro permaneciendo á la vez la cindad del hombre ocupado y la del ocioso. La pureza del cielo y la magnificencia de los puntos de vista consuelan allí al fatigado por el bullicio de los mercaderes, al aburrido por el cálculo y los vaivenes de la bolsa: en la ciudad brasileña lo ideal se confunde cuasi con la realidad.



Iglesia de la Gloria en Rio Janeiro.

EGIPTO. — EL CAIRO.



Vista de la Ciudadela y de la gran mezquita del Cairo.

REFLEXIONES GENERALES SOBRE LA ARQUITECTURA.

MONUMENTOS DEL CAIRO.

ARTICULO I.

Cuando una sociedad, dividida ya por pasiones individuales, sin unidad y sin objeto comun, va pasando por una época de renovacion ó decadencia; cuando ya no la anima, si es que la animó, un principio dominante que se lea en su esterior y en sus obras, entonces como ella carecen de fisonomía las ciudades que salen de sus manos, y solo se encuentra en ellas una confusa mezcla de formas tomadas de tiempos y lugares diversos, sin que espresen mas que el estado de fluctuacion en cuyo seno se han desarrollado.

Pero en las épocas de organizacion regular, cuando los hechos corresponden á las teorías, y no turban la armonía de las facultades sociales interiores sacudimientos, la arquitectura llega á ser una de las señales que dan á conocer como concibe y practica el pueblo la vida. La casa particular esplica sus costumbres y sus usos privados, el edificio público atestigua sus hábitos políticos, el templo es, digámoslo así, su profesion de fe religiosa; y por el conjunto de casas, de edificios y de templos el pueblo se califica. Dando como fórmula el estado moral de la sociedad la ciudad es su forma correlativa, su traduccion monumental; de manera, que si alternativamente se pasa de la obra al principio generador, y de este á sus efectos, la ciudad y la poblacion pueden recíprocamente estudiarse la una por medio de la otra.

Tomando un ejemplo en el país mismo de cuyos monumentos darémos una ligera idea, aquella metrópoli, en que cada piedra representa un pensamiento pagano, en que cada fuste de columna desarrolla todo un sistema teogónico, Tebas en fin, ¿no aparece en medio del desierto como un inmenso símbolo del panteismo gentílico, y no está revelando la fisonomía moral del antiguo Egipto mas que todos los documentos de la historia? Acaso los monumentos de Atenas y Roma no tienen tambien su significacion política y religiosa? Quien no ha observado que la sociedad de la edad media hállase entera, así creencias como leyes y costumbres, en sus casas, iglesias y castillos? Y hoy en dia, en este siglo de crisis y trastornos, por ventura no se encuentra en medio del desórden de las civilizaciones esta misma conformidad, menos palpable, es verdad, pero notable todavía? Con la mezcla de sus palacios y de sus chozas, Moscou reveló á primera vista al ejército francés la desproporcionada desigualdad que reinaba en la sociedad rusa. La capital de Inglaterra, tan magnífica en apariencia, cuyas casas alineadas y aniveladas en su altura, ofrecen con todo en su interior todos los grados de la opulencia y de la miseria; Lóndres es la verdadera imágen de la situacion política de sus habitantes: igualdad ficticia, que la constitucion proclama como un derecho, y que el estado real del pais desmiente.

Se ha dicho que los Turcos solo estaban acampados en Europa, y efectivamente sus viviendas en Constantinopla se parecen á las tiendas y chozas de un campo. ¿Porque, en fin, París presenta en su construccion la amalgama de tantos géneros, y el contraste de tantas formas, sino porque allí es la arena donde pugnan todas las ideas, el teatro de todos los sistemas, de todos los siglos y paises del occidente?

El Cairo, pues, cuyos negocios públicos han sufrido grandes innovaciones con la reforma, todavía no ha tenido revolucion moral; y difícilmente se hallaria otra ciudad que estuviese mas en armonía con el carácter de su poblacion, porque pocas han conservado tan intacta la influencia que presidió á su orígen y desarrollo.

Como entre mahometanos la vida doméstica debe siempre quedar secreta y oculta, las casas del Cairo, lo mismo que las de todas las ciudades de Oriente, dan de espaldas á la calle, donde no ofrecen mas ornato que celosías de ventanas cuadradas ó arqueadas; pero al lado opuesto despliegan una decoracion, cuya riqueza y brillo no se encuentra en otro país alguno. Los ligeros peristilos, en que se abren las salas, los pórticos que preservan de los ardores del sol, los surtidores que saltan bulliciosos en los aposentos descubiertos, las pinturas al fresco que tapizan las paredes, flores, frutas, y verdor, todo realiza á los ojos del europeo las descripciones de las *Mil y una noches*, y le muestra el gusto, ó por mejor decir, la fantasía árabe en todos sus caprichos.

Si penetra en el interior de las piezas, allí conoce hasta los mas insignificantes detalles de los usos del país. Al ver aquellas pesadas vidrieras, que en vez de girar sobre goznes como las nuestras se mueven con trabajo en encajes verticales, deduce que las damas egipcias no acostumbran asomar á la ventana. No hay chimeneas, luego en Egipto no se gasta madera para la lumbre; no hay muebles, porque hacen veces de ellos los esclavos; ni camas, porque duermen en el divan que circuye cada aposento. La media luz que entra por los cristales mates y á través de las cortinas, la frescura que dan los surtidores, el olor de los perfumes, las esteras, los tapices, los cojines, todo anuncia las comodidades que ocupan la vida del oriental opulento entre los placeres del harem y los goces silenciosos de la pipa.

Aquellos pueblos, nómadas al principio, por mucho tiempo no tuvieron otra arquitectura que la de sus tiendas; y bien se echa de ver que, habiendo la vida de las ciudades modificado apenas sus necesidades y sus hábitos, han transportado á sus casas de ladrillo el ajuar de los pabellones que antes levantaban en el desierto. Hasta la alcova, invencion hebrea ó árabe, tambien es una imitacion de la tienda que á menudo hay en los palacios del Cairo.

Pero, cosa estraña! los orientales, que en la economía de su traje arreglan sus vestidos de un modo tan pintoresco, no saben adornar con elegancia sus habitaciones; y en medio de aquellas ricas colgaduras, en aquellos aposentos tan femeninos, perdónesenos la frase, que no parece sino que estan destinados á anticipar los placeres sensuales del Eden, se ve que las mujeres ninguna parte toman en el arreglo y adorno de su morada; porque aquellas colgaduras, que puestas por sus manos estarian undulantes y flotarian con gracia, con una severa regularidad atestiguan que la tiranía musulmana les prohibe hasta sus mas indisputables atribuciones.

Como desterró el islamismo del techo doméstico aquel comercio continuo de comidas, fiestas y visitas,

propio de la civilizacion europea, la necesidad de verse ha engendrado en Oriente esa multitud de lugares de reunion: los cafés, á donde van los hombres á oir los músicos y á los noticieros; los baños, que son para las mujeres el pretexto de sus ausencias, y el medio de sus intrigas; los okels, ó fondas, donde el comercio del Egipto reune géneros y viajeros de todos los puntos del mundo; y aun estos mismos establecimientos públicos, que en el Cairo se cuentan á centenares, no menos que las casas particulares, prestan asunto para vastas interpretaciones.

Pero los edificios mas notables son sus cuatrocientas mezquitas, allí el genio árabe despliega toda su fuerza y fecundidad, allí mas que en ninguna otra parte el islamismo habla á los ojos y se traduce por formas. Pero como para juzgar del carácter de la arquitectura mahometana, y comprender la significacion moral de su estilo, es menester compararla en su orígen y progresos con el templo de Jesucristo; veamos primeramente como el culto cristiano concibió y desarrolló sus elementos arquitectónicos.

Forzado por la persecucion á renunciar á toda manifestacion esterna, por muchos siglos fué el cristianismo estranjero á todas las artes. Cuando salió de las criptas y de las tumbas para sentarse en el trono con Constantino, á su vez perseguidor atacó los monumentos del paganismo, no por las impresiones que de la disposicion de sus líneas resultaban, sino porque pertenecian á una religion enemiga.

Esclusivamente ocupados en el edificio que en el mundo moral construian, tan poca importancia daban los cristianos del Bajo Imperio á las formas del arte material, que en la época de que hablamos, luego que pudieron enarbolar su bandera y mostrar á las naciones el triunfo de su fe, construyeron sus iglesias sobre el mismo plan de las fábricas romanas, no de los templos, sino de las basílicas donde se administraba la justicia y se trataban los negocios. Hasta los templos, como observa Fleury, se consagraban á Dios crucificado, cuando sus disposiciones interiores los hacian mas propios de los usos litúrgicos. Hay que notar con todo, sin que esta segunda causa implique contradiccion de la primera, que los neófitos griegos y romanos al principio no entrevieron el nuevo dogma sino á través del brillo moribundo de la antigua mitología, y que aun despues de abjurados sus errores conservaron muchos cierto materialismo, inherente á los hombres del oriente y mediodía. Durando así en su mente una tintura del paganismo, un reflejo de idolatría, se hallaron tanto mas dispuestos á reproducir las formas arquitectónicas que ya habia consagrado su respeto religioso.

Para amoldar el estilo del templo cristiano al espíritu del cristianismo, eran necesarias razas que por sí mismas tendiesen á la espiritualidad, razas nuevas, que no se resintiesen del influjo de ningun recuerdo ni en su manera de manifestarla. Cuando estos pueblos predestinados hubieron acabado la conquista y reparto del mundo, hallaron la arquitectura greco-romana ya modificada por el islamismo; y apoderándose de las innovaciones árabes para engrandecerlas y marcarlas con su propio sello, edificaron entonces estas iglesias que parecen mezquitas puestas una encima de otra, y cuyas inmensas bóvedas, al paso que favorables al buen efecto de la armonía y á la pompa del culto, no lo son menos á la oracion y al recogimiento.

Así se constituyó la arquitectura cristiana, la de los musulmanes procedió de un modo muy distinto.

SAUMUR.

SU DESCRIPCION É HISTORIA.

Recorred muchas comarcas, visitad numerosos sitios célebres, y ninguno encontraréis que presente un aspecto de una belleza mas constante y que produzca á la vista un efecto mas incesantemente delicioso que las riberas del Loire; nada ofrece un golpe de vista tan magnífico como aquel admirable dique de la cosecha que costea el gran rio desde Orleans á Angers. Las ciudades del Orleanés, de la Turena y de Anjou escalonadas á entrambras orillas, contribuyen á trechos á hacer variables los paisajes campestres, entre los cuales se desliza con majestad una vasta cascada. Entre las antiguas ciudades provinciales cuyo aire gótico transporta nuestra imaginacion á los tiempos feudales, Saumur es la que mas quiero: su castillo, su puerto imponente, la elegante posicion de la ciudad sobre el Loire, todo eso la ha dado á mis ojos un encanto cual lo gozaba ya en mi fantasía, rica como es en recuerdos históricos, y tradiciones nacionales; en ella las obras del arte y de la naturaleza parecen haber conservado el sello de las generaciones que se han ido sucediendo en el suelo de los Celtas, de los Romanos, de los Francos, Galos y Franceses.

Volvamos á empezar juntos, amigos lectores, el paseo que hice en otro tiempo en aquella ciudad por tantos títulos interesante, y hagamos por justificar la admiracion que me inspiraran Saumur y su comarca.

Veamos primero las iglesias, puesto que son las que mas llaman nuestra atencion: curiosos peregrinos y amantes de los pasados siglos, ellas nos harán cumplir con este piadoso mandamiento repetido por mas de un cronista de Anjou: *Primum Deo, secundò hominibus*. Nuestra señora de Nantilly es uno de los mas antiguos edificios religiosos de la ciudad, y lo que para nosotros forma una parte digna de atencion son las inmensas tapicerías tendidas á lo largo de su pared, cuadros tan bizarros en su ejecucion como interesantes en su composicion. Varias de esas obras maestras de los Gobelinos y de los Aubusones de los siglos XIV y XV, estan consagrados á la representacion de la vida de la Vírgen; si el dibujo de los personajes es rudo en sus perfiles y pasablemente exageradas las posturas, hállase en cambio mucha gracia y verdad en los detalles. Al lado de esas piadosas escenas, échase de ver el sitio de Jerusalen por Tito, confuso conjunto de brazos, de caballos y de hombres armados, en el cual no he observado mas que un soldado romano colocado en el primer término del cuadro; el mosquete que trae, especie de gran cañon de mecha, es una muestra de los anacronismos causados por el capricho mas bien que por la ignorancia de los pintores, de los cuales ni varias de las mismas obras capitales de la escuela italiana han estado al abrigo. Habia en otro tiempo en la iglesia de Nuestra Señora de Nantilly un sepulcro que he buscado en vano, y es el de Thiephaine la Magine, la cual habia criado á Renato y á María de Anjou, mujer de Cárlos VII. Es-

taba representada la alta y poderosa nodriza con estatua echada, teniendo en sus brazos á los dos augustos niños; y leíase en el mármol el siguiente epitafio, que le compusiera un poeta de aquellos tiempos.

Ci gist la nourice Thiephaine
La Magine, qui ot grant paine
A nourrir de let, en enfance
Mary d' Anjou, royne de France
Et apres son frere René
Duc d' Anjou et depuis nommé
Comme encore roi de Sicile,
Qui á voulu en cette ville
Pour grant amour de nourriture
Faire sa sépulture. (*)

Despues de Nuestra Señora de Nantilly, es fuerza visitar á S. Pedro, cuya arquitectura remonta al siglo XII ó XIII, y de cuyo interior, estudiando los detalles arquitectónicos podráse comprender la grande transformacion que se habia verificado en aquella época. S. Pedro es por la traza de su construccion una transicion entre el estilo bizantino y el puramente ojival; desgraciadamente el mal gusto de los arquitectos encargados de reparar la fachada ha afeado con una portada con columnas jónicas aquella hermosa obra de la edad media, anacronismo no menos chocante y mil veces mas imperdonable que el de las tapicerías de la iglesia de Nantilly.

San Nicolás, bien que de tan antigua data como S. Pedro, ha sido de tal modo desfigurado en los siglos XV y XVI, por añadiduras de otro estilo y de otra escuela, que es imposible encontrar en él la obra de nuestros abuelos.

Con el afan de dar á la actual Saumur una antigüedad que no tiene, ciertos anticuarios Anjevinos han pretendido encontrar en la iglesia de S. Juan el templo elevado á dios por Pepino, bajo la invocacion del precursor al rededor del cual se agruparon algunas casas que formaron bien pronto la ciudad Johannis. Nada encierra el actual S. Juan que descubra tan remota nobleza, con una traza bastante elegante debe de ser preferida respecto al gusto á S. Nicolás, cuyos ápsides vueltos hácia el occidente la constituyen por otra parte una curiosa anomalía á los ojos arqueólogos.

Hemos revisado ya todos los edificios religiosos, echemos ahora una ojeada á los monumentos civiles y militares, al frente de los cuales descuella el palacio sentado sobre una roca de la naturaleza del lápiz y flanqueada en otro tiempo por torrecillas actualmente casi todas arruinadas. *Salvus murus*, Saufmur, muro inespugnable, tal fué el nombre que dieran en otro tiempo á aquella tremenda fortaleza y que pusieron luego á la ciudad. S. Luís fué, segun dicen, quien edificó el palacio, habitado luego por Cárlos VII, y depósito hoy dia de armas y municiones; residiera tambien en el Duplessis Mornay, mas ilustre por la *Enriada* que por sus propias hazañas; celoso partidario de la reforma, este guerrero, hombre de estado, colocado en Saumur por Enrique IV, estableció en ella una academia protestante, y bajo su corta administracion elevóse aquella ciudad á un rango que de ningun modo pudiera alcanzar despues.

La casa de la ciudad que el viajero no dejará de visitar es un hermoso edificio edificado segun cree Mr. de Caumont, sabio anticuario normando, por los tiempos de Luís XI. Tiene un museo, mas recomendable por la variedad de sus curiosos objetos, que por su número, habiendo podido admirar en él la perfecta conservacion de una antigua corneta de bronce de unos cinco pies de largo: instrumento que no da á entender tuviesen los antiguos señores del mundo menos vigor en los puños, que fuerza en la laringe.

Sufriera Saumur vicisitudes de toda especie, y pasara por casi todos los estados de grandeza á que es dado aspirar á una ciudad de su importancia. No era en un principio mas que un simple castillo, el Truncus, que defendia un paso sobre el Loire, y algunas casas desparramadas por la ribera la ciudad Johannis. En 1026, Fulgencio Nera se apoderaba de aquel punto militar, con lo que pasaba á ser Saumur desde aquel instante una de las principales ciudades del Anjou. Reunida al dominio real, bajo Felipe de Volois, jamás saliera de él, á no ser por las varias enagenaciones que la hicieron pasar de las manos de Francisco, duque de Guisa, á las de Cárlos IX, luego en fin á las de Enrique de Bourbon, poco despues Enrique IV, y desde entonces formó definitivamente parte del reino de Francia. Las desgraciadas guerras de la Vendée dieran á Saumur una importancia militar que parecia haberle negado completamente su posicion geográfica. Sitiada por el ejército realista, cedió á la heróica temeridad de Enrique de Larochejacquelin, y por un instante llegó á ser el centro de las operaciones del cuerpo de Cathelineau, quien en los mismos muros de la ciudad tomada por su talento militar, de simple cochero se vió proclamado general en gefe de la insurreccion vendeana; mas el papel militar á que Saumur habia sido llamada como de improviso, no fué de larga estension, y algunos meses despues de haber visto flotar sobre sus muros la bandera blanca, ni tan siquiera podia ofrecer un asilo á uno ó dos batallones realistas perseguidos y dispersados.

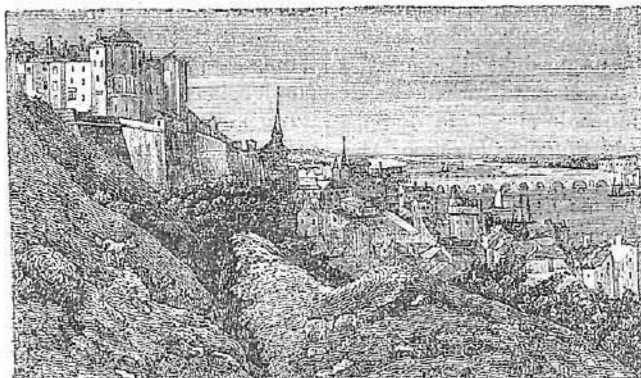
Tal es la historia de Saumur; de la cual hubiese olvidado sino el hecho mas importante relativamente á la historia general, á lo menos por lo que hace á la ciudad en particular, á no decir una palabra de los dos magníficos puentes, los mas bellos ornamentos de la antigua ciudad anjevina. En otro tiempo una modesta barca era la sola comunicacion establecida entre ambas orillas del gran rio, cobraban los monges de la abadía de S. Florencio su producto, que procuraban aumentar lo posible desollando al viajero. Cansados de estar á merced de la rapacidad monacal los Saumurenses tomaron prestado algunos marcos de plata á Touro, ciudad vecina y amiga, y en poco tiempo quedaron construidos sobre los dos brazos del Loire dos puentes de madera á despecho de los religiosos. Grandes recriminaciones hiciera el abate de S. Florencio; mas en balde, los puentes estaban hechos; los habitantes gozaron en paz de la exencion que les valiera su industria, hasta que algunos años despues para indemnizar á los monges, dióles

(*) Yace aquí la nodriza Thiephaine la Magine, quien con gran trabajo dió de mamar en su infancia á Maria de Anjou reina de Francia, y luego á su hermano René duque de Anjou, á quien llamaron y llaman aun rey de Sicilia, la cual llevada de su grande amor á sus hijos de leche ha querido ser enterrada en esta ciudad.

Enrique II la propiedad de los puentes, con la condicion sin embargo de volverlos á construir de piedra poco á poco. Los Saumurenses quedaron exentos del derecho de portazgo, y por muchos siglos la abadía de S. Florencio percibiera de los transeuntes su derecho señorial. Por último en 1752, los viejos monumentos de la famosa querella cedieron su lugar á dos magníficos puentes de piedra debidos al genio constructor del ingeniero de Cesart y acabados por Mr. Lecreulx. Verdaderas obras maestras de este género, no ceden en osadía y firmeza de ejecucion al puente del Espíritu santo, ni á los de Neuilly y de Burdeos en majestad y elegancia.

ABELARDO.

Pedro Abelardo, nació en Palais en 1079, pueblo algo distante de Nantes, de una familia noble. Desde muy niño mostró una inclinacion tan decidida al estudio, que cedió el derecho de primogenitura á sus hermanos para entregarse con libertad y sin distraccion á sus tareas literarias. Dió en breve muestras de su aplicacion haciendo progresos admirables en la elocuencia, filosofía, jurisprudencia, teología, lenguas griega, hebrea y latina, y se hizo tan familiar en estas ciencias, y en particular en la filosofía escolástica, que á poco tiempo hallaron sus maestros lecciones en la erudicion y profundidad de ideas del discípulo. No contento con sus adelantos, pasó á París á perfeccionarse con las lecciones de los célebres maestros de aquella ciudad, donde oyó con aprovechamiento al arcediano Guillermo de Champeaux, el mas célebre dialéctico de aquel tiempo, y en las conclusiones públicas hizo muchas veces el discípulo titubear al maestro; quien conociendo que Abelardo se complacia en confundirle, se declaró su enemigo y le obligó á ausentarse de París. Desde aquella capital se retiró precipitadamente á Melun. Se hallaba entonces en la edad de 22 años, y habia ya adquirido



Vista de Saumur.

tanta fama por su saber, que abandonando las escuelas de la capital, se le reunieron una multitud de discípulos para oirle y admirarle. No creyéndose seguro en Melun pasó á Corbeill, mas en todas partes escitaba con su fama la persecucion de sus enemigos. Triunfaba Abelardo de todos sus émulos con su elocuencia, pero viendo debilitadas sus fuerzas, hubo de seguir los consejos de los médicos, y retirarse á su país para restablecer su salud. Hallándose ya en estado de poder continuar sus rápidos progresos, volvió á París donde reconciliado con sus contrarios, abrió una aula de retórica que con su reputacion dejó desiertas las demas de aquella capital. De ella salieron muchos doctores célebres en la iglesia. Tales fueron entre sus discípulos Guy-Du-Chatel, cardenal y papa con el nombre de Celestino II; Pedro Lombardo, obispo de París (llamado comunmente el Maestro de las sentencias); Gaudefroy, obispo de Auxerre; Berenguer, obispo de Poitiers, y san Bernardo. Su primer cuidado era el imbuir la idea de que sin dejar de imitar la erudicion de los filósofos griegos y romanos, jamás se apartasen del camino de la verdad, ó mas bien que Dios era *fuente de toda verdad*. En aquella época fué el intérprete mas sabio y elocuente de las santas escrituras. Apoyando la instruccion en bases sólidas, supo adoptar un método arreglado á las luces de su tiempo; su elocuencia era la admiracion de todos los hombres ilustrados; con el don de la palabra encantaba á los oyentes, y su voz melodiosa se hacia inteligible á toda clase de personas. Su fama volando por todas partes, llegó hasta los oidos de la bella Luisa ó Heloisa; y esta jóven amable que reunia en sí las gracias y la hermosura, y estaba dotada de un talento poco comun entre el bello sexo, queriendo ilustrarse mas y mas, recurrió á la sabiduría de Abelardo. Este, que entonces se hallaba en la edad de 39 años, trató de fomentar las ideas de Heloisa; pero admirado de su hermosura y no pudiendo resistir á los encantos del amor, en vez de llenar su principal objeto, cedieron ambos á los impulsos de una pasion violenta, y se entregaron á unos placeres que les fueron muy funestos. Fulberto tio de Heloisa, que muy lejos de sospechar la secreta inteligencia de los dos amantes les proporcionaba que

se viesen y hablasen con mas libertad, por atender á la instruccion de la sobrina, llegó al estremo de hospedar al maestro en su propia casa. Abelardo, tan buen poeta como orador, se entretenia en componer versos dedicados al objeto de sus amores, de modo que el público no ignoraba que olvidado de sus útiles tareas, solo procuraba agradar á su querida Heloisa. Bien pronto conoció esta que el vulgo no habia censurado en vano su conducta; sábelo Abelardo, acude diligente al remedio, y para librarla de la cólera de Fulberto, la saca de su casa y la conduce á Bretaña, donde Heloisa dió á luz un niño, á quien puso el nombre de Abelastre (hermoso astro). Despues para reconciliarse con el canónigo, efectuaron el enlace y regresaron á París. Aunque los dos esposos se amaban con terneza, tuvieron por conveniente el vivir separados; y Fulberto que todavía alimentaba deseos de venganza contra el que ya era su sobrino, se valió de seis malvados que sorprendiéndole en su cuarto le mutilaron, llenando con esto sus dias de amargura y de oprobio. Abelardo quiso ocultar su afrenta retirándose á la abadía de S. Dionisio, donde tomó el hábito; y Heloisa desconsolada entró monja en el monasterio de Argenteuil. Mitigadas con el tiempo las penas de Abelardo, volvió á dar sus lecciones, reunió un gran número de discípulos, y á instancia de ellos mismos compuso un tratado de la Trinidad, que fué denunciado al sínodo de Soissons en 1122, el cual le condenó como herético. Abelardo, siendo en fin tan desgraciado en sus escritos como en sus amores, hubo de quemar su obra en presencia de los padres del concilio. A consecuencia de esto, determinó salirse del monasterio de S. Dionisio, y se retiró á las inmediaciones de Nogent del Sena, donde construyó á sus espensas un oratorio que dedicó al Espíritu Santo, y que llamó *Paracleto ó el Consolador*. Despues fué nombrado abad de S. Gildas de Ruiz, en la diócesis de Vannes, y entonces hizo donacion del Paracleto á Heloisa y á las demas religiosas de Argenteuil. Halló Abelardo poco consuelo en el monasterio de S. Gildas, pues no podia olvidar á su infeliz esposa, ni borrar tampoco de su memoria el escesivo amor que le habia inspirado: así es que mientras se esforzaba para triunfar de sus pasiones, se renovaron contra él las acusaciones de heregía, en términos que S. Bernardo le escribió con empeño á fin de que se retractase y corrigiera sus libros. Rehusó Abelardo las amonestaciones de aquel Santo, y aguardó la decision del concilio de Sens, el cual hizo que Inocencio II condenase la doctrina de Abelardo, mandando que fuesen quemados sus libros, y encerrado el autor con prohibicion de enseñar. El desgraciado monge apeló de esta decision, y pasando por Cluni para ir á Roma, habló con Pedro el venerable, abad de aquel monasterio, hombre bondadoso y pio, tan compasivo como ilustrado, el cual procuró aliviar sus pesares, volverle á Dios y reconciliarle con S. Bernardo. Logró Pedro cuanto deseaba, y manifestando su arrepentimiento al Papa, consiguió de este el perdon. Entonces Abelardo resolvió acabar sus dias en el retiro; pero debilitado ya con los pesares, la austeridad y los ayunos, se vió por último en un estado el mas deplorable cuando fué enviado al priorato de S. Marcelo, donde murió en 1142, á los 65 años de edad. Heloisa reclamó sus cenizas, y fueron depositadas en el convento del Paracleto. Pedro de Cluni, en prueba de la tierna amistad que le profesaba, honró su memoria con dos epitafios latinos, comparándole á Homero. A pesar de la exageracion de este elogio, se debe convenir en que fué Abelardo uno de los hombres mas ilustrados de su siglo, pues reunió las cualidades de gramático, orador, dialéctico, poeta, músico, filósofo, teólogo y matemático, aunque no dejó obras que justificasen la opinion en que le tenian sus contemporáneos. Aun hubiese tenido mas celebridad, y sufrido menos persecuciones, si hubiese sabido reprimir su desmedida presuncion, y no hubiese sido tan obstinado en sus opiniones. La censura de sus escritos se halla recopilada en sus obras publicadas en París en 1616, en un tomo en 4.°, aunque algunos ejemplares tienen la fecha de 1606 y otros de 1626. Esta coleccion se compone de *cartas*, de las cuales la primera contiene la relacion de sus desgracias, la 3ª, 5ª, 7ª y 8ª, son dirigidas á Heloisa y las otras á las religiosas del Paracleto. *Tratados morales y dogmáticos*, entre los cuales hay 32 sermones: El *Exameron in Genesim* de Abelardo, está impreso en el tomo 3.° del Tesoro de las anécdotas de Martene. El padre Gervasio publicó en 1720 *la Vida de Pedro Abelardo y de Heloisa su esposa*, en 2 tomos en 12, y en 1723 una traduccion de su correspondencia con el título de *Verdaderas cartas de Abelardo y Heloisa*, con el texto latino al frente, 2 tomos en 12. Fournier, librero de París, las dió á luz en en una bella edicion en 1766, con una nueva vida de Abelardo por Mr. Delaulnaye, 3 tomos en 4.°; y Beauchamps las tradujo en versos franceses. Es muy estimada la edicion latina, publicada por Ricardo Rawlin, en Londres 1714 en 8, y Oxford 1728. En inglés se publicó tambien una historia muy apreciada de Heloisa y Abelardo, en Birmingham, 1787 y Basilea 1793. Además se han publicado bajo el nombre de Abelardo y Heloisa, diferentes cartas que son puramente fingidas, véase Pope y Colardeau; pero todas estas ediciones hechas para recordar la memoria de estos dos amantes, haciendo la apología de sus amores, y celebrando el desvío de su juventud, no merecen mas ascenso que una frívola novela.

EL ENCANTADOR MERLIN.

Es Merlin personaje famoso por las profecías que se le atribuyen, y por la gran parte que en los fechos de la andante caballería le cupo, si no mienten crónicas y novelas. Nació por el siglo V en las montañas de Escocia; y muy superiores á los de su tiempo debieron de ser sus conocimientos, ya que su memoria ha durado venerada por el pueblo, á quien plugo rodear de maravillas su cuna, y que se ha acostumbrado á mirar como obra de su poder las enormes piedras que hay cerca de Salisbury, restos grandiosos de algun monumento gigantesco, como que aun se aseguraba que Merlin las trajera del fondo de la Irlanda. Dicen las antiguas crónicas que él fué el fruto de un comercio misterioso de un incubo y una religiosa, hija del rey de Escocia.

Segun Leland, era un sabio muy versado en los arcanos de la naturaleza; poseia á fondo las matemá-

ticas, y á todos sus contemporáneos aventajaba en las dotes del ánimo; por esto varios príncipes le honraron con su confianza, apreciando la sabiduría de sus consejos y su prudente esperiencia, con la cual preveia y anunciaba el resultado de sus empresas. Pero una esplicacion tan sencilla y natural de la alta fortuna de Merlin no podia tener cabida en aquellos siglos de ignorancia, que prefirieron buscar la causa de ella en un pacto que Merlin juró con el diablo: así es que la mayor parte de los escritores que nos han transmitido su historia fabulosa, hablan de él como de un gran mágico y hábil encantador, al paso que otros ven en él un santo ó un profeta visiblemente inspirado por el cielo; y gran concepto debieron de merecerles sus *profecías* á Godofredo de Monmouth y á Alain de Lille, sugetos de los mas ilustrados de su época, pues que el primero las tradujo en latin, y el segundo creyó que debia ponerlas al alcance de todos, enriqueciéndolas con comentarios.

Y en verdad bien se necesitan comentarios para esplicar profecías tales como las dos siguientes, que en francés antiguo se hallan en la edicion del *Orlando furioso* hecha por Mr. Mazuy (nota 2 del canto III): «*Del pájaro que nacerá de un árbol, y de la bestia que nacerá en los desiertos de Babilonia.* Nacerá de un árbol un pájaro, que será grande como un caballo, y volará tan desmesuradamente, que no podrá comparársele bodoque de ballesta ni otro tiro alguno de máquina. Y sabed que se verá en todas las partes del mundo; y llevará abierto el pico, y tragará vivos á todos los demas pájaros. Y si saber quereis cuando será esto, claramente os digo que será quince años antes de que nuestro señor Jesucristo venga á juzgar el mundo. Aquel pájaro hará justicia de los pájaros que se hubieren comido á los otros, y cuando se los habrá tragado todos y ya no encontrará que comer se matará de coraje. Y en aquel tiempo una bestia saldrá del desierto de Babilonia, la cual bestia tendrá sobre su cabeza un cuerpo agudo como una espada. Habrá por nombre *Cartangles*, y se irá por todos los desiertos matando las malas bestias que van devorando á las demas. Y sabed que aquella bestia no matará sino á las que son carnívoras, y no osará tocar las otras.» *Del pez que nacerá en el rio Jordan.* «En el tiempo en que la bestia se irá del desierto por todo el mundo, nacerá un pez en el rio Jordan; habrá por nombre *Amergle*, y tendrá de largo ciento cincuenta pies, y treinta y seis de ancho, y de grueso quince. Y la bestia será tan grande como un elefante. Y el pájaro habrá por nombre *Faregus*, y este nombre le pondrá un cazador de Babilonia, que, en aquel tiempo, será uno de los hombres mas fuertes del mundo.» Confesamos francamente que los comentarios de Montmouth y de Lille eran por cierto indispensables para la inteligencia de tamañas profecías.

No las pasó por alto el inmortal Cervantes, ni el encantador Merlin era para olvidado en aquel libro, que cerraba espléndidamente la lista de los caballerescos, y abria la puerta á la moderna literatura, postrer adios del poema cristiano, en que solo brilló una cruz, un caballero y una dama, y aurora de la novela moderna, en que se agitan naciones, pueblos y reyes, artesanos y guerreros, ora alrededor de un nombre, que en letras de oro dice NACIONALIDAD, ora so una enseña inmensa, donde resplandece la HUMANIDAD en caracteres grandiosos.

Con sus encantamientos gran papel hace Merlin en los libros que pertenecen á la clase del rey Artur ó Artus y de los caballeros de la Tabla Redonda. Como tuviese el buen monarca largas guerras con los barones que no aprobaron su eleccion, venciólos al fin con la ayuda del mágico, que le dió una enseña maravillosa, que debia precederle en todas las batallas, y consistia en un dragon de bronce puesto en la punta de una lanza, arrojando llamas por la boca y con una cola desmesuradamente larga. Tambien tuvo Artur recios y sangrientos combates con los Sesnes, y en ellos le ayudaron el rey Bau, el rey Boort, y el rey Leodagan, pero principalmente cinco caballeros, que fueron: Galachin, Gauvain, Agravain, Gareheit y Gahereit.

Así mismo guerreó en las Galias, donde venció á los Romanos; y en todas estas espediciones, siempre le auxilió el sabio Merlin con todos los recursos de su arte, apelando á todo género de metamórfosis, y apareciendo ya en figura de page, ya en la de un ciervo con cinco astas, ora en la de un asqueroso enano, ora en la de un tocador de arpa. En fin, desapareciendo para siempre de la Inglaterra, en vano le buscaron solícitos Gauvain y otros caballeros.

«Merlin, dice Mr. Mazuy, enseñó la magia á la hada Morgana, hermana de Artus, y á Viviana, llamada la *Dama del Lago*, de la cual se enamoró. Pero deseando esta, segun ella decia, precaverse de la cólera de su familia, pidió al sabio mágico que le hiciese dos encantamientos para adormecer á sus padres ó tenerlos encerrados siempre y todo el tiempo que quisiese. Accedió Merlin á los deseos de su jóven amante, y desde entonces solo pensó ella en valerse de los hechizos contra él mismo. Cuando por la noche iba el encantador á visitarla, Viviana al punto le infundia sueño, y por este medio se conservó casta y pura; pero dándole un dia á la jóven el capricho de encerrarlo en un bosque segun ciertos manuscritos, en una caverna segun otros, ó en un sepulcro, allí Merlin espiró. Con todo, su espíritu subsistia; de cuando en cuando se oia su voz muy distintamente, y monseñor Gauvain lo oyó perfectamente á través de un seto de ogiacantas, en el bosque de Broceliande, en la baja Bretaña.

Tampoco se olvidó el Ariosto de mencionar á Merlin en su *Orlando*; y supone que Bradamante estuvo en la gruta ó sepulcro de aquel encantador, despues que el pérfido Pinabel fué traidor á la valiente hija de Aymon.

REFLEXIONES GENERALES SOBRE LA ARQUITECTURA.

MONUMENTOS DEL CAIRO.

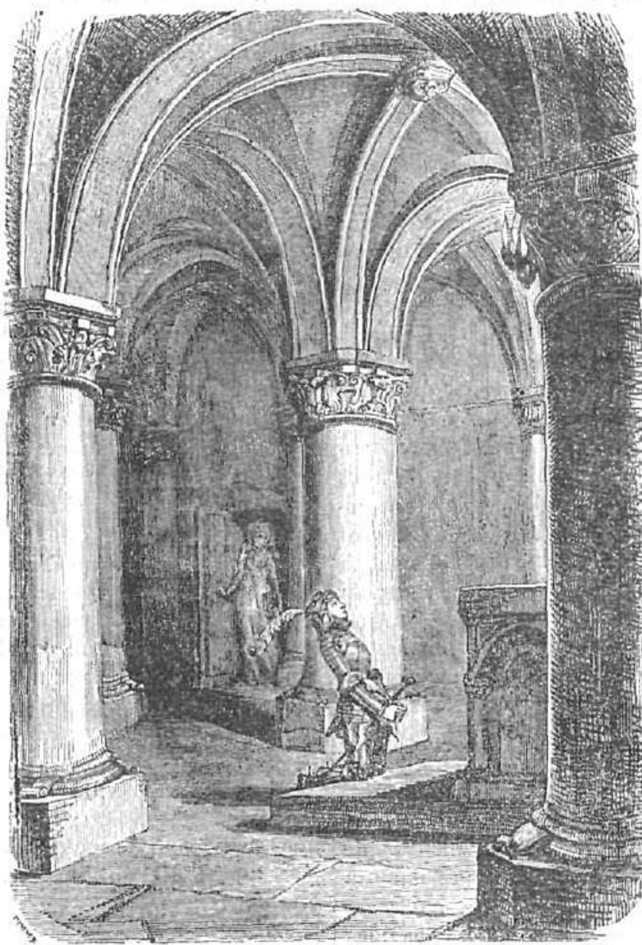
ARTICULO II (*).

VENCEDOR al comenzar su carrera, pudo el islamismo inmediatamente satisfacer todas sus inclinaciones, todas sus antipatías, y como sabia sacar partido de las percepciones de los sentidos, comprendió la espresion simbólica de los templos del arte gentí-

(*) Véase la página 226.

lica, y declaró la guerra á los templos, aun quizás mas que á las mismas religiones. La destruccion de las imágenes naturalmente acarreó la ruina de los edificios que las contenian; y al paso que reconocia á Moisés y á Jesus como profetas cuya mision él continuaba, al paso que con sus palabras sancionaba el Evangelio y el Pentateuco, Mahoma reprobó la aplicacion que de aquellas leyes divinas se habia hecho antes de su venida, y sobre todo condenó los cultos iconólatras que ellas engendraran. Así por sus propias recomendaciones derribó el califa Omar cuarenta mil templos cristianos, judíos ó paganos, no perdonando mas que á las iglesias de Jerusalen por respeto á la capitulacion que le hiciera dueño de aquella ciudad, tres veces sagrada para los musulmanes. Escepto aquellos edificios y la Kaaba de la Meca, segun las tradiciones árabes erigida por Abrahan y su hijo Ismael, todas las casas religiosas que en los primeros siglos de la egira se hallaron al paso de los sarracenos, cayeron arrebatadas por el torrente de la conquista; y solo despues de asentar su dominacion sobre bases vastas y seguras el mahometismo, merced á los hábitos de tolerancia que contrajera, consintió en dejar en pie los templos estranjeros.

Apenas empezaran los musulmanes á destruir los monumentos de los cultos rivales suyos, convencidos de la influencia que las formas materiales podian ejercer en las ideas, fundaron un nuevo sistema de arquitectura. Hasta entonces solo se admitiera en la construccion el semicírculo, la parábola y la línea recta. El islamismo, modificando las tradiciones artísticas de los infieles, adoptó un elemento que esta-

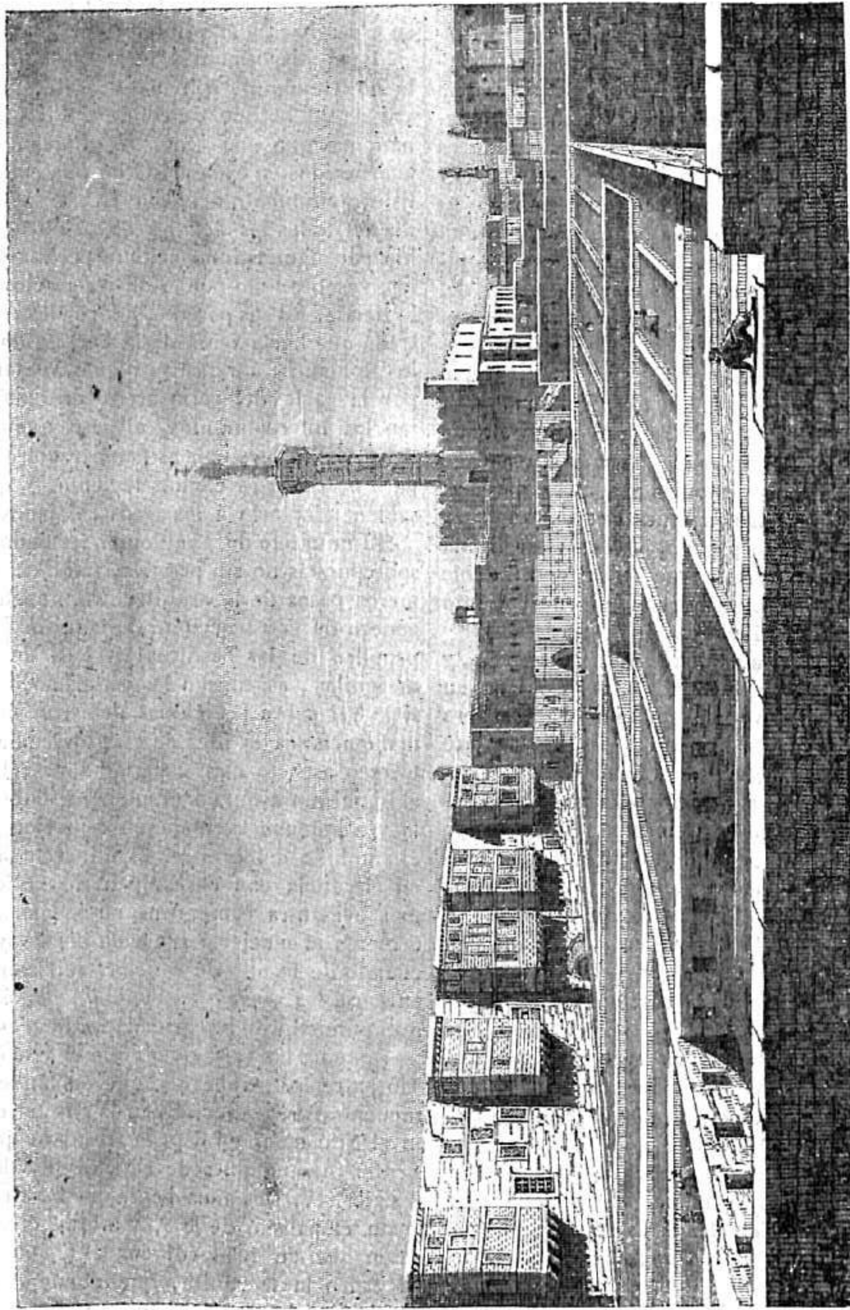


Bradamante en la tumba de Merlin.

ba mas en armonía con su dogma, la ojiva, cuya curva airosa y vértice agudo simbolizan el vuelo del pensamiento humano hácia el paraíso celestial; á la decoracion de la estatuaria y representacion de criaturas animadas, sustituyó esos ligeros follajes y adornos, que aun hoy en dia llamamos arabescos; reemplazó el entablamento griego con una balaustrada; adelgazó la curvatura de la cúpula romana, y finalmente erigió el minarete, magnífica transformacion de la columna griega, que levantó á mayor altura en pisos ó cuerpos que fuesen en diminucion, para que de lo alto de aquella tribuna aérea se oyese la voz del iman que llama el pueblo á la oracion.

Estas formas diversas caracterizaron la mezquita, y la colocaron entre la iglesia y el templo pagano, de la misma manera que en el órden moral la ley de Mahoma era un medio entre el espiritualismo de los cristianos y el sensualismo de los gentiles. *(Sigue.)*

AGRICULTURA. — MONUMENTOS DE EGIPTO



Casas de Alejandria.

Efectivamente el templo de los idólatras es macizo, y asienta á escuadra sus muros llenos y sólidos; la perspectiva de sus líneas rectas é inflexibles siempre recuerdan á la vista el horizonte; y si el remate se eleva á regiones mas altas, es por medio de una cúpula, cuya generatriz sube verticalmente del suelo, se encorva en arco, y vuelve al suelo para asegurar en él al edificio. La religion que mas largamente ha satisfecho los apetitos carnales del hombre, y puesto en las entrañas de la tierra la mansion de sus futuras delicias, esa debia con su arquitectura reproducir semejante carácter de materialismo.

La iglesia, al contrario, no tal como se construyó en Roma y en Oriente bajo la influencia pagana que dominaba todavía, sino tal como se la admiró despues en Inglaterra, en Alemania, en Francia, y particularmente en España, exagerando la fisonomía espiritualista de las construcciones sarracenas, traduccion fiel del dogma que ella celebra con sus muros delgados y recortados, sus torres caladas, sus altas y afiladas agujas, la iglesia parece se despoja de su substancia material y se eleva á los cielos como una forma aérea; y campanarios, torrecillas, agujas, pirámides, el edificio entero sube con la oracion del cristiano á las alturas misteriosas, donde se sienta el Dios puro espíritu.

Lo mismo que la iglesia, en algunas partes presenta la mezquita á la materia extenuada, espiritualizada, digámoslo así, y por medio de las osadas espirales de sus minaretes tambien pretende alzarse al empíreo. Mas en cambio, con sus cúpulas y con sus paredes, casi siempre reforzadas con espesas capas y apoyos, lo mismo que el templo pagano, parece estar ligada fuertemente con el terreno que la sustenta: doble tendencia, que se reconoce mas claramente, cuanto mas se considera el edificio en todos sus detalles.

La base del minarete es una maciza mazonería, y su mitad superior una torrecilla esbelta y rica en molduras. En su corte vertical figura una abrazadera cuyos brazos se encorvan hácia la tierra, al paso que su interseccion se dirige en punta hácia el cielo, figurando de este modo la relacion que somete á los decretos del Eterno las cosas humanas, y designando como objeto de la adoracion de los fieles aquella unidad divina, adonde deben converger todos los esfuerzos y todos los vuelos del pensamiento del hombre. Ya se la analice, ya se la observe en su conjunto, la mezquita participa de la iglesia y del templo, y al estilo del arte pagano reune el carácter de la arquitectura cristiana.

Sin embargo, solo trás largos esfuerzos alcanzó el arte sarraceno un sello tan espresivo, como cualquiera lo echará de ver haciendo un cotejo entre los numerosos monumentos del Cairo.

La mezquita mas antigua de Egipto, aquella que Amrou edificó en el paraje mismo de su tienda, es sin disputa una imitacion del atrio ó lonja que precedia al cuerpo principal de las basílicas. Consta de unas cuatrocientas columnas, que en dos, tres y cinco filas rodean un patio descubierto; y ofrece un punto de vista admirable, sobre todo cuando este se toma oblicuamente á las largas líneas de las galerías. Para los viajeros europeos tal vez le hayan rebajado algo de su mérito las bóvedas ojivales de las naves, que datan de una época posterior á la fundacion del edificio; pero en su disposicion intacta todavía encuéntrase no obstante el tipo de infinitas construcciones musulmanas, y el gérmen del estilo moro, que se engendró en el seno del arte bizantino. Si era natural que, ignorante en arquitectura, el lugarteniente de Omar tomase por modelo el propileo de la iglesia que acababa de destruir; no lo era menos que dejase de imitar la nave. En aquel primer siglo de la egira la fe de los musulmanes no estaba ya asegurada de cualquiera influencia, como la de los cristianos; tal vez temió Amrou que sus pensamientos, detenidos por la techumbre de un templo, volviesen á caer en la idolatría, y quiso que, desde el seno mismo del santuario, la vista del cielo recordase á su esperanza la mansion prometida á los escogidos.

Igual disposicion reina en una mezquita vecina, la de Thouloun, con la sola diferencia de que, en vez de un bosque de columnas, las galerías no tienen mas que una línea de pilares de cuatro caras, guarnecidos en cada arista de una columnita aislada. Este monumento del siglo IX, respetado hasta hoy dia en todos los detalles de su estructura, es notable por algunas innovaciones peculiares al gusto árabe, y sobre todo por la ojiva, graciosa imitacion de la tienda. En sus paredes, adornadas con una balaustrada que hacia veces de la cornisa de los Griegos y los Romanos, ábrense pequeñas ventanas ojivales, y por la parte del patio arcos de igual forma cobijan los intercolumnios, al paso que el techo plano del peristilo atestigua al parecer que el triángulo era para entonces invencion reciente, y que todavía no sabian adaptarlo á los arcos aviajados.

El minarete de Thouloun, formado de dos torres sobrepuestas no sin pesadez, tambien marca los primeros pasos de la arquitectura musulmana en aquel género de construccion. De la misma manera que el propileo de las basílicas sirviera de modelo á las mezquitas, así mismo los campanarios erigidos en el siglo VII sobre las iglesias debieron de sugerir á los mahometanos la idea de esas torrecillas que tan pintoresco aspecto dan á sus ciudades; bien que aquí el islamismo aventajó al culto cristiano, tanto como la voz humana aventaja en espresion y en melodía al zumbido del bronce. El minarete árabe compite en elegancia con el campanario gótico, y nuestros mas brillantes campaneos no igualarian tal vez en armonía al concierto que cada dia se oye en el Cairo, cuando de lo alto de aquellas mil columnas cantan en coro los *muezin*: «Venid, pueblos! al asilo de tranquilidad y de integridad! venid al asilo de salud!»

De todas las variaciones que el arte de edificar sufrió entre los Arabes, y que en tantos ejemplos se encuentran reproducidas en la Capital de Egipto, así en el Nilo como en España, resultan que los monumentos mas notables de aquellos pueblos pertenecen al siglo XIV. Dos años habia que los Granadinos acabaron el palacio de la Alhambra, cuando el sultan Hasan hizo en 1356 edificar al pie de la ciudadela del Cairo la mezquita, que puede considerarse el templo mas bello del islamismo.

Aquel edificio, tan pintoresco en su disposicion angular y en la riqueza de sus ornatos, desesperaria á cualquier arquitectonógrafo que pretendiese describirlo con exactitud. Allí ni pilares ni columnatas; y en lugar de galerías-peristilos, tiéndese una serie

de salas, que se comunican por medio de anchas arcadas, las cuales por todas partes presentan una perspectiva imprevista, grandiosa y magnífica; y en el centro del monumento, como para recordar todavía el plan de *Amrou*, hay un pequeño patio cuadrado y descubierto, en el cual sobre una piscina se levanta un ligero pabellon con cúpula piriforme, ó en forma de pera. Renunciamos á describir el lujo de los mosaicos, la profusion de colores en el pavimento, en las paredes y en las bóvedas, la delicadeza de los embutidos de madera y de bronce que decoran las puertas y las tribunas, y el lustre de aquel friso azul, verde, rojo y dorado que, saliendo del cuarto donde se conserva el libro de la ley, va rodeando toda la mezquita de sentencias sagradas, bien como si los tesoros de verdad, que estan encerrados en el santuario, se saliesen de él para aparecer en caracteres celestes á los ojos de los creyentes.

Menos fácil seria describir el efecto del esterior del templo, cuya irregularidad desaparece con la grandeza de sus proporciones, y cuyos detalles resaltan á favor de hábiles contrastes. Un accidente, que solo puede atribuirse á hundimiento del terreno, la caida de un minarete apenas concluido, alteró las primeras disposiciones del arquitecto, pues para dar con terreno mas sólido le preciso á torcer su plan, y á establecer la mitad anterior en una direccion irregular. Con todo, no oblicuó mas que los flancos del edificio, sin romper el gran eje, que logró mantener recto, ni la simetría de la fachada posterior, que figura una ancha torre cuadrada, cubierta con una cúpula ovóide, y entre dos minaretes. No sabemos que admirar mas, si la inmensidad del buque, el atrevimiento de la cúpula, ó la gracia de una de aquellas dos torrecillas, elevada en forma exagonal, que tiene tres pisos sobre la cornisa del Santuario, y remata en una especie de campana ó granada vuelta; pero la portada, que está en uno de los ángulos opuestos, es quizás de lo mas maravilloso que la imaginacion árabe ha producido en punto á embutidos y relieves, despues de la Alhambra.

Pueden compararse las intrincadas pero simétricas combinaciones de los arabescos con la complexidad del cálculo algebráico, que conduce la inteligencia á un fin por medios que no podria retener la memoria ni aplicar el raciocinio. De esta analogía natural es inferir que el álgebra, invencion de los Arabes, influyó notablemente en su arquitectura. Mientras no tuvo mas guias que Euclides y Arquímedes, el arte de edificar hizo sus planos segun los recursos de la geometría pura; así todos los templos eran paralelipípedos, sus frontones triángulos, sus ornatos metopas cuadradas, y posteriormente en Roma sus cúpulas cascos hemisféricos. Mas cuando se abrió una nueva senda á la ciencia de las fórmulas, entonces tambien formas mas complicadas y atrevidas entraron en la estructura y en la decoracion de los monumentos; la práctica siguió los progresos de la teoría, y pareció que la arquitectura de los Sarracenos no solo reflejaba su fe religiosa, si que tambien sus descubrimientos científicos.

Por cierto seria cosa útil é interesante para nuestros jóvenes arquitectos estudiar el desarrollo del arte en las mezquitas del Cairo, descubrir en unas el orígen de una innovacion, y encontrar su perfeccion en otras; ver á la ojiva arquear primero los arquitrabes, despues los plafondos, y por último las cúpulas; al minarete engrandecerse y enriquecerse con nuevas esculturas; á la disposicion general modificarse de dia en dia, y á las variedades del ornato multiplicarse sin cesar. Aun mas: hoy en dia, en que se abusa de los modelos griegos y romanos, adoptándolos todos los edificios qualquiera que sea su destino; en la irregularidad de las fábricas árabes, tan graciosas en sus proporciones, tan ricas en su decoracion, nuestros artistas hallarian muchas mas inspiraciones que las que pueden darles las mas bellas obras maestras del paganismo. Y si es cierto que nuestra sociedad está harto desunida por el egoismo, harto falta de entusiasmo religioso y de fe política para que en ella el genio de la arquitectura se despliegue con nuevas creaciones, si es ya preciso contentarnos *con copias mas ó menos serviles y desfiguradas*; los planes y sobre todo los detalles de las mezquitas egipcias, reproducidos en nuestros monumentos y en nuestros teatros, tendrian al menos á los ojos del pueblo el mérito de la novedad.

Tambien opinamos que, en sus estudios sobre la historia moderna, los escritores no aprecian como debieran los documentos que podrian suministrarles el Egipto y la Siria, ya porque aquellas regiones fueron el foco de las luces y de los errores que en Europa sucedieron á la civilizacion romana, ya porque habiendo el poder del hábito, siempre soberano entre los orientales, conservado hasta hoy dia sus antiguas prácticas, allí se encuentra la edad media bajo mil formas. Sin mencionar los hospitales, las juderías, la astrología, la magia y todos los usos de nuestros mayores *que se han perpetuado en el Cairo*; aun se reconocen en esta ciudad las instituciones que tal vez sirvieron de modelo á nuestras universidades: los principales edificios religiosos se denominan indiferentemente con el nombre de *Gama*, mezquita, ó con el de *Medrecet*, colegio, porque casi siempre hay en ellos salas espaciosas, donde se completaba la educacion principiada en las escuelas anexas á las fuentes públicas.

La mezquita de El-Azhar ó de las Flores, fundada en el siglo X al mismo tiempo que el Gran Cairo y la mas antigua despues de las de Amrou y de Thouloun, daba habitacion y manutencion á doce mil estudiantes, que de todos los países de oriente acudian á cursar poesía, medicina, astronomía, derecho y teología; y aunque ahora á las cátedras árabes haya *generalmente sucedido la enseñanza europea*, todavía reune aquel colegio un auditorio bastante numeroso para dar una idea de su antiguo esplendor.

Las fincas señaladas para el sosten de aquellas universidades y para las limosnas que ellas distribuian, formaron las grandes propiedades del clero egipcio; y las rentas legadas á las mezquitas por la piedad de los particulares ó de los príncipes aun se aplican á un uso particular, á propósito para caracterizar el espíritu del mahometismo, pues constituyen pensiones alimentarías para las aves y los perros errantes. Muchos minaretes, entre ellos el de Thouloun, llevan en su cima una vacija llena de granos, y á su alrededor revolotean bandadas de tórtolas, adorno gracioso para el templo, y leccion viva de hospitalidad y beneficencia para los fieles.

PALEOGRAFIA.

Geroglíficos.

ARTICULO I (*).

No ha alcanzado aun la ciencia geroglífica el grado de perfeccion, en que no desconfiamos verla algun dia. Con los trabajos del ilustre Champollion ya dió un paso inmenso y decisivo; y cuando se consideran los progresos que ha hecho en estos últimos veinte años, con razon se esperan nuevos adelantos.

Para que nuestros lectores sepan en que estado halló Champollion esta ciencia cuando comenzó á entender en geroglíficos, y el en que la ha dejado, nos parece oportuno citar aquí lo que sobre el particular dijo él en un discurso que pronunció en la apertura de su curso de arqueología egipcia en el colegio de Francia, y el cual forma la introduccion de su gramática egipcia póstuma, pág. 7.

« Desde el siglo XVII, ya varios gabinetes poseian algunos objetos de arte egipcio de varios géneros, enviados á Europa por agentes consulares como meros objetos de curiosidad. Buena parte de aquellos monumentos provenian de las escavaciones hechas en el sitio donde estuvo Menfis; y eran amuletos, algunos de bronce, muchas figuritas de tierra esmaltada, imágenes funerarias de los hipogeos de Sakkara; y en fin, algunas momias comunes, muy poco notables con respecto á la decoracion ó riqueza de las pinturas. Despues ya llegaron á Europa trozos de manuscritos egipcios en tela, cintas ó fajas llenas de caracteres sagrados, y ataúdes de momias, de una piedra dura, recargados de largas inscripciones geroglíficas.

« Estos varios objetos llamaron en fin la atencion de los sabios sobre el sistema de escribir de los antiguos egipcios; y acrecentaban la curiosidad los raros documentos, que hay esparcidos por los autores griegos y latinos, relativos á los signos gráficos que aquella nacion usaba. Entonces comenzóse á ir tras los monumentos figurados del Egipto; estudiáronse los obeliscos de Roma, recien desenterrados ó vueltos á poner en pie por la munificencia de los Pontífices, y de este modo enriquecióse la arqueología con un nuevo ramo, que sin embargo largo tiempo permaneció estéril por la falta de direccion que á sus investigaciones dieron los eruditos.

« Aun no presidia una crítica rigurosamente purificada al estudio de los textos clásicos respecto de la historia y de la arqueología. No se hizo caso entonces de las importantes distinciones, que formalmente establecieran los autores antiguos entre los diferentes sistemas de escritura usados por los Egipcios; se generalizó con esceso lo que aquellos solo afirmaron de una clase determinada de signos, y desde entonces los estudios egipcios fueron desviándose de su verdadero objeto; pues, partiendo de falsos principios, se daba por sentado que la escritura egipcia, llamada geroglífica, *de ningun modo representaba el sonido de las dicciones del lenguaje*, que todo carácter geroglífico era el signo particular de una idea distinta, y finalmente que aquella escritura solo por medio de símbolos y de emblemas procedia á la representacion de las ideas

« Con tales principios, á que no han renunciado todavía algunos de nuestros eruditos, abríase á la imaginacion vastísimo campo, ó digámoslo mejor, una carrera sin límites. Echóse en ella el jesuita Kircher, y sin rebozo ni reserva abusó de la buena fe de sus contemporáneos, publicando con el título de *Œdipus Ægiptiacus*, falsas traducciones de leyendas geroglíficas esculpidas en los obeliscos de Roma, traducciones en que ni él mismo creia, pues que se atrevia á confirmarlas y apoyarlas con citas de autores que nunca existieron. Además, ningun fruto podian reportar de los trabajos de Kircher ni la arqueología ni la historia: y en efecto, ¿qué habia que esperar de un hombre que se jactaba de descifrar los textos geroglíficos *á priori*, sin ninguna especie de método ni pruebas? De un intérprete, que presentaba como fiel tenor de inscripciones egipcias frases incoherentes, llenas de misticismo, á la vez el mas oscuro y el mas ridículo?»

Con todo, salvo el dictámen de Champollion, el estudio de la lengua *copta*, que Kircher introdujo el primero en Europa con la publicacion de su libro titulado: *Lingua ægiptiaca restituta*, fundó los primeros elementos de la verdadera interpretacion de los geroglíficos. Saumaise fué el primero que demostró cuantas ventajas podia la filología sacar de las nociones contenidas en los textos coptos, esplicando por medio de ellas muchísimos vocablos egipcios citados por los escritores griegos. Los trabajos de Wilkins, de Lacroze, y los de Jablonsky, reunidos en su *Pantheon Ægiptiorum*, aclararon varios puntos de la mitología egipcia, y abrieron la senda á nuevos descubrimientos, sin dar por esto ningun paso verdadero en la interpretacion de los geroglíficos. En la última mitad del siglo XVIII renováronse algunas tentativas del mismo género, y tambien infructuosas por lo que concierne á una esplicacion razonada de los monumentos figurados del Egipto, que de cuando en cuando fueron llegando á Europa por efecto de las relaciones comerciales con Levante. Con todo, la publicacion de la grande obra de Zoega sobre los obeliscos redujo la cuestion á sus verdaderos términos: aquel sabio dinamarqués, profundamente versado en el conocimiento de la lengua copta, fué el primero que llegó á rastrear vagamente la existencia del *elemento fonético* en el sistema de la escritura geroglífica, pero sin darle ninguna estension.

En este estado se hallaba la ciencia, cuando la gloriosa y memorable espedicion á Egipto trajo el hallazgo de un monumento, que debia hacer en ella una verdadera revolucion. Era una gran piedra de granito negro, de forma rectangular, en cuya tersa superficie veíanse tres inscripciones en caracteres diferentes: la superior, destruida ó rota en gran parte, está en *escritura geroglífica;* el texto intermedio pertenece á una *escritura egipcia cursiva;* y una inscripcion en idioma y caracteres griegos ocupa la tercera y última division de la piedra. Traduciendo este texto último, que contenia un decreto del cuerpo sacerdotal del Egipto, reunido en Menfis para tributar grandes hon-

(*) Estractamos estos breves apuntes de un sabio artículo de M. G. Pauthier sobre la escritura antigua y moderna de los pueblos orientales y occidentales, el cual es uno de los escritos que mas honran la *Nueva Enciclopedia*.

Alfabeto egipcio de Champollion el jòven.

	S. griegos.	Signos demóticos.	Signos geroglíficos.
1	A		
2	B		
3	Γ		
4	Δ		
5	E		
6	Z		
7	Θ		
8	H		
9	I		
10	K		
11	Λ		
12	M		
13	N		
14	Ξ		
15	O		
16	Π		
17	P		
18	Σ		
19	Σ		
20	T		
21	Y		
22	Φ		
23	X		
24	Ψ		
25	Ω		
26			
27	TO-		

ras al rey Tolomeo Epifan, húbose la entera certidumbre de que las dos inscripciones egipcias superiores eran la espresion fiel del mismo decreto en idioma egipcio y en dos escrituras egipcias distintas: la *escritura sagrada* ó *geroglífica*, y la *escritura vulgar* ó *demótica*.

MM. Silvestre de Sacy y Ackerblad, que estudiaron aquel monumento, á favor de la version griega, lograron descifrar los nombres propios griegos citados en la inscripcion en *caracteres demóticos*, y el segundo de aquellos dos sabios orientalistas del análisis de estos nombres dedujo un corto alfabeto egipcio *demótico* ó popular. Mas ningun útil estudio sobre el texto en caracteres *geroglíficos* se habia hecho aun, cuando el doctor Young, verificando un exámen comparativo de los tres textos del monumento de Roseta con aquel espíritu de método que habia mostrado en las mas profundas especulaciones de las ciencias físicas y matemáticas, por medio de una comparacion enteramente material, en las porciones aun existentes de la inscripcion *demótica* y de la *geroglífica*, reconoció los grupos de caracteres que correspondian á los vocablos de la inscripcion griega. Este trabajo por fin fijó algunas nociones ciertas acerca de los procedimientos propios de los diversos ramos del sistema gráfico egipcio y de sús respectivos enlaces, y confirmó la asercion de los antiguos relativa al uso de los caracteres figurativos y simbólicos en la escritura geroglífica; pero la naturaleza íntima de esta, el número, la esencia y las combinaciones de sus elementos fundamentales, quedaron todavía inciertos en los espacios vagos de las hipótesis.

Publicóse este trabajo del doctor Young en 1819, en un suplemento de la *Enciclopédia británica;* y toda su gloria consiste en ser el primero que declaró que las tarjetas, ó cartones, ó marcos elípticos del texto geroglífico de la inscripcion de Roseta correspondian, signo por signo, á los nombres propios griegos, y particularmente al de Tolomeo y á los grupos del mismo nombre; del texto intermedio en escritura egipcia demótica ó vulgar, grupos que ya habian reconocido y descompuesto los sabios MM. de Sacy

y Ackerblad. Él, pues, el primero encontró un valor fonético en los signos geroglíficos egipcios, bien que tan solo en los nombres propios encerrados en marcos elípticos. Pero no parece que sospechó siquiera que el elemento fonético se hallaba del mismo modo en la escritura geroglífica destinada á representar las ideas y los objetos, pues al contrario en 1819 sostuvo que la escritura demótica y la de los papiros hieráticos pertenecian, lo mismo que la primitiva ó geroglífica, á un sistema compuesto de caracteres ideográficos puros, y que solo los nombres propios estranjeros podian transcribirse con signos ideográficos que se apartasen de su acepcion ordinaria para ser usados fonéticamente; lo cual daba por resultado la asercion de que, únicamente en una época muy moderna comparativamente á la de los antiguos monumentos gráficos, se habian atribuido valores fonéticos á los signos geroglíficos.

La lectura de los geroglíficos, pues, casi nada habia adelantado con el descubrimiento del doctor Young, que es cierto logró antes que Champollion establecer el valor fonético de once caracteres geroglíficos usados en la espresion de los nombres propios; pero no debia esto bastar para que se atribuyera al doctor Young el descubrimiento total de ese modo ó sistema gráfico, que Champollion ha encontrado en los textos geroglíficos ordinarios. Que Champollion, tomando la ciencia geroglífica en el estado en que entonces se hallaba, esto es, en la infancia, y aprovechándose del descubrimiento del sabio inglés, no haya hecho mas que generalizar el principio del uso de los signos geroglíficos con valor fonético, no solo para representar las articulaciones de los nombres propios estranjeros, sino tambien en muchísimos casos las del idioma egipcio; ó bien que con sus propios estudios haya llegado á este gran resultado, poco importa: la gloria de los grandes descubrimientos no tanto es de los que los rastrearon como de los que los desenvuelven en todas sus consecuencias, los fecundan con sus perseverantes meditaciones y con su genio, las introducen en el dominio de la ciencia, y fijan y demuestran sus leyes.

Además, Mr. Arago juiciosamente observa que de Guignes, padre, hombre versado en el conocimiento de la lengua china, ya en una memoria impresa en 1766 habia dicho que todos los rótulos ó tarjetas de las inscripciones egipcias contenian nombres propios, y que por su naturaleza los geroglíficos eran constantemente fonéticos. Esto es verdad en el sentido de que de Guignes en los geroglíficos egipcios creia ver, como en los caracteres chinos, grupos de letras fenicias formados por los diversos lineamientos de los signos figurativos ó fonéticos: idea singular y absurda, en que persistió á pesar de las críticas de Deshauteraies, y la cual le desvió de la verdadera senda de interpretacion, que tal vez hubiese encontrado á guiarle un exacto y sólido conocimiento de la formacion de los caracteres chinos. Sea como fuere, ello es que Young solo en un punto tiene la anterioridad: «A él se debe la primera tentativa que se ha hecho para descomponer en letras los grupos de las tarjetas ó cartones, y para dar un valor fonético á los grupos que en la piedra de Roseta componian el nombre de Tolomeo.»

Antes de Guignes, que tampoco miraba su opinion como un descubrimiento, San Clemente de Alejandría, como lo verémos despues, ya habia esplicado con mucha claridad la naturaleza de los signos geroglíficos y su uso accidental como elementos fonéticos.

NAPOLEON EN POSTDAM.

Despues del glorioso hecho de armas de Jena, marchara Napoleon sobre Berlin, cuya ciudad se sometiera en el mes de octubre de 1806. La resistencia de los Prusianos en aquella campaña habia sido débil é indecisa, y quizás el estado de sujecion en que se encontraba aquella monarquía, inspirara á Napoleon algun triste cotejo con el brillo que despidiera bajo Federico II su fundador. El nombre de Federico llenara todo el siglo XVIII; los estudios de Napoleon se habian dedicado incesantemente á comparar la táctica del Rey de Prusia con la de César, Turena, el gran Condé, Montecuculli y el príncipe Eugenio, y concibiera por los planes de campaña del Rey de Prusia, en la guerra de los siete años, una grande admiracion; por otra parte el mismo Napoleon, creador de un vasto imperio, gustaba meditar sobre los gloriosos sudores de esos hombres raros que toman un pueblo para constituirlo en mas vastas proporciones. Al llegar á Berlin, la mente de Napoleon estaba toda llena de Federico; los que se acercaron á él en aquella época se acuerdan que no tenia al parecer mas que dos ideas fijas: borrar los tristes trofeos de Rosbach, arrebatar las banderas francesas que colgaban en Postdam, y luego visitar la tumba del rey de Prusia, cual si debiese lamentar el doble duelo de un grande hombre que ya no alentaba, y de una grande monarquía que iba á desplomarse.

Federico II naciera en Berlin el 24 de enero de 1712; habia tenido por preceptor á un francés refugiado, y por ama á madama de Roucoules, tambien francesa, lo cual contribuyó á inspirarle gusto por todo lo que pertenecia á la Francia. Circunstancia singular de la vida de Federico es que este Príncipe, tan notable como militar, esperimentaba en su juventud una repulsion profunda por todo lo que tenia referencia á la profesion de las armas. Era en aquella edad literato, escritor de madrigales, controversista ardiente, y celoso adepto de la escuela filosófica que empezaba á darse á conocer; por lo cual, el rey Federico Guillelmo su padre se complacia en repetir: «No pasa de un señorito, de un verdadero francés que echara á rodar toda mi hacienda.» ¿No se le vió tomar la pluma para refutar el libro del *príncipe* de Machiavelo, y defender la causa de los pueblos contra un ciudadano republicano que enseñaba, decia él, la tiranía? De aquel entonces datan las relaciones de Federico con Voltaire, objeto constante de su admiracion, aun despues del pequeño acto de despotismo que rompió todas las relaciones entre el Príncipe y el Escritor.

Al ceñir la corona creyóse que el jóven Federico continuaria su vida de poeta y de publicista; pero sorprendió no poco á todo su séquito de cortesanos y aduladores verle abandonar todas las ocupaciones frívolas que habian mecido sus primeros años, y entregarse todo entero al estudio de la administracion y de la política. Fijóse desde luego la atencion de Federico en dos objetos principales; en la hacienda y en el ejército. Llevara su padre la economía al último estremo

en todas las partes de la administracion; así es que quedaba poco que hacer respecto á ese. El ejército prusiano no constaba mas que de 60.000 hombres, Federico aumentólo hasta 80.000 y apresuróse á llamar á sus filas á varios oficiales que se distinguieron en el servicio de las otras potencias. Echóse de ver entonces que el refutador de Maquiavelo iba á consagrar con su ejemplo los principios que habia combatido.

La primera espedicion militar de Federico, verificóse contra el Príncipe obispo de Lieja; Voltaire fué quien redactó el manifiesto contra el obispo, quien despues de vencido tuvo que pagar su rescate. Presto se ofreció una ocasion mas importante de lidiar. Acababa de morir el emperador Cárlos VI, dejando á su hija María Teresa una inmensa herencia, bien que con un ejército muy débil, sobre todo despues de la muerte del príncipe Eugenio. Garantizan la mayor parte de las potencias la sucesion imperial; mas no impidió aquella garantía á ninguno de los soberanos el codiciar tan rica presa, del punto que la vieron entre las manos de una princesa jóven, á quien creyeron incapaz de defenderla. El rey de Prusia dió el primero la señal de aquella guerra de espoliacion, y el 10 de abril de 1741, alcanzó una completa victoria sobre los austríacos reunidos en Melwitz, en la alta Silesia. El año siguiente derrotó en Creslau el ejército del duque de Lorena. Dos sucesos tan próximos uno de otro fijaron las miradas de la Europa en aquel bravo ejército y el jóven soberano que lo mandaba. Uniéronse á Federico, las potencias rivales del Austria, queriendo todas tener parte en los despojos que estaba á punto de alcanzar; y así fué como se formó la coalicion que estuvo á canto de anonadar la casa de Austria.

Sin embargo mudaron de consejo las potencias; el 9 de mayo de 1756 la Francia, el Austria, la Rusia y la Sajonia, firmaron un tratado de comun alianza, y de golpe vióse cambiar hasta en sus bases el antiguo sistema de la política europea. Ya desde el principio de aquella famosa guerra de siete años, tuvo Federico que habérselas con todas las fuerzas del continente, y lejos de amedrentarle tan desigual contienda anticipóse á sus enemigos, segun costumbre. Sin previa declaracion de guerra, ataca de súbito al ejército sajon obligándole á rendirse. Como se habia previsto, aquella invasion irritó profundamente á las potencias aliadas, y de comun acuerdo declararon al rey de Prusia perturbador del público reposo. Atacado por ejércitos formidables, fué Federico vencido por la primera vez en Kollin. Jamás hubo éxito mas disputado, la mitad de la infantería prusiana quedó en el campo de batalla; habiendo sido conducida á la carga hasta siete veces, la última de las cuales viendo el Rey vacilar á sus soldados, gritóles con el acento de la desesperacion: «¡Quereis pues vivir siempre!»

Como quiera, no tardó en tomar su revancha dirigiendo sus primeros esfuerzos contra el príncipe de Subisa. Dispersado el ejército de Francia en Rosbach; un mes despues, con 33.000 hombres, derrota el Rey de Prusia á los austriacos y loreneses, que contaban 60,000. Dió sus disposiciones en presencia del ejército aliado, y no dispuso su plan de ataque sino despues de haber reconocido él mismo el terreno. Al levantar el sitio de Dresde, desplegó Federico una habilidad increible de que no ofrecen ejemplo los anales militares. Maniobrando en medio de tres ejércitos austríacos, amenazado en sus comunicaciones por un ejército ruso, supo contener á la vez á tantos enemigos, y acabó por batir al general en gefe Laudon, en el momento en que se adelantaba este para destrozarle. Estaba el Rey adormecido junto al fuego de un bivac, cuando vinieron á anunciarle que sus puestos estaban en peligro. Despertado con sobresalto, ordena con admirable calma las mejores disposiciones; y el enemigo admirado de verse atacado por los mismos á quienes creyeron sorprender, vacila, y es puesto pronto en fuga. Este momento es quizás el mas bello de la vida militar de Federico.

Tal es el hombre á quien admiraba sobre manera Napoleon; no pronunciaba su nombre sino con entusiasmo, y profesaba una especie de culto á los menores objetos que le habian pertenecido, tanto que al llegar á Postdam el 14 de octubre de 1806, como encontrase la espada, el cordon de las órdenes, el cinturon del Príncipe y las banderas de su guardia, durante la guerra de siete años, oyósele esclamar: «Hé aquí unos trofeos que prefiero á veinte millones. Regalarélos á mis viejos soldados de la campaña de Hanóver. Guardaránlos los inválidos como un testimonio de las victorias del grande ejército, y de la venganza que he tomado de los desastres de Rosbach.

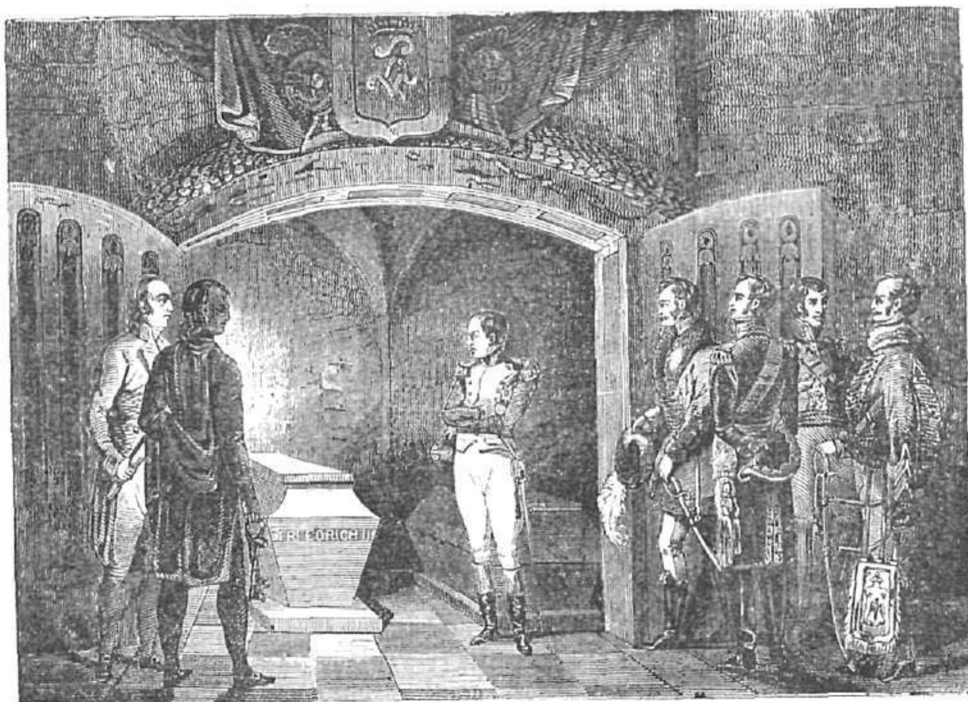
Dejemos hablar ahora al duque de Rovigo, que acompañaba á Napoleon cuando su entrada á Postdam: «El primer cuidado del Emperador fué visitar el palacio, cuya belleza notó, no haciendo reflexiones sino sobre la naturaleza del terreno sobre que está construida aquella hermosa habitacion, el cual es tan poco á propósito para la vegetacion que los árboles no pueden alcanzar en él una muy ordinaria altura. Examinó el Emperador con atencion el aposento del gran Federico, que es religiosamente respetado; no habiendo sido tocado ninguno de sus muebles, que ciertamente no deben su valor á su magnificencia, pues no hay en París almacen de ropavejero en que pueda encontrarse un mueble mas sencillo y mas comun. Su mesa de escribir me pareció de la misma especie que las que se echan de ver aun en nuestros viejos notarios de Francia, estaba todavía en ella su tintero con sus plumas. Abrió el Emperador algunas de las obras que sabia leia con preferencia aquel gran Rey y notaba las notas que pusiera de su propia mano en el márgen, de las cuales habia muchas que indicaban mal humor. El Emperador quiso pasar por la puerta por la cual bajaba Federico al terraplen del lado del jardin, como tambien por aquella por donde salia cuando iba á pasar revistas en la gran llanura de arena que está junto al palacio.

Era Federico de una talla algo menos que mediana, pero desarrollada; delicada su constitucion, mas robusteciéronla el ejercicio y la fatiga. Pocos hombres supieron guardar tan constantemente la igualdad de ánimo y la uniformidad de resolucion en los vaivenes de la vida. Decia él mismo que antes de tomar un partido debíanse pesar bien las consecuencias; pero que una vez tomado, se debia sostener á todo trance. Esa era la máxima de Salustio; *Consulto, et ubi consulueris, maturé facto opus est.* Sobresalió Federico en la estratejía, creó el arte de maniobrar delante del enemigo, revolver y abrumarlo dirigiendo á un solo punto sus mayores esfuerzos. Fué el primero de todos los modernos que se atrevió á no dar sus disposiciones sino en el campo de batalla, y arregló casi siempre sus mo-

vimientos en presencia del enemigo. Su ejército era mirado como el mejor de Europa, presenciaba todas las revistas y paradas, y sobre todo aquellas grandes maniobras que acudian á admirar los militares de todos los países; siendo él mismo el instructor y ordenador de sus tropas. Apresuráronse donde quiera á seguir las lecciones de tan gran maestro, y los principios que prescribió, adoptados entonces por las diferentes naciones de Europa y mas tarde por Napoleon, dirigen aun hoy dia las evoluciones de todos los ejércitos.

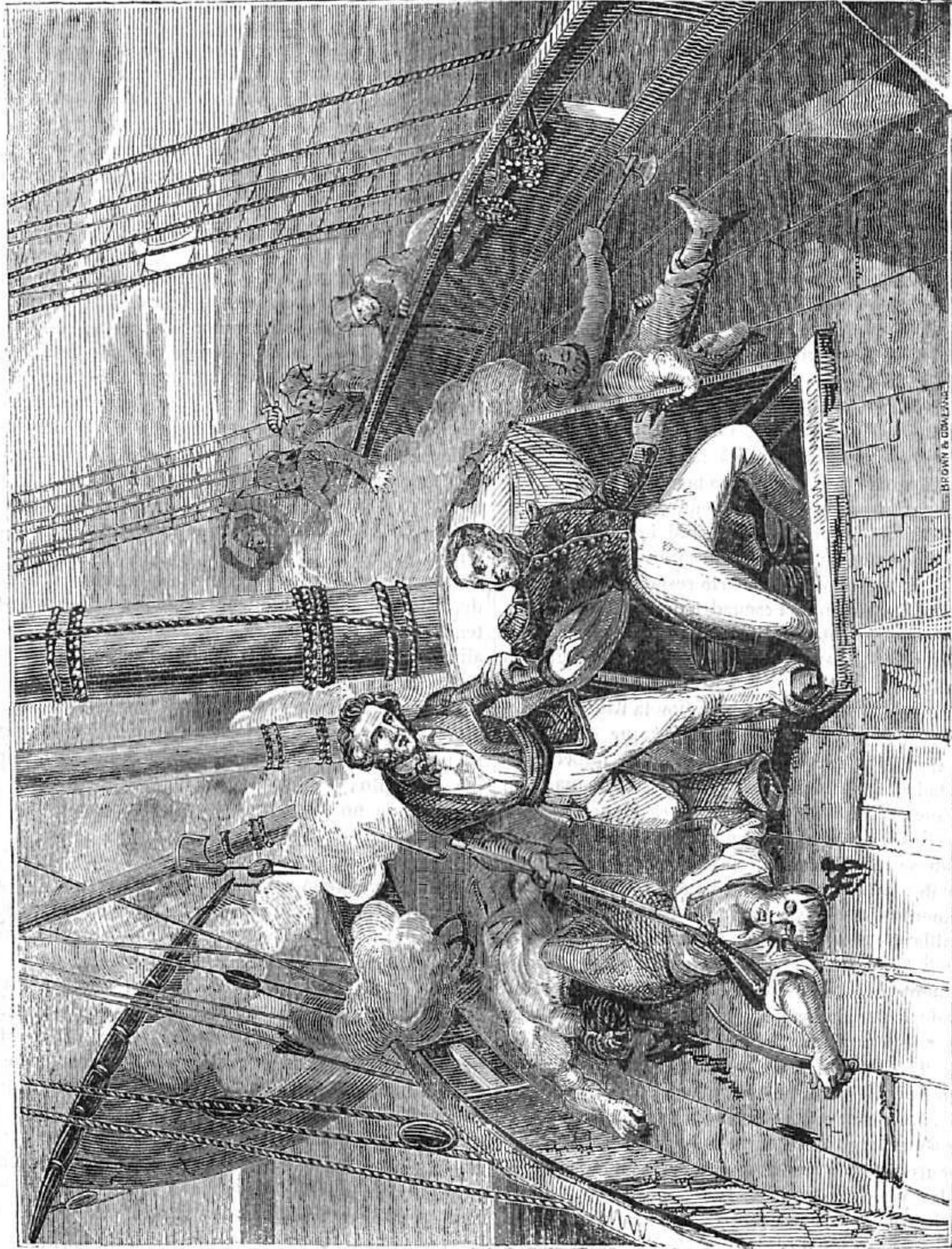
Federico espiró el 17 de agosto de 1786; y fué enterrado en Postdam. Eran las seis de la mañana del 26 de octubre de 1806, cuando Napoleon acompañado del general Duroc y de dos ayudantes de campo, se trasladó sin el menor aparato á la cueva que encierra los despojos de aquel gran capitan. Llevaba Napoleon el uniforme histórico de coronel de cazadores de la guardia. No anunciara su intento á sus ayudantes de campo: su figura grave y habitualmente meditativa se habia ido poco á poco animando, y al llegar á Postdam pidió al gobernador ver la tumba del gran Federico. Precedióle un oficial prusiano hasta la reja que cierra la escalera de la tumba; guardaba aquella reja un viejo inválido, el decano del cuartel, quien sirviera en la guerra de siete años; sus cabellos blancos que caian sobre sus hombros, y las cicatrices de su frente indicaban una de aquellas carreras militares que Napoleon gustaba conocer y recompensar. Bien que perteneciera á las últimas filas del ejército prusiano. Napoleon hízole preguntar por Duroc que sabia perfectamente el aleman, sobre la vida y hábitos militares de Federico. Bajó Napoleon algunos escalones, y entró en la cueva con la cabeza descubierta, y tomando la postura de una reflexion solemne, colocóse con los brazos cruzados delante del sencillo monumento. Permaneció mas de diez minutos abismado en su contemplacion, dirigiendo de cuando en cuando á Duroc algunas palabras entrecortadas. Que de grandes pensamientos debieron rodar por aquella frente! qué de meditaciones sobre los vaivenes y varia fortuna de la victoria! Napoleon quiso verlo todo, tocarlo todo lo que habia pertenecido al gran Federico: «Es mas sencillo, mas hermoso que Saint-Denis,» dijo repetidas veces á Duroc. Napoleon, que gustaba consignar sus menores acciones, dictó él mismo, al salir de la cueva, las pocas líneas siguientes insertas en el boletin 18º. del grande ejército: «El Emperador, dijo en él, ha visitado la tumba del gran Federico. Los restos de aquel grande hombre están encerrados en un ataud de madera cubierto de cuero, colocado en una cueva sin el menor ornato, sin la menor distincion que recuerde las grandes acciones de uno de los primeros capitanes, cuyo recuerdo conservará la historia.»

Hubo en Santa Helena una tumba que se hallara á corta diferencia en el mismo estado de desnudez; una sencilla piedra sombreada por un sauce, fuera el solo monumento que cubriera las cenizas de aquel que en su bella vida militar procuró constantemente imitar al gran Federico. No solo Napoleon siguió con gloria sus huellas, sino que todavía ha sobrepujado, en algunas de sus campañas, las vastas combinaciones del Monarca prusiano.



Napoleon visitando el sepulcro de Federico el Grande en 1806.

MUERTE HEROICA DE BISSON.



HISTORIA CONTEMPORANEA.

BATALLA DE NAVARINO.—MUERTE HERÓICA DE BISSON.

Octubre y Noviembre de 1827.

Cinco años contaba ya de existencia con sucesos varios el levantamiento de la Grecia; mereciendo, al parecer, las simpatías del mundo civilizado los helenos que morian en defensa de la cruz. Mientras se mezclara el movimiento religioso en los disturbios políticos del Piamonte y en la revolucion de España, estuvieron vacilando las potencias, y el congreso de Verona hasta habia rechazado con una especie de dureza diplomática las súplicas de la Grecia; mas, al morir el emperador Alejandro, estalló en el imperio ruso tan violenta simpatía hácia los Griegos, que hubiese sido imposible al emperador Nicolás, su sucesor, comprimir aquel fervor que originaba una comun creencia. Por tanto, el gabinete de S. Petersburgo declaró á la Europa que estaba decidido á socorrer á la Grecia; y la Inglaterra, que miraba con desconfianza el incremento que iba á tomar en el Mediterráneo la influencia rusa si solo esta potencia intervenia, convino, de concierto con la Francia, con un tratado especial, que fué firmado en Lóndres, y cuyo objeto era poner un término á las desgracias de los Griegos. Estipulábase en él la independencia de los helenos y la limitacion de la Grecia; y como última cláusula, declarábase que se obligaria á la Puerta Otomana á aceptar los artículos estendidos por las tres potencias.

Mientras tomaba el Gran Señor sus disposiciones para anular ó eludir los efectos de la intervencion, las potencias que de ella se encargaran, reunian fuerzas navales, destinadas á hacerla respetar. Envió cada una al Mediterráneo una escuadra de cuatro navíos de línea, cuatro fragatas, y algunas embarcaciones ligeras, cuyos comandantes, el vice-almirante Codrington por la Gran Bretaña, el contralmirante de Rigny por la Francia, y el conde de Heiden por la Rusia, se pusieron de acuerdo sobre las medidas que debian tomar á fin de lograr un armisticio, ó de impedir las hostilidades entre las fuerzas griegas y otomanas. Un oficial inglés habia ido al Egipto para prevenir al bajá sobre las disposiciones tomadas, é invitarle á que suspendiese la salida de la espedicion preparada en el puerto de Alejandría; mas el bajá, á quien tan frecuentemente se atribuyeran proyectos de independencia, habia declarado su firme resolucion de seguir las órdenes y la suerte del gran Señor, su soberano. De consiguiente, cualesquiera que fuesen las representaciones de los enviados de Francia, de Inglaterra, y de Rusia, la espedicion turco egipcia, compuesta en todo de 92 velas, bajo las órdenes de Ibrahim y del capitan Tahir Bajá, salió del puerto de Alejandría, escapó á los cruceros de las potencias aliadas, y entró el 9 de setiembre de 1827, en el puerto de Navarino.

Procuremos por medio de un rápido análisis, averiguar la causa, hasta el dia poco conocida, que originó el brusco conflicto entre las fuerzas navales de Ibrahim y de los aliados.

El almirante inglés, informado el primero de la entrada de la flota turco egipcia en Navarino, púsose á cruzar delante de aquel puerto, esperando la llegada de las escuadras francesa y rusa. El 19 de setiembre, Ibrahim hizo salir á Tahir Bajá con una division de su flota, con el intento de saber como se portaria el almirante inglés, que cruzaba solo hacia algunos dias delante de Navarino; mas al punto que sir Eduardo Codrington vió salir á las embarcaciones turcas, envió una fragata junto á Tahir Bajá, para anunciarle que era preciso volver á Navarino, y que de no, emplearia la fuerza para obligarle á ello. «Muy estraño me parece, respondió el comandante turco, esta notificacion: yo debo participarla á Ibrahim, mi general en gefe.» Apenas instruido este de tales amenazas, declaró al almirante inglés que no empezaria las hostilidades sin haber recibido para ello órden formal de la Sublime Puerta; y que en consecuencia la habia dado al capitan bajá de volver á entrar en Navarino «Pero, añadió, saldré con toda mi flota si mi plan de campaña así lo exige; y sin miramiento á las fuerzas combinadas gue quieran oponerse á ello, me espondré antes bien á todos los peligros por mas inminentes que sean, á fin de cumplir con el deber de un general, que no debe interpretar las instrucciones de su gobierno.»

El 21 por la mañana, la escuadra francesa incorporóse con la division inglesa delante de Navarino. El 23 pidieron los dos almirantes una audiencia á Ibrahim, que se la concedió. «Hemos recibido de nuestros gabinetes, dijéronle, la órden formal de hacer cesar la efusion de sangre, y de obligar á la fuerza á aquella de las dos partes beligerantes que lo rehusara; los Griegos se han sometido á esa resolucion; si quereis continuar solo las hostilidades, esponeis á vuestra armada á los mayores peligros, sacrificando los intereses de Su Alteza, intereses que debeis proteger y defender.»

Los dos almirantes se esforzaron á hacer comprender á Ibrahim la insuficiencia de los medios de resistencia de la Puerta contra la voluntad de las potencias aliadas. Escuchólos Ibrahim con tanta sangre fria como atencion: «Servidor de la Sublime Puerta, respondió, he recibido órdenes para hacer la guerra en Morea; sin embargo, no estando previsto el caso que se presenta, voy á despachar correos á Constantinopla y Egipto, y hasta su vuelta, aseguro sobre mi honor, que no saldrá de Navarino ningun buque de mi armada.»

No tardó en ser violada esta seguridad. Dirigiérase la escuadra inglesa sobre Zante y sobre Milo la francesa para rehacer sus víveres; dejando cada cual una fragata, el *Darmouth* y el *Armide*, delante de Navarino, para observar los movimientos de la flota otomana. Apenas fondeara en Zante el almirante Codrington, cuando participóle una señal como treinta embarcaciones turcas, á despecho del armisticio, habian salido de Navarino, al punto hácese de nuevo en alta mar, dirígese en derechura al almirante turco, quéjase de la falta de fe, y le declara que está pronto á oponerse á la fuerza á su paso. Por su parte, M. de Rigny, avisado al mismo tiempo que el comandante inglés, volvió á tomar con su escuadra la derrota de Navarino. Habiendo llegado por último las fuerzas rusas, reuniéronse los tres almirantes: «Y dice el boletin oficial publicado sobre esta entrevista, considerando la violacion del armisticio consentido por Ibrahim Bajá, la continuacion del sistema de es-

terminio seguido por sus tropas en la Morea, y la inutilidad *de las representaciones que se le han hecho*, hemos resuelto tomar posicion con nuestras escuadras en el puerto de Navarino, *para de nuevo hacer á Ibrahim proposiciones evidentemente en el interés de la misma Puerta.»*

Tomada esa resolucion, confirióse el mando, insiguiendo las instrucciones, al mas antiguo de los tres almirantes, que era el vicealmirante inglés, sir Eduardo Codrington, quien dió las disposiciones necesarias. El 20 de octubre á medio dia, pusiéronse las tres escuadras en línea de batalla. La flota turca componíase de tres navíos de línea, otro sin obras muertas, diez y nueve fragatas, veinte y seis corbetas, doce bricks y cinco brulotes. Gonsistian las fuerzas aliadas en diez navíos de línea, diez fragatas y algunas embarcaciones ligeras.

Dada la señal para forzar la entrada del puerto, púsose el almirante inglés al frente de la línea con los buques de su division: colocóse inmediatamente detrás de él la escuadra francesa, llevando á su frente la *Sirena*, en la cual ondeaba el pabellon del almirante de Rigny; y los rusos en número de cuatro navíos y de cuatro fragatas, formaban la retaguardia. Los seis buques del frente pasaron á tiro de pistola de las baterías de Navarino, sin ser molestados; todo parecia anunciar que se pasaria la jornada sin quemar un solo cartucho. Sin embargo, la fragata el *Darmouth*, que habia sido destacada de la vanguardia para ir á anunciar á los brulotes turcos que se alejasen del fondeadero ocupado por las escuadras aliadas, vino á echar el áncora junto á esos buques, y les despachó algunas embarcaciones. Un fusilazo salido de uno de los brulotes mató al midshipman, á quien confiara el capitan inglés el mando de una de aquellas embarcaciones, lo cual dió márgen á un vivo escopeteo entre el *Darmouth* y los brulotes enemigos. Eran las dos de la tarde.

Mientras tanto, habiendo el almirante Codrington enviado un bote en clase de parlamentario á bordo del navío almirante turco, un fusilazo disparado de este buque, matara al piloto inglés; y al propio tiempo una fragata arrojó dos ó tres balas á la *Sirena*, la cual contestó con una andanada de estribor, y en un abrir y cerrar de ojos, se hizo general el combate en toda la línea. A las siete de la noche la flota turco egipcia habia dejado de existir. Mas de cincuenta buques fueron quemados ó destruidos; sin que uno solo cayera en poder de los aliados, pues todos los que quedaban fuera de combate eran quemados por sus propias tripulaciones, y el almirante turco hizo saltar su navío con las banderolas desplegadas. Era, dice un testigo ocular, el mas horrible á la par que el mas magnífico espectáculo, el ver cual se sucedian los incendios y las esplosiones en el estrecho recinto donde se daba el combate.» Increible fué el encarnizamiento de los turcos; varios buques aliados empeñados á un tiro de pistola, bajo su fuego, fueron tan maltratados en sus arboladuras y aparejos, que fué preciso para repararlos enviarlos á Malta y á Tolon. La escuadra francesa tuvo cuarenta y tres muertos, veinte y uno de los cuales en la sola fragata *Sirena*, montada por M. de Rigny, y sesenta heridos de gravedad. Los ingleses contaron setenta y cinco muertos y cerca de doscientos heridos. Sufrió algo menos la escuadra rusa, mas sin que mostrara menos habilidad en sus maniobras, y vigor en el combate.

Poco considerables eran esas pérdidas comparadas con las de la flota otomana, las cuales se evaluaron á muchos millares de hombres: diferencia que queda esplicada por su inferioridad en el servicio de la artillería. La mayor parte de las esplosiones que los diezmaron, fueron el resultado del desórden que reinaba á su bordo en el manejo de la pólvora, y de la torpeza de sus artilleros.

En las mas santas causas sobrevienen siempre accidentes que las degradan. Triste cosa es haber de decir que en medio de las generales simpatías, no abandonaron los Griegos su viejo oficio de piratas. La batalla de Navarino, que tanto adelantaba su causa, no les impidiera continuar las depredaciones que el comercio europeo estaba por espacio de algunos años sufriendo en los mares de Levante; casi todos los buques griegos, convertidos en corsarios, atacaban indiferentemente las embarcaciones enemigas, neutrales ó amigas; y en caso de resistencia se abandonaban á irritantes crueldades con los navegantes, repartiéndose en seguida impunemente los inmensos beneficios de sus piraterías. Habíanse establecido en Egina y en algunos otros puntos, comisiones ó tribunales encargados de pronunciar sobre la validez de las presas; pero en ellos hallaban los piratas menos jueces que protectores, y aun á veces asociados. Ya al intento se hicieran enérgicas representaciones; y los almirantes Codrington y de Rigny habian escrito al gobierno de Egina, cartas que no dejaban la menor duda á la historia sobre las odiosas piraterías ejercidas por los buques griegos en el momento en que las escuadras aliadas venian á proteger la causa de su patria.

Encuéntrase entre los acontecimientos de aquella época, un rasgo glorioso para los anales de la marina, noble desprendimiento digno de los dias de la antigüedad. La heróica accion de Bisson es uno de los episodios que deshonran la regeneracion de la Grecia; sin embargo de que seria injusto hacer sufrir al espíritu general de un pueblo, toda la responsabilidad de un acto, obra solo de algunos piratas.

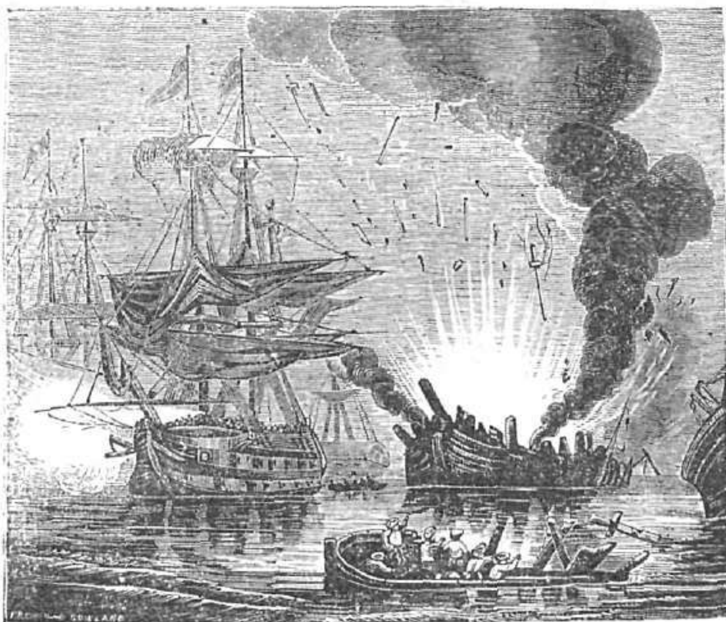
Cruzando en el mes de octubre la corbeta francesa la *Lamproie* en las costas de Siria, apoderóse del brick griego el *Panayoti*, con sesenta y seis hombres de tripulacion. Conducido este pirata á Alejandría, reconociéronle muchas embarcaciones á quienes habia saqueado. Colocaron la tripulacion á bordo de una fragata que salia para Esmirna, escepto seis hombres, á quienes dejaron en el brick; el alferez Bisson y quince marinos franceses completaron el armamento de aquel buque. Los dos hacian rumbo de conserva en el Archipiélago, cuando habiéndoles separado el mal tiempo la noche del 4 de noviembre, vióse la presa obligada á arribar en la isla de Stampalie.

Como se arrojaran á nado dos de los prisioneros griegos que quedaran á bordo, lograron llegar á tierra: «Esta circunstancia, dice M. de Rigny en su parte oficial dirigido al ministro de marina, esta circunstancia indujo á M. Bisson, que mandaba la presa, á andar alerta; pues habiendo servido largo tiempo en la estacion, no ignoraba que todas las islas del

Archipiélago están atestadas de piratas, que por todas partes señorean algunas pobres aldeas, cuyos habitantes no se atreven á denunciarlos, á causa de la compacta organizacion que han establecido entre ellos todos estos foragidos.

A las diez de la noche, á pesar de la oscuridad ocasionada por un tiempo pesado, distinguiéronse dos embarcaciones que doblaban la punta de unas rocas y se dirigian sobre el *Panayoti*, arrojando gritos de venganza. Eran dos místicos griegos con unos sesenta ó setenta hombres cada uno. Al punto subió al puente toda la tripulacion del brick, y colocóse cada uno en su lugar de combate. Bisson instalóse en el bauprés para mejor observar la maniobra de aquellas embarcaciones que se adelantaban á fuerza de remos. Presto llegaron á una pequeña distancia; y Bisson mandó hacer fuego á su mosquetería. Contestaron los piratas con un vivo tiroteo, y abordaron el brick por la proa; despues de una tenaz resistencia dirigida por Bisson con el mayor valor, quedaron muertos nueve franceses é invadido el puente.

Bisson, aunque herido, habia logrado desasirse de manos de algunos griegos que le habian cogido, y pasando á la popa, llama á Tremintin que estaba combatiendo aun, y con el acento y la sangre fria de la desesperacion: «Piloto, le dijo, esos foragidos son dueños del buque, cala y puente están llenos de ellos; ese es el momento de acabar el negocio.» Al punto se instaló en la cubierta de la antecamara, que no estaba mas que á tres pies debajo del puente, y en donde se hallaba la pólvora. Tenia una mecha oculta en su mano izquierda, y en esta postura le salia la mitad del cuerpo encima del puente. Da órden á Tremintin de incitar á los franceses que sobrevivian á que se arrojen



Batalla de Navarino. — Esplosion del navío almirante turco.

al mar, y estrechando la mano de su segundo, esclamó: «Adios, piloto, voy á acabarlo todo.» Algunos segundos despues saltaba en el aire el *Panayoti*. Al dia siguiente por la mañana encontráronse tendidos en la playa los cadáveres de tres franceses junto con los de setenta griegos, que atestiguaban que la resolucion heróica del intrépido Bisson habia surtido pleno efecto.

Tan generoso desprendimiento excitó en Francia la admiracion de un pueblo sensible á las grandes acciones, á los sacrificios solemnes; contrastara además con el carácter de los piratas griegos, y consoló un tanto de las barbaries con que manchaban la gloria de su nombre y la noble causa de su patria; por lo cual ostentara el público con entusiasmo su gratitud, y todos los periódicos se apresuraron á pagar un justo tributo de alabanzas al valor de Bisson. La ciudad de Lorient hizo batir una medalla para eternizar su memoria, y abrióse en Tolon una suscripcion para erigir un monumento á la gloria de tan bizarro oficial. Las leyes y los reglamentos que rigen en el servicio de la marina, no conceden pension sino al padre, á la madre, ó viuda de los oficiales. Bisson no dejaba mas que una hermana, y el Rey, por una honrosa escepcion, mandó presentar á las cámaras una ley para hacer asignar á la señorita Bisson, una pension igual á la que disfruta un vicealmirante (1.500 francos).

He aquí en que términos, M. Hyde de Neuville, entonces ministro de marina, pintaba el trágico fin de Bisson en el discurso que pronunciara en la cámara de diputados, el 21 de abril de 1828: «Precipítase Bisson á la cámara donde él mismo de antemano lo preparara todo; toma una mecha, pega

fuego á la pólvora; salta el buque.... El sacrificio del honor y del patriotismo queda consumado; un noble corazon ha dejado de latir, y la Francia cuenta un héroe mas!»

Bisson naciera en Guemené, departamento del Loire inferior, el 3 de febrero de 1796. Dedicado desde su juventud al servicio de la marina, acabara apenas sus primeros estudios, cuando en 1811 se embarcara en clase de grumete en la goleta la *Vedetta*, destinada á la proteccion de los convoyes. Despues de haber navegado en este buque por espacio de ocho meses, salió de él para entrar en calidad de discípulo en la escuela especial de marina establecida en el navío *le Tourville*, en la rada de Brest. Durante los quince meses que pasó en él, adquirió Bisson una instruccion sólida sobre la teoría y la práctica del oficio que escogiera, al paso que aprendió ese espíritu de órden, esos principios de disciplina, que constituyen al verdadero marino y al buen oficial. Laborioso, activo, inteligente, la sangre fria y la rapidez del juicio formaban la base de su carácter; por lo cual, el comandante de la escuela lo designaba como uno de los mejores discípulos.

Embarcado en el mes de marzo de 1816, como aspirante de primera clase en el brick el *Huron*, hizo á bordo de este buque una campaña de diez y nueve meses consecutivos en las Antillas. A su vuelta á Brest, en 1818, pasó en calidad de discípulo de primera clase á la gabarra la *Zélée*, con la cual recorrió los mares de la India, y visitó las costas de la América y del Africa. En el mes de marzo de 1821, Bisson fué promovido á alférez de navío; y lo era aun, cuando seis años mas tarde, tuvo lugar la catástrofe que terminó su vida.

Por lo que hace al piloto Tremintin, fiel á su juramento, habia saltado con el buque; pero mas dichoso que su bravo capitan, fué arrojado sin conocimiento á la playa, con un pie roto y maltratado el cuerpo, mas en fin respirando aun. Contó como así que tocara en tierra, uno de los bandidos escapado de aquel desastre, poniéndole un puñal en el corazon le despojó de cuanto traia, y en particular de un reloj que le habia confiado el infortunado Bisson. El rey para recompensar la firme y valerosa conducta del piloto Tremintin, le nombró caballero de la legion de honor, con el grado de alférez de navío; y el ministro de marina le remitió á mas una espada de honor que recuerda la gloriosa accion á que tan intrépidamente concurriera.

GEROGLIFICOS.

ARTICULO II (*).

A despecho, pues, del orgullo británico, los trabajos de Champollion han demostrado: «Que todo el sistema gráfico egipcio usó simultáneamente signos de ideas y signos de sonidos.» lo mismo se verifica en la escritura figurativa de los Chinos: «Que los caracteres fonéticos, los cuales son de igual naturaleza que las letras de nuestro alfabeto, lejos de limitarse á la sola espresion de los nombres propios estranjeros, formaban la parte mas considerable de los textos egipcios geroglíficos, hieráticos y demóticos; y combinándose entre sí, en los mismos textos representaban los sonidos y articulaciones de las voces propias del idioma egipcio.»

(*) Véase la página 236.

Trás varias tentativas mas ó menos felices, que espuso en 1822 en su carta á Mr. Dacier, Champollion por primera vez demostró y desarrolló en 1824 este punto fundamental, al cual dió el complemento de demostracion su *Gramática egipcia*, obra póstuma, de que ya han salido á luz algunas partes.

Ningun pueblo nos ha dejado tantas inscripciones como los Egipcios, pues ellas cubren todos sus monumentos, que en verdad son muy numerosos; y pudiera decirse que el Egipto es un museo de ruinas en bastante buen estado, y muchas de ellas enteras. Semejante duracion débese á los medios de que se valian los Egipcios en sus construcciones; de manera, que allí mismo las fábricas de orígen griego ó romano se distinguen de las demas por su estado de mayor ruina, á pesar de ser posteriores de muchos siglos á las egipcias. En los templos, en los palacios, en los sepulcros ó en monumentos aislados hállanse sin número de inscripciones de caracteres geroglíficos, hieráticos, demóticos ó populares; y á esta última especie de escritura se le da el nombre *encorial*, esto es, *del país*, nacional, y con este nombre está designada en el texto griego de la inscripcion de Roseta.

Raras veces hacian los Egipcios una figura, una imágen ó representacion cualquiera, sin escribir al lado ó el nombre ó el objeto, y así se encuentra al lado de cada deidad, persona ó individuo, al paso que en cada escena, en cada pintura ó escultura una inscripcion mas ó menos larga esplica su motivo ó asunto. Para sacar de ellas las nociones que pueden enriquecer la historia, débese procurar penetrar el sentido de aquellos textos y leyendas, y primero reconocer el género de escritura en ellas empleado. Estas escrituras son tres:

1.° *Geroglífica*, ó compuesta de signos que son fiel imágen de los animales, de las plantas, de los astros del hombre y de sus miembros, ó bien de objetos diversos producidos por la industria humana. El numero de estos signos asciende á 800, y se distribuyen en tres clases: 1.ª signos *figurativos*, ó que espresan la idea del objeto mismo que representan; 2.ª signos *simbólicos*, cuyo objeto representado tiene, en sentir de los Egipcios, mas ó menos relacion con la idea que espresan; 3.ª signos *alfabéticos*, ó que espresan el sonido y la voz del lenguaje hablado. Estos espresan los sonidos ó voces por un principio general, que tambien da razon de su gran número, y es que un signo alfabético egipcio representa el sonido ó la voz por el cual en el habla empieza el nombre de la cosa representada: así el leon es L., porque el nombre del leon era *labo;* la mano una T., porque la mano se llamaba *tot*, etc. Con un alfabeto geroglífico, pues, podrian escribirse todos los idiomas conocidos, si no hubiese mas que este principio; pero la escritura geroglífica egipcia tenia además los signos *figurativos* y los signos *simbólicos*; y en toda inscripcion de esta especie, los signos *fonéticos* ó *alfabéticos* forman al menos las dos terceras partes. Ade-

más, en una misma inscripcion repetida en varios ejemplares, las palabras escritas en un ejemplar en signos figurativos ó simbólicos, en otro lo estan en signos fonéticos; por donde claramente se ve que el descubrimiento del alfabeto de los signos fonéticos fué la verdadera *llave de los geroglíficos*.

2.° *Hierática*, compuesta de signos, que para escribirse no requieren saber el dibujo, y que solo son una taquigrafía de los mismos signos geroglíficos: así, cada signo geroglífico figurativo, símbólico, ó alfabético tiene su *abreviatura* hierática, la cual tiene igual valor absoluto que el mismo signo de que es reduccion. Basta, pues, conocer el cuadro comparativo de unos con otros, notando sin embargo que los signos figurativos y simbólicos son mas raros en la escritura hierática que en la geroglífica, y que en la primera los reemplaza la palabra del objeto representado por los signos simbólicos escrita en caracteres alfabéticos, porque las formas naturales pueden completamente figurarse en una escritura con imágenes, pero no siempre con rasgos escritos, que en nada afectan la forma de los objetos naturales.

3.° *Demótica*, compuesta de cierto número de signos tomados de la misma escritura hierática, bien que generalmente escluye los signos figurativos, y solo conserva algunos simbólicos para los objetos únicamente relativos á la religion. En esta tercera especie de escritura dominan los signos alfabéticos; y por consiguiente será la que mas fácilmente se interpretará, cuando se hayan recogido todos los signos que la componen, y su valor esté completamente conocido. Propiamente hablando, de lo dicho se infiere que los Egipcios no tenian mas que un sistema gráfico, compuesto de tres especies de signos, ya que el segundo y el tercero regularmente eran deducciones del primero, y todos tres se regian por un mismo principio.

La escritura *geroglífica* se empleaba en cualesquiera monumentos, así en templos como en figuras las mas conocidas, y aun en los mismos ladrillos destinados á las obras. En los monumentos mas antiguos es absolutamente igual á la de las fábricas mas recientes, y fuera de Egipto poquísimos ejemplos hay de un sistema gráfico que no sufre ninguna alteracion en el discurso de mas de dos mil años. Pero el sistema gráfico egipcio iba enlazado, no solo con las instituciones del país, sino tambien con el idioma; y efectivamente, la gramática de este idioma ni exigia ni ha sufrido ninguna modificacion fundamental. El estado constante de la escritura egipcia, pues, no ofrece á la paleografía ningun principio útil para juzgar de la antigüedad relativa de un monumento; es verdad que existen algunas inscripciones, cuyo aspecto de anterioridad sorprende á los sugetos versados en su profundo estudio, aspecto que dimana de la delineacion de los signos; pero aun es preciso proseguir examinando para deducir reglas fijas.

La época de un monumento, pues, solo puede conocerse: 1.° por el estado del arte, inferido del mismo monumento, cuando este es de alguna importancia; 2.° por los datos y fechas históricas que en él se hallan escritos.

El arte egipcio llegó al colmo de su perfeccion durante el reinado de la décima octava dinastía, y se conservó por algunos siglos hasta Sesostris, gefe de la décima nona, esto es, del siglo XV al XVIII antes de la era cristiana. Los monumentos anteriores á este período no son tan perfectos, y los posteriores ya llevan algunas señales de decadencia, lo cual constituye tres épocas, que se reconocen á fuerza de hábito y práctica en monumentos. Despues, la influencia de los Griegos y de los Romanos alteró tambien el principio del arte egipcio; y la delineacion de los signos geroglíficos lo demuestra con tanta certeza como los monumentos de la arquitectura y escultura egipcia. La escritura *hierática* ordinariamente usada en manuscritos, tambien se encuentra en ataúdes de momias y en otros monumentos, y en particular en piedras aisladas, groseramente labradas, en las cuales hay trazadas con pincel inscripciones á veces no cortas. Tambien en edificios se hallan inscripciones de esta especie, escritas ó grabadas por curiosos ó antiguos viajeros. Pero las mas útiles para nosotros son los papiros históricos y los registros de contabilidad de los templos, de los cuales se han sacado las preciosísimas noticias para la cronologia y sistema numérico de los Egipcios.

La escritura *demótica* se reservaba para los usos generales y populares de la nacion, y en ella se hacian los decretos y demas actos públicos, los contratos, algunas *stelas* funerarias y las transacciones particulares. De esta especie es el texto intermedio de la inscripcion de Roseta.

Lo mas interesante del estudio de una inscripcion egipcia son las indicaciones históricas, que se encuentran en los nombres de los reyes ó de los grandes funcionarios, y las fechas que contienen. Los nombres de los soberanos siempre van encerrados en un marco elíptico, llamado *tarjeta* ó *cartela*. Una *tarjeta* contiene ó el *prenombre* real consagrado por la autoridad pública y por la religion á cada príncipe, ó bien su *nombre propio*. Regularmente el que se encuentra es el prenombre; y como entre los muchísimos que hay recogidos no existen dos iguales, aunque si algunos análogos, cada tarjeta prenombre pertenece á un solo príncipe á quien especialmente designa. Habiendo el profundo estudio de estas tarjetas conducido á los sabios á volver á aplicar individualmente las tarjetas prenombres á los príncipes que los llevaron, y á formar de ellas un cuadro fundado y confirmado por los monumentos; aunque aislado, de este modo la tarjeta prenombre ha venido á ser un indicio histórico importantísimo, pudiéndose el monumento atribuir con entera certidumbre al reinado del príncipe designado en la tarjeta, y al del príncipe menos antiguo de los dos ó mas que á veces un mismo monumento menciona.

Grande atencion, pues, merecen aquellas tarjetas, pues su existencia es el mayor valor de toda inscripcion que lleva una ó dos en su texto. Frecuentemente la tarjeta *nombre propio* va á continuacion de la tarjeta *prenombre*; las separa un grupo de dos signos, que se compone del *chenalopex (oca de Egipto)* y del disco del sol; y en este caso la *leyenda real* está completa. Aquel grupo, que se lee *resé (hijo del sol)*, es un título comun á todos los reyes de Egipto; así se tiene entera la designacion de cada uno, por ejemplo: *sol guarda de la region inferior*, *aprobado por Phré* (tarjeta prenombre) *el hijo del sol* (grupo de los dos signos) *Ramses* (tarjeta nombre propio);

tal es la leyenda real de Sesostris ó Ramses VI. El primer signo de la tarjeta *prenombre* siempre es el disco del sol, y este signo, lo mismo que todas las demas tarjetas de esta especie, es figurativo ó simbólico. En las tarjetas *nombres propios*, al contrario, los signos son ó enteramente alfabéticos, ó alfabéticos y figurativos mezclados. Como en la formacion de los nombres propios de los príncipes y particulares entraban los nombres de los dioses egipcios; á menudo ponian en las tarjetas la imágen del dios en lugar de la *sílaba* vocal que, siendo su nombre, entraba en el nombre propio escrito en la tarjeta prenombre, donde siempre se ven signos alfabéticos.

Tambien tienen grande importancia para la historia las fechas que se hallan en las leyendas reales; pero los monumentos que llevan alguna indicacion numérica son mucho mas raros que los que no las contienen. Estas indicaciones numéricas son ó la edad del difunto sobre una *stela* funeraria, ó el número de los varios objetos consagrados que él ofreció á los dioses, ó bien la fecha de un acontecimiento mencionado en la inscripcion. Las fechas son las mas interesantes, y las espresan cifras geroglíficas que, siendo especiales para cada uno de los números 1, 10, 100, 1000, y 10.000, bastaron á los Egipcios para espresar las cantidades que no pasasen del último.

Estas indicaciones cronológicas, pues, son lo que primero se debe buscar en una inscripcion egipcia. Segun lo arriba espuesto, fácilmente se las reconocerá en los textos geroglíficos; y en cuanto á los hieráticos ó demóticos, en unos y otros estan igualmente figuradas las tarjetas, no completamente, sino tan solo por dos signos que colocan el nombre propio de un rey como una palabra española entre paréntesis, teniendo además el signo de la izquierda á su lado una línea recta que corresponderia á la misma base de la tarjeta, si esta estuviese completamente delineada. Los signos numéricos, hieráticos ó demóticos son mucho mas numerosos que los geroglíficos; y como raras veces se encuentran en el texto de una inscripcion, nos abstenemos de reproducirlos aquí:

A estas nociones sobre la paleografía egipcia añadirémos: 1.° que la escritura geroglífica procede indiferentemente de derecha á izquierda, de izquierda á derecha, ó en líneas perpendiculares. La inscripcion empieza por aquel lado hácia el cual estan vueltas las cabezas de los animales que allí se figuren, y aun en las líneas perpendiculares un texto entero ó sus diversas partes siguen este órden. Una línea aislada de geroglíficos, verbi gracia la dedicacion de un templo ó de otro monumento cualquiera, tambien procede á veces una mitad de izquierda á derecha, y la otra mitad en sentido contrario; pero en este caso en el medio de la inscripcion se ve un signo que no tiene direccion propia ó natural, tal como una cruz, un obelisco, etc. y de este signo ambas mitades toman su direccion opuesta: 2.° que la escritura hierática y la demótica siempre proceden de derecha á izquierda, como el árabe y otras escrituras orientales.

ESPLICACION

DE LA LAMINA DE LOS GEROGLÍFICOS.

A.

Signos *figurativos* puros.

1. Sol.	9. Cuchilla.
2. Luna.	10. Arco.
3. Montaña.	11. Flecha.
4. Arbol.	12. Luz.
5. Caballo.	13. Noche.
6. Perro.	14. Camino.
7. Tortuga.	15. Cadáver.
8. Gusano.	

B.

Signos *simbólicos* ó *ideo-fonéticos*.

1. *Persona barbuda.* Radical determinativa de los nombres de los dioses; á veces el mismo personaje lleva la toca habitual del dios en sus insignias ordinarias.

2. *Mujer sentada.* R. D. de las diosas; á veces con esta figura se encuentran las insignias características de la deidad.

3. *Hombre.* R. D. de los nombres propios y de los comunes, de oficios, parentela, etc.

4. *Mujer.* R. D. de los nombres de mujeres, de profesiones, grados de parentesco, etc.

5. *Mitad superior de una piel de buey ó de otro cuadrúpedo.* R. D. de todos los nombres de cuadrúpedos, en falta de determinativos figurativos.

6. *Oca ánade.* R. D. de los nombres de cualesquiera aves.

7. *Reptil.* R. D. de todos los nombres de reptiles

8. *Pez.* R. D. de los peces.

9. *Arbol.* R. D. de las varias especies de árboles.

10 *Planta.* R. D. de los nombres de plantas, yerbas; y flores.

11. *Granos* ó *mineral.* R. D. de los metales, piedras preciosas, etc.

12. R. D. de los miembros ó partes del cuerpo humano.

13. *Estrella.* R. D. de las estrellas, constelaciones, etc. etc.

14. *Sol.* R. D. de las divisiones del tiempo.

15. *Diente, ángulo.* R. D. de los nombres de localidades.

16. *Agua.* R. D. de los nombres de flúidos.

17. *Altar en que arde fuego.* R. D. de los nombres relativos al fuego.

18. *Piedra.* R. D. de las piedras.

19. *Casa, habitacion.* R. D. de los nombres de edificios, habitaciones, etc.

20. *Gorrion.* R. D. de las cosas impuras, nocivas, etc.

21 *Pluma.* R. D. de los nombres relativos al arte de escribir.

22. *Dos piernas.* R. D. de las acciones y del movimiento.

C.

Algunos ejemplos de la manera con que los radicales figurativos, ó sea, los signos determinativos de género, entran en la formacion de los compuestos *ideo-fonéticos*.

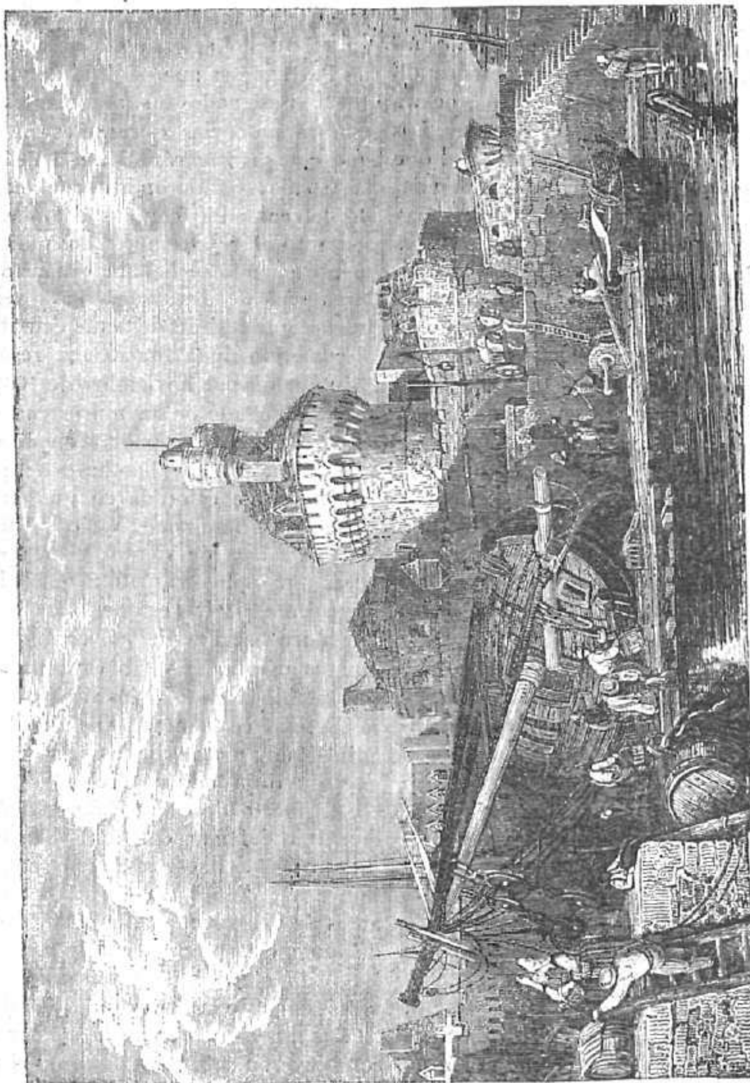
1. *Amn*, *Amon* —DIOS.
2. *Ice*.—DIOSA,—diosa Isis.
3. *Çn*, *con*—HOMBRE,—hermano.
4. *Çnt*, *cone-t*.—MUJER,—hermana.
5. *Ocht*.—ARBOL,—*perséa*.
6. *Schnin*.—FLOR. Ó PLANTA,—loto.
7. *Sf* por *Saf*,—SOL,—ayer.
8. *Hbb*, *hebb*.—AGUA,—*manantial*, *orígen*.
9. *St*, *sote*.—FUEGO,—llama.
10. *Rp*, *rpe*.—HABITACION,—*templo*, ó mansion de un Dios.
11. *Skaï*.—PLUMA,—*escritura*.

A. — 1 hasta 15. — Signos *figurativos* puros.

B. — 1 hasta 22. — Signos *simbólicos* ó *ideofonéticos*.

C. — 1 hasta 11. — Ejemplos del uso de los signos.

FRANCIA. — SAINT - MALO



Vista del puerto de Saint-Malo.

FRANCIA. — SAINT.-MALO.

Esta Saint-Maló en la isla de Aron, que se une al continente por una calzada, dos veces al dia bañada por el mar, en estremo fuerte, y defendida por obras avanzadas y con inmensos troncos de árboles clavados en la arena para amortiguar la violencia de las olas. Con todo, hay que repararla con frecuencia, y á veces muy considerables son los estragos que padece: no hace muchos años que por una marea de equinoccio se la llevaron las olas, pues tan furiosa estaba la mar, que arrancó del muro piedras enormes lanzándolas á gran distancia, y todavía no está enteramente reparado el parapeto.

Es el puerto vasto, seguro y cómodo, pero de difícil acceso por causa de los muchos arrecifes que impiden la entrada; y como está situado al fondo de un golfo estrecho, y por lo mismo el mar se emboca allí con rapidez, en las grandes mareas el agua se eleva á cuarenta y cinco pies sobre el nivel del mar. Los mayores buques pueden penetrar en él, con tal que esten construidos á propósito para parar en la arena, porque en la bajamar quedan en seco. Al oeste hay la rada, protegida por siete fuertes, de los cuales es el mas notable el llamado *la Conchée*, obra del célebre Vauban. La isla de Cesambré dista dos leguas de tierra; tiene un pequeño puerto formado de inmensas piedras, reunidas por unos monges que antiguamente habitaron allí; y todavía se ven las ruinas de su abadía, y los restos de la antigua capilla y celda de S. Brandan, que en el siglo VII fué á establecerse allí con Saint Maló, la cual estaba situada junto á una masa de peñas, cuya cima señorea la Isla. En esta hoy solo vive un destacamento de aduaneros; y si bien parece que estuvo unida al continente, no se sabe en que época las aguas del Océano invadieron el espacio que media entre ella y Saint Maló.

Durante diez siglos, la historia de este punto solo ofrece el espectáculo de una poblacion sin cesar en lucha con los duques de Bretaña y la reina de Francia; y debe su orígen á la antigua ciudad de Aleth. Echados del continente por las incursiones de los Normandos, lo mismo que los Lombardos en Italia, algunos bretones buscaron un asilo en las rocas; querian ser libres, y creyeron serlo luego que no dependieron mas que del mar y de sí mismos. Siempre armados por su propia defensa, pronto contrajeron los Malonenses esas osadas costumbres que les hicieron acometer muchas empresas lejanas. En 1477, habíase refugiado en Bretaña el conde de Richemont, que huia de los príncipes de la casa de York, entonces reyes de Inglaterra. El monarca inglés probó de arrancarle de aquel asilo so pretexto de desposarle con su hija; ya el conde estaba en un buque inglés, que fuera por él á Saint-Maló; cuando, recibiendo cierto aviso sobre el peligro que corria, volvióse á la ciudad. En vano le reclamó el agente de la Inglaterra; los Malonenses le contestaron que el asilo de Saint-Maló era inviolable, y que cualquiera que á él se acogiese no seria arrebatado de allí.

Como los habitantes de Aleth dieron á Saint Maló el dominio temporal y espiritual de su ciudad; desde entonces los obispos eran sus señores y condes, bien que, al parecer, el cabildo usurpó algunos de los derechos episcopales, y acabó por partir con el obispo la soberanía. Cada dia por la noche retraian á casa del dean las llaves, que el gobernador no podia retener; pero en cambio el cabildo, estaba sujeto á ciertas obligaciones, de las cuales solo una mencionarémos, á causa de su singularidad. Debia el cabildo mantener veinte y cuatro perros, que guardasen la entrada de la ciudad; bien que ya se han quitado ahora aquellos animales, que fueron objeto de terror para los estranjeros, y asunto de las canciones. Son los Malonenses muy valerosos, y grandes los servicios que su marina ha prestado al estado. En 1662 equiparon á sus costas una flota de treinta buques, que tuvo mucha parte en la toma de la Rochela; en el mismo año, á las órdenes de Duguay-Trouin, atacaron y se apoderaron de Rio-Janeiro, incendiando en su puesto sesenta embarcaciones, y causando á los Portugueses una pérdida de veinte millones; y en 1663, indignados los negociantes de Saint-Maló de que las potencias estranjeras intimasen á Luís XIV que con sus tropas obligase á Felipe V. á abandonar la España, reunieron los beneficios que habian sacado del comercio con las colonias españolas, y presentaron al rey treinta y dos millones en oro, cabalmente cuando se hallaba exhausto el erario por una larga serie de desgracias. Para vengarse de los perjuicios que casi diariamente causaban los Malonenses al comercio de la Inglaterra, resolvió esta destruir Saint-Maló: por noviembre de 1663 presentáronse los Ingleses delante de sus muros con una flota muy crecida; el dia 26 se apoderaron de un fuerte, y rompieron un terrible bombardeo; pero una máquina infernal, que colocada en un barco iba viento en popa hácia la ciudad, varió de direccion por efecto de una ráfaga de viento, y fué á encallarse en unas rocas. Su esplosion mató al que la habia inventado, y á cuarenta marineros que la acompañaban; habia en ella doce barriles de pólvora, que debian empujar aquella máquina; y tan espantoso fué el estrépito, que tembló la tierra de los alrededores, vinieron al suelo algunas chimeneas, que distaban dos leguas de Saint-Maló, y cayeron las tejas de las casas; pero á esto se redujo todo su efecto.

El puerto de Saint-Maló se dedicó un tiempo al comercio del mar del Sur, y los habitantes, que se dieron á él, en corto tiempo adquirieron riquezas inmensas; de ahí esas fortunas considerables, que, antes de diseminarse, dieron á la ciudad ese aspecto de opulencia que conserva todavía. En el reinado de Luís XIV alcanzó el mayor grado de su esplendor, y fué cuna de la compañía de Indias.

Sus murallas reunen la solidez á la belleza, y se construyeron segun los diseños del mariscal de Vauban, que queria trasladar todos los habitantes á Saint-Servan, no dejando allí mas que una ciudadela, que hubiese sido inespugnable. Elévanse sobre roca, flanqueados de torres y baluartes, y guarnecidos de formidable artillería, y forman un vasto paseo, desde el cual se goza de una vista magnífica: á un lado vese la campiña, Saint-Servan y el puerto; á otro, la rada, y al norte el mar y los fuertes avanzados.

Tambien forma parte de las fortificaciones el castillo, que aunque muy antiguo, mereció se le con-

servase cuando la nueva traza. Mandólo edificar la reina Ana, y se dice que allí encerró á ciertos canónigos de resultas de un altercado que tuvo con ellos y con el obispo, el cual habia escomulgado al empresario de la obra y á los trabajadores. Motiváronlo algunos derechos de regalía, que reclamaba la princesa; y entonces fué cuando hizo construir una torre, en que se leia esta inscripcion : *Qui qu' en grogne, ainsi sera; c' est mon plaisir*, y á la cual le ha quedado el nombre de Quinquengrogne. Tambien es notable la torre llamada la Generala, por la cual los Malonenses entraron en el castillo cuando la Liga.

Los armadores de Saint-Maló envian á la India y á las colonias; pero las principales operaciones se dirigen á Tierra-Nueva, para la pesca del bacalao, á la cual las dos ciudades de Saint-Maló y de Saint-Servan envian de ochenta á cien buques, tripulados por millares de jóvenes, que, ejercitados en las fatigas del mar, ofrecen sucesivamente al comercio y al estado marineros, cuyo mérito saben estimar los capitanes de todos los puertos.

Al terminar este artículo, no debemos pasar en silencio los nombres ilustres que la Francia debe á Saint-Maló; allí nacieron Duguay-Trouin, Maupertuis, el abate de la Mennais, y el doctor Broussais; y en aquel corregimiento, en Combourg, vió la luz primera el mas ilustre de los modernos escritores franceses, el vizconde de Chateaubriand.

ULTIMOS MOMENTOS DE RAMUS

En el ángulo de la calle de los Carmelitas, en el quinto piso y en un aposento que no tiene por todo ornato mas que una silla de madera pintada, una mala copa de loza y un poco de paja fresca, habita un sabio á quien visitan á veces los monarcas; cuyo nombre es pronunciado en Italia, en Alemania, en Inglaterra, do quiera donde disputan dos inteligencias, y el cual ha turbado el mundo moral, poniendo el primero en duda la infalibilidad de Aristóteles: este es Ramus.

Paseábase por el patio del colegio de Presles, tan frecuentemente testigo de sus amargos sarcasmos contra el empirismo del siglo, soñando, segun su costumbre, con que nuevo golpe heriria á aquella vieja escolástica, ya por él tan mutilada, cuando uno de sus discípulos vino á distraerlo de su meditacion señalándole con el dedo la plaza Maubert, repitiendo: Helos allí! helos allí! Comprendiólo Ramus y fuése á ocultarse.

Presto apareció un hombre de alta estatura, con el cuerpo encorvado, calva la frente, los ojos brillando con un fuego lívido, y cubierto con un vestido gastado en los bancos de la escuela, interpretando los oráculos de Aristóteles. Era Charpentier, seguido de una multitud de adolescentes, de adultos, de ancianos, discípulos, ó mejor atletas del filósofo de Stagira, cuya divinidad sostienen por medio de argumentos no conocidos en los gimnasios de Atenas. Con esas almas entusiastas de una filosofía que pesa sobre la humana especie hace diez y ocho siglos, hanse mezclado algunos discípulos del mismo Ramus, á quienes ha ganado Charpentier demostrándoles en tres discursos, divididos á la manera de la escuela, que de no creer en Aristóteles, se ha de ser hugonote. Toda esa retahila de sabios permanece en el patio del colegio, mientras Charpentier sube la escalera que conduce al aposento de Ramus. La puerta estaba abierta. Los dos representantes del empirismo y del espiritualismo se saludan, y entonces se entabla entre ellos aquel coloquio latino que un historiador contemporáneo nos ha conservado, y cuya enérgica rapidez seria difícil describir.

« Salud. —Salud. Ha llegado la hora de morir.—La vida!—Te la vendo.—Por cuanto!—Por todo lo que posees.—Aceptado. »

Entonces Ramus busca en su cama y encuentra una bolsa llena de oro que pone en manos de Charpentier quien, con el precio de la sangre envuelto en un extremo de su vestido, baja la escalera y huye. Algunos escritores pretenden que señaló la ventana de su rival; otros cuentan que se escapó como un ladron nocturno

Apenas se alejara, cuando empieza toda aquella muchedumbre á murmurar : óyese distintamente : *Aristóteles! Aristóteles!* Los catedráticos gritan *Hugonote!* señalando con el dedo los nichos de piedra de los cuales, algun tiempo antes, precipitara Ramus las imágenes de los santos. Algunas mujeres de la plaza Maubert, atraidas por el tumulto, hacen la señal de la cruz, juntan las manos y repiten : *Jesus! Jesus!* Algunos estudiantes recogen piedras é intentan arrojarlas á las ventanas de la habitacion del profesor. En fin, un adolescente, mas atrevido que sus camaradas, impele violentamente la puerta de madera del colegio, y todos le siguen en confusion al traves de la estrecha escalera que conduce al *Simium* del nuevo Platon Ramus, sentado sobre la paja, esperaba tranquilo que se cumpliese su suerte: el discípulo que viniera á avisarle de la aproximacion de Charpentier estaba á su lado, con los ojos fijos en su maestro. La mano que hirió al filósofo fué la de un jóven á quien gustaba hacer leer sus libros de filosofía. Afortunadamente no le vió venir, pues que levantara su espesa barba blanca sobre sus ojos húmedecidos por el llanto, segun dicen que afirmó el asesino. Mas aun cuando fuese verdadero su testimonio, quien osara creer que fuese la vida lo que lloraba el sabio? Aquel cuerpo gastado por las vigilias y las disputas filosóficas no pendia sino de un soplo, y ese soplo se escapó muy pronto : un solo golpe mató al anciano. Abrieron la ventana, levantaron el cadáver y arrojáronlo al patio. Con la caida rompióse el vientre y las entrañas se esparcieron por el pavimento. Viérase entonces á los discípulos precipitarse á la voz de sus catedráticos, sobre aquellos sangrientos restos, repartirlos entre ellos como trofeos y dispersarlos en seguida por las vecinas calles á los gritos del populacho, que, armado de azotes maltratara el cuerpo del filósofo. Atravesaron la plaza Maubert llena de vendedores, que, acercándose para ver al solo hombre á quien conocieran en el mundo intelectual, recogian yerbas podridas y las echaban sobre aquella figura que tomara por modelo Primatice y besaron los reyes en señal de admiracion. Ese discípulo muy amado, cuyo nombre no ha podido conservar la historia, y algunos otros seguian de lejos el cortejo, recogiendo con mano ávida los despojos

del vestido de su maestro que desgarraba la punta de los guijarros. Llegado que hubieron casi en frente de *la iglesia de Nuestra Señora*, arrojaron al rio el cuerpo que, sobrenadando, fué á parar en el puente de S. Miguel, donde le esperaban sus fieles alumnos. La muchedumbre corriera ya á otros espectáculos Recogieron el cuerpo, lo lavaron, lo envolvieron en sus vestidos, y preparábanse á llevarlo consigo cuando los echaron á pedradas los transeuntes. Habiendo un hombre del pueblo bajado á la plaza de Greve, apartó la blanca barba que cubria el rostro del difunto y esclamó: Es Ramus!... Todo París quiso ver los restos del filósofo. Mientras fueran los príncipes á oir sus lecciones, Ramus tuviera cortesanos, y ni uno solo se encontró despues de su muerte que viniese á librar su semblante de los insectos ó del populacho. Al primer rumor del asesinato, habíanse precipitado en los aposentos del monarca para besarle las manos, jurarle una fidelidad inviolable, y felicitarle por la muerte de un hombre que ni sábanas tenia siquiera para dormir. Hablaban de ir á dar gracias al cielo; mas sonrojara al príncipe aquel esceso de servidumbre, y no quiso acompañarlos. Preténdese que á favor de las sombras de la noche deslizóse un cirujano y separó la cabeza del tronco, que, segun algunos historiadores, arrojaran en un vecino albañal.

Mientras que el rio llevaba suavemente el cadáver, algunos hombres de la hez del pueblo, creyendo que la fortuna y la gloria debian habitar juntos, registraban la morada de Ramus, y admirábanse de no encontrar mas que algunas gotas de vino blanco con que se lavaba la barba, una vieja capa de invierno, y dos ó tres volúmenes griegos manchados de sangre. Esos libros eran los únicos instrumentos con que Ramus agitó los espíritus por espacio de treinta años.

Así se apagara una de las mas brillantes lumbreras que haya iluminado el siglo XVI. Ramus fué el primero que probó echar al suelo aquella tenebrosa filosofía, por la cual iban divagando como ciegos los mas nobles espíritus, y el que hubiese desterrado de nuestras escuelas todas las imágenes de Aristóteles á haber vivido algun tiempo mas; pues habíale dado la naturaleza cuanto es necesario para verificar revoluciones intelectuales: una alma ardiente, una complexion vigorosa, una actividad infatigable, el amor á la gloria y á la pobreza, y una elocuencia viva é impetuosa. Dormia en la paja, no se alimentaba sino de legumbres, que iba á comprar y aderezaba él mismo, mientras con aire curioso preguntaba á Aristóteles *para encontrar la inteligencia de aquel* filósofo imperfecto. Empleaba sus modestas obvenciones en alimentar á discípulos pobres, á quienes solo pedia por toda recompensa, ilimitado odio contra el empirismo escolástico. No fuera cuerdo quizás condenar ese fanatismo filosófico, puesto que una alma fria hubiérase encerrado en la duda, y Descartes no encontrara preparado el sendero para la regeneracion del humano entendimiento.

TOMA DE TOLON.

(19 *de diciembre de* 1793).

El sitio de Tolon empezó la reputacion militar de Napoleon. En él tuvo que luchar sucesivamente contra la impericia de los generales y el amor propio de los representantes del pueblo; pero su carácter derecho, su *voluntad firme*, *la utilidad de sus concepciones*, su vigor y su rapidez en la ejecucion sobrepujaron todos los obstáculos. Empezó por suplir todo lo que faltaba en artillería y municiones, organizando un parque de mas de cien piezas de grueso calibre, hizo un exacto reconocimiento de los puntos accesibles de la plaza, y de las nuevas y terribles fortificaciones que habian levantado los ingleses; en seguida plantó sus baterías.

Apenas el intrépido general Dugommier, militar instruido, hubo reemplazado en el mando del ejército á los generales Cartaux y Doppet, conociera ya lo que valía Napoleon. Su vieja esperiencia no desdeñaba los consejos del jóven gefe de batallon de artillería, y altamente atestiguaba lo mucho en que tenia sus concepciones.

Durante el sitio de Tolon contrajo Napoleon una enfermedad cutánea que alteró por mucho tiempo su escelente constitucion. Un dia que estaba en una batería espuesto al fuego mas violento de la plaza, quedó muerto uno de los artilleros; y como importase en gran manera el que no menguara el fuego de la artillería francesa, tomó Napoleon el atacador, y cargó él mismo diez ó doce tiros. Estaba el muerto artillero infestado de una sarna muy maligna, y Napoleon quedó de ella manchado. El ardor de la juventud, los imperiosos deberes del servicio, le impidieron tratarse cual convenia, y si bien el mal desapareció, el veneno no habia hecho mas que volverse á dentro, y afectó gravemente su salud; de ahí aquella enfermiza flaqueza, aquel aspecto mezquino y débil que tuvo por espacio de algun tiempo. Solo despues de sus campañas de Italia y de Egipto, cuando ya emperador y con una vida mas sedentaria, consintió en someterse á un método indicado por el célebre Corvisart, el cual le volvió su *primitiva robustez*.

Tenia la Convencion junto al ejército de Tolon tres comisionados: Barras, Freron y Gasparin. Como este último habia servido, tuvo siempre la feliz idea de apoyar el dictámen del comandante de la artillería: pues habia sido testigo de su valor, y conocia su genio. Con el auxilio de este digno representante, en un consejo de guerra celebrado en Ollioules, el 15 de octubre hizo Napoleon adoptar el plan que habia concebido para someter á Tolon.

Consistia este plan, no en dirigir el fuego de la artillería sobre una ciudad francesa, sino en apoderarse *de las alturas del Cairo, que dominan la rada* y los fuertes de Tolon y su entrada. Apreciando los ingleses la importancia de esta posicion, habian en ella construido el fuerte Mulgrave, cuya perfeccion y numerosos medios de defensa, le merecieran el nombre de pequeño Gibraltar. Con razon pensaba Napoleon, que tan luego como seria dueño de este punto, desde el cual hubiera amenazado la comunicacion entre la escuadra y la guarnicion sitiada, los ingleses, para no permanecer espectadores de la toma de sus soldados privados del socorro de su marina, evacuarian á toda prisa la ciudad.

En consecuencia, y mientras que, á fin de engañar al enemigo, se hacian demostraciones en un lado opuesto, ocupábase Napoleon en levantar la batería que debia sostener el ataque del fuerte Mulgrave. Ha-

bianse ocultado los trabajos con el mayor cuidado; estaban colocados los cañones, y solo se esperaba ya una noche favorable, cuando una órden inconsiderada de los representantes del pueblo, haciendo descubrir y jugar todas las piezas, reveló á los ingleses el peligro que les amenazaba. Resolvieron estos al punto destruir las obras de los sitiadores. La noche siguiente, 6.000 hombres al mando del general O'Hara, comandante de Tolon, salieron sin ruido de la ciudad. Habian logrado ya penetrar en la batería; las piezas estaban ya enclavadas; admirados los franceses de aquel brusco ataque, habian perdido terreno y procuraban rehacerse, pero Napoleon estaba allí. En vez de retroceder como los demas, precipitóse sin vacilar con un solo batallon, en un ramal de trinchera que le condujo á retaguardia de los ingleses; llegó sin ser visto, y cuando estuvo en medio de ellos mandó hacer fuego á derecha é izquierda. Introdújose el desórden en las filas enemigas sorprendidas á su vez; y el general O' Hara, queriendo rehacer á sus soldados cayó prisionero. La aproximacion del general Dugommier al frente de algunos batallones acabó de decidir la retirada de la division inglesa, que fué conducida en desórden hasta bajo los muros de la plaza.

En fin, cuatro meses despues de empezado el sitio, el fuerte Mulgrave, atacado en la noche del 18 al 19 de diciembre, fué tomado á viva fuerza. Napoleon y Dugommier entraron los primeros por una tronera. Estaba el viejo general rendido de fatiga. «Ahora id á descansar, le dijo Napoleon. Acabamos de tomar á Tolon; mañana dormiréis en ella.»

En efecto, al dia siguiente, como la escuadra enemiga pudiese ser cañoneada por las baterías que Napoleon hiciera establecer durante la noche, apresuróse á sacar la guarnicion y á evacuar el puerto y la rada de Tolon. El mismo dia ocuparon las tropas francesas los fuertes y la ciudad.

Napoleon Bonaparte habia merecido bien de la patria durante el sitio; y recibió en recompensa el grado de general de brigada de artillería. En calidad de tal, encargáronle al principio el armamento, y el poner en estado de defensa las costas de Provenza y la ribera de Génova. Luego obtuvo el mando de la artillería del ejército de Italia.



Bonaparte en el sitio de Tolon.

CULPA Y CASTIGO.

Y ansi la felicidad injusta es rosa breve y flor que á vuelta de ojo se marchita.

FR. LUIS DE LEON.

I.

« Vuela, vuela, mi caballo,
Vuela, vuela, mi alazan,
Como el soplo de los vientos,
Cual relámpago fugaz.
Ya ha escondido el sol su carro
En las ondas de la mar,
Y las sombras de la noche
Cielo y tierra cubren ya.
Te prometo si me llevas
Con toda velocidad,
Doble racion y dejarte
Por todo un mes descansar.
Te prometo una gualdrapa
Rica como un manto real,
Y para el primer torneo
Un magnífico pretal,
Porque mi Leonor me espera,
Y ausente su esposo está,
Y puede tornar en breve
A su castillo feudal.
Ya sus almenas descubro
Allá entre la oscuridad,
Y mi amante corazon
Latiendo en mi pecho va.
Leonor impaciente acaso
Maldice tanto tardar...
Vuela, vuela, mi caballo,
Vuela, vuela, mi alazan. »

II.

« El que á una cita de amor
Llega tarde,
Y hace que su dama aguarde,
Aunque en linage y valor
Sobrepuje al rey don Juan,
Y aunque galan,
Perderá tiempo y afan.

El que sabe que es querido
Con ardor,
Y falta á citas de amor,
Diciendo luego que ha sido
Por culpa de su alazan,
Aunque galan,
Perderá tiempo y afan.

Y aunque corone su frente
De laurel
El que á su dama es infiel,
Y aunque sea mas valiente
Que el vencedor de Roldan,
Y aunque galan,
Perderá tiempo y afan.

El que ó muy tímido ama,
O indiscreto
Ni sabe guardar secreto,
Ni declararse á su dama
Por miedo de algun desman,
Aunque galan,
Perderá tiempo y afan.

Bizarro y jóven en vano
Será un hombre;
Tendrá en vano ilustre nombre
Si en amores es liviano,
Porque las damas dirán:
Es galan,
Mas pierde tiempo y afan.»

III.

La condesa Leonor así cantaba
Una noche en que, ausente su marido,
Impaciente aguardaba
A su galan querido.

Su profunda mortal melancolía,
La lánguida espresion de su mirada,
Todo en ella decia
Que estaba enamorada.

De sus ojos azules como el cielo
Humedecia las pestañas largas,
Un trasparente velo
De lágrimas amargas.

Porque al ver que su amante no venia
Y que estaba ya oscuro el firmamento,
Su pecho entristecia
Fatal presentimiento.

Leve ropaje cándido de lino
Mal del nocturno ambiente la guardaba.
Junto al tronco de un pino
En pie temblando estaba.

Con ambas manos, de la brisa aguda
Que por las secas ramas discurria,
Su garganta desnuda
Tiritando cubria.

Sobre su frente pálida ondeaban
Los rizos de su larga cabellera:
Sus labios murmuraban
Plegaria lastimera.

Profanacion! insensatez! agravio!
Remedo infiel de un corazon contrito!
La oracion en el labio
Y en el pecho el delito!

IV.

Pronto el galope ligero
De un alazan escuchó,
Y á su galan caballero
Todo cubierto de acero,
En sus brazos estrechó.

La noche estaba serena,
Tan serena como fria:
Brillaba la luna llena...
Cercana floresta amena
Sombra y misterio ofrecia.

Lentamente á la espesura
Lleva el galan á su amada,
Aunque resistir procura,
Ceñida por la cintura
Y en su brazo reclinada.

Luego un suspiro se oyó,
Y entre las ramas un bulto
De humana forma pasó:
Luego inmóvil se quedó
Entre las ramas oculto.

¡Era un anciano! el marido
De la culpada Leonor!
En secreto prevenido
Del ultraje hecho á su honor,
En el bosque se ha escondido.

Terrible resolucion
Revuelve en su corazon:
Pero en su esposa confia...
La idolatra, y todavía
No puede creer su traicion.

Aguarda... cada momento
Es un siglo para él...
Mas ve á Leonor y al doncel...
No bebió sin fundamento
De la sospecha la hiel!...

Fuego sus ojos lanzaban
Cuando en Leonor desleal
Y en su galan se fiijaban:

Entre sus manos brillaban
Un venablo y un puñal.

En tanto el jóven gallardo
Estaba su amor bastardo
Encareciendo á su bien...
Cuando le atraviesa un dardo
De parte á parte la sien!

Como, perdido el matiz,
Se dobla pisada flor,
Dobla el jóven la cerviz...
Llora por ese infeliz,
Y *por tí tambien*, Leonor!...

V.

Al tibio rayo de sangrienta luna,
Se divisaba lóbrega laguna
Que forma al norte el foso del castillo:
Sus aguas tristemente negreaban;
Las estrellas en él se reflejaban
Con macilento brillo.

¡Silencio sepulcral! ¿Mas cuál sonido
Le viene á interrumpir? Se oye un gemido:
Luego un cuerpo cayendo el lago agita;
Un cuerpo armado es, inerte, yerto...
Luego otro cuerpo cae, pero no muerto,
Pues forcejea y grita!...

VI.

«Perezca la esposa infiel
Que mancilla el limpio honor
De su señor!
Perezca el traidor doncel
Que á hermosa agena señora
Enamora!»

Así el anciano esclamaba,
Y la vista alzaba al cielo
Sin consuelo:
Luego al lago la bajaba,
Y *con horrible alegría*
Sonreia!

EUGENIO DE OCHOA.

NICOLAS MAQUIAVELO.

NICCOLO Machiavelli, *á quien llamamos nosotros* Nicolás Maquiavelo, y designan los italianos comunmente bajo el nombre del *secretario florentino*, nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Remontábase su origen á los antiguos marqueses de Toscana, cuyas posesiones poco á poco invadiera la naciente república hácia fines del siglo IX. Trece veces viérase *distinguida la familia* Machiavelli con la dignidad de gonfalonero de justicia que correspondia á la de dux, y *cincuenta y cuatro veces en diferentes épocas*, sentóse en el consejo de los Priores, el cual formaba la suprema magistratura de la república.

Una profunda obscuridad envuelve los primeros años de su juventud; sábese solo que perdió á su padre á la edad de diez y seis años, y que acabó sus estudios bajo la tutela de su madre. Dícese que en 1494 fué colocado junto al sabio Marcelo Virgilio, que ocupaba uno de los primeros empleos de la chancillería de estado; instruyóse de este modo en el manejo de los negocios, y cinco años despues, obtuvo sobre cuatro competidores la preferencia para una plaza de canciller de la segunda cancillería. Apenas *empezara á ejercer sus funciones cuando un segundo* decreto le nombró secretario del *Consejo de los Diez*, ó del gobierno de la república. En el mismo año fué elevado Virgilio á la dignidad de gran canciller, *primario cansellіere*, empleo que conservó, lo propio que el suyo Maquiavelo, hasta el momento en que volviendo á entrar en Florencia los Médicis, derribaron el gobierno que empleara á ambos.

Durante el espacio de catorce años y cinco meses *que ocupó aquel lugar, desplegó Maquiavelo toda la* actividad de su espíritu y todos los recursos de su talento. A su cargo estaban la correspondencia interior y esterior del estado, el asiento de los registros de los consejos y deliberaciones, la redaccion de los tratados concluidos con las vecinas potencias y los soberanos estranjeros. No se limitaron empero sus conciudadanos á un empleo, por decirlo así, estéril de su capacidad; quisieron sacar de él frutos mas inmediatos, *y durante el propio ejercicio de sus funciones*, confiáronle veinte y tres legacías al esterior, cuatro de las cuales en Francia, junto á Luís XII. En todos estos negocios, cuyo éxito importaba estremadamente á la república, supo siempre sostener y defender los intereses y la dignidad de su patria. Si no le fué dado salvar él solo el gobierno de Florencia, cúlpese á la poca energía y al espíritu de discordia que reinaba entre los habitantes. Como sea, jamás dejó de *servirse de la influencia que ejercia en los negocios* públicos para preservar de su ruina la libertad de su país; y cualquiera que haya sido el resultado de sus esfuerzos, bastan á lo menos á su gloria.

Florencia cayó de nuevo en poder de los Médicis. Cambióse el gobierno; y Maquiavelo trás catorce años de útiles servicios, vióse al principio destituido de su empleo, y luego estrañado del territorio, con prohibicion de separarse del lugar señalado para su destierro. Esto no era mas que el principio de sus desgracias. Poco tiempo despues, conspiraron algunos republicanos para derribar al nuevo gobierno y restablecer la libertad. Descubierta la conjuracion, cortóse la cabeza á dos de los gefes, y sus principales cómplices fueron echados en las cárceles. Tenido por del número Maquiavelo, sin que existiera contra él *ninguna prueba, diéronle tormento, y sufrió, como él* mismo lo dice en una carta, cuanto se puede sufrir sin perder la vida. Nada confesó, sea que tuviese la fuerza de vencer el dolor y de guardar su secreto, sea que fuese realmente inocente, como afirmó siempre. En fin comprendiósele en la amnistía general dada por Leon X, quien señaló con este acto de clemencia su advenimiento á la silla papal.

No por verse libre Maquiavelo logró ser mucho *mas dichoso. Casado y padre de muchos niños; como* su desinterés en el ejercicio de su empleo no le permitiera esplotarlo para su fortuna, saliera de él tan pobre como habia entrado. Buscara desde entonces consuelo en la soledad y en el estudio; y aquí es fuerza rectificar algunos juicios hechos sobre los escritos de aquel hombre célebre.

Hase escrito un libro sobre las vicisitudes de la fortuna de Aristóteles; y podia componerse á corta diferencia otro semejante sobre Maquiavelo. Sus obras hicieron al principio poca sensacion; las tres principales: *la Historia de Florencia*, los *Discursos sobre Tito Livio* y *el Príncipe*, aparecieron algunos años despues de su muerte, revestidas con un privilegio del papa Clemente VII, uno de los pontífices mas ilustrados que hayan subido á la silla de S. Pedro. Sus sucesores dejaron por largo tiempo reimprimir aquellas obras sin que en ellas sospecharan nada contrario á la moral ni á la religion. Bajo el pontificado de Pablo IV fué cuando el nombre de Maquiavelo se encontró en el catálogo de los autores cuyos escritos merecian ser proscritos; mas era prohibir bien tarde libros ya tantas veces reimpresos y cuyo veneno debia de estar bien oculto puesto que fueron menester mas de treinta años para descubrirlo.

Cuando se profundizan los descubrimientos con que apoya Maquiavelo la mayor parte de sus principios, no tarda en resaltar su verdadero pensamiento, y no es poca la admiracion que causa el ver que este escritor á quien se imputa una moral tan corrompida porque al esponer la cuestion friamente y sin el menor asomo de alabanza ó vituperio, parece desechar toda idea de virtud, jamás abandona no obstante el partido de lo que es honroso y bueno. El objeto de Maquiavelo al componer el libro del *Príncipe* no puede ya permanecer dudoso. En vano algunos quisieron ver en él un lazo tendido á los Médicis, á fin de acelerar su caida con el atractivo del poder absoluto; en vano han pretendido otros que el austero republicano hace en él concesiones que le constituyen Autor del despotismo.

Compusiérase aquel tratado con la sola mira de probar á los Médicis que su Autor habia sabido sacar partido de su posicion para adquirir en política profundos conocimientos, y que era digno de ser empleado por los nuevos señores de su patria.

Una nueva revolucion estalla en Florencia en 1523



Maquiavelo.

y restablece el gobierno popular. Al volver á su ciudad natal, sintió Maquiavelo renacer en su pecho todas sus esperanzas. Y en verdad quien presentaba mas fundados títulos á la pública gratitud! Mas no tardaron en desvanecerse, al llegar á Florencia, las ideas de favor que hubiese podido concebir, pues no debe esperarse del pueblo justicia en el momento en que se encuentra en la embriaguez del poder. De ello hiciera triste esperiencia Maquiavelo; y aquel hombre que soportara el tormento con tanto valor, dejara abatirse cuando se viera alejado de los negocios por sus ingratos conciudadanos, sintiendo tal pesadumbre, que llegó á alterar su salud. Creyó restablecerla tomando un remedio de que habitualmente usaba para las enfermedades de estómago á que estaba sugeto, consistia en píldoras cuyo uso aconsejaba él mismo á sus amigos, y *las cuales*, segun decia, le habian resucitado. Por esta vez estuvo lejos de ser eficaz su virtud: y atormentado por violentos dolores de tripas espiró el 22 de junio de 1527 á la edad de 58 años. Así que sintió que se acercaba su fin, imploró los auxilios de la religion, y murió asistido, hasta sus últimos momentos de todos los cuidados que ella prodiga á sus hijos. Muy grande debe de haber sido el encarnizamiento de sus enemigos para propalar que habia muerto en los sentimientos de ateismo mas pronunciados, y profiriendo horrorosas blasfemias; mas existen tantos testigos que prueban lo contrario, que en verdad podia haberse escusado semejante calumnia. Por lo demas, solo en 1787, y bajo el gobierno del gran duque Leopoldo, Florencia, hasta entonces ingrata hácia la memoria de uno de los grandes hombres salidos de su seno, le elevó un sepulcro de mármol en la iglesia de Santa Croce, junto á los monumentos de Miguel Angel y de Galileo.

(*Sigue.*)

EL BUBALO.



Maquiavelo es tenido en Italia por uno de los escritores que han dado á la lengua nacional mas energía, limpieza y naturalidad. Su estilo difiere enteramente del de sus contemporáneos. Mientras se complacian los Bembo, y los Guicciardini en el desarrollo de sus períodos, Maquiavelo, impelido por la impetuosidad de su pensamiento, arroja la frase como se le ofrece á la imaginacion, sin que intente adornarla con una riqueza que le parece estraña. Es digna de notarse la relacion que tiene su estilo con el de Montesquieu. No cabe ya duda alguna sobre el estudio que este haya hecho de Maquiavelo, á quien llama un grande hombre en su inmortal obra del *Espíritu de las leyes*, y si no le ha hecho mas particularmente justicia confesando lo que le debe, habrá sido por la reprobacion que pesaba sobre la memoria del secretario florentino.

Existe contra él una acusacion terrible que ha convertido su nombre en el sinónimo de la perfidia y de la inmoralidad política. Mas tan difícil seria borrar esta mancha! No podria decirse que en punto á gobierno, existia el *maquiavelismo* mucho antes que Maquiavelo! Como sea, bien que de golpe no sea dado disipar las funestas prevenciones que acompañan á sus escritos, disculpárale quizás ya el tiempo en que vivió, ya la posicion en que se encontrara: la Francia habia visto sobre su trono á Luis XI; á Enrique VIII, la Inglaterra haciendo perecer en el cadalso á tres reinas sus esposas, y la silla pontifical estaba deshonrada por Alejandro VI, aquel Borgia de vergonzosa memoria. Educado por decirlo así en medio del olvido de todos los principios de moral y de justicia, lanzado á los veinte y cuatro años en la carrera de los negocios públicos, obligado por sus misiones á tratar con personajes cuya altura estaba lejos de ponerlos al abrigo de la corrupcion, hubiese sido fuerza poseer un alma de una energía bien estraordinaria, para no dejarse arrastrar por el torrente del ejemplo.

Entre los antagonistas de Maquiavelo hállanse dos de autoridad. El primero es Federico II, aquel monarca guerrero, filósofo y literato; el segundo Voltaire, quien desplegó en publicar el *Anti-Maquiavelo* del Príncipe real de Prusia aquella infatigable actividad que fué siempre el móvil de sus acciones. Semejante empresa de parte de dos enemigos tan ilustres debe mirarse como un brillante homenaje tributado á la alta reputacion de Maquiavelo, y como el complemento de todas las vicisitudes á que debian quedar espuestas sus obras.

EL BUBALO.

Por especial favor del Profeta, como decia el renegado Mehemet, mi genízaro (ó si mas á V. place mi criado y guia), velaran el cielo de Africa algunas nubes que atemperaban el abrasado ardor del sol. «Aprisa, aprisa, añadió, montemos á caballo, señores franceses, abandonemos esas ruinas de *Lebeda* (la antigua Tarable, á doce leguas de Trípoli), donde acuden espíritus negros y colorados, apretemos ambas espuelas, y antes de la hora de acampar, matarémos en los valles de Gouriana un *toriciervo*, cuyos solomos asados sobre ascuas nos suministran una escelente cena.»

Y la cuadrilla toda de viajeros aplaudió alegre la proposicion de Mehemet. Cargaron á los asnos sus albardas; nuestros negros del Bournou subieron sobre los *herrys* (ó camellos corredores); cabalgaron en sus caballos berberiscos nuestros genízaros; y nosotros los sabios, ó que nos llamábamos tales, pasamos adelante galopeando en nuestros corceles árabes de sangre pura, y ganamos en pocas horas el pie de las montañas azules (Gouriana).

Me adelantara un poco con Mehemet á nuestra caravana, y recorria con placer mi vista un paisaje de tal modo pintoresco, que ningun europeo puede formarse de él una idea justa á no haber visitado nuestras posesiones de Argel. No hay allí esos monótonos olmos, esas encinas, esos abetos, ó por acaso, esos álamos de Italia dibujándose en un cielo gris ó nebuloso: sino la palmera, la madre que alimenta á los hijos del desierto, la gamosa sensitiva, la higuera de tuna, el añil, la yusca, y mil otros vegetales de bizarro aspecto que mecen su cabeza mas ó menos elevada en una atmósfera de un rojo azafranado. Allí el modesto viajero que hiere con su polvoroso baston el matorral de espinosa acacia, ya que no vea salir á toda prisa al tímido conejo ó á la liebre todavía mas medrosa; oye el sordo gruñido de la hiena, ó el ronquido de la pantera pronta á enfurecerse. A veces tambien no son ni el leon cobarde y tímido (por mas que digan nuestros naturalistas), ni el leopardo de manchada piel, los que se precipitan de un bosquecillo de espinosos, sino una inofensiva gazela de esbelta talla y de costumbres inocentes.

Y contábame Mehemet todas esas cosas, cuando de golpe paró su caballo, bajó la voz, y me enseñó con el dedo en un desierto valle, á media milla de nosotros, una manada de animales que pastaban tranquilos la verde yerba de un *wadday* (oasis).

«Son, me dijo, toriciervos (*buselaphus*), ó, para llamarlos como los Arabes, baqui-ciervos (*bubula-cervina*). Mientras esperamos á nuestros camaradas, voy á poneros al corriente de las costumbres de esos animales, y por este medio, estais seguro de llegar á ser el rey de la caza. — Cómo? Hélo aquí: La bacaciervo ó de Berbería, que vuestros sabios de Europa llamais Bubale (*antilope bubalis*, Cuv.), no es ni una baca, ni un ciervo, como han dicho los antiguos, sino un rumiante con cuernos vacíos, perteneciente á la familia de los antilopos. Sin embargo, como los ciervos tiene lagrimales debajo los ojos, talla bastante ligera, y rápida carrera; mas no son caidos sus cuernos, y sí retorcidos, formando una S, y con las puntas vueltas hácia atrás. Su cabeza es estrecha y muy prolongada; están muy altos sus ojos, y casi contra las orejas, lo que le da una fisonomía muy singular. Este animal tiene las espaldas elevadas, de manera que forman una especie de joroba encima el espinazo. La cola tiene poco mas ó menos un pie de largo, con un mechon de pelo negro en el estremo. Su magnitud iguala á poca diferencia la de un ciervo, pero es menos ligera, y tiene el pelaje de color leonado.

Como todas las gazelas, este animal es dulce y tímido, y vive en manadas bastante numerosas, lo propio que todos los seres débiles. Con ser muy limitada su inteligencia no carece de astucia, sea para prevenir la sorpresa del cazador, sea para escaparle en su fuga. Como no es su carrera tan sostenida como la de

las demas gazelas, y se fatiga mucho mas pronto, es frecuentemente presa de los chacales, quienes le hacen una guerra casi continua, y le persiguen durante noches enteras hasta que le han rendido de cansancio, *en cuyo caso el búbalo se sumerge en el agua que* apeteciera y buscara, entumeciéndole de tal modo las piernas el fatal baño, que no le es ya dado escapar á la persecucion de sus crueles enemigos.

Tiene tambien de comun con las otras especies de gazelas de que poblara la naturaleza los vastos desiertos de Africa, que es, por decirlo así, el maná providencial que suministra el alimento á los leones, á las panteras, á los leopardos y demas animales carnívoros de aquella parte del mundo. Estos se emboscan por la madrugada en los cañaverales y altas yerbas que cubren los bordes de las raras fuentes ó pozos, como dicen los árabes, esparcidos á trechos por aquellas ardientes soledades. Allí esperan su presa silenciosos é inmóviles, con admirable paciencia, y pasan á veces así en la misma postura cinco ó seis dias seguidos. Desdichado del antílopo que se acerca entonces, durante el calor del dia, á aquella fresca y seductora onda. Desde que lo columbra el leon ó percibe *solo el rumor de sus pasos, apréstase y arrójase á veinte* y hasta treinta pasos, cae como el rayo sobre su víctima, derríbala, mátala, y la devora. Mas no persigue su presa á no acertarla al primer salto, sino que vergonzoso de su torpeza, se retira á la selva, caidas cola y orejas.

He estado en el cabo de Buena Esperanza, añadió Mehemet, y en él he visto un ejemplo singular, al paso que terrible, de la mala maña de un leon. Estaba yo hospedado en casa de un holandés, que tenia su habitacion á setenta leguas del cabo, hácia el norte. Pusímonos una tarde en acecho para cazar junto á un pantano, donde muchos animales tímidos solian ir á apagar su sed. Habíame quedado á corta diferencia á cien pasos detrás de mi huésped, que avanzaba tranquilo al través de los cañaverales, con su fusil en *la espalda, cuando de repente oí que arrojaba un gri*to terrible, y ví al propio tiempo á un enorme leon, que engañado por el rumor de sus pisadas, lo tomara sin duda por una gazela, y de un salto se habia arrojado sobre él. El feroz animal cogiera al holandés por el brazo izquierdo, y habiéndole indudablemente reconocido por hombre al instante, sorprendióse de modo que quedó inmóvil, sin adelantar su ataque ni soltar por eso el brazo. Lo singular es, que para evitar las espantadas miradas de mi desgraciado compañero, le veia cerrar muy distintamente los leonados párpados. Ambos permanecieron en aquella espantosa actitud el espacio de tiempo suficiente para que pudiese yo acercarme á unos veinte pasos de ellos. Estaba cargado mi fusil con varias postas; ¿mas que podia hacer ocultándome mi compañero una gran parte del leon? *A haber tirado, de seguro hubiera muerto á ambos.*

En tan terrible situacion no perdió el holandés su serenidad. Como en el choque le cayera el fusil le quedaba libre el brazo derecho. Deslizó suavemente la mano en el bolsillo, sacó su cuchillo, abriólo, calculó despacio el golpe, y luego rápido como el rayo, sumergiólo entero en el pecho del monstruo. Cayó este moribundo, mas no sin que arrastrara en su caida al animoso cazador. Lucharon por espacio de medio minuto con una espantosa agonía, y al llegar estaban ya muertos.

Apenas acabara Mehemet su triste narracion, cuando oyóse un espantoso rugido en la vecina selva, y nuestros caballos, asnos y camellos, paráronse de golpe sobrecogidos de espanto. Los búbalos que descu*brimos se reunieron al punto, formando una espesa* manada, y se precipitaron en la llanura corriendo á todo escape. Enfrióse súbito nuestro gusto para la caza, y como si nos hubiésemos dado el santo, sin deliberacion, volvimos todos la espalda al bosque donde debíamos cazar, acampar y comer nuestros biftecks de toriciervo. Aquella misma tarde llegamos á Trípoli de Berbería, de donde salimos al dia siguiente para Argel.

EL LAGO DE LA HADA.

Hacia uno de los estremos de la Irlanda, de aquella isla de pintoresca fisonomía colúmbrase el lago de Killarney. Algunos siglos antes, en el mismo lugar descubria la vista un inmenso valle. ¿Como reemplazara el lago los árboles de hermoso ramaje y la fresca verdura de los prados?

He aquí como se obró el prodigio. En medio de aquel valle brotaba de un hueco poco profundo un hilo de agua que se abria paso á través de una arena de oro, y se deslizaba un buen trecho por un suave declive para venir á caer en una pila del mas blanco y esquisito mármol, donde parecia dormir tranquila y apacible. Dia y noche manaba agua en la taza, y ni una sola gota rebosaba de sus bordes. Por donde huia? Nadie podia decirlo; mas lo que se susurraba, lo que se creia saber, es que un manantial de semejante naturaleza que sin descanso derramaba el agua en una pila que no se vaciaba jamás, era encantado.

Visitábanlo por curiosidad. Acudian las jóvenes de los lugares vecinos para sacar una agua clara como el cristal de las grutas donde moran las sílfidas, pero *se apresuraban á taparlo con una ancha piedra con*sagrada á este uso: tales eran el terror y respeto que les inspiraba una vieja tradicion. Aunque pesada en apariencia aquella piedra, podian fácilmente levantarla los mas débiles brazos. Jamás los rayos del sol debian tocar al nacer las aguas del manantial, del contrario affigiria al valle una espantosa desgracia: así lo amenazara una hada. Aquella hada caprichosa, fantástica y colérica, apagara un dia su sed en el manantial, y tocándolo con su varita colocáralo bajo el maleficio de sus encantos.

Entre las numerosas jóvenes que con alegre paso acudian al manantial de la hada, cantando los melodiosos aires del país, distinguíase Norah, la blanca Norah, cuyos rubios cabellos flotaban en rizos bajo una corona de flores de los campos. Admirábanla los jóvenes, y amábanla tanto sus compañeras, que le perdonaban su hermosura. La casa donde naciera, y en la cual habitaba aun con sus viejos padres, cuyo orgullo hacia, aunque sencilla, no dejaba de ser la mas elegante de toda la aldea, elegancia que no dimanaba seguramente de la riqueza, sino del aseo debido á los cuidados de Norah, llegando hasta á parecer mas verde la madreselva que crecia alrededor de la puerta, y mas frescas sus flores, por cultivarlas Norah con sus hermosas manos.

Bien cuidara por cierto de volver á colocar la piedra antes de alejarse del manantial encantado. *Luego, cantando siempre, bailando y riéndose*, volvia á su casa sin la menor pesadumbre, sin el menor cuidado que pudiese por un solo instante alejar el sueño de sus párpados.

Tanta dicha, tanta inocencia, no podia durar largo tiempo; el amor iba á venir. Llegó con un jóven soldado de armadura de acero, amigo de los combates y mucho mas de referirlos. No tuvo mas que aparecer para encantar á Norah. El corazon de la jóven no pudo resistirse y fué preciso entregarle. Y *cuando por la tarde*, al *caer el sol*, daba la hora de ir al manantial, Norah, no iba ya sola. Al principio Owall la seguia de lejos, luego de mas cerca, luego en fin se encontraba precisamente al lado de ella. Sentábanse á veces en el camino para descansar; y Owall decia entonces con conmovida voz:

«Al pasar Norah, con su aire suave y modesto, todas las bocas quedan mudas; ninguna mirada se atreve á elevarse hasta á ella; la sorpresa hace callar las bocas; y el respeto intimida las miradas.

«Acompáñala un lisonjero murmullo. Sin compostura, sin orgullo, su misma sencillez la embellece. Diríase que es una criatura bajada del cielo, que habiendo tomado una forma terrestre ha conservado todo el encanto de su orígen.

«Frescas y graciosas son las margaritas en la yerba, mas una sola da idea de todas ellas; mientras que millares de las mas bellas jóvenes discurrirán por el valle, sin que al verlas sea dado adivinar la belleza de Norah!»

Sus viejos padres no aprobaron aquel amor. Las historias del jóven soldado, pintando las fatigas de los campamentos y el peligro de las batallas carecian para ellos de encanto; al paso que no habia para Norah mayor placer que oirlas. Reprehendieron á su hija, prohibiéronle escuchar al que las contaba y hasta le mandaron que se alejase de él.

Prometiólo ella deshecha en lágrimas. Para evitar el encuentro de su amante, aquella tarde tomó un camino desviado al ir al manantial del valle. Sentóse encima la piedra despues de haberla apartado de la pila, y empezó á derramar abundantes lágrimas. Pasó la hora sin que lo echase de ver, moria la luz del dia, y ya en el alto cielo brillaban las estrellas.

Apareció de repente su amante. «Ah! no vengais aquí! esclamó, no vengais, yo no debo veros mas. Hubiéseme vuelto á la aldea! No me hubiera hecho temblar vuestra presencia; bien que estaba llorando. Vos me habeis enseñado á llorar, Owall.

—No hableis así, Norah; venid, tomemos juntos el camino de la aldea.

—Jamás, jamás! respondió ella con viveza! Siempre he guardado religiosamente mi palabra; ahora la violo, y vos sois la causa. Habia jurado á mi padre no veros mas, y sin embargo, éteos aquí!»

Andaba agitada diciendo esas últimas palabras; no la dejaba Owall, y habia tomado sus manos entre las suyas, probando calmarla. «Vuestra falta, si falta es verme, es involuntaria, díjola en un tono lleno de respeto y de ternura; vuestros padres ignoran nuestro encuentro, y si por casualidad llegaran á saberlo, estad tranquila: hay tanta indulgencia en el corazon de un padre! Y porqué no se dejaria vencer? Porqué no habia de consentir nuestra union? Seria el temor de no teneros mas junto á ellos, el temor de perderos? Permaneceré aquí con vos, con él; trabajaré para vosotros todos, qué no haré yo por vos, Norah, tan querida á mi alma! Mas ¡ay de mí! ya es fuerza separarnos; estamos ya junto á vuestra casa! Concededme una sonrisa; ella me acompaña y me hechiza hasta el instante en que puedo pediros otra! Consentís, Norah! Es un adios, no me lo negueis.»

La sonrisa no fué negada.

En aquel instante, abrió Norah, la puerta, volvió la cabeza hácia Owall, concedióle aquella sonrisa vivamente deseada; y colorada y trémula, retiróse á su aposento, donde vino á encontrarla el sueño en medio de los mas dulces pensamientos. Creia en sus sueños haber obtenido el consentimiento de su padre; su fantasía corria al igual de su corazon. Ya se veia Norah al pie del altar, donde despues de haber declarado en alta voz y á la faz del cielo su amor, no la era preciso ocultarlo al mundo en adelante!

Despues de haber pasado toda la noche mecida por tan risueñas imágenes, dispiértase, y de repente escapa de su pecho un grito de terror. Salta de la cama. «El manantial! el manantial! Me he olvidado de poner la piedra. Pero apenas amanece, todavía llegaré á tiempo.» Estaba ya en el valle por el cual corria jadeando y gritando siempre: El manantial! el manantial!» En aquel instante columbró un tinte de oro en la cresta de las montañas. «Es el alba preguntóse, ó es el sol? No, no puede ser, todavía llegaré á tiempo!»

Habiendo dado algunos pasos mas, queda de repente inmóvil. Lleva una de sus manos á su frente y queda en ella clavada en señal de desesperacion; estendida la otra, señalaba á lo lejos el manantial. Hubiérase dicho al ver á la jóven de tal modo herida de estupor, que era una estatua que por un inaudito prodigio, ostentaba en su figura de mármol la espresion del mas vivo dolor. Ay! cierto que era el sol, y aquel dia asomaba en un cielo puro y libre de toda nube. Caian sus rayos sobre el manantial, que aquella vez derramaba el agua, y la derramaba con abundancia, con una especie de furor, esparciéndose por el valle como un torrente. Hubiérase dicho que el agua comprimida y cautiva por espacio de tantos siglos, se escapaba ansiosa de libertad.

Precipitábanse los aldeanos en desordenado tropel no sabiendo hácia donde huir, mientras nada podia sacar á la pobre Norah de su espantosa inmovilidad; ni la voz de los hombres espantados, ni el mugido de los vientos enfurecidos. Su dedo señalaba siempre el manantial; mas sin que pareciese comprender el peligro que la amenazaba, pues las olas bañaban ya sus pies. Tenia su gesto algo de maquinal. Owall, que acudia en aquel momento, se arroja y la toma en sus brazos. Volviendo en sí: «Salvad á mi padre! salvad á mi madre! esclama con una voz que desgarra el corazon. Dejadme aquí; aquí para que muera, y volad á ellos!» Pero Owall, tan ligero, tan ágil con aquella dulce carga, como el cazador con un jóven gamo, Owall trepa con paso rápido por una de las montañas que rodeaban el valle, pues no era dado ya tomar otro camino. Vano refugio! se-

guíanle rugiendo las olas, con aire amenazador, y como impelidas por la venganza. Cuanto mas iba subiendo Owall tanto mas iban elevándose las olas: así que hubo llegado á la cima de la montaña, párase rendido de cansancio, pone en tierra á su amante y mira á su alrededor.

Oh espectáculo horrible! El valle ha desaparecido bajo las aguas. El pequeño espacio donde ellos se encuentran no forma ya mas que una isla perdida en medio de un lago inmenso como el mar, y este espacio va siempre disminuyendo. Lo mismo sucedia con las otras montañas; presentaban igualmente sus cimas islas esparcidas por el lago, pero menos altas que aquella en que Owall habia buscado un refugio momentáneo, abismáronse antes que la suya la cual fué la última en sumergirse. «O mi único amor, Norah mia! dijo Owall, besando la frente pálida de su amante, que no me sea dado hender contigo los vientos! Con que no hay ya mas vida para nosotros!» Y contestábale Norah. «Padre mio! madre mia! yo los he muerto!»

En brazos uno de otro aguardaron los dos amantes su suerte inevitable. Las aguas engrosaban de continuo; disminuia la isla poco á poco; ya no es mas que un punto, ya no es nada.

Al ver á aquellas dos jóvenes víctimas flotando apagóse la cólera en el corazon de la hada, y paróse la inundacion; pero sin que volviese á aparecer el valle, el cual ha quedado en el fondo del lago de Killarney.

Asegúrase que cada aniversario de aquel fúnebre acontecimiento, una ave negra, desconocida, única quizás en el universo, al salir el alba acude á sacudir sus alas en el lugar en que se sumergieron el soldado Owall y la jóven Norah, y arroja revoloteando suaves y lastimeros gritos. Aquellos gritos, encima del lago que sirve de tumba á los dos amantes, han venido á ser una especie de vivo y anual epitafio.

CERVANTES.

Miguel de Cervantes Saavedra. Nació este singular é inimitable ingenio en Alcalá de Henares en octubre de 1547, siendo sus padres Rodrigo de Cervantes y Doña Leonor de Cortinas. Dotóle la naturaleza de ingenio vivo, de invencion rara, de atinado juicio y de aficion tan vehemente á las letras, que siendo niño se paraba á leer los papeles rotos que encontraba en la calle, como dice él mismo. Estudió gramática y letras humanas siendo discípulo del maestro Juan Lopez de Hoyos, quien al hacer la relacion de la muerte y exequias de la reina Doña Isabel de Valois, le llama espresamente su *caro y amado discípulo*, con motivo de insertar en aquel escrito unas redondillas y una elegía que Cervantes compuso en castellano en alabanza del cardenal D. Diego de Espinosa. Hallándose en Madrid desde el año 1568, hizo viaje á Roma en el 1570, corriendo á buscar en Italia la fortuna ó la gloria, y entró á servir al cardenal Julio Aquaviva en calidad de paje ó camarero. Encendióse á poco tiempo la guerra entre el Gran Señor y los Venecianos; y ofreciendo esta lucha á Cervantes un teatro el mas digno de su valor y su nacimiento, el ilustre jóven español se alistó de soldado bajo las banderas del duque de Paliano, Marco Antonio Colona, general de las galeras enviadas por el Papa en socorro de la isla de Chipre. Así se verificó en Cervantes lo que él mismo dijo despues en el libro III, capítulo X, de *Pérsiles y Segismunda*: «Que no habia mejores soldados que los que se trasplantaban de la tierra de los estudios en los campos de la guerra, y que ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por estremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso en quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece.» Aquella escuadra se reunió á la nuestra y la de Venecia, siendo generalísimo de todas estas fuerzas navales Don Juan de Austria, hijo de Cárlos V. Esta formidable espedicion, poco feliz en un principio, consiguió al año siguiente, que fué el de 1572, la inmortal victoria de Lepanto, que restableció el honor de la cristiandad, y en que Cervantes hizo alarde de su valor, coronándose de gloria, y recibiendo una herida en el brazo izquierdo, de cuyas resultas quedó manco; honroso testimonio que él recuerda mas de una vez en sus obras, y que á lo menos sirvió para consolar su amor propio, bien nacido, ya que no fué útil á su fortuna. A pesar de este accidente, no desalentó el ánimo fogoso de Cervantes; antes bien continuó en el servicio, hallándose en las empresas intentadas en las costas de la Morea en 1572, hasta que frustrada la de Navarino, la antigua Pilos, patria de Nestor, volvieron á Italia las escuadras combinadas á fines de aquel año. Incorporóse despues en las tropas de Nápoles, donde estuvo mucho tiempo; y es de creer que allí dedicó las horas libres del servicio militar al estudio de la lengua italiana y á la lectura de autores clásicos, en cuya erudicion se muestra tan versado en sus obras. Aun militaba en el año 1575, cuando viniendo de Nápoles á España embarcado en la galera llamada el *Sol*, en 16 de setiembre cayó en poder del corsario moro *Arnante Mami*, que le llevó á Argel, y le comprendió en el número de sus esclavos ó cautivos. Además de aquel amo, renegado griego, llamado el *Cojo*, porque lo era, y enemigo implacable del nombre cristiano, tuvo Cervantes otro, que lo fué Asan Agá ó Bajá, veneciano renegado, hombre codicioso, turbulento, inhumano, grande atormentador de cristianos, y aun de moros. De aquí se ve cuanta razon tuvo el mismo Cervantes para decir despues, que en aquella escuela «aprendió á tener paciencia en las adversidades.» Hacian sufrir entonces dos géneros de vida muy penosos á los cautivos: los unos remaban en las galeras, siendo esta la fatiga mas intolerable, y los otros quedaban en la ciudad encerrados en una prision que los argelinos llamaban el *Baño*, donde custodiaban á los cautivos del Dey y de algunos particulares del pueblo, cuando eran de rescate, para tenerlos seguros hasta que llegase esta ocasion. Los hacian trabajar no obstante, arrastraban cadenas, y estaban desnudos y hambrientos. Del número de estos desgraciados era Cervantes, siendo consecutivamente cautivo, ya de un particular, ó ya del Dey; y como persona bien nacida, era tenido por de rescate. En aquella horrible situacion es donde desplegó nuestro ilustre cautivo los recursos de su ingenio y la fuerza de su elevado carácter, tanto que en el referido *Baño* compuso versos y algu-

na de sus comedías. Irresistible en fin al poderoso influjo del amor á la libertad y la patria, discurrió varios medios para lograr su soltura y darla á otros. Su fecunda imaginacion le sugirió en el año 1577, un arbitrio que hubiese tenido feliz éxito, á no ser por un traidor. Sucedió, pues, que á distancia de una legua y media de Argel, junto á la playa del mar, en el jardin del alcaide Asan, renegado griego, se escondieron en una cueva unos veinte cautivos españoles, todos de familias distinguidas, los cuales trataron con un mallorquin llamado Viana, que volvia rescatado á su patria, para que negociase en ella de modo que volviese con una fragata, y de noche los embarcase y trajese á España. Eran depositarios del secreto de este plan dos cristianos únicamente, el uno jardinero, y el otro un cautivo natural de Melilla, llamado el *Dorador*, que con el dinero que le daban los incógnitos, compraba y les llevaba á la cueva el sustento necesario con mucho disimulo; pero el principal agente, el que mas arriesgaba su vida en estas diligencias, era Miguel de Cervantes. Viana desempeñó con tal acierto y presteza su encargo, que volvió con la fragata á pocos meses; mas al querer saltar en tierra á media noche, fué sentido de los moros, tuvo que retirarse viendo malograda su empresa, y para colmo de la desgracia, el infame *Dorador*, que habia renegado de la fe de Jesucristo, descubrió al Dey de Argel el proyecto de los cristianos ocultos en la cueva. Todos fueron presos, conducidos al *Baño*, cargados de cadenas y tratados con el mayor rigor; escepto Cervantes, que aunque maniatado, fué detenido en casa del Dey, quien le interrogó amenazándole terriblemente, sin que pudiese saber otra cosa sino que él y no otro habia sido el delincuente en aquella trama, portándose con tal nobleza, que á sí solo se echó la culpa. Quedó por entonces Cervantes adjudicado á Asan Agá, quien tuvo que restituirle despues á su patron, volviendo así á la inclemente servidumbre de Arnante Mami; mas el generoso cautivo, lejos de haberse desanimado con la espantosa idea del suplicio que vió tan de cerca, osó concebir el agigantado proyecto de hacer que se sublevasen todos los cautivos detenidos en Argel y alzarse con la ciudad. El Dey, atemorizado por la audacia de este hombre estraordinario, exigió que se le entregasen, diciendo que como él tuviese guardado al estropeado español, tenia seguros sus cautivos, sus bajeles y aun toda la ciudad; pagó pues por él la suma de 500 escudos á su antiguo amo, y luego le encadenó y le tuvo en la cárcel muchos dias, vigilando sus pasos y ademanes escrupulosamente. Puede verse lo que él dijo de sí mismo acerca de esto en la novela del cautivo inserta en el romance de *D. Quijote*. Al cabo de cinco años de sufrimientos inauditos, se trató de su rescate en 1580 por los religiosos Trinitarios, que no cesaron de manifestar el mas vivo interés por su suerte. El príncipe africano, viéndose en la precision de partir para Constantinopla, á donde era llamado, sobresaltado de tener un esclavo tan travieso, y al mismo tiempo codicioso del considerable rescate que por él se le habia ofrecido, cedió á todas estas consideraciones juntas; y por la suma de 500 escudos que completaron dichos religiosos, aprontando lo necesario sobre 300 que habia entregado Doña Leonor de Cortinas, consiguió Cervantes su libertad, y en la primavera de 1581 fué restituido al seno de su familia, empobrecida con los esfuerzos que hizo para rescatarle; hallándose él entonces en la edad de 34 años. Se puede juzgar fácilmente, que habiendo nacido pobre, su aficion á la poesía, la profesion de soldado y su permanencia en Argel, no le habian permitido jamás ocuparse en hacer su fortuna. Se desengañó al fin de que no podia prometerse progresos en la carrera de Marte, y entregándose á las musas, empezó á cultivar el maravilloso talento que tenia para las obras de invencion.

(Se continuará.)

LA GRUTA DE LA BALME. (FRANCIA).

Al atravesar la ciudad de Cremien para ir á la aldea de la Balme, recórrese un camino circundado por un lado de rocas de estremada altura y por otro por áridas llanuras. La superficie de aquellas rocas ofrece la mezcla de los tonos bizarros pertenecientes á las piedras de toda especie, que entran en su constitucion; unas son de un negro subido, otras reflejan colores brillantes, y todas estan entrelazadas con la espesa hiedra que serpentea desde la base hasta su cúspide, muellemente apoyada en débiles arbustos, cuya pobre existencia es solo sustentada por el escaso estiércol que retienen sus raíces entre las capas del calizo. Majestuosos bosques coronan aquellas murallas naturales.

Las llanuras que separan el sendero de la Balme del curso del Ródano son de la mas triste esterilidad; algunas yerbas, algunas débiles espigas se disputan una arena roja y pedregosa; y el viajero fija á su pesar sus ojos en aquellas tierras miserables que el soberbio Ródano parece desdeñar, y las cuales permanecen incultas y abandonadas.

Con esos sentimientos de piedad y de tristeza se llega al pequeño vecindario de la Balme, donde es recibido el viajero por modestos habitantes, siempre sorprendidos de que entre ellos vaya á buscarse y admirarse una maravilla.

Ciertamente que es una maravilla la que allí ocultan las montañas, en medio de un pequeño grupo de cabañas de madera y de lodo: el pobre abriera su albergue á la sombra de las piedras monumentales que amontonara la naturaleza para hacer el peristilo de aquellos templos subterráneos, enriquecidos con las obras maestras de una escultura en la cual ni el formon, ni el cincel tuvieron nunca la menor parte.

Dirigido por el *cicerone* del lugar, hombre que mira sin ver, ó que ve sin comprender, puede el viajero atravesar confiado la difícil entrada de aquella gruta mágica. Su guia, siempre frio, siempre metódico así en sus excursiones como en sus relatos, sienta su planta en los pasos abiertos por sus padres, repite las palabras que oyera de ellos, y como ellos abandona su alma á los arrebatos del entusiasmo, del tesoro de la admiracion, sin que una sola chispa de aquel fuego que ilumina encienda su corazon ó despierte sus sentidos.

La sola emocion que siente el conductor, el solo temor que sabe expresar, es el de que no caiga una piedra, ó el de que no se apage una hacha; y fuerza es decirlo, su solicitud es tan activa que sus precauciones no carecen de acierto.

La entrada de la gruta aparece en medio de la aldea, su senda goza de las mas bellas proporciones y esta abierta como un arco de triunfo, en medio de las rocas, cuyos picachos se estienden á lo infinito. De las grietas de aquella bóbeda escápase un torrente que se pierde en la cavidad profunda que se abriera al pie de la roca; abundantes hiedras, y árboles de hermosa vegetacion y masas de rocas, elevadas en colunas majestuosas, decoran y completan aquel pórtico elegante.

En uno de sus costados aparece una capilla arruinada; en la cual se encuentra el santo madero para alentar en el peligro y fortalecer el alma.

Apenas hase atravesado el dintel y dejado trás sí la capilla, desaparece la luz de un modo notable. Entrase en el vestíbulo que tiene cerca de cien pies de elevacion; sus paredes son irregulares y estan erizadas de asperezas y abiertas con estrañas escavaciones que penetran mas ó menos en la roca. Por ellas es preciso trepar para pasar adelante: y si puesto en su cumbre, se echa una mirada en pos de sí, gózase del mas hermoso espectáculo: la pequeña aldea de la Balme, la verdura del peristilo, el torrente que se precipita por su lecho de guijon, el cielo que se pierde en la lontananza, todo esto, iluminado por un hermoso sol, ofrece el mas maravilloso contraste con los abismos y derrumbaderos de que uno se ve rodeado. A cada paso que da el viajero, parece que se le va á abrir la tierra, anda por desplomados pedruscos; volcadas montañas estan suspendidas sobre su cabeza así como los restos de arruinados castillos; vese obligado á deslizarse por una tierra negra y arcillosa al través de sendas asaz estrechas para dar apenas paso á un hombre y de ese modo penetra hasta la segunda cavidad, vasta sala con techo y pavimento desiguales y decorada con concreciones calizas llamadas staláctitas ó stalágmitas. Siguen á esa sala varios anfiteatros, donde se encuentran simétricamente colocadas las numerosas pilas que reciben el agua del torrente.

Esas pilas son todas cinceladas ó esculpidas con rara perfeccion. Hay en uno de aquellos anfiteatros una inmensa, al rededor de la cual estan dispuestas y escalonadas otras mas pequeñas; en algunos lugares forman escalones por los cuales se baja; unas figuran enormes pechinas, otras antiguos vasos de Paros, su blancura las destaca del negro fondo de la gruta haciendo resaltar sus puros contornos y sus franjeadas cinceladuras.

De este recinto se pasa á la gruta llamada de los Diamantes; cuyas paredes estan cuajadas de concreciones que brillan con el mas vivo resplandor, cuando la luz de las hachas hiere su cristalina superficie y la reflejan en todos sentidos sus millones de facetas. La humedad de aquella pieza es peligrosa, y el viajero se apresura á dejarla para llegar á un suave declive, bien que haya de pasar por un difícil sendero al borde del lago.

Pruébase en aquel entonces un sentimiento indefinible de admiracion y de bienestar. Cansado de arrastrarse, de deslizarse, de encaramarse, encuentra por último el viajero un lugar de descanso en una pequeña barca que donde quiera deseara fuese mas límpia y mas cómoda; mas en fin está allí, y siéntase en ella para hacerse transportar sin fatiga.

El agua de este lago es tan cristalina que por todas partes se distingue su lecho de dorada arena; encima vese la bóbeda que aprisiona aquel mar, el cual ya es sinuoso é irregular; ya forma un estrecho canal cuyas márgenes toca la barca, y apenas halo surcado el viajero tendido al nivel del agua, cuando penetra en inmensas cavernas cuyos límites no puede abarcar la vista. El lago de la Balme tiene mas de una legua, y cuando, acabado el viaje naútico, se llega á la orilla, aparece delante una nueva entrada y aguardamos sensaciones de otro género.

Hasta allí el esplendor del vestíbulo, las cavidades sombrías y peligrosas, los anfiteatros, las esculturas, las cristalizaciones han admirado, deslumbrado, encantado los sentidos, y aquella navecilla, aquella agua cristalina, han reemplazado con pensamientos graves y solemnes á ideas graciosas y risueñas. Si el viaje terminase aquí no quedaria mas que un recuerdo de admiracion; pero en la cueva donde se va á bajar, el terror se apodera del alma á la vista de los imponentes objetos que la naturaleza tiene allí reunidos.

Despues de haber pasado por corredores de prodigiosa extension de húmedas y frias paredes, llégase á un inmenso recinto; jamás hubo bóveda destinada á recibir los despojos de los mortales que ofreciese un aspecto tan tristemente solemne, ni última mansion alguna cuyos monumentos se viesen mas rodeados de recuerdos religiosos. Elévanse de todas partes descomunales rocas cortadas como tumbas, sobre las cuales estan acodadas gigantescas fantasmas parecidas á monges en oracion, aquí y allí vense haces de armas y urnas funerarias; aquí colunas que tienen el aire de sostener la inmensa bóveda de un templo gótico; allí paredes cubiertas de largos cañutos figurando juegos de órgano; mas allá cadenas de rocas que parecen altares, y todos esos ornatos, juguetes de una naturaleza inagotable así en sus formas como en sus medios, son el producto de la infiltracion de las aguas, que cargadas de materias calizas las depositan tan luego como quedan espuestas al contacto del aire.

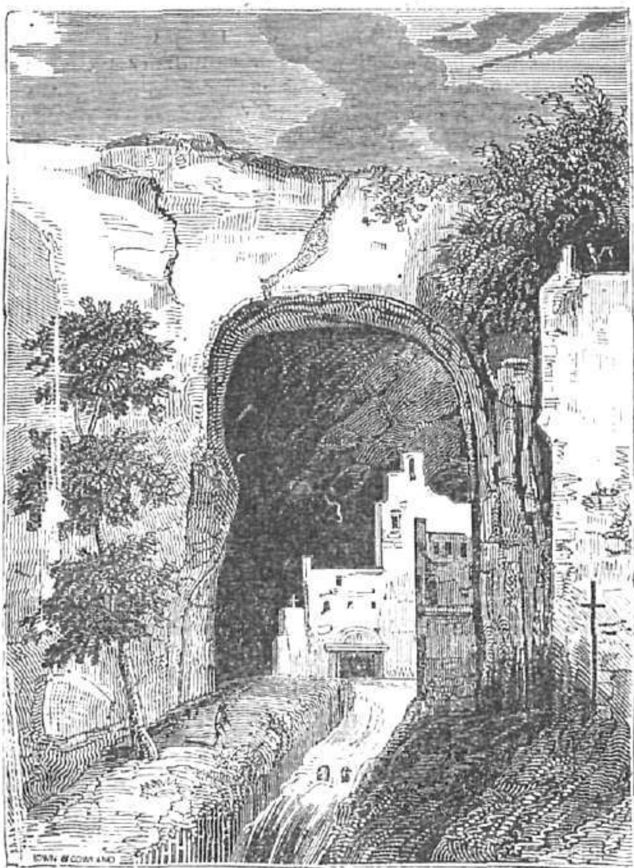
Respírase á algunos pasos de este recinto un aire fétido é irritante; siendo mas difícil la respiracion á medida que se va andando. Al silencio de muerte que reina en las cavernas sucede un rumor lejano que va en aumento cuanto mas uno se adelanta; presto es el hedor insoportable y ensordece el estrépito, quedando el viajero asfixiado á la par que aturdido. En aquel momento, á encontrarse uno solo en aquella atmósfera infectada, en medio de aquel concierto infernal, creyérase la imaginacion en aquel otro mundo hecho para los criminales que quizás no es mas repugnante.

Es tanto lo que fatigan las sensaciones que se esperimentan, que ya desde un principio nos viéramos tentados á retroceder sino venciera á la desazon la curiosidad. Despues de una hora de marcha durante la cual el ruido y hedor han ido siempre en aumento, el viajero llega por último á una cueva con un profundo abismo á un lado y en el otro una plataforma, desde la cual puédense observar las causas así del ruido como de la corrupcion del aire: allí, de memoria de hombres, hanse refugiado millares de murciélagos, cuajando las paredes y amontonándose

sus restos en la enorme hoya á la cual ellas solas pueden acercarse. Desde el punto en que penetra luz en su triste mansion echan á huir por todos lados, estienden su rápido vuelo por encima de vuestras cabezas, y llegan á apagar las antorchas con que os haceis acompañar, su número es tal, que en un instante aquella parte de la gruta queda como transformada en una inmensa pajarera en la cual pueden apenas moverse aquellos horribles animales; ni puede uno permanecer largo tiempo sin peligro en medio de aquellos húespedes salvajes, con quienes topan los viajeros á cada instante, obligándoles á dejar aquel lugar no descontentos de haber á él venido mas sí abrumados de emocion y de fatiga. Un corredor extremadamente estrecho conduce al aposento llamado del Rey, por haber descansado en él algunos instantes *Francisco I*; y despues de una corta travesía encuéntrase por último el extremo del vestíbulo, desde donde se vuelven á ver la luz y la verdura con una dicha verdadera; pues por un momento pudimos creernos separados de la tierra y de los hombres.

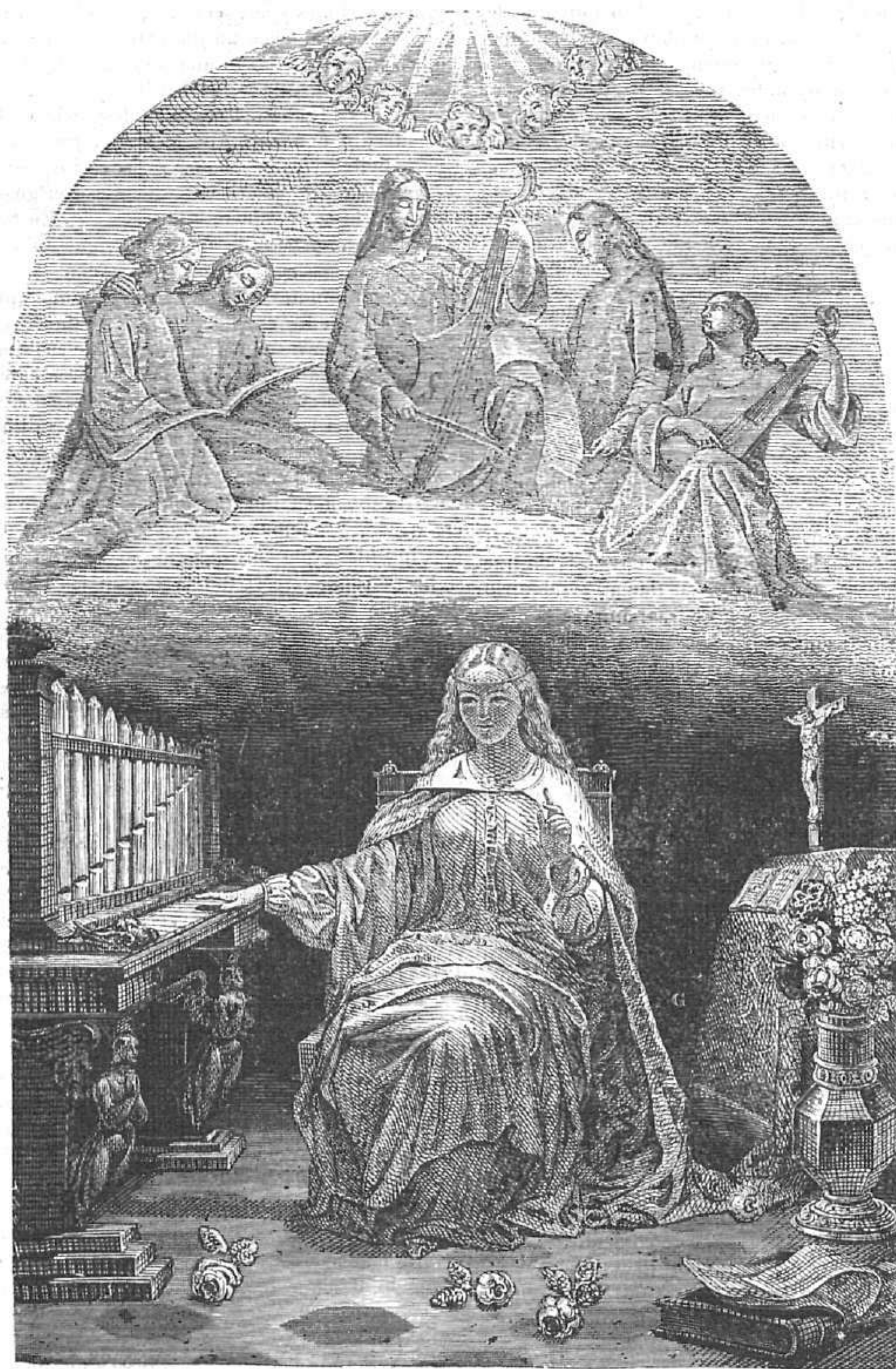
La capilla que hay á la entrada de la gruta recibe los rezos de los habitantes de la Balme; pues todos los domingos celebra en ella la misa un sacerdote de las cercanías; y el 15 de agosto un oficio solemne atrae en tropel á los habitantes de las vecinas comarcas. Ofrece un admirable espectáculo aquel pueblo arrodillado en el sendero que conduce á la gruta desde las primeras casas de la aldea hasta al fondo del vestíbulo; mujeres ancianos y niños agrupados aquí y allí encima de masas de rocas á la orilla del torrente, mezclando sus voces con el ruido del agua que gime por entre las guijas, ó se quiebra en las profundas cavidades; los cánticos repetidos por mil ecos y perdidos en la inmensidad; el sentimiento religioso realzado por la solemnidad de aquellos lugares; la incierta luz que ilumina á cada grupo segun el lugar que ocupa en el vasto recinto: todo forma el mas hermoso cuadro, el espectáculo mas interesante.

Tal es á poca diferencia la gruta de la *Balme*, menos conocida quizás de los franceses, y sobre todo menos célebre que la mas pequeña cascada de la Suiza, la montaña menos elevada de los Alpes, ó la mas débil circunstancia de la Escocia; pero la Balme es francesa, la Balme les pertenece, la Balme, fuerza es decirlo, no está mas que á 120 leguas de Paris.



La Gruta de la Balme.

SANTA CECILIA DE M. LELOIR.



SANTA CECILIA DE M. LELOIR.

La inspiracion es la primera cualidad que debe brillar en todo cuadro religioso, y así lo comprendiera Mr. A. Leloir al tratar su *santa Cecilia*, cuyo grabado viene hoy en nuestras páginas. Puesta la Santa de cara al espectador hace reposar su mano derecha sobre un órgano, mientras la izquierda se eleva con delicadeza hácia el cielo. Ese movimiento, estraño en apariencia, es no obstante motivado por las sensaciones que esperimenta al oir un celestial concierto. Dos años antes tratara Mr. Delaroche el mismo asunto; y si bien se le concedió la belleza de la forma, criticósele en gran manera el pensamiento por haber parecido la Santa desnuda de todo sentimiento, sentimiento que constituye el encanto de la composicion de Mr. Leloir. En cuanto á la forma dirémos que sus líneas sencillas y hasta graciosas contribuyen á poetizar la figura, á la cual desearíamos no obstante algo mas de vigor.

CERVANTES.

Continuacion (*).

Tardó poco el amor en apoderarse de aquella imaginacion ardiente, y esta nueva pasion le dictó la primera obra que dió á luz, la cual fué la *Galatea*, impresa en Madrid en 1584; novela pastoral, en que pintó sus amores, obsequió á su dama, y adquirió nombre en la república de las letras; aunque la atestó de versos que son muchos para ser tan medianos, y aunque sus pastores dejan frecuentemente de ser sencillos y tiernos para hacerse ingeniosos pedantes y disputadores. Puede decirse, pues, que el principal mérito de este romance de Cervantes consiste en estar escrito con fuerza de imaginacion y belleza de estilo, en lo que escedió á la *Diana* de Montemayor, y á la *Diana enamorada* de Gil Polo, con las cuales quiso competir. Esta novela pastoral ha sido despues imitada y compendiada felizmente por Florian, apasionado del Autor español. A poco de haber publicado su *Galatea*, se casó Cervantes con Doña Catalina de Salazar y Palacios, cuya familia, antiguamente conocida en Esquivias, pueblo de la provincia de Toledo, existe todavía, y este nuevo estado acabó de empeorar su desdichada suerte; en términos, que vino á parar en lo que paran muchos ingenios cuando se ven acosados de la necesidad: dió en hacer comedias. Las que compuso no han merecido ciertamente pasar á la posteridad, porque su autor no habia nacido á la verdad para este género de composicion, pero al mismo tiempo es digna de todo elogio la moderacion con que habla de ellas: honrarémos en fin sus principios y su gusto, aun cuando desestimemos su talento en esta parte, si recordamos el juicio con que anunció despues en el *Quijote* las leyes de la composicion y la crítica que hace allí mismo de los dramas de su tiempo.

Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, y el cardenal Sandóval, arzobispo de Toledo, pasan por haber sido los bienhechores de Cervantes; mas está demostrado por todas las circunstancias de su vida y por su propia confesion, que esta doble proteccion cuando mas le impidió morirse de hambre. Abandonó en fin el teatro, siendo probable que la necesidad de atender á los medios de subsistir le impidió el cultivar las musas. Errante por varias partes de una nacion que siendo su patria, ni conocia, ni apreciaba, ni recompensaba por consecuencia sus talentos, sus virtudes y sus servicios, aquel cuyo nombre habia de ser inmortal un dia entre todas las naciones cultas, buscaba en vano una colocacion cual merecia, para poder subsistir y lucir su ingenio.

Despues de haberle llevado su desgracia de Madrid á Sevilla, y de Sevilla á la Mancha, para colmo de su desdicha, le atropellan y prenden los vecinos de Argamasilla, sin que se haya podido averiguar hasta ahora la causa de aquella arbitrariedad. En tan fatal situacion, muy lejos de abatirle el infortunio, probó que las cadenas son débiles para sujetar la imaginacion de un hombre de espíritu. «Aunque oprimido con ellas, dice un escritor de la vida de Cervantes, conserva siempre su energía y se rie de sus horrores. Sócrates filosofaba en su prision tan libremente como en la plaza de Atenas: Torcuato Tasso, en situacion semejante, no lamentaba la pérdida de su libertad, sino la del arbitrio de escribir que sus duros escritores le negaban. Cervantes, encarcelado por los manchegos, dió á su imaginacion todo el vuelo de que era capaz, y compuso el *Don Quijote*. Así el libro mas ingenioso que ha producido el espíritu humano se hizo en una cárcel; donde, segun las espresiones del Autor, *toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitacion*. Que la filosofía y la elocuencia contemplen á Cervantes, cuando errante y miserable los grandes le olvidaban, y le despreciaban los poetas, porque no acertaba á hacer los versos frívolos y vanos que ellos; tendiendo entonces las miradas sobre su siglo, y viendo con indignacion entregada la mayor parte de los hombres á una clase de lectura estravagante que viciaba la educacion, corrompia las ideas de la moral, estragaba las costumbres, y usurpaba con las invenciones mas monstruosas, la atencion debida á la belleza; inundaban los libros caballerescos á España, y sus despropósitos eran la admiracion de los idiotas, el entretenimiento de los ociosos, y tal vez distraccion indigna de los discretos. Yo acabaré con esta peste, dijo Cervantes, y su imaginacion grande y festiva le presentó el héroe que habia de estirpar á tantos insufribles paladines. Tal fué el *Don Quijote*, que la posteridad contempla atónita, sin atreverse á decir que sea mas admirable, si la fuerza de fantasía que le inventó, el gusto con que se ejecutó, ó la diccion con que se espresó.... ¿Y en qué tiempo? en el siglo XVI: siglo de erudicion y de disputas, mas que de gusto y de saber, demasiadamente ponderado, casi perdido para la razon, y en donde generalmente la literatura solo puede contar dos ó tres libros que hayan osado arrostrar la superioridad de las dos edades siguientes. Asi cuando se compara el *Quijote* con el tiempo en que se dió á luz, y á Cervantes con los hombres que le rodeaban, la obra parece un portento y Cervantes un coloso.»

La primera parte de *El Ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*, salió á luz en Madrid en 1605.

(*) Véase la página 261.

y la segunda en 1615. La fama del *Caballero de la triste figura*, voló á todas partes, en todas partes fué conocido y apreciado justamente su mérito, y se tradujo luego en todas las lenguas vivas, pero ha quedado sin copia, así como «no tuvo modelo, careciendo hasta ahora de imitadores: es una obra que presenta todos los caracteres de la originalidad y del genio; es un poema divino, á cuya ejecucion presidieron las gracias y las musas. Su publicacion fué un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballería. Los nombres de *Don Quijote* y *Sancho*, son oidos en los ángulos mas remotos de la tierra, y estos dos personajes humildes, nacidos en la fantasía de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes mas ilustres de la fábula y de la historia.» Y á la verdad, quién no se complace en recordar las principales aventuras del Héroe manchego? En este inmortal libro, el rústico y astuto *Sancho*, ha suministrado proverbios aplicables á todas las circunstancias de la vida. Los que poseen á fondo la lengua española, no se cansan de repetir la lectura de *Don Quijote*, y los que no tienen esta ventaja, ya que no pueden gozar del encanto del estilo, ni conocer la finura de las alusiones, encuentran con que satisfacer la curiosidad, la imaginacion y el espíritu. Un héroe fantástico, que no obstante jamás se aparta de lo natural; caracteres nuevos creados y sostenidos con un talento admirable; observaciones tan justas como ingeniosas, agudezas las mas oportunas, naturalidad esquisita, el arte de pintar llevado al mas alto grado de perfeccion; he aquí el mérito de esta produccion verdaderamente estraordinaria.

Mi historia es tan clara decia el inimitable Autor del Quijote, *que los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran.* A pesar de esto, cuando se publicó en 1605 la primera parte del *Ingenioso caballero*, no pudo ser entendida de pronto la sátira finísima que en ella reinaba; y el Autor se vió obligado á calumniarse á sí mismo, en un folleto que compuso titulado el *Buscapié*, el cual circuló entre el público para despertar la curiosidad de sus compatriotas, diciendo que su romance, estremadamente raro, bajo el nombre de un héroe imaginario, encerraba una sátira de las personas mas distinguidas de la corte. Así es como Cervantes supo sacar partido de la malignidad misma que se apresuró á leer su folleto, quedando burlados sus detractores al ver los justos elogios que se daban al talento del Autor y á la inocencia de su obra. No obstante, bajo el nombre de un tal *Alfonso Fernandez de Avellaneda*, se publicó en Tarragona en 1614, una pretendida continuacion del *Don Quijote*, miserable rapsodia, que parece increible se hubiese puesto en paralelo con la obra clásica de Cervantes: obra tan grosera, que escita la indignacion; llena de aventuras agenas de todo interés, escrita con estilo bajo y monótono; anónimo en fin pródigo de injurias contra el ilustre Cervantes, á quien llama *viejo*, *manco*, *miserable y calumniador*.

En aquella época, en que la nacion española se mostraba orgullosa de la gloria de sus armas, la envidia no temió insultar á un valiente y benemérito militar, cuyos talentos honraban á su patria, y que habia servido generosamente en las batallas; se le echó en fin en cara, que era viejo, pobre y manco: como si la pobreza y manquedad de Cervantes, cubriendo de oprobio á su siglo, no añadiese lustre á la veneracion que se le debe. Semejantes insultos prueban por otra parte la verdad del dicho de Pope, «que un mal escritor es comunmente hombre malo.» Aun fuera poco ó acaso muy despreciable esta nueva prueba del encarnizamiento que persiguió al mérito, si el pretendido continuador fuese el único que se hubiese declarado contra el Autor de *Don Quijote*; pero literatos y poetas famosos, tales como Lope de Vega, Don Estevan de Villegas, Don Diego de Torres y otros, no han sido menos injustos que Avellaneda, cuya grosera maledicencia aprobaron sin avergonzarse. Cervantes, mas noble en todas sus acciones, portándose con mas decoro y dignidad, para confundir á su primer adversario, no hizo mas que publicar la *Segunda parte del Quijote*, superior todavía en correccion y en gusto á la primera; burlándose á veces de la poca ó ninguna gracia de su antagonista, y advirtiéndole chistosamente que el hacer un libro no es tan fácil como algunos piensan.

La publicacion de la obra de *D. Quijote*, es sin disputa el monumento mas glorioso del reinado de Felipe III. Se cuenta que las locuras del *Caballero de la Triste figura* distrajeron mas de una vez la imaginacion de aquel príncipe melancólico, en cuyos *Dichos y Hechos*, dice el licenciado Baltasar Porreño, «que hallándose S. M. en un balcon de su palacio de Madrid, y espaciando la vista, observó que un estudiante junto al rio de Manzanares leia un libro, y de cuando en cuando interrumpia la lectura y se daba en la frente grandes palmadas, acompañadas de grandes movimientos de placer y alegría, y dijo el rey: *aquel estudiante está fuera de sí, ó lee la Historia de Don Quijote*; y era así en realidad, como lo averiguaron los palaciegos. Finalmente, en el transcurso de doscientos años la gloria de Cervantes no ha hecho mas que aumentarse entre todas las naciones cultas, que se han apresurado á traducir y publicar su inmortal romance, llegando á ser de tanto interés para los estranjeros, que muchos de ellos se han esmerado en aprender perfectamente la lengua española para conocer bien al *Quijote*.

Entre los franceses, que comunmente han mirado con ceño nuestras obras, y que rara vez han hecho justicia á los españoles, no ha faltado un Saint-Evremond que dijese del *Don Quijote*. «Es una obra que leeré toda mi vida sin fastidiarme de ella. De todas cuantas he leido, esta es la que yo quisiera haber hecho con preferencia á todas. Admiro, como en boca del mayor loco del mundo Cervantes ha encontrado el medio de parecer el hombre mas cuerdo y mas inteligente que se pudiera imaginar.» El mismo escritor daba como único consejo á un desterado el de olvidar á su querida y leer el *Don Quijote*. A la miseria en que vivió el inmortal Autor de esta obra, siguió su desgracia y la indiferencia de su pérdida, en términos, que se ha dudado del verdadero lugar de su nacimiento hasta fines del siglo XVIII: es decir, dos siglos posteriores al de su muerte. A fines del último abrimos por fin los ojos sobre este punto, y el amor nacional recobró sus derechos. Entonces se registraron archivos de parroquias y protocolos para descubrir la patria de aquel hombre estraordinario, que por tanto tiempo ha carecido de los homenajes de sus compatriotas; y el la-

borioso académico D. Vicente de los Rios, encargado por su corporacion de escribir la vida de Cervantes, se ha dedicado á hacer las averiguaciones mas minuciosas.

Cárlos III, á quien la España ha debido los primeros progresos que han hecho las bellas artes en estos últimos años, honró con su proteccion el celo de la Academia española, y este benemérito cuerpo literario se ocupó en levantar un monumento digno de Cervantes y capaz de reparar una grande injusticia, publicando una edicion magnífica del *Don Quijote*, empleando caracteres nuevos, los talentos de los grabadores mas hábiles para las láminas que la hermosean, y las prensas de Ibarra, famosas ya por la suntuosa edicion del *Salustio*. Despues de esta edicion, se mira con grande aprecio la de Lóndres por Tomson, 1738, cuatro tomos en 4, con láminas; la de Madrid en 1797 por D. Juan Antonio Pellicer, con nuevas notas y estampas, imprenta de Sancha, 4 tomos en 8 prolongado; la de la imprenta Real tambien de 1797, seis tomos en 16°, con bellísimas láminas, y últimamente la de París, un tomo en 16°, en miniatura ó letra de microscopio, con preciosas láminas grabadas en acero; edicion dirigida por un español que ha puesto al frente esta dedicatoria:

AL
ESCRITOR ALEGRE,
AL
REGOCIJO DE LAS MUSAS,
AL
FAMOSO TODO,
AL
ADMIRABLE, É INIMITABLE AUTOR
DEL
INGENIOSO HIDALGO
D. QUIJOTE DE LA MANCHA,
ERIGE Y DEDICA
ESTE PEQUEÑO MONUMENTO
DE LA
TIPOGRAFIA Y CALCOGRAFIA MODERNA
SU APASIONADO ADMIRADOR

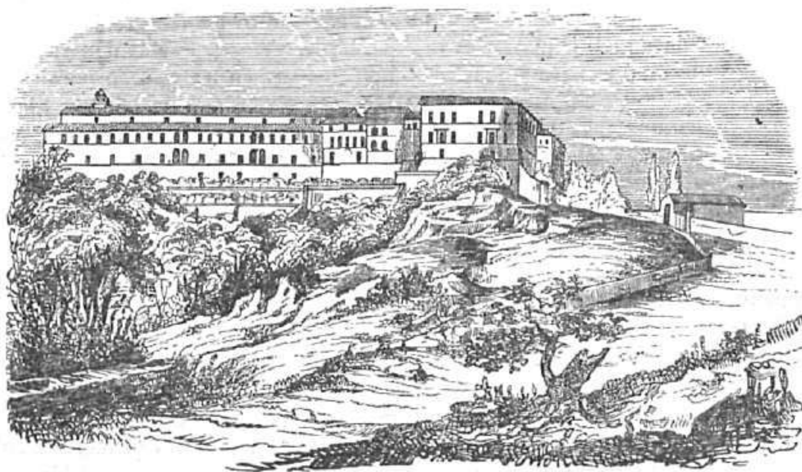
Joaquin Maria de Ferrer.

En el transcurso del tiempo que medió desde la publicacion de la primera á la segunda parte del *Quijote*, dió á luz Miguel de Cervantes sus *Novelas*, de que se han hecho muchas ediciones, y su viaje al *Parnaso*, siendo aquellas doce; á saber: *El Amante liberal.—La Señora Cornelia.—El Casamiento engañoso.—Rinconete y Cortadillo*, en que describe la vida y costumbres de los ladronzuelos, que en Sevilla vivian de antiguo juntos en gavilla con un gefe ó cabeza á quien prestaban obediencia. *El Zeloso estremeño.—El Coloquio de Cipion y Berganza*, perros del hospital de la Resurreccion, de Valladolid.—*La Gitanilla*, en que insertó uno de los *infinitos* romances que compuso en su vida, segun él mismo confiesa. *La española inglesa*, en que hizo un singular elogio de los PP. de la Trinidad, mostrándose agradecido al beneficio que recibió de aquellos caritativos y redentores religiosos que le rescataron. *La Ilustre fregona.—El Licenciado Vidriera.—La fuerza de la sangre*, y *El Curioso impertinente*, que insertó en el año 1604 en su *Don Quijote*, como una prueba, para ver de que modo recibirian en España, este género de cuentos ejemplares, de que Cervantes era inventor en nuestra nacion; y así es que dijo en su libro: «Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana... las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas estranjeras, y estas son mias propias, no imitadas, ni hurtadas.» A pesar de lo bien recibidas que fueron del público estas novelas, en el dia solo se estiman tres ó cuatro, mereciendo con razon la preferencia la de *Rinconete* y el *Diálogo de los perros*, porque en ellas respira el genio del autor de *D. Quijote*, al paso que en las otras se le busca y muchas veces no se le encuentra. «Su diccion (continua con juiciosa crítica el escritor de la noticia de su vida y de sus obras, en la edicion de la imprenta Real) ciertamente es elegante y pura, y la invencion de algunas bastante feliz: pero el alma de semejantes composiciones son los caracteres, las costumbres, los afectos: y precisamente Cervantes manejó endeblemente todas estas cosas en las mas de sus novelas. *El viage al Parnaso*, es composicion muy diferente. El Autor, en ella quiso hacerse justicia, ya que su siglo no se la hacia; y suponiendo el Parnaso asaltado por los malos poetas, fingió que Mercurio venia á España á solicitar el socorro de los buenos, y que le tomaba á él mismo por guia para elegirlos. Cervantes, como es de presumir, marcha con ellos y se halla en la espedicion. Bien se deja ver cuanto prestaba para la sátira y el elogio esta invencion ingeniosa, que ya se ha hecho demasiado comun. Pero la obra escrita por su mal en verso, se resiente en todas partes de la incapacidad de Cervantes para versificar. Así, la *Adjunta al Parnaso*, diálogo en prosa que añadió al viage, se lee con mas gusto que todo él. Mas hay en este libro un episodio curioso, porque descubre la situacion desgraciada de nuestro escritor. Llegados los poetas al Parnaso, Apolo los recibe en un jardin, y señala á cada uno el sitio que le corresponde. Los asientos se ocupan y no queda ninguno á Cervantes. En vano para lograrle refiere todas sus obras, manifiesta todos sus méritos, y se apoya en la primacía de su talento para inventar. Apolo le aconseja que doble su capa y se siente en ella: mas tan miserable estaba que no la tenia, y tuvo que quedarse en pie á pesar de todos sus merecimientos. ¡Qué ingeniosas son estas quejas de Cervantes, y cuan oprobiosas para su siglo! El desairado é indigente entre los demas poetas que gozaban de crédito y riquezas! Oposicion es, que verdaderamente escandaliza.»

Al fin de sus dias, tenia ya acabadas ó á punto de concluirse, las *Semanas del jardin*, el *Bernardo*, la 2ª parte de la *Galatea*, y los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, obras de las cuales únicamente salió á luz la última, que es un romance septentrional, publicado despues de la muerte del Autor, en Madrid año 1617, un tomo en 4°. Aunque en él brilla la verdad de algunas pinturas, la belleza del estilo y la gallardía en la narracion, le falta un fin moral, que es el alma, digamoslo así, de los libros de esta clase, razon por la cual ha quedado en el número de los de puro entretenimiento para las gentes ociosas. Estraño es por lo mismo que Cervantes en su dedicatoria al conde de Lemos, escrita durante su última enfermedad, le recomiende aquel hijo de su vejez, con una predileccion tanto mas rara, cuanto habia dado al universo su

Don Quijote, produccion la mas admirable del entendimiento humano: es muy frecuente entre los autores el dar la preferencia á sus mas débiles escritos, semejantes á aquellos padres que suelen tener mas cariño á sus últimos hijos. Es digna no obstante de leerse la citada dedicatoria, en que se descubre la bella alma de Miguel de Cervantes; mostrando en los últimos instantes de su vida la gratitud debida á su bienhechor el Conde de Lemos. Al cabo de siete meses de hidropesía, murió el incomparable Autor del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, en 23 de abril de 1616, (dia en que falleció en Lóndres tambien el poeta inglés Guillermo Shakespeare), y fué enterrado segun lo dejó dispuesto, en el convento de las Trinitarias de Madrid, cerca de la calle del Leon, donde vivia. Todos aquellos que le trataron con intimidad, lloraron amargamente al ciudadano virtuoso y al hombre de bien. Los buenos ingenios que le habian desdeñado, aquellos que le zahirieron é insultaron, no pudiendo competir con él, ni menos igualarle, estaban ciertamente muy agenos de creer que su muerte era una pérdida irreparable para las letras: estaban lejos de sospechar que la España tendria bastante algun dia con el romance de *Don Quijote* para competir, para vencer las obras clásicas de las demas naciones.

Copiemos al fin de este artículo, por ser tan oportuno como honroso para Cervantes, el párrafo que con tanto acierto escribió Don Juan Antonio Pellicer al final de la vida de Cervantes, inserta en el primer tomo de la edicion de 1797, imprenta de Sancha. « La pobreza del aparato fúnebre con que fué sepultado Miguel de Cervantes, y la obscuridad en que vivió, pudieran reducirnos á la memoria los sucesos de la vida de Luís Camoens, famoso poeta portugués, entre los cuales se observa mucha conformidad y semejanza. Camoens fué hidalgo, poeta y pobre: Cervantes fué todo esto. El primero fué de ameno y festivo ingenio, el segundo lo fué tambien. Camoens peregrinó por varios reinos, y perdió un ojo en la guerra: Cervantes peregrinó tambien por diversos países, y perdió la mano izquierda en la batalla de Lepanto. Aquel estando preso escribió varias poesías: este escribió en la cárcel la *Historia de Don Quijote*. El poeta portugués vivia de la limosna que pedia de noche un esclavo que trajo de la India: el español, aunque tenia algunos bienes, recibia socorros de sus amigos y bienhechores. Camoens recibia del rey Don Sebastian una pension tan moderada, que no le impidió morir en un hospital: Cervantes recibia otras del arzobispo de Toledo y del conde de Lemos, que le impidieron morir en él. Camoens era de mediana estatura, de nariz larga, *con una elevacion no desairada en la mitad (testigo de ingenio)* los ojos vivos, el color blanco, el pelo rubio: Cervantes tenia el cuerpo entre dos estremos, ni grande ni pequeño, el color vivo, el pelo castaño, la barba y bigotes rubios, los ojos alegres, la nariz corva. Camoens poco antes de morir escribió algunos versos: Cervantes despues de recibida la estremauncion, escribió la dedicatoria del *Pérsiles*: Camoens se enterró con notable pobreza y sin inscripcion sepulcral, en el convento de las monjas Franciscas de santa Ana de Lisboa: Cervantes se enterró con pobre aparato y sin epitafio, en el convento de monjas Trinitarias de Madrid: Camoens permaneció olvidado en el sepulcro hasta que Don Gonzalo Contino mandó ponerle una landa ó lápida de mármol, cuando ya se ignoraba el lugar de su sepultura, con este epitafio: *Aqui ias Luis de Camoens, príncipe des poetas de seu tempo: viveo pobre é miserabelmente, é asi morreo.* Cervantes permanece olvidado todavía en el sepulcro, que tambien se ignora, sin saberse cuando alguna mano benéfica y patriótica le redimirá de aquellas tinieblas, sacándole á la luz y colocándole en un magnífico cenotafio, donde quede inmortalizada la memoria del bienhechor, con la del Autor de la incomparable *Historia de Don Quijote*. » Nosotros solo añadirémos que en Madrid se ha erigido un monumento al grande escritor, y que al fin su estatua, al paso que venga su memoria, es otra de las no menores bellezas que adornan la capital del reino.



Abadia de Monte Casino fundada por San Benito.

VIDA MONASTICA DE LA EDAD MEDIA.

Solo queremos demostrar aquí el orígen de las abadías en la edad media, y el espíritu que ha presidido á su fundacion. El mejor modo de dar una idea de ellas, fuera describir una de esas abadías del siglo VI. á cuya imitacion se fundaron otras despues en toda Europa. Tomarémos por modelo la descripcion que hace Casiodoro de su monasterio de Viviers, en la Calabria. Ya se sabe que este Casiodoro, fué aquel que despues de haber sido canciller del rey Theodorico, y ocupado las mas altas dignidades del Imperio romano; destruido por los bárbaros, se retiró á pasar su vejez á un monasterio, casi al mismo tiempo en que acabó la dominacion de los Godos en Italia; esto es, en 538, poco despues de la fundacion de Sublaque y del Monte-Casino por San Benito: la regla de estos últimos tiene mucha analogía con la de Casiodoro.

«La situacion del monasterio de Viviers, dice Casiodoro á sus monges, os invita á preparar mil consuelos á los pobres y forasteros. Teneis jardines regados por mil riachuelos, y el rio Peleno en las inmediaciones os regala con su abundante pesca, y os sirve de mucha utilidad, haciendo dar vueltas á las ruedas de vuestros molinos. El mar baña las paredes de vuestro convento, donde podeis coger tambien mucho pescado, y los viveros que con la ayuda de Dios he mandado cavar en la montaña para conservar la pesca, abundan en agua y alimento para los peces, de manera que no conocen que están allí prisioneros.»

El monasterio de Viviers era tan grande, que su fundador le dió el nombre de ciudad. Dividíase en dos partes, porque á mas de los edificios destinados á los cenobitas, habia en una montañita llamada Castellesi, una porcion de casitas para aquellos que preferian la vida de anacoreta. Cada uno de estos monas terios tenia su abad particular, pero la clausura de ambos era una misma.

Además de la comodidad de las habitaciones, las hermosas vistas, la belleza de los jardines, las aguas, los riachuelos, los viveros para conservar el pescado y los molinos que hemos citado, habia Casiodoro hecho construir baños para los enfermos: proveyó su monasterio de relojes de sol y lámparas perpetuas, tan elogiadas por los escritores de aquel tiempo, y cuya composicion se desconoce hoy en dia. Pero lo mas admirable que habia, era la magnífica biblioteca, donde nada se habia perdonado para la eleccion de los libros, la belleza de los manuscritos y la encuadernacion.

Siendo necesarias crecidas sumas para el sosten de este monasterio, le dotó Casiodoro con mucha prodigalidad, legándole la mayor parte de sus bienes. Como muchos vasallos dependian del convento, mandó el mismo Casiodoro á los monges y á los abades, que pusiesen el mayor cuidado en instruir á los campesinos, sus súbditos, velasen sus acciones, destruyesen las supersticiones, y que les reuniesen á menudo en el monasterio para darles una regla de vida.

En cuanto á la que observaban los mismos monges y los abades, tenemos pinturas de ella muy detalladas en los escritores de aquella época, y en particular en las *Instituciones* del mismo Casiodoro. Los monges pasaban su vida entre el canto, la lectura y el trabajo manual. Siete horas distintas estaban destinadas para cantar los salmos durante el dia, las alabanzas de la mañana, y los rezos nocturnos. Casiodoro nos demuestra el espíritu que dominaba á los institutores de la vida monástica al establecer la salmodia. «Durante el silencio de la noche, dice en un tratado especial que compuso sobre el canto ó la música, la voz del hombre resplandece en el canto, y con palabras pronunciadas con arte y medida, nos hace volver el alma hácia aquel que salvó el género humano. Solo una voz se forma entre tantas personas como cantan, y mezclamos nuestra música con las alabanzas que los ángeles dirigen al Señor.» San Benito dice casi lo mismo. Durante el dia entremezclaban el canto con la lectura de las escrituras de los santos Padres. El resto del dia debian pasarlo los monges en el estudio ó en el trabajo corporal. Pero de entre todos los quehaceres de los religiosos, el que mas preferia Casiodoro era el de transcribir los libros: «¡Qué hermoso es el dibujo, decia, y cuán laudable es la asiduidad en escribir! Predicar á los hombres con la mano y hacer la guerra al demonio con la pluma! Satan recibe tantas heridas, cuantas palabras divinas escribe un copista. Sin moverse de su sitio recorre toda la tierra por medio de sus obras. Su trabajo es leido en todas partes, y al oir la palabra de Dios, se convierten los pueblos y aprenden á servirle con una fe pura.» Además de estos escritores ó copistas que Casiodoro llama *anticuarios*, estableció este entre sus monges unos correctores ó revisores para que reparasen los manuscritos; encargándoles en sus *Instituciones*, que no retocasen nada sin haberlo consultado antes con gentes de esperiencia. Tambien manda que en las correcciones que hagan, imiten la letra del autor del manuscrito, á fin de que nada desluzca el primor de la escritura; últimamente, para animar á los que se dedicaban á esta clase de trabajo, les dice: «Considerad que lo que se os ha confiado es la utilidad comun de los cristianos, el tesoro de la iglesia y la luz de las almas.» Despues de la escritura, daba mucha importancia Casiodoro al arte de la encuadernacion, cubriendo con mucho lujo y esmero los libros, para que esta no desmereciese de la hermosura del escrito. En cuanto á los monges, que no eran muy á propósito para el estudio, debian emplear algunas horas del dia en ciertas lecturas que tenian ya señaladas, y ejercitarse despues en trabajos corporales. «Si, dice Casiodoro, un temperamento frio que hiela la sangre en las venas, como dice Virgilio, impide á algunos de nuestros hermanos hacerse doctos en las letras sagradas ó en las ciencias humanas; es menester que despues de haber adquirido una mediana instruccion, tomen para sí lo que dice el mismo poeta: *Mucho me gustan los campos y el arroyo que los riega*. En efecto, en nada se opone á la vida monástica el cultivar los jardines, labrar la tierra, y regocijarse con los frutos que ella produce. Leemos en el salmo 127: «*Viviréis con el trabajo de vuestras manos, y así seréis felices.*»

Echase de ver en las primeras abadías de Europa, que la vida de los monges, si bien dirigida hácia la contemplacion, tenia por objeto principal la salud, la actividad de espíritu y una dulce quietud. Su alimento debia ser frugal y saludable segun la regla, y lo mismo se observaba con respecto á los vestidos que

eran los comunes de su época. San Benito y sus primeros imitadores, parece que no quisieron mas mortificacion que la que juzgaban necesaria para la vida de continencia que habian adoptado. Uno de sus primeros deberes era el de ejercer la caridad siempre que pudiesen: «Recibid y albergad, sobre todo, á los peregrinos y viajeros que se os presenten, dice Casiodoro á sus hermanos y á los abades que los gobernaban; hacedles limosnas, vestid á los desnudos, y dad de comer al hambriento.» Aun añade, que aquellos á quienes dé hospitalidad la abadía, se les debe regalar con esmero y alimentarles con los mejores platos. Un capítulo entero de sus *Instituciones* está esclusivamente consagrado á los enfermos y monges encargados de cuidarles; queriendo Casiodoro que estos últimos, á mas de su celo y su cuidado para con los primeros, se instruyan en la farmacia y en la medicina, á cuyo fin les prescribe los libros griegos y latinos que deben leer.

Tal era pues la regla de la institucion de Casiodoro. Quizás no todas las primeras abadías eran tan ricas y bien adornadas como la que acabamos de describir; pero casi todos los monges de Occidente adoptaron la regla de San Benito, y poco á poco llegó á ser el código universal de la vida monástica, sobre todo, los dos puntos principales que hemos citado ya en Casiodoro, á saber: la cultura de las letras y el trabajo corporal.

ESTUDIOS BOTANICOS.

De las raíces.

Las raíces á la par que el tallo, pueden ser carnudas, fig. 9. de la 1.ª lám. (pág 92) ó leñosas, fig. 7. En el último caso su organizacion es idéntica á la del tallo, que es la que, para evitar repeticiones, empezarémos á estudiar.

Un tallo, lo mismo que una raíz, está cubierto de una capa esterior que se llama corteza fig. 4. *a b c d*. La corteza se compone: 1.º de la epidérmis ó cutícula, primera capa delgada, seca y transparente; 2.º del tejido celular *b*, substancia pulposa, y esponjosa, que llena una especie de enrejado de mallas mas ó menos inmediatas y de diversas formas; 3.º de las capas corticales *c*, reunion de láminas fibrosas sobrepuestas unas á otras, y que miradas con el microscopio aparecen enteramente claveteadas de celdillas llenas de una substancia gelatinosa; dichas láminas constituyen la parte mas considerable de la corteza; 4.º del líber *d*, comprendido entre las capas corticales y la albura y compuesto de un enrejado vascular cuyas anchas aréolas se presentan llenas por el tejido celular; renuévase todos los años.

Debajo la corteza se encuentra la albura ó falsa madera, que no es otra cosa que un líber endurecido; viene en seguida la madera, que no es tampoco otra cosa que albura endurecida, y en seguida el estuche medular, canal céntrico que contiene la médula.

Fórmase todos los años una capa leñosa, que si se corta transversalmente el tronco de un árbol, es muy fácil el distinguir: contando su número con exactitud se puede reconocer la edad de un árbol. Adanson, y despues de él otros viajadores botánicos, han contado las capas leñosas concéntricas de muchos baobales, árboles gigantescos del Senegal, cuyo tronco ha llegado á adquirir hasta 30 pies de diámetro. En muchos de ellos han encontrado 6000 capas leñosas, de donde los naturalistas deducen que tan monstruosos vegetales han vivido 6000 años. Volvamos á la raíz.

Esta se define: aquella parte del vegetal cuyo tejido nunca toma el color verde al esponerla al aire, que busca la obscuridad y la humedad, y que crece siempre en sentido opuesto al del tallo. Con escepcion de algunos musgos de singular especie, y que quizá son animales: todas las plantas llevan raíces, las cuales sin embargo no tienen una naturaleza de tal modo invariable, que no puedan cambiar de posicion y de funciones. Se las encuentra en la punta de las hojas de muchas plantas, en toda la longitud de los tallos de muchos vegetales encarnados, en las articulaciones de las gramíneas, y debajo el sobaco, ó en el mismo sobaco, de ciertas plantas acuáticas. En un renúnculo, bastante comun en nuestros arroyos, los pedículos de las hojas llevan un limbo con su parenchymo cuando por casualidad se desarrollan en seco; si por el contrario se forman en el agua, desaparece el parenchymo y los nervios de la hoja se cambian en verdaderas raíces. En una palabra, todas las partes de un vegetal susceptibles de producir ramas, pueden tambien producir raíces, lo que es evidentemente probado por las escisiones. Las raíces pueden á su vez convertirse en ramos si se encuentran en circunstancias conducentes: plántese por ejemplo un pequeño sauce en sentido inverso, es decir, clavando las ramas en el suelo y se verá que las ramas se cambian en raíces y que estas producen botones y hojas. Este fenómeno sin embargo no tiene lugar en toda especie de plantas. No todas las raíces crecen en la tierra: flotan unas sobre la superficie de las aguas sin clavarse jamás en el fondo, y las plantas son entonces viajadoras, ya sea al impulso de los vientos, ó de la corriente. Serpentean otras y se agarran á la superficie de los troncos de los árboles, de las rocas y de otros diversos cuerpos duros, cuya humedad chupan, y con las de las plantas llamadas falsas parasitas. Otras en fin penetran en la substancia de las cortezas de los árboles, y se alimentan de su savia, y estas son las de las plantas parasitas como el muérdago, los orobanques, etc.

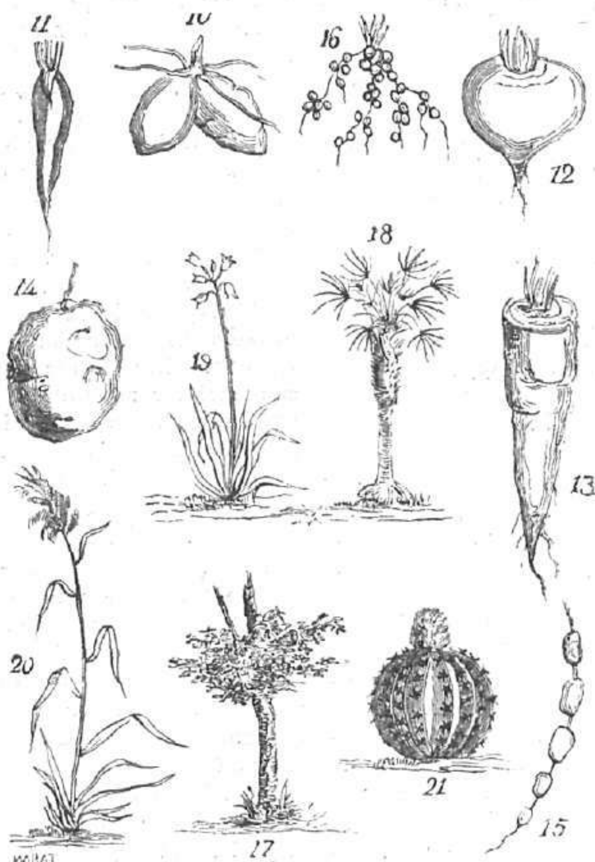
Consisten las funciones de las raíces así en fijar el vegetal en el suelo que le ha visto nacer, como en transmitirle parte de su alimento. No obstante, se hallan pocas veces equilibradas las dos funciones, pues las plantas grasas, es decir las que tienen tallos y hojas espesas y carnudas, toman su mayor alimento del aire, y sus raíces parecen destinadas tan solo á fijarlas, y en las plantas de un tejido seco y delgado las raíces parecen reconocer la nutricion por principal oficio. Las raíces no absorben los jugos nutritivos por toda su superficie como los restantes miembros de las plantas, sí solamente por pequeñas bocas aspirantes, que tienen la forma de poros y residen en la estremidad de cada fibra ó cabello.

Hemos dicho que las raíces son ó leñosas ó carnudas: en ambos casos pueden ser anuales si se desarrollan y mueren durante el curso de un año;

bisanuales cuando viven dos años, y vivaces cuando tres ó mas. Siendo generalmente la duracion de una planta igual á la de su raíz, se llama tambien anual, bisanual ó vivaz. Generalmente he dicho, pues entre las plantas bulbosas, como por ejemplo el jacinto, la cebolla, que no es otra cosa que una yema ó boton, es vivaz, mientras que la raíz, las hojas y el tallo mueren y se renuevan todos los años.

Considerándola con respecto á su direccion, se llama la raíz vertical fig. 7. (pág 92) cuando cala perpendicularmente en el suelo; horizontal cuando sigue la línea del horizonte pasando de una parte del suelo á otra; y rastrera cuando siendo horizontal lanza acá y allá pequeñas raíces y tallos, y progresiva cuando perece por un estremo á medida que crece por otro.

Pero lo que sobre todo conviene estudiar es la forma de la raíz. Puede ser: simple ó indivisa, ramosa fig. 7. ó subdividida en ramas y ramos; tuburosa, ó sea gruesa y carnuda, en cuyo último caso se llama fasciculada si se presenta divida hasta la base en pequeñas partes carnudas, prolongadas y reunidas en una especie de haz; orchidacea-palmeada fig. 9, cuando dos ó mas tubérculos se acercan mucho hácia el cuello, y se separan en la estremidad inferior siguiendo empero el mismo plan; orchidacea fig. 10, cuando se compone de dos tubérculos inmediatos y mas ó menos ovales; fusiforme cuando tiene la forma de huso, fig. 11. es decir, que es larga, embutida por el medio y delgada en las dos estremidades; napiforme ó turbineada, fig. 12. en forma de trompo ó nabo; cónica fig. 13. si se asemeja á un cono puesto



Estudios botánicos. lám. II.

al revés; tuberculosa, fig. 14. si consiste en una masa carnuda sin formas bien determinadas, como la patata; moniliforme, fig. 15, cuando muchos tubérculos reunidos por medio de un hilo forman una especie de rosario; grumulosa, fig 16. cuando la raíz está formada por muchos granos redondos y tuburosos; palmeada cuando es tuburosa, aplastada, profundamente dividida, de modo que imite una mano abierta cuyos dedos estuviesen separados; en fin articulada, fig. 8.ª (pág 92) si de distancia en distancia presenta una semejanza con las articulaciones.

De los tallos subterráneos.

Es necesario no confundir la raíz articulada con los tallos subterráneos, articulados, que crian hojas sobre sus articulaciones, y debajo de ellas raíces.

De los tallos.

Dase este nombre al cuerpo principal de una planta, que elevándose sobre la tierra en sentido inverso á la raíz, produce y sostiene las demas partes del vegetal: son varias las especies de los tallos y pueden reducirse á las siguientes:

1.º El tronco, fig. 17, tallo de los árboles dicotiledones, leñoso, insensiblemente adelgazado en el estremo superior y ramificado.

(Sigue.)

CONQUISTA DE INGLATERRA POR GUILLELMO.



2.° El astil, fig. 18, tallo esclusivamente propio de los monocotiledones, fibroso, de un diámetro casi igual en todos los puntos y algunas veces mas ancho en la cima, pocas veces ramificado, terminado generalmente por un grupo de hojas, presentando en toda su superficie impresiones de hojas que no existen.

3.° La caña fig. 20, tallo articulado ó ñudoso de las gramíneas casi siempre fistuloso y sembrado de hojas.

4.° El asta fig. 19, especie de pedúnculo radical. Parte inmediatamente de la raíz, álzase derecha sin hojas ni ramificaciones y se compone de una substancia herbácea.

5.° El tallo propiamente dicho es aquel que no puede reducirse á ninguna clase de las cuatro esplicadas. Las plantas á las que falta tallo se denominan acaulas, tal es por ejemplo el cactus meloniforme de la fig. 21.

Si las raíces buscan la sombra y la humedad, los tallos al contrario se dirigen constantemente hácia el aire y á la luz por un movimiento muy perceptible, y que se puede probar por medio de un esperimento fácil. Plántese una semilla de uno de los vegetales que se enroscan, en un vaso que se coloca sobre una mesa cerca de la ventana que da paso al dia y á la luz en un aposento ó invernadero. Cuando la naciente planta empieza á manifestarse se coloca sobre el vaso y en una posicion vertical, una lámina bastante ancha para interceptar la claridad entre la planta y la ventana; á seis pulgadas de longitud se hace á la lámina un agujero de una pulgada de diámetro. El tallo no dejará de atravesar dicho agujero para encontrar con la luz que desea. Repítase entonces el agujero en un punto mas elevado, cámbiese la posicion de la mesa y del vaso, haciendo de modo que la cima del tallo quede en la sombra: este entonces se apodera del nuevo agujero y lo atraviesa en busca de la luz. Repítase la operacion durante toda la vegetacion de la planta y pasará veinte veces si se quiere de un lado á otro de la lámina. Pocas personas han dejado de observar que los largos botones, que las patatas producen en una cueva se dirigen siempre hácia su boca ó abertura.

Hemos visto que rodea á los tallos una corteza, y á esta corteza una epidérmis. La epidérmis es una membrana delgada, seca y transparente, cubierta de una materia grasa análoga á la cera, que defiende á la corteza de la lluvia y del contacto inmediato del aire. El tejido celular ó parenchima, que colocado sobre el epidérmis llena tambien los intervalos que dejan los nervios de las hojas, tiene sus celdillas llenas de una materia resinosa casi siempre verde. Está destinada á separar de los flúidos nutritivos las materias inútiles, y las lanza á la superficie por medio de la transpiracion, pues las plantas transpiran como los animales y aun con mas abundancia. Opérase además en el parenchima sometido á la accion de la luz la descomposicion del gas ácido carbónico. El ácido se separa y el carbono se fija en la planta, cuyas partes sólidas constituye.

Las capas corticales colocadas debajo del parenchima se componen de muchos enrejados de celdas prolongadas, que imitan perfectamente el encaje. En muchos vegetales se reparan muy difícilmente pero en la madera-encaje es muy fácil el desarrollarlos y el contemplar en seguida su semejanza con un encaje hecho á la aguja.

El líber, colocado debajo de las capas corticales y sobre la madera, es la parte mas importante del vegetal por producir las nuevas raíces, las nuevas ramas, las flores y los frutos. Al envejecer se endurece, se cambia en madera y aumenta la masa leñosa. Si durante la vegetacion se arranca la corteza de un árbol, vese bien pronto reunir en las estremidades de la herida un licor espeso y gelatinoso que se endurece, se organíza, se vuelve verde, y forma el principio de una nueva corteza. Este licor que presenta el líber es el principio orgánico del vegetal, comparable á la sangre de los animales, y se denomina *cambium*. Se estiende entre la madera y la corteza, y forma nuevas capas de líber; pero si se impide su circulacion ó tan solo se la detiene por medio de la opresion se amontona encima y debajo de la línea de opresion, forma un rodete, eleva la corteza y se convierte en botones ó yemas en todos los puntos en que logra aparecer. Por él se hacer las operaciones de la escicion y del injerto.

Es un hecho averiguado en el dia el que todo vegetal puede producir un individuo de su especie por una escision hecha en cualquiera de sus partes que contenga cambium. Se ha llegado á desarrollar pequeñas plantas sobre los peciolos de las hojas y sobre sus mismas nervosidades por medio de la simple escision. Particularmente el mastuerzo ofrece un fenómeno singular. Si se le transporta á la sombra, la fecundacion se efectua mal y no produce semilla. La naturaleza ha cuidado de otra manera de su reproduccion, pues el cambium se amasa en pequeños glóbulos en la superficie inferior de las hojas menos elevadas, se endurece y forma pequeños tubérculos. Cuando la hoja comienza á marchitarse se inclina hácia el suelo, y los tubérculos que se encuentran en contacto con la tierra se radican y se convierten en un número igual de pequeñas plantas perfectamente organizadas.

BATALLA DE HASTINGS.

(14 OCTUBRE DE 1066.)

Muerto el rey de Inglaterra, Eduardo el Casto, disputáronse su herencia dos competidores, Guillelmo el Bastardo, duque de Normandía, y Harold, hijo de un boyero sajon, el cual por razon de los eminentes servicios prestados á la causa pública, llegara á ser uno de los personajes mas importantes del reino. Apoyaba Guillelmo sus pretensiones en su parentesco con Eduardo, en una institucion de heredero, que decia haber recibido, pero de que no presentaba mas prueba que su declaracion, en un juramento de fidelidad que habia exigido á Harold, y en una bula del Papa, que le adjudicaba la Inglaterra, mediante promesa solemne de pagar regularmente su tributo. Oponíale Harold sus virtudes, sus talentos, su valor, sus riquezas, su inmensa popularidad, y la palabra del Rey moribundo, que le habia designado para su sucesor: títulos que debian prevalecer, sobre todo en un país en que la corona era electiva. Al punto fué elegido

Harold por unanimidad rey de Inglaterra, y proclamado con general aplauso. Bien que hiciera Guillelmo grande alarde de sus derechos, no contaba sino con su espada, á la cual apeló al punto del fallo de la Gran Bretaña. Invita á la Europa al saqueo de la Inglaterra, y por espacio de seis meses acudieron á Normandía todos los hombres ávidos de gloria y de fortuna. Al propio tiempo predicaba el Papa una cruzada contra el excomulgado Harold; de forma, que el celo religioso atrajo bajo las banderas del bastardo, á los que humanas consideraciones no habian podido arrastrar. Mil quinientos buques, salidos del puerto de S Valery, transportaron á través de la Mancha, á aquellas hordas de merodeadores, que volvian á tomar las costumbres y el espíritu de sus abuelos del Norte.

Vagos rumores sobre esos inmensos armamentos, la temible intervencion del Papa, la aparicion de un cometa, siniestras predicciones que hiciera resonar Eduardo en su lecho de muerte, esparcian en Inglaterra terrores supersticiosos; pero Harold lleno de juventud, de fuego, de inteligencia y de esperanza, luchaba con su ejemplo y sus discursos contra esas perniciosas influencias, y reanimaba el valor en todos los corazones con preparativos de defensa proporcionados al general temor. Despues de algunos meses, acampaba al frente de su ejército en las costas del Sud, esperando á los normandos, cuando supo que los noruegos habian desembarcado en el Norte, en la Northumbrie Tan pronto en concebir como en ejecutar, marchó Harold al encuentro de los noruegos para arrojarlos y volver á recibir á los normandos. Pero mientras ganaba una completa victoria bajo los muros de Yorck, y daba al Rey noruego los seis pies de tierra que fieramente le prometiera antes del combate, tremolaba en las playas de Inglaterra la bandera normanda con sus tres leones.

Con el mismo ímpetu con que acometiera á los noruegos, revolvió Harold contra los normandos, sin dejar á sus soldados el tiempo de tomar aliento, sin esperar á los reclutas que marchaban á incorporársele de todos los puntos de la Inglaterra. El ardiente Sajon, estimulado por el relato de las devastaciones que cometian los invasores, precipitóse para contenerlos. Esta rapidez le fué fatal; las tropas que le habia permitido rehacer eran mucho menos numerosas que las enemigas; al paso que algunos dias de retardo le hubieran asegurado la superioridad numérica. Esperaba con su prodigiosa celeridad caer de improviso sobre los normandos, como lo acababa de hacer sobre los sajones. Pero estaba alerta el cauteloso Guillelmo; pues apenas desembarcara, encerrara sus tropas en un campo fortificado, y no salian á saquear sino bajo la escolta de destacamentos de caballería, que exploraban el país. Obligado á renunciar á la esperanza de sorprender á los normandos, detúvose Harold á algunas millas del campo enemigo, é hizo levantar trincheras, tras de las cuales parecia querer esperar la llegada de sus diferentes cuerpos de ejército; mas no le dejó Guillelmo el tiempo de hacerlo. Sin embargo, bien que comprendió que su posicion le mandaba apresurar el acontecimiento, no quiso el duque de Normandía pasar por alto los medios de influencia moral que le ofrecia la religion. Envió un heraldo al Rey sajon, requiriéndole sostuviese su juramento sobre santas reliquias prestado, é invocando en nombre del Papa la cólera del Cielo sobre el perjuro y sus secuaces. Turbaba la conciencia de los gefes ingleses la excomunion; mas habiendo recordado uno de ellos que ya de antemano estaban repartidos sus bienes entre los normandos, afirmáronse en su propósito, y juraron lidiar hasta la muerte. Sin embargo, cediendo aun á una supersticiosa inquietud, se esforzaron en impedir á su Rey el que tomase parte en la batalla: «Harold, dijéronle, no puedes negar que de grado ó por fuerza hayas hecho al duque Guillelmo un juramento sobre los cuerpos de los Santos: ¿á qué esponerte á los azares de un combate con un perjurio contra tí? Para nosotros que nada hemos jurado, es de todo punto justa la guerra, pues que defendemos nuestra patria. Deja pues que nosotros solos demos la batalla; tu nos socorrerás si cejamos, y nos vengarás si morimos.» Mas replicara el Rey que su deber le mandaba batirse; y en nombre del mismo deber desechó los consejos que le daban los gefes de retirarse á Lóndres, talando todo el país en presencia de los estranjeros: «Yo, repuso él, yo talar el país á mi custodia confiado! Pardiez! que seria traicion, y antes debo correr los riesgos de una batalla con los pocos hombres que tengo, mi valor y mi buena causa.»

Durante la noche que precedió al combate, escenas diferentes, pero igualmente características, tuvieron lugar en ambos campamentos. Los normandos, cuyo tipo primitivo alterara ya la civilizacion, preparado que hubieron sus armas, pusiéronse en oracion, confesáronse con los monges, recibieron los sacramentos, y se entregaron á ejercicios de piedad. Los sajones al contrario, hechos de repente scandinavos al acercarse el combate, encendieron grandes hogueras, al rededor de las cuales se divirtieron, haciendo resonar sus viejos cantos de guerra, y vaciando sendos cuernos llenos de cerveza y aguamiel.

Al asomar el dia, Guillelmo, así que su ejército hubo oido misa y recibido la bendicion del obispo de Bayeux, comandante en gefe de la caballería, condújoles al ataque del campo de los sajones. Llevaba pendientes del cuello, los huesos sagrados sobre los que Harold habia prestado juramento; traia en un dedo un cabello de S. Pedro, engastado en un diamante, y delante de él flotaba el estandarte bendito que le diera el Papa. Adelantábanse los normandos cantando el romance de Rolando, y repitiendo el grito de reunion de los cruzados: *Dios ayuda! Dios ayuda!*

Los sajones esperaban tras sus trincheras. Tres veces los normandos atacaron con furor, y tres veces les forzaron á retirarse los terribles hachazos de los sajones, que hendiendo las armaduras, rompian las lanzas y las espadas. Entonces Guillelmo, para atraer á los ingleses á la llanura, mandó á un considerable cuerpo de caballería que se adelantase y huyese al punto en desórden. Esta estratagema salió bien: llevados de su ardor y creyendo ya en la victoria, precipitáronse los soldados de Harold fuera de sus empalizadas; pero hicieron cara los normandos, y dándoles la ventaja de las armas el cambio de posicion, rompieron á los sajones y se metieron con ellos en las trincheras. Allí renovóse con furor el combate. Harold y sus hermanos murieron al pie de su bandera que los normandos reemplazaron al punto con el estandarte del Papa, y los sajones no combatieron ya

para vencer, sino para morir, prolongando hasta la noche una resistencia desesperada.

Esta sola batalla puso á los normandos en posesion de la Inglaterra. Los sajones conservaron todavía por largo tiempo su valor y su patriotismo; mas no tenian ya gefe que les congregara y dirigiera. Así es que Guillelmo no encontró ya sino resistencias parciales y locales, y no tuvo que combatir sino partidarios. Esta conquista, por odiosas que hayan sido las circunstancias con que se verificó, fué un acontecimiento feliz para la civilizacion general de Europa; pues los normandos, á pesar de sus actos, eran mas ilustrados que los sajones; ni retrogradaron hácia su barbarie primitiva sino para robar; de modo que cuando ya nada quedaba que coger ni nada tenian que temer por lo que habian cogido, volvieron á sus costumbres mas cultas.

Al dia siguiente del combate, dos monges sajones compraron á Guillelmo por diez marcos de oro el derecho de enterrar á su Rey. Como no pudieran reconocerle en medio de los cadáveres ya desnudados por los normandos, llevaron en su compañía á una mujer, á quien Harold habia amado, la rubia Edita, *la del cuello de cisne;* quien al punto supo encontrar el cuerpo de su amante. No fué Harold Rey de Inglaterra sino por espacio de algunos meses, y en esos anduvo del todo ocupado en la guerra; de suerte que no pudo desplegar sus nobles cualidades, sus virtudes y sus talentos, que prometian á los sajones la vuelta de los dias del gran Rey Alfredo.

ASTRONOMIA.

En todos tiempos los hombres han contemplado llenos de admiracion el magnífico espectáculo de la sucesion de los dias y las noches; y han querido saber qué leyes presiden á los movimientos de esos astros relucientes que tachonan la bóveda celeste. La astronomía se encierra hoy en nuestros observatorios; pero no así sucedia en los tiempos antiguos, cuando los poetas, literatos y aun pastores, cultivaban esta ciencia: por esto los vates de la antigüedad son en el dia ininteligibles para las personas que hayan descuidado los estudios astronómicos; y de ahí han procedido todos esos embelecos, errores y desatinos, que hormiguean en las traducciones mas estimadas. ¡Cuántas veces, en nuestra juventud, los mas hermosos pasajes de los poetas que traducíamos, nos han parecido palabras huecas!

En el siguiente pasaje de Ovidio, no se nos ha enseñado á ver mas que una plegaria de Juno á Tétis y al Océano, para que no permitan que Calisto se bañe en las aguas del mar:

Gurgite cœruleo septem prohibite triones
Sideraque in cœlum, stupri mercede receptá
Pellite, ne puro tingatur in æquore pellex (*).

Así, toda la mitología es una perpetua alusion á los conocimientos astronómicos de la antigüedad. Para comprender á los antiguos basta sin embargo poseer la astronomía en el mismo grado que ellos, y fácil es aventajarles en gran manera.

Pero ¿porqué una ciencia, cultivada en otros tiempos por los pastores, se halla entre nosotros tan poco difundida? Porque la astronomía solo se aprende observando, y en el dia á las observaciones de los cielos se ha sustituido los globos, las máquinas planetarias, con los cuales se pretende mostrarlo todo, y que poco ó nada dan á comprender, suministrando únicamente representaciones defectuosas y falaces.

Estos globos á que se da movimiento, figurando, segun dicen, el sol, la tierra, y los planetas, describen *círculos*, y todos en un mismo plano, cuando las órbitas de los planetas son *elipses*, y todas en planos diferentes. ¿Están mejor observadas las relaciones de las masas y distancias? Si se representa la tierra con una bola de una pulgada de diámetro, la luna deberia colocarse á treinta pulgadas, y figurarse con una bolita de tres y cuarto líneas de diámetro; el sol deberia tener nueve pies y dos pulgadas de diámetro, y le corresponderia estar á ciento ochenta y tres toesas, así como Urano á cuatro mil del sol; y claro está que semejante máquina no puede construirse.

Otra de las causas, que retraen á muchas personas del estudio de la astronomía, depende de la manera con que se les han enseñado los elementos de esta ciencia. Dícese á los jóvenes que la tierra da vueltas, y dista treinta y cuatro millones de leguas del sol; y si el discípulo pregunta como se sabe esto, se le responde: «Nos aseguramos de esto con grandes telescopios, con cálculos muy difíciles y complicados,» en lo cual se le engaña; pues no se necesitan grandes telescopios, ni cálculos muy difíciles y complicadísimos, para demostrar estas proposiciones.

Tambien, para probar al discípulo que la tierra es redonda, se le suele hacer la siguiente esplicacion: «Se descubren los palos de un navío antes que se vea el casco. Los viajes hechos al rededor del mundo manifiestan que, caminando siempre en el mismo rumbo, se vuelve al punto de donde se partió. La sombra de la tierra sobre la luna es siempre circular.» Pero hablando de esta suerte á los jóvenes, se les vicia el raciocinio, porque estas supuestas pruebas nada prueban.

Examinémoslas una por una: «Se descubren los palos de un navío antes de ver su casco.»

Esto prueba que la superficie de los mares no es plana, mas nada enseña en cuanto á la naturaleza de la curva, y cuando el discípulo sepa que visto un navío á cuatro mil toesas (distancia que apenas permite distinguir sus formas), queda rebajado á solo catorce pies, no tendrá una cabal conviccion de que para nada entran en el fenómeno las oleadas ó la cerrazon, percibidas en la superficie del agua. No es oportuna esta prueba; pero ¿acaso vale mas la otra? «Los viajes hechos al rededor de la tierra demuestran que, caminando siempre en el mismo rumbo, se vuelve al punto de donde se partió.»

Con esto se prueba que la tierra está aislada en el espacio, pero no que sea redonda, porque sea cual fuere su forma, se verificaria seguramente el mismo fenómeno: lo propio sucederia en un cubo, en un tetráedro, ó en un sólido irregular.

«La sombra de la tierra sobre la luna es siempre circular.»

(*) Lanzad lejos de las ondas cerúleas á las estrellas ó siete triones (la Osa mayor), y no consintais que esta ninfa, admitida en el cielo en premio de su deshonra, venga á bañarse en las aguas puras del Océano.

Almenos tenemos ya una prueba; pero ¿ha visto el discípulo la sombra de la tierra en la luna? Y si observa un eclipse de luna, ¿quedará convencido de que lo que ve es la sombra de la tierra?

No obstante, puede demostrarse que la tierra es redonda como se demuestra el mas sencillo teorema de geometría.

El magnífico espectáculo de los dias y las noches ha llamado en todos tiempos la atencion de los hombres, que han tratado de escudriñar sus causas. La antigüedad se limitó á forjar sistemas, pues carecia de los medios de observacion. Cuando los Griegos quisieron remontarse hasta las ciencias, no pudieron moderar los vuelos de su imaginacion, é inventaron fábulas para esplicar cada fenómeno que no comprendian; pero entre los antiguos, el mayor obstáculo á los progresos de la astronomía fué su profunda ignorancia de la geografía. Siempre consideraron la tierra como una esplanada en que venia á estribar el cielo de cuya creencia participaba el sabio astrónomo Pytias, quien nos dejó algunas obras estimadas, y cuatro siglos antes de Jesucristo escribia: que, habiendo navegado desde Marsella hasta una latitud correspondiente á la de las islas Británicas, tuvo que detenerse porque los mástiles de su nave se hubieran estrellado contra la bóveda celeste.

Siendo la tierra el único paraje desde el cual podemos esplorar el cielo, conviene determinar exactamente: 1.° su forma: 2.° sus dimensiones: 3.° su posicion en el espacio.

Con observaciones astronómicas llegarémos á estas tres determinaciones.

Hácia el Norte se ve lucir una constelacion formada por siete estrellas conocidas de todos por el nombre del *Carro* ú osa mayor. Si se mide el ángulo de separacion de dos estrellas de estas, se hallará que es siempre el mismo respecto á todos los puntos de la tierra y en todas las épocas del año. Si la misma observacion se hace con dos objetos colocados en la tierra, se verá que el ángulo que marca su separacion aumenta cuando se aproxima uno á ellos, y disminuye al alejarse. Pero si el ángulo de separacion de dos estrellas de la Osa mayor no varia cuando parece que nos aproximamos á ellos yendo hácia el Norte, ó alejándonos hácia el Sur, ¿qué debemos inferir de esto? Que la porcion de lugar que podemos mudar en la tierra es infinitamente pequeña ó nula, comparada con la inmensa distancia que nos separa de las estrellas. Lo que decimos de la Osa mayor se aplica á todas las constelaciones, pudiéndose inferir esotra consecuencia: Si de todos los puntos de la tierra se dirigen líneas á una misma estrella, todas estas líneas serán paralelas.

Sabemos que la tierra atrae los cuerpos, y que su accion se verifica como si todo su poder atrayente estuviese en un solo punto colocado en su centro.

Un hilo puesto tirante por un peso señala la direccion que tomaria cualquier cuerpo caminando hácia el centro de la tierra. Luego la direccion de este hilo es siempre perpendicular á la superficie de las aguas, cuya superficie en ningun lugar de la tierra se presenta plana.

Una figura, muy fácil puede servir para dar á comprender esta demostracion. Trácese horizontalmente una linea recta; del medio de esta línea hágase descender una perpendicular; desde un punto elegido en esta vertical tírense líneas que vayan á cortar la recta horizontal; y se notará que ninguna de estas líneas le es perpendicular; pues como todas las líneas convergentes al centro de la tierra sean perpendiculares á su superficie es preciso deducir que ninguna parte de esta superficie es plana. ¿Cuál es entonces su forma? Solo podemos investigar entre una superficie esférica ó elipsoide para determinar su forma rigurosa.

Figura de la Tierra.

Hemos visto que la tierra no es, como habian creido algunos pueblos de la antigüedad, una superficie plana. Pruebas irrecusables nos demuestran que su figura es la de un globo aislado por todas partes en el espacio, semejante por tanto á esos astros brillantes que vemos girar en el vacío del cielo y á los que llamamos *planetas*.

Mas este globo ¿es perfectamente esférico? Los antiguos astrónomos, faltos de medios rigurosos de observacion, y reputando la esfera como la forma mas perfecta, habian creido que tal era la del globo. Esta creencia estaba generalmente admitida, cuando Newton, cuyo genio sorprendia á la naturaleza sus arcanos, anunció que la tierra es aplastada hácia los polos y sobrecrecida en el ecuador; y esta verdad, como todas las proclamadas por aquel sabio, fué sancionada en el siglo último con esperimentos directos, viniendo á constituir parte de la ciencia.

La exacta determinacion de la figura y dimensiones de la tierra es uno de los problemas mas importantes, y cuya solucion en mas alto grado interesa á la ciencia y á la humanidad entera: no hay pues que estrañar los numerosos viajes emprendidos, ni los trabajos ejecutados por sabios de primer órden para lograr un conocimiento cabal del globo que habitamos.

Las montañas mas elevadas, los valles mas profundos, todos los accidentes de la corteza terráquea que tan imponentes nos parecen, valen poquísimo comparados con la masa total de nuestro planeta. Los alveos de las mares parecen reducirse á hoyuelos cuyas dimensiones de hondura apenas esceden las de las montañas, medidas desde su base hasta la cumbre. Todas estas eminencias y depresiones apenas equivalen á 1/1500 del diámetro terrestre, y en una esfera de cinco pies de diámetro quedarian representadas con un espesor de media línea. De aquí resulta que tomada la tierra en su conjunto, es perceptiblemente regular, ó por lo menos tal se la puede considerar en los cálculos astronómicos. Midiendo los grados de latitud ó los arcos tomados sobre un *meridiano, llegamos á determinar el valor del apla*namiento de la tierra. Pero en su superficie nada nos indica los grados, pues no pueden guiarnos en esta operacion límite ni huella alguna. Por tanto, fuera de nosotros debemos buscar signos estables y permanentes á que podernos referir para comparar entre sí nuestras diversas situaciones en la tierra. Los astros nos proporcionan estos signos, y muy luego verémos que por medio de fáciles observaciones, puede siempre calcularse la latitud de un lugar, esto es, la distancia precisa á que se halla del ecuador.

Si la tierra fuese una esfera perfecta, todos los grados ó arcos meridianos serian exactamente semejantes, pero cuando comparamos los grados medidos

en diversas partes del globo, vemos que conforme se van alejando del ecuador aumenta su tamaño: de consiguiente la tierra no es una esfera perfecta, y puesto que la longitud de los grados es mayor hácia los polos, en esta region es aplanada.

Combinadas estas observaciones con algunas consideraciones matemáticas han conducido á los geómetras á sacar el siguiente resultado acerca de las dimensiones de la tierra.

Radio del ecuador...6376,984 metros * ó 1434,8 leguas.
Radio del polo........6356,324........... ó 1430,1
Diferencia................ 20,660........... ó 4,7

Por tanto el aplanamiento es de 1/308 del radio ecuatorial.

Antes de seguir internándonos en estas reflexiones astronómicas, importa que describamos los métodos, con cuyo auxilio se determina el punto preciso de la tierra, en que se encuentran no solamente los países, sino las ciudades y aun edificios.

Imaginemos 90 círculos trazados por cada lado del ecuador hácia los polos, todos paralelos entre sí y tambien al ecuador, espaciados por un grado ó 25 leguas, y cuyo intervalo esté dividido en 60 partes, por las cuales pasen otros círculos. Estos serán trazados de minuto en minuto, y su intervalo aun puede subdivirse en 60 partes, pasando por estas últimas divisiones círculos que sean segundos y estén espaciados por otros.

Divididos el ecuador y los paralelos, que tambien se llaman latitudes, en grados, minutos y segundos, se hacen pasar sobre cada una de estas divisiones círculos que se cortan unos á otros en los polos, formando los meridianos ó círculos de longitud. Cuando se conozca el meridiano ó la longitud que pasa por un edificio, y al mismo tiempo por un segundo de grados se venga á tener la latitud, se podrá en cualquier ocasion fijar la posicion de este punto con una exactitud, que á lo sumo consentirá un error de algunas toesas. Pero si ninguna dificultad se presenta para numerar las latitudes escribiendo desde el ecuador considerado como cero, no sucede lo mismo respecto á las longitudes. Ante todas cosas ¿dónde se situará el primer meridiano?

EL CARDENAL DE RETZ,

COADYUTOR DE PARIS.

1614. — 1679.

MULTITUD de escritos se han publicado sobre el cardenal de Retz; de los cuales la mayor parte estan marcados con aquel espíritu de mezquindad que impide abrirse paso á las mas altas verdades históricas; y carecen todos de aquel carácter de imparcialidad que debe presidir á la historia. Hásenos pintado al cardenal como un faccioso, como un revolucionario, lo que no es exacto; el cardenal fué un ambicioso con la sed de grandezas y el amor del poder: eso fué, y no otra cosa.

Juan Francisco Pablo de Gondi, célebre bajo el nombre de coadyutor, que tan estrepitoso se mostrara en la época de la *Fronde*, naciera en Montmirail, en 1614. Nada dirémos de su fealdad, de sus piernas torcidas, ni de otras particularidades de su persona. Su familia, de una nobleza nueva y sin gloria, adquiriera no obstante una alta posicion en el estado; su padre era general de las galeras; su tio habia sucedido á otro Gondi en el arzobispado de París, que destinaban al hermano del cardenal, para hacer de aquella silla episcopal un patrimonio de familia: grandezas todas que dimanaban de un aventurero, Alberto de Gondi, quien se encontró mariscal de Francia por haber mandado cien caballos en la batalla de Saint Denís.

Vicente de Paul, aquel admirable modelo de caridad cristiana fué el preceptor de Pablo de Gondi. Asesinado en una partida de caza su hermano á quien destinaban á las grandezas eclesiásticas, aquel acontecimiento abrió al jóven Pablo las anchas puertas de Nuestra Señora. Es preciso hacerle justicia; nada escusó para contrariar las paternales miras: negativas, amenazas, desórdenes, duelos, todo lo que humanamente era posible hacer para demostrar que seria un mal sacerdote, todo lo hizo, hasta querer arrebatar su prima señorita de Retz. Despues de haber adquirido cierta nombradía de espadachin, despues de haberse mostrado debajo la sotana paje mas bien que abad, partió el jóven Gondi para Venecia. Poco tiempo despues volvió á París para conspirar contra el cardenal de Richelieu; el ministro, que no perdonaba con mucha frecuencia, mostróse no obstante olvidadizo, y á su muerte encontráronse en sus papeles notas favorables sobre el pequeño abad de Gondi.

Espiraba Richelieu, y seguíale de cerca á la tumba Luís XIII, cual si aquel rey no hubiese podido vivir ni reinar sin su ministro. La Francia cayó entonces en manos de los estranjeros; una española, Ana de Austria, fué nombrada regente, y eligió para gefe del consejo á un siciliano, al cardenal Mazarin. Vamos á ver ahora á Pablo de Gondi en la grande escena de los acontecimientos: acababa de ser nombrado para la coadyutoría del arzobispado de París. Pongamos aquí á Mazarin cara á cara con el cardenal de Retz, á quien trató siempre como á enemigo.

Los impuestos que se habia prometido aligerar se hacian de cada dia mas pesados. El parlamento de París estalla, el pueblo aplaude y toma las armas; la contaduría mayor, el tribunal de los subsidios, proponen al parlamento un tratado de union para la defensa del interés general, y es firmado. Mazarin manda llamar á los principales miembros de las cuatro compañías; y les manda hagan trozos el tratado. Preséntase entonces el coadyutor como mediador; engáñanle, prométenle que no se emprenderá nada contra el parlamento, y algunos dias despues, habiendo sido ganada la batalla de Lens, Mazarin, en el mismo momento en que se canta un *Te Deum* á Nuestra Señora, hace arrebatar de su domicilio á Blanc-Mesnil y á Broussel, miembros los mas populares del parlamento. Enardece á toda la poblacion esa medida; acude el coadyutor al gabinete de la regente donde

(*) Unidad de medida y fundamento de todas las demas en el nuevo sistema de Francia. Es la diezmillonésima parte del cuarto de un meridiano terrestre, y equivale á tres pies castellanos y 5889 diezmilésimas, que vienen á ser muy poco mas de 7 pulgadas.

celebraba consejo, y en el cual exitó su presencia insolentes zumbas. Al verle esclamó un cortesano. «Vuestra Majestad debe de estar muy mala, pues el coadyutor le trae la extremauncion.» Por lo que hace á la reina, no obtuvo de ella mas que estas amargas palabras: «Id á descansar, señor, habeis trabajado bastante.» Entonces vuelve el obispo á su palacio con el corazon lacerado por las mofas, y no sale sino el dia de las barricadas para ir á repartir acá y acullá bendiciones, lo que dió márgen á que dijera la corte que habia bendecido la rebelion.

El coadyutor ya no pensó mas que en atormentar á Mazarin. De allí datan sus relaciones con la duquesa de Longueville, con cuyo crédito daba á los malcontentos al duque de Longueville, su marido, gobernador de Normandía, y al príncipe de Conti su hermano. Un decreto del parlamento hecho á unanimidad declara á Mazarin enemigo del estado y perturbador del reposo público; París pone en pie un ejército de treinta mil hombres, en el cual el coadyutor hace marchar un regimiento levantado á sus costas; tómase la Bastilla, y nómbrase gobernador á Bronssel, á Bronssel poco ha prisionero. Toma este movimiento un carácter tan serio, que una parte de la aristocracia se separa de la corte y viene á colocarse junto al parlamento; porque toda vez que toman consistencia las contiendas civiles, la aristocrácia se divide y una mitad permanece fiel á la corona y la otra mitad se pasa al pueblo. Bien que resuelta á combatir, la corte asustada espide un heraldo, á quien el parlamento se niega á recibir, bajo el pretexto, sugerido por el espíritu sutil del coadyutor, de que no se envian heraldos sino á los enemigos ó á los iguales, y que respecto al rey, el parlamento no es uno ni otro. Así engañaba Gondi la conciencia cándidamente monárquica de aquellos buenos magistrados.

Fírmase no obstante la paz. De vuelta á París, Mazarin no olvidó su enemistad contra el coadyutor, mas por esta vez tenia otro no menos molesto adversario en el príncipe de Condé. Mazarin resolvió perderlos uno por otro. Hizo disparar dos fusilazos á la carroza del príncipe de Condé, y recaer las sospechas en el coadyutor. Llevado el negocio al parlamento, preséntase el coadyutor acompañado de un solo limosnero, que pregunta si se le puede creer capaz de un asesinato en la persona de un príncipe de la sangre; y como el presidente de Mesine hubiese hecho alusion á la conspiracion de Amboise, apostrofóle diciendo: «¿Dónde encontrais la semejanza con aquella conspiracion en la cual figuraban las primeras familias de Francia, al paso que en esta no echais de ver mas que la política de un siciliano estafador, hecho primer ministro?» Algunos dias despues se presentó al parlamento para hacer alejar de París á Mazarin. En aquella escena memorable fué en la que improvisó algo de Ciceron para dar mas autoridad á su palabra; siendo engañados por aquella falsa cita todos los mas expertos de la asamblea.

Mazarin vese obligado á salir de Francia. Reducida al último apuro, acercase la reina al coadyutor, y le ofrece la plaza de primer ministro, que rehusa. Mas dócil fuera cuando se le brindó con la púrpura; pues recibió el birrete de cardenal en Compiegne de manos del jóven Luís XIV. Todo cambia de aspecto en aquel momento: decídese á la guerra civil el príncipe de Condé; preséntase en la Guyenne, levanta tropas, toma ciudades, y llega de improviso sobre París por medio de aquel famoso combate de la Aldea de S. Antonio, donde, estrechado por Turena contra las murallas, iba á ser destrozado á no abrirle París sus puertas.

Aquí acaba la Fronde, y aquí empieza á decaer la fortuna del coadyutor. Cansado el parlamento de aquellas sangrientas disensiones firma una nueva paz; Mazarin vuelve á la corte; y el coadyutor, á pesar de los avisos que recibe de todas partes, habiéndose atrevido á manifestarse en el Louvre vese detenido sin que el pueblo dé muestra de la menor emocion. Condúcenle á Vincennes, en donde, para concederle el favor de ser trasladado á Nantes, se le obliga á dar su dimision del arzobispado de París, en cuya posesion acababa de entrar por fallecimiento de su tio. Llegado el castillo de Nantes, barrunta su evasion, que ejecuta con inaudita intrepidez. Es sobrado dramática esta hazaña para pasar por alto sus detalles.

Era un sábado del año 1654, al caer el sol de un hermoso dia del mes de agosto. Salia á veces despues de comer á pasearse por la plataforma, teniendo dos centinelas la consigna de espiar con los ojos todos sus movimientos; mas gustaban á su fantasía las cosas extraordinarias. Acompañábanle su médico y el abate Rousseau, quien traia debajo su ancha sotana todos los utensilios necesarios para la proyectada evasion; detrás de ellos, á alguna distancia, venian dos ayudas de cámara encargados de un papel forjado de antemano para asegurar el éxito de la empresa. Alegre era la conversacion, y las fisonomías aparecian tranquilas. Despues de algunos instantes, el cardenal fingió tener sed, y así que hubo bebido, los ayudas de cámara se acercaron á los centinelas para ofrecerles catar la botella procurando sin la menor afectacion atraerlos trás una torre como para impedir echase de ver el cardenal que acababan con su vino. Entonces el cardenal, llevando el atrevimiento hasta la temeridad, se quita su toga encarnada y la cuelga de un palo entre dos almenas, á fin de que esa especie de maniquí improvisado haga creer á los centinelas, cuando vuelvan á su faccion, que el prisionero está allí detenido. El médico y el abate desarrollan una larga cuerda, á cuyo estremo hay un columpio para servir de asiento al cardenal; sujétanle á dicha cuerda por medio de una cincha, que le atraviesa el pecho de una á otra espalda, y le dejan deslizar suavemente contra la pared del baluarte de la altura de noventa pies. En el momento en que tocaba al suelo, encárale su fusil un centinela, ayudado por su acostumbrada presencia de espíritu, va derecho á él el cardenal, arrastrando la cuerda de que no se ha desprendido todavía, y con el tono del mando le dice: «Si haces fuego, serás ahorcado.» El centinela, puesto en el tormento algunas horas despues, confesó que habia creido que el gobernador era del complot.

Todo parecia acabado. El cardenal montado en un vigoroso caballo, rodeado de algunos amigos, iba galopando hácia la primera parada, donde otros caballos y otros amigos le estaban esperando para que de ese modo pudiera ir de parada en parada hasta

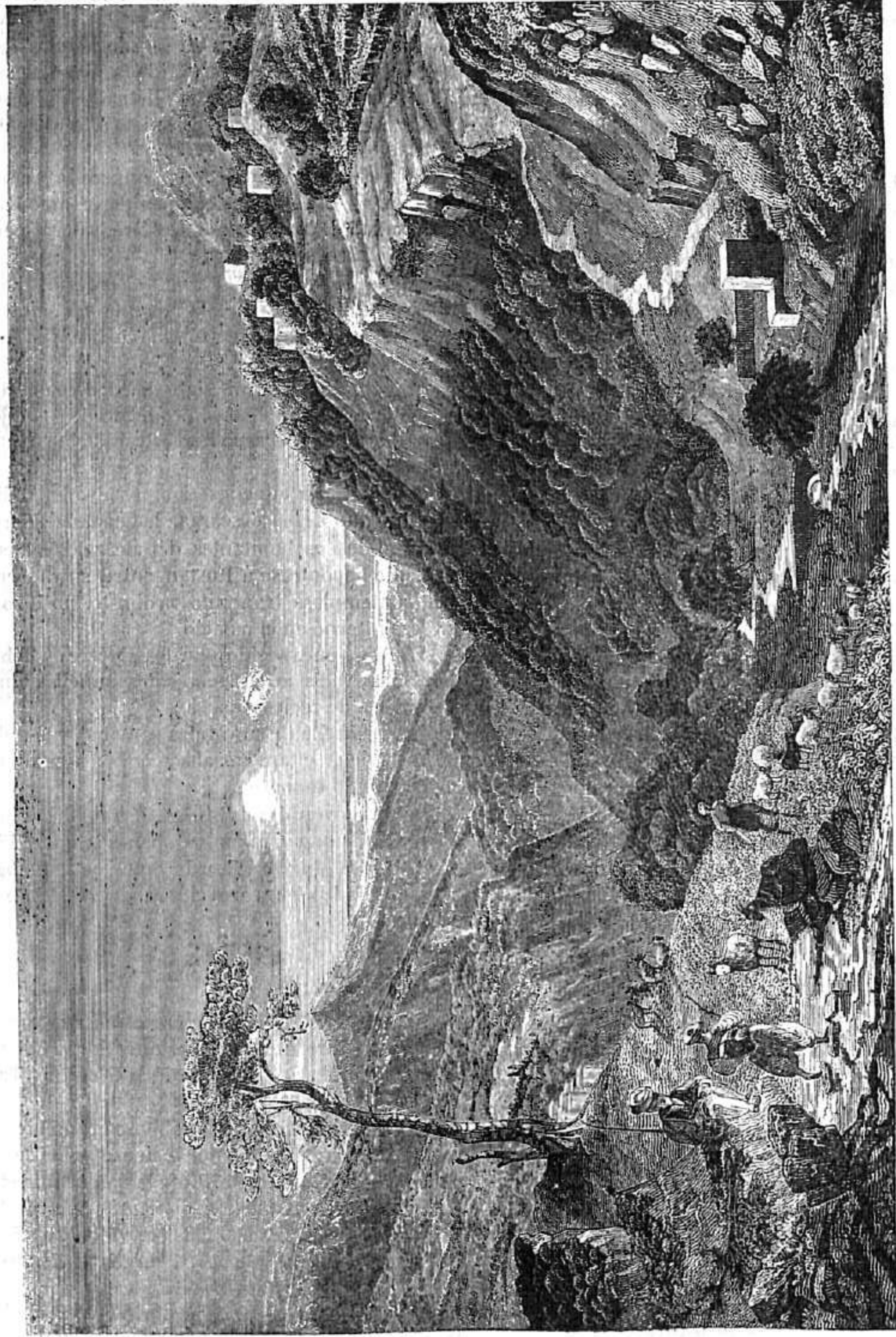
París; cuando violentamente lanzado contra un mojon, rómpese el cardenal la espalda izquierda. «Este acontecimiento, dice él mismo, cambió mi destino.» Repusiéronle á caballo; mas fué preciso adoptar otro plan y seguir otro camino. Sentia el cardenal tal dolor en la rota espalda, que se veia obligado á estirarse violentamente los cabellos para no desvanecerse; pero como fuese de cada vez mas insoportable, estendiéronle en las altas yerbas de un campo. Trasladado luego, á una litera y de allí á una débil barca, llevaron las ondas aquella vida aventurera á España, y de allí á Roma, donde le aguardaban otros acontecimientos. El papa acababa de morir; llegó el cardenal de Retz á la apertura del cónclave; en cuya asamblea, su destreza ejercitada ya en el parlamento, dirigió los votos y mandó abrir el escrutinio. Las intrigas le obligan á alejarse de Roma. Apodérase la tristeza de su corazon, al verse expuesto á esas correrías por tierras extrañas; y despues de haber andado vagando por Holanda, vuelve á Francia mas solo para ocultarse en el interior de una provincia.

Una sola vez apareció en la corte; y Luís XIV le habló de sus cabellos blancos, como para darle á entender que no veia en él mas que á un anciano condenado al olvido y al arrepentimiento. Versailles no le vió mas; la vida del coadyutor de allí en adelante fué enteramente dedicada al trabajo, al cual debemos la redaccion de sus *Memorias*. No que á veces, sin embargo, no viniera á París el cardenal; mas era en secreto, ignorado, y sin que se dejase ver en parte alguna. En uno de esos viajes falleció casi de repente en 1679 en casa de su sobrina la duquesa de Lesdiguieres. Madama de Sevigné consagra á su muerte algunas frases misteriosas, escritas sin duda bajo la impresion de ciertos rumores populares, y es sabido que el pueblo jamás cree en la muerte osadía bastante para herir á los que mira como de una naturaleza superior á la suya.



El Cardenal de Retz.

ALDEA DE EDEN.



ALDEA DE EDEN.

La aldea de Eden, en la cresta de los montes del Líbano, es cual un nido de águilas, colocado entre el cielo y la tierra, como un perdido centinela observando los cedros eternos, cuya sombría masa se columbra en la contigua colina. En aquellos lugares estuvo el jardin de Eden, segun una antigua tradicion. Numerosos ganados pastan en la cima de las verdes montañas, y de cuando en cuando óyese la voz de los pastores, cual si saliera de lo alto de los cielos. Es notable la salubridad del clima de Eden durante la mayor parte del año; siendo en él tan elevada la temperatura en el invierno, que los habitantes se ven obligados á bajar á la aldea de Zarti. Eden es el Bañeras del Líbano; á ser su acceso tan fácil como el de los Pirineos, ¡qué multitud de curiosos y de enfermos cubrieran sus pintorescos campos!

Los numerosos monasterios de las cercanías ofrecen un asilo, y consuelan la vida monótona de las montañas, con la sociedad de algunos religiosos, con el uso de sus bibliotecas, y la hospitalidad de sus refectorios. Es tan notable el país por el inmenso número de sus moreras, como por sus palmeras el Egipto. La forma de sus cabañas con sus techos redondos, remonta probablemente á una época remota de la historia del mundo; echan sobre el liso techo tierra que endurecen por medio de un rodillo, á fin de que no penetren en los aposentos las lluvias tan frecuentes en aquellas regiones. Así es que crece fácilmente la yerba en aquella superficie, y á ella hace alusion el Salmista, como cosa que nada vale: «Semejantes sean á la yerba, que en los techos de las casas se marchita antes de su madurez! exclama el rey David.» El suelo de las montañas, tan ricas para el botánico, está cubierto de inumerable cantidad de plantas odoríferas, cuyo perfume embalsama el aire al caer el sol.

Cuando llegué á Eden, dice un viajero inglés, estaban preparando unos funerales. Estaban unos treinta cheiks sentados, formando un vasto círculo; encamináronse á lo alto de la colina, para asistir al entierro de un gran personaje, de un druso. Uno de ellos, de figura la mas venerable, barba blanca como la nieve, permaneció de pie algunos minutos; y habló á los circunstantes con la apariencia de una emocion llena de dignidad. Representóseme á Abraham conversando con los hijos de Heth. Bien que todos aquellos cheiks fuesen drusos, cual se echaba de ver por sus listados vestidos; no obstante, juntáronse al acompañamiento algunos cristianos. En todos los países parece estar consagrada la casa donde hay duelo al espíritu de conciliacion; las antipatías religiosas quedan en ella, sino apagadas, suspendidas á lo menos; y personas que no hubieran querido encontrarse en una misma iglesia, se reunen de buen grado al rededor de una misma tumba!

EL REY ESERDIS.

APÓLOGO 1.º

En los tiempos antiguos vivia el rey Eserdis en el palacio de sus padres, en la cámara que los genios enriquecieran con sus presentes, que los maestros en el arte de pintar embellecieran con imágenes divinas, y en donde los poetas habian colgado sus arpas, que al solo mover de las sedas, ó al respirar de las esclavas lanzaban sonidos mágicos apenas perceptibles.

En los aposentos subterráneos del palacio de Eserdis vivia el arquero Rustan, que conservaba el arco de su padre, contaba de edad un siglo, y en su descendencia doce hijos y muchos nietos y nietas, de las cuales la menor era con razon llamada la perla de aquellos contornos.

Cien veces habia Rustan segado la mies de los campos, y en cien inviernos vestido la piel de los osos.

Setenta primaveras habia llamado hijo á su primogénito; catorce primaveras, nieta á la nieta de sus entrañas.

El ardor del sol no le habia impedido fecundar con la mano y el arado los campos de su amo Eserdis; la fragosidad de los montes no le arredraba al perseguir á la fiera ó al tímido venado.

Habia servido con el arco y el corazon al alto Arisman, padre del rey Eserdis; ni una vez siquiera habia holgado en la cámara encantada de Eserdis, hijo del sabio Arisman.

Y como contaba un siglo de edad, cada dia por la mañana salia de su cueva, rodeado de sus hijos y nietos y apoyado en el arco hereditario, é iba á recibir á la Muerte.

La cual por aquellos tiempos leyó en el libro del destino que debia descargar la guadaña sobre el mas anciano de los habitantes del alcázar. Mas como por la senda encontrase á Rustan entre su descendencia, y le contemplase tranquilo y robusto, no hizo alto en él, y se internó en el palacio.

El Rey, encanecido por los placeres y débil por la holganza, yacia en el lecho sobre muelles almohadas y cubierto de recios ropajes.

La mas bella de sus ninfas cantaba, y la dulzura de su voz y de su cítara bastaba apenas á escitar la sonrisa al aletargado monarca.

La mas jóven de sus ninfas derramaba el humo del incienso, de que el monarca apenas se apercibia.

Y dijo la Muerte á Eserdis, que no contaba medio siglo de edad: «Pues eres el mas viejo de tu alcázar, sígueme.»

APÓLOGO 2.º

El rey Eserdis, tendido en su cama mortuoria, dijo: «Duermo sobre espinas, y ni una flor se ha depuesto sobre mi tumba.» —Respondió la Muerte: «Tal mereciste.»

—Y el Rey: «Si ahora habitase en mi alcázar, no me adormeciera el olor del incienso, ni el sonar de la cítara turbaria mi mente. Enjugaria durante el dia las lágrimas de mis vasallos, y platicaria durante la velada con el arquero Rustan, fiel servidor de mi padre.»

—Respondió la Muerte: «Un dia te concedo para habitar en el palacio de los vivientes.»

Creeréis acaso que Eserdis abrió el libro de las leyes de sus abuelos, que subió al amanecer á su torre de oro (en mal hora fabricada), que recorrió los campos del labrador, y que voló á las fronteras á rechazar con su espada el enemigo que las invadia?

Dispertóse al ruido de los címbalos, y los esclavos

negros le sirvieron olorosas frutas. Adormecióse al canto del juglar que le encomiaba la vanidad y el deleite.

Dispertóse al humo del nardo, y escuchó la voz de su mas bella esclava arrodillada ante su lecho. Y no sacudió el letargo.

Mas los siervos y las ninfas temblaban, porque pendia una guadaña sobre el lecho del monarca.

Y cuando, cumplido el plazo, acudió la Muerte, encontróle sobre muelles cojines, y envuelto en recios ropajes.

Y díjole: «Pues no has sabido vencer la perversa costumbre, sentirás nuevas espinas, y ni una flor será depuesta sobre tu sepulcro. Sígueme.»

M. MILA

ASTRONOMIA.

ARTICULO II (*).

Cada país de Europa ha tomado por primer meridiano el que pasa por su observatorio, aunque ciertamente seria mas cómodo en la práctica que todas las observaciones se refiriesen á un mismo meridiano: proyecto que largo tiempo quedará sin realizar, pues lo impiden las rivalidades de las naciones. M. Biot, en su *Tratado de astronomía física* proponia que se eligiese el meridiano que pasa por la isla Formentera. Esta pequeña isla jamás podria ser motivo de orgullo para la nacion que la poseyera, y su posicion ha sido determinada con toda la exactitud apetecible. En este artículo, tomarémos por ejemplo el meridiano que pasa por el observatorio de París. Figurémonos pues un observador colocado en Brest y otro en París, trazando cada uno de ellos un meridiano que pase por su observatorio y y echando la lente de su instrumento en el instante en que la luna tapa una estrella, la de Orion, verbigracia. Estos dos observadores medirán la distancia angular á que de su meridiano se encuentra la estrella en el momento preciso de desaparecer tras del disco lunar. Supóngase que la estrella se ha encontrado á los 7° 4' 20" al este del meridiano de París: el observador de Brest en el mismo instante la habrá encontrado por el mismo lado del meridiano, pero 13° 54' 9" mas lejana. Valiéndose de esta observacion fácil es encontrar la longitud de Brest contada desde el meridiano de París, pues la estrella apareciendo 13° 54' 9" mas allá del mediano de Brest y del de París solo 7° 4' 20" se infiere que Brest cae al occidente de esta ciudad, y que cuando la estrella haya llegado al meridiano de París su distancia del de Brest será de 13° 54' 9" menos 7° 4' 20", lo cual da 6° 46' 49" por distancia del meridiano de Brest al de París: luego este número será la longitud de Brest.

Escogemos este ejemplo para que nuestros lectores comprendan que es posible siempre resolver el problema de las longitudes por medio de una sola observacion; pero no siempre hay ocultacion de estrellas, ó no siempre se tiene un observatorio fijo para poder trazar un meridiano con precision. Los navegantes no conocen su posicion y la ruta que deben seguir hasta determinar la longitud y latitud que se crucen dentro de sus embarcaciones, por lo cual se ven precisados á emplear otros procedimientos.

(*) Véase la página 276.

Visto ya que la comparacion de las horas sirve para determinar la longitud, digamos algo de los instrumentos empleados para medir el tiempo. De ellos se han valido los astrónomos para indagar cual es la duracion de las revoluciones de las estrellas, si su movimiento aparente es irregular, y si sucede lo mismo con todas. Siempre hablarémos bajo la suposicion de que todo pasa como nos lo muestran las apariencias, hasta tanto que nuestras observaciones nos hagan descubrir leyes que nos permitan ventilar esta cuestion: El movimiento diurno ¿es efecto de una revolucion del cielo al rededor de la tierra, ó no es otra cosa que consecuencia de la rotacion de la tierra sobre su eje?

De la division del tiempo.

Los instrumentos que sirven para marcar el tiempo son los relojes. Un reloj es movido por la pesa suspendida de una cuerda que se enrosca al rededor de un cilindro. Una rueda cuyo plano es perpendicular al eje de este cilindro y que hace cuerpo con él, es arrastrada por la caida de esta pesa. La rueda tiene su circunferencia con *dientes* que engranan en otra rueda denominada piñon, comunicándola una celeridad mayor que la suya. Este piñon pone en movimiento una tercera rueda cuya velocidad es todavía mayor que la suya. Engranando esta tercera rueda en otra y otra, se llega de tal suerte á dar tanta celeridad como se crea necesaria á una rueda que se llama catalina, rueda de escape, y á esta última se aplica un regulador que se llama péndulo.

Los relojes tienen una muestra sobre la cual dos manos, el horario y el minutero, designan las horas y los minutos: algunas veces se añade otra manecilla que dando una vuelta por minuto indica los segundos.

Del péndulo.

El primero que tuvo la idea de aplicar el péndulo como regulador, fué Huyghens; mas como en nuestro plan no cabe esplicar la teoría del péndulo, solamente dirémos que este instrumento se compone de una vara metálica, la cual remata en un disco de la misma materia llamado *lenteja*, que puede subir y bajar mediante una tuerca. El péndulo alejado de la perpendicular, pugna por volver á ella haciendo oscilaciones tanto mas lentas cuanto mas largo es.

Los relojes estan dispuestos de tal manera, que la rueda catalina no puede dar vueltas sino dejando pasar uno por uno sus dientes á cada oscilacion del péndulo. La primera condicion que todo reloj debe tener es que su movimiento sea regular, uniforme y el mismo en todo tiempo. En la construccion de estas máquinas se ha llegado á tal grado de perfeccion que casi supera lo que puede imaginarse. Para saber si un reloj anda con regularidad, es necesario tomar muchos, diez, por ejemplo, veinte ó mas, *todos* hechos con gran esmero, y dar cuerda á todos juntos y á la vez. Podrán tener celeridades diferentes, y si en el mismo instante se los para á todos, se hallará que las manecillas del reloj numero 1.° habrán apuntado las 7, por ejemplo, 15 minutos y 10 segundos; el reloj n.°2 las 7, 30 minutos y 4 segundos; el 3 las 7, 19 minutos, y 4 segundos, etc. Sin embargo fueron puestos y parados todos á la vez, habiendo andado el *mismo tiempo*, y si sus muestras

señalan tiempos desiguales depende de que todos no tienen la misma celeridad en sus movimientos; pero si su marcha es regular siempre que las manecillas del n.°1 señalen las 7, 15 minutos y 10 segundos, las del n.°2 mostrarán las 7, 30 minutos y 4 segundos, las del 3 las 7, 19 minutos y 4 segundos. Cada uno de los relojes siempre deberá marcar la misma hora durante un mismo espacio de tiempo; y efectivamente así se observa en los relojes bien hechos, tener una marcha uniforme y regular. Llámanse péndulos siderales los que estan arreglados por el movimiento de las estrellas, pues los de que nos servimos comunmente van arreglados al movimiento del *Sol*, y marcan lo que se llama *tiempo medio.*

De los planetas, cometas, aerolitos, estrellas vagas, y fijas.

El estudio de los astros ha ocupado á los hombres desde la antigüedad mas remota, aunque ha permanecido imperfectísimo hasta inventarse los instrumentos de óptica. Desde entonces la astronomía se ha ido elevando progresivamente hasta el rango de las ciencias mas exactas y completas.

Cuando en una noche serena se observa la multitud de puntos brillantes que sobre nuestras cabezas centellean, los planetas por medio de telescopios se pueden distinguir de los demas astros. Sabemos que son en número de once, comprendido nuestro globo, y se llaman Mercurio, Vénus, la Tierra, Marte, Juno, Céres, Vesta, Palas, Júpiter, Saturno y Urano. Aquí se han indicado por el órden de sus distancias del sol. Mercurio es el mas próximo á este astro, pues dista de él solo unos 13 millones de leguas, al paso que Urano, el mas remoto, dista sobre 662 millones de leguas.

Entre los once que hemos nombrado, Saturno es de los astros mas notables, por estar rodeado de un anillo que fácilmente se percibe usando telescopio y cuando nos presenta su faz iluminada por el sol. Este anillo es un cuerpo opaco, circular, delgado, cuya anchura es el tercio del diámetro del planeta, esto es, casi tan ancho como el radio de la tierra, y no toca al cuerpo de Saturno. Su volúmen es ochocientas ochenta y siete veces mayor que el de la tierra; su distancia del sol, que es de 329 millones de leguas, supera nueve veces y media la de la tierra relativamente á dicho astro. Saturno emplea cerca de treinta años en dar su vuelta al rededor del sol, que es como si dijéramos que su año escede treinta veces al de la tierra. El sol visto desde Saturno debe ofrecer un disco ochenta y una veces y media menor que desde la Tierra, debiendo por tanto el calor y la luz ser ochenta y una veces y media menores.

Entre los planetas, los hay que tienen satélites ó lunas que giran al rededor de ellos: la Tierra solo tiene un satélite, Júpiter cuatro, Saturno siete, y Urano seis.

Con intervalos de tiempo mas ó menos aproximados ofrece el cielo á nuestras miradas el magnífico espectáculo de los cometas.

Los cometas se mueven al rededor del sol en órbitas que pasan por muy cerca de este astro, describiendo elipses estremadamente prolongadas.

Casi siempre les rodea una nebulosidad llamada *cola* cuando está opuesta al sol, y *barba* cuando dirigida hácia el. Atraviesan nuestro sistema solar en todas direcciones, acercándose muchísimo al sol durante el *perihelio*, y alejándose á distancias incalculables en su *afelio.*

Por el ejemplo siguiente puede formarse una idea del enorme calor á que estan espuestos los cometas. El que fué observado en 1680 se puso á 240 mil leguas del sol, recibiendo un calor 28 mil veces mas considerable que el comunicado por el mismo astro á la tierra, es decir, que fué calentado dos mil veces mas fuertemente que lo está el hierro al derretirse.

Los cometas tienen muy poca masa, y con el telescopio su cola es poco visible, pues formándola un vapor en estremo sutil, se hace perceptible solo en razon á su enorme bulto: hasta el nucleo es una sustancia en tales términos enrarecida, que cuando el cometa de 1811 pasaba por delante de las estrellas las permitia ver al través de la materia de su centro.

De todos los cometas sabidos el de 1742 fué el que mas se acercó á la tierra, y estuvo á 600.000 leguas de ella sin producir alteracion alguna. El de 1770, que durante algun tiempo se mantuvo muy próximo á la tierra, tampoco atrajo ninguna perturbacion á nuestro movimiento. Hay millones de probabilidades para negar el choque de la tierra contra un cometa; pero sin embargo, quizás el tiempo que no tiene límites, pueda realizarlo.

Entre los cometas observados, varios han sido notables por su brillo relumbrante; y uno de los mas vistosos fué el de 1744, que tenia seis colas dispuestas á manera de abánico.

Los aerolitos y estrellas vagas ó exhalaciones, cuyo orígen todavía es incierto, pudieran muy bien ser gajos de planetas que se rozaran con cometas, y tampoco es imposible que resulten del choque de otros astros entre sí. En este caso la caida de tales piedras se esplicaria del modo que vamos á esponer. Despues que hayan sido desprendidas por el choque del globo á que pertenecian, giran al rededor de la tierra durante un tiempo indeterminable, y acaban por enredarse en nuestra atmósfera, donde se inflaman con el frote que esperimentan, poco á poco pierden su velocidad, y al fin caen por efecto de su mismo peso.

Conforme á esta misma suposicion, los metéoros, que se llaman estrellas vagas ó exhalaciones, serian cuerpos semejantes á los aerolitas, que entran dentro de nuestra atmósfera á una altura grande, pero con la suficiente celeridad para atravesarla, por manera que no harian sino inflamarse y pasar como un rasgo de fuego.

Laplace mira los aerolitos y estrellas vagas como unas masas lanzadas al espacio por volcanes de la luna, habiendo encontrado dicho geómetra que para ello bastaba una fuerza de proyeccion cuádrupla de la que lleva una bala de cañon disparada con doce libras de pólvora. Esta fuerza seria capaz de desgajar de la luna un cuerpo en términos que el peso ó la atraccion terrestre le condujeran en seguida hácia nuestro globo (*).

Mucho mas allá del espacio que encierra nuestro sistema planetario, y á una distancia tan grande que el hombre aun no ha podido medirla, se encuentran las estrellas. Cuanto podemos saber de ellas es que las mas cercanas gastan lo menos tres años á trasmitirnos su

(*) Los geólogos sospechan un origen diferente á los fenómenos de los aerolitos y estrellas vagas ó exhalaciones. Al menos por lo que respecta á estas, conocidos los elementos químicos de la atmósfera, puede la física dar de ellas una esplicacion bastante satisfactoria.

luz. Se tendrá una idea de esta infinita distancia reflexionando que la luz corre 70, 000 leguas en un segundo. Si el sol, que es 1, 300, 000 veces mayor que la tierra, estuviese á una distancia como la de las estrellas fijas, quedaria así como todo el sistema planetario oculto por el grueso de una hebra de telaraña.

Ciertamente hay estrellas todavía mas distantes de nosotros que las acabadas de citar, y cuya luz por consiguiente gasta mucho mas tiempo en llegar hasta la tierra. Es indudable, pues, que algunas, sin embargo de existir, no las vemos por la sencillísima razon de que su luz no puede llegar hasta nosotros.

Las estrellas son luminosas por sí mismas, debiéndoselas mirar como otros tantos soles que alumbran y vivifican sistemas planetarios imperceptibles para nosotros. El sol mismo viene á ser una simple estrella, cuya magnitud, brillo y calor dependen de las distancias á que se le ve. Poquísimo se sabe acerca del tamaño real, pormenores de aquellos sistemas y distancias respectivas, aunque al parecer no estan diseminados por el cielo de una manera igual, reuniéndose como en grupos formados cada cual de muchos millares. Así puede juzgarse por esas manchitas blanquizcas que observamos en el cielo y se denominan nebulosas, especialmente por aquella gran mancha blanquecina y luciente que atraviesa de un polo á otro el cielo y llaman la *via láctea*. Probablemente es una nebulosa que aparece mayor por estar mas próxima á nosotros. Tan prodigioso es el número de estrellas que en la via láctea se descubre, que la imaginacion no alcanza á concebirlas; y no obstante el espacio que separa unas de otras es por lo menos 100, 000 veces mayor que el radio de la órbita terrestre, á cuya línea se dan unos 44 millones de leguas.



Dofter Esther.

DEL ESTADO DEL CRISTIANISMO,

DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES EN ABISINIA.

Bajo el reinado de Constantino fué cuando la Etiopia recibió el cristianismo; y habiendo abrazado la fe dos príncipes de aquel país Abreha y Atzbea, no tardó toda la nacion en seguir su ejemplo. Dos siglos despues, la alianza de Justiniano con el rey de Axum, al paso que llamó los Etíopes á que cooperasen á la defensa de la nueva religion, dió un golpe mortal á su ortodogia. Hábiles misioneros, enviados por la emperatriz Teodora, hicieron adoptar á un pueblo sencillo la doctrina de Eutygues; la Abisinia casi sin saberlo, se convirtió en monofisita mas tarde se halló completamente separada del mundo cristiano, y desde entonces quedó definitivamente separada de la grande unidad católica.

Fácilmente se concibe que privada de las luces del Occidente, debia ver la Etiopia degenerar su culto de su primitiva pureza y esplendor, y obscurecerse con las supersticiones que engendra la ignorancia. Hoy en dia apenas se reconocen algunos signos de parentesco entre la iglesia de Roma y la de Gondar; y los jacobitas abisinios á primera vista parece que mas distan del cristianismo que del islamismo, como se verá por la siguiente indicacion.

Solo los tres primeros concilios ecuménicos reconocen los abisinios, y en Jesucristo no admiten mas que una naturaleza, la divina. No estan acordes en el modo con que el Espíritu santo unió la divina con la humana, y esta discordancia produce tres

sectas, cuyas eternas disputas mas de una vez se han mezclado con las discordias políticas. Dan el bautismo por inmersion, cuarenta ú ochenta dias despues del nacimiento, segun el sexo de la criatura, y nunca antes, á no sobrevenir un caso urgente.

Comulgan bajo las dos especies; y aunque á la consagracion del pan y del vino la llaman Melawat ó transformacion, no parece crean en la presencia real. Tampoco admiten el purgatorio; y dicen que luego que abandona al cuerpo el alma baja al infierno, y que de cuando en cuando el arcángel Miguel va allá, para admitirlas en el paraiso, por aquellos á quienes sus buenas acciones en vida, ó las expiaciones de sus padres y de los sacerdotes les han hecho dignos de la misericordia celestial.

Es muy numeroso el clero, y se divide en dos grandes clases: los sacerdotes seculares y los monges. Los primeros reconocen por gefe un obispo llamado Abouna, que se elige en los conventos coptos del Egipto, y el cual, por su ignorancia completa en el idioma del país, no ejerce ningun influjo político. No se puede desempeñar las funciones episcopales de un modo mas venal, pues aquel patriarca jacobita confiere las órdenes por dinero, y no se avergüenza de darse á los vicios mas feos; y no le va en zaga el clero, á pesar de la gran consideracion de que en apariencia disfruta. Semejante desmoralizacion es una necesaria consecuencia de la facilidad con que se llega al sacerdocio, como que basta saber rezar algunas oraciones y leer el Evangelio de S. Juan para que se juzgue á uno capaz de ser admitido en el clero.

Tienen los monges por gefe el Etchegue, hacen voto de castidad, y viven en cenobitismo.

No es para aquí la relacion de las ridículas creencias, que en el ánimo de los Abisinios ocupan el lugar de los dogmas que el cristianismo enseña; basta decir que los sacerdotes casi descuidan completamente el ejercicio de los sacramentos; y que el pueblo tiene mucha mas fe en los amuletos y en los *boudas* ó brujos que en el poder de las ceremonias de su iglesia.

Las letras y las ciencias estan punto menos que en completa ignorancia. Toda la instruccion de los niños consiste en hacerles aprender de memoria el Evangelio de S Juan, algunas epístolas S. Pablo, salmos y oraciones; luego si el estudiante se siente con alguna disposicion, pasa muchos años amueblando su memoria con el diccionario del idioma etíope. Por falta de imprenta son rarísimos los libros, y casi nulos los progresos de las luces, y no conocen mas obras que la biblia y algunas crónicas.

Con todo, unos pocos etiopes, gracias á su comunicacion con los occidentales, han llegado á adquirir en las ciencias y en las letras conocimientos, que en Etiopia les valen reputacion de sabios; y acompañamos este artículo con el retrato de uno de ellos, llamado Dofter Esther, esto es, el Doctor Esther, de quien Salt habla mucho en su viaje á Abisinia. Ademas de que por el grabado se vendrá en conocimiento del tipo abisinio, que él representa perfectamente, se tendrá tambien una idea del traje que en aquel país visten los individuos de la clase mas elevada.

La poesía de los habitantes de aquella parte del Africa solo se emplea en asuntos religiosos ó en algunos acontecimientos trágicos, cuyo recuerdo conservan con una especie de elegías que recitan los guerreros ó los viajantes para distraer el fastidio de una larga marcha. Su música indica muy groseros conocimientos en las leyes de la armonía, pues es una melodía llorona y monótona. Entre las artes, la pintura es la que mas adelantada parece estar; y lo mismo que todos los pueblos cuyo estado se acerca al salvaje, gustan de los colores vivos y de imágenes brillantes. Los asuntos que con preferencia representan, son casi siempre efigies de santos que recibieron de los Griegos, ó batallas que ganaron. Pintan todas las figuras de frente, menos cuando quieren representar un judío, pues entonces dibujan de perfil su rostro; estraña costumbre, cuyo orígen se ignora todavía.

Tambien son aficionados á las representaciones dramáticas; pero sus piezas aun recuerdan los mimos y las atelanas de los antiguos; y una pantomima animada compone todo el fondo de la accion teatral, en que su bufon hace todo el gasto.

Menos se cultivan aun las artes útiles que aquellas cuyo único objeto es agradar al alma ó á los sentidos. Muy escasos son los productos de la agricultura; la industria manufacturera se reduce á algunos tejidos de algodon, que se cambian á guisa de moneda, y á la fabricacion de muebles y utensilios usuales; y cada ciudad celebra un mercado una vez á la semana, de manera que para toda una semana se compran las provisiones.

Varios misionistas europeos, reconduciendo á los Abisinios á un cristianismo mas puro, han procurado al mismo tiempo introducir entre ellos la civilizacion. Momentáneamente el catolicismo concibió la esperanza de hacer entrar en el gremio de la iglesia aquella oveja descarriada del rebaño cristiano; pero los severos edictos y la política de un rey pronto disiparon toda esperanza. Hace treinta años, que el protestantismo acometió de nuevo la difícil empresa de una revolucion religiosa en la Abisinia; y si bien por la analogía que hay entre los dogmas de los jacobitas y los de la reforma parece mas fácil esta conversion, ello es que poquísimo éxito ha coronado el celo y sacrificios de los misioneros ingleses.

EL CINCLO.

Los jóvenes literatos, los pintores y los artistas andan y gastan mucho para hallar lo que mas cerca tienen, es decir una naturaleza romántica, sitios pintorescos, montañas, rocas y espumosos torrentes, en una palabra todo lo que impresiona el alma, resucita antiguas emociones y cria el entusiasmo; todo lo que he hallado (*escribe un francés*) no en Suiza, ni en Saboya, sino en las vecinas montañas de la Aubernia. Aquí se me presentó lo que en vano hubiera buscado en otros países, como es un país inmenso, lleno aun de las negras huellas que ha dejado en él el fuego que en otro tiempo vomitaba de sus entrañas. Aquí he descendido en los cráteres de los volcanes, he traspasado montañas de lavas, he removido volcánicas cenizas, y he tropezado con los restos de los monstruosos gigantes, de los mamous, de los

rinocerontes, de los enormes tigres que fueron los primeros habitantes de nuestros país. He visto aquí salir el agua hirviendo del seno de la tierra y mezclarse con el helado cristal de una fuente cercana, y he visitado las oscuras cavernas que encierran los despojos del hombre fósil, mezclados con los de los osos, las hienas y los leones; he oido el mugido de los torrentes que se precipitan de roca en roca, y que arrastran consigo peñascos que cien hombres no serian capaces de mover; he visto en fin los picos de los montes que se pierden en las nubes y el águila que se cierne mas allá de los picos. Y á mas de estas terribles y grandiosas escenas he sido testigo de otras mas graciosas y risueñas bajo el techo de las pintorescas habitaciones en que recibia la hospitalidad. ¿Porqué vais pues á la Suiza, á la Saboya y á la Italia, vosotros sobre todo que no teneis aun el corazon gastado y que sois capaces de sentir dulces emociones? Escuchadme y veréis que el hombre que sabe leer en el libro de la naturaleza no necesita espatriarse, y que el que sabe gozar no debe buscar *emociones-monstruos* (perdonad el vocablo).

Un dia en que estaba herborizando me habia casi estraviado por seguir el curso caprichoso de un riachuelo que fecundaba un profundo valle. Veia á través de sus cristales el insidioso cangrejo que se guarecia en las raices de los alisos, desde donde desafiaba sus voraces enemigos. La trucha que refleja en sus nacaradas escamas los variados colores del íris, ya se paseaba lentamente sobre la dorada arena, ya se precipitaba con la rapidez del rayo sobre una cascada espumosa y perpendicular, ya dando un súbito salto sorprendia en el aire á la pintada mariposa. Deslizábase furtivamente por entre las cañas la voraz nutria, y atisbaba la modesta arvela, aguardando el momento oportuno para precipitarse sobre su presa.

De tal modo me divertia este espectáculo, que para saborearlo con mas comodidad me senté al pie de una mullida roca; las amarillas y pendientes ramas del citizo me guarecian con su sombra, mientras la florida espesura del escaramujo me cubria á los ojos de los habitantes de las olas. Vino de repente á posar en la orilla opuesta un ave que veia por la primera vez, de corpulencia y formas generales semejantes á los de un mirlo, pero de alas y cola mas cortas. Era el mirlo de agua de Bufon ó el Cinclo de los naturalistas (*Cinclus aquaticus*. TEMM), quienes caracterizan este género que solo comprende dos especies con los siguientes distintivos: pico plumoso y redondo hácia la base, delgado, derecho, un poco comprimido en su estremo, con una especie de sierra muy fina en los lados, y con la punta de su parte superior torcida; rodillas desnudas y tarsos mas largos que el dedo del corazon.

Era el que se presentó de color negruzco un poco ceniciento en la parte superior, los ojos, el cuello y pecho blancos, el vientre rojo, el pico negro, el íris de las pupilas gris de perla y los pies amarillentos. Despues de haber echado á su alrededor una mirada escudriñadora para asegurarse de que ningun peligro le amenazaba, acercóse lentamente al agua y sumergió en ella á medida que avanzaba los tarsos, las rodillas, las alas, la espalda y finalmente la cabeza. Quedé altamente admirado cuando á través de las transparentes olas apercibí que se paseaba tranquilamente, no nadando, sino andando sobre la arena que se hallaba en el fondo del riachuelo, donde cazaba los pequeños insectos acuáticos, principalmente las larvas de los libélulos y de las efímeras que constituyen su principal alimento.

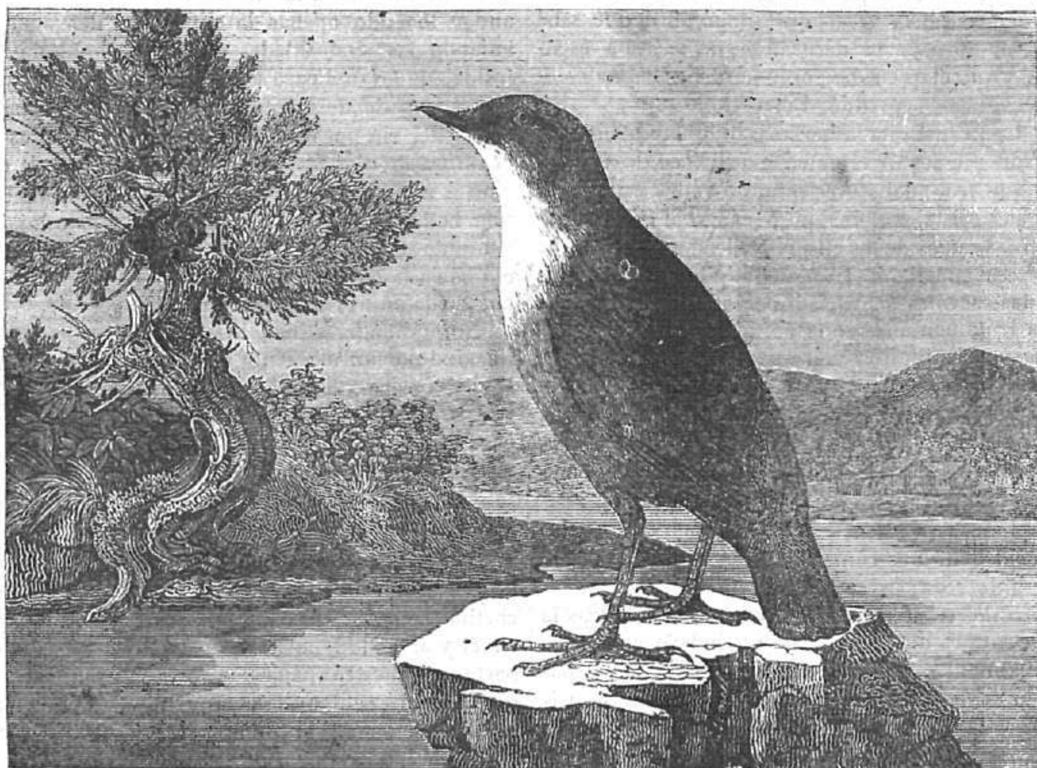
Subia por intervalos á la orilla para poder respirar, y como lo efectuó una vez muy cerca de mí observé en él una singularidad, que no me admiró menos que su modo de pescar. Tenia las dos narices cubiertas de una pequeña membrana, que abria al salir del agua y que cerraba herméticamente antes de sumergirse en ella; nada semejante nos presenta la organizacion de otros animales si esceptuamos la de las esteleras, cetáceos de una forma semejante á la de las focas y que viven en América en los grandes rios y en las orillas del mar. Al cabo de un cuarto de hora al haber el cinclo concluido su pequeña pesca, saltó de un bote á la orilla, tomó el vuelo y echó á andar tocando apenas la superficie del agua y siguiendo las sinuosidades del riachuelo al modo del ípsida. Me levanté para seguirlo con los ojos, y reparé que á cosa de doscientos pasos habian levantado las aguas del rio por medio de un dique de rocas hasta la altura de diez pies con el fin de dar nueva direccion á una parte de ellas. Formaba en aquel sitio una bella cascada, y una cortina ó espejo no interrumpido y de un hermoso efecto. Dirigióse el cinclo hácia la cascada, se internó en el agua á la mitad de la altura de su caida y desapareció.

No pudiendo atinar lo que habia sido de él me imaginé por un momento que el agua lo habia arrastrado consigo y lo habia hundido en el despeñadero; pero á medida que me fuí acercando á la cascada empecé á adivinar el verdadero estado del negocio. Con efecto la fuerza de la corriente obligaba al agua al caer á que describiese una curva y dejase un grande espacio vacío y casi seco entre ella y la roca, en un agujero de la cual habia el cinclo formado el nido, viéndose en consecuencia precisado á romper la cortina acuática que cerraba su aposento al entrar en él y al abandonarlo. Esta operacion exigia de la parte de nuestro pájaro ciertas prevenciones que suponen un regular discernimiento: si por ejemplo al dirigirse á su nido hubiese atravesado directamente la cortina de agua en frente de su aposento, como es indudable que la fuerza de la cascada le hubiera hecho bajar algun tanto, se hubiera hallado en un punto inferior al que deseaba, y le hubiera sido sumamente difícil entrar en el nido por faltarle el espacio suficiente para tomar un nuevo vuelo, y así es que tenia la precaucion de romper la cascada á cosa de un pie de mayor elevacion que el nido, con lo cual se hallaba precisamente cara á cara con él.

A pesar de estar cierto de mojarme, pues la cascada formaba una especie de bóveda de solo tres pies de latitud, poniendo mis pies sobre los ángulos de las rocas, y agarrándome á algunos arbustos del mejor modo posible, me coloqué detrás de la cortina de agua y llegué á poder contemplar el nido. Estaba este artísticamente construido: como el agujero hubiera sido demasiado ancho, el pájaro lo habia reducido por medio de espesas capas de musgo al par que lo habia redondeado en el interior, donde sobre una sábana de menuda y seca yerba descansaban seis huevos blanquísimos, protegidos por un poco de

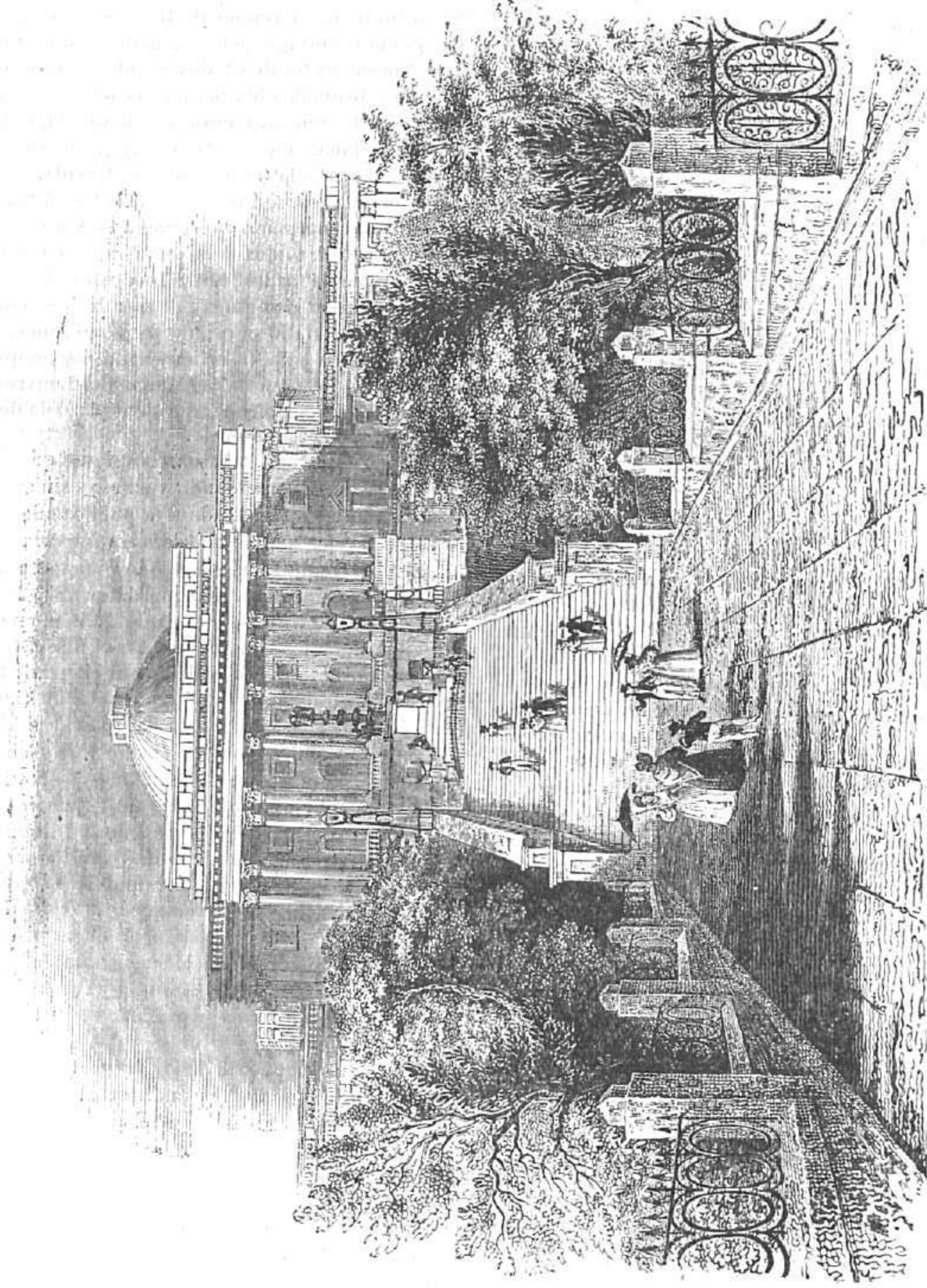
plumon. Me hubiera sido fácil si hubiese querido apoderarme de la hembra, pero me contenté con observar su color que era ceniciento oscuro en la parte superior, rojo amarillento en el vientre, y parecido al del macho en los restantes miembros.

Aunque salí mojado hasta los huesos, puedo afirmar que el pequeño descubrimiento de Historia Natural que acababa de hacer, y que quizá solo era nuevo para mí, me causó un placer mas vivo y mas real que el que sienten nuestros viajeros cuando recorren segun costumbre los anchos caminos de la Suiza ó de la Italia para contarnos á su regreso las aventuras de hostería, y los efectos dramáticos de buscadas emociones.



El Cinclo.

ESTADOS-UNIDOS. — EL CAPITOLIO DE WASHINGTON.



ESTADOS-UNIDOS.

EL CAPITOLIO DE WASHINGTON.

Hallase entre el Maryland y la Virginia un territorio perteneciente á toda la Union, y conocido bajo el nombre de distrito federal, ó de Colombia, y es la menor de las divisiones políticas y administrativas de la Confederacion americana. Elévase en el centro la ciudad que lleva el nombre del gran Washington, residencia del gobierno central desde el año 1801. Construida en las orillas del Potomak y del Eastern Branch ocupa cerca de cuatro millas sobre uno y otro rio. Desde luego se reconoce que con respeto á la salubridad del aire y á la belleza del país, es una de las mejor colocadas de la América, pero que bajo el punto de vista político ocupa la peor situacion entre todas las de la Union; y así es, que solo cuenta hoy dia unos diez y ocho ó veinte mil habitantes en su recinto, y ocho mil en Georgetown, que viene á ser su arrabal.

El plan trazado por el mayor francés l'Enfant reune en alto grado la comodidad, la regularidad, el encanto de la perspectiva y la libre circulacion del aire. Antes de empezar á poner una piedra se habia ya determinado la posicion de los diversos edificios públicos en los terrenos mas ventajosos, donde se los construye ahora: todos presentan agradables puntos de vista, y su situacion los hace susceptibles de los accesorios que pueden en lo sucesivo exigir la utilidad ó el ornato. El vasto recinto de Washington, trazado para una ciudad diez veces mas poblada, sus calles tiradas á cordel y de ochenta á cien pies de latitud, sus habitaciones separadas en algunos cuarteles por grandes espacios vacíos ó por campos que cultiva el arado, la harian parecer mas bien una naciente colonia que capital de una nacion poblada y pujante. Entre sus edificios descuella el suntuoso Capitolio coronado de tres bóvedas y construido con una piedra de sillería de grano grueso, cuyo color algo azul nada tiene de desagradable. Contiene dos espaciosas salas destinadas á las sesiones de la cámara de los representantes y del senado, otra para las reuniones del tribunal supremo, y otra finalmente para la biblioteca nacional. Fué incendiado en 1814 por los ingleses que en la toma de Washington se portaron como vándalos, pero ha renacido de sus cenizas mas rico y espacioso que antes.

El arsenal es otro de los grandes establecimientos de Washington: en medio de su plaza principal vese una coluna rostral erigida en honor de los muertos en un combate glorioso en frente de Argel: los ingleses quisieron destruirlas, y aun aparecen en ella las huellas del sable destructor, pues los Americanos en vez de borrarlas se han contentado con grabar en la base del monumento esta severa inscripcion: «Mutilado por los ingleses en 1814.»

ESTADO DE LA ESCULTURA EN ITALIA.

ARTICULO II (*).

Otra de las ciudades de Italia, en la que está igualmente adelantada la escultura es Florencia; mas con un carácter del todo diferente de la de Nápoles y Roma. La sombra de Miguel Angel se cierne siempre sobre ella; así es que Florencia puede llamarse el país de la regeneracion, la Roma de la edad media. No aparece en ella dividida la escuela literaria en romanticismo, y clasicismo; el periódico la *Antología*, destinado á representar la opinion pública, era una obra de filosofía que marchaba en la senda del progreso y pertenecia á la nueva escuela. El Dante y Miguel Angel, he aquí los dos grandes modelos que proponia. La literatura ejerce una poderosa influencia sobre las bellas artes; así Pampelani no turba el reposo de Hércules, ni de Ajax; por quienes sentimos pocas simpatías, sino que va á despertar en sus tumbas á dos grandes artistas Arnolfo di Lapo y Brunelleschi, para colocarlos al lado de la catedral de Florencia, y mostrar á la vez el que ha edificado aquel magnífico edificio, y el que he elevado en los aires una cúpula tan elegante y atrevida.

Bartolini ha esculpido una Vírgen con el Cristo en las rodillas, concepcion de Miguel Angel, que criticara justamente Milizia, diciendo que el hijo le parecia de mas edad que la madre. Entre las demas obras nótase una *Caridad* con dos niños, de una belleza poco comun. Este artista dió su primer paso en Francia, donde su talento ha podido ser apreciado por los que han visto encima de la puerta del Museo del Louvre la cabeza colosal de Napoleon, que reemplazó la de Luís XVIII, obra de pésimo gusto.

Muchos siglos han transcurrido desde que se probara que la tierra corre dando vueltas; y sin embargo, no habia Florencia mostrado á la publica admiracion las facciones del que descubriera esa importante verdad. El gran Duque se ha encargado de reparar aquella falta, y pronto quedará inaugurada en la sala de la Academia del Cimento la estatua de Galileo, en medio de los instrumentos con que rasgaba el filósofo el velo de la naturaleza: la obra es debida al cincel de Costoli, y es de un trabajo de todo punto notable. El mismo artista ha trabajado tambien un Jeremías; y si bien los inteligentes no quieren ver en él sino á un Isaías, ello es que se le reconoce por un profeta, y que la obra no carece de inspiracion. No ha sido tan felizmente tratado Dante, el Homero del cristianismo. La literatura y la escultura parecian estar acordes para llamarlo á la vida, y compensarle con honores públicos su destierro, sus desgracias y el olvido en que le arrojara la ignorancia. Pero así como han desfigurado su poesía los pedantes, ha desfigurado Ricci su persona, halo esculpido sobre su tumba medio desnudo y con los músculos fuertemente indicados, á guisa de un lazzaroni de Nápoles.

La ciudad de Pisa acaba de erigir una estatua á Leopoldo I, gran duque de Toscana. Esa ciudad, favorecida ya por la naturaleza, hase señalado entre todas las demas, dispertando las chispas de saber que se escapaban del Oriente, y esparciendo en seguida su luz por las regiones occidentales. Su universidad ha gozado de una brillante celebridad; Leopoldo ese príncipe que ha labrado la dicha de su país con su moderacion y amor al progreso social, enviaba á ella sus hijos para que aprendiesen á familiarizarse con sus súbditos, y se ilustrasen al propio tiempo cultivando las ciencias y las letras.

Muy justo era que elevasen una estatua á semejante príncipe, para recordar á los monarcas el buen ejemplo que les diera.

(*) Véase la página 212.

La reforma de la escultura empezada en Toscana, será llevada á cabo en Milan por un artista, cuyo genio y habilidad en la ejecucion le señalan bien claramente como superior á los demas. Hablo de Pompeo Marchesi á quien parece ha colocado la naturaleza al extremo de Italia, como para dar á aquella comarca el imperio de las bellas artes, que por tan largo tiempo perteneciera al país del centro, á Roma y á Florencia. Milan no posee monumentos que recuerden la historia del país y esciten el entusiasmo artístico; y lejos de mostrar nada la pasada grandeza, todo respira en ella la comodidad actual. Las riquezas hállanse esparcidas á poca diferencia por todas las clases, y los ciudadanos son iguales delante la ley. Como las casas guardan todas un mismo nivel, jamás el esplendor de un palacio insulta la miseria de una casita vecina. Es la única ciudad de Italia que ofrezca recursos al talento y en la cual sea este provechoso; pues el ser las familias regularmente instruidas hace que lo acojan donde quiera con distincion. ¿Dónde podia ostentarse con mas brillo el genio de Marchesi? Si entrais en las casas encontraréis en ellas estatuas salidas de sus manos, la *Flora*, *la Vénus*, *la Inocencia*, *la Magdalena*, que constituyen el ornato de escaleras y salones. Vense no pocas en casa la marquesa Visconti de Aragona, en la de la princesa Belgiojoso, y en la del duque de Litta; pero en su taller es en donde brilla el artista con toda su gloria. Su imaginacion original, emancipándose de las trabas de la imitacion, hase abierto un nuevo camino: toma de la mitología los nombres, pero no los personajes. Su Flora y su Vénus tienen absolutamente el carácter de la época actual. Los placeres están en ellas espiritualizados, y vese en las mismas algo de intelectual, que en las estatuas de los griegos y de sus imitadores no se columbra altravés de su cubierta material. Su Psiquis y su Inocencia son el símbolo de dos almas que solo al cristianismo toca definir. En los asuntos sagrados, particularmente ha desplegado Marchesi su hermoso talento. En su *jóven Nazareno predicando á los doctores*, admírase un conocimiento perfecto de la marcha que sige la naturaleza desde la infancia hasta la edad de treinta y tres años; y adivínase en él la fisonomía del Cristo pintado por Leonardo de Vinci. La armonía de la parte moral con la física, el alma de un dios desenvolviéndose en el cuerpo de un jóven, sobresalen en él de una manera sorprendente. No nos fuera dable presentar aquí el catálogo de las obras creadas por la imaginacion de aquel grande artista: su taller encierra, ó mejor encerraba, una multitud de ellas. Aquí la arcilla se transformaba en estatua, allí se animaba el mármol á los martillazos que hacian resonar la bóveda... Ay! que no existe ya tan bello taller! La envidia, que con la tea en la mano hace la guerra al genio, ha incendiado el templo de la escultura: el artista ha llorado esta pérdida cruel; pero pronto, semejante al fénix, ha reaparecido con una imaginacion mas fresca y vigorosa. Abrióse una suscripcion para indemnizarle de la pérdida de su fortuna, y á su vez indemniza él á los Milaneses de las obras maestras que perdieron. El gobierno le ha encargado una obra inmensa y de un precio considerable, destinada á la ciudad de Milan: el genio de Marchesi se mostrará en ella con lo que tiene de mas noble y mas elevado: consiste en una madre conduciendo á sus hijos á la iglesia el dia del Viernes Santo, para ver representar en ella la muerte de J. C. y esplicarles los misterios fundamentales de la religion. Qué sublime objeto! Qué grupo! Habrá nada que se le pueda oponer entre los mas admirables trozos de la antigüedad? El grupo de Toro. Farnés es el monumento de una bárbara venganza: dos hijos del rey de Tébas que amarran con cadenas á un toro salvaje, á la rival de su madre.

Y al paso que se lanza en el porvenir del arte, no olvida Marchesi lo pasado, y halaga la inclinacion que tienen generalmente los italianos á rendir homenaje á la gloria de los muertos. Así es que ha trabajado el busto del poeta Monti; siendo así mismo obra suya la estatua del célebre Beccaria que se ve en el palacio de Brera. El autor de los *Delitos* y de las *Penas* ostenta en su semblante la satisfaccion de haber enjugado con la publicacion de su libro las lágrimas de gran número de desgraciados. Frontero á él vese al poeta Parini, quien, no sé porque, ha tomado bajo el cincel de Marchesi, la espresion de un S. Juan Evangelista.

Vase á elevar una estatua á la señora Agnesi, célebre matemática, que abandonó las ciencias por las obras de caridad, y acabó su vida en el piadoso establecimiento de Trivulzi. Las señoras de Milan hacen los gastos de la escultura: ellas son las que bordaron un tapete para regalarlo á Bellini; ellas las que abrieron una suscripcion á favor del poeta Grosi, por cuyo medio pudieron pagarle su poesía con 20,000 fr. suma colosal para un autor italiano. Aquellas señoras, llenas de admiracion hacia el genio, sobre ser de cultivado talento y amable carácter, son las mas bellas y graciosas de toda la Península. En semejante país y en medio de tan favorables circunstancias, la reforma de la escultura debe hacerse rápidamente y con éxito completo. Mostrárase sin duda en el arco llamado del Simplon, el cual, de arco de triunfo ha sido convertido en arco de paz; mostrárase igualmente en esa catedral de Novara, cuyos canónigos, queriendo el gobierno emplear su dinero para el bien público, lo consagran á las bellas artes. El arco del Simplon y la catedral van á ser cómodas lizas, en las cuales se trabará una lucha artística entre Marchesi y los mas célebres escultores italianos. En el entretanto, hase encargado este célebre artista de hacer una estatua de Cárlos Manuel rey del Piamonte, que se erigirá en la plaza de Novara, en memoria de la mejora de Malaria, cuyos pantanos hiciera secar aquel príncipe.

La Francia no dejará de aplaudir los esfuerzos de los italianos para la reforma de la escultura, participa ya de su gloria, y su pequeño bailarin napolitano, supera, á nuestro entender, á todos los antiguos faunos. Las bellas artes pueden representar á la edad media y á la época actual, sin que sea necesario disfrazarlas con un traje griego ó romano. El sublime pincel de Gerard ha representado á Enrique IV y á Napoleon en dos grandes cuadros, que equivalen á dos poemas históricos; pero se les ve cual se mostraban á los ojos de sus contemporáneos. Cumpla la escultura su mision: ni cubra la túnica del héroe á un rey de Nápoles. El Napoleon de la plaza de Vendome, es ciertamente el *petit caporal*. Cada hombre, por decirlo así, aparece señalado con un sello particular que le distingue del resto de la humanidad. Al ver el Emperador su estatua por Cánova, admirado de su entera desnudez, mandó que la cubriesen con un velo, Cánova habia imitado á los romanos; y Napoleon, aquel vasto genio que intentó regenerar la

humanidad, dió al echar aquel velo la señal de la reforma.

ESTUDIOS BOTANICOS.

ARTICULO III (*).

Continuacion del artículo de los Tallos.

El *liber* se transforma cada año en madera y en corteza; esto es, la parte inmediata al tronco se convierte en leño y forma la *albura*, y la que toca á la corteza se cambia en una capa *cortezuda*. Cuando la vegetacion, el *cambium* se resuma de la corteza y de la albura, estiéndese entre dos, y forma una nueva capa de *líber* que así sigue renovándose cada año.

En los tallos herbáceos, el *cambium*, en vez de formar un *líber*, invade todas las partes de la planta para desarrollar los órganos de la vegetacion y fructificacion; agótase en poco tiempo, y al fin del año hállase enteramente convertido en una substancia seca, árida y leñiforme, que, no pudiendo volver á producir *cambium* como lo producen la corteza y la albura de los árboles, se deseca y muere por falta de principios orgánicos que mantengan la vegetacion. He aquí porque es tan diferente la duracion de los vejetales leñosos de la de los herbáceos.

La *savia*, que no debe confundirse con el *cambium*, circula por el vegetal por medio de vasos porosos que recorren la albura y el tronco; y si bien nutre las partes que visita, con todo no puede organizar nuevas partes sino cuando por efecto de la accion del *líber* y de la albura se ha convertido en cambium. A fuerza de tiempo, los vasos porosos se obstruyen con el mayor espesor de sus paredes, y desapareciendo al cabo, queda para siempre interrumpido el curso de los líquidos.

Un tallo puede ser *herbáceo*, tierno y de la misma condicion que la yerba; *jugoso* ó carnudo; *fistuloso*, con un canal vacío en toda su longitud, con interrupcion ó sin ella; *leñoso*, formado de una madera mas ó menos sólida y duradera. A este último se le llama *arborizado*, cuando es grueso y formando como un árbol; *arborescente*, cuando es menor y no forma mas que arbusto; *fruticoso*, que es como el anterior, pero menos leñoso; *frutescente* ó *fruticuloso*, que es lo mismo, aunque sin yemas ó botones; y *sub-frutescente*, que es bajo, apenas leñoso, y formando un medio entre la yerba y el árbol.

Un tallo se llama *enredadera*, fig. 3, cuando para elevarse se ase á los cuerpos vecinos por medio de pequeñas raíces, tigeretas, por su propia torsion; y *voluble*, fig. 4, que gira en línea espiral alrededor de los cuerpos con que se sostiene y se eleva. En este caso, existe un hecho estremadamente singular, y es que todas las especies que giran de izquierda á derecha jamás lo hacen de derecha á izquierda, y las que tuercen de este último modo, nunca lo verifican del primero; de manera que, por mas que por todos los medios imaginables se las fuerce, se las desenrede y coloque en otra direccion, luego que se las deja en libertad, vuelven á su posicion primera: fenómeno inesplicable en el actual estado de la ciencia.

(*) Véase la pagina 271.

Cuando un tallo carece de aguijones y espinas, llámase *inerme*. Las *espinas*, fig. 5, son una prolongacion de la madera, como en la ogiacanta; y los *aguijones*, fig. 6, no son mas que una prolongacion de la epidérmis, que fácilmente se separa de la corteza, como en el rosal.

De la gemacion.

Así se llama cuanto tiene relacion con el brote de las plantas. La gemacion ó yemazon manifiéstase bajo las formas de *yemas*, *bulbos*, *bulbillos*, y *tubérculos*:

1.º *Una yema*, fig. 7, es por decirlo así el rudimento de los renuevos, y nace sobre los tallos y las ramas; es la cuna que contiene los principios de las hojas, flores y ramas. Para guarecerla de las intemperies de las varias estaciones, hasta el momento señalado para su desarrollo, la rodeó la naturaleza de una substancia lanuda ó de una cubierta glutinosa, que la resguarda del frio y humedad. En los países cuyo invierno es riguroso, hállase esta capa ó cubierta en todas las plantas; pero no así en la mayor parte de los vegetales que crecen en climas cálidos, á menos que habiten en altas montañas.

2.º Los botánicos largo tiempo han confundido con las raíces los *bulbos*, ó *cebollas*, fig. 8, y aun lo hacen hoy en dia los agricultores. Consiste un *bulbo* en una corona ancha, lisa, bastante delgada, horizontal, que echa las raíces por su parte inferior, y lleva en el centro de la superior los principios de las hojas, del asta y de las flores, envuelto el todo en muchas líneas de escamas muy anchas y circulares, ó bien estrechas y sobrepuestas unas á otras, formadas por hojas en aborto. Cuando estas escamas son de una pieza, y abrazan toda la circunferencia de la cebolla encajándose las unas dentro de las otras, como en la cebolla cumun, llámase el bulbo *con túnica* ó *tunicado*; si son estrechas y libres por sus estremos laterales, como en el lirio, el bulbo es *escamoso*, fig. 9, y es *sólido*, cuando las escamas estan de tal manera confundidas, que parece no forman mas que una sola masa carnosa, verbigracia, la cebolla del azafran, y del tulipan.

3.º Los *bulbillos* solo se diferencian de los bulbos en que nacen en varias partes de la planta, por ejemplo, en los sobacos de las hojas, en la division de los ramos, etc. Los vegetales que los producen son *vivíparos*.

4.º Los tubérculos son unos receptáculos carnosos, unos cuellos muy desarrollados, que echan botones y raíces. Lo que mayormente los distingue de los bulbos sólidos es que pueden llevar muchas yemas colocadas en varias partes de su superficie, por ejemplo, la patata, la cotufa, etc.

De las hojas.

Dase el nombre de *hojas* á unas expansiones verdes ó verduzcas, que nacen en el tallo ó en los ramos, ó salen del cuello de la raíz. En su estudio hay que mirar:

1.º su contextura;
2.º su especie;
3.º su prefoliacion;

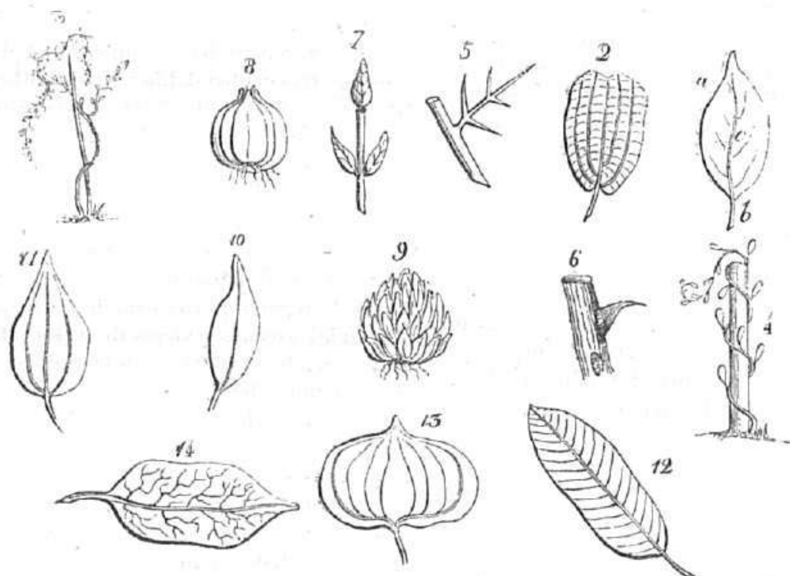
4.° su insercion;
5.° su disposicion respectiva;
6.° su direccion;
7.° su consistencia;
8.° su pubescencia;
9.° su duracion.

1.° CONTEXTURA. En una hoja, fig. 1, hay que distinguir ordinariamente dos partes: el *limbo*, *a*, parte frecuentemente lisa y plana como una plancha ó lámina, que forma casi toda la hoja, esceptuando el *pecíolo*, *b*, ó pequeño pie que la sostiene. El limbo consta de la *superficie superior*, y *superficie inferior*.

Una *superficie*, ó llámese *cara*, *disco*, ó *lámina*, pueder ser: *lisa*, *luciente*, *viscosa*, *escabrosa*, *áspera*, *perforada*, sembrada de agujeros anchos y repartidos sin órden, *ventaneada* sin parénquima en ciertas partes, donde sin embargo existen *nerviosidades*: *enrejadas*, fig. 2, sin parénquima, y sí solo con nerviosidades y venas que forman una red visible á manera de enrejado: *plana*, *cóncava*, *convexa*; *acanalada* ó estriada, sulcada por canales en toda su longitud.

La superficie de una hoja puede ser: *lampiña*, esto es sin pelo ni glándulas; *pubescente*, cubierta de pelo corto, delicado y blando, parecido á un plumon; *aterciopelada*, cuando el vello imita el terciopelo; *sedosa*, cuando aquel es luciente, compacto, y suave al tacto; *algodonado*, *lanoso*, cuando el vello da á la hoja apariencia de algodon ó lana; *híspida*, ó *erizada*, el pelo está erizado, ó es tieso, frágil, con tubérculos en su base; *pulverulenta*, como cubierta de polvo, y *furfurácea*, cuando este polvo se parece á *salvado*; *colorada*, cuando no es verde, pero en este caso se nombra su color; *garza* ó *glauca* de un verdemar producido por un polvo fugitivo ó blanco azulado.

Acabemos empero la descripcion del limbo, y dejemos para luego este polvo glauco, que ofrece uno de los mas singulares fenómenos. El *parénquima* de una hoja es toda aquella parte del limbo muelle, celular, verde y sin nerviosidades. Estas, fig. 1, *c*, son



Estudios botánicos. *lám. III.*

aquellas pequeñas líneas fibrosas que recorren el limbo en varias direcciones, forman su esqueleto, y sostienen el parénquima. Llámanse *simples*, cuando no están ramificadas, y en este caso puede ser la hoja de un solo nervio, fig. 10, ó de una sola nerviosidad, *trinervada* fig. 11, ó de tres, *cuadrinervada*, de cuatro, etc.

Las nerviosidades llámanse: *pennadas* fig. 12, cuando de una sola que parte de la base salen á uno y otro lado otras en un mismo plano, como las barbas de una pluma; *pedáteas*, fig, 13. cuando dos nerviosidades principales, aunque muy divergentes, echan entre sí nerviosidades paralelas y perpendiculares á las dos principales; *nervado-venosas*, fig. 14, cuando las nerviosidades se subdividen mucho, y terminan en venas. llámanse *venas* unos nervios poco prominentes y no muy sensibles al tacto. Volvamos ahora al polvo glauco.

Estan esparcidas las plantas por la superficie del globo, así en las regiones secas como en las húmedas; segun sus especies así viven en los climas frios que en los cálidos, en montes y en valles, en la tierra, en la superficie del agua ó en el seno de esta; y tambien arregló en consecuencia la naturaleza su organizacion, y diversificó su constitucion. En los paises húmedos, donde son las lluvias largas y frecuentes, los vegetales que tienen las hojas espesas, blandas y carnosas podriríanse pronto si no tuvieran una especie de vestido impermeable. Y no es mas este vestido que una capa de cera pulverulenta, que cubre todas las partes jugosas y por lo mismo espuestas á los ataques de la humedad: y he aquí lo que se

74

llama polvo glauco. Así se la ve en la hoja de la col, en las plantas crasas, en todas las frutas carnosas, como la ciruela, la uva, etc. pero nunca en las partes secas y leñosas, que no tienen que temer la podredumbre, ni en las que defiende una epidérmis suficientemente sólida. Tómese una hoja de col, por ejemplo, y échesele agua encima; en vez de pegarse á la hoja, deslízase en forma de glóbulos, y va rodando hasta el suelo sin dejar la menor huella de su tránsito.

Como para las plantas que crecen en el agua fuera el polvo glauco un preservativo insuficiente por sí solo, recibió por esto una modificacion. Convirtióse en una capa luciente, viscosa, enteramente igual á la que cubre las escamas de los peces y produciendo igual efecto, pero en vez de cubrir solamente las hojas, barniza, digámoslo así, todas las partes sumergidas de la planta, haciéndolas impenetrables al elemento en que flotan.

No paró aquí la naturaleza tocante á la conservacion de los vegetales acuáticos. Ya se ha visto la composicion del tallo de los que crecen en la tierra; pero hay en aquellos una modificacion muy notable. Fácilmente se concibe que, sin cesar combatidos por las olas, arrastrados por las corrientes, los tallos de las plantas sumergidas pronto quedarian tendidos sobre el limo del fondo de los rios, á no poseer un medio para librarse de los inconvenientes del elemento en que habitan. El tallo, no solo está barnizado como dijimos, sino que además está ahuecado y dividido por muchas celdillas bastante grandes, llamadas *lacunas*, llenas de aire y separadas entre sí por membranas muy sutiles, ligeras, secas y transparentes, llamadas *diafracmas*. Estas lagunas ó vacíos estan destinadas á lo mismo que las vegigas que los muchachos se ciñen para sostenerse cuando aprendan á nadar, esto es, sostienen los tallos en la superficie, ó los vuelven á ella cuando la corriente los arrastró al fondo.

No se halla ni polvo glauco, ni barniz en las plantas terrestres que, ó por su constitucion seca, ó por el clima en que viven, estan libres de los ataques de la humedad; pero en las montañas áridas, en los terrenos pedregosos ó calcinados por el calor, obsérvase un fenómeno absolutamente contrario. Como allí han menester las raices una humedad que raramente encuentran en el suelo, ofrecen sus hojas la particularidad de que: todas, en vez de colgar inclinadas al suelo, forman junto con el tallo un ángulo agudo de cuarenta y cinco grados, poco mas ó menos, y cuyo vértice mira á tierra, al paso que su base ordinariamente envuelve el tallo á lo menos en la mitad de su circunferencia. Tiene el limbo un tanto levantadas sus partes laterales, de que resulta, que, cayendo el rocío ó la lluvia en la superficie superior de la hoja, deslízase por encima como por un tejado, y pasando por el tallo va directamente á las raíces. En los vegetales que pueblan los terrenos pantanosos, al contrario, las hojas están dispuestas á propósito para desviar las aguas pluviales de las raíces, que ya estan de suyo harto regadas.

Nótase que la naturaleza cubrió de vello ciertas plantas para aumentar la estension de su superficie absorbente; así es que las que crecen en países secos, donde el aire lleva mayor cantidad de gas nutritivo, tienen mas vello que las demas.

En la cardencha ó cardo, anduvo la naturaleza singularmente previsora. Críase esta planta en los terrenos pedregosos mas secos, donde pronto pereceria, si durante las lluvias ó rocios nocturnos no hiciese provision de agua para muchos dias. Sus hojas son muy grandes, anchas, y puestas de dos en dos en el tallo, una á cada lado, pero unidas en su base de tal manera, que forman un vaso á manera de embudo por el cual pasa el tallo, y á veces capaz de contener medio litro de agua. Este vaso, á mas bien, estos vasos, pues hay tantos como pares de hojas, llénanse de agua pluvial ó del rocío, y la conservan perfectamente límpida, hasta que la ha absorbido enteramente la planta, esto es, durante siete ú ocho dias, poco mas ó menos, segun el calor de la estacion y los pájaros que cada dia van á apagar allí su sed en el ardiente verano.

BATALLA DE BOVINES.

ARTICULO II (*).

Por el centro habia empezado Felipe su ataque, porque en el centro debia hallarse Othon; y en el centro hacia el Emperador los mayores esfuerzos, pues no podia encontrar en el al Rey de Francia. Tan terrible fué el choque de los alemanes, que echó por tierra á los soldados de los comunes, que se arrojaban en tropel delante del escuadron del rey; y pronto este mismo escuadron de guerreros escogidos, vióse rodeado de enemigos de indomables brazos. Guy de Malvoisin, Estevan de Longchamp, Gerardo de Latruye, Guillelmo de Garlande, jóvenes y viejos de valor; Enrique, conde de Bar, noble en fuerza y en virtud; Bartolomé de Raiye, anciano valiente y sabio; y Guillelmo des Barres, la flor de los caballeros de aquella edad, herian, destrozaban, hacian maravillosas proezas; y sin embargo, veíase adelantar en la refriega el águila dorada, tornasolada de verde, que llevaba al lado del Emperador el conde de Regensburg, su guardia de corps. Mientras luchaban con espada y cuerpo á cuerpo deslizándose por entre los caballos los peones alemanes, llegaron hasta al Rey, lo cogieron por no traer coraza con un gancho de hierro, y derribáronle de su corcel. Al punto precipitóse de su caballo Pedro Tristan, en medio de las lanzas y las espadas; y Guillelmo des Barres se desprendió del suyo bajo los golpes que lo abrumaban para acercarse al Rey. Estévan de Longchamp se arroja á la refriega sin poderla atravesar. Felipe, derribado bajo los pies de los caballos, tenia una espada, combatia y se defendia aun; y colocado delante de él Galon de Montigny, descargaba con la diestra terribles hachazos de armas, mientras que con la izquierda hacia voltear en los aires el oriflama, que daba indicio del peligro y gritaba con toda su fuerza: S. Denis! San Denis! al Rey! al Rey!

Y he aquí que la llegada de los caballeros cambia la faz del combate: los caballos franceses pisotean á los peones alemanes; y los caballeros con sus grandes lanzas abaten las espadas de tres filos que por primera vez esgrimian los soldados de Othon.

(*) Véase la página 218.

Ocupados los infantes en defenderse contra aquel escuadron de victoriosas tropas, abandonan á los guerreros que tan vivamente habian acosado; y libertado Felipe, monta sobre el primer caballo que encuentra: «Y la venganza! esclama, Othon! Othon! y se precipita como un rayo sobre el grupo de guerreros con quienes este se adelantaba. Enguerrand de Coucy tira al Emperador una lanzada que le hace doblegar hasta la grupa del caballo; y Pedro de Malvoisin ase el caballo de las riendas y lo arrastra consigo. A ese aspecto reanímase el furor de los alemanes, y hacen un nuevo esfuerzo. Gerardo de Latruye, acosado por todas partes, descarga al Emperador un hachazo, que se desliza por encima de sus armas, torna á levantar al brazo, sacude segunda vez, y tan mortalmente hiere el caballo de Othon, que el animal, enfurecido, se levanta, se precipita, derriba cuanto le rodea y huye en libertad; huye, pero Guillelmo des Barres, el Aquíles de la Francia, se encuentra á su paso; precipítase hácia Othon, le ase, intenta en vano arrancarlo á un corcel arrebatado, torna á perseguirlo, alcánzalo en el momento en que el alazan moribundo se revolvia con furor sobre el cuerpo de su amo, apriétalo de nuevo en sus brazos, y cae al punto en medio de setecientos brabanzones, cuyo choque sostiene él solo hasta el momento en que lo arranca á sus golpes Saint-Valerie, y lo conduce al Rey vencedor.

A la izquierda, sin embargo, el conde de Boloña estaba combatiendo todavía; el canciller Guerin, el conde de Dreux y Roberto de Dreux, obispo de Beauvais, luchaban en ella desde medio dia contra la desesperacion de Reinaldo, que no esperaba del combate sino la prision ó la muerte. Creia Roberto de Dreux que su calidad de obispo le prohibia derramar sangre; mas usaba en el combate una maza enorme, con la cual derribaba cuanto se le ponia delante. Pedro Guerin, cubierto con el traje de hospitalario, y con la cruz episcopal en el pecho, tenia en la mano una larga lanza, de la cual en lo mas recio de la refriega no se servia sino para desviar los cuerpos. El conde de Salisbury cayó bajo la pesada maza de Roberto de Dreux, y se rindió cubierto de heridas. Ya los gritos de victoria resonaban por todas partes, ya quedaba vacío de combatientes el campo de batalla, y no obstante el intrépido Reinaldo, á caballo, en medio de un círculo de gentes de á pie, armados con picas de dobles filos, estaba insultando todavía la victoria del ejército francés. Llega Pedro Guerin con su larga lanza, y mientras se presentaba delante los boloñeses, que asestaban contra él todos los golpes, un caballero, Pedro de Tournel, se deslizó por el suelo hasta el conde de Bolonia, hirióle y arrancólo de su caballo; cayó Reinaldo, echaron á huir sus guerreros, y el canciller con su ensangrentado traje condujo prisionero hacia Felipe al úttimo y mas culpable de sus enemigos.

Eran las siete, y trompetas y bocinas tocaron la retreta. Volvió á los campamentos el ejército, el ejército victorioso que tantas hazañas tenia que contar. Llamó el Rey á los prisioneros: treinta ricos hombres de pendon y caldero comparecieron delante de él, nacidos todos en sus estados, y todos dignos de la muerte; pues habian faltado á su juramento; mas el Rey les concedió la vida. París, que debia volverlo á ver, *amá á los reyes clementes*, y el trono de Francia enseña á ennoblecer la victoria. Al dia siguiente Felipe volvia á partir para la Capital: *¿Quién podria, dicen las crónicas, quién podria escribir, decir ni imaginar siquiera el estremado alborozo y alegría que todo el pueblo manifestó al Rey á su vuelta?* El canto de los clérigos, el sonido de las campanas, las aclamaciones del pueblo, lo acompañaron por todo el tránsito; las casas estaban colgadas, adornadas las iglesias como en los dias solemnes, y cubiertos los caminos con ramos y flores. París esperaba al Rey como á rey, y lo recibió como á padre. Duraron las fiestas por espacio de siete dias y siete noches continuas. La universidad, los ciudadanos y los magistrados, mostraban á porfía su reconocimiento y alegría. Hubiérase dicho que cada uno de ellos hubiese vencido en los campos de Bovines. Othon fué á ocultar en los muros de Brunswick una derrota que le costó el imperio; Juan, á quien se ha hecho decir que no podia saciar su rabia sino con la sangre de la Francia, pidió humildemente la paz, y concediósela Felipe, que no creia bastante en la perfidia, así como le habia dado la vida en el campo de batalla.

LOS TURCOS ó TATAROS DE KAZAN.

Entre todos los pueblos del Asia que la Rusia ha reunido en su imperio en el espacio de cuatro siglos, ninguno le ha proporcionado una conquista tan gloriosa y útil como los Tátaros, ó por mejor decir los turcos de Kazan, pues en ninguna nacion de aquella parte del mundo se encuentran en mayor grado las calidades preciosas y efectivas que constituyen la fuerza y la solidez de un estado. La civilizacion de estos turcos sin embargo no es de ningun modo artificial ni imitadora, antes bien les pertenece por entero, y lleva consigo un sello particular, de tal modo que cuando en 1552 fueron subyugados por los Moscovitas les aventajaban ya en las artes útiles y en las costumbres domésticas. La actividad comercial que ha sido siempre uno de los principales caracteres de Kazan, lejos de amortiguarse, ha tomado sin cesar un nuevo empuje, y hoy dia se presenta en ella la industria en el estado mas brillante. A mas de laboriosos y activos, son los tátaros sóbrios, castos, sagaces, prudentes y hospitalarios, y con estar sumamente adictos á las prácticas y á los principios del islamismo, se muestran muy tolerantes para con los cristianos. Gozan sus mujeres mayor libertad de la que acostumbra tener el sexo femenino entre los musulmanes, pues se presentan á los ojos de los estranjeros sin que los hombres conciban el menor impulso de zelos. La familia es una verdadera monarquía patriarcal, perteneciendo el poder absoluto al padre, que usa siempre de él con discrecion y prudencia. Aunque el Alcoran les permita la poligamia, los tátaros toman segunda mujer solo en el caso en que la primera no pueda darles posteridad, y aunque entonces la mas joven ocupa el tálamo, se guardan á la mas antigua todos los respetos y miramientos.

Los tátaros de Kazan han conservado en sus trajes y habitaciones el gusto y las costumbres orientales, sin dejar de acomodarlos á los cambios exigidos por una notable diferencia de clima y de temperatura. Sus casas, la mayor parte de madera, estan cubiertas de elegantes tapices y de muelles sofás; chimeneas de diferentes clases esparcen en ellas un calor igual y dulce, y

como en los demas puntos de la Rusia la industria del hombre ha triunfado del rigor del frio.

Su traje es, como acabamos de decirlo, enteramente oriental: los hombres llevan una túnica de lana sujetada por medio de un ceñidor, sobre la cual visten un ropaje ancho y flotante, cuyos pliegues graciosos y hábilmente dispuestos dan á los tátaros un aire de noble simplicidad; aféitanse ordinariamente la cabeza, y calzan botines. El vestido de las mujeres no se diferencia mucho del de los hombres, solo que es menos ancho y mas corto, y que la faja ó ceñidor en lugar de sujetarles la túnica, sirve para apretar el ropaje esterior. Su tocado consiste en un capuz cónico adornado de corales y de bujerías de vidrio, pendiendo de él una larga estofa que baja hasta las caderas y pudiera servirles de velo. Estas turcas disponen su singular tocado con un gusto y elegancia indecibles, pero la coquetería es en ellas una perfeccion mas, pues nunca ha contaminado sus costumbres.

Los tátaros de Kazan tienen en general muy buena figura, aunque su estatura no sea mas que mediana: sus ojos negros y vivos, su aire varonil y guerrero que no escluye la dulzura, ni la amabilidad de la fisonomía, se aunan con el traje para darles nobleza y gracia; muchos llevan ademas la barba crecida, lo que acaba de hacerlos imponentes.

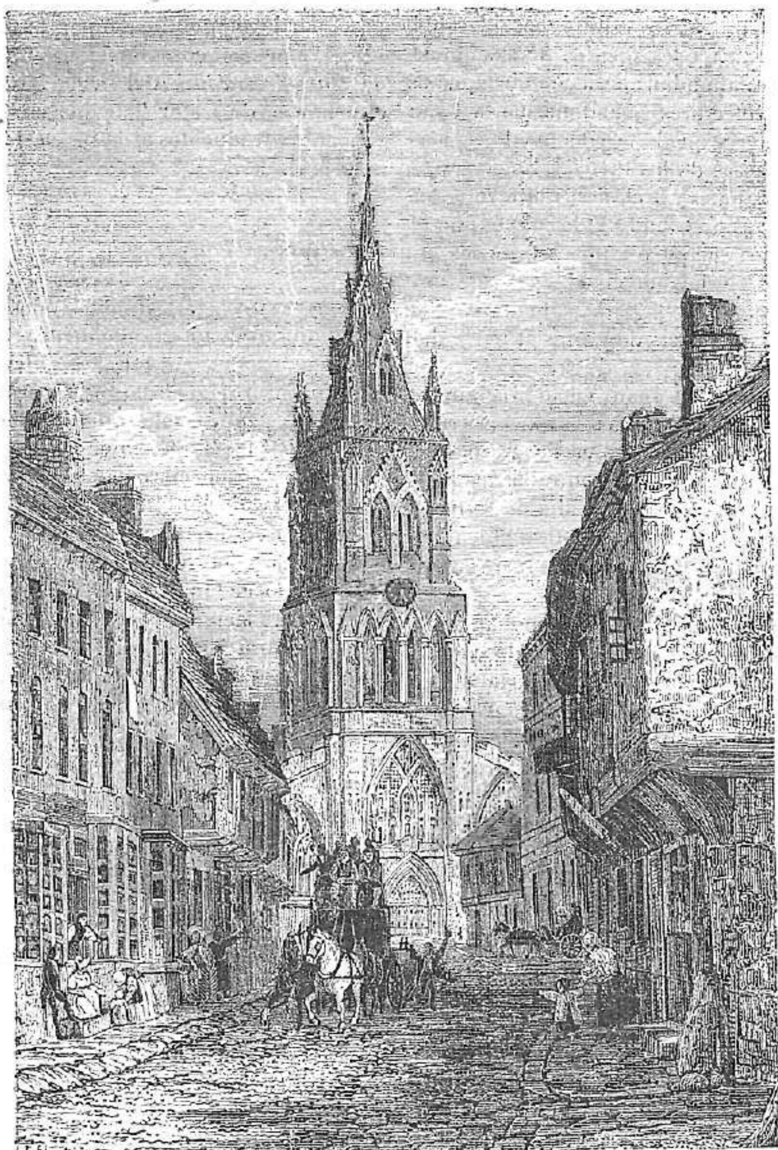
Estos pueblos aunque sometidos á los Rusos han conservado casi todos sus privilegios, sin duda á causa de su espíritu guerrero é independiente, que, quieras que no, ha debido respetar el vencedor. Han conservado el uso de la lengua de sus padres, es decir el turco, que hablan aun con toda pureza. Al conocimiento de su idioma añaden frecuentemente el de varias artes, principalmente el de la música, siendo muy aficionados á una especie de arpa llamada *gousli*, de la cual arrancan armoniosos sones; y no es muy raro el encontrar entre ellos hombres muy familiarizados con el ruso y con el *boukhar persa*.

Kazan, aunque enteramente rusa, viene á ser el punto de interseccion entre la civilizacion europea y la asiática: residencia de un gobernador y de una célebre universidad, rival de Moscou por la elegancia de sus fiestas y el lujo de sus banquetes, punto de reunion de la mejor sociedad de Rusia, contribuye, y no poco á conservar el estado de prosperidad de los turcos moscovitas.



Tátaros de Kazan.

INGLATERRA.—CONDADO DE NOTTINGHAM.



Vista de la Iglesia de Newark.

IGLESIA DE NEWARK.—CONDADO DE NOTTINGHAM, EN INGLATERRA.

Pocas iglesias parroquiales puede la Inglaterra presentar, que tanto reclamen la atencion del viajero como la de Newark, ya por su aspecto venerable y majestuoso, ya tambien porque en ella puede el anticuario estudiar todos los varios estilos de arquitectura ojival que en distintas épocas se usaron en Inglaterra. Prueba harto convincente de que los Romanos tuvieron por aquel lado del Trent un puerto militar considerable, son las monedas, armas y fragmentos de sus obras, que en los alrededores abundan; pero cuando aquellos conquistadores y protectores abandonaron la Gran Bretaña, aquella comarca quedó terriblemente espuesta á los robos y correrías de los Pictos y Escoceses, á las contiendas entre Sajones y Bretones, y aun entre los Sajones mismos. Por esto, cuando Egberd empuñó él solo el cetro del reino, encontró tantos territorios incultos y despoblados; y erigiendo en el lugar que nos ocupa un castillo en medio de las ruinas, lo llamó Newark, reputándolo llave de sus dominios al norte del Trent.

Por el otoño de 1216 el rey Juan, en su precipitada retirada delante de las tropas de los barones, perdió gran parte de su ejército y bagajes en los washes de Lincolnshire, y gracias aun si le dieron asilo y comestibles los monges cistercienses de la abadía de Swineshead, ó bien que, segun la autoridad dramática de Shakespeare, envenenado por un monge, murió en un acceso de delirio.

Sin embargo, la historia dice que aquel monarca salió á caballo de la abadía, pero que debilitado por un ataque de disentería, tuvieron que transportarle en una litera á Sleaford, y el dia siguiente á su castillo de Newark, donde murió en medio de los mayores tormentos, así del ánimo como del cuerpo.

Durante la guerra civil, Carlos I estableció su gobierno y acuñó moneda en Newark, y á favor de sus fuerzas tuvo sujeta gran parte de los condados de Nottingham y de Lincoln. En aquella época la ciudad sostuvo tres sitios, en el último de los cuales sufrió las mayores miserias, no solo por las calamidades de la guerra, si que tambien por efecto de los horrores y estragos de la peste.

La iglesia, que esta dedicada á santa María Magdalena, parece una catedral. Consta de una nave, en que dos capillas laterales forman el crucero, de un coro, y varias capillas subterráneas. Su torre, cuya base es de arquitectura normanda, como lo son los pilares de la nave, no carece de elegancia, y remata en una aguja alta y majestuosa, enriquecida con esculturas góticas y estatuas. La gran ventana del este es del mas rico estilo inglés, y aun lleva algunos restos de las bellas pintadas vidrieras antiguas. El tras altar es obra del célebre pintor Hilton, que lo regaló á la ciudad, de donde era natural su padre; cuadro de admirable ejecucion, que representa la resurreccion de Lázaro.

DANZA MACABRA.

De las investigaciones practicadas resulta, á lo que parece, que la costumbre de pintar en las paredes de los claustros y de las iglesias una serie de imágenes de la muerte que arrastran danzando personajes de todas condiciones existia ya antes del siglo XIV. Sugirieran las máscaras la idea de aquellas pinturas, segun unos; segun otros, dió á ellas orígen la grande despoblacion que ocasionaban las diferentes pestes que asolaban la Europa. Como quiera que sea, no admite duda que el desolador espectáculo de mortandad que presentó casi constantemente la edad media, debió dar directa ó indirectamente márgen á aquellas danzas; y poco importa saber si se empezó por la pantomima ó por la pintura. Segun Fabricio, aquellas representaciones tomaron el nombre de *Danza Macabre* del poeta Macaber, el cual fué el primero de tratar tan bizarro asunto en versos alemanes, traducidos al latin en 1460 por P Desroy, natural de Troyes.

OBSERVACIONES DE SAINT PROSPER.

Concerniente á las mujeres los legisladores han cometido quizás un grande error. En vez de fijar sus derechos, no les han impuesto mas que deberes. Su *poderío natural no obstante ha permanecido siempre* el mismo, con la sola diferencia que de auxiliares la necesidad las ha hecho enemigas. Las pasiones de los hombres que ellas han dirigido á su provecho han venido aun á aumentar su fuerza. Así establecidas en el mundo, han dado la ley, y á falta de justicia el poder ha venido á sus manos.

Por conocer tan bien las mujeres su posicion social cultivan siempre con cuidado las cualidades que deben asegurar su imperio. Desde la infancia se les imprime la delicadeza y la dulzura, se les enseña la finura y el disimulo; y todo eso conduce en derechura al poder.

Consideradas en masa, las mujeres dirigen el mundo. Sin embargo, fuerza es decirlo, escapamos frecuentemente de su poder individual no por nuestras cualidades, sino por sus defectos. Así su coquetería cura nuestro amor.

ANTIGUEDADES PERSAS.

ESCRITURA CUNEIFORME.

Inscripciones recogidas en Hamadam, la antigua Ecbatana, y cuyo alfabeto se parece al de las inscripciones de Persépolis.

No hace mas que unos treinta años que se ha empezado á descifrar este estraño alfabeto, uno de los llamados *cuneiformes*, en razon á que cada una de las letras que lo componen esta formada con varias incisiones en forma de cono, representando exactamente la entalladura del cincel. Encuéntrase grabado este género de escritura en los majestuosos restos de Persépolis y en las gigantescas ruinas de Babilonia: los ladrillos de esta última estan de él cubiertos, y él acompaña los monumentos figurados cuya esplicacion contiene probablemente. Cuando se le descifre completamente, es verosímil que se penetren algunos secretos de la religion y de la ciencia de los Caldeos. Cuando se lea lo que está escrito en

los ladrillos del templo de Belo, en el que nos inclinamos á reconocer la torre de Babel, sabráse lo que pensaban los que lo elevaron.

Háse ya reconocido la existencia de tres de estos alfabetos, compuestos de los mismos elementos, ó mejor del mismo elemento único, el cono, y sin mas diferencia entre ellos que mayor ó menor número de complicaciones en las figuras de las letras que forman el cono, repitiéndose y colocándose en diversas posiciones.

Hoy dia solo podemos lisonjearnos de descifrar uno solo de estos alfabetos; mas como á menudo estan repetidas las mismas inscripciones en los tres sistemas alfabéticos, puédese razonablemente esperar que la lectura del uno conducirá á la lectura de los otros, así como la inscripcion de Rosette puso en camino de interpretar los geroglíficos.

Por lo demas, el alfabeto cuneiforme que se empezara á descifrar, y del cual acaba de dar Mr. Burnouf una esplicacion mucho mas completa y satisfactoria que todas las que le habian precedido, es precisamente el alfabeto de los monumentos de Persépolis; el idioma á que ha sido en los monumentos aplicado es necesariamente el idioma que se hablaba en Persia cuando en ella fueron construidos. Desde luego se concibe cuanta ventaja daban á Mr. Burnouf para ensayar su lectura sus estudios sobre la lengua de Zoroastro. Despues de haber, por decirlo así, descubierto esta, estaba mas que nadie en disposicion de valerse de este descubrimiento para hacer otro, el del valor de los caracteres desconocidos empleados en las inscripciones, pues no hay paso perdido en el sendero de las ciencias, y el término alcanzado es siempre un punto de partida para ir mas lejos.

Para apreciar como es debido el adelanto de Mr. Burnouf en el conocimiento del alfabeto persepolitano, es preciso trazar sumariamente los esfuerzos tentados antes que él al propio intento.

Nada feliz fué el primer paso. En 1803, publicó Mr. Lichtenstein un sistema completo de esplicacion, en el cual nada faltaba, esplicándolo todo sin el menor empacho ni dificultad. Desgraciadamente partia de la idea de que los caracteres que interpretaba estaban dispuestos de derecha á izquierda como los hebreos, siendo así que van de izquierda á derecha como los nuestros. Inutilizaba este solo error todo su trabajo. ¿Qué se dijera de un hombre que para descifrar una escritura difícil, léyese todas las palabras al revés? No le cabia al bueno del sabio la menor duda sobre el particular, y continuaba esplicando imperturbable sus inscripciones sin apurarse por una sola letra.

Algunos sabios menos arrojados, el respetable obispo de Copenhague, Mr. Munther y Mr. Tichsen, hicieran algunos ensayos mas juiciosos, bien que muy poco decisivos, cuando Mr. Grotefend abrió el sendero con uno de aquellos rasgos de dichosa sagacidad y atrevida adivinacion, que tan gran papel hacen en la historia de los humanos conocimientos: verdaderos arrojos de la ciencia que tienen á veces feliz éxito. Mr. Grotefend acometió las inscripciones de Persépolis, sin conocer ni el idioma, ni el alfabeto, y desde el primer ensayo logró llevar la interpretacion á un punto en nada sobrepujado antes de Mr. Burnouf.

He aquí de que modo lo hizo. Dijo para sí: cualquiera que sea esa lengua que yo no conozco, sean los que fueren esos caracteres que tampoco alcanzo, ¿sobre qué puede versar el sentido de la inscripcion que á mis ojos tengo? Encontráranse en monumentos mas modernos inscripciones en lengua pelhvia que decian: tal rey, hijo de tal rey. Dijo para sí Mr. Grotefend; porque no se habia de encontrar lo mismo en mis inscripciones cuneiformes? Y quiso la fortuna que anduviera acertado en tal suposicion, sin la cual, quizás se estuviera buscando aun la llave del alfabeto persepolitano. En seguida dijo todavía para sus adentros. Siendo un rey de Persia, hijo de otro rey de Persia, puede ser Cambises, hijo de Ciro. Mas pronto desvaneció tal conjetura una juiciosa reflexion. En tal caso, dos de las palabras desconocidas debieran empezar con una misma letra, lo cual no siendo así, no podia la inscripcion referirse á Cambises, hijo de Ciro; bien que se refiere quizás á Xerxes, hijo de Dario. Quiso la fortuna que así fuera; y gracias á esa mezcla de atrevimiento, de penetracion y de dicha Mr. Grotefend se encontró en posesion de cierto número de letras, las que componian los dos nombres propios de Xerxes y de Dario. Imaginóse que la inscripcion estaba escrita en lengua zenda; pero no teniendo mas recurso que un pequeño vocabulario muy incompleto de Anquetil Duperson, no le fué dable asegurar mas que el valor de algunas letras. Como sea, habíase dado el primer paso y tarde ó temprano, debia rectificarse y completarse el ingenioso descubrimiento de Mr. Grotefend.

Hiciéronse sin embargo esperar la rectificacion y el complemento. En 1823, un hombre, cuyos variados conocimientos y talento original no serán debidamente apreciados sino despues de la publicacion de sus obras póstumas, Saint Martin, intentó de nuevo esplicar la inscripcion leida por Grotefend. A pesar de su singular penetracion, el sabio francés no dejó la cuestion mucho mas adelantada de lo que la encontró; pues si bien corrigiera algunos errores de Mr. Grotefend, no dejó él de cometer algunos por su parte. Lo que á ambos faltaba para la solucion del problema era un exacto conocimiento de la lengua de las inscripciones. Así es como el danés Rask que sabia mas el idioma zendo que Grotefend y Saint Martin, ha adelantado mucho mas la cuestion descubriendo la M y la N que los anteriores á él tenian por vocales, con lo cual tomaron mas cuerpo las palabras, justificándolo sobre todo las terminaciones. En fin Mr. Burnouf, maestro de idioma zendo, iniciado en las leyes de su organizacion, y en el secreto de sus terminaciones, ha descubierto un nuevo valor á 12 caracteres, y ha logrado dar de dos inscripciones una transcripcion y una traduccion tal, que ofrecen en su conjunto gran viso de verosimilitud.

Solo podria haber alguna diferencia acerca un pequeño número de letras, pues Mr. Lassen, que al propio tiempo se ocupaba en Bonn en las mismas investigaciones, alcanzara por su parte resultados que aunque discordes sobre algunos puntos, convienen no obstante con los de Mr. Burnouf en su mayor parte. Por lo demas, todo prueba que la ciencia es ya señora de ese misterioso alfabeto de Persépolis, y que se puede ya soñar con la lectura de los de Asiria y Babilonia.

A

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15

16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30

B

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12

13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26

27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41

CARACTERES CUNEIFORMES.

A.

Alfabeto segun M. E. BURNOUF.

NUMEROS.	VALOR.
1	a
2	â
3	i
4	î
5	u
6	û
7	ô
8	k
9	kh
10	q
11	g
12	gh
13	z
14	t
15	d
16	dh
17	n
18	p
19	f
20	b
21	m
22	y
23	r
24	l
25	l
26	v
27	ç
28	ch
29	h
30	h?

B.

Alfabeto segun M. LASSEN.

NUMEROS.	VALOR.	
	Vocales.	
1	a inicial.	
2	â	
3	i	
4	î	
5	u	
6	û ?	
	Diptongos.	
7	ê	
8	ô	
	Consonantes.	
9	k	
10	kh	
11	q	guturales.
12	g	
13	gh	
14	tch	palatales.
15	dj	
16	t	
17	th	
18	d	dentales.
19	dh	
20	t'	
21	p	
22	f	labiales.
23	b	
24	m	
25	n	
26	m	nasales.
27	n	
28	ng	
29	ç	
30	ch	
31	ch	silbantes.
32	th	
33	z	
34	h	
35	r	
36	v inicial	semivocales.
37	w	
38	y	
	Letras inciertas.	
39	gh	
40	dj	
41	gh	

POLITICA.

Del progreso del liberalismo y de la reforma de las leyes eclesiásticas en Inglaterra.

ARTICULO I.

A PESAR de los esfuerzos de los aristócratas y de los grandes propietarios, es innegable que el impulso, bajo cuya direccion marcha actualmente la Inglaterra, arrebata todos los dias al privilegio una parte de sus antiguos derechos. En vano el gabinete Wellington ha pretendido detener este movimiento por medio de los mas graves obstáculos, y oponer á la masa popular la autoridad de su alta nombradía y una enérgica voluntad. Bien que detenido el carro en la pendiente por algun tiempo, sin embargo, pronto ha superado este débil obstáculo: de suerte que la administracion aristocrática de Wellington y Peel, el gabinete tory, no ha podido adquirir mas que una efímera existencia. Ellos creian atraerse un partido numeroso protegiendo á los propietarios, y amenazándoles con graves desastres en caso que se reunieran al partido contrario; pero una gran parte de los propietarios se ha dejado arrastrar del impulso que dirige la Inglaterra. Wellington halló preñado de gérmenes democráticos el suelo que pretendiera esplotar. Lord Grey habia tenido los radicales en su apoyo á fuerza de transigir algun tanto con los torys, y tuvo que comprar su propia conservacion adoptando su librea.

Tal es la servidumbre á que se han sujetado los hombres del poder. El mismo Wellington y los torys no podian sostener la direccion de los negocios sino aprovechando aquella exaltacion y convirtiéndola á su provecho. Ellos se han retirado, y pronto el gabinete Melbourne ha reemplazado al gabinete Wellington; bien que su duracion será probablemente muy efímera. Situado en una pendiente, tendrá que seguir la direccion que le prescribe el plano inclinado, sobre el cual están colocados los destinos de la Europa, á pesar de todos los esfuerzos que hace para sostenerse; de suerte que nadie duda ya que el gabinete Melbourne será reemplazado por una administracion mas liberal. El poderoso colaborador de lord Grey, el Autor de la reforma judiciaria, Brougham, se ha separado ya de sus antiguos amigos, y ha formado causa comun con los partidarios de la democracia militante; y aun puede decirse que se ha puesto al frente de sus nuevos combatientes. Ya sea por considerar ofendido su amor propio, sea por el recuerdo de los primeros años de su juventud laboriosa y pobre, sea por no estar satisfecha aun su ambicion, lord Brougham se presenta ya en la brecha; da la señal de una reforma mas completa; y no preve que la aristocracia intelectual alcanzará pronto el nivel, bajo el cual pretende hacer pasar las clases elevadas, y que este golpe causará su ruina.

Lord Brougham acaba de publicar con el falso título de *Isaac Tomkins* y de *Pedro Jenkins* un *pamphlet* titulado: *Thoughts on the Aristocracy.* (Reflexiones sobre la Aristocracia), con la respuesta ó continuacion de este *pamphlet*. Borrando de su memoria todos los títulos que da el poder, declama contra la nobleza del mismo modo que Lutero declamaba contra el clero. El gran canciller de Inglaterra, el que poco ha disfrutaba de tan alta dignidad, adopta un lenguaje á la vez enérgico y trivial, cuyo objeto es complacer los zelos de la masa popular. Señala como objeto de persecucion general esas clases elevadas, llenas de vicios, segun él, de indiferencia y debilidad. En su auxilio llama á la plebe, que es la única que puede regenerar el país segun dice; y él, cuyos títulos datan de una fecha muy moderna, y que se dejó adoptar por la nobleza, procura atraer el odio y el desprecio hácia una aristocracia, cuyo blason acaba de adoptar. No ignora que para él está cerrada la puerta del ministerio, y su genio se manifiesta á cada página. Yo no sé si por medio de sus declamaciones democráticas logrará atraer á su partido, como pretende, las clases intermediarias y las inferiores; bien que estas lo abandonarán presto. El no pertenece al pueblo por sus luces ni menos por sus costumbres de legislador. Demasiado se ve que pretende vengarse; pues en su lenguaje se conoce que las maneras de la corte le han ofendido. Sin duda que el antiguo abogado habrá formado un bello contraste en los salones aristocráticos, con su voz algo áspera, con sus pedantescos discursos y sus groseros modales. Probablemente habrá sido el blanco de los cortesanos y los dandys: por cuya causa se complace en satisfacer su venganza, procurando atraer contra ellos el odio popular.

«Estos señores y señoras, dice él, forman clases separadas, que desprecian los hombres verdaderamente útiles, como son los artesanos, los sabios y los artistas. Es muy chocante por cierto la frialdad de sus conversaciones; de suerte que cualquiera que viva algunos años entre ellos, no podrá instruirse enteramente en algun documento ó hecho de importancia. Toda su existencia consiste en vivir entre la seda y raso; imprimir en *cire d'or* la imágen de un camafeo antiguo, plegar con algun artificio un papel vitela dorado con el escoplo, entregarse á la afeminacion, y abandonarse á la molicie sobre un sofá; y conversar sobre objetos desnudos de todo interés. ¿Puede acaso imaginarse un ócio mas reprensible? De este modo pues gastan el tiempo todos esos militares afeminados, todos esos seres inútiles que impiden el progreso de la reforma. Si se propone una medida necesaria, ellos son los únicos que la impugnan decididamente, rechazando un importante objeto político con un buen chiste, y combatiendo un hombre de estado con la sátira. En fin, mientras esas clases dirijan las riendas del gobierno, que por desgracia se les han confiado, toda reforma es imposible.

«El privilegio hereditario (continua lord Brougham que ha sacado sus principios y estilo de los Raynal y de los Gorsas) es el orígen de todos nuestros males. Un solo medio nos resta; destruirlo, cortar el mal en su raíz, no dejar mas distinciones sociales que el talento, la riqueza y el saber. Este es un estado de sociedad artificial. En vano se ha pretendido detener el curso del rio social, oponiéndole una infinidad de diques; pues los unos son inútiles y los otros peligrosos. Es preciso regenerar la sociedad restituyéndola á la igualdad natural, á la igualdad de condiciones, porque todas esas barretas facticias au-

mentarian la inundacion que se teme, despues de haberla suspendido por algun tiempo.

«Todo el cuerpo de la nobleza es naturalmente enemigo de la reforma, ó por mejor decir, del pueblo mismo, y en vano se espera su conversion. Las amenazas de O' Connell, los esfuerzos de Brougham (*) son impotentes contra esta masa opaca, educada por largo tiempo en los principios de la aristocracia. Costumbres, intereses, recuerdos, todo lo dirigen á un mismo fin, y aun el mismo genio de esta clase es efecto de los abusos que indicamos. Los *sinecures* pertenecen á los nobles, á los cuales, aprovecha únicamente la prodigalidad del tesoro Sus hijos encuentran en un ejército inútil un inútil empleo, y sus hermanos se ven constituidos en decanos, en prebendarios y obispos. Las mejores escuelas se abren solamente para los renuevos de la sangre patricia, y en ellas se aprende el idioma de la lisonja y la esclavitud. Las universidades inglesas son ciertamente el foco principal del torismo, y la Cámara de los Pares se guardará bien de reformarlas. Es pues evidente que todos los jóvenes educados en ellas deben estar animados precisamente contra las instituciones liberales. Ellos son los que constituyen la Cámara alta, y le imprimen su carácter de orgullo é impopularidad. ¿Cómo es posible, pues, que la Cámara alta sea jamás útil al pueblo?»

Tales son las palábras de Isaac Tomkins; pero su corresponsal Pedro Ienkins, le reprende aun su influencia para con los aristócratas. «Decís que tienen muchos vicios, esclama, no lo dudo; pero eso importa poco: vivan como quieran en sus palacios entregados á la molicie y demas vicios; pero solo me intereso en los sufrimientos del pueblo. Yo me intereso en las acusaciones que puede y debe hacer contra sus supuestos patronos. Nosotros no tenemos representantes en las Cámaras; porque los aristócratas son los únicos que componen la Cámara de los Comunes. Ellos son los que representan solamente la aristocracia; y ellos son los que obtienen la mayoría en todas las discusiones; mayoría que detesta al pueblo; mayoría que se opone con todas sus fuerzas á cualquiera reforma real. La mayor parte de ellos dan su voto con la esperanza de un empleo ó bien por temor de perder el que ocupan. La oposicion misma no puede inspirar confianza alguna, porque ha faltado á todas sus promesas; de suerte que ha logrado hacerse elegir prometiendo lo que no ignoraba no poder cumplir. En efecto, ella nos ha prometido solemnemente darnos la reforma, y se opone al cumplimiento de la reforma. ¡Qué dirémos pues de esos hombres de estado hostiles á la causa del pueblo, de esos medio reformadores, miembros corrompidos que se separaron de nosotros, y que por sus despreciables vacilaciones han desacreditado la mejor de las causas! No lo dudemos pues: ellos sujetarán la Inglaterra bajo el detestable yugo de los torys!»

Tales palabras, dignas mas bien de Cobbett que de lord Brougham, dan una idea de los exaltados proyectos de este lord. El se ha convertido en aliado de O' Connell; se ha colocado aun mas allá de la administracion Melbourne, y se ha espuesto á la vez á la venganza de la corte, de la Cámara de los Pares, y á la de los wighs. El ha rechazado toda la pompa y esplendor de que le habia rodeado la primera magistratura de Inglaterra. Detestado de la corte, calumniado por casi todos los periódicos, hecho el blanco de la burla de los cortesanos, y objeto de desconfianza para los eclesiásticos y el ejército, lleno de cólera y de despecho ha vuelto á su antigua táctica de oposicion virulenta. En él se ve representado el Enrique Brougham de los tiempos antiguos, campeon formidable y muy difícil de despreciar, aun cuando se vitupera.

(*) Es de advertir que es el mismo Brougham quien asi habla.

El cardenal Fesch, tio de Napoleon, vivia muy retirado en París, en su bello palacio, calle de Montblanc; veia y conocia á muy pocas personas, y únicamente tres ó cuatro veces al año juzgaba debia dar algunos banquetes de ceremonia. Cuando tenia que convidar, abria el almanaque imperial, y á la buena de Dios iba escogiendo sus convidados en el senado, en el cuerpo legislativo, en el consejo de Estado, en la magistratura y en el alto clero.

Cuarenta personas habian sido convidadas para uno de aquellos banquetes, y solo treinta estaban reunidas en los salones del Cardenal. Eran ya las siete y media; no se hablaba de ponerse á la mesa, y el Cardenal parecia estar muy inquieto, al paso que el hambre iba poniendo estirados todos los semblantes.

«Esperais á alguien, Monseñor? se atrevió á preguntar uno de los convidados.

— Sí, espero á un respetable senador.»

Pasa media hora mas, y el mismo convidado vuelve á preguntar al Cardenal:

«Monseñor, quizás el respetable senador estará indispuesto?

— Oh! no, pues ya me hubiera mandado recado.»

Pasa otra media hora.

— Pero, Monseñor, quien es pues ese respetable senador?

— El conde de Laville-Leroux.

— Si hace un año que murió!

— Esto es diferente; pues entonces, vamos á comer.

RELIGIONES EN EL JAPON.

El Sintoismo. — El Bouddhismo. — Peregrinacion á Nara.

A pesar del inmenso espacio de tiempo trascurrido desde que algunos colonos salidos de la China fueron á establecerse en las islas del Japon, han conservado los Japones numerosos rasgos de ese tipo chinesco, tan variable y distintivo. Sin mirar la cuestion mas que bajo el aspecto religioso, vemos casi á las tres mismas religiones repartirse la fe de los insulares y de los habitantes del continente. La doctrina de Confucio, Kong-Tseu recluta sus adeptos entre la clase mas ilustrada de ambos países, el sintoismo parece no ser mas que una alteracion de la religion del Tao; y el bouddhismo, en fin, importado de la India, cuenta en el Japon lo mismo que en la China, innumerables fieles. La secta Jou-Kiao, ó del gran filósofo chino, es mas bien

una escuela de moral que una religion. En cuanto á las otras dos, de ellas solas nos ocuparémos en este artículo.

El sintoismo, ó culto de los sins ó kamis, es decir de los espíritus, es la religion del estado; y la profesan el emperador ó Koubo, y las autoridades civiles y militares, siendo su ministro supremo el gran dairt, quien ejerce en todo el Japon el poder espiritual; está, rodeado de parte de todos los creyentes del mas profundo respeto, y recibe de todos homenajes análogos á los que tributan al gran Lama los Tibetanos. El número de kamis ó espíritus que adoran los sintoistas es incalculable, en razon á que está al albedrío del dairt el aumentarlo; condecorando con este título á los hombres que durante su vida se han hecho notables por una piedad ejemplar. Los kamis habitan los astros, el aire, los mares, las montañas, cada uno de ellos tiene su paraiso particular, donde recibe á los que no han dejado de rendirle homenaje é invocar su amparo; pues cada sintoista tiene su kami particular, su genio tutelar que vela sobre él, y lleva á los pies del Eterno sus súplicas y sus ofrendas. No puede uno figurarse el prodigioso número de templos y de capillas que elevara la devocion japonesa á esas divinidades bienhechoras; y nada hay mas magnífico que esas mias ó pagodas, sostenidas algunas de ellas por cien columnas de madera de cedro de cien pies de altura. Vénse en todas porcion de estatuas colosales de diferentes tallas, cuyo número asciende en una sola á tres mil trescientos treinta y tres. Los monumentos de la piedad de los adoradores de los kamis hállanse siempre edificados en el declive de las colinas, en medio de las espesuras ó al estremo de una calle de cipreses. Desde que el bouddhismo penetrara en el Japon, tomárale el sintoismo gran número de dogmas, la mayor parte tan ridículos, cuanto son pueriles las prácticas que ordena. La religion de los espíritus prometia al hombre una vida dulce y acompañada de goces; sin exigir de sus fieles mas que un culto fácil ageno de ritos fijos y ceremonías, por el cual se conformaba cada uno mas bien á las inspiraciones de su piedad que á una regla fija é inexorable. Amenazadora y casi sanguinaria, imponiendo las mas crueles privaciones por la esperanza de inciertas recompensas, la religion de Bouddha ó de Fo, hizo no obstante en el Japon numerosos prosélitos. Allí, como en China, no faltaron á los bonzos incautos que se dejaran engañar, los cuales encerrando en su ciega fe el ardor que distingue á los Japones, de los súbditos del hijo del cielo, mancharon con sus fanáticos furores la pompa de su culto. Así es que en ciertos dias del año, á numerosos devotos bouddhistas se les ve correr de plaza en plaza para recoger limosnas, y dirigir á los transeuntes discursos y exhortaciones, y luego armándose de una guadaña, para segar, segun dicen, los cardos y las espinas que crecen en el otro mundo, súbense á una barca nueva, para desde ella precipitarse á las olas. Al intento de hacer mas segura su muerte, átanse ya en los miembros, ya en cualquiera otra parte del cuerpo, enormes piedras, siendo así arrastrados mas rápidamente al fondo de las aguas, donde se imaginan encontrar á su dios Kanoun. Durante aquellos horribles sacrificios, las familias de los mártires, sentadas en la playa animan á los que podria retener en la barca el temor á la muerte, y lanzan gritos de alegría y se prosternan para recibir las bendiciones de los que creen asegurados de la felicidad futura.

Los bouddhistas que no se dan la muerte, no dejan de imponerse penas mas rigurosas. Sobre eso no entrarémos en ningun detalle, basta á nuestros lectores saber que jamás el espíritu humano ha sido tan ingenioso en crear tormentos y dolores.

Digamos, no obstante, algo de la famosa peregrinacion á Nara, ciudad situada á cerca ocho leguas de Meaco. La ruta que han de recorrer los peregrinos es de cerca setenta y cinco leguas; pero toman caminos tan ásperos, al través de bosques y desiertos, que hacen apenas una legua cada dia. Andan descalzos, traen sus provisiones; las cuales constituyen una carga no muy considerable, pues no se come, durante ese viaje sino dos veces al dia, tanto arroz tostado, cuanto quepa en el hueco de la mano, y se bebe solo tres vasos de agua. Triste del que no tenga fuerza para soportar tan rudas pruebas, pues es abandonado sin piedad, y muere sin consuelo y sin amigos. A ocho leguas de Nara empiézase á subir, y encuéntrase luego á los bonzos, llamados *goguis*, á merced de los cuales se abandonan entonces los devotos. Los goguis tienen un aspecto repugnante, su talante es tan fiero como su voz: llevan una vida la mas austera, los crédulos japones creen ver en ellos á seres casi sobrenaturales en comercio habitual con los demonios, la agilidad con que esos ermitaños bouddhistas salvan los precipicios, y la temeridad que despliegan ante el peligro, no contribuyen poco á alimentar esa reputacion de poderío sobrehumano que les otorgan los peregrinos. La autoridad que sobre esos últimos se abrogan es enteramente absoluta. Prescrito que les han el ayuno, el silencio y las reglas de la peregrinacion, les advierten que la muerte será para en adelante el castigo de la menor falta. Por una sola que cometa, al punto cuelgan por las manos al culpable del primer árbol; en cuya posicion, faltándole pronto las fuerzas, cae rodando de precipicio en precipicio, y nadie puede enternecerse por la suerte de la víctima, sopena de tener que participar del mismo suplicio. Luego deben los peregrinos permanecer veinte y cuatro horas con los brazos en cruz y la boca pegada á las rodillas, y hacen en tal postura su confesion, siendo castigado el menor movimiento con rudos palos. Llégase por último á la cresta de una montaña, término de la peregrinacion. En ella han levantado los goguis una larga barra de hierro, sosteniendo unas balanzas, en uno de cuyos platillos entran por turno los devotos; colocándose en el otro un contrapeso. En esa horrible posicion, el penitente debe confesar en alta voz sus faltas, y ay del que por su hesitacion dé indicio de querer ocultar parte de sus pecados, el implacable goguis sacude al punto la barra, y en castigo de su sacrilegio, el sin ventura es precipitado al fondo del abismo. Despues de tan espantosa prueba, se les concede á los peregrinos la gracia, á tanto precio comprada, de presentar sus homenajes á los pies de la estatua de una de sus divinidades, de oro macizo, y ejercidas varias otras prácticas de devocion, se vuelven á sus casas á celebrar con una fiesta su milagrosa libertad.

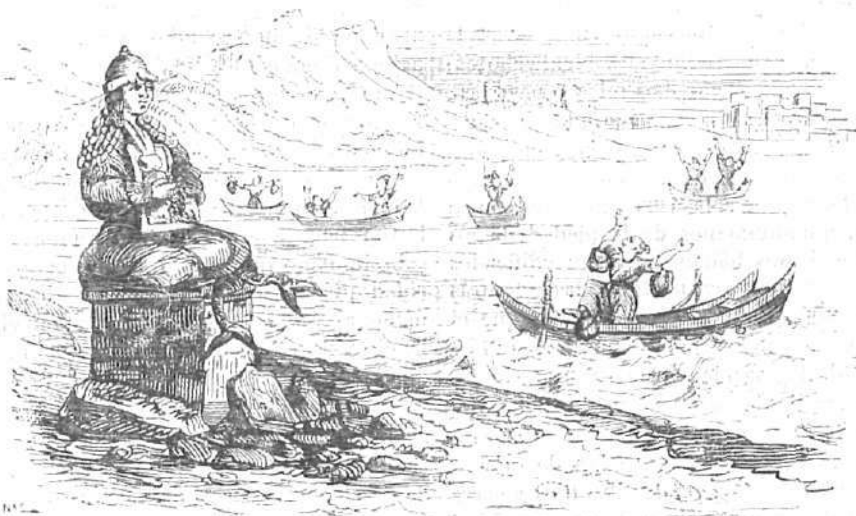
Tales son los horrores con que ensangrentara el bouddhismo y ensangrienta aun el Japon. En vano, por espacio de mas de un siglo, intentara el cristianismo, introducido por los portugueses, estender en aquel

país su saludable influencia; horribles persecuciones ejercidas contra los cristianos han enseñado á los europeos que la fe japonesa era tan cruel para con sus servidores, como intolerante y bárbara para con sus adversarios.

CAVERNAS DEL INDOSTAN.

GRUTAS DE KARLI Y DE KENNERI.

La costa del Malabar, una parte de la de Coromandel, y la isla de Ceilan, están llenas de cavernas ó mas bien templos subterráneos, que por su singular construccion y el gran número de inscripciones y antigüedades que encierran, ha llamado la atencion de los arqueólogos y orientalistas de estos últimos tiempos; muchos de los cuales han recorrido los diferentes países del Indostan, y han visitado y descrito con exactitud dichas cavernas, suministrándonos sus relaciones suficientes detalles para que podamos dar á nuestros lectores alguna idea de las tres grutas que mas merecen ser conocidas y que fueron mas frecuentemente esploradas. La primera, que comprende muchas cavernas que comunican entre sí, se denomina la caverna de Karli. Se llega á ella por una subida rápida, cortada en la roca viva, sin que nada se descubra que pueda anunciar la presencia de la gruta; pues muchos árboles plantados allí de intento ocultan enteramente su entrada, que no se percibe hasta la distancia de quinientos pies. Las escavaciones se estienden en diferentes líneas, comprendiendo el conjunto un espa-



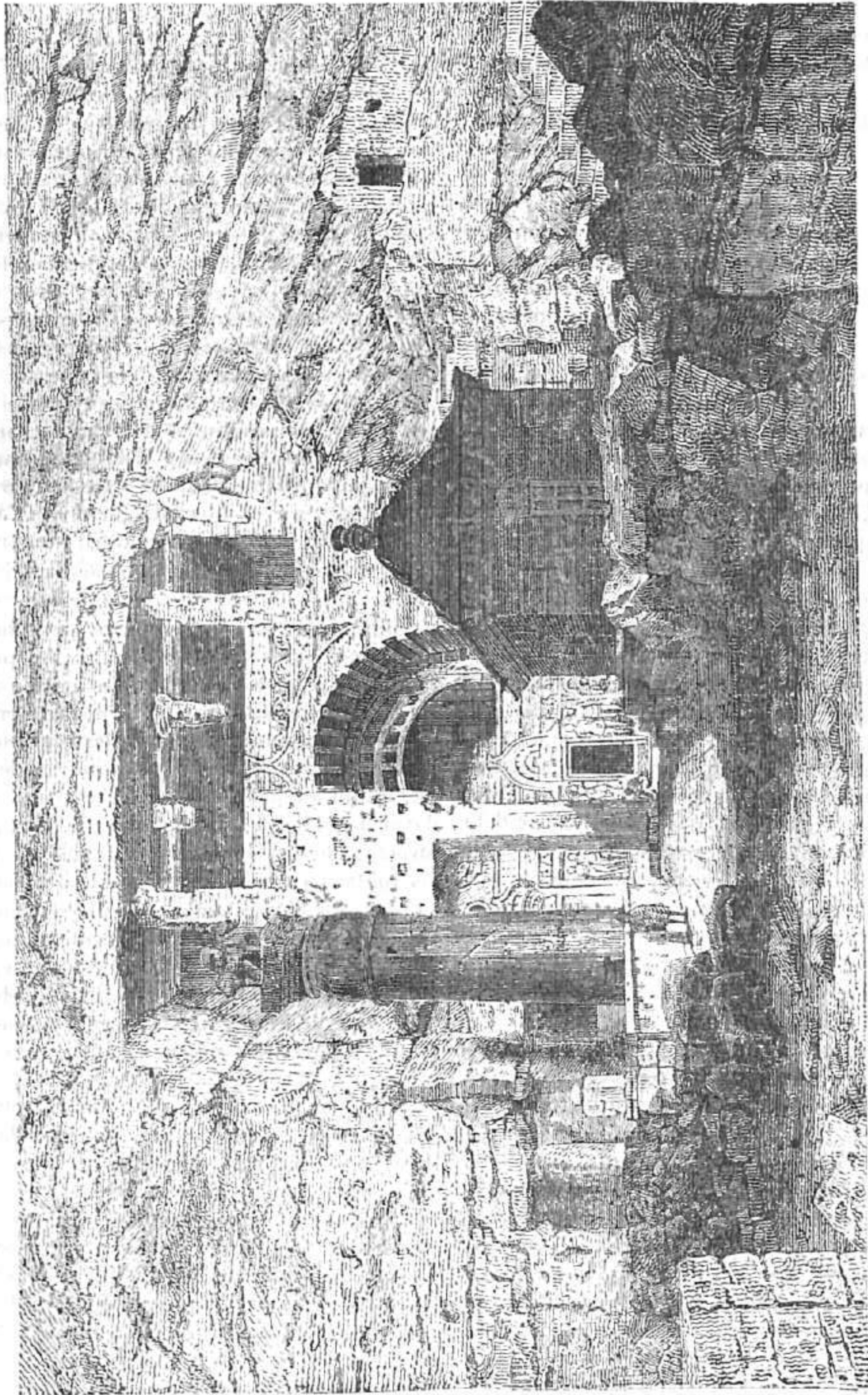
Japoneses que se arrojan al mar.

cio de 126 pies de longitud y 46 de latitud. Un sin número de pilares sostienen las bóvedas, y se ve en un estremo un vestíbulo, cuyos muros están adornados de bajos relieves, que representan elefantes, hombres, mujeres y el Dios Brama. En muchos lugares se representa esta divinidad sentada con las piernas cruzadas y en la postura habitual de los chinguleses, y en otras en pie y rodeado de figuras que le adoran. En una de estas últimas representaciones, dos personajes sentados sobre el loto, planta sagrada de los indios, abanican al Dios supremo, en tanto que otros sostienen una corona sobre su cabeza. En la mayor parte de las grutas que componen la caverna de Kali, se halla un gran número de inscripciones en caracteres desconocidos, muchas de los cuales están aun cubiertas por la capa de cal con que se bañaron las paredes interiores de las escavaciones.

Hoy dia, que los bramanes están en posesion de estos primeros templos del buddhismo perseguido en sus orígenes, se han visto abandonados muchas veces por los mas fieles semaneos, que creyendo que moraban en ellos espíritus desconocidos y peligrosos, han temido visitarlos. Los boamines, sin embargo, han construido una pagoda en frente del gran vestíbulo de la gruta; con el fin sin duda de alejar á los malignos espíritus. Elévase á su lado una pilastra de 80 pies de altura y de 8 de diámetro que lleva una inscripcion y que los mas sabios epigráficos no han podido aun descifrar, y cuyo capitel coronan cuatro leones semejantes en su forma á los leones chinos. La pilastra que correspondia á la que existe fué derruida para dar lugar á la pagoda de que hemos hablado.

Al norte de esta vasta caverna se estiende una hilera de grutas menos profundas, que ocupan un espacio

GRUTA DE KARLI. — INDOSTAN.



de cerca 500 pies, y cuya forma rectangular contribuye á persuadirnos que estaban destinadas á alojar á los sacerdotes que cuidaban del templo. Las cavernas de la isla de Salcette, situada en el mar de oman, en la provincia de Aureng-Abad, aunque menos espaciosas que las de Karli, son mas ricas en ornatos y en preciosas esculturas. Las de Kenneri, especialmente se distinguen por el arrojo y arte con que han sido socavadas y situadas en la cima de una de las altas montañas, de las que dividen la isla en dos partes iguales, y no ocultas como las de Karli por un espeso bosque, se distinguen desde luego y á larga distancia. Vense en su espacioso vestíbulo dos estatuas de Bouddha, de 20 pies de altura, que los portugueses al convertir en iglesias católicas las pagodas abandonadas de los samaneos pintaron de color rojo, creyendo que con esto desapareceria la imágen del Dios falso. Una tradicion india pretende que las cavernas de Kenneri sirvieron de refugio al hijo de un rey *genton* al escaparse de sus enemigos, que querian imponerle sus creencias; tradicion, que aunque no sea cierta, tiene el mérito de recordar la obstinada lucha que el bouddhismo sostuvo contra el bramanismo, terminada por la derrota del primero, que proscrito por el vencedor, fué á someter á sus dogmas y á sus ritos al Thibet, á la China y al Japon.

Recordarémos finalmente que á seis leguas del norte de Aureng-Abad, se encuentran las bellas grutas de Elora y Lour, que por su grandeza é importancia merecen un artículo particular.

En que época se construyeron estas cavernas? con qué fin? Dos cuestiones son estas, á que no puede menos de dar lugar la antecedente descripcion. Con respeto á la primera observarémos, que si la mano del hombre engrandeció y embelleció la mayor parte de estas cavernas, la naturaleza se habia encargado de escavarlas. Si consultamos á los bramas, nos aseguran que se ocuparon los indios en adornarlas en una época estraordinariamente antigua, pero poco caso se debe hacer de sus opiniones en esta parte, pues notoria es la propension de todos los pueblos del Asia á dar la mayor antigüedad posible á su raza y á todo lo que á ella atañe. En cuanto á su empleo, se ha dicho ya que en ciertos puntos y en especial en Karli, sirvieron de templos á los primeros bouddhistas, y no hay duda que han sido tambien el asilo de muchos devotos que se retiraban del mundo y buscaban en la soledad las primicias de la felicidad eterna que les prometian los Bedas. Los monarcas indos debieron aumentar el número de estas guaridas para favorecer sus piadosos designios y atraer sobre sus personas la bendicion del cielo. Una particularidad presentan estas grutas, y es que tienen la mayor analogía con las de Chiraz, con los hypogeos de Tébas, con las moradas de los Troglodytas, y con las cavernas célticas del Anjou y del Maine. Los dolmenes y las piedras rúnicas de la Bretaña y del norte de Francia son sumamente parecidas á los dágopos de Karli y de Elora, y se han encontrado en Salceta ensayos de escultura que recuerdan las primeras tentativas del arte griego. ¿Existia acaso entre la India y las naciones que poblaron la Etiopia, el Egipto, la Grecia, la Persia y la Galia, un estrecho parentesco? Sus analogías, que acabamos de indicar, no son las únicas que podrian persuadírnoslo, y quizá no tarden mucho los eruditos en resolver este problema; en el entretanto cada dia que transcurre nos descubre un elemento nuevo para su solucion.

POLITICA.

Del progreso del liberalismo y de la reforma de las leyes eclesiásticas en Inglaterra.

ARTICULO II (*).

Por lo tocante al nuevo ministerio, señalado como objeto de odio al público por Pedro Jenkins; ¿qué es lo que le sucederá en medio de tantas exigencias? Aunque no esté por cierto tan adelantado en el camino de la libertad como lord Brougham, y aunque este lo persiga con todo su odio, al fin se verá precisado por su misma situacion á aumentar, si me atrevo á decirlo, la dosis de su liberalismo. Perseguido por los toris, no hará con ellos mas alianza; y si determina seguir algunos de sus pasos, pronto ocultará sus trazas con la suficiente destreza y precaucion para sustraerse al odio general.

Tal es la marcha que ha seguido el último ministerio tory. Sus continuas derrotas le han obligado á renunciar al poder. Peel y Wellington han tenido que oponerse constantemente á los esfuerzos de una inmensa mayoría; y alternativamente la Cámara de los Comunes ha puesto obstáculos al nombramiento del marqués de Londonderry en calidad de embajador en Rusia; al del vizconde de Canterbury como enviado al Canadá, y á los esfuerzos de Roberto Peel en proteger algunos torys, cuya eleccion procedió con mucha ilegalidad contra la investigacion parlamentaria. Noticiosos los ministros del disfavor en que habian caido por causa de todas esas derrotas, se esforzaron en mantenerse en el poder, y no se desprendieron de él sino despues de una derrota mas decisiva todavía. Lord John Russell, propuso que la Cámara se formase en comitres, y se ocupase especialmente de las rentas temporales de la iglesia de Irlanda. Segun su plan, los bienes temporales de esta iglesia, debian aplicarse primeramente á las necesidades espirituales de los obispados de la iglesia protestante, y despues á la educacion de los jóvenes cristianos de todos matices. Las discusiones duraron cuatro dias, y tres escrutinios sucesivos obligaron á los ministros á retirarse.

Tales son los negocios de la iglesia que sirven de primer móvil á las mudanzas políticas de Inglaterra. Por causa de la iglesia ha vuelto el Rey á enviar al ministerio Grey, y sobre este viejo principio acaba de recaer el nuevo cambio de gabinete. Cualquiera que recorra la historia de Inglaterra con atencion, encuentra en todas sus páginas el mismo carácter, la libertad de conciencia que produce la libertad civil. «Nuestra patria seria ingrata, dice el poeta Wordsworth en una de sus mas bellas composiciones, si olvidase lo que debe á los héroes de la iglesia. En vano se hubiera derramado la sangre de Russell y de Sydney, si algunos nobles obispos no hubiesen asegurado la independencia religiosa, madre de todas las demas.» En el movimiento de la actual reforma, el

(*) Véase la página 301.

primer efecto del genio liberal ha sido la emancipacion de los católicos, que probablemente será seguida de la emancipacion de los disidentes. Todos los acontecimientos la presagian, ó mas bien la exigen.

Las sectas disidentes son, por decirlo así, el verdadero desarrollo del protestantismo, de su propio genio y de su alma política. Esas innumerables congregaciones, todas enteramente diversas, han influido en gran manera sobre los acontecimientos de la Gran Bretaña é Irlanda: ellas representan el espíritu de investigacion y aun su mas estensa libertad. Mientras que la iglesia establecida y constituida de Inglaterra pretendia detener el torrente general del progreso, y de oponer un dique á la marcha de los espíritus por medio de la autoridad de una alta nombradía; los disidentes avanzaban rápidamente, fieles á los principios de Lutero, examinando, investigando, resolviendo y destruyendo: quienes defendiendo un dogma con tenacidad; quienes no fiando mas que en la inspiracion; pero todos partiendo de aquel fatal principio de que la investigacion es concedida al hombre por derecho divino: punto que introduce en la sociedad el espíritu de disension y tenacidad inherente al sistema representativo, pero que siempre convierte sus armas contra sí mismo. Tal es el resultado invariable del escepticismo: el término de las dudas consiste en dudar de todo.

Ya habia previsto ese resultado el obispo de Meaux, el insigne Bossuet, admirable genio católico, cuyas faltas pertenecen al sistema opuesto, sistema de unidad y autoridad; de suerte que sentaba por principio que rota una vez la unidad católica, se levantaria al momento una infinidad de sectas, tan opuestas entre sí, como enemigas de la iglesia Romana, y que el protestantismo pereceria bajo el influjo de aquella misma division que lo habia originado. Desde que el genio protestante ha adquirido en el mundo su posicion actual, y desde que nadie se opone á sus privilegios, lo hemos visto debilitarse sensiblemente; pues el veneno que debia hacerlo sucumbir circulaba al mismo tiempo con el jugo que lo alimentaba; en el regazo del catolicismo se ha verificado una terrible convulsion; los hombres políticos de la Inglaterra han emancipado la Irlanda; la falta de unidad procedente del principio de análisis y de la libertad que preside á las iglesias disidentes, ha estinguido toda la fuerza en que se apoyaba el protestantismo.

Estos disidentes que tanta parte tomaron en todas las revoluciones que tan hondamente han conmovido la Inglaterra, que decapitaron á Cárlos I, que hicieron temblar al mismo Cromwell, que arrojaron del trono á Jaime II, y pusieron la real diadema en las sienes de Guillermo III, son actualmente tan *militantes* como antiguamente: la discordia agita siempre su campamento. «De donde procede su inferioridad? esclama un periodista disidente, redactor de un periódico semanal que es el órgano de su partido. Por qué motivo, á pesar de tantas circunstancias como las han protegido, nuestras iglesias carecen aun de fuerza suficiente para luchar contra la iglesia establecida? Esto no es efecto únicamente de que su disidencia esté separada de la autoridad del Romano Pontífice y de la iglesia anglicana; sino que continuamente está subdividiéndose en fracciones innumerables. La especulacion mercantil y la actividad del espíritu de partido, han mezclado su exaltacion al fervor del celo religioso. Las capillas se han multiplicado del mismo modo que las tiendas; se han creado nuevas sectas del mismo modo que los teatros; cada ministro se ha separado de su iglesia para adquirirse algun renombre. Lóndres, la capital del reino marino y tejedor, se ha poblado de esas innumerables iglesias, que se difunden y subdividen como los pólipos.» Y el ministro *disidente* que pronuncia tales palabras, olvida sin duda que el mal de que se lamenta es irremediable; que resulta del fondo mismo de la doctrina disidente; que la doctrina del protestantismo lo justifica, y que puede llamar en su apoyo la autoridad de Lutero. Desde que se permitió á una secta separarse del tronco primitivo, nada puede objetarse lógicamente á las diferentes ramificaciones que se separan á su turno de cada uno de los ramos divididos.

La investigacion de la causa porque el espíritu disidente se ha mezclado en todos los movimientos políticos de la Inglaterra pertenece al objeto del historiador. Es indubitable que ese espíritu disidente ha protegido los progresos de la libertad y de la tolerancia, y que actualmente tiende á confundirse con las teorías republicanas. Un disidente que pretendiese defender la dignidad real, se equivocaria con sus mismas ideas, porque su doctrina se funda en un solo axioma: examinar antes de obedecer. Desde la primera aparicion de los puritanos en Inglaterra, todas las academias en que se educan los jóvenes disidentes, les inculcan las ideas democráticas. Escuchad las confesiones de un ministro disidente que acaba de publicar su autobiografía: bien se ve cuanto han fomentado el torrente revolucionario las sectas libres, hijas todas del protestantismo.

«En el colegio en que fuí educado, dice este ministro disidente, todas las opiniones políticas eran opuestas á la causa de la Monarquía. Allí habia liberales de todos colores, desde el furibundo demagogo hasta el whig moderado; no habia discípulo que pudiese sufrir á Aristófanes, porque aquel poeta habia presentado la democracia bajo un odioso punto de vista. Las preocupaciones que se nos habian imbuido en nuestra primera educacion bajo el techo paternal, se aumentaban diariamente y se desarrollaban bajo el influjo de aquel colegio. El nombre de William Pitt nos era odioso; pero al mismo tiempo inmortalizábamos el de Fox. A nuestro parecer, Kornetooke, Thelwal, Hardy y sus compañeros, eran mártires de la libertad: todos nuestros héroes eran conspiradores. Idolatrábamos al doctor Priestley y el doctor Price, y contemplábamos la jóven América como el ideal de la política, como el regazo mismo de la libertad.» Este genio republicano data ya de una fecha muy antigua; en tiempo de Addison y Daniel de Foë, caracterizaba las escuelas é iglesias disidentes; el radicalismo ha sido el último resultado de su progreso, resultado de su fusion con las teorías filosóficas del siglo XVIII en Francia.

Es tan íntima la alianza del genio democrático con el genio protestante (tal como se presenta en la situacion de las iglesias disidentes), que ha llegado á estenderse en toda su organizacion y ha movido todos sus resortes. El principio del exámen conduce al desprecio de la autoridad: la congregacion elige el ministro, y la misma lo alimenta; de aquí nacen to-

das las ventajas, pero al mismo tiempo todas las desventajas de la democracia. En el estado social dirigido por el influjo popular el magistrado depende del pueblo, pero nunca el pueblo depende del magistrado; un ministro disidente es siempre considerado como el servidor, pero no como el pastor de los individuos *que constituyen* la *congregacion*; de suerte que si no estuviese dotado de docilidad, seria sin duda alguna desamparado de ellos.

Si el sacerdote católico y anglicano defienden el despotismo de los reyes absolutos, la posicion del ministro disidente favorece el abuso del poder popular, pues que no puede dar un paso sin el consentimiento de su congregacion. Si desea unirse en himeneo, es preciso que lo verifique bajo el beneplácito de sus ovejas; *porque de lo contrario se verá continuamente* acusado con epigramas, diatribas y sátiras de toda especie; porque como tiene que vivir de las retribuciones y dones voluntarios de los que instruye, puede decirse que depende de sus caprichos, puesto que de ellos depende su subsistencia y fortuna. En todos sentidos, es necesario que sea de su beneplácito, bajo pena de muerte: es preciso de todos modos que sea sicofante. A la manera de aquellos hombres que procuraban *obtener influjo y dinero* de *los ciudadanos* mas poderosos de Atenas, se presenta ante sus oyentes y discípulos, no como director ó consejero, sino como un reo que aguarda su sentencia. Ellos le critican y le sujetan á un verdadero y riguroso exámen; de suerte que muchas veces esta prueba dura por espacio de seis meses cumplidos, durante los cuales no recibe sueldo alguno. Nadie puede dudar que esta situacion sea fatal al espíritu religioso; bien que yo no me ocuparé ahora en averiguarlo. Algunos dirán además cuanto pierde de su influjo la santidad del ministerio eclesiástico por causa de tal exámen, y cuán difícil es ser útil á los hombres, cuando se está obligado á complacerles y lisonjearles continuamente.

¿Puede dudarse pues que las numerosas congregaciones disidentes nos han hecho recibir una educacion republicana? Y es de admirar acaso que una *masa considerable se adhiera actualmente á las teorías radicales*? El ministro disidente no goza de mas libertad que el magistrado bajo el régimen democrático. Ambos son los que mas dependen de los demas hombres; ambos deben comprar su empleo á fuerza de esclavitud. Su eleccion depende de los votos de la congregacion; y su pan cotidiano deben mantenerlo sometiéndose á la voluntad popular. Aun hay mas: el ministro atrae á sus oyentes con mil cortesías, visita á su mujer é hijos, y debe practicar todo lo necesario para complacer á todo el mundo y no disgustar á nadie. El fanatismo es su último recurso; inflama las pasiones, y se forma una especie de partido por medio de su elocuencia y exaltacion; se arma con la autoridad de gefe de secta, del mismo modo que un demócrata que confia en el fatal influjo de sus discursos, y busca un punto de apoyo en las pasiones que escita. ¿No veis acaso el lazo secreto ó íntimo que *por una* parte une las ideas de libertad civil y por otra las de la tolerancia religiosa?

En casi todas las congregaciones disidentes, la única subsistencia de los pastores consiste en la retribucion voluntaria de sus ovejas. Los metodistas Wesleyanos que forman una masa considerable, y que son mucho menos hostiles á la iglesia anglicana que sus cofrades, han adoptado una administracion menos peligrosa: la conferencia (este es el título del consejo) está encargada de distribuir los donativos voluntarios de sus sectarios. Esto no puede llamarse absolutamente *democracia*, *sino solamente una especie* de aristocracia electiva. La conferencia nombra los predicadores y les distribuye su retribucion correspondiente; pero como no son asalariados de una congregacion ni sus electos, conservan parte de su independencia. La secta metodista que está constituida con mas solidez que las demas, y que debe su organizacion al talento de su fundador Wesley, no está animada de este horror fanático que anima á todos las disidentes contra los *Filisteos que constituyen* el resto del mundo.

Este orgullo de que los estranjeros acusan á la Inglaterra, ese pedantismo caprichoso que muy á menudo convierte entre nosotros la virtud en una caricatura y la piedad en una parodia, nacen y deben su especial desarrollo á las sectas disidentes. Este genio altivo, salvaje, independiente, que data de los tiempos de Cromwell, y que se ha perpetuado de *padre en padre*, y de *generacion en generacion*, no presenta probabilidad alguna de estinguirse todavía. Con el mayor cuidado se conserva la tradicion santa, y aun ha llegado á mezclarse con las teorías radicales. «Mi padre, dice un disidente que vive aun, en sus Memorias, era un simple ropavejero de Southwark, que manifestaba tanto orgullo de encontrar en su genealogía los nombres de algunos regicidas y puritanos, como el mas altivo aristócrata pudiese encontrar en el número de sus ascendientes algun caballero de las cruzadas. Mi madre tenia una sangre no menos puritana, y todos nuestros amigos y conocidos tenian unas mismas ideas. No solamente nos absteníamos de los espectáculos que considerábamos como la casa del demonio, sino que tambien cuando á causa de nuestros negocios nos poníamos en contacto con algun miembro de la iglesia establecida, nos parecia que tratábamos con individuos de una nacion estranjera. Yo estaba persuadido que fuera de nuestra pequeña iglesia no podia haber moral alguna, ni cosa mas pura ni mas apreciable, por cuya causa no leíamos sino los libros de nuestra secta. El *mundo* (como le llamábamos) nos era horroroso, de suerte que nos absteníamos de todo comercio con él, á escepcion de algun caso que se nos ofreciese muy urgente. Nuestra casa, del mismo modo que todas las puritanas, no era tanto una familia, en la acepcion ordinaria de esta palabra, cuanto un convento secular. De aquí nacia una estrema intolerancia y una falta de caridad que endurecia nuestros corazones, por cuya causa permanecíamos pasivos espectadores de las desgracias de todos nuestros hermanos. De aquí una especie de exaltado patriotismo que forma tan maravillosa alianza con las que se llaman virtudes republicanas. Las diversiones del domingo eran para nosotros abominaciones insufribles; así es que nos alegrábamos en gran manera cuando se nos noticiaba que muchas personas habian perecido ahogadas en una diversion en el Támesis, y celebrábamos con repetidos aplausos y aclamaciones la venganza divina que tan visiblemente se mostraba en tales sucesos. Del

mismo modo nos alegraban las desgracias del gobierno, porque nos parecia que el Rey era justamente castigado por la persecucion con que se nos acosaba, y por la privacion de muchos privilegios de que no se nos dejaba disfrutar.»

Tales son las confesiones de un hombre de la pequeña iglesia. El progreso de la civilizacion, la propagacion de las luces, parece debian corregir esos *sentimientos odiosos*, *y mezclar un liberalismo mas* ilustrado al odio inveterado de la democracia puritana, pero no: cada dia aparecen nuevas subdivisiones de sectas que gradualmente se van animando contra las sectas rivales: cada fraccion permanece aislada, y opone una barrera insuperable entre ella y el resto del mundo. No existe iglesia alguna disidente, por pequeña que sea, que no tenga su diario y su revista, cuyo oficio consiste en amortiguar las pasiones, estinguir la caridad del corazon de los hombres, y demostrar matemáticamente que fuera de su iglesia no hay salvacion. Cada congregacion tiene su *index expurgatorius*, y su inquisicion mas severa aun que la de España. ¿Qué partido puede sacar la sociedad en general de todos esos grupos diversos y separados, masas incoherentes y hostiles, que se rechazan mútuamente á causa de su aspereza, y que incesantemente se hallan en continuo choque? De qué utilidad puede ser este odioso aislamiento? Por ventura el verdadero espíritu del cristianismo, el genio de amor y de caridad no se resiente profundamente de tal situacion? Acaso el cuerpo político no debe resistir al choque de todos esos pequeños ejércitos disidentes, unidos por un solo sentimiento, como es, la hostilidad contra el enemigo comun?

Los Estados Unidos, cuya moralidad religiosa se debe al puritanismo, empieza ya á sentir las consecuencias del principio que los ha civilizado. El doctor Lorimer acaba de publicar una obra muy apreciable, en que examina muy circunstanciadamente la situacion política y religiosa de los Estados Unidos: «Allí, dice, segun el principio de los puritanos y su teoría aprobada, el ministro es pagado, no por el estado, sino por la congregacion. De aquí resulta que la situacion de los ministros del Evangelio es enteramente precaria; pues el mas célebre de los ministros americanos, el doctor Dwight, conviene en que el sueldo en que puede contar un predicador es muy incierto, y tan variable como el viento, á escepcion de un predicador de una gran ciudad de América. Muy á menudo su sueldo es inferior al del jornalero, y en la mayor parte de las parroquias rurales, el sacerdote es labrador, y obliga á toda su familia á trabajar la tierra. Nunca sucede que se le dé la retribucion dos años enteros y sin interrupcion.» Tal es la situacion del clero en un país donde el espíritu religioso ha conservado su entereza, su fervor, en el único país del globo que tenga aun su corybantes, y que haya mezclado á la pureza de la inspiracion cristiana, el ardor de los ritos bacanales de la antigüedad. Esos verdaderos fenómenos, que sin duda afligen al viajero y al cristiano, los *Revivals* y los *Campmeetings*, pueden disimularse con el estado de sociedad de la América actual, y en la fase de civilizacion que nos presenta. No puede esperarse de modo alguno un culto severo y tranquilo de aquellas poblaciones nómadas, difundidas en grandes espacios, privadas de los auxilios espirituales durante la mayor parte del año, y que se entregan á sus sentimientos de piedad por esplosion, por acceso febril, pero no por costumbre ó deber. Sin embargo, parece cierto que el influjo purificante del cristianismo no ha podido establecerse en la tercera parte de los Estados Unidos; que muchas veces el ministro del culto se encuentra casi á un absoluto estado de privacion, y que los sacerdotes de todas confesiones se ven reducidos á la dolorosa necesidad de inculcar á su congregacion, y especialmente á las mujeres, las mas culpables supersticiones ó bien los exaltados discursos del fanatismo, para obtener el influjo de que les priva la sociedad, de la cual les aleja su pobreza.

Los cardenales de Roma, su insolente púrpura, su poder exagerado, sus vicios desenfrenados, han escitado y justificado la reforma. Los radicales no encuentran actualmente anatemas suficientes contra la riqueza de los obispos ingleses, su orgullo intolerante y sus pretensiones altaneras. Se ha querido poner un remedio, estableciendo que la retribucion del ministro dependiese siempre de sus ovejas. Pero que se ha ganado en ello? las observaciones precedentes nos lo dicen: apartad de un abuso cualquiera las instituciones humanas, y pronto las veréis precipitarse en los opuestos abusos. En lugar de esos cardenales-príncipes pagados por el estado, con sus calesas, sus caballos y pajes, veréis sacerdotes andrajosos que tienden la mano á los que instruyen; unos difundiendo *pamphlets* alarmantes, otros sirviendo á las pasiones del siglo, y todos dependientes y esclavos; los unos corriendo las plazas públicas y prostituyendo la religion en las encrucijadas, otros convirtiéndose en embusteros de esta especie de bacanales; devotos tan distantes de estar animados por el verdadero genio del cristianismo, como la borrachera de los teriakis ó las danzas de los derviches.

La iglesia católica de Irlanda está sujeta á las mismas circunstancias políticas de los protestantes *disidentes*. Los sacerdotes católicos irlandeses, del mismo modo que estos últimos, viven de los donativos voluntarios de sus parroquianos; bien que el resultado de su situacion, al parecer idéntica, es muy diferente. El ministro disidente asalariado por la congregacion, es un esclavo; al paso que el ministro católico de Irlanda asalariado por la suya, es un rey. Asociado á todas las pasiones populares, está dotado de valor y elocuencia; y deseando al mismo tiempo influjo y poder, ningun lazo es suficiente para unirlo con el gobierno, porque es esencialmente agitador, y se presta anticipadamente á todos los caprichos del populacho, á cuyo frente se halla al parecer. Nada existe mas digno de atencion que este país pobre y entusiasta, donde todo es problema y misterio, fenómeno y anomalía. El sacerdote no consiente en cambiar su fuerza moral con la pension que le ofrece el gobierno inglés; y el pueblo que con un poco mas de tranquilidad y union pudiera sacar partido haciendo prosperar su industria, prefiere á todas esas ventajas materiales la agitacion hereditaria que le condena á la miseria.

La imaginacion domina la Irlanda, uno de los países mas húmedos y septentrionales de Europa, bien que habitado por una raza animada siempre por la sangre oriental. Es preciso oir los sermones de los

sacerdotes católicos dirigidos á este pueblo andrajoso, probarle que es rey en su miseria, que es grande aun sumergido en el seno mismo de su ignorancia, que es sublime en su situacion humilde; es preciso elevarlo sobre el nivel de los tronos, dotarle de una soberanía ideal, coronarlo de una auréola de palabras sonoras, rodear sus andrajos de una majestad poética y una púrpura imaginaria. A la vista tenemos un *pamphlet* publicado por un sacerdote católico irlandés, M. Croly; su estilo es enérgico, ardiente y casi salvaje; se espresa con una grosera sinceridad, bien que muy digna de elogios, sobre la situacion de su desgraciado país. En el preve y encomia el resultado de la alianza singular que se forma entre el catolicismo y la democracia.

SEPULCRO DE JUAN SIN MIEDO, DUQUE DE BORGOÑA.

Lucha de los Borguiñones y de los Armañaques bajo Cárlos VI.

1371. — 1419.

JUAN sin miedo, segundo duque de Borgoña de la casa de Valois, es aquel príncipe todo popular que tan gran papel representara en Francia bajo Cárlos VI, á la época de las largas querellas entre los Borguiñones y los Armañaques. Clasificábase entonces la sociedad en dos grandes divisiones: los gentileshombres y el pueblo, de cuyas clasificaciones sociales hiciéronse representantes los duques de Orleans y de Borgoña. Frecuentemente obraron estos gefes por intereses particulares, por la necesidad de poner la mano en las arcas del tesoro, pasion dominante en los grandes: mas no fueron poderosos, no se apoderaron de la autoridad sino para hacer triunfar los intereses de que se habian declarado campeones. El duque de Orleans se erigiera en gefe de los gentileshombres, y de los ciudadanos opulentos que con ellos hicieran causa comun; el duque de Borgoña, al contrario, en el del pueblo con sus violencias, sus escesos y su fuerza.

Cárlos VI que ceñia entonces la corona de Francia permaneció siempre en el mas lastimoso estado de locura y de estravagancias, en especial despues de la aventura de la venta de la Reina Blanca, cuando, disfrazado de salvaje, corrió el inminente peligro de ser quemado. Su Majestad no conocia á nadie, ni distinguia á hombre ó mujer cualquiera; de modo que cuando traian á su presencia á la reina parecia que jamás la hubiese visto; dábale solo algun placer la vista de maese Juvenal, á quien decia sin saber porque: Juvenal, no perdamos el tiempo.

En esas circunstancias, el duque de Orleans, hermano del rey, se apoderó del gobierno disponiendo absolutamente de las rentas. El primer acto del príncipe fué una exaccion de subsidios sobre el pueblo sin esceptuar al clero; y como escitara el exorbitante impuesto murmullos y confusion; apresuróse el duque de Borgoña á hacer publicar en los mercados que tales cosas no se verificaban con su consentimiento; y los arzobispos de Reims y de Sens escomulgaron á todos los colectores encargados de recoger los caudales. Tan grande fué la resistencia, que no pudo continuar el de Orleans dirigiendo el consejo, y vióse precisado á abdicar su poder. Tomó entonces el mando el duque de Borgoña; y apenas establecido en el gobierno, resolvió á favor del pueblo, una gran reforma en los oficios; medio era este de tener dinero sin imponer contribuciones á las artes. Encontró el proyecto viva oposicion, y el duque Juan se dejó ver bajo las columnas de los mercados: «Muy caros amigos mios, esclamó, en medio de una numerosa muchedumbre, se os quiere abrumar con exacciones insoportables, y las que os estan preparando son muy rudas; mas yo acudiré á su remedio. No hay principe tal como el duque de Borgoña, respondió la muchedumbre; y nosotros le defenderémos contra todos y cada uno.» Y el noble duque no tenia alianza y amistad sino con los cortantes, cuchilleros, y hasta con los pobres mercaderes de berro, tan poderosos entonces por sus alborotos. ¡No se le vió seguir á pie el entierro de le Gois, uno de los gefes de la carniceria, y echar el primero sobre su féretro el agua bendita del hisopo de plata de Nuestra Señora!

Y he aquí que en medio de esta misma popularidad, vióse el duque de Borgoña privado de su poder. Vuelto á París el de Orleans, colocóse de nuevo al frente del Consejo; pero tomó las armas el pueblo, é hiciera oir violentos murmullos al saber que el bravo Borguiñon acababa de ser desterrado. Entonces convinieron en transigir los príncipes persuadidos por el corregidor; y los duques de Borgoña y de Orleans se dieron públicos testimonios de amistad; y se abrazaron en casa del duque de Berry, su tio, quien como mayor muestra de reconciliacion les hizo acostar en una misma cama, y el domingo 20 de noviembre de 1407 comulgaron juntos. Estaba tres dias despues el duque de Orleans cenando en casa de la reina, cuando se presentó de parte del rey un ayuda de cámara. Monseñor, le dijo, manda Su Majestad que sin demora os pongais en su presencia; su Majestad tiene precision de hablaros de cierto asunto concerniente á vos y á él.» Al punto mandara el duque traer su mula. Era tarde, cerca las ocho de la noche, sombrío el tiempo, y cada cual estaba retirado en su casa. Al ir siguiendo la antigua calle del Temple, arrojáronse de golpe sobre él diez y ocho ó veinte hombres armados gritando: «Muera! muera! Qué es eso? A qué viene eso? Yo soy el duque de Orleans, amigos mios. Eso es lo que preguntamos respondieron.» Pronto fué derribado de su mula y todas aquellas gentes descargaron sobre él con precipitada furia rudos golpes con hachas, espadas y mazas, hasta que por último lo aporrearon. Un hombre alto, calado el rojo sombrero hasta los ojos, dijo en alta voz: «Vámonos; ya está muerto.»

Ni los menestrales, ni los ciudadanos querian al duque de Orleans, así es que su asesinato fué recibido con alegría por los habitantes de París. Asistiera el de Borgoña con toda devocion á sus funerales: «Jamás, decia, se cometiera en ese reino tan infame y alevoso asesinato.» Mas pasado el siguiente dia recorrió las calles de París gritando con todas sus fuerzas: «Buenas gentes á fin de que á nadie se acuse de la muerte del duque de Orleans, declaro que he sido yo y no otro alguno quien ha hecho hacer lo que

se ha hecho » Esto dicho volvió grupa y fuése sin parar hasta la frontera de Flándes, para poner órden á los negocios de su ducado.

Desde 1407 hasta 1418, presenta el reino el estado mas deplorable, no siendo mas que una serie de reacciones entre las dos facciones de Armañac y de Borgoña. Partia su administracion de dos principios diferentes, y por eso nada habia fijo; y apresurábase á demoler la una lo que la otra habia construido. Añádanse á eso los progresos de los ejércitos ingleses que se apoderaban uno trás otro de las bellas provincias del reino, y la funesta batalla de Azincourt que vió perecer la flor de la noble caballería de Francia.

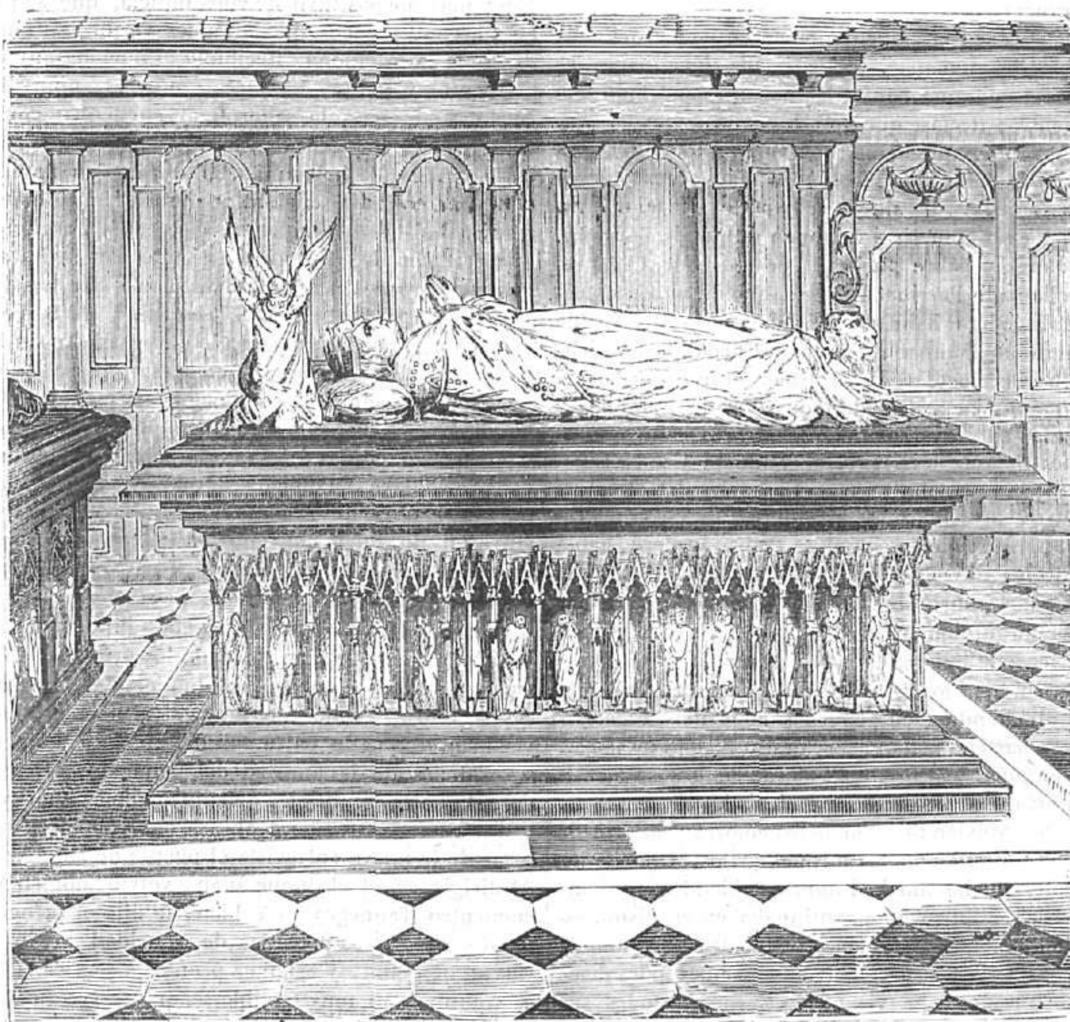
París estaba en aquel entonces en poder del condestable de Armañac. Nadie puede imaginarse el espantoso odio que contra él habian concebido los parisienses; decíase que por la noche quemaba mujeres y niños, que tenia notable cantidad de telas para coser dentro de sacos á los habitantes y arrojarlos al rio. Podia durar semejante situacion? No era del caso recurrir á ese buen duque de Borgoña, protector del pobre pueblo? Por mayo de 1418, un jóven llamado Perrinet Leclerc, hijo de un rico mercader de hierro habitante en el Petit-Pont, alcalde de barrio tan estimado, cuanto era decidido y valiente dicho Perrinet, resolvió hacer entrar en París á los hombres de armas de monseñor de Borgoña; y comunicó su proyecto á algunos de sus compañeros, jóvenes de asaz desarreglada conducta y poca reflexion, pero de mucho arrojo. La noche del 28 al 29 de mayo, presentáronse los borguiñones á la puerta de S. German de los prados. Pedro Leclerc habia quitado las llaves de debajo el almohada de la cama de su padre, abrió suavemente, y entraron en silencio los borguiñones. Cerró las puertas Pedro y echó las llaves por encima la pared. Fuése la tropa con el menor ruido á lo largo del rio, hasta el Chatelet; luego dividiéndose en pequeñas cuadrillas, recorrieron los cuarteles gritando: «Nuestra Señora de la paz! Viva Borgoña! que los que quieran la paz se armen y nos sigan.!» Por todas partes salia el pueblo de sus casas, volviendo á tomar los colores y la cruz de Borgoña y repitiendo los mismos gritos. Uno de los gefes de aquella muchedumbre habiéndose presentado delante del rey que continuaba en el mismo estado de demencia: «Como se encuentra mi primo de Borgoña, le dijo el desgraciado príncipe; pues hace tiempo que no le he visto.» Esas fueron todas sus palabras montáronle á caballo así que amaneció y paseáronle por las calles en señal de aprobacion de todo cuanto se hacia. No le quedaba ya al pobre príncipe ni rastro de razon ni de memoria; y poco le importaba entre que manos caia: ni llegaba á alcanzar lo que eran Armañaques ó Borguiñones. Será preciso decir las increibles y horribles matanzas que cometió el papulacho! Iba á las posadas y á las casas á buscar á los Armañaques, y los dejaba tendidos en las calles á hachazos. Reuniéronse en la plaza Maubert á la cual acudia en tropel todo el barrio de los mercados y de la Greve; los mas furiosos alzando una voz terrible y agitando sus armas, empezaron á decir: «Jamás gozará de reposo la ciudad mientras exista un Armañac! es preciso matarlos á todos!» Y cómo intentase calmarlos el preboste: «Voto á....! respondiéronle. Maldito de Dios sea quien tenga piedad de esos traidores de Armañaques! Por vida del diablo! no nos hableis mas de ellos; como hay Dios! que cuanto diréis no servirá de nada.» Y el preboste, viéndoles inflamados de tanta rabia, no osó contradecirlos.» Amigos mios, les dijo, haced lo que os de la gana, y entonces fuése aquella muchedumbre á las cárceles é hizo la mas espantosa matanza, la cual duró desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche, sin que, como es de suponer, fuese perdonado el condestable de Armañac.

Estaba algo lejos de París el de Borgoña en el momento en que se verificaban sucesos tan detestables; mas apenas tuvo de ellos noticia, que se puso en marcha, y pocos dias despues verificó su entrada en la gran ciudad. Recibióle el pueblo muy alegremente; y todos, hombres, mujeres, niños, sacerdotes, monges le salieron al encuentro con la caperuza azul y la cruz de Borgoña; puesto que como los Armañaques habian hecho durante su dominacion una cofradía religiosa que usaba banda blanca, preciso fué tener tambien una cofradía borguiñona que se llamó de S. Andrés, y tomó por divisa una corona de rosas encarnadas; de suerte que hasta los vicarios de S. Eustaquio, S. Gervasio y de S. Pablo traian en la cabeza un peinado de rosas. No sin trabajo pudo el de Borgoña, á pesar de su mucha popularidad, calmar la conmocion; en medio de tantas desgracias parecia aquel príncipe abatido; distribuia recompensas á los que le habian servido, mas nada remediaba. Su objeto era tratar con el delfin, despues Cárlos VII, quien como no desease otra cosa concluyeron un buen convenio en medio de grandes abrazos y arrebatos de alegría. Una vez firmada la paz, volvió el delfin á Turena para combatir á los ingleses; y á Pontoise el de Borgoña junto al rey.

Sin embargo, habian quedado los príncipes en escribirse, y lo hacian con amistad confiándose hasta sus secretos. El señor de Tauneguy Duchatel vino á visitar al duque de parte del delfin, y á traerle mil seguridades de la amistad del príncipe: «Despues del rey, su padre, díjole, á nadie ama mas que á vos; y desea en gran manera abrazaros.» Señalóse para lugar de la nueva entrevista el puente de Montereau. Al dirigirse á él el duque Juan, volvió tambien á su encuentro Tauneguy: «Y bien, le dijo el príncipe, fiando en vuestras protestas de seguridad, venimos á ver al Sr. delfin, y estamos prontos á servirle segun su voluntad. Mi muy temible señor, respondió Tauneguy, no temais, pues Monseñor está muy contento de vos, y de hoy en adelante quiere gobernarse por vuestros consejos.» Presentia el de Borgoña que se maquinaba algo contra él: «Fiamos en vuestra palabra, decia á Tauneguy, por el santo nombre de Dios, estais bien seguro de lo que nos habeis dicho? pues hariais mal en hacernos traicion. Mi muy temible señor, volvió á repetir Tauneguy, antes quisiera morir que hacer traicion á vos ni nadie.» Y sin embargo, llegados apenas al puente, oyóse gritar. «Alarma! alarma! Muera! muera!» Y vióse á las gentes del delfin y al mismo Tauneguy hiriendo al duque con sus picas y hachas. Al punto quedó postrado: precipitáronse sobre él los criados, y, despues de haberle desnudado, quisieron arrojar al rio el cadáver: mas opúsose á ello el cura de Montereau,

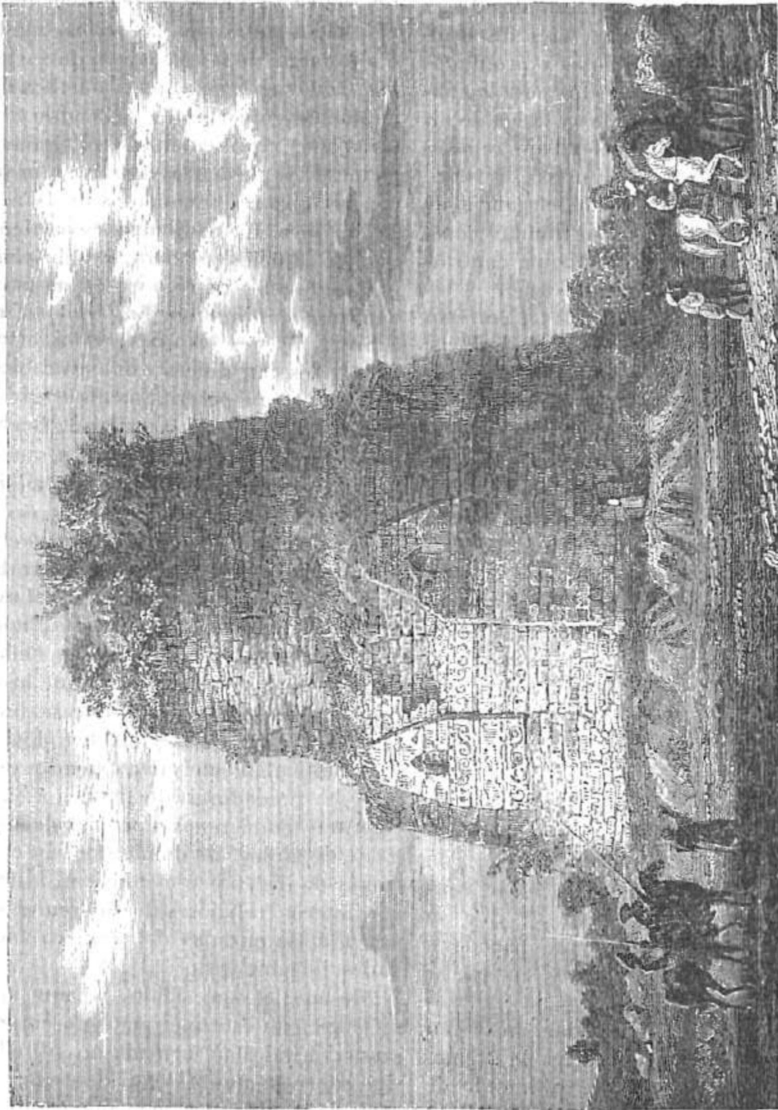
é hízolo entrar en un molino de junto al puente, transportándolo en seguida á la Cartuja de Dijon, donde vese aun su mausoleo, obra del aragonés Juan de la Huerta.

Así vengóse con un crímen el crímen que doce años antes cometiera el de Borgoña. El asesinato del duque de Orleans habia abandonado el reino á doce años de desórden y de guerra civil: el del duque de Borgoña entregó la Francia á los ingleses. Desde este suceso datan el reinado de Enrique VI y la regencia del duque de Bedfort en Paris.



Sepulcro de Juan sin Miedo, Duque de Borgoña, en el coro de la catedral de Dijon.

BENARÉS. — INDOSTAN



Monumento cerca Benarés.

BENARÉS.

ARTICULO I.

Los monumentos de arquitectura y de escultura sembrados en el Indostan, no son menos imponentes ni en menor número que los que cubren las dos orillas del Nilo, desde Ménfis hasta las Cataratas; y algunos hay en el País de los Bramanes cuya antigüedad no aventajan los venerables vestigios de la grandeza de los Faraones. Es verdad que esta última asercion ha sido negada, pues mas de un sabio ha promovido dudas sobre la alta antigüedad que hasta al presente se atribuyera á los monumentos de las artes y del culto de los Indos, y que tales discusiones han sido y serán causa de curiosas y profundas *investigaciones. Pero sea cual fuere su resultado*, nadie negará á los edificios de los Indos y á los de los musulmanes así como á las estatuas y bajo relieves que las adornan, la majestad de las masas, la originalidad, la variedad, y aun á veces la elegancia de las formas. Las bellas, regulares pero tímidas construcciones europeas de Madrás y de Calcuta contrastan singularmente con las de los Indos; por el estilo á la vez elegante y severo de sus nuevos edificios presenta Calcuta el aspecto de una ciudad griega transportada por un arte mágico á las orillas del Gánges; y fácilmente se olvidaria que fué construida en un suelo antiguamente consagrado á la india Kali, diosa de la muerte, si el triste obelisco elevado sobre la *Sima negra*, en que sumergidos ciento veinte y tres ingleses perecieron entre los horrores de una lenta agonía, no pareciese recordar el antiguo des*tino del solar de Calcuta, y dar un saludable aunque* espantoso aviso á sus dominadores. ¿La moderna capital de Bengala, aventaja á la antigua en grandeza y magnificencia? solo algunas ruinas atestiguan la existencia de Gour; los espectadores pueden juzgar si podrán comparárseles las que con el tiempo atestiguarán la existencia de la capital del poder británico en las Indias orientales. Tan tristes testimonios de la civilizacion y de la barbarie se hallan en menor número en Bengala que en la provincia de Behar, contigua á aquella que parece haber sido la cuna, ó á lo menos la metrópoli, de la religion de los Indos: congetura favorecida por la circunstancia de que su nombre significa en lengua sanscrita una pagoda ó un templo. Quizá fué tambien el punto en que se detuvieron ó fijaron las hordas tártaras que descendieron del Imaus, pues es difícil de dar un orígen que no sea tártaro á los antiguos sectarios de Brama. Para esto seria conducente invocar el testimonio de los bramanes de la ciudad de Benares. A pesar del vuelco del imperio indo, á pesar del envilecimiento de los bajás y de la decadencia de la universidad brama de Benares, debe esta ciudad escitar aun el interés de todos los que buscan con ahinco los conocimientos de los Indos y los misteriosos tesoros de su literatura. ¿Quién no se sentirá penetrado de un respeto religioso al contemplar estas pagodas, al recorrer estas escuelas en otro tiempo punto de reunion de todos los sabios de oriente, al aspecto en fin de este rio majestuoso y sagrado, objeto de un culto particular de una de las mas antiguas y pobladas naciones del Asia, bien como lo era el Nilo para el Egipto y otros muchos pueblos del Africa?

Benares es una ciudad digna de llamar la atencion por ofrecer un completo carácter oriental. Ningun europeo reside en el interior de sus muros, y sus calles demasiado estrechas para los carruajes dan apenas lugar á que pasen los palanquines. Las casas son en general bastante altas si se comparan con las de las demas ciudades del Indostan; pues ninguna tiene menos de dos pisos, la mayor parte tienen tres, y muchas llegan á cinco y seis. Las calles son mucho mas bajas que el piso inferior de las casas, que tienen casi todas bóvedas arqueadas bajo las cuales abren las tiendas. Los numerosos templos de Benares son en su mayor parte estremadamente pequeños, y situados como capillas en los ángulos de las calles, ó á lo largo de las casas, sin que sea por eso su forma *menos agraciada, pues muchos de ellos estan en*teramente cubiertos de delicadas y hermosas esculturas que representan flores, animales y ramas de palmera, y pueden rivalizar en elegancia y riqueza con los mejores fragmentos de la arquitectura griega, ó gótica. Las habitaciones particulares, no menos que los edificios públicos, se fabrican de piedra, que pintan despues de rojo y á cuyas partes mas visibles dan un revestimiento. Los santos toros consagrados á Siva, jóvenes los unos, y los otros ya decrépitos, pero todos tan dulces y domesticables como los perros, se pasean perezosamente desde la mañana á la noche en las estrechas calles de Benares, ó yacen en ellas obstruyendo el paso; y á pesar de eso apenas es permitido incomodarlos para ir adelante. Si alguien les toca en esta ocasion es necesario que sea con la mayor delicadeza pues desgraciado el profano estran*jero que se atreveria á no respetar las preocupacio*nes de los fanáticos habitantes. Los monos consagrados á Haninat y las macacas, una de las cuales conquistó segun dicen la isla de Ceilan en provecho de Rama, no abundan menos que los toros en ciertos cuarteles de la ciudad, donde se les encuentra saltando sobre las casas y los templos, ó introduciéndose insolentemente en las tiendas de los confiteros ó de las vendedoras de frutas. A cada paso se encuentran tambien casas propias de los fakires incrustadas de ídolos, de donde sale sin cesar un confuso rumor de instrumentos músicos, mientras que varios pordioseros religiosos de diferentes sectas indias esponen á las miradas del pasajero todas las deformidades imaginables.

He aquí el espectáculo, he aquí el rumor con que se acoge á un estranjero cuando entra en esta ciudad santa del Indostan formada no sobre la tierra comun, sino sobre la punta del tridente de Siva, lugar que goza de bendiciones tales, que cualquiera que en ella muera sea de la secta que fuere está seguro de su salvacion eterna, con tal que se muestre caritativo para con los pobres bramines. Esta reputacion de santidad es la que convierte á Benares en el punto de reunion de los mendigos, sin hablar del sin número de peregrinos de la India, del Tibet y del imperio Birman, y de una infinidad de individuos que al ver llegar el último período de su vida van á purificarse de sus pecados y á prodigar inmensas sumas en locas limosnas. No es sin embargo Benares menos industriosa que santa, pues principal depósi-

lo de los chales del norte y de los diamantes del sud, contiene igualmente considerables manufacturas de seda, algodon y lana, y todos los juguetes del lujo y de la moda que fabricados en Europa se hacen cada dia mas populares en la India, pasan por Benares antes de llegar á las provincias mas ó menos lejanas del Ganges. La poblacion de la ciudad, segun un censo que debe ser tenido por exacto, asciende á cerca 6000 almas; para que esta cifra no parezca exagerada, es necesario observar la estension de terreno que ocupa la ciudad y cuan apiñadas estan unas habitaciones sobre otras. A pesar del número de sus habitantes no es mal sana, lo que depende de las frecuentes ablusiones y de la templanza de los fieles, al par que de estar la ciudad construida sobre una orilla pedregosa que se inclina dulcemente hácia el rio, favoreciendo así el curso de las aguas.

«Visité, escribe el obispo inglés Hebert, la casa de uno de los mas ricos habitantes, hermoso edificio que tenia la ventaja, allá muy poco comun, de estar situado en una plazuela que daba lugar á admirar su arquitectura desde una conveniente distancia. Su aspecto general era poco mas ó menos el de ciertos palacios de Venecia y conducia al interior un elegante portal que contenia dos huecos profundos hermosamente adornados y llenos de ídolos, especie de lares ó dioses domésticos. Fuímos recibidos por el propietario que nos hizo visitar lo que llamaba grandes aposentos, que sin embargo no eran ni vastos, ni en mucho número. El que ocupaba el primer piso me llamó la atencion por su estrema comodidad: habia en medio una especie de divan cuadrado, cubierto de tapices; cuatro hermosos arcos góticos cargados de ornatos sostenian el techo y de su cima salia cuando se queria una clara fuente que pasando á través de las esculturas iba á parar en el centro del enlosado. Fuimos á ver en compañía de nuestro huésped la pagoda de su familia, poco distante de la casa, y aunque sumamente pequeña, adornada con todas las pinturas, esculturas y dorados imaginables. El principal altar era el de Siva, cuyo emblema apenas se entreveia entre la obscuridad del santuario interior; en frente y bajo la cúpula central se veia el sagrado toro magníficamente dorado y pintado en actitud de oracion y con la cabeza ceñida de una corona.»

MONTAIGNE (Miguel Eyquem de).

1533. — 1592.

Nació Miguel, hijo de Pedro Eyquem, señor de Montaigne, en el Perigord, el último dia de febrero de 1533; vino al mundo en la casa de su padre, casa noble, y encaramada sobre un cerro, como lo dice su nombre (*). Era su familia oriunda de Inglaterra, rica y antigua, pero poco ilustre. Casi siempre habia vivido retirado el padre de Montaigne, y solo hácia el fin de su vida los ciudadanos de Burdeos eligiéronlo maire de su ciudad, cargo tanto mas bello cuanto no ofrecia mas beneficio que el honor de su desempeño. Hombre de pocos estudios, pero de una razon sana y robusta, alimentaba estrañas ideas tocante á su tiempo y á su rango. Tuvo el gusto, y parecióle prudente, avezar á su hijo al método de vida mas bajo y comun, bien que ya desde la cuna envióle á criar en una pobre aldea, donde permaneciera largo espacio. Otra cosa hizo mas notable quizás y mas estraordinaria en aquel tiempo: «Como llevaba la idea de hacerlo relacionar con el pueblo y con aquella especie de hombres que necesitan de nuestra ayuda, y preferia que mas bien se inclinase á mirar hácia el que tiende los brazos que hacia el que vuelve la espalda, hizo que lo sacaran de pila personas de la mas abyecta fortuna, para que les estuviese obligado y les cobrase estimacion.»

De este modo empezaba con su vida su educacion; siendo los primeros espectáculos que hirieron sus ojos vivas lecciones de modestia y sencillez. Hacia poco caso de la enseñanza que se impone, y confiaba mucho mas en la influencia de las impresiones y del hábito, siendo de dictámen que convenia manejar los órganos de los niños al igual de su inteligencia y de su genio: «Llevando esta supersticion hasta tal punto, que porque algunos opinan que el dispertar á los niños por la mañana con sobresalto y el arrancarlos al sueño de golpe y con violencia turba su tierno cerebro; hacia dispertar á su hijo por el sonido de algun instrumento de mucha melodía. Y en cuanto á los castigos, bien que tuviese lento el espíritu, la comprension tardía, escasa la invencion y una increible falta de memoria, solo dos veces probó Miguel los azotes, y aun estos flojamente.» Pensaba Pedro Eyquen que el tiempo que se pierde en el estudio de las lenguas antiguas era á la vez obstáculo al desarrollo de la inteligencia y del alma; así pues imaginó cambiar la lengua materna de su hijo y darle como tal, en lugar de la francesa, la latina. Y he aquí de que medio se valió: «Mamando todavía, y antes del primer desarrollo de la lengua, encargólo á un aleman, tan ignorante en el francés cuanto versado en el latin; y este á quien de intento se hiciera venir, lo tenia constantemente entre sus brazos, y no le hablaba sino en latin, y ni él, ni su mujer, ni criado, ni criada en compañía de Miguel soltaban puramente mas palabras que las latinas que cada uno aprendiera para marmotear con él; de tal modo, qué contaba ya mas de seis años y así sabia el francés como el árabe.»

Sin embargo, enviaron al jóven Miguel al colegio Guyenne, muy floreciente y el mejor de Francia en aquel entonces; y no fueron en él muy brillantes sus adelantos. Pronto habiendo llegado á la edad correspondiente, como se le hiciera entrar en los cargos públicos, obtuvo una plaza de consejero en el parlamento de Burdeos. Habia entonces en la misma corte otro consejero llamado Estévan de la Beotie; quien desde la edad de diez y seis años se anunciara al mundo con un tratado de la *Servidumbre voluntaria*. Cayó el libro en manos de Montaigne, y concibiera al punto un vivo afecto hácia Beotie. «Por este medio empezó su trato y aquella amistad que tan entera y perfecta han mantenido, y de la cual no se encuentran ciertamente ejemplos.» Nada mas maravilloso que aquella amistad, nada mas in.

(*) En francés antiguo escribíase y pronunciábase montaigne por montagne.

teresante que lo que de ella cuenta Montaigne; duró poco por desgracia, pues murió Beotie cuatro años despues que él y Montaigne empezaran á amarse.

Agitaban el siglo de Montaigne las querellas religiosas; habiendo suscitado en Francia largas guerras civiles la reforma de Lutero y de Calvino. Poco alucinado Montaigne por la bellas palabras de los reformistas, no aprobaba sin embargo los arrebatos de los que los combatian; y deploraba y condenaba del mismo modo las persecuciones y violencias de donde quiera que viniesen, siendo, como él mismo lo dice: «para los gibelinos, guelfo y para los guelfos, gibelino. Algunos negocios de su provincia lo hicieron enviar á la corte duránte la menor edad de Cárlos IX, á la cual siguió á París, á Rouan, á Chartres, sin que tardase en ser tenido y estimado por lo que valia, así por Catalina de Médicis, como por el canciller del Hospital. Redactó por encargo de la Reina unas instrucciones sobre el arte de reinar para su hijo; por lo que se le hizo gentilhombre de la cámara del Rey, y se le dió la órden de S. Miguel, de tanta importancia aun en aquel tiempo, que ningun cargo, ni estado cualquiera que fuese pretendia la nobleza con tanto placer y empeño. Servíanle como de distraccion los viajes: despues de haber visitado á Roma, detúvose en Venecia, y durante su permanencia en ella, eligiéronlo alcalde de Burdeos, en reemplazo del mariscal Biron, siendo reemplazado él mismo por el mariscal Matignon. La regla era que no se desempeñase este cargo mas allá de dos años; pudiendo sin embargo ser reelegido, pero solo una vez, de lo cual no se contaban mas que dos ejemplos, y cúpole á Montaigne ser el tercero.

Todo el genio y toda la gloria de Montaigne se encierran en sus *Ensayos*. Tenia ya treinta y nueve años cuando compuso los primeros capítulos y trabajaba en su obra no de continuo sino á intervalos segun se lo permitian la ocasion y su capricho. No fué un libro hecho de intento, discurrido y premeditado, sino de pasatiempo, de abandono, de azar. Resolvióse á publicarlo en 1580, y aun entonces no dió mas que dos libros. Al principio fué el éxito al-



Montaigne.

go equívoco, principalmente en las provincias, hasta que por último Justo Lipse cuya autoridad era bastante considerable en aquella sazon, dió á conocer al público la escelencia de la obra, é hizo, que digamos, su reputacion. Algun tiempo antes de los estados de Blois de 1588, Montaigne fué de nuevo á París para hacer imprimir su libro tercero. Allí encontró á María de Gournay, jóven que no contaba entonces mas que unos veinte años, y la cual, casi al salir de la infancia habia comprendido tan bien el mérito de los Ensayos que la pasmaron de admiracion. Así que la hubo conocido Montaigne, concibió la mas favorable esperanza: y ella á su vez sintió el mas vivo entusiasmo y mas tierna veneracion. Huérfana de padre, solicitóle que aceptase este título y le concediese el de hija, y no pudiendo ser desechado tan tierno voto; uniéronse por medio de una noble y generosa adopcion formada por las solas relaciones del espíritu.

Montaigne, á quien ya desde la edad de cincuenta años hiciera sentir agudos dolores el mal de piedra, no tardó en abandonar esta terrestre morada. Y no fué aquella sin embargo la causa inmediata de su muerte, herido de una esquinencia, sobreví-

nole una parálisis que le privó del uso de la lengua; mas sin que le dañara el cerebro; y juzgando que iba á morir hizo convidar por escrito á algunos gentilhombres vecinos suyos para que vinieran á asistirle en su última hora. Llegado que hubieron, quiso que se celebrase misa en su aposento; y como al momento de la elevacion el pobre gentilhombre se hubiese incorporado en la cama del mejor modo que le fué posible, murió juntas las manos en aquel acto de piedad; lo cual, como dice Pasquier fué un bello trasunto del interior de su alma. Era el 13 de setiembre de 1592, cuando no habia cumplido aun sus cincuenta y nueve años.

Era Montaigne de una estatura bastante baja, talla abultada y robusta, no gordo el semblante pero lleno, medio alegre, medio serio el humor; el temperamento moderadamente vivo y sanguíneo, la constitucion sana, la salud rara vez turbada, el ademan y el gesto indicando cierta fiereza; pronto y firme el paso; en su misma vejez llegaba á dormir de siete á ocho horas continuas; indiferente sobre la eleccion de manjares en su mesa, estraño al placer de la bebida, vistiendo los mismos vestidos en todas estaciones; poco diestro en los ejercicios del cuerpo, como la danza, la pelota, la lucha, la caza, la esgrima; y en la música no mas aventajado; leyendo torpemente y sin escribir mejor; sin memoria sin rapidez de espíritu, pero penetrante hasta lo mas profundo de las cosas cuando las habia alcanzado. Tocante á la inmortal obra de los *Ensayos*, es un libro estraño y único así en su forma como en su asunto. Es, como lo ha dicho un bello carácter y un bello talento, el exacto y universal estudio del hombre, hecho sin embargo sobre un solo modelo, el mismo autor; es el retrato de todos en un solo retrato, todas las fisonomías de los hombres en una sola imágen. Es un libro sencillo y diferente, variado y siempre semejante; en todas partes el mismo tono, el mismo estilo, el mismo lenguaje, la misma gravedad, el mismo atrevimiento: uniformidad que no se deja conocer y que sin embargo no se oculta. Familiar, natural, fácil, abundante, insinuándose en nosotros sin que pensemos en evitarlo, arrastrándonos adonde le place sin que deliberémos jamás para seguirle, ha encantado este libro á nuestros padres, y tiene para nosotros un encanto mas: el candor de su lenguaje antiguo, que da al mismo pensamiento nuevo candor.

POLITICA.

Del progréso del liberalismo y de la reforma de las leyes eclesiásticas en Inglaterra.

ARTICULO III (*).

«Cierto es que los sacerdotes católicos irlandeses han padecido mucho, dice; ¿pero como podrán ellos satisfacer su venganza? Toda la poblacion está en favor suyo, toda esa poblacion que tiene en su poder los cordones de la bolsa que nunca abre sino por ellos. Si algunos sacerdotes pretenden oponerse á la agitacion, si su teoría personal contraría los proyectos de los agitadores, estos no se atreven á detener el torrente general, ni declarar altamente su opinion. Oprobio eterno al que se opone al partido del pueblo en un país donde el pueblo dispone del tesoro público! El clero irlandés en masa todo lo puede. El sacerdote que marchase solo, se encontraria espuesto á las mas horribles persecuciones, y así es que el hambre ha producido un estraño influjo sobre las resoluciones del clero de Irlanda. El cura que usando de su libertad de obrar segun su conciencia, predicase la subordinacion y la paz, se veria precisado á convertir su iglesia en escuela pública de sedicion, y su cátedra en tribuna democrática, y heriria gravemente la probidad. El dinero pagado por los católicos para el sosten y adorno de las iglesias y la subsistencia de los sacerdotes, no se ha distribuido con entera fidelidad. Procurando cada uno por sí solo, y repartiéndose la parte mas considerable, se ha visto originar una lucha entre todos aquellos eclesiásticos, cuyos derechos legales y positivos no se encuentran señalados en reglamento alguno. Se ha establecido una odiosa rivalidad de fraude y violencia entre el vicario y el cura, entre el cura y el sacerdote de parroquia, entre igual é igual; los mas honestos se han dejado engañar. Los sacramentos administrados al pueblo á precio de dinero, se han convertido en objetos de una horrible simonía y de un espantoso comercio.» Con este objeto da M. Croly los mas circunstanciados detalles acerca el particular. El sacramento de la Extrema-uncion se regatea cerca el lecho mismo del moribundo, se compra y vende bajo el techo del miserable, en medio de los compasivos lamentos de la familia, que rodea el lecho de la muerte; aun mas: ¡cuántas veces el ministro se hace pagar por anticipacion!

La poblacion de Irlanda, á la vez católica por costumbre, é inclinada á las ceremonias simbólicas y esteriores por la tendencia de su genio poético, preferiria las mayores desgracias á la absoluta privacion de todas esas ceremonias y sacramentos. Sabe Dios cuanto se abusa de esta particular disposicion, y cuan caro se les obliga á pagar lo que ellos compran á tanto precio, si se compara con la fortuna de los proletarios irlandeses. Muchas veces se les niega el bautismo por falta de paga. «Yo he visto algunas mujeres, dice M. de Croly, llorar amargamente, porque el sacerdote se negaba á venir á purificarlas junto á sus lechos: esta *purificacion* celebrada con la aspersion del agua bendita, es una ceremonia que el pueblo considera como necesaria. Lo mismo sucede con respecto á los matrimonios; apenas se han convenido y dado su mutuo consentimiento los padres y los jóvenes amantes, al momento se llama al párroco, el cual trata del precio en primer lugar, y lo propone tan alto como puede; muchas veces se va descontento en sumo grado de sus ovejas y las deja muy irritadas contra él. Su furor se exhala en invectivas, á que contestan otras invectivas; los irlandeses dan libre curso á su violencia; los mas devotos se arman en defensa del ministro del altar, y al fin vienen á las manos. De esta suerte se prepara la administracion del sacramento. Esos escandalosos altercados se renuevan en la administracion de la penitencia, de la absolucion, y aun de la eucaristía; y como el pueblo cree que siempre se trata de pagar, está firmemente persuadido que compra el

(*) Véase las páginas 301 y 306.

sacramento, y es imposible disuadir á los aldeanos irlandeses, que un sacerdote católico comete un latrocinio cuando se niega á absolverlo ó admitirlo en la sagrada mesa; porque en su opinion ha dado la paga, y de consiguiente tiene que dársele de justicia la mercancía.»

Tales obstáculos son inherentes á la situacion de un clero hostil al gobierno que no le paga. La sedicion va progresando á pasos agigantados, y el gobierno está contemplando el engrandecimiento de su influjo y su poder. El elocuente sacerdote citado, M. Croly, se dirige al clero irlandés en las siguientes y enérgicas espresiones: «¿Qué habeis hecho de la religion, sacerdotes irlandeses? Cómo se ha convertido entre vosotros en instrumento de agitacion y en estandarte de partido? No veis como escitais á la violencia y entristeceis los ánimos? No veis vuestras iglesias convertidas en sacrílegos clubs? Cómo han salido de vuestras sagradas bocas palabras de furor y de discordia? Cómo desacreditais el Evangelio y los Cánones de la Iglesia? En lugar de conducir esta turba furibunda á las verdaderas doctrinas de la ley santa, porque motivo habeis sujetado la ley santa á los caprichos de la muchedumbre? Creeis acaso que el populacho debe gobernar el mundo? Afirmais que el Evangelio prescribe el régimen democrático? Si así es, dirigid la educacion moral de este pueblo que debe ser rey. Sublime é incomprensible tarea. Gobernar es propio de los sabios y de los grandes hombres que aparecen al través de los siglos para honor de la humanidad, los mas rectos apenas podrian dirigir esos delicados resortes; elevad al pueblo, despojadle de sus nociones pueriles, procurad quitarle sus preocupaciones, sus discordias, sus locuras, su ignorancia, su supersticion; comunicad vigor suficiente y elevacion de espíritu á todos estos séres débiles, humildes y envilecidos. Convertid esos entes feroces y salvajes en amigos del órden, de la virtud, de la paz; moderad las almas cristianas confiadas actualmente á vuestro cuidado, sedientas de sangre y de desórdenes. Cuando esa multitud exaltada haya sufrido esta reforma, entonces podrán gobernar, entonces se encontrarán en estado de administrar justicia á todos los demas pueblos de la tierra, reinar, ejercer su soberanía. Pero si os aprovechais de sus vicios y sus defectos, si triunfais con su anarquía, oprobio eterno sobre vosotros!»

Los abusos engendran abusos; de la intolerancia nace el furor y la exaltacion, de la esclavitud nace generalmente el despotismo y la tiranía. Si es verdad que los católicos de Irlanda ejercen sobre la Inglaterra la desastrosa influencia que acabamos de indicar, debemos confesar que su posicion ha sido por largo tiempo la de los mártires y de las víctimas. Ellos ejercen una venganza, una venganza impía, una venganza fatal. Si bien los disidentes han logrado ser los padres y los fundadores del radicalismo moderno, pero ellos han comprado á un precio muy subido el derecho de castigarnos. Es bien sabido cuan abatidos los han puesto las leyes de la antigua Inglaterra. Aun no han transcurrido quince años, que las actas del *test* y de las corporaciones les impedian gozar de todos los derechos civiles, de todos los privilegios de ciudadano; y actualmente existen aun vestigios de esa antigua opresion. Los disidentes no son admitidos en las universidades; y para comprender bien la fuerza de esta admision, es necesario conocer á fondo la Inglaterra. Sin ella, no puede uno pasar por sabio, por gentilhombre, ni tiene disposicion para ciertos empleos, ni menos tiene derecho á poseer la confianza de sus conciudadanos, como abogado, orador, jurisconsulto; y la iglesia establecida se niega á admitir la legalidad de los matrimonios entre los disidentes de ambos sexos. Un disidente no puede ser sepultado en el cementerio de las iglesias parroquiales; y finalmente, se ve obligado á pagar su cuota correspondiente, para concurrir al sosten, al ornato y mantenimiento de los establecimientos que detesta. Tales son los principales lamentos de los disidentes.

He aquí el objeto de los lamentos que incesantemente repiten y que comentan con energía los escritores liberales. En otro tiempo esos lamentos eran mucho mas numerosos: la situacion de los disidentes era aun mas crítica, y nunca hicieron reclamacion alguna.

¿Dónde están aquellos aciagos tiempos que imponian una fe uniforme á todos los ciudadanos? Dónde están aquellos tiempos en que aun en el pueblo mismo reinaba el espíritu intolerante; en que el odio general tenia por blanco los católicos y disidentes; en que Guillermo III se vió reducido á la dolorosa necesidad de obligar á sus vasallos á ser tolerantes? Los disidentes viéndose acosados sin cesar por el odio y el desprecio general y sin derecho alguno para obtener los cargos públicos, han combatido vigorosa y decididamente ese espíritu de intolerancia, han ganado terreno sucesivamente, y aun parece que se encuentran en estado de adquirirse todos los privilegios que se les niegan dos siglos ha, con corta diferencia. No son ya los disidentes los que piden gracia á la iglesia establecida; la iglesia establecida es la que se humilla ante los disidentes. Ella no trata ya de rechazar sus súplicas, sino de arreglar el modo con que debe condescender á sus demandas. El *Quarterly Review*, el órgano de los torys, se ha convencido ante las poderosas razones con que le impugnaban sus adversarios, bien que despues de muy obstinados debates; ha convenido por fin con la justicia de sus reclamaciones, y con la necesidad de condescender.

Este importante acontecimiento que no podia esperarse aun durante la administracion del gabinete Wellington, completará el triunfo de las sectas disidentes. Restan por resolver problemas muy intrincados. ¿Cuál será pues la aplicacion de las nuevas leyes en lo tocante á los católicos irlandeses, cuya situacion es, con corta diferencia, muy análoga á la de los disidentes, y qué giro se dará en nuestro sistema de hacienda, á los antiguos impuestos que han sufrido los disidentes, para un nuevo modo de tasacion? La desigualdad que desde largo tiempo existe entre los disidentes y las demas clases de ciudadanos reconocida ya injusta, debe asignarse por los partidarios de un nuevo órden de cosas una nueva posicion; y por tanto vamos á examinar las reclamaciones de las sectas disidentes, las concesiones que los torys quieren hacerles, y los efectos que de aquí deben nacer.

Los disidentes pagan la tasa de las iglesias, tasa que, segun sus adversarios, «existe desde tiempo inmemorial, y que nada tiene de personal; tasa sobre la propiedad que no es mas arbitraria que la de los pobres y los caminos reales. Esta tasa entra en clase

de cuenta en las mudanzas de las propiedades, en las ventas y compras.» Este raciocinio es sofístico; es una terrible injusticia obligar á los disidentes al sustento de los sacerdotes de una comunion que detestan, á reparar templos en que jamás ponen el pie. Por otra parte, está tan mal arreglada la percepcion de ese impuesto en Inglaterra, y es tan difícil hacer su reparticion como corresponde, con motivo del gran número de obstáculos que se levantan, ya para protegerlo, ya para combatirlo, que espone al clero á odios tan reconcentrados, que obliga á desear su reforma completa.

EL YEMEN ó LA ARABIA DICHOSA.

Hace mas de tres siglos que se afanan los viajeros en esplorar las diferentes partes de nuestro globo; y la Arabia, antiguamente tan conocida y mas cercana de nosotros que la América y la India, ha sido apenas reconocida por algunos europeos; siendo así que con dificultad se hallará una tierra mas propia para escitar la curiosidad del anticuario y orientalista. Allí estaba el antiguo reino de Sabá; allí se recogia el incienso, y aquel bálsamo odorífico que era el mas precioso de todos los perfumes. Allí nació Mahoma, y con él su religion, y allí quizás estaba la célebre Ophir, que los geógrafos han trasportado á todas las regiones del mundo, y cuyo oro adornaba los palacios de la Grecia y del Asia.

Sobre todo, la parte meridional de la Arabia, el Yémen, apenas ha sido visitada. Solo dos ó tres hombres, á cuya cabeza debemos colocar á Niebuhr, nos han dejado algunos pormenores acerca de esta deliciosa mansion, y de ellos estractamos la relacion siguiente:

El Yémen, llamado el Arabia dichosa por su estrema fertilidad, comprende dos países distintos por su aspecto y posicion. El Djebel, terreno montañoso y lluvioso á temporadas, es sumamente fresco y florido en todas las estaciones. Bosquecillos de higueras, sicomoros, membrilleros, acacias y bananeros, coronan la cima de estos montes. La parte baja ó Tehama, es menos favorecida de la naturaleza: los campos son menos fértiles, y por consiguiente los habitantes mas pobres; allí habitan ordinariamente los árabes sedentarios, en tanto que los nómadas ó beduinos se refugian al Djebel, donde tienen medios de subsistencia mas en armonía con su vida errante y desocupada.

En el centro del Yémen, se ostenta el Sana, ciudad y residencia del iman, soberano de aquellos paises. Sus hermosas mezquitas, la posicion del castillo que la defiende y sirve de asilo á la familia reinante, y su situacion al pie del monte Nikkom, todo da á esta ciudad un aspecto de elegancia y opulencia, nada comunes á las poblaciones árabes. Una muralla de ladrillos forma su recinto, muy estrecho por cierto para que pueda contener treinta mil almas.

Los pueblos mas importantes despues de Sana, son Damar, célebre por su universidad, que compite con la de Zebid. Está destinada para la enseñanza de las doctrinas religiosas de la secta de los zeidites, que es la que domina en el Yémen, y cuyo gefe es el iman. Esta secta se parece mucho á la de los sunnitores, únicamente que sus miembros se muestran menos celosos en la observancia de las prácticas religiosas. Despues de Damar, sigue Beische, que puede ser considerada por su posicion como la llave de todo aquel país. Está situada esta ciudad en medio de un dilatado valle de ocho á diez leguas, donde abundan los arroyos y los pozos, riqueza apreciabilísima en una tierra donde la falta de agua es el azote mas cruel para el indígena y el viajero.

Comprende además el Djebel muchos otros pequeños cantones, tales como Beled-el-Djol, donde se encuentran minas de sal gama, el Sahan, cuyos habitantes, entregados al pillaje, hablan un dialecto árabe, que se acerca mucho á la lengua del Alcorán: el Beled-el-Cheraf, cuyos cheikhs pretenden descender de Mahoma. Todos estos pueblos se conocen tan solo de nombre, y están esperando para tener el honor de la descripcion las tentativas de los nuevos viajeros.

En el Tehama, citarémos solamente dos ciudades únicas, cuyo nombre ha sobrevivido á la opulencia y riqueza antigua. Aden, que los geógrafos orientales nos representan como muy correlacionada con la India y la China, devastada despues por los turcos, y en seguida por los portugueses, ha visto morir su comercio, cayendo en poder del iman. Moka está tambien muy decaida; los vientos furiosos que reinan durante ocho meses consecutivos, alejan las embarcaciones de su puerto, donde anclan tan solo algunas malas barcas con velas tejidas de palma.

Este es el Yámen. Su historia subsiste en boca de los ancianos, que sentados cada noche á la puerta de la tienda, refieren á sus hijos los anales tradicionales de sus padres; ó en los cantos de los poetas, que consagran algunos versos para grabar en la memoria las circunstancias pasadas. El pueblo de Yémen es hoy lo mismo que será mañana. Léase el Moallakhat, poemas suspendidos antiguamente bajo la bóveda de la Kaaba: léase el libro de Job, donde á través de las ideas bíblicas, se mezclan el colorido del estilo y los rasgos de las costumbres patriarcales de la Arabia. Tales son los historiadores de esos hombres sencillos, que encuentran en la vida monótona y pacífica del desierto un atractivo que estamos muy distantes de hallar nosotros en el bullicio y tumulto de nuestras capitales.

El sabio orientalista Fresnel, ha recogido en un cuerpo de historia muchas tradiciones de la Arabia antigua, algunas de las cuales citarémos aquí para dar á conocer á nuestros lectores los principales acontecimientos de estas regiones.

Sometido el Yémen por Mahoma, cayó despues bajo el yugo de Saladino, pasando luego al de los sultanes mamelucos de Egipto. Llegó á ser libre en seguida por la decadencia de estos últimos dominadores, y en 1517 se vió amenazado de una invasion otomana. En 1630, Amurato IV reconoció á Sejid-Khassen-Ibu-Mohamed por rey del Yémen, reservándose con todo él una soberanía nominal. Los descendientes de este monarca han conservado desde entonces la autoridad con el nombre de imanes: esta autoridad dista mucho de ser absoluta, pues el derecho de administrar la justicia reside en un tribunal permanente en Sana; y el iman no tiene facultades para condenar á muerte á un judío ni á un cristiano.

El ejército del Yémen, reclutado en su mayor parte

en un canton llamado Kobail, se compone de soldados mas valientes que disciplinados. La mayor parte de las tropas cabalga en asnos, animales muy ágiles en aquel país, y tratados por los musulmanes con suma consideracion.

La poblacion se compone de unos tres millones de habitantes, comprendiendo á unos veinte mil judíos. Estos últimos tienen el monopolio de la fabricacion de la moneda y están al frente del comercio. Los principales artículos de esportacion son el áloes, la mirra, el oro, el cedro, el senés y el marfil; pero la principal riqueza del país consiste en el café, cuyos solos derechos producen al iman cerca de dos millones anuales. Cultívanse los cafetales en la vertiente occidental de las montañas del Djebel, y la caña se eleva á cerca de treinta pies de altura, en tanto que en nuestros climas apenas se eleva á seis.

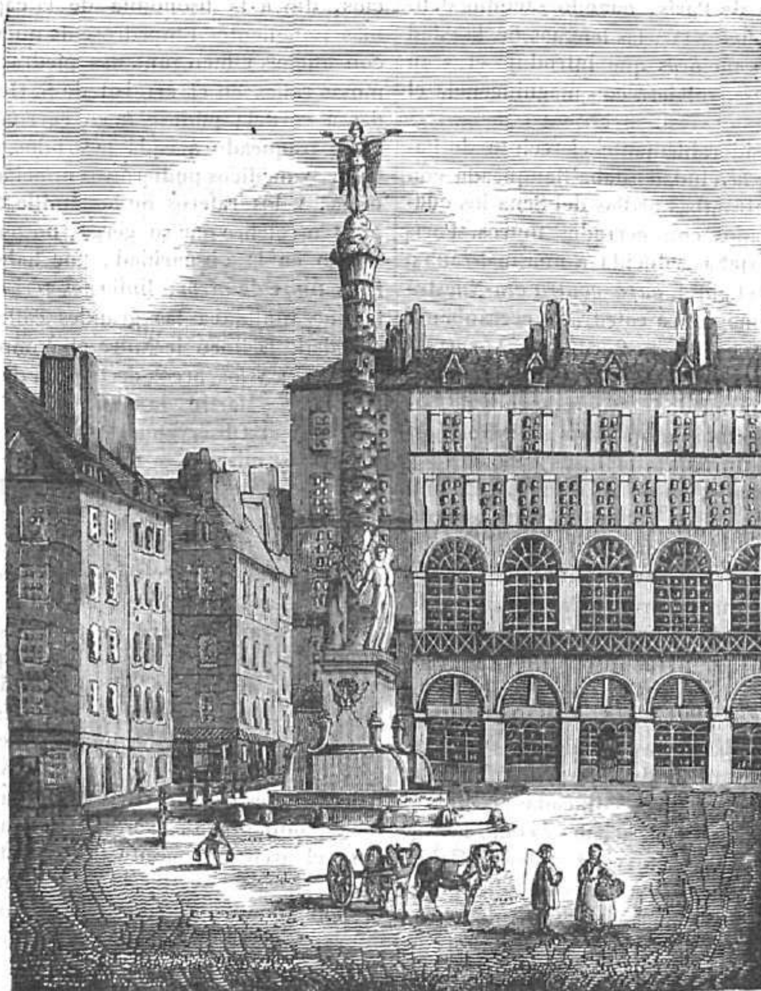
Los árabes que recojen el café y dicen haberlo recibido de la Abisinia, son aquellos cuyo traje y costumbres recuerdan á los antiguos wahabitas, que desde el fondo del desierto hicieron su nombre célebre hasta en Europa; raza independiente, que sacudió todo yugo político y religioso, y parece descender de los Aaditas, de aquellos gigantes impíos, segun el dicho de los orientales, que habitaron en otro tiempo en los desiertos de Abkof, y fueron sepultados bajo una lluvia de arena. Niebuhr hace particular mencion del vestido de las mujeres; y dice, entre otras cosas, que la coquetería en las bellas de Yémen, podria pasar en nuestras mujeres por una inocente simplicidad.



Mujer de Yemen.

MONUMENTOS DE PARIS.

Fuente de la Palmera ó coluna del Chatelet.



MONUMENTOS DE PARIS.

Fuente de la Palmera ó coluna del Chatelet.

De todos los monumentos que embellecen hoy dia á París, á la gran capital, la una mitad pertenece al reinado de Luís XIV, la otra al imperio de Napoleon: otro punto de contacto que se debe añadir á los ya hechos, entre dos épocas que tienen entre sí mas de una semejanza. Solo hácia mediados del siglo XVII, empezó París á revestirse con su fisonomía moderna; entonces se ejecutaron como por encanto trabajos de toda especie, y nuevos edificios reemplazaron á los de los pasados tiempos.

La *Fuente de la Palmera*, ó coluna del Chatelet, cuyo grabado damos, fué construida en 1807. Pero antes de llamar la atencion de nuestros lectores en este monumento, no será quizás desnudo de interés el trazar un cuadro de París, cuando sacudió definitivamente, bajo Luís XIV, las lenguas de la edad media, y el ver las mejoras que introdujo el gran Rey, mejoras que desenvolviera con magnificencia el genio de Napoleon.

Estendiérase considerablemente el recinto de París en el siglo XVII; la ciudad estaba flanqueada con varios arrabales á entrambas orillas del Sena los cuales aparecian rodeados con cerrados muros. París en la edad media estaba reducida á una manzana ó isla toda católica y religiosa, cuyo centro era Nuestra Señora, la santa y magnífica catedral: cerránbanla por el Sena las dos abadías S. German l' Auxerrois y de S. German de los Prados, con sus jardines, sus molinos, sus ricas propiedades y sus hornos de poya. Luego se habia remontado á París de los oficios, á la ciudad de las cofradías, con sus tabancos, y sus carnicerías, en las calles de S. Martin, S. Dionisio y en el mercado de los Inocentes, barrios activos con sus tiendas de bonetería, su platería y sus iglesias, S Eustaquio y S. Gervasio, antiguos patronos de las artes. Mas tarde París parlamentaria y de universidad, estendiéndose hasta la isla de S. Luís y del Marais, con sus calles largas y bien empedradas, y hasta el arrabal de S. German, en la verde yerba del Prado de los Clérigos. Si la ciudad católica y comerciante estaba llena de iglesias y de tabancos; la ciudad de universidad y de parlamento ostentaba casas regulares, bien edificadas, patios y plazas largamente plantadas de árboles, como las soledades de la antigua academia de Atenas. Habia tambien la París real con sus palacios, desde las Tournelles hasta el Luxemburgo, nuevamente construido; y bajando por el Puente nuevo, obra de Enrique IV, hasta el Louvre, monumento de arquitectura de todas las edades, París militar ofrecia formidables medios de defensa. En primer lugar el gran recinto de buenos muros de seis á siete pies de espesor; flanqueado por sesenta y siete torres, cada una de ellas con sus plataformas y dos culebrinas. Elevábase á las puertas de París la Bastilla, fuerte construccion capaz de resistir á un serio ataque. Si penetrabais en la Cité, no echabais de ver mas que calles estrechas con cadenas y guardaruedas. Y no sin fundado motivo habian los habitantes construido toda su ciudad en calles cerradas; de este modo ¿no era fácil detener en ellas á los francos archeros de la guardia del rey, á los mosqueteros y carabineros, que venian á imponer sus leyes á los ciudadanos? ¡Cuán favorable no era la proximidad de las ventanas á la comunicacion de los vecinos, quienes se conocian todos como francos y cordiales amigos y compadres de una misma calle, se prestaban lo necesario y celebraban en comun las mismas solemnidades! Si alguno era alcaide de barrio ú obrero de la parroquia, sabíalo toda la calle; comunicábanse á través de la puerta todas las noticias del dia; si el rey habia entrado en su buena ciudad, si celebraria sesion el parlamento, si habria casamiento y fiesta en la parroquia, si en la Cité habia mortandad, si los impetuosos vientos se habian hecho sentir durante la noche, si en algunas ciudades lejanas reinaban la peste y el hambre.

Tal era el estado de París, cuando Luís XIV, engrandeciendo los barrios y multiplicando los edificios, dió á la fisonomía de la capital un carácter mas imponente. Empedróse de nuevo toda la ciudad con anchas y bien juntadas piedras; abriéronse hermosas calles en el arrabal de S. German, tiradas todas á cordel; púdose ir en carruaje á la ciudad sin verse traqueado á cada paso; los propietarios, clérigos, y médicos pudieron renunciar á montar en su mula, y los rateros de la familia de la *Madre Juana*, tan célebre por su gerga, no pudieron encontrar abrigo en la obscuridad, por haberse colocado no lejos unos de otros, linternas y reverberos; de suerte que inundaba las grandes calles una luminosa claridad. Delineó le Notre el pomposo jardin de las Tullerías; y los arcos de triunfo de las puertas de S. Denis y S. Martin, la colunata del Louvre, los Inválidos y el Observatorio, esos dos edificios, gloriosos por si mismos, y mas aun por su objeto y pensamiento, atestiguaron el genio de los Perrault y de los Blondel.

Continuara Napoleon con actividad aquella grande obra de embellecimientos y mejoras emprendidas por Luís XIV. Mucho le debe París al que hizo ejecutar gran número de trabajos y de establecimientos útiles: el canal de l' Ourcq. los puentes de Austerlitz, de la Cité, de Jena, diferentes barrios, mercados, los cementerios actuales, etc... pertenecen á la administracion imperial, en la que no ahogaba el fausto, el sentimiento de lo útil, inseparable del verdadero genio. Elévase en la plaza de Vendoma la coluna de bronce; la segunda galería del Louvre, el arco de triunfo de la Estrella, el templo de la gloria (hoy dia la Magdalena), y el palacio de la Bolsa son otras tantas fundaciones suyas. A mas, en el centro de la plaza del Chatelet, al estremo septentrional del Pont au change, el Emperador hizo construir la *Fuente de la Palmera*, fuente que por su forma y su aislamiento, y por sus inscripciones á la memoria de los ejércitos franceses, merece el título de monumental. En medio de una taza circular de 20 pies de diámetro hay un pedestal que sostiene una coluna de 52 pies de altura; tiene su caña la forma de una palmera cuyas ramas semeja su capitel. De allí ha tomado la definicion esta fuente.

Elévanse sobre el pedestal cuatro estatuas simbólicas mayores que el natural; las cuales representan la Ley, la Fuerza, la Prudencia, y la Vigilancia.

Unidas entre sí por tener juntas las manos, forman un círculo alrededor de la base de la coluna, cuya caña dividen anillos de dorado bronce en los cuales aparecen inscritos los nombres de las victorias ganadas por los Franceses. A los cuatro ángulos del pedestal están colocados cuatro cuernos de la abundancia, cuyas partes inferiores rematan en cabezas de peces que producen cuatro chorros de agua. El frontis del pedestal que mira á la puerta del Cambio, y el opuesto, están adornados con una ancha corona de laurel en relieve, en cuyo centro se cierne una águila con las alas tendidas.

Encima del capitel de la coluna, vese una parte esférica de dorado bronce en la cual se eleva, del mismo metal, la estatua de la Victoria, con las alas desplegadas, elevando y teniendo en cada mano una corona, pues como ya lo hemos dicho, elevóse este monumento en 1807, época en que encontrábase Napoleon en el apogeo de su poder: habia triunfado en Austerlitz, en Jena, en Eilau, en Friedland, y la paz de Tilsitt acababa de sancionar sus gloriosas victorias.

POLITICA.

Del progreso del liberalismo y de la reforma de las leyes eclesiásticas en Inglaterra.

ARTICULO IV (*).

Lord Althorp ha presentado un bill relativo á que las iglesias fuesen mantenidas á costa de la masa total de la renta pública. Los disidentes han declamado contra esta medida, bajo el pretexto que esta contribucion indirecta no les seria menos gravosa, y conservaria su carácter de iniquidad. En efecto, gravar la renta pública que igualmente pesa sobre todos los ciudadanos, es hacer soportar el impuesto no solo á los disidentes, si que tambien á los individuos de la iglesia establecida; pero la cuestion se complicaba con la proposicion de lord Althorp, que queria asignar á este objeto 250.000 libras esterlinas sacadas del impuesto territorial. Este último impuesto está distribuido por los propietarios, clase que cuenta en su seno un corto número de disidentes; y advertimos que lo que se llama tasa eclesiástica, comprende muchos gastos particulares, que interesan no solamente á la iglesia, sino á la parroquia entera. Así pues, los gastos que causan los incendios, las festividades, y los oficiales que se emplean en las fiestas solemnes, las campanas, la reparacion de los relojes, y muchos otros gastos relativos á la parroquia toda, se imputan actualmente á la tasa eclesiástica, que es igualmente la que paga á todos los clérigos. Es pues evidente que deberia verificarse una reforma general en toda esa organizacion. Seria de desear que la parroquia sola pagase todos los gastos que le interesan como comunidad unida por medio de los lazos parroquiales, y que en nada interesan al servicio de la iglesia; pues seria muy justo que los gastos de música y ornato fuesen satisfechos por los fieles de cada congregacion, ó bien por medio de una suscripcion voluntaria que arreglasen; y finalmente los miembros de la iglesia establecida satisfarian los demas gastos, y de este modo no tendria lugar alguna queja de los disidentes.

(*) Véase las páginas 301, 306 y 317.

El otro agravio de que se quejan los disidentes, como es el de no quererlos sepultar en tierra sagrada, nos parece mucho menos fundado. Ellos desearian que sus mismos ministros se encargasen de ello, y sostienen que como ellos pagan la tasa eclesiástica, cuyo objeto es pagar los gastos relativos al entierro de los fieles, tienen derecho de aprovecharse del terreno que señala la parroquia á sus miembros. En efecto, siempre que muere un disidente, se está obligado á comprar un pedazo de tierra separada de la sagrada, que algunas veces la congregacion se ve obligada á comprar á un precio muy alto, para sepultarlo en ella. ¡Triste objeto de reflexion que esta hostilidad religiosa se perpetue hasta en la misma tumba! El problema no puede resolverse muy fácilmente. Supóngase que los ministros disidentes tienen derecho á sepultar sus cadáveres en un cementerio comun, y se tendrá que casi siempre habrá contacto entre el sacerdote anglicano y el de las sectas opuestas. Tal vez se obviara á estos inconvenientes si fijando legalmente el valor de la tierra funeraria, los disidentes pudieran comprarla á este precio, que actualmente varia segun los lugares y las parroquias.

El registro de los nacimientos y óbitos se verifica en la Gran Bretaña de un modo muy irregular; pues como los registros de las parroquias comprenden únicamente los miembros de la iglesia establecida, los disidentes no pueden presentar pruebas legales que puedan servir de testimonio ante los tribunales; inconveniente enorme, que obliga á un disidente á producirse en estos términos: «¿Por qué motivo carecemos de derechos civiles? Los israelitas no eran tan perseguidos en la edad media. ¿De qué modo podrémos transmitir nuestras propiedades? De qué modo podrémos asegurar la legitimidad de nuestras herencias? Nosotros estamos esculuidos de la sociedad, de suerte que nos vemos precisados á mantenernos por medio del artificio.» El remedio pues es muy fácil: que se abra un registro civil del mismo modo que en Francia; y que exista por esto el registro parroquial para los miembros de la iglesia anglicana. Los derechos de todos los ciudadanos estarian asegurados, si el registro civil fuese el único válido ante la ley, y si se consagraran religiosamente el nacimiento y la muerte.

No es de admirar que en un país en que por espacio de dos siglos se han escitado tantas leyes políticas, hayan subsistido tan graves abusos. La otra reclamacion de los disidentes no es de menos importancia. Su casamiento no se reconoce como legal; ¿pero porqué incomprensible iniquidad un cuerpo tan importante y que constituye una nacion en la nacion, se ve obligado á vivir fuera de la ley? Esa desgracia es efecto, no de una injusticia premeditada, como pudieran creer algunos, sino del espíritu de la edad media, que se ha perpetuado en nuestras instituciones. Como el matrimonio está elevado á la alta dignidad de sacramento, no puede de ningun modo exigirse que los católicos admitan la validez del matrimonio protestante, ni que la iglesia anglicana consagre la union matrimonial de los disidentes. Los ritos del

matrimonio ejercen una grande influencia en el bienestar de la sociedad; las uniones clandestinas son muy fatales á la paz de las familias; y de aquí se sigue que es necesario que el legislador sujete toda union entre ambos sexos á una sancion fuerte y poderosa. Conceded enhorabuena la libertad de conciencia, pero de ningun modo permitais la desorganizacion de la sociedad.

¿Por qué medios se podrán legalizar los matrimonios de los disidentes en Inglaterra? Se establecerá acaso que todas las capillas disidentes podrán servir á la celebracion, y que los ministros disidentes podrán dar su bendicion á los jóvenes que se unen en himeneo? Pero qué viene á ser un ministro disidente? Por ventura, un hombre que se presenta ante el magistrado, paga un schelling y articula algunas palabras? En qué consiste una capilla disidente? En una pequeña tienda, en un establo, en la esquina de una plaza pública, en otro paraje cualquiera. Ved pues aquí los tristes efectos de un admirable principio, las últimas consecuencias del individualismo protestante. Cualquier bribon que se presente á recibir un schelling para celebrar el matrimonio de los que se le presenten, podrá hacer una especulacion de matrimoniomanía, gracias al derecho que tiene cualquiera de hacerse sacerdote. Pero, ¿se dirá que se destinen ciertas congregaciones y ciertos sitios para celebrar matrimonios? No, porque se declamaria contra la violacion de la libertad. ¿Qué límite pues podrá establecerse? Se concederá acaso de derecho á una congregacion de doscientos individuos, y se quitará á otra de cien personas? Si la presencia de veinte fieles hace válido un matrimonio, ¿porqué motivo seria insuficiente la presencia de diez y nueve fieles solamente? Podrá exigirse por ventura que los disidentes compren una licencia de matrimonio? De ningun modo, porque seria un acto de injusticia y de iniquidad á los ojos de los pobres que desean igualmente contraer matrimonio. ¿Se publicarán acaso las amonestaciones matrimoniales, del mismo modo que en Francia? Pero dónde se verificará esa publicacion? Por ventura en la iglesia parroquial, abandonada enteramente por el disidente, cuyo nombre le es del todo desconocido? Podrá obligarse al ministro anglicano á leer los nombres de los esposos disidentes, y encargarse en parte de esta ceremonia que no se le confia entera? Se verificará acaso en la iglesia disidente? Pero, en qué capilla? Y ante que número de personas?

Esos innumerables inconvenientes, esa legislacion erizada de los mas graves obstáculos, provienen de la confusion que en todos tiempos se ha establecido entre el matrimonio civil y el matrimonio eclesiástico. El *Quarterly Review* conviene que es absolutamente necesario separar el contrato civil del contrato religioso, y convertir la situacion de la Inglaterra en la posicion actual de Francia, que consiste en que los esposos añadan á la legalidad del matrimonio civil las ceremonias religiosas que les parezcan preferibles, y que la publicacion de las amonestaciones sea para todos una ceremonia civil é indispensable.

Dentro poco tiempo los disidentes habrán alcanzado esas diversas demandas; pero su última reclamacion relativa á la admision en las universidades, presenta mas grave inconveniente. Todo el ascendiente moral pertenece á las universidades de Oxford, Eton y Cambridge, porque en ellas se toman los diferentes grados, y son los escalones necesarios de cualquiera existencia liberal. Escluidos pues los disidentes de las universidades, puede decirse que tambien lo son de los principales empleos; sin embargo, es muy difícil obligar á los gefes de las universidades anglicanas á recibir los jóvenes de diversa religion. ¿Cómo se puede dar una educacion uniforme á los individuos de comunion opuesta, puesto que la preocupacion del público milita en pro de las universidades establecidas? Cómo se podrá impedir ese inconveniente, siendo las universidades establecidas los mas importantes focos de la comunion anglicana? La ley no puede hacer mas que destruir todos los obstáculos que opuso la antigua jurisprudencia para que los disidentes no pudiesen disfrutar completamente de los derechos de ciudadano. Los demas inconvenientes solo pueden cortarlos la segur del tiempo, el curso de las costumbres y de los usos.

La larga hostilidad de las sectas disidentes toca pues, á lo menos en parte, el término de su objeto; supuesto que no queda duda alguna sobre la necesidad de las concesiones indicadas. El único problema que resta por resolver es la suerte de la iglesia establecida, porque sus enormes riquezas, sus derechos adquiridos, sus altas pretensiones y los beneficios de que dispone, ha escitado contra sí misma el furor de los democráticos y todos los esfuerzos de los escritores radicales.

Mucho tiempo ha que se han revelado las quejas secretas ó manifiestas de la iglesia; ocupémonos pues de su situacion á manera de políticos, mas no declamadores. Los vicios que se le imputan son inseparables de la humanidad; de suerte que nadie aguardará seguramente que en una sociedad compuesta de mas de diez mil individuos, no haya efectos de debilidad ú otros errores, ni que se presenten en ella esclusivamente el talento y la capacidad. La ambicion temporal, la indolencia, la avaricia, la superstición y la cobardía, tendrán parte en las decisiones de aquellos que desearan reunirse. ¿Porqué motivo debemos estraviarnos en lo relativo al gobierno? No ignoramos que todos los eclesiásticos sin escepcion deberian ser los amigos de los pobres y los limosneros de los ricos, los que debieran procurar la union de todas las clases de la sociedad; pero debe observarse al mismo tiempo que no todos los soldados de un ejército son valientes, ni todos los artistas hombres de genio. El peor medio de pacificar el estado seria seguramente atacar la propiedad de la iglesia anglicana, como desearan los radicales, y destruir las dotaciones creadas á favor de la iglesia; porque, ¿por ventura deberán igualmente anularse las dotaciones de los disidentes? Seria acaso necesario proscribir las dádivas que podrian hacerse al clero en adelante, y anular todas las concesiones que se le han hecho?

Semejante desprecio de la propiedad seria considerado como la mas abominable injusticia, y por otra parte el tesoro público sacaria muy pocas ventajas de esa confiscacion. Por mas que un canciller del *echiquier* presente al público hipotecas sobre las rentas eclesiásticas, no obstante seria un recurso muy frágil y voluble. Ya no hay mas diezmo: auméntanse las rentas del propietario: ya no hay mas tributos, y ya sirven solo para aumentar la propiedad del lord.

La iglesia no es mas que una ruina pintoresca y venerable: el ministerio del cura párroco se ve desempeñado por cualquier comerciante retirado. En vano se pretende encontrar en una pequeña poblacion aquel hombre aislado que se roza con las clases elevadas por medio de una educacion distinguida, y cuyas obligaciones le enlazan con las clases inferiores; en vano se busca allí aquel sacerdote perteneciente muchas veces á una familia noble, y que sacrifica sus brillantes esperanzas á una vocacion mas humilde y apacible. En muchos pueblos de Inglaterra se ve al sacerdote distribuir públicamente en limosna una cantidad cinco veces mayor que la que recibe de la iglesia. Muchos jóvenes de familias ricas abrazan con celo apostólico la carrera eclesiástica. Pertenecen á esa clase las casas mas ilustres, las familias mas distinguidas, y las mas florecientes de Inglaterra. «Ignoramos, dicen los torys, si la Inglaterra podrá felicitarse mucho al ver sus rectorías convertidas en un grupo de miserables chozas moradas por los gefes de treinta sectas rivales, todas igualmente pobres y enemigas, cuyo objeto es hostilizarse y destruirse mútuamente. Ocupados en procurarse una subsistencia precaria en una congregacion nómada, caprichosa y demasiado exigente, solo podrán ejercer una efímera influencia sobre la poblacion que dirigen.»

Si bien es verdad que la iglesia de Inglaterra necesita mas amplia reforma, pero tambien lo es que debe verificarse por sí misma. Dejemos que cumpla con su empresa, y los buenos ciudadanos clamarán uniformemente por la correccion de los abusos introducidos en el modo de conferir los beneficios, bien que nadie pretenderá defender los derechos de la nacion á la espoliacion de los bienes de la iglesia, espoliacion reconocida infame, si el último de los ciudadanos tan solamente fuese víctima de ella. No es mi objeto hablar del diezmo, porque es una cuestion enteramente agena de mi intento, y que es por sí sola capaz de escitar las mas fogosas pasiones. No falta quien diga que seria muy útil reducir los beneficios á una misma renta, pero el inmenso trastorno que exige semejante operacion, seria mayor mal que el daño que se pretende remediar. Segun un cálculo exacto, la suma total de la renta eclesiástica de Inglaterra asciende á 326 libras esterlinas por ministro, si llega á verificarse completamente semejante distribucion. El gran número de ministros pobres que pululan en la comunion anglicana son un objeto de conmiseracion; pero de qué modo podrá remediarse esta desgracia? Cómo será posible impedir que muchos jóvenes sin fortuna emprendan una carrera tan honrada? Algunos á lo menos llegan á tener comodidad, pueden contraer matrimonio sin peligro ni imprudencia, y si se verificase la revolucion que pretenden los reformadores, veríase una multitud de ministros indigentes y padres de familia deplorar amargamente la igualdad de su miseria, de su miseria sin esperanza de remediarla.

La comunion anglicana ocupa actualmente un puesto muy importante en el movimiento de nuestra política. Además de los disidentes, sus mortales enemigos, tiene que hacer frente á los reformadores, á un gran número de whigs, y á sus mas peligrosos enemigos, esos eclesiásticos que no permiten que la investigacion pública penetre en el interior de su misteriosa organizacion. La resistencia de esos últimos es inútil y aun peligrosa; y en lo tocante á la completa ruina de la iglesia anglicana, la casa de Brunswick considera mas de una vez ese apoyo sólido, esa masa adicta á los privilegios de la corona, este cuerpo venerable que destronó á Jaime II é hizo reinar á Guillermo III en su lugar.

Sin embargo, todos los dias hacen bambolear su existencia, al parecer consolidada prodigiosamente; grandes clamores se elevan diariamente contra los dos principales abusos de que el clero se ha hecho culpable, la pluralidad de beneficios, y el no residir en parte alguna. Seria de desear que se impusiese á los ministros la severa ley de una constante residencia en su diócesis, y la necesidad de no poseer mas que un beneficio. Un miembro de la iglesia, el doctor Burton, ha propuesto una tasa sacada de los beneficios ricos y destinada á favor de los curas pobres. Sea como fuere, la reforma es inminente, y la columna antes inmóvil de la corona empieza á conmoverse, de suerte que se trata ya de quitar á los obispos su derecho á la dignidad de par. Esta respetable aristocracia, en cuyo auxilio se levantan algunos talentos de primer órden y una antigua veneracion, sostendrá vigorosa, pero inútilmente tal vez, la terrible lucha que le amenaza.

Por lo tocante á los disidentes, va ya á aparecer la hora que debe coronar su triunfo, que al parecer será de su muerte misma. Los privilegios que forzosamente deberán concedérseles, los confundirán con la masa de los ciudadanos, y protegerán la division de fuerzas que hemos indicado mas arriba. Mientras formaban un cuerpo perseguido, se aprovechaban de las ventajas que les ofrecia esa posicion singular. Muchas peligrosas inteligencias, muchos espíritus entusiastas y audaces adoptaban con trasporte un medio seguro de producir el efecto. Los ministros de esas sectas llenaban con obras y predicaciones exaltadas, cuyo mérito consistia únicamente, parte en apariencia de conviccion y parte en charlatanería, una vida rodeada de admiraciones y calumnias, vida de sectarios y gefes de partido. Las sectas disidentes pueden prometerse muy poca gloria en adelante: su esplendor consiste en la lucha.

¡Cuántos síntomas reunidos pronostican la marcha inevitable de las instituciones inglesas, hácia un nivel al parecer irreconciliable con sus antiguas máximas! El ministerio whig se ve atacado por sus antiguos amigos; O'Connell domina la Cámara; Brougham rivaliza con O'Connell. Al lado de estos síntomas y en una línea paralela deben colocarse las concesiones que deberá hacer la iglesia anglicana á las sectas disidentes, y el rango á que se elevarán, á pesar de todos los torys, estos protestantes del protestantismo.

Vemos pues á las olas democráticas de las opiniones disidentes confundirse con el gran rio de las opiniones liberales y radicales, despues de haber combatido con la madre pedregosa en que las encerraran nuestras instituciones. El edificio protestante propiamente dicho quedará terminado en el momento mismo en que los disidentes se igualen libremente con los miembros de la iglesia establecida; desde el momento en que los católicos mismos, tan temibles en otro tiempo para el populacho inglés, reconquisten el derecho de gozar los privilegios de vecindad. Amanece ya el indiferentismo

en el horizonte de la comunion anglicana y nadie puede dudar sobre este síntoma mortal.

La cuestion política y religiosa desde 1688 se halla pues enteramente fuera de su lugar. O'Connell, que como católico é irlandés no hubiera sido escuchado bajo Guillermo III, se ha convertido en el miembro mas influyente de la Cámara; y si bien no se halla investido del poder nominal, sin embargo la mayoría de de los Comunes es dirigida segun la voluntad de O'Connell y el partido que milita bajo su mando. Dueño de unos doscientos votos, puede disponer del ministerio, como le plazca, pues dirige una formidable confederacion conpuesta de católicos, radicales, deistas y ambiciosos. Así pues, es preciso que los whigs se sujeten á su voluntad, si pretenden subsistir; el rumbo está trazado ya, y es muy difícil dejar de seguirlo. Nosotros no ponemos la menor duda en que á la emancipacion de los disidentes sucederán la estincion de los diezmos y la reforma tan importante del clero. Ojalá que el genio protector que ha sostenido la Inglaterra en medio de tantas tempestades, y que de reforma en reforma, de modificaciones en modificaciones ha sabido adaptar sus antiguas instituciones á sus nuevas necesidades, pueda presidir tambien á las graves variaciones que se anuncian!

INDAGACIONES SOBRE LOS ENANOS.

Llamamos enanos aquellos seres cuyas partes todas del cuerpo han sufrido una disminucion general y cuya talla en consecuencia preséntase muy inferior á las tallas medianas de su especie ó raza. Esta definicion, que es de Mr. Godofredo Saint-Hilaire, cuadra perfectamente á Matías Gullias, enano de veinte y dos años que pareció en una de las últimas sesiones de la Academia. Nacido de padres bien conformados ó hechos, á los cinco años dejó de crecer, siendo voluminosa su cabeza, espresiva y regular su figura, si bien sin asomo de barbas; ancho y desenvuelto su pecho, derecha su columna vertebral, y proporcionados á una talle de 3 pies sus brazos y piernas.

De enanos han hablado los mas antiguos escritores, y aun admitian poblaciones enteras de ellos en las regiones mas áridas y secas del Africa. Su hipótesis empero carece de fundamento, y la existencia de los Trogloditas en la Abisinia no merece mas crédito que la de los Pigmeos, hombrecillos á quienes suponian los Griegos en continua guerra con las grullas. Hecha abstraccion de tales naciones imaginarias, y de algunos casos particulares, tales como lo que se cuenta de un poeta llamado Kletos, tan pequeño y ligero, que habia que colgarle pedazos de plomo para que no le llevara el viento, es incontestable que hubo enanos en la antigüedad. Uno tenia Marco Antonio cuya talla llegaba á 2 pies, al cual por burla daba el nombre de Sísifo. Y Domiciano juntó de enanos un número bastante considerable para poder formar con ellos una compañía de gladiadores. En los tiempos modernos hállanse tambien en el nuevo continente.

Cuando los españoles conquistaron á Méjico, en el palacio de Motezuma encontraron muchos enanos que se tenian para diversion del príncipe. En Europa, caida á fines del siglo XVI la moda de los bufones de corte, confióse á los enanos su triste ministerio. Catalina de Médicis habia reunido una porcion de entrambos sexos, entre los cuales divirtióse en formar matrimonios, estériles casi siempre. Cítase tambien á una electora de Brandeburgo, que tuvo el disgusto de no poder legar para recreo á la posteridad una raza de tales diminutos seres. La regla sin embargo tiene sus escepciones como todas. No hace mucho que los periódicos ingleses anunciaban haber nacido en Lóndres un enano de 13 pulgadas y media y de 1 libra 4 onzas de peso. Pero no obstante su sazonado nacimiento y á tiempo, y la perfeccion de su esterior, no vivió mas que una hora. Y lo que mas notable hace el hecho es la talla de los padres del enano muerto al nacer, Don Santiago de los Santos y su esposa Ana Hopkins, quienes lejos de tener regular estatura, como sucede en casi todos los que engendran enanos, son al contrario enanos tambien. Don Santiago es hijo de Manila; fué abandonado á sabiendas en un bosque, del cual le sacó el virey, que le encontró yendo á cazar y se apiadó de él. Su padre tiene 6 pies y medio y su madre mediana talla. Mas él no pasa de 25 pulgadas de altura no obstante de tener ya cuarenta años. A su esposa, de edad de treinta y un años, conocióla en Birmingham; le lleva 13 pulgadas. Amáronse desde el primer momento de vistos, habiéndose verificado su enlace en dicha Ciudad el 14 de julio de 1832. Disfruta Don Santiago de buena constitucion, habla varios idiomas y es inclinado á la música y al arte del joyero. Bebe comunmente agua tibia, y solo los dias festivos se permite un poco de vino de Francia. Su esposa es notable por su hermosura, y son en resúmen un perfecto matrimonio.

El nanismo puede ser temporal únicamente. En M. Virey hallamos la historia de un niño enano que á la edad de quince años creció rápidamente, y no tardó en llegar á la altura de 5 pies. Sucede otras veces que personas que habian nacido con proporciones regulares, cesan de repente su crecimiento general, y quedan para el resto de su vida á menos de la talla del adulto, y este es el caso de Matías Gullias. Los niños, últimamente, que son estraordinariamente pequeños al nacer, son enanos en todas las épocas de su existencia; y en estos tres géneros de casos vienen comprendidas todas las anomalías por defecto de talla.

Son los enanos por lo comun irascibles é inquietos. Su circulacion y demas funciones son mas rápidas, siendo mas circunscrito el espacio que han de recorrer, y por esta razon entran mas pronto que la generalidad en la pubertad y hállanse viejos y achacosos mas temprano por que recorren mas presto el círculo de su vida. Algunos de ellos mueren caducos y enfermos antes de los 25 años; otros empero conservan buena la salud en una edad ya muy avanzada. Unos, como el célebre Bebé, son casi idiotas; otros á la inversa, á ejemplo del gentilhombre polaco Borwilaski, se manifiestan con un talento no comun. Jeffery Hudson, favorito de Enriqueta de Francia y reina de Inglaterra, dió pruebas de valor; siendo notorio que habiéndose indispuesto con un tal Croft, no reparó en desafiarle. Batiéronse con

pistola y á caballo, Croft quedó herido de muerte al primer tiro.

Las causas del nanismo no se han apeado perfectamente. El raquitismo ó raquitiquez sin embargo es el que mas comunmente engendra semejantes altos ó detenciones en el desarrollo general que sobrevienen despues del nacimiento, y raciocinando por analogía, la misma causa parece se podria atribuir á las que sobrevienen durante el curso de la vida fetal. Confirma esta opinion el que casi todos los enanos presentan desde su primera infancia todos los caracteres de lo que se llama constitucion requítica. El esqueleto de Bebé presenta palpables curvaturas en la espina dorsal y huesos de las piernas. Es mas bien hecho Matías Gullias, en quien ninguna traza de raquitiquez se observa; siendo además cultivado su talento y hablando como habla cinco idiomas, el croacio, el ilirio, el aleman, el francés y el italiano. Monta, dispara un fusil con soltura, y habla agradablemente. Declaróse en él la pubertad á la edad que en lo comun de los hombres, y ha pensado en casarse con una persona de su talla que encontró en Italia.

ISABEL DE BAVIERA, REINA DE FRANCIA.

1371. — 1435.

Isabel ó Isabela, hija de Estévan II, duque de Baviera, y reina de Francia, nació en 1371. Su hermosura, el crédito de su casa, la necesidad en que se hallaba la Francia de robustecerse por medio de una alianza en Alemania, fueron las principales causas de su enlace con el jóven rey Cárlos VI. Hasta esta fecha se han desconocido los principales caracteres del reinado de Cárlos VI, los cuales conviene deslindar si se quieren esplicar las revueltas populares de su época juntamente con la parte que en ellas tomó madama Isabela.

Hasta el fenecimiento de Cárlos V, habia sido puramente de la clase media el movimiento político; de suerte que si las mas ínfimas clases habian levantado cabeza alguna vez, particularmente en las provincias, fué solo un eco de la revolucion de aquella. Bajo Cárlos VI, influyó en la administracion la gente del campo; la de las ciudades ya no es tan turbulenta, tan codiciosa de la suprema autoridad; el pueblo mas bajo es quien se agita y da la ley, no solo en la ciudad, sí que tambien en el consejo del príncipe. Los ciudadanos ricos quieren el órden y la paz, montan guardia, pagan sin murmurar los impuestos; mas los barrios bajos se sublevan y exigen concesiones. El segundo notable hecho de esta época es la facilidad con que la dominacion inglesa se establece en París y en la mayor parte de la Francia. Sin duda contribuyeron al poderío de Enrique V, y del duque de Bedfort la desgraciada batalla de Azincourt y la superioridad de los archeros ingleses; pero es una verdad que jamás se solida un gobierno si carece de simpatía y afeccion. Preciso es confesarlo, existia tal afeccion, la cual encontramos en el parlamento, en la Universidad de París y en el pueblo de los arrabales. La causa de Cárlos VI y del Delfin era la de los gentileshombres; el trono del rey inglés Enrique V, confundia sus intereses con los de la clase media, de los clérigos y de los gremios. Largos poemas hanse escrito sobre el regocijo del pueblo cuando el restablecimiento de Cárlos VII, y sin embargo nada de esto hubo. Al contrario, lloraron el parlamento, la universidad y los arrabales. Cosa estraña! una de las popularidades de la época fué Isabel de Baviera, cuya vida vamos á bosquejar; la misma Isabela que firmara el tratado por el cual pasaba la corona al rey de Inglaterra!...

Trajo á Francia á Madama el Duque Federico de Baviera; vino á Amiens so color de una romería, donde vió al Rey de diez y siete años á la sazon; vestia con lujo y magnificencia, por lo cual dijo Brantome que fué ella la que introdujo en Francia la desenfrenada pasion por los trajes lujosos, á la cual se entregaron despues sin reserva las señoras francesas. Tuvieron los desposorios lugar en Amiens el 17 de julio de 1385. Cárlos VI advirtió á sus buenos ciudadanos de París que la Reina haria pronto su entrada y que se preparasen á festejarla. No estaban ellos descontentos, pues cada vez que ocurria alguna grande solemnidad les concedia la corona privilegios; y por esta razon (dicen las crónicas) todas las calles se adornaron, y habia en cada encrucijada historias ó pasos y fuentes de agua, vino y leche. Los Parisienses fueron á esperar á Madama con el preboste de los mercaderes y con muchedumbre de gentes que gritaban *Noel! Noel!* El puente sobre el cual pasó la Reina estaba cubierto de un tafetan azul con flores de lis; y se encontró un hombre bastante ligero que vino de las torres de Nuestra Señora al dicho puente, y al pasar la Reina púsola en la frente una hermosa corona. Y en frente del Chatelet habia una representacion de la sala de justicia del parlamento. Al otro dia, su majestad para obsequiar á su esposa, dispuso un gran torneo y justas en S. Dionisio; los justadores los conducian damas con ropajes sembrados de oro, y los palafrenes llevaban al cuello grandes lazadas de oro y seda, que tenian cogidas en las manos las señoras.»

Poco duraron todos esos regocijos y manifestaciones tan curiosos de leer en las viejas crónicas. Y habian pasado pocos meses, y ya se esparció la voz de un adulterio entre la Reina y el duque de Orleans, hermano de Cárlos VI. Favorecia todos los desórdenes la debilidad del Rey; impusiéronse exorbitantes tributos, y los ciudadanos acusaron de ellos á Isabel y al Duque. Hallábase el Monarca entonces en un completo estado de demencia, habiendo sido confiada la guardia de su persona á la Reina, y al Duque de Borgoña el gobierno del estado. Hase ya hablado de las diferencias que hubo entre el Borgoñes y el de Orleans y del asesinato de este por noviembre de 1407, asesinato que supo con profundo dolor madama Isabela. La cual, justamente alarmada, alejóse de París donde triunfaba la faccion del Duque de Borgoña; bien que aprovechándose no mucho despues de una espedicion del Duque á Flándes, volvió á la capital con la real familia y se hizo declarar regente del reino durante la enfermedad del Rey.

De entonces ya solo se acordó Isabela de emposesionarse completamente de los negocios. Y para asegurar su autoridad hízola confirmar por medio de

una general deliberacion del parlamento, de los príncipes de la sangre, de los grandes del reino, ordenando en seguida una sesion de justicia, así llamada. Sin embargo, todas sus medidas, no bien dispuestas, no bastaron á contener al Duque de Borgoña que de nuevo se presentó en París. Habian indispuesto á la reina con sus vecinos su lujo y prodigalidad, á que atribuian todos sus infortunios. Corrió un dia gran riesgo la Reina de anegarse en el puente de Pec, y no se tardó en decirse que mayores males la esperaban si no pagaba pronto sus deudas y no disminuia la comida en su palacio; en tanto que su Majestad moria de hambre y tiritaba de frio, el ama del Delfin, no teniendo ropa con que cubrirse, si damos crédito á lo que dice el monge de S. Dionis. Por tales modos tuvo que refugiarse en Turena, al acercarse el duque de Borgoña, madama Isabela.

La paz de Chartres, firmada en 1408, dió entrada en París á la familia real. La Reina pasó á habitar el castillo de Vincennes, donde se descubrieron sus criminales relaciones con Luis de Boisbourdon, su mayordomo mayor, jóven gentilhombre de

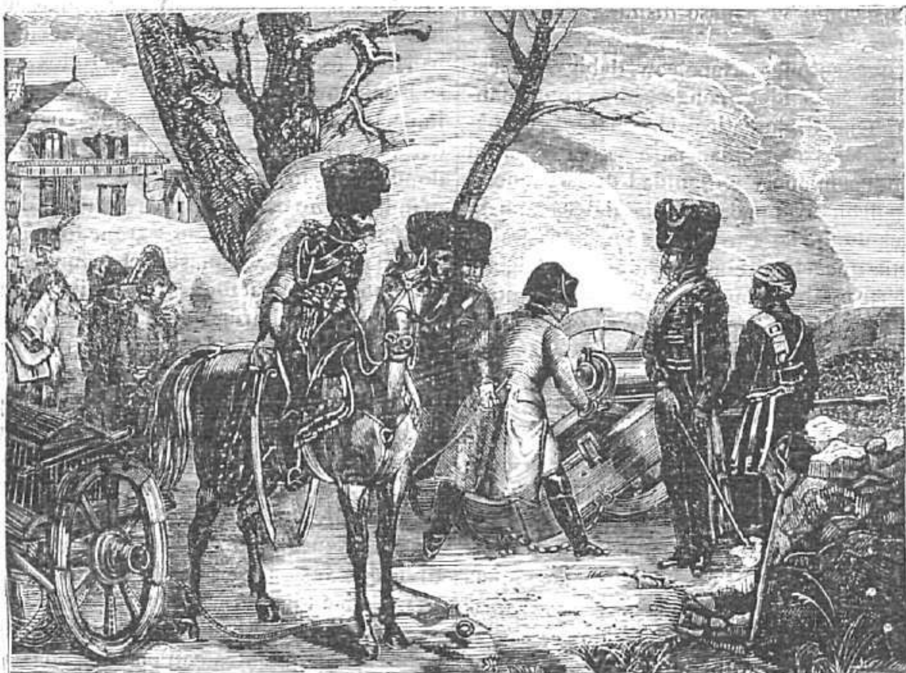


Isabel de Baviera, Reina de Francia.

los mas bravos del reino. Hízole arrestar el delfin sabedor de la escandalosa conducta de su madre; púsosele en tortura, y arrojósele luego el Sena metido en un saco de cuero con esta inscripcion: *Dejad que pase la justicia del rey!* Quedaron al mismo tiempo destituidos todos los oficiales de la Reina, y desterrada fué ella á Tours. Tal escándalo engendró entre madre é hijo un odio que nada pudo jamás borrar. La cautiva de Tours logró escaparse yendo á parar á Chartres, donde proclamó los primeros actos de su administracion, creó un parlamento, hízose un escudo donde está representada con los brazos tendidos hácia la Francia que la implora, y en todas las cédulas espedidas en su nombre, intitúlase: Isabel, por la gracia de Dios, reina de Francia, gobernadora y administradora del reino por impedimento de mi señor el Rey.»

Presentó entonces la pobre Francia la imágen del caos. Tenian en ella los ingleses un poderoso ejército, y sacaban partido para su engrandecimiento de la guerra civil. Acababa de fallecer en Montereau el duque de Borgoña, cuya muerte redujo á la Francia al último término del infortunio. Tal catástrofe, que maquinara el Delfin, subió de punto el ardor vengativo de Isabela, la cual dirigió á todas las ciudades un fulminante manifiesto contra el Delfin y sus cómplices en el asesinato del duque de Borgoña, y luego entró en negociaciones con el Rey de Ingla-

NAPOLEON EN MONTEREAU.



terra para entregarle la Francia. En Troyes y en 1420 se concluyó el famoso tratado por el cual se convino en que Enrique V casaria con Catalina, hija de Cárlos VI y de Isabela, que muriendo el Rey sucederia en la corona, y que en tanto moria gobernaria él el reino en calidad de regente, atendida la incapacidad de Cárlos. Lo cual fué violar los derechos de la nacion y derribar las leyes fundamentales del reino. El parlamento puso su sello á todo, y la Reina, á sus flancos los reyes Cárlos VI y Enrique V, entró en París, donde la recibieron con sorprendente magnificencia en los arrabales.

En 1422, Cárlos VI murió, dos meses despues de Enrique V; y entonces Isabel hallóse sin apoyo. El pueblo caprichoso hace hoy trizas del ídolo á quien quemaba ayer incienso; así es que en el centro del mismo París que aplaudia hacia poco sus medidas todas, Isabela sufrió todo género de privaciones, y tuvo que arrastrar una miserable vejez. Vino á acrecentar sus penas el tratado de Arras, aquel tratado que, reconciliando á Cárlos VII con el jóven duque de Borgoña, Felipe el Bueno, hijo de la víctima de Montereau, preparó la restauracion del rey de Francia. Murió Isabel en el Palacio S. Pol el 30 de setiembre de 1435, diez dias despues de firmado el tratado de Arras, aborrecida de los Franceses y despreciada de los Ingleses, sus aliados. Llevaron su cuerpo á S. Dionisio por el agua para ahorrar gastos, sin mas acompañamiento que cuatro personas, y el abate le sepultó no habiéndose presentado ningun obispo para hacerle funerales.

NAPOLEON EN MONTEREAU.

FEBRERO DE 1814.

Las desgracias de la campaña de 1813 y de la batalla de Leipsick habian atraido al enemigo al mismo corazon de la Francia, y el emperador Napoleon, tras prodigios de trabajo y actividad administrativa, púsose en campaña en medio del invierno en el mes de febrero, para ir en busca del enemigo que se dirigia en masas por varias colunas hácia Chaumont y Troyes. Salvada habia sido la línea de los Vosges. La batalla de Brienne no habia sido afortunada, antes habia contribuido á aumentar el ardor de los enemigos y afectó de mal modo la confianza de los soldados jóvenes; sin embargo mas bien que una victoria pudiera llamarse un gran choque militar. En esta campaña de Francia volvió á encontrar Napoleon la fuerza debida y la lozanía de accion que desplegara otras veces en las llanuras de Italia. Nada hay comparable con las correrías militares por entre terrenos pantanosos para trasladarse de uno á otro punto y sorprender al enemigo con fuerzas que no esperara; mas de una vez viéronse im-

provisamente atacados el viejo Blucher, el prudente Schwartzenberg ó Sacken, pagando caramente el honor de haber introducido el pie en el sagrado suelo francés. A los ojos de los aliados equivalia la presencia del Emperador á un poderoso ejército, por lo cual informábanse cuidadosamente del lugar en donde se hallaba, dependiendo de tal noticia su modo de operar; de tal suerte, que el mismo guerrero á quien se perseguia como á vencido, forzaba aun á la retirada á sus enemigos como se hallase dispuesto á aceptar una batalla.

Es cierto que entonces Napoleon debia apetecer algunas victorias hallándose congregado y continuando sus conferencias diplomáticas el congreso de Châtillon, pues ventajas convenian para asegurar en tal congreso la independencia y dignidad de la Francia. Hallábase Napoleon acampado á orillas del Sena cuando recibió del duque de Tarento varios mensajes en que le advertia que el ejército de Silesia se dirigia á Paris cuya suerte estaba comprometida si pronto no se le contenia. Dicho ejército, formado de rusos y prusianos, manifestaba desconfianza de las tropas austriacas y deseaba ser el primero en entrar en la capital de Francia. *París! París!* este era su universal grito. Se ha dicho que habian escrito por entusiasmo los soldados tal palabra en los morriones. Llenos de ardor é impaciencia dirigíanse precipitadamente hácia Meaux, dejando con débiles guarniciones las ciudades del tránsito, las cuales destinaban á contener á los paisanos y gente del campo, que se habian armado é interceptaban los caminos y detenian los correos. Al mismo tiempo dirigíase hácia la llanura de Vertus el feld-marical Blucher precedido del cuerpo del general Sacken.

Amenazado París de una formidable catástrofe, ofrecia el mas lúgubre aspecto, cuando despues de haber sido el centro de las diversiones y el santuario de las artes, convertíase en refugio de los hospitales ambulantes del ejército. Habian cesado los abastos del Sena y del Mearne, á que debian sus moradores riqueza y subsistencia, desde que fuera teatro de la guerra el país que riegan dichos dos rios; y los mismos buques portadores antes de la abundancia, éranlo entonces de heridos y moribundos; huíase de los paseos públicos porque por todas partes no se hallaban mas que soldados mutilados por la metralla; bravos militares, preciosos restos de tantas batallas, arrastrábanse por las calles demandando socorro. Poblaciones enteras, en fin, que abandonaban sus hogares invadidos, volaban á refugiarse en la capital, y escitaban la pública piedad con el relato de sus desgracias. El deplorable cuadro de tales infortunios alarmaba tanto mas á los Parisienses, en cuanto ellos mismos iban á estar espuestos á semejantes males; en una palabra la perspectiva de tantas calamidades, consternando los ánimos, producia una fermentacion cuya imágen no podria descubrir elocuencia alguna.

El emperador Napoleon, en una de aquellas luminosas auroras que en sus dias gloriosos alumbraran su carrera militar, propúsose dejarse caer sobre el flanco del ejército de Blucher por medio de una marcha rápida. Este general, por haberse separado demasiado del príncipe Schwartzenberg, y con haber dispersado sus divisiones, habíalas puesto fuera de estado de combinar sus operaciones y mutuamente socorrerse. Dió pues á Napoleon el medio de recorrer á su acostumbrada táctica, que era cortar al enemigo para caer en seguida con fuerzas reunidas sobre las divisiones aisladas, lo cual ejecutó en Champaubert, Montmirail y Vauchamps.

La accion de Champaubert, tan gloriosa para Napoleon, no fué sin embargo sangrienta, dando irrefragable testimonio de que las espediciones bien concebidas pueden tener resultados muy decisivos sin mucha sangre. En Montmirail fué mas encarnizada la lucha: hacia horas que se habia trabado y conservaban aun sus posiciones ambos ejércitos, y la accion no se hizo general hasta la tarde, cuando llegó la guardia imperial. La artillería, colocada en el centro, hizo continuo fuego sobre la granja ó cortijo de Grénaux, donde estaban las principales fuerzas del enemigo; mandó el emperador al general Friant destacar á cuatro batallones de antiguos granaderos para con ellos atacar el cortijo y tomarle; el príncipe de Moskowa, al frente de los batallones, les animaba con su valor. Tan cercanos se pusieron unos de otros los combatientes, que no pudieron servirse de las armas de fuego, y tuvieron que recurrir á la bayoneta; fué terrible la porfía, y parecia indeciso el éxito, cuando Napoleon hizo avanzar su guardia de caballería. Siempre que desfilaba un regimiento saludaba con grandes vivas al Emperador y luego marchaba al trote. Al presentarse los guardias de honor díjoles Napoleon con fuego: «Valientes jóvenes, en frente teneis al enemigo: ¿consentiréis que vaya á París? —No, no irá» gritaron todos á la vez blandiendo sus sables. Nobles y jóvenes como eran, precipitáronse con ímpetu sobre masas de infantería rusa, contentos con perecer por la defensa del suelo patrio. Sucedió pronto un profundo silencio al ruido del cañon y al fuego cerrado de la infantería, y el enemigo, temiendo no poder abrir paso, retiróse por entre campos en el mayor desórden. Persiguióle la division Ricard hasta el bosque de Nogent, aumentando la victoria de Montmirail el entusiasmo del ejército. Desde que se empezara la campaña, jamás se sucedieran con tal rapidez victorias tan importantes compradas con menos sacrificios.

Mientras que el Emperador libertaba el Marne y rechazaba hasta casi de Reims los cuerpos de rusos y prusianos, reunian numerosos refuerzos para agregárseles y reparar las pérdidas que sufrieran. Triunfaba el ejército de Francia en los llanos de Vauchamps, cuando supo Napoleon que el príncipe Schwartzenberg amenazaba á París. Deja repentinamente las operaciones del Marne, y en la mas rígida estacion marcha con rapidez para combatir el ejército austro-ruso. Llegado á La Ferté, despues de catorce horas de marcha, pensó que le precediera el cuerpo del duque de Tarento, en número entonces de mas de doce mil hombres. Entusiasmado el ejército con sus triunfos obedecia ciegamente, y habiendo salido vencedor de Rusos y Prusianos, debia de pensar que seria fácil y decisiva la derrota de los Austríacos. En consecuencia de una celeridad admirable, encontráronse reunidas en el espacio de dos dias de invierno todas las tropas, despues de haber combatido en el Marne y en el Sena, á mas de treinta leguas de distancia. Tal concentracion contuvo la marcha rápida de los aliados, que formaron entre Guignes y Nangis para hacer frente á las fuerzas de Napoleon; el cual sabedor de que ocu-

paba la última poblacion una division rusa, resuelve atacarla; avanza entonces á la bayoneta un batallon del famoso regimiento 32°, fórmase inútilmente en cuadro la infantería rusa desplegada en la vasta llanura de Mormant; pues le rompen las cargas de caballería, en las cuales tomó una gloriosa parte, una division de dragones venidos de España. Despues de la accion quisieron cubrir la retirada nubes de cosacos; mas por todas partes fueron rechazados y destruidos: sus raros trajes de colores chillones resaltaban en la llanura cubierta de nieve, no pudiendo menos el observador de fijar la atencion en tal conjunto de circunstancias, que trajera á los campos de la Brie caballos andaluces y tártaros para espirar juntamente unos y otros sobre los muros de París. En esta accion, dicha batalla de Nangis, perdieron los rusos pasado de cuatro mil hombres, doce cañones y cuarenta cajas de víveres.

El dia siguiente fué la lucha en Montereau, ciudad situada á 20 leguas de Sanes, donde se juntan el Yonne y el Sena, perdiendo aquel rio su nombre para formar parte de este. Si como salimos de París, vamos rio arriba del Sena, tendrémos cuando estemos á la vista de Montereau, á la izquierda, la montaña de Surville, encopetada con las ruinas de un castillo antiguo, y á derecha toda la ciudad en medio de casas y viñedos, rodeada de los ricos llanos del Gatinais. El puente de Montereau ofrece doble interés histórico, tanto por el asesinato del duque de Borgoña, Juan sin Miedo, como por la batalla en él dada por Napoleon, habiendo sido á distancia de cuatro siglos testigo de la agonía de dos dinastías, de las cuales salvóse una con un crímen, y no pudo la otra salvarse con una victoria.

Pasada la accion de Nangis, la caballería francesa, fatigada con treinta y seis horas de marcha, necesitaba descansar; no pudo aprovecharse del triunfo porque estaba imposibilitado de perseguir al enemigo, quien se aprovechaba así de esta circunstancia para salvarse y recogerse en las alturas de Montereau y el castillo de Surville: posicion que no solo cubria á los puentes de la ciudad, sino que protegia tambien la retirada. El príncipe Schwarzenberg, despues que hubo hecho pasar el Sena á sus bagajes y á las tropas de su reserva, aportó para la defensa de tan importante puesto, dos divisiones austriacas y el cuerpo de Wurtemberg, de cerca de diez mil hombres. El general Chateau, yerno del duque de Bellune, empezó el ataque, siendo rechazado con pérdida; ese jóven volvió á la carga tres veces, y luego habiéndose puesto al frente de los escaramuzadores ó escopeteros, fué herido mortalmente queriendo pasar el puente de Montereau.

El general Gerard, que mandaba la reserva llamada de París, iba á socorrer el segundo cuerpo y á remediar el desórden que ocasionara la derrota de las tropas de Chateau, cuando Napoleon le invistió del mando de dichas tropas autorizándole que volviera á empezar el ataque segun sus miras. Los de Wurtemberg de Austria, aprovechándose de la escelente posicion y del fuego de cuarenta piezas de artillería, recibiéronle sin menearse, y hasta las tres de la tarde fué muy animado el combate. Viendo Napoleon que únicamente una accion combinada y general podia darle la victoria, concentró parte de sus fuerzas, y se puso al frente de ellas con su estado mayor. Avanzaranse al instante treinta mil soldados y sesenta piezas de artillería, á los cuales siguió el general Pajol, que llegó con su division por el camino de Melun. Al descubrir las tropas recien venidas, en gran parte compuestas de guardias nacionales de Bretaña y de Poitou, díjoles vivamente Napoleon: «Dad muestras de lo que valen los hijos de Oeste, defensores en todos tiempos de su país y los mas firmes apoyos de la Monarquía.» Palabras que electrizaron á los valientes Bretones, los cuales subieron por el flanco de la mesa que ocupaban los aliados y les atacaron con vigor.

Fuérale empero ya fácil al enemigo clavar su artillería: no importa, súbese á fuerza de brazos la de la guardia, dirígela Napoleon, colócola, apúntala, alúmbrase como un volcan la montaña, respónden las balas enemigas silbando y reboteando en la meseta. El Emperador permanece impasible en medio de la metralla, y cuando se intenta retirarle, «Dejad, dice, mis amigos, dejadme (y en esto subíase á una cureña) está aun por fundir la bala que ha de matarme. Los guardias nacionales, bretones, protegidos por esta artillería temible cuyas balas parece conducir el ojo de Napoleon, apodéranse á la bayoneta de Melun, al mismo tiempo que el general Pajol penetra con su caballería hasta la entrada del puente, donde encuentra Rusos y Vurtembergenses de tal modo amontonados, que no ya bayonetas enemigas sino cuerpos humanos le impiden pasar, y no hay mas remedio que ábrirse paso con el sable por salir montones de gente. Dirige entonces Napoleon hácia un solo punto todo el fuego de su artillería, y cada una de las balas que pasan la larga línea del puente destruye filas enteras. Rómpese el puente y en un instante cúbrese de hombres y rojea de sangre el Sena y el Yonne. La carnicería duró cuatro horas.

Al ruido de la victoria salen de sus casas los habitantes de Montereau, y de oprimidos que estaban pasan á ser opresores. Irritados de los malos tratos que les dieran, preséntanse preñados los corazones de deseos de venganza, y levantan barricadas en las calles mientras las mujeres y niños arrojan tejas y piedras al enemigo desde los altos de las casas. Arrancan unos armas á los prisioneros, de las cuales se sirven contra los que huyen, preséntanse otros á los soldados vencedores para guiarles por aquellos caminos. Esta victoria, que hizo decir á Napoleon: «Aliviado tengo el corazon, pues acabo de salvar á la capital de mi imperio!» le grangeó cuatro banderas, y seis piezas de artillería. Estimóse la pérdida total del enemigo en mas de seis mil hombres, entre los cuales vió perecer cerca de la mitad de los suyos el príncipe de Wurtemberg.

Todavía se conserva colgada de la bóveda de la iglesia de Montereau la espada de Juan de Borgoña. Y en todas las casas fronteras á la meseta de Surville reconócense señales de las granadas de Napoleon.

ENCUENTRO RARO.

En setiembre de 1833, iba yo de Ginebra al valle de Chamunix. Al terminar la primera jornada, entre Clusa y Sallenches, hallábame cerca de la mara-

villosa gruta de Balme que se abre en la montaña á 700 pies encima del Arco, rio que fecunda el valle. El gobierno sardo, que sabe sacar dinero de todas las curiosidades de sus estados, tiene arrendada la esplotacion de la gruta, ó en mas claros términos, tiene concedido el monopolio de guiar á los viajeros á una ciudad saboyarda que le paga por ello un censo anual.

La tal arrendadora se ha visto obligada á ejecutar á sus espensas trabajos considerables con el objeto de substituir, en el flanco de roca, subidas inclinadas y fáciles á la espantosa serie de escalas que se debian antes trepar, teniendo siempre á los pies un abismo, para llegar al orificio de la gruta.

Dejado que hube mi coche en el valle, púseme en tren de escalar la áspera subida, siguiendo las huellas de una jóven de acento y genio italianos, cuyo ligero andar juntamente con su talle esbelta y graciosa y su tez aceitunada me trajeron á la memoria la *Fenella* de Walter-Scott. No intento hacer aquí la descripcion de esa maravillosa caverna, ni de su espantoso boqueron: el cual, á modo de un pozo, abrasa á los pies á tres ó cuatro cientos pasos de la entrada y deja percibir el ruido de las aguas subterráneas que atraviesan sus profundidades.

Despues que hube admirado todas las bellezas y caprichos de la naturaleza á que prestaba una incierta luz la antorcha de mi guiadora, preparábame ya á bajar, habiendo cedido á su invitacion de inscribir mi nombre á continuacion de los de una multitud de viajeros deseosos de transmitir á la posteridad un vestigio de su viaje. Iba maquinalmente hojeando el registro, cuando un nombre cancelado de un modo particular pero cuyas letras era aun posible interpretar, me arrancó una esclamacion que hizo acercar á mí mi jóven compañera.

«¿Porqué razon (le pregunté) han lavado al parecer este nombre? Miróme ella con una espresion de estraordinaria inteligencia procurando adivinar en mis facciones mis pensamientos, y luego me dijo: ¿V. es francés ciertamente? no es verdad? Y diciéndole yo sí, pues bien, (dijo), vais á saber la historia.» Salimos de la gruta, y en tanto que íbamos caminando hácia el valle, hízome el siguiente relato en una diccion viva y animada, que á tiro de ballesta descubria su orígen estranjero, y cuya naturalidad será difícil que pueda yo reproducir.

«Hace algunos meses (empezó) que una sociedad de tres viajeros jóvenes se presentó para visitar la gruta. Como de costumbre, me incumbió á mí el dirigirles. Llegó á poco otro curioso con un criado, á los cuales tuvo que guiar mi señora. Al volver de la caverna habíamos encontrado á los recien venidos, mas como no permitia la obscuridad distinguir sus rostros, mis acompañados, que parecian gente alegre se contentaron con hacer zumba de su acento.

«Estaban ya por salir, cuando, lo mismo que á V, les advertí que se habian olvidado de inscribir su nombre al llegar. Uno de ellos, á quien trataban los otros con ciertas atenciones, sin embargo de ser al parecer todos de igual edad, contestóme que no solian ellos hacer tal cosa; púsose en seguida á hojear el registro como por pasatiempo leyendo en alta voz algunos nombres y haciendo alegres comentarios sobre ciertas inscripciones. Mas llegado al último foleo, arroja un grito de sorpresa pronunciando el nombre que á V. le ha chocado.

Acércanse los demas, y los tres se miran por un instante con singular espresion. De repente el primero, como sobrecogido de una súbita idea, coge vivamente el libro, y mirado y remirado nuevamente el nombre, «Aquí está, dijo, es el mismo que hemos encontrado! Amigos, continuó, Dios le pone en nuestras manos para que pague al fin su infamia. «Busquémosle,» responden los otros dos echando á correr. Quedé yo como atontada no sabiendo lo que imaginar, pero asustada de sus voces y gestos y con el presentimiento de una desgracia.

«Arrebátanme la antorcha de las manos y se meten en la gruta, destruyendo con la cabeza, sin sentirlo en el calor de la precipitacion algunas estaláctitas. Pero en seguida, temiendo sin duda estraviarse por esas enredosas vias, vuelven á mí que les seguia de lejos temblorosa, y me arrastran, me empujan delante de ellos mandándome que les guie.

«Así recorrimos varias galerías sin poder dar con los viajeros, que suponia yo eran el objeto de sus pesquisas, y comenzaba yo á concebir esperanzas de que habian salido ya de la gruta, cuando el sonido de una voz vino á helarme la sangre en las venas. El ángulo de una revuelta era la sola cosa que separaba á los infelices de nosotros. Al ruido, lánzanse los tres jóvenes, poniéndome á un lado, y guiados por la luz de mi ama, precipítanse hácia los estranjeros...

Habíame yo quedado atrás, y solo pude oir confusamente sus primeras palabras: al llegar á ellos, el que parecia señor pedia gracia á los que le tenian amarrado por el cogote y le sacudian, al mismo tiempo que el criado intercedia por él de rodillas. «Al abismo! al abismo!» dijo una voz, y empujando al criado que se agarraba de sus vestidos, llevaron arrastrándole al estranjero hácia el *pozo* del fondo de la gruta. El infeliz se asia con crispadas manos de las estaláctitas para salvarse y despedia lamentables gritos.

«Sus vestidos estaban rotos, rojas de sangre cara y manos; alguna vez tendíalas hácia mí y mi señora implorando de nosotras socorro con tales gemidos que no puedo aun sin estremecerme acordarme de ellos; mas tanto era nuestro asombro, que ni fuerza teníamos para dar voces. De esta suerte lleváronle hasta el abismo á pesar de sus esfuerzos; allí probó aun enternecer á sus enemigos con lágrimas y protestas, que parecian mas bien doblar su cólera.» Verdugo infame! gritábanle, tú no tuviste ni siquiera lástima de tu víctima! Cobarde, no esperes piedad! «Y en esto le levantaban, y ya la mitad de su cuerpo pendia encima del pozo.

«En este instante no pudo contenerse mi señora; arrojóse en medio de ellos, y cogió con fuerza los pies del estranjero cuya voz parecia ahogada.» Perdon, perdon, señores, (dijo), gracia siquiera por mí; van ustedes á perderme y arrebatarme el sustento de mi familia, perdon, perdon.» Y la pobre mujer estaba anegada en lágrimas; mientras tanto me habia arrodillado y como ella suplicaba perdon. Los tres vacilaron un momento, volvieron en seguida atrás el cuerpo, ya sea que les hubiesen movido nuestras súplicas, ya sea que su intento hubiese si-

do, lo que pensé despues, asustar nada mas al estranjero. «Enhorabuena,» dijeron despues que hubieron conferenciado entre sí un momento, te perdonamos la vida, pero es precisa una expiacion digna de tu villanía: síguenos!» Volviéronle entonces al ingreso de la gruta pálido, tembloroso, turbados los ojos y pudiendo apenas sostenerse.

«Seguíamosles nosotras, casi en igual estado, no sabiendo lo que iba á suceder aun. Llegados á la abertura, cerca de la mesa del libro de registro, hicieron arrodillar al estranjero á pesar de su resistencia. Veríase sin duda otra vez cercano á la muerte; los tres le dijeron: «Miserable, queremos y te condenamos á que borres tu infame nombre de este libro el cual desdora;» y al estender él la mano á la escribanía para coger la pluma; «No señor, no señor, no de este modo, gritó el primero de los tres, con tu lengua has de cancelarlo.» Quiso resistirse el infeliz, mas asustado por las amenazas y bajando por fuerza la cabeza sobre la hoja, acabó obedeciendo! en seguida echáronle ignominiosamente de la gruta.

«¿Y sus nombres (interrumpí yo), no pudo V. conocerles? No señor, replicó ella, marcháronse sin darlos; únicamente supe que el mismo dia un jóven, llamado Luís Bonaparte, bajó á la posada de Sallenches con dos amigos...!

El nombre medio borrado era el de sir Hudson Lowe....

VIAJES.

Viaje de un Misionero americano en Oriente.

ARTICULO I.

El reverendo Horacio Southgate, ministro de la iglesia episcopal de América, emprendió sus viajes bajo el patrocinio de la Sociedad de Misiones *(Board of Missions)* instituida por dicha iglesia. Llevaba por principal objeto informarse del estado actual del mahometismo, y al propio tiempo ver qué medios podrian adoptarse para propagar el cristianismo en los países que se proponia visitar. Mas, cuando estuvo allí, viendo lo mucho que trabaja la iglesia romana para propagar su fe en aquellas comarcas; casi sin intencion fué examinando el estado de las iglesias de Oriente, tomando tanto interés en este exámen, que á él consagró todo su tiempo disponible.

De vuelta de Oriente, pasó Mr. Southgate á América, y de allí á Inglaterra, donde se halla aun en el dia, desviviéndose para que la iglesia anglicana se interese en su causa, á cuyo fin ha publicado el libro del cual estractarémos los pasajes que tengan relacion con el estado social de los pueblos que ha visitado este viajero y con el cristianismo en general, prescindiendo de las miras, y de los intereses particulares de una secta.

La iglesia anglicana, con el gusano de la superabundancia de riqueza y poder que la corroe, ¿se halla ó no en estado de dar vida á una empresa que tiene por objeto reunir los miembros dispersos de la gran comunion cristiana? Esta cuestion la dejamos para personas tales como Mr. Southgate, que creen que la sucesion de los apóstoles corresponde esclusivamente á la iglesia de Inglaterra, y á su hija la iglesia episcopal de América. A la verdad, atendida la corta subvencion que esta última recibe del estado, no hay duda que puede hacerse capaz de las virtudes primitivas; pero jamás un arzobispo de York ó de Cantorbery, un obispo de Lóndres ó de Exeter, ni aun un simple diácono, que goce de un pingüe beneficio, ó un rector de una opulenta parroquia inglesa, podrán fraternizar con ese arzobispo de la iglesia de Mesopotamia, en cuya casa de Mosul pasó algun tiempo Mr. Southgate. (Este hombre sobresaliente, dice, llevaba una vida sumamente sencilla, ó por mejor decir la mas humilde, lo cual para sus ovejas constituia uno de los principales atributos de la santidad de su ministerio. Algunos sacerdotes suyos trataban de darme satisfaccion, sintiendo que no tuviese mas comodidades la casa en que se me daba hospitalidad, pero al fin siempre añadian que no habia que esperar cosa mejor en casa de un obispo. Dicha casa la tenia gratis el prelado, pues no hubiera sabido con que pagar el alquiler; constaba de tres aposentos, uno para el arzobispo, otro para un criado, y yo ocupaba el tercero. En cuanto llegué, manifestóme Mutran Isaías (el arzobispo) que era preciso que yo me procurase la manutencion á mi costa, y tambien que buscase quien me la guisara fuera de casa, porque no tenia él lo suficiente para subvenir por mí á esos menesteres. Y efectivamente, su ajuar era lo mas modesto que pueda imaginarse, y toda su vagilla consistia en algunos platos de cobre, un tenedor, una cuchara, un vaso y una servilleta.

«Pasaba todo el dia en su casa, escepto las horas de oracion de mañana y tarde, para cuyo acto se ponia un turbante muy limpio, un vestido ancho, y con el báculo chapeado de plata en la mano encaminábase pausadamente á la iglesia. Para todos estaba abierta la puerta de su aposento, y poquísimas veces le encontré solo. Las ovejas mas pobres de su rebaño iban á ponerse de rodillas á sus pies y á besarle la mano, y todos los que tenian alguna afliccion con él venian á consolarse. Yo tenia entrada en su casa á todas horas; pero como él no hablaba el turco, nos era preciso conversar por la fastidiosa mediacion de un dragoman... Sumamente amistosas y agradables fueron las relaciones que tuve con mi huésped el arzobispo católico de Mosul, en términos que por mi parte sentí en el alma tener que separarnos. ¡Cual hubiera sido mi satisfaccion, si hubiese podido permanecer á su lado, segun repetidas veces me instó que lo hiciera! Con qué placer hubiera yo contribuido á mejorar su rebaño, para cuya tarea me ofrecia él su cordial apoyo! Pero yo no era mas que un azadonero, y me quedaban otras tierras para esplorar. Harto feliz fuera yo á la verdad, y harto me favoreciera Dios con sus bondades, si otros mas dignos que yo quisiesen dedicarse á esos trabajos. Mutran Isaías bajó á despedirme hasta el patio de su casa, y al ir á subir á caballo me tendió los brazos al cuello, apretó afectuosamente contra las mias sus mejillas venerables, y saludóme con su bendicion.»

Tal es un arzobispo, un sucesor de los apóstoles, en las iglesias de Oriente.

A fin de estudiar el mahometismo en su foco principal, quiso ante todo Mr. Southgate visitar á Constantinopla; y esta parte de su viaje está llena del mayor interés. Permaneció mucho tiempo en esta

ciudad, donde estudió el carácter de los turcos, sus costumbres, sus instituciones, y su religion, perfeccionándose al mismo tiempo en el conocimiento de las lenguas orientales. El lector podrá formarse una idea no menos exacta que favorable de la franqueza que caracteriza á Mr. Southgate, al oirle decir.

«Al cabo de un mes que me hallaba en Constantinopla, pareciame que ya podia dar mi opinion con entera confianza sobre las instituciones y prácticas de los turcos; á los tres meses, principié á conocer la falsedad de la mayor parte de mis observaciones, y pasados seis meses de residencia ví claramente que en suma casi nada sabia con respecto al pueblo que me habia propuesto estudiar; empero habia recibido una leccion de la mayor utilidad, y era el ver que la vanidad de mis primeros juicios dimanaba de haberme situado al principio en una falsa posicion, entrando en el mundo oriental con el espíritu, y los sentimientos de un hombre del Occidente. Habia pesado los objetos en una balanza que solo errores podia darme, mediante una atenta observacion, conocí finalmente la insuficiencia de los resultados que habia obtenido, y la causa de su inexactitud. Habíame constituido juez sin conocer los primeros principios de la jurisprudencia....

«Por esto hice cuanto estuvo en mí para borrar las primeras ideas que habia formado, convencerme que únicamente estaba allí para aprender la verdad, apartar de mí las antipatías que con harta facilidad contraen los cristianos contra los sectarios de Mahoma, y no ver en estos sino unos hombres y unas criaturas á quienes dotó el Señor de una alma inmortal.»

En cada una de las páginas que ha escrito el religioso viajero se hallan los mismos sentimientos de candor, de caridad é imparcialidad, sin que deje de ser siempre cristiano, aunque conozca que hay muchas cosas buenas en los preceptos del Alcoran, y en la práctica de los que le profesan.

Sin embargo, es preciso confesar que á su llegada á Turquía tenia Mr. Southgate muy poco conocimiento de los usos y preocupaciones de los Turcos, cuando imaginaba en un principio que siendo él cristiano y franco, podia ser recibido en el interior de una familia turca en clase de huésped. Logró con todo adquirir algunas relaciones inapreciables, y aun trabar amistad con los musulmanes mas liberales de Constantinopla, en cuyo número cuenta uno de quien no habla jamás sino con vivos recuerdos de afectuoso sentimiento, y de quien dice:

«Era Hassuna d' Ghiz, árabe de nacimiento, que se habia criado en Francia, cuya lengua hablaba con facilidad. La educacion que en este país habia recibido era bastante adelantada para que su capacidad, naturalmente grande, manifestase alcances no comunes. Despues de haber corrido varias vicisitudes de fortuna, habia sido llamado á Constantinopla para redactar el *Monitor Otomano*, por muerte del primero y muy distinguido redactor de este periódico, Mr. Blaque, y allí tuve ocasion de conocerle. Difícilmente podia hallarse en mejor posicion para servirme, atendida su calidad de musulman. Libre de las miserables preocupaciones que aun ofuscan á sus co-religionarios, tenia todas las circunstancias necesarias para tomar una parte importante en la gran-de obra de la reforma principiada por el Sultan su amo. Efectivamente, habia ya demostrado lo que de él podia esperarse, pues con sus escritos y discursos, habia defendido con maestría, las ideas progresistas de su Alteza, probando particularmente que no eran incompatibles con las doctrinas del islamismo: el terreno era escabroso, pero sosteníale con talento. Jamás he conocido hombre alguno en el Oriente que pudiese compararsele en cuanto á su entusiasmo por toda clase de mejoras. Mas por desgracia duraron poco nuestras relaciones.)

Hassuna d' Ghiz fué arrebatado por la peste en menos de veinte y cuatro horas, en el invierno de 1836 al 37. El conocimiento que adquirió Mr. Southgate de la lengua de los señores del imperio otomano, no parece le hizo tener en gran consideracion á los Turcos ni á los Francos, si bien es preciso decir que los hombres mas degradados no los halló entre estos, sino en las poblaciones de los raias, cristianos y judíos, los últimos de los cuales han llegado hasta corromper á los Turcos.

«Sea como fuere, siempre vale mas la palabra de un turco que la de un cristiano del país; y debo añadir en obsequio á la verdad, que jamás conocí musulman alguno de fe sincera y que observase escrupulosamente los deberes que ella le impone, que no tuviera como cualidad activa, y siempre vigilante la rectitud de corazon.»

La larga mansion de Mr. Southgate en Constantinopla, sus hábitos americanos de actividad é infatigable curiosidad, le han puesto en estado de darnos un bosquejo de dicha capital mas exacto que otro alguno de los que conocemos. Mientras se hallaba en Estambul, la peste ejercia allí sus estragos; y sin tratar de resolver la cuestion tan controvertida del contagio ó no contagio, dice lo suficiente para demostrar que las incomodidades, ó por mejor decir la crueldad de las precauciones que emplean los francos, puede producir efectos peores que la abolicion de los vanos preservativos que la esperiencia y la prudencia han sugerido. En Constantinopla una sequía es considerada como una calamidad mas grande que la peste, cuyos estragos suele á veces aumentar. Por otra parte, el agua es la bebida predilecta de los turcos, quienes se desviven estraordinariamente para procurársela; y hay ciertos lugares que han adquirido tanta celebridad á causa de la frescura de sus aguas, que siempre forman el asunto de las interminables conversaciones de las caravanas. En tiempo de sequía el Sultan suele mandar celebrar plegarias públicas para que el cielo suspenda este azote; y refiere Mr. Southgate que una vez presenció los pios ejercicios prescritos en dichos casos, y que entre los que obedecieron la órden del Sultan habia cincuenta maestros de escuela que con sus discípulos fueron á hacer oracion al célebre valle de las Aguas-Dulces.

«Eligióse á dicho fin una vasta pradera, á la que dió tres veces la vuelta la comitiva precedida de un iman; y luego los maestros se sentaron sobre el césped rodeados de sus discípulos. Colocáronse al frente de cada maestro dos sacos, el uno vacío y el otro lleno de chinas cuidadosamente lavadas. Dióse principio á la ceremonia, y cada maestro tomó una china del saco lleno, recitó una breve oracion, sopló tres veces sobre la guija, y luego la depositó en el

saco vacío; al fin de la oracion, todos los niños respondian *amen*. Cuando el iman calculó que se habian rezado setenta y dos mil oraciones, dió la señal para que cesaran; reuniéronse los sacos que contenian las chinas sobre las cuales se habia rezado, vaciáronlos en otro grande de cuero, que cerraron con mucho cuidado, y le echaron al rio que baña la pradera, debiendo permanecer en el agua hasta tanto que por medio de dichas oraciones se hubiese conseguido la cesacion de la plaga.»

Estas supersticiones, tan opuestas al espíritu llano y austero del mahometismo, se han introducido en él durante estos últimos siglos; mas en el Oriente, cristianos y musulmanes son igualmente supersticiosos, efecto sin duda del universal amor á lo maravilloso que caracteriza á los Orientales.

En el libro de Mr. Southgate se halla una esplicacion muy completa de lo qué es el mahometismo, con todos sus ritos y ceremonias; vese en él que cosa es el *ramazan*, que corresponde con la cuaresma que celebra la iglesia romana: mientras dura, los pobres, sin dejar sus labores anuales, observan el ayuno, y los devotos frecuentan las mezquitas y leen el Alcoran; pero los mas creen cumplir con su conciencia durmiendo hasta que el cañon de la tarde anuncia que por aquel dia ya está concluido el ayuno.

CANTON DE GLARIS.

VALLE DE KLONTHAL.

Despues de un rudo y difícil acceso de dos horas, llégase al pie del monte Glarnich, y atravesando el romántico lugar de Riedern y un puente cubierto, de nuevo empiézase á subir á una pequeña distancia del Lontsch, que se oye rugir y borbotar en en el fondo de un espantosa garganta. Allí se verifica una transicion súbita y singular. Al espectáculo de la desolacion sucede un paisaje encantador, y descansan los ojos agradablemente en uno de los valles mas deliciosos de los Alpes: el valle de Klonthal. El brillante espejo de las aguas del lago, sus orillas cubiertas de una rica verdura, las pequeñas habitaciones esparcidas acá y allá, sombreadas por el túpido follaje del ácer y del abedul; todo en fin, en la primavera da una idea del Paraíso.

El sendero que tuerce al oeste y atraviesa el torrente, conduce á las ricas praderías de Teufen Winkel, regadas hasta Glarnisch por una multitud de arroyos. Allí vese inscrito en un inmenso pedrusco de granito el nombre de *Gessner*, con los elogios de dos de sus compatriotas, sus justos admiradores. Un grupo de árboles estiende su follaje sobre aquella roca; á cuyas inmediaciones hacen oir su estrépito las cascadas y los torrentes. No podia escogerse en fin mejor lugar, ni mas conveniente para erigir un monumento al que, como pintor y como poeta, ha cantado en un lenguaje tan apasionado las bellezas de la naturaleza y los beneficios de la Divinidad.

En medio de la cuna de la libertad, la aldea de Nafels es un lugar de peregrinacion, un segundo Margarten, donde segunda vez se estrellaron las intrigas estranjeras, y sufriera una ruda prueba el valor de los patriotas; pues tuvieron que luchar á un tiempo contra la traicion en el interior, y en el esterior contra el despotismo.

En 1388, Wesen, junto al lago de Wallenstadt, pertenecia á Glaris y era gobernado con una rara moderacion; y sin embargo, los habitantes, lejos de tener realmente hácia sus señores la adhesion que aparentaban, deseaban volver bajo la autoridad austríaca y tomaban en secreto sus medidas para verificar aquella reunion. A fin de lograr su intento, lograran introducir dentro de toneles ú otros medios clandestinos, un destacamento de soldados austríacos, á quienes ocultaron en sus bodegas ú otros lugares retirados; todo sin que Glaris concibiera la menor sospecha; y para colmo de traicion, pidieron un refuerzo de cincuenta hombres que les fué enviado. Entonces, la víspera de S. Mateo, como se habia convenido, juntáronse los austríacos en número de seis mil, y dirigiéronse sobre Wesen, unos por el lago, otros por tierra; durante ese tiempo, los soldados y los ciudadanos que eran del complot esperaban en la villa, que gozaba de aparente calma, la señal para arrojarse sobre la guarnicion, que nada recelaba, y pasarla á cuchillo.

En el momento en que los agresores hubieron concentrado sus fuerzas bajo las murallas, dióse la señal de la matanza, colocáronse hachas en las ventanas y quedó la ciudad iluminada en un instante; algunos ciudadanos armados, enarbolando las águilas del imperio, se precipitaron en las calles, hicieron abrir por fuerza las puertas de la ciudad y en cada una de ellas corrió la sangre de una y otra parte. Conrado de Au, ciudadano de Uri, comandante de la guarnicion suiza, fué muerto en su mismo puesto, lo propio que treinta de los suyos, ni á los otros les fué dado evitar la muerte sino precipitándose de los muros de la ciudad al lago y salvándose á nado. La nueva de esta traicion y su consiguiente matanza llegó á Glaris con la rapidez del rayo, y escitó la indignacion de los confederados. Un puñado de aquellos hombres intrépidos, con el estandarte de la libertad á su frente volaron á las fronteras, hácia las cuales se adelantaron ya los austríacos con todas sus fuerzas. Allí los atacaron los pastores de Glaris; y por medio de continuas escaramuzas tuviéronlos á raya por algunos dias; mas como las nieves empezaban ya á interceptar las comunicaciones en las montañas y no recibian los patriotas ningun refuerzo de Schwyz, viéronse precisados á hacer proposiciones de paz. Aceptáronlas con tanta altanería, y querian imponer condiciones tan humillantes á los confederados, que estos determinaron por mas reducido que fuese su número á luchar hasta quedar uno, y á no comprar nunca la paz por la pérdida de sus antiguos derechos.

Entonces, doscientos hombres de Glaris, mandados por Am Buel, se llegaron junto á Nafels, esperando el ataque del enemigo que se acercaba en número de seis mil hombres, es decir en la proporcion de treinta contra uno. Viendo la inferioridad de los medios que tenian para defender el país, las autoridades de Glaris, preparadas á todas las desgracias, enviaron á las montañas á las mujeres y á los niños, y despacharon al propio tiempo mensajeros para Schwytz y para Uri reclamando auxilio. Mientras tan-

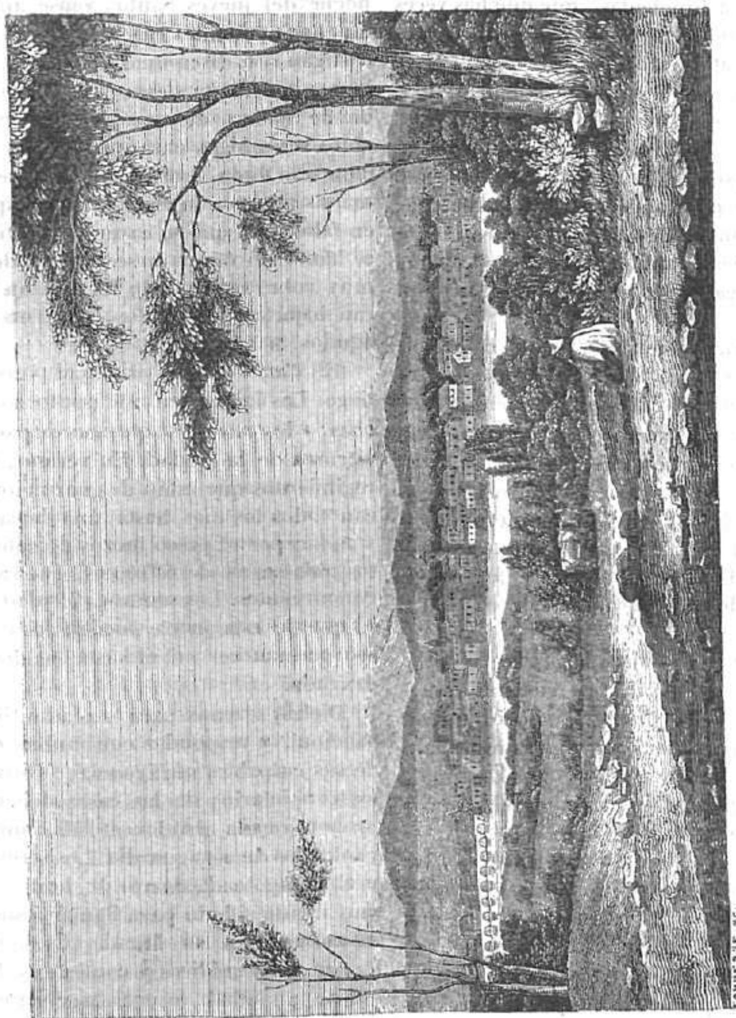
to lograron los austríacos forzar las trincheras de Nafels, y Am-Buel, cuyas fuerzas se elevaban entonces á quinientos hombres, retiróse hácia la montaña de Ruis, que protegia su retaguardia, mientras que un terreno montuoso ponia su frente á cubierto de la caballería enemiga. Entre esta empezaba ya á cundir el desórden, á causa de los fragmentos de roca que hacian rodar los patriotas desde lo alto de la montaña, con lo que, introduciendo la confusion en las filas enemigas, poníanse en estado de sustentar una lucha tan desigual. Sin embargo, los austríacos continuaron adelantándose vigorosamente y cuanto mas crecian los obstáculos, mas redoblaban los esfuerzos para vencerlos. En fin, un enorme grito, que pareció hacer bambolear la misma montaña, causó entre ellos un terror pánico. La infanteria y la caballería, confundiéndose en el mayor desórden, abandonaron el campo de batalla sin reconocer la menor autoridad, y buscaron su salvacion en la fuga. El grito que produjera tan favorable efecto á los suizos, procedia de un pequeño destacamento de voluntarios de Schwytz, los cuales al llegar al socorro de Buel, anunciaran su aproximacion y el apoyo que venian á dar á la causa de la patria.

Dueños del campo, los hombres de Glaris persiguieron al enemigo, é hicieron en él gran carnicería, recordando á los fugitivos, al tiempo de caer á los golpes de sus lanzas y de sus herrados palos, la matanza de Wesen y el asesinato de Conrado. Mas de dos mil quinientos austríacos perecieron huyendo en el campo de batalla, así como en la vecina llanura. Muchos se arrojaron en el Linth, y encontraron en él su sepultura. Rompióse el puente de Wesen bajo el peso de los fugitivos, y multitud de infantes y de caballeros perecieron en el lago. Dióse esta batalla el 9 de abril de 1388; y aun en la actualidad, los habitantes de Glaris celebran el aniversario de su victoria el primer juéves del mismo mes, y proclámanse los nombres de los que perecieron en el campo de batalla, y de los que sobrevivieron á aquella lucha santa á favor de la libertad.



Lechero del Valle de Klonthal.

CHILE. — AMERICA.



Vista de Santiago.

SANTIAGO DE CHILE EN AMERICA.

Santiago, capital de la república de Chile, hállase situada en medio de un llano unido y bien cultivado, cubierto de plantas, y regado por dos rios y otros tantos riachuelos que bajan de las montañas. Rodean á dicho llano bosques que se han plantado en parte modernamente. El *litre*, que es el árbol *upas* de Chile, esparce sus sombrías ramas en los mas de estos bosques. Es árbol de una naturaleza de veneno tan particular, que cuando se le maneja sin precaucion, causa en la piel una especie de erisipela, por lo cual presenta dificultades su derribo. Los que sestean á su sombra se levantan con náuseas y vértigos, y se hallan con las mejillas tan hinchadas, que muchas veces deben hacerse acompañar en el resto del camino. Asegúrase que quien se atreviese á dormir bajo el *upas* toda una noche pagaria su imprudencia con su vida, particularmente si fuese abundante el rocío.

A distancia de mas de treinta leguas divísase ya la ciudad, notable por sus muchos campanarios y torres blancas. Tiene por fondo tan admirable cuadro los Andes, los cuales elévanse majestuosamente en forma de un inmenso anfiteatro, y hacen aparecer mucho menos elevadas las montañas que median entre ellos y el valle.

Entrando en Santiago, encuéntranse las calles angostas y con mal piso, pero á medida que se entra en el centro de la ciudad, cambia totalmente el aspecto. Encuéntranse calles anchas que adornan hermoso caserío, y aceras con losas de pórfido. La *Plaza Mayor* es espaciosa y limpia, y en su centro se eleva una hermosa fuente de bronce, con un circuito ó recipiente de piedra de sillería. Andan de continuo á su alrededor animándola los *aguadores*, los cuales llenan de agua barriles que llevan luego en mulos por las calles.

Los edificios públicos de Santiago, si se esceptua la catedral, son todos de ladrillo en elegante estilo, particularizando la *Casa de Moneda*; edificio aislado en una plazuela que decora tambien una bonita fuente. Abraza una superficie de cerca de 250 pasos por cada lado: tiene dos pisos, tres patios, y una capilla en que se dice misa cada dia.

El *Consulado*, con su tribunal de comercio, y las oficinas del banco nacional, está situado en la *Plazuela de la Compañía*, frontero á la antigua iglesia que fué de los padres Jesuitas. Y cerca del consulado se distingue el colegio que fundaron ellos. Ocúpanle ahora jóvenes chilenos, á quienes nuevos maestros dan una educacion bien diferente. En otra parte de la plazuela hay la *Aduana*, grande fábrica, en cuyos patios, todo carro que viene del puerto, debe presentar las mercadurías que trae. Hay en frente el *Coliseo*, mezquino teatro, que se llena con todo los domingos y juéves.

El palacio del presidente, donde hay todas las oficinas públicas y la tesorería, es un elegante edificio de ladrillo, cuya fachada de pórfido rojo, tiene pilastras del mismo mármol. Este edificio, con la *Cárcel*, de igual arquitectura y construccion que el otro, del cual parece ser continuacion, forma un lado de la *Plaza*. Tambien es notable la catedral, de piedra de cantera, y el palacio del Obispo, el cual últimamente ha sido destinado para escuela de niños. En él se instruyen las hijas de los vecinos mas ricos, constituyendo parte esencial de su educacion el francés y el inglés.

Entre las iglesias y conventos de Santiago, se hacen notar Sto. Domingo, S. Francisco, y S. Agustin. Están iluminadas las iglesias la noche del juéves Santo. Todas rivalizan entre sí, presentando y haciendo gala en tal dia de sus ornamentos de oro y plata. Las *custodias* en particular son de gran magnificencia, pues son de oro macizo, y únicamente adornadas de perlas y piedras preciosas. La de la catedral se supone que costó mas de 300.000 dollars, y otras tres ó cuatro costaron casi lo mismo

Durante la semana de Pasion, en particular dicha noche del juéves Santo, vense andar por las calles muchos penitentes que llevan velos negros y que se castigan con disciplinas el cuerpo. Es aun mas dura la penitencia de llevar acuestas una cruz muy pesada de madera de una iglesia á otra. Siguen á los devotos sus amigos para impedir que se caigan, precaucion sin duda indispensable, pues como llevan las manos atadas á la cruz, bastaria que diesen un paso en falso para que se cayeran y lastimaran. Tanto que se han visto desmayarse al peso de la cruz hombres muy robustos. Cuando les desatan los brazos, procuran bajarlos por grados, para no sufrir dolores tan agudos.

El *Canadá* es el principal paseo público de Santiago. Las iglesias en este punto son hermosas y muchas; y los jardines, que son de particulares, los mas estensos de la ciudad. En verano, las músicos de los regimientos que están de guarnicion en Santiago, tocan todos los dias hasta una hora muy adelantada, y andan por el paseo mozos de café que traen en platos toda suerte de refrescos, que van ofreciendo á los concurrentes. Los serenos patrullan de continuo, para que de esta suerte puedan los concurrentes al paseo permanecer en él hasta las dos ó tres de la madrugada.

Dichos serenos para ser admitidos deben prestar caucion, y responder con multas ó encarcelamiento de sus culpables negligencias; pero al mismo tiempo los propietarios de las casas deben pagar una suma proporcionada al valor de sus inmuebles á los cabos y soldados de esta guardia. Los serenos avisan la hora y el tiempo cada cuarto de hora, y se sirven de un muy agudo silbato para llamar á sus camaradas ó para anunciarles su llegada. Es tambien deber suyo llamar á los médicos y confesores de cualquier estremo de la ciudad, lo cual hacen trasmitiendo el aviso de barrio en barrio, con la fidelidad, direccion y casi igual celeridad que una línea telegráfica.

VIAJES.

Viaje de un Misionero americano en Oriente.

Articulo II (*).

«Dentro de la ciudad, el momento mas interesante del dia es la puesta del sol. Toda la poblacion

(*) Vease la pagina 333.

musulmana parece que se va dispertando á medida que el astro del dia va bajando al horizonte. Los cafés, que de dia se cedieran á los cristianos, principian á llenarse de turcos, á quienes se ve sentados con la pipa en la mano aguardando en silencio el cañonazo de la tarde. Las calles en que habitan los turcos se ven llenas de gentes que de todas partes discurren con una vivacidad de movimientos poco usual á ese pueblo. Las panaderías estan atestadas de parroquianos, y las pastelerías ostentan los mas delicados manjares, dispuestas y adornadas con un lujo estraordinario. Una muchedumbre de curiosos impacientes tiene fijas sus miradas en los relojes de las mezquitas, que por lo comun suelen estar muy bien arreglados. Todos se hacen unos á otros la misma pregunta: ¿qué hora es? En el puerto cruza segun costumbre una flotilla inumerable de *caiques* que se dirigeñ á los desembarcaderos del Cuerno de Oro. Y todo este movimiento se verifica sin ruido, hasta tanto que la detonacion majestuosa del cañon viene á calmar el ansia universal, en cuyo acto parece que todas las lenguas se desatan como por encanto; empero ni aun entonces se oyen gritos ni clamoreos, y el que llega á la ciudad por mar no percibe sino un confuso rumor que sale de la poblacion regocijada.

«Principian con la noche las iluminaciones, y en unas cuerdas que estan tendidas de uno á otro de los minaretes de las mezquitas se cuelgan millares de lámparas, que figuran cifras, divisas piadosas y objetos fantásticos; sin embargo la iluminacion ordinaria no se compone sino de una doble línea de luces suspendidas al rededor de los minaretes, de lo alto de los cuales el mueszin llama á los fieles al rezo. El dia 21 de diciembre, ó sea el décimo tercero del ramazan, era el aniversario del nacimiento del Sultan, con cuyo motivo el solemne silencio del ayuno fué interrumpido á cada hora del rezo por el estampido del cañon; y la ciudad presentó un aspecto aun mas animado y alegre que los dias precedentes. Todos los buques de la escuadra aparecieron magníficamente iluminados, con faroles colgados en las postas y los abenques. En frente del arsenal se estendian iluminaciones que representaban áncoras y todos los atributos de la marina. En el puente de barcas, recientemente establecido en el Cuerno de Oro, corrian dos dilatadas líneas de luces, que reflejadas por las olas producian un efecto mágico. Varios emblemas de fuego estaban suspendidos entre los minaretes: aquí una gigantesca media luna; allí se leia entre las culminantes agujas de la mezquita de Soliman: *Ya Osman* (el Padre de los Otomanes), en caracteres inmensos; encima del magnífico templo erigido por el Sultan, veíase una barquilla dibujada con vasos de colores, que representaba la que llevaba á Mahmud en las aguas del Bósforo.

«Mas todo este esplendor quedaba eclipsado por la magnificencia del Bósforo. En ambas riberas y casi en toda su estension desde Constantinopla hasta el mar Negro, los palacios, los kioskos, los cafés, las casas particulares, todo estaba sumergido en torrentes de luz, formando un espectáculo, verdaderamente digno de las *Mil y una Noches*, y tanto mas sobresaliente, cuanto que el cielo presentaba una oscuridad tambien maravillosa. Las diademas de fuego que coronaban los minaretes, parecian suspendidas en los aires por un poder mágico. Tambien las calles estaban iluminadas, aun que no con tanta brillantez; agolpábase la muchedumbre en los cafés, donde habia romanceros que divertian á los asistentes, y en otras reuniones la música, aunque prohibida por la ley austera del islamismo, amenizaba las horas de la noche. En celebridad del cumpleaños del Sultan habíase concedido á la poblacion él desusado favor de dejar abiertas las calles toda la noche, de cuya gracia imperial que aproveché yo para pasarla casi entera en medio de las escenas que ahora trato de describir.

«Si bien durante todas las noches del ramazan todas las calles estuvieron regularmente alumbradas, no podia compararse su brillantez con la que se notaba en el interior de las mezquitas. La liturgia mahometana contiene un servicio especial para el ramazan, que se celebra en las mezquitas de noche...

«Este espléndido período de humildad terminó el dia 7 de enero, cuando el cañonazo de la tarde anunció el primer dia del mes de *chewal*. Entonces principió la fiesta del *bairam*, que fué proclamada, como lo habia sido el *ramazan*, con descargas de artillería que duraron varias horas. Desde luego fué universal el regocijo, y los patios espaciosos de las mezquitas se atestaron de la muchedumbre mas bulliciosa que jamás he visto en país turco. En todas direcciones iban pregoneros públicos gritando: *Bairam! bairam!* con voz y ademanes tan joviales como los de los niños de nuestro país cuando da la hora en que pueden echar á correr fuera de las clases. Los mendigos pedian limosna en nombre del *bairam*, mágica palabra de que ya debian haber esperimentado los efectos para hacer abrir los bolsillos.

«Los mahometanos consideran el ayuno como una obligacion divina, pero la celebracion de las fiestas es facultativa, por no hablar de ellas el Alcoran. Las ceremonias religiosas de dichas fiestas se celebran con grande esplendor, asistiendo á ellas el Sultan sucesor del Profeta, acompañado de todos los principales oficiales del estado. Sin embargo, la parte imperial de las ceremonias, si puede llamarse así, á pesar de su magnificencia, no es tan interesante como los regocijos populares.

«Al primer dia, á las cinco horas canónicas, la señal del rezo fué seguida de un saludo de toda la escuadra. Mientras duró la primera fiesta y los tres primeros dias de la segunda, permanecieron cerradas las tiendas, y toda clase de trabajo fué interrumpido. La poblacion musulmana llenaba todas las calles; era imposible hallar asiento en los cafés; hombres, niños, mujeres, todos iban vestidos de fiesta, en términos que jamás me han parecido tan limpios ni tan bien planchados los turbantes blancos; paseaban por las calles las mujeres turcas, en grupos de cinco ó seis personas, acompañando á sus hijos con los mejores vestidos que tenian. En aquellos dias visitábanse los amigos, y si se encontraban en la calle se abrazaban besándose ambas mejillas; igual prueba de adhesion daba el inferior á su superior besándole la mano. Los effendis á caballo y las mujeres en sus *arabas* cubrian el puente que une á Estambul con Galata; en las calles mas concurridas ejercian libremente su profesion los jugadores de manos. Los ven-

dedores de frutas, confituras, conservas, elogiaban con voz de Estentor las maravillas de sus almacenes; y los mendigos volvian cada vez mas importunos á suplicaros en nombre del *bairam*. Hubiérase dicho que esta palabra convidaba por sí sola al placer y la alegría. Sin embargo, todo se hacia sin desórden, ni habia tropel, ni escenas indecorosas, ni descomedida algazara, ni estrepitosas risotadas, ni menos las riñas y contiendas sin fundamento que son inherentes á las grandes festividades de nuestros países civilizados; y esta diferencia consiste en la moderacion habitual y el dominio sobre sí mismos que caracterizan á los turcos, y además en la no existencia de las grandes penalidades que do quier affigen á una parte de nuestra poblacion. Durante el *bairam*, las autoridades turcas despliegan la mayor vigilancia para apartar á los musulmanes de las tiendas donde se despachan licores, las cuales, me avergüenza decirlo, son casi únicamente frecuentadas por los cristianos. La única fraccion de pueblo que da rienda suelta á su jovialidad, son los niños, los que se ven montados unos en borricos, corriendo otros en caballos, ó bien entregándose al rápido movimiento de los columpios, de los que noté de cuatro especies por lo menos en Constantinopla. Véseles jugando y brincando en los patios de las mezquitas, tirando petardos, comiendo chochos, todo idénticamente lo mismo que hacen los niños en la Nueva Inglaterra en el glorioso aniversario del cuatro de julio.

«Nótase otro rasgo característico de ambos *bairams*, que pinta harto bien el estado actual del islamismo para que se deje pasar sin particular atencion. Nunca turco alguno es tan musulman como en tiempo del ayuno y de las fiestas, en que se siente llamado sobre sí mismo y hácia su religion; por mas que en lo restante del año sea negligente en el cumplimiento de sus devociones, muy raro es que deje de asistir á las ceremonias estraordinarias de esta época, ó que permanezca impasible á los sentimientos que agitan á la generalidad de la poblacion. Si alguna relacion tiene con algun franco infiel, procura separarse de él en dicha época; y aseguróme un cristiano respetable de Constantinopla que pocos años hace, no se consideraban aun con toda seguridad los cristianos durante el ramazan y los dos bairams, ni se atrevian á salir á la calle sin mucha precaucion; pero felizmente aquellos tiempos no son ya los mismos.»

Salió finalmente de Constantinopla Mr. Southgate á principios de junio de 1837, en compañía de un jóven armenio natural de la misma ciudad, que ya llevaba hechos muchos viajes por el Levante, y últimamente habia regresado del segundo de Persia, donde habia acompañado al embajador inglés. Este jóven era muy inteligente, y estaba muy versado en los dialectos orientales, hablando además el francés, el italiano y un poco el inglés. Provisto de un firman del Sultan, llevando tan solo el equipaje mas preciso, y vestido con el traje desagradable que el sultan Mahmud ha prescrito á su pueblo, partió Mr Southgate en el paquete de vapor de Trebisonda. Entre los muchos pasajeros hallábase un embajador del Sultan á la corte de Persia, el cual solo habia tomado para sí, su comitiva y servidumbre puestos de tercera clase sobre cubierta.

«Ni por pienso juzgaba él faltar á su título y calidad contentándose con un puesto de tercera clase, sin embargo de estar bien al corriente de las ideas aristocráticas que sobre el particular tienen los europeos. Con todo, distinguíase su asiento del de su séquito con estar á lo mas retirado, y en un banco algo mas elevado que el puente. Junto á él iban sus comestibles en dos ó tres cajas. Entablé alguna relacion con él y con un coronel que iba á Erzerum. Ni uno ni otro eran fumadores, mas usaban destempladamente el tabaco de polvo; esto quiere decir que es muy comun ver fumar y tomar polvo á los turcos á un mismo tiempo, pero dudo que se halle uno solo que tenga la costumbre de mascar tabaco, y por cierto que entre las maravillas que yo podia contar á los Orientales, no era la que menos les admiraba el decirles que en nuestro hemisferio habia hombres que tenian ese vicio, lo que les causaba tanto asombro como el esplicarles que cosa era un camino de hierro.

«Tampoco debo olvidar otro personaje con quien tuve el gusto de relacionarme á bordo, el cual era un tártaro ó correo del gobierno, con cuya clase de hombres pronto el lector se hará familiar si quiere seguirme hasta el término de mi viaje. El sugeto en cuestion era uno de los que han dado celebridad á los de su oficio entre los musulmanes, por el poco caso que hacen de cumplir con los deberes religiosos, la aficion que tienen al *raki* (el ron del Oriente), y su poca escrupulosidad en materia de verdades. Díjome que se venia conmigo hasta Erzerum, procedente de Constantinopla, á donde habia ido para tomar mujer, y que tenia otra en Trebisonda, de modo que cuando sus negocios le llamaban á cualquiera de estas dos ciudades, en todas hallaba las comodidades del hogar doméstico. Posteriormente conocí á otro tártaro que tenia el completo del número de mujeres que permite el Alcoran, y teníalas distribuidas en la carrera donde le traia su servicio, á saber, una en Constantinopla, otra en Tokat, otra en Diarbekir y la última en Bagdad.»

Pasóse sin ocurrencia particular la travesía del mar Negro. Sabido es que Trebisonda es una escala importante para el comercio de varios países, cuya actividad mercantil ha tenido nuevo aumento con el establecimiento de paquetes de vapor entre dicha ciudad y Constantinopla. En Trebisonda Mr. Southgate se hospedó en casa de un misionero americano, y se ajustó con un traginante, que le llevó con la lentitud con que se verifican los transportes en Armenia, lentitud que á nadie debe ser mas molesta que á un americano.

«A la salida de Trebisonda, nos internamos en el Deyerman Dereh, ó valle del molino, en que serpentea un arroyo de igual nombre, cuya márgen derecha fuimos siguiendo por entre un paisaje encantador. En ambos lados estaban cultivadas las montañas casi hasta la cumbre. Las casas que se veian no tenian mas que un piso y estaban sentadas en declives muy escarpados, presentando un aspecto mas agradable y original que las que hasta entonces habia visto; para llegar á ellas es preciso seguir unas veredas casi intransitables. Allí viven los Lazes, que segun me dijo mi guia, son musulmanes, y hablan un griego adulterado: antes eran ladrones muy temibles, sin depender mas que de

los derehbeis, ó gefes de los valles, que dominaban en ese país. Enseñáronme á unas nueve millas de Trebisonda la mansion de uno de dichos antiguos señores, la cual estaba como colgada en la cúspide de una montaña muy escarpada, que cae en medio del camino, de modo que este tiene que dar vuelta á su base; en dicho nido tiene hoy dia su palacio un *aian* que gobierna el distrito comarcano bajo la dependencia del bajá de Trebisonda. Estos aianes son los pacíficos sucesores de aquellos tiranuelos, que en otro tiempo vivian independientes en esos países silvestres, y los bajaes los tienen bajo su obediencia por medio de la intriga ó la fuerza.

«Nos apeamos en Jevislik, que dista unas diez y ocho millas de Trebisonda, y no hallamos hospedaje sino en un miserable café, donde sin embargo vino á visitarnos al anochecer un aian de los valles inmediatos: llevaba el cinto lleno de pistolas y puñales, y su aire salvaje estaba en armonía con el país en que vivia; seguíanle como veinte criados de catadura aun mas feroz que la suya.»

Al segundo dia ya no vieron los viajeros mas tierras cultivadas, y siguieron por en medio de las selvas; dieron con unas manadas de rústicos que acarreaban con sumo trabajo piezas de artillería destinadas al bajá de Drserum, é iban precedidos de pífanos, cuya tosca música los animaba al trabajo, no menos que una lluvia de palos que sus conductores les descargaban cual si fueran bestias de carga.

«Menos desagradable fué el encuentro de numerosas caravanas que se iban siguiendo á cortas distancias, bajando las sinuosas laderas de las montañas, siendo digno de verse el espectáculo que presentaban los caballos, abandonados cada uno á sí mismo con la carga al lomo, olfateando y buscando el camino por entre las piedras con instinto admirable. En cuatro horas de camino llegamos á Kara-Kaban, especie de aldea, donde tuvimos que alojarnos en unas cuadras.»



Pintura de Solimeno en la sacristía de San Pablo.

SOLIMENO Y LA IGLESIA DE SAN PABLO EN NAPOLES.

Aunque una de las mas antiguas de Italia, la escuela napolitana habia largo tiempo carecido de aquel carácter verdaderamente original, que diferenciando sus obras maestras de las de Roma, Florencia, Venecia y Boloña, les señaló un lugar distinto en el Panteon de las artes. Obedeciendo alternativamente á las impresiones producidas por creaciones estranjeras, la pintura habia, por decirlo así, sufrido en Nápoles las fluctuaciones del gusto de cada época, y sin estar desprovista de cierta elegancia de dibujo, de gran vigor de colorido, de una feliz inteligencia de las figuras, palidecia no obstante, al lado de las obras de las escuelas rivales. Francisco Solimeno, es uno de los que mas contribuyeron á dotar á su patria de un género verdaderamente nacional. Nacido para artista, triunfó de los obstáculos que oponia su padre á una vocacion determinada. Aquel padre, artista él mismo, habia esperimentado todas las miserias, todas las tribulaciones de una vida consagrada á las artes; columbrara en su hijo una dichosa facilidad, y queria que probase en el estudio del derecho una fortuna que creia mas segura por menos rodeada de escollos. Esta opinion paterna comprometió un momento el porvenir de Solimeno. Divirtiérase el jóven Francisco en delinear algunos diseños á

la vista del cardenal Arsini: despues Benito XIII; pero jamás los consejos de un maestro dirigieron su naciente ingenio. Dejó en fin á Nácera, su ciudad natal, y fuése á Nápoles. Estaba á la sazon en boga un tal María, cuyas lecciones siguió naturalmente Solimeno; mas pronto la pedantería del pintor á la moda le disgustó de un profesor tan indigno de él. Abandonado á sí mismo, buscó en la imitacion de las obras maestras que tenia á la vista, guias que pudiesen imprimir á su pincel una marcha firme y original. Lanfranc, Pedro de Cortona, y el Calabrés, absorbieron por turno sus estudios. Caia Solimeno en el defecto de la escuela que habia producido su patria; cuando Luca Giordano le salvó del escollo en que algunos instantes mas tarde podia verse arrastrado á pesar suyo. Su género indeciso, su manera confusa, hizo lugar á un dibujo puro y correcto. Fué Jordan una especie de ángel bueno del jóven pintor, el cual conoció que aquel grande artista era el maestro á quien buscaba. Heredero de su talento, fuélo á la par de sus trabajos; de modo que Solimeno vióse encargado de llevar á término todo lo que Jordan habia dejado por acabar. Las pinturas que ejecutó en la iglesia de Gesu Nuovo, revelaron en fin á la Italia otro género mas; y Felipe V, con encargarle su retrato, dió á su talento toda la nombradía anexa á tan augusto protector.

En nuestras páginas reproducimos una de las pinturas de la sacristía de S. Pablo de Nápoles, de aquella iglesia edificada en el mismo lugar en que un liberto de Tiberio, Julio Tarso, erigiera á sus espensas un magnífico templo á Cástor y Pólux, segun lo indicaba la inscripcion griega colocada en el friso de la cornisa de la fachada.

Aunque Solimeno era todavía jóven cuando ejecutó aquellas pinturas al fresco, sin embargo échase ya de ver que abandonara aquel primer estilo que habia tomado de Pedro Cortona, á quien comprendiera mal, para acercarse á Pretti, á quien era superior por la belleza de las figuras, é igualaba en el colorido. En la caida de Simon el mágico, otra pintura de aquella iglesia, adivínase ya al que habia tomado en las composiciones de Lanfranc aquella elevacion de estilo que ha desplegado en sus últimas obras, y que á veces, fuerza es decirlo, ha llevado hasta la exageracion.

Como todos los grandes talentos, Solimeno no es solo superior en un género; pintor de animales, de flores, de paisajes, de retratos, no por eso le era estraña la arquitectura pintoresca. Como poeta, ha ostentado en todas sus obras un conocimiento profundo de la mitología, y muchos de sus cuadros casi son tanto monumentos de arte como de erudicion. Por lo demás, estuvo reservado á Solimeno el gozar de todo su triunfo. Con una fortuna considerable, rodeado de la admiracion de todos sus discípulos, recorrió hasta los noventa años su gloriosa carrera, revestido, por decirlo así, del pontificado de las artes en Italia, y murió en 1749.

Junto á los cuadros del grande artista, reuniera Nápoles en S. Pablo varias de las obras maestras que posee; habiendo Mare de Sienne, Enrique, el flamenco, y el caballero Massino, enriquecido aquel magnífico templo con varias de sus mejores composiciones. Por lo demas, ofrécese en aquella iglesia una rica cosecha á los anticuarios, así como á los amantes de la pintura. Junto á la puerta pequeña, échase de ver una antigua coluna de cuatro pies de diámetro y de veinte y ocho de altura, encontrada en el templo de Neptuno.

Hay en la casa contigua dos patios, uno tras otro: rodean al primero unas columnas de granito, tomadas de la iglesia que ha reemplazado á la actual; y el segundo presenta todavía los restos de una pared de teatro, donde segun Séneca y Tácito, el emperador Neron apareció por la primera vez al público para cantar unos versos suyos.

Edificárase S. Pablo segun la traza de Teatino Grimaldi, y bien que de sencilla arquitectura, campea en la obra un gusto seguro.

CONDE DE ARANDA.

ABARCA de Bolea (Don Pedro Pablo), conde de Aranda, etc. El lugar de Sietamo, cerca de Huesca en Aragon, puede gloriarse de haber dado al mundo un hombre que causó tanta admiracion por sus talentos militares, su valor y su sabiduría. Nació en julio de 1719. Siguió sus estudios en el colegio de Parma, donde le puso su padre en 1734, cuando pasó á tomar el mando del regimiento inmemorial de Castilla. En breve dió pruebas el jóven Abarca de su aplicacion, y sus progresos fueron tan rápidos, que en 1740, cuando entró de capitan en el regimiento de Castilla, con el grado de coronel, habia cursado ya con buen éxito humanidades, filosofía, matemáticas, geografía, historia y estrategia. En 1741 cuando pasó á Italia, principió á dar pruebas de su valor, y habiendo obtenido en enero de 1742 el mando del regimiento, por muerte de su padre, se halló en los sitios de Sarrabal, Tortosa, Plasencia, Valencia del Pó, y Casal de Monferrato. En la famosa batalla de Campo-Santo, donde acreditó su valor, quedó gravemente herido entre una multitud de cadáveres, por espacio de mas de veinte y cuatro horas, y habria perecido allí sin duda, á no ser por el celo de uno de sus asistentes, que le salvó de aquel peligro. Por esta batalla fué ascendido al grado de brigadier, espresándose en el real despacho que este ascenso era la recompensa de la distincion con que se habia portado. Ya restablecido, continuó mandando su regimiento, y se halló en las demas acciones de aquella memorable campaña. En el paso del Tánaro se puso á la cabeza de la columna que mandaba, vadeó el rio con agua al pecho, y se cubrió de gloria en la sorpresa de Veletri, contribuyendo no poco á la derrota de los imperiales mandados por el príncipe Lobkowitz. En un reconocimiento que hizo sobre Pavía, sorprendió la guarnicion, que constaba de 1800 hombres, y sosteniendo una obstinada lucha, facilitó la gloriosa entrada de las tropas españolas en Milan, en cuya accion recibió otra herida. En 1747 fué nombrado gentilhombre de cámara con ejercicio, y mariscal de campo. En 1752 emprendió un viaje por paises estranjeros, y á su regreso en 1755, fué promovido en mayo á teniente general. Desempeñó con acierto la embajada estraordinaria en Lisboa, hasta que reemplazado por el conde de Maqueda en el año siguiente, volvió á Madrid, y fué condecorado con la insigne órden del toison de oro, confiándole además la direccion general de artillería é ingenieros. Pero en 1758, viendo que no podian realizarse

sus vastos planes, á causa de las contradicciones del ministro de la guerra, hizo renuncia de la direccion que tenia á su cargo. Cuando Cárlos III ascendió al trono por muerte de su hermano, volvió el conde á incorporarse en el ejército, y en 1760 pasó de embajador á Polonia. Habiéndose declarado la guerra á Portugal en 1762, y hallándose sirviendo en aquel ejército, tuvo que reemplazar al general marques de Sarriá; apoderóse en breve de la importante plaza de Almeyda, y hubiera penetrado hasta Lisboa, si la paz no hubiese dado fin á la campaña. Fueron recompensados sus eminentes servicios en 1763 con el grado de capitan general de los ejércitos, confiriéndole en seguida los cargos de mas importancia del reino, todos los cuales desempeñó con su acostumbrado celo é inteligencia. En Valencia, como capitan general de aquel reino, de cuyo gobierno se encargó en 1767, mejoró las costumbres y contuvo los escesos y atrocidades de que habia sido teatro aquel país en el año anterior. En Madrid, en 1762, habiéndose opuesto la plebe amotinada á ciertas medidas de policía dadas por el gobierno, se alteró el órden público, y el Conde con su firmeza y su prudente política logró en breve disipar aquellas turbulencias, restablecer la tranquilidad, y cortar de raíz las maquinaciones de los protectores de los llamados *chambergos*, y *capas largas*. En la época de la presidencia del conde de Aranda, se coronó la España de gloria por las grandes empresas de este general: empresas que aunque árduas llevó á cabo con su natural intrepidez y actividad. Ayudado del ilustre señor Campomanes, abolió la tasa de los granos, creó los diputados y personeros del comun, impulsó el rompimiento de los baldíos, dividió Madrid en cuarteles y barrios, hermoseó el sitio del Buen Retiro que se hallaba antes separado del resto de Madrid por un grande barranco, supliendo los fondos que se necesitaban para un plan tan vasto con la autorizacion de los bailes públicos de máscara, destinando su producto á la construccion del soberbio paseo del Prado, que es uno de los mas magníficos de Europa. En tiempo de su presidencia, que duró siete años y cuatro meses, sus puertas estuvieron siempre llenas de indigentes y oprimidos, y la cuchilla de la ley levantada contra díscolos y opresores. En 1773 pasó de embajador á París, donde residió aplaudido y obsequiado de los sabios franceses, hasta que se firmó la paz, que entonces puso fin á la guerra de la independencia americana. Volvió luego á España, y sabiendo en el camino que habia fallecido su esposa Doña Ana María del Pilar Portocarrero, marchó á descansar á su tierra, donde en abril de 1784 casó con Doña Josefa de Silva, despues duquesa de Alagon. Cuando subió al trono Cárlos IV, llamó á este benemérito servidor en 1792 y le nombró decano del Consejo de estado. En 1793 fué nombrado ministro interino de estado, y habiéndose opuesto á la declaracion de guerra contra la Francia, devorada entonces por el fuego revolucionario, á poco tiempo fué confinado á la Alambra de Granada, de donde pasó despues á Aragon á terminar sus dias. Desde entonces se ocupó únicamente en cuidar de la administracion de sus estados, en mejorar sus fábricas de loza de Alcora, en establecer escuelas, y en otras cosas de pública utilidad, hasta que murió en Epila en 9 de enero de 1798, de édad de 78 años y 6 meses. Escribió una escelente memoria sobre la navegacion del Ebro, que remitió á la sociedad económica de Madrid, de cuya biblioteca fué el fundador. Se mostró en su larga carrera oficial valiente, general emprendedor, magistrado íntegro, y escelente diplomático. El sabio encontró en él decidida proteccion, el desvalido amparo, el afligido consuelo; en una palabra, hay pocos hombres que puedan reunir tantas, tan nobles y recomendables prendas como este sabio, digno sin duda de que la posteridad le tribute el debido aprecio honrando su memoria.

EGIPTO.

FAMILIA ARABE DEL DESIERTO.

El gran desierto de Egipto viene á empezar al pie de las murallas de Jaffa: Jaffa, ciudad árabe cuyo nombre recuerda el gran desprendimiento de Bonaparte. Imposible es describir la novedad y la magnificencia de vejetacion que se desplega á uno y otro lado del camino, en una estension de mas de dos leguas. A derecha é izquierda, diriase que es un variado bosque de todos los árboles frutales y de todos los arbustos olorosos de Oriente. Dicho bosque, que dividen en compartimientos líneas de mirto y jasmin, hállase regado por las aguas que se desprenden de las graciosas fuentes turcas á las cuales prestan su sombra el sicomoro y la palmera. En cada uno de estos compartimientos vese un pabellon abierto ó una tienda bajo los cuales va á pasar algunas semanas de primavera la familia que los posee, bastándoles para levantar su casa de campo tres palos y un pedazo de lienzo. Recuéstanse las mujeres en colchas y almohadas bajo la tienda, mas los hombres al aire libre al abrigo de los limones. Es frugal su comida, y solo de tarde en tarde se descubre en ella un carnero que habian criado los niños, y del cual, como en tiempo de la Biblia, hacen aun un sacrificio los dias solemnes.

Tiene Jaffa, en su cielo sereno, algo de mas grandioso y animado que cualquier otra ciudad y sitio de Oriente; el ojo descansa en ella fatigado de las inmensas arenas del desierto de Egipto cuyo horizonte interrumpe únicamente la vista de un camello que anda. Los trajes todos de los naturales y estranjeros que recorren el país son pintorescos y raros; son ellos Beduinos cubiertos de un inmenso ropaje de lana blanca, ó bien Armenios de holgadas ropas rayadas, ó Judíos de todas las partes del globo y con todos los trajes del mundo, ó soldados egipcios con vestidos encarnados; ó bien en fin agás turcos que, montados en caballos del desierto y seguidos de Arabes y esclavos negros, cortan pasando fieramente el camino, ó pobres familias que comen en una escudilla de madera arroz ó cebada hervida.

Habita las poblaciones de los estremos del desierto gente en general perversa y antihospitalaria; sirven dichas poblaciones frecuentemente de asilo contra la accion de las leyes, pues que á la menor tentativa de la autoridad para coger á los malhechores, intérnanse ellos en el desierto llevando consigo su familia y todos sus haberes. Y cuando el viajero es atacado en tales sitios poco puede contar con la proteccion del cheyk, que á menudo es cómplice si

no el instigador de los robos. Nada puede contra ellos el gobierno, y harto hace si logra arrancarles los impuestos. Al atravesar tales lugares, cuya mala reputacion felizmente es conocida lejanamente, no hay que abandonar nunca las propias armas, ni perder un minuto de dia y de noche los bagajes de vista. La pequeña ciudad de *Kankah* es una de las mas peligrosas, y es tanta la osadía de sus vecinos que mas de una vez han desmueblado tiendas de generales alzadas en medio de un campamento de veinte y cinco mil hombres. Son famosos por su vigor y agilidad, y cuando en diciembre y en enero han llegado á perfecta madurez los trigos de Turquía, elevándose hasta cinco pies sus cañas, seria imprudente esponerse al campo despues de la puesta del sol, pues, siendo las sendas muy estrechas y orilladas por una y otra parte de campos de maíz, cobíjanse en ellos los paisanos y esperan al viandante. De ordinario dejan que pase, sin dejarse ver de aquel á quien acechan, mas cuando le tienen á algunos pasos de distancia arrójanse encima de él y le despojan.

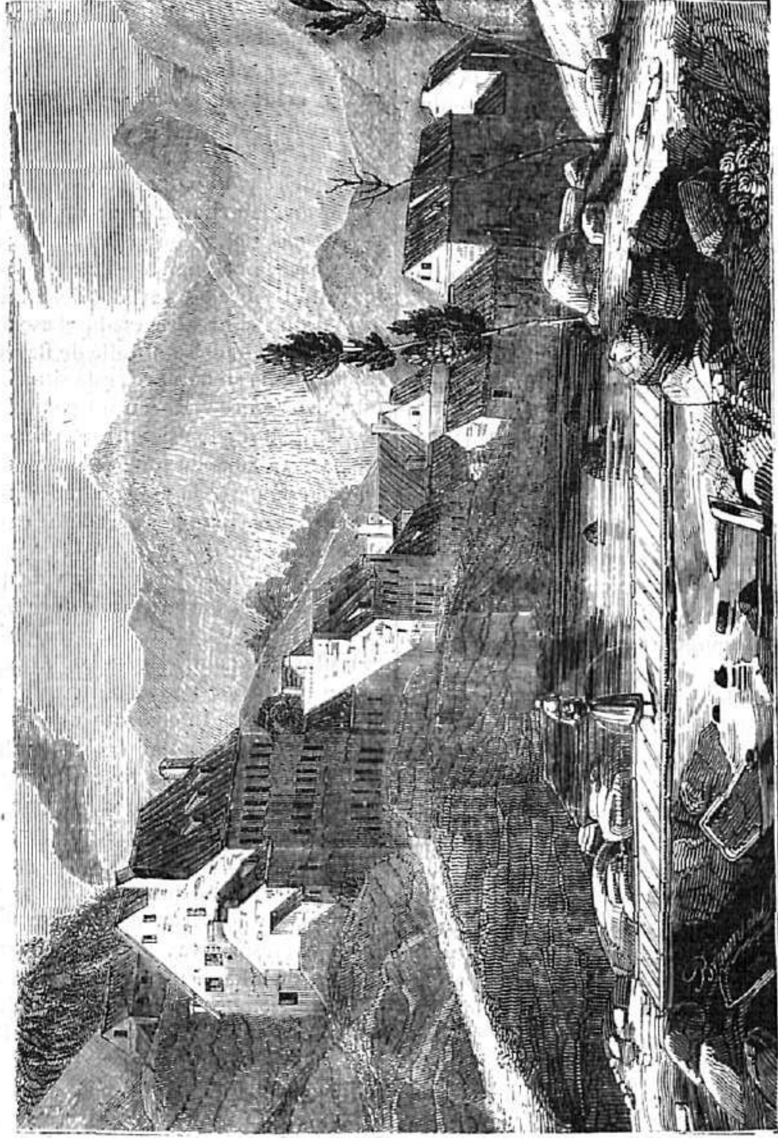
Los ladrones árabes del desierto cuando saben que hay en alguna casa de la poblacion vecina nuevas provisiones, plata ú otros efectos preciosos, reúnense en número de tres ó cuatro y á media noche entran en ella. Son todas sus armas sables muy cortos y una hoz, y han untado de grasa su cuerpo perfectamente desnudo para escapar con mas facilidad de manos de los que quisiesen cogerles. Ya llegados al pie de la muralla, plantan en ella unas maderas para escalarla con mas facilidad; pronto ceden á sus esfuerzos las cerraduras de las casas, y de prisa é indistintamente arrebatan de su interior cuanto se les ofrece; no necesitando sino pocos minutos para dejar limpia una casa. Es raro que se les oiga mientras obran, y mas raro aun que se les coja huyendo.

Son los árabes naturalmente pícaros y de mala fe particularmente tratándose de relaciones con cristianos; y engañar á un impio *(kafer)* es entre ellos, como quien dice, una obra meritoria. Por esta razon son muy comunes en Egipto los hurtos domésticos, sin que sean sin embargo de gran cuantía; pues lo que busca el árabe en el robo no es una riqueza fácilmente adquirida que le libre de la necesidad para todo el resto de su vida, sino una taza de café ó una bolsa de tabaco para llenar su pipa en aquel mismo momento. En su vida general, no tiene suficiente prevision y cuidado del porvenir para que piense en robar grandes sumas.



Familia Arabe.

BAREGES.



BAREGES.

Uno de los caminos mas agradables para ir á Baréges es el de Bañeras, pequeña ciudad situada á la entrada del valle de Campan, al pie de una colina, de la cual brotan aquellas famosas aguas que atraen á aquellos lugares tan numerosa afluencia de estranjeros. Gran parte de las casas de Campan son de mármol, sacado de una cantera que se encuentra á los alrededores de la aldea. Embellecen á aquella comarca muchísimos encantos: hállase allí una naturaleza graciosa, apacible, idílica, y el país es bien cultivado y rico en bellas praderas, que atraviesan en todos sentidos risueñas colinas. Recibe el Adour en su sinuosísima corriente gran número de arroyuelos, que se deslizan por un lecho de mármol, y forman acá y acullá cascadas sobre un fondo blanco y verde, bosques de flores y ramilletes de matorrales. Las casas son limpias y de agradable aspecto, elevándose delante de la mayor parte de las habitaciones majestuosas encinas y castaños, en medio de los cuales pastan numerosos ganados. Levántase en el fondo el vasto muro de los Pirineos dominado por el pico del mediodía.

Hállase junto á Campan la célebre gruta de Montagne Grise, habitada por hadas, encantadores y gnomos, la cual ha dado márgen á una multitud de cuentos y tradiciones populares que se estienden hasta el valle de Roncesvalles y remontan al tiempo de Carlomagno. Al salir del valle de Campan, éntrase en el de Aure en el cual se halla la hermosa aldea de Grip; y desde allí vese completamente el pico del mediodía que por largo tiempo fué tenido por la cima mas elevada de los Pirineos; mas las recientes observaciones barométricas han probado que el Monte Perdido y el Vignemale le sobrepujan algunos centenares de toesas.

La mayor parte de los viajeros, atraidos á los Pirineos por la esperanza de recobrar la salud mas bien que por el deseo de contemplar la grande y hermosa naturaleza, no emprenden lejanas correrías para ir á admirar las imponentes escenas que ofrece en las altas montañas de la cadena central. Escita sin embargo su curiosidad la nombradía de algunos sitios pintorescos; y pocos hay que antes de alejarse de la comarca no quieran gozar de su aspecto por una sola vez siquiera; pero los muros de rocas que coronan las fuentes de Gavarnie son para ellos lo que á primera vista parece el último confin del mundo. Sin embargo desde las mismas alturas de aquellas gargantas, cuyo recinto parece inaccesible, y no dejan en ninguna parte la menor via de comunicacion con el país que las rodea, ¡qué inmenso campo no se abre á los ojos del viajero curioso y observador! ¡qué cosa mas fecunda en emociones como una subida á la brecha de Rolando!

Una vez llegado al tercio de la montaña, queda uno admirado á la vista de los inmensos pastos, que uno no esperaba encontrar en tan inclinados declives, encima de las peñas de donde se precipitan las pequeñas cascadas y junto á un inmenso valle de nieve. Considerable número de plantas y flores raras en los climas templados crecen y despliegan sus brillantes colores al lado de esas escarchas que recuerdan las tristes soledades de las comarcas polares. Desde este lugar columbranse ya los ventisqueros que cubren las plataformas y las escavaciones naturales trazadas en el flanco septentrional del Marboré. ¡Qué agradable sorpresa cuando torciendo hácia el sur echamos de ver la famosa brecha que inútilmente intentáramos descubrir durante tres horas de camino! Llenos de gozo, quisiéramos detener los pasos, y admirar despacio la singular arquitectura de aquella obra, en la cual la naturaleza parece que ha trabajado sobre un plan que admira por su simetría y regularidad; pero pronto se apodera de nosotros un frio intenso que nos recuerda los peligros que no nos es dado evitar sino por medio del movimiento y actividad de una marcha rápida. Llégase por último á la brecha de Rolando, ancha escavacion que no tiene menos de 40 pies de profundidad, y en la cual reinan constantemente las nieves: por mas que se sepa que la conexion de las rocas en medio de las cuales se encuentra la brecha no tiene menos de 200 pies de abertura, que su elevacion varia de 60 á 100 toesas; que las dos cumbres de *Taillon* y del *Cylindre* que las dominan á igual distancia, se elevan, la primera como unas 90 toesas, la segunda como unas 169, es imposible, antes de haber alcanzado la base, imaginar el efecto que produce su colosal magnitud sobre los sentidos del admirado espectador.

Así que se ha atravesado el escarpado paso del Escalette, desciéndese al valle de Baréges. La ciudad de la cual toma su nombre, está situada en una garganta estrecha y encerrada en un pequeño espacio, siendo por lo demas su posicion en medio de aquellas altas y rectas montañas de muy pintoresco aspecto. De diez años á esta parte hase procurado hacer la mansion de Baréges mas cómoda y agradable para los estranjeros; sin embargo de que algo queda que hacer aun respecto á eso, pues cuesta tan cara la vida que un hombre solo no puede gastar menos de doce francos cada dia.

Lo que mejor puede hacerse durante la primavera, es visitar el pico del Mediodía. Al paso gózase en diferentes puntos de una vista magnífica; siendo sobre todo lo que hace interesante esta escursion la ocasion que ofrece de estudiar las costumbres y carácter de los montañeses, para lo cual es preciso entrar en las cabañas de los pastores, procurar inspirarles confianza y hacerles hablar. Aquellas gentes no conocen sino sus valles y montañas, ni sospechan que nada mas haya en este mundo. No poseen mas que sus ganados, y solo viven con sus semejantes. Es su lengua rica, espresiva, poética, y cada espresion lleva el sello de una alma fuerte y una viva imaginacion. Las disposiciones poéticas de aquellos pastores se manifiestan con mas energía en lo alto de las montañas; pues si bien en las regiones inferiores hállanse habitaciones fijas, en las cuales reina la comodidad, y hasta el lujo, en las comarcas superiores es del todo diferente. Los pastores llevan en ellas una vida nómada; construyen para cierto tiempo estrechas cabañas, que derriban cuando la falta de pastos les obliga á conducir mas lejos sus ganados; y mueren muchos de ellos sin haber descendido una sola vez al llano, siéndoles enteramente desconocidas las ciudades mas cercanas, tales como Pau y Tarbes; bien que os hablarán largamente de la milagrosa gruta de Montagne Grise y de la hondonada de Rolando. Los mas instruidos discurren sobre la historia de su país cual si hubiesen leido el Ariosto ó la crónica del ar-

zobispo Turpin; muy pocos saben leer; y en cuanto á la escritura, apenas pueden formarse una idea. Jamás oyeron hablar de Luís XIV, ni de ningun otro rey de Francia, ni de la revolucion, ni de Napoleon, ni siquiera de las guerras entre la Francia y la España: solo por algunos cuentos populares les es conocido Enrique IV, á causa de la proximidad del Bearnes. Por lo demas, tienen entera fe en las tradiciones: un anciano os hablara del descubrimiento que ha hecho de la caverna de un encantador; otro conoce exactamente el sitio del castillo de acero que servia de cárcel á Gradasse, y el lugar en que Rolando se batió con Ferragus. Al oir las relaciones de aquellas gentes, estáse á punto de creer que el Ariosto compuso su *Orlando furioso* segun los antiguos romances de los trobadores.

Aquellos dichosos montañeses no tienen deseo que no puedan satisfacer; ni hay entre ellos señores ni criados, superiores, ni subordinados. Son bien formados, y tienen un semblante expresivo, fresco y lleno de vida, un andar ligero y desembarazado, haciendo resaltar las bellas proporciones de su talla su traje, el cual ordinariamente consiste en una chupa corta y sin mangas, y en un birrete color escarlata con que cubren su espesa cabellera. Tienen todas sus costumbres algo de antiguo, de pintoresco, que hiere vivamente la imaginacion. Contribuyen á prestar encantos á aquellas montañas sus cantos, romances pastorales en dialecto bearnés, dulces y sencillos como su vida y que cantan acompañándose con una especie de arpa de dos cuerdas.

Sin embargo de que el camino que conduce á lo alto del pico no ofrece peligros ni dificultades, no deja de ser fatigoso para los que no estan acostumbrados á trepar por altas montañas, y si se llega sin muchos esfuerzos hasta el valle del Couret, cuesta mucho mas trabajo alcanzar el lago de Oncet, desde el cual hasta el estremo del pico hay todavía 350 toesas. Quedaria desconcertado quien creyese gozar en este punto de una vista muy dilatada, pues si bien es cierto que hácia el norte vense huir en lontananza las soberbias campiñas del Bearn y del Languedoc, orladas de colinas, por la parte del norte estrechan el horizonte picos muy altos que se elevan en anfiteatro. Solo el deseo de estudiar la estructura de los Pirineos puede determinar al artista á traspasar aquellas barreras colocadas por la naturaleza; fijos los ojos en el desenvolvimiento pintoresco de las montañas, y en el valle de Gavarnie, que ocultan blanquizcos vapores, y del cual multitud de cimas parecen salir como de un océano sin límites, busca en vano á su alrededor asuntos propios á sus trabajos. Todo se toca y confunde; ni un solo objeto sobre el cual pueda reposar la vista, nada que no lo hayan hecho bambolear los siglos, ni una forma que haya el tiempo respetado. Si al alcanzar las alturas no se eleva la imaginacion por un instante sobre nosotros mismos, el aspecto de los abismos y de las simas, la desnudez, el desórden de los montes amontonados por todas partes, pronto nos vuelven á sumergir en la nada de nuestro ser; late al corazon con violencia, túrbase la vista, la disposicion del alma conmovida pónese luego en relacion con la profunda melancolía del cuadro cuya influencia quisiérase sacudir, las ingeniosas ficciones de Ariosto desaparecen ante las realidades, y consérvase apenas el poder de admirar.

Nadie en otro tiempo permanecia en Baréges durante el invierno, y sus habitantes se retiraban á Luz ó á las diez y siete aldeas esparcidas por el valle; mas desde que los médicos envian á los enfermos para que pasen en ella el invierno, quédanse por mas riguroso que este sea. En invierno los lobos bajan de los Pirineos en innumerables manadas, y penetran en las habitaciones de los hombres; quienes tienen un medio muy sencillo de garantirse de sus ataques, y consiste en no salir jamás sin ir provistos de un pequeño palo de madera resinosa encendido, cuya llama chisporroteante impone respeto á aquellos vigilantes huéspedes. Si durante el dia se encuentra á alguno en la calle, se le disparan denodadamente fusilazos desde las ventanas; es sin embargo muy cuerdo no salir de noche, pues en ella acuden en mayor número. El cura de Ahae, pequeña aldea situada en las montañas, junto á Eaux-Bonnes, volviendo una noche de administrar el viático á un moribundo, vióse atacado, hace algunos años, por lobos hambrientos, que le devoraron á él y á su caballo. Al dia siguiente encontraron sobre la nieve algunos trozos de su sótana, rastros de sangre, y huesos de caballo. Fué igualmente presa de aquellos terribles animales un pobre ermitaño de los alrededores. En una batida general verificada por órden del prefecto de los altos Pirineos no se mataron menos de quinientos; y sin embargo, algunos dias despues apenas se conocia que hubiese disminuido su número. Lo que al acercarse á Baréges afecta de un penoso modo es el espectáculo de ese gran número de militares ó de otros individuos, franceses y estranjeros, que mutilados paséanse cojeando, ó con el brazo en cabestrillo con aire triste y valetudinario por la carretera, esperando la hora de ser admitidos en los baños que deben aliviar sus sufrimientos y procurar su curacion. Las aguas termales de este lugar son sobre todo soberanas para las heridas y llagas de armas de fuego; por lo cual hase establecido un hospicio con la reunion de varios edificios donde son hospedados y cuidados, á costa del gobierno, los militares franceses. Gracias á la disposicion interior de la casa de baños, y á la estension que de cada dia va adquiriendo, mas de mil quinientos enfermos pueden todos los años aprovecharse de los conocidos beneficios de aquel manantial, uno de los mas saludables de la comarca.

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE.

PARIS.

Sin duda alguna París es una grande y magnífica ciudad. Considerada bajo el punto de vista puramente material, sus soberbios edificios, como el palacio de *Louvre*, la iglesia catedral tan superiormente descrita y animada por Víctor Hugo, el Panteon, el arco triunfal de la Estrella, la bellísima iglesia gótica de San German l' Auxerrois, San Sulpicio, la Magdalena y la Bolsa, verdaderos templos paganos sin el cielo azul de la Grecia, y otras atrevidas construcciones modernas, como las columnas de Vendome y de Julio,

y algunos puentes del Sena, suspenden y admiran. La continua actividad de sus fábricas y los preciosos productos de estas; las innumerables publicaciones de diarios y obras nuevas; la multitud de teatros y de autores que los abastecen de toda casta de piezas con rara fecundidad; todo da una alta idea del vivo y rico ingenio de los Parisienses, al paso que su amabilidad, su elegancia, su finura, hacen creer al recien llegado que todos los elogios, que de sí mismos hacen en libros y periódicos, no dejan de tener su fundamento. Por regla general, nada mas dulce y grato que las formas esteriores en este pueblo; y un Español acostumbrado á curarse poco de las apariencias: ¿cómo ha de ir á imaginar que una poblacion de tan delicado gusto como París sacrifique lo que no se ve á lo que se ve, lo de dentro á lo de fuera, la realidad á la mentira? Y sin embargo, lector amigo, mucho, muchísimo hay de esto en París. ¡En París, la grande y magnífica ciudad! *No es oro todo lo que reluce.*

Negar al pueblo francés, representado por el de París, nobles cualidades, seria una insigne injusticia. No; por mas que digan algunos genios díscolos y sombríos, su alta civilizacion no es una mentira, — y no me limito aquí á la civilizacion material; hablo tambien de la que se manifiesta en el ejercicio de las mas preciosas dotes del hombre. — De mucho tiempo á esta parte, la Francia es como el refugio natural de los desgraciados de todas partes; esto es noble, esto es bello: cualquiera que sea su bandera política, *la desgracia* está siempre segura de hallar en Francia lo que le niega su propio país: — un pedazo de pan y un techo para su abrigo. — La tolerancia ha llegado en Francia á un grado admirable, y este es un progreso muy positivo. ¿Dónde está el gran laboratorio que abastece al mediodía de la Europa de obras de inteligencia, literarias y científicas? En París, y no es este su menor título á la gratitud de los hombres justos y despreocupados.

Pero es preciso creer que no se consiguen tan buenos resultados sin algunos sacrificios por otra parte: la perfeccion absoluta le está vedada á la flaca humanidad, y tan descaminado va el que elogia sin restriccion á un pueblo, como el que todo lo muerde y critica en él. ¿Cómo pudiera París sustraerse á la ley comun? Tambien en París tiene dos caras la medalla:--una brillante, magnífica, halagüeña: la otra... no tanto.

¡Qué de placeres proporciona en París el dinero! En ninguna parte se ven reunidas á disposicion de este *vil metal* tantas y tan variadas seducciones de todos géneros. Callen los serrallos del Oriente ante los espléndidos salones que abre en París la prostitucion al rico libertino. Allí, al trasluz de sus vidrieras empañadas por la niebla ó la escarcha, Chevet ofrece al que une á una gran gula un gran caudal los mas preciosos frutos de las cuatro partes del mundo. ¡Y el aficionado á dijes y galas! ¡y el que gusta de poseer en su biblioteca, adornadas con lujoso atavío, las obras de la inteligencia! ¡y el que desea una casa decorada como por mano de los silfos y las fadas, y una caballeriza poblada como la de un lord fanático por hermosos caballos! Vengan los caudales de Creso, y todos, sin salir del *Palacio-Real* y de las vecinas calles *Vivienne*, *Richelieu y Saint Honoré*, se sepultaran enteros, como un rio en el mar, en los almacenes y tiendas á la moda. — Pero tambien ¿qué resulta, qué debe resultar necesariamente de aquí? Que el amor al dinero es en París inmenso, infinito, inconmensurable, proporcionado en fin á los placeres que representa: que todo sucumbe al dinero: que no se habla, no se piensa, no se sueña, no se respira mas que por el dinero, para el dinero y con el dinero: que el ansia hidrópica de adquirirle comunica á las inteligencias una actividad febril, de que nacen las mas estravagantes, las mas diabólicas y tal vez las mas sublimes invenciones: que el espíritu de especulacion se desarrolla en un grado inaudito, produciendo ya gigantescas empresas, ya combinaciones de cicatería y miseria que dejarian pasmado y envidioso al D. Márcos del *Castigo de la Miseria* que inventó *aguar el agua:* que, — salvo algunas honrosas escepciones, muchas tal vez—, el interés es la única norma de las acciones de la vida; — que no hay mas moral que la del código.

Como en esta ciudad se vive tan de prisa, como no hay tiempo mas que para juzgar de corrida á la ligera, todo se sacrifica á la apariencia esterior: la buena ropa es la mejor recomendacion, y es natural que así sea, pues á primera vista no hay indicio mas seguro de la calidad de las personas. Así se esplica, en parte, esa elegancia general que se observa en calles y en paseos. Esto debe suceder en todo pueblo grande, y no lo digo para rebajar la justa reputacion que tiene París de buen gusto en materia de vestimenta, sino porque no se calcula generalmente que esa susodicha elegancia es mas que un mérito una necesidad. Escusado es decir el gran partido que de ella saca la especulacion, y por consiguiente los graves inconvenientes que ofrece, las injusticias que ocasiona, las ridiculeces á que da origen. ¡Llamar la atencion! Esto es el gran problema, porque solo así se puede especular. En último resultado siempre hallarémos el interés, en la elegancia, en el buen gusto, en esa decantada economía en la vida interior de las casas parisienses, de la clase media, en cuyas cocinas se enciende lumbre una ó dos veces por semana, donde apenas se ve la carne... A esto llamamos en España desnudar á un Santo para vestir á otro. ¿Qué importa que maltraten el estómago, si el fruto de estas economías se va en chales y en gorros, en fraques y en bastones con puño labrado? ¿Qué vale esa economía si no es en realidad mas que un cálculo á veces, y á veces una combinacion de sórdida avaricia?

Cuando llega un Madrileño, por ejemplo, á París, una de las cosas que mas le admiran es ver el primoroso aseo por fuera de las casas particulares, en general. Nada de pingajos colgados á secar al sol en los patios y en las ventanas: un celoso portero conserva la escalera reluciente como un espejo; los portales están limpios como un oro; el cuarto mismo del portero, aunque oscuro y reducido, y mas propio para servir de perrera que de vivienda para humanos, está bien amueblado, tiene su cama de colgadura, su chimenea bien provista de leña, sus estampitas en la pared, en fin, lo que en otras partes constituye un verdadero lujo.... «¡Muy bien!» esclama el Madrileño acordándose de los sucios portales de Madrid, de aquellos patios que parecen epítomes de las orillas del rio por la infinidad de guiñapos que los empavesan como un buque en dia solemne, y por el continuo guirigay

de las cocineras cantando siguidillas y hartándose mútuamente de picardías, al armonioso son del almirez. ¡«Muy bien! ¿Porqué no se han de introducir en España los porteros y se ha de prohibir colgar nada de las ventanas como en el elegante París?....» Y lleno de entusiasmo va nuestro Madrileño á informarse del precio de un cuarto en aquella casa que tanto le ha prendado: como es buen marido y buen padre, lleva del brazo á su mujer, de la mano á su hijo mayor, ciudadano de tres años, y le siguen una doncella con otro chiquitin de dos y un ama de cria con un tercer fruto de bendicion en los brazos. Mira el portero con torvos ojos al fecundo matrimonio, cuyo orígen estranjero penetra al punto en vista de su numerosa prole. El Madrileño, no acostumbrado á andar sobre terreno tan escurridizo como hielo ó jabon, despues de haber subido dos pisos con el dedo en la boca, como suele decirse, da en fin un resbalon y los baja en medio minuto: el niño mayor, poco despues, rueda solamente un tramo y se magulla muy bien las narices. La mamá reniega de los pisos encerados, y suelta una andanada contra la Francia en general y contra aquella maldita escalera en particular, apuntando la especie de que los Franceses enceran los pisos solo para que se desnuquen los Españoles: el papá, hombre grave y justo, pero todo atolondrado aun de su porrazo, declara que las escaleras enceradas son muy bonitas, pero que rodarlas es cosa muy desagradable, y concluye que acaso seria mejor conservar los suelos limpios pero sin aquel fatal barniz que tan bien le pareció al principio. Llegan al fin al cuarto por alquilar: háblase del precio, precio exhorbitante, colosal; no hay medio de ponerse de acuerdo; y al fin, irritado el portero de que le hayan molestado en subir en vano, declara rotundamente al prolífico hijo de Madrid que nunca se le podria alquilar el cuarto, porque aquella es una casa *bien tenue* en que no se admiten perros ni niños. Encréspase nuestro hombre; el portero le responde sonriendo que baje las escaleras con cuidado; y ya no le parece tan bien al Español un órden y un aseo obtenidos á precio de la proscripcion de lo que forma el mas dulce embeleso de la vida. Pero esto no sucede en todas las casas: halla una donde hay mas indulgencia: allí, aunque en París no es costumbre, puede nuestro Madrileño hacer criar su hijo mamon en su casa, pero pronto conoce que la institucion del portero, que tanto le agradó, tiene tambien sus inconvenientes. En efecto, rara es la cosa que compre por mayor de que no recaude un diezmo sahumado el digno can cerbero: este tiene buen cuidado de no dejar subir á los cuartos ningun aguador, ninguna frutera, ningun mercader de ninguna clase que no le rinda tributo en metálico sonante, todo en perjuicio del pobre inquilino, á quien llegan los géneros recargados con este nuevo derecho de puertas, no aprobado por las cámaras ni sancionado por el rey, pero legitimado por el uso, que es el mas despótico de los tiranos. Cuando la esperiencia le ha demostrado que su portero está á sueldo de la policía, que su chiribitil es la fábrica de todos los chismes que circulan acerca de la vecindad, que él y su mujer están á partir un piñon con las criadas, por motivos de la mas alta consideracion, nuestro Madrileño, sin aprobar por eso que las casas de Madrid estén como están, empieza á decirse que los vecinos de Lóndres hacen muy bien en no mantener esos entes holgazanes, regalones y entremetidos, esos espías caseros y tiranos domésticos llamados *portiers* ó mas elegantemente *concierges*. Afiánzase mas en esta conviccion cuando le sucede una y veinte veces que yendo á ver personas que viven en cuartos, quintos ó sextos pisos, y dirigiéndose al portero para saber si *están en casa*, aquel, despues de pensarlo bien, responde socarronamente: *Montez voir*: suba V. á verlo. Esto sucede irremisiblemente siempre que el inquilino, por cualquier accidente, no tiene el honor de disfrutar del aprecio de su portero. Además, ¿á qué viene ese absurdo prurito de que todo en las casas aparezca distinto de lo que es en realidad? A qué fin pintar imitando ricos mármoles, miserables tabiques de lienzo? A qué fin esas columnas de madera que ostentan los colores del jaspe ó del pórfido? A quién se quiere engañar con ese grosero artificio si al fin todo el mundo está en el secreto? Tropieza V. supongo, lector del *Album*, de viaje en París, en una pared espléndidamente jaspeada, y crac! con la mano ó la rodilla hace un agujero en ella: cree V. que puede bajar sin cautela una escalera, pues la cubre una bella alfombra turca, y un furioso resbalon le prueba que la alfombra del suelo es como el mármol de las paredes, pintura. Una vez cae en el garlito, pero tambien luego, escamado, desconfia de todo, y hace bien. En París se hace ser hipócritas aun á los objetos inanimados, pues hipocresía es aparentar buenas cualidades que no se tienen. De aquí resulta que nunca sabe uno á qué atenerse: ya toma el mármol por madera, ya la madera por mármol, y así en lo demas. En el teatro no aplaude por que no le tomen por *claqueur* (palmoteador de oficio): no sabe cuales aplausos son espontáneos, cuales pagados... De todo se precave, todo lo cree mentira, y muchas veces acierta. La multitud y elegancia de los *restauradores* ó fondas que tanto edifica á los Españoles, en París, acostumbrados á la mezquindad de las menestras, esas comidas á módico precio fijo en las que escoge uno los platos en un tomo en 4.º regular, esa infinidad de *hotels* ó posadas, tantos cafés, tantos teatros, tantos gabinetes de lectura ¿qué prueban? Porque al fin, todo tiene su causa en este mundo. Los recien llegados, los observadores á la ligera ven desde luego en todas esas cosas evidentes síntomas de riqueza y alta civilizacion: la esperiencia da un resultado muy diferente. Lo que prueban todos esos establecimientos, es, no diré el rompimiento, pero sí una lastimosa relajacion de los lazos de familia. Todo en París está calculado para la vida aislada, solitaria, la vida de *garçon* (soltero): si realmente París fuera la Francia, como dicen algunos, al paso que llevan las costumbres, dentro de poco la *familia* no existiria en Francia, y sin familia no hay sociedad. ¿Cómo lo olvidan los legisladores y los moralistas? Todo tiende en Francia á romper ese lazo: la carta ataca en su base la autoridad paterna, los tribunales manifiestan una increible cuanto escandalosa lenidad con los hijos culpables (*), y las cos-

(*) Conozco que esta acusacion es demasiado seria para hecha á la ligera y sin alguna prueba. No es regular apoyar cada observacion crítica de un mero artículo de costumbres en documentos justificativos, pero atendida la gravedad del cargo, los lectores de nuestro periódi-

tumbres y el interés dan la última mano al apartamiento de los padres y de los hijos. A pesar de toda la elocuencia de Rousseau, rarísimas son en París las madres que crian á los frutos de sus entrañas: recien nacidos, los envian á criarse al campo, á veces á una provincia remota, no para que se crien mas robustos, sino porque los cuidados de la maternidad impedirian á las madres trabajar y ganar, si lo necesitan, componerse y divertirse, si son ricas: la voz del interés y de la *coquetería* es mas fuerte en ellas que la de la naturaleza. Cierto es que esta ha puesto en el corazon maternal inagotables tesoros de ternura, pero esa separacion desde la infancia entibia mucho el cariño de las madres, y sobre todo de los padres. Despues de criados, los niños van á casas de destete (*de sevrage*), donde estan hasta que llegan á edad de entrar en un colegio, de modo que siempre los hijos viven separados de la casa paterna. La sed de precoz independencia que inspira el espíritu del siglo, unida á la falta de aquellas dulzuras que solo se encuentran en el seno de la familia, hacen desear á los jóvenes el momento en que la ley los emancipa, para campear por su respeto, vivir solos, y crearse una existencia por sí y para sí. De aquí tantos escandalosísimos pleitos entre padres é hijos, de aquí esa desenfrenada inmoralidad de los jóvenes casi á la vista de sus familias.... pero en cambio las casas estan *bien tenues*, sin perros ni niños, hay inumerables restauradores y posadas, teatros y cafés á donde ir á olvidar que existe un hogar doméstico. En cambio el comercio por menor, y la teneduría de libros, amen de muchas profesiones, estan casi esclusivamente confiadas á las mujeres, con grande economía de dependientes para los maridos. Algunos desean para nuestra España el establecimiento de semejante estado de cosas; yo prefiero la vida en familia, á la Española antigua; que nuestras mujeres sean siempre buenas madres ante todas cosas y que no cultiven ninguna especie de *comercio*, y particularmente el que mas de diez mil desdichadas ejercen en París con patente del gobierno: y mas que sigamos con malas fondas y peores posadas. ¡Libre Dios á nuestra patria de una falsa civilizacion!

La relajacion de los vínculos de familia, que hemos ido siguiendo á la pista en sus causas y en su desarrollo, es sin duda el mas triste resultado del escesivo amor al dinero, resultado, á su vez, del prodigioso incremento de la civilizacion material que pone á su alcance todos los placeres imaginables: en este doble resultado, la desmoralizacion, funesto legado del siglo XVIII y de una revolucion espantosa, es juntamente causa y efecto. Sólidas creencias pudieran solas oponer una barrera á la tiranía del interés: justo es decir que se hacen actualmente inmensos esfuerzos en Francia para lograr este feliz resultado. Algun dia hablarémos de ellos, con el objeto de contribuir en algo á que no sean del todo perdidos para España. Pero volviendo á nuestro tema otros resultados produce el interés, proverbial entre nosotros, de nuestros vecinos, resultados que, á

co no estrañarán que ponga aquí una prueba, entre mil que pudiera citar, de la verdad de lo que digo, para que se vea que no hay animosidad en mi. La saco de una causa fallada en un tribunal de Paris, *la Cour d' assises*, y de un periódico conocido por ser un órgano semioficial del gobierno (*le Moniteur Parisien*). En su número del domingo 5 de setiembre del corriente año se lee, en la séptima columna, la siguiente causa: traduzco literalmente:

« *Cour d'assises del Sena.*
« Audiencia del 3 de Setiembre.
« *Golpes dados por un hijo á su padre.*

« Un jóven de 21 años, de fisonomía agraciada y de constitucion robusta, viene á sentarse en el banco del tribunal para responder á la odiosa acusacion de golpes dados y heridas hechas *por un hijo á su padre*.

« El padre que ha intentado demanda contra *su hijo único*, se constituye parte demandante, y viene hoy á dar ayuda y asistencia á la acusacion. Esta triste y lastimosa causa se llevó primeramente ante el juzgado de policía correccional. El padre, en aquella época como hoy, habia pedido como parte demandante contra su hijo que se le condenase á 100 francos (400 reales) de daños y perjuicios, pero los magistrados debieron remitir ante el juzgado el fallo de la acusacion criminal de que hoy vamos á dar cuenta.

« He aquí los hechos que traen á Cárlos Luis Legenvre ante la *Cour d' assises*, tales cuales resultan de la acusacion fiscal.

« El señor Legenvre, antiguo notario en Laigle (Orne), ha intentado demandas contra su hijo único á consecuencia de actos de violencia que este jóven ha consumado contra él, y declara á la justicia que el dicho jóven ha manifestado desde su infancia las inclinaciones mas vergonzosas, que siempre se ha abandonado á un desenfrenado libertinaje, y se ha hecho espulsar de todas las casas de educacion en que le ha puesto.

Apenas mayor de edad, Legenvre hijo pidió á su padre su cuenta de tutela, y el 30 de enero último, le citó ante el juez de paz del segundo distrito (*arrondissement*) de París. En presencia de los magistrados, oidas las esplicaciones dadas por su padre acerca de sus pretensiones, el hijo se olvida de todo respeto hasta el punto de decirle en alta voz *que miente*: el padre no puede contenerse y le da un bofeton y un palo con su baston, viéndole *abalanzarse hácia él para vengarse*. El juez de paz se ve precisado á hacerles echar á ambos de la sala del tribunal.

« El mismo dia, entre cuatro y cinco de la tarde, se encuentran padre é hijo bajo la puerta cochera de la casa n. 14, calle *des Fosses Saint Germain l' auxerrois*, donde vive el alguacil (*huissier*) de Legenvre hijo. Allí *se dirigen de nuevo injurias* y acaban por *venir á las manos*: se los ve en el patio darse *reciprocamente de palos, luchar cuerpo á cuerpo, tirarse al suelo*, y en esta posicion *el hijo* coger violentamente á *su padre* de los pelos y *arrancarle un puñado de ellos*.

« Parécese ser que Legenvre padre tuvo que *guardar cama varios dias* de resultas de esta cruel escena. El hijo dice que no hizo mas que defenderse, pero siempre seria inescusable aun cuando su padre, cediendo á un movimiento de vivacidad muy natural, le hubiera pegado el primero, *lo que no resulta suficientemente* de la actuacion del proceso.

« En consecuencia de estos hechos, Cárlos Luis Legenvre comparece hoy ante la *Cour d' assises* bajo la acusacion de golpes dados y heridas hechas á Francisco Luis Legenvre, su padre. (art. 312 del código penal).

« El acusado, en su interrogatorio, se ha limitado á decir que nunca tuvo intencion de dar golpes á su padre y que solo quiso defenderse de su agresion.

« M. Legenvre espuso el objeto de su demanda y contó los hechos que resultan de la acusacion fiscal.

« Oidos los testigos, tomó la palabra M. Partarieu Lafosse, fiscal, quien declaró abandonar la acusacion en punto á Legenvre hijo. El ministerio fiscal halló en la conducta del padre un sistema de agresiones violentas dirigido á provocar faltas de respeto que, mediante un pleito criminal, le pusieron en el caso de eludir todo rendimiento de cuentas: además á Legenvre padre no le recomiendan sus antecedentes.

« Declarado *no culpable* Legenvre hijo, *sale absuelto*. Legenvre *padre*, como parte demandante, ES CONDENADO EN LAS COSTAS.»

No culpable!!! Un hijo que tira al suelo á su padre, le apalea, le arranca un puñado de pelos, le dice que miente, le obliga con sus violencias á guardar cama varios dias!!! Increible parece.

diferencia del que antes hemos manifestado, son soberanamente ridículos. ¿Quién es capaz de calcular la centésima, la milésima parte de los ardides, travesuras y bajezas que se ponen en juego á cada minuto del dia en París para resolver este gran problema: «robar sin contravenir á la ley; «y este otro «apropiarse lo ageno *mediante* la voluntad de su dueño?» No hay arte ni ciencia que haya alcanzado nunca mas alto punto de perfeccion, ni la estatuaria y arquitectura en Atenas, ni la pintura en Venecia, ni la armería en Toledo, ni el grabado en Lóndres, ni la joyería en París, que el del robo en esta última capital. El grosero Español, el incivilizado Italiano no han discurrido en su rudeza mas que coger un trabuco ó un cuchillo y salir al camino real á pedir al primero que pase la bolsa ó la vida, esponiéndose á mil percances, de los cuales no es el menor salir al patíbulo..... Miserables! esa es la infancia del arte. No hay presidario en Francia, por estúpido que sea, por desesperado que esté, que sea capaz de semejante torpeza. ¡Robar arriesgando la vida! Eso lo hace cualquiera; el mérito está en robar y que le den á uno las gracias porque tiene la bondad de ser ladron: ¡Oh Robert Macaire! Oh sublime personificacion del siglo! Tú eres el Homero, el Fidias, el Cervantes, el Napoleon de ese arte admirable de despojar al prójimo, de dejarle sin camisa ni calcetas, desnudo como la palma de la mano, en beneficio del despojador, sin que nadie tenga derecho para decir á quien tal hace: V. es un ladron; sin que la justicia pueda marcarle la espalda con un hierro incandescente ó enviarle á arrastrar una cadena en Brest ó en Tolon. ¡Qué de doctores en esa ciencia arrastran coche en las calles de París y se pavonean en los primeros palcos de la ópera! Pero no todos son tan felices; en todos los grados de la escala social se encuentran, pero casi siempre bajo formas halagüeñas y seductoras. Estranjero, que acabas de llegar á París, desconfia de esos caballeritos vestidos á la última moda, con cadena de similor y cabellera reluciente con pomada, que van á ofrecerte con suma finura acompañarte aquí ó allá, enseñarte las curiosidades de la capital, presentarte en una mesa redonda (*table d'hote*) donde se come opíparamente por dos francos, y luego se toma té servido por *Señoritas*, á la inglesa, y se juega un poco para distraerse. Desconfia de esas esquelitas de convite que no dejarás de recibir, en papel satinado y perfumado, apenas te instales en tu *hotel*, en las que Madama la Baronesa de A *** ó el Conde de C *** te anuncian que esperan *tener el honor* de recibirte en su *salon* donde se reunen los mas *ilustres* estranjeros. No temas ninguna violencia material ni en esas casas ni en tu propia posada, pero, creeme, mas seguro que en ellas estaria tu bolsillo en la serranía de Ronda, ó en la playa de San Lúcar ó en lo mas intrincado de Sierra Morena.

Peregrina invencion fué la del papel moneda, pero seguramente no preveia el buen Israelita, á quien se atribuye, el partido que de ella sacaria la *industria* moderna. *Industriales* hay en París, y muchos, que hacen inmensos negocios, que manejan miles de francos nominales como si fueran gotas de agua, y en cuya caja reina el vacío todo el año. Jamás poseen un peso duro real y positivo, y sin embargo son grandes negociantes. Hoy compran un terreno en el barrio mas populoso de la capital: su precio es cien mil francos:-allá van diez billetes á varios plazos de diez mil francos cada uno. Mañana hipotecan el terreno comprado con papel, y echan los cimientos de una casa magnífica: para la época del vencimiento de los billetes ya está construido el primer piso, escelente hipoteca para obtener un nuevo plazo. La construccion de aquel primer piso se ha pagado con nuevos billetes para cuya emision han servido de fianza unas minas en los Pirineos, cuya adquisicion acaba de hacer nuestro especulador, siempre con papel timbrado ó sellado (este es su único gasto), y para empezar á beneficiar aquellas minas y construir el segundo y tercer piso, ha bastado y sobrado con el valor de las acciones de 1.000 fr. emitidos en una sociedad *en commandite* que se ha formado para empedrar á París con una materia mil veces mas sólida y mas barata que la piedra, y que tiene la virtud de no estropear el calzado, ni los carruajes, y que comunica á la atmósfera propiedades saludables y nutritivas etc etc. Prodigio!!! Descubrimiento!!!! Milagro!!!!! pregonan mil cartelones en letras de á media vara. De todo este enredo, embuste y trapisonda resulta en resumidas cuentas, que un par de centenares de estúpidos accionistas se quedan sin su dinero. que el atrevido especulador va tal vez á pasar cinco años á Clichi (prision por deudas), pero entretanto se ha construido una casa magnífica, se ha dado de comer á una multitud de artesanos y jornaleros, se ha vivido espléndidamente todo el tiempo que ha podido durar la trampa, y hasta otra. Esto es lo que se llama la *industria* perfeccionada

No se crea que esto es una pintura imaginaria, no; esto es vulgarísimo en París: lo estraño es lo que no se parece á esto. Lo mismo que sucede en grande sucede en pequeño. Aunque de otro género, la misma farándula reina para la elaboracion de un *Vaudeville* que para la construccion de una casa: uno concibe el pensamiento, otro le roba, aquel le esplaya, este hace el diálogo, este otro las coplas y todos *en pandilla literaria* dan su obra comun al teatro, reparten los beneficios y cada cual se titula descaradamente autor: y se tiene por un grande hombre solo porque ha hecho la séptima parte de un *Vaudeville* ó de un melodrama. Así producen *Vaudevilles* y melodramas como cosa de risa; y hombre hay entre esos piratas literarios que llega á ser rico, muy rico. Nada hay mas curioso que la compra y venta de ideas entre estos señores; y como las escatiman! cómo las sajan y dividen! «Le vendí mi idea: me robó mi idea,» son frases tan corrientes en los cafés contiguos á los teatros donde se reunen los autores de oficio, que apenas se oyen otras.

Esto no obsta para que en París haya grandes escritores, poderosos capitalistas, virtudes ejemplares, pero.... lo dicho dicho: «*no es oro todo lo que reluce.*»

EUGENIO DE OCHOA.

EL CALAO.

ESTA figura es la de un *Calao* que Levaillant ha llamado Calao con casco cóncavo. Los Calaos, tan notables por las formas estraordinarias del pico de al-

gunos de ellos, parecen pertenecer exclusivamente á las Indias y al Africa. La escrecencia de su pico les ha valido el título de aves rinocerontes. Su traza y hábitos les asemejan á los cuervos; sus patas son parecidas á las de las arvelas, y se acercan á los tucanes por su enorme pico dentellado, cubierto de proeminencias á veces tan grandes como él. Varía mucho con la edad la forma de esas escrecencias, que no se encuentran en los mas jóvenes, ni toman sino gradualmente las dimensiones y las formas particulares que han servido para establecer las varias especies en el subgénero de *Calaos con casco*. Espondríase á cometer grandes errores el que de buenas á primeras se atuviese á la conformacion del pico para la distincion de las especies. En el Calao de la India, el casco, encorvándose hácia arriba, parece al cuerno del rinoceronte. El calao bicornio de la China, de que posee uno el gabinete de anatomía comparada del Museo de historia natural, tiene el casco dividido en dos partes. La materia del pico, que en la primera edad es muy consistente, se hace mas ligera á medida que se opera en sus celdillas la especie de ventilacion que las dilata y da tanto volúmen al casco. Pitzrch ha probado que las cavidades del pico y del casco estaban abiertas á la respiracion pulmonar, lo que seca en cierto modo la substancia de las partículas y la hace mas quebradiza. Ha encontrado el mismo fisiologista que los huesos de los miembros de los Calaos son huecos, hasta en las falanges unguiales de los pulgares. Es sabido que la penetracion de todo el cuerpo del ave por el aire que respira, produce la oxigenacion de la sangre sobre



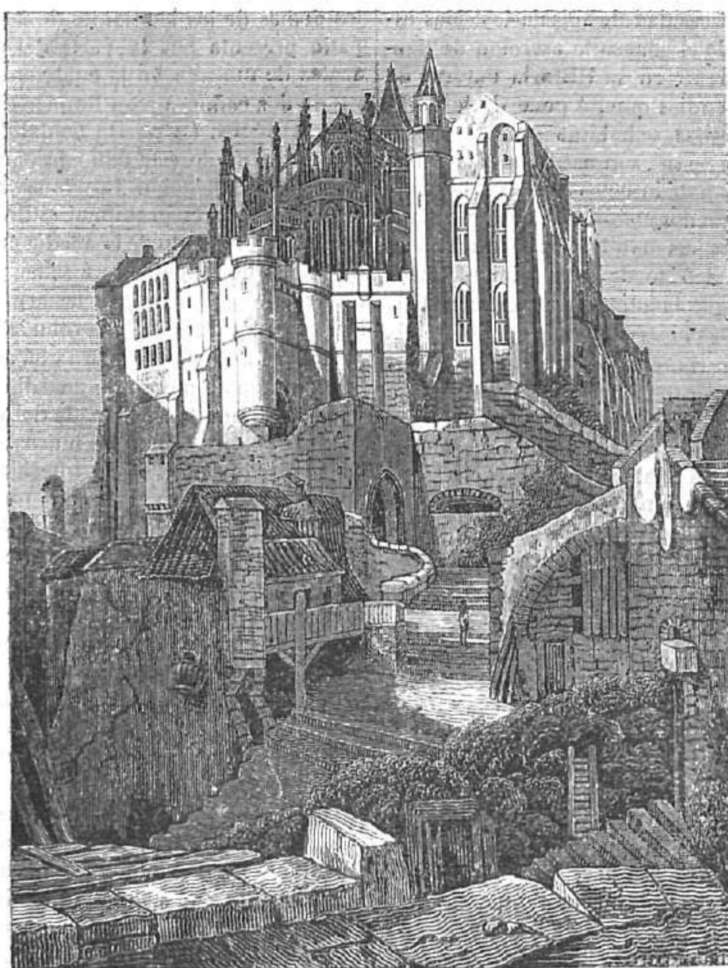
El Calao.

una superficie mayor; pues ese fluido se encuentra en contacto con el oxígeno, á su paso al través de los vasos capilares de todos los órganos, así como al atravesar los capilares del pulmon. Hase dicho que el aire que llenaba la cavidad de los huesos de las aves, disminuia en parte su pesadez; y está probado que el aire existente en dichas cavidades ha sido ya respirado, y que sin haber perdido completamente se oxígeno sin embargo le falta bastante. Ahora pues, siendo el aire atmosférico tanto mas ligero cuanto menos oxígeno encierra y mas azoe contiene, concíbese la ventaja que para volar goza el ave de esta ligereza específica, que se aumenta aun con la dilatacion que recibe el aire del calor del cuerpo que recorre, penetrando así en todos sus pliegues.

Son los Calaos tristes y taciturnos y de pesado vuelo, anunciándolos desde lejos el sacudimiento de sus alas y el crujido de sus mandíbulas.

En su viaje á las islas de Timor, Rawak, Boni, Vaigiou, etc. M M. Quoy y Gaimard, encontraron calaos posados en la copa de elevados árboles, particularmente de los que dan la nuez moscada, cuyo fruto buscan y tragan entero: especie de alimento que da á su carne un gusto escelente. Aunque estén poco

VISTA DEL MONTE SAN MIGUEL.



desarrolladas sus alas, óyeselas volar de lejos; lo que proviene de sus largos cuchillos, separados en su estremo, azotan el aire y lo hacen vibrar con fuerza. Es esta ave un ejemplo de lo que influyen los lugares en las costumbres de los animales. Rodeado de frutos se limita en Asia á ese alimento, al paso que en los desiertos de Africa se sustenta con la carne de los cadáveres; siguiendo á los cazadores para comer las entrañas de la caza que sacan estos al punto, y cazando el mismo los ratones. Esta costumbre lo ha hecho adoptar por los indios como un animal doméstico, y los crian y guardan en las casas para que, como el gato, destruya los parásitos.

Encuéntranse calaos en Africa, en las Indias y en la Nueva Holanda. Bien que ya Bontius haya anunciado que la especie llamada rinoceronte comia carne y carroño, y que tambien cazaba los ratones, teníase generalmente la opinion de que los frutos eran el principal alimento de esas aves, y que los comian y tragaban como los tucanes sin necesidad de aplastarlos. Mas estiende Levaillant á todo el género la asercion de Bontius, y dice positivamente en su Historia natural de las aves de América é Indias que, á pesar de la facilidad con que, domesticadas, se habitua á esas aves á comer frutas, legumbres, pan, son naturalmente frugívoras; que se alimentan de insectos, ranas y lagartos y cogen igualmente pequeños mamíferos, que magullan, una vez muertos, entre sus mandíbulas, y tragan enteros; arrancando en defecto de estos alimentos trozos de cadáveres, lo que igualmente atestiguan otros autores. Y lo que la sola construccion de su pico certifica es que no podrian romper substancias duras con ese instrumento inútil para coger por la grande distancia de las mandíbulas al punto de apoyo.

Hase dividido el *género calao en dos subgéneros*: comprende el primero los calaos con casco, y el segundo los que de él carecen y tienen lisa la mandíbula superior. En cuanto á la variedad de especies, fúndanse *en la forma particular de la proeminencia que recibe* de los cambios sucesivos, y de la edad y del sexo del individuo.

VISTA DEL MONTE SAN MIGUEL.

La célebre abadía del Monte S. Miguel, ahora prision de estado importante, elévase en la cúspide de una roca que domina por un lado el Océano británico y por otro vastos arenales en que mas de una vez se han perdido los viandantes. Sus paredes, religiosas y caballerescas á un tiempo mismo, presentan la mas osada mezcla de almenas y atrios, de fortaleza y santuario, de estandarte y de la cruz. Cada dia inunda el mar la arenosa llanura que cerca el monte. Es preciso aprovecharse del flujo para penetrar en él, el cual está defendido en un lado por una peña escarpada, y en otro tiene una puerta fortificada, única entrada del castillo. A ella se sube por un camino rápido, á cuyas orillas se estienden cabañas de pescadores, apoyándose en la inmensidad de las olas plataformas y techos hechos en forma de galería.

No hablarémos aquí del milagro que ocasionó la fundacion de la abadía; bastará insinuar que la fundó San Alberto, á quien apareciera en la roca S. Miguel Si se va al monte por Pontorson, distante solo de él dos leguas, se descubre por primera vez al llegar el monumento en una altura que domina la llanura desde tal punto preséntase el monte en toda su salvaje desnudez, enorme masa de rocas áridas y obscuras coronadas de edificios no menos pesados y opacos en medio de un terreno gredoso y llano. Los primeros objetos que llaman la atencion son dos viejos cañones formados de las minas de hierro, que parece llevaron las olas al plano inclinado que hay de la plaza á la puerta esterior. Esta puerta, renovada ahora sin carácter, estaba hace mucho tiempo guarnecida de brazos y cadenas del puente levadizo. Ornábanla tambien dos agujas góticas del siglo XV, esculpidas de bajo relieve sobre granito. Entrando en el primer patio llamado *del Leon*, seguramente porque hay en una pared un relieve que representa un leon con la pata sobre un escudo, se descubren unos jardinitos que forman escalones en la roca, el mayor de los cuales está destinado para el director de la casa central, siendo los demas de los habitantes de la ciudad. El segundo patio presenta por la parte del arenal una pequeña azotea de muralla, en la cual vense todavía las troneras de dos cañones para limpiar el arenal sin esponer á los artilleros. La puerta feudal de la antigua abadía comunica desde este patio hasta la calle principal ó única de la poblacion. Hay todavía en ella una ancha tabla cuadrada en granito al estilo del siglo XV, en la cual se ve el escudo de la abadía con encima las armas naturales de la ciudad, á saber: un mar con peces muy bien esculpidos. Mas las armas de la abadía fueron borradas durante la revolucion de 1789. La habitacion del antiguo carcelero está encima de esta puerta, contigua al cuerpo de guardia, con salida á la esplanada de una torre llamada del rey, la cual se apoya saliendo un poco en los muros. A algunos pasos del cuerpo de guardia, en el interior de la plaza, vese apoyada tambien en la muralla una pequeña atalaya, la cual formó sin duda parte de la habitacion de la *guardia, cuyas anchas chimeneas se descubren aun en* el café y tienda de sombreros de paja que ocupan ahora el terreno. Hay á trechos de los muros barbacanas hechas de granito labrado y sin labrar, siendo la construccion de una solidez no comun. Sin embargo de que ya se van arruinando las torrecillas mas cercanas al castillo, faltas de apoyo. Al ver tales fortificaciones no puede menos de reconocerse la antigua importancia del Monte S. Miguel y la alta influencia de los religiosos que fueron sus dueños y señores.

Al estremo de la calle central, una escalera que se abre á la derecha conduce por las murallas á la entrada del castillo, no siendo posible imaginar un ingreso mas sencillo y al mismo tiempo mas imponente que el de la antigua abadía del Monte S. Miguel. Dos torrecillas, de estilo y ejecucion irreprensibles, cuya forma es la de dos cañones en sus cureñas, defienden la puerta, debajo de la cual se estiende una escalera muy grande que ilumina tan solo dos escasas luces, la que viene de abajo y otra cuyos rayos que vienen de lo alto entre los dos cuerpos del edificio esparcen una mística claridad en el pórtico interior, ojiva coronada de tres nichos hoy dia vacíos. En frente de este pórtico, vese en el fondo del vestíbulo una ancha chimenea gótica del siglo XV, como las que suele haber en las salas de guardia de los castillos feudales. Esta sala vestíbulo sirve ahora de aposento de servicio en el interior.

Es uno de los mejores trozos de la abadía el antiguo refectorio de los religiosos, el cual se convirtiera hace algunos años en taller para fabricar velas de buque, habiendo luego servido de cuartel á los carceleros y ahora lo es de cincuenta soldados de la guarnicion. El claustro se compone de una galería cuadrangular que cierra una triple línea de colunitas aisladas ó en hacesillo, unas de estuco de conchas trituradas y otras de granito. El patio del claustro que descansa casi enteramente en las bóvedas macizas y airosas de la sala de los Caballeros, está á doscientos pies encima del nivel de la arena, y sirve hoy dia para recoger el agua de lluvia para el gasto del castillo. En las galerías se dejaron algunas celdillas donde encierran á los presos incomunicados. Hace algunos años que se renovaron con poquísimo gusto y mucha mezquindad.

La iglesia parroquial del Monte S. Miguel, capillita de forma chata, contiene algunos sepulcros, siendo el mas curioso el de Lanctot de Sartainville, en el cual se lee el siguiente epitafio burlesco:

«Descansa aquí el cuerpo de Juan de Sartainville; cuya alma arrebató el ángel S. Miguel, quien para tenerle guardado le aposentó en el cielo despues de que fué veinte años guardian de su ciudad.»

Vese en esa reducida iglesia un S. Miguel luchando con el diablo, grupo de madera que esculpió un preso; el arcángel, vestido y armado como un héroe griego, tiene á sus plantas á Satanás, y le amenaza con la punta de su espadon; el demonio furioso y sin mas armas que sus garras, sus cuernos y una cola con un dardo ensangrentado, saca la lengua y forceja con las cuatro patas al aire. «Cuando se colocó en la capilla este grupo, dice un moderno historiador, quedó tan asustada al verle por la vez primera una mujer, que volvió acabado el oficio á la capilla armada de un palo para romperle los cuernos al diablo; afortunadamente vióla el sacristan, quien corrió á desarmar la vieja, diciéndola que descuidase que el arcángel se saldria del empeño por sí solo.»

Tiene de circunferencia el Monte S. Miguel, 9.000 metros, siendo su altura de cerca 45 idem. En 1775, encontraron los geómetras su altura en 400 pies con motivo sin duda de que en esta época quedaba aun parte del campanario sobre la torre. Hace mas de cien años que cayó en un sacudimiento la antigua torre de flecha gótica terminada por un globo dorado sobre el cual giraba á discrecion del viento S. Miguel blandiendo la espada, circunstancia que daba al campanario cien pies mas de elevacion, segun los cronistas y antiguos historiadores. A los ojos del viajero, segun las espresiones de M. Raoul, de quien son estos detalles, ninguna curiosidad ofrece la ciudad de S. Miguel; sus habitantes que son de tres á cuatrocientos tienen costumbres y trajes de la baja Normandía, siendo la sagacidad y astucia sus distintivos. Es muy agudo el aire en el Monte S. Miguel como en todos los sitios elevados particularmente cuando estan cerca del mar, espuestos, lo que es aun mas peligroso, á las iras del viento del norte; además hay que subir y bajar continuamente para pasearse ó circular por la poblacion, especialmente si se va al castillo, y soplando, como sopla casi de continuo, un viento frio que hiela el sudor en el rostro, hay que andar con las mayores precauciones. No hay agua dulce; por lo cual se bebe agua de lluvia ó bien la que traen de Moydrey. Compónese la poblacion de los empleados, directores y trabajadores de la casa central, y de fondistas y pescadores que forman el gran número.

Con motivo de visitar muchos peregrinos en sus principios y hasta la mitad del siglo VIII el Monte S. Miguel, los religiosos que consideraban como deber el acoger y hospedar en la hostería del convento á todos los viajeros, solicitaron y obtuvieron del rey que todo viajero depusiese sus armas antes de entrar en el castillo: *ut nemo cum armis, ne cultello quidem, castellum ingrederetur*. Prohibicion que estaba aun en vigor hace pocos años. La abadía del Monte S. Miguel, como otros muchos monasterios ha servido en varias épocas de cárcel á los prisioneros de Estado, entre los cuales se cita el desgraciado Dubourg, gacetista de Francfort, quien habiendo ultrajado á Luis XIV, fué cogido por sorpresa y metido en una jaula de madera donde murió al rigor de crueles sufrimientos. En 1792, fueron deportados á S. Miguel, en clase de presos políticos tambien, trescientos sacerdotes no juramentados exentos de la deportacion por su edad ó dolencias. Hace pocos años que murió en el castillo el famoso Maturin Bruneau, que pretendia y creia ser Luís XVII.

Varios reyes de Francia han ido en romería al Monte S. Miguel, siendo entre ellos el primero Childeberto II. En 1422, fué con grande devocion Cárlos VII para ofrecer a la abadía una piedra que le cayera en la cabeza sin dañarle cuando anduvo á la Rochela, lo cual atribuyó él á la alta y señalada proteccion del señor S. Miguel. En 1469, se trasladó Luís XI á S. Miguel con gran pompa, haciendo reparar á espensas suyas las fortificaciones de la plaza, aumentando la guarnicion y concediendo al monasterio 600 escudos de oro. A la vuelta de la romería instituyó en su castillo de Amboise la órden de S. Miguel; y creó desde luégo quince caballeros de ella, de los cuales recibió cada uno de manos de S. M. un collar de oro adornado de conchas de plata, con una medalla de oro con la efigie de S. Miguel que batia al demonio. Volvió al castillo Luís XI en 1470 so pretexto de dar gracias al Señor por el nacimiento del Delfin, pero en la realidad para atravesar la Bretaña é inspeccionar los estados de su buen primo. En este último viaje hizo añadir tres conchas á las cuatro antiguas del escudo de la abadía, que son las siete que lleva aun.

BURGOS

(ESCELENTÍSIMO SEÑOR DON JAVIER DE).

NACIÓ de padres nobles y acomodados en la ciudad de Motril, reino de Granada, en 22 de octubre de 1778. Destinado desde luego á la iglesia, entró á la edad de once años en el colegio de San Cecilio de la capital, establecimiento que por la escelente educacion literaria y científica que se planteaba en él á la sazon, se hizo en seguida el primero de su clase en España. Despues de cursar allí con distincion todas las ciencias eclesiásticas, Burgos, que no se sentia con vocacion para aquella carrera, emprendió privadamente en Madrid el estudio de la jurisprudencia, por consejo y bajo los auspicios de su ilustre amigo don Juan Melendez Valdes, fiscal entonces de la sala de alcaldes

de casa y corte, y bajo la direccion inmediata del abogado don Miguel Parejo.

Separado del ministerio de gracia y justicia el célebre don Gaspar de Jovellanos, arrastrado en su caida Melendez, y desvanecidas por estos acontecimientos simultáneos las esperanzas que aquellos dos personajes habian hecho concebir á Burgos de revestirle luego de la toga, que ellos ilustraran, se resolvió este á cuidar de su patrimonio en su ciudad natal, donde apenas cumplidos veinte y un años, fué ya regidor perpetuo de su ayuntamiento, y secretario perpetuo de su sociedad económica, sin que el desempeño de la multitud de comisiones de interés local que se pusieron á su cuidado, le distrajese del estudio de la economía y de la administracion, ni del cultivo de la literatura.

Invadidas al principio de 1810 las Andalucías por los ejércitos franceses, Burgos aceptó la subprefectura de Almería con que se le brindó, y sucesivamente la presidencia de la junta de subsistencias de la provincia de Granada, y el corregimiento de la capital, adquiriendo en el ejercicio de estos cargos gran reputacion de inteligencia, probidad y energía. Pero en 1812 no eran un mérito los servicios prestados al país durante la ocupacion estranjera, y ellos no podian eximir al hombre que mas eminente los prestara de la necesidad de emigrar. Dejando á Granada, confió Burgos á varios de sus amigos el depósito de sus producciones literarias y científicas, en cuya publicacion no le habia permitido pensar hasta entonces, ora el aislamiento de su residencia, ora lo premioso de sus ocupaciones, y mas que todo, la naturaleza de sus hábitos. Dos horas despues de su partida un ex-fraile, á quien él habia colmado de beneficios, denunció la existencia de aquel depósito, la de su escogida biblioteca de mas de dos mil volúmenes, y la de su copioso y rico equipaje; y todo fué invadido y estraviado por empleados infieles. En la distribucion que se hizo de aquellos despojos, ó en la destruccion de los que la ignorancia reputó inútiles, desaparecieron, además de muchas composiciones dramáticas, líricas y didácticas, un poema épico de la conquista de Granada; traducciones del poema de Lucrecio *De rerum natura*, y de las Geórgicas de Virgilio con muy doctos comentarios, y copia de memorias y disertaciones sobre varios puntos de literatura, economía y administracion. Por el valor de las obras que en edad mas madura compuso el Autor sobre estas mismas materias, podrá graduarse la importancia de la pérdida de los trabajos todos de su juventud.

Laborioso cuando las comodidades de que gozaba y la consideracion de que vivia rodeado no le obligaban á trabajar, debió serlo doblemente en la emigracion. Durante ella hizo en efecto, sin el auxilio de un libro, la *traduccion en versos castellanos de todas las obras de Horacio*, á la cual vuelto á Madrid en 1817, puso las notas y comentarios que la ilustran. El rey don Fernando VII aceptó la dedicatoria de esta obra importante, de que se imprimieron en 1820 los dos primeros tomos, y los dos últimos en 1823.

En el intervalo desde 1817 habia el mismo escritor publicado, con el título de *Continuacion del Almacen de frutos literarios*, ocho tomos en 4° de obras españolas inéditas, precedidas unas de noticias biográficas ó de introducciones, y acompañadas otras de notas curiosas. En 1822 y 23 dió á luz los tres primeros tomos de una *Biografía universal*, que el estado de la guerra interior y la interceptacion general de las comunicaciones le obligaron á suspender, en medio de los testimonios de interés y de entusiasmo, que por donde quiera provocaron lo grande de la empresa y lo esmerado de su desempeño.

Pero lo que en buena parte de aquel período dió á Burgos mas nombradía, fue el diario que en 1819 empezó á publicar con el título de *Miscelánea de comercio, artes y literatura*, título que se mudó en el de *Miscelánea de política, literatura y comercio*, cuando en marzo del año siguiente se restableció el régimen constitucional de Cádiz. Por este grande acontecimiento el círculo en que hasta entonces se habia movido el redactor se ensanchó, en términos de abrazar todas las cuestiones políticas, económicas y administrativas; y todas fueron tratadas con una estension y una superioridad, que parecian incompatibles con la variedad y la ligereza, esenciales á las producciones de la prensa cotidiana. Por una singularidad que los mas de nuestros lectores hallarán increible, Burgos proveia *solo* á las inmensas necesidades de una publicacion de esta especie, porque el rigor de sus doctrinas y la correccion de su estilo permitian apenas que se le asociasen colaboradores.

Algun tiempo despues los tuvo sin embargo muy distinguidos. Dos años de un trabajo hercúleo le habian lanzado al borde del sepulcro, y forzádole á suspender, al fin del verano de 1821, la publicacion de su *Miscelánea*. Ofreciósele entonces la direccion del *Imparcial*, que redactaban los Listas, Miñanos, Hermosillas y Almenaras, y al cual daba grande autoridad la reputacion particular de cada uno de estos escritores. La intolerancia y las convulsiones de la época les hicieron al fin colgar sus plumas.

En 1824 el gobierno confió á Burgos una importante mision económica en París, cuyo atinado desempeño le valió altos elogios y honrosas recompensas. Durante este período dirigió al ministerio frecuentes y enérgicas esposiciones, en que los principios de la ciencia del gobierno aparecieron constantemente realzados por el brillo y la vehemencia de la espresion: por muestra insertaríamos alguno de aquellos escritos, pero el espacio no nos lo permite. Los amigos del autor temieron muchas veces que la frecuencia y el vigor de iguales manifestaciones le ocasionasen compromisos; pero lejos de suceder así, le valieron ellas nuevos testimonios de la benevolencia real; la aceptacion de la dimision que habia hecho muchas veces de sus funciones de París; el nombramiento de individuo de las juntas de fomento y de aranceles, y de intendente de primera clase; y sucesivamente los honores del consejo supremo de hacienda, y la cruz pensionada de la órden de Cárlos III, á la cual pertenecia desde 1826 en calidad de supernumerario. Los archivos de la junta superior de fomento están llenos de los trabajos preciosos de aquel su infatigable vocal, trabajos que tal vez provocaron muchas de las mejoras importantes que dictó el gobierno en aquella época, y tal vez aceleraron su plantificacion.

En el mismo tiempo se asociaba igualmente Burgos á las tareas de la Academia española, de que habia sido nombrado individuo en 1827. Notóse que si

en la esposicion de París habia él revestido de las galas de la elocuencia, no solo los abstractos teoremas de la política, sino hasta los detalles económicos y administrativos, logró en su discurso de recepcion á la Academia convertir en teoría literaria ideas, que menos hábilmente desenvueltas, se habrian mirado como paradojas; pero que apoyadas por el nuevo académico en consideraciones poderosas y en ejemplos irrecusables, arrancaron de sus colegas un asentimiento, que despues se ha hecho general y unánime. Los curiosos entre quienes circuló aquel papel, no tardaron en averiguar que algunos de los ejemplos con que Burgos pretendia sancionar su teoría eran sacados de sus mismas composiciones inéditas. A una de sus odas pertenecen en efecto las estrofas sobre los progresos que hará un dia la raza humana en las vias de la perfectibilidad, y á una de sus elegías los ricos tercetos, en que por una bien entendida asociacion de epitetos, figuran noblemente las maderas de construccion, y otros objetos de las regiones del norte mas prosaicos aun, al lado de los poéticos aromas de las regiones del Oriente.

Desde mucho antes pensaba Burgos que el mismo ensanche que al lenguaje lírico debia darse á las formas dramáticas. El respeto con que él y todos miraran hasta entonces las tradiciones del teatro llamado clásico, no le impidió sostener y proclamar que podian lanzarse los ingenios fuera del círculo estrecho y mezquino en que pretendian encerrarlos rígidos y supersticiosos preceptistas. Burgos creia que con las reglas fijadas por Aristóteles y Horacio eran compatibles el movimiento y el calor de la accion dramática, cierta riqueza de versificacion, y hasta cierta pompa de lenguaje. Creia que si solo con emplear estos medios habian subido nuestros dramáticos del siglo XVII al asiento que ocupan en el Parnaso, podrian elevarse á otro mas alto los que á aquellas mismas especies de mérito agregasen el de la pintura exacta de los caracteres, la habilidad para agrupar unos y contrastar otros, la verdad de la espresion y la correccion del estilo. Creia en fin que solo de la reunion de todos estos elementos podian nacer el interés, el deleite y la instruccion, que tanto importa reunir en las piezas de teatro.

Desde 1817 tenia hecho Burgos el ensayo de esta teoría en una comedia que intituló *Los tres iguales*. Ya en 1818 iba Maiquez á darle el realce que todas las piezas que ejecutaba recibian de su talento, ya estaba fijado el dia de la primera representacion, cuando una órden del ministro Lozano de Torres desterró de Madrid al célebre actor, y por resultas de ese suceso Burgos recogió su comedia, que ocupado él despues en negocios de importancia harto mayor, no fué representada ni impresa hasta 1827. Entonces se notó la especie de afectacion con que el autor habia escogido un argumento ya tratado por otros poetas, y señaladamente por don Pedro Calderon en *Cuantas veo tantas quiero*, y por don Antonio de Solís en *El amor al uso;* y se le atribuyó el designio de demostrar, por una comparacion que estaria al alcance de todos, la ventaja que su método llevaba al de aquellos grandes ingenios. En *Los tres iguales* en efecto la accion es viva y rápida sin ser embrollada ó confusa; los caractéres tienen verdad y precision, el diálogo animacion y soltura, los versos facilidad y elegancia, y el conjunto tal superioridad sobre las dos composiciones citadas de Calderon y de Solís, que no puede haber lector ó espectador que no la sienta y preconice. Pero el autor que tanta confianza mostraba tener en su sistema, se detuvo al pie de la valla que se habia propuesto saltar. En una sola escena de su pieza osó introducir rimas, en otra tan solo sustituyó al romance el verso de seis sílabas; en las demas empleó de intento los asonantes mas vulgares, como si temiese que perjudicasen los reputados por difíciles á la naturalidad y sencillez del diálogo cómico. Así, el ensayo pareció escesivamente circunspecto, y aun tímido; y se exageró tanto mas el contraste que formaba esta timidez con el propósito anunciado en una advertencia que precedia á la pieza, cuanto mas conocida era la facilidad con que versificaba su autor, y mas brillante el colorido que daba habitualmente á todas sus composiciones. Este juicio que se formó de *Los tres iguales* era mas que un acto de censura, un testimonio de benevolencia; y alentado Burgos con él, resolvió, no ya dar un paso mas en la nueva via, sino lanzarse á ella con decision, y con todo el ardor que le permitian la multitud y la variedad de sus ocupaciones habituales.

En 1832, no satisfecho con escitar, en union de sus ilustrados colegas de la junta superior de fomento, á la adopcion de importantes mejoras administrativas, determinó ponerse al frente de las empresas industriales y agrícolas que promovia personalmente en varios puntos del reino, y con este objeto trasladó, en uso de real licencia, su domicilio á Granada. En los cortos intervalos de reposo que le dejaban aquellas útiles y patrióticas tareas, escribió allí su comedia *El baile de máscara*, que á solicitud de la junta de damas encargadas de buscar recursos para la casa de espósitos, se representó en beneficio de aquel establecimiento. Los sinceros y unánimes aplausos que mereció tan preciosa produccion justificaron completamente la teoría del autor, que en mayor ó menor escala iban igualmente ensayando en Madrid á la sazon otros ingenios. Burgos concluia ya *el Optimista y el Pesimista*, y meditaba otras composiciones del mismo género, cuando en 1833 le sacó de su retiro una real órden Por virtud de ella pasó á Madrid en setiembre, en ocasion que paroxismos frecuentes anunciaban la muerte próxima de Fernando VII. Verificóse ella al fin del mes, y en el siguiente su augusta viuda nombró á don Javier de Burgos secretario de estado y del despacho de fomento. Apenas abierto el teatro, momentáneamente cerrado por el luto del rey, el ayuntamiento de Madrid pensó hacer un obsequio á su nuevo jefe, disponiendo que fuese representado con grande aparato *El baile de máscara*. Pero por una delicadeza, que en general se reputó escesiva ó exagerada, el ministro rehusó lo que verosímilmente habria deseado como autor.

A nosotros, que en los sugetos de quienes publicamos algunas obras, no consideramos mas que al escritor, independientemente de sus cualidades ó servicios como hombre público, no nos toca hablar de la ilustre administracion de Burgos, que algun dia tendrá sin duda un historiador particular. Pero no podemos menos de hacer honrosa mencion de su mag-

nítica *Instruccion á los subdelegados de Fomento*, y esto no solo por ser una de las obras mejor pensadas y mejor escritas que han visto la luz en España, sino por ser la única que en razon de estas circunstancias ha merecido en este país los honores de la estereotipia. Tampoco debemos callar que el original de aquella obra, como los de la inagotable multitud de resoluciones y decretos espedidos por aquel ministro fueron siempre escritos de su puño, como lo habian sido durante su vida entera los despachos, consultas ó informes del funcionario público, y las composiciones ya graves, ya festivas del literato. Nosotros no nos atreveríamos á asegurar esta particularidad increible, si no depusiesen de ella, ademas de muchos y muy calificados testigos presenciales, los archivos del ministerio.

En él ostentó Burgos mas firmeza de carácter, mas inflexibilidad de principios, de la que acaso convenia para mantenerse en su puesto. Pero ausente él de la corte, y retirado de los negocios públicos, no le habia solicitado: lejos de eso, habia titubeado sobre su aceptacion, y esta le acarreó desde luego considerables pérdidas, que sucesivamente se hicieron enormísimas. Así, cuando terminada la obra del estatuto real, en cuya formacion se gloriaba de haber tomado gran parte, vió calmada la oposicion que le habian hecho las pasiones de un partido ó los intereses de algunos individuos, se apresuró á resignar el poder, causando no poca sorpresa esta determinacion, que no aparecia fundada en ningun motivo ostensible. La reina gobernadora, que en noviembre de 33 le habia condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, añadió á ella en abril de 34 la de Cárlos III, y poco despues le hizo espedir el diploma de prócer del reino.

Dedicados esclusivamente á trabajos literarios, y estranjeros por tanto á las maniobras de la intriga y á las cabalas de las facciones, no presumimos nosotros determinar los motivos que presidieron á una resolucion del estamento de próceres, por la cual se privó á uno de sus mas ilustres individuos de asistir temporalmente á sus sesiones. El pretexto en que se fundó esta decision, calificada ya severamente por los contemporáneos, y revocada y retractada por el estamento mismo despues de un exámen minucioso, fué la intervencion que se supuso á Burgos en las operaciones de un empréstito, contraido por la regencia de 1823 con el banquero de París Guebhard. El acusado rebatió la impostura con la relacion de los hechos ignorados, con la rectificacion de los conocidos, con la argumentacion vigorosa, que es el carácter distintivo de sus producciones, y en fin con la espresion enérgica, que tan necesaria es para completar el efecto de aquella especie de argumentacion.

Las obras de Burgos llenarian muchos tomos, y las administrativas revelarian que no hay uno de los males que de antiguo affigen á la España, de que él no haya manifestado el orígen y señalado el remedio. De esos trabajos hay unos impresos en la *Misceláneа y el Imparcial*, muchos inéditos en poder del autor, y muchos en los ministerios de hacienda y de lo interior, y en los archivos de varias corporaciones dependientes de ellos. De los literarios se publicaron sueltos algunos; varios en aquellos y otros periódicos; y manuscritos sabemos que existen en harto mayor número en los estantes del autor.

EL SIMPLON.

El Simplon, situado casi á la estremidad occidental del Valais, es uno de los pasos menos elevados entre los que sirven de comunicacion entre Francia é Italia, pero al mismo tiempo reune mas que otro alguno, las maravillas de la naturaleza con las del ingenio humano. Su travesía desde Brigg hasta Domo-d' Ossola, es de trece leguas y media. Hasta principios de este siglo no habia en medio de esas rocas mas que un sendero angosto y peligroso, que podian con dificultad atravesar algun traginero ó viandante, obligados por la necesidad.

Con el objeto de facilitar las relaciones militares y de comercio entre Francia é Italia, se ordenó la construccion de la via del Simplon, por derecho de los cónsules, de fecha 20 de fructidor año 8 (7 setiembre de 1800), la cual empezó en la primavera del año 9 (1801), y se terminó en 1807, segun los planos del general Thureau y del gefe de ingenieros Ceard, bajo la direccion de este y bajo la inspeccion de los señores Lescot, Houdard, Cordier y Polonceau, por la parte de Suiza, y por la parte de Italia á las órdenes de los señores Duchene, Courmond, Maillard, Gianolla y Rossi.

Por la parte de Italia fueron mucho mas difíciles los trabajos. Fué preciso horadar rocas de enorme masa, y en un valle muy estrecho salvar torrentes y precipicios, sostener montañas, cuya base minaran ya las aguas y el tiempo, construir en los flancos de matorrales paredes de mas de cien pies de altura algunas de ellas. Sin embargo, tantas dificultades no pudieron asustar á los ingenieros, cuya noble confianza ha confirmado el tiempo. El camino ó via de Brigg á Domo-d' Ossola, tan regular como una calle de jardin, se estiende por encima de rocas, precipicios y torrentes, doblándose con elegancia para seguir las ondulaciones y vertientes de las montañas. En un ancho invariable de veinte y cuatro pies conserva una constante inclinacion de seis pulgadas por toesa solamente, é insensiblemente se eleva hasta encima de las nubes, á la altura de 4,014 pies sobre Brigg, para descender 5.255 pies hasta Domo d'Ossola. De cuando en cuando, como en el Monte Cenis, hay ventas ó refugios para los viajeros cansados ó estraviados; hay parapetos ó linderos en los pasos peligrosos para tranquilizarlos; tanto, que el que en verano atraviesa tan maravilloso camino, disfruta sin ninguna esposicion de los cuadros mas imponentes y de las mas sublimes vistas que puede ofrecer la naturaleza.

Los gastos de tan gigantesca obra son incalculables; haciendóseles subir nada menos que á 12,000.000 de francos, producto de contribuciones impuestas á Italia, como lo indica la inscripcion de la grande galería, ÆRE ITALO (moneda italiana).

Trabajaron en ella diariamente 3.000 hombres, y bastaron apenas 160.000 quintales de pólvora para hacer saltar las rocas. Y con tanta dificultad, todo quedó terminado en seis años, acueductos, muros sustentadores de imponente osadía, puentes en número de veinte y dos, galerías enormes sin cuento.

Sale el camino de Brigg, poblacion algo importante, situada al pie del Simplon, á la cual varios conventos y un castillo flanqueado de cuatro torrecillas con cúpulas moriscas, cubiertas de hojas de hierro blanco, dan un aspecto original. Dejando á la izquierda el pueblo de Natters, pásase por un puente cubierto, el Saltina, cuyo dulce y pintoresco nombre, anuncia estar cercano el país en que se habla la mas armoniosa lengua del universo, y descansa el oido fatigado de los nombres duros y bárbaros de los lugares de Suiza. Luego por en medio de un bosque de alerces ó cedros se llega al valle de Ganther, donde se encontraba la primera galería del Simplon, destruida hace pocos años para prevenir las desgracias que pudiera ocasionar la caida de las rocas desatadas de que estaba formada. Sálese de Ganther por un puente de 74 pies de abertura, habiendo ya hecho tres leguas desde Brigg, y faltando otras tantas mas para llegar al collado ó cuesta del Simplon. La carretera da en tal punto una porcion de vueltas y atraviesa el pueblecito de Berisaal ó Berixal, donde para la diligencia ó correo. Andase media hora mas, y se llega á la galería de Schalbet, situada en uno de los mas altos puntos del Simplon. Como todas las demas, está dicha galería abierta en la roca viva por medio del pico y de la mina en una estension de 95 pies Antes de entrar en ella procúrese echar una vista hácia atrás, y se verá un sublime espectáculo. A lo lejos la poblacion de Natters, las risueñas praderas que esmaltan las márgenes del Ródano, las montañas del Valais, que como en escalones se elevan hasta los ventisqueros de Suiza, y en frente la montaña de Leria que se acaba de atravesar, la cual sirve de primer plano y de punto de descanso á tan admirable cuadro. Con dificultad se resuelve uno á apartar de él los ojos para hundirse en el seno de las rocas. Saliendo de la galería de Schalbet, cambia completamente de aspecto la naturaleza: los árboles, cediendo al rigor del clima, empiezan por ponerse mustios, y presto casi desaparecen, y á ellos reemplaza el césped que cubre la porcion de roca de que no se ha apoderado el hielo. Dominan la carretera vastos ventisqueros, formando las aguas que en ellos se forman una infinidad de cascadas, que animan tan admirable paisaje Este lugar en invierno es el paso mas peligroso del Simplon; pues sucede con frecuencia, que un remolino de viento desgaja algunos copos de nieve, los cuales rodando de roca en roca van haciéndose de un volúmen monstruoso, llevando con ellos la devastacion y el temor: llámanlos *aludes ventosos*. Son aun mas temibles los aludes de primavera; en cuanto en el invierno va arremolinándose la nieve en la cumbre de las rocas, donde queda helada y pegada, al paso que en abril y mayo reblandeciéndola el calor del sol, basta el menor ruido para desgajar los aludes, la voz de un hombre, el cencerro de un mulo, etc.; tales aludes arrastran entonces consigo todo lo que encuentran en su paso, y cubren á veces espacios de mas de una legua.

En verano no suceden tales incidentes; y en él generalmente, como dejamos sentado, no es peligrosa la travesía del Simplon; y sin embargo, nosotros pudimos ser víctimas de una catástrofe rara é imprevista. En medio de los ventisqueros que dominan la carretera, elévase majestuosamente el mas alto de todos, el Schon-Horn. El dia antes que pasáramos nosotros, sobre las tres de la tarde, habiéndose formado un vacío en la helada bóveda, habíase venido abajo con horrible estruendo, parecido á la esplotacion de una mina, el cual habia ido retumbando en las montañas por espacio de tres cuartos de hora. Formárase en él un torrente que arrastraba enormes rocas que caian en la carretera, y la atravesaban en un paraje en que hacia un rápido ángulo, para irse á perder en el abismo. Quedó el paso interrumpido durante tres horas, y aun el dia que le atravesamos nosotros quince hombres podian apenas sostener el choque por la parte del precipicio, al mismo tiempo que otros contenian con instrumentos en forma de gancho las piedras con que el torrente llenaba á cada momento la carretera.

En seguida, atravesada ya la galería de los ventisqueros que tiene 130 pies de longitud, se llega al punto mas elevado del viaje, el cual señala una piedra miliaria con una cruz El aspecto de la meseta del Simplon es triste y agreste; rodéanla por todas partes rocas sombrías, faltas de toda vegetacion y cubiertas de eternas nieves. Cerca la meseta el magnífico ventisquero de Bosboden, y en él se descubren vestigios de un hospicio, digno sin duda del alto fin á que estaba destinado. En estas regiones hállase el viajero encima de las nubes, las cuales ve arremolinándose á sus pies, y sobre su cabeza; no dejan de mojarle y mucho, hallándose tambien á veces circuido de una niebla que no le deja tino para andar.

Al estremo de la meseta empieza la carretera á bajar, y el valle se estrecha; las rocas al principio son completamente áridas, pero al paso que se adelanta anímase la vegetacion. Atraviesa sucesivamente el camino dos torrentes que se desprenden de los ventisqueros de Bosboden, y pronto se llega al pueblo del Simplon, cuyo escelente fondo no deja de sorprender en tales lugares. La grande elevacion del asiento del pueblo (4,548 pies sobre el nivel del mar), y las altas montañas que le rodean y roban la luz del sol durante muchos meses del año son causa de que sean en él los inviernos largos y muy rigurosos. Al salir del pueblo, la carretera, que corre por entre montañas muy cerradas, forma como un ángulo agudo doblándose sobre sí misma y metiéndose en un estrecho valle llamado Krumbach, donde abundan los trozos de granito que han traido los torrentes de la montaña. En medio de semejantes fragmentos pétreos piérdese el Krumbach en el Doverina, torrente que se precipita de los ventisqueros de Laqui, los cuales terminan el fondo del valle. Pásase por la galería de Algaby, una de las mayores y mas hermosas del Simplon, la cual tiene de longitud 215 pies; las rocas se elevan y acercan, el intérvalo que las separa le ocupan únicamente la carretera y el torrente, apenas se percibe el cielo á la altura de 2,000 pies, y aquí es el valle de Gondo, el mas agreste del Simplon. El camino construido en forma de cornisa en el granito hállase suspendido sobre el precipicio, en cuyo fondo muge Doverina. Sin atreverse nadie á bajar los ojos atraviésase el abismo por un puente cuya prodigiosa altura le hizo llamar *Ponte alto*. En tan estrecho espacio parece que la naturaleza ha reunido cuanto mas grandioso, imponente, agreste y terrible es capaz de crear. Elévanse dos inmensas rocas hasta perderse de

vista: una de ellas que tiene poblada de abetos la base adelántase por cima del torrente; atraviésale la principal galería del Simplon, que es la de Gondo. Formada en el mismo granito en una longitud de 683 pies, costó el hacerla diez y ocho meses, aunque se trabajó de dia y de noche y no obstante que se unió la roca por cuatro partes á un mismo tiempo. Hay en ella dos aberturas que la iluminan escasamente. Como se sale de la grande galería, hallámonos en un puente suspendido sobre el precipicio, debajo del cual ruge una magnífica cascada que forman las aguas del Frascinone, desprendiéndose de la montaña y desapareciendo en el fondo del precipicio. Este cuadro inesperado y sublime detiene al viajero, le seduce y le estasía de tal modo, que olvida las gotas de agua que le salpican fuertemente.

Continuando la bajada, hieren la vista algunas pobres habitaciones que constituyen el triste pueblo ó aldea de Gondo. No tarda el valle en tomar un aspecto menos salvaje; cambia luego del todo la escena, renace la vegetacion, desparecen las rocas y se presenta una bonita poblacion. Es Isela, la primera de Italia. Una galería, que es la menor, acaba de prestar encanto á estos bellos lugares que forman tan marcado contraste con el severo valle de Gondo. El viajero no sabe despedirse de ellos, otra vez durante algunos pasos vuelve á ofrecerse una naturaleza agreste, como para mas encarecer el sentimiento de alivio y dicha que se esperimenta al penetrar en el risueño valle de Dovedro

En él por la vez primera siéntese la influencia de un nuevo clima, el de Italia. Los alerces, los castaños dan sombra á las montañas, atraviesa un hermoso puente el Cherasca que muere en el Doverina. Pronto se atraviesa la galería de Crévola, última del Simplon, y se dice para siempre adios á las rocas, torrentes y precipicios, pues ya se ha entrado en Italia. El hermoso cielo de puro azul, esos campos risueños, esa vasta llanura bien cultivada en que serpentea el Torcia que baja del valle de Antigorio, esas cuestas de Trentano, de Monte Trestese, de Mazera, las pintorescas villas que animan ese paisaje, todo eso, sí, todo es Italia, el país hermoso por escelencia.

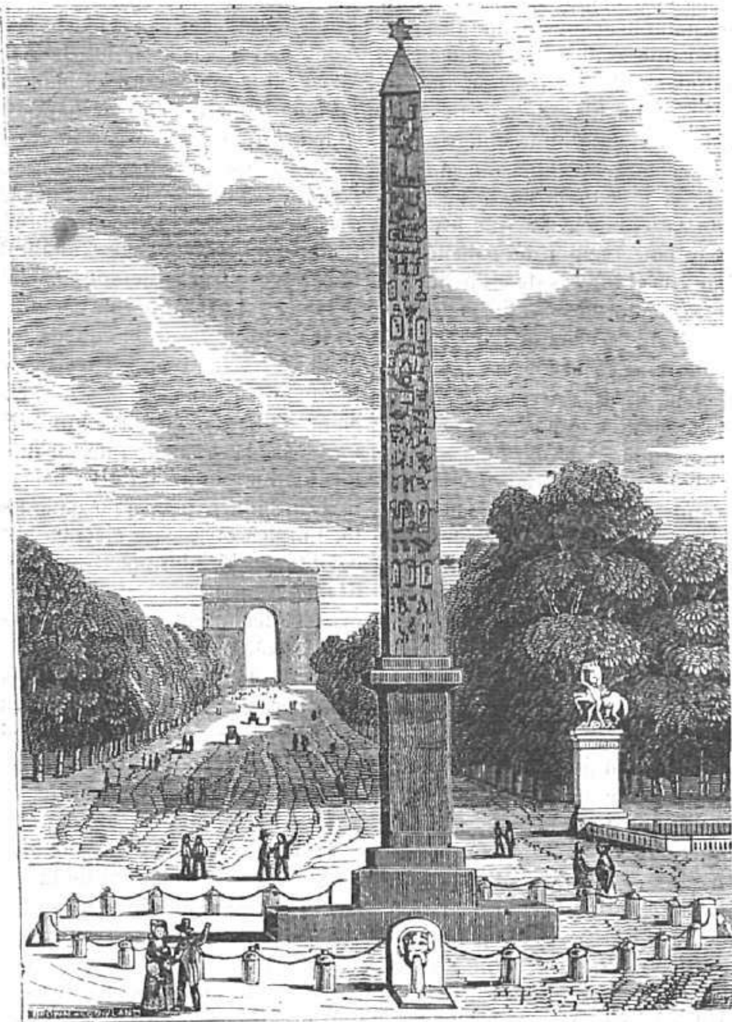
Por última vez se pasa el Doverina encima del enorme puente de Crévola, otra de las mas considerables de la carretera. Sostiénele un pilar de 100 pies de altura, y domina el pueblo de Crévola, cuya capilla y casas contribuyen á aumentar su colosal grandor.

Acábase por llegar á la pequeña ciudad de Domo d' Ossola, llena el alma de tantas emociones, de tantas maravillas, que cuando recuerda la imaginacion los sublimes cuadros que se han aparecido á nuestra vista, no se concibe que puedan haberse sucedido en pocas horas, y ciertamente créese que se ha vivido muchos años en un momento.



El Simplon, valle de Gondo.

EL OBELISCO DE LOUQSOR.



EL OBELISCO DE LOUQSOR.

Un monumento de la antigua civilizacion egipcia encuéntrase actualmente cara á cara con los monumentos de la civilizacion francesa; los viejos siglos de las orillas del Nilo, levantan la cabeza en medio de nuestras nuevas edades. Estraño destino de los monumentos! Las obras del hombre, como el hombre mismo, tienen sus revoluciones y sus aventuras. Cuando en el suelo de Tébas, unos treinta y cuatro siglos ha, se elevara el obelisco hoy dia llamado *obelisco de Louqsor*, ¿quién hubiese dicho que, andando el tiempo, el gigante de granito, habiendo quedado solitario en medio de las ruinas de la Tebaida, seria arrancado de su suelo para ser transportado mas allá de los mares, en medio de unos pueblos que lo admirarian sin comprenderlo? ¿Quién hubiera dicho que de allí á tres mil años, nuevas naciones palmotearian delante del monumento sagrado de las canteras de Syene como en los dias en que el antiguo pueblo de Tébas lo saludó por vez primera sobre su base? La idea de adornar una plaza de París con un monumento de la antigua ciudad de las cien puertas pertenece al gobierno caido en 1830; siendo concebida la espedicion de Louqsor al propio tiempo que la de Argel, de forma que los mismos hombres que velaban por el honor del pabellon de Francia velaban á la par por el interés de las bellas artes. La restauracion tuvo tiempo de conquistar á Argel, mas no pudo ver cual de las orientales orillas del Nilo llegaba á la plaza de Luís XV el coloso viajero.

Reasumámos en algunas líneas la parte histórica de los trabajos á que ha dado márgen este precioso monumento. Entre los obeliscos que poseia en otro tiempo el Egipto, tres ó cuatro habian llamado la atencion de los viajeros, los de Alejandría, conocidos bajo el nombre de *Agujas de Cleopatra*, y en particular los dos monolitos que se veian todavía en pie á uno y otro lado de un templo de la antigua Tébas, en cuyo recinto hase edificado la aldea de Louqsor.

Las amistosas relaciones de la Francia con el bajá de Egipto, y las solicitudes de los anticuarios y amigos de las bellas artes determinaron al gobierno de la restauracion á pedir al bajá el permiso de llevarse los obeliscos de Tébas, lo que fué concedido. Votaron los fondos las cámaras; y construyóse en Tolon un buque largo y estrecho que abastecido de todo lo necesario y remolcado por un paquete de vapor, fué conducido atravesando el Mediterráneo y remontando el Nilo, hasta junto la aldea de Louqsor. El ingeniero M. Lebas, hizo al punto los preparativos para derribar, sino el mas alto, al menos el mas bien conservado de los dos monolitos. Presentaba la operacion grandes dificultades pues por estar el obelisco en parte enterrado, para conducirlo hasta al Nilo fué preciso abrir una zanja en que se emplearon el espacio de tres meses y los brazos de ochocientos hombres, sin contar lo incómodo de un calor escesivo y los horrores del cólera, que diezmaba en aquel entonces la poblacion indígena.

Cuando el monumento quedó de todo punto descubierto cubriósele enteramente con espesas tablas, sostenidas por travesaños y pernos á fin de preservarlo de los choques que hubieran podido lastimarlo, y prevenir las roturas. Por último, fué embarcado el obelisco, conducido, despues de haber dado la vuelta á España, hasta el puente de Luís XV, y desembarcado en el muelle. Salió el buque para Bretaña á buscar los pedruscos de granito destinados á formar en medio de la plaza de Luís XV el pedestal sobre que debia reposar el monolito. Concluído dicho pedestal, que tendrá de 25 á 30 pies de alto, formóse con mazonería y tablones, un plano inclinado, que empezando junto al obelisco elevábase progresivamente hasta la altura de aquel. Hecho esto y colocado el monumento en una especie de narria, hásele conducido por medio de cabestantes, cuerdas y garruchas polipastas, á lo largo del plano inclinado, de suerte que la base del obelisco ha llegado contra el neto del pedestal. Entonces no habia mas que hacerle describir un cuarto de círculo para ponerlo en su lugar.

He aquí una idea del aparato de que se valieron para alcanzarlo. Primeramente clavaron en el suelo por medio del moton gruesas estacas destinadas á sostener los cabestantes; en seguida hase asegurado el pedestal con trozos de madera, dos de los cuales formaban botareles al lado opuesto del plano inclinado, por temor de que el obelisco no desbaratase el pedestal contra quien se apoyaba la arista inferior de su base: Juntáronse por sus estremos diez mástiles de 65 pies de largo, cinco á la derecha, y cinco á la izquierda del obelisco, á un grueso cilindro de madera, el cual daba así mismo vueltas en un semicilindro cóncavo; los diez mástiles estaban sostenidos hácia lo alto entre dos travesaños y el conjunto fuertemente atado con cuerdas.

Tal era el juego de aquella máquina: unos cables atados á los travesaños superiores iban á coger al obelisco con su cubierta algo mas abajo de la cabeza, y como podia dar vueltas en un cilindro de madera colocado hácia el ángulo inferior de su base, échase de ver que inclinando los mástiles hácia atrás, debia el obelisco levantarse poco á poco para seguir su movimiento. Empleáronse para ejecutar este movimiento diez cabestantes birados por trescientos artilleros; y es inútil observar que para aumentar la fuerza y arreglar la marcha del aparato, empleáronse gran número de garruchas polipastas.

Contentándose con este sistema, hubiérase podido verdaderamente hacer describir al monolito un cuarto de círculo; pero es evidente que hácia el fin de su carrera hubiera caido con violencia sobre el pedestal; y luego hasta hubiera podido volcarse por el lado opuesto. A fin de no esponerse á tan desagradable accidente, por el lado opuesto á los mástiles, sujetaban el obelisco cuatro cadenas de hierro que soltaron lentamente cuando empezó á moverse por sí mismo para caer, si es lícito hablar así, sobre el pedestal que debia sustentarlo.

Funcionaron todos los aparatos con perfecto éxito, y el obelisco movióse á manera de los astros, sin estrépito, ni sacudimientos: finalmente la operacion, retardada algun tiempo por insignificantes accidentes, y que habia empezado á las once, terminóse á las tres y doce minutos, en medio de los aplausos de una muchedumbre inmensa que asistia á aquel espectáculo. Cosa fué admirable, un efecto verdaderamente mágico, un maravilloso golpe de teatro el paso de los últimos grados de la oblicuidad á la posicion vertical: doscientas mil manos han entonces palmoteado; de todas partes hanse elevado estrepitosos *vivas* repetidos gritos de: Bravo Mr. Lebas! Qué triunfo! qué fiesta! qué

gozo para este artista que ha pasado por todas las alternativas del temor y de la esperanza! Cada cual se ponia en el lugar de aquel hombre que tan dichoso debia ser, sobre quien habia pesado tan rudamente la responsabilidad, y que debia adquirir tanta gloria ó tan cruelmente deshonrarse á los ojos de los sabios. La muchedumbre fué, como casi es siempre abandonada á sí misma, justa, buena, entusiasta, rodeó á M. Lebas, felicitólo, llevólo casi cuando fué á recibir en el ministerio de marina las felicitaciones del rey Luís Felipe. Vuelto al obelisco donde debia dar gracias á sus fieles auxiliares, los carpinteros que habian tomado á pecho aquel negocio, los marineros á quienes pudo *muy bien juzgar el público*, *los artilleros que prestaron* su fuerza inteligente en una maniobra de precision, de la cual no son capaces todos los hombres, á pesar de lo sencilla y maquinal que parece; vuelto, decimos, al obelisco, empezó de nuevo la ovacion estrepitosa, amistosa, apasionada. Hase hablado mucho de Fontane en estos últimos tiempos: no negarémos la gloria que adquirió aquel sabio erigiendo el obelisco de Sixto Quinto; pero el trabajo de M. Lebas es mucho mas complicado, pues la ereccion, segun sus mismas palabras, no es mas que un juego de niños al lado de las dificultades que fuéle preciso vencer durante una marcha de tres años. Cierto que, mas cuerdo hubiese sido hablar mucho mas de M. Lebas, y algo menos de Fontane.

El obelisco de la plaza de Luís XV tiene 68 pies de alto; y si bien su pirámide está algo mutilada, falta es esa fácil de reparar. Además está el monumento hendido hácia su base hasta el tercio de su altura. Habian los egipcios prevenido los efectos que podia ocasionar aquella grieta consolidándola por medio de llaves de madera de sicómoro, cortadas formando cola de golondrina; llaves parecidas, pero de bronce, reemplazan ahora á las antiguas. La carrera pública del obelisco empezó el 23 de diciembre de 1834, es decir, así que llegó á París, pues al punto empezaron á hacerle la oposicion. Hacer la oposicion á una piedra! Y porqué no? La nacion francesa es una nacion esencialmente crítica, su genio es la oposicion; una piedra lo mismo que un hombre será el objeto de sus chanzas, de sus sarcasmos, de su cólera

¿Reproducirémos todo lo que se ha dicho contra el obelisco? «A qué un obelisco aquí, han esclamado los unos, cuando tantos se encuentran en todas las plazas de Roma; no es esa una estraña rareza?—Gastar millones para tener un monumento que será tan feo! Han añadido los otros; y á mas á qué ponerlo en la plaza de Luís XV? Estorbará ver el arco de triunfo, las Tullerías, la Magdalena, la cámara de los diputados; á lo menos si se le colocaba en el Louvre, ni cosa alguna, ni á nadie molestaria; allí estaria á las mil maravillas.» Y mucho mas se ha dicho aun! A cuantas gentes muy graves hemos oido repetir: ¿Para que sirve el obelisco? preguntar: ¿Para que sirve un obelisco? Y para que sirven, decidme, la coluna Vendome, el arco del triunfo de la Estrella, el de Carrousel? Los que á tal punto llegan, los que piden para que sirve un monumento, un objeto de arte, no estan muy lejos de la barbarie. Afortunadamente el país es mas artista que los hombres que no pueden sufrir el obelisco. A manos del positivismo muere toda poesía, y un gran pueblo sin poesía, no estaria muy distante de su muerte. Gracias al cielo, la Francia no se halla en tal estado, la Francia tiene entusiasmo por las cosas bellas, por las nobles empresas: no pregunta para que sirve esto; lo comprende, y al paso que alienta á la industria, ama el arte lejos de hacerle una estrecha y mezquina oposicion.

GODOFREDO DE BOUILLON

Sería fiel el retrato que nos dió el Taso del héroe de su poema si le hubiera añadido algunas pinceladas para hacer mas brillante su valor. Porque Godofredo de Bouillon poseia todas las perfecciones caballerescas, la generosidad, la lealtad, la dulzura; todas las virtudes cristianas, la modestia, la pureza, la fe; todas las dotes guerreras, el valor y la fuerza, la audacia y la prudencia. Es la primera y la mas hermosa gloria de las cruzadas, habiendo quedado sin tacha su solo nombre.

Era un jóven Godofredo cuando defendió con valentía su ducado de Lorena contra las pretensiones del emperador Enrique IV. Olvidando empero sus injurias, cuando rompieron Gregorio y Enrique, tomó partido por este, y fué gefe entre las tropas imperiales que se apoderaron de Roma. Pero habiendo luego sufrido una grave enfermedad, creyó que le castigaba el cielo por haber hecho armas contra el Papa y prometió consagrar su vida en defensa de los cristianos de Oriente.

Ofreciéronle ocasion de cumplir su voto los piadosos furores de Pedro el Ermitaño, y tomó entonces las armas Godofredo. Para subvenir á los gastos de la santa empresa, lo mismo que casi todos los señores, tuvo que hacer libre mediante un precio á la ciudad de Metz, de la cual era señor feudal, y vender sus ciudades y tierras á los obispos, los cuales, bien que los mas interesados en esas guerras religiosas, no hacian escrúpulo de abusar del loco entusiasmo de los Cruzados para adquirir á buen precio sus dominios.

Hordas de cristianos tomaran ya la delantera y señalaran su paso con latrocinios y crueldades, cuando partió Godofredo al frente del ejército cruzado. Unánimemente reconocido por gefe, sin que mediara empero eleccion, condujóse no como un insensato fanático, sino como un general hábil y prudente; preparó con precauciones puramente humanas el buen suceso de la espedicion, y sin enfriar el ardiente celo de sus soldados, sometióles á una severa disciplina. Harto tenia ya que hacer para reconquistar á los cruzados la bien querencia pública.

Por su llegada á Constantinopla pusiéronse en libertad algunos caballeros que tenia en cautiverio el emperador Alejo Comneno, quien conociendo despues de haber vacilado algun tanto que razonablemente no podia habérselas con seiscientos mil hombres, convirtió sus actos de hostilidad en demostraciones de amistad. Hizo á los principales gefes magníficos presentes, promesas y ofertas, y de ellos obtuvo que le pagarian homenaje por todas las conquistas que hicieren. Esperaba el hábil emperador sacar buenos provechos de su alianza con los cruzados, en lo cual no se engañaba. Para él sitiaron los cristianos á Nicea, en cuyas murallas tremoló el pabellon de Alejo, cuando despues de repetidos asaltos iban á apoderarse de ella.

o cual les dió á entender que la ciudad pertenecia á su aliado y que debian en consecuencia cesar las hostilidades contra ella. Y era que los Turcos, instigados por los secretos agentes de Alejo, prefirieron entregar á este la ciudad á dejarla tomar por los cruzados.

Entre los pormenores de este sitio de Nicea, cuéntase como cosa admirable un hecho ó proeza de Godofredo. Con una flecha atravesó el corazon de un gigante á cuyo aspecto huian las gentes. Tambien se habla con admiracion de una lucha que tuvo con un disforme oso, de camellos cuya cabeza hacia volar con un solo sablazo, y en particular de un caballero á quien hirió con tan vigorosa destreza, que hizo de su cuerpo dos partes, una de las cuales cayó al suelo y la otra continuó corriendo á caballo. Pero estas hazañas son por demás maravillosas para que se les pueda prestar entera fe.

Tomada Nicea, los cristianos para procurarse con mas facilidad vituallas, marcharon divididos en dos cuerpos, mandados el uno por Boemundo, hijo de Roberto Guiscardo, y el otro por Godofredo. El activo Kilidge-Arsan atacó la primera division en los campos de Dorilea, y no obstante su heróica resistencia, estaba á punto de sucumbir, cuando se presentó Godofredo á arrancar con su valor y pericia la victoria de manos de los infieles.

En la travesía de Nicea y Antioquia por entre los áridos y tostados campos de la Frigia y de la Isauria sufrió el ejército cristiano los horrores de la hambre y de la sed, y el generoso Godofredo, no contento con



Godofredo arengando á los gefes Cruzados.

animar á los cruzados con su piedad, perseverancia y dulce elocuencia, repartia sus provisiones entre las mujeres y los niños.

Antioquía habia sucumbido, mas los cristianos sitiados en su campo y devorados por la hambre y por la pestilencia, hallábanse reducidos á la última estremidad. Solo un milagro podia salvarles, y el milagro se presentó. Un sacerdote llamado Pedro Bartolomé publicó que Jesucristo le habia revelado que si los cristianos pasaban tres dias en el ayuno y en la oracion, encontrarian el hierro de la lanza por el cual vencerian á sus enemigos. Pocas fuerzas costó á los cruzados el ayunar careciendo como carecian de víveres y el hierro apareció el dia aplazado. Aplacóse el entusiasmo que produjera el piadoso engaño y los sarracenos fueron completamente batidos, en cuya memorable jornada cubrióse Godofredo de nueva gloria.

Libre quedaba el camino de Jerusalen. Pocos dias despues de tomada y saqueada esta ciudad, erigióse en Reino y se trató de darle un gefe. Y como se presentasen á la obcion muchos caballeros, nombráronse diez electores que designasen el mas digno y meritorio. Tal fué proclamado Godofredo de Bouillon con general aplauso; pero el modesto héroe se negó á admitir las insignias soberanas, diciendo que nunca llevaría él corona de oro en una ciudad en que el Salvador la llevara de espinas.

Atacádos en su fanatismo y amor propio, insistian los

Sarracenos en disputar su conquista á los cristianos. Salió en busca suya Godofredo, y la gloriosa victoria de Ascalon que se ganó el mismo dia de la Ascension puso fin á la guerra. El rey de Jerusalen estaba aprovechándose de la paz para labrar la dicha y prosperidad interior de su nuevo reino, cuando una muerte repentina, atribuida al tósigo, interrumpió sus trabajos legislativos y destruyó el porvenir de Palestina. «Godofredo de Bouillon, dice el historiador de los Cruzados, aventajó á todos los capitanes de su siglo por su pericia guerrera; y á haber reinado mas largo tiempo contárasele en el número de los grandes reyes.»

Murió el 18 de julio de 1100.

MIÑANO

(DON SEBASTIAN DE).

Don Sebastian de Miñano y Bedoya nació el año de 1779 en la villa de Becerril de Campos, provincia y obispado de Palencia. Hizo sus primeros estudios de filosofía y lugares teológicos en el seminario conciliar de esta ciudad, desde la cual pasó á Salamanca á seguir la carrera de la jurisprudencia, bajo la direccion del célebre profesor don Ramon de Salas. A poco tiempo de haberse matriculado allí, sintió una vehemente inclinacion al estudio de la medicina; y sin comunicar esta idea á sus padres, se inscribió en la matrícula de esta ciencia, sin perjuicio de la asistencia á las cátedras de derecho civil, pero con mucho mas esmero al anfiteatro de anatomía. Nadie sino sus íntimos amigos tenia noticia de esta doble asistencia, cuyos progresos hubieran sido ignorados hasta de su propia familia, sin una casualidad éstraordinaria que ocurrió dos años despues de haber emprendido estos estudios Hallábase su padre don Andrés Miñano de corregidor en Trujillo, ciudad de Estremadura, cuando durante el verano de 1794 en que el hijo estaba allí pasando sus vacaciones, se cometió un horrible asesinato en la persona de un honrado ganadero, á quien los ladrones ó sus particulares enemigos habian dado diez y siete puñaladas y hendido el cráneo con una gran piedra. Recogido que fué el cadáver, tratóse de saber si las heridas eran esencial ú accidentalmente mortales, ó si la causa inmediata de la muerte debia atribuirse á la magullacion de la cabeza. El único facultativo del pueblo se hallaba fuera y no podia venir bastante á tiempo para proceder á la autopsia antes que el cadáver comenzara á descomponerse. Entonces fué cuando el jóven profesor salamanquino se ofreció á hacer la diseccion del cadáver en presencia de su padre, del alcalde mayor, del escribano y demas personas á quienes habia reunido aquel funesto suceso. Efectivamente, se le franqueó el estuche de instrumentos que estaba en casa del cirujano don Manuel Laborda; y Miñano procedió segun las reglas del arte á sondar, descubrir y demostrar la direccion y naturaleza de las heridas, señalando las que debian ocasionar necesariamente la muerte y las que no habian ofrecido mas que un riesgo secundario. En seguida ejecutó tambien la operacion del trépano para reconocer el estado del cráneo y las estravasaciones que habia sufrido en diferentes sitios, etc., etc. Entonces fué cuando su familia y los circunstantes supieron por primera vez esta especie de vocacion, á que se habia entregado el jóven legista, y esta fué una de las razones por que se procuró alejarle de una carrera que, siendo una de las mas respetables, mas difíciles, mas útiles y dignas de la veneracion y gratitud de los hombres, no está mirada en España con tanta consideracion como las de la teología y jurisprudencia, ni ofrece lo que se llama salidas tan ventajosas.

Desde entonces resolvió su padre que no debia volver á Salamanca, y valiéndose de la amistad y proteccion que le dispensaba el señor obispo de Plasencia, solicitó y obtuvo colocar á su hijo de familiar del eminentísimo señor cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo. Este venerable prelado, cuyas virtudes y natural bondad han dejado tan dulces recuerdos en todas las diócesis que administró, así en España como en América, se hallaba entonces encargado por el rey de la tutela y educacion de los tres hijos del señor infante don Luis de Borbon, hermano de Cárlos III. Es bien sabido que este príncipe, despues de haber sido creado cardenal á la edad de nueve años y administrádose en su nombre las diócesis de Toledo y Sevilla, manifestó su repugnancia á seguir el estado eclesiástico y se empeñó en casarse contra la voluntad de su hermano. Las razones de cristiandad y de conciencia que se espusieron al rey por su confesor y otros varones prudentes fueron tales, que al fin llegaron á arrancar su consentimiento, bien que acompañado de condiciones duras y notoriamente injustas por lo mismo que debian recaer sobre su inocente descendencia que aun no habia nacido todavía. Estas condiciones fueron: 1ª que se habia de casar con una señorita particular y no con ninguna princesa de sangre real; 2ª que el matrimonio se habia de celebrar fuera de la corte y que, acto continuo, habian de dirigirse los esposos á la villa de Cadalso, provincia de Toledo, donde en otro tiempo se unió el rey Enrique IV con la infanta doña Isabel, despues de haberla jurado heredera en los toros de Guisando; 3ª que ninguno de ellos habia de volver á la corte sin ser espresamente llamados por el rey, y 4ª y la mas dura de todas que fué la de prohibir á los hijos que tuviesen llevar el apellido de su padre, sino solamente el de la madre, que fué como declararlos hijos ilegítimos. Esta cruel arbitrariedad de un monarca á quien escritores lisonjeros han dado alguna vez el título de sabio, fué convertida con esta ocasion en ley general del estado, por la cual se impone la misma pena de privar del apellido paterno á los hijos de los que se casen sin permiso ú consentimiento de sus padres. De modo que en los descendientes presuntos del señor infante don Luís, no solo se quiso mostrar la repugnancia del déspota á su nacimiento, sino que se dió contra ellos una fuerza retroactiva á la ley que no estaba promulgada, y que aun estándolo, no debia comprenderlos, pues que, de buena ó de mala voluntad, ya habia precedido el consentimiento.

Casóse el señor infante con una ilustre señora aragonesa, llamada doña María Teresa de Vallabriga, y nacieron de este matrimonio el señor don Luís de Borbon, despues cardenal de este título, y las señoritas doña María Teresa y doña Luisa, casadas luego, la primera con don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y la segunda con don Fernando Melgarejo, duque de San Fernando. Todos tres perdieron á su padre en edad muy tierna, y una órden de la corte, tal vez

mas dura que las anteriores, les privó tambien de las caricias y ternura de su madre, obligando á esta señora á retirarse sola á Aragon, encerrando á las niñas en el convento de religiosas de San Clemente de Toledo y confiando la crianza del jóven don Luís á los cuidados y cariñosa fidelidad del anciano y respetable arzobispo de Toledo. Este señor alojó dignamente en su palacio al augusto huérfano, dándole ayos y maestros, cuyo encargo principal era dirigir sus inclinaciones hácia el estado eclesiástico, para el cual indicaban mucha disposicion la índole suave y las maneras dulcísimas del ilustre niño. Mas no por estas circunstancias, ni por haberlo revestido muy jóven de las dignidades de conde de Chinchon que le pertenecia por herencia, y de arcediano de Talavera, se le dió jamás otro tratamiento que el de señoría, ni se le apellidaba con otro nombre que el de don Luís María Vallabriga, hasta que en tiempos posteriores y por causas agenas de una justa reparacion, se le concedió, como una gracia especial, que él y sus señoras hermanas pudiesen usar el apellido de su padre.

En 1795 fué admitido Miñano entre los familiares del señor Lorenzana y destinado exclusivamente á servir y acompañar al señorito don Luís, asistiendo á sus mismas lecciones en las horas que se lo permitia la asistencia á la Universidad, donde continuó estudiando leyes y cánones hasta recibir el grado de doctor en derecho civil. En esta época, que fué la del último año del siglo diez y ocho, tuvo que partir para Sevilla en compañía de su jóven amo, á quien se acababa de conferir el arzobispado de Sevilla, y en el acto mismo fué nombrado primer oficial de su secretaría. Entre las infinitas agradables impresiones que siempre ofrece el aspecto de la Andalucía á los que por primera vez visitan aquel delicioso país, ninguna conserva Miñano con mas placer y orgullo de su ánimo, que la de haber hecho allí conocimiento, que no tardó en convertirse en una amistad íntima, con los distinguidos literatos que mas sobresalian en aquella ciudad. Tales fueron los señores don Juan Agustin Cean Bermudez, bien conocido por sus escelentes escritos sobre las tres nobles artes: don José Isidoro Morales, uno de los mas insignes matemáticos que ha tenido España, y don Manuel José de Arjona, penitenciario de Córdoba, sujeto de muy vasta erudicion; y tales son hoy en dia los señores don Félix José Reinoso, don Alberto Lista y don José María Blanco, cuyos nombres solos equivalen á todos los elogios que pudiera hacer de ellos nuestra pluma, y cuyos trabajos literarios acrecientan la gloria de su nacion.

En su trato y por sus consejos principió á formar Miñano aquel estilo correcto y original que luego hemos visto y oido celebrar en sus obras festivas y serias; pero sobre todo ellos le enseñaron, segun él mismo se esplica, á no buscar jamás la gracia á costa de la verdad, y á no sacrificar jamás los rigorosos principios lógicos al deseo de aplaudir las opiniones dominantes. Sus escritos y sus palabras indican siempre, por la forma con que estan expresados, una íntima conviccion que persuade y cautiva á los lectores. Ningun escrito publicó Miñano mientras estuvo desempeñando los destinos de oficial de la secretaría y secretario de cámara del cardenal de Borbon así en Sevilla como en Madrid, porque las muchas ocupaciones y sujecion de este cargo, no le dejaban el tiempo y vagar necesarios para otra clase de trabajos. Solo sabemos por relacion los muchos servicios que prestó á la humanidad en la terrible y mortífera epidemia de fiebre amarilla que affligió á una gran parte de la España el año de 1800, y muy particularmente al arzobispado de Sevilla. Miñano se hallaba en compañía del cardenal en una casa de campo inmediata, donde no corrian ningun riesgo por el absoluto aislamiento en que vivian; pero habiendo perecido casi todos sus compañeros que habian quedado en el palacio de Sevilla, se ofreció á ir á encargarse del despacho de todos los negocios y cuidar de todos los hospitales y demas establecimientos que dependian de la mitra, en tiempo en que morian diariamente mas de ochocientas personas. En efecto, se trasladó el 1° de octubre á aquella ciudad, y apenas puso los pies en ella, cuando le acometió la enfermedad reinante con todos los síntomas funestos que suelen acompañarla; pero triunfó de ellos la robustez de su temperamento, y fué el único que sobrevivió de veinte y nueve individuos que componian la casa del cardenal.

Restablecida la salubridad en el reino y levantadas las cuarentenas, volvió al año siguiente á Madrid, donde no tardó su amo en recompensar sus servicios con una prebenda entera de la catedral de Sevilla, cuyo cabildo le nombró poco despues su diputado de negocios en la corte. En ella continuó hasta el año de 1804, en que se le mandó volver á Sevilla á residir su prebenda, donde permaneció, casi sin interrupcion, hasta el de 1812. Estos fueron los años mas felices de su vida, que hubiera corrido fácil y apacible, sin la injusta cuanto inesperada agresion de las tropas francesas contra la dinastía de Borbon, cuya existencia en el trono ocasionaba celos y desconfianzas al emperador Bonaparte. Verificóse la entrada de estas tropas en Sevilla el 1° de febrero de 1810, hallándose Miñano de diputado de negocios de aquel cabildo, cuya gran mayoría de individuos resolvió quedarse allí y correr la suerte de todos los demas ciudadanos, aunque sin desaprobar tampoco la determinacion de algunos que prefirieron salvar sus personas en Cádiz, único punto de seguridad que por entonces ofrecia la superficie de todo el reino. Esta época tan crítica y tan mal juzgada por la mayor parte de los escritores contemporáneos, fué la que decidió de la suerte futura de muchos españoles, lanzando á los unos fuera de la senda que habian seguido maquinalmente hasta entonces; cortando á los otros la carrera que habian principiado á recorrer, y precisando á todos á entrar dentro de sí mismos y no contar sino con sus propios recursos. En esta última clase se colocó muy pronto Miñano, porque conoció desde luego que una vez rota la valla de la rutina, no era posible que continuase el mismo órden de cosas que habia reinado hasta entonces en España. Así es que ni quiso refugiarse en Cádiz donde abundaban tantas gentes inútiles y embarazosas para el gobierno, ni sucumbir tampoco á la tiranía militar que precisaba á prestar juramentos contrarios á la conciencia política de los vencidos. Desde los primeros dias de la estancia del rey José en Sevilla, se comunicó una órden al cabildo por el comisario regio conde de Montarco, para que todos sus individuos prestasen el juramento de reconocimiento y obediencia al nuevo monarca, bajo la pena, en caso contrario, de ser mirados como prisioneros de guerra y privados de la proteccion de las le-

yes. Leido este oficio en la sala capitular, se pasó, como es costumbre inalterable de aquel cuerpo, á la diputacion de negocios para que diese su parecer sobre este que se llamaba el mas arduo de todos. Miñano no le consideró como tal respecto á la corporacion á quien se dirigia, pues era claro que hallándose ocupada la capital, la provincia y aun casi todo el reino por las tropas que mandaba el nuevo rey, no era posible que existiese en aquella un cuerpo cualquiera que, sin resistirle abiertamente, rehusase reconocerle. Mas en cuanto á esa especie de violencia individual que se pretendia confundir con las obligaciones de todo el cuerpo, su dictámen fué que cada uno consultase su conciencia y su situacion particular, presentándose á firmar en la mesa que estaba en medio de la sala, si queria reconocer al nuevo soberano, ó retirándose á su casa si era de contrario parecer.

Dichas estas palabras se salió de la sala y no fué seguido de ninguno de sus compañeros, quienes firmaron todos sin réplica y sin otra excepcion que la suya de cuantos estaban presentes, como así consta en el acta. Si se hubiese encontrado en Cádiz ó en país extranjero y libre de la dominacion francesa, no habria sido necesario demasiado esfuerzo para tomar esta determinacion, que algunos han citado de sí mismos como poco menos que heróica, y aun la han alegado como mérito para sus pretensiones cuando se cambió la escena. Pero señalarse en Sevilla con una divergencia que se puede decir singular, no dejaba de ofrecer por entonces algunos riesgos. Así fué que no tardó en experimentar las consecuencias de esta resolucion imprudente, pues que bajo el frívolo pretexto de una delacion en que se le acusaba de tener una correspondencia política con el general Castaños, regente entonces en Cádiz, y de ser autor de una proclama muy necia que corria contra la persona de Napoleon, fué arrestado por el gobernador de la plaza y conducido á un encierro del antiguo edificio de la inquisicion, donde le tuvieron cuarenta y dos dias incomunicado y con todas las presunciones de sufrir un castigo mas severo. El reconocimiento prolijo que se hizo de todos sus papeles, y mas que todo, la tierna solicitud de su amigo don José Isidoro Morales, que gozaba entre los primeros gefes franceses de la alta consideracion que siempre debió merecer al gobierno español, produjeron la evidencia de que la delacion habia sido calumniosa, y en consecuencia se le puso en libertad.

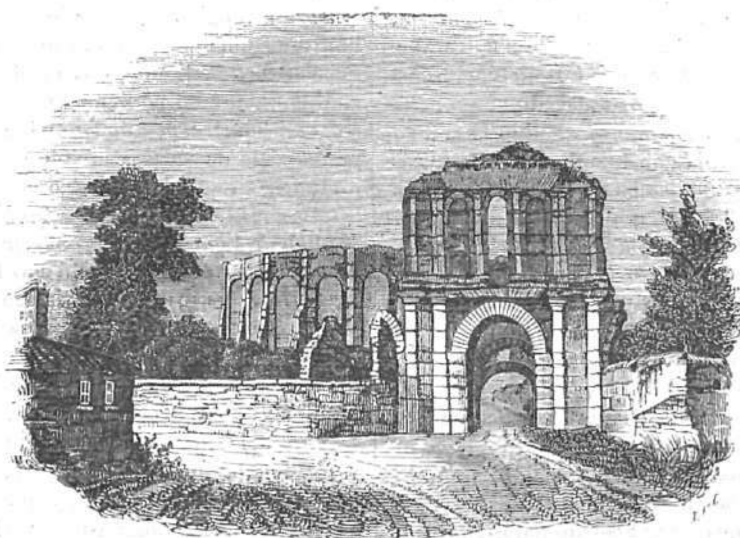
No es esto decir que Miñano mirase como una desgracia pública la mutacion de dinastía ni mucho menos las reformas políticas y administrativas que se anunciaban como consiguientes á ella. Por el contrario, le hemos oido mil veces y él lo ha repetido en varios de sus opúsculos, que solo una proteccion especial de la Providencia podia haber ofrecido á España una ocasion mas oportuna de reformar una multitud de abusos, así legales como gubernativos, y sobre todo de crear una administracion semejante á la que ha hecho florecer á la Francia y cuya falta es todavía hoy la mayor calamidad de España. Pero le irritaba el modo poco franco con que se habia verificado la invasion, y le humillaba la idea de mostrarse ingrato á la familia de Borbon, habiendo debido tantos beneficios á uno de sus augustos miembros. Por eso no quiso jurar á José, ni solicitar ni admitir empleo ni condecoracion alguna de su gobierno, sin embargo de haber tenido tantas ocasiones de conseguirlas. En una palabra, él no quiso nunca ser *Josefino*; pero siempre ha hecho y hace cada dia mas gala de ser *afrancesado*, en el sentido puro y verdadero de esta palabra. Las personas juiciosas y sensatas que hayan meditado sobre los sucesos de aquel tiempo y sus consecuencias, no tendrán dificultad en apreciar esta diferencia; pero las que solo inventaron y repiten estos apodos como un medio de injuriar á sus rivales ó como un cálculo para hacer valer una fácil nacionalidad, no merecen que se les esplique.

Miñano, pues, se hizo afrancesado de corazon, y todavía conserva, segun ha publicado recientemente él mismo, los propios sentimientos de entonces, reducidos al deseo de que su patria estreche cada dia mas sus vínculos de alianza y amistad con la Francia, imite sus reformas y asemeje su política en todo lo que no pueda menoscabar su independencia y dignidad, y en cuanto no se oponga á sus costumbres y á sus intereses especiales. Este es el afrancesamiento de Miñano y el de otros muchos sujetos distinguidos que siguieron este que se llamó partido y que no lo fué jamás sino en el concepto de sus perseguidores. Ninguna coaccion ni recelo de venganzas le precisó á pasar á Francia en la honrosa compañía del señor mariscal Soult, sino la benevolencia de este y la prevision de los desórdenes y calamidades que no podian menos de acompañar á una reaccion tan inesperada como la de 1814. Pero vino y permaneció de su propia voluntad, sin que le comprendiese ninguno de los decretos que la irreflexion ó la falsa política arrancaron á los gobiernos de Cádiz y de Madrid. Lejos de comprenderle semejantes decretos de expatriacion, se presentó en 1816 en Madrid sin otro objeto que el de renunciar su prebenda y presentarse en juicio con arreglo á una real órden de 1815, que prescribia esta obligacion á todos. Mas ni le fué admitida la renuncia, ni el tribunal de Sevilla encontró términos hábiles para instaurar el juicio, sino que declaró lisa y llanamente que no habia motivo para la formacion de causa, sino que podia volver cuando gustase á residir su prebenda, y que se le abonasen las rentas vencidas, como así se verificó. Sin embargo, Miñano no quiso volver á Sevilla y continuó en Madrid ocupándose en algunas tareas literarias, que han sido siempre y son todavía el mas agradable entretenimiento de su vida.

Las que conocemos por suyas, aunque en ellas no haya puesto su nombre, son las *Cartas del pobrecito holgazan*, publicadas en Madrid el año de 1820. Estas cartas agradaron tanto en aquellas circunstancias, que se reimprimieron en casi todas las capitales de provincia y aun en América, hasta el número de mas de 60 mil ejemplares. Un *Discurso sobre la libertad de imprenta*, presentado á las Córtes en su primera legislatura y que fué recibido con aplauso y gratitud. Las *Cartas del Madrileño*, que con otros muchos opúsculos fueron insertas en el *Censor*, periódico redactado por los señores Lista, Hermosilla y Miñano, del cual corren impresos diez y siete tomos. La traduccion de la *Historia de las revoluciones de la Medicina*, de Cabanís, impresa en Madrid en el mismo año.—Las *Cartas de don Justo Balanza*.—*Los Usos y Derechos imprescriptibles del pueblo soberano por excelencia*.—La *Relacion de la Batalla de las Platerías*.—La *Historia de la Revolucion de España, durante los años de 1820 al 1823 por un testigo ocular*, escrita en francés y

publicada en París el año de 1825, *chez Dentu fils*.— El *Diccionario geográfico y estadístico de España y Portugal*, dedicado al rey, en once tomos en 4º. Esta obra hecha á instancias de la Real Academia de la Historia, de que Miñano es individuo, es la única á que ha dado su nombre, por que está persuadido de que, cualesquiera que sean los defectos de que adolezca, es un servicio importante hecho á su patria, donde no se habia escrito nada ó casi nada en este ramo, sino los dos tomos que la misma Real Academia consagró á la descripcion histórica y geográfica de las provincias Vascongadas y publicó hace cerca de cuarenta años. Todo lo demas que corre bajo el título de diccionarios geográficos, viajes, etc., no comprende sino la descripcion de poquísimos pueblos y aun de esos, la mayor parte sin espresarse la poblacion. Cuando se considera que este vastísimo trabajo le ha emprendido y llevado á cabo un hombre solo, sin otros auxilios que el afan de adquirir noticias por todos los medios que estan al alcance de un particular, no puede menos de agradecérsele una tarea tan ímproba, y de desearse que otros particulares ó corporaciones se dediquen á mejorar lo que Miñano tuvo la gloria de producir.

Ultimamente, hace cosa de dos años que ha publicado un *Exámen crítico de las Revoluciones en España durante los años de* 1820 *y* 1823 *y la de* 1836, impreso en París en dos tomos en 4º en casa de Delaunai, que contiene los principios políticos que el Autor tiene irrevocablemente adoptados. Estos son los de mirar con suma desconfianza todas las reformas precipitadas en materias de política y administracion, en un país tan poco preparado como la España para apreciar momentáneamente las consecuencias de un movimiento tan rápido. Está persuadido á que la concesion repentina de los derechos políticos á un pueblo que ni siquiera gozaba de los civiles mas imprescriptibles, es una probadura tan peligrosa, que no podrá menos de retardar, cuando no impedir, que se generalice el amor á la libertad; ó lo que es lo mismo, que se infiltre en las costumbres el verdadero espíritu de las leyes. Por eso recela que la constitucion actual de la monarquía, improvisada en 1837, pueda llegar á la madurez sin grandes y aun esenciales modificaciones. En una palabra, su profesion de fe política, consignada en la referida obra del *Exámen*, es la sucesion directa en el trono, tal cual ha sido reconocida y jurada en favor de la augusta hija de Fernando VII; la regencia de su escelsa madre: la responsabilidad de sus ministros; una representacion nacional aun menos estensa que la concedida por el Estatuto, y por último, una gran estension al poder real en todo cuanto sea compatible con un gobierno constitucional.



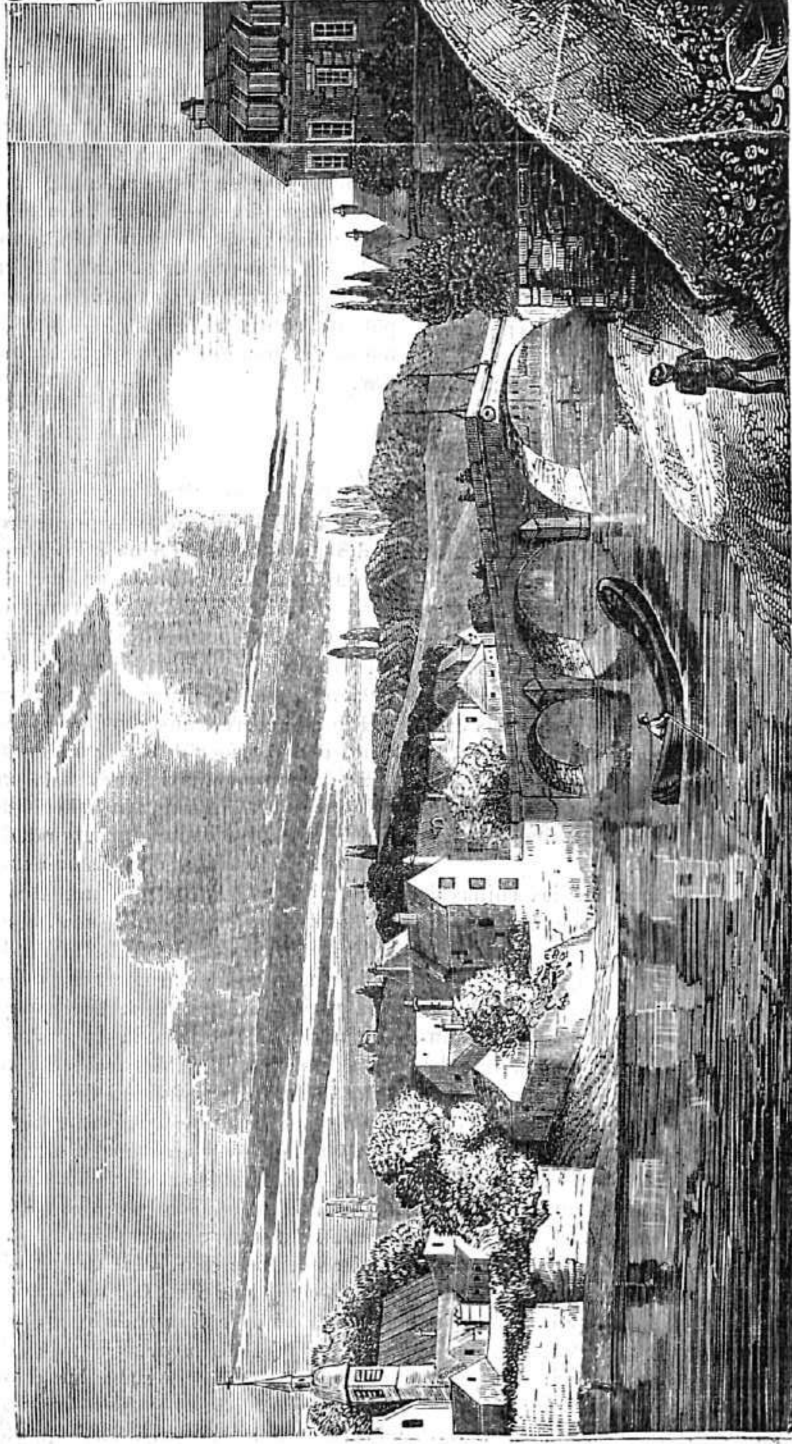
Palacio de Galieno.

PALACIO DE GALIENO EN BURDEOS.

No es dado determinar á punto fijo la época de la fundacion de Burdeos, ciudad, segun se dice, edificada por unos habitantes de la antigua Berry, que arrojados de su provincia por César, estableciéronse á orillas del Garon, en un lugar rodeado de vastos pantanos que le servian de defensa. Hácia mediados del siglo III, apoderáronse los romanos de la ciudad, y la destruyeron, volviendo en seguida á edificarla sobre un plan regular; mas de todos los suntuosos edificios con que la adornaron, nada quedó sino algunas ruinas de un anfiteatro, llamado vulgarmente el *Palacio de Galieno*, del nombre del emperador á quien se atribuye la construccion. La opinion que designa á Galieno como á fundador de aquel edificio empezara á vacilar desde 1831, gracias al descubrimiento hecho en Nérac de un mosaico romano, representando al gobernador de las Galias, Tetricus, quien se rebeló contra Galieno, y vino á ser emperador de la España y de las Galias. En este mosaico, la efigie de Tetricus aparece rodeada de todos los monumentos que hiciera levantar, y entre ellos reconócese sin trabajo el anfiteatro de Burdeos.

Encerraba este cinco recintos. El mayor tenia 21 pies y medio de ancho, y constaba de unos cinco de es-

VISTA DE CORBEIL.



pesor la pared que lo formaba por la parte de afuera; tenian los demas recintos cerca de 11 pies, y el espesor de sus paredes disminuia á medida que se acercaban á la arena, la cual en su mayor diámetro abrazaba 238 pies y 168 en el menor. Veíanse en el interior galerías, escaleras y aposentos, destinados al alojamiento de los animales, y al uso de los que dirigian los espectáculos. Las galerías eran en número de cuatro, dos de las cuales estaban en el piso bajo y dos en los altos; estendíanse á lo largo del anfiteatro, y tenian como unos veinte pies de altura. Habíanse formado dos grandes divisiones: la una, en la cual se hacinaba el pueblo, estaba en la parte superior del edificio, y descendia hasta las galerías: la otra, reservada á las grandes familias patricias, estaba algo mas baja que aquellas, y terminaba á algunos pies encima de la arena. Daban entrada á esta, no solo dos puertas que se hallaban al extremo del gran diámetro, sino tambien quince pórticos practicados en la pared exterior, los cuales atravesaban igualmente las demas. Además de los pórticos, habíanse erigido en la parte de afuera otros arcos que daban entrada á las escaleras que conducian á las galerías y al anfiteatro mas elevado. A uno y otro lado de cada escalera hallábanse aposentos de unos 11 pies cuadrados que comunicaban con las galerías. Quedan todavía algunos fragmentos de los cuatro primeros recintos, y del quinto solo vense los cimientos.

Tenia el anfiteatro á entrambos extremos del gran diámetro dos puertas, que subsisten casi enteras, y tienen 27 pies de alto y 18 de ancho. Acompañan ambos lados de esas puertas columnas, cuyos capiteles sostienen encima de la puerta una especie de arquitrabe, sobre el cual corria una cornisa mas elevada que la galería del piso superior. En el segundo de estos divisábase sobre cada puerta un arco con dos nichos, de 18 pies de alto sobre 4 de ancho cada uno; y reinaba encima una cornisa con cartelas, que el tiempo hace poco ha desfigurado, á la cual debia seguirse el ático, en que terminaba todo el edificio.

Por lo que se puede conjeturar de las ruinas de aquel inmenso monumento, el primer piso era de órden toscano. Además de esto, es cierto que el anfiteatro de Burdeos no ha sido acabado, y que la sexta pared que debia rodear la arena no se ha levantado jamás sobre sus cimientos, cuyos vestigios vense aun, debiéndose sin duda atribuir su interrupcion á los bárbaros que inundaron el imperio romano, y á quienes fué preciso ceder la Aquitania, cuya capital era Burdeos. Lo que queda de los antiguos muros de esta ciudad y del palacio de Galieno prueba que su construccion data del Bajo Imperio, y en consecuencia se resentia ya de la decadencia de aquella época. Bien que aquellos restos no sean muy considerables, traen impreso un carácter tan atractivo, su color es tan bello, que llaman la atencion de todo aficionado á las artes. Aquellos pórticos que antiguamente resonaban con el rumor de las sonatas, están hoy dia silenciosos: y debieron de ceder á los siglos, á esos pacientes conquistadores, aquellas tan fuertes murallas.

Los restos del palacio de Galieno han sido en diferentes épocas objeto de investigaciones para los sabios, y de estudio para los artistas; mas de algunos años á esta parte hanse ocupado todavía mas en pintar y describir aquellas interesantes ruinas. Y cierto que toda prisa no será bastante si se quiere conservar cuando menos su imágen; pues presto habrán desaparecido para ceder su lugar á miserables tiendas portátiles, cuyas ignobles construcciones, las rodean ya, las cubren y parece que las acosan por todas partes. Desde 1792, en que por primera vez fué atacado el edificio por demoliciones devastadoras, no han cesado manos profanas de arrancar aquellas piedras, cuyo conjunto majestuoso proclamaba una de las últimas obras maestras del pueblo rey. ¿Con qué sucede en Burdeos lo mismo que en otras ciudades: la destruccion flagrante y no interrumpida del palacio de Galieno, acusa bien en alta voz la administracion municipal, y da otra vez mas la triste prueba de que en el seno de una gran ciudad, en presencia de los magistrados, y á despecho del público clamor, puedése impunemente borrar, anonadar las mas bellas ruinas?—Mucho tememos que así sea.—Luchan todavía contra deplorables invasiones algunas bóvedas y fragmentos de pórticos; imponentes restos que van á ser vencidos, no por el tiempo, que parece impotente contra aquellas moles seculares, sino por la mano del hombre frecuentemente mas bárbaro auxiliar.

CORBEIL.

Es Corbeil una de estas pequeñas y hermosas ciudades que adornan el Sena á los alrededores de París, y está situada en el punto en que este rio recibe las aguas del Juine (ó Essone), el cual se divide en varios brazos. Bello espectáculo el de las orillas del Sena, de este rio rey de la reina de las ciudades, del rio francés que no ha pisado el suelo extranjero como el Ródano y el Rin; ni corre tránsfugo á enriquecer á nuestros vecinos con el tesoro de sus aguas como el Escalda y el Mosa; sino que baja de nuestras montañas, y se pierde en nuestro Océano, sin haber fecundado otras llanuras, sin haber bañado otras ciudades. Qué falta á su belleza? No tiene acaso su historia sagrada así como la tiene fabulosa? Su patron junto al Dios de los cristianos es el venerable abad S. Sena, el cual vivió en el siglo VI y fundó no lejos de la fuente del rio un monasterio conocido bajo su nombre, y que ha conservado una pequeña villa vecina. Por largo tiempo fuera en ella invocado S. Sena en las épocas de sequía ó inundacion, pues esos terribles accidentes naturales imputábalos la cándida credulidad de los pueblos á la cólera que le causaban nuestros pecados. En semejantes circunstancias, iban en tropel á oir misa al pie de una cruz plantada junto al manantial, y al último evangelio sumergian por tres veces en ese débil arroyuelo á la estatua del santo patron. La filosofía ha pasado por encima de todo esto, y ha desaparecido la cruz y los dulces consuelos con ella. De toda la maravillosa poesía de la edad media, nada queda ya sino piadosas leyendas y rústicos recuerdos.

Mucho se ha escrito sobre la etimología del nombre de Corbeil; mas no hay que esperar de esas investigaciones cosas mas sorprendentes que todo lo que se ha dicho sobre el orígen gramatical de ciudades mucho mas considerables. La semejanza de ese nombre con *Corbilo*, ciudad gala á las orillas del Loira, y con *Corbulo*, general romano que vivia en tiempo de Neron, ha dado márgen á algunos para imaginar que podia muy bien derivar de alguno de esos orígenes. Los

cuervos que abundaban en aquellos lugares han dado ocasion á otros para creer que Corbeil habia tomado su denominacion del vuelo de aquellas aves: *corvolium á corvorum volatu*: ficciones todas que no merecen gran confianza. A principios del siglo IX no era Corbeil mas que el nombre de un territorio, reunion de algunas cabañas de pescadores y barqueros. En el año 863, Cárlos el Calvo confirmó un cambio verificado entre los monges de S. German de Auxerre y el conde Conrado, y entre los bienes cambiados hallábase una hacienda en los Corbeilles, *in corbetis*: palabras que aunque se apliquen á la localidad de Corbeil, no indican sin embargo, ni ciudad, ni villa, ni castillo. En el mismo las incursiones de los Normandos obligaron á los que poseian las reliquias de S. Spire y de S. Lobo á trasladarlas á las cercanías de Corbeil para ponerlas en seguridad, no en este lugar que no tenia fortaleza, sino en un castillo llamado Paluau. Aquellas conservadas reliquias contribuyeron en lo sucesivo á la ilustracion de Corbeil.

Corbeil, lugar al principio muy obscuro, recibió en menos de un siglo una consistencia que jamás habia tenido. Su situacion junto á un camino que seguian los Normandos hiciera establecer en él un castillo, con su correspondiente conde para defenderlo, llamándose el primero de quien se tiene noticia Haymon, quien fundó la iglesia de S. Spire, dónde vese todavía su sepulcro con su efigie encima y esta inscripcion: «Aquí descansa el cuerpo del alto y noble señor de Haymon, en otro tiempo conde de Corbeil. Dios tenga su alma.» Odon, conde de Corbeil en 1108, tenia por hermano á Gui de Troussel, cuyo hijo, Hugo de Crecy; era un hombre malvado y animoso, que, segun las grandes crónicas de Francia, vivia del pillaje, no gozándose sino en robar, incendiar y turbar el reino. Viendo Gui de Troussel que Odon, conde de Corbeil, su hermano, rehusaba juntársele para hacerle la guerra al rey, espió sus acciones, y mientras estaba cazando, prendiólo, cargólo de hierros y llevóselo prisionero al castillo de Ferté Alais. Instruidos de este arresto los barones del castillo de Corbeil, quejáronse al rey, quien se puso á la cabeza de una cuadrilla de hombres armados, y encargó á su senescal de Garlande que fuese á observar la plaza. Llegado este el primero delante del castillo, fué preso y encerrado en la torre con el conde de Corbeil. Entonces marchó el rey á toda prisa sobre el castillo, cuya puerta encontró cerrada, arrojándole de lo alto de la torre piedras y dardos. Queria el rey tomar de ello venganza luego al punto, mas dirigiéronle esta súplica los que le acompañaban: «Gentil rey, apiadaos de nosotros; porque si este desleal y escomulgado Hugo de Crecy, hombre cruel y sanguinario, llega y entra en el castillo, es capaz de hacer ahorcar al conde de Corbeil, al senescal y á los demas prisioneros.» Conociendo el rey lo justo de esta observacion, para impedir la llegada de Hugo de Crecy, hizo rodear de tropas el castillo y construir cinco torres defendidas por sargentos. Advertido de este sitio Hugo de Crecy, vino varias veces y bajo diferentes disfraces, hasta bajo el de juglaresa, á presentarse delante la plaza, pero siempre inútilmente. El castillo fué tomado y puestos en libertad los prisioneros, en particular el conde de Corbeil.

En 1357 fué Corbeil saqueada por un cabecilla llamado el Tartamudo de Villaines; y por los ingleses y los navarros en 1358. En 1363 arrojáronse sobre ella hombres de armas francesas y cometieron tales excesos cuales hubieran podido cometer soldados enemigos. En 1369, Roberto Kanole, capitan inglés presentóse delante de Corbeil é incendió los arrabales. Ni en tiempo de Cárlos VI se viera mas tranquila esta ciudad. En 1415, el duque de Borgoña formó el proyecto de apoderarse de ella á fin de sitiar por hambre á París; mas como se le anticipara un cuerpo de tropas del partido de Armañac, mandado por Barbazan, ocupó la ciudad y puso en ella una fuerte guarnicion. Vino á sitiarla el duque de Borgoña, atacóla sin éxito durante un mes y por último vióse obligado á levantar el sitio. El castillo situado al extremo del puente, junto á la orilla izquierda, era vasto y bien fortificado respecto á aquel tiempo: en su gruesa torre, famosa por su elevacion, Cárlos VIII hizo encerrar en 1487 á Jorge d' Amboise, quien no era todavía sino obispo de Montalvan. Cuando las guerras religiosas de la Liga, Enrique IV se habia presentado con su ejército delante de Corbeil en poder entonces de los partidarios de aquella; y el 19 de abril de 1590 abrióle sus puertas esa ciudad saliendo á recibirle en el arrabal todos los regidores y notables. Algunos meses despues tomaron la ciudad las tropas de la Santa Union á las órdenes del duque de Parma, ese Farnesio de gloriosa memoria. Dió un asalto general y sacrificó gran número de soldados por lo cual sufrió Corbeil la desastrosa suerte de las ciudades tomadas por asalto.

Entre los capitanes que han mandado la ciudad, distíngense en el siglo XV un caballero de Rubempré y Antonio de Chabannes, conde de Dammartin; siendo lo mas notable el ver ocupada esta dignidad por una mujer, Perrette de la Riviere señora de La Rocheguyon, casi á la misma época en que otras dos mujeres mandaban, la una Juana de Arc, en Orleans, y la otra Juana Hachette en Beauvais. Bien que casi no queden vestigios de la antigua habitacion de los reyes de Francia en Corbeil, no por eso dejó de tener esa ciudad por espacio de algunos siglos el esplendor que heredaron despues Fontainebleau, Compiegne y Versalles. Luís el Gordo tomó posesion del castillo de Corbeil, despues de haber sometido y castigado á su último conde. Felipe Augusto y S. Luís celebraron en él á menudo su consejo pleno, y Felipe el Largo hiciera de él su habitual residencia. Habitaron tambien el mismo castillo Luís XI y Luís XII; el primero pasó en él algunos dias despues de la batalla de Montlhery en 1465; y el segundo dirigíase allá todos los años el dia de la fiesta de S. Juan Bautista, y allá fueron á encontrarlo para recobrar su gracia el rector de la universidad de París y sus dependientes.

Desde entonces habiendo sido enagenado á varios particulares el señorío de Corbeil, dejó poco á poco de interesar á los descendientes de los príncipes á quienes perteneciera. Tuviéronla varias reinas en viudedad y entre ellas la reina Ingerburgo, esposa divorciada de Felipe Augusto, donde murió. Conservábase su tumba en la iglesia de Saint-Jean en l' Ile, bello edificio gótico que habia fundado, en la cual se veia encima de una mesa de cuero la figura de aquella princesa adornada con los atributos de reina. Enseñábase en el presbiterio un pequeño carromato de hierro de cuatro ruedas que paseaban en otro tiempo por la iglesia lleno de carbones ardientes, para retener en ella

á los fieles durante los rigores del invierno. Habia al medio dia un vasto edificio llamado el *Palacio de la reina*, donde se conservaba intacto el aposento de Ingerburgo y su lecho de escarlata. La iglesia, el presbiterio y el palacio, todo ha desaparecido ó cambiado de semblante en los dias de la revolucion; el polvo halo reemplazado todo; ni se ha perdonado la tumba de la esposa de Felipe Augusto, que el metal que la cubria tentara la codicia y causara su destruccion.

Abelardo abrió en Corbeil una escuela de enseñanza pública antes de ir á establecerse en Melun y en París. La tradicion quiere que haya venido á Corbeil para ver á Eloisa que le habian arrebatado, y pretendese señalar el lugar mismo de su domicilio en el castillo. Empezó allí la lectura de su filosofía y tuvo un auditorio numeroso y escogido.

Corbeil está hoy dia como en el siglo XI dividida en dos partes por la corriente del Sena, siendo considerada como un arrabal la menor en extension, situada en la orilla izquierda y antiguamente llamada vieja Corbeil. Sobre una colina que domina la ciudad hallábase la antigua iglesia parroquial de S. German á la cual ha sucedido la de S. Leonardo, situada al pie de la colina. Un hermoso puente todo de piedra excepto dos arcos demolidos por los aliados en 1814 y que ahora son de madera sirve para comunicar de esta parte de Corbeil á la situada en la orilla izquierda del Sena. Esta segunda parte, especialmente llamada la ciudad ó la *Nueva Corbeil* es mas dilatada, mas populosa que la otra. Al extremo del puente del lado de la ciudad, encontrábase el antiguo castillo. En esta parte hállase aun la iglesia de S. Spire, hoy dia parroquia de Corbeil; no lejos encontrábanse igualmente la iglesia y la casa de Saint-Jean en l'Ile transformadas en fábrica de pólvora, y la iglesia de S. Guenaut, donde se ha establecido la cárcel, y la biblioteca pública, compuesta de 4,000 volúmenes.

Corbeil, cabeza de distrito, es del departamento de Sena y Oisa; hácese en ella un comercio considerable de granos y sobre todo de harinas; sirviendo á la molienda numerosos molinos establecidos junto al riachuelo Juine; y un vasto edificio llamado el *almacen*, recibe las harinas destinadas al abasto de París. Tiene un hermoso mercado sólidamente construido y ventajosamente situado, edificado en 1780; así como diferentes manufacturas de papel, telas pintadas, etc. El viaje de París á Corbeil es fácil y agradable, y aun cuando no hubiese mas que un solo camino para verificarlo, los detalles que en él se encuentran á derecha é izquierda habian de bastar para hacer olvidar su longitud, que no es sin embargo sino de unas siete leguas. Mas pocas ciudades pequeñas hay que ofrezcan mas medios de llegar á ella: dos grandes caminos por tierra y otro por agua sin contar muchas salidas cuyo centro es Corbeil y que facilitan las comunicaciones con los vecinos lugares.

A diez minutos de distancia de la ciudad, y en medio de un campo cultivado descúbrese una estatua sobre su pedestal, recuerdo de un sacrificio sin utilidad y sin gloria, y que sin embargo costó la vida á un hombre. A fines del último siglo, el hombre mas vigoroso del mercado de París, habia hecho la apuesta de ir á Corbeil en pie, sin detenerse y llevando en la espalda un saco de harina del peso de 300 libras. El desdichado púsose en marcha un hermoso dia de otoño, y no solo sostenia valerosamente su apuesta sino que hasta estaba á punto de salir de ella victorioso: abrumado de fatiga, columbraba ya las altas casas de la ciudad, cuando hácele vacilar un desfallecimiento súbito, cae y espira al punto. Triste víctima del amor propio, hásele elevado un monumento que perpetua una accion, pequeña en sí misma, pero grande por su funesto resultado.

POLITICA. — COMERCIO. — INDUSTRIA.

De la crisis comercial, industrial y financiera de la Gran Bretaña, al ascender los Torys al poder.

MANIFIESTO DE LOS WHIGS.

Advertencia. Traducimos literalmente este artículo, porque al mismo tiempo que expresion de una opinion política lo es de una teoría economica. Tomámoslo de la *Revista de Edimburgo*, cuyos redactores son algunos de los mas influyentes gefes del partido Whig. Aquel sabio periódico lanza un grito de alarma; y al paso que se lamenta de la política general del gobierno inglés y procura justificar la necesidad de las últimas y recientes medidas financieras propuestas en la crisis por el gabinete Whig, nos revela las dificultades que este lega á los Torys, y no pocas de las llagas, tal vez incurables, que largo tiempo aun roerán el coloso de la pujanza inglesa; cualquiera que sea el partido que tome la direccion de los negocios.

Tiempo ha que la situacion de la industria manufacturera de la Gran Bretaña infunde á todo el que reflexione á la vez placer y pena, orgullo y pesar, satisfaccion é inquietud. Hemos elevado la industria inglesa á un grado muy superior á la de los demas países europeos, y acumulado un capital que, relativamente á nuestra poblacion, excede muy mucho al de todos los pueblos conocidos en la historia; y aunque precisados á luchar con un mal clima y un terreno no muy fértil, aquella industria y este capital han dado á nuestra isla un valor territorial superior al de cualquier otro país de igual extension. En ninguna otra parte de Europa la suma total de salarios y beneficios corresponde tan ventajosamente al número de los trabajadores por una parte, y por otra al de la poblacion general; y en ninguna el total de rentas territoriales es tan ampliamente proporcionado á la capacidad de la superficie cultivable. Donde quiera que la riqueza ha sido el objeto de nuestros esfuerzos, el éxito ha sobrepujado los mismos sueños de la avaricia, sin que hayamos tenido que alcanzarlo con sacrificio alguno de nuestros goces presentes: en una palabra, no es la economía quien nos ha dado la riqueza. Cualquiera que sea el concepto que merecen algunos de nuestros compatriotas *(los Escoceses)*, los Ingleses forman la masa de la poblacion, y sabido es que los Ingleses no son un pueblo escasero. En todos los estados y clases, así entre los campesinos como entre los artesanos, así entre los tenderos como entre los capitalistas y propietarios, existe una tendencia á la ostentacion y á la prodigalidad casi desconocida en el continente. El gobierno se las apostó en extravagancia con los individuos mismos; y así hemos ofrecido el singular espectáculo de una nacion que se eleva rápidamente á una opulencia enorme en medio de la profusion pública y particular.

Pero hemos hecho sacrificios, y muy serios, en cuanto afectan nuestra dicha presente y comprometen un porvenir no muy lejano. Hemos menoscabado las ventajas de nuestra posicion, agravado las dificultades á ella inherentes, y decuplicado sus peligros con faltas legislativas que ya empezamos á querer enmendar.... Ojalá no sea tarde!

Dijimos que habia dificultades inherentes á nuestra posicion; y para conocer mejor así ellas como los riesgos que de ellas proceden, comparemos la existencia de nuestra poblacion campesina con la de las naciones que nos cercan.

En todos los demas países de la Europa, en todo el mundo civilizado, la masa de la poblacion libre ocupa ó posee el terreno, trabajando ya en producir los alimentos de que vive, ya en manufacturar groseramente lo necesario á los usos ordinarios de la vida. La choza del *paysan* (campesino) francés ó del *bauer* aleman es una habitacion no tan agradable ni con mucho como la del *labourer* inglés, pero es suya. El *paysan* y el *bauer* comen legumbres de inferior calidad y un pan, á que haria ascos un mendigo inglés; mas pan y legumbres son de su campo y de su huerto. Groseros é incómodos son sus vestidos; pero quizás su ropa blanca se hiló y tejió en casa, y sus vestidos de lana á veces son producto de su rebaño. Sin pasar por trabajadores muy activos, estan casi siempre trabajando; nada hacen *bien* hecho, pero sí mucho pasadero, porque hacen un poco de cada cosa, al paso que el Inglés generalmente concentra su fuerza y su habilidad en una sola. Semejante poblacion tendrá tal vez malos alimentos, malos vestidos y malas habitaciones; pero al menos tiene seguro el trabajo: solo una especie de accidentes pueden contrariarla, los de las estaciones. Semejante poblacion necesariamente adquiere hábitos de economía y prudencia. Cada cabeza de familia es hasta cierto punto un capitalista; y se acostumbra á hacer siempre algun sacrificio para el dia] de mañana, á reservar parte de su cosecha para la siembra, y á medir ó arreglar el consumo de lorestante segun el número de dias que deben transcurrir hasta la otra cosecha. La peor imprudencia es un matrimonio imprudente; y claro está que esta falta no se cometerá con tanta frecuencia como en los demas países allí en donde el trabajo de mujeres y niños es comparativamente improductivo, donde para hacerse con una casa ó un pedazo de tierra una nueva familia tiene que esperar que muera el que la está ocupando, donde en fin las dificultades crecen con las restricciones legales, y sobre todo con los usos que de estas diversas causas resultan.

Semejante poblacion casi siempre profesa veneracion profunda á la propiedad y la autoridad; porque cada cual harto aprecia su corto haber para que deje de respetar la ley que le protege, y si esta es opresiva, tampoco unos labradores dispersos tienen ni el saber, ni las tradiciones, ni las ocasiones, que regularmente reunen á los oprimidos en una comun resistencia. Una pobreza tranquila, no muy susceptible de mejora, indolente, pero frugal y contenta con su suerte, sin tener mucho que esperar, pero menos aun que temer, tal es la situacion en que se encuentra la gran masa de los habitantes de la Europa continental.

Además, en la Gran Bretaña, particularmente en Inglaterra, la mayoría de la poblacion se forma de trabajadores asalariados por semanas ó por dias, dependientes de su salario para su subsistencia, y de la voluntad de un amo para su salario. Y como no conocen rival la habilidad y la actividad del trabajador inglés, de ahí procede el precio de su trabajo y lo crecido de su salario, cuando son bien dirigidas aquellas admirables calidades.

Mas la habilidad y la actividad de cada individuo solo á pocos objetos pueden aplicarse, y solo bajo muchísimas condiciones se utilizan. El trabajador del continente en general puede compararse á su hacha ó á su azada, utensilios de poco valor en sí mismos, pero que pueden emplearse con facilidad é independencia. Los trabajadores ingleses, y sobre todo la clase mas numerosa, los manufactureros, se parecen á los resortes de las vastas máquinas á que ellos dan movimiento: tomados cada uno de por sí, son tan inútiles como una sola rueda ó un solo cilindro de telar; combinadas con otras ciento, con mil otras semejantes á ellas, cien familias pueden producir un resultado muy superior al que se obtendria del trabajo individual de mil. Pero así que deja de obrar la potencia motriz que anima uno de esos cuerpos, así que la máquina está sin agua ó la fábrica sin capital, las fracciones de la unidad pierden su sosten recíproco, y con él su valor: la máquina se convierte en un frio trozo de hierro; los hilanderos y tejedores en mendigos.

Demos que se pueda suponer que clases expuestas á tamaños accidentes aprovechan el buen tiempo á fin de recoger para el de la adversidad. No tienen los Ingleses semejante costumbre. Diferentes de los trabajadores del continente, no se habituaron á mirar sus ganancias como un recurso para lo futuro, y mucho menos como un capital productivo. Cuando los salarios son crecidos, trabajan algunas horas mas y habitan casas menos incómodas y desagradables; y si á pesar de esto les queda algo, sus mujeres y sus hijas lo gastan en vestidos y adornos, mientras ellos beben ó se dan á comilonas. Cuando los salarios bajan, con trabajo mas asíduo hacen por aumentar su ganancia; y si se ven precisados á economizar, empiezan por el alquiler, siguen por el vestido y lumbre, y acaban por el comer y beber. Y si los salarios bajan tanto que no bastan á su subsistencia, se confian á la caridad de la parroquia: en una palabra, la prevision es la mas rara de sus virtudes.

Ya dejamos indicado que no hay imprudencia tan enorme como un casamiento imprudente. Sin embargo, en muchas clases, quizás en todas las proletarias, aunque es evidente que la época ordinaria del matrimonio siempre llega harto pronto, y que el bien comun ganaria con retardarla, no es fácil calificar con certeza de imprudente un casamiento cualquiera. El objeto esencial de las máquinas es suplir la fuerza y la habilidad, y su gran mérito consiste en hacer tan eficaz como el de los hombres el trabajo de las mujeres y niños, cosa que ya se ha logrado en ciertos ramos de las manufacturas inglesas. Una jóven de diez y ocho años puede cuidar de un telar lo mismo que un hombre; un muchacho de trece á veces vale mas que un adulto para los casos en que se necesita tacto fino y buena vista. El

trabajador, que á los diez y ocho años se casa con una trabajadora de su misma edad, por el pronto se hace mas rico; y si bien el nacimiento de sus primeros hijos aumenta sus apuros, á los pocos años cada uno de estos gana mas de lo preciso para su manutencion, al paso que los salarios de tres muchachos de nueve á diez y seis años bastan para la de toda la familia. Gracias á la influencia de tan extraordinario aliciente, y á la concurrencia de trabajadores subsidiarios venidos de los países vecinos, de 1801 á 1831 la poblacion de nuestros distritos manufactureros se aumentó en una proporcion tal, que solo se ve igual en ciertos estados de la América.

De 1801 á 1811, la poblacion del Lancashire se aumentó á razon de veinte y tres por ciento; de 1811 á 1821 á razon de veinte y siete, y lo mismo durante los diez años últimos. La de Lanark se acrecentó á razon de treinta y uno en el primer período, de veinte y siete en el segundo, y de veinte en el tercero. En 1801 los condados mas poblados de la Escocia eran Lanark y Perth, pues aquel contenia ciento cuarenta y seis mil habitantes, y este ciento veinte mil: en 1831 el primero trescientos diez y seis mil, y solo ciento cuarenta y dos mil el segundo. Mientras la poblacion del condado manufacturero (Lanark) se aumentaba á razon de mas de ciento por ciento, la del canton agrícola (Perth) únicamente á razon de catorce. Durante el mismo período la del North-Riding de Yorkshire, distrito agrícola, de ciento cincuenta y ocho mil ascendia á ciento setenta mil; al paso que la del West-Riding, distrito manufacturero de la misma provincia, de quinientos sesenta y cinco mil á novecientos setenta y seis mil.

Creemos ocioso el observar cuanto los hábitos de que hablamos deben de agravar los males procedentes de una seria interrupcion de manufacturas. Los millares de habitantes, que hemos amontonado en distritos ya muy poblados, estan acostumbrados no solo á la prosperidad, sino tambien á una prosperidad siempre creciente. ¿De qué manera pensais procederian ellos si las circunstancias no fuesen favorables, si en vez de aumentar los pedidos disminuyesen, si hubiese que negar trabajo á los nuevos enjambres de jornaleros que cada año salen á plaza; si las fábricas unas se cerrasen, y otras no diesen trabajo mas que tres ó cuatro dias á la semana; si los salarios de este trabajo ya disminuido tambien bajasen; si una familia, que cada semana ganaba cuarenta shellings y gastaba á proporcion, se viese reducida á diez?... Cómo pensais procederian aquellos á quienes hubiese inmediatamente alcanzado semejante crisis? Se considerarian meramente desgraciados, ó bien como perjudicados? Si lo último, su modo de vivir no les inspiraria mas bien la rebelion que paciencia? y en esta hipótesis, no podrian ser muy temibles?

A haber sido prudente ó tan solo imparcial la política comercial de la legislacion inglesa; si nuestro gobierno hubiese tenido bastante perspicacia para saber que en todo país libre la industria sigue espontáneamente el camino mas productivo; si hubiese sido bastante justo para comprender que es una iniquidad, si no una locura, intervenir á favor de una clase de productores ó de propietarios en detrimento de las demas ó de todo el estado; si, guiado por estos principios, hubiese permitido á cada cual ingeniarse como mejor le pareciese, el gobierno tendria, es verdad, que deplorar los contratiempos del comercio, pero no seria de ellos responsable: ó bien si, habiendo cometido la falta de intervenir, solo por ignorancia lo hubiesen hecho nuestros hombres de estado; si no de otra cosa se les pudiese acusar que de un errado juicio; si los miembros de la legislatura no hubiesen merecido la nota de egoistas; si no se hubiesen expuesto á que se les diga que no han hecho leyes sino á costa del pueblo y en provecho exclusivo, sea ó no cierto, de la clase á que pertenecen.... no hay duda que desmerecerian de la estimacion pública, pero no excitarian contra sí resentimiento alguno.

Siglos ha que el gobierno no ha perdonado medio para encadenar y dirigir mal la industria del pueblo. En vez de limitarse á proteger á los súbditos contra la violencia y el fraude doméstico y extranjero, que era su deber, ha querido enriquecerles, esto es, enriquecer á ciertas clases, y les ha dicho: Esto produciréis; á este venderéis; á estotro compraréis; y á tal mercado iréis, y no á otro. Ha considerado toda la masa de consumidores como una presa, que dió á devorar á una clase ó á una seccion de clase que habia solicitado un monopolio; y cuando una clase se ha quejado de que se concediesen privilegios á otra, ha comprado su silencio autorizándola para explotar el público á su vez.

Para mirar por el bien de la que se comprometió á proveer á las colonias, prohibe ó estorba el comercio directo entre estas y los países extranjeros. Para que las colonias toleren las prohibiciones y restricciones, prohibe ó restringe la importacion de géneros coloniales extranjeros á las islas Británicas; con lo cual perjudica al público, á quien condena á no recibir nada que no sea de las colonias, y á estas, cuyo comercio cada dia va empeorando. Por complacer á los leñadores del Canadá y á los dueños de unos cuantos buques viejos, únicamente buenos para el comercio de maderas de América, impone el derecho de 500 á 100 por ciento sobre la mejor madera, porque es la que mejor se vende; derecho no solo improductivo, sino tambien fatal para el presupuesto. Para que los propietarios de embarcaciones sufran la cuota adicional del 15 por ciento aplicada á los almacenes de madera de Inglaterra, impone otra mayor sobre los mismos artículos importados por todo buque extranjero. Para favorecer al curtido inglés, somete los cueros extranjeros á un derecho prohibitivo; y temeroso de disgustar á los manufactureros que usan el cuero, impone un derecho prohibitivo á casi todos los artículos extranjeros en cuya formacion entra aquel material. Los favoritos de la legislatura han sido, como ya se deja suponer, los propietarios rurales, clase á que pertenecen los legisladores. La importacion, pues, de ganado, de carne de buey, carnero ó tocino, está absolutamente prohibida; los granos sufren un impuesto que pone el pan á 20 por ciento mas de lo que deberia valer; impuesto que paraliza el comercio, nos suscita rivalidades entre nuestros compradores, baja los salarios, y, lo que es peor en una sociedad constituida como lo está la nuestra, hace que sea incierto el trabajo.

Si tal es el proceder de los gobernantes, cuál será, volvemos á preguntar, en caso de contratiempo el de los gobernados? Lo sobrellevarán como una calamidad accidental, ó se irritarán de ello como de una opresion premeditada, cuando se les diga la verdad acerca de la intervencion del gobierno en la direccion de las manufacturas y del comercio? Cuando se les diga que él quiso favorecer la minoría á costa de la mayoría; cuando vean que de todos los monopolios el de los alimentos es el que con mas tenacidad se mantiene y defiende, el que mas les perjudica, y el que con razon ó sin ella promete el mas inmediato beneficio á la clase gobernante? No habrá que temer el resentimiento de este pueblo tan funestamente gobernado contra todos sus intereses?

La poblacion manufacturera de la Gran Bretaña cuenta muchos millares de hombres concentrados en ciudades, ó en distritos tan poblados como aquellas, hombres que se dan á discusiones políticas, tienen sus gefes y su imprenta, hombres organizados, disciplinados, divididos en poder ejecutivo y en poder deliberante, con fondos destinados así para las necesidades de cada sociedad distinta, como para las de todas las sociedades reunidas. Una lucha ya antigua les ha enseñado á pelear con gloria y provecho contra una legislatura enemiga, y á desafiar la autoridad del estado. Ya formidable en tiempos de prosperidad, semejante poblacion lo seria mucho mas en tiempos calamitosos, aun cuando no tuviese que buscar en el gobierno la causa de sus quejas. Supongámosla sublevada contra un gobierno convicto de mentira, opresion y robo, ó, para decirlo en términos mas corteses, supongámosla clamando contra los que la sacrifican á los propietarios, á los plantadores coloniales y á los negociantes en madera.... Donde juzgais iria á parar su violencia? Estamos por ventura bien seguros de que ni nuestra opulencia, ni nuestra pujanza política, ni nuestra misma constitucion no perecerian en la contienda?

Mucho quisiéramos no ser nosotros quienes den el grito de alarma; pero nuestro patriotismo nos impone el deber de exponer las causas de una necesidad que deploramos.

Al concluirse la guerra, teníamos una supremacia comercial y manufacturera, que jamás alcanzó nacion alguna. Es verdad que *positivamente* ni nuestro comercio ni nuestra industria eran tan vastos como hoy en dia, y poco podian serlo, pues que nuestra poblacion era inferior de un tercio al número actual. Pero *relativamente* á las demas naciones, aquel comercio y aquella industria eran mucho mas considerables. Habíamos gozado de una paz interior, mientras veinte años de guerra asolaban los demas países de la Europa, y un ejército enemigo habia ocupado todas las capitales. Eramos *la gran tienda* del universo, y solo de nosotros dependia el continuar unas relaciones á todos provechosas. Si queríamos vender, teníamos que comprar; si aumentar nuestras ventas á proporcion del aumento de nuestra poblacion, habíamos tambien de aumentar nuestras compras.

Nuestro primer acto fué hacer una ley sobre los cereales. Y decimos *hacer* una ley, porque la entonces vigente no era mas que nominal desde que se alterara el valor de la moneda. La ley memorable de 1815, á la cual se pueden atribuir todas nuestras calamidades subsiguientes y nuestros actuales riesgos, prohibió absolutamente la importacion de trigo mientras estuviese mas barato que el precio de los granos en tiempo de carestía, esto es, á 80 shellings el *quarter*. Tambien prohibimos toda importacion de carne, cualquiera que fuese su precio. Despues de la carne y del pan, para la mayor parte de nuestra poblacion, el artículo-comestible mas importante es el azúcar. Nosotros impusimos derechos prohibitorios sobre todo azúcar extranjero. El norte de la Europa, entonces gran mercado de nuestras manufacturas, el cual dista de nuestras costas ocho dias de navegacion, nos vendia la madera de construccion mejor y mas barata! El Canadá, pais lejano y no muy poblado, nos ofrece madera mucho mas cara, y casi impropia para la carpintería. Por medio de derechos diferenciales, que ascendian de 100 á 500 por ciento, pusimos á nuestros consumidores en la precision de acudir al peor vendedor, en lugar de al bueno;—de ir á comprar al mercado mas lejano, de recibir la peor mercadería, y de pagarla mas cara. Despues hemos revocado de palabra las mas de nuestras prohibiciones, escepto las del pan y de la carne, pero imponiendo á las manufacturas extranjeras derechos de 20 por ciento sobre su valor,—esto es, sobre su valor en Inglaterra,—y además el pago de todos los gastos de comision y transporte que, en general, forman un *item* por cierto extravagante.

Difícil es afirmar cuales hubiesen sido los efectos de esa legislacion fiscal, si á ella se hubiesen sometido las naciones extranjeras.—Todo comercio regular es un comercio de cambio; y por consiguiente todo artículo que importamos es recibido en cambio de los artículos fabricados que exportamos de Inglaterra. Toda disminucion de artículos extranjeros equivale á una disminucion de pedidos de artículos ingleses. Así es que en cualesquiera circunstancias nuestra legislacion debia de retardar el progreso de nuestras manufacturas y de nuestro comercio. Con todo, si hubiésemos podido obligar á las demas naciones á comprar nuestros géneros, y á que se dejasen pagar como nos pluguiese; aun hubiera sido buena nuestra situacion, bien que no tanto como con el sistema de la libertad de comercio. Pero para ello hubiese sido preciso tratar á los demas pueblos como tratábamos á nuestras colonias del Norte-América, que acabaron por separarse de la madre patria; hubiese sido preciso prohibirles toda fabricacion, ó todo comercio con otras naciones manufactureras. Este era sin duda el espíritu de nuestra política; mas, afortunadamente para lo restante del globo, carecíamos de los medios de realizarlo. Las poblaciones agrícolas, cuyos productos desechábamos, aplicaron, como era natural, el exceso de su trabajo y capital á las manufacturas. «Vuestros impuestos, decia un Americano, nos convirtieron en nacion independiente; vuestra guerra, en potencia marítima; y ahora quereis hacernos manufactureros.»

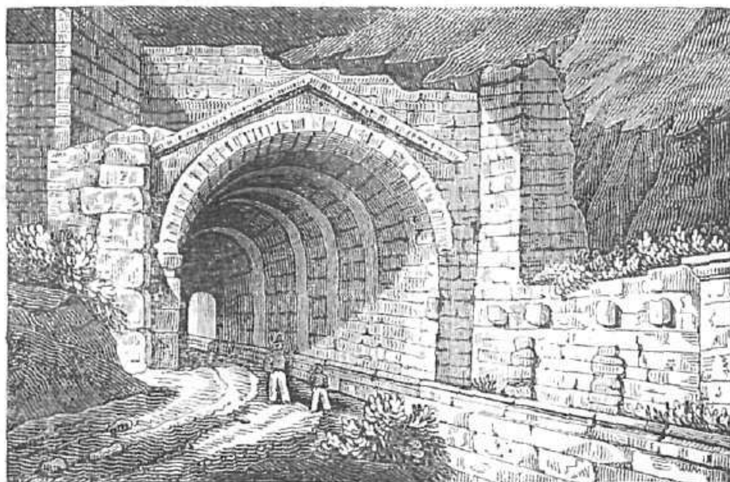
(*Se continuará.*)

ACUEDUCTO DE ORGON EN FRANCIA.

La pequeña villa de Orgon, del departamento de las Bocas del Ródano, está situada en una colina que

deja solo entre ella y el Durance una senda que sirve de carretera. Esta senda se formó ya á espensas de la roca, ya á espensas del mismo rio, cuyo alveo se estrechó por medio de trabajos que continuan aun. Rodean á la villa murallas que se han agujereado en varios puntos para mayor claridad de las casas que estan á ellas pegadas. Ocupan el interior de dichos muros cerca de quinientas casas, distribuidas en calles bastante regulares, señalándose varias antíguas habitaciones por esculpidos de buen gusto. Está la iglesia parroquial situada á lo alto de la villa, edificio antiguo bien adornado y cuidadosamente conservado ; la casa municipal al contrario cae de vejez. Son importantes sus archivos, y llegan al año 1705 los pergaminos que se han podido clasificar. En la cima de la ciudad hay hermosos manantiales que alimentan una fuente contigua á los muros, y en el exterior algunos mesones y varias casas forman como los rudimentos de un arrabal. Los contornos de Orgon son agradables, pintorescos, como toda la hermosa Provenza : los puentes del camino real, las calzadas á orillas del Durance, el canal de Boisgelin, la bóveda debajo la cual pasa el canal para ir á S. Andiol, las plantaciones de árboles que van en aumento, todos estos objetos llaman la atencion del viajero y son de tanta utilidad como de recreo á los hijos del país.

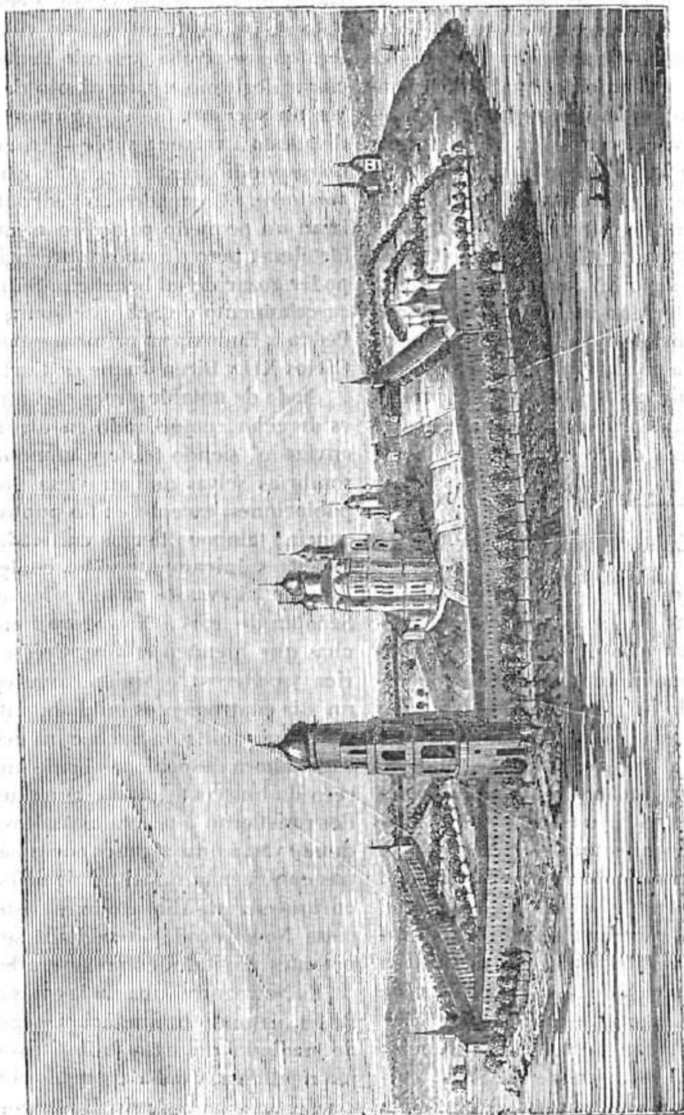
La via Aurelia de Apt á Arles pasaba por Orgon y de ella existen vestigios en el llamado *Camino Arlatan*. Todo este pais concediérase á familias romanas, las cuales levantaran en él casas de campo, cuyos restos aparecen aun en varios puntos, singularmente en Valdition. En este punto se ven las ruinas de un acueducto que ha suministrado varias inscripciones, una de las cuales parece dedicada al emperador Antonino. Son en estremo numerosos los acueductos romanos en el departamento de las Bocas del Ródano, pudiendo dividírseles en tres clases : unos que llevaban las aguas á las poblaciones y se construian á espensas del público, otros que las llevaban á las quintas ó casas de campo y eran de construccion de los dueños de estas, y otros en fin para el desagüe de las aguas estancadas, los cuales parece construian asociaciones. Pertenece á la segunda clase el acueducto de Orgon, y llevaba las aguas de una á otra quinta. Son innumerables los acueductos particulares en estos sitios, de modo, que si se queria contarles seria preciso nombrar casi todas las quintas de la Provenza, porque pocos lugares hay en ella que no habitasen y cultivasen los Romanos, y en todas partes hay restos de acueductos construidos todos del mismo modo.



Acueducto de Orgon.

El antiguo castillo de Orgon data, á lo que parece, de los últimos tiempos del imperio romano, y era probablemente una ciudadela para defensa del mas importante paso de la via Aurelia. Si hemos de creer á una antigua historia manuscrita de la ciudad de Arles, Eurico, rey de los Visogodos, tomó por asalto el castillo de Orgon y alojó en él tropas. Relata este hecho otro manuscrito con uno que dice que dicha fortaleza se llamaba antiguamente *Castrum Druenti*, habiéndose llamado despues *urbs Gothorum*, cuando pasó á la dominacion de estos. Y de ahí se formó acaso por contraccion la voz *Orgorum*, Orgon Como quiera que sea, sábese positivamente que poseyeron el castillo todos los soberanos de Provenza, quienes le miraron siempre como plaza fuerte y muy importante por su posicion. Cítanse con frecuencia las obras de los trobadores de los siglos XII y XIII, y servia entonces de prision á los señores del Languedoc capturados en guerra. Poseian el señorío de Orgon los señores de Sault en virtud de donacion del rey Roberto ; por varias concesiones de los años 1424, 1435 y 1438, pasó Orgon á Antonio Hermentery, mas no tardó en incorporarse en los dominios de los condes de Provenza. Conviene advertir que en diferentes épocas se habia declarado que dicho señorío debia quedar perpetuamente agregado al dominio de la corona, habiendo al efecto concedido la reina Juana y Luís I á los habitantes de Orgon, el privilegio de rechazar á mano armada á todo aquel á favor de quien el soberano vendiese ó enagenase el señorío. Cuando el rey René casó á su primogénita con Federi-

RUSIA.—VISTA DEL CONVENTO DE OTROTCH.



co de Lorena, dióla en dote el señorío de Orgon y de entonces estuvo siempre anexo á esta casa, poseyéndola aun en la época de la revolucion el príncipe de Lambese.

En 1483 se demolió el castillo de Orgon por mandato de Sir de Bandricourt, gobernador de Borgoña, á quien enviara á Marsella Luís XI. Reconstruido de nuevo apenas, reinando Luís XIII, se le comprendió en el número de las fortalezas cuya demolicion ordenó el cardenal de Richelieu como favorables á las revueltas de los señores feudales. Consisten sus ruinas en una gran cisterna bien conservada y en restos de murallas de diferentes épocas. Encima del castillo, en la montaña llamada de Nuestra Señora, vense tambien los restos de la fortaleza antigua. Viene el nombre de Nuestra Señora atribuido á la fortaleza de una antigua iglesia dedicada á la Vírgen cerca de la cual hubo una ermita. En el siglo XVII substituyeron frailes agustinos á la ermita un convento; el cual estaba tambien arruinado. La poblacion antigua se hallaba inmediatamente debajo del castillo en el cuartel llamado ahora *la Savoie*, fué fortificado, y contenia únicamente gente de armas, pastores y familias del servicio del señor del lugar. El territorio ofrecia exclusivamente pastos abundantes en la llanada, y leña en la parte montañosa. A principios del siglo XV, empezó el señor á conceder porciones del terreno inculto á los vecinos mediante un cánon ó pension fija, habiéndose en seguida aumentado tanto la poblacion y tan rápidamente, que hubo que construir un arrabal que fué pronto mayor que la ciudad. Han formado la actual villa de Orgon el cuartel de Savoie y dicho arrabal reunidos.

CONVENTO DE OTROTCH EN RUSIA.

Separa á S. Petersburgo de Moscou un espacio de cerca de doscientas leguas francesas, espacio que cortado en línea recta por entre bosques, arenales y pantanos se atraviesa con suma rapidez, no existiendo como no existe en el mundo un país donde se viaje con mas celeridad y menos costa que en Rusia. El primer monumento que detiene al viajero como se sale de S. Petersburgo, son los vastos jardines y espléndido palacio de Tsarsko-Selo, que construyó Isabel con lujo aunque con mal gusto. Su arquitectura es pesada y sin proporciones, dándole un ridículo aspecto la cantidad de ornamentos y dorados con que quiso embellecerle. El interior corresponde al exterior, mucho dinero invertido y poca gracia; Paulo I pensaba convertirle en cuartel y hubiera esto sido una de las raras pruebas de su buen discernimiento. Los jardines, no obstante, hechos al gusto inglés, presentan cierta magnificencia; hay en ellos colinas, praderas, riachuelos, islas, ruinas; al lado del sepulcro de un guerrero, de un noble ruso, descúbrese la tumba de un perro favorito de la esposa del Czar, fundadora de este real sitio en época de naciente civilizacion. El todo por lo demas está bien distribuido, y no deja de presentar una agradable vista. Hay algunos kioscos á la chinesca de trecho en trecho que habitan en verano los ayudantes de campo del Emperador.

A ocho leguas de Tsarsko-Selo se descubre Schlusselbourg, fortaleza célebre, que Pedro el grande miraba como la llave de su imperio y que en el dia sirve solo de prision de estado. En su situacion sobre una isla en medio del Neva, donde sale este rio del lago Ladoga, podia hacerse de ella una plaza inexpugnable, y así se ha procurado. Los muros que la cercan son altos y sólidos; dominan el campo ocho torres redondas y almenadas y aseguran de sorpresas, y por toda entrada hay un puente levadizo. Apenas pueden entrar en los calabozos algunos rayos de débil luz por una estrecha abertura que hay en los techos, el aire no tiene en ellos entrada. Disposicion característica é imágen del receloso y cruel despotismo. No es posible obtener permiso para entrar en los subterráneos. En ellos expió, sufriendo todos los dolores de un terrible cautiverio durante veinte y tres años, el delito de haber sido designado por la reina Ana para sucederle, el malhadado Iwan, hijo de la duquesa de Mecklembourg, por mandato de Isabel. Debilitada su vida en la infecta atmósfera que respiraba, cuando Pedro III. que queria, declarar ilegítimo el nacimiento de Pablo y elegirse á su vez un sucesor, fué á preguntar al príncipe si estaba dispuesto á volver á subir al trono imperial, el infeliz no respondió á esta pregunta, y no dijo mas que *«aire, mas aire.»* Compadecido Pedro III hizo construir para Iwan un pequeño palacio con jardin en el patio de la fortaleza, pero á ambos sobrecogió la muerte antes de poder gozar de tal beneficio. Sufrieron tambien el encarcelamiento de Schlusselbourg María, hermana de Pedro I, Eudoxia su primera esposa, Piper ministro de Cárlos XII y Biren duque de Curlandia.

Nada de notable ofrece el camino hasta Nowogorod, es derecho, empedrado en algunos puntos, en otros envigado, siendo triste y monótono el aspecto de las sombrías selvas que atraviesa. No hay en su tránsito poblaciones, excepto en los puntos en que para la diligencia; tampoco tierras cultivadas, álamos y plantas silvestres únicamente só los cuales se oye el agrio chillido de las aves de rapiña y los aullidos de los lobos. Señalan de lejos á Nowogorod muchas cúpulas y flechas que hienden el aire. Créese llegar á una ciudad rica y poderosa, y sin embargo esta ciudad, que tuvo un dia cuatrocientos mil habitantes, tiene apenas hoy dia quince mil! Ella fué la cuna del imperio ruso, en sus calles ahora despobladas brilló un tiempo el lujo guerrero de una corte salvaje aun; sus muros desmantelados resistieron á repetidos asaltos; sus sesenta iglesias donde van á orar algunos pocos habitantes, podian apenas contener la multitud de fieles, cuyas limosnas las enriquecieran. Ahora todo es triste y desierto y la silenciosa Nowogorod parece hallarse colocada entre dos potentes capitales como severa leccion de la fortuna.

Es Nowogorod una de las mas antiguas ciudades de Rusia, datando su fundacion, segun el analista Nestor, de mediados del siglo V. Instituyóse primeramente como república, y daba el pueblo el título de gran duque á su primer magistrado. Ilustráronla el comercio y las artes siendo el depósito de las ciudades Anseáticas sus aliadas, y aumentó de tal modo su opulencia, territorio y fuerzas, que habia pasado á proverbio: *¿quien puede resistir á los Dioses y á la grande Nowogorod?* Al pensar en su antigua magnificencia, miran los ojos con espanto las tristes ruinas de su antiguo esplendor. Sometida al fin por la suerte de las armas á los Czares, probó Nowogorod á sacudir un jugo que se la hiciera pronto insoportable, mas abatiéronla nuevas derrotas. Tuvo que pedir misericordia, y sus principales ha-

bitantes fueron trasladados á Moscou, igualmente que la campana *eterna*, tenida hasta entonces como el paladion de las libertades. Derribáronse sus puertas y murallas, aboliéronse sus franquicias y privilegios é impusiéronsela enormes contribuciones. Y tantos desastres no eran mas que el preludio de otros mayores. Indignados de tanto rigor, algunos ciudadanos que mantuvieran secreta inteligencia con el rey de Polonia, tomaron las armas, dando el ejemplo y arrastrando á todos una audaz mujer llamada Morpha. Reinaba á la sazon Iwan III quien de nuevo se dirigió contra Nowogorod, la cual vencida por tres veces sufrió la mas horrible devastacion.

Un débil cercado de tapia flanqueado de antiguas torres encierra lo que resta de Nowogorod. Las mas de sus casas estan inhabitadas, y ruinas y matorrales cubren los antiguos solares de ricos palacios. El Volkoff, rio ancho y profundo, atraviesa y divide en dos cuarteles la ciudad. El de la izquierda es una triste coleccion de casas de madera; el cuartel de santa Sofía en la orilla derecha, así llamado de la catedral que está en él, ofrece menos noble aspecto. La iglesia construida en 1044 por órden de Uladimiro duque de Nowogorod, como todas las de fundacion antigua, es un edificio elevado, de una cúpula y de cuatro cuerpos cubiertos de plomo dorado. El interior es bastante curioso, pues que contiene muchos cuadros sagrados de estraña hechura. los cuales son sin duda de los primeros tiempos del cristianismo. Asegúrase que los llevaron de Italia á Rusia los primeros misionistas que predicaron en ella la fe. Descansan en dicha catedral casi todos los príncipes de Nowogorod.

Cuando se sale de Nowogorod, se va haciendo menos monótono el camino, mas cultivada la campiña, mas fértil y animada. Luego se llega á Twer, residencia del gobierno en la confluencia del Twertza y del Volga. Esta ciudad que reconstruyó Catalina II despues de un incendio que casi la destruyera, puede pasar por una de las principales de Rusia, como que sus calles estan tan bien dispuestas como las de S. Petersburgo, cortadas todas en ángulo recto se reunen todas en dos plazas regulares rodeadas de notables edificios. En una montañita que domina la ciudad vese la fortaleza que hizo construir en 1240 el gran duque Jaroslao II, para contener los invasiones de los habitantes de Nowogorod.

En la embocadura del Twertza se enseña á los viajeros el célebre convento de Otrotch, el mismo que representa la lámina. Fundóle Jaroslao en memoria de un favorito suyo á quien hizo desgraciado, á cuyo propósito cuéntase la siguiente historia. Un jóven llamado Jegor, criado en la corte del gran duque de Twer, desdeñando las ilustres alianzas á que podia pretender por su nacimiento y por favor del soberano, enamoróse ciegamente de repente de la hija de un pobre sacristan, que cazando encontrara por casualidad. Era su nombre Xenia, y su hermosura incomparable. El noble favorito no tiene ya sino un pensamiento, quiere hacer de la jóven la compañera de su vida, y vuela á la corte de Jaroslao para obtener su aprobacion. Dásela el gran duque, dispone él mismo los preparativos del matrimonio, el cual quiere honrar con su presencia; la Iglesia está preparada, el sacerdote en el altar, los novios llegan, acoge un grito de admiracion á Xenia: Jaroslao apenas la ve siéntese sobrecogido de un súbito transporte de amor y de zelos, enmudece la amistad en su pecho, y arráncandola de los brazos de Jegor la hace esposa suya. El pobre favorito caido en desgracia, desesperado y abandonado de sus amigos, rasga sus ricos vestidos, cúbrese de harapos, y va á la selva vecina á desahogar su pecho. Largo tiempo divagó por ella sin que fuese posible descubrirlo. Finalmente Jaroslao, tocado de remordimiento un dia que iba al templo testigo de su perfidia, vió á un peregrino orando fervorosamente. Jegor era que pedia á Dios acabara con la muerte sus sufrimientos. Estréchale Jaroslao en sus brazos, pídele perdon, y ofrece á su antiguo amigo honores, poder, riqueza. Nada escucha Jegor, cuya alma sucumbe al peso de su gran infortunio, eran irreparables sus males; retiróse á una celda que construyera en la embocadura del Twertza y allí murió. En expiacion de lo cual Jaroslao hizo construir sobre su tumba el monasterio de Otrotch, de antigua y famosa memoria en Rusia.

En el camino de Nowogorod al convento de Otrotch, se enseña el sepulcro de un mágico famoso, de quien cuenta la tradicion grandes maravillas; los campesinos no deben acercarse á él de noche; consiste en una montañita regular, encima de la cual se levantó de propósito una iglesia para conjurar los maleficios, pero su virtud no ha podido aun vencer el terror popular. Y sin embargo, es bien poco peligrosa la influencia del brujo! En uno de mis paseos, escribe un viajero, pregunté á mi guia que especie de acontecimientos sobrenaturales hacian creer á los habitantes de aquellos contornos en el oculto poder del mágico, y le respondió con dos ó tres historias á cual mas absurda. Conociendo que no les daba crédito, avivó su narracion, extendióse en demostraciones inútiles, é iba ya á desaparecer por no poderme convencer, cuando un repentino fenómeno vino á corroborar sus argumentos. A alguna distancia de nosotros vimos desgajarse de la atmósfera una espesa nube que cayó rápidamente en un bosque que debíamos atravesar, un fuerte olor de azufre ahogaba nuestra respiracion. Dijo en esto el postillon: Ve V.? podia V. aun dudar? no es bueno reirse del diablo, en esa humareda andan envueltos espíritus malhechores, los cuales envia el mágico para atormentarnos cuando pasemos, detengámonos y procuremos ahuyentarles con exhortos. Dicho lo cual púsose á hacer mil devotas contorsiones, no quiso proseguir el camino hasta haber encomendado su alma á Dios, y no sabia entender que solo atravesaba una niebla cuando esperaba ver todos los diablos del infierno.

Olvidábamos hablar de Voloschok ciudad digna de atencion por su prosperidad, la cual demuestra cuan necesaria sea la libertad para la industria. Era aun una miserable aldea cuando gustó su feliz posicion á Catalina II, la cual mandó abrir en ella el canal que junta el Twertza con el Masta, con el fin de establecer por agua una comunicacion, continuada desde el Báltico hasta el mar Caspio. En el Cipo, sus habitantes, quienes de siervos apáticos y holgazanes pasaron á ser artesanos ingeniosos y activos comerciantes, todo cambió de aspecto, y sucedieron el movimiento, la vida y el bienestar á la languidez y abyeccion. Es ahora Voloschok una opulenta ciudad, con hermosos muelles, numerosa y activa poblacion, anchas y bien trazadas calles y bien provistas tiendas: allí está como en

testimonio de la superioridad de las creaciones del hombre independiente y libre sobre los que engendran el rigor y la fuerza brutal.

POLITICA.—COMERCIO.—INDUSTRIA.

De la crísis comercial, industrial y financiera de la Gran Bretaña, al ascender los Torys al poder.

MANIFIESTO DE LOS WHIGS

CONTINUACION (*).

Los nuevos intereses creados por nuestras locas pretensiones continuaron con mas ardor en todo lo que era una sinrazon nuestra que en lo que solo justicia. Vieron que nuestra industria habia florecido en medio de las prohibiciones y medidas restrictivas; y creyeron que solo á favor de estas habia florecido. A tales trabas las llamaron proteccion, y pidieron á su gobierno respectivo que las impusiese; y llevado de aquel amor instintivo á las restricciones que anima á todo gobierno, el suyo no les negó lo que pedian. Un solo pais no alteró en lo mas mínimo el curso ordinario de sus relaciones, pues su producto comun era justamente admitido en Inglaterra con toda libertad, porque no contrariaba á ninguna de nuestras clases de productores privilegiados. Las provincias meridionales de los Estados Unidos, cuyo tabaco y algodon admitimos, hubiéranse separado de la Union americana si hubiese continuado subsistiendo la tarifa antibritánica de 1828; y si nosotros hubiésemos continuado recibiendo la harina de los estados del norte, jamás se habria establecido aquella tarifa. Mas nosotros no merecemos que ningun pueblo de Europa nos manifieste semejante atencion y benevolencia. No hay uno solo de los derechos puestos sobre nuestros productos, una sola de las restricciones opuestas á nuestro comercio por las leyes extranjeras, que no puedan cuando menos justificarse con nuestro ejemplo. Una inmensa red de tarifas nos va poco á poco excluyendo de los mercados mas inmediatos y mas naturales, los de nuestros vecinos de Europa; y al mismo tiempo quedamos reducidos á nuestras propias colonias, á las hordas semibárbaras del Africa y del Asia, y á las nacientes repúblicas de América. Sobre el particular, permítanos el lector que le remitamos al admirable discurso que el 27 de mayo último pronunció lord Palmerston, y á las informaciones ó sumarias comerciales, las cuales nos prueban que á nuestras leyes sobre los cereales debemos atribuir la causa de la famosa liga prusiana.

Los progresos de cualquiera nacion que procura rivalizar con nosotros son necesariamente lentos; pues ha de luchar contra nuestro vasto capital, nuestra riqueza mineral, nuestra tradicional destreza, nuestra casi infinita division del trabajo, nuestra antigua perseverancia, nuestro valor, nuestro arrojo aventurero, nuestro conocimiento de los mercados y de los hábitos de cuantos hace tiempo comercian con nosotros. Bien podemos creer que, sin nuestra legislacion perturbadora, nunca hubiéramos perdido uno solo de nuestros mercados antiguos ó actuales. El transcurso de los siglos nos habria dejado la superioridad que hace veinte años poseemos; y hasta hubiéramos visto mas bien extenderse que disminuirse nuestras exportaciones á la par del general acrecentamiento de la riqueza y de la poblacion en el mundo civilizado. Pero siempre que los productos de una concurrencia sostienen una lucha igual contra los nuestros en un mercado ó plaza cualquiera, clara prueba es de que ya fueron superadas todas las dificultades arriba dichas; y si en aquel mercado perdemos nuestra superioridad, podemos abstenernos de enviar á él el artículo que antes remitíamos con ventaja.

«La experiencia nos enseña, decia Mr. Gardner (inteligente y hábil manufacturero), que si perdemos una plaza por un año, la perdemos para siempre: el comercio no admite chanzas; los que ocuparán nuestro lugar, ya sabrán conservarlo.» Esto se explica por la tan sabida ley de la industria manufacturera: que aumentando la cantidad producida, el coste relativo de la produccion se disminuye, y, lo que es lo mismo en otros términos, disminuyendo la cantidad producida, el coste relativo de la produccion se aumenta. Cuanto mas considerable es el producto, mayor es la division del trabajo y por consiguiente la habilidad del trabajador; cuanto mas bajo es el precio de la vigilancia, mas se extiende el uso de las máquinas. En una palabra, todo elemento de produccion se hace relativamente mas útil; y todo orígen de gasto se disminuye relativamente. De ahí procede que el precio de un artículo de manufactura baja á medida que el consumo aumenta; de ahí tambien la diferencia entre la suma por la cual se puede negociar en un pedido considerable, y la que hay que pagar en un pedido menor: un solo alfiler no podria fabricarse por un shelling; cuando se fabrican millones de alfileres, por un shelling se dan ciento. «Luego que una clase cualquiera de manufactureros comienza á observar que sus competidores la vencen, luego que ven ellos que un género igual al suyo se vende mas barato; desde entonces deben saber que entran en una lucha que terminará con su ruina, si los elementos continuan siendo los mismos. Cambiándolos, tal vez recobrarán el terreno perdido; sino, cada año será vas visible su inferioridad relativa. Cuanto menos produzcan, mayores serán los gastos relativos de la produccion; cuanto mas produzcan sus concurrentes, menores serán los gastos relativos de estos. Al principio vendrá una baja en los beneficios, luego una reduccion en los salarios, despues la incertidumbre y la irregularidad del trabajo con salarios rebajados, hasta que el capitalista se vea arruinado, ó forzado á cambiar de industria; si esta industria la transporta á otra parte, al trabajador no le queda otro recurso que seguirle, ó abandonarse á la caridad pública.» *(Informe de la comision de hilanderías.)*

Un rico manufacturero decíanos algunos años ha: «Así que me avisen de que un fardo de géneros mios ha topado en las plazas de Chile ó del Perú con otro mas barato y proveniente de Alemania; al punto traslado mi fábrica al Tirol, porque ya sé yo lo que de ahí resultará.» En efecto, se le avisó, y nuestro manufacturero cumplió su palabra; y ahora su indus-

(*) Vease la página 372.

tria y su capital utilizan las bellas aguas del Voralberg, pues antes que combatir contra su enemigo, se pasó á su campo. Esta lucha industrial tiene no pocos puntos de semejanza con la guerra civil : la fuerza que hoy estaba en una parte puede mañana residir en la otra, si los azares del suceso mudan al parecer de partido. El capital que hoy emplea millares de trabajadores ingleses, puede mañana no solo dejarles sin trabajo, sino tambien ir á utilizar los brazos de los trabajadores del continente.

Claro está que en tales circunstancias los años, mejor dicho, los meses adquieren importancia : el mal y el peligro marchan en progreso rápido! La nube, que apenas aparecia como un punto negro en el horizonte, pronto se dilata, y la tempestad que lleva en su seno puede reventar sobre nuestra cabeza mientras todavía estamos calculando si es probable que llegue ó no.

Por esto no sin terror hemos visto *la pereza* de la opinion pública sobre este gravísimo asunto. A pesar de su vasta poblacion, los distritos manufactureros son comparativamente reducidos y distantes de la metrópoli; hasta que vino el *bill* de Reforma carecieron de representacion en el parlamento, y aun hoy en dia no tienen mas que una, que de ninguna manera corresponde á su importancia. Los cobradores de rentas, de diezmos, de dividendos y de salarios se hallan dispersos por todo el país, y con los propietarios, las artes liberales, los banqueros y los mas ricos negociantes forman casi toda la sociedad instruida de la Gran Bretaña é Irlanda, en la cual no entran ni pueden entrar los manufactureros, pues tienen que residir en medio de sus trabajadores, en sitios de donde las minas de carbon y las máquinas de vapor ahuyentaron á cuantos nada tienen que hacer allí. En la una de nuestras cámaras legislativas, ¿qué se sabe de su situacion, de sus necesidades, de sus sentimientos y de sus padecimientos? muy poco : en la otra cámara, nada; y en la mayor parte del país, casi nada. De ahí resulta que los riesgos que dejamos enumerados apenas han llamado la atencion pública; al paso que la gran mayoría de las clases elevadas ni siquiera oyó jamás hablar de ellos. Algunas de estas, y mucho sentimos que entre ellas esté Sir Roberto Peel, no los creen ó afectan no creerlos, ó bien, no pudiendo negar el mal, al parecer no sospechan cuan extenso es y cuan inminente. Era, pues, muy probable que tambien en esta ocasion como en las pasadas no conoceríamos y graduaríamos el peligro sino cuando ya no pudiésemos evitarlo : así el acta del sello se revocó despues de perdida la América del Norte, así se emancipó á los católicos despues que nos enagenamos las simpatías de la Irlanda;—de la misma manera es muy de presumir que no oirémos la voz de esos millones de hombres que se mueren de hambre sino cuando estarán cerradas la mitad de nuestras fábricas, y la otra mitad abiertas á intérvalos; cuando la ruina de los hilados de algodon habrá alcanzado á los trabajadores de telas, á los constructores de navíos y á los oficios, cuya existencia depende de nuestras exportaciones; cuando Manchester y Birmingham tendrán que pedir limosna á las parroquias vecinas. Oh! entonces *retocarémos* nuestro código mercantil; espurgarémos nuestras leyes sobre los cereales, las leyes sobre madera de carpintería, las del azúcar, los derechos diferenciales, etc; pero bastarian estos tardíos é inútiles sacrificios? la paz, la iglesia, la monarquía resistirian á la tempestad? Demos que nos libertásemos de estos últimos extremos; pero las funestas consecuencias de un cambio total y repentino, efectuado por tales medios, serian inexplicables, y probablemente sucumbiríamos. El comercio y la industria huyen de todo teatro de revoluciones; y el solo temor de ellas los paraliza. En países agrícolas, como España y Francia, una revolucion, al paso que destruya la felicidad y la moralidad de la generacion existente, en lo que mira á las clases instruidas puede aun dejar elementos de una prosperidad futura. Esperanza es esta, que no puede existir para la Gran Bretaña : luego que su capital hubiese pasado á otra parte y destruidas sus máquinas y sus ingenios, el valor de su trabajo bajaria debajo del nivel general de la Europa: podria abrir sus puertos á los granos extranjeros, mas no comprarlos; abolir sus derechos sobre maderas del Norte, mas ya no seria una gran potencia marítima; se convertiria en país de una poblacion que se alimentaria de patatas, de una poblacion numerosa y miserable, por lo mismo temible para sus gobernantes, pero indefensa contra la agresion extranjera. En tal situacion, podríamos conservar nuestras colonias, nuestro imperio de la India, nuestra union con la Irlanda? podríamos pagar nuestra deuda pública? retener la sombra de nuestro poder actual, de nuestra actual prosperidad?

Alarmados por tan funestos presentimientos, no nos pesó de ver el continuo déficit de la hacienda; así el público se veia obligado á examinar el estado de nuestro comercio y el monstruoso código que lo encadena, y sobre todo ello era un medio de decir á las clases y á los individuos : A menos que consintais en que aumentemos la hacienda disminuyendo los derechos, tenemos que poner impuestos. Si quereis que el azúcar continue á 8 dineros sterling la libra ó el pan á 9 el panecillo, habeis de pagar los *beneficios* de la legislacion con un impuesto de 50 libras sobre vuestras casas, ó tal vez de 500 sobre vuestras propiedades.» En su notable discurso del 7 de mayo de 1841, lord John Russell decia que, para cubrir el déficit de 2,400.000 libras imputado este año, solo cuatro caminos se le ofrecian al gobierno : 1.° Reunir la suma necesaria, mitad por medio de un impuesto parcial, mitad por empréstito; 2.° no apelar sino al empréstito; 3.° aumentar otro tanto los impuestos generales, y 4.° disminuir los derechos prohibitivos, esto es, acrecentar á un mismo tiempo la hacienda y el bienestar del pueblo. Con todo, de hecho estos cuatro expedientes se reducian á dos: el aumento del impuesto y su reforma; porque el empréstito no es otra cosa que el impuesto diferido, que despues vuelve con todo el rigor del interés compuesto. Si en 1841 no pasamos de 2,400.000 libras de déficit por medio de un empréstito á 4 por 0|0, el de 1842 llegará á 2,496.000 libras, es decir, al déficit de este año, mas el interés del préstamo; y este interés de 96,000 libras será una carga impuesta para siempre al país, esto es, el triple del subsidio anual votado para la educacion del pueblo, y casi el duplo del de la comision de la ley de los pobres, gasto que á tantas peticiones ha dado pretexto.

Varias son las circunstancias que concurririan á hacer resaltar las ventajas de una reforma del impuesto: una serie de cosechas inferiores todas en cantidad y algunas en calidad habia materialmente hecho subir el precio del trigo y sobre todo del candeal: una disminucion de la cantidad de azúcar que enviaban nuestras colonias aumentar el del azúcar en una proporcion mucho mayor; dificultades comerciales, originadas la mayor parte de la importacion irregular de granos, causadas por la fluctuacion de los derechos, y agravadas por el doble mal del precio elevado de los alimentos y de los salarios, habian puesto en un apuro casi general á las clases trabajadoras; el informe leido en la cámara de los comunes acerca de las tarifas de importacion causara una sensacion profunda; no se comprendian entonces, ni se comprenden ahora los pésimos efectos del sistema protector; y con todo ya comenzaban á notarse sus inmediatos efectos sobre los principales artículos del consumo y la hacienda. Afectado directamente por los derechos restrictivos, conocia el público que un impuesto opresivo no siempre hinche las arcas del erario. Cualesquiera que fueren las cargas que al pueblo inglés se le impongan para garantir su seguridad exterior, su tranquilidad interior y el honor de sus relaciones, las sobrellevará gustoso; pero ya iba estallando la indignacion pública al ver que sin provecho para nuestro ejército y marina, ni para el esplendor del trono ó la felicidad del pueblo, ni para los ministros de la religion ó los de la justicia, los impuestos producian exactamente una pérdida de 20 á 30.000.000 para el consumidor, con otra adicional de 5 á 6,000.000 para el erario.

La opinion pública, que en Inglaterra es el verdadero precursor de un gran cambio, la opinion de la indispensable é inevitable necesidad de ese cambio ya tenia voz y eco. Estaban agotados todos los antiguos expedientes financieros, ó mirados como fatal empeoramiento de que sin embargo habria que echar mano despues de haberlo retardado con un empréstito. Parecia probable que un *presupuesto*, que nos librase de nuestro déficit, por sus ventajas inmediatas se aceptaria sin necesidad de hacer palpar las posteriores. Añádanse á esto ciertas coyunturas favorables, como la próxima expiracion (en 1842) de nuestro tratado mercantil con el Brasil, que arde en deseos de verlo concluido; cosa muy natural, ya que en Rio-Janeiro se admiten nuestros géneros mediante un derecho de 15 por 0|0, al paso que nosotros cargamos su azúcar con uno de 200 por 0|0. Tambien en 1842 los Estados Unidos deben retocar su tarifa; y la admision de su trigo nos valdria los votos favorables de las provincias en que se coge. Mas claro, tiempo es de que hagamos alguna concesion á estos grandes Estados, y vale mas hacerlas de manera que redunden en beneficio nuestro. Omitimos el esencial argumento de nuestras pendientes negociaciones con la liga alemana.

Sin embargo, proponer el presupuesto de esta legislatura tal como lo concibiera el gabinete Whig era sin disputa poner en manos de la oposicion la mayoría ministerial de la cámara de los comunes. Si la oposicion lo atacaba en masa, en verdad á poco veria robustecerse sus filas con la adhesion de aquellos ministeriales, que tenian que temer para sí ó para sus comitentes muchas de las disposiciones particulares de la nueva tarifa. Tambien se le reunirian esos hombres caprichosos é indecisos, peste de una situacion en que los partidos vacilan poco mas ó menos todos igualmente, los cuales, unos sin motivos, otros por motivos pueriles y ridículos, siempre auxilian al partido que antes atacaban.

Con todo ¿no era tambien de esperar que la oposicion no admitiria la victoria de partido que se le iba á ofrecer? Nadie mas enérgicamente que su gefe habia denunciado el ruinoso expediente de los empréstitos en tiempo de paz, y no era verosímil que voluntariamente se expusiese al riesgo de tener que señalar su vuelta al ministerio con un aumento de impuestos. Se le conoce amigo de la libertad de comercio.... ¿Qué hombre dotado de superior inteligencia no lo es? Tampoco habia entonces confesado claramente que preferiria un derecho ascendiente y descendiente, esto es, movible, á un derecho fijo, como tan desgraciadamente lo hizo despues. Era, pues, probable que, si podia retener los miembros ignorantes y poco escrupulosos de su partido, seguiria el ejemplo de los Whigs; cuando Mr. Wallace y Mr. Huskisson hicieron reformas que, sea dicho sin ánimo de rebajar su valor, eran mucho menos útiles y menos urgentes que las de que hablamos. Estamos seguros de que sir Roberto Peel hubiera obrado como decimos, á haber podido, pues voluntad no le faltaba; y el gabinete Whig muy errado anduvo en suponer que además de esta tenia el poder. Mejor informado de la posicion del gefe de los Torys, hubiese presentado mucho antes su presupuesto con el fin de prepararse para una disolucion antes de las vacaciones de Pascua; pero, sin desesperar del éxito, debia de conocer que, como medida de partido, la que adoptaba era muy aventurada: el suceso dependia del patriotismo de sir Roberto Peel y de la disciplina de sus partidarios.... soldados que desprecian su gefe por sus defectos, y le aborrecen por sus méritos. Mas, valiéndonos de las palabras mismas de lord John Russell, el gabinete ya no retrocedió desde luego que estuvo de acuerdo acerca del patriotismo y utilidad de su resolucion.

Desde el 12 de marzo, el gobierno ya habia dado la primera indicacion de su plan con la proposicion de revisar las aduanas en nuestras colonias de la India occidental y del Norte-América. La actual legislacion ha constantemente prohibido á las colonias la importacion extranjera de buey, tocino, pescado, café, nuez de coco, té, azúcar terciado, melotes y rom: la exclusion, lo mismo que en todas partes, gravaba los principales artículos del consumo de alimentos. Hay sobre la harina y la madera de construccion un derecho variable de 20 0|0 *ad valorem* á 40. Sobre otra clase de géneros que no merecen enumerarse, hay un derecho *ad valorem* de 7 libras 10 shellings 0|0: sobre el vidrio, jabon, el azúcar refinado, el tabaco y los algodones manufacturados, un derecho de 20 0|0; otro de 30 libras sobre los relojes de péndola y de faltriquera, los artículos de cuero, la tela, los instrumentos de música, alambre ó hilo de hierro, los libros, el papel y las sederías; y otro de 15 0|0 sobre artículos que pasamos por alto.

En vez de esa tarifa opresora y anómala, Mr. Labouchere proponia conceder á las colonias inglesas

un comercio mas libre que el de todas las naciones europeas, excepto la Suiza; pues el comercio suizo tiene las trabas de los derechos de tránsito de los países en medio los cuales está desgraciadamente encerrado. Las colonias inglesas no tienen otro vecino que el Océano;—se las hubiera puesto en situacion, como ellas mismas lo han dicho, de poder luchar con el trabajo de los esclavos de toda la tierra *(Discurso de Mr. Burnley, propietario de la Trinidad)*.

Las pocas sesiones que trás aquella proposicion hubo sacaron á plaza las inquietudes de todos los interesados en el monopolio. Los hubo que invocaron la *proteccion* que la madre patria debe á sus colonias, comparándolas con los infantes que estan debajo de la tutela paterna. Mr. White, diputado de Sunderland, reclamó á favor de los intereses marítimos. Entonces Mr. Golbourn preguntó adonde queria ir á parar el gabinete, que semejante principio emitia. Mr. Palmer, representante de Essex, previó el ataque contra las leyes de los cereales. Lord Russell no vaciló en hacer una salida, digámoslo así, contra el círculo vicioso del sistema protector; y lo que acerca de esto dijo bastante anunciaba las medidas que se expusieron á la cámara, cuando se le presentó el tan ansiado presupuesto á 30 de abril, dia para siempre memorable en la historia de Inglaterra. Aquel presupuesto introducia por fin la reforma de las tarifas sobre las maderas de construccion, el azúcar y los granos.

En cuanto á las maderas, el canciller del Fisco proponia que se rebajase la enorme diferencia que habia entre los derechos impuestos á las maderas de nuestras colonias y á las del Báltico, elevando el primero de 10 shellings á 20, y reduciendo el segundo de 55 á 50. De este cambio, que aun conservaba para las maderas coloniales una ventaja de 15 0[0, esperaba él en la hacienda pública un aumento de 600.000 libras anuales. Siendo el derecho del azúcar colonial 25 shellings por quintal, y el del extranjero 60, el canciller proponia que, sin tocar el primero, se bajase el segundo á 36, lo que aun dejaba al azúcar colonial una ventaja de 50 0[0; y de este cambio esperaba en favor del erario un aumento anual de 700.000 libras.

Una modificacion de las leyes sobre cereales debia cubrir lo restante del déficit. Y como las fluctuaciones del derecho actual al parecer son tan poco favorables al erario como funestas para el pueblo; tratábase de substituirlas con un derecho fijo para regularizar á la vez el comercio de importacion y producir una renta con que pudiese contarse. Pero hasta despues no se dieron á conocer los nuevos derechos, que el gabinete fijó á 8 shellings el *quarter* de trigo; 46, y 5 dineros la cebada; 3, y 4 dineros la avena, y 5 el centeno, los guisantes y las habas.

¿Cómo iban á recibir este memorable presupuesto los gefes de la oposicion? difícil es afirmarlo. Mr. Golbourn y Mr. Herries pidieron tiempo; y Sir Roberto Peel no quiso expresar opinion alguna al ver que se ventilaban tan grandes intereses, pues tambien él necesitaba reflexionarlo antes de declararse irrevocablemente. Pero los miembros subalternos del partido desvanecieron toda esperanza de que solo obedecerian á la prudencia y al talento: los murmullos, los cuchicheos, y lo que los Franceses llaman *la fisonomia de la cámara*, claro decian que todos los varios monopolios se darian la mano, estrecharian sus filas y formarian una falange. Toda asamblea tiene su seccion de chismosos y enredadores, amantes del mal por el mal, enemigos naturales de todo progreso, que á todo el que desea el bien le achacan motivos vergonzosos. No se atrevieron esos entes á proponer objeciones directas, sino que pérfidamente excitaron todas las preocupaciones, todas las ciegas alarmas de cada clase distinta del comercio, industria y agricultura.

A los pocos dias, ya fué manifiesto el error del gobierno en contar con el espíritu público, al menos con el poder de sus principales adversarios. Lord Sandon, representante de Liverpool, propuso una enmienda para que la cámara principiase por la cuestion del azúcar: «Considerando, dijo, los esfuerzos y los sacrificios que el país y el parlamento han hecho para abolir el tráfico de negros y la esclavitud, no está esta cámara dispuesta á adoptar la medida que el gobierno de su Majestad ha propuesto para la reduccion de los derechos del azúcar extranjero.»

Quedó esta enmienda aprobada por mayoría de treinta y seis votos; tras ella vino la mocion de sir Roberto Peel, que logró se declarase, por mayoría de un voto, que el ministerio no merecia bastante confianza á la cámara de los comunes para presentar á la misma medidas tan esenciales; y por consiguiente no sin contradecir al espíritu de la constitucion podian los ministros permanecer en sus puestos en semejante coyuntura. Aquella mocion no llevaba otro objeto que estorbar toda discusion sobre las leyes de los cereales.

El presupuesto, pues, del gabinete Whig no ha sido examinado en su conjunto por la cámara de los comunes, que no ha admitido un artículo, el de los derechos del azúcar, y se ha negado á discutir los demas.

(Edinburgh Review.)

CASTILLO DE CHAUMONT.

El castillo de Chaumont, situado á orillas del Loira, fué construido sobre las ruinas de un monumento feudal, cuya fundacion se atribuye á Gueldin, caballero dinamarqués, á quien Eudes II, conde de Blois, concediera el feudo de Chaumont, en recompensa de los servicios que le prestara en la guerra que tuvo que sostener contra Foulques, conde de Anjou, y que valió á Gueldin el renombre de *Diablo de Saumur*, cuyo señor era. Tuvo Gueldin un hijo que hubo por nombre Geofredo, llamado la *Niña*, á causa de su belleza, y el cual se singularizó por el hábito que habia contraido de no cubrirse jamás la cabeza, y vivió cien años. Fundó ese señor la casa de Amboise y de Chaumont, por medio del matrimonio de su sobrina con el heredero del valiente Lysoys de Bazoges, á quien por renombre llamaban el *honor de la nobleza del Maine*.

En 1153, Tibaldo el grande, conde de Blois, hizo prisionero al señor de Chaumont, y encerrólo en Chateau-Dun, donde falleció. Entregaron entonces sus hijos la morada de Chaumont á Tibaldo, quien la hizo demoler; mas conservaron el feudo y sus dependen-

cias. Los señores de Amboise volvieron á construir el castillo, y en él nació el prelado conocido en la historia bajo el nombre de *cardenal de Amboise;* para quien apenas en la edad de catorce años, Luís XII, no siendo todavía mas que duque de Orleans, obtuviera el arzobispado de Rouen, y pudiérase hacer remontar á aquella época el principio de su ministerio, puesto que el duque de Orleans, entonces gobernador general de Normandía, confióle toda la autoridad, y las felices reformas que hizo en aquella provincia anunciaron ya las que debia llevar á cabo para la felicidad del reino. Habiendo empuñado el cetro el de Orleans, extendióse sobre la Francia entera el poder que ejercia d' Amboise sobre la Normandía, y llegó á ser primer ministro, título que á la par de la amistad del monarca, conservara hasta su muerte. En vano se buscaria en la historia otro ejemplo de un favor por tan largo tiempo prolongado; pero tantos puntos de contacto existian entre el carácter del príncipe y el del ministro, que seria difícil decir cual de los dos ejercia sobre el otro mas influencia. Ambos sinceramente amantes del pueblo, económicos á la par, celosos de adquirir gloria, la ambicion de Luís XII quedó sujeta al honor, la del cardenal de Amboise fuera excitada por la esperanza de hacer el bien. Pesara sobre este último toda la administracion del reino, y de notar es que á pesar de las grandes guerras de Italia durante el reinado de Luís XII, guerras cuyo principio fuera siempre brillante y el fin desastroso, no dejó la Francia de gozar de reposo; y que jamás se aumentaron los impuestos á su advenimiento al trono disminuidos. En esto realmente consiste la gloria del ministro. Hizo grandes reformas en la legislacion, para abreviar los procesos y prevenir la corrupcion de los jueces; puso en órden las rentas del estado y dió un grande ejemplo de moderacion contentándose con el arzobispado de Rouen, cuyo rédito empleaba casi entero al alivio de los pobres y al sosten de las iglesias. Creible es que un hombre que ni un instante se desmintiera en el mayor auge de su fortuna, solo deseaba ser papa para trabajar en la mejora de las

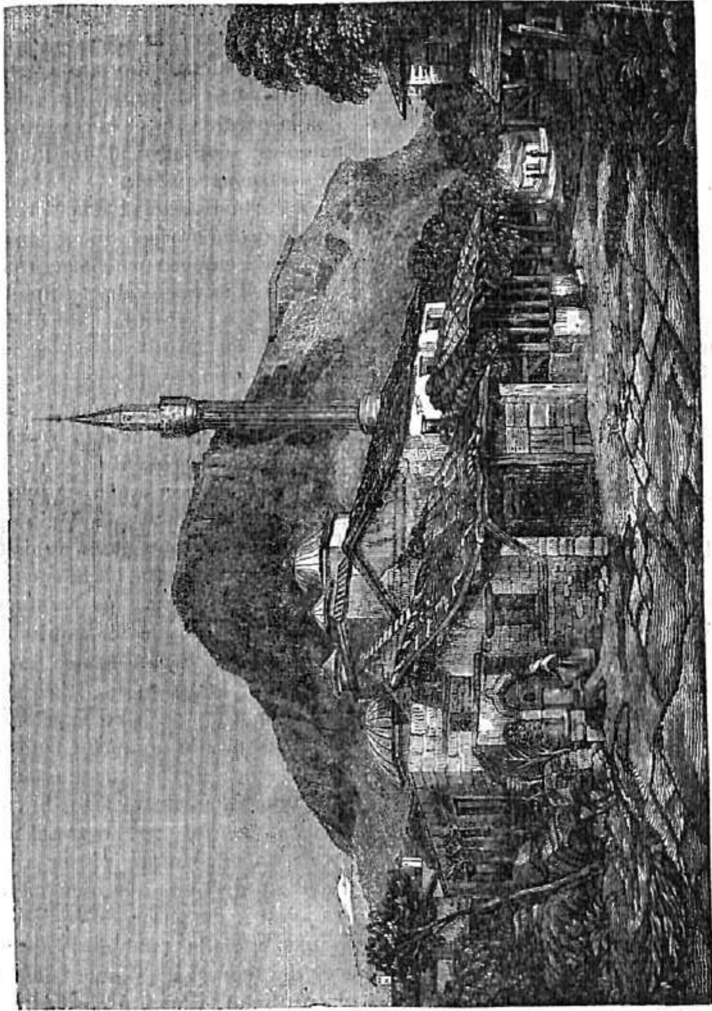


Castillo de Chaumont.

costumbres de la cristiandad; mas en aquellos días de intriga para llegar á la santa Sede, necesitábase menos hombría de bien de la que distinguia al cardenal de Amboise. Consintió en hacer retirar de Roma las tropas francesas á fin de que no pareciese que violentaba los votos; al paso que el cardenal Julio de la Rovére que le dió ese consejo, hízose elegir en su lugar, bajo el nombre de Julio II. El cardenal de Amboise habia sido nombrado legado del papa en Francia; y cosa ha sido verdaderamente extraordinaria, que haya reunido el mismo hombre las funciones de primer ministro y de legado sin que la Francia y la corte de Roma hayan tenido que hacerse jamás el menor reproche. Quisieron mucho los franceses al cardenal de Amboise, á quien llamaban el *padre del pueblo*, título que igualmente daban á Luís XII.

El linaje de la casa de Amboise no fuera interrumpido sino con la muerte de Jorge de Amboise, muerto en 1525 en la batalla de Pavía, en cuya época pasó el castillo de Chaumont á la familia de los La Rochefoucauld, mediante el enlace de Antonieta de Amboise con el señor de Barbezieux. Muerto Cárlos de la Rochefoucauld adquiriera el castillo de Chaumont la reina Catalina de Médicis de quien hannos conservado las antiguas crónicas algunas de sus debilidades. En un pequeño oratorio situado en lo alto del castillo de Chaumont, mandaba llamar á Ruggieri el mágico para consultarlo sobre el futuro destino de su raza; y un dia hízola Ruggieri un círculo mágico; y mientras aparecian á su alrededor y se refle-

GRECIA. — CORINTO.



jaban en ennegrecidos espejos mil cabezas fantásticas, aparecieron sobre una mesa preparada tres figuritas reales, y el alquimista anunció que eran los tres hijos de Catalina, todos tres coronados con pesada diadema. Venia tambien á Chaumont cada ocho dias el señor Regnier, matemático que pasaba por astrólogo y el cual era el inventor de cierto talisman que Catalina llevaba siempre consigo. «Preténdese, dice un escritor contemporáneo, que la virtud de aquel talisman era para gobernar soberanamente, y conocer el porvenir, y que era compuesto de sangre humana, de sangre de macho cabrío, y de muchas otras especies de metales juntamente fundidos bajo algunas constelaciones particulares que tenian relacion con el nacimiento de aquella princesa.» Hemos intentado ya rehabilitar el nombre de Catalina de Médicis; ¿qué importan sus debilidades de mujer, sus supersticiones, sus talismanes mágicos? La supersticion se mezcla siempre en las grandes conmociones de la vida; los que ven algo lejos déjanse arrastrar por el terror que infunde lo inmenso de la naturaleza, y hallándose pequeños á la vista del universo, arrodíllanse ante sus fenómenos.

El castillo de Chaumont, construido sobre una altura que domina la ciudad de ese nombre, tiene su entrada principal al mediodía de una gran llanura. Los edificios, bien que poco regulares, y edificados en diferentes épocas, no son menos notables en sus detalles, siendo los mas antiguos los que dominan el Loira. A principios del siglo XVIII, veíanse todavía en el castillo de Chaumont muebles perfectamente conservados, pertenecientes á Catalina de Médicis.

GRECIA. — CORINTO.

La fundacion de Corinto asciende á la llegada á Grecia de las dinastías de los Dioses que sucedieron á los Pelasgos. Epiro, hija del Océano circuyera de murallas á Acropolis, y diérala su nombre Corinto, que descendia del sol por Maraton, hijo de Epopia de la familia de Alceo. Tal era el orígen de esta ciudad tan respetable por sus riquezas y colonias. Destruyéronla los Romanos acaudillados por Mumio, el cual puso en almoneda á sus vecinos. Desaparecieron ya todos los naturales del país cuando visitó á Corinto Pausanias, pues Augusto que la restaurara, movido de su ventajosa posicion, estableciera tambien en ella una colonia de veteranos y libertos. A pesar de sus desastres, aventajaba todavía Corinto en esplendor á todas las demas ciudades de la península. Mas este es el término del último período de su importancia, porque, pasado el siglo segundo, ya no la citan los escritores sino para recordar sus desgracias. Situada en la senda de todos los conquistadores, saqueáronla en 261 los Hérulos, igualmente que á Argos y Esparta. En 395 experimentó el furor de las hordas de Alarico, y al limpiar de bárbaros la provincia dióla Estilicon un fatal golpe. Sufrió tambien de las incursiones de los Escita-Eslavos, ya se habia libertado de su yugo cuando fué cedida despues de la toma de Constantinopla á los Venecianos, quienes sostuvieron en Corinto varios asedios de Rugiero, primer rey de Sicilia y de Jaime de Avannes, lugar teniente del marqués Bonifacio.

Tras tantas revoluciones no es de extrañar que se busque á Corinto en medio de un monton de casas únicas que la componen.

Lo primero que llama la atencion es el Acropolis, donde desgraciadamente no tienen entrada los extranjeros. Estrabon da á su altura perpendicular tres estadíos y medio; su cima está como coronada de un muro con baluartes y almenas, circunscrito por un recinto mucho mas antiguo, formado de hiladas de ladrillos de construccion pelásjica, la artillería de la Acrópolis domina el camino de la fortaleza en todas sus vueltas y revueltas, y en toda su larga extension sinuosa. En el interior hay la fuente *Pirene*, llamada ahora *Manantial del Dragon*; á orillas del camino habia varios templos. Algunos pinos y cipreses esparcidos por la base occidental de Acro-Corinto, parecen recordar el bosque Cranaeo consagrado á Belerofonte y á Vénus Melania (morena), la cual tenia allí un templo, cuyas colunas sostienen ahora una mezquita. Tambien habia en esta parte la tumba de Lais, la cual inconsolable por la pérdida de su hermosura y el abandono de sus amantes, consagró al declinar su edad su espejo á *Vénus siempre bella*.

A corta distancia hácia Noroeste, hay un gran templo de órden dórico, que se supone ser el del sol, sin que se dé empero prueba alguna que justifique la presuncion. Los restos del edificio se componen aun de siete colunas estriadas, de dicho órden dórico, con parte de los arquitrabes, los cuales deben ser muy antiguos supuesto que les falta casi la mitad de la altura para hallarse en proporcion con su diámetro. Esta construccion maciza y pesada, y tenida por lo mismo por anterior al siglo de la bella arquitectura, debió hacerse con esmero á juzgar por algunos ornatos, y por el estuco que hacia parecer de mármol su peristilo. A algunos pasos de distancia hay una bóveda sepulcral abierta en la roca, y cerca de la puerta Tenea se descubren los basamentos de dos grandes edificios. Yendo por el camino de Sicione, encuéntrase una quebrada formada por las aguas de los torrentes que desaguan en el Lequeo, en la cual hay un pozo somero y de agua excelente, que se cree es la fuente á que dió nombre Glauceo, precipitándose en ella huyendo de los encantos de Medea, y una tradicion popular atribuye á los hijos de esta dos tumbas vecinas. Cerca de 200 toesas al norte, vénse los sillares de un edificio que presenta una base de 260 pies de longitud. Vense tambien algunos canceles de piedra *parica*, de seis pies de diámetro, que formaron colunas estriadas, cubiertas antiguamente de estuco: eran del templo de Minerva Chalinitis. Y en un templo contiguo, que fué sin duda de Júpiter Corifeo, encuéntranse las bases de varias otras colunas de tres pies y medio de diámetro. No lejos de allí, finalmente, hacen sospechar que hubo un teatro algunos lienzos de pared de ladrillo. No es tan fácil formar concepto de una cisterna profunda, cubierta de un piso formado de colunas que parecen vigas, ajustadas las unas con las otras.

150 toesas al nordeste del teatro, hase hallado un gran número de colunas, que indican el sitio del Gimnasio: edificio sin duda considerable, el cual estaba sito á corta distancia de la fuente de Lerna, que aunque remota, tiene alguna analogía con la fuente Valclusa.

Estrabon trazó con tal exactitud la topografía de Corinto, y Pausanias describió tan bien sus monumentos, que no hay ciudad en Grecia mas fácil de estudiar arqueológicamente.

La moderna Corinto, llamada Cortho por los Griegos, se compone de 377 casas, diseminadas en grupos por los campos cultivados, y en el camino de la ciudadela, llenan los intervalos de trecho en trecho los minaretes de las mezquitas que se elevan á modo de obeliscos rodeados de cipreses, emblema del luto general de la floreciente Corinto. Reina un imponente silencio en las plazas públicas, en el puerto y en los circos, no cambiando tal cuadro de desolacion sino por la primavera, con la acostumbrada animacion de la naturaleza. En esta sazon, la ciudad dividida por campos cubiertos de mieses, presenta el aspecto de grandes haciendas rodeadas de sus al*querías. Pero tambien es el solo momento de vida de* ese país poco fértil; pues al momento de concluida la cosecha, el terreno resecado por el sol, ofrece solo triste aridez, cuya monotonía varian un poco algunos bosquecillos de naranjos y limones que adornan los jardines de tal cual particular.

SAN VICENTE DE PAUL.

Nació S. Vicente de Paul en 1576 en la pequeña aldea de Pouy, situado en los confines de las Landas de Burdeos, no lejos de los Pirineos; sus padres, pobres labradores, vivian de su trabajo, consistiendo su fortuna en una pieza de tierra que cultivaban con sus manos. Participaban de su fatiga y sostenian su vejez seis hijos, y Vicente que era el tercero, llevaba á apa*centar los ganados de su padre. Cuando la Providen*cia llamó al Santo pastor á los honores de la Iglesia gustaba recordar aquellos tiempos de gozo y de inocencia, y complacíase en repetir que era hijo de un pobre campesino, y que habia empezado su vida por guardar rebaños.

El jóven Vicente fué puesto en el convento de franciscanos de la ciudad de Acqse, bajo la proteccion de uno de sus parientes; y como estudiase con ardor, su padre resolvió desde entonces el consagrarlo al estado eclesiástico. Fué ordenado sacerdote el 23 de setiembre de 1600, época en que empieza la primera prueba de Vicente de Paul. Como la hubiesen llamado á Marsella algunos negocios, un gentilhombre, en cuya casa se hospedara, propúsole volver por mar á su ciudad natal; consintió Vicente, y él mismo nos va á contar en su sencillo lenguaje, los peligros y los sufrimientos de un penoso cautiverio: «Embarquéme para Narbona á fin de llegar mas pronto, y ahorrar alguna cosa que destinaba á los pobres. Soplara el viento tan blando y próspero que debíamos de llegar á puerto aquel mismo dia, á no haber permitido Dios que tres bergantines turcos nos atacasen tan fuertemente, que muertos tres de los nuestros y los demas heridos, nos vimos obligados á rendirnos á aquellos traidores, quienes nos cargaron de cadenas y despues de habernos curado groseramente, dirigieron el rumbo á Berbería, guarida de ladrones.» Los cautivos cristianos fueron conducidos á Túnez y traidos al mercado público: «Visitáronnos, continua Vicente, así como se hace para la compra de un caballo ó de un buey, haciéndonos abrir *la boca para vernos los dientes*, palpándonos los costados, sondeando nuestras llagas y haciéndonos andar ya al paso, ya al trote, ya corriendo, luego levantar cargas, y luchar para ver la fuerza de cada uno.» Vendido á un renegado de Nice, el jóven Vicente verificó su conversion, y ambos llegaron á Avignon, despues de infinitos peligros en los desiertos y en los mares.

Poco tiempo despues Vicente de Paul recibió el curato de Clichy, en el mismo distrito de París. No iba á guiar sino á pobres aldeanos: debiendo formar su único patrimonio un pequeño campo y algunos derechos sobre las cosechas. Aceptó sin vacilar; y sin embargo cuentan las memorias que acababa de rehusar la rica abadía de Saint Léonard-du-Chaume, y el brillante título de limosnero de la reina. Apenas ejerciera Vicente las modestas funciones de cura de Clichy, cuando fuera arrancado de aquella dulce obscuridad por los *avisos, y podria decirse por los mandatos del padre Bérulle*, el cual designó al caritativo cura para preceptor en la familia de Gondi. Saltáronsele las lágrimas de los ojos al abandonar el humilde presbiterio en que pasára dias tan felices: Alejéme tristemente de mi pequeña iglesia, dice en una de sus cartas; estaban mis ojos arrasados de lágrimas, y bendije sollozando á aquellos hombres y á aquellas mujeres que venian hácia á mí, y á quienes yo habia amado tanto; con ellos estaban tambien los pobres, y su vista me partia el corazon. Llegado en casa de Mr Gondi, diéronme un hermoso aposento, en el cual viví como en una celda, ocupándome de mis deberes y de la educacion de sus hijos.» En dicha casa concibió Vicente de Paul la idea de las misiones religiosas; por lo que no tardó en volver á su retiro para consagrarse al alivio de la miseria y del dolor.

Uno de su primeros cuidados fué visitar las galeras del rey. «Ví al llegar, escribe Vicente, el mas lastimoso expectáculo que se pueda imaginar: criminales cargados con el peso de sus faltas, y el peso de sus cadenas, abrumados con tantas miserias, que les quitaban el cuidado y el pensamiento de su salud, induciéndoles sin cesar á la blasfemia y á la desesperacion. Movido pues por un sentimiento de compasion hácia aquellos pobres forzados, me impuse el deber de consolarlos y atraerlos lo mejor posible. Escuchaba sus quejas, compartia sus penas, abrazaba sus cadenas para hacerlas mas ligeras, y empleaba toda la fuerza de mis súplicas y amonestaciones á fin de que los oficiales los tratasen con humanidad. En París tenian á aquellos desdichados en infectos calabozos, y un alimento mal sano, un aire húmedo devoraban los restos de su existencia. S. Vicente obtuvo para ellos algun alivio; y de la Consergería donde estaban hacinados, *hízolos* trasladar á un local particular que habia alquilado en el arrabal de S. Honorato, viéndosele por mayo de 1622, á la cabeza de los prisioneros ir en procesion al lugar que debian ocupar de allí en adelante.

A poca diferencia en la misma época fundó S. Vicente el célebre colegio de Bons-Enfants, que consagró á la educacion de los eclesiásticos que debian llevar en los campos socorros á la miseria y consuelos al infortunio. En el acta de institucion, escrito del propio puño de S. Vicente de Paul, se dice: «Que Dios en su misericordia infinita habíase dignado proveer á las necesidades de las ciudades, y que solo el pobre pueblo del campo habia quedado como abandonado; lo cual pa-

rece que se podia remediar con la asociacion de algunos sacerdotes de buena vida y costumbres y de conocida capacidad, que renunciando á todos los beneficios, cargos y dignidades de la Iglesia, se dedicasen puramente á las necesidades del pobre pueblo, yendo de aldea en aldea, á costa de su comun bolsillo, á socorrer, instruir y catequizar á aquellas pobres gentes, sin admitir retribucion alguna de cualquier modo que fuese.»

La ardiente caridad de Vicente no se entibiaba jamás; á la institucion de *Bons-Enfants* siguióse luego la mision de los sacerdotes de S. Lázaro y el establecimiento de las hermanas de la Caridad. Tierno espectáculo el nacimiento de esas piadosas asociaciones; en muchas ciudades en que no existian hospitales, abandonados los enfermos perecian en su lecho de dolor; mas al llamamiento de S. Vicente estableciéronse cofradías en las parroquias, y vióse á débiles mujeres despreciar las enfermedades contagiosas que no perdonan el celo caritativo. Otra de las fundaciones mas gloriosas de S. Vicente de Paul fué la del hospicio de los niños expósitos. Noticias del lugar-teniente del Chatelet atestíguan que cada año exponíanse en una casa situada en la calle de S. Landry de trescientos á cuatrocientos niños reciennacidos; allí encargábase de su alimento, mediante una indemnizacion, una viuda con dos criadas; mas no siéndola dable atender á tan gran número, la mayor parte de aquellos pobres niños acababan por morir de languidez. No podian escapar aquellos desórdenes á la activa beneficencia de S. Vicente de Paul, y ayudado de algunas señoras virtuosas, abrió una casa donde no pudo al principio recibir mas que doce de aquellas criaturas, pero á medida que aumentaban los recursos, iba igualmente aumentando el número de niños. Existe una tierna relacion, redactada por aquellas caritativas señoras, sobre las nobles peregrinaciones que hacia á la ciudad de París para recoger á los niños expósitos. — 22 de enero, M. Vicente ha llegado cerca las once de la noche; y ha traido dos niños; el uno tendrá como seis dias, el otro es de mas edad. — 25 de enero. Las calles están cubiertas de nieve; estamos esperando á M. Vicente. — 26 de enero. El pobre M. Vicente llega muerto de frio, con un niño de cabellos rubios que es ya destetado. — 7 de Febrero. El aire es muy vivo, M. Vicente ha venido á visitar nuestra comunidad; este santo varon está siempre en pie. La superiora hale ofrecido descansar y él ha corrido presuroso á sus pequeñuelos.

En medio de sus numerosas y piadosas ocupaciones no descuidó Vicente de Paul el oido de los reyes. Durante el reinado de Luís XIII no habia tenido comunicacion con la corte sino para llenar el santo ministerio de defensor de los pobres. Cuenta un historiador que en su agonía el rey envió á buscar á Vicente de Paul á S. German para recibir de él saludables avisos y comunicarle algunos piadosos designios. Bajo el gobierno de Ana de Austria, regenta del reino, empezó Vicente á encontrarse empeñado en la administracion del estado. Habia la reina madre tenido por conveniente establecer un consejo para los negocios eclesiásticos; y compúsose del cardenal Mazarin, del canciller, de M. Charton y de Vicente de Paul, que no aceptó sino con extremada repugnancia esta participacion en los negocios públicos, y solo le determinó la idea del bien que podia hacer en sus funciones. En efecto, la ocupacion principal de este consejo era la eleccion de los prelados y de los obispos, propios para desempeñar los beneficios eclesiásticos, esta eleccion entraba esencialmente en el pensamiento y experiencia de S. Vicente de Paul. por espacio de mas de diez años pesaron sobre él todos los negocios; recibia las solicitudes que se dirigian al rey; informaba á la reina sobre las virtudes y la capacidad de cada uno; él era en fin quien llevaba la palabra en el consejo para sostener ó hacer desechar las peticiones. Nada descuidó Vicente para establecer en el clero la gravedad en las costumbres, y conferir las dignidades eclesiásticas á los que mas lo merecian. Es de ver con que celo estudiaba la conducta pública y la vida privada de los pastores! con qué discernimiento sabia descubrir al cardenal Mazarin para que los eligiese á los bellos caracteres y á la piedad oculta! No tenemos necesidad de decir con que anhelo protegió en el consejo que dirigia las casas santas por él fundadas, dicen los monumentos del tiempo que jamás á él asistia sin pedir algo para sus huérfanos y pobres enfermos.

Lo admirable de esta vida es que es toda llena, y que hasta la hora de su muerte no dejó Vicente de Paul de hacer bien; pues pocos dias antes de aquella, concibió y ejecutó la idea de fundar en París un hospital para los infelices ancianos. De acuerdo con un habitante de aquella ciudad, compró dos casas y un terreno en el arrabal de S. Lorenzo; abasteciólas de camas, de ropa blanca y de lo demás necesario; edificó una capilla y cuarenta ancianos pudieron ser alimentados y asistidos en el nuevo establecimiento. Sin embargo, tan numerosos trabajos habian agotado las fuerzas del Santo; y como ya desde la edad mas tierna habia estado expuesto á los dolores de la mas aguda enfermedad, pues habíale dado en casa de M. De Gondi una especie de parálisis, devorábale una fiebre continua que duraba á veces tres, cuatro y hasta quince dias seguidos; durante cuyo tiempo no interrumpia jamás sus ejercicios, levantándose siempre á las cuatro de la mañana: sometíase solo á su remedio ordinario, el cual consistia en cubrirse durante el sueño, de forma que quedase bañado de sudor. Habia Dios reservado larga vida y sufrimientos á su servidor; con los años se le hincharon las piernas, y las debilidades de su juventud hiciéronse graves enfermedades. En medio de sus males, en lo mas mínimo menguaba Vicente los rigores á que se habia condenado: dormia siempre en un jergon, observaba con la misma severidad los ayunos y abstinencias, y á medida que se debilitaba su cuerpo, su alma ardiente parecia que iba aumentando su vigor y fortaleza. Ocupábase con el mismo celo de su congregacion, y en particular de los pobres; reunia frecuentemente á los oficiales de su casa, y les prescribia los deberes que debian llenar y los servicios que debian hacer.

Sin embargo, acercábase la muerte á largos pasos, y los sacerdotes todos de la comunidad de S. Lázaro echaban de ver que pronto iba á apoderarse de su presa. Tranquilo el Santo en aquel momento exhortábales á velar mas bien por las necesidades de los pobres que por sus propias necesidades. El lunes 27 de setiembre de 1660, á las cuatro de la mañana, rindió su alma á Dios, ese virtuoso protector del sufrimiento; quedó inalterable su semblante, con la misma expresion de serenidad. El cadáver quedó expuesto el dia siguiente 28 de setiembre hasta medio dia, en la capilla

de S. Lázaro, sus funerales no fueron majestuosos sino por su sencillez: el príncipe de Conti, y el nuncio del papa confundiéronse entre la muchedumbre de los pobres que habia salvado de la miseria la piadosa solicitud de Vicente.

Es quizás ese Santo el tipo de todas las perfecciones; es una de aquellas virtudes que se dejan ver y tocar, y que no espantan la humana debilidad, es una de aquellas reputaciones casi contemporáneas que cuatro generaciones de ancianos pueden transmitirse de recuerdos en recuerdos, y que vive en los corazones todavía mas que en los monumentos. La vida de este siervo de Dios es una historia de la caridad, es un manual de beneficencia al alcance de todos, y que todos pueden imitar; pues las obras del amparo de todas las miserias viven aun, sus hospitales están en pie, y sus fundaciones están llamando á la humanidad doliente para socorrerla.

El 16 de junio de 1737 dió el papa Clemente XII la bula de su canonizacion.

VIAJES.

Viaje de un Misionero americano en Oriente.

ARTICULO III (*).

Al tercer dia juntóse con los viajeros un Kaimakan, ó teniente coronel turco, que con su reciente esposa y la madre de esta pasaba de Constantinopla á Erzerum. Sin embargo de estar en el mes de junio, hacia frio en las montañas, y eran frecuentes los



San Vicente de Paul.

temporales, en términos que por mas que el oficial turco se esmerara cuanto puede hacerlo un musulman ó un cristiano para hacer llevaderas las penalidades del camino á su esposa y su suegra, no le era dado conseguirlo.

«Las señoras llevaban la delantera, y como era la primera vez que viajaban, el mas leve tropiezo que hallaban, y Dios sabe lo que abundan en aquellas montañas, era para ellas un motivo de susto y exclamaciones; hasta que ya no pudo la jóven reprimir mas su cólera, y prorumpió en amargas quejas contra su esposo por haberla engañado haciéndole emprender un viaje tan largo y peligroso.

«¿Es esa tu tierra, le decia, de la que me habias contado tantas maravillas? yo no veo mas que marjales, rocas y montañas! Ay de mí! ¿Quién me hizo mover de Estambul? » Portábase el militar como marido atento, procurando aplacarla diciéndole que no era aquella su tierra, y que cuando llegasen á ella veria que no la habia engañado.»

Donde quiera que Mr. Southgate se detuvo observó escrupulosamente la fiesta del domingo; cuya fidelidad por su parte le sugirió naturalmente ocasion de hablar de la relajacion que notó en los musulmanes. Estaba tan decaida la observancia de las prácticas religiosas en el imperio, que el Sultan tuvo que dar una ley para obligar á todos los verdaderos musulmanes á cumplir exactamente los preceptos de devocion; y he aquí que medios tuvieron que emplearse en Constantinopla para dar vigor á dicha ley.

(*) Véase las páginas 333 y 338.

«Un dia á la hora del rezo vi que seguian los bazares unos *cavases* con un látigo en la mano, y sacudian á todos los turcos que encontraban, acosándolos al modo de un rebaño hácia las mezquitas. Cuando hube salido de la capital, procuré indagar si dicha ley se habia promulgado en lo demas del imperio, y en particular si se llevaba á ejecucion por el mismo estilo; y supe que efectivamente se habia publicado en todas partes, sin que fuese necesario en todas desplegar tan extraordinaria autoridad. En Baibut me informé con un viejo turco, quien me dió muy buena razon de la religiosidad de sus conciudadanos, diciendo: «Aquí era supérflua dicha ley, pues todos vamos á la mezquita cinco veces al dia.» Dióme ganas semejante jactancia de asegurarme si era cierto lo que me decía mi interlocutor, siquiera por lo que á él mismo atañia, y sé decir que en todo el dia que pasé con él en aquella ciudad, ni una sola vez le vi rezar. ¿Su aserto era ó no mas verídico para con los demas? Solo puedo contestar á semejante pregunta que en todo el dia no vi persona alguna que hiciese oracion.

«En dicha ciudad se reciben varios ejemplares del *Monitor otomano*, y nada estraño fuera que este periódico haya conseguido por fin sugerir á los turcos alguna curiosidad acerca lo que pasa en la capital de su imperio. Hiciéronme muchas preguntas relativamente al ejército del Sultan, á su marina, á sus barcos de fuego, que así llamaban á los de vapor, al nuevo puente de barcas, etc.; y prestaban suma atencion á lo que les relataba mi guia Juan, exclamando al concluir: ¡Qué príncipe tan grande es el sultan Mahmud! Complacíame en ver que tales conversaciones causaban el efecto de darles una alta idea de la grandeza de su soberano, en vez de suscitarles ideas supersticiosas, y veíalo con mas placer porque todos eran turcos rancios que aun no tenian conocimiento alguno de la reforma.

«Notando mi armenio Juan la gran popularidad de que gozaba el Sultan en Baibut, y calculando que si me hacia pasar por un personaje de distincion, habia de refluir sobre él una parte de la consideracion con que á mí se me tuviere, dióle la gana mientras yo estaba durmiendo de contar á unos turcos que yo era el *hakim-bachi*, ó primer médico de su Majestad. Esta novedad importante circuló rápidamente, y al despertar me encontré rodeado de musulmanes que esperaban en respetuoso silencio que yo despertara. Estaba en aquel grupo un viejo que daba la mano á un niño, y enseñándomele, empezó á explicarme la dolencia que tenia, y pidióme consejo, llamándome con mi nuevo título. Viendo Juan la admiracion que aquello me causaba, confesóme su embuste, y yo al instante procuré estorbar los honores que trataban de hacerme, y manifesté á los asistentes que yo no era mas que un viajero; pero ya Juan se habia anticipado dándoles por cierto que con el fin de evitar que me molestaran con consultas, me habia propuesto viajar de incógnito. Así, fué preciso someterse, sin que sirvieran de nada mis protestas, y me avine á salir del paso del mejor modo posible, principiando por preguntar lo que se habia practicado para curar al niño enfermo. El viejo me relató la curacion que habia seguido un médico franco que últimamente habia pasado por allí, y que sin duda era alguno de esos aventureros europeos que suele haber en las ciudades de Turquía, donde sin tener la mas leve nocion de medicina, ejercen descaradamente el arte de Esculapio, ganan á veces mucho dinero, llegan á ser médicos de los bajáes, y son tenidos en veneracion en todo el país circunvecino.»

Llega por fin á Erzerum nuestro viajero. Esta ciudad es el gran depósito de comercio entre el Asia y el mar Negro, y por tierra entre la Persia y la Turquía: su poblacion asciende á unas treinta y cinco mil almas, contándose en ella hasta treinta y seis caravanserrallos ó paradores públicos; en sus calles, sucias y mal empedradas, nótase gran movimiento y circulacion de gentes, viéndose persas, curdos, georgianos, armenios y turcos. Esta ciudad perdió mucho en la invasion rusa de 1829.

En Erzerum obtuvo Mr. Southgate por mediacion de Mr. Brant, cónsul inglés, un firman del bajá y una carta de recomendacion para el bajá de Van, á quien encargaba su colega hiciese de modo que el extranjero llegase sano y salvo al territorio persa.

El dia en que salió Mr. Southgate de dicha ciudad se detuvo para pernoctar en Denizlé, lugar curdo arruinado, donde no quedaba mas que una casa habitada. «Salió de ella un viejo curdo, que, saludándonos con el *salam-aleikum* de los musulmanes, nos ofreció hospitalidad. Cansados de una larga marcha á través de las montañas mas escabrosas que jamás haya visto, pedímosle un poco de leche, y nos contestó que todavía el ganado estaba en el pasto, pero que iba á mandar alguien en busca de lo que deseábamos; dió una voz, y presentóse una jóven curda, que volvió á desaparecer como una fantasma. Llamó mi curiosidad por ser la primera mujer que veia de esta nacion: tenia los pies desnudos, y los cabellos caidos formando largas trenzas sobre las espaldas; era de cuerpo ágil y bien formado, y tenia un aire no menos ligero que agraciado. Acompañónos nuestro huésped al aposento que nos destinaba, y tuvimos que pasar primero por los de la familia, luego por una gran cuadra, y finalmente por debajo de una dilatada bóveda que nos llevó á un cuarto negro separado cien pies cuando menos de la puerta exterior; todo este edificio estaba construido debajo de tierra. Encendimos lumbre entretanto que el huésped nos traia pan, huevos y leche cuajada que allí se llama *ioghurt*, y en seguida sentóse él con nosotros para participar del café y tabaco que traíamos.

Al dia siguiente los viajeros continuaron su camino por entre las montañas donde tiene sus fuentes el Araxe; y creyendo que estaban en país desierto, descubrieron á deshora de lo alto de una eminencia un campamento de curdos en el fondo de un valle, cuyas tiendas vistas á lo lejos parecian manchas negras sobre la yerba de las praderas.

«Por vez primera contemplaba yo una escena verdadera de la vida curda. Bajamos hácia ellos en derechura, y nos apeamos en cuanto estuvimos delante de la primera tienda. Salieron á recibirnos algunos viejos curdos, y nos ofrecieron la entrada. A mí se me destinó un asiento de preferencia, y cuando todos estuvieron sentados, renováronse los saludos. Como unas veinte tiendas, todas de igual forma y capacidad, estaban allí plantadas formando una li-

nea recta: la tela era de fieltro de buena lana negra, é impermeable, y la armazon de cada tienda consistia en unas estacas de cuatro ó cinco pies de alto, á mas de la del centro que vendria á tener doble elevacion; el intérvalo que mediaba de tierra á la orilla del fieltro estaba cubierto en los tres lados por un tejido de cañitas pintadas de varios colores, quedando abierto el otro lado; en un rincon estaban colgadas las armas del que habitaba en la tienda, que consistian en un sable corvo, una lanza y una adarga redonda.

«Pronto se difundió en el campamento la noticia de nuestra llegada, y nos trajo numerosa compañía. Los hombres se sentaron al rededor de nosotros, y los niños se estaban trás ellos mirándonos por encima de sus hombros; las mujeres no llevaban velo, y nos examinaban por entre el encañado que forma la parte inferior de la tienda. Cada persona que iba entrando nos hacia sus cortesías é iba á sentarse. Noté que todas las fórmulas de sus cumplimientos, son análogas á las turcas, y que las usan con excesiva prodigalidad. No me sorprendió menos el ver con que puntualidad observaban entre sí una rígida etiqueta, permaneciendo juntos los mas principales en un puesto preferente, manifestándoles los demas toda clase de respetos, guardando silencio cuando ellos hablaban, levantándose todos cuando llegaba un personaje y permaneciendo en pie hasta que él se hubiese sentado; igual veneracion mostraban á los viejos; en suma, todos manifestaban muy buenos modales, eran poco bulliciosos, y si bien su curiosidad estaba vivamente aguijoneada, no obstante sabian contenerla en los límites de la prudencia.

«Como nos viesen dispuestos á marcharnos, advirtiéronnos que nos estaban preparando la comida de la hospitalidad, é insistieron para que aceptáramos el convite; yo accedia gustoso, como es de suponer, á recibir aquella prueba de amistad y benevolencia. Sacaron dos *sofras*, ó grandes platos redondos de madera, y yo me senté junto al uno con las personas mas distinguidas de la reunion. Sirviéronnos cinco ó seis manjares diferentes, algunos de los cuales me eran absolutamente desconocidos, y debo decir en obsequio á la cocina curda que estaban muy bien guisados y fueron servidos con mucho aseo; uno de dichos platos estaba compuesto de moras secas almibaradas. En todo el campamento, así como en las personas, se notaba un aire de comodidad y limpieza que raras veces he visto en las poblaciones de Oriente. Sus numerosos rebaños pacian en las colinas y los caballos en el valle. Los hombres eran altos y robustos, y sus rostros respiraban franqueza y afabilidad; los niños eran hermosos por la mayor parte, y entre ellos los habia lindísimos.»

Algunos dias despues, explica Mr. Southgate que pasó el santo dia del domingo del siguiente modo:

«Fuí á pasar el dia á la sombra del primer árbol que hasta allí hubiese encontrado desde mi salida de Erzerum. Los hombres de Avus llevaban gorro blanco de figura cónica lo mismo que los Curdos, y hablaban la misma lengua; mas en sus facciones y modales se echaba de ver que eran de otra raza, y efectivamente eran Armenios. Me detuve con preferencia en dicho lugar, porque son cristianos y contaba pasar mejor el domingo. No tenian iglesia; pero vivia con ellos un sacerdote á quien consideraban como un santo y docto personaje, y mandéle recado el domingo por la mañana convidándole para que viniese á tomar café conmigo. En cuanto llegó, nos estuvo mirando con recelo y desconfianza, como si sospechase que le armábamos alguna celada. Solo se distinguia de los demas lugareños por el turbante negro y el *abba* ó capa del mismo color, que llevaba, pues sus ademanes eran iguales á los de aquellos, esto es bajos y aun abyectos. Sentóse, tomó el café que le presentaron, contestó á todas las preguntas que yo le hice con murmullos ininteligibles, y retiróse sin haber dicho en realidad palabra alguna. Tal es el carácter que suelen representar los curas en los lugares armenios: son tan ignorantes como sus feligreses, pobres y asquerosos en sus personas y de una presencia que da hastío. Redúcese su ministerio al servicio cotidiano de la iglesia, los bautismos, matrimonios y entierros, cuyas mal pagadas ceremonias así como las contribuciones aun peor satisfechas de los feligreses, les procuran una miserable y ruin subsistencia.»

CANTON DE UNDERWALD.

El monte Pilatos, así llamado por estar su cumbre ordinariamente cubierta de nubes, forma una mesa aislada entre el Entlibuch al nordeste y el Underwald al sudeste. Es mucho mas elevado que el Righi y goza de mayor nombradía por sus ricos pastos. Al nordeste hállase el desfiladero de Reuss que conduce á Underwald. Al costado meridional de la montaña, vense los restos de la obra mas extraordinaria en su género que jamás se haya construido: «el colador de Alpnach,» debido al ingeniero Ruepp, á fin de procurarse á poca costa la madera de construccion que crece en el Pilatos. Su longitud es de cuarenta mil pies unas dos leguas y media, y desemboca en el lago, atravesando rocas, precipicios y collados. Recorre toda su extension en dos minutos y medio un árbol de noventa pies de largo sobre dos de diámetro. La rapidez de la pendiente es tal, que apenas se columbra á lo lejos el árbol cuando ha pasado ya y tan aprisa que parece que tiene solo tres pies de largo. A lo largo del colador hay colocados trabajadores, para transmitir, ordenar y dar aviso de los accidentes ó interrupciones que puedan ocurrir.

Para asistir á la bajada de los árboles, dice el difunto profesor Playfais, nos habíamos colocado junto al colador únicamente con el intento de observar la impresion que la caida, vista de cerca, producia sobre los expectadores. El estruendo causado por la rapidez del movimiento y la magnitud del cuerpo que hacian bajar, y el sacudimiento que imprimia á la máquina al punto de su tránsito, tenian algo de espantoso, y daban la idea de un peligro mas inminente de lo que era en realidad. No quiso nuestro guia asistir á ese espectáculo, y colocóse detrás de un árbol á alguna distancia, aunque M. Ruepp le aseguró que no por eso quedaban menos expuestos que nosotros, caso que se escapase del colador algun árbol, puesto que haria pedazos todos los de los alrededores. Durante todo el tiempo que ha existido el colador, no han sucedido mas que tres ó cuatro accidentes desagradables, y aun estos fueron resultado de un excesivo arrojo.»

En 1819 destruyóse en parte esa obra sin que jamás haya sido reparada, pues las demandas de pinos del monte Pilatos han disminuido mucho con el nuevo órden de cosas. Napoleon hacia comprar toda aquella madera, y la hacia dirigir hácia la Holanda; bastando un mes para aquel transporte en una distancia de mas de trescientas leguas.

Cuéntase de aquella montaña una tradicion supersticiosa que vamos á referir. Dicen los habitantes que Poncio Pilatos, devorado de remordimientos, precipitóse en el pequeño lago que hay en la cumbre, y que de ahí dimanan las tempestades que devastan ordinariamente el triple piso de Pilatos, y las desgracias que experimentan los pastores que apacientan sus rebaños en aquel lugar maldito. Así en la fábula, atribuíase á los esfuerzos de Tyfeo, encerrado en una profunda caverna, las erupciones volcánicas que sembraban la consternacion en la hermosa Campania. Por largo tiempo fuera prohibido el turbar la calma de las aguas del lago, arrojando en él piedras; pues, decian: Pilatos excitaria tempestades para vengarse de que hubiesen turbado su reposo. Solo á fines del siglo XVI cesó de existir esa supersticion, en consecuencia del partido que de exorcisar al espíritu del lago tomaron muchas personas. Efectivamente, fueron allí juntas, hicieron algunas ceremonias expiatorias á lo largo de las orillas, y bien armados contra toda especie de encantos, tuvieron la osadía bastante para arrojar en el lago gran cantidad de piedras, y llevaron su valor hasta el punto de atravesarlo, profiriendo imprecaciones contra el espíritu de Poncio Pilatos. Desde aquella época no se han atribuido sino á causas naturales las tempestades que se han agitado sobre la montaña.

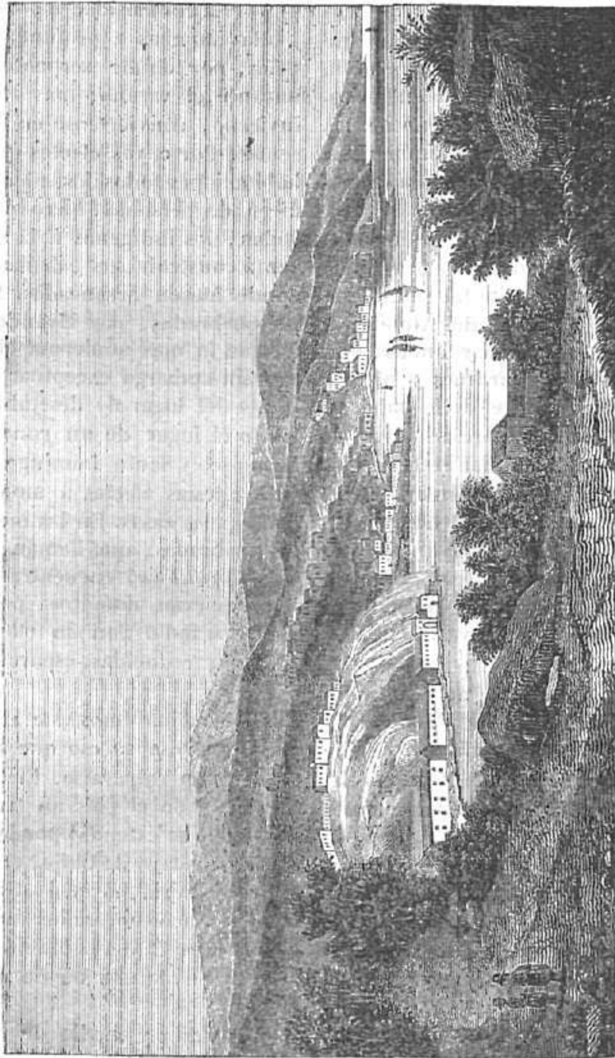
A mas de un eco muy extraordinario asaz conocido de los pastores, contienen aquellas rocas dos cavernas sumamente notables. La primera el *Mondmilchloch*, gruta de la luna: es de fácil acceso y divídese al entrar en dos brazos, sale de ella un arroyuelo que hace un ruido semejante al del agua arrojada con fuerza en un cañon de metal. Esta contiene mucho agarico mineral ó marga, y se le da en el país el nombre de *Mondmilch*, ó leche de la luna, derivándose de ahí el nombre de la gruta. La otra caverna, conocida desde largo tiempo bajo el nombre de gruta de Santo Domingo, está situada hácia lo alto de una roca perpendicular de mil doscientos pies de altura. El único medio de bajar es el de deslizarse por una cuerda atada en la cumbre hasta unos trescientos pies; medio tan peligroso que por largo tiempo no osaron probarlo los mas atrevidos cazadores. Al entrar en aquella mansion aérea, vese una especie de estatua sentada á la mesa, que suponian los antiguos sabios obra de los romanos ó parto del cincel de algun mágico. Mas un nuevo hecho ha disipado al punto esa poética ilusion, así como la leyenda de que acabamos de hablar.

Bajó á la cueva Ignacio Matt, cazador de gamuzas, y halló que la gruta tiene la longitud de ciento veinte pies, sobre noventa y ocho de alto y veinte y ocho de ancho. Está abierta en la piedra caliza, carece de estaláctitas y gotea de ella incesante una agua extremadamente limpia, el suelo está cubierto de guijas y de arena. Hállanse efectivamente al entrar dos desgajados pedruscos, de los cuales contará el primero como unos ocho pies de alto, y tiene alguna semejanza con una estatua, cuyos codos estuviesen apoyados en el segundo, que tiene el aire de una mesa. De ahí tomó el nombre de cueva de Santo Domingo.



Mujer del canton de Underwald. (Suiza.)

CHILE. — AMÉRICA.



Vista de Valparaiso.

VALPARAISO, EN CHILE.

Despues de Santiago, la mas importante ciudad de Chile es Valparaíso que viene á ser el puerto de la capital. Al entrar en ella sorprende desde luego el que no justifique la ciudad por ningun estilo el nombre de Valle del Paraíso que se la dió. Son casi estériles las altas montañas que la rodean por mediodía y por el este y no parecen susceptibles de cultivo. Cúbrelas escasamente una flaca vegetacion que deja percibir una tierra de color rojo. Algunos arbustos, algunos áloes crecen en las *quebradas*, en las hondonadas profundas y llenas de roca que han abierto los torrentes en las montañas. Elévanse tan bruscamente las colinas al pie mismo del mar que solo queda espacio para una calle que conduce de la *Recova* ó mercado, á un sitio descubierto en la arena llamado la *Vancia*, nombre que le vino de los cordeleros establecidos en el lugar. Hay tambien un mercado consagrado principalmente á la venta de frutas y legumbres.

A poca distancia del mercado hay el bosque de los almendros, ó *Almendral*, lo mejor de las cercanías de Valparaíso. La ciudad propiamente tal se designa bajo el nombre de *Puerto*. El arrabal del Almendral consiste en una sola calle muy larga y ancha, con muchas casas de campo, bonitos jardines y plantaciones de albérchigos; en esta parte de la bahía, á orillas del mar construyen los pescadores sus cabañas y amarran sus canoas. En ella tambien se hacen las matazones ó *Matanzas*, como allí las llaman. Raras veces discurre un año sin que haya un terrible incendio en esta reunion de cabañas, cuyo techo lo forman aun hojas de palma y estan tapizadas por lo comun de pieles grasientas. Y cuando el incendio lo excitan muchos vientos coaligados, hay dificultades para salvar siquiera los rebaños.

La principal calle del Puerto, que no es otra cosa que la parte que se extiende desde el *Resguardo* ó aduana hasta el arsenal, se llama *Planchada*, y sigue la costa del mar. Antes del terremoto de 1822, no habia mas que una casa de alguna importancia en esta parte del puerto, mas ahora hay ya una hermosa línea de edificios con sus balcones y con tiendas en los bajos.

Valparaíso es una de las plazas de comercio mas importantes de la América del Sud. En 1821 subieron los ingresos de aduana á 460.000 dollars siendo así que en la época de la dominacion española no daba anualmente por término medio sino 26.000. Hay cuatro fuertes para contener á los enemigos por dentro y fuera. Son sus principales edificios: el hospital de S. Juan de Dios, la catedral y los conventos de S. Francisco, S. Agustin, la Merced y Santo Domingo. La poblacion no excedia de ocho á diez mil almas antes de 1826, y ya en el dia es de diez y seis á diez y ocho mil. La distancia que separa á Valparaíso de Santiago es de cerca 30 leguas, las cuales pueden hacerse en coche; pero el transporte de bagaje y mercancías se hace con mulos ó con carros tirados de bueyes. Hay que atravesar muchas cimas que comunican entre sí por cuestas muy escarpadas, y de este modo se llega hasta la cumbre de la *cuesta de Prado*, y de ella se baja al llano de Santiago

Valparaíso ofrece seguro puerto el mas tiempo del año; esto es, desde setiembre hasta abril inclusive, en el cual se encuentran muchas provisiones á bajo precio. El agua es la que no es buena, y aun es difícil haberla comprándose como se compra á los aguadores toda la que se consume en el puerto, quienes la traen del interior en toneles que llevan á cuestas.

El monte Alegre que domina la costa de Valparaíso, está coronado de quintas ó casas de campo, de las cuales se descubre la mas magnífica vista, pues por una parte pueden espaciarse los ojos por valles sombríos y fértiles, por otra fijarse sobre las salvajes cimas de las altas montañas, ó bien dilatarse por la inmensidad del Océano pacífico.

Hay muchas y profundas *quebradas* en las montañas, por donde serpentean sin fuerza riachuelos durante el verano; mas rápidamente hinchados en invierno, conviértense en anchos é impetuosos torrentes. Por cuyos efectos quedan destruidas muchas habitaciones todos los años, y perecen un gran número de personas, pero por mas reflexiones que se hagan, los indígenas á la siguiente primavera vuelven á construir sus cabañas en el mismo lugar de donde fueron arrancadas. Son muy pobladas todas las quebradas, por lavanderas particularmente que forman la mas numerosa clase de Valparaíso. Debemos sin embargo exceptuar á S. Agustin, situado en frente del lugar de desembarco, en donde ocupa el teatro el lugar de un convento abandonado, y á S. Francisco y Santo Domingo, en los cuales se encuentran iglesias afectas á monasterios y varias de las principales casas. En las montañas situadas entre estas quebradas, que llaman los indígenas *el Arayan* y la *Cordillera*, encuéntranse tambien vastos barrios que encieran numerosa poblacion de la clase inferior casi toda. Son sin cuento los *Ranchos* ó cabañas muy reducidas, esparcidas por las cimas de las colinas.

No terminarémos este artículo sin hacer mencion del desastroso suceso que hace pocos años pudiera acabar con Valparaíso. El 19 de noviembre de 1822, sacudió todo el país un temblor de tierra ó terremoto que se extendió por la parte de mediodía hasta el Archipiélago de Chile, el mas violento de que hubiese memoria, el cual atemorizó á los mismos extranjeros acostumbrados á semejantes fenómenos en otros países. El dia habia sido calmado y ardiente para la estacion, la mar oleosa sin apariencia ninguna de viento.

A las diez y media de la noche hízose sentir el primer choque, que felizmente no fué muy violento y permitió á los habitantes salir de sus casas. Pasado un intervalo, hubo otro sacudimiento tan recio que al cabo de pocos segundos todas las iglesias de Valparaíso no presentaban ya sino un monton de ruinas. El palacio del gobernador, casi todas las casas particulares y la mayor parte de los mismos Ranchos se destruyeron ó quedaron inservibles. Las casas del Almendral en particular, como edificadas en suelo arenoso, cayeron tan bruscamente que gran número de sus habitantes murieron en las ruinas. En el mismo lugar, la iglesia de la Merced sufrió mas que todas las otras, no obstante de ser tan sólida su construccion que permaneció entero al caer el cam-

panario. Muchos vecinos murieron de repente en sus camas, á otros que salieron de sus casas precipitadamente les aplastaron las tejas ó los paredones que caian de las calles estrechas por donde se escapaban. Horrible fué la confusion, todas las calles y plazas públicas hallábanse atestadas de los que huian atónitos de temor, medio desnudos la mayor parte, porque los mas de ellos se arrojaron de la cama á la primera alarma, sin tener tiempo para vestirse. Al mismo tiempo veíanse bandas de ladrones que corrian por las calles desiertas y se aprovechaban de tan horrible coyuntura para sus pillajes. Finalmente, en varios puntos del puerto y del Almendral declaráronse incendios á causa de que el rastrojo de los Ranchos cayó en el suelo de la chimenea que está en medio de las cabañas.

Tal terremoto no maltrató únicamente á Valparaíso, sino que extendió sus estragos por todas las ciudades y pueblos de la comarca.

Desgracias de tal naturaleza quedan pronto olvidadas en los países en que suceden con frecuencia. Así es que pasadas algunas semanas volvieron los habitantes á levantar sus viviendas en los mismos sitios que ocupaban. Por lo demás, en Chile se edifica con prontitud, pues las casas se fabrican con *adobes* ó ladrillos cocidos al sol y en las ruinas de las unas se hallan sin dificultad materiales para las otras.

VIAJES.

Viaje de un Misionero americano en Oriente.

ARTICULO IV (*).

Algo mas venturoso anduvo el lúnes nuestro viajero.

«A distancia de dos horas y media de camino del referido lugar, despues de haber pasado el Kizzil Tchai, ó rio Colorado, cuya escasa corriente desagua en el Eufrates, acabábamos de pararnos junto á una fuente para almorzar, cuando vimos llegarse á nosotros un jóven curdo en traje de su nacion, acompañado de un criado. Llevaba un vestido encarnado puesto encima del chaleco, *shalvars* ó pantalon blanco, gorro cónico ceñido de un turbante de brillantes colores; en que tenia entrelazadas las largas trenzas de su pelo castaño, pistolas y un puñal en la cintura, y una baqueta, una cartuchera y demas útiles que pueden servir para limpiar y cuidar las armas, colgadas á la espalda. Tenia en la mano derecha una lanza cuya asta era larga á lo menos de diez pies, y remataba en un cabo con una hoja de hierro para clavarla en tierra, y en el otro estaba coronada de hermosísimas plumas negras, de cuyo centro salia la punta del arma, que tendria unas cinco pulgadas de largo y era de forma triangular. Llevaba además á la espalda un pequeño escudo redondo que usan aquellas gentes para pelear con espada, el cual estaba cubierto de moneditas y adornado en la circunferencia con franjas de seda de varios colores y en el centro con una borla de la misma materia. Clavó vigorosamente la lanza en el suelo, echó pie á tierra, vino á sentarse junto á nosotros sin ceremonias, y sacando pan y queso de su talego de viaje, nos convidó á desayunarnos con él; aceptamos el convite, y pronto nos hicimos amigos. Hízonos saber que aunque sin pelo de barba ya era bey de un lugar donde habíamos de pasar, en la llanura de Mush.»

Esta poblacion, donde se detuvo el viajero, está colgada como un nido de buitre á la cumbre de una eminencia y contiene unos 5.000 habitantes de diferentes castas, pero generalmente miserables.

«Extraordinario es el número de indigentes, locos y enfermos que allí se encuentra. Los jóvenes de ambos sexos corren por las calles sin mas vestido que un pedazo de tela, y algunos enteramente desnudos. Los cristianos son al parecer los mas míseros, aunque todos se quejaban de excesiva pobreza.

«Nuestra llegada excitó mucha curiosidad en el pueblo. Como vestíamos el traje uniforme impuesto por el Sultan Mahmud, todos conocieron que veníamos de la capital. A nuestro tránsito por las calles se agolpaba la gente, y no cesaba de tener los ojos clavados sobre nosotros hasta que nos perdia de vista, sabe Dios los dichos que se propalaron sobre el motivo de nuestra visita.»

Desde Mush hasta Bitlis pasó Mr. Southgate por muchos lugares curdos y armenios, cuyos habitantes aun viven absolutamente del mismo modo que en tiempo de Xenofonte, ó sea 2200 años atrás. Las casas se componen por lo comun de excavaciones hechas en tierra y ladeadas de pared seca para evitar que aquella se desmorone. En la boca se atraviesan unos troncos de árbol que sirven para sostener la techumbre, compuesta de ramas y tierra amontonada hasta que el todo forme una masa semi-esférica. Hay algunas casas construidas en la superficie de la tierra, pero todas conservan la forma de una media esfera. A la aproximacion de dichos lugares solo nota el viajero en un principio que la tierra está muy removida, hasta que por fin descubre las toscas cúpulas de aquellas casas. En verano las cubren de bollos de estiércol que ponen á secar para tener provisto el hogar durante la estacion de invierno; y entonces todo el lugar se parece á un vasto monton de estiércol.

«Por lo comun las casas tienen dos aposentos, uno para la familia, y otro mas bajo para el ganado. No se ve mueble alguno en dichas habitaciones, y son sumamente asquerosas; en medio de la estancia hay un hoyo que sirve de chimenea, y como reparan muy poco en el humo, este no tiene mas salida que por un agujero que hay en el techo, que tambien sirve para dar entrada en la cueva á algunos rayos de luz. No es raro ver en la llanura de Mush unas alcándaras clavadas en el copete de las cúpulas, y en su remate un nido de cigüeñas.

«Casi todos los habitantes son pastores, y crian búfalos, bueyes, caballos, asnos y cabras. La riqueza de un hombre se mide segun la importancia de su rebaño, pero son pocos los que gozan de alguna comodidad, antes el aspecto de toda aquella gente es mísero, trémulo, servil é ignorante, sin que nadie creyera que pertenecen á la misma familia de los Armenios de Constantinopla y ciudades del interior. En algunos lugares que sufren particularmente por

(*) Conclusion. Vease las páginas 333, 338 y 389.

la vecindad de los curdos, no se ve mas que profunda miseria, y causa admiracion el considerar que haya hombres que puedan soportar tal suma de embrutecimiento sin oponer siquiera la mas leve resistencia. Las mujeres en particular son sucias y asquerosas, y su condicion doméstica es lo mas cruel que pueda imaginarse, pues son tratadas como esclavas, degradadas, casi estúpidas y de temperamento enfermizo, como que no pueden dar un paso sin gemir; en muchos lugares, á mas de los quehaceres domésticos, tienen que cuidar de los rebaños. Tanto los hombres como las mujeres se niegan á cumplir con los viajeros los deberes de la hospitalidad, ó cuando menos los desempeñan de tan mala gana que os la dan de marcharos de sus míseros albergues. No deja de haber algunas excepciones á esta triste pintura, pero son por desgracia muy raras.»

Si los Armenios del campo son inhospitalarios, los de las ciudades tampoco se distinguen por su generosidad, como tuvo lugar de experimentarlo Mr. Southgate en Bitlis. Un rico armenio de esta ciudad se negó á recibir una carta de recomendacion que para él le habian dado en Erzerum, diciéndole que no conocia á su mal correspondido corresponsal; y viéndose expuesto á pasar la noche en la calle, fué Mr. Southgate á presentar sus firmanes al bey de la ciudad, quien le dirigió precisamente al mismo avariento sujeto que ya le habia cerrado la puerta.

«Volví á su casa, pesaroso además por tener que alojarme en ella contra la voluntad de un hombre que ya se habia negado á recibirme; pero como no tenia otro recurso, resignéme á ser el instrumento tal vez escogido por la divina Providencia para castigarle de sus pecados. Llegado á su casa, hízome acompañar á un balcon que daba á un jardin hermosísimo, y estaba á cubierto de los ardores del sol por magníficos árboles. Como ya no podia ignorar mi huésped lo que yo queria pedirle, hizo como si le viniese repentinamente á la memoria de instarme á que le entregase la carta que antes le habia presentado. Sin embargo de que estaba escrita en armenio, no se hallaba él en estado de leerla por sí, y fuéle menester valerse de su hijo para poder descifrar bien ó mal la misiva, la que le causó tal satisfaccion que despues la enseñaba á todos sus amigos.

«La ciudad de Bitlis no puede dejar á primera vista de excitar la curiosidad del viajero, pues tanto su situacion pintoresca en medio de las montañas, como el aspecto singular que le da la construccion original de sus casas, la particularizan entre todas las ciudades de Oriente. Las montañas forman en aquel sitio con los profundos valles una especie de encrucijada, en medio de la cual tiene asiento la ciudad, extendiendo sus brazos sobre las primeras. Tres riachuelos que serpentean en el fondo de los valles vienen á reunirse en la ciudad, de donde salen confundidos en un solo rio que va á perderse en el Tigris. Las calles se escalonan en forma de terrados en las cuestas escarpadas. La mayor parte de las casas estan ceñidas de jardines que vistos de ciertos puntos dan á la ciudad el aspecto de un paraíso colocado entre áridas y estériles montañas. Las mezquitas, casas y cercas de los jardines, están construidas de una piedra calcárea que abunda mucho en el país, de la que hacen unos pequeños cantos cúbicos que dan á la ciudad un semblante de regularidad y solidez digno de atencion.

«Esta ciudad hace bastante comercio con Erzerum, Diarbekir, Mosul, Bagdad y la Persia por Van. Bitlis dista de Mosul ochenta horas ó quince dias de marcha, pasando por un camino muy peligroso; de Djerich cuarenta y ocho horas, otro tanto de Diarbekir, doscientas y veinte de Bagdad, trescientas de Bassora. Adquirí estas noticias en el mismo país, por buen conducto, aunque no quisiera responder de su puntualidad.

«Los habitantes de Bitlis son al parecer de costumbres mas francas y alegres que en lo general de las ciudades turcas. Muchas veces escuchaba desde mi balcon los acentos de la música y de los cantos joviales que interrumpian el sosiego de la noche; aunque es preciso decir que semejante alegría no suele ir acompañada de modales harto delicados. No dejó de causarme estrañeza el ver, al dia despues de mi llegada cuando me desperté por la mañana, que estaba reunida en mi balcon toda la parte masculina de la casa para asistir á mi vestir; y lo que aun aumentó mi confusion, el notar que las hembras de la familia para gozar de la misma vista tambien estaban acechando por detrás del enrejado que separaba el balcon de los aposentos interiores. Al manifestar la estrañeza que esta novedad me causaba, lo mismo que otras muchas, me contextaron. «¡Qué quiere V.! ? No sabe V. que nos hallamos en el Curdistan?»

«Hice conocimiento en aquella ciudad con un Yezidi, ó adorador de Satanás, que estaba al servicio de mi huésped y me visitó algunas veces. Procuré hacerle hablar sobre su religion, y aunque oia mis preguntas al parecer sin ofenderse, nunca pude lograr que me diese explicacion alguna. Nada de particular noté en sus ademanes, si no es la afectacion con que tomaba el vaso con ambas manos, lo cual tomé al principio por hábito particular de aquel individuo, mas posteriormente observé en la Mesopotamia que era una costumbre general de los Yezidis. Sabido es que dicha gente tiene mucho respeto á todo lo que concierne al cristianismo, y pudiera tal vez explicarse aquella costumbre con el temor supersticioso de cometer la irreverencia de derramar el licor que sirve para el santo sacrificio de la misa.»

Partiendo de Bitlis con direccion á Van, situada á orillas del lago de este nombre, pasó Mr. Southgate por un país casi desierto, pues tan solo encontró algunos lugares turcos, armenios ó curdos, muy distantes unos de otros; y notó que las aldeas pobladas por curdos, especialmente por los que acaban de pasar de la vida nómada á los trabajos de la agricultura tenian un aspecto mucho mas aventajado que los demas.

«Esas gentes son industriosas, de buena índole, y mucho mas aseadas en general en sus habitaciones y personas, que los Armenios y aun los Turcos. Tienen el rostro franco, jovial é inteligente. Las mujeres no llevan velo, son modestas y las hay muy hermosas; y los niños son bien hechos, activos y avispados. En ningun lugar ví que tuviesen mezquita, pero se dicen buenos musulmanes, y tienen un iman, en cuya casa desempeñan los ejercicios religiosos. De todos modos, cumplen sus devociones mas exacta-

mente que los Turcos, aunque no me atreveré á asegurar que tengan una idea bien clara de la religion que profesan....

«En un valle que seguimos para llegar al lago de Van, tuve el gusto de ver trabajar unos agricultores curdos, que estaban segando heno con una *hoz*: en primer lugar, hasta entonces no habia visto, ni tampoco despues, segar la yerba en ningun punto del Levante, excepto en las provincias septentrionales de la Turquía europea, y por otra parte, jamás he visto el referido instrumento en todo lo que he viajado por aquellos países, sino en manos de dichos labradores. En Turquía alimentan el ganado con cebada y paja picada muy menuda, y así es que la cebada es el principal producto de la agricultura oriental. El trigo forma una cosecha secundaria. El que vimos á orillas del lago de Van estaba perfectamente sazonado, y tenia por lo menos seis pies de alto: mas allá estaba ya hecha la siega, y los labradores daban una mano á la tierra cantando muy joviales. Esta vez era la primera que oia cantar á los Orientales en el trabajo.

En uno de los lugares curdos (Vastan) gobernaba un bey, á quien Mr. Southgate pidió hospitalidad para una noche.

«Nos recibió en un pabellon muy cómodo contiguo á la casa, sin duda destinado para los forasteros, en medio del cual habia una especie de plataforma con una balaustrada en torno de ella, que servia para descansar de noche, sin peligro de que nos pisaran los caballos. Como todavía no estaba puesto el sol, preferimos sentarnos á la puerta, donde al efecto habian tendido unas alfombras. El bey tardó un rato en presentarse, y noté que nos estaba mirando por entre las celosías de una ventana. Mandónos un canasto de frutas y un ramillete de rosas, en calidad de bien venida, y luego vino él en persona, á cuya llegada se pusieron en pie sus hijos que con nosotros estaban sentados; era tan venerable su presencia que yo casi involuntariamente le hice el mismo honor. La edad le tenia ya algo encorvado, aunque todavía era de estatura elevada é imponente. Su respetuosa barba le bajaba hasta la cintura formando plateadas ondas: tenia grave el semblante, pero afable y cariñoso; todo él respiraba la sencillez patriarcal de los primitivos tiempos. Púsose la mano sobre el corazon, y nos dió la bien venida. A nuestra instancia tomó asiento en la alfombra, pero sus hijos permanecieron en pie delante de él; el mayor tendria unos cuarenta años, y el mas jóven estaba al salir de la adolescencia.

«Despues de puesto el sol, nos retiramos á nuestro aposento, donde el bey vino á cenar y pasar la velada con nosotros. Cuando estuvimos sentados imploró al cielo con solemnidad que bendijese nuestra cena, y tambien al concluir rezó una oracion en accion de gracias. Antes de despedirnos se arrodilló sobre la alfombra y dijo la oracion de la noche lleno de la mayor humildad. Yo sé decir que me sentí conmovido al ver aquella cabeza venerable humildemente inclinada hácia la tierra, rindiendo homenaje al soberano Señor.»

Finalmente, llegó á Van Mr. Southgate en compañía del armenio Juan y de un criado curdo que tomó en Bitlis. Lo mismo en Van que en todo aquel país, hizo mucho ruido su llegada, y por mas que estaba trastornado del viaje, mandóle llamar el bajá sin concederle un momento de descanso. Este personaje vistió para avistarse con nuestro viajero el nuevo traje inventado por el sultan, y dióle una silla venida de Constantinopla ó tal vez de Malta; lo que dió á conocer á Mr. Southgate que tenia que tratar con un partidario de las nuevas ideas.

«Hízome sin número de preguntas relativamente á América y al objeto de mi viaje, á todo lo que yo le contexté con mucha discrecion. Luego mandó llamar á Juan, que al entrar hizo grandes cortesías y fué á sentarse á los pies del bajá. Despues del interrogatorio del Armenio, principió el del criado curdo, quien todavía anduvo mas ceremonioso que Juan, pues despues de haber hecho un sin fin de reverencias, puso una rodilla en tierra, besó la franja de la alfombra sobre que estaba sentado el bajá, y luego se levantó y permaneció en pie en la actitud mas humilde. Pero todo eso no era mas que comedia, pues tuvo el descaro de contextar á las preguntas que le hizo, que el bey de Bitlis le enviaba para presentarme al bajá de Van; lo que creyó el bajá sin embargo de ser falso, y mandó á su tesorero que le pagase los cincuenta pesos de costumbre.»

Primero estuvo hospedado Mr. Southgate en el palacio del bajá, pero no hallándose allí con toda la libertad que hubiera deseado, pidió que se le alojase en la ciudad, y dirigiéronle á un rico Armenio muy diferente de su correligionario de Bitlis.

«Vino á recibirme hasta la puerta de la calle, asegurándome con ahinco que tenia sumo placer en hospedarme. Antes me habia mandado preparar en lo alto de su casa un aposento, desde el cual se gozaba de una vista deliciosísima sobre los jardines, la ciudad y la laguna. Los jardines anexos á la casa tenian ocupados treinta y seis dependientes. Aunque jóven, era hombre mi huésped que ya habia experimentado muchas vicisitudes: su padre habia sido banquero del bajá de Van, y fué asesinado por este tirano con el fin de apoderarse de sus riquezas; mas el hijo tuvo tiempo de huir á paraje seguro, donde aguardó que pasara el peligro. Esta catástrofe le habia disgustado de los empleos públicos, y por esto habia comprado una casa donde hacia una vida sosegada, sin mezclarse en los negocios.

«Junto á la casa habia un kiosco donde mi huésped solia recibir á los amigos, y convidóme una vez á una reunion de esta clase: el kiosco estaba enteramente cercado de árboles, excepto por un lado que daba á un estanque como los que suele haber en los patios de las casas persanas. El piso estaba cubierto de alfombras y almohadas, donde podian echarse y descansar cómodamente hasta doce personas. Mientras estuvimos comiendo, unos músicos tocaban al estilo del país á la orilla del pilon.

«Habíanse preparado para el banquete dos grandes sofáes, y cuando estuvimos sentados hicieron pasar sobre las rodillas un mantel muy angosto, pero bastante largo para que alcanzara á todos los convidados, los que tenian además una servilleta ricamente labrada asida á la espalda. Antes del servicio, los criados se presentaron á cada uno de los convidados con toallas al brazo y un jarro y una palangana de metal en las manos: dichos jarros son bastante pa-

recidos á nuestras garrofas modernas, y tienen particularmente el cuello muy angosto, sin dar mas que un chorrito de agua á los dedos de la persona, á quien ofrece de lavar el criado con una rodilla en tierra, echando el agua con una mano y recibiéndola con la otra en la palangana. Para evitar la vista poco agradable del agua que ya ha servido, tiene la palangana á una tercera parte de su profundidad una ligera plancha de metal agujereada por la cual desaparece el agua; en medio de esta plancha se coloca una cajita de forma cilíndrica donde se pone el jabon. Despues que cada uno se ha lavado, se enjuga las manos, y tiene cuidado de volver el paño á la espalda ó al brazo del criado, y este lo pasa á otra persona. Todo este servicio es sumamente elegante, y explica como puede uno ver sin repugnancia que los Orientales ponen las manos en los platos.

«Despues de la comida trajeron luces, sirvieron agua de rosa para lavarnos, y siguió la música tocando hasta el tiempo de marcharnos. Tuvo tantos atractivos para mí aquella tarde, que muchas veces volví solo al kiosco para descansar en las horas de la siesta, escuchar el canto de las aves y el grato murmullo del agua que de gota en gota caia en el estanque.»

Van es cabeza de un distrito que contiene setenta y cinco lugares, y residencia de un bajá. Los mas de sus habitantes son de la raza turca, aunque tambien abundan los Armenios. Hasta 1831 poseia hereditariamente este bajalato una familia cuyo gefe tuvo la desgracia de insurreccionarse contra el Sultan, y lo que aun es peor de ser vencido y muerto; y desde aquella época ha vuelto el pais á la inmediata autoridad del sultan.

De Van pasó Mr. Southgate por Salmas á Persia, donde nuestros lectores nos permitirán que le dejemos.

(*Tait's Edimburgh Magazine*)

ESPAÑA ARTISTICA Y MONUMENTAL.

INTRODUCCION (*).

CUANDO con el transcurso del tiempo la historia de nuestros dias pueda escribirse imparcialmente, sus futuros autores encontrarán, gracias á la invencion de la imprenta, documentos en que apoyar sus inducciones, datos para formar su juicio, pinturas mas ó menos exactas, pero al cabo contemporáneas, de nuestras costumbres; y hasta que punto sean para el historiador preciosos tan abundantes materiales, fácilmente lo comprenderán cuantos por aficion ó necesidad se han ocupado en la investigacion de sucesos remotos.

(1) Antes de extractar algunos artículos interesantes de esta célebre obra que en Paris se publica, nos ha parecido conveniente poner aquí su bella introduccion; por ella colegirá el lector el mérito de la obra, pero principalmente por los nombres de sus redactores, que son: *Redactor principal*, D. Patricio de la Escosura. *Colaboradores:* D. Tomás Ruiz de Agudo, D. N. Carbonero, D. Juan Nicasio Gallego, D. Juan de Grimaldi, D. Paulino Herreros, D. Nicolás Magan, D. Francisco Martinez de la Rosa, D. Ramon Mesonero Romanos, D. Eugenio de Ochoa, D. Joaquin Francisco Pacheco, D. Sixto Parro, D. Fermin de la Puente Apecechea, D. N. Ribes, etc.

Nada dirémos de la oscuridad de la historia de los pueblos primitivos, sus fabulosas tradiciones han llegado tales á nosotros, que solo á la poesía pueden ser útiles: pero aun acercándonos mas á la sociedad actual, preciso será confesar que son harto inciertas las escasas luces que de sus primeros pasos tenemos, y que casi siempre nos es necesario juzgar por inducciones. De estas las menos aventuradas nos parecen las que se apoyan en la marcha de la arquitectura, arte cuyos productos son los mas duraderos de cuantos se deben á la mano del hombre, y en los cuales la civilizacion, el poder, la riqueza, la estabilidad y hasta las creencias de los pueblos se reflejan irremediablemente.

Así pues, la obra que damos al público no es solo un homenaje que rendimos á las glorias del arte en España; sino además un servicio que hacemos á la historia del pais, facilitando á naturales y extranjeros seguros medios para apreciar debidamente la antigua civilizacion española. Tal es por lo menos nuestra íntima conviccion, sin la cual con dificultad nos hubiéramos decidido á emprender una tarea, cuya fatiga y riesgos son harto superiores aun á las esperanzas de buen éxito que el deseo acierta á fingirnos.

Todo lo que de España se sabe hasta que en sus riberas colonizaron los Fenicios, es tan poco como incierto, ni de aquellos nos quedan mas que incompletos y escasos monumentos. Sin embargo, es constante, ó por tal pasa, que los Iberos fueron los primeros pobladores de nuestro suelo y que con ellos se enlazaron los Celtas venidos de allende el Pirineo. ¿Trajeron estos últimos consigo las superticiones druídicas? Probable parece, mas no hay dato que lo afirme, y apenas nos atrevemos á presumir que algunos grupos compuestos cada uno de tres enormes piedras dispuestas á manera de mesa, que hemos visto en Galicia, sean en efecto los *menhirs* ó altares de los Druidas, con los cuales tienen completa semejanza.

Los Fenicios, á los cuales es comun opinion que se debe el arte náutica, arribaron sin duda casualmente á las costas meridionales de España; pero la belleza del sitio y la blanda acogida que allí encontraron hubieron de decidirles á establecer algunas factorías en aquellos parajes. Así lo hicieron en efecto, y prosperando su comercio con rapidez suma, las factorías de la costa se convirtieron en ciudades, y los mercaderes en señores de una grande extension de terreno en aquel litoral. Por eso, y sin que sea razon para inferir que los Fenicios fueran nunca señores de España, se encuentran en su suelo algunos restos de edificios por aquellos construidos, pero no pasan de ruinas, en las cuales solo se ven la solidez y simplicidad de un pueblo mas comerciante que artista (1).

(1) Existen en Tarragona algunos trozos de muralla con la singularidad de verse en ellos una muestra de la manera de construir de los Celtas ó de los Fenicios, de los Cartagineses y de los Romanos, y en fin hasta de los Arabes. En efecto, los cimientos y parte inferior se componen de enormes piedras artísticamente colocadas unas sobre otras, pero sin liga de argamasa ni otra mezcla, carácter propio de las construcciones primitivas; siendo de notar que los espacios ó huecos de los ángulos están rellenos con piedras mas pequeñas, lo cual supone ciertos conocimientos en mecánica. Sobre los restos de esas primeras murallas, alzaron las suyas los Cartagineses, que á su vez cedieron el puesto á los Romanos. Ambos pueblos han dejado en los muros de que hablamos marcado su tránsito; no así los Godos en esos trozos; pero sí los Arabes: por manera que son las tales construcciones una especie de histórico museo de fortificacion.

Vinieron despues los Cartagineses, y en su seguimiento Roma y las armas de uno y otro pueblo á convertir la Península en teatro de la encarnizada lucha en que la ciudad de Dido sucumbió mas tarde. Unida desde entonces nuestra historia á la del pueblo rey, ya se comienza á ver mas claro en ella.

Muchas son las naciones que rompiendo la valla de sus naturales límites han llevado á lejanas tierras su pujanza y tiranía; muchos por desgracia de la humanidad los conquistadores célebres; pero ninguno entre todas y entre todos ha rivalizado con los Romanos, ni siquiera seguido su camino. Estos cargaban de cadenas á los pueblos, pero las doraban civilizándolos; arrancaban en un dia centenares de familias á sus hogares, para darles nueva patria y acaso mas fértil suelo; talaban montes y mieses, y en cambio abrian caminos y enseñaban las artes; con el ariete derribaban hoy los muros de una ciudad grosera, mas en compensacion edificaban mañana otra infinitamente superior, enriqueciéndola con magníficos templos, anchurosos circos, voluptuosas termas y majestuosos pretorios.

Por donde quiera que volaron las águilas romanas dejaron luminoso rastro; y el mundo les debe, por cada gota de sangre con que regaron la tierra, largos años de una civilizacion que en lo material nos deja muy atrás á los presentes. Cierto es que en España cubrieron de luto las legiones del Capitolio á mas de una provincia; mas tambien que concluida la guerra y como para ocultar á los ojos del mundo las humeantes ruinas de Numancia, se alzaron muros, se poblaron ciudades, se abrieron caminos, se construyeron puentes, se edificaron acueductos, se difundieron las luces, se asentaron, en fin, los cimientos de lo que mas tarde habia de ser una gran nacion, grande sí, aunque hoy doliente y mal segura. Mas el poder, las riquezas, y la inmensa extension de sus dominios, debilitaron al coloso, enervando sus robustos brazos la molicie y los vicios que ella engendra. Imperaban en Roma tiranos imbéciles ó monstruos; en las provincias cada gobernador era un verdugo; en las legiones cada tribuno un faccioso. Larga, dolorosa, terrible fué la agonía del imperio, como á la enormidad de sus proporciones y de sus excesos correspondia: pero al cabo luchó inútilmente con la muerte que recibió de manos de los bárbaros.

Cuando al través del prisma de los siglos, se considera á Roma, á la gran Roma, doblando miserable la cerviz y sufriendo el yugo de las hordas semi-salvajes del Norte; cuando en un punto vemos arruinarse el colosal edificio que teniendo por asiento la haz entera de la tierra entonces conocida, se alzaba orgulloso hasta el cielo; cuando, en fin, desaparecen en un solo dia poder, riqueza, ciencias, artes, ciudades y aldeas, pueblos y señores, es preciso ó ser insensible ó confesar con religioso temor que sin el auxilio del que todo lo hizo de la nada, vanos son los mas preciados dones de la fortuna.

Del Norte al Occidente se extendió,

. . . . como la fiera
Corriente del gran Bétis cuando airado
Traslada hasta á los montes su ribera (1).

el feroz enjambre de los bárbaros habitantes del Norte, sirviendo de luz á sus pasos el incendio de las ciudades, de blanco á su furor cuanto osaba respirar ó levantarse sobre la tierra; y marcando sus huellas la sangre que de sus lanzas goteaba. Así murió la civilizacion romana: pero habia sido demasiado grande para no dejar vestigios, y quedaron, y triunfaron de la rabia del vencedor, y viven para gloria de la ciudad eterna y mengua de sus contrarios.

Ricas y numerosas son las antigüedades romanas de España, y aunque sobre ellas se ha escrito mucho y muy bueno, todavía queda que espigar en tan abundantes mieses.

Pero, ya lo hemos dicho, la civilizacion romana despareció de la tierra, y esta sometida en unas partes al dominio de los Godos, Visogodos, Alanos, Suevos y demás tribus ó pueblos que hicieron juntos la irrupcion, mientras que en otras entregada á una espantosa anarquía, mas próxima en la apariencia se hallaba á volver al caos primitivo, que al estado en que á fines del siglo IV de la era cristiana se encontraba. Nuestra España por dicha, que tal debe llamarse atendidas las calamidades que sobre los demás pueblos pesaban, agradó por lo templado de su clima y la fertilidad de su suelo á los Godos sus conquistadores. En ella asentaron sus reales y fundaron un trono que duró trescientos años sin interrupcion, y que destruido por los Arabes en menos de tres, solo al cabo de setecientos de incesantes lides se vió restaurado.

En medio de la espantosa tempestad en que la sociedad europea naufragó entera, no es fácil comprender como se hubiera conservado ni una sola centella del sacro fuego de las artes y las letras, sin el áncora de salvacion que la sabiduría de la Providencia les deparó en la religion cristiana. Nacida esa (humanamente hablando) en las últimas clases de uno de los mas insignificantes pueblos del Oriente; vilipendiada desde su orígen á los ojos del vulgo en la persona misma de su divino Fundador; predicando las privaciones y la mortificacion en una sociedad de Sibaritas, humildad donde el orgullo era una condicion de existencia, mansedumbre á los que deliraban por los sangrientos juegos del circo, un solo Dios á los que deificaban hasta los vicios; en resúmen, apoyándose en los flacos contra los fuertes y censurando á los poderosos para ensalzar á los abatidos: triunfó sin embargo de los vicios y de los placeres, de los sofismas de la ciencia y de las preocupaciones de la ignorancia, del desprecio como del martirio; triunfó hasta del egoismo, y en pocos siglos ante el anillo del Pescador se humilló la diadema de los Césares.

(Se continuará.)

AZAY LE RIDEAU (Francia).

Por su agradable situacion en una isla formada por el rio Indra, es digno el castillo de Azay de ser citado como uno de los mas pintorescos de Francia, y por la riqueza de los detalles de su arquitectura debe ponerse en el número de los mas bellos monumentos del renacimiento.

Los archivos de esta tierra ofrecen una serie de señores que se remonta hasta el principio del siglo XIII; siendo el primero de quien se tiene noticia Hugo-Ridelley ó Ridelli. Señor de Azay y de Relay, de cuyo

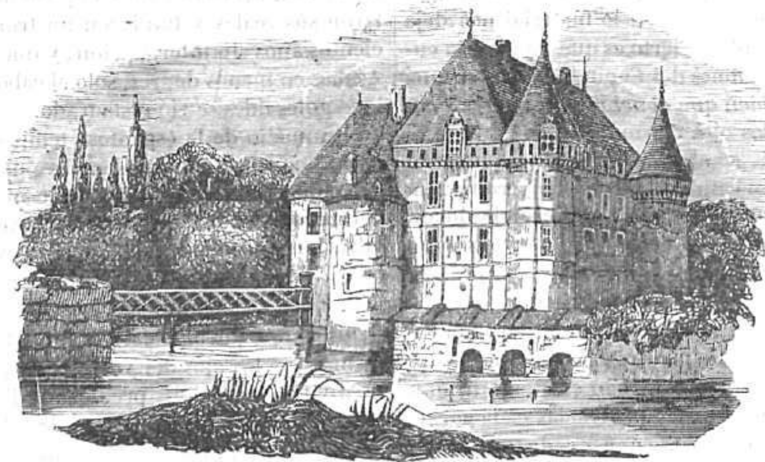
(1) Rioja, *Epístola moral*.

nombre tomara aquel lugar el de Azay-le-Rideau. Cuéntasele á este señor entre los caballeros mesnaderos de Turena, los cuales combatian al lado de Felipe Augusto en la batalla de Bovines.

No queda del antiguo castillo, sino una gruesa torre que se ha encontrado medio de juntarse á las nuevas construcciones empezadas en 1502 por Gil Berthelot, y continuadas por Pothon de Xaintrailles y Samblançay. Elévase este castillo sobre estacas, y está flanquedo de torrecillas, que forman junto con los dos principales cuerpos del edificio, una mole tan imponente como notable por su elegante arquitectura. Rodéala por la parte del norte y por la de mediodía el rio Indra, el cual, hácia poniente se divide de modo que forma varias pequeñas islas cubiertas de árboles. Al extremo, hácia el lado del camino de Chinon á Tours encuéntrase una bella cascada formada por el brazo del rio que separa los jardines de un antiguo puente.

El país de Azay, una de las mas antiguas castellanías de Francia, gozaba muy vastos privilegios. Despues de Gil Berthelot, tesorero ó superintendente del ahorro bajo Francisco I, hanlo sucesivamente poseido los delfines de Auvergne, y varios señores de las casas de Montpensier, de Sancerre, Cossé, Saint-Gelais, Lausac, Lusiñan y de Vassé. El propietario actual hase determinado á reparar el castillo al estilo del siglo XVI, y particularmente el aposento de Francisco I, cuyo príncipe hiciera de Azay-le-Rideau un punto de reunion para la caza, á causa de su proximidad á la selva de Chinon.

El primer objeto notable es la puerta de Azay, ejecutada con ligereza y correccion. Compónenla tres órdenes de arquitectura, tomados de los modelos del renacimiento; es ornato de la fachada principal del castillo, y sirve de caja á una escalera de las mas curiosas, en la cual lo precioso de los detalles compite con su profusion. Los dos bajo-relieves del primer friso representan, un armiño el uno, y el otro una salamandra rodeada de llamas con esta divisa: *Nutrisco et extinguo*. Cinco columnas coronadas de nichos, y en cuyo friso hay escrito: *un solo deseo*, sirven para unir el piso bajo con los superiores, cuyas pilastras cubren arabescos del mejor gusto. Remata este pórtico en un frontis, en el cual se divisan algunos restos de escudos de armas, y la cifra de Diana de Poitiers: de aquella mujer, cuya belleza tan poderosamente obró sobre el espíritu de los reyes Francisco I y Enrique II, su hijo.

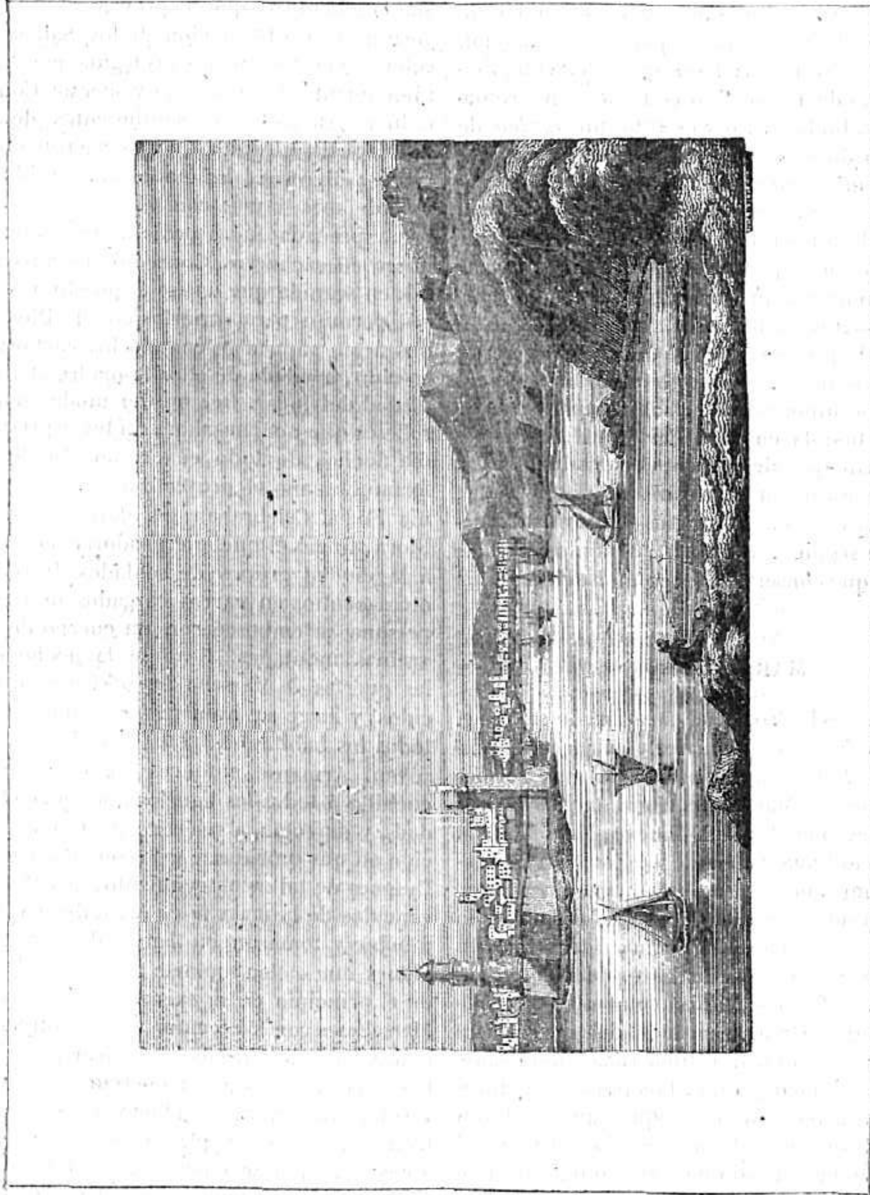


Castillo de Azay le Rideau.

¡Qué cosa mas graciosa que la corte de Francisco I, y la gentil moda de las damas de la reina, nobles doncellas que servían en las intimidades de palacio! Cuando el rey iba á correr el ciervo á Fontainebleau, á Azay, á S. German ó á Chambord, acompañábalo aquel numeroso séquito de jóvenes señoritas, y allí gozábase y divertíase su majestad. La corte de Francisco I, como dice Brantôme, era asaz gentilmente corrompida: «Una corte sin mujeres, decia aquel rey galante, es un año sin primavera, una primavera sin rosas.—Es un jardin sin flores, añade un cortesano y parece mas bien la corte de un sátrapa ó turco que la de un rey cristianísimo.» Cuando el rey se dirigia hácia alguno de sus castillos sin llevar consigo á las mujeres, cosa por otra parte bastante rara. «Nos hallábamos, dice Brantôme, tan perdidos, tan tristes, tan aburridos, que ocho dias que estuviésemos separados de ellas y de sus hermosos ojos, nos parecian un año, y era nuestro constante deseo: *¿Cuándo volverémos á la corte?* No dando frecuentemente este nombre al lugar donde se hallaba al rey, sino á aquel en que estaba la reina con sus damas.»

Aspirara Francisco I á reanimar el espíritu caballeresco de los antiguos tiempos, no que pudiese evocar de la tumba una institucion muerta con las ideas y las costumbres de la conquista feudal, pero el valor galante del esforzado monarca, se complacia con las fieras hazañas, las buenas cuchilladas y los combates que tan en armonía estaban con el amor de las damas, la licencia de las costumbres y de las palabras. Jamás los torneos y los choques de largas picas fueron mas frecuentes y atrevidos; tomaban parte en las justas por

FRANCIA. — MARSELLA.



Vista del puerto de Marsella.

amor á su querida: reyes, príncipes de la sangre y simples caballeros. ¡Qué hermosos tablados con mil colores adornados! Qué multitud de nobles doncellas dando al valor su debido premio al través de los trofeos de armas y de los escudos! Así todos los castillos edificados en aquella época, están sobrecargados, de divisas galantes, de cifras entrelazadas sostenidas por pequeños Amores, y el castillo de Azay, mas que ningun otro, da una justa idea de aquellos graciosos pasatiempos.

Todo induce á creer que debió de existir en el lugar de Azay le Rideau un establecimiento, formadó por los romanos; varias hojas han hecho descubrir antiguos monumentos; los cuales, por su distribucion todavía aparente y los materiales de que están compuestos, dan indicio de haber sido construcciones romanas Vense en la biblioteca del castillo, un *sigillum* de cristal, de gran dimension, un pequeño gladiador engarzado en un anillo, urnas lacrimatorias, y otros objetos preciosos, que se encontraban la mayor parte, encerrados en la tumba de un jóven caballero romano, encontrado en el parque de Azay, en un lugar llamado la Remoniére, que dícese tomó su nombre de un templo consagrado á Remus.

Parece que la pequeña ciudad de *Azay sur Indre*, gozara en otro tiempo de bastante importancia; ocupada por los Borguiñones que se habian apoderado de ella, sitióla y tomóla en 1418 Carlos VII, entonces delfin; cuyo príncipe, descontento de sus habitantes, hizo colgar, segun dicen los cronistas, diez y siete, veinte, y catorce de los techos de sus casas, mandándolas quemar en seguida. De ahí la denominacion de *Azay le Brulé* que conservara luego dicha ciudad.

MARSELLA.

Hermoso país es la Provenza, país risueño en que el tamboril anima la danza y convierte en placer el mismo trabajo; de tan hermoso país es la mas hermosa ciudad Marsella, Marsella con sus techos rojizos y sus gallardetes que el viento mueve, Marsella hija de la Grecia y antigua patria de los Focios. Precédela una doble muralla de sombría roca la cual sirve como de velo á su magnificencia al principio oculta. Todo es triste en este camino, ó mas bien en este foso ancho y profundo. La naturaleza como deseosa de presentar un maravilloso contraste, colocó la esterilidad del desierto á la entrada del mas pintoresco sitio. Pasada al fin la última roca, despliégase ante los ojos un inmenso valle. Los pinos, los cipreses, el olivo, los árboles de los buques que se elevan y confunden, los colores de mil graciosas tintas, el mar que se extiende debajo de este mundo poético con sus olas movibles y azuladas y encima de ese campo de azul el bello zafiro de los cielos: he aquí Marsella! Hela ahí con su aire de fuerza riqueza y majestad, con su elegante sencillez, revestida aun de su blancura griega como las Cíclades del viejo Homero!

Fundó á Marsella una colonia de Focios al mando de Simos y Protis cerca de seis siglos antes de la era cristiana. Lo primero que procuraron al desembarcar en la costa de Provenza fue ponese bajo la proteccion del pueblo mas cercano, que lo era á la sazon la Tribu de los Celto-Ligios, siendo su gefe Nanno. Acogió este amistosamente la colonia griega permitiéndole fijarse en sus tierras; y de entonces los Focios echaron los cimientos de una ciudad á la cual llamaron *Massilia*: construyéronla en el mismo sitio que ocupa hoy dia. A la voz Massilia hánsele atribuido muchas etimologías. Han dicho los unos que cuando los Focios abordaron á las costas ligurias, echaron á un pescador que se encontraba en la playa una cuerda para que amarrara uno de sus buques, circunstancia que sirvió para dar nombre á la nueva ciudad. Y segun estos autores, deriva Massilia de dos palabras griegas que significan *atar* y *pescar*. Mas la etimología que ha prevalecido es la de Mas Salyorum, casa ó habitacion de los Salios. La naciente colonia constantemente protegida por Nanno, creció rápidamente. Pero su hijo y sucesor Comano no heredó de su padre los sentimientos de amistad con los Marselleses, quienes le parecieron al contrario vecinos peligrosos, habiendo un servidor suyo alarmádole mas y mas con el siguiente apólogo: Una perra preñada fué á pedir á un pastor lugar para hacer sus cachorros. Concedióselo el pastor. Insinuósele en seguida que dejase el puesto, y solicitó entonces permiso para criarlos en él. Dióse tambien oidos á su súplica y cuando los cachorros hubieron crecido, ayudada de ellos la madre atribuyóse la propiedad del lugar. Del mismo modo añadió, los Marselleses que ocupan ahora un lugar prestado serán un dia dueños de todo el terreno. Desde el momento formó Comano el proyecto de apoderarse de la colonia Focia. Celebraban los Marselleses las fiestas de Flora, fingió él que queria adorar sus Dioses y envió á la ciudad grupos de soldados. Introdujo tambien otros ocultos en carros cargados de ramos, y él en persona se emboscó con un cuerpo de tropa en las vecinas montañas. Durante la noche debian abrir las puertas de Marsella los soldados en ella introducidos y luego se hubiera procedido al degüello de todos los habitantes; pero descubrió el complot una jóven. Armanse entonces los Marselleses, pasan á cuchillo á todos los ligurios que encuentran á la ciudad, y derrotan al ejército de Comano en una accion en que murió este gefe con siete mil de los suyos. Despues de tal acontecimiento, los Marselleses, convencidos de la mala fe de las indígenas se guardaron mucho y tomaron en tiempo de paz iguales precauciones que suelen tomarse en épocas de guerra. Desde el principio de su existencia política, contaron los Marselleses con los recursos que les ofrecia el mar, y se aplicaron con constancia á sacar partido de su ventajosa posicion para el comercio y la navegacion. Miraron como importante objeto la pesca, cultivaron con facilidad la viña, y plantaron el olivo en las Galias antes aun que se conociera en Italia. Abiertos les estaban todos los puertos de la Grecia y de toda la Península itálica, de donde sacaban lo que les negara la naturaleza, importando en cambio su vino y pesca salada. Su situacion, su soberbio puerto, la naturaleza ingrata de su suelo, la actividad de sus habitantes, todo contribuia á hacer de Marsella una ciudad marítima comercial; atacaron á los Cartagineses celosos de su influencia y durante tan larga guerra se aumentó en vez de caer la importancia de Marsella. Dos ciudadanos suyos llamados Piteas y Eutimenes, acrecieron su reputacion con sus viajes y descu-

brimientos; de suerte que en el siglo III antes de Jesucristo era Marsella la Atenas de las Galias, ciudad modelo de sabiduría y buen gobierno. Era este republicano, y le formaban seiscientos senadores. Alióse con Roma y se opuso en vano á la invasion de Aníbal, quien si hubiese llegado á vencer á los Romanos la destruyera sin duda. Abrazó Marsella el partido de Pompeyo contra Cesar; el vencedor castigó severamente á la ciudad, destruyó las fortalezas, las máquinas de guerra, hízose entregar armas, navíos tesoro público y la ciudadela, en la que alojó dos legiones. Privada de su poder, Marsella perdió su influencia política en las Galias, pero formó una república mercante independiente bajo la proteccion romana. En el siglo XVI saqueáronla los Burguiñones, los Ostrogodos y los Francos: en 752 la asolaron los Sarracenos desapareciendo entonces cuantos monumentos antiguos la quedaban.

Desde el siglo X al XIII tuvo Marsella vizcondes particulares, que en compañía de los obispos gobernaron la ciudad. Mas su administracion fué sin luces, sin prudencia, sin espíritu conservador, y fuéle sobre todo funesta una costumbre consagrada en la familia de los vizcondes, quienes dividieran al infinito sus bienes repartiéndolos entre sus hijos varones y dando á las hembras señoríos en dote. Las mas de las ramas vizcondales adoptaron un nombre propio diferente del de la estirpe comun, empobreciéronse, llegaron á perder el prestigio de su procedencia y cayeron en una profunda obscuridad. Tomaron los Marselleses una parte muy activa en el gran movimiento de las cruzadas, si bien su participacion fué mas que guerrera comercial, sacando gran lucro de las guerras santas. Jamás ofreciera la ciudad tan activo aspecto ni en los dias mas brillantes de la antigua república; cubrióse su puerto de navíos y á él afluyeron todas las riquezas; Marsella veia sin cesar llegar á sus muros cruzados de todos los países á quienes proveia de buques, armas y vituallas; fué uno de los principales ramos de su comercio en aquella sazon la fabricacion de picas y lanzas, siendo tan numerosas las fábricas de estos instrumentos, que aun hoy dia conserva una calle bastante larga el nombre de lancería. El año 1257 la república de Marsella debió someterse á la autoridad de los condes de Provenza hasta la muerte del último de estos Cárlos III en 1481, época en que Luís XI entró en posesion de dicha provincia, quedando Marsella y su territorio agregados á la corona.

En el siglo décimosexto Marsella católica fervorosa se declaró por los Guisas y firmó el acta de union y las largas flámulas de sus galeras en que brillaba la cruz se unieron á las enseñas del duque de Saboya y de los españoles auxiliares de la santa liga. Algunos gentiles hombres, acaudillados por el sir de Village, intentaron quitar á fuera los saboyardos; pero el pueblo con su primer cónsul Casaulx habia saludado al príncipe defensor de su creencia y de las franquicias municipales. Hubo sin embargo algunas diferencias entre dicho Cónsul y el duque de Saboya: oponíanse los marselleses á que entrase en los muros de su república una guarnicion opresora, y cuando el partido de los gentiles hombres se hubo apoderado por sorpresa, Casaulx apuntó cañones contra las altas murallas de la abadía, pues que la ciudad queria por sí misma defender los derechos y su libertad religiosa. Cuando Paris se rindió á Enrique IV Marsella defendia aun la villa, pero un soldado Corso ó Genovés de orígen, llamado Pedro de Libertad, vendió la ciudad á los realistas; en vano recorrió plazas y encrucijadas Casaulx el de la liga rodeado de su guardia, hubo un soldado conjurado que gritó á Libertad: capitanese es el Cónsul Casaulx. «A cuya palabra Libertad desenvaina la espada, se dirige á su adversario y le atraviesa; acabaron de despachar al infeliz Cónsul los amigos de Libertad. Salió entonces de su casa el presidente Bernardo, uno de los parlamentarios, con sotana y llevando un pañuelo blanco en el sombrero, y una media pica en la mano, y gritó por las calles: Viva Enrique IV nuestro soberano legítimo! Formáronse en seguida grupos, y Libertad fué á abrir las puertas de la ciudad al ejército Real, que se emposesionó de tal modo de Marsella en nombre del Bearnés. Todavía existe hoy en la escalera principal de la casa de la ciudad una estatua pedestre de dicho Libertad cubierto de su armadura, y apoyada la mano en el puño de su espada.

Conservaba Marsella franquicias que le fueron arrebatadas por Luís XIV; sublevóse entonces contra la autoridad soberana á la voz del gentilhombre Glandeviés de Niozelles, y no se sometió hasta 1660, época en que el acabamiento de las turbulencias civiles de la Fronda y de la guerra exterior daba mucha energía al Rey Luís XIV, que hizo un viaje á los Pirineos para casarse con la infanta María Teresa, recorrió el territorio de mediodia á fuer de conquistador y dueño soberano, y entró en Marsella con todo el despecho de la conquista. Demasiadas pruebas de independencia habia dado la antigua república de los condes de Provenza, ciudad rica y cuajada de cofradías, congregaciones, gremios y regidores, para que se la dejase sin castigo: así es que Luís XIV no quiso entrar en ella por sus antiguas puertas, sino que á cañonazos hizo abrir brecha en un gran lienzo del muro y por ella entró armado de pies á cabeza como un vencedor que quiere humillar á la ciudad que ha dominado, y cuando se hizo observar al Rey el gran número de quintas que engrandecen y agracian la ciudad de los Focios respondió Luís XIV con aire burlon: Yo tambien quiero tener en ella quintas! y á la entrada del puerto, bajo la invocacion de S. Juan y S. Nicolás, mandó levantar dos vastas fortalezas, cuyos cañones miraban á la ciudad para tenerla sujeta y reprimir su espíritu municipal. Suprimió tambien el consulado, al cual substituyó dos regidores y un asesor. La sujecion de la opulenta república de Marsella trajo consigo el fin del sistema comunal libre, poderoso, de la vasta asociacion de las cofradías.

Pocas ciudades hay en que la peste haya hecho tantos estragos como en Marsella, siendo la mas memorable y terrible, la *grande peste* de 1720, que llevó un buque Marsellés llegado de Trípoli y de Chipre. Fué entonces teatro la ciudad de las mas espantosas escenas y ha conservado en sus anales la memoria del obispo de Berzunce y sus sublimes sacrificios. Fuera difícil describir el celo del prelado en visitar á los moribundos y calmar su desconsuelo; recorria las calles en medio de cadáveres, socorria con preferencia á las personas mas fuertemente apestadas, vendió

todos sus muebles, distribuyó todo su dinero, y el santo obispo permaneció siempre tranquilo en medio de la desolacion general sin que jamás le abandonará el valor. Calmó la peste cerca á fines de setiembre, pero reinaba en la ciudad la soledad mas espantosa pues la mitad de los habitantes pereciera y la otra se habian fugado. Los que quedaron en la ciudad llevaban unas cañas de 8 á 10 pies de largo, dichas vulgarmente palos de *S. Roque*, de los cuales se servian para separar á los que pasaban. El primero de noviembre el obispo de Belzunca, precedido de algunos clérigos, atravesó la ciudad en traje pontifical, con una soga al cuello y una cruz entre los brazos, y se dirigió á una plaza pública donde se levantara un altar. Prosternada estaba la muchedumbre, á la cual el santo prelado dirigió una piadosa alocucion, dijo en seguida una misa con repique general de campanas, y ordenó el establecimiento de una fiesta anual que se celebra aun. Pasados dos años volvió á declararse la epidemia en Marsella, pero de un modo menos imponente. Y fué tanto el terror que concibió la Europa entera, que las relaciones mercantiles no quedaron enteramente libres hasta que pasó un año; desde esta época tambien dictáronse reglamentos severos para el régimen sanitario, y aun que el contagio se haya declarado nueve veces en el Lazareto desde 1741 hasta 1825, las constantes precauciones que se han tomado le han cortado siempre.

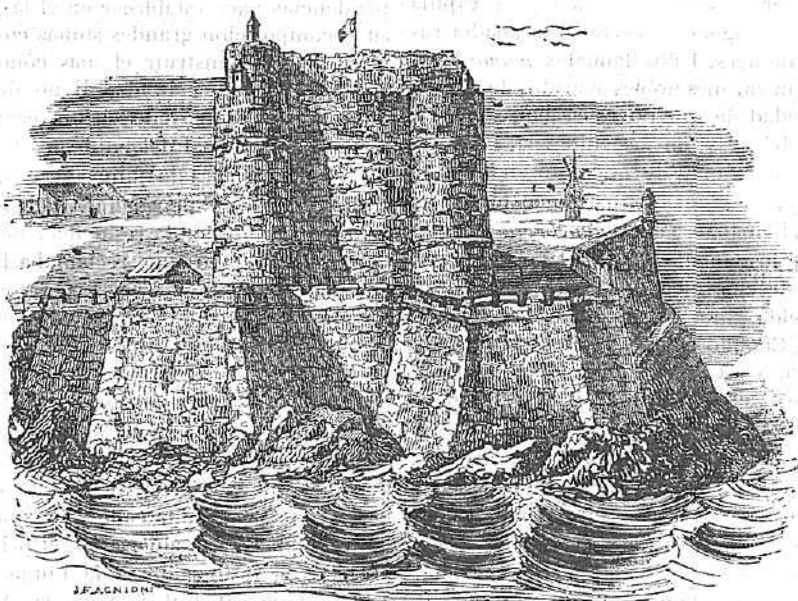
En consecuencia de tal desastre vióse Marsella abatida por mucho tiempo, y volvió á aumentarse su prosperidad muy eminentemente cuando estalló la revolucion, en la cual tomó parte casi tan pronto como París. Durante el imperio mostróse descontenta Marsella por que sufria su comercio, que no volvió á recobrar su altiva importancia hasta la restauracion. Las reacciones de 1815 forman la mas triste página de la historia de Marsella, y en ella se ve odio á Napoleon y despotismo imperial; las clases medias, esos marinos que se arrodillan durante la tempestad delante la imágen de la Vírgen, la multitud flotante de Genoveses y Catalanes, todo daba una fuerza brutal y fanática á los proyectos de los *comités* ardientes. Estalló la insurreccion el 25 de junio, dia de domingo en que el pueblo ocioso llenaba las iglesias. Espárcese de repente la noticia del desastre de Waterloo, las masas exasperadas recorren las calles y llegan de los alrededores cuerpos francos. El general Verdier comandante del departamento, intimidado por la amenazadora actitud del pueblo, salió al anochecer de Marsella y retiróse á Tolon. Entonces la reaccion empezó y duró el degüello toda la noche y todo el dia 26. Persiguióse á los oficiales que estaban á media paga, á los soldados y á todo el que se recelaba pertenecia al ejército; matábaseles á sablazos y bayonetazos. Unos refugiados mamelucos, restos de la campaña de Egipto, murieron tambien; y sus mujeres é hijos fueron asesinados en el mismo puerto á donde se refugiaron para sustraerse al furor de sus verdugos. La mas ilustre víctima fué un sujeto de instruccion, talento y honor, una notabilidad de Marsella, M. Anglés amigo de Massena, de Barras y de otros dignatarios de la República y del imperio, quien se retirara á su ciudad natal despues de haber sido algun tiempo prefecto militar en Italia. Ese hombre dulce y pacífico fué herido de mil golpes y arrastrado á una caballeriza tras su propia casa, donde se le acabó de matar á sablazos, su madre podía oir sus gritos.

Presenta Marsella la forma de una herradura cuyo vacío ocupa el puerto, uno de los mas hermosos del Mediterráneo y el que mas seguridad ofrece á los buques. A la naturaleza debe casi todas las ventajas, y á ella sola se debe su magnífica concha de forma oval de quinientas toesas de profundidad en que pueden apostarse mil doscientas embarcaciones. Estrechan la entrada del puerto dos rocas sobre las cuales hay dos fuertes, el de San Juan y el de San Nicolás, que defienden su entrada, datando del Rey René ó Renato, la grande torre cuadrada del fuerte de San Juan. Estas dos fortalezas están semi-arruinadas y sirven de cuartel á una parte de las tropas de la guarnicion. A una legua del puerto de Marsella, vense tres islotes ó mejor tres rocas que parece puso allí la naturaleza para las precauciones sanitarias. La primera que se presenta es la menor llamada If. (*Hypea o Hypeata Iffi ó Taxi insula*) Las rocas que la cercan son escarpadas y se levantan sobre la superficie del mar cerca cincuenta pies, siendo su longitud de ciento cuarenta toesas, y su anchura de cincuenta y cinco. Repútase por uno de los mejores el Mediterráneo el fuerte que las defiende, el cual hizo construir Francisco I. en 1529, y consiste en un castillejo de forma cuadrada que flanquean cuatro torres; el circuito de la Isla está fortificado con ángulos entrantes y salientes conforme á la disposicion de la roca, los cuales forman una segunda defensa: este sitio era antes solo una plaza sembrada de tejos, que es lo que significa If. Su acceso casi es impracticable pues hasta durante la calma le azota la mar. El nombre de este castillo fué un dia tan formidable como los de Pierre Encise, Vincennes y otras cárceles de estado. Han estado en él muchos personajes célebres, siendo el último que se cita el conde de Mirabeau.

El fuerte del castillo de If guarda y protege el espacio comprehendido entre la Isla de Ratoneau á la derecha y la de Pomegue á la izquierda, espacio en que se construyó en mil ochocientos veinte y tres el puerto Dieu donné. En medio de la Isla Ratoneau y en su punto culminante hay un castillo rodeado de algunas fortificaciones. En él fué donde hácia el año 1765 se declaró Rey de Ratoneau un cabo llamado Francour, quien diera ya señales de demencia, pero se le creia enteramente curado, y vivian con él sus camaradas sin recelo alguno. Estaba un dia de guardia á la puerta del castillejo, y mientras que la tropa iba á proveerse á la orilla del mar, bajó Francour el puente levadizo, cargó los cañones y empezó á hacer fuego á sus camaradas diseminados por la Isla, los cuales á duras penas pudieron salvarse metiéndose en un esquife. Dueño de la Isla, dice un moderno escritor M. Fabre, persuadióse fácilmente Francour que era su soberano absoluto. Y en efecto dominaba rebaños de cabras de cuya vida disponia á medida de su apetito. Y como no tenia recurso para agenciarse pan y vino, sugirióle uno muy seguro su imaginacion: cual fué poner á contribucion todos los buques que pasaban por Ratoneau. El solo desempeñaba todas las funciones militares, é iba por la noche con un farol en la mano á reconocer las avanzadas. Observóse desde el castillo de If y de Domegue que el Rey de Ratoneau hacia frecuentes salidas, lo que determinó al gobernador de Provenza á enviar una compañía que le

prendiera. Partieron los soldados en la noche del tres al cuatro de noviembre y consiguieron esconderse bajo los muros del castillejo. Salió Francour á hacer la ronda ordinaria, bajó el puente lavadizo pero apenas habia salido cuando se halló rodeado. Muy bien, dijo entonces, buena gente, son los derechos del combate. El Rey de Francia es mas poderoso que yo y tiene buenas tropas; ríndome pues con los honores de la guerra, y pido solamente mi pipa y mi mochila. El dia siguiente paseó Francour la ciudad de Marsella como quien dice en triunfo segun fué numeroso el concurso, diósele por palácio el hospital de locos y luego se le remitió á los inválidos.

Elevóse encima de Marsella un monte sagrado que domina el mar: en él reside en un modesto templo, risueña y coronada de las flores de la última estacion, *la Vírgen protectora de los navegantes, Vírgen misericordiosa* escogió este promontorio para que la vieran mejor los buques náufragos. Llámase nuestra Señora de la Guardia, y construyó su capilla un monge de nombre Pedro, á quien cediera la colina Guillermo abate de San Víctor; esta colina en que apenas hay ahora algunas plantas aromáticas, estuvo antiguamente poblada de árboles, y en ella empezaba un bosque que tenia muchas leguas de extension llamado bosque sagrado, del cual hizo tan pomposa descripcion Lucano. Cada año el dia del Corpus bajan á la ciudad con grande pompa la estatua de nuestra Señora de la Guardia, de cuya capilla son muy devotos los Marselleses, viene á ser un lugar de romería al cual van en gran número durante las fiestas de Pentecostés, cada cual deja su ofrenda á los pies de la Madre de Cristo, y así no es estraño que su iglesia se halle cubierta de exvotos y enriquecida con presentes. El fuerte de nuestra Señora de la Guardia data del reinado de Francisco I, es poca cosa, pero lo hace digno de los extranjeros el punto de vista que ofrece de toda la Ciudad, la rada, las Islas, las quintas marsellesas y el soberbio anfiteatro en que se contienen. Son conocidas las chanzas de Chapelle y Bachaumont sobre esta fortaleza de nuestra Señora de la Guardia: «Despues que hubimos trepado mas de una hora para llegar á la extremidad de la montaña (escribian) no nos dejó poco sorprendidos el no encontrar mas que una miserable casucha próxima á caer al primer vendaval.»



Castillo de If.

Marsella, siendo ciudad tan antigua casi nada antiguo posee, habiéndolo destruido los incendios, los sitios y las devastaciones voluntarias. Tiene sin embargo un monumento al cual ha respetado la fatalidad que ha perseguido á los demas monumentos antiguos, y es *notable por su extension y hermosa construccion*. Llamáronle los autores antiguos *bóvedas de San Salvador* por hallarse en los subterráneos de la abadía de este nombre. Antiguamente se hallaba en el recinto de un convento de mujeres y era inaccesible á los curiosos; mas despues que fué libre su entrada hanlo descuidado los viajeros, no entiendo porque, y los mismos habitantes han olvidado que poseian junto á ellos un edificio del mayor interés. Solo el cúmulo de edificios que componian la antigua abadía de San Salvador, situada en la plaza de Linche, en una posicion subterránea con respecto á dicha plaza, pero al nivel de las calles inferiores bajando hácia el puerto, están situadas las famosas bóvedas, que consisten en siete salas, todas iguales y paralelas, circuidas por tres lados de una *galería mas estrecha y menos elevada*. No puede caber dúda de que fué este edificio un cuartel romano, pues tiene entera semejanza con los que se conocen en varios lugares. Particularmente si se le compara con el cuartel de soldados de la Villa Adriana, encuéntranse absolutamente en ambos las mismas disposiciones,

la misma forma de salas, su recíproca independencia, el estar expuestos al mediodía, y en fin el mismo cuidado de ponerlos á cubierto de las influencias del norte con un vacío dejado en esta parte.—Se tiene á la puerta de la Joliette por monumento romano y la grande degradacion de todas sus partes parece efectivamente representar grande antigüedad; pero por un lado su ático es enteramente moderno, y este ático no se conserva mejor que la parte inferior; por otra parte cada dia se presentan nuevas pruebas de la rapidez con que el aire de mar corroe y destruye la piedra de esta puerta. La bonita forma de la puerta de la Joliette no permite que se la suponga mas antigua que Francisco I, bastando para explicar su degradacion tres siglos de antigüedad y el estar expuesta al soplo húmedo y salinoso del mistral.

El antiguo monasterio de San Víctor, célebre entre las abadías de las Galias, es uno de los edificios que mas se echan de desear, tanto por su extension é importancia, como por los numerosos monumentos de épocas diferentes que le enriquecian. Asciende su orígen á los primeros tiempos del cristianismo en Francia, pues le fundó al principiar el siglo V el abate Casiano sobre la gruta donde se depositaron las reliquias de San Víctor, la cual forma ahora la capilla subterránea. En sus orígenes encerraba la abadía varias especies de monges. Unos llamados *monachi ad succurrendum*, eran varones nobles atacados de alguna peligrosa enfermedad de que no esperaban salir, los cuales se cubrian del sayal de la penitencia, imploraban los socorros espirituales de la comunidad y hacian voto de adoptar la disciplina monástica en el caso que curasen: llamabánse otros *anacoretas* porque rompiendo todos los vínculos mundanales condenábanse á la mas estrecha soledad, se encerraban para siempre un una celda junto á la cual habia un jardincito y una capilla. Cuando entraban sellaba el abate la puerta de la celda, y ya solo se abria cuando estaba enfermo el recluso. Relajóse mas tarde tal austeridad, adquirieron riquezas inmensas los abates de San Víctor, hiciéronse verdaderos soberanos que rivalizaron en poder con los obispos y vizcondes de Marsella. Tuvo anexas la abadía muy vastas propiedades, que hizo inviolables el Papa Benedicto IX con un breve concebido en estos términos: «Si algun temerario bien fuere Emperador, Rey, Duque, Marqués, Conde ó Vizconde, Arzobispo ú Obispo, ó de cualquier otro rango, intentare apropiarse los bienes que posee en el dia esta abadía, ó que se dieren en lo sucesivo por amor de Dios, sea excomulgado, maldecido en sus deseos, en su poder, en sus pensamientos, y borrado del libro de vida, beba en el cáliz de la cólera divina, sirva de alimento á las llamas eternas, y sufra este suplicio durante los siglos de los siglos; á menos que tocado de un sincero arrepentimiento se esfuerce en reparar el mal que hubiere hecho.

El primer establecimiento de Casiano fué una capilla rodeada de celdas para los cenobitas, á la cual añadió despues dos cortas salas que consagró en 440 el Papa San Leon. Destruyeron la abadía Godos y Sarracenos, mas se reconstruyó por la liberalidad de Guillermo I Vizconde de Marsella y del Obispo Honorato su hermano. La iglesia no se terminó hasta 1279. Urbano V, antiguo abate de San Víctor revistió el antiguo muro de piedra de sillería y añadió las altas torres que no hace mucho subsistian aun. Daban estas al edificio religioso el aspecto de una fortaleza formidable: consérvase una de ellas que sirve de campanario; no hace muchos años que se mantenia aun en pie la parte exterior de casi todas las otras, y el conjunto de la iglesia y de esas torres abiertas presentaba algo de pintoresco. Arrasadas están ya, y del antiguo edificio queda solo la pared oriental, estraña mezcla del carácter robusto de las construcciones antiguas y de la mezquindad de las modernas.

Divídese Marsella en dos partes muy distintas, la ciudad vieja y nueva, aquella vieja y fea en efecto, sucia y triste, con estrechas y tortuosas calles; la otra ancha y despejada, adornada de bellas construcciones de espaciosas plazas y de graciosos paseos. En la última está situado el edificio de la prefectura que fué la habitacion de un simple particular de nombre Jorge Roux. Este comerciante, que era bastante rico para armar navíos contra Inglaterra, y cuya declaracion de guerra empezaba por estas palabras: *Jorge de Córcega á Jorge de Inglaterra*, quiso tener un palacio digno de su fortuna, en el cual despues de haber invertido muchos caudales vivió á lo gran señor. Compró en 1805 la ciudad, el palacio y sus dependencias para establecer en él la prefectura: costó su recomposicion grandes sumas con lo cual se hubiera podido construir el mas cómodo palacio, sin embargo de que se le hizo digno de su destino. Un patio espacioso, apoyado en un terraplen da entrada al cuerpo principal del edificio, al cual se sube por una ancha escalera de quince gradas. 600,000 francos costó á Marsella el fijar definitivamente y sin contextacion en su interior la residencia del prefecto de las Bocas del Ródano que reclamaba la ciudad de Aix antigua capital de la Provenza. La casa de la ciudad de Marsella es un hermoso edificio moderno cuya fachada, que está en un muelle, adornan bajo-relieves y esculturas, viéndose en ella el escudo de armas de Francia de mano de Puget desgraciadamente retocado por artistas que estaban lejos de igualarle. Decora la fachada una larga inscripcion latina en honor de la ciudad. Tiene dicha casa de la ciudad dos partes que separa una calle y se comunican por medio de una galería abierta en el primer piso: ocupa los bajos el vasto salon de la Lonja.

La iglesia catedral de Marsella, Nuestra Señora la mayor está sita en la ciudad vieja. Esta metrópoli, levantada en el terreno del célebre templo de Diana antiguamente encerrado en la ciudadela, ha tenido varias reconstrucciones, pero tal cual está hoy dia poco notable ofrece. Pertenece á la edad media. La flecha de Accoules es una de las mas hermosas ruinas de la antigua Marsella por su forma gigantesca; y si hemos de dar crédito á la tradicion, que no parece infundada, fué el campanario de una iglesia gótica levantada sobre los restos de un templo consagrado á Apolo. Esta torre de forma cuadrada con encima una flecha elegante que remata en cruz, sirve ahora de reloj á la ciudad oyéndose de muy lejos su grande campana.

Las procesiones, antigua costumbre cristiana, se hacen en Marsella con gran pompa y noble majestad religiosa. Es efectivamente hermoso espectáculo la procesion del Corpus con antorchas, en que la candorosa jóven entona cánticos divinos, y nada en in-

ciense toda la poblacion agrupada al rededor de la bandera santa. En una época muy remota abria la principal procesion del dia de Corpus una banda de diablos que arrastraban cadenas, los cuales eran hombres con calzoncillos negros, tiznado el cuerpo de hollin y cubierta la cabeza con un mascaron con cuernos: los tales diablos no se suprimieron hasta fines del siglo XVII. Otra costumbre, puede que mas antigua aun, se ha conservado hasta nuestros dias, y es la del buey: escogen los cortantes de la ciudad, y se transmite la ceremonia de padre é hijo, un buey de grande talla, dóranle los cuernos, pónenle en la cabeza una especie de escudo compuesto de guirnaldas de flores, echan sobre su espalda un rico tapíz en el que va sentado un niño disfrazado de levita, adornado de cintas, cuyo traje consiste en media de seda blanca y zapato con hebilla, ropa de damasco de diferentes colores ajustada en la cintura y larga solamente hasta la rodilla, cinto de seda con franjas y farfalá de oro, camisa entreverada de cintas, sombrero á la antigua bordado de oro y con plumas. La semana que precede al Corpus recorre las calles la pandilla seguida de tamboriles, los cortantes van pidiendo limosna de puerta en puerta y con el producto se cubren los gastos. El dia del Corpus el buey y su acompañamiento asisten á la procesion con los gremios de artesanos. Mucho se ha disertado sobre tal buey, habiendo en él visto algunos historiadores una semejanza con la costumbre de los antiguos Marselleses de consagrar un infeliz á la muerte cargando sobre él todas las iniquidades del pueblo, al modo del macho cabrío de los judíos. Si embargo esta opinion ha sido contradecida. El toro figura en todas las medallas de Marsella, cuyos habitantes le ofrecian en sacrificio á Diana, y es probable que el acompañamiento del buey del Corpus no es sino una representacion de los antiguos sacrificios. Como tal costumbre se ha conservado y porque se colocó en tal dia mas bien que en otro, es lo que no puede explicarse históricamente. Basta notar que los cortantes que acompañan el buey tienen mucha analogía con los sacrificadores, los cuales usaban tambien de túnica; la víctima iba ornada de cintillas y guirnaldas de flores; dorábanse sus astas como se doran aun las del buey; y por fin los dias solemnes se distribuia al pueblo la carne cruda lo cual se practicaba tambien en Marsella antes de la revolucion.

El mistral, viento furioso del Noroeste, sopla con frecuencia en Marsella y sus cercanías, arrancando los mas robustos árboles, secando la verdura y convirtiendo el invierno en primavera. Este viento y las avenidas del Durance recuerdan el siguiente proverbio: *tres plagas en Provenza hay: el parlamento, el Durance y el mistral.* Sin embargo, estas últimas plagas tienen tambien sus ventajas pues las avenidas del rio fertilizan las llanuras y el mistral purifica el aire que el excesivo calor y los vapores fétidos del puerto de Marsella inficionan. Los antiguos marselleses tenian gran respeto á este viento, y Séneca dice que á él son deudores de la serenidad de su cielo. Augusto le consagró un Templo cuando estuvo en las Galias. Es de notar que en 1769 y 70 sopló el mistral catorce meses seguidos.

Terminarémos aquí el artículo sobre Marsella, el cual hemos procurado hacer tan completo cuanto cabia en los estrechos límites que se nos impusieron; pues para conocer bien en todas sus partes tan magnífica ciudad, una de las mas importantes de Francia y acaso la primera despues de París, serian precisos muchos volúmenes. Nada dirémos de su inmenso comercio ni de la prodigiosa actividad de su puerto porque son cosas que las sabe todo el mundo, y los buques que salen del puerto de Marsella surcan todos los mares y frecuentan las mas remotas regiones. La conquista de Argel ha contribuido todavía á aumentar su maravillosa prosperidad, mas sobre esto queda aun mucho que desear, y un gobierno verdaderamente fuerte, poderoso y nacional deberia asegurar los intereses y establecer sobre bases sólidas la naciente Polonia africana fronteriza de la antigua Polonia focia.

ESPAÑA ARTISTICA Y MONUMENTAL

Continuacion de la Introduccion (*).

Por dicha los que destruyeron el imperio de Occidente eran, como suelen serlo los pueblos primitivos, tolerantes con toda especie de culto; inclinados tanto á temer al cielo como á arrostrar los peligros de la tierra; tan incapaces de ceder á humana fuerza como débiles ante un poder misterioso y mas tremendo á sus ojos cuanto mas incomprensible á su entendimiento.

Así es como se explica (humanamente hablando, vuelvo á decir) que de cuanto existia en España al poner en ella los Godos su planta, todo menos la religion y sus ministros desapareciese. El lazo pues que unió á la destruida sociedad con la moderna fué el clero; el depositario de los restos del saber humano, el clero tambien; el agente civilizador, y en España hasta el autor de la legislacion, el clero igualmente; y por eso en medio de las inconexas instituciones de la monarquía goda, donde al lado de las municipales romanas, figuran las heterogéneas y complicadísimas del feudalismo del Norte, predomina constantemente el elemento teocrático, elemento cuando se introdujo no solo utilísimo sino indispensable, pero que mas tarde hubo de producir males, acaso mayores que á nadie, á la Iglesia misma.

Lo que á nuestro propósito importa es que á la sombra de la religion renacieron las artes, exigiendo la pompa del culto católico el concurso de la arquitectura, pintura y escultura. Desde que los Godos gobernaron sin contradiccion y singularmente desde que Recaredo, renunciando al arrianismo, redujo á España á la unidad católica, se comenzaron á edificar templos, de los cuales existian muchos cuando la irrupcion de los Moros, pero que ó entonces desaparecieron en su mayor parte, ó despues fueron reemplazados durante el período de la restauracion de la monarquía, por otros mas suntuosos.

En el resto de Europa entendemos que la arquitectura sajona es la primera que aparece despues de la ruina del imperio; si en España hubo edificios de ese género fueron naturalmente en corto número y menos caracterizados, por la razon bien obvia de que el pueblo que en Francia, y principalmente en Inglaterra lo

(*) Véase la página 398.

introdujo, nunca pisó la Península. Quedan sin embargo entre nosotros algunos aunque rarísimos restos de edificios, que tienen un carácter análogo al de la citada arquitectura. Mas nuestra verdadera é importante riqueza, y la que será tambien el objeto de preferencia de la *España artística y monumental*, consiste principalmente en un gran número de magníficos edificios construidos desde el undécimo siglo en adelante, es decir desde que principió la época que en el lenguaje moderno se llama la *edad media*. A nuestro entender, esa edad no empezó para las artes españolas sino en la última mitad del siglo XI, y comprende el XII, el XIII y casi enteramente el XIV.—Dirémos porqué.

Durante los tres siglos que mediaron desde la conquista de España por los Godos, hasta principios del VIII de J. C. en que tuvo lugar la irrupcion de los Arabes, no es posible considerar á la sociedad gótico-española mas que como en la infancia; y su historia acredita este nuestro parecer. En efecto, la nobleza formada por los conquistadores y dividida en categorías idénticas á las militares, como sus mismos nombres de caballeros (*equites*), condes (*comites*), y duques (*duces*) lo prueban; la plebe dividida en otras gerarquías inferiores, restos mutilados de la organizacion romana; el clero formando una clase intermedia entre las dos anteriores, mas poderosa moralmente que la primera, mas blanda tambien y mas acepta por consiguiente que aquella á la segunda; las costumbres antiguas supeditadas por la tiranía de la conquista; las leyes del arruinado imperio truncadas y mezcladas con las del Norte: toda esa multitud de componentes heterogéneos y poderosos estuvieron casi continuamente en recíproca lucha y universal fermentacion, hasta que el alfange de Tarif remató en Jerez la víctima herida ya de muerte por el alevoso puñal del traidor Don Julian; y en tal estado de cosas, difícil era que las artes, incapaces de prosperar sino al abrigo del manto divino de la paz, hiciesen grandes progresos.

La época siguiente es, como puede concebirse, de retroceso para las artes; una sola podia prosperar y prosperó en efecto, la de la guerra. Mas como en compensacion dió aquel funesto acontecimiento término á la division entre conquistadores y conquistados; todos se llamaron Godos á la vista del peligro comun, y no contribuyeron menos á las glorias de Pelayo los robustos indígenas de los montes asturianos, que los pocos nobles que sobrevivieron á la catástrofe del Guadalete.

De entonces á la conquista de Granada no hubo paces entre Moros y Cristianos, pero sí treguas y frecuentes.

La benéfica influencia del claro cielo de Andalucía, principal asiento del Imperio de los musulmanes, templó su ardiente sangre; y jamás pueblo adelantó en ciencias, artes, suavidad de costumbres y hasta en nobleza de sentimientos, tanto como en breve tiempo lo hicieron los Arabes en España. Singularmente el califato de Córdoba desarrolló una fuerza de saber y de civilizacion de que la memoria no nos recuerda ejemplo; y sin temeridad podemos decir que las ciencias exactas, las médicas, y muchas de las artes industriales, de allí salieron á extenderse por la Europa. La arquitectura tambien floreció entre los Moros, como lo acreditan esos restos que el tiempo ha respetado y admiran cuantos tienen la dicha de verlos; y á la influencia de un arte enteramente distinto de cuantos hasta entonces se conocian y despues se han conocido, como lo es el de los Arabes, se debe el sello de originalidad de muchos monumentos españoles. Dos palabras sobre la introduccion de la manera arábiga en el arte de la España cristiana.

Uno de los caracteres que distinguen principalmente á la sociedad que resultó de la fusion de los restos del imperio de Occidente con sus conquistadores, es en nuestro entender la institucion de la *caballería*, mediante cuyos poéticos estatutos, la guerra, que antes no se concebia sin odio implacable entre los combatientes, y cuyo resultado habia de ser constantemente la muerte ó la esclavitud de una de las dos partes beligerantes, se redujo á leyes mas suaves, siendo de entonces la generosidad y la cortesía compañeras forzosas del valor del noble. En pocas palabras, la religion del honor hizo caballeros, como la del patriotismo en Roma habia producido héroes. Puesta en contacto una nacion belicosa, amante de los peligros, é inclinada á cuanto sale del órden comun, con otro pueblo en donde las instituciones de la caballería eran la base de la sociedad, no podia menos la primera de ir adquiriendo las costumbres del segundo; y sucediendo eso entre Moros y Cristianos, aquellos acabaron por ser cumplidos caballeros y estos por tratarlos como á tales. Así, pasada la primera furia de la pelea y andando el tiempo lo bastante para que con lo vario de los sucesos aprendieran unos y otros á estimarse, sin que la hostilidad cesara, desapareció la cólera y comenzaron las relaciones, sino amistosas, por lo menos frecuentes y comedidas. Digamos en honor de la verdad, que con respecto á los Cristianos la necesidad tuvo mucha parte en todas esas transacciones, pues durante un tiempo los Moros les fueron infinitamente superiores en civilizacion: fenómeno que se explica bien por las posiciones relativas de los dos pueblos.

De esta manera, pasando los arquitectos andaluces á Castilla y no haciendo escrúpulo de emplearse en trabajar para sus enemigos ni en los templos mismos del Dios cuya fe combatian sus hermanos, han dejado rastros de su estancia en las monarquías cristianas, y en sus obras se advierte, que en la traza general solian conformarse á lo recibido en el país, conservando en los adornos el tipo peculiar al suyo.

Pero realmente hasta que los Moros estuvieron circunscritos al sur y al este de la España, no pudieron las pequeñas monarquías de Castilla, Navarra y Aragon ocuparse en otra cosa que en pelear, empleando en la guerra toda la intensidad de sus facultades y la mayor parte de sus brazos útiles; mientras que el resto de la poblacion masculina labraba los campos, ó en los monasterios rogaba á Dios por los que combatian al enemigo comun, y escribia la historia de sus hazañas. Observemos aquí que la preocupacion, universal entonces en Europa, de que un noble no debia tener otro oficio que el de las armas, ni malgastar su tiempo en aprender otras artes que las militares, dejaba en España de ser viciosa, pues que sin esa idea nunca la restauracion se verificara.

(*Se continuará.*)

MIGALA DE LE BLOND.



MIGALA DE LE BLOND.

PUES os interesan los pormenores de mis partidas de caza por los ardientes campos del Brasil, seguiré su relacion; pero no espereis de mí hechos estudiados en animales de gran tamaño como algunos de que ya os he hablado; mis observaciones se dirigen á todos, por cuanto muy á menudo el mas pequeño insecto es para el naturalista un objeto del mayor interés. Con todo, ahora voy á hablaros de un gigante, bien que solo es tal comparado con la clase á que pertenece, pues su cuerpo no tiene mas allá de dos pulgadas y media de longitud, y con las patas extendidas apenas abarca de nueve á diez pulgadas de terreno. Sin duda encontraréis colosales estas dimensiones cuando sepais que solo se trata de una araña, de aquella que llaman los naturalistas *Migala de Le Blond (Migale Blondii* WALCK.), que se encuentra no solamente en el Brasil, sino en Cayena, Sto. Domingo, La Martinica y en algunas otras islas de la desembocadura del Orinoco. En Sto. Domingo dásela el nombre de *araña cangrejo;* en el Brasil se llama *araa caranquexeira*, y en la Guiana, *araña de los matorrales*. El dibujo que os envio (véase la lámina) representa á uno de estos insectos en su tamaño y proporciones naturales, bien que los hay algo mayores

Salí de mi habitacion acompañado de un negro cazador, y despues de haber andado á lo largo de un bosque cuyo término servia de límite á un maizal, oí cierto zumbido que me hizo dirigir la vista hácia unos matorrales. En ellos ví á uno de esos lindos pajarillos que llaman *bengalís* haciendo esfuerzos por escapar de un lazo en que estaba preso. Acerquéme con afan para cogerlo, pero quedé sorprendido viéndolo enredado en una telaraña, que aunque de corta extension, formábanla gruesos y recios hilos enlazados flojamente pero con mucho artificio.

En el instante en que iba á coger el pajarillo salió de debajo del matorral una monstruosa araña, acercándose en dos ó tres saltos á la tela, como viniendo á disputarme la presa. Confieso que me movió un sentimiento de horror instintivo al ver á este feo animal, del todo cubierto de pelos oscuros y erizados, que se acercaba abriendo sus gruesas mandíbulas, armada cada una con un garfio largo y acerado destilando por un conducto abierto cerca de su punta un veneno doloroso, y aun mortal para los animales pequeños. Con todo paróse de repente el insecto apenas vió mi palo que le amenazaba, con lo que pude examinarlo á mi sabor. Era de color rojizo-oscuro, con dos extremos tambien rojizos, prolongados y puntiagudos, en la cuarta articulacion de las patas, formados por la falta de pelos; sus quijadas ó mandíbulas prolongabánse hasta terminar en punta por el lado interno; las extremidades de las patas estaban terminadas en el macho por un conyunctor cilíndrico ó estrecho en su centro figurando un monda-orejas, segun pude observar despues. Las dimensiones de este insecto son: longitud total del coselete y del abdómen, dos pulgadas y seis líneas, y tres pulgadas comprendiendo las mandíbulas, que se hallan horizontalmente articuladas y tienen su movimiento vertical: longitud del coselete, una pulgada y tres líneas. Sus extremos anteriores tienen dos pulgadas; y las patas mayores cuatro pulgadas, cuatro líneas y media. Los ojos, en número de ocho, están reunidos en un tabérculo ó eminencia muy redondeada, formando un cuadrilongo transversal: los de ambos lados son ovales y rojizos, y los intermedios mayores, mas redondeados y negros.

Iba á matar al repugnante bicho, pero el negro mi compañero me detuvo el brazo intercediendo por él, en gracia, dijo, de la costumbre que tiene de perseguir y devorar los kakerlaques, insectos de los países cálidos que todo lo devastan. Segun veo, os admira la osadía con que este animal se os acerca, pero es efecto del respeto con que entre nosotros es mirado, por la guerra continua que hace á los insectos dañinos y hasta á los galápagos, que embiste y destruye cuando tiernos. Se introduce libremente en nuestras casas, y tal vez persigue á los kakerlaques hasta en nuestras propias camas mientras dormimos. Nunca acomete al hombre, á menos que este le ataque primero y no encuentre medio de escapar: en cuyo caso la araña contrae sus extremos, se hace la mortecina, y no muerde hasta que la cogen. Su picadura no es peligrosa, y raras veces sus mas funestas consecuencias pasan de algunas horas de calentura con un poco de hinchazon en la parte.

La migala, prosiguió, es muy comun en los maizales, en los *barreiros*, bambues y bosques: ora se cobija en un agujero que ella misma abre en el suelo, entapizándolo con una tela sedosa amarillenta; ora se limita á esconderse durante el dia en las hendeduras de las rocas ó en los troncos de árboles muertos y que volcaron el tiempo ó las tempestades. En ellos permanece en emboscada mientras el sol se halla sobre el horizonte, y arrójase encima de los insectos y otros animalillos de que se sustenta. Cuando la víctima se siente con fuerzas para resistir algun tanto, muérdela la migala haciendo penetrar en sus venas un sutil veneno que en pocos instantes le quita la vida, ó ya enreda y agarrota al animalillo para quitarle la posibilidad de hacer el menor movimiento, y á su placer lo devora.

Llegada la noche, sale de su escondrijo para ir de caza hasta á la siguiente mañana: empieza visitando y examinando las telarañas que tendió por los alrededores, y batiendo el campo se aleja á menudo á grande distancia de su madriguera, á la que vuelve así que despunta el dia. Trepa por los árboles con mucha agilidad en busca de los nidos del pájaro-mosca y colibrí, sorprende á la hembra en el nido y la devora con su cria, ó se sorbe los huevos cuando aun no están abiertos.

No obstante la natural ferocidad de este insecto, profesa tierno amor á su familia. Pone bastante número de huevos, que envuelve en un capullo de seda del tamaño de un huevo de paloma. No lleva sobre sí este depósito, como hacen muchas otras arañas, sino que lo esconde en sitio seguro, vigilándolo con la mayor constancia, y defendiéndolo con furor si se acerca á él algun enemigo. Cuando han nacido los hijos, les presta sus cuidados durante algunos dias, sin abandonarlos hasta que por sí pueden atender á sus necesidades.

Si la hembra desempeña con amor los deberes de madre, no podemos decir lo mismo en cuanto á los de esposa; pues apenas ha satisfecho los deseos de la naturaleza, emplea todas las estratajemas imaginables

para apoderarse del macho; y si este no huye pronto, lo enreda con los hilos de una tela, y así que le ve sin fuerzas para resistir lo devora si cumplimiento.

ARLES EN FRANCIA.

Julio César ha sido el primero que ha hablado de la ciudad de Arles, cuya fundacion parece debida á los Marselleses, quienes establecieron en ella una factoría cuando Mario les cedió el canal que habia abierto para la libre navegacion del Ródano. Encontró Cesar el país cubierto de madera, la cual aprovechó para construir doce galeras para bloquear el puerto de Marsella, y despues que se hubo rendido esta ciudad, envió á Arles al cuestor Tiberio con el objeto de que fundara allí una colonia sacada de la sexta legion. Es pues Arles la segunda colonia fundada en la provincia romana, título que le valió varios privilegios. Formó César de todos los puntos que conquistara á los Marselleses ó á sus aliados una subpretura, cuya capital fué Arles. La nueva colonia, enriquecida por una parte con las dádivas de César, y por otra favorecida por su feliz situacion y el decaimiento de Marsella, creció y prosperó. Con todo, siempre que los emperadores dirigieron sus miradas á la Galia meridional, mas bien favorecieron á Nimes que á Arles, la cual persistió por espacio de tres siglos en la clase media á que la elevara César.

Cambió y elevó su suerte la revolucion que hizo Constantino en el imperio. Ya este príncipe se hospedara en Arles cuando hacia sus preparativos contra Magencio; y Fausta, su segunda esposa, parió en ella un niño á quien bautizó S. Marino y se llamó *Arles*. Derrotado Magencio, aficionóse Constantino á la ciudad de tal nombre, en la cual convocó un concilio el 1.° de agosto de 314, donde se condenó á los donatistas y se aseguró el triunfo de la religion cristiana. Su tercer hijo Constante nombró á Arles capital de sus estados y renovó en ella los juegos del circo; otros varios emperadores, Teodoro y Honorio entre ellos, la escogieron por su morada. Finalmente, desde Constantino hasta la invasion de los Visogodos, Arles fué considerada como capital de las Galias, é independientemente de este alto rango político, eclipsó á Marsella con su comercio y riquezas. Durante este período de dos siglos, tenia la ciudad mucha mas extension y poblacion que en el dia. La parte situada á orillas del Ródano, que se reduce ahora el arrabal de Trinquetaille, se extendia entonces hasta el pequeño Ródano, tanto, que se han encontrado cimientos de casas á mas de 600 metros del cuartel ó barrio de Trinquetaille.

En la época de los Godos y Merovingios sostuvo Arles muchos sitios y experimentó muchos males; conservó empero su rango é influjo. Si vió mutilados y esparcidos los monumentos romanos, vió tambien levantarse sobre sus ruinas templos cristianos y edificios religiosos. Pasó toda la autoridad á los arzobispos, que se constituyeron defensores del pueblo reinando Boson y sus sucesores, y llegaron en tiempo de los primeros condes de Provenza, á lugartenientes de los emperadores de Alemania. Tenia Arles tanto que agradecer á la dominacion romana que caidos los Césares no quiso separarse de los sucesores de Carlomagno, herederos del imperio romano, y se constituyó en república bajo la inmediata proteccion de los emperadores de Alemania. La tempestuosa existencia de esta república influyó tristemente sobre sus habitantes, quienes, á causa de las turbulencias civiles, emigraron á los países situados al este del Crau, de dominio arzobispal. La parte situada allende el rio fué casi abandonada, y la de acuende circuida ya de murallas fué todavía interiormente dividida en cuarteles fortificados y flanqueados de torres. Todas esas obras, producidas por el temor y la desconfianza, se hicieron con los restos de los antiguos monumentos que se levantaran en tiempo de paz. Cárlos de Anjou consiguió reunir á la Provenza tal ciudad que no supo sostener su independencia; y despues de esta época, Arles, si bien apeada del alto lugar que por tanto tiempo y gloriosamente ocupara, ha gozado al menos de una existencia tranquila que hacen grata aun los recuerdos de su antigua ilustracion y las imponentes ruinas de su pasada grandeza.

La ciudad de Arles está situada algo mas abajo del ángulo de la que forma *delta* el Ródano dividiéndose en dos ramos. Está sentado sobre un banco de rocas que domina la ribera izquierda del gran Ródano, inclinándose suavemente hácia las orillas. Sus calles, sin que sean tiradas á cordel, conservan cierta regularidad. Son sus plazas pocas y no muy espaciosas, pues hay solo tres: la *plaza Real* en que hay la casa de la ciudad, la cárcel, el museo, la fachada de la iglesia de S. Trofimo, y por principal ornamento el antiguo obelisco de que se ha ya hablaco; la *Plaza del Plano de la corte* y la *de los Hombres*, todas las cuales son perfectamente regulares. Sirve la primera de mercado, de paseo en invierno y de circo para corridas de toros y juegos gimnásticos; la segunda es concurrida en verano porque mira al norte y hay en ella sombra; últimamente la tercera, plantada de olmos y rodeada de los principales edificios y de los mejores cafés, sirve de punto de reunion todo el año y á todas horas, tanto para naturales como para extranjeros. Los alrededores de Arles son muy agradables; forma toda la parte meridional un largo paseo llamado *la liza*, que tiene tres calles de árboles, sirviendo la del centro que es mas ancha que las otras dos de principal camino. Cerca en toda su longitud por la parte exterior á este hermoso paseo el canal de Crapona, y pasado este hay jardines y praderas. En la parte septentrional, camino de Tarascon y á orillas del Ródano, hay otro paseo de soberbios olmos. Los Eliscampos, antiguamente Campos Elíseos, pueden considerarse como otro paseo agradable por sus sitios y pasajes varios, é imponente por los pensamientos que sugiere.

Decoran la ciudad de Arles restos grandiosos de antigüedades, siendo su anfiteatro uno de los mas majestuosos, monumento que es la mas palpable prueba de la magnificencia romana. Su inmensidad y ventajosa situacion que domina la ciudad atraen las miradas del viajero, siendo el objeto que primero descubre y el que mas excita su interés. La longitud de su diámetro es de 140 metros de norte á sud y su latitud de 103 metros de este á oeste. Tendria cuarenta y tres órdenes de gradas y contendria hasta 80,000 expectadores. Consta de dos órdenes arquitectónicos, lo mismo que el de Nimes, y como este tam-

bien tiene sesenta años; sus dimensiones empero son algo mayores, mas considerable su extension y mas elegante su arquitectura. El primer piso es de pilastras de órden dórico, el segundo era de columnas corintias, hallándose la prueba en la puerta de mediodía cuya columna izquierda conserva aun su capitel. Todas las demas son truncadas, y la parte superior del edificio demolida hasta el friso de las arcadas, circunstancia que siendo casi uniforme desde lo alto del edificio, indujo en error á algunos anticuarios, en particular al célebre Escipion Maffei, habiéndoles hecho creer que habia quedado imperfecto desde su construccion. Asegura Maffei que no pudo encontrar en todo el recinto vestigio alguno de gradas, y sin embargo nada mas fácil que reconocer lo contrario, siendo aun muy visibles tres escalones casi en frente de la capilla de S. Genest; existe otro en lo alto del edificio trás de la columna de la puerta de mediodía que hemos citado, y aun puede que se encontrasen otros entre las ruinas que llenan el interior de la circunferencia. Por otra parte, hablan las historias de juegos célebres dados en el amfiteatro de Arles, hacen mencion las inscripciones de los encargados de ellos, por lo cual no es dable dudar de si se concluyó el edificio. Unicamente quedó imperfecta su decoracion, siendo nada mas que delicadas las hojas del capitel que subsiste aun, y estando aun por pulimentar las bases de las columnas que todavía son visibles.

En las extremidades de los diámetros habia cuatro puertas; la principal es la del Norte, hermosa aunque sin ornatos, de imponente grandor y de majestuosa forma. Tiene magnífico aspecto el corredor por el cual se iba á la arena. Debajo de esta puerta hay la entrada de una habitacion subterránea que es la parte mas rara y curiosa del edificio, siendo su construccion proporcionada con el enorme peso que tenia que sostener. Además de ser sus piedras, como las demas del edificio, prodigiosamente grandes, está su bóveda reforzada con arcos muy espesos, que parecen destinados á subsistir eternamente. A derecha é izquierda hay las entradas de las subdivisiones del estrado subterráneo, en el cual se ha pretendido ver las casillas de las bestias destinadas para los expectáculos y conductos que bajaban de la parte superior, los cuales daban paso al agua que iba por otros conductos al Ródano. En el siglo VIII fué convertido en fortaleza el anfiteatro de Arles; construyéronse torres en sus cuatro puertas, de las cuales subsisten dos aun, habiéndose destruido la parte superior del edificio para construir dichas torres y para tapar la abertura de los arcos. Tal fué el destino de los grandes monumentos romanos en Francia como en Italia, y la arena de Nimes corrió la misma suerte.

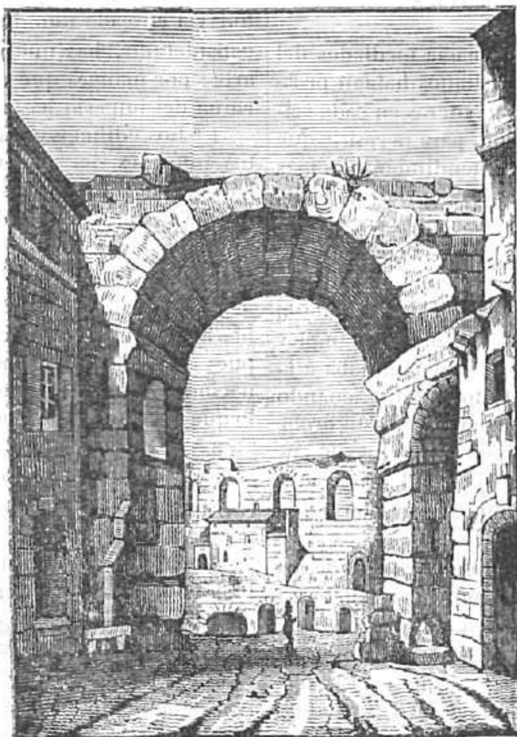
El antiguo teatro de Arles es uno de aquellos monumentos los cuales por singularidades hasta cierto punto inexplicables y por caracteres opuestos, desairan la crítica y confunden al observador. Ofrece partes dignas de los mejores tiempos del arte y otras que solo pueden pertenecer á la corrompida arquitectura de las últimas edades del Imperio. No pretendemos hablar de las magníficas estatuas que se hallaron en su recinto. Púdose adornar con antiguas figuras un edificio construido en una época imperfecta del arte, mas lo que admira en este trabajo concebir la reunion de partes tan poco semejantes en un mismo todo; es el notable contraste de la bárbara decoracion del recinto con las suntuosas columnas que formaron parte de su escena, y cuya escultura es tan admirable aun en su estado de degradacion. Construido el edificio en una época en que tan bien se trabajaba el mármol, ¿fué por ventura reparado dos siglos despues, ó bien el arquitecto encargado de su construccion en la decadencia del Imperio robó á un monumento antiguo los ornamentos con que queria decorarle? Preciso es elegir una de las dos suposiciones. Visibles son aun dos porciones de la decoracion exterior del teatro de Arles, las cuales se oponen directamente. La del norte no tiene ya sino el arco del piso bajo, la del mediodía metida en la muralla de la ciudad conserva sus tres pisos ó altos, y es lo que se llama Torre de Rolando. Dicha torre, aunque desfigurada por los cambios que ha hecho indispensable la distribucion de una habitacion moderna, conserva sin embargo un aspecto pintoresco; es bella en su conjunto y rica en color. Del teatro de Arles hanse extraido magníficas estatuas de bailarinas, fragmentos de otras figuras y una gran cantidad de restos de frisos, cornisas, arquitrabes, todos de hermoso mármol y trabajo excelente. Una sola excavacion, que se hizo con el objeto de abrir una despensa, dícese que produjo tal tesoro, y otros fragmentos, sin contar la Venus de Arles que durante un siglo ha sido uno de los principales ornamentos de la galería de Versailles. Abandonada estuvo por gran tiempo tan fecunda mina, mas la administracion ha ordenado ya nuevas pesquisas, las cuales se siguen y activan.

Contiene Arles muchas iglesias La primera es San Trófimo, que fundó S. Virgilio al principiar el siglo VII bajo la invocacion de S. Estévan, habiendo formado el nombre de S. Trófimo cuando en 1152 se llevaron á ella las reliquias de este santo obispo. Hoy dia es una de las iglesias mas señaladas del departamento. Su segunda parroquia es nuestra Señora Mayor, cuya fundacion asciende al siglo III, siendo segun se cree el templo de Cibeles. El famoso altar de esta Diosa, conservado en el museo de Arles, encontróse el año de 1758 en el umbral de la puerta de la iglesia, la cual hizo ensanchar el arzobispo Ravenio en 453, y el papa Julio III en 1451 la concedió un capítulo compuesto de un Dean y nueve canonigos que conservó hasta la revolucion. La iglesia de la abadía de S. Clóreo está dedicada á S. Juan Evangelista; cual iglesia habia fundado en 508 dicho santo en los Campos Elíseos; mas los peligros que de continuo amenazaban á las religiosas con las excursiones del enemigo hicieron que se trasladaran á la ciudad en 1359. Habia en Arles antes de la revolucion un gran número de conventos de ambos sexos en sus respectivas iglesias, casi todos los cuales se han vendido y destinado á distintos usos. La iglesia de Sta. Ana que servian los padres del Oratorio fué convertida en Museo por decreto de 9 de enero de 1805. Corriendo el año de 1812 se coleccionaron en el nuevo Museo todos los fragmentos de antigüedades esparcidos por la ciudad y territorio, ó que se guardaban en el antiguo Museo de S. Honorato.

En época muy remota, la casa municipal de Arles estaba sita en el cuartel de *Carlos Chinet* cerca de las Arenas, viéndose todavía hoy dia un arco de bóveda

de construccion romana, que indica la situacion del edificio antiguo. En 1542 compró la comunidad el local que ocupa el nuevo edificio de la municipalidad, habiéndose nueve años despues construido la torre del Reloj. Finalmente, reinando Luis XIV, el 26 de diciembre de 1665, púsase la primera piedra del actual edificio, que delineó Mansard, y se acabó en 1673. Conservóse en la nueva construccion la torre del Reloj y es parte integrante de ella, aumentando su hermosura con su elevacion y elegancia. Lo mas admirable del edificio es la bóveda de su pórtico ó soportal, notable por la osadía de construccion y por lo bien acabado de la obra. Los archivos de Arles son muy interesantes por la variedad y antigüedad de las actas y títulos que contienen.

Ya que hemos hablado de la ciudad de Arles y de sus principales edificios, es justo que consagremos algunas líneas al arrabal ó barrio de Trinquetaille. Reinando Constantino y sus sucesores era mas grande que la ciudad, pero menos adornado, pues en él habitaban los marinos y mercaderes. Habia en el dicho barrio templos, plazas y baños públicos, cuyas ruinas han aparecido en varias épocas, viéndose todavía los restos de un antiguo cementerio muy dilatado. Caido el Imperio romano, la poblacion que se hallaba expuesta á las incursiones de los bárbaros pasó en parte á la ciudad y la que quedó en el arrabal derribó las casas de los cuarteles exteriores, empleando los escombros en la construccion de murallas para defenderse. Así fortificado, tomó el barrio el nombre de *Trencatallas*, de dos palabras latinizadas en esta época; *truncare* romper, truncar, y *taillare*, cortar, reducir, porque efectivamente reduciendo el recinto antiguo se formaron las murallas. El barrio de Trinquetaille



Anfiteatro de Arles.

fué comprendido en los dominios del arzobispado de Arles, habiéndole sus posesores dado en feudo á la casa de Baux hácia el siglo XI. Los príncipes de esta casa construyeron en él un castillo, de que solo quedan ya cimientos en la parte alta del barrio. La antigua iglesia, consagrada á S. Pedro, era una dependencia de la iglesia de la abadía de S. Gil, y de ella se habla en la bula de Calixto del año 1120, *Ecclesiam Sancti Petri de Trincatellas*. En 1145 el emperador Conrado III dió á Raimundo de Baux y á Estevaneta su esposa el privilegio de batir moneda con su sello, en Arles, en Aix, y en el castillo de Trinquetaille. En 1300, Bertrand de Baux, conde de Avelin, vendió este señorio á Rostand arzobispo de Arles, y finalmente Silvio de Santa Cruz, uno de sus sucesores, la volvió á vender á la comunidad de Arles al precio de 725 escudos de oro, por acta de 7 de setiembre de 1579.

En Arles mas que en otro paraje de Provenza hanse conservado algunos vestigios de las costumbres romanas. El traje de las mujeres, como vestian antes de la revolucion, no dejaba de parecerse al que usaban las damas romanas del tiempo de la dominacion goda, el cual tampoco era sino el antiguo romano modificado. Ha variado mucho el actual traje de las mujeres.

que es un jubon muy corto de tela negra sobre zagalejo de seda de color subido. No hay país en Provenza donde las mujeres vistan con mas primor, cuidado y elegancia, siendo así que los hombres se cuidan poco. Los hijos de Arles, vivos naturalmente, tienen grande apego á su país el cual aman tambien mucho los viajeros; es fuerte su constitucion y la conservan buena con ejercicios gimnásticos; respetan las cosas religiosas y son fieles á las costumbres de sus padres. Conócese desde luego que no se han borrado aun del todo los recuerdos de grandeza romana y de la independencia en que vivieron por mucho tiempo bajo la proteccion del Imperio, recuerdo que no solo influye en el carácter particular de los habitantes de Arles, si que tambien en el modo de tratar los negocios generales que tienen relacion con la ciudad.

ESPAÑA ARTISTICA Y MONUMENTAL

Conclusion de la Introduccion (*).

Volviendo á lo que decíamos, hácia mediados del siglo XI ya los negocios de los Cristianos habian prosperado hasta el punto de que las fronteras en cada reino distaban bastante de lo interior, para permitir que se atendiese á trabajos en que el entendimiento es mas necesario que la fuerza. Trocados los papeles, es decir, siendo entonces conquistadores los antes conquistados, la miseria popular disminúia; las riquezas de los reyes, de los magnates y del alto clero crecian diariamente, y esto refluyó naturalmente en beneficio de la Iglesia, madre de los combatientes, señora del amor y veneracion de los pueblos, y cuya bandera guiaba á la victoria las cristianas huestes. Entonces fué cuando realmente se dejó sentir la influencia del gusto árabe que se percibe en nuestros antiguos edificios; y entonces tambien, comenzando la sociedad cristiana á consolidarse, principia el arte á ofrecer caracteres distintos.

A esa edad pues, en que sacudida la rudeza de los primeros tiempos se caminaba, aunque con tenebrosa luz é inciertos pasos, á la perfeccion de las artes, que no tuvo lugar hasta el reinado de los Reyes Católicos y sus inmediatos sucesores, nos parece que es á la que mas propiamente puede llamarse en España, y llamarémos nosotros en el discurso de nuestra obra, la *edad media*.

De paso que fundamos esa denominacion, punto importante porque ya puesta al uso conveniente es fijar su sentido, pues que ha de emplearse con frecuencia, tambien hemos indicado las causas que paralizaron durante largos años los progresos del arte ó influyeron en sus primeros pasos, y justificado la eleccion que en general harémos de nuestros asuntos.

Ocuparnos de monumentos iberos, celtas ó fenicios fuera lanzarnos en el vacío de las conjeturas, exponernos casi con evidencia á cometer infinitos errores, y, finalmente, escribir solo para media docena de ardientes apasionados á los estudios arqueológicos.

De las antigüedades romanas no dirémos ni que escaseen, ni que ofrezcan iguales riesgos, pero sobre que es materia conocida, pertenece mas á la historia de aquel gran pueblo que á la de la monarquía española, y nuestro propósito fué desde luego el de ocuparnos en el exámen de los monumentos verdaderamente *indígenas*, permítasenos la calificacion.

Descartados pues de esos antiguos monumentos, los que nos restan pertenecen unos á la monarquía goda propiamente dicha, otros á la época de la restauracion, y los últimos en fin á la de la monarquía completamente restaurada.

De los primeros quedan pocos, y sin mezcla acaso ninguno. De los segundos muchos y muy numerosos, que unidos á los anteriores y á los del arte que les siguió, pudieran clasificarse en tres grandes períodos, á saber: 1.º Desde la invasion de los Godos hasta el siglo XIV; 2.º Los siglos XIV y XV; y 3.º De principios del XVI á la época que alcanzamos. Mas téngase presente que tales clasificaciones son por su naturaleza vagas, pues siendo los edificios producto del ingenio humano, sujetas están sus formas á la misma caprichosa variedad que las demás obras de los hombres.

Hecha esa indispensable aclaracion, dirémos que todavía en cada uno de los tres períodos que hemos considerado, hay que distinguir varios estilos en el arte: por manera que en el que comprende desde la ruina del imperio hasta fines del siglo XIV hallamos:

1.º Los edificios construidos hasta el siglo XI, restos informes del arte romano amalgamados con las bárbaras construcciones de las tribus del Norte, y que por lo mismo carecen de carácter propio y esencialmente original;

2.º El estilo llamado por unos *romano de la decadencia*, por otros *bizantino*, y que acaso en España debiera ser conocido con el nombre de *gótico primitivo*, pues en efecto fué el primero en que los Godos y la nacion á ellos sujeta dieron muestras de comprender lo que la arquitectura fuese;

3.º El del arco apuntado, que se llama generalmente *gótico*, en su manera primitiva: severo é imponente, sólido ó mas bien macizo, pero sin gracia ni elegancia;

4.º En fin, el estilo mixto de gótico y arábigo; tambien como el anterior en sus primeros pasos.

Pasando al período que comprende los siglos XIV y XV vemos al estilo gótico, sintiéndose ya fuerte, marchar con desenvueltos pasos, ostentando en el pensamiento de sus edificios poético misticismo, en el arrojo de sus construcciones vigorosa valentía, y admitiendo en sus adornos esa especie de afiligranado trabajo que llaman los artistas *crestería*. Despues ese mismo género se perfecciona, embellece y acicala, prodigando con profusion magnífica y fecundidad asombrosa sus complicados, graciosos y ricos adornos, hasta el punto de merecer el nombre de *florido* con que en efecto se le distingue de sus hermanos primogénitos pero por él suplantados. En uno y otro caso, no lo olvidemos, el gusto arábigo modifica en ocasiones el pensamiento genuino, produciendo un arte combinado casi exclusivamente propio de España.

Llegó en tal estado el décimosexto siglo, que es en el que comienza nuestro período tercero, y dejáronse sentir en las artes como era natural las influencias inevitables de los tiempos. De Italia, adonde unidas las coronas castellana y aragonesa se extendió la monarquía, vinieron el amor á los estudios clásicos y la consiguiente imitacion de los modelos de la sabia antigüe-

(*) Véase las páginas 398 y 407.

dad, generándose con la mezcla y amalgama de los estilos gótico florido, arábigo y clásico, lo que con propiedad notable se llama renacimiento del arte. Pero andando el tiempo, la aficion creció de punto convirtiéndose primero en amor y pasando á idolatría; y en consecuencia de imitar á Griegos y Romanos aprovechando al mismo tiempo, como parecia razon, el trabajo de los siglos transcurridos desde que las águilas se abatieron, se pasó tambien á copiar en todo y para todo una arquitectura bellísima indudablemente, pero poco en armonía con las costumbres, necesidades, hábitos morales, y religiosas creencias de los pueblos á que se aplicaba. Por lo tanto, aunque la resurreccion del clasicismo produjo un Herrera, todas sus maravillas bastaron apenas para que la nueva vida durase al antiguo género lo que al grande arquitecto la suya; pues si bien se han construido despues en España algunos excelentes edificios en el estilo de que hablamos, casi al mismo tiempo que esa escuela florecia en su apogeo, comenzó la imaginacion de los artistas á descarriarse á pasos agigantados. Entonces fué cuando viejos los pueblos, gastadas las instituciones, caducando la filosofía, y preparándose en el seno de la sociedad, como en las entrañas de la tierra la explosion de un volcan, esa tan grande como terrible revolucion comenzada en Francia á fines del siglo pasado y que el cielo sabe solo donde y cuando se terminará; entonces, decimos, fué cuando, mal avenido el ingenio con las trabas del arte clásico, y cansado el vulgo de lo bueno, tuvo lugar primero la decadencia y despues la época conocida con el nombre del mal gusto, á la cual sucedió la muerte de la arquitectura ó poco menos.

Volvamos la vista atrás por un momento. Hundióse con Roma, no una ciudad, no un imperio, sino toda una civilizacion, dejándonos apenas otro rastro que el de sus magníficos monumentos, que aun hoy sirven de fare á los que se arrojan al piélago de las investigaciones arqueológicas. Al organizarse la sociedad gótico-española, sintiendo solo la necesidad de existir, cuida poco de las comodidades de la vida, menos de la ostentacion arquitectónica. La solidez era entonces la mas preciada prenda, y sola esa hallamos tambien en los edificios de aquella época.

A medida que el estado se robustece y siente fuerte, las artes van desplegando las alas; da el brazo alguna vez lugar al entendimiento; no desdeñan las armas el acompañamiento de la cortesía; y domina en fin el espíritu religioso en el cuerpo social. Véase á la arquitectura ya osada, admitiendo el ornato, mística y poética tambien.

Con la invasion de los Arabes perecen casi todas las obras de los Godos, y hasta que los dos pueblos conquistador y conquistado se equilibran no hay arte en España. Mas cuando en el discurso de la obra colosal de la restauracion de la monarquía, entrambas partes han sufrido los reveses de la guerra, esta se humaniza, las comunicaciones se hacen frecuentes, y al paso que en la parte moral los infieles se hacen Españoles y estos no toman poco de aquellos, la arquitectura progresa en los dos pueblos, y mas tarde los estilos arábigo y gótico se mezclan, confunden y amalgaman.

Isabel y Fernando se coronan reyes de España, de Nápoles y del Nuevo Mundo; su nieto el grande emperador Cárlos Quinto vence á sus rivales ó con la espada ó con la generosidad, y llega á ser el árbitro de la Europa: nuestra arquitectura crece, se desarrolla, se engalana, pone á contribucion lo pasado y lo presente, es la primera entre las primeras.

Sube Felipe Segundo al trono: ahí está el Escorial, tan sombríamente grande, como el monarca mismo cuya memoria no tiene igual en nuestros anales. Con los débiles descendientes de la casa de Austria, el arte es muelle; y con el último, con ese Cárlos Segundo, á quien como Españoles quisiéramos olvidar, son sus obras miserables abortos de raquíticos ingenios.

¿Quién no reconoce en la severidad clásica, en la solidez elegante, en la ostentacion del lujo arquitectónico de las obras del tiempo de Cárlos Tercero, el carácter noble, recto espléndido, de aquel excelente monarca?

¿Y quién en lo incierto, caprichoso y confuso del arte durante la época que llega hasta nosotros, no advierte la inseguridad continua de los gobiernos, la agitacion de los pueblos, la violencia é instabilidad de las doctrinas, el siglo de transicion, en fin, en que vivimos?

Por esa rápida ojeada que acabamos de echar sobre nuestra historia haciendo ver las modificaciones que el arte sufrió en sus distintas épocas, parécenos que debe comprenderse claramente, que en nuestra opinion conocer la arquitectura de un pueblo es conocer tambien al pueblo mismo, al menos en general y con respecto al grado de civilizacion en que se halla. Ciertamente no basta el estudio de los monumentos, por profundo y aprovechado que sea, para escribir la historia. Enemigos de exageraciones, nos guardarémos de incurrir en esa: pero sostendrémos con íntimo convencimiento que sin el auxilio de aquel importante ramo de los conocimientos humanos, jamás podrá formarse cabal idea de la índole, carácter, é ilustracion de un estado.

Tal es nuestra opinion, y en ella se funda el pensamiento de la *España artística y monumental:* pero fuerza es repetirlo, sacar de la cantera y desbastar algunas piedras, no es levantar el edificio. Júzguesenos pues por lo que intentamos, y basta para ejercitar la indulgencia del público: mas no se crea ni que escribimos un libro dogmático, ni que cuando decimos nuestro parecer queremos que se reciba por ley, ni menos que locamente aspiramos á ser tenidos por maestros en tan difícil arte.

P. E.

CLERMONT FERRAND.

FUENTE DE S. ALIRIO.

Entre las curiosidades que embellecen el suelo de Francia, ocupa un principal lugar la fuente y puente natural de San Alirio, en los arrabales de Clermont-Ferrand. San Alirio poseyó en otro tiempo un famoso monasterio bajo la invocacion de San Clemente papa, á quien lo consagró San Ilidio, dicho vulgarmente Aliro ó Alirio, cuarto obispo de Clermont, el cual fué enterrado y dió su nombre al lugar que se llamaba antes de él barrio de los cristianos.

Debe San Alirio toda su celebridad á una fuente termal de 20 grados de calórico por término medio, la que bien que límpida y transparente, contiene en disolucion materias calcáreas de que deja trazas en

todo su curso. Muchos manantiales termales, tales como los baños de San Felipe cerca de Badicofani en Toscana, los de San Julian cerca de Liorna, el lago de Bullicami cerca de Viterbo, dejan una capa calcárea; mas ninguno contiene dichas materias en la abundancia que la fuente de San Alirio. Esta fuente petrificante háse construido naturalmente un puente que cubre el riachuelo de Tiretaine, que no tiene mas que un arco macizo de piedra sin labrar, de 240 pies de largo, conserva siempre el nivel no obstante hacer pendiente el terreno, y en una de sus extremidades parece que sale de tierra, mientras que en la otra tiene 16 pies de altura sobre un ancho de 12 pies en su mayor extension que crece por grados. Aunque en esta extension se mezcle con materias estrañas, es sin embargo calcáreo en todas partes y en todas homogéneo. Todo es caprichoso é irregular en semejantes construcciones espontáneas, lo cual las hace objeto de estudio para el naturalista y de admiracion para el vulgo.

En el dia el puente de San Alirio está separado del manantial; el cual obstruyó su primer alvéolo se hizo otro luego mas elevado, y á no contener sus progresos edificárase aun nuevos puentes y murallas, pero se cuida de demoler tales trabajos incómodos á medida que los produce.

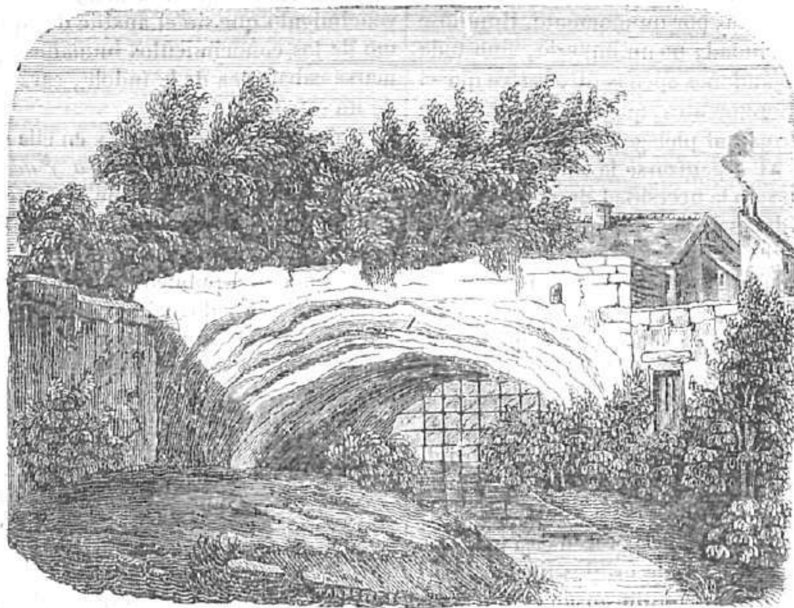
Es tanta la antigüedad de este puente, que el viejo necrologio de San Aliro dice hablando de la abadía de este nombre.

Juxta et fons saltus pontem lapidescit in altum.

El puente y el manantial que lo produjo son las mas notables de estas curiosidades naturales, no siendo empero las únicas que encierra el pueblo de San Alirio, pues otros manantiales se hallan en él que producen análogos efectos, y buena parte de las casas están construidas sobre una roca compuesta de dichos depósitos calcáreos.

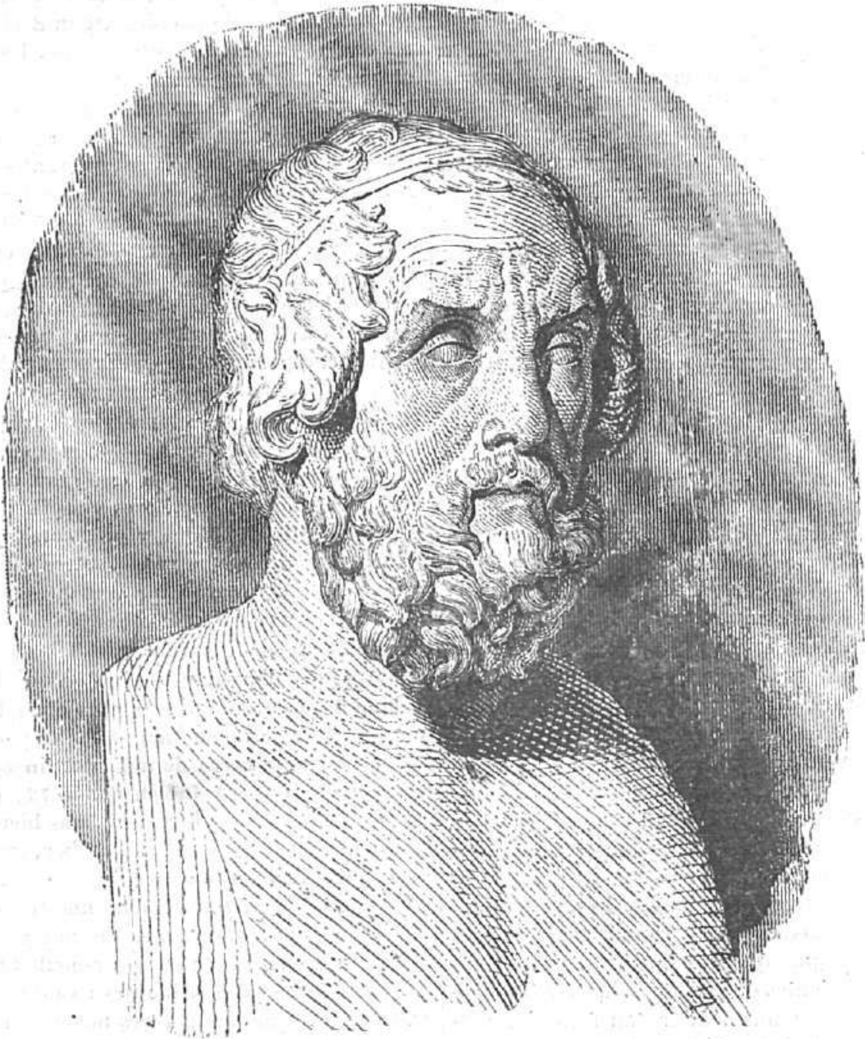
La fuente de San Alirio es el término de las excursiones de todos los que visitan á Clermont. Sus productos son un ramo de comercio para sus habitantes, los cuales colocan en el manantial objetos de todas especies frutas, plantas, cestas, animales que se cubren en poco tiempo de una capa que les da el aspecto de fósiles, y siguiendo la expresion pintoresca que emplea Plinio hablando de la cascada de Terni, *lapideo cortice obducuntur*, esto es, se cubren de una corteza de piedra.

Las petrificaciones cuestan buenos cuartos á los viajeros que desean llevarse un recuerdo de la fuente de San Alirio.



Puente de San Alirio en Clermont Ferrand.

HOMERO.



HOMERO.

Homero, es el mas grande y acaso el menos conocido de los poetas. Despues de tantos siglos como han transcurrido desde que floreció este hombre nunca bastante elogiado, los pormenores ó circunstancias de su vida son todavía un objeto de duda, y aun un problema su existencia. Los unos le hacen natural de Egipto, y le suponen hijo de Diágoras y de Echras, añadiendo que su nodriza hija de Oro, sacerdote de Isis era profetisa que jugaba en la cuna con nueve tortolillas, y que el acento de su voz se asemejaba al gorgeo de nueve especies de pájaros. Los otros le atribuyen un orígen mas ilustre todavía; pero en tanto que sus partidarios le componen estas esclarecidas genealogías, y que hasta nos le presentan hijo de Apolo en línea recta, sus detractores solo ven en él un miserable que mendiga de ciudad en ciudad; un plagiario que recorre el mundo en busca de los autores que habian escrito antes que él acerca de la guerra de Troya; un ingenio mediano, fácilmente vencido en su lucha poética con Hesíodo, etc. etc. La mas célebre y menos ridícula de estas supuestas historias, es la que se ha continuado atribuyendo á Herodoto, á pesar de las dudas y las conjeturas de muchos sabios; pero no se ha dejado de mirar con estrañeza que el padre de la Historia hubiese escrito la vida del padre de la Poesía. Sea lo que fuere, respecto de que Estrabon no se ha desdeñado de hacer una autoridad de este romance histórico, ni el sabio Larcher de traducirle, creemos que es un deber nuestro el dar aquí un rápido análisis de aquella relacion. Un tal Menalipo oriundo de Atenas, establecido en Cumas en Jonia, tuvo una hija llamada Critheis, quien ya huérfana quedó bajo la tutela de Cleanax, amigo de su padre. El tutor abusó del depósito que se le habia confiado, y habiendo dado en ojos de los curiosos el embarazo de Critheis, la envió á Esmirna, donde dió á luz á Homero y quedó reducida á la necesidad de hilar lana para mantenerse. Femio que tenia en Esmirna una escuela muy acreditada de bellas letras y de música, se enamoró de aquella desgraciada, casó con ella, adoptó al hijo; y el jóven Homero habiendo quedado huérfano sucedió á su padre adoptivo en la posesion de los bienes y de la escuela, y no tardó en adquirirse la reputacion de buen maestro. Pero un patron de barco, llamado Mentés, le persuadió á que le siguiese en sus viajes, y Homero que ya meditaba la *Iliada* y que queria adquirir por sí mismo noticias y conocimientos de los hombres y de los lugares, no dejó escapar una ocasion tan favorable y oportuna. Despues de haber visto, pues, la Italia y la España, desembarcó en la isla de Itaca, donde supo muchas particularidades relativas á Ulises, é inmediatamente trató de volver á Esmirna, donde acabó su famosa *Iliada*. Mas el favor público le habia abandonado, por lo cual dejó de nuevo aquella tierra ingrata y anduvo errante por muchas ciudades del Asia menor, recitando sus versos y experimentando alternativamente los favores y los reveses de la inconstante fortuna. Por último, fijó su residencia en Quio, donde abrió una escuela pública juntando algun caudal, se casó, y perdiendo la vista quedó ciego y padre de dos hijas. En aquel retiro fué pues donde compuso la *Odisea*; pero habiendo querido pasar á Grecia para ostentar su gloria en un teatro mas vasto, murió en la travesía en la isla de Yos, una de las Sporades, cuyos habitantes le erigieron un sepulcro en la orilla del mar. Si nada de esto es cierto, como es permitido pensarlo, á lo menos nada tiene de inverosímil esta relacion; y si no es en efecto mas que un romance, tiene cierto grado de verosimilitud que le hace creible. De todas las ciudades que se han disputado el honor de ser cuna de Homero, Esmirna y Quio son las que han apoyado sus pretensiones en pruebas las mas plausibles en apariencia. Los ciudadanos de Quio se vanagloriaban de poseer en la familia de los *Homeridas*, los descendientes de aquel ilustre poeta, y habian acuñado en honor suyo una medalla que representaba á Homero y el rio Melés, en cuyas orillas habia nacido, segun decian; por lo cual le dieron el nombre de *Melesigeno*. Lo mas probable en medio de tantas opiniones diferentes, es que Homero fué dado á luz cerca de Esmirna, que pasó una vida errante, como los poetas de su tiempo, que visitó en frecuentes viajes las diferentes ciudades griegas, componiendo himnos para las fiestas de los dioses, y recitando sus poemas en las juntas ó reuniones religiosas y solemnes; que perdió enteramente la vista; que durante algun tiempo vivió en Quio, y que murió viejo en la estrecha isla de Yos. Pero si se vió reducido á la indigencia, y aun obligado algunas veces á mendigar un asilo durante su vida, tambien los de Smirna, Tolomeo, Filopator y otros le dedicaron templos despues de su muerte, los Argivos le tributaron honores divinos. No es menos confusa ó incierta la época en que vivió este gran poeta. Si se da crédito á algunos escritores griegos fué contemporáneo del sitio de Troya, y por consecuencia fué testigo ocular de lo que cantó. Otros suponen su nacimiento en una época menos remota en ochenta años, en ciento, y aun en trescientos. Veleyo Patérculo, que escribia á fines del reinado de Tiberio, hácia el año 37 de J. C., dice, que desde Homero hasta sus dias habian transcurrido novecientos años. Plinio y Juvenal que florecieron en tiempo de Vespasiano y Domiciliano cuentan cerca de mil, y Solin asegura que la muerte de Homero fué en el año 72, de la toma de Troya. En este conflicto, ó mas bien este caos de opiniones diversas, el sabio Larcher, cuyo parecer es una autoridad en materia de cronología, estableció un cálculo, en virtud del cual nuestro poeta debe haber nacido 884 años antes de nuestra era; y esta época parece en efecto la mas conciliable con los pormenores de las artes brillantes y suntuosas de un lujo extremado, que tantas veces nos describe en sus versos, y que parecen poco compatibles con lo grosero de un siglo mas cercano á los tiempos de la guerra de Troya. Sin embargo la confusion, ó la imposibilidad reconocida de haber cosa alguna positiva acerca de esto, ha hecho dar á algunos escritores en el extremo contrario; y en tanto que los unos daban, segun ellos, datos ciertos á la cronología homérica, otros ponian en duda hasta la existencia de Homero, y apoyaban sus opiniones en autoridades, á su ver, *sin contradiccion*, y en argumentos *sin réplica*. La mas singular y atrevida de estas paradojas es la del doctor Bryant, quien sin negar la existencia de Homero supone que nació en la Tebas de Egipto. Era, dice, un poeta su-

persticioso, que despues de haber envejecido en las márgenes del Nilo, robó los poemas de la ingeniosa *Fantasía* en los archivos del templo de Isis; de modo que los acontecimientos de la *Iliada* y la *Odisea* eran en el original unas reminiscencias de los anales egipcios, y el diestro plagiario trasladó la escena á la Troade, y disfrazó con nombres griegos los dioses y los héroes de la monarquía de los Faraones. El doctor holandés Cresio ha visto en la *Odisea* la historia de los Israelitas gobernados por los patriarcas, y la toma de Jericó en la *Iliada*. Otro ha pasado mas adelante, y ha creido seriamente que Homero y Hesíodo eran oriundos de la Bélgica. No así el sabio Wolfio, y el respeto debido á semejante nombre requiere una atencion seria. Wolfio, á quien se debe sin disputa la mejor edicion de Homero entre tantas como se han hecho, se esfuerza en probar en sus porlegómenos, que el autor de la *Iliada* y de la *Odisea* es un ser imaginario, y no ve en Homero mas que un rapsodista por excelencia, que ha puesto los cimientos de una pirámide que sus sucesores han dirigido lentamente de siglo en siglo hasta su último sillar. No tenia esta paradoja el mérito de la novedad, pero tampoco habia hecho hasta entonces mas que una sensacion mediana: los unos clamaron diciendo que era una blasfemia, los otros que escándalo, y en medio de esto no se habia pensado en refutarla seriamente. Pero no sucedió así cuando por un efecto del talento y de la erudicion de Wolfio, adquirió toda la autoridad necesaria para excitar mucho ruido y llamar la severidad del exámen. Si se cree á este sabio y justamente celebrado helenista, Homero no habia *escrito* y sí *cantado* ó *recitado* sus versos, fielmente conservados durante muchos siglos en la memoria de los *rapsodas*. Esta opinion, seguida igualmente por Wood, Merian y últimamente por Ilgen, se funda principalmente en que Homero no hace mencion alguna del arte de escribir en sus obras, de lo que deducen que este no era conocido en su tiempo. Es verdad que se les ha contextado que si Homero no habla de la escritura, es porque como observador escrupuloso y pintor exacto de las costumbres que describe no ha debido hacer mencion de un arte ignorado en los tiempos puramente heróicos. Perc Wolfio pasando de aquí y admirado igualmente de los disparates que cree notar entre las diversas partes de que se componen la *Iliada* y la *Odisea*, no titubea en mirarlas como una serie continuada de obras de diferentes autores, y solo concede á Homero la gloria de la idea principal, y el mérito cuando mas de una parte de los versos. Esta hipótesis establecida y desenvuelta con todo el arte y el ingenio posible, fué admitida favorablemente por algunos literatos, pero tambien encontró terribles antagonistas, entre los cuales se distiguieron Larcher, Sainte-Croix, Cesarotti, y últimamente Payne Knight en los prolegómenos de su edicion de Homero. Al análisis sucinto de estas diferentes opiniones sobre la persona del Padre de los poetas sucede naturalmente la historia crítica de sus obras. Compuso, ó á lo menos los antiguos le han atribuido, un gran número, de las cuales se puede ver el catálago en Fabricio, y solo nos queda el título d la mayor parte de ellas, y aun acerca de él no están acordes los sabios. Poco sensible seria sin duda la pérdida de la *Batracomiomaquia*, composicion rara, y en la cual á excepcion de algunos pormenores y algunos versos, cuesta mucho trabajo descubrir el genio y el estilo de Homero: como tambien en la de los *Himnos*, en número de veinte y cuatro, y entre los cuales dos ó tres pertenecen tal vez á Homero verdaderamente. Acerca de esto se puede consultar las dos cartas críticas de Ruhnken en su segunda edicion del *Himno á Ceres*, Leyden, 1782, y á Ilgen y Hermann que han publicado de aquellos mismos *himnos* algunas ediciones justamente estimadas en cuanto á la crítica del texto, y las conjeturas sobre sus fechas y sus autores. Los *Epigramas* y los *Poemillas* no tienen ningun carácter de autenticidad, ni merecen tampoco que nadie se detenga en hacer investigaciones. En la *Iliada* y la *Odisea* solamente es donde se ha de buscar y donde encontrarémos el genio de Homero con toda su fuerza y todo su esplendor. Cuanto mas se leen, mas se admiran estas dos inmortales producciones de la imaginacion; menos se concibe como por el amor á la paradoja y la ambicion de decir cosas nuevas con riesgo de comprometer su talento, su buen gusto y sus conocimientos, hayan podido dejarse alucinar unos sabios tan distinguidos, hasta avanzar, hasta pretender probar que un solo y mismo genio no habia podido concebir estas grandes y bellísimas obras; siendo así que el arte infinito que las enlaza y que coordina tan admirablemente sus inumerables partes, es quizás lo que hay mas admirable y asombroso en la *Iliada* y la *Odisea*. Tan felizmente se impugna tambien la opinion que conviniendo en que Homero sea el autor de ambos poemas, quiere que jamás haya escrito ni siquiera un verso, y que habiendo quedado todos en depósito en su memoria, como queda dicho, iba recitándolos de ciudad en ciudad á fin de alcanzar de la compasion y admiracion del público los socorros que reclamaba su extremada indigencia. Suponer que la tradicion oral ha conservado por sí sola dos poemas tan extensos durante el largo transcurso de tiempo que ha mediado entre Homero y las primeras ediciones conocidas; atribuir á los rapsodas una porcion considerable de sus obras, es traspasar todos los límites de una crítica juiciosa. ¿Como es posible, por otra parte haber hecho un descubrimiento que se habia escapado á los críticos mas célebres de la antigüedad y que han tenido un cuidado tan escrupuloso en la revision de los poemas de Homero, desde Aristóteles hasta aquel Aristarco cuyo nombre ha llegado á ser un proverbio ó sinónimo de crítico por excelencia? Algunos otros han examinado la cuestion, harto ociosa en sí misma, acerca de cual de los dos poemas fué compuesto el primero. La opinion mas comun y probablemente la mas verosímil, es que la *Iliada* fué la explosion ardiente del primer fuego de la juventud, y la *Odisea* el fruto tranquilo de la madurez, en medio de la vejez melancólica y meditadora. Es muy indiferente para la gloria del poeta el no establecer cosa alguna acerca de esto, bastando con que haya logrado felizmente el fin que se proponia; que la *Iliada* esté llena de fuego y de atractivo irresistible, viva y fogosa como su héroe, y que la *Odisea*, nos patentice con toda la sencillez de sus hechizos la pintura de las antiguas costumbres, los afectos dulces, puros y pacíficos de la felicidad doméstica. El mérito y los defectos de ambas obras han dado que hacer y

no poco á la sagacidad de tantos críticos distinguidos, cuyos juicios han llegado á ser como unas leyes, de modo que nos parece inútil añadir cosa alguna acerca de esto. Solamente debemos pensar que no se ha hecho bastante justicia á la *Odisea*, pudiendo decirse, que la admiracion apurada con aquella multitud de bellezas de primer órden que centellean en la *Iliada* no ve las mismas maravillas cuando pasa á la *Odisea*. No es así como juzgaba de ella Horacio en su bella epístola á Lolio, donde se ven tan hábilmente expuestas las miras morales del poeta, y en que demuestra tan perfectamente que cada uno de estos poemas no es sino el desarrollo de un gran pensamiento filosófico, de una utilidad general en su aplicacion tanto para los pueblos como para los soberanos. Si nos atenemos á lo que dicen Eliano y Plutarco. Licurgo, el célebre legislador de los Lacedemonios fué el primero que recopiló en Jonia algunos fragmentos esparcidos de los poemas de Homero, formó de ellos un cuerpo de obra y los introdujo en el Peloponeso; pero la gloria de disponerlos en el órden con que han llegado á nosotros estaba reservada á Pisístrato que los trajo á Atenas, como tambien á su hijo Hiparco que mandó se recitasen todos los años en la fiesta de los Panateneas. Este hecho referido en el Hiparco, diálogo atribuido con demasiada ligereza á Platon, se encuentra confirmado por la autoridad de Ciceron, que ayudado del poeta filósofo Solon deja á Pisístrato el mérito de haber sacado los versos de Homero de la confusion en que debian hallarse precisamente. Despues de la copia de Hiparco se debe mencionar la de Aristóteles revista por consejo de Alejandro, y que este príncipe amigo ilustrado de las letras encerró en aquel cofre precioso que habia hallado en el tesoro del rey de los persas. sin embargo, á pesar de la autoridad de Plutarco que algunas veces se fió demasiado en memorias evidentemente sospechosas, aquella famosa copia, segun Estrabon, fué revista por Calistenenes y Anaxarco, y solamente presentada al príncipe por su ilustre preceptor: mas esto no era probablemente sino una segunda revision hecha á la vista de Alejandro, y enriquecida con observaciones propias del filósofo. En fin, en la escuela de Alejandría dieron principio las ediciones verdaderamente clásicas de las obras de Homero. Zenodoto de Efeso, Aristófanes de Bizancio, Aristarco, y Crates se ocuparon no solamente en la revision sino tambien en la crítica y a explicacion del texto: el mismo Aristarco dividió el primero, segun dicen, la *Iliada* y la *Odisea*, en veinte y cinco cantos, division que pareció tan natural y tan juiciosa, que despues ha sido constantemente adoptada, tal como lo habia indicado primeramente. Harto nos hemos detenido ya en hablar de los copiantes ó editores griegos de Homero; pasemos ahora á tratar de sus intérpretes. Al frente de estos se presenta Didymo, gramático de Alejandría, que florecia en el reinado de Augusto, y que habia enriquecido muchos poetas con sus comentarios; pero los escolios impresos bajo su nombre sobre la *Iliada* y la *Odisea*, evidentemente no son suyos, ni parecen ser de la misma época ni de la misma mano. En ellos se encuentra citado él mismo, y se mencionan escritores muy posteriores á él. En cuanto á su mérito literario, las observaciones puramente gramaticales no son sino simples glosas del texto, al paso que no carecen de mérito aquellas que versan sobre el fondo de las cosas, por lo cual pueden consultarse con fruto: es en fin una complicacion extractada tanto de Didymo como de otros diversos comentadores que no se nombran allí, y es lo que se designa vulgarmente con el nombre de *escolios menores*. Los relativos á la *Iliada* se publicaron por primera vez en Roma, en 1517, en folio y los concernientes á entrambos poemas reunidos en 1528, en Venecia, dos tomos en 8. Poco despues desde 1542 á 1550, salió á luz pública el gran trabajo de Eustato sobre Homero, impreso en Roma en cuatro tomos en folio, comprendiendo en ellos la hermosa tabla de Devaris. Ofrece un repertorio inmenso de erudicion literaria y gramatical, y cuando mas no es sino un extracto, una simple complicacion de los escolistas y de los numerosos comentadores que habian precedido el sabio arzobispo de Tesalónica. Hubiera sido de desear que dirigiese á esta obra una crítica mas severa, ó que una mano hábil y ejercitada hubiese hecho de ella un extracto juicioso, que pusiese en circulacion unas riquezas casi desconocidas, ó solamente al alcance del corto número de aquellos que están muy versados en la lengua griega. No darémos aquí el pormenor de las numerosas ediciones impresas de Homero. Sus obras completas (la *Iliada*, la *Odisea*, la *Batracomiomaquia*, y los *Himnos*), fueron publicadas por la vez primera en Florencia, en 1488, dos tomos en folio, bajo la direccion de Demetrio Chalcondile, ayudado en este trabajo por otro Demetrio de la isla de Creta. El impresor Bernardo Nerli, se la dedicó á Pedro, hijo de Lorenzo de Médicis, y está rara y preciosa edicion fué fielmente reproducida, excepto algunas correcciones, por los Aldos, en Venecia, en dos tomos en 8. Pero la segunda Aldina, en 1517, ofrece ya en el texto algunas diferencias notables, repetidas en las ediciones subsiguientes hasta la de 1528 inclusive: esto es lo que se puede llamar la primera edad de las ediciones de Homero. La segunda trae su fecha de Enrique Estiene, quien á favor de un antiguo manuscrito y de los Comentarios de Eustato recogió un cierto número de variantes, que puso al márgen, ó desenvolvió con sus propias conjeturas en las notas de su bella obra *Poetæ greci principes heroici carminis*, Paris, 1566. Comienza la tercera época con Barnés, helenista célebre de su tiempo, aunque su reputacion debia menguar precisamente en razon de los progresos de la crítica filosófica: y esta época es la que llamarémos la de Clarke, ó si se quiere de Ernesti, quien ha perfeccionado el trabajo de este último, así como Clarke habia mejorado ya notablemente el de su predecesor Barnés. Pero él no se disimulaba que su edicion dejaba mucho que desear, y confesaba modestamente que no habia hecho mas que preparar materiales á los editores futuros. Este editor deseado se encontró muy luego en M. Wolfio, quien publicó en 1784 y 1785, en Halle, en Sajonia, una edicion completa de Homero, cuya superioridad con respecto á la correccion fué pronto y generalmente reconocida. Era una revision exacta y severa del texto, en la cual se anunciaba ya el sistema desenvuelto y seguido despues por aquel sabio profesor cuando Villoison dió su famosa edicion de la *Iliada*, en folio, Venecia, 1788: edicion que ocupa en la historia de la filología moderna un lugar muy distinguido y muy interesante en particular á la gloria de Homero, exigiendo por consecuencia que entremos en algunos

pormenores. Villoison se ocupaba en Venecia en la publicacion de sus *Aned. græca*, cuando la casualidad le hizo encontrar en la biblioteca de San Marco un manuscrito de Homero, que juzgó ser del siglo X, y anterior por consecuencia á Eustato en doscientos años. Este manuscrito contenia la *Iliada* entera, acompañada de una inmensidad de escolios, que no eran mas que un compendio de los de Zenodoto, de Aristófanes, de Aristarco, de Crates Mallotes, Tolomeo Ascalon y otros muchos gramáticos célebres. Pero lo que mas le admiró fué el ver los márgenes llenos de asteriscos, de obelos y de todos los diferentes signos adoptados para distinguir los versos supuestos, alterados ó transpuestos, de aquellos cuya autenticidad era generalmente reconocida. No tardó mucho la obra en justificar las grandes esperanzas que habia hecho concebir á la Europa sabia solo con el anuncio, y el buen éxito de la edicion fué general; pero confirmó mas que nunca á M. Wolfio en la opinion de que era preciso recurrir á los críticos de Alejandría para encontrar el verdadero texto de Homero, y fortificado con las nuevas pruebas que creia tener á la vista de la verdad de su asercion, supo aprovecharse hábilmente de los auxilios de aquellos antiguos escolios, y no tuvo reparo alguno en substituir á las lecciones vulgares del texto las variantes cuya autenticidad le parecia demostrada. De este modo el hermoso monumento erigido á la gloria de Homero por uno de los mas famosos helenistas del siglo, llegó á ser la base de un sistema que propendia nada menos que á defraudar á Homero de la antigua admiracion de que es objeto tantos siglos hace La edicion de la *Iliada* dada por Heyne, en ocho tomos en 8, Leipsig, 1802, no ha correspondido completamente á la esperanza que hacia concebir el nombre de tal editor. Su principal mérito consiste en ofrecer una interpretacion clara y exacta del texto, y en reunir en los *Excursos* y *Comentarios* que la acompañan, todo lo que importa conocer para la perfecta inteligencia de Homero. La doctrina de Heyne sobre los *espíritus* duros y suaves que se aspiraban, segun él, mucho mas fuertemente en tiempo de Homero, y se pronunciaban como el *digama* eólico, ha encontrado mas adversarios que partidarios; aunque explica muy bien de que modo ciertas sílabas, breves por su naturaleza, son largas al fin de un vocablo, cuando el siguiente empieza por una vocal, y que ella hace desaparecer los hiatos tan frecuentes en los versos de aquel gran poeta. Homero se halla traducido en verso y prosa desde el principio ó hácia mediados del siglo XVI entre los españoles, italianos, franceses, ingleses, etc. Entre nosotros se cuentan dos traducciones de la *Iliada*, ambas en verso libre, una por D. Ignacio García Malo, publicada en Madrid, segunda edicion, en 1827, tres tomos en 8; la otra por D. José Gomez Hermosilla, Madrid, 1830, y la cual debe hacer olvidar la primera aunque no está exenta de alguna crítica. Gonzalo Perez padre del famoso Antonio Perez, tradujo en castellano la *Odisea*, pero esta version hace desear otra mas digna del cantor de Ulises. Los italianos tienen traducido por Salvini cuanto se conoce de Homero, y la *Iliada* por Carutti, Cesarotti y Monti. La traduccion inglesa de Pope es preferida entre los ingleses á las de Chapmann, Ogylvia, Hobbes; y aun algunos la prefieren á la de Cowper, como mas exacta y por conservar la sencillez y naturalidad del original. Los franceses tienen en prosa las de madama Dacier, Bitaubé, Lebrun y Dugas-Montbel, y en verso con preferencia á las demas, las de Rochefort y de Aignan. Los alemanes aprecian mucho las versiones que tienen de Bolmer, del conde de Stolberg, digno hermano del traductor de Sófocles y de Voss: los tres han traducido á Homero en versos hexámetros, sistema de versificacion que ha prevalecido en aquella escuela, y de que han hecho los antiguos una aplicacion de que no nos corresponde juzgar. Nos extenderémos poco sobre el mérito literario del *Príncipe de los poetas*, pues siendo tan conocido y apreciado generalmente, no necesita á la verdad nuestros elogios. ¿Y qué pudiéramos añadir al magnífico *Ensayo* de Pope *sobre la vida y los escritos de Homero*, al *discurso* preliminar de Rochefort, y particularmente al elocuente elogio de Homero puesto por el abate Bartelemí en boca del escita Anacarsis? Tambien las disertaciones de Lamotte son en su género un homenaje tanto mas lisonjero, á nuestro parecer, para el autor de la *Iliada* y la *Odisea*, cuanto el número y la serenidad de los escritos dan á la alabanza un carácter mas sólido y menos equívoco. ¡Noble y poderosa autoridad del genio! El de Homero hace treinta siglos que preside al destino de todas las literaturas del mundo. En él, en este vasto repertorio de todos los conocimientos útiles y agradables, han adquirido los Esquiles, los Sófocles, y los Eurípides, no solo los argumentos de sus tragedias, sino tambien el ingenio, el espíritu, los sentimientos que los animan y los encantos variados de aquel estilo de que Homero tenia el secreto y les ha dejado el modelo. Al genio de este grande hombre han debido no solamente los poetas épicos tales como Virgilio y el Tasso sus mas sublimes bellezas, sino que los mas grandes artistas en la antigüedad y entre los modernos han adquirido sus mas admirables ideas. Unos y otros se han elevado tanto mas cuanto mas se han acercado á su modelo; y así como Homero ha sido llamado el *Poeta*, la expresion de las *bellezas homéricas*, siendo un proverbio, ha llegado á ser entre los pueblos amantes de la literatura, el nombre por excelencia de lo grande y de lo bello poético.

REVOLUCION AGRICOLA.

ARTICULO I.

En el periódico la *Phalange* se lee lo siguiente:

Dos amigos nuestros, habitantes de Brest, acaban de participarnos un hecho muy recomendable así por su grande importancia, como por los incalculables resultados que lleva consigo. Tenemos á la vista una porcion de trigo obtenido por un procedimiento extraordinario, sin labranza, sin abono, sin escarda y en mal terreno. Es el grano hermosísimo y de calidad superior; el tallo, mas alto y grueso que en ninguna de las especies de trigo hasta ahora conocidas, y la espiga desarrollada á proporcion.

Ante tan prodigiosos resultados no hay mas que apelar á la experiencia, mayormente siendo tan sencillo el modo de proceder que á cualquier lugar puede adaptarse. Para dar de él una idea mas explícita vamos

á copiar textualmente la carta que se nos ha dirigido.

Al Señor Director de la PHALANGE.

Muy Señor mio: en calidad de *falangianos* se nos permitirá tomar acta en el *Diario de la Ciencia Social* de un descubrimiento, que á nuestro ver deberá tener inmensos resultados: trátase de lo siguiente:

En nuestras íntimas conversaciones con un respetable miembro del Tribunal y de la Municipalidad de Brest, quien con sus consejos y experiencia llevaba la direccion de una hacienda en la que trabaja su familia, manifestábanos este los grandes obstáculos que las mejoras y extension de la agricultura hallan en lo caro de los abonos, y añadia que si alguien diese con un medio económico de obtener estiércol haria un importantísimo servicio á la agricultura, pues es para esta un objeto indispensable. Lo mismo que todos nuestros agrónomos, dirigia sus miras á este solo medio de adelanto, y probablemente no hubiéramos buscado otros, á no haber hallado inspiraciones en los grandes principios que sirvieron de base á la ciencia ilustrada y coordinada por Fourier.

Primer principio: Todo está bien al salir de las manos del Criador.

2.° Observar la naturaleza, y seguirla en su marcha.

3.° No creer que se limita la naturaleza á los medios conocidos (ó que el hombre emplea).

Al observar que toda planta despues que ha adquirido su completo desarrollo y producido el fruto ó simiente, la deja caer al suelo, y la cubre y cobija, ya con sus propias hojas, ya con los restos de sí misma cuando es planta ánnua, para facilitar así la abertura del huevo vegetal y prestar al embrion los medios de alimentarse y desenvolverse bajo la forma de una nueva planta; al estudiar las diferentes faces que la vegetacion recorre: hemos sido llevados á adoptar por guia de nuestros experimentos los siguientes principios, que además estan de acuerdo con los que profesan agrónonos y químicos tales como Dumbasle, Thenard y Raspail.

1.° Todo vegetal produce su abono particular en sus propios desechos.

2.° La tierra propiamente dicha, ó la tierra vegetal, solo sirve de punto de apoyo á las plantas, que, lo mismo que los animales, crecen únicamente á beneficio del aire, agua, colórico y lumínico, en variables proporciones segun su naturaleza y destino en el globo

Siendo los cereales las plantas cuyo cultivo por ahora mas nos importa, hemos debido empezar por estos nuestros experimentos: así que, en octubre último principiamos las siembras del modo siguiente En un campo de centeno, cuya tierra, segun el arrendatario, no era buena para trigo, concediósenos un pedazo de terreno de unos cien pies cuadrados de superficie, sin labrar ni abonar: en este terreno en barbecho sembramos trigo, cubriéndolo con una capa de paja de una pulgada de espesor. —Mas: en un jardin cuya tierra es de las peores y que no ha recibido abono desde muchos años, apisonamos un cuadrado de superficie á modo de era de trillar, y en él derramamos simiente de trigo, cubriéndola así mismo con una capa de paja. —Por último, para mejor probar que la tierra con respecto á la planta no es mas que un simple punto de apoyo, pusimos veinte granos de trigo sobre vidrio, con la misma cubierta de paja.

No tardó en manifestarse la germinacion bajo el mejor aspecto; y si bien fué el invierno muy rigoroso, y que helada la tierra del jardin formó una costra densísima de seis pulgadas de espesor, que hizo morir á muchas plantas desorganizadas y estranguladas por el pie; con todo, el terreno cubierto de paja se mantuvo removible y sin helarse, lo que preservó de la destruccion á nuestro sembrado. En la primavera sobrevinieron fuertes y continuas sequías; pero nuestras gramíneas, cuyas raíces se apoyaban en un terreno que conservaba la humedad á beneficio de la capa de paja, desarrollábanse con vigor; al paso que á su rededor todas las plantas se resentian de la falta de agua. Con que obtuvimos excelente cosecha: tallos hubo que llegaron á seis pies de alto, con espigas de 50, 60 y hasta 82 granos bien nutridos, que dejaban pasmados á cuantos los veian. Pero lo que puso el colmo á su admiracion fué el trigo resultante de la siembra en vidrio, pues no podian concebir como sin una molécula de tierra ni el menor riego hubiesen salido espigas tan gruesas y robustas como las obtenidas en un suelo téreo.

Tal fué el resultado de nuestros experimentos, resultado concluyente segun dictámen de cuantos los presenciaron, en cuyo número se cuentan varios miembros de la Sociedad agrícola, quienes tratan de repetirlos.

Vamos á explicar la influencia de nuestro método en la vegetacion del grano. Siendo la paja un mal conductor del colórico, al paso que trasmite libremente la electricidad, conserva la planta en una temperatura media, y en una excitacion eléctrica muy favorable al desarrollo vegetal. Como es continua la humedad del terreno, es mas fácilmente absorbido el gas ácido carbónico atmosférico, con lo que el hidrógeno y el carbono, principios constitutivos de la planta, hállanse á su pie en abundancia, y combinados con el oxígeno van de la raíz al tallo que los asimila, exhalándose luego el oxígeno por las hojas. La paja va cediendo poco á poco sus principios, que son los mismos que han de formar la nueva planta, tales como la sílice, que cubre la superficie; y la descomposicion de la cubierta pajiza sigue verificándose por grados segun las necesidades del ser que protege y alimenta: en términos que los cuatro aspectos de la fermentacion, el sacarino, el alcohólico, el ácido y el pútrido corresponden á las cuatro edades de la planta, infancia, adolescencia, madurez, y senectud.

Observamos que nuestras plantas de trigo presentaban pocas raíces, y estas cortas, duras y en forma de pata, lo que concuerda con la observacion de Raspail sobre que las plantas mas robustas son las que tienen menos raíces; pues así la fuerza no se esparce, antes se dirige entera al cuerpo de la planta.

Dentro de la paja toda planta parásita queda sofocada.

Bien pudiéramos dejar aquí consignadas otras observaciones, pero tal vez fuera fastidioso ó inoportuno en un simple artículo de periódico; contentámonos diciendo que estamos dispuestos á dar todos los pormenores y explicaciones que se nos pidan sobre este asunto. Bástanos por ahora asegurar que el cultivo de los cereales por este nuevo procedimiento sustituirá á las labores, abonos, rastrilleos, escardas, acarreos, trillazones, en una palabra á toda es multitud de trabajos

penosos y repugnantes, una serie de operaciones facilísimas, y por lo mismo apetecibles, por cuanto todo el mundo podrá desempeñarlas, con grande ahorro de tiempo. Deberá guardarse el órden siguiente:

1.° Sin encorvar el cuerpo, se segarán las espigas, cortando en lo mas alto posible del tallo, y esto será muy fácil valiéndose de una podadera ó grandes tijeras, y de un delantal á manera de saco, que se mantendrá abierto con una especie de medio aro. Formarán luego en segunda fila los muchachos, dispuestos del mismo modo para segar las espigas bajas que se han librado del primer corte.

2.° Abatir el rastrojo que quedó fijo en el suelo.

3.° Desgranar las espigas con un desgranador, cuya forma y dimensiones pueden ser variables (Este trabajo pueden hacerlo los animales).

4.° Se pasará el grano por la criba, separando el mejor, que servirá para simiente.

5.° Se sembrará el grano hundiéndolo en la paja por medio de un sembrador con tubos, del que presentó un modelo Mr. Touboulic, mecánico é ingeniero de marina.

Lo demas se abandonará al cuidado de la naturaleza. Creo innecesario insistir en manifestar la inmensa economía de tiempo, fuerzas y dinero que este nuevo procedimiento lleva consigo; pues cualquiera podrá convencerse comparándolo con el antiguo.

Si pasamos ahora á ideas de un órden superior, mucho es de admirar el influjo que habrá de ejercer en el equilibrio de la temperatura ese nuevo metodo de cultivo. No cabe duda en que la tala de bosques es una de las causas de las intemperies é inundaciones que con tal frecuencia se suceden en muchos países; pero tampoco puede dudarse de que el actual sistema de cultivo contribuye en mucho á la repeticion de semejantes plagas. ¿En qué épocas tienen lugar con mas especialidad las grandes lluvias, granizos y huracanes que desuelan la tierra? Precisamente en los equinoxios; pues desde el de otoño hasta el de primavera existen inmensos terrenos del todo descubiertos; á un mismo tiempo la azada y el arado desgarran el seno de la tierra en todas partes, y todo resto de vegetacion desaparece bajo la mano del labrador, que entierra hasta el menor desecho de rastrojo. Así queda la tierra sin amparo á merced de la fuerte accion del aire, que con su movimiento continuo la roba el calor y la humedad. Rehácese tambien el suelo contra la atmósfera, y de ahí las intemperies excesivas, que influyen mas de lo que se cree en nuestra dicha y hasta en nuestra existencia.

Reciba V. por adelantado las sinceras gracias con que tenemos el honor de ser, etc.

Brest. agosto de 1841.

PAILLARD Y BERNARD.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

EL autor de *Pablo* y *Virginia*, cuyo nombre es tan popular, sobrevivió á los grandes escritores del siglo XVIII, como para servir de nexo entre la literatura de la antigua Francia y la de la nueva. Tanto en su conducta como en sus obras pareció querer ser un segundo Rousseau, á quien mas se pareció, sin embargo, como escritor, que como hombre: rivalidad de imaginacion, de talento, hipocresía de sentimientos y de costumbres.

La primera mitad de su vida es, por decirlo así, una larga vagancia, y en ella no demuestra constancia sino en la inconstancia. Despues que sirvió á Dusseldorf, bajo el conde de San German, corrió á San Petersburgo, á donde atraia franceses Catalina II para dar esplendor á su reinado. Iba luego á abandonar la Rusia, cuando se le dió la comision de organizar un sistema de defensa militar en Finlandia. Y hele aquí transformado á los veinte y cinco años en Vauban y en Cohorn, pronto á recibir grandes recompensas de su celo, cuando se las hace desdeñar un motivo generoso.

Parte para asociarse con los Polacos que defendian su independencia.

Tan repentina resolucion parecia vaticinar alguna heróica accion y algunos grandes servicios de su parte; y lejos de esto, una escandalosa intriga novelesca con una princesa Polaca, sucesivos viajes por todos los puntos de Alemania, y algunas pueriles intrigas de ambicion en los ejércitos de Federico el Grande, le volvieron á su patria á la edad de 30 años, tan pobre como cuando salió de ella.

Despues de muchas solicitaciones, con que logró finalmente un despacho de ingeniero para la Isla de Francia, tenémosle ya transportado á esta Isla que tan familiar debia hacer á nuestra imaginacion. Los admiradores del mas sencillo y tierno de los romances modernos, se figurarán acaso al futuro filántropo, consagrando todos sus respiros á preguntar, á socorrer á los desgraciados esclavos, á interceder por ellos, á recoger desde entonces todas las pruebas de esa defensa en la accion cuya elocuencia es tan persuasiva á favor de los negros: para desengañarse, no hay mas que oirle contar á él mismo con inhumana ingenuidad que en un viaje que hizo á pie al rededor de la isla, acompañado de dos esclavos, repartió su carga en cuatro canastas, dos de sesenta libras, y dos de cuarenta, colgándolas de dos fuertes cañas. *Cote* tomó el peso mas fuerte y *Duval* el otro. El iba con chupa y llevaba un fusil de dos tiros. «¿Dirémos ahora por que se llamaba Duval uno de estos esclavos? Era un recuerdo de los servicios que Bernardino recibiera en san Petersburgo del ginebrino Duval su amigo: pues señor, representante de un amigo tan querido, el esclavo Duval recibe en el pie una grave herida; y Bernardino á quien nada apresuraba ni siquiera se detiene para curarle. *La llaga de Duval echaba sangre de continuo*, y Bernardino proseguia su camino corriente y moliente y el fusil á discrecion. Calumnia execrable! exclamaríamos, si otro nos transmitiera este hecho; pero el mismo Bernardino es quien nos lo cuenta, sin recelar el horror que echa sobre su carácter. Un hombre que es capaz de tal accion queda para siempre juzgado.

En 1771 volvió á Francia, como de todas sus expediciones, sin dinero, sin consideracion, con mas años, pero sin mas cordura ni experiencia en el arte de tratar á los hombres.

Completaron su infortunio pérdidas imprevistas, y entonces se aisló en los barrios mas retirados, trabajando sin alzar mano en los *Estudios de la naturaleza*; pero tuvo grande dificultad en hallar un impresor para esta obra maestra, la cual apareció en fin

en 1784, siendo inmenso su despacho, y elevándose por ella á primera fila entre los escritores de su siglo. Afirmóse en ella cuatro años mas tarde dando á luz *Pablo y Virginia*, cuyo éxito fué sin ejemplo si es cierto que en el mismo año se tiraron cincuenta ediciones falsificadas del libro.

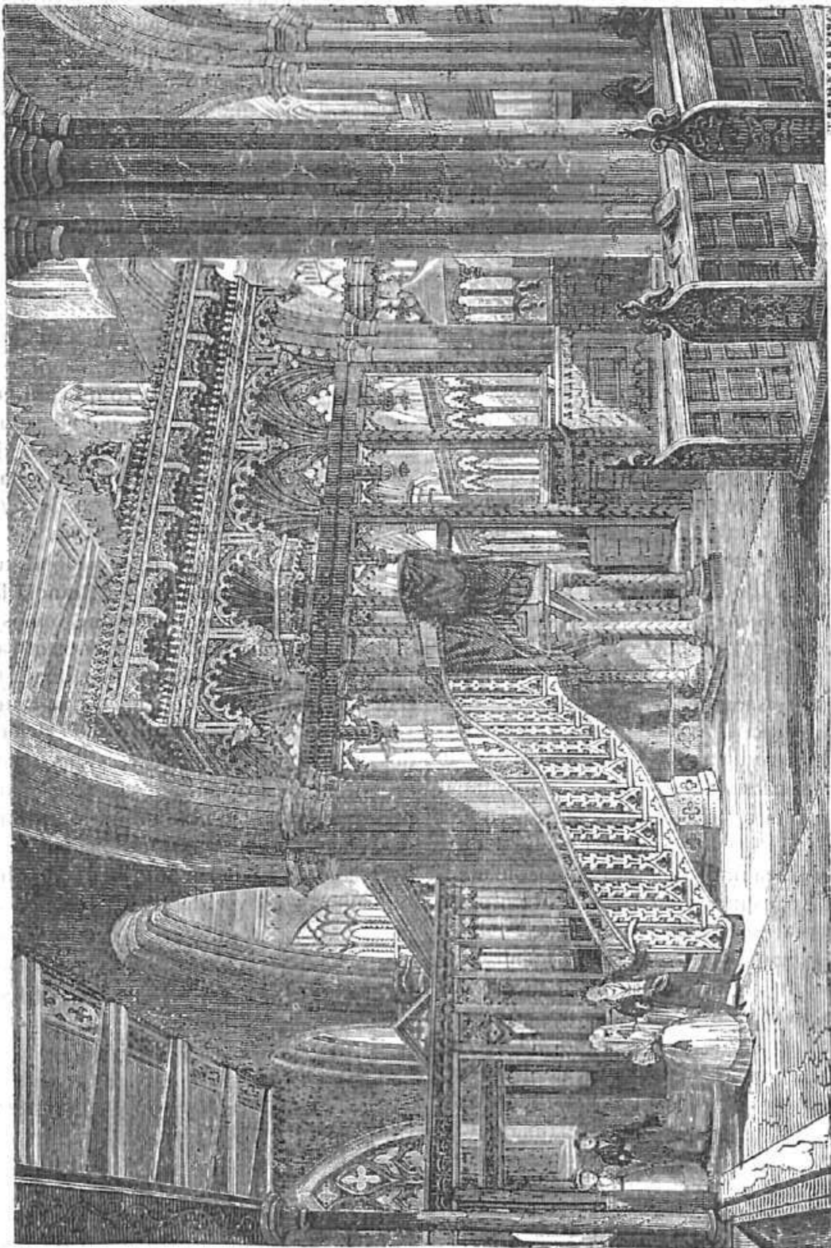
Ocupaba en 1792 el destino de intendente del jardin de plantas y era profesor de la escuela normal, cuando supriméndose esta escuela y en consecuencia de una bancarrota se disipó su fortuna, que tanto amaba. Propuso entonces un proyecto de suscripcion para las *Armonías de la naturaleza*, que no habia aun concluido. Parece que para reparar sus pérdidas recurrió tambien á medios menos honrosos, haciendo en su vejez el papel de mendigo despues de haber hecho en su juventud el de aventurero.

De lo cual nos da un curioso testimonio Napoleon en el memorial de Santa Elena: «Cuando volví de Italia, dice, vino á encontrarme un Bernardino, y de buenas á primeras me habló de su mala situacion; yo que en mis primeros años no tenia mas Dios que *Pablo y Virginia*, hallándome lisonjeado por otra parte con una confianza que creia exclusiva y que atribuia á una gran celebridad, me dí prisa en volverle su visita, y dejé á hurtadillas sobre su chimenea un rollito con veinte y cinco escudos; pero cuál fué mi vergüenza cuando ví que todos se reian de mi delicadeza, y supe que eran inútiles semejantes atenciones con Mr. Bernardino que tenia por costumbre pedir á todo veniente y aceptaba de todas manos! por lo cual no he dejado de tenerle siempre alguna tirria. No así toda mi familia, pues José le señaló una buena pension, y Luís le daba continuamente.»

Este artículo no nos permite hablar en particular de cada una de las obras de Bernardino de Saint-Pierre, las cuales por otra parte ándan en manos de todos y no es probable salgan de ellas. Entusiastas de su gran talento que engendró la ilusion de tantas virtudes, sentimos no poder cubrir, como él mismo lo intentó, con el manto de la filosofía la desnudez de su egoismo. Del cual damos por fin una prueba última y característica: siendo ya viejo se casó sucesivamente con dos señoritas jóvenes. Y ya se echa de ver que las hermosas canas que cubrian la ilustre frente del Autor de las Armonías de la naturaleza hubieran debido no hacerle olvidar la mas dulce de todas las armonías. Murió en 21 de enero de 1814.



CONDADO DE LANCASTRE. — SEFTON.



Interior de la iglesia de Sefton.

CONDADO DE LANCASTRE.

TEMPLO DE SEFTON.

El nombre solo de Lancastre, recuérdanos una de las contiendas mas pertinaces de que habla la historia. La lucha entre la casa de Yorck y la de Lancastre en Inglaterra, aunque menos larga y estrepitosa que las que decidieron de la suerte de Romanos y Cartagineses, ó de la de Moros y Españoles, no deja de ser digna de las páginas mas sombrías en los anales del mundo, por cuanto desoló á Inglaterra durante el siglo XV con furor igual al de las guerras civiles de Mario y Sila, ó de César y Pompeyo. Duraba la lucha desde el año de 1399, y se contaban ya treinta batallas campales, tres reyes, un príncipe y doce duques muertos con casi toda la nobleza, cuando por último en 1485 vióse terminada la union harto tardía de la Rosa blanca con la Rosa colorada.

El condado de Lancastre llega por el norte al Westmoreland y al Cumberland; por el oeste, á la parte del Océano occidental llamada la mar de Irlanda; por el sud lo baña el rio de Mersey, y está separado del condado de Yorck por una cordillera de montañas, cuya altura les ha valido el nombre de espina dorsal de Inglaterra. Sus altas sierras guarecen al país de los vientos de levante y de los fatales accidentes que son su consecuencia inevitable; pero al mismo tiempo impidiendo el paso á las nubes que llegan de poniente ocasionan lluvias mas abundantes que en los demas condados. El país es llano, y en él se encuentra el lago Vinandermere, el mayor de Inglaterra. Lo mas notable es acaso el canal que hizo construir el duque de Bridgewater, para facilitar la exportacion del carbon de piedra que se saca de Worsleymill, cerca de Manchester, en Liverpool. Arranca debajo de la tierra en el centro de la mina y á la profundidad de 40 á 110 pies bajo la superficie desigual de la montaña, en que se construyó una bóveda. Si se entra en ella puede recorrerse un espacio de 3000 pies de largo, pero en esta subterránea navegacion es imposible mantenerse en pie en los esquifes, ni volverse de ningun lado, porque el canal tiene solo seis pies de ancho y las lanchas que se emplean tienen nada menos que 40 de largo: antes de ver la luz del dia es fuerza navegar dos horas y media.

Dan el nombre de *Furness*, á una especie de isla formada por el mar y por las corrientes de dos rios, region silvestre y escabrosa, pero muy abundante de hierro y de leña, que contiene un lago llamado Conistone-Meer. Sírvela de muralla contra los embates de la mar de Irlanda la estrecha y prolongada isla de Walney.

La ciudad de Lancastre es la capital de provincia: sus primitivos edificios fueron entregados á las llamas por los Escoceses en 1322, y todavía se enseñan las ruinas. Cuando pudieron regresar los habitantes reedificaron la ciudad en el sitio que hoy ocupa, junto á un canal que lleva su nombre, y á la orilla izquierda del Loyna. Extiéndese la ciudad en forma de anfiteatro por la suave pendiente de un collado, en cuya cima osténtase una iglesia gótica y un antiguo castillo, obra de romanos adicionada en la edad media. Las cercanías están llenas de floridas praderas, aunque por la parte del sud vese inundada de vastos pantanos. Sin embargo de lo poco que la naturaleza la favoreció á este condado, él por su industria hase colocado en un rango superior á los demas, y con solo algunas ventajas locales ha alcanzado el mayor grado de prosperidad: su leña sirvió para convertir el hierro en acero, al paso que su carbon de piedra, que se encuentra esparcido en espesas capas, presta pábulo á esos poderosos motores que la moderna industria emplea en sus máquinas de vapor. La belleza de las mujeres de Lancastre desde tiempo inmemorial ha pasado como proverbio: en términos que sus atractivos y deseos de agradar, lo que segun dicen fué en otro tiempo algo mas que coquetería, las hicieron llamar por las demas inglesas *hechiceras del Lancashire*.

La ciudad de Manchester, que excepto Lóndres es la mas manufacturera y la mas poblada del Reino-Unido, está en el condado de Lancastre, y es el centro de una incesante fabricacion, cuyos productos se envian á todos los puntos del globo, verdadero tributario de esa ciudad industrial. A la desembocadura del Mersey y en la ribera oriental de este rio se extiende Liverpool. En la orilla opuesta á Manchester levántase una pequeña iglesia, cuya humilde apariencia llama apenas la atencion, pero que sin embargo es uno de los edificios mas bellos que el espíritu de la religion ha producido en las Islas Británicas, tan ricas por otra parte en monumentos de todas épocas y de todas creencias: tal es la *iglesia de Sefton*.

Como desconocidas maravillas del arte condenadas á una indiferencia inexplicable, nunca esas religiosas bóvedas obtuvieron en Francia la acogida que ahora les damos; y al paso que vemos todos los dias que insignificantes edificios encuentran á propósito lápices que los trasladan al papel bajo todos aspectos, é historiógrafos que describen una á una sus piedras, vemos que las elegantes ojivas, la rica crestería, floridos arabescos, sabias y atrevidas esculturas que representa nuestra lámina, apenas á largos intervalos han podido hallar una humilde sombra de nombradía. ¿Será que la fama y celebridad de los monumentos sea como la de los hombres, hija de la suerte, del capricho, y tal vez de la injusticia?.....

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

PRIMER CUADRO.

Dos desenlaces de un solo drama.

I.

Soliamos reunirnos, y años hace por cierto, varios amigos en casa de un caballero de Madrid, á tomar café por las tardes, siendo pocas las que no se disputaba con harto calor sobre multitud de asuntos diferentes, y, gracias al cielo, extraños todos á la política: porque nuestro huésped tenia prohibida la conversacion sobre tan peligrosa materia. No recuerdo ahora el cómo, mas sí que nos engolfamos en una dilatada discusion sobre la preferencia que, en concepto de algunos de los circunstantes, merecian los pasados tiempos sobre los que entonces eran presentes; y de argumento en argumento, de paradoja en paradoja

vinimos á hallarnos frente á frente con una cuestion capaz de arredrar á los mas profundos filósofos.

«Señores, decia uno, no hay que cansarse; los hombres son siempre los mismos: si nos parecen los antiguos mejores que nosotros lo somos, es porque la historia nos conserva los nombres y hechos de aquellos que, de una ú otra manera, descollaron sobre sus contemporáneos, mientras que las flaquezas de la multitud se pierden en el polvo del olvido. Pasiones tenian los Romanos y vicios como nosotros; los soldados del Gran Capitan y de Hernan Cortés no valian ni mas ni menos que los del regimiento del Señor....

—Perdóneme V. señor D. Diego (replicó el Oficial á quien se encaminaban las razones de este); perdóneme V. que le interrumpa, pero no estamos en la cuestion. Que los hombres sean hoy en el fondo lo mismo que eran hace diez siglos, y que dentro de otros diez lo serán tambien, ni nadie lo niega, ni hay posibilidad de dudarlo...

—Estamos entonces de acuerdo, interrumpió Don Diego.

—Otra vez ruego á V. que me perdone: pero tampoco es eso. Dice V. que los hombres son siempre los mismos: en la esencia no tiene duda, porque no hay mano capaz de variar la índole á las obras del Creador..mas en los accidentes no, amigo mio, y mil veces no. Nuestras pasiones son siempre unas, pero la manera de expresarlas y satisfacerlas varia con los tiempos, circunstancias y posiciones de los pueblos y de los individuos. Las causas constantes son, yo lo confieso: los efectos no solo variables y variados, sino muchas veces diametralmente opuestos entre sí. Los soldados de Hernan Cortés y de Gonzalo de Córdoba combatian con pesadas armaduras de hierro. ¿Imagina V. que los de mi regimiento pudieran hacer lo mismo?—Mal argumento, señor mio, si argumento puede llamarse, es una comparacion de esa especie. De lo moral hablamos, que no de lo físico. Un hombre colérico, ahora como hace mil años y mil años hace lo mismo que ahora, atropella por humanos respetos, maltrata á lo que mas ama y olvida hasta las leyes divinas. En una palabra, las cadenas de la civilizacion tienen mas ó menos poder, pero nunca tanto que resistan al constante esfuerzo de la naturaleza en ellas prisionera.

—Ni aun eso concedo: la cólera misma se manifiesta de distintas maneras segun los climas que los pueblos habitan y la civilizacion que alcanzan.

—Algo hay de cierto en lo que dice Alfonso, interpuso tomando entonces parte en la conversacion el amo de la casa, persona á quien por sus años, instruccion y bondadoso carácter escuchábamos todos con deferencia; y que por su parte, ya fuese por no abusar del privilegio que se le concedia, ya por no perder el prestigio de que gozaba, solia rara vez bajar á la arena de las discusiones.—Algo hay de cierto, señores, en lo que dice Alfonso; ó por lo menos así me lo parece. El orígen y tal vez el objeto de las pasiones son siempre unos: su marcha y resultados suelen variar á lo infinito. La vanidad, por ejemplo, se contentaba hace dos siglos con una venera de Santiago ó de Calatrava....

—Pero señor, exclamó Don Diego, hablamos de pasiones.

—¿Y no lo es la vanidad? preguntó nuestro huésped: pero sea como V. quiera; dejemos á parte la vanidad, y ponga V. mismo otro ejemplo.

—Mil; un millon: los que V. quiera.

—Uno pido y me basta.

—Lo difícil está en la eleccion; porque la venganza, el amor, los celos, así de la mujer como de la honra, son pasiones en que difícilmente me probará V. que influyan otras circunstancias que las del carácter individual.

Quedóse en tanto pensativo el amo de la casa y nosotros, mirándole con atencion todos, curiosos los mas, é inquietos algunos que en la discusion habian tomado parte. Alfonso, que jóven y vehemente era de aquellos que *por cual niñería hacen campaña la iglesia*, tenia mas que trabajo en contenerse, viendo la sonrisa triunfante de Don Diego quien, creyendo haber vencido al entre nosotros invicto campeon, solo por cortesía no cantaba victoria en altas voces: mas al segundo, al primero y á todos nos sacó de nuestra preocupacion el anciano volviendo á tomar la palabra, y diciendo de esta manera:

—Como creo que mientras discutamos en abstracto, no harémos mas que cansar inútilmente los pulmones, ruego á V. señor D. Diego que si no lo há por enojo, se siente, encienda su cigarro, tome una taza de ese café que corre riesgo de enfriarse, y me oiga de paso dos historietas no muy largas. Cosas de viejos, señores.... cuentos: pero que vienen aquí como de molde. Además la tarde está lluviosa y por consiguiente el Prado desierto: son VV. mios y voy á abusar de mi poder.

Sentámonos todos al rededor de una muy buena chimenea francesa, sirviéronnos un excelente café de Moca, circuló un cajon de habanos y en pos de él un braserillo de maciza plata; y por fin, en medio de una densa nube de humo de tabaco, como Moisés rodeado por las nieblas del monte Sinaí, empezó su relacion nuestro oráculo y Nestor.

«Allá en los tiempos de Cárlos I, amigos mios, y en un pueblo de Andalucía cuyo nombre importa poco, vivia retirado á un su castillo cierto noble de edad como de cincuenta años, recia condicion, severo aspecto, pocas palabras y excelentes puños. Mal cortesano por naturaleza, renunció á seguir al Emperador así que sus heridas combinadas con los achaques de la vejez, siempre para los soldados prematura, le inhabilitaron para el servicio de campaña, y entonces, como ya he dicho, se retiró al castillo que su padre conquistó á los granadinos moros. Don Rodrigo, que así se llamaba el Castellano, pasó algunos dias en aquel retiro entretenido en ver sus tierras y cortijos; luego cazó liebres y conversó por las noches con el cura de la aldea inmediata; y por último, despues de acabar á palos y puntapies con sus galgos, y de escandalizar al cura con sus soldadescas interjecciones, quedóse completamente aislado y aburrido. Ni la ocasion consiente, ni yo tengo datos para decir á VV. todas las varias, descabelladas é inútiles tentativas que hizo el buen caballero para pasarlo bien donde, atendidos su carácter y antecedentes, no podia menos de pasarlo mal: pero fácil es de imaginar que de la elevada roca, sobre la cual, como nido de ave carnicera, estaba su solar y fortaleza, bajaria al vecino valle, cual de los altos montes desciende con estrépito, salvando precipicios y arrollando peñascos, el torrente impe-

tuoso á los tendidos llanos, que tambien deja despues para ir á perderse en la inmensidad de los mares. Quiero decir, bajando el tono, que buscaria la felicidad pasando del monte al llano, con tan poco fruto como de unas en otras situaciones la buscamos todos en este pícaro mundo. Veíasele, segun la tradicion refiere, ya á pie, melancólico y cejijunto, en las márgenes de los arroyos, descabezando adelfas y tronzando cañas como si fueran herejes alemanes, hasta que con los últimos rayos del sol moribundo se retiraba á su albergue; ya á caballo galopando al borde de los escarpados precipicios con mas visos de fantasma ecuestre que apariencias de humano ginete. En fin, durante algunos meses fué su vida tal, que si en cabeza de un cristiano pudiera entonces entrar la idea del suicidio, es posible que Don Rodrigo pusiera término á su aburrimiento con apretarse la garganta hasta hacer imposible la respiracion.

Es de advertir que nuestro Don Rodrigo así sabia de letras como nosotros de alancear moros, y que por lo tanto fuera de oir misa todos los domingos y fiestas de guardar, y de confesarse una vez cada dos ó tres meses, cuando no cazaba ó daba de palos á algun gañan poco avisado, sus ocupaciones se reducian á estarse mano sobre mano á solas con su mal humor; por que sociedad ni él la buscaba, ni tenia maneras para encontrarla.

Sin embargo, acontecióle ver en misa á una doncella de noble linaje, escasa fortuna, buen parecer, y modestos ademanes, que abrió brecha, sin que él mismo supiera como, en su empedernido corazon; y ya desde entonces la vida empezó á parecerle posible aun fuera de los campos de batalla.

No se asusten VV., amigos mios, que no voy á referirles lance por lance los amores del adusto guerrero: ellos fueron pocos y yo los diré sucintamente. Parecióle bien la dama en el primer domingo, esperóla al salir de misa el segundo y supo donde vivia; repitió al tercero la misma operacion y averiguó, por medio del cura y valiéndose de las mismas astucias que acostumbraba á emplear interrogando á los desertores del enemigo, que su bella se llamaba Doña Leonor y que era hija de una viuda, noble y pobre; al cuarto domingo se personó con la madre de la ninfa; el quinto se corrió la primera amonestacion; y el séptimo recibió la bendicion nupcial.

Leonor era alegre como un gilguerillo en los primeros dias de primavera, risueña como la aurora, impresionable como la sensitiva, apasionada como andaluza: Don Rodrigo, ya les he dicho á VV. lo que era. Unir al milano con la paloma fuera mejor que á la linda doncella con el áspero soldado: pero la miseria de la viuda, y el deseo de su hija de tener marido allanaron todas las dificultades. Verificóse pues, como ya he dicho, el matrimonio á despecho de la diferencia de edades y de condiciones; y no necesito decir á VV. que dos años despues eran entrambos esposos los seres mas desgraciados que es posible imaginar. — Veo la sonrisa en los labios de Alfonso, y paréceme adivinar su pensamiento. ¿No es cierto, amigo, que allá en sus adentros está V. diciendo que siendo jóven, hermosa y discreta no debian de faltarle consuelos eficaces á la esposa de Don Rodrigo?.... Por desdicha ni entonces dejaban ni ahora dejan las mujeres de hallar á mano esos que imaginan consuelos, y que si por un momento satisfacen su ofendida vanidad es para cubrir de infamia á sus maridos, á sus hijos y aun á ellas mismas.... Vuelvo á mi cuento. Sí, Alfonso, tambien habia mancebos barbilindos y galanteadores en tiempo del grande Emperador, y tambien entonces imaginaban algunas mal casadas que la mejor manera de mitigar las penas que á veces emponzoñan el hogar doméstico era el de hacerse la fábula y escarnio de las gentes.... En resúmen un galan favorecido por la naturaleza en cuantas dotes faltaban á Don Rodrigo, emprendedor como Pizarro, astuto como Ulises, perseverante como un avaro, y tan flexible en sus maneras como obstinado en sus propósitos, logró hacerse amigo, segun costumbre, del marido y algo mas que amigo de la mujer. — De todo el mundo tenia zelos Don Rodrigo, menos de Sancho, que tal era el nombre del dichoso amante; y precisamente desde que su honra naufragó, viendo á Leonor dulcificar su lenguaje y modales, tener complacencias hasta entonces inusitadas, en una palabra, mostrarse dócil, sumisa, y aun cariñosa, llegó á imaginar el buen Señor que habia logrado conquistar el corazon de su consorte. Y aquí diré, aunque sea para abonar la opinion contraria á la que sigo, que esa súbita variacion en la conducta y procederes de las esposas, ese pasar de la indiferencia ó tal vez del aburrimiento á la dulzura, cuando no al cariño, es y ha solido ser constantemente funesto síntoma de infidelidad. Por dicha el amor propio hace que los maridos atribuyan á su mérito y autoridad, lo que solo deben á su desgracia; y así ellos viven tranquilos y satisfechos, y las damas sacan partido de un expediente que por conocido y antiguo debiera serles de poco provecho.

«Mas de un año duraron los adúlteros amores sin que ni la sombra de una sospecha emponzoñase la tranquilidad del esposo, ni el asomo de un recelo turbara las delicias de los culpables. Sancho, establecido en el castillo como si de la familia de sus dueños fuese, era el árbitro de los placeres de Don Rodrigo y el acompañante de oficio de Doña Leonor. Los criados, con ese tino que su posicion servil les da, con ese tino que mas de una vez es causa de que el esclavo sea en realidad soberano de su dueño, se granjeaban la proteccion de su Señora sirviendo con particular esmero al Favorito; y si en cambio en la cocina comparaban mas de una vez con burlona risa las despeinadas canas del castellano con la perfumada y negra cabellera de su *inseparable amigo*, cuidaban empero de que sus amargas chanzas no subieran nunca las escaleras que del piso bajo conducian al principal.

La ventura y prosperidad suelen á veces inspirarnos peligrosa confianza, y aquellos que mientras se ven en riesgo notorio despliegan un vigor, se conducen con un aplomo y destreza capaces de hacer frente á todo género de calamidades y de salvar cuantos obstáculos se les oponen; suelen ser precisamente los que, una vez persuadidos de que triunfaron, caen con mayor facilidad en los infinitos lazos que la suerte nos tiende. Así aconteció á nuestros amantes, que pensando con la posesion de su dicha habérsela asegurado para siempre, comenzaron á dejarse arrastrar por la inclinacion natural que todos tienen á hacer gala del S. Benito; y tanto y tal hicieron que ni bastó la venda que cubria los ojos de la víctima, ni bastaran las tinieblas del Averno para que dejara de sospechar su desaventura.

Haber hecho de la vida un continuo sacrificio á la honra; haber corrido mil veces á la muerte, sufrido el hambre, el frio, la miseria, solo por añadir un timbre á los heredados blasones; verse cubierta la cabeza de canas, acribillado el cuerpo á balazos, viejo antes de tiempo, y todo porque en la losa sepulcral se leyera un dia «*aquí yace un caballero que vivió y murió honradamente*»; y cuando ya la tumba se preparaba á recibirle, perder el fruto de tantos sacrificios, mirar la infamia sobre sus canas y nombre, solo por la flaqueza de una mujer.... ¿Se estremece V., Alfonso? ¿La sangre colora ese rostro en donde todavía la vejez no ha impreso la primera arruga?.... Justa y noble indignacion: pero no olvide V. que todos los dias, todos y en todas partes inmolan nuestras malhadadas costumbres, si costumbres son, la honra de una familia á la vanidad de un seductor, ó al capricho de una coqueta.

«Nosotros, observadores imparciales y desinteresados, deplorando el extravío de Sancho y Leonor, quizá seríamos indulgentes con la pasion sincera y vehemente de entrambos; quizá, y sin quizá, le disculpariamos á él en gracia de lo irresistible de la tentacion; y quizá tambien perdonaríamos á la culpable considerándola jóven, hermosa y sensible, entregada á manos de hombre brutal, grosero, incapaz de comprenderla, mas incapaz aun de interesarla: pero Don Rodrigo, como todos los hombres, cerraba los ojos á sus propios defectos y los abria á las agenas culpas. Bajo la grosera corteza y rudas apariencias del antiguo soldado, se ocultaban un corazon vehemente, una energía, una violencia de pasiones comparables solo al fuego subterráneo, que oculto en las entrañas de áspero monte no da señales de su existencia, hasta que, rompiendo un dia todos los diques, arroja á distancias inmensas y convertidas en ardientes rayos las heladas piedras que por siglos reposaron inertes sobre la cima de la montaña que le sirvió de cárcel. Sin embargo, los años, su natural reserva, la costumbre de luchar esperando siempre el momento propicio en que una flaqueza del enemigo asegurase la victoria, y mas que todo la natural repugnancia que todos tienen á creer que la mujer en quien depositaron su honra es indigna de tal confianza, todos esos motivos juntos le decidieron á contenerse y disimular por algun tiempo Poderosas son las causas que acabo de enumerar, mas que suficientes sin duda para que no se precipitase Don Rodrigo: pero otra de mas peso tuvo, y conviene no pasarla en silencio. No olvidemos la época; todavía entonces, aunque próximo á desaparecer, reinaba en la sociedad en general y mas particularmente entre los nobles y soldados, el espíritu de la antigua caballería, la cual entre sus máximas fundamentales, que ahora no debo ni calificar ni discutir, contaba la de que ofensas que interesaban al honor con la sola sangre de los ofensores podian lavarse. ¡Extraña contradiccion del espíritu humano! los mismos hombres que al pecho llevaban siempre y que por pendon tenian la cruz del que expiró pidiendo misericordia para los que bárbaramente le inmolaban, esos mismos digo se creian obligados á quitar la vida al mejor de sus amigos si una vez sola les faltaba á la mas pequeña de las atenciones á que por su categoría tenian derecho! — Como quiera que sea, Don Rodrigo creia como en la existencia del Omnipotente, que al darse por entendido del agravio que con sobradas razones sospechaba, iba á pronunciar dos sentencias de muerte; y si vengarse de un rival, si privar de la vida á un hombre que mortalmente le ofendia, no era razon para detener á quien durante treinta años hizo profesion de dar muerte á guerreros que ningun mal le habian hecho solo porque militaban bajo distinta bandera de la suya, si castigar, en fin, á Sancho no podia ser difícil ni trabajoso para el airado castellano; herir al mismo tiempo á Leonor costábale inmensa repugnancia y hasta espanto le causaba. Así, amigos mios, arranca el labrador con presteza los cardos que entre el trigo crecen, pero antes de hacer lo mismo con las azules bellísimas florecillas que tambien roban á la dorada espiga los alimenticios jugos, contémplala como enternecido y tal vez vacila su encallecida mano al tronzar el tierno vástago.

«Desde que Don Rodrigo concibió la primera sospecha hasta el desenlace del drama que voy refiriendo, aparentemente continuaron las cosas en el castillo bajo el mismo pie que antes lo habian estado: pero en la esencia variaron las situaciones y trocáronse los papeles. Si digo que primero era el marido con respecto á los amantes lo mismo que un Gobierno contra quien sigilosamente se conspira, juguete de los conspiradores; y despues los amantes conjurados cuyo secreto posee la autoridad, tolerándolos por algun tiempo solo para acertar con mas seguridad el golpe mortal que les prepara, creo que explico claramente las situaciones respectivas. Y tanto mas exacta es mi comparacion, cuanto que en el siglo en que sucedió el caso que refiero, era el marido con respecto á su mujer autoridad soberana. Recuerden VV. que no trato de improvisar una novela, sino de examinar la influencia de las épocas, circunstancias y estado de la civilizacion en las pasiones; y llevarán en paciencia la prolijidad con que analizo un suceso desdichadamente harto repetido.»

Aquí llegaba nuestro buen Anfitrion con el discurso de su historia cuando la campana del reloj de sobremesa anunció estrepitosamente la hora del teatro. Dábase aquella noche en el del Príncipe una ópera entonces á la moda y todos habíamos convenido en asistir á su representacion: interrumpióse pues el cuento, aplazándolo para la tarde siguiente, y yo tambien daré aquí treguas á la pluma y descanso á los lectores.

PATRICIO DE LA ESCOSURA Y MORROGH.

SAMUEL RICHARDSON,

NOVELISTA INGLES.

APARECE en cierto modo Samuel Richardson como el patriarca de los novelistas, siendo deudor al tal carácter tanto á sus fines morales como á la extension de sus escritos. Sábese que nació en 1689 en el condado de Derby, de donde era molinero su padre, mas ignórase el nombre de la poblacion en que la suerte puso su cuna. «Los primeros años de su juventud, ha dicho Mr. Villemain, fueron obscuros y pobres, y tardía la manifestacion de su talento. Sin embargo, fácil fué distinguir desde su infancia su talento, pero le contuvo al principio su profesion la-

boriosa, la de aprendiz de impresor, y luego ocupado en un trabajo modesto y lucrativo tuvo que aguardar la edad de cincuenta años para escribir y merecer la reputacion que hizo europeo su nombre.»

He aquí lo que él cuenta de sí mismo en una carta. «Acuérdome que desde mis primeros años se notaba en mí el don de la invencion; no gustaba yo de jugar con los otros estudiantes, por lo cual me llamaban mis camaradas *El Serio* y el Sr. *Gravedad*. Cinco habia entre ellos á quienes agradaba salir conmigo ya fuese para ir á sus casas ó á la de mi padre, ya para pasear, y me requerian siempre para que les contase mis historias, como decian ellos. Contábales á veces las que habia leido, á veces otras de mi invencion que no dejaban de interesarles...... Todas mis historias, lo digo con orgullo, contenian excelente moral.» Lo que tal vez desdecia un poco de estas palabras era el cargo de secretario que ejercia Richardson para algunas muchachas que querian escribir á sus amantes, por cuyo modo vino á formarse el futuro secretario de *Pamela*, de *Clarisa* y de *Grandisson*.

«Sea lo que fuere de esta primera educacion de su infancia, añade el ya citado crítico, por medio de la meditacion y de una especie de premeditada taciturnidad propia de los Ingleses fué como Richardson adquirió el tesoro de conocimientos, de ideas y de colorido moral que constituyen el encanto é interés de sus obras. Su pobre condicion en una época en que se manifestaba aun orgullosa de sus privilegios la alta nobleza y se mantenia separada del resto de la nacion, debió retraerle del mundo, mas una circunstancia particular le puso en contacto con uno de los modelos mas originales y escandalosos que pudiera suministrar la brillante sociedad que le estaba prohibida. En clase de impresor tuvo á su cargo Richardson el imprimir los folletos políticos del duque de Warton, intrigante audaz y astuto, despreciador de todos los principios, caido entonces del poder, y escritor.

«Era dicho Duque bajo varios aspectos, si hemos de dar fe á los contemporáneos, digno modelo del héroe ilustrado y corrompido que ha trazado con tan vivos colores la mano de Richardson y cuyo nombre ha venido á ser una personificacion del vicio elegante. Richardson fué judicialmente perseguido como impresor de lord Warton; sin embargo no fué destituido de su arte, antes bien no tardó sir John Onslow, presidente de la Cámara de los comunes, á quien dirigió tan lisonjeras dedicatorias el melancólico Young, en encargarle la impresion mucho mas pacífica y menos comprometida de las sesiones de la Cámara.»

«A fuerza de imprimir obras agenas, juzgo Richardson llegado el tiempo de ocupar la prensa para sí mismo. Tenia ya cincuenta años y escribió en tres meses la novela *Pamela*, cuyo éxito fué superior á sus esperanzas, habiendo un párroco desde el púlpito recomendado su lectura á sus feligreses. Sin embargo la crítica no perdonó ni á la obra ni á su autor. Para vengarse de las chanzas que le prodigara Fielding en *Joseph Andrew*, publicó Richardson su *Pamela in high life*, que se llama en Francia *Pamela desposada*. Pero perdió mas su reputacion con la venganza que con el ataque. Despues de un silencio de ocho años, dió á luz los dos primeros volúmenes de *Clarisa*, á los cuales fueron siguiendo poco á poco los ocho restantes, y bien puede decirse que jamás se vió mas excitada la curiosidad, ó por mejor decir la simpatía pública. En tanto que quedaba suspensa la suerte de Clarisa, recibió Richardson una porcion de cartas en que le suplicaban que salvase su honor ó almenos su vida; y el mismo Lovelace inspiraba reclamaciones de apasionada piedad. Segun la feliz espresion de Mr. Villemain, *fué inflexible* Richardson y completó su obra maestra. En cuanto á *Grandisson*, que subsiguió á *Clarisa*, hálo bien juzgado La Harpe diciendo que es una novela de mucho mérito y de poco efecto. Tales son, independientemente de algunos otros escritos poco importantes, las obras de un hombre que suplió con el talento la falta de educacion, pues Richardson no poseia lengua alguna de las que forman la llave de la clásica antigüedad.»

Gran trecho media sin duda entre el superficial desprecio de Voltaire y el fanático entusiasmo de Diderot por el mismo libro, sin embargo de que en el presente caso se acerca mas á la verdad el último que el primero. Ha dicho el Autor de la *Religiosa*: «Richardson puso en accion cuanto dijeron en máximas Montaigne, Charron, La Rochefoucauld, y Nicole... Cuanta fecundidad en la invencion de los personajes! qué variedad en la pintura de los caracteres! pero lo que lleva al colmo el entusiasmo es que cada cual tiene sus ideas, sus expresiones, su tono, y que estas ideas, estas expresiones, este tono, varian segun las circunstancias, los intereses, las pasiones, al modo que vemos sucederse en un mismo rostro las varias fisonomías de las pasiones. En estos inmortales cuadros, como en la naturaleza durante la primavera, no se encuentran dos solas hojas de un mismo matiz verde.»

Richardson es inimitable é intraducible como todos los grandes escritores. Murió el 4 de julio de 1761.

ORIGEN DE LA GRAN CARTUJA.

En otoño hasta los dias mas bellos comunican al que viaja cierta tristeza llena de encanto y suavidad, pero que no deja de ser tristeza. Así como el pájaro aprovecha los últimos rayos de sol haciendo oir sus cantilenas, así tambien el viajero adelanta alegremente en su camino; con todo, para uno y otro hay en ese cielo que se hace por momentos mas sombrío, en esas madrugadas sucesivamente mas tardías, y en ese aire de la noche siempre mas sutil, todo el luto é incomodidades del invierno, y aun las pocas horas suaves que el otoño les presenta pronto solo servirán para recordarles los hermosos dias pasados, haciendo así mas sensibles los rigores del mal tiempo.

En la misma entrada de un camino, que en la primavera me llevaria en pocas horas al monasterio, vense dos conventos: uno á mano derecha y otro á la izquierda, al parecer situados allí á fin de disponer el alma á recibir las religiosas conmociones que la aguardan: están allí como dos pilas de agua bendita puestas á la entrada del claustro que guia al santuario.

La milagrosa causa del retiro de S. Bruno, fundador de la Orden Cartuja, ha sido combatida y de-

fendida con igual constancia: bajo el reinado de Luís XIII dábase bastante crédito á la explicacion sobrenatural; y de ello da fe un consejero del Rey, que publicó sobre este asunto un voluminoso libro lleno de candor, que consideramos tanto mas verídico, cuanto que la bula del pontífice Urbano VIII con que suprime del breviario romano el milagro no amenaza con la excomunion á las almas timoratas que todavía quieran creerlo. Véase pues el caso milagroso sucedido en París el año de 1082, segundo del pontificado de Clemente VIII.

El canónigo Raimond, persona cargada de dignidades, célebre entre los sabios de aquellos tiempos, y tan íntegra y justa á los ojos de las gentes que siempre que se presentaba en público era casi adorada del pueblo, cayó gravemente enfermo, y despues de habérsele dado todos los auxilios de la medicina y de la religion, y á despecho de las rogativas que al cielo se dirigieron por la salud del canónigo, murió. París estaba lleno de luto, y el Clero, la Universidad y la Corte afanáronse en dar la mayor pompa posible á los funerales. El Obispo con todo el cabildo celebraban los oficios divinos en la iglesia de Nuestra Señora, cuando al salir de la misa, así que iban á enterrar el cuerpo de Raimond cantándole las preces de los difuntos, y despues de haberle descubierto el rostro y entonado el oficiante con voz firme la leccion que empieza: *Responde mihi*, el muerto, que hasta entónces habia permanecido extendido sobre el féretro, empieza á levantarse con pausa y gravedad llenando de terror y espanto á los presentes, luego en alta voz les dice: «*Justo Dei judicio accusatus sum.*» (Por el alto juicio de Dios soy acusado). Delibérase, dúdase si está vivo ó muerto, hasta que por fin resuelven aguardar al dia siguiente. La fama del milagro se esparció por todo el pueblo de París, que acudió entero á Nuestra Señora el dia siguiente. Descubrieron otra vez el féretro, celebróse el oficio, y vinieron á entonar delante del cuerpo y en medio de las fúnebres hachas las preces de difuntos: pero apenas el ministro hubo pronunciado (sin duda con voz menos firme que el dia anterior) el *Responde mihi*, el difunto en presencia de todos los circunstantes se incorpora y responde: *Justo Dei judicio judicatus sum* (Por el alto juicio de Dios soy juzgado) Deliberan de nuevo: ese juicio puede ser favorable ó contrario, y aun no ha llegado al fin; por lo que remítese el asunto al otro dia. Pero por esta vez respondió el muerto: «*Justo Dei judicio damnatus sum* (Por el alto juicio de Dios estoy condenado). Entonces no hubo ya deliberacion, sino que cogieron el cuerpo del difunto y dieron con él en un muladar, como indigno de descansar en tierra sagrada. Desde este suceso empezó S. Bruno á meditar su retiro del mundo, resuelto á todo antes que verse expuesto al terrible destino del canónigo Raimond. Podia acaso nadie vivir mas santamente en París de lo que el canónigo vivia? No fué un modelo de las mas bellas y sencillas virtudes? Condenado! Dios ha condenado á su ministro, al que durante sesenta años cantó sus alabanzas noche y dia! al que habia generalizado y hecho amar á su doctrina! Quién pues en este mundo puede esperar su salvacion? Tales eran los pensamientos de S. Bruno, quien despues de haber comunicado tales temores á sus compañeros, púsose bajo la proteccion de S. Juan Bautista, ángel del desierto, y de S. Hugo á la sazon obispo de Grenoble, y los guió á las silvestres gargantas de la Cartuja, donde hoy existe el monasterio que tomó el nombre de la montaña.

Llegué pues á la Cartuja, dice el autor de este artículo: las hayas mezclando sus áridas y melancólicas ramas con las verdes y lozanas de los altivos abetos, formaban un contraste entre dos opuestos caractéres, que para mí era solemne anuncio de lo que debia hallar atravesado que hubiese el umbral de ese recinto en que todo despierta el recuerdo así de la muerte como de la vida.

Los oficios de la noche en la gran Cartuja están llenos de grandeza y majestad, pero no como en nuestras metrópolis á causa de la pompa y magnificencia, sino por la solemne gravedad que los caracteriza: de modo que no es posible pintar el efecto que producen dichos cantos nocturnos en el ánimo. ¡Qué diferencia no existe entre estos sublimes salmos que voces inspiradas por una profunda conviccion hacen resonar en el templo, y las plegarias, bellas sin embargo, que cantores asalariados entonan delante de nuestros facistoles! Es una religiosidad muy distinta. La parte superior del coro ocúpanla los novicios con hábitos negros, siguen luego los padres con sus blancas ropas, y en esta disposicion parece que colocan entre ellos y el altar á los jóvenes neófitos para que no se desanimen; del mismo modo que se coloca un batallon bisoño entre sus banderas y otras tropas aguerridas.

A la entrada del claustro que conduce al capítulo, y casi en el centro, se ven paredes cuya construccion lleva seiscientos años de antigüedad; á la derecha hay unas bóvedas modernas, y en frente descúbrese la capilla del cementerio, en que celebró misa S. Francisco de Sales. Esta capilla es la parte mas antigua del monasterio, única que perdonó la época destructora de 1793 en sus profanaciones, y en ella se encuentran todavía los huesos (íbamos á decir las reliquias) de los primeros padres muertos en la primitiva capilla de S. Bruno, á la que la iglesia del monasterio reconoce por hermana primogénita. En la inmensidad de esos claustros no se oye mas que el melancólico murmullo de cuatro fuentes esparcidas por entre las indefinidas y solitarias calles; el silencio es profundo, mas aun que en otros sitios del monasterio; sin embargo de ser la parte mas habitada, puesto que contiene sesenta celdas de los monges.

En cada celda hay su inscripcion, escogida ó compuesta por el religioso que la habita: son conceptos expresados con feliz concision y fuerza, alguna vez en versos no muy buenos. Permitióseme entrar en la celda N, pues acababa de morir el cartujo que moraba en ella: sus hábitos de lana pendientes á la cabecera del humilde lecho columpiábanse á impulso del viento como los despojos de una crisálida que acaba de tomar el vuelo.

El cementerio es reducido: de un lado se ven las tumbas de los generales de la Orden adornadas con una cruz de piedra, y el otro sirve para sepultura de los hermanos: existe siempre una huesa abierta, como la boca de un abismo que está aguardando su presa.

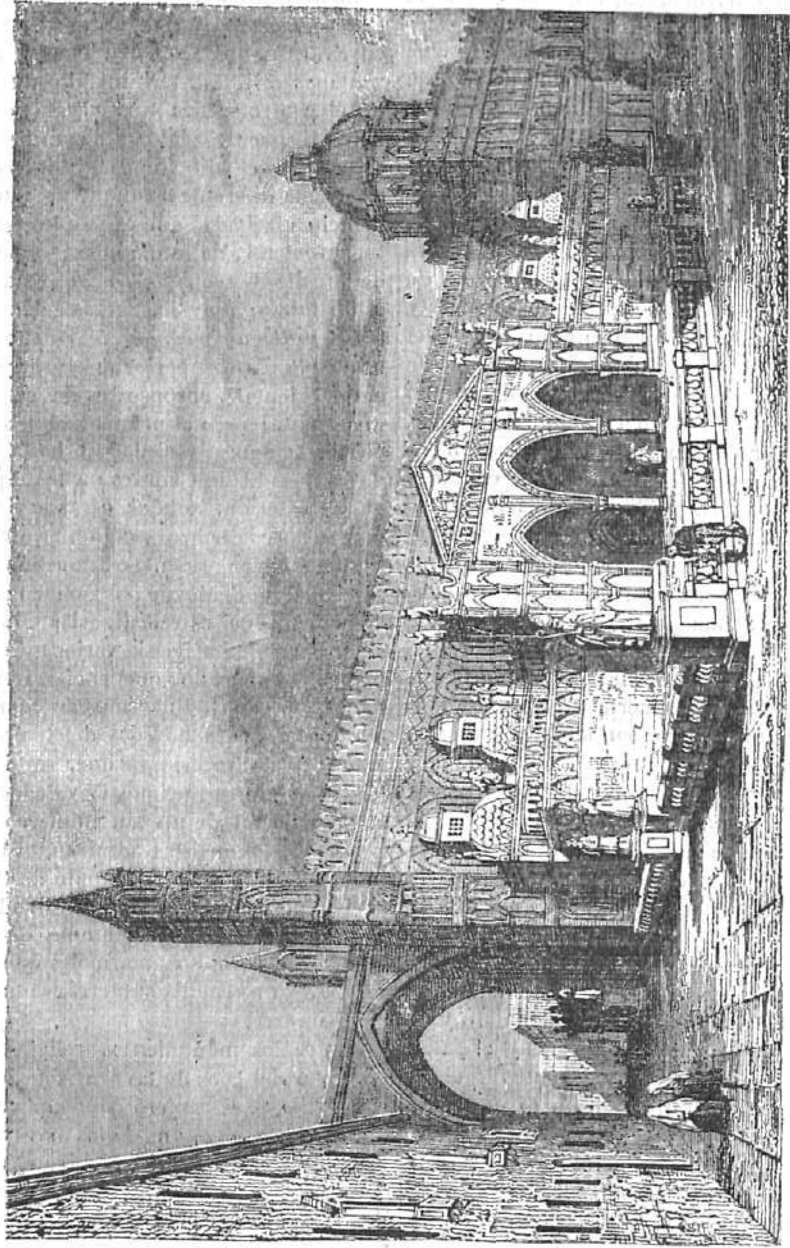
La especie de romería que emprendí de esta suerte, solo, enfermizo y á pie en la estacion mas árida é

incómoda del año, ofrece un carácter de indefinible tristeza y suavidad. Contemplo lleno de espíritu religioso todo cuanto se me presenta en este sitio: la tempestad azotando inútilmente los cristales y haciendo penetrar sus agudos silbidos por esos inmensos corredores sin turbar su calma, tan profunda es esta, me obliga naturalmente á comparar la tranquila y confiada existencia de los cartujos con nuestra época escéptica y turbulenta. ¿Deberáse á una ilusion hija de mis conmociones el que considere al monasterio de la gran Cartuja bajo tan diverso aspecto que los alegres curiosos que van á verla en el verano? que aprecie de tan distinto modo sus creencias, y tan diversamente reciba su sencilla hospitalidad? No: lo cierto es que hallándose mi espíritu mas en armonía con el de esos melancólicos monges, ha sabido mejor comprenderlos. Solo enteramente entre ellos. olvidado despues de largo viaje de la fisonomía de nuestra sociedad, no los he mirado con ojos deslumbrados aun por el brillo del mundo abandonado el dia anterior; así es que en ningun sitio pude hallar esos rostros sombríos, inflexibles y desesperados que creen encontrarse en los claustros: opinion que van difundiendo gentes alucinadas y que en el dia es tan general como falsa.... Al contrario: qué severidad! qué calma! cuánta bondad no hay en sus ojos y frentes! En esos labios que alienta una suave sonrisa refléjase la paz del corazon; así como en las vibraciones de su voz conmovida la felicidad y contento interior.



Cartujos copiados del natural.

SICILIA.—PALERMO.



Vista de la catedral de Palermo.

SICILIA. — PALERMO.

Fué Palermo una ciudad muy célebre en la antigüedad. Refiere Tucídides que los Fenicios á su llegada á Sicilia desde las colonias griegas, ya en el primer siglo de la fundacion de Roma se retiraron á *Panormos*, que luego llamaron los latinos *Panormus*. Ocuparon sucesivamente esta ciudad los Cartagineses, los Romanos, los Griegos del bajo Imperio, los Sarracenos, los príncipes normandos, los franceses de la dinastía de Anjou, los aragoneses y españoles, y los franceses de la rama de Borbon. En el dia contiene esta capital de Sicilia una poblacion como de 130,000 habitantes. El epiteto de *feliz* que se la dió desde muy antiguo, débese á su hermosura, á la actividad de su floreciente comercio, á la fertilidad de su suelo, serenidad de su cielo, amenidad de su situacion y á las comodidades y sociabilidad de la mayor parte de los habitantes. Si no soplase el viento que llaman *sirocco*, no habria en el mundo clima mas sano que el de Sicilia. Es el golfo tan risueño como el de Nápoles; y ese círculo pintoresco que forman mirados de lejos el monte *Peregrino*, el cabo *Zafferano* y los collados de la *Bagaria* sembrados de hermosas casas de campo comunica el mas lindo aspecto á la ciudad, haciendo agradable á lo sumo su morada. Las calles son anchas y dilatadas y en el centro de la ciudad crúzanse dos de ellas en ángulo recto dividiéndola en cuatro partes iguales. Llámase la una calle *Cassaro*; tiene de largo 1400 pies, y unos 40 de ancho, y prolóngase en direccion paralela á la ribera desde la puerta *Antoniana* hasta la llamada *Maqueda*: la otra de dichas dos calles, llamada *Nueva, ó de Toledo*, tiene de longitud 200 pasos, y es mas ancha que la anterior; extiéndese desde la puerta *Nueva* hasta la puerta *Felice*. Estas dos puertas son tambien muy dignas de consideracion, pues la una está adornada con un arco triunfal, siendo la otra muy notable por la nobleza de su arquitectura.

La plaza se halla situada precisamente en el punto de interseccion de las dos calles de que acabamos de hablar, es de forma octágona, y está rodeada de hermosos edificios, cuya arquitectura pertenece á tres órdenes diferentes: el dórico, el jónico, y el corintio, artísticamente mezclados. Adórnanla la estatua de Cárlos V, la de Felipe II, de Felipe III y de Felipe IV. Fuera de la puerta *Felice* hay el paseo llamado la *Marina*, que conduce á otro que se llama *paseo de Flora*, y consiste en un dilatado jardin de grande hermosura. Hay á poca distancia un rico jardin botánico, en que las plantas exóticas crecen y se multiplican cual si fuesen indígenas.

El puerto de Palermo no es muy grande, pero sí muy cómodo y bien fortificado.

La plaza del *Palacio Real* es muy espaciosa; en su centro se ostenta la estatua de Felipe IV vaciada en bronce, rodeada de otras estatuas menores que representan las virtudes de este monarca. La plaza *Pretoriana* se distingue por una fuente admirable en cuanto á su diseño y escultura, bien que su idea se presenta muy estraña. La plaza de Santo Domingo se halla adornada con las estatuas de bronce que representan á Cárlos III y á su esposa María Amelia, y con una magnífica columna que sostiene la efigie de Nuestra Señora, tambien de bronce. La fachada de la iglesia de Santo Domingo forma igualmente uno de los principales adornos de la plaza. Los inteligentes admiran una hermosa estatua de bronce que se levanta en medio de la plaza *Bologni*, y representa á Felipe V.

Los templos en Palermo son bastante numerosos, siendo además todos ellos dignos de atencion especial. La Catedral, dice M. Moret, fué fundada en 1170 por Gautiero, bajo el reinado de Guillermo II: es un edificio vasto y de imponente aspecto, pero de un género *hibrido*: forma un cuadrilongo con crucero, cuyos extremos sostienen cuatro altas torres con ventanas ojivales, terminando en flecha ó pirámide. En el centro se alza una cúpula de arquitectura italiana. El puente aéreo que manifiesta la lámina une al cuerpo del edificio una quinta torre desprendida, de forma diferente, aunque de igual elevacion. La principal fachada, que es la que el grabado representa, es lateral, da á una plaza oblonga que la separa de la calle *Nueva* ó *de Toledo*. Esta fachada es de un estilo mixto, que Mr. Fargasse denomina con razon estilo *arábigo-normando*, é igualmente la masa externa y la parte superior de las cúpulas. El conjunto entre oriental y europeo, es de un aspecto grande y majestuoso; pero al primer exámen ya se descubren ciertos retoques, variedad, y hasta incompatibilidad de estilos. El interior es menos espléndido y bello que el exterior, aunque cargado de adornos. Sostienen la bóveda ochenta columnas de granito oriental. El altar mayor presenta extraordinaria riqueza, y en particular se distingue por una magnífica columna de lápiz-lázuli de extraordinarias dimensiones. Vense además en dicha iglesia varios sepulcros de mármol blanco y de pórfido, que encierran las cenizas de antiguos soberanos. Citarémos en cuanto á los que existen debajo de las bóvedas del templo subterráneo el mausoleo de Rogerio, primer rey de Sicilia, y los de los emperadores Enrique IV y Federico II, los de dos emperatrices y de un sin número de príncipes y arzobispos. Los artistas admiran un bajo relieve esculpido por Villa-Reale, discípulo de Cánova.

La iglesia de San José está situada en la plaza *Vigliena*: contiene altas columnas de mármol de Turquía, otros preciosos mármoles que decoran el altar mayor, y una capilla subterránea cuyos adornos son riquísimos.

Entre los monumentos religiosos que erigieron en honor del Dios de las armas los valerosos hijos de Hauteville, el extranjero contempla con interés la iglesia de *Martorana*, una de las mas curiosas de Sicilia. Fundóla Jorge Rozio Antichiano, almirante del rey Rogerio. Quedan algunas dudas sobre el año preciso de su construccion, unos señalan el de 1113, otros fijan el de 1143 cuando esta iglesia fué ricamente dotada. Solo se sabe que fué consagrada en 1173. Distínguese por sus bellos mosáicos, y lleva tambien el nombre de templo de San Simeon.

Añadirémos además la iglesia de San Mateo, la de San José de los Teatinos, la capilla subterránea llamada del Santo Crucifico, la de Jesus, la de Santo Domingo, y en fin el Oratorio del Rosario, y San Felipe Neri, todas las cuales contienen cuadros de mucho mérito y objetos artísticos muy curiosos.

En particular recomendamos á los viajeros que

bajen á las Catacumbas, cuya entrada se halla en la iglesia de Capuchinos, fuera del recinto de la ciudad. Como dichas catacumbas estan excavadas en la roca viva, ofrecen á la vista un expectáculo extraordinario. Consérvanse en ellas varios esqueletos, y en el dia de difuntos hay la costumbre de vestirles el traje que llevaron cuando vivos: expectáculo único en su género y que despierta emociones muy tristes.

Los palacios de Palermo son grandiosos y en gran número: el palacio Real, cerca de la puerta Nueva, fué antiguamente una fortaleza, defendida por muchas torres, de que solo una subsiste y sirve de observatorio astronómico: es en el dia este palacio residencia del lugarteniente del Rey. En él conviene no olvidar la capilla de San Pedro, cuya arquitectura ojival es muy majestuosa, y contiene además preciosísimos mármoles, bellos mosaicos, y otros raros objetos.

El palacio Senatorial, ante el cual hay la fuente de que ya hemos hablado, merece tambien mencionarse: posee dos antiguas estatuas y varios fragmentos griegos y romanos.

Entre los palacios particulares son dignos de mencionarse los de los príncipes Brotera y Torremuzza y los de los duques de Gravina y de Anjou.

Hay en Palermo cinco hospitales, una universidad, un seminario, tres bibliotecas públicas, etc.; la *pinacoteca*, á cuya fundacion tanto contribuyó el príncipe de Belmonte, muerto hace algunos años; el museo arqueológico que atesora una abundante coleccion de medallas greco-sicilianas, que diariamente se va aumentando con objetos raros descubiertos en las excavaciones que en diferentes puntos de la Isla se practican, y finalmente la fundicion Real.

Las cercanías de Palermo no son menos interesantes. Saliendo de la Ciudad por el camino real que va siguiendo la ribera pásase junto al Lazareto llegándose pronto á la falda del monte *Peregrino*, que los antiguos llamaron *Eretas*, el cual fué célebre en tiempo de las guerras púnicas, cayendo despues en olvido y volviéndose inaccesible. Sin embargo, en 1624 en él descubrieron en una de sus cuevas el cuerpo de la vírgen real Santa Rosalía. Huyendo esta Santa de los engañosos y seductores atractivos de la corte paterna, buscó un refugio en esa cueva, donde se entregó á una vida puramente solitaria y contemplativa. Trasladado su cuerpo á Palermo cuando una peste devoradora asolaba la Ciudad, la Santa fué declarada su protectora por haber cesado con su presencia aquella calamidad; por lo que transformaron la cueva en un templo, que por su situacion produce un sorprendente efecto. La senda que abrieron en el lomo de la montaña costó enormes sumas: está construida casi del todo sobre sólidos arcos de albañilería. Instituyóse además una fiesta anual que se celebra el 15 de julio, y que atrae á Palermo una muchedumbre de curiosos: en ella se ilumina la iglesia que contiene el cuerpo de la Santa con tal profusion de cirios que la vista puede apenas soportar sus luces.

Pero mas notables aun son dos castillos de estilo morisco, llamado el uno *Ziza*, que se levanta en el barrio *Olivazza* y pertenece al príncipe de Scherra, y el otro denominado *Cuba*, situado en la senda de *Monreale*, y que en el dia es solo un cuartel de gendarmes. Los nombres Ziza y Cuba son los de dos hijos de un emir, que mandó edificar los castillos á sus árabes: la situacion de ambos es admirable.

Divísase Monreale desde lejos á causa de su elevada posicion: esta Ciudad es bastante hermosa y bien edificada, constando su poblacion de 8000 habitantes. Entre los magníficos templos que la embellecen debe notarse en particular la Catedral, llamada *Santa-María-la-Nueva*, que fundó Guillermo el Bueno en 1174, lo mismo que el inmediato Convento de Benedictinos, del que los arzobispos, *pro tempore*, son abates. La grandiosidad de este templo, el estilo de su arquitectura, la rareza de los mármoles, las puertas de bronce obra del célebre artista Pisan Bonanni, el San Gerónimo del escultor Antonio Gagini, los sarcófagos de los dos Guillermos el *Bueno* y el *Malo* y otros adornos no menos preciosos, dan al templo uno de los primeros lugares entre los mas bellos y suntuosos edificios de Sicilia. Juan Luís Lello publicó de él una descripcion muy exacta, cuya mejor edicion se publicó en 1702. Pero desde esa época ha adquirido esta iglesia nuevos y riquísimos adornos, entre los que citarémos el altar mayor todo de plata que el arzobispo Testa, prelado tan sabio como piadoso, hizo construir á sus costas á fines del siglo pasado. Un incendio acaecido en 1811 hizo graves daños en la iglesia, que no obstante se han reparado del todo, excepto algunos sepulcros que quedaron enteramente destruidos. El monasterio de Benedictinos de que hemos hablado contiene un claustro muy digno de atencion; tambien es de admirar en el Refectorio un cuadro de grande estima, que representa á San Benito distribuyendo el pan á los pobres: es obra de Pedro Novelli, natural de Monreale, pintor digno de mayor renombre. Vese tambien otro lienzo de la escuela de Rafael, y una escogida biblioteca, que enriqueció muchísimo el mencionado arzobispo Testa.

Los que mas pormenores apetezcan deberán consultar la *Topografía de Palermo*, de Scina, impresa en 1818; y la obra del duque de Serra di Falco titulada *Antigüedades de Sicilia*.

BAROMETROS.

Es la atmósfera esa inmensa bóveda que rodea la tierra por todas partes, la cual está principalmente formada de una especie de gas llamado *aire atmosférico*. Mézclanse sin embargo con este aire otros fluidos elásticos que, constando de peso, estan uniformemente esparcidos al rededor del globo y le siguen en todas sus revoluciones. Tiene la atmósfera un espesor ó grosor de 14 leguas; es transparente y sin color en pequeña cantidad, pero en grande volúmen se nos presenta azulada, color que le presta acaso el agua que contiene en disolucion, y á esta capa de color damos nosotros el nombre de cielo.

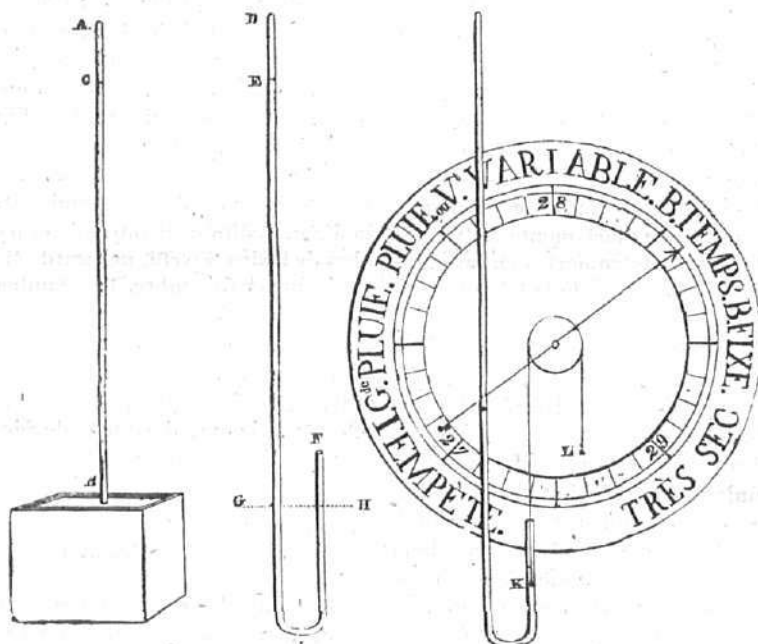
La atmósfera consta de peso en cuanto se compone de gases que se sujetan á las leyes de la pesadez. Aun que sea el aire ochocientas veces mas ligero que el agua, fácilmente se conoce que la grande elevacion de la atmósfera debe hacer considerable su peso. El físico Torricelli ha probado el fenómeno de la pesadez del aire con un experimento muy sencillo que ha dado los mas importantes resultados.

Tómese un tubo de cristal A B de un metro de longitud cerrado por una de las extremidades, lléne-

sele de mercurio hasta que quepa, y para quitar completamente el aire se echa mas del que cabe, se aprieta con la mano el mercurio, y el excedente se va de tal suerte. Vuélvese hecho esto el tubo el cual se mete en un vaso lleno de mercurio. Parece á primera vista que deberia vaciarse el mercurio del tubo y reunirse con el del vaso; cae en efecto un poco, mas queda suspendido en el tubo á cierta altura C. Tal experimento se explica de esta suerte: el aire por su peso hace pression sobre el mercurio contenido en el vaso, pero el tubo cerrado por arriba cubre una pequeña parte de la superficie de dicho mercurio, y sostiene por sí mismo la presion del aire; de donde es preciso concluir que el peso de la coluna de mercurio contenido en el tubo equivale al del aire que oprime la superficie del contenido en el vaso. La altura de dicha coluna es de cerca de 28 pulgadas; 28 pulgadas de mercurio son de un peso igual al de 32 pies de agua, luego la presion atmosférica es igual á una coluna de mercurio de 28 pulgadas ó á una de agua de 32 pies. Mas, como el peso del aire varia segun los diferentes estados de la atmósfera, era consecuente que el mercurio subiese y bajase en el tubo conforme á dichos estados; lo cual sugirió la idea de emplear el tubo de Torricelli para indicar el estado de la atmósfera, no siendo otra cosa que tal instrumento graduado el barómetro.

En vez de la cubeta en que se cuela el tubo hecho de mercurio, puédese pasar simplemente con un tubo retorcido D F, cerrado por el extremo D T abierto por F. Las dos colunas de mercurio S I y I H se equilibran; esta última por el orificio F sostiene el peso de la atmósfera al cual equilibra la G E suponiéndola aquí de la altura de 28 pulgadas. Existe un perfecto vacío en la parte E D del tubo, por consiguiente no hay presion en E, lo cual permite al mercurio subir y bajar expeditamente.

Para la construccion del barómetro cuadrante comun sírvense del tifon. Encima del mercurio del ramo mas corto, hay un corpulillo K no bastante grande para cerrar el tubo, ni bastante pesado para



Baròmetros.

impedir el juego ó movimiento del mercurio; cuelga de una poleilla muy móvil, por medio de una hebra de seda extremadamente fina, tendida por un peso L, algo menor que el del cuerpecito flotante. En el eje de la polea, hay una ligera aguja que rueda sobre un círculo dividido. Cuando aumenta la presion atmosférica, desciende el mercurio al ramo mas pequeño del tifon, y siguiéndole el cuerpo flotante hace girar de izquierda á derecha la aguja; y si al contrario disminuye la presion atmosférica, suben tanto el mercurio como dicho cuerpecillo, haciendo que la aguja vuelva de derecha á izquierda. En el punto en que se detiene la aguja cuando la presion atmosférica es de 28 pulgadas, escríbese en el cuadrante, *variable*; á 28 pulgadas 1/3 *buen tiempo;* á 28 pulgadas 2/5, *bueno y constante*; á 29 pulgadas, *muy seco*; á 28 pulgadas 1/5, *lluvia ó viento*, á 28 pulgadas, 2/3, *mucha lluvia*; á 27 pulgadas *tempestad*.

Ahora darémos algunas reglas para facilitar el uso del barómetro en las predicciones meteorológicas.

1.ª La elevacion del mercurio en general indica buen tiempo; su descenso al revés lluvia, nieve, viento, tempestad y huracanes.

Cuando el mercurio se eleva es convexa su superficie y cóncava cuando baja. De donde se sigue que para saber si el mercurio tiende á subir ó bajar basta tocar ligeramente el cuadrante, cuya oscilacion facilita el movimiento del mercurio; si tiende á subir, como se pone mas convexa su base, eleva el cuerpecillo, y si al contrario quiere bajar haciéndose mas cóncava su superficie arrástrale consigo, y la aguja señala en el cuadrante cual es la tendencia del instrumento.

2.ª Si en tiempo muy caliente baja el mercurio es señal de lluvia.

3.ª Su elevacion en invierno presagia hielo, y si baja durante la helada anuncia deshielo.

4.ª Si sigue inmediatamente mal tiempo á la baja del mercurio durará poco. Lo mismo decimos del buen tiempo que viene inmediatamente despues de su elevacion.

5.ª Si durante el mal tiempo se eleva el mercurio persistiendo en su elevacion mientras dura dicho mal tiempo, puédese esperar buen tiempo constante.

6.ª Viceversa, si en tiempo sereno baja el mercurio y continua bajando dos ó tres dias antes que llueva, hay que esperar mucha humedad y grandes vientos.

7.ª Las oscilaciones del mercurio anuncian inconstancia ó variedad de tiempo.

8.ª En todas las estaciones es señal segura de tempestad, huracanes, fuertes lluvias y truenos el súbito descenso del mercurio.

9.ª Si pasada la lluvia cambia el viento y sube el barómetro es indicio cierto de que volverá á hacer bueno.

Tiene además el barómetro otro destino de grande importancia, pues que sirve á medir la altura de las montañas.

Si, como se deja sentado, tiene 14 leguas de espesor la capa atmosférica que circunda la tierra, es consiguiente que si se sube á la cima de montañas muy altas el espesor de dicha capa quedará sobre nosotros disminuido de toda la altura de las montañas; luego la presion atmosférica será menor y bajará el barómetro en la misma proporcion.

Sabiendo pues la altura que conserva el mercurio á orillas del mar, sabráse á que elevacion nos hallamos sobre su nivel por medio de la del mercurio. Así, v. g. en la cumbre del monte S. Bernardo, la altura del barómetro no es sino de 0^{m}. 57 en vez de 0^{m}. 76, altura media á orillas del Océano. Háse encontrado que el mercurio bajaba un milímetro por 10^{m}. 5 de elevacion. Sin embargo, en las regiones de la atmósfera muy elevadas, es mas considerable el descenso, lo cual nace de que el aire va siendo menos denso á proporcion. A tales alturas apágase el fuego, el sonido es casi imperceptible; la respiracion es anchurosa y frecuente, hínchanse las venas que no se hallan ya tan comprimidas y se sube la sangre por los poros del cútis. Mr. De Laplace ha experimentado que á la altura de 12 leguas el aire tenia igual densidad que en un tubo de que se hubiese extraido por medio de la máquina neumática.

REVOLUCION AGRICOLA.

Articulo II (*).

Otra carta de los Sres. Paillard *y* Bernard.

Vamos á publicar otra comunicacion de dichos Señores relativa á sus experimentos agrícolas. Fácil es concebir que el primer ensayo no pudo dar de sí todas las observaciones apetecibles en materia tan nueva é importante; y no debe perderse de vista que el fin que estos Señores se propusieron al publicar los primeros resultados solo fué, segun dicen, estimular á otras personas para que repitan los experimentos. Esto supuesto, nadie hallará prematura la publicacion de los resultados obtenidos.

Brest 25 de setiembre de 1841.

Muy Señor mio: La carta que se insertó en la *Phalange* encontró, y así debió de suceder, varios incrédulos y muchas objeciones. Cuando declaramos estar dispuestos á dar cuantas explicaciones se nos exigiesen, claro está que no pretendíamos tratar de la produccion del trigo como físicos ó químicos de profesion: quisimos tan solo asegurar un hecho importante y de trascendentales consecuencias, y dar á conocer las operaciones de que echamos mano, junto con las razones mas sencillas de nuestra personal conviccion.

Omitimos pues si se quiere ciertas reflexiones teóricas, con las inducciones que de las mismas sacamos, limitándonos á estos tres puntos: 1.º á establecer el hecho; 2.º á demostrar que no se halla en oposicion con las leyes conocidas; y 3.º á dejar contestadas las preguntas que algunos amigos nuestros nos han dirigido. En cuanto al hecho, acompañan á la presente tales testimonios, que no dan lugar á ninguna duda, pues las firmas infrascritas estan legalizadas por el señor Subprefecto de Brest.

Si hecho alguno existe bien comprobado así por las tradiciones religiosas como por las razones científicas, ese es la existencia del reino vegetal anterior á la del reino animal; y esto fácilmente se entiende, pues al crear Dios los animales debió haber provisto de antemano á su subsistencia. De ahí sacamos la consecuencia de que todo vegetal formaba su abono, corroborada por mil fenómenos que diariamente presenciamos. ¿Porqué esas selvas vírgenes son las mas frondosas y bellas? la razon es muy simple: porque no se quitan las hojas y demas desechos vegetales con el fin de hacerlas servir para abono de otras plantas. Fundados en tales datos, hicimos nuestros experimentos en el trigo, y el éxito ha colmado nuestros deseos y sobrepujado á nuestras esperanzas.

Nuestras operaciones se hicieron en un terreno de los peores, en pésimas circunstancias y en reducido espacio: innumerables babosillas se echaron encima del sembrado devorando la mayor parte del trigo, á lo que hay que añadir los estragos que hicieron los pájaros. En un cultivo por mayor no son de temer tales inconvenientes, porque los insectos estan esparcidos por una grande porcion de superficie cultivada, y por otra parte su número no se aumenta, como en nuestro experimento sucedió, pues en el jardin el calor los atraia al reducido terreno que habíamos sembrado. Este año hemos dado un baño de cal al trigo á fin de obviar á semejante obstáculo. Segun Raspail, el sulfato de cobre (vitríolo azul) tiene la propiedad de dejar los granos limpios de las sustancias dañinas, que en mayor ó menor cantidad se pegan á ellos: hemos pues dejado el trigo por espacio de doce horas en una disolucion de dicha sal, con lo que ni pájaros ni insectos se acercarán á él impunemente. Por otra parte, esta operacion química presenta la ventaja de apresurar la germinacion, siendo además muy poco dispendiosa, pues por veinte céntimas (4 sueldos) se adquiere una cantidad de sulfato de cobre

(*) Véase la página 421.

suficiente á macerar un hectólitro de trigo. Tenemos noticia de que muchísimos labradores emplean este mismo medio.

Pasemos á probar que, dígase lo que se quiera, el hecho que presentamos *no está en oposicion con las leyes mas rigorosas y elementares de la física.*

¿Cuáles son las condiciones físicas de la germinacion y desarrollo de las plantas? Calor, electricidad, y humedad, en las convenientes proporciones: todas ellas se llenan en nuestro sistema, y creemos que en supremo grado. Lo que mas á menudo perjudica á los cereales son las lluvias muy abundantes ó continuas que descalzan las raíces; pero esto no es de temer siguiendo el método que indicamos; porque cayendo la lluvia en la paja, se va filtrando el agua sin dañar á la solidez del apoyo.

Segun Thenard y Davy, la tierra, que á primera vista parece ser el principal alimento de los vegetales, no es mas que el conductor de las materias nutritivas; por consiguiente se pueden conservar plantas sin tierra. El primer alimento de los vegetales es el agua; así, segun los sabios que acabamos de citar, un terreno demasiado arenoso no puede retener la suficiente cantidad de líquido para alimentar las raíces de las plantas; al paso que un terreno muy gredoso conserva tanta cantidad de agua, que hace inminente la descomposicion de las raíces: de ahí la preferencia dada á los suelos calcáreos. Con el uso de la paja las raíces toman la cantidad conveniente de agua, y el resto es absorbido por la tierra.

La última leccion del célebre químico Mr. Dumas contiene varias reflexiones en favor de nuestro sistema.

Mr. Bonnet dió el musgo por apoyo á algunas plantas, y las nutrió solo con agua, resultando una vegetacion muy frondosa, y este hábil naturalista observó que las flores eran mas odoríferas y mas sabrosos los frutos que en los productos de los métodos comunes. En este experimento cambió el musgo que formaba el punto de apoyo antes que tuviese tiempo de alterarse. (Véase la obra original de Mr. Chaptal, tom. III pág 22.)

El único desacuerdo que hay entre los principios de nuestro método y las ideas generalmente adoptadas consiste en que, segun estas, la tierra abastece de alimento á las plantas, al paso que en nuestra teoría bastan la paja y la atmósfera para alimentarlas. En tales dudas no hay mas juez que los hechos, y á su tribunal debe apelarse, ya que los principios y leyes de toda ciencia no son mas que inducciones de los mismos.

Dando de mano á muchísimos pormenores, que sin embargo no estan destituidos de interés, vamos á las preguntas que contiene vuestra carta.

«1.ª Cuánto produjo el cuadrado de terreno que cultivamos.

«2.ª Qué cantidad, calidad, y peso presenta nuestro trigo proporcionalmente al que se obtiene por los procedimientos comunes.

«3.ª Pídese un cálculo que determine exactamente la economía de nuestros medios.

«4.ª Cómo compensaríamos la pérdida de la paja necesaria para las camas de los establos y alimento del ganado.»

El fin que nos propusimos fué convencernos y dejar convencidos á los demas de que la paja es el abono natural del trigo, y no tratamos de establecer los grados de comparacion entre la simiente y los productos, cosa además impracticable en un primer ensayo, y cuando una multitud de curiosos se llevaban muestras por encontrar nuestro trigo muy superior á los demas. Las que enviamos al Director de la *Phalange* pueden servir para demostrar su calidad.

La imposibilidad de alcanzar ya en los principios el máximum de los productos es evidente, y la razon consiste en que la capa producida por la descomposicion de la paja no es aun bastante fuerte, al paso que su densidad ha de aumentarse con los años, y con ella el producto. No obstante, haciéndose bien el experimento deberá obtenerse por lo menos una cantidad de grano igual á la que resulta de los demas procedimientos; y la razon es que segun el uso seguido hasta nuestros dias el labrador entierra el grano á la profundidad de una á tres pulgadas, sea bueno ó sea malo el terreno, muriendo así muchas semillas por exceso de humedad ó por falta de aire. Todo lo contrario sucede en nuestro caso: descansando el grano en una tierra móvil, no se hunde sino lo necesario para desenvolverse en las mas favorables condiciones. ¿Porqué en muchos cultivos las raíces salen otra vez á la superficie? por no hallar un terreno conveniente, y esto jamás sucede en el método que proclamamos.

Establecer un cálculo exacto de la economía que nuestro proceder lleva consigo, es bastante difícil; pero vamos á presentar un bosquejo que á nuestro parecer será bastante. Labrar, abonar, sembrar, escardar, binar y cosechar, son las operaciones generalmente empleadas en el cultivo de un campo; ¿pero quién ignora los inconvenientes de las labranzas, y los dispendios de los arados, rastrillos, estirpadores, yuntas, etc; á menos que se adopte el cultivo á fuerza de brazos, que ofrece todavía mayores dificultades, y en que además, desciende el hombre hasta á igualarse con el bruto en un trabajo de fuerza, degradante y destructivo? Por otra parte, este trabajo es absolutamente impracticable en una extensa escala, en cuyo caso para abonar medio hectaro (*) de terreno es fuerza hacer el sacrificio de 150 francos. Para la siembra es preciso enterrar el grano, y por lo tanto imprescindible el uso del rastrillo ó del arado. En nuestro método solo hay que sacudir algo la paja con un palo, á menos que se prefiera valerse del sembrador de Mr. Touboulic. No tenemos necesidad de escardar, por cuanto desde que la siembra queda terminada la paja sofoca cualquier otra planta privándola de la luz tan necesaria á la vegetacion. En el acto de la cosecha perdemos menos trigo, pues este no recibe las fuertes sacudidas que se le dan cuando se siega hasta el heno. Este bosquejo aunque ligero puede dar una idea de la economía que trae nuestro modo de cultivo.

Vamos á tratar *de la cantidad de paja que se pierde y que debe suplirse*. Desde luego no vale esta el abono necesario para mantener un campo en buen estado, pues en los nuestros el precio medio de la paja que da medio hectaro de terreno no pasa de 30 francos. Su uso para cama en los establos se halla abandonado en la mayor parte de Inglaterra, donde se suple con arena calcárea, que facilita el derrame y absorcion de los líquidos, muchas veces dañinos; ó se abren agujeros en el suelo de los establos y sirven para lo mismo. Esta costumbre se funda en un principio de salubridad.

(*) No llega á 1400 toesas cuadradas de superficie.

pues la experiencia manifiesta que los gases amoniacales, lo mismo que las materias putrefactas sobre que se echan los animales perjudican en extremo á su salud. Háblasenos de ciertas yeguacerías en que la cama de paja está en desuso, y tambien de los establos de un distinguido agrónomo de nuestro país, que ha obtenido muy buenos efectos de semejante desuso; pero son hechos sobre que carecemos de una entera certidumbre. Sin embargo, nada presentan que no sea razonable, y creo que se perderia poquísimo en ensayarlos; pero sobre todo, no parece difícil hallar para los establos otras sustancias sin la paja, como tampoco mirada como alimento de los ganados. Las agrónomos sientan la base de que primero debe destinarse para abono, y en opinion de los químicos contiene muy poca cantidad de principios nutritivos: así lo afirma Raspail. Segun el dictámen de un hombre ilustrado, una libra de trigo contiene la misma cantidad de materia alimenticia que cien libras de paja. No obstante, aunque no pueda ser principio de alimentacion para los animales, puede serlo para las plantas, menos aun por los elementos que contiene que por la propiedad de absorber la humedad y de llevarla con sus propios jugos á la planta que ha de conservar: tal es la opinion de cierto químico de Brest. Para convencerse de la falta de principios nutritivos de la paja no hay mas que examinar los animales que de ella se alimentan, y se verán débiles, pesados y de ningun provecho.

Creemos innecesario alternar las cosechas de la manera que generalmente se entiende, sustituyendo á una familia de plantas, otra familia diferente; sino que la sucesion alterna deberá tener lugar entre las variedades de una misma; pues el heno de especies diversas contiene gérmenes tambien diferentes y se descompone con mas ó menos prontitud. Pudiera hacerse una mezcla de varias especies de paja para los granos de una misma familia, como el candeal, el centeno, la cebada, etc. preparando así las transiciones de la sucesion alterna tal cual nosotros la entendemos.

Fundados en la analogía, insistimos en que no es necesaria dicha sucesion: tomando por ejemplo las selvas, las vemos existir por muchos siglos en un mismo terreno sin perder nada de su frondosidad y hermosura, particularmente las selvas vírgenes, segun ya dijimos: ¿cómo pues no habrian de resultar ventajas de cultivar en un mismo suelo las gramíneas? La capa de paja convertida en mantillo y hecha mas densa con los años, fuera análoga á la producida por la descomposicion de las hojas en las selvas, en particular aquellas á que la mano del hombre no arrebató los gérmenes productivos, y nos aria una exhuberante vegetacion. ¿Deberáse tal vez á esta consideracion que muchos hacendados no permitan quitar las hojas desprendidas de los árboles?...

De lo dicho resulta que si alguna dificultad ofreciese mantener la paja en su lugar fuera solo el primer año: para ello bastaria un medio artificial muy sencillo, y aun por pocos dias, porque en breve los mismos tallos de las gramíneas servirian como de estaquitas, que fijando mas y mas la paja en el suelo impedirian que se la llevase el viento: en esto la experiencia tambien esta de nuestra parte.

Acaso, Señor Redactor, parecerán difusas nuestras explicaciones, por lo que vamos á terminarlas, á pesar de que cuanto mas nos extendemos, tanto mas numerosos son los hechos notables que nos ocurren y las ideas que pudiéramos desenvolver en confirmacion de nuestra teoría. Concluyamos pues con algunas reflexiones que entran mas ó menos en las precedentes. Nadie ignora que los terrenos que antes fueron cubiertos de bosque dan las mas abundantes cosechas, como compuestos de tierra vegetal que encierra en gran cantidad las primeras materias: iguales resultados da la paja. Como explicásemos á algunos labradores faltos de toda instruccion teórica nuestro procedimiento presentándoselo bajo el aspecto mas sencillo, desde luego convinieron en la posibilidad de obtener felices resultados; no obstante que no tenian mas conocimientos agrícolas que los que pudo suministrarles una práctica rutinaria.—Raspail, que ya hemos citado varias veces, dijo que todo vegetal tiene su particular abono. Sentado este principio, solo hay que sacar la consecuencia de que todo vegetal lleva el abono en sí mismo. Pruébanlo además numerosos hechos; y á no ser así la economía en los medios no fuera el carácter de las leyes que rigen á la materia

Re cibid etc.

BERNARD Y PAILLARD.

Los testimonios que se citan en la anterior son los siguientes:

Brest, 18 *de setiembre de* 1841.

Los abajo firmados, habitantes de Brest certificamos haber seguido los experimentos referidos en la *Phalange* del 8 de setiembre de 1841 sobre un nuevo sistema de cultivo de cereales, y afirmamos que los hechos mencionados por los señores BERNARD y PAILLARD presentan la mayor exactitud.

PEBENES: juez suplente, y miemb: o de la Municipalidad.

BOURGUIGNOLLE: labrador y arquitecto.

ALLANIC: profesor de filosofía en el colegio Joinville.

GALLERAND: profesor de retórica del mismo colegio.

KERNEIS: escribano.

J. B. DESBORDES: recaudador de contribuciones directas.

L. TOUBOULIC: miembro de la sociedad de agricultura de Brest.

E. CALBRIE: agente de cambios.

J. EVRARD: teniente retirado de navío.

Yo, el infrascrito, certifico, haberme trasladado al jardin del Señor Cárlos Paillard, donde ví y admiré en la misma planta espigas resultantes de trigo sembrado en una superficie de vidrio cubierta con una capa de paja del espesor de una pulgada.

GUIASTRENNEC, arquitecto.

Certifico que el trigo depositado en la Redaccion de la *Phalange* fué cogido por mis propias manos en el campo donde se hizo el experimento.

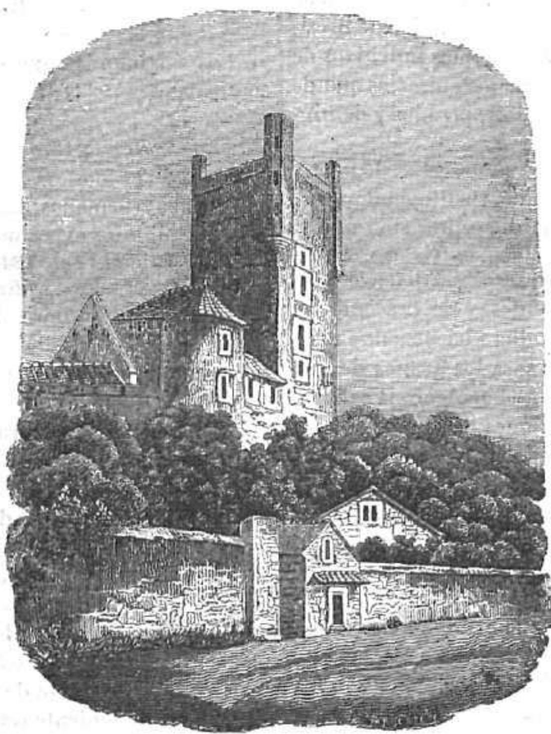
TUZENT, librero.

Han sido examinadas para la legalizacion las precedentes firmas en la Prefectura de Brest el 22 de setiembre de 1841 por el prefecto —A B. CONSEIL, adjunto.

NARBONA.

Narbona, ciudad antigua, ha dado su nombre á todo el país que se extiende desde los Alpes hasta los Pirineos, y particularmente al que se prolonga de las orillas del Ródano al pie de estas montañas. Era Narbona el principal lugar de depósito de la antigua Galia y á las relaciones de su comercio se debieron las primeras noticias sobre el país y estado de la isla de los Bretones ó Inglaterra. Pareció tan bueno á los Romanos la situacion de *Narbo*, que establecieron en ella una Colonia, y efectivamente érales de grande utilidad esta ciudad por razon de su puerto, donde juntaban las tropas que enviaban á España. Sus habitantes dieron propicia acogida á los Romanos. El año de Roma 636, dióse á Narbona el sobrenombre de *Martius*, sin duda en atencion al dios Marte que se adoraba en ella, ó bien por el cónsul Marcio que capitaneara un ejército en la Galia. Llamósele tambien *Colonia Decumanorum* por ser la décima la legion que se estableció en ella. En Narbona tuvo tambien Augusto la asamblea general de toda la Galia, y en esta sazon sin duda le consagrarian sus vecinos las hermosas tablas votivas que se encontraran á mediados del siglo XVI entre los cimientos de las antiguas murallas. En esta época igualmente se hizo nueva division de la provincia, designándose á Narbona por capital de la primera narbonense. Y cuando Galba se dirigió hácia Roma contra Oton, declaróse por él Narbona, donde tomó el título de César. Reinando Antonino Pio consumió casi del todo la ciudad un horroroso incendio, pero el Emperador mandó restablecer á sus costas los pórticos, las termas, las basílicas y otros edificios incendiados.

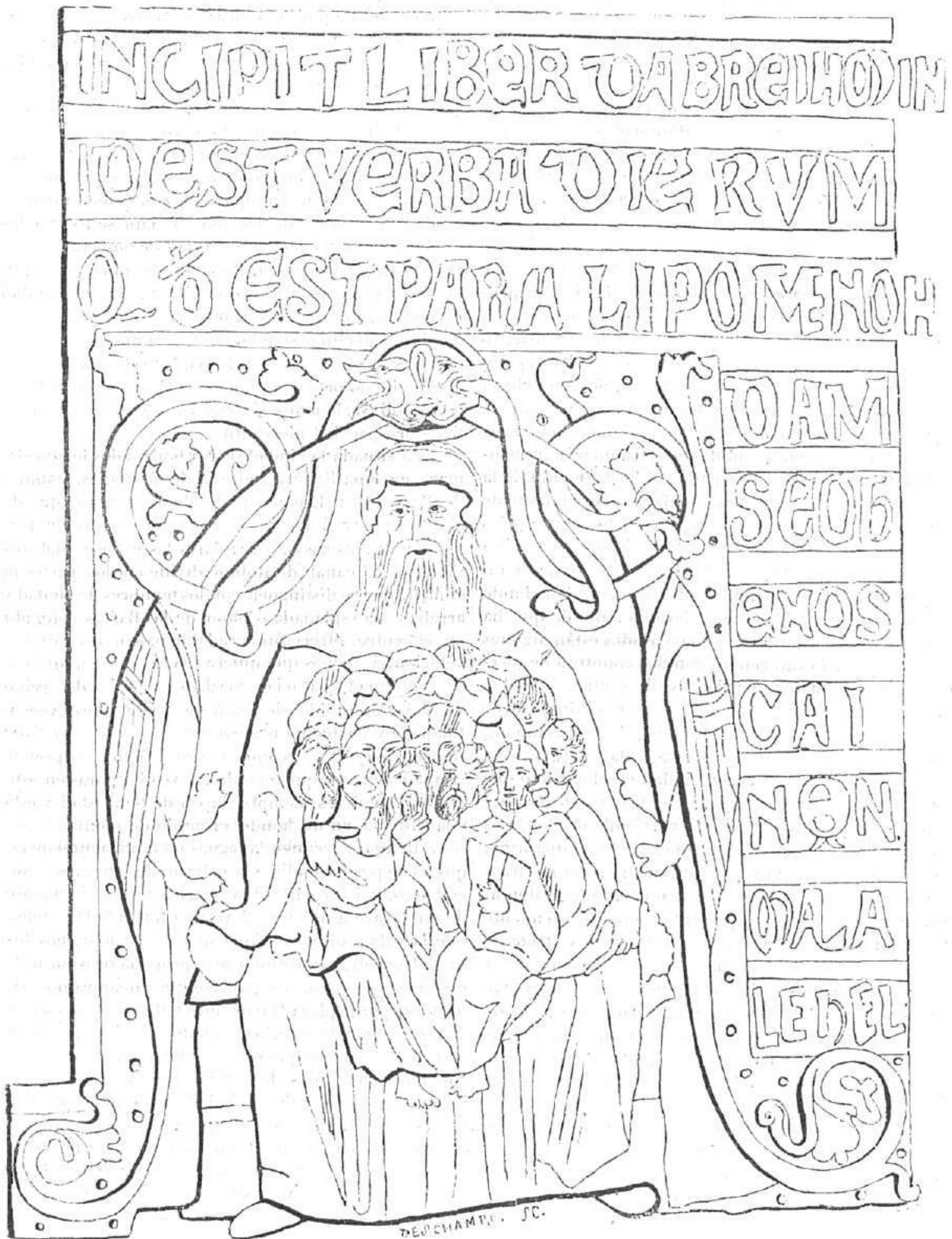
Quedó Narbona sujeta á la dominacion romana hasta la época en que la tomó Ataulfo, rey de los Visigodos, quien celebró en ella sus bodas con Placidia hermana del Emperador Honorio; habiendo dichos reyes en 461 construido en ella un palacio y héchola capital de sus estados. Tomáronla despues los Burguiñones y Guildeberto, rey de París, quien despues de haberla saqueado la abandonó. Apoderáronse tambien de ella los Sarracenos el año de 719, y sus habitantes tomaron los costumbres, religion y leyes de estos. Pero no permanecieron por mucho tiempo los infieles pacíficos poseedores de sus conquistas, y ya en 750 se manifestó entre los cristianos un movimiento para sacudir su yugo. Dispuso Pepino que atacaran los francos á los musulmanes de Narbona, y sus soldados camparon por la primera vez en 752 delante de la ciudad; sus ataques empero interrumpidos por las expediciones de Pepino en Lombardía y en Sajonia, no parecian prometer grandes resultados. Los francos conocian poco el arte de sitiar, mientras que los Sarracenos auxiliados de las ciencias de los pueblos civilizados, reunieran en defensa de Narbona todos los medios imaginables. Pero dentro la ciudad habia todavía mas cristianos que musulmanes; y los primeros despues de largos combates y cansados de una guerra ruinosa, entendiéronse con los visigodos sus compatriotas ya sometidos á los francos, lograron que Pepino les prometiera la conservacion de sus fueros y jurisdiccion, y en seguida dejándose caer repentinamente sobre los Sarracenos que guardaban las murallas, asesináronles y abrieron



Torre del palacio Arzobispal en Narbona.

BIBLIA DE SOUVIGNY,

EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA DE MOULINS.



Letra A, título y primer versículo del Paralipomenon.

las puertas á los francos. Hacia siete años que se mantenia la guerra al rededor de las murallas y cuarenta que obedecian á los Musulmanes. Carlomagno bajó tambien á Narbona y celebró en ella una asamblea de Grandes. Finalmente. en 858 vinieron los Normandos á las costas de esta provincia y ocuparon á Narbona, la cual se convirtió en capital del Marquesado de Septimania y de Gocia, llamándose los lugartenientes de los Marqueses Vidames, Vegueres y luego Vizcondes. Al principio fueron amovibles, pero ya á fines del siglo XII, fueron hereditarios.

Ofreceria sin duda la antigüedad de Narbona preciosos restos de sus magníficos monumentos, á no ser por las numerosas revoluciones de que ha sido teatro la ciudad; pero ya solo puede juzgarse de su antiguo esplendor por los muchos trozos de colunas, de estatuas, de inscripciones, de mármoles de toda especie que se han encontrado. Hace tres siglos que se ha ido reuniendo todos esos destrozos, á los cuales se ha colocado al rededor de los muros de la ciudad, pensamiento sin duda original, sin embargo de que á él se debe su conservacion. El ingeniero que construyó las murallas recogió cuantos fragmentos antiguos pudo hallar no solo en la ciudad, si que tambien en todo su territorio, los cuales colocó en dos líneas en torno de las murallas, poniendo á distancias iguales una figura de una bala semihundida como si á un mismo tiempo hubiese querido presentar el instrumento de la destruccion y sus funestos efectos. Generalmente hablando colocó las inscripciones en los muros y los bajo-relieves cerca de las puertas y debajo de sus bóvedas; formando de esta suerte un vasto museo y un tesoro cual no puede ofrecer otra ciudad. Por donde se pueden inferir las crueles devastaciones de que ha sido víctima Narbona. Tan mal parados están algunos trozos, que solo ofrecen un confuso conjunto de piernas, cabezas, manos; y palabras sin sentido; quedan sin embargo todavía algunos fragmentos dignos por su grandor de ser dibujados y estudiados, así como mil inscripciones bastante bien conservadas para que se las lea con interés. No hay ciudad en el mundo que ofrezca tan rica decoracion; y el viajero queda ciertamente sorprendido cuando recorriendo por los fosos las murallas exteriores, que tienen cerca de una legua de circuito, descubre tal continuada serie de fragmentos de mármol blanco, que forman un cordon al rededor de la ciudad y presentan una sorprendente variedad de bajo-relieves, bacantes, genios, trofeos, capiteles y varios objetos desconocidos. Encima de la puerta de la cofradía de los penitentes se hace notar un cornisamento de mármol adornado de un esculpido bellísimo; tiene dos águilas con un ramo de encina en el pico y en medio el rayo cubierto del despojo de una víctima. La cual piedra formaba parte del friso del templo que dedicó Augusto á Júpiter tonante por haberle libertado del rayo que mató cerca de su litera al gefe de sus guardias. Y es incontestable que si se hacian excavaciones en la ciudad y sus contornos se encontrarian objetos de antigüedad preciosos: opinion tanto mas probable, cuando es cierto que las murallas exteriores y varias fortificaciones interiores se construyeron en parte con los materiales de los antiguos edificios de Narbona.

El comercio de Narbona fué en otro tiempo muy floreciente, su puerto es el mas antiguo de Languedoc; en tiempo de Estrabon era el arsenal de los *Arecomici*, y en él se hacia considerable tráfico. Y si hemos de creer á Ausonio, aprovechábase Narbona de las riquezas de Levante, de Asia, de Sicilia, y de España, y en su solo provecho se recorrian los mares del mundo, segun la expresion del historiador. En el siglo V era todavía Narbona el punto de reunion de los comerciantes de Egipto y Africa; sostúvose su comercio bajo la dominacion de los Visigodos, de los Sarracenos y de los reyes de Francia hasta el siglo XIII, sobre lo cual no dejan duda los varios tratados hechos por los Narbonenses en 1222, 1224 y 1225 con las ciudades de Marsella, Hyeres, Nisa, Génova y Pisa, y con los señores de Tolon. Raimundo de Moncada, señor de Fraga en Aragon, confirmó los privilegios que les concediera Ramon Berenguer para el comercio en la ciudad y territorio de Tortosa. Y aun se lee que los ciudadanos de Narbona en calidad de embajadores de la ciudad, ratificaron en Pisa el 6 de junio de 1279 la eleccion de un cónsul que hicieran en esta ciudad los comerciantes de Narbona. A fines del siglo XIII empieza á declinar su comercio, y Montpeller se apodera casi exclusivamente de las transacciones de la provincia, no presentando en nuestros dias la antigua metrópoli Narbonense sino un pálido reflejo de su antigua prosperidad mercantil.

Está situada la ciudad de Narbona á dos leguas del mar, en una llanura rodeada de montañas, camino de París para España, y donde se cruza el que de Montpeller va á Tolosa. Es pequeño su interior, mal construidas las casas, y regulares las calles y mal iluminadas. El canal de Robine divide en dos partes la ciudad, que se distinguen con los nombres de ciudad y arrabal. La esplanada ó llano de las Barcas, situado en el centro, ofrece un agradable paseo, pero sin vegetacion, á menos que quiera darse este nombre á unas mermadas acacias, verdaderas parias del reino vegetal. Es sabido de cuan mal humor estuvieron Chapelle y Bachaumont: *en esta ciudad de Narbona llueve siempre y siempre truena*: Y no sorprende ello, añaden, porque cuando llueve diez horas en esta ciudad, como es siempre lluvia de tempestad y está ella situada en un hondo circuido de montañas, en poco tiempo se reunen las aguas en tanta abundancia, que es imposible salir sin peligro de anegarse. Sin embargo, quisimos hacer la prueba, pero el incidente de un lacayo á quien se llevó una torrentada y debió solo la vida á su caballo que se puso á nadar, nos hizo volver atrás esperando mas propicia ocasion para marcharnos. Algunos caballeros que encontramos paseándose por la plaza Mayor, los cuales nos parecieron de los mas notables del país, cuando supieron nuestra aventura, creyeron que estaba interesado su honor en que nos acabáramos de fastidiar. Hiciéronnos pues ver las curiosidades de la ciudad, empezando por llevarnos á la iglesia catedral, que decian ser una obra maestra, pero á la verdad que no podríamos decir si es ella redonda ó cuadrada, porque una vez llegados á ella no tuvimos aliento sino para suplicar á Dios que no nos permitiese verla segunda vez en nuestra vida.

Semejante relacion de los alegres viajeros lleva consigo evidente exageracion. La catedral de Narbona es una hermosa produccion de la arquitectura gótica, y si bien es cierto que las dos torres que la rematan

carecen de ligereza y no presentan los elegantes cortes que se hallan en varias partes del edificio, no deja por esto de ser un muy notable monumento por la pureza de estilo, riqueza, profusion de ornamentos, y por la multiplicidad y lujo de los cristales, siendo particularmente con razon admirado el coro por la osadía de las bóvedas que tienen mas de 120 pies de elevacion. En las antiguas crónicas se lee que esta iglesia fué incendiada á principios del siglo V, y que un obispo dicho Rústico la hizo reconstruir en 441. Ordenó Carlomagno su reconstruccion mas en grande, pero con menos solidez, pues que se arruinó en tiempo de S. Luís. El papa Clemente IV, que fué arzobispo de Narbona, echó los cimientos de una nueva basílica el 3 de abril de 1272, habiendo sido enviada de Roma la primera piedra bendecida. El coro, capillas y las dos grandes torres no se acabaron hasta 1332; la nave no se construyó. Por tal modo quedó imperfecto el edificio hasta principios del siglo XVII, época en que resolvió continuarlo el arzobispo, pero faltó dinero y no se ha vuelto á trabajar en él. Encierra su interior preciosos sepulcros y señaladamente la mitad del del arzobispo de La Jugie, hallándose su otra mitad en el museo de Tolosa. Es modelo del arte en el siglo XIII. — El palacio del arzobispo en Narbona se parece á una fortaleza, apóyase en una gran torre de forma cuadrada, construida en la edad media, la cual como se halla en el centro de la ciudad domina á todos los demas edificios, y ha ya adquirido aquel color amarillento que constituye la belleza de los monumentos antiguos prestándoles un carácter severo y grandioso. En este palacio fué en donde Luís XIII firmó la órden para poner en manos de una comision á Cinq-Mars y á de Thou.

Cuenta Narbona treinta y tres vidamos ó vizcondes y la vizcondesa Ermengarda. Es el primero Cixilane, quien gobernaba la ciudad al empezar el siglo XI. Poco tiene que decir la historia sobre los mas de estos personajes, y solo Ramon Berenguer en el siglo XI se señaló algun poco por sus continuas querellas con el arzobispo de Narbona Guifredo tocante á sus respectivos dominios, babiendo muchas veces llegado á las manos y habiendo el prelado hecho mas de una uso de las armas espirituales sobre las temporales para reducir con mas eficacia á su enemigo. Por su parte Berenguer hizo caer sobre Guifredo los anatemas de Roma, dando á entender al papa sus licenciosas costumbres. Entre las cartas de Ives de Chartres hay una del papa Alejandro II al vizconde Berenguer, con la cual le felicita por haber salvado la vida á los judíos de sus estados que querian asesinar los francos que pasaron por Narbona al ir á guerrear con los Sarracenos en España. — El vizcondado de Narbona no fué hereditario hasta fines del siglo XI bajo la administracion Aymeri ó Amauri I. El año 1112 por el mes de octubre, Aymeri y Ricardo, arzobispo de Narbona, de concierto con los demas señores de la provincia, abolieron el *derecho de naufragio*, antigua consuetud de todas las costas de Italia, que consistia en apoderarse de los restos de los buques náufragos. Convínose por el acta de abolicion en que se dejarian al dueño del buque dichos restos fuese él de la nacion que fuese, y solo se exceptuó á los Sarracenos. — Aymeri IV recibió en Narbona en 1285 á Felipe el Atrevido que iba á hacer guerra en Aragon; murió el rey de Francia en 5 de octubre del mismo año, habiéndosele embalsamado en la catedral, de modo que antes de la revolucion se veia aun su magnífico sepulcro. Dió Aymeri repetidas señales de su celo por Felipe el Hermoso, entre las cuales se citan las dos siguientes. El rey de Aragon, temeroso siempre de las armas de Francia, enviara á Roma dos embajadores para hacer al papa de su partido. Hízoles detener el vizconde á su paso por Narbona entregándolos á los oficiales del Rey que los custodiaron en la ciudadela de la ciudad. Y poco tiempo despues, sabedor de que su vasallo el caballero de Durban mantenia secretas relaciones con el rey de Aragon, púsole Aymeri á pan y agua en una estrecha cárcel. — Guillermo II, vizconde de Narbona acompañó en 1419 al delfin Cárlos á la entrevista que tuvo con Juan duque de Borgoña en el puente de Montereau y fué uno de los que asesinaron al Burguiñon. Cárlos VI, á instigacion de la reina Isabela y de Felipe, nuevo duque de Borgoña, confiscó los dominios del vizconde; confiscacion que aumentó la amistad del Delfin con Guillermo, quien le envió en nombre suyo al gobierno de las costas de Normandía: Fué su precipitacion causa de que se perdiese la batalla de Verneuil contra los ingleses, pero murió él en la accion, y el duque de Bedfort habiendo descubierto su cuerpo le hizo colgar de una horca. — El último vizconde de Narbona es el jóven brillante Gaston de Foix que tuvo tan gloriosa parte en las guerras del Milanesado en tiempos de Luís XII. el cual siendo comandante de las tropas mereció por sus hazañas el renombre de *Rayo de Italia*; murió á la edad de veinte y tres años escasos en la batalla de Ravena, que ganó á los españoles el 11 de abril de 1512. Cinco años antes habia Gaston permutado con Luís XII el vizcondado de Narbona con el ducado de Nemours, y entonces comisionó el Rey á los tesoreros de Francia para que tomaran posesion en nombre suyo de dicho vizcondado, que quedó de este modo agregado á la corona. — Existe todavía la casa Narbonne-Pelet de la rama de los vizcondes hereditarios de Narbona, y la de Narbona-Lara de igual orígen se extinguió por la muerte del conde Luís de Narbona, aquel elegante y despejado diplomático que sirvió con tanto amor á Napoleon.

BIBLIA DE SOUVIGNY,

EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA DE MOULINS.

Mucho le falta á la biblioteca de Moulins para llegar á ser una de las primeras de Francia considerada como coleccion científica y literaria; sin embargo es de las mejor conservadas y con mas elegancia dispuestas; y posee un verdadero tesoro de caligrafía, que tal vez le envidien otros establecimientos de mayor consideracion. Consiste este tesoro en una Biblia manuscrita en pergamino y de grandes dimensiones, siendo acaso una de las mas antiguas que existen despues de la de Alcuin, cuya descripcion diónos Mr. Speyr-Passavant. El diseño que acompaña al presente artículo puede dar una idea, bien que no muy completa, de los adornos caligráficos de dicho manuscrito.

La letra historiada por el estilo bizantino es la *A*

con la que comienza la palabra *Adam:* dos aves fantásticas, cuyas cabezas se confunden en la parte superior de la letra dando orígen á variados y caprichosos lazos, forman los dos lados del carácter: en medio del nicho formado por una combinacion tan ingeniosa, resalta en campo dorado la imágen del padre de la humanidad sentado en un escabel con su innumerable posteridad en el regazo.

No nos ha sido posible representar mas que el simple perfil con toda la dureza y rigidez bizantina; para formar concepto de la riqueza de esta bella miniatura, fuerza seria verla adornada con todo el lujo de colores, dorados, plateados, bermejos, azules, etc. que en ella campean, y cuyo primitivo brillo se ha resistido al influjo de mas de seis siglos. Así pues las mayúsculas que forman principio de capítulo están trazadas ora con color rojo en fondo azul, ora con azul en campo plateado, ora son de color verde y el fondo dorado, etc. etc. Las fajas sobre que están alineadas las letras están separadas por cordoncitos que realza el oro, la plata, el bermellon, y el verde-esmeralda, de modo que producen los mas brillantes contrastes.

Desgraciadamente esta Biblia está incompleta: faltan algunas hojas al principio y al fin, y varias miniaturas, sin duda las mas notables, fueron vilmente arrancadas. Consta en el dia de 392 hojas de 20 pulgadas y 6 líneas de alto sobre 14 pulgadas 6 líneas de ancho: por consiguiente su tamaño es mayor que el de la Biblia de Alcuin, cuyas hojas tienen solo 19 pulgadas de alto, y 14 de ancho.

La descripcion que nos dan de dicho manuscrito los Sres. Aquíles Allier, Ad. Michel, y L. Batissier en su célebre obra sobre el *antiguo Borbonés* es como sigue: «Ese enorme volúmen fué escrito del siglo XI al XII, está adornado con un sin número de letras iluminadas, en general formadas de lazos, en cuyo centro aparecen animales fantásticos, y con varias *viñetas* que representan asuntos sacados del antiguo testamento. Todas las pinturas son de estilo bizantino, su ejecucion es de mano maestra si se atiende á su época, viéndose al mismo tiempo toda la fecundidad y brillo de imaginacion que caracterizan á ese estilo. Lazos, animales, asuntos sagrados y profanos, todo ello presenta admirables colores y se halla dibujado con conocimiento; los fondos de oro y de plata relumbran con viveza, y el azul y bermellon que se hallan en abundancia consérvanse perfectamente.

»El texto está escrito en mayúsculas de Capeto, menos algunas palabras que lo están en mayúsculas rústicas truncadas: los *explicit* se hallan en mayúsculas rústicas muy apartadas y sueltas, mezcladas con letras grandes: los títulos los forman mayúsculas romanas, que recuerdan las hermosas inscripciones latinas, mezcladas igualmente con otros caracteres como en todos los manuscritos de la época de transicion á la escritura gótica.

»Las manecillas y adornos cincelados de las tapas están trabajados sobre una piel de cerdo que cubre unas tablitas de madera. Dichas manecillas muy bien labradas, son del mismo estilo que las miniaturas, y pueden considerarse como un modelo en su género.»

Esta Biblia pertenecia á los religiosos benedictinos, que la conservaban con mucho esmero y respeto; pues segun tradicion del convento fué llevada al Concilio de Constanza en 1415 y en el de Basilea en 1431, como la copia mas digna de confianza para servir de comprobacion de las santas Escrituras.

Las mutilaciones que sufrió datan de la época revolucionaria (1792) en que fué quitada á Souvigni y llevada á Moulins, donde quedó confundida por mucho tiempo en los graneros, que á la sazon servian de públicos archivos, con los despojos de las bibliotecas de conventos. Al parecer llamó poco la atencion de los comisionados encargados de formar con tales despojos el núcleo de la biblioteca de Moulins; puesto que anduvo arrastrando mucho tiempo por el suelo, hollada y sirviendo de escabel por su volúmen á los muchachos de la biblioteca.

Actualmente, por hallarse carcomidas y roidas de gusanos sus cubiertas ha sido preciso renovarlas, y se ha encuadernado en terciopelo carmesí, que da mucho realce á las bellas manecillas antiguas, y se guarda encerrada en una caja con todo el cuidado que se merece. Los encargados de la biblioteca se envanecen de poseer esta joya bibliográfica y de poder mostrarla á los inteligentes cuya curiosidad mueve casi siempre.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

Dos desenlaces de un solo drama. (*)

II.

A la hora acostumbrada estábamos reunidos la mayor parte de los concurrentes de la tarde anterior en casa de nuestro amigo, cuyo nombre, que era Don Antonio, no he dicho todavía á mis lectores. Faltando sin embargo algunas personas se convino en suspender la prosecucion del cuento interrumpido hasta que estuviésemos todos; y entretanto recayó la conversacion, como era natural, sobre el punto que estaba pendiente.

Don Diego, que no renunciaba fácilmente á sus opiniones, y que además estaba un tanto mortificado viendo que le combatia Don Antonio, fué quien primero renovó el combate diciendo:

«Dos cosas pienso de la historieta de ayer, Sr. Don Antonio: la primera que es asunto trillado, y por lo mismo sin interés, la segunda que va á ser argumento *contra producentem*, como se decia en la Universidad cuando éramos muchachos los dos.

—Contestaré, repuso el interpelado, que yo no prometí á VV. una novela, y que los sucesos reales y verdaderos de esta prosaica vida que nos cupo en suerte ofrecen rara vez el carácter dramático y original con que, á costa de la verosimilitud, nos interesan los libros de pura invencion. Esto en cuanto al primer punto; por lo que al segundo respecta déjeme V. concluir y juzgará luego.

—Yo, dijo Alfonso, quisiera á decir la verdad, que el señor Don Antonio pusiera un poco mas en evidencia á sus personajes, que los hiciera hablar á ellos, y dejase á cada uno de nosotros el cuidado de deducir las consecuencias de los hechos.

—Lo que V. quisiera, amigo mio, (contestó el

(*) Véase la página 426.

huésped) es que yo con mis sesenta años y mi peluca y todo, le pintase muy al vivo los transportes de Sancho y Leonor, poniendo en primer término del cuadro á los dos amantes, y en el fondo, para dar sombra y por consiguiente realce á los culpables; al marido víctima, pintándole con tan negros colores, que todos á una voz clamáramos anatema y maldicion sobre el tirano! No por cierto; no lo haré, porque á mis años ya no se ven las cosas al trasluz del prisma de las pasiones; no lo haré, porque en mi entender pintar el vicio con los mismos colores que el heroismo es abusar criminalmente del talento; no lo haré en fin porque el objeto que me he propuesto es el de hacer un estudio analítico de dos épocas distintas, comparándolas entre sí, y no el de interesar con dos historietas que nada ofrecen de particular. Si VV. creen que la cuestion pendiente vale la pena de que prosiga, lo haré; sino hablemos de la ópera de anoche; y de todas maneras tomemos café.»

Rogámosle todos que continuase su cuento, y en efecto, lo verificó nuestro complaciente amigo de esta manera:

«Vamos á dar un gran salto, señores, trasladándonos á unos tres siglos, poco mas ó menos, despues de la época en que ayer dejamos pendiente nuestra historia; y para que la transicion de sucesos á sucesos no sea tan violenta, digamos algo del teatro de la nueva escena.

«Imaginen VV. que estamos como ayer en Andalucía, pero no ya sobre un alto cerro sin mas edificio que un castillo feudal, sino en una villa de mediana poblacion, edificada sobre la vertiente del monte y coronada por una especie de palacio en cuya fachada dórica se revelan los arquitectos del tiempo de Cárlos III, pero que con dos torres, ruinosa la una si bien conservada la otra, da testimonio de su orígen y uso primitivo. Al angosto sendero del siglo XVI ha reemplazado ancheroso camino practicable para los carruajes; orillas del arroyo antes solitario se levantan blancos molinos de aceite; y á la roja flor de la amarga adelfa, á la nieve de los salvajes lírios, unen su verdura y lozanía el naranjo, el limonero y el olivo. La mano de la civilizacion ha cambiado el aspecto de la que fué frontera del moro, y si bien la guerra de la independencia, reciente en la época á que ahora me refiero, dejó estampadas sus huellas allí, como en toda España, con numerosas y humeantes ruinas; con todo eso, la accion de tres siglos hizo prodigios, y si los contemporáneos de Cárlos I resucitasen, difícilmente reconocieran aquella region.

«Era una tarde del invierno; iba el sol á ocultarse entre cenicientas nubes, y sus tibios rayos coloraban apenas ya las ennegrecidas piedras de la antigua torre, cuando con asombro del cura, del médico y de algun otro personaje de la villa, que en el camino daban su acostumbrado paseo, comenzó á subir hácia el palacio al trote largo de ocho rozagantes mulas, un coche de colleras, mole inmensa, mas propia para dar idea del reposo de los cuerpos que para instrumento de locomocion. Entonces no habia, señores, otros medios para viajar; hoy, merced al cielo, tenemos ya en España diligencias aunque pocas.

«Feliz acontecimiento fué para los paseantes la llegada del coche, pero mas completa fuera su ventura si unas malhadadas persianas verdes no impidieran al mas curioso é intrépido de todos ellos (el barbero seria), que al efecto subió sobre uno de los guardacantones del camino, penetrar con la vista en lo interior de aquella máquina dorada y *estofada* á manera de retablo de Churriguera, y ver por consiguiente quien ó quienes eran el caminante ó caminantes que á la villa venian. Mas el zagal entre las dos mulas delanteras, y el mayoral sobre su pescante, corriendo aquel con extraña ligereza de piernas; voceando este con pulmones de bronce y descargando la tralla ya sobre la *Morota*, ya sobre la *Coronela*, que formaban su valeroso par de lanza, se dejaron bien pronto atrás á los curiosos envueltos en una nube de polvo, ocultándose á su vista en una de las muchas vueltas y revueltas del camino, merced á las cuales era posible al tiro arrastrar el coche hasta la cima del monte.

«¡Oh, si yo fuera uno de aquellos bienaventurados narradores cuyo talento descriptivo extiende, deslie y, por decirlo así, disuelve los sucesos, en un mar de entretenidos y maravillosos pormenores! Entonces me los llevaria á VV., mis caros oyentes, como por la mano á la casa del cura, haciéndoles asistir, ni mas ni menos que el amo de su merced, á la tertulia que bajo la campana de la chimenea, cuyo vuelo no se extendia á menos de un buen tercio de la cocina, tenian todos los paseantes y algunas personas mas de la villa. Faltábame entonces solo la pluma, festiva á par que docta y tan ligera en las formas como en la observacion profunda, de ese escocés llamado Walter Scott, cuyas obras han dado á la novela una importancia que desde Cervantes y Lesage acá no tuvo nunca; faltábame dijo esa pluma no mas y yo entonces repetiria un coloquio en el cual se apuraron cuanto la ociosidad curiosa, la lógica desconcertada, y la mordacidad mezquina de un pueblo corto pueden inspirar á gentes, en el fondo buenas, pero excitadas por el impotente deseo de saber lo que ignoran. Y todo esto, amigos mios, porque el consabido coche habia entrado en el palacio, cerrándose trás de él la puerta cochera, y sin que ni los criados del conde San Justo, que le habitaban ordinariamente, ni persona alguna saliera á dar noticia de quien eran los recien llegados.

«No crean VV. que voy á dejarles con igual curiosidad; antes al contrario, síganme al patio interior del palacio, cuadrilongo formado por cuatro pórticos ó soportales, en cuyas columnas, del mismo órden que la fachada, estribaba una galería ostentando sobre el arco del centro de cada lienzo un escudo de armas, esculpido con inteligencia en el blason y gusto en el dibujo; y si quieren VV. llegar conmigo hasta el pie de una ancha escalera de piedra, donde la falta de uso dejó crecer la yerba entre sillar y sillar, verán abrir la portezuela del coche á un sumiso mayordomo, y bajar de él á dos personas: un hombre y una mujer.

«Bajó aquel primero y tendió grave y cortés la mano á la segunda. Ella, alargando la suya y apoyándola apenas en la de su acompañante, salió del coche y con trémulos pasos comenzó á subir la escalera.

«Alto de cuerpo, nervudo de constitucion, blanco el cabello, severo de aspecto, grave en el porte y envuelto en un gran *carrik* ó capote con muchas esclavinas que entonces era de moda, con planta firme subia el hombre en pos de la dama, siendo de notar que iba de media de seda blanca, calzon corto del mismo color y zapato con hebilla, traje que ni en

aquel tiempo ni en ninguno se ha usado para viajar. En cuanto á la señora parecia tener la tercera parte de los años que el que iba en su compañía, es decir, unos 19 ó 20, y su rostro, singularmente pálido, era bello á pesar del sobresalto que en él se notaba. Por lo que respecto al traje no ofrecia menos contraste el de aquella señora con su situacion que el de su acompañante; pues debajo de una especie de capoton ó sobretodo de exquisito paño de Dumas se dejaba ver ya por una parte ya por otra, un magnífico vestido de raso blanco guarnecido de primorosas artificiales flores. Todo lo observaba el mayordomo con gran sorpresa, pero guardábase bien de hablar palabra y hasta de manifestar alteracion en el semblante; porque su amo el conde de San Justo, que era quien con su jóven esposa acababa de llegar, gustaba poco de curiosos é impertinentes, y menos de que sus criados se metiesen en mas honduras que en cumplir con sus obligaciones respectivas.

«Dos palabras sobre el Conde: militar desde sus mas tiernos años, como de tiempo inmemorial lo habian sido siempre todos sus abuelos, era ya coronel de un regimiento provincial y brigadier de infantería cuando estalló la guerra de la independencia. En ella combatió como buen español y excelente soldado, obteniendo, mas aun que por su nombre y posicion social, por su valor intrépido y su inflexible firmeza en el mando, el empleo de teniente general y la gran cruz de san Fernando. Como militar era estimado, como gefe temido y como funcionario público gozaba de la mas alta reputacion de integridad; mas como hombre pocos le amaban. ¿Porqué así? Su carácter taciturno, un espíritu de órden que frisaba en exagerado rigorismo, una severidad en hacer justicia que, no dando nunca oidos á la misericordia, parecia muchas veces crueldad, y es posible que algunas lo fuese, eran defectos que deslustraban dotes y buenas prendas que por otra parte nadie le negaba. Tan cierto es que en este mundo hasta la virtud misma ha menester ser amable para que la amemos. Tál era, señores, el conde de San Justo, esposo á los sesenta años de una linda muchacha gala y ornato de las riberas del Betis.

Bastó y aun sobró tanto tiempo como acabo de gastar en mi tosco retrato del Conde para que él y su mujer llegaran al piso principal, y fueran por el mayordomo introducidos en una espaciosa antesala, oscura mas que por falta de luz, por sobra de tapices en las paredes y profusion de damascos en las ventanas.

Antes de pasar adelante, bueno será decir á VV. que conozco el lugar de la escena por haberlo habitado durante algunos meses y que sé todos los pormenores del suceso de boca del mismo mayordomo en quien hizo profunda impresion, y que gustaba de referirlo mas de lo que la discrecion aconsejaba.

Habia, pues en el fondo de la antesala una grande y tallada puerta de nogal que comunicaba con el estrado ó sala de recibo; á la izquierda, otra que daba paso á las numerosas habitaciones de la parte moderna del edificio; y otra á esta frontera ligaba al palacio con el antiguo castillo por medio de una inmensa galería, cuyo extremo opuesto era ingreso á la mejor conservada de las dos torres de que me parece haber hecho ya mencion. La hora, lo inesperado del arribo de sus amos, y mas que todo la sorpresa que lo singular de su traje le causaba, hicieron que, vacilando el mayordomo en cual de las puertas habia de abrir, la del estrado ó la de las habitaciones, y deteniéndose en medio de la antesala, se volviese á sus amos con intencion de tomar sus órdenes; pero el Conde, sin darle mas tiempo que el necesario para que acabase de fijar en él la vista, le dijo señalando al mismo tiempo la entrada de la galería: «Por allí, Don José.» Es de advertir que en los veinte años que Don José llevaba de mayordomo apenas habia tenido ocasion de abrir la puerta que se le señalaba, mas que para enseñar la galería á alguno que otro curioso viajero, porque la habitacion de la torre, si bien conservada con esmero como histórico monumento de la familia, jamás fué ocupada por ninguno de sus individuos. Así no extrañarán VV. que lleno de admiracion dejase, acaso por vez primera, de obedecer instantáneamente la órden recibida: pero el Conde repitió con acento breve y enérgico tono: «Por allí Don José; por allí he dicho;» y el criado, buscando solícito en el manojo de sus llaves la de la antigua y maciza puerta, abrióla de par en par con cuanta presteza pudo. Entonces, sombría con la incierta luz del crepúsculo de la tarde, silenciosa como un sepulcro, y lóbrega como una prision, mostróse á la pálida y aterrada dama aquella galería donde, ni aun en mas alegres momentos osó nunca penetrar, sin que un presentimiento indefinible, un terror vago de aquellos que hielan la sangre en las venas sin que la razon acierte á darnos cuenta de la causa que lo motiva, hiciera palpitar su corazon. Habia ya el mayordomo entrado en la que fué parte del antiguo castillo, sus pasos aunque mesurados resonaban en la maciza bóveda, y el Conde indicaba con severo ademan á su esposa el camino que debia seguir: mas ella, cual si sus plantas hubieran hechado raíces en el suelo, permanecia inmóvil. Conociendo que no le seguian arriesgóse Don José á volver atrás la cabeza, y vió á su señora mas pálida que nunca levantar sus ojos arrasados en lágrimas al rostro de su marido, cruzar las manos en actitud de súplica, mover los labios como si fuera á hablar: pero la fria severidad, la inflexible expresion de dureza que vió en el rostro del Conde y un ademan imperioso de este pusieron término al no empezado ruego, y la decidieron á obedecer. Decia el mayordomo, refiriéndome el caso, que su ama parecia víctima que al suplicio caminaba, y su señor, no verdugo, pero sí juez implacable que por sí mismo quiere asegurarse de la ejecucion de su terrible sentencia. Los retratos de los ascendientes del Conde, cronológicamente ordenados en la galería, como yo los he visto aun, fueron mudos testigos de aquella escena; y en verdad que la reunion de tantos guerreros armados unos de punta en blanco, otros con el traje flamenco ó chambergo; de cortesanos ataviados con las ricas pomposas galas que de la corte de Luís XIV trajo á España su nieto Felipe V; de obispos y otros eclesiásticos; de caballeros de las órdenes militares; de graves togados; de discretos cortesanos en trage que aun en nuestros dias hemos visto y se llamaba de corte; aquella reunion, digo, de tan extraños personajes, era una especie de congreso de los diferentes siglos donde todas las profesiones de la nobleza tenian su representante. Mas no bajo ese aspecto debia de considerarlos entonces el Conde su nieto, sino como terribles jueces de su conducta que iban á pedirle cuenta severa del esplendor del nombre que le

habian transmitido. Tales eran las ideas de los antiguos nobles dignos de serlo; y aquellos que solo se acordaban de sus blasones para fundar en ellos necia vanidad, en el desprecio de sus iguales y en la mofa que de ellos hacian sus inferiores hallaban merecido castigo. Nuestro Conde era, como decirse suele, hombre *chapado á la antigua*, y, caballero además á todas luces. Cuales serian los pensamientos de los esposos mientras el mayordomo abria la puerta forrada con planchas de duro hierro que en el fondo de un arco de los que los arquitectos llaman arábigos y tienen forma de herradura *cerraba el ingreso á la torre* no puedo decírselo á VV.; pero sí, que cuando aquel concluida su operacion, dió algunos pasos atrás para dejar que pasaran sus amos, vió á la señora con los ojos clavados en tierra y murmurando entre sollozos, como si al cielo dirigiera sus últimas plegarias, y al Conde cruzados los brazos y fija la vista en el retrato de su padre que con el uniforme de mariscal de campo, el manto de la órden de Santiago encima y la mano apoyada en un libro que llevaba por título, *Comentarios del marqués Santa Cruz*» parecia que tambien por su parte miraba con airada compasion al heredero de su nombre y título, al hijo en quien fundó toda la alegría y esperanza de su vejez, al último vástago del antiguo ilustre tronco, al objeto de su postrer pensamiento en la tierra, acaso al primero de sus recuerdos en el mundo de la verdad.

Hay solemnes ocasiones en la vida en que lo presente es poco espacio para el pensamiento, y entonces extiende su vuelo á los pasados tiempos; entonces la imaginacion exaltada evoca las sombras de los muertos, se ve en su presencia, oye su voz grave y sonora como la del bronce, responde á sus cargos; entonces tambien un destello del porvenir ilumina el alma, y los que todavía no son, los que han de formar el ente moral que llamamos posteridad vienen á pronunciar ante nosotros su tan temido cuanto incierto fallo. En esos momentos, por poca poesía que en suerte nos haya cabido, la vida se convierte en un anticipado paraiso, ó en un preludio del infierno, segun el orígen de la ilusion lo da de sí. Tal era la situacion del Conde, en quien, mientras contemplaba el retrato de su padre luchaban las preocupaciones heredadas con las ideas adquiridas, la severidad del ánimo con los consejos de la razon, la violencia de los afectos con la templanza del juicio, la fogosidad del carácter con la madurez de las canas. ¿Qué diré de su esposa? El terror embargaba todas sus facultades mentales; lágrimas y no mas que lágrimas eran su único amparo, y en casos semejantes la fuerza del dolor hace imposible todo raciocinio. ¡Oh! si el pincel de Velazquez ó la pluma de Cervantes pintaran aquel cuadro, inútil me fuera continuar esta relacion; porque VV. comprendieran desde luego las situaciones, y su talento deduciria fácilmente la consecuencia á que con mi prolijo cuento llegarémos mas tarde: pero pues que yo soy y no otro el que lo sucedido refiere, forzoso será que á mi manera lo haga.

Ya estamos dentro de la torre en un aposento que ocupaba la mayor y principal parte del ámbito de uno de sus pisos iluminado durante el dia por altas ventanas, en todo semejantes á su puerta, y de noche por lo menos en los antiguos tiempos, por una lámpara de plata prolija y curiosamente trabajada al gusto italiano del siglo XVI, lámpara que pendiente del centro de la bóveda daba á aquella habitacion un aspecto de lúgubre regularidad. Cubrian sus muros tapices flamencos de exquisito trabajo, evidentemente contemporáneos de la lámpara, en los cuales con brillantes aunque algun tanto desentonados colores se vió tejida en realidad, si en la apariencia pintada, la historia de los trabajos de Hércules y los personajes en ella representados á excepcion del protagonista, vestidos á usanza de cortesanos y damas del tiempo en que la obra fué ejecutada. Un lecho cuadrado y macizo de nogal con docel y pasamentos de tapicería, compañeros de la que adornaba las paredes, dos inmensos sillones de nogal cuyos altísimos respaldos terminaban en un primoroso adorno de talla, y una mesa sobre la cual se vió en rico marco de ébano, una luna de Venecia, y por último una alfombra moruna de dos dedos de espesor que cubria los toscos sillares del piso, eran y son hoy los principales muebles de aquel cuarto. Añadan VV., para conocer la habitacion cual si en ella hubieran estado, un crucifijo de plata sobre la mesa con un candelero del mismo metal á cada lado, y en frente del espejo un retrato de un guerrero hecho, sino por el Ticiano, que no soy bastante inteligente para afirmarlo, á lo menos, y en eso no tengo duda, por algun pintor de sus discípulos ó imitadores. Debo añadir que el citado retrato no era de cuerpo entero, sino de cintura arriba, y que el personaje en él pintado lo estaba con su coraza y brazaletes de acero, la venera de Alcántara pendiente al cuello de una cadena de oro, la una mano apoyada en el pomo de la espada, la otra en la cimera del casco colocado á su derecha sobre una mesa, alta la vista y despejada la calva frente, impasible el semblante, duro en fin el ademan y gesto.

Decia que estábamos ya en la torre, y debo añadir que tambien en ella habian entrado el Conde y la Condesa: pero es tarde y lo mejor que por hoy puedo añadir, es la sabida redondilla de Sarmiento:

«Pues sabrás, Inés hermana
Que el Portugués cayó enfermo....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.»

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

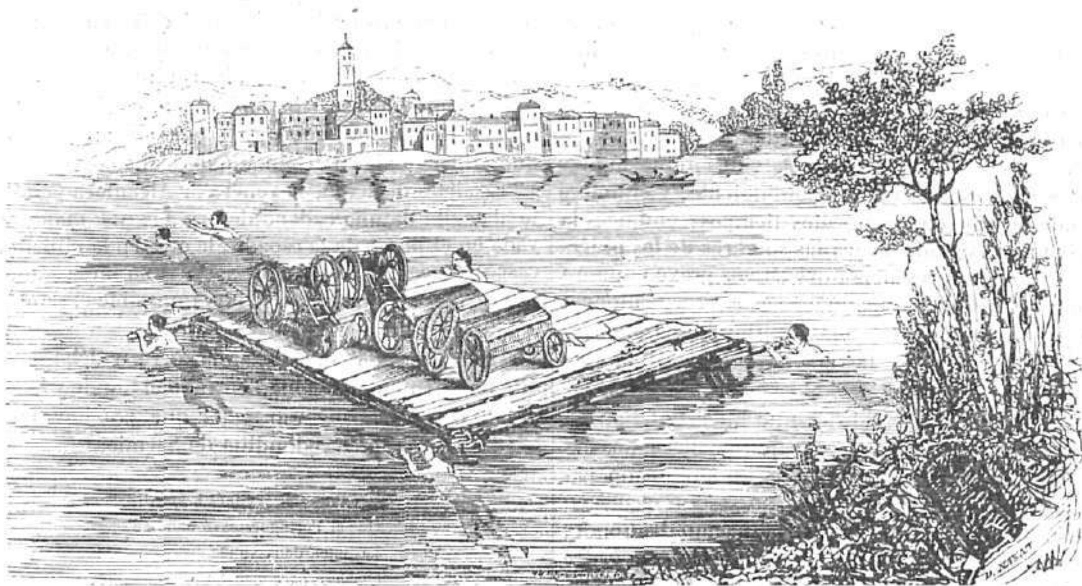
LA NATACION Y SU UTILIDAD EN LA GUERRA.

«EL agua abandonada á su independencia, á sus movimientos naturales, esto es, unas veces profunda, otras rápida, ya calmada, ya agitada, es una temible enemiga con quien es preciso luchar de continuo, y á quien es preciso vencer sopena de la vida. Tal lucha no es otra cosa que la natacion. Nadar no es una facultad natural al hombre, quien no recibió del Criador el don de nadar como recibió el de andar, y como el pájaro el de volar. Hay mas; la estructura y constitucion del hombre parecen contrarias al nadar, porque para ello conviene que tome actitudes, y posiciones que le son poco naturales; tanto, que solo á fuerza de arte llega á poder andar sobre el agua ó á elevarse por los aires.»

Tal es el preámbulo de una reciente obra sobre la

natacion que ha publicado el vizconde de Courtivron. El autor quiso demostrar la utilidad del saber nadar, porque despues de la caza debia ser la primera necesidad que tuvo el hombre. Sin el auxilio de los puentes, no sabiendo construir buques, no conocia otro modo de atravesar los rios sino el de vadearlos ó pasarlos nadando. Las frecuentes inundaciones á que estaban expuestos ciertos países, la pesca que alimentaba á muchas naciones, la cual consistia en perseguir el pez en el agua para cogerle con la mano, el uso generalmente recibido de bañarse en los rios y playas del mar, debian ponerle de continuo en la necesidad de recurrir á la natacion. Razon por la cual la hallamos encomiada entre las mas antiguas naciones, particularmente entre las que habitaban las orillas del mar ó de rios.

El principal objeto del excelente trabajo de Mr. de Courtivron, es probar la incontestable utilidad de la natacion aplicada al arte de la guerra. Ha coleccionado en ella una porcion de hechos curiosos de leer, entre los que no podemos menos de citar el siguiente: « El bloqueo de Génova es por su importancia y circunstancias que le acompañaron, uno de los episodios mas interesantes de las guerras de la revolucion francesa. Difícil seria pintar el apuro de esta ciudad en el mes de mayo de 1800; pues de sesenta barcas que enviara el general Massena á Francia para procurarse víveres, una sola habia podido escapar á los cruceros. A pesar de lo cual, los oficiales que sucesivamente se enviaban para dar parte de la situacion del ejército, no vacilaban en arrostrar los peligros de la travesía para ir en busca de las respuestas de Bonaparte y avisos de los socorros tantas veces prometidos y tan impacientemente esperados. La generosa audacia de estos oficiales fué muchas veces mas ventajosa que los trabajos mercenarios de los marinos del país. Entre los que expusieron su vida para regresar á Génova, es justo mencionar al gefe de escuadron Franceschi, que fué luego uno de los mas recomendables generales del ejército. El 26 de mayo, á bordo de una nave con tres remeros solamente, habia pasado de noche por en medio de los cruceros ingleses, y á punta de dia se hallaba á la línea de chalupas mas próxima á la plaza. Estaba en medio de la rada, á mas de una legua de la playa expuesto al fuego del enemigo. Mátanle á uno de los remeros, hiérenle otro, y ya Franceschi se ve en poder de sus contrarios. En tal aprieto, cuélgase al cuello los despachos con un pañuelo, tira sus vestidos, y se arroja al mar para llegar á la playa nadando, pero de repente se acuerda que ha olvidado sus armas, que serán un trofeo para el enemigo; vuelve en esto á la embarcacion, coge el sable y se lo pone entre dientes, nada mucho tiempo aun, lucha tenazmente con las olas, y aborda al fin muerto casi de cansancio.



Balsa para el transporte de la artilleria.

La lámina de este artículo representa un maderaje que hacen andar soldados nadando. Hasta el dia, siempre que habia necesidad de transmitir de tal modo bagajes y piezas de artillería, llevaban los hombres con remos al lugar del abordaje pero á costa de mucho trabajo y haciendo mucho ruido. Medio seguro seria de evitar el ruido el substituirles soldados nadadores. Seis soldados, de los cuales podrian colocarse cuatro á los ángulos del maderaje y dos delante, llevaríanle con silencio y facilidad hasta la playa convenida, y decimos con facilidad porque poquísima fuerza es necesaria para dar movimiento en el agua á los mas grandes pesos. El simple dedo de un nadador basta para hacer mover la viga mas pesada.

El citado Mr. de Courtivron es el inventor y ejecutor de este modelo para el transporte de la artillería de campaña. Fórmanle cuatro vigas que encajan por sus extremidades representando un cuadrilongo. El espacio entre las cuatro vigas lo llenan tablas muy fuertes, habiendo en los ángulos de aquellos toneles vacíos que sirven de apoyo al envigado y permiten cargarle de peso enorme. Los seis soldados nadadores deberian de arrastrarle sin dificultad sin mas auxilio

EL PLATIDACTILO

que el natural de sus brazos y piernas; siempre con mas facilidad que lo moverian los hómbres que suelen colocarse con remos encima de la tabla. Y por tal modo serian inútiles remos, timon y tantos enseres como solian ponerse á semejantes tablas. «Algunos oficiales de ingenieros, dice Mr. de Courtivron, al terminar me han asegurado que si se colocaban alrededor de mi máquina algunas vegigas, á corta distancia una de otra, obtendria una gran fuerza para soportar los mayores pesos. Como ellos pienso y me persuado además de que será muy económico tal procedimiento. A los ingenieros remito el cuidado de aplicar mis ideas á las máquinas que hiciesen construir para el transporte de la artillería. He procurado llenar mi cometido en clase de nadador ofreciéndoles los medios de hacer llegar el maderaje con mas seguridad é igual prontitud que del modo hasta hoy dia usado.

EL PLATIDACTILO.

Existen en la naturaleza algunos seres inocentes y desgraciados, con quienes ha sido en extremo injusta haciéndolos sin motivo objeto de odio y horror para hombres y animales: tales son, entre otros, ciertos lagartos pertenecientes á la familia de los *jeckos*.

Estos lagartos tienen la cabeza gruesa, ancha y complanada, con una fisonomía en extremo repugnante; son enormes sus ojos, salientes, y sin párpados, con la pupila de forma linear durante el dia, que se dilata y redondea por la noche, de cuya conformacion resulta que así ven en medio de una viva luz como en las tinieblas. Tienen el cuerpo cubierto enteramente de pequeños tubérculos escamosos, lo que hace parecer su piel groseramente abigarrada. Pero lo mas particular son sus patas, que les facilitan trepar, ya subiendo, ya bajando, por planos del todo verticales, aunque la superficie sea enteramente lisa y resbaladiza, como el mármol; ó por el tronco y hojas de algunos árboles cuya superficie es sumamente bruñida; y hasta se sostienen en una posicion inversa, es decir con el vientre hácia arriba. Los habitantes de los paises en que hay jeckos, venlos muchas veces pasearse gravemente panza arriba por los techos de las habitaciones cual pudiera una mosca, y al llegar á la pared, bajar por ella con la cabeza hácia abajo. Semejante observacion fué hecha ya por Aristóteles.

Deben esa facultad á la estructura de las patas: los dedos deprimidos y anchos arrancan de la palma de la mano, que presenta una forma circular, y se separan divergentes como los radios de una rueda. En su extremo presentan las uñas ganchosas, muy agudas móviles y contráctiles como las de los gatos, cosa sin ejemplo entre los demas réptiles. Además, están guarnecidos en la superficie palmar de infinitos repliegues transversos, ó de laminillas colocadas de una manera regular pero variable segun las especies; estos pliegues ó laminillas híncanse en las asperezas de las paredes, aun en las que la vista no percibe, formando como ventosas, y esta es la causa de que tales lagartos se sostengan en lisas superficies del modo que va dicho.

Los jeckos, á pesar de lo grosero y pesado de sus formas, no dejan de andar sumamente ligeros: mudan á veces de sitio con tal prontitud que apenas puede seguirlos la vista; luego se paran de repente, y permanecen en absoluta inmovilidad. Como regularmente parece que su piel toma el color de los objetos en que pasa su vida, y gozan de la facultad de adherirse ó pegarse á ellos haciéndose mas y mas complanados, se vuelven, por decirlo así, imperceptibles y se sustraen al peligro por poco que les amenace. Los jeckos de la especie comun que se hallan en las comarcas mas cálidas de la parte meridional de Francia, casi nunca salen de sus madrigueras, que regularmente buscan entre los escombros; teniendo de antemano la precaucion de cubrirse el cuerpo de polvo y tierra, lo que los oculta tan bien, que es muy difícil distinguirlos cuando están inmóviles de los demas cuerpos que los rodean.

En general es la piel de los jeckos gris ó amarillenta, aunque hay especies que presentan colores bastante vivos en algunas partes del cuerpo, y hasta se ha creido notar el azul, el encarnado, y el amarillo, que el animal hace desaparecer á su arbitrio ó segun sus pasiones casi lo mismo que el camaleon. Wagler añade, que segun le aseguran algunos viajeros, hay en la India jeckos que adquieren la propiedad fosforecente ó luminosa durante la noche.

Los lagartos pertenecientes á esta familia son todos de reducido tamaño, y hasta ahora solo uno conocemos cuyo cuerpo excede de un pie de longitud: tal es el Platidactilo homolocefalo (*Plantydactylus homolocephalus*) cuya figura damos aquí grabada en su natural grandor. Siendo harto débiles para acometer á animales algo gruesos, conténtanse con ir á caza de insectos, larvas, ó crisálidas, que forman su único alimento. Tienen mucha astucia para ponerse en emboscada, aguardar con paciencia y constancia á su presa, acecharla y cogerla; pero solo cuando esta se les escapa la persiguen hasta en las mas oscuras cavidades donde acude en busca de refugio. Ciertamente la naturaleza ha dado á su cuerpo una estructura perfectamente adaptada á este uso, pues siendo complanado y flexible en todas direcciones parece amoldarse á las cavidades ó senos.

Los jeckos son objeto de una antipatía por decirlo así innata ó instintiva en los lugares en que viven; sin embargo, parece que les gusta mucho estar cerca de la morada del hombre, tal vez por hallar así mas insectos, que tambien son atraidos por las sustancias de que nos alimentamos. Con frecuencia son víctimas del temor que inspiran; puesto que se suponen impregnados de sutil ponzoña, que comunican por el simple contacto, ó por medio de la saliva, á la que tambien se atribuye la propiedad de causar erupciones en la piel, tales como el sarpullido y la lepra, y hasta se les supone una especie de envenenamiento trasmitido por las sustancias destinadas á alimentar al hombre y animales, por haber caido jeckos en ellas, ó por haberlas estos tocado, ó por haber sus uñas arañado la piel de alguien mientras estaba durmiendo, etc. Probablemente todas las preocupaciones que reinan tocante á los jeckos son efecto de su fisonomía, que por cierto nada tiene de agradable. Por entre los escombros ó inmundicias que los cobijan déjanse ver unos ojos grandes, tristes, siempre abiertos, que parecen inmóviles por faltarles los párpados. El cuello parece desgarrado por las hendeduras que forman las orejas. Su

temeraria, ó mejor su estúpida osadía intimida á los enemigos: á quienes el jecko aguarda sin temor; pues sus movimientos son tan rápidos y silenciosos que admiran y le salvan casi siempre.

Los platidáctilos forman una familia bastante numerosa entre los jeckos. El de que aquí tratamos, hasta ahora no se ha encontrado mas que en la isla de Java. Distínguese de los demas réptiles de su familia en los tubérculos ó granos escamosos muy apretados entre sí, iguales é uniformes que cubren su piel; en el cuerpo dotado de membranas en sus lados, y en sus dedos palmeados, armados todos de uñas excepto el pulgar. Dumeril le da los siguientes caracteres específicos: «Sienes, costados, miembros y cola rodeados de una membrana, y la parte dorsal del cuerpo cubierta de escamas lisas, y como formando enladrillado, con tubérculos á los lados del dorso.»

No podemos dejar de observar como un hecho muy particular que en este animal halla la anatomía admirables analogías con los pescados, siendo tal vez un animal de transicion entre estos y los réptiles. Entre ellas forma la mas notable esa membrana que le ciñe los costados, pues no está compuesta, como en otros lagartos, de un simple repliegue de la piel, sino de músculos bastante perceptibles, capaces de dar á sospechar haber sido estas membranas en otros tiempos verdaderas aletas, móviles y recias como las de las rayas. El platidáctilo es de color oscuro y marchito con líneas negras abigarradas; otra faja de color negro ó gris muy subido arranca del borde posterior del ojo, y termina en el dorso atravesando el cuello: debajo de esta faja hay una mancha blanquizca lo mismo que los labios y parte inferior del cuerpo ó abdominal.

Aunque el platidáctilo tiene los pies palmeados, vive mas tiempo en la tierra que en el agua. Con todo á menudo se sumerge en esta para dar caza á las arañas acuáticas, de que gusta mucho, pero permanece poco, y vuelve á salir desde que ha cogido su presa. Por lo demás, sus hábitos nos son casi desconocidos.

BIOGRAFIAS CONTEMPORANEAS (1).

Memoria biográfica del Sr. D. José Musso y Valiente, por D. Fermin de la Puente y Apecechea.

Así como la vida de un buen ciudadano, en tanto que alienta, pertenece á su patria, no menos le corresponde la memoria de sus hechos, especialmente cuando desapareciendo de entre los hombres, vive ya solo en la posteridad de brillantes acciones que ha dejado detrás de sí, y que forman la gloria de su nombre. Porque si por una parte es justo el tributo de gratitud y aplauso que se rinde al mérito y la virtud, todavía es privilegio de aquellas almas sublimes que el recuerdo de su existencia sea como una semilla celestial, que haga brotar en los ánimos generosos que los consideran, el noble deseo, la emulacion provechosa de asemejarse á lo que respetan y admiran. Deber es, pues, de los que afligidos y pensativos contemplan el ocaso de uno de estos astros benéficos, conservar el rastro de luz que dejan en el horizonte de la vida, despues de hundirse en la noche del sepulcro; y deber tanto mas sagrado, cuanto en los desastrosos tiempos que alcanzamos, se halla menor número de estos hombres, que sirvan de desagravio á la humanidad y á su siglo.

Y como quiera que no ya mi cariño, sino la voz pública concede al que hoy lloramos los dictados de sabio y virtuoso, razon será que la nacion sepa que títulos tenia para ellos; y aun por lo mismo casi todos los periódicos, al anunciar la triste nueva de su fallecimiento, prometieron dar una noticia de su vida, así que reuniesen materiales para formarla.

Por cierto muchos de sus amigos se han disputado el honor de rendirle este postrer homenaje (1), y es justo que yo les tribute aquí, en nombre de toda la familia, el mas vivo reconocimiento. Ignoraban, sin embargo, que él mismo habia cuidado de ahorrarles este trabajo, escribiendo las memorias de su vida, y dibujándose en ellas con admirable verdad y sencillez: libro verdaderamente de oro, que sin duda verá algun dia la luz pública, y no será de pequeño interés, así para la historia como para la literatura nacional. Mas, como probablemente haya de pasarse mucho tiempo antes de su publicacion, siempre era menester que cuando está reciente la memoria de tamaña pérdida, se bosquejase una sombra del retrato que mas adelante ha de aparecer. Y á la verdad, á nadie podia yo ceder este honor: la intimidad de nuestras relaciones, como que padre le llamaba, y como hijo le amaba y respetaba; la facilidad de tener á la vista aquellos antecedentes, todo exigia de mí que yo fuese quien trazase las líneas que habian de representarle. Por otra parte la falta de tino con que yo lo verifique, se compensará un dia con la publicacion del original; y si hay gloria, si hay consuelo en hacer que sea conocido y respetado, á nadie mas que á mí corresponde, porque nadie ha perdido mas que yo.

Pero si á emprender la obra me estimulaban mi propio deseo y las frecuentes excitaciones de todos, retraíame el dolor, estremecíame al haber de sondar toda su profundidad, por mas que esta sola idea absorbiese de continuo todas las fuerzas de mi alma. — Tres meses van á cumplirse ya, y aun no he llenado aquel triste deber: lo haré, pues, ahora, escribiendo no un artículo, en que solo se marquen las épocas de los sucesos de su vida, sino ofreciendo al público una memoria biográfica, que aunque no muy extensa, presente en su verdadera luz su carácter, la índole de sus talentos, su vida pública, su vida privada: tal que deje entrever en lo que diga lo mucho que me veo obligado á suprimir, y que su familia encuentre en sus páginas la imágen del padre, del hermano á quien lloran, y sus amigos con dulce y melancólico recuerdo

(1) Entre los contemporáneos incluimos no solo los hombres distinguidos que aun viven, sino tambien los que principalmente han florecido en el tercio que va del presente siglo, aunque hayan fallecido. (N. *de la* R.)

(1) Han manifestado vivos deseos de hacerlo los señores don Joaquin Francisco Pacheco, don José del Castillo y Ayensa, don Ramon Mesonero Romanos, don Manuel Breton de los Herreros, don Salvador Bermudez de Castro, don José Morales Santisteban; y mas que ninguno, alegando en apoyo de su pretension los vínculos de mas antigua amistad y parentesco, don Mariano Roca de Togores, al cual por lo mismo me creo obligado á decir que hubiese debido ceder el puesto, si yo hubiera podido dejar de mantenerle.

al mismo á quien trataron, y que con ellos cambiaba los placeres y consuelos de la amistad.

Con un escollo habré seguramente de tropezar. Unida mi suerte á la suya, especialmente en ciertas épocas, tal vez corra mi pluma, y traslade al papel lo que rebosa del corazon. Mas ¿cómo escribir con frialdad, cuando se trata de los mas dulces intereses de la vida? Fuera de que aun cuando me fuese dado ahogar dentro de mí aquellos sentimientos, nada conseguiria á fuerza del disimulo, sino privar del aire de sinceridad que debe llevar, á mi narracion. Irá, pues, esta inculta y desaliñada; pero tal como brote del corazon: si al lector ofenden las lágrimas, que abandone desde ahora estas páginas, porque yo sin ellas no acertaré seguramente á escribirlas.

Nació don José Musso y Valiente en la ciudad de Lorca á 25 de diciembre de 1785 Fueron sus padres los señores don José María Musso y Alburquerque y doña Joaquina Perez Valiente y Brost, hija de los señores condes de Casa-Valiente. Aquellos esposos, despues de esperar nueve años sucesion en su matrimonio, implorándola del cielo como una sancion del cariño que se tenian, y porque deseaban quien perpetuase el lustre de su familia, y heredase los cuantiosos bienes con que los habia favorecido la suerte, lograron ver mas que colmados sus votos, hallándose padres de tal hijo. Nueva prenda de su union fué don Pedro Alcántara, hoy mariscal de campo de los ejércitos nacionales, cuyo nacimiento refiero aquí, porque unido desde la cuna á su ilustre hermano con los vínculos del mas tierno cariño, parece que no es posible dar idea mas exacta de la intimidad y ternura que entre los dos reinaba, que decir que se amaron desde que nacieron, hasta el punto que los dividió la muerte.

Su madre, señora de relevantes prendas, quiso dirigir por sí sola la primera educacion del deseado niño, preparando acertadamente su entendimiento y su corazon infantil para mas extensa instruccion. A nadie quisieron fiar los autores de sus dias el encargo de dársela, sino á los padres Escolapios, que ya entonces obtenian la merecida reputacion que hoy gozan, y que sobrenada entre tantos trastornos, de singular acierto para la enseñanza de la juventud. Entró, pues, el niño en clase de alumno interno en el seminario de escuelas pias de San Fernando de Avapies en 1796, y en él se perfeccionó en las primeras letras, y aprendió latinidad y humanidades en el corto espacio de dos años; y aun como hubiese en aquella época exámenes públicos en el establecimiento, los sufrió de dichos ramos, distinguiéndose en ellos notablemente por su aprovechamiento y despejo. Salió del colegio en el otoño de 1798, y recelosos sus padres de que el abandonarle en tan tierna edad á los peligros de la corte pudiese alterar la pureza de su alma, que mas que su instruccion les interesaba, le tenian bajo la direccion de un ayo prudente é instruido, el P. Chevalier, clérigo de la emigracion francesa, el cual le enseñaba diferentes ramos, acompañándole á los estudios públicos de filosofía de San Isidro y á los de matemáticas, que hizo en la academia de San Fernando, bajo la direccion del sabio profesor don Antonio de Varas. En todos ellos sobresalia, como que ya desde el colegio dió á entender claramente que á ninguno se dedicaria en que no obtuviese la palma del triunfo sobre todos sus émulos y competidores. Pero sobre todo hizo con notable aprovechamiento el de las matemáticas, cuyas profundas abstracciones y complicados cálculos comprendia y seguia entre los juegos y travesuras de su niñez, por cierto muy bulliciosa, hasta el punto de excitar frecuentemente la admiracion de sus catedráticos aquella singularidad. De sus adelantos dió muestras bien claras en los rigorosos exámenes que sufrió en público, y en ellos disertó sobre la hidrodinámica.

Concluidos sus estudios, se trasladó con su familia á Lorca: dedicóse allí al cuidado de su casa, y á ayudar á su padre en el manejo de su caudal; pero no abandonando nunca aquellos, entre los cuales emprendió por este tiempo el de la música. Poco ó nada dirémos de esta época de su vida, porque es la que menos interés ofrece para el público. Reducido al círculo de su familia y de sus libros, fácilmente se adivinan sus ocupaciones, y los sucesos que entonces le sobrevendrian. Pero no es de omitir uno de eterna memoria en el pueblo que le vió nacer, y en que la Providencia con paternal esmero preservó sus dias, que destinaba á tan gloriosas empresas. Hablamos de la inundacion del famoso pantano de Puentes, que reventando, arrastró consigo sillares, escombros, barrones y hasta peñascos, y descargando su furia contra el pueblo, distante de allí tres leguas, arruinó calles enteras, y sepultó entre sus ondas á centenares de personas. Dia 30 de abril de 1802, habiendo ido con su padre á visitar aquel inmenso depósito de aguas, tres horas antes de tanto estrago, y en el mismo punto por donde rompieron, estuvo el curioso y desprevenido jóven, se internó por las bóvedas, pasó muy despacio por delante de las compuertas y grifones. ¡Admirable disposicion del cielo, que de tal suerte velaba por su seguridad!

Entre tanto comenzaban en España sucesos importantísimos, y se preparaban no menores trastornos. «Con indignacion, dice él en sus apuntes, supimos en Lorca la causa del Escorial, con inquietud la entrada de las tropas francesas, con entusiasmo los movimientos de Aranjuez, con sorpresa el cautiverio de la familia real, con dolor el 2 de mayo, con recelo el levantamiento de Cartagena. Siguióle Lorca, y en los primeros momentos de efervescencia popular, estuvieron en riesgo las vidas de varios comerciantes franceses, que allí estaban avecindados. Interpúsose mi padre, y con su influencia, ayudada de la de otras personas respetables, les salvó la vida.» Me ha parecido copiar literalmente este párrafo, ya porque da una idea del efecto que produjeron aquellos memorables sucesos en los ánimos de todos, como porque la bella accion que le concluye merece sobradamente un recuerdo, sobre todo en época en que la injusticia de la agresion ahogaba todos los sentimientos de humanidad, y provocaba á los nuestros á su vez á la ferocidad y á la injusticia. Ya desde este momento presenta la vida de Musso un cuadro mas animado. Participando del peligro y del entusiasmo general, se presentó en las filas de la milicia cívica entonces establecida, y sirvió en ellas en clase de capitan.

En el año de 1810, invadidas las Andalucías en enero, los restos del ejército del centro se retiraron á Guadix, y el general Aréizaga entregó el mando al general Blake, quien llamado despues á Cádiz, dejó en su lugar á Freire: este, amenazado por Sebastiani, se retiró á Orihuela. Desde entonces pesaron sobre Lorca todas las calamidades de la guerra. En la sema-

na santa de aquel año avanzó un cuerpo de tropas francesas desde Granada, y recibiéndose aviso de que venia otro sobre Lorca por Velez y Lumbreras, emigraron precipitadamente todas las familias que tuvieron medios de hacerlo. Con la suya lo verificó Musso para Murcia, de donde tambien hubieron de salir por aproximarse el enemigo. Entró este en efecto en Lorca, y la casa de aquel sufrió un completo saqueo; primer sacrificio, anuncio de los muchos que habia de ofrecer en las aras de la patria.

Corria ya entre tanto el verano de aquel año, y resolviendo no diferir por mas tiempo el compromiso que en dias mas tranquilos habia formado, se enlazó en 21 de julio con la señorita doña Concepcion Fontes y Reguera, hija de los señores don Joaquin Fontes y doña María de los Dolores Fernandez de la Reguera; perteneciente á una de las familias mas distinguidas de Murcia, en cuyo elogio, y hablando de este acontecimiento, que miró siempre como el mas próspero de su vida, será bien que oigamos á él mismo. «Teníame ya, dice, por feliz con la posesion de la que amaba, y hablando humanamente, debia tenerme. Su hermosura habia halagado mis ojos, su dulzura y amabilidad cautivaron mi corazon. Mujer casera y trabajadora, recogida y callada, económica en los gastos, caritativa con los pobres, honesta en sus costumbres, religiosa en los sentimientos, prudente con los demas, discreta para llevarme el genio sin adularme ni contradecirme, me dió mas de una vez, Señor, ocasion para conocer la verdad de tus palabras, esto es, que si la casa y las riquezas las dan los padres, tú solo das la muger prudente. — Su compañía ha hecho las delicias de mi vida.»

En el verano siguiente nueva invasion en Lorca: nueva emigracion, que esta vez fué hácia el reino de Valencia.—Al regresar á su país, hallaron declarada la fiebre amarilla en la plaza de Cartagena: hubieron, pues, de retirarse á San Javier; ¿mas cuál seria su aficion al estudio, que cercado de tantos peligros, acosado de las pérdidas y quebrantos considerables que sufria la fortuna de su familia, cuando parece que solo pudiera reposar algun tanto de sus penas, al lado de su esposa en el primer año de su venturosa union, todavía hallaba el secreto de hurtarle algunas horas, para dedicarlas á los libros?

A ellos y á reparar el estrago que habian padecido sus intereses pensaba volver desde Murcia, adonde últimamente se habia trasladado; mas la Providencia lo dispuso de otra suerte. Llamóle de una manera imprevista á la vida pública, y aquí se abre una nueva y gloriosa era de servicios hechos á su patria. Habiendo creido la primitiva junta provincial de Murcia que debia seguir la suerte del ejército, cuando invadieron los franceses la provincia, se refugió con el cuartel general en Alicante. Quedándose aquella sin gobierno, se instaló nueva junta. De aquí, como era natural, resultó conflicto entre ambas: desórden y confusion en los pueblos. Para cortarlos envió la Regencia al general Blake, quien con el objeto de apagar para siempre aquellos disturbios, disuelve ambas juntas, y manda que los electores de los diputados á córtes se reunan otra vez, y designen vocales para otra nueva. Convienen aquellos en elegir uno por cada partido, y por el de Lorca es nombrado Musso, cuando apenas contaba veinte y cinco años, expresando los electores que á haber tenido edad suficiente, le enviaran á las córtes. Sorprendióle la eleccion, y la resistió al principio por modestia; pero cedió en vista del peligro que amenazaba á la patria. Compañeros suyos ó en la misma junta, ó en los afanes que esta le causaba, fueron entre otros, á quienes nombra, el ilustrísimo señor obispo, don Antonio Rubio García, don José Barnuievo, don Francisco Verea y Cornejo, don Damian de la Santa, don Pedro Andrés, su íntimo y especial amigo, don Valeriano Perier, secretario de la corporacion, don Pedro María Olive, redactor del periódico que esta fundó. De ellos se hace aquí especial mencion, ya por la parte que tomaron en la gloria y peligros del que es asunto de este escrito, en aquella época de eterna memoria, ya porque fueron los mejores testigos de sus afanes, de sus tareas, del valor con que defendió la causa pública, de la admirable prevision con que leia en las acciones de algunos las lágrimas que un dia habian de costar á la nacion. Con todos ellos conservó estrecha amistad hasta su respectivo fallecimiento, y los que le sobreviven no negarán ciertamente un recuerdo de dolor y de lágrimas al hombre ilustre que en su seno hizo su aprendizaje en la vida pública. Cual fuese su conducta en la junta, mejor que nadie lo ha declarado él propio por las siguientes palabras: «En ella, por lo que a mí tocaba, me habia propuesto hacer siempre lo mejor, obrar en justicia, preferir el bien general al particular. Pero seria delirio y orgullo que me preciase de haberlo ejecutado así siempre, por mas que no recuerde algo de que me remuerda la conciencia.» Adviértase la religiosidad de quien esto escribia y que lo escribia para que se leyese despues de su vida y entre la confesion de los secretos mas íntimos de su alma, y podrá formarse una idea exacta del valor de tales expresiones.

No es de nuestro propósito tejer la historia de las operaciones de la junta, por mas que de ellas quepa no pequeña parte de gloria á nuestro héroe: él ha cuidado de hacerlo, sino con grande extension, al menos con aquella pluma elegante y fácil, que tan bien corria por el llano, cuanto difícil, campo de la narracion, como subia llevada por la mano severa del filósofo á trazar el orígen y las causas de los acontecimientos, el enlace que entre sí tenian, y las consecuencias que debieron producir. Mas para que se forme idea de los trabajos que tuvieron que arrostrar, oigamos de él en breves palabras cual era la situacion en que se hallaban aquellos beneméritos ciudadanos: tal vez nos sirvan de consuelo y esperanza, cuando lamentando hoy iguales ó parecidas calamidades, veamos á los que las padecieron tornar á disfrutar independencia, paz y seguridad. «En corta extension de terreno habian de resistir pocas, no del todo arregladas, casi desnudas y peor mantenidas tropas los ataques de ejércitos numerosos y aguerridos, mandados por los mejores capitanes que en Europa se conocian. Era menester para ello que el país diese gente, armas, bagajes, víveres, todo, sin contar mas que con sus escasos recursos: era menester que una y otra vez se comenzase de nuevo, y que al desaliento de una y otra derrota se acudiese con providencias no menos enérgicas que prontas, y que sofocando á veces las quejas, se encendiese en los pechos el ardor bélico, cuando por repetidos descalabros estaba á punto de extinguirse. No bastaban para tanto fuerzas humanas... Hízose cuanto pudo sugerir el patriotismo, y aun la necesidad.»

. . . .

Mas, como para él fuese el estudio la principal medicina, aprovechó este tiempo en dedicarse á leer y meditar las santas escrituras, emprendiendo el estudio profundo de la religion, uno acaso de los en que mas sobresalió. Por entonces escribió tambien un tratadito que intituló: «Reflexiones sobre la naturaleza y último fin del hombre.» Tales eran las meditaciones que ocupaban su ánimo en la edad de la disipacion, en que tan poco suelen cuidarse de ellas la mayor parte de los hombres.

Entreteníase con la música, y alternaba aquellos graves estudios con el del teatro francés. Por entonces se dedicó tambien seriamente al de nuestra lengua, como necesario para todos. Hízole, pues, sobre los clásicos, para lo cual decia que le sirvió maravillosamente el Teatro de la elocuencia española de Capmany. Leíale, pues, y copiaba frases, períodos y párrafos de Mariana, de los Luises y de Cervantes. . . . .

. . . .

Entre tanto se conjuraba violenta tempestad contra mi padre, que no estuvo excento de la suerte comun al que ha de reformar abusos, y no puede menos de lastimar, á los que viven de ellos. Sobresaltados estos, atizando el amor propio de algunos, haciéndoles creer imaginarias ofensas, sorprendiendo la buena fe de los otros, maquinaron para su destitucion. A ninguno de ellos nombro, ni de ninguno de ellos quiero acordarme; porque muy niño entonces para conocerlos, cuando aprendí sus nombres, aprendí que habian sido perdonados por los mismos á quienes directamente ofendieron. Pero sí arde en mi corazon eterna gratitud á los que en la época de la prueba se mostraron fieles á la justicia y á la amistad; y en este número cuento á la cabeza á Musso y á su hermano, que reprobaron con indignacion aquellos manejos, y á su firmeza debieron la frialdad y resentimiento de algunos, fatal levadura que fermentando un dia, habia de convertirse contra ellos en implacable persecucion. Desde aquella época conocí yo al que mas adelante habia de obtener de mí el cariño y el respeto de hijo. ¡Cuán ageno estaba entonces de imaginar que el niño que apenas sabia hablar (cuatro años contaba yo á la sazon), y á quien veia juguetear entre los suyos, habia de dar á conocer hoy su vida, y derramar tantas lágrimas sobre su sepulcro!

Lograron los contrarios en parte su objeto: mi padre, separado de Lorca, fué promovido al consejo de Castilla, y á poco tiempo fatigada su salud, no del peso de los años, sí de honrosos servicios hechos á su patria, falleció prematuramente en Manzanares. Séame permitido no separar en el sepulcro los nombres de aquellos á quienes enlazaron tanto en vida la amistad, la uniformidad de ideas, de tareas y de sufrimientos, y que tan unidos viven en mi memoria y en mi corazon.

Preparábanse entre tanto grandes acontecimientos en la nacion. Ya desde el año de 1819 se habian notado síntomas de sublevacion en el ejército expedicionario de Ultramar, reunido en la parte baja de Andalucía. El fuego comprimido por aquel año, estalló en principios del siguiente, proclamando parte del ejército la Constitucion de 1812. Respondieron al eco diferentes ciudades, y finalmente la juró el Rey en nueve de marzo. Por cierto, tomando despues parte en el movimiento general, publicó la Academia Española un programa de premios de elocuencia y poesía sobre asuntos análogos á las circunstancias. El de prosa era un discurso gratulatorio á Fernando VII por haber jurado la constitucion, en el cual se comparasen los principios del gobierno anterior con los del nuevamente adoptado. Al anuncio de abrirse la liza, no pudo menos de sentir sus fuerzas nuestro héroe, y de reconocerse ganoso de romper una lanza. Así, pues, y á pesar de que á ninguno de los individuos de la Academia conocia, puso manos á la obra, presentó su escrito, y nadie pudo disputarle la corona. Recibióla, pues, y con ella una de las mas puras y cumplidas satisfacciones de su vida, por lo mismo que tan seguro estaba de que al mérito, cualquiera que fuese, de su trabajo, no á afecto personal, ni á recomendacion alguna, era deudor de la victoria. Bien quisiéramos que los límites de este artículo nos permitieran insertar algunos trozos: vieran nuestros lectores, no solo los sanos y juiciosos principios en que abunda, en época en que por cierto todavía habia bastantes errores, que despues ha ido desvaneciendo la experiencia; sino la pureza y dignidad oratoria del estilo, tal que al leerla nos parece oir al Orador romano hablando en castellano por boca de Granada. Fué esta la única produccion literaria que presentó en aquella época, y acaso la primera que se publicó con su nombre; bien que para lo último fué preciso que la edicion la hiciese la Academia. Varon tan señalado y de tan honrosos antecedentes no podia permanecer en el rincon de su hogar en época tan agitada y turbulenta. Buen ciudadano, de aquellos que no conspiran, ni atraen las revoluciones; pero que sirven al gobierno que piensan puede producir la felicidad en su patria, así como elogió las ventajas del régimen representativo, no se contentó con ser ocioso espectador de los esfuerzos que se hacian para plantearle, luchando con mas de una clase de enemigos. Ni por ventura hubiera podido, aunque así lo deseara, quedarse en Talanquera; porque no es posible resistir á la opinion general, cuando fuese dado negarse á las ilusiones de la gloria y á las inspiraciones del patriotismo, especialmente en edad en que no se ha recibido el amargo desengaño de la experiencia, y en que es fácil olvidar y perdonar. Así es que de las filas de la milicia nacional, en que sirvió en el arma de caballería, sacáronle sus conciudadanos para entregarle el baston de primer alcalde constitucional. ¡Menguada hora por cierto, que abria una época de tantas amarguras!.. Pero corramos un velo sobre aquellos tristes sucesos, mientras llega el dia en que apagados por la muerte, no ya solo los resentimientos, sino los pechos donde se abrigaron, pueda la mano severa de la historia poner el dedo en las llagas, y decir de que parte estuvieron el juicio, la prevision, el acierto, si ya descubre, como creemos, en algunos de los que siguieron distinta bandera, la misma pureza de intencion. La memoria se resiste á recordar, la pluma á describir al ilustre patriota acometido, perseguido y proscrito en su mismo país, no hallar asilo sino en las débiles tablas de un barquichuelo, que no sin grave riesgo del naufragio, le condujo al peñon hospitalario de Gibraltar. Refugióse ciertamente allí, no á conspirar contra su patria, sino á esperar que pasase la recia nube que contra él habia conjurado el ciego espíritu de partido, que mientras en las córtes se escuchaba la defensa de su causa por boca, entre otros, del diputado Don Agustin Argüelles, confiscaba sus bienes, los malbara-

taba en la plaza pública, se encarnizaba contra sus servidores, llenaba de espanto á sus adictos, de desolacion á su interesante, y entonces huérfana, familia.

Divertia allí, en cuanto era posible, sus pesares con el estudio del idioma, costumbres y literatura del país, complaciéndose sus autoridades en facilitar al ilustre huésped la entrada en todas las bibliotecas; y en aquel pueblo casi enteramente mercantil, no faltaron quienes rindiesen homenaje á sus talentos. Con su sociedad, y mas aun con la de los tesoros que aquellas encerraban, procuraba él distraer la memoria de los amargos sucesos que le habian llevado á aquellas orillas, y ó bien les manifestaba su gratitud por la acogida maternal que le habian dado, en sentidos versos, en que deploraba amargamente las desgracias de la patria, ó bien se esforzaba en enviar á su virtuosa esposa algunos, que mintiendo tranquilidad y sosiego, derramasen el consuelo y la esperanza en su corazon despedazado. En el estudio del idioma inglés hizo tan rápidos y seguros progresos, que no solo le hablaba con facilidad, sino que llegó á escribir en él, no sin harta propiedad y elegancia, unas observaciones sobre el teatro de aquella nacion, comparándolo con el nuestro.

(*Se continuará.*)

VIRGILIO.

Publio Virgilio Maron: nació en Andes (hoy dia Petiola), pueblo corto de los alrededores de Mantua, en 15 de octubre de 684 de Roma (70 años antes de J. C.), en el consulado de Craso y de Pompeyo el Grande. Abandonó la vida del campo para ir á recibir en Cremona los beneficios de una educacion liberal, y á los 16 años vistió la toga viril, el mismo dia de la muerte de Lucrecio. Desde Cremona pasó á Milán y despues á Nápoles, para terminar sus estudios, donde habiendo adquirido ya todas las ciencias que se aprendian entonces, sobresaliendo á todos los de su siglo en la medicina y matemáticas, se dedicó á la literatura griega y latina para prepararse á las inspiraciones de la filosofía. Pasó á Roma y con su buen natural, sabiduría y talento se grangeó la estimacion de Augusto, Mecenas, Polion, Horacio y generalmente de todos los romanos. Manifestó muy desde luego su genio para la poesía; pues siendo aun muchacho compuso al sepulcro de un tal Balista, que por sus robos habia sido apedreado y envuelto en un monton de piedras, este epitafio:

Monte sub hoc lapidum tegitur Balista sepultus.
Nocte, die, tutum carpe, viator, iter.

En elogio de Augusto puso Virgilio una noche á la puerta del palacio los siguientes versos:

Nocte pluit tota: redeunt spectacula mane.
Divisum imperium cum Jove Cæsar habet.

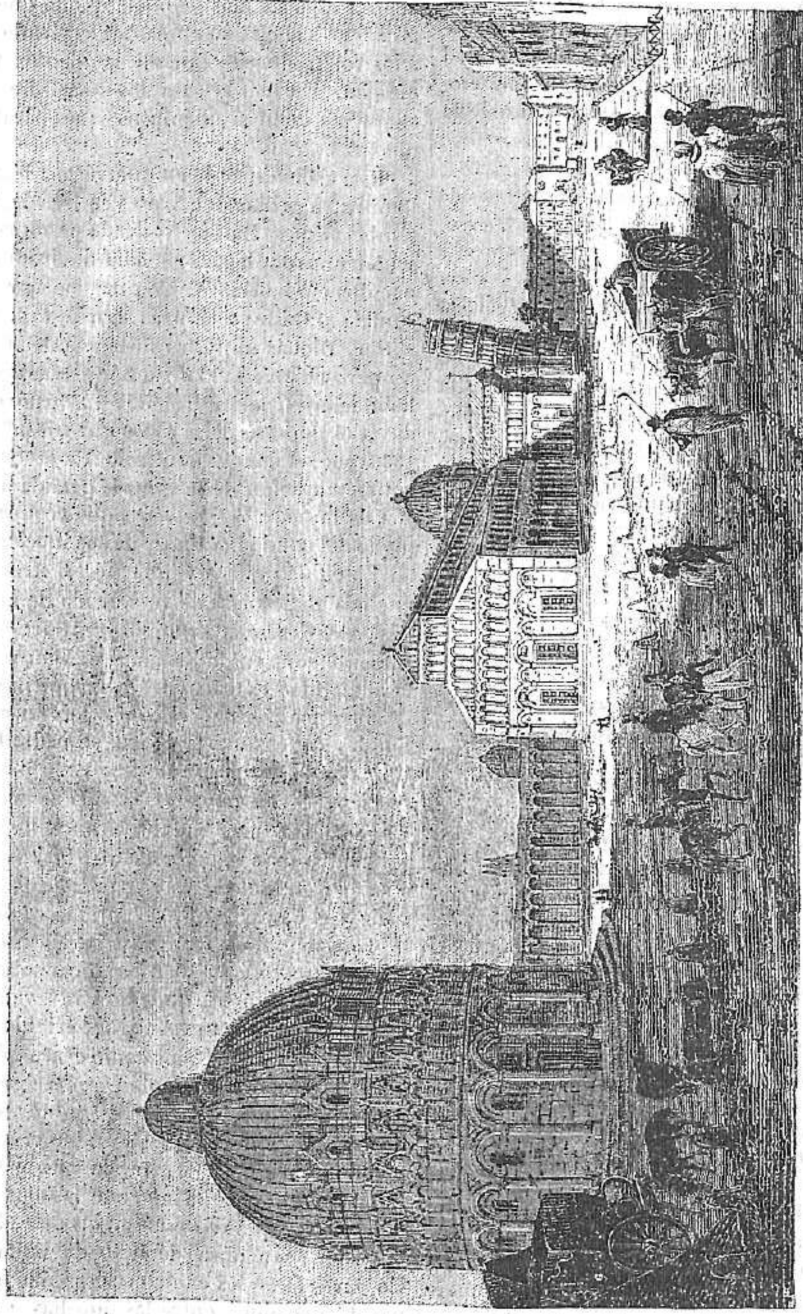
Deseando Augusto saber su autor, Batilo, otro de los muchachos émulos que tuvo Virgilio, se los apropió y recibió su premio. Luego que llegó á noticia del autor, puso cuatro veces este emistichio: *Sic vos non vobis*; y no hallándose poeta que lo supiese concluir, lo hizo Virgilio con mucho talento, astucia y que le valió la general reputacion y destruyó enteramente á sus enemigos. Se le atribuyen á Virgilio varias obras; pero las que reconocen por genuinas los sabios, y han hecho y harán inmortal su nombre en todos los siglos han sido las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida* Empezó á demostrar su gran talento para la poesía con las *Bucólicas*. Pero si en las primeras églogas, segun el órden cronológico, de *Tityro* y de *Alexis*, no se descubrió todavía el grande Autor de la *Eneida*, no obstante, ¿qué poeta tan sublime anunciaba aquel estilo tan atractivo, aquella dulzura, aquella elegancia melodiosa y aquella feliz reunion de bellezas hasta entonces exclusivas de Teócrito? Asegurado Virgilio de sus fuerzas con un ensayo tan brillante, el émulo de gloria del Poeta bucólico griego dedicó sus inspiraciones á los acontecimientos políticos en medio de los cuales le habia colocado la fortuna, ó al reconocimiento que debia á sus ilustres protectores, no titubeando muchas veces en lisonjearlos á fin de enternecerles sobre las desgracias de la patria. En la tercera égloga se le ve unir al lenguaje tosco de un pastor la ingeniosa hipérbole de un cortesano; bajo la máscara de una imitacion de Teócrito, su modelo, hace un elogio de Polion, nombrado recientemente por Antonio gobernador de Venecia. No es nuestro plan ofrecer aquí en resúmen la explicacion que dan algunos críticos de las diferentes églogas, si bien no pasarémos en silencio que algunos autores han creido ver en el tono imponente de la égloga IV, vaticinando el poeta la alta mision de un niño misterioso, *cara deum soboles*, una inspiracion emanada del mismo soplo que anima los sublimes cánticos del profeta Isaías. En estas poesías pastorales-alegóricas empleó Virgilio mas de tres años de trabajo, pero no eran mas que el preludio de sus inmortales *Geórgicas*, monumento eterno del genio de un gran poeta, al mismo tiempo que fué la obra de un buen ciudadano. No limitándose las guerras civiles á devastar los campos y agotar los recursos de la agricultura, habia trasladado tambien las propiedades á nuevos dueños, cuyos brazos inhábiles apenas sabian manejar el arado. La industria y la experiencia habian desaparecido, y la hambre hubiese reinado con el tiempo bajo el sol de Italia entre los feroces veteranos. No ocultándose esto al hábil y previsor Mecenas, creyó que el mejor medio para prevenir el desastre era procurar inspirar á los romanos el gusto de los trabajos campestres; al efecto dispuso asociar á las lecciones de un arte que repugnaba la moderna elegancia todos los atractivos que podia prestarles el risueño colorido del pincel de Virgilio. El poeta tenia entonces 34 años: fué á meditar y escribir las *Geórgicas* bajo la influencia del hermoso clima de Nápoles, y antes de siete años pudo gloriarse la literatura latina de poseer una obra maestra, de la cual se hubiera envanecido la antigua Grecia. El plan de su inimitable *Eneida*, composicion enteramente patriótica, le fué sugerido por el horror que experimentó su hermosa alma al recuerdo de las guerras civiles, mas bien comprimidas que aniquiladas bajo los pies de Augusto, y prontas á reanimarse á la menor esperanza de independencia. El objeto que se propuso Virgilio fué presentar á los romanos y á su dueño el modelo de un príncipe cuyas virtudes, imitadas por Augusto, excitasen el reconocimiento de sus súbditos. Así es que compara los principales incidentes de la vida

supuesta del príncipe troyano con la serie de los hechos que condujeron á Augusto al poder supremo. Virgilio empleó mas de diez años en componer la mitad de su *Eneida*; y no consideraba este trabajo sino como bosquejado, cuando cediendo al fin á las instancias de Augusto, leyó á este príncipe los libros segundo, quinto y sexto. Los seis últimos libros de la epopeya virgiliana fueron acabados en cuatro años; mas el poeta no pudo corregir á su gusto las imperfecciones que en ellos reconocia. Al efecto habia pasado á Atenas, donde habiendo sido encontrado por Augusto, que volvia de Oriente, le precisó á que le acompañase á Roma. Pero de resultas de una indisposicion repentina que le sobrevino en el viaje, murió en 10 de octubre, año de Roma 735, en Frindis. Sus restos fueron trasladados á Nápoles segun lo habia pedido, en donde se le erigió, sobre el camino de Pouzzole un sepulcro, en el cual se lee el epitafio dictado por el mismo Virgilio en su última hora. Ya se sabe que por un exceso de rigor y de modestia, habia mandado Virgilio que fuese quemada su *Eneida*; pero sus ejecutores testamentarios se limitaron á verificarlo tan solo con algunos versos imperfectos. Sus herederos, Augusto, Mecenas, L. Valerio y Plocio Tucca, publicaron la *Eneida* tal como la habia dejado Virgilio, y tal como la han reproducido un sin número de ediciones y traducciones en todos los idiomas conocidos en el espacio de dos mil años. El comentario del célebre crítico aleman Heyne, en el cual se hallan numerosos análisis bibliográficos sobre Virgilio, fué impreso por los cuidados de Mr. Amar en la coleccion de los *Clásicos latinos*, publicada por Gosselin, 1824, cinco tomos en 8.º Gregorio Hernandez de Velazco la tradujo en español, Valencia, 1793 dos tomos en 4.º



Virgilio.

ITALIA. — PISA.



Plaza del *Duomo* en Pisa.

PISA.

Pisa, antiguamente una de las doce ciudades florecientes de la Etruria, es hoy la segunda de Toscana. No puede ponerse en duda la antigüedad de su fundacion, porque estriba en irrefragables testimonios. Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio hacen mencion de ella en muchos pasajes, y asegura Estrabon haber sido fundada por una colonia de Griegos, que terminada la guerra de Troya vinieron de otra Pisa, ciudad de Grecia situada junto al rio Alfeo, en el Peloponeso. Virgilio confirma este aserto en el canto décimo de la *Eneida*, donde dice:

> Mille rapit densos acie atque horrentibus astis;
> Hos parere jubent Alphœæ ab origine Pisæ,
> Urbs etrusca solo.

Siendo aliada de Roma desde el año 561, dispensóle esta tal consideracion, que en 574 llegó á ser una colonia romana muy importante, y recibió de Augusto el nombre de *Julia Obsequens*. Adriano y Antonino la favorecieron igualmente con su prediIeccion, embelleciéndola con varios templos, teatros, arcos triunfales y otros muchos monumentos de que apenas quedan vestigios. Debió su antiguo esplendor á su preponderancia marítima, á la que contribuyó en gran manera el Arno que desembocaba junto á la Ciudad: en el dia la acumulacion de arenas que ha llevado el rio ha alejado su desembocadura. A la caida del romano Imperio, cuando tuvo lugar la invasion de los bárbaros, no perdonaron á Pisa, antes fué saqueada por los Godos en el siglo V, y cayó en poder de los reyes lombardos; pero cuando la Italia entera sacudió el yugo, desplegó Pisa el estandarte de la libertad, y afortunada rival de Venecia, distinguióse por medio de grandes hechos. El año 1000 llegó la República de Pisa al mas alto grado de opulencia, de poderío y de conquistas: perseguidos por sus flotas los Sarracenos, abandonaban las costas de Italia; poco tiempo despues los Pisanos enarbolaban sus banderas victoriosas en la isla de Cerdeña, y en 1029 se hicieron dueños de Cartago haciendo antes á su rey prisionero. Las cruzadas vinieron á aumentar aun el poder de Pisa, que plantificó importantes establecimientos en la costa africana, y de todos puntos llegaban mercancías al *porto Pisano*, del que apenas quedan hoy algunas torres arruinadas como recuerdo de su pasada existencia. Sin embargo, elevábase el puerto de Génova, empezaba la discordia á agitar su lúgubre tea por toda Italia; y en tanto la opulenta Pisa tocaba á su ruina, yendo á estrellarse todo su poder en el escollo de Meloria en 1283. Fué perdiendo poco á poco sus conquistas, y solo debió su conservacion á la siempre peligrosa intervencion de señores extranjeros, bajo cuya tiranía vegetó largos años, hasta que recibió el último ultraje siendo vendida á Juan Galeazo Visconti, duque de Milan. Fué entonces que Florencia concibió el plan de apoderarse de esta Ciudad, y que Gino Caponi fué á poner sitio riguroso á sus murallas, el cual resistió Pisa con valor heróico. Los Pisanos tuvieron que sufrir toda clase de calamidades por espacio casi de un siglo: el hambre y la peste se unieron á la devastadora plaga de la guerra á fin de acabar de anonadar la ciudad. Finalmente, bajo el gobierno de Cosme I disfrutó Pisa alguna tranquilidad: renació poco á poco la confianza entre los habitantes, los estudios volvieron á seguir su curso, la agricultura fecundó de nuevo los campos, y los Medicis hicieron todos sus esfuerzos para cicatrizar las llagas de esa desventurada ciudad; pero abandonada de la fortuna y del mar, jamás pudo recobrar aquel grado de prosperidad que hasta la hizo rival de Venecia. De todas sus antiguas ventajas, nada mas le queda que lo que no pudo quitársele, es decir, su clima dulce y saludable, tan útil á los valetudinarios que allí acuden de tropel en toda estacion á calentar con los rayos de un sol vivificador los débiles miembros que paralizó la enfermedad.

Pisa está edificada en una vasta, fértil y saludable llanura, *á orillas del Arno y á tres leguas de su desembocadura*. Hállase rodeada de murallas que presentan unas dos leguas y media de circuito, y defendida por dos ciudadelas: la una de construccion moderna situada al Oeste; y la otra, mucho mas antigua, hácia el Sur. Dichas murallas fueron antes fortificadas con numerosas torres, lo mismo que la mayor parte de las habitaciones de los grandes La historia conserva todavía el nombre de la *torre victoriosa*, construida en 1336 por el conde Bonifacio de la Gherardesca, en conmemoracion de la victoria ganada á los Gualandi; y el de la *torre del hambre*, que recuerda el atroz suplicio del conde Ugolino y de sus inocentes hijos.

La ciudad está dividida por el Arno, cuya madre ancha y majestuosa se ve cercada de magníficos muelles. Atraviésase el Arno por tres puentes: el uno enteramente construido de mármol blanco, y que aun en la actualidad es teatro del juego que llaman del puente *(giuoco del Ponte)*, el cual celebran cada tres años. Son las calles anchas y bien empedradas, con aceras muy cómodas, pero solo una calle hay que contenga pórticos. De las nueve plazas que adornan á Pisa la del *Duomo* es la mas notable; puesto que la adornan los cuatro monumentos de que Pisa mas se envanece, á saber: la Catedral, el Baptisterio, la Torre inclinada y el Campo Santo, ó antiguo cementerio

La Catedral es una de las iglesias mas hermosas de Italia: *empezóse en 1063 á edificar sobre las ruinas de* un antiguo templo, que fuera ya levantado sobre restos de otro aun mas antiguo, erigido á Adriano; y terminóse en 1118. Su arquitectura greco-arábiga es obra de Buschetto, á quien se cree griego de orígen. Este templo que levantó la República de Pisa cuando floreciente y victoriosa, contiene el sepulcro del emperador Enrique VIII, fundador de la Universidad. Los bajo-relieves que adornan las majestuosas puertas de bronce y que representan los sagrados misterios de la pasion, son obra de Juan de Boloña, sostienen á las naves laterales cuatro series de magníficas columnas de mármol, entre las que hay sesenta y dos de granito oriental, que probablemente pertenecieron á algun otro antiguo monumento: la cúpula es de pesada arquitectura y cubierta enteramente de plomo. Adornan la fachada exterior cinco órdenes de columnas, y el pavimento del templo es de mármol blanco y azul.

Elévase á poca distancia de la Catedral el Baptisterio, ó iglesia de San Juan, edificio del siglo XII y obra del arquitecto Dioti Salvi. Es de forma circular, y

presenta en el exterior gran prodigalidad de ornato, y varias series circulares de columnas de diferentes estilos, que sostienen una cúpula cubierta de plomo. La bóveda de dicha cúpula es sonora, y forma un tornavoz muy sensible, bien que esto sucede siempre con mas ó menos intensidad en todas las construcciones de forma elíptica.

La torre inclinada (*campanile*, *torre pendente*) es el edificio mas curioso de Pisa, y una de las maravillas de Italia. Es de forma cilíndrica, y tiene cincuenta y seis metros de alto sobre diez y siete de diámetro. Encierra siete pisos de columnas de diferentes órdenes; con tal arte interpoladas, que la vista no advierte confusion en una disposicion tan particular. La inclinacion de esta torre es tal, que arrojando un nivel desde la cima, va á parar hasta mas allá de quince pies de la base, lo que ha dado orígen á mil disertaciones estrañas y ridículas. No tratamos de reproducirlas aquí, limitámonos á abrazar la opinion de aquellos que atribuyen este fenómeno al hundimiento del terreno, pues esta solucion nos parece mas justa, sosteniéndola además Lalande, Vasari, La Condamine, Bernouilli, y principalmente Soufflot, que debia entender la materia de hundimientos, puesto que su obra maestra Santa Genoveva de París se vió amenazada de destruccion por un fenómeno semejante. Mas como quiera que sea, este estraño monumento, empezado en 1174 por Guillermo de Inspruk, y Buonamo de Pisa, y concluido á mitad del siglo XIV, es obra de mucha solidez, y hasta ahora no aparece en ella ninguna alteracion sensible. Contiene siete campanas, que se tocan cada dia en medio de la mas completa seguridad. Desde la cima de esta torre, á la que se sube por una escalera bastante cómoda, descubrió Galileo la verdad que anunció á un pueblo harto ignorante todavía para comprenderla. Ya ese hombre célebre habia hallado los principios del movimiento compuesto observando la lámpara pendiente de la bóveda de la Catedral de Pisa: y sus experimentos en la torre inclinada acabaron de revelarle el secreto de la naturaleza en la caida de los cuerpos, los grados de aceleracion, y las leyes generales de la gravedad: este á nuestro ver es el título mas glorioso del *campanile* de Pisa.

El Campo Santo está formado de un vasto claustro de unos ciento cincuenta pies de longitud sobre ciento cuarenta de anchura; presenta la forma de un paralelógramo, cuyo ámbito interior se compone de sesenta y dos arcos góticos sostenidos por sesenta y seis pilastras. Los muros están revestidos de pinturas que lastimosamente ha deteriorado el tiempo, y representan asuntos sacados de la historia sagrada. Spinello, Aretino, Andrés y Bernardo Orcagna, Buffalmano, Giotto y otros emplearon sus pinceles en adorno de este monumento, que es en su clase de los mas curiosos que posee Italia.

Existen en la ciudad de Pisa veinte iglesias, algunas de las cuales, como las de San Mateo, San Frediano, las de Bernabitas, de Agustinos, y de Dominicos, poseen buenos cuadros y preciosos mármoles. Harémos mencion tambien de Santa María della Spina, así llamada por haber recibido en otro tiempo una reliquia de gran valor ó una espina de las que formaron la corona de Jesucristo. Este *tempietto*, como lo llaman los Pisanos, es muy admirable por su extraordinaria riqueza de ornato y por sus labores sumamente acabadas y exquisitas.

Pisa, tan esplendente y poderosa en lo antiguo, es hoy una ciudad desierta; y su recinto, demasiado estrecho antes para contener una poblacion de cincuenta mil almas, es hoy harto espacioso con respecto á los diez y seis mil habitantes que vendrá á contener. El comercio ha ido menguando á la par con la poblacion; pues la opulencia de Liorna, su afortunada rival, fué para ella, lo que el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza para Venecia.

Los palacios mas dignos de atencion son los del gran Duque, del Arzobispo, de Lanfranchi (mansion antigua de lord Biron), de Lanfreducci, y de los caballeros de la órden de San Estévan.

La Universidad es una de las mas antiguas y famosas de Italia. Cosme I la hizo reparar en el siglo XVI: posee una abundante biblioteca, un gabinete de física y un jardin botánico.

A corta distancia de la ciudad cerca del monte Pisano encuéntranse los célebres baños de aguas minerales llamados de San Julian, de que hicieron gran caso los Romanos; pero en el dia yacen en olvido estas aguas á pesar de conservar todavía las mismas propiedades medicinales.

Cerramos este artículo con hablar de la hacienda ó quinta de San Rosorio, por ser uno de los establecimientos agrícolas mas notables de Europa.

CASTILLO DE BAYARDO EN FRANCIA.

A la orilla izquierda del Isere, diez leguas de Grenoble, elévase el antiguo castillo de Bayardo, situado en una montañita ó pezon de tierra aislada que domina el valle. Los restos de este antiguo manso ó casa de feudo atestiguan su antigua importancia. Colocados en una posicion formidable, cerraban y defendian su patria como el de todos los castillos-fortalezas almenadas murallas; flanqueaban la puerta en forma de arco dos torres redondas, capilla la una y la otra palomar. La historia del castillo de Bayardo se reasume en su mismo nombre, que es el del valeroso caballero sin tacha y sin miedo, el mas popular de los nombres caballerescos. Es Bayardo de todos los héroes aquel cuya memoria ha sufrido menos por el transcurso de los años y revoluciones; el recuerdo de sus virtudes y hechos de armas no ha caducado, y quedan aun en pie sus gloriosas estatuas. En presencia de tal unanimidad de sentimientos, ha dicho un moderno, curioso seria investigar porque razon entre tantos hombres tan ilustres como él, solo Bayardo ha llegado hasta nosotros conservando intacto su inmortal renombre. Ciertamente, los Dunois, los la Hire, los la Tremouille y sus progenitores se hicieron célebres por hechos de armas y servicios tan señalados como los suyos, y sin embargo por muy gloriosos que sean tales nombres no dispiertan tan generales simpatías, á todos eclipsa Bayardo. La razon es que los unos adquirieron su celebridad solo á fuerza de cuchilladas y mandobles mientras que el otro fundaba la suya en un valor que eclipsaban sus mismas virtudes: las cualidades caballerescas de los primeros hablan á la imaginacion, las de Bayardo, menos brillantes, al corazon.

Nació en el castillo de Bayardo, noble herencia de

sus abuelos, en 1476; su padre Edmundo de Terrais descendia de una de las familias mas antiguas del Delfinado, la cual hacia parte de lo que entonces se llamaba *escarlata de los gentileshombres de Francia*, nombre que tomaran las antiguas casas para distinguirse de las nuevas ennoblecidas por Luís XI. El jóven Bayardo, educado á la vista de su tio obispo de Grenoble, desarrolló muy temprano las virtudes que debian ilustrarle. «Hijo mio, deciale el buen prelado, sé noble como tus antepasados, como tu tátarabuelo que murió al lado del rey Juan en la batalla de Poitiers, como tu visabuelo y abuelo que tuvieron igual suerte el uno en Azincourt, y el otro en Montlhery; finalmente como tu padre, cubierto de heridas en las últimas guerras.» Contaba apenas doce años Bayardo cuando manifestó su aficion á la carrera militar. El obispo de Grenoble prometió presentarle al duque de Saboya aliado de Francia para que le admitiera por paje suyo. Antes de salir del techo paterno hablóle de esta suerte su madre: Pedro, amigo mio: al servicio vais de un noble príncipe. Cuanto una madre puede mandar á su hijo, encomiendoos tres cosas en cuanto alcanzo, los cuales si hiciereis tened por seguro que viviréis triunfantemente en este mundo. La primera es que ante todo ameis, temais y sirvais á Dios sin en manera alguna ofenderle si os fuere posible. La segunda, que seais afable y cortés con todo gentilhombre, alejando de vos todo orgullo. Sed humilde, servicial con todos, no seais maldiciente ni embustero, huid de la envidia que es vicio villano, sed leal en dichos y hechos, guardad vuestra palabra, socorred á los pobres, viudos y huérfanos. La tercera cosa que os encomiendo es que de los bienes que Dios os diere seais caritativo con los pobres menesterosos porque dar por amor suyo á nadie empobrece. Esto es todo lo que os encargo. Y esta buena madre, despues de haber abrazado á su hijo querido subió á la torre del homenaje del castillo para verle partir, y siguió con sus ojos su marcha rápida.

Camino iban de Chambery el valiente jóven y su tio, caballeros cada uno en una mula, nó tardaron en llegar. Recibióles el duque Cárlos, y desde entonces el jóven Bayardo formó sin duda parte de su secta. Porque en su seguimiento iba cuando el príncipe visitó en Lion á Cárlos VIII, quien agradado de su buen parecer y de su destreza escuderil, pidióselo al duque de Saboya y le puso en manos de Pablo de Luxemburgo. En la corte del Luvre eran todo torneos y corridas, y allí se distinguió Bayardo. Llamado á mas serios combates, acompañó á Italia al rey Cárlos VIII, y en la batalla de Fornoue le mataron dos caballos y él se apoderó de una bandera que ofreció al Rey. Al empezar el Reinado de Luís XII empieza para Bayardo la serie de hazañas que tan buen lugar le ganaron para la historia. En un ataque de Milan persiguió á los enemigos con tanto ardor y arrojo, que entró con ellos en la ciudad quedando hecho prisionero. Interrógale el duque de Milan Ludóvico Esforcia, y le pregunta como ha acontecido que se halle él solo en la ciudad... A fe mia, monseñor, respondió cándidamente no creia yo entrar solo y pensaba que me seguian mis cincuenta compañeros, los cuales entendieron la guerra mejor que yo; porque á haber hecho lo que yo hice, como yo serian prisioneros.» Agradó la respuesta al duque de Milan, quien tuvo la generosidad de rescatarle sin precio, restituyéndole sus armas y caballo.

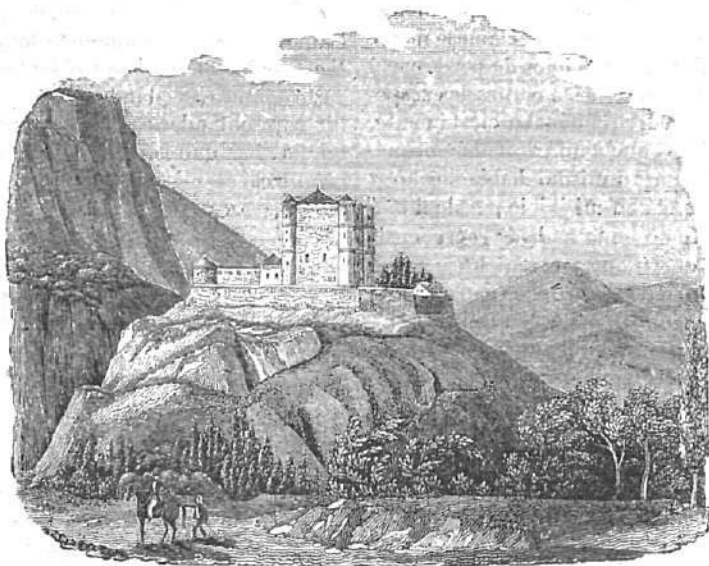
Durante el acantonamiento de los franceses en la Apulia deshizo Bayardo una partida española, cautivando con su propia mano al capitan D. Alonso, quien no contento con huir faltando á su palabra, calumnió á Bayardo, que le retó á singular batalla. Fué traspasado el español y murió al cabo de algunas horas, varios contemporáneos hablan de esta victoria de Bayardo como de un prodigio de fuerza y destreza. Mas tarde defendió solo un puente contra un grupo de enemigos, sobre cuya hazaña escribe Godofredo: como tigre escapado, cerróse de espaldas contra la barrera del puente, y á cuchilladas se defendió tan bien, que sus enemigos no sabian que decir y no creian que fuese hombre sino un diablo. Conocido es el noble proceder de Bayardo con sus huéspedes de Brescia: gravemente herido en el ataque de esta plaza, fué llevado á casa de un gentilhombre que acababa de huir dejando á su mujer y dos hijos expuestos á la brutalidad de los soldados; protegió á los Bayardos, reprimió á los soldados ávidos de pillaje, y cuando ya curado iba á partir para el ejército, negóse á admitir dos mil quinientos ducados que le ofrecian estas mujeres, los cuales repartió entre las dos jóvenes que habia protegido. Daba cada dia nuevas pruebas de su generosidad: no tuvo escudo que no estuviese á disposicion del primer necesitado y muchas veces en secreto poníalos en mano de los pobres gentileshombres que se hallaban menesterosos, segun sus alcances. «Lo que recoge la manopla solia decir, arrójalo el gorjal.»

En la batalla de Añadel, en Ravena, en Pavía, en Guinegate, manifestóse Bayardo en todo su valor caballeresco, con la aventurera osadía que le distinguiera ya otras veces. Trás treinta años de fatigas y combates el hazañoso Capitan tenia bien merecido el dictado de caballero sin tacha y sin miedo que le dieron sus contemporáneos y ha confirmado la posteridad. Francisco I.° nombró á Bayardo lugarteniente general del Delfinado, y le destinó á abrir el paso de los Alpes y del Piamonte. Aguardábale Próspero Colonna en los desfiladeros esperando sorprenderle, pero Bayardo se apoderó de él y le hizo prisionero en Carmañola. Cuya brillante expedicion fué como preludio de la célebre jornada de Mariñan en que sus altos hechos de armas decidieron la victoria. En Mariñan fué tambien donde Francisco I.° se hizo armar caballero por Bayardo. El Rey se habia batido bien y se juzgó digno de ser admitido en el gremio de la caballería. Despues que hizo formar á Bayardo, díjole: Bayardo, mi amigo, yo quiero que hoy me hagan caballero vuestras manos, porque el caballero que ha combatido á pie y á caballo, en muchas batallas, el primero siempre entre todos, es tenido y reputado por el mas digno. Responde Bayardo: Sir, el coronado, consagrado y ungido, rey de tan noble reino, caballero es sobre todos los demas caballeros. Sí dijo el Rey, despachad Bayardo. Tomó este entonces su espada, y dijo: Sir lo mismo valga como si fueran Rolando ú Oliveros, Godofredo ó su hermano Baldovinos. En verdad que vos sois el primer Príncipe á quien alguien hizo caballero, quiera Dios que en guerra nunca huyais. «Y luego levantando con su diestra la espada dijo en alta voz: Muy feliz eres ó mi espada en haber dado á tan virtuoso y encumbrado Monarca el órden de caballería. Por tal dicha, mi buena espada, seréis muy bien guardada como reliquia y entre todas distinguida...» Y en

seguida dió dos saltos y volvió la espada á la vaina.

La vida de Bayardo ofrece una circunstancia demasiado memorable para que la omitamos aquí, la cual hizo brillar con todo su esplendor su virtud tan franca y tan pura. No hay lugar en Francia en que no se haya contado lo siguiente. Estaba convaleciente en Grenoble, y un dia una mujer de mala vida le presentó una jóven llorosa. Bayardo, que no era un santo de altar, la mira y pregunta: como, mi dueño, no sabeis por qué estais aquí? la pobre muchacha se puso de rodillas y le dijo: Sí monseñor, me han dicho que hiciera lo que vos mandaseis, pero yo soy buena inocente y no hice jamás mal uso de mi cuerpo ni tenia intencion de hacerle sino me obligasen; pero somos tan pobres yo y mi madre que morimos de hambre; pluguiera á Dios que fuese yo muerta, que no seria yo al menos del número de las jóvenes desventuradas y deshonradas para siempre! Tales palabras enternecieron al caballero, que la respondió: Verdaderamente dueña mia, no seré yo tan malo que os quite vuestro buen deseo. Y tomándola por la mano, la cubrió con su capa y la llevó á una parienta suya para que la guardase. El dia siguiente hizo llamar á la madre, y alargándole un bolsillo con cuatrocientos escudos, ahí teneis (la dijo) con que casar á vuestra hija. La cual no perdió de vista hasta que la vió desposada con un jóven que la amaba.

Tal es el bello carácter de Bayardo. Murió en 30 de abril de 1524 en el paso del Sesia de un tiro de arcabuz que le partió los riñones. Jesus, Dios mio, exclamó, muerto soy! Viendo los españoles acercarse, anima su moribunda voz para mandar que les ataquen, y haciéndose colocar al pie de un árbol espira vueltos los ojos á la parte de los enemigos. Su país natal revindicó sus restos, los cuales fueron depositados en una iglesia de mínimos á un cuarto de legua de Grenoble, despues de haber sido honrados con exequias fúnebres cual no se hicieron jamás sino á príncipes de sangre real. El tiempo destruyó esta iglesia, y sus cenizas se tuvieron mucho tiempo per perdidas. Mas



Vista del castillo de Bayardo.

en los primeros dias de 1815, un labrador cavando por entre las ruinas que llenaban su campo descubrió la preciosa tumba, la cual fué con pompa trasladada á una capilla de la iglesia de S. Andrés, donde frente por frente de su estatua se conservan los despojos del glorioso caballero.

Que dirémos ahora del castillo de Bayardo? allí está erizado sobre una eminencia, desafiando la tempestad y la furia de los vientos de mediodía. Cada dia cae una piedra de sus murallas arruinadas; sus torres trepadas de saeteras y sus escaleras de caracol todo cae de vejez. Pero la masa es aun imponente, las paredes tienen seis anchos pies de espesor, las caballerizas que sostienen colunas de granito subsisten en el piso bajo : en frente de la fachada principal hay tres terraplenes el uno encima del otro apoyado en un glasis cubierto de césped. De los altos del edificio no queda sino el primero, donde se ve el guardaropa de Bayardo y el cuarto en que vió la luz del dia.

BIOGRAFIAS CONTEMPORANEAS.

Memoria biográfica del Sr. D. José Musso y Valiente, por D. Fermin de la Puente y Apecechea.

CONTINUACION (*).

Entre tanto sucedíanse con rapidez los acontecimientos en la Península: á la division, que desgraciadamente se exacerbó mas y mas en los ánimos, siguióse

(*) Véase la página 451.

el desconcierto. Pronunciáronse abiertamente hostiles las cortes extranjeras, invadieron las tropas francesas nuestro territorio, buscó nuestro gobierno asilo y defensa en la extremidad de Andalucía, y vencido en ella por las armas extranjeras y la desunion de sus sostenedores, verificóse la reaccion de 1823 en favor de los principios del gobierno absoluto.

Sujetadas en parte las pasiones por la presencia de la fuerza extranjera, volvió Musso á su casa á contemplar dolorosamente los restos de la recia borrasca que habia corrido, y en que estuvo á pique de perecer. Cual fuese entonces su conducta, forzoso es manifestarlo para gloria suya, y aviso y ejemplo de los que creen que son bastantes las persecuciones y las injusticias para disculpar el cambio de opinion en un hombre de bien. Yo por mí juzgo que es esta una de las páginas mas brillantes de su vida; por lo mismo no la ajaré, trazándola torpemente; dejaré á él la gloria de describirla. «En tal situacion ¿qué deberia yo hacer? La persecucion que acababa de sufrir me daba gran realce á los ojos de los que llevaban la voz, y sin dificultad podia aprovechar la ocasion de ocupar en mi país un lugar distinguido. Mas para ello era necesario que participase de la efervescencia general, que hiciese del absolutista, y aun del mogigato; que clamase noche y dia contra los novadores, y que lejos de perdonar á mis enemigos, me encarnizase hasta contra los sospechosos. Tal modo de proceder repugnaba ciertamente, no menos á mis principios que á mi carácter; porqué, ¿cómo obrar contra lo que yo mismo habia hecho y alabado, y contra lo que, en mi juicio, reducido á sus justos límites no solo no tenia nada de reprehensible, sino que tambien era lo mas conveniente á la nacion? Yo, á fe mia, no queria aparecer campeon de un órden de cosas que siempre me habia repugnado; y repugnaba todavia mas á mi conciencia ensañarme con persona alguna.» Mas como el no separarse de estas máximas pudiera haberle suscitado en su país nueva y recia persecucion, y por otra parte le llamasen poderosamente á la corte su inclinacion á la literatura y la educacion de sus hijos, trasladóse á ella con su familia.

Muerto en Madrid para la vida pública, solo vivia para la literaria, en la cual los hombres de todos los partidos le tributaban gran consideracion. Tradujo por entonces en verso una comedia de Terencio, escribió interesantes observaciones sobre algunas piezas de los teatros de Calderon, Lope de Vega y Cervantes, y sobre la famosa *Celestina*. Pero dedicado principalmente al estudio de su país, leyó y extractó el itinerario de La Borde y su viaje pintoresco; y por último le hizo muy profundo y detenido de la historia nacional, leyendo y formando extractos y apuntes sobre Mariana, Conde y casi todos nuestros cronistas é historiadores.

En esta época quiso acometer la empresa de escribir la historia de la guerra de la independencia; mas solicitando del gobierno que se le facilitasen los documentos que existian en los archivos y secretarías, le fué denegada su pretension por Calomarde, que dijo estar ya cometido aquel encargo á quien era bastante á desempeñarle. De esta suerte perdió Musso la ocasion de legar á su patria un monumento digno de su nombre; y si bien el señor conde de Toreno ha llenado posteriormente este vacío con una obra digna de sus talentos, y que acaso será su mas glorioso timbre en la posteridad, los que de cerca hayan examinado los eminentes dotes que reunia aquel para historiador, y de que son insigne muestra algunos trabajos que ha dejado, no nos culparán ciertamente de atrevidos si aseguramos que nada perdieran, y tal vez ganaran mucho, así la literatura, como la gloria nacional, en que en tan alto asunto hubieran luchado escritores dignos de ser rivales en este género.

Su dedicacion á otros ramos del saber no le distraia nunca del estudio profundo de la religion, que, como ya dijimos antes, tuvo siempre en principal lugar. Consta por sus apuntes que solamente de seguido leyó once veces el viejo Testamento, y el nuevo diez y ocho; pero lecturas como todas las suyas, meditadas, detenidas como de quien no trata de satisfacer la curiosidad, ó tomar una idea de lo que en un escrito se contiene, sino con la prolijidad y meditacion de quien se propone mandarle á la memoria, y esto confrontando textos y versiones, formando tablas cronológicas, añadiendo cuantas ilustraciones podian darle una acertada y piadosa inteligencia de los sagrados libros. He aquí para muestra de su verdadera y sólida piedad, lo que dice á este propósito: «¡Y cuán poco, ó Dios mio, cuán poco me he aprovechado de tu divina palabra! Dame, Señor, que enmiende lo pasado, dame que me recree y fortalezca con tus santas escrituras: sean mi pasto comun, y dándome tú, ó Dios mio, tu divina luz para entenderlas de la manera que las entiende tu Iglesia, haz que la meditacion de las eternas verdades produzca en mi corazon copiosos frutos de justicia, que aparezcan en todas mis obras, en toda mi conducta.»

No apaciguada con esto le ardiente sed de instruccion que le devoraba, abrazó tambien con igual ardor el estudio de las ciencias naturales. . . . . . .

. . . .

Al mismo tiempo, cundiendo por todas partes la noticia de su mérito, abríanle las puertas las academias, complaciéndose en recibir en su seno á quien tan copiosos frutos les prometia.

Entró primero en la de la Historia, á instancias del sabio obispo don José Sabau, y á ella concurrió constantemente, tomando parte en sus tareas. Trabó amistad con sus ilustres compañeros, y otros literatos distinguidos; entre los cuales no será fuera del caso nombrar á los señores don Juan Agustin Cean Bermudez, don Martin Fernandez de Navarrete, don Marcial Antonio Lopez, don Félix José Reinoso, don José Gomez Hermosilla, don Sebastian Miñano, y don José Gomez de la Cortina. Andando el tiempo, en virtud de una erudita disertacion que presentó á aquel cuerpo sobre ciertas inscripciones romanas de Lorca y Murcia, pasó á la clase de supernumerario.

Para su toma de posesion, leyó un excelente discurso, en que con la profundidad de conocimientos y elegancia de estilo que acostumbraba, demostró que «*nuestra nacion solo habia sido feliz cuando el gobierno habia reunido el vigor y la prudencia necesarios en el que manda.*» Trabajó despues en el encargo de arreglar el monetario, evacuó diferentes informes, presentó diversas inscripciones y antigüedades. Celoso de atraer á la corporacion miembros que pudieran auxiliarla en sus sabias tareas, proporcionó la entrada en clase de correspondiente al señor don Juan Roca, y en la de supernumerarios á los señores don Alberto

Lista, don Pedro Olive y don Serafin María de Sotto, conde de Clonard. Pero lo que inmortalizará su nombre en los anales de la Academia, es la ilustracion de la crónica del reinado de don Fernando IV, que se le encomendó; y sobre el cual, y especialmente sobre la regencia de su ilustre madre doña María la Grande, *princesa acaso la mas esclarecida que ha ocupado el* solio castellano, escribió diferentes disertaciones, que son cada una un tesoro inapreciable. Trabajo acaso el mas importante que salió de su pluma, porque mas que ningun otro demuestra al razonador profundo, al narrador fácil y elegante, y da á conocer cuanto ha perdido la literatura nacional con hombre que tanto hubiera podido realzarla. Materiales eran estos preparatorios para la historia de la vida de aquella insigne heroina, á quien parecia llamado á vengar del agravio de los siglos y de la ingratitud de su nacion. Mas á estas y otras grandes empresas, de que luego darémos cuenta, cortó el hilo la muerte, quedando hoy de algunas, al que de ellas recibió la dulce y honrosa confianza, tan solo el pesar de verlas desiertas, estériles, perdidas tal vez para siempre: nuevo motivo de dolor á los que por tantos títulos cuesta tan irreparable pérdida. Mas volviendo á aquellos trabajos, sea de consuelo á los apreciadores de nuestro padre, que entendemos que la Academia se propone publicarlos en el tomo primero que vea la luz, de sus interesantes Memorias: si tal no fuese, no quedarian ciertamente ocultas; pues así estas, como otras obras suyas, cuidarémos de dar al público su hermano y sus hijos, tan celosos de la gloria, del que, ó por la naturaleza, ó por vínculos no menos dulces, llamamos padre y hermano, como creidos de que en ello hacemos un servicio importante á las letras y á la historia de nuestra patria. Entre tanto, y para concluir este asunto, no dejarémos de apuntar que la Academia, despues de haberle oido leer algunas de estas disertaciones, le nombró su individuo de número, y le confió su secretaría, cuyo cargo estaba desempeñado cuando falleció. Tambien á mediados de 1827 le abrió sus puertas la Academia Española, á propuesta de los señores don Martin Fernandez de Navarrete y don Tomas Gonzalez Carvajal; y fué admitido en la clase de honorario, leyendo en la toma de posesion un discurso *sobre la influencia del carácter de las naciones en la formacion de las lenguas, y de estas en los que las hablan.* Meses despues ascendió á supernumerario, y á mediados de 30, á individuo del número. En ella, trabajando con el celo que acostumbraba, coadyuvó á la rectificacion del Diccionario en que continuamente se ocupa aquel sabio cuerpo; tuvo á su cargo la correccion de todos los artículos pertenecientes á ciencias naturales, y entre otras comisiones en que tomó parte, pertenecia á la de formacion de una gramática de la lengua. Con cuanto ardor trabajase en servicio de la corporacion, díganlo sus dignos compañeros, que creemos le conocerian pocos iguales en conocimientos, ninguno superior en el deseo de promover el esplendor y la gloria de la Academia. Todos aquellos le eran especiales amigos; mas entre ellos sea lícito citar á los señores marqués de Santa Cruz, don Félix Torres Amat, obispo de Astorga, don Eusebio del Valle, don Juan Nicasio Gallego, don Manuel José Quintana, don Eugenio de Tapia.—Ni se contentaba con acudir solo con sus afanes al esplendor de la corporacion; antes bien se gloriaba de haber hecho tomar parte en la empresa, y propuesto para académicos, á los señores don Alberto Lista, don José de la Revilla, don Mariano Roca de Togores y don Ramon Mesonero Romanos; queriendo que los que le estaban unidos por los vínculos mas estrechos de la amistad, tuviesen tambien con él esta fraternidad de *estudios y de tareas.*

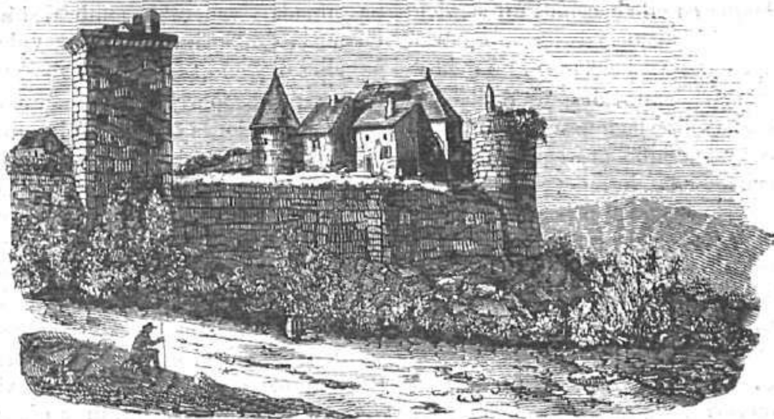
Pero permítaseme que con la relacion de su vida literaria en Madrid, en los años desde el 24 al 30, enlace un hecho que coincidió con ella, y que si tendrá menos interés para los lectores, conmueve profundamente mi corazon. Hablo de la circunstancia que me proporcionó volverle á ver, y que de tal manera unió en adelante nuestra suerte, é influyó tan notablemente en la de mi vida. Antes debo decir, en justo elogio de sus virtudes sociales, que fué siempre fiel y buen amigo de mi buena madre en su viudez, y que no volvió, como hicieron otros, las espaldas, ni á ella ni á los hijos de su amigo, cuando pensaron, erradamente por fortuna, que ya solo de peso podian servirle las relaciones con quienes creian desvalidos. Prueba de lo contrario fué (entre otras que no por callarlas aquí están menos grabadas en mi corazon y en mi memoria) el anhelo con que me buscó en cuanto una casualidad le descubrió que me hallaba recibiendo mi educacion, en clase de seminarista, en el colegio de Escuelas Pias de San Antonio Abad. Abrazóme con la ternura de un padre, y yo, en cuya memoria se unia el recuerdo de su nombre y el de su familia con las primeras y mas agradables impresiones de mi infancia, me lancé en sus brazos con la confianza que me inspiraba cuanto de él recordaba, cuanto habia oido á los mios. Perdona, amada y venerable sombra, si no puedo traer á la *memoria sin lágrimas de amor y de reconocimiento*, aquellos dias en que te arrancabas, no ya á las distracciones que proporciona la corte, sino á las graves y útiles ocupaciones que embebian tu atencion, para visitarme en el colegio, examinar mis adelantamientos, alentarme en mis tímidos ensayos, dirigirme con tus consejos, aficionarme al estudio, premiarme colmadísimamente con una palabra de aprobacion, con un elogio de los que era tan pródigo en dispensarme tu afecto casi paternal para mí. Tú solo, tú el primero, cuando apenas contaba catorce años, viste entre la insubstancialidad propia de ellos una razon á quien no te avergonzabas de dirigir tus reflexiones, un corazon digno de tu confianza...... un amigo: fuílo ciertamente tuyo desde aquella edad, con la verdad, con el entusiasmo, con que en la juventud se reciben estas impresiones, con el respeto de un hijo, que ya desde entonces me complacia en anticiparte, aun ignorante del porvenir. Tuyos son los progresos que entonces pude hacer, las esperanzas que dí, y que los cuidados y la desgracia han marchitado despues en flor; y no negaré que tu ejemplo me ha preservado de muchos riesgos en el mundo, me ha enseñado muchos deberes. Ni el tiempo, ni la distancia, han entibiado nunca la vehemencia de mi cariño: mias han sido todas tus penas, todas han caido gota á gota sobre mí, y la injusticia y la ingratitud de los hombres, cuando te asestaba sus tiros, tanto, ó á veces mas que el tuyo, despedazaba mi corazon.—Pero tiempo es ya de que dominando estos afectos, aparte de mí la vista para fijarla en el hermoso cuadro de tu vida, que tan torpemente voy bosquejando á mis lectores.

Preparábanse en el año de 1828 exámenes públicos en mi colegio, y habíalos yo de sufrir, entre otros ramos, de humanidades, á las cuales tenia particular inclinacion; y para que en ellos me mostrase con mis compañeros entendido en la ópera considerada en la parte poética, nuevo género de poesía dramática, de que ó nada, ó muy poco hablan los escritores didácticos, principió á escribir un tratadito, que mereció los mayores elogios de cuantos le vieron; mas sobreviniéndome una enfermedad agudísima, que me puso á las puertas del sepulcro, no pudo servir para el objeto á que le destinaba. Suspendióle por lo mismo, deseoso de hacer en él mayores explicaciones; mas como despues nunca tuviese ocio y tranquilidad para este género de trabajos, quedó sin concluir. Lástima grande, porque no conocemos quien reuna igual suma de conocimientos para la empresa, como que á los eminentes que poseia en literatura, los añadia muy profundos, y un gusto muy delicado en la música, que habia cultivado siempre con afan, ya como arte, ya como ciencia, llegando á ser, no solo hábil pianista, sino mas que mediano compositor. Por lo mismo se extasiaba con las óperas, sin que sea dable concebir hasta que punto obraba el encanto de la música sobre su organizacion, sino á ciertas almas privilegiadas, que podrán así mismo mas bien sentirlo, que explicarlo.

(Se continuará.)

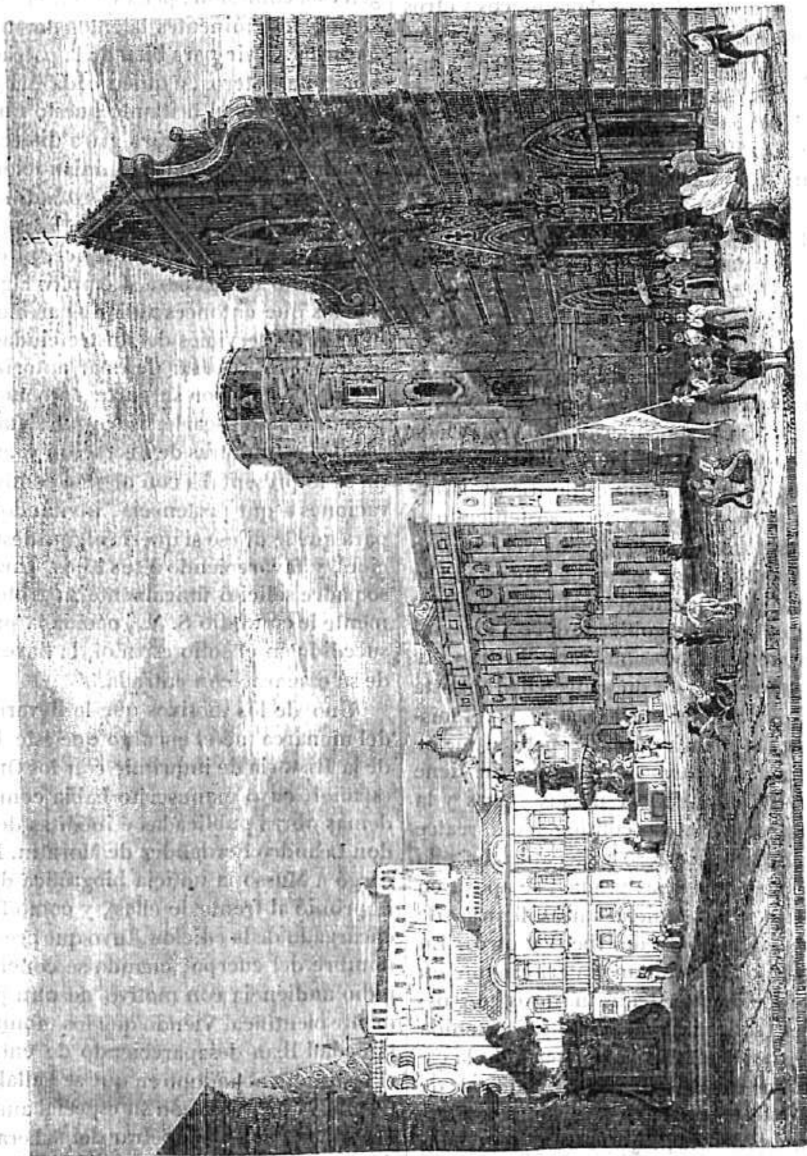
EL CASTILLO DE COUCHES.

El orígen de Couches, pequeña aldea del departamento de Saona y Loira, á pocas leguas de Autun, asciende á mucha antigüedad, y segun Anville, la poblacion ocupa el mismo sitio en que Silio derrotó á Sacrovir en el año 21 de la era cristiana. Poco hay que decir del castillo de Couches; y cuantos viajeros van de París á Lion ya habrán notado sus bellas ruinas, nobles restos de los tiempos feudales, que aparecen con toda la grandiosidad de las fábricas antiguas. Aquel castillo era ya célebre en el siglo XII, entonces que los comunes comenzaban á rebelarse contra sus señores; y mas de una vez sus ennegrecidas torres viéronse sitiadas por una muchedumbre furiosa, que convirtiendo en armas sus instrumentos de labranza, acudia para obtener algunas concesiones. Por esto aquellas ruinas majestuosas hieren tan vivamente la imaginacion, recordando las costumbres de otros tiempos.



Castillo de Couches.

SICILIA. —MESINA.



Catedral y plaza del *Duomo* en Mesina.

CATEDRAL DE MESINA.

La catedral de Mesina adorna con su gótica portada la plaza *del Duomo*, una de las principales de Palermo, y acaso la mas digna de verse no obstante la irregularidad de su forma; pero los monumentos que la circunscriben le dan un aspecto vario é indican con sus diferentes estilos el gusto peculiar de los siglos en que se edificó. En la elevacion de la fachada de la iglesia vese la disposicion general de los monumentos sarracenos. Compónese de una masa dividida en varias zonas por medio de fajas de mosaicos y otros dibujos de diferentes colores. Estas divisiones regulares y horizontales parécense á las fajas de ladrillos que se ven en los edificios romanos. Vense tres puertas de órden gótico muy antiguo que por su particular carácter parecen sobreañadidas al mas simple órden arquitectónico. La principal está sobrecargada de adornos y de complicadas ojivas, junto con nichos primorosamente tallados que contienen efigies de Santos y de Apóstoles. Semejante mescolanza de estilos, junto con el descubrimiento de varias medallas del reinado de Justiniano hecho hace poco en los cimientos, dió á sospechar que la fecha de este edificio ascendia al reinado de dicho emperador. Sin embargo, se sabe de cierto haber sido edificado por el conde Rogerio, y consagrado en 1197. La parte superior de la portada fué casi del todo destruida por el terremoto de 1753; pero se reedificó casi por el mismo estilo. La gran torre que se elevaba al lado de la portada sosteniendo el campanario fué desmoronada por la caida del esquilon y de la piramide que tenia encima; y en este estado ha permanecido. Cerca de la catedral levántase el palacio de la Justicia edificado bajo el gobierno del rey Fernando, á quien tan reconocida debe mostrarse Sicilia y cuya memoria llora aun como de un padre cuya augusta bondad y beneficios recordará eternamente En el mismo edificio se halla la banca pública; pero el mejor adorno de la plaza *del Duomo* es la fuente que tiene casi en su centro. La abundancia de sus aguas y la blancura de los mármoles que las contienen dan realce al mérito de un trabajo hermoso y elegante. La pila mayor á la que se sube por varias gradas, se apoya en pedestales en que se ven tendidas varias figuras de rios como del Nilo, del Tíber, del Ibero y otros. En medio del receptáculo se levantan inferiormente en forma de pirámide varios monstruos marinos que sostienen una concha, sobre la cual hay otra sostenida por cuatro ninfas. Casi fronteriza á la puerta de la catedral levántase sobre un basamento y pedestal de mármol blanco la estatua ecuestre de bronce que representa á D. Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V. Los bajo-relieves que adornan la base hacen referencia á los sucesos de la batalla de Lepanto; pero el total de ese monumento es de mal dibujo y pésima ejecucion. Finalmente, por encima de los edificios que hay en el fondo de la plaza asoman las altas construcciones que forman el castillo de Mattagriffone, que tantas veces se disputaron Sarracenos, Normandos y Sicilianos, el cual sirve hoy de asilo á aquellos religiosos cuyos conventos arruinó el terremoto.

BIOGRAFIAS CONTEMPORANEAS.

Memoria biográfica del Sr. D. José Musso y Valiente, por D. Fermin de la Puente y Apecechea.

CONCLUSION (*).

Entre tanto, mas calmadas ya las pasiones, caminábamos todos al olvido de lo pasado, y la nacion á salir del estado de postracion á que la habian llevado tantas desgracias. Hubo entonces, la justicia y la gratitud exigen esta confesion, personas en el gobierno, que conociendo los eminentes talentos de Musso, pensaron en hacerlos servir para bien de la patria. El señor D. Luís Lopez Ballesteros, á quien cada dia coloca mas y mas la opinion en el brillante puesto que de justicia se le debe, intentó nombrarle para diferentes destinos, que tenian relacion con la administracion, y aun para uno de ellos consiguió que se le extendiese el despacho, todo sin la mas mínima gestion, ni aun noticia de parte del agraciado, que ni de aquel, ni de ningun gobierno solicitó nunca para sí empleo alguno. Mas no á todos los que entonces valian, pareció bien que se premiasen los servicios del ilustre ciudadano; y se retuvo el despacho, á pesar de estar autorizado con la firma del rey. Este, por su parte, reconocia el mérito que procuraban ofuscarle: así es que siempre lo recibió con señaladas muestras de distincion y benevolencia, cuando se le presentaba con alguna comision de las corporaciones á que pertenecia, invitándole repetidas veces para que le dijese si queria algun destino ó condecoracion, y favoreciendo á sus hijos, para quien el virtuoso padre solicitó únicamente su proteccion. Posteriormente le concedió S. M., nacida la princesa que le ha sucedido en el solio español, la llave de gentilhombre de su cámara, con entrada.

Uno de los motivos que le llevaron á la presencia del monarca fué el encargo que este dió á la Academia de la Historia de imprimir con los Orígenes del teatro español, cuyo manuscrito habia comprado, todas las demas obras publicadas é inéditas del célebre literato don Leandro Fernandez de Moratin. La Academia encargó á Musso la noticia biográfica del Autor, que se imprimió al frente de ellas, y como fuese el principal encargado de la edicion, tuvo que presentarla al Rey, á nombre del cuerpo, cuando se concluyó. Tambien le pidió audiencia con motivo de otra pretension puramente científica. Viendo que los monumentos de la antigüedad iban desapareciendo de entre nosotros, por el lastimoso abandono en que se hallaban, y se encuentran hoy, proyectó con su especial amigo don José Gomez de la Cortina impetrar del soberano la formacion de un museo, donde se recogiesen los unos, y se cuidase de la conservacion y seguridad de los que no era posible trasladar á la Corte. Mas aunque la idea fué oportunamente recomendada, y mereció favorable informe á la academia de la Historia, no tuvo la suerte de ser aceptada, y solo merecieron sus autores que se elogiase su celo, dejándose su ejecucion para mas adelante.

Abrióse en aquella sazon la Academia Latina, y como donde quiera que se cultivase el saber, no podia

(*) Véase las páginas 451 y 461

faltar el nombre de Musso, aparece en los anales de aquella desde su creacion. Coadyuvó á que se le diese mas extension, abrazando el estudio de la lengua griega, y desde entonces tomó el título de Greco-latina; y para el dia de su instalacion compuso un discursito en griego, que mandó traducir al latin y castellano la corporacion.

Ni solo fueron las ya dichas las que se gloriaban de contarle en su seno, y de verle asociado á sus sabias tareas. Con ellas podian contar cuantas promoviesen la ilustracion ó la felicidad pública. Así es que sucesivamente y en diferentes épocas, le enviaron sus títulos las sociedades económicas de Valencia, de Murcia y de Jerez de la Frontera, y aun la segunda le nombró su director.

Hallándose la corte en el Escorial, pasó con su hermano á visitar aquel soberbio monumento, gloria de las artes en España. Arrebatóle su contemplacion, sin que hiciese en todo el dia, mientras allí permaneció, mas que meditar, admirar, escribir. Consérvanse por fortuna sus apuntes, llenos de interés y ricos de observaciones artísticas.

Porque no con menor entusiasmo, antes con tierna predileccion, miró siempre el estudio de las artes, que especialmente en esta época cultivó con singular ardor. Así es que introducida la litografía en España por el pintor de cámara don José de Madrazo, como despues de felices ensayos, acometiese la grandiosa empresa de publicar litografiada la soberbia coleccion de cuadros del Museo, los cuales habian de aparecer con textos, se encomendó la formacion de ellos á don Juan Agustin Cean Bermudez, á quien ciertamente nadie podia disputar en España la palma en este género de conocimientos. Mas como enfermase el venerable anciano al llegar al cuaderno XII, él mismo designó como el mas capaz de sustituirle en el encargo á su amigo Musso. Hízose este cargo de la obra interinamente al pronto, y despues que la nacion y las artes perdieron á aquel virtuoso y sabio español, quedó definitivamente á su cuidado la comision. Como la desempeñase, mejor que nosotros lo atestiguan las páginas impresas que acompañan á las estampas. Cuanto podrian dictar el juicio mas severo, el gusto mas exquisito, concebido por la imaginacion mas rica y fecunda, y revestido de los encantos de una diccion castiza, á veces grave, ligera á veces, picante algunas, y fácil siempre y elegante, y conveniente al asunto, está seguro de hallarlo el lector en los artículos en que aparece su firma. A ellos debió entonces, cuando no otras ventajas, la amistad de su distinguido editor el señor de Madrazo, con quien la conservó sin interrupcion hasta la muerte, y el aprecio y consideracion de muchos, que ni aun de nombre le conocian: uno de ellos fué el comisario general de cruzada don Manuel Fernandez Varela, espléndido protector de las artes, y apreciador del mérito, el cual como fuese entonces vice protector de la academia de San Fernando, quiso que entrase en ella Musso, siendo en efecto admitido en clase de honorario en 1830.

Alcanzó tambien al museo del Prado aquella breve y desaparecida aurora de tranquilidad. Era á la sazon su director el excelentísimo señor duque de Hijar, y en clase de artistas, de la pintura don Vicente Lopez, y de la escultura don José Alvarez. A estos últimos debió Musso íntima amistad, aunque con varia suerte; pues mientras derramó sentidas lágrimas sobre la muerte prematura de Alvarez, arrebatado en la flor de su edad á la gloria de las artes en su país, Lopez estaba destinado á pagar aquella deuda de amistad sobre el sepulcro de nuestro padre, y lo ha hecho de suerte que á pocos hemos visto hacer iguales demostraciones en su sensible pérdida: séanle estas líneas monumento de nuestra eterna gratitud. En cuanto al señor duque, encomendó á Musso la formacion de los catálogos de los cuadros que hay en el establecimiento pertenecientes á las escuelas flamenca y holandesa, los de la sala reservada y de la de escultura. Hízolos acompañado de su amigo don José de Madrazo, con indicaciones de su mérito respectivo, y de la vida de sus autores; mas todavía permanecen inéditos sus trabajos, si bien sabemos que en la edicion que se prepara del catálogo general, se incluirá el primero, no haciéndose otro tanto con los dos últimos, por la variacion que desde entonces han recibido dichos departamentos.

Mas estas tareas, y cuantas llevamos referidas, si le entretenian agradablemente, y le procuraban con el aprecio universal no pequeña parte de gloria, ninguna utilidad ó indemnizacion en sus intereses le producian: por lo mismo mediado el año de 1830, como ya sosegados los ánimos, pudiese restituirse sin dificultad á su casa, habiendo habido en su familia arreglos domésticos que lo aconsejaban, y educados ya sus hijos mayores, regresó á Lorca con su familia, llevando á su modesto asilo un tesoro de conocimientos adquiridos en Madrid, y multitud de encargos y comisiones de los cuerpos literarios á que pertenecia. Tres años y medio permaneció allí arreglando sus intereses, y dedicado á completar la educacion de sus hijos; para ella escribió tratados elementales de diferentes ciencias, que publicados, no serán acaso los que menos bien hagan á la instruccion pública de su patria. El tiempo que estas ocupaciones, alguna enfermedad que le sobrevino, y penas bien agudas que no dejaron de hallar el camino de su corazon en aquel retiro, le dejaban libre, lo consagraba siempre al estudio, ocupacion favorita de su vida. Entonces tradujo primeramente en prosa, y despues en verso, y con variedad de metros, el *Ayax* de Sófocles, ilustrándole y comentándole con varios géneros de notas. Siento sobre manera no tener á la vista, como hasta aquí, datos positivos de donde sacar la noticia circunstanciada de todo lo que entonces escribió; pero discúrralo el lector cuando considere que ya las academias, ya sus muchos amigos, le daban frecuentemente encargos literarios, que él no rehusó nunca, antes bien los satisfacia siempre con usuras. Acuérdome, por ejemplo, que con ocasion de haberse publicado el Sistema musical de la lengua castellana de don Sinibaldo de Mas y de Sanz, le envié yo un ejemplar, preguntándole, en la estrecha y no interrumpida correspondencia que seguíamos, su parecer sobre aquella sino exacta, al menos ingeniosa teoría.

Contestóme mas bien que en una carta, en una memoria, dándome ocasion de admirar la detencion y escrupulosidad con que examinaba cuanto caia en sus manos; y esto no por vanagloria, porque al hacerlo no escribia para el público; sino para darse cuenta á sí mismo, y sacar ó de un libro ó de los sucesos, toda la enseñanza que era posible obtener: deseaba tenerlo todo vivo, todo á su alcance: desconfiaba de su prodi-

giosa memoria, y no queria que ni el tiempo ni el olvido marchitasen nunca sus goces, amortiguasen sus penas, le quitasen de la vista la menor de sus acciones. Pero de esto la mas brillante demostracion es el diario exactísimo que llevó durante una porcion de años, de todos los acontecimientos de su vida. Y no fué solamente la consideracion arriba dicha la que le movió á emprender este trabajo. « Otra utilidad, dice él mismo en sus apuntes, y no pequeña, me acarrea esta costumbre: la de poner uno mas cuidado en lo que ve, oye ó lee, por el que tiene de apuntarlo, y acostumbrarse así á fijar la atencion, y ser mas mirado en sus propias acciones, supuesto que luego las ha de poner por escrito.» De esta suerte este hombre verdaderamente piadoso dirigia sus estudios y todas las acciones de su vida á la mejora de sí mismo, y á la par que ilustraba su entendimiento, cultivaba su corazon y purificaba su alma. Cuanto hacia, cuanto veia, cuanto oia, cuanto leia, todo consta en el diario; en él se halla su corazon todo entero; pues respirando en la soledad de la sujecion que imponen en la sociedad la caridad, la prudencia y la tolerancia, ya se desahogaba en sentidas quejas por sus desgracias, y por los pesares que habian emponzoñado su existencia, ya prorumpia en lastimeros ayes por las prendas que le habia arrebatado la muerte. Empezóle el año de 27, y le continuó sin interrupcion hasta la víspera del dia en que contrajo la enfermedad que nos le arrebató para siempre. Tesoro inapreciable, cuyo valor solo puede conocer quien haya recorrido sus ignoradas páginas; precioso legado de dolor y de ternura; que á mis ruegos se libertó del fallo de ser reducido á cenizas, á que le habia condenado; que repetidas veces me ofreció para despues de su vida, cuya dolorosa posesion debo hoy á su voluntad repetida en sus últimos dias, y que por lo mismo encierra para mí tantos motivos de amor, de admiracion y de lágrimas.

Mas anudando el hilo de su vida, veámosle herido de una desgracia no nueva ciertamente para él, que ya la habia llorado semejante, pero de aquellas en que siempre lo parece el dolor. ¡Tanto vale la vida de una madre! ¡tan cruel, tan terrible debe ser el momento de perderla! especialmente cuando no solo le es un hijo deudor de la vida, sino de aquella tierna solicitud, de aquel desvelo, que nos la da tantas y tantas veces en nuestra infancia, cuando en su regazo, de sus labios, entre besos, aprendemos las primeras ideas de la religion, las primeras emociones del corazon, el albor de la razon, nuestra educacion primera. Y si despues, además del respeto, nos es dado tributarle nuestras mas dulces confianzas, si le somos deudores de la felicidad, si en la adversa suerte hemos ahogado nuestras penas en su corazon (que todas caben en el de una madre) ¿qué será del que súbitamente se ve solo en el mundo, sin aquel abrigo, sin aquel retiro, cuyo solo recuerdo, embalsamando el alma, parece que suspende y embota todos los dolores? ¡Oh! ¡no permita el cielo que pues me ha sido dado tan colmadamente este bien, sufra la terrible prueba de perderle! ¡no, no conozcan mis ojos estas lágrimas, ya que tantas y tan amargas les ha cabido en suerte derramar! — No las evitaron por cierto Musso ni su hermano cuando en 31 de marzo de 1833 vieron desaparecer á su virtuosa y respetable madre la señora doña Joaquina Perez Valiente. En vano la vieron llegar robusta y vigorosa á venerable ancianidad, y despues como en sueño plácido adormecerse en brazos de la muerte, entrecortando su silencio en los labios de la virtuosa señora el himno con que la Iglesia llama tres veces Santo al Autor de la vida, como si este hubiese dispuesto que volara á terminarle en su seno: para sus hijos todo fué en aquellos momentos desolacion, gemidos, recuerdos del bien perdido; por único consuelo la piadosa esperanza de recobrarle. Acudía confusa y apesadumbrada la multitud á contemplar los restos de la que admiraron y veneraron en vida: aclamaban su virtud, sus superiores talentos, su sólida y no comun instruccion; y hoy, despues de algunos años, si los suyos no podrán leer estas líneas sin derramar una lágrima á su memoria, para respetarla nosotros basta recordar de qué hijo fué madre, y que dándole la primera educacion, y dirigiéndola en lo sucesivo, le somos en gran parte deudores de las virtudes y de los talentos del que lloramos.

Apenas vuelto en sí de tan crudo golpe, hubo de venir á Madrid en el año de 1834. Ocupaba ya el solio español nuestra inocente reina, y llevaba su madre las riendas del estado. Formaba entonces su consejo el ministerio Cea, y de él hacia parte, teniendo á su cargo el de fomento, de reciente institucion, don Javier de Burgos, á quien la opinion general designaba justamente como el mas á propósito para plantear en España un sistema acertado de administracion. Para verificarlo, instituyó las subdelegaciones de fomento, y entre los nombramientos primeros que hizo de los que las habian de desempeñar, apareció confiada á Musso la de su provincia. Ciertamente el ministro, que habia tenido ocasion de tratarle en Madrid, solo halló en adelante motivos de aplaudirse por la eleccion. No vamos á trazar una historia detenida del gobierno de nuestro padre en Murcia: algun dia verán la luz pública la noticia de sus trabajos, de sus afanes en favor de su provincia, que no por no haber sido todos coronados del éxito que pretendia, son menos gloriosos para el que los concibió. Pero si alguna idea quieren formar nuestros lectores, hablará Cartagena, pacificada á su voz, de su espíritu conciliador; Lorca, de su energía para restablecer en ella la administracion de justicia; la capital, de su serenidad y valor cívico en la horrorosa inundacion que sufrió, y estuvo á punto de arrancar su puente; de su arojo para arrostrar los peligros, y del tacto para dirigir y enfrenar las pasiones del pueblo, la memorable noche de 3 de mayo de 1835, en que concitado aquel contra el intendente primero y despues contra el obispo, presentóse solo el gobernador civil en medio de los grupos, sin mas escolta que su firmeza y el aprecio público, habló al pueblo, cambió en risas los tiros y gritos amenazadores, disipó el tumulto, salvó las vidas de los acometidos, hízolos por último salir de la ciudad completamente seguros: por último, en todas sus comunicaciones al gobierno, pueden verse su actividad, su celo, la extension de sus miras, la superioridad de sus conocimientos. Bien lo conocia el gobierno; y así, como los procuradores por Sevilla solicitasen de él con instancia que enviase á gobernar aquella hermosa y envidiable provincia un jefe administrativo capaz de desenvolver sus inmensos recursos, y digno por sus cualidades personales de puesto mas alto todavía por las circunstancias particulares de aquellos pueblos, que por la

categoría del destino, los ánimos y la vista de todos se volvieron á Musso: «Yo prometo á VV.,» contestó el ministro, «el mejor gobernador civil que hay en España,» calificacion que nosotros, porque nada está mas lejos de nuestro ánimo que rebajar ni aun indirectamente el mérito de nadie, no nos empeñarémos en sostener; pero que no podemos menos de citar como insigne testimonio del alto concepto que habia sabido grangearse el que tan modesto le tenia de sí propio. Pero si mi pluma ha corrido rápidamente al referir esta época, no pasó así para él, que en ella hubo de lamentar la mayor desgracia que habia de llorar en su vida. Invadió el cólera la capital del reino de Murcia, y la experiencia puede recordarnos cuanto susto, cuanta zozobra traia consigo su aparicion, cuanta desolacion, cuanto llanto dejaba al pasar la funesta constelacion. Porque ¿quién no tiene que derramar lágrimas por ella? Eternas las arrancó de mí arrebatando de mis brazos en mi abuelo materno, el señor don Fermin Antonio de Apecechea, al que me ha sido padre amantísimo y bienhechor; ni es posible que al repasar en mi memoria aquella época y el 17 de junio de 1834, deje de consagrarle un recuerdo. No fueron menos amargas y merecidas las de Musso, que dos dias despues, en el espacio de diez horas, vió desaparecer de su lado á su virtuosa mujer, primero y único objeto de su amor en el mundo, que por él solo y para él vivia, y que despues de haber hermoseado su juventud, é inspirádole sus mas brillantes sueños de gloria y de felicidad, con él habia dividido las penas y los afanes de la vida.— No trataré yo de bosquejar su retrato; recuerde el lector lo que de ella dijimos al principio de este escrito: preciso es haberla conocido, para saberla llorar. Madre virtuosa, esposa ternísima, á quien debió con el ser sus encantos y sus virtudes la que tanto te semejaba, y de quien me era dado prometerme toda mi felicidad sobre la tierra, ¡cuántas veces echaba de menos tu presencia para que bendijeras mis esperanzas, y sancionases mis dichas con tu aprobacion! Pero ¡cuán feliz te considero ahora, que ni lloraste sobre el sepulcro de tu hija, ni sentiste el abandono y el dolor y la desesperacion que causó tu pérdida en el corazon de tu esposo! Cayó ciertamente en un frenesí, humillada, embotada, perdida en el primer momento, no ya la fuerza de la razon, sino la voz misma de la religion, á la violencia del dolor. Mas no podia permanecer sordo á esta, quien tan hondamente la llevaba en el corazon: derribado ante tus plantas te ofreció, Señor, tan inmenso sacrificio; oró por la que amaba, y lloró entonces porque tú bendices las lágrimas cuando se derraman en tu seno; y lloró siempre, porque tales desgracias secan el corazon, y solo dejan vida para llorar. Seis hijos, que entonces empezaban á llamarse huérfanos, participando de su pérdida, le añadian nueva amargura. ¡Felices entonces, que almenos podian llorarla en el seno de tal padre! Ellos le atraian á la vida, y ellos solos pudieron volver algun sentimiento de dulzura á su corazon; mas como si la suerte se complaciese en llevar al extremo sus rigores para con él, cuando herido de tanta desgracia, y acometido de la enfermedad, se hallaba postrado en cama en la villa misma de Mula, muertos, enfermos, ó dispersos todos los oficiales del gobierno civil, estallaron en la provincia trastornos de consideracion. En tan terrible situacion, ni el peligro, ni la enfermedad, ni el dolor pudieron distraerle de sus deberes: una de sus hijas le llevaba la pluma: dictó las providencias oportunas, y ocurriendo al daño con la firmeza conveniente, restituyó la tranquilidad á los pueblos

Llamado, como dijimos arriba, á gobernar los de la provincia de Sevilla, desembarcó con sus tres hijos menores en la capital el primero de julio de 1835.

. . . .

Acompañaron á Musso á Sevilla sus tres hijos menores, como ya dejamos dicho: la mayor de ellos, doña Ana, prodigio de virtud, de gracia, de hermosura, así como se conciliaba el aprecio y la admiracion de cuantos la veian, no podia menos de excitar con mas viveza aquellos sentimientos en el corazon del amigo de su infancia. Despertaba su vista en él y en mi memoria los mas dulces y melancólicos recuerdos de mi vida; fortalecíalos el apego que á los suyos me unia, esforzábalos el encanto de su belleza, y cuando á tantos y tan poderosos atractivos pudiera resistir mi cariño, sobraran para conquistarle la dulzura de su condicion, la viveza de su talento, su modestia, su candor....., la pureza y hermosura de su alma. A ella y á sus hermanitos habia recibido mi madre en su casa, como á hijos, cuando hubo de salir oculto de Sevilla su padre, y la ocasion de observarla mas de cerca acabó de vencer mi indecision. Hícele la confesion de mi ternura, y recibí de ella la tímida esperanza de no haberla ofendido, que despues, consultada la voluntad de su padre, se convirtió en mas segura aprobacion. Con cuanto gusto de ambas familias, considérelo quien haya visto los lazos que nos unian. Todo quedó de entonces concertado; y mediante su corta edad (diez y seis años tenia á la sazon), creyóse que convendria á los arreglos de ambas familias prorogar para dentro de cierto tiempo el término de mi felicidad. Así la ví arrancar de mi lado para transportarla á Lorca, donde debia reunirse con su padre, quedándome por único bien una esperanza tan firme como puede caber en pecho humano, y la seguridad de haber hecho cuanto de mí exigia la razon, para comprar á costa de sacrificios nuestra felicidad. Oh! ¡cuántos sueños de oro llenaban mi imaginacion entonces! Porque sueños eran los que en vez de realizarse algun dia, solo habian de vivir en mi memoria para atormentarme como funestos ensueños, ó espantosos delirios. ¡Era cierto, ó Dios mio, que no la habia ya de volver á ver!

A pocos meses vino á Madrid á reunirse con su padre; floreciente en belleza, en robustez, objeto de envidia, de admiracion y de aplauso. Pero en tanta lozanía atacóle el pecho una enfermedad cruel, que devoró su frescura y su vida. Ignorélo al principio, súpelo despues, cuando los facultativos dijeron que le podia convenir el temperamento mas dulce de Valencia; pero ignoraba siempre el riesgo en que se hallaba. Finalmente, venciendo los obstáculos que brotaban á mis pies, volé á Valencia á verla, á ofrecerle mi fe, á no abandonarla mas..... y encontré un sepulcro, y lágrimas y tormentos, que no saldrán ya nunca de mi corazon.—Tres dias antes de mi llegada habia expirado: el mismo en que desembarqué, cubrió sus restos la tierra para siempre. ¡Para siempre! Ay! los que amen, que respeten mi desgracia y me concedan una lágrima: yo no desvaneceré, ni desahogaré mi dolor publicándole..... soy avaro de él, porque es el único bien que me queda sobre la tierra.—Mucho tiempo

pasó sin que acudiese una lágrima á mis ojos, ni una idea de ternura á mi corazon. Cuando el acento de la amistad y los piadosos esfuerzos de la virtud desgraciada me hicieron volver en mí, una voz poderosa gritaba dentro de mi pecho, que necesitaba desahogar mi pena en el seno del padre de mi amada: este, por su parte, tambien llamaba á sus brazos á su hijo: porque *padre* é *hijo* fueron desde entonces los nombres que nos dictaba el corazon, y que se hallaban siempre en nuestros labios. Acompañando, pues, á la hermana de la que me habia arrebatado la muerte, y que mas que hermana le habia sido madre ternísima, atropellé los riesgos del camino, llegamos á Madrid, nos precipitamos en brazos de nuestro padre. ¡Cuán distante, buen Dios, me hallaba yo de imaginar los tristes deberes que venia á llenar á su lado! Pero tu Providencia que me habia separado de la hija, que no permitió nunca que cuando en su delirio me llamaba y dirigia la palabra, pudiese contestarle con una mirada de amor, con una palabra de ternura, quiso que apurase gota á gota el cáliz en la enfermedad del padre, que de mí recibiese consuelos, y yo de su virtud, sublime mas que nunca en tan doloroso trance, ejemplos y admiracion!

Pero no precipitemos los sucesos, por mas que la idea de la proximidad de estos acontecimientos, y las sensaciones que en mí producen, ofusquen mi entendimiento, y confundan todas las especies en mi memoria. Cerca de tres años vivió en Madrid, desde que vino de Sevilla hasta el término de sus dias, sin tomar en los negocios públicos mas parte que la que debe un buen ciudadano. Por lo demás, tres grandes cuidados absorbian casi toda su atencion: las prácticas religiosas que ejercia sin afectacion ni hipocresía, antes bien con un espíritu de verdadera piedad, la educacion de sus hijos, de quienes fué largo tiempo único maestro, y las tareas literarias. De estas últimas son buenos testigos ya las corporaciones arriba nombradas, ya el Ateneo y el Liceo, de los cuales fué uno de los fundadores, mereciendo ser nombrado bibliotecario del primero, ya casi todos los periódicos de la capital, en los cuales ponia artículos sobre estas materias, que de él obtenian sin dificultad sus amigos. Aun en obras de mayor mérito, hay algunos que no llevan su nombre, y que él cedia con tanta generosidad, como si mas recibiese que dispensase un honor en remitirlos. En la academia de Ciencias naturales, inscrito tambien al principio como honorario, y elevado despues á la clase del número, presentó para la seccion de las físico-matemáticas dos memorias sobre el movimiento de las aguas con aplicacion á los riegos, y con motivo de una observacion hecha en el periódico extranjero *El Instituto*, en que dando cuenta de la séptima reunion anual de la Asociacion británica celebrada en Liverpool en 11 y 16 de setiembre de 1837, se dice que sir W. Hamilton expuso la demostracion general de un teorema de Mr. Turner, relativo á una propiedad curiosa de los números impares, que consiste en que si la serie de dichos números se divide en grupos de 1, 2, 3, 4 cifras, la suma de los de cada uno sucesivamente va representando la de los números naturales, escribió tambien una memoria, no ya solo ofreciendo la demostracion de esta curiosa propiedad, sino deduciendo consecuencias tan importantes y trascendentales, que le dijeron diferentes matemáticos que beneficiase aquella mina, y tal vez diese por resultado una nueva é importantísima teoría en la ciencia. Por último en la seccion de las antropológicas, leyó tambien otro discurso sobre la certidumbre histórica.

Alentábale yo á todos estos trabajos, de suerte que consiguiendo un triunfo sobre su misma modestia, habíale decidido á emprender ya tres grandes obras, cada una de las cuales hubiese inmortalizado su nombre: la primera, un curso completo de religion, escrito bajo un plan tan vasto y tan nuevo, que hubiera ciertamente sido una de las obras que mejor hubieran servido para la demostracion de la verdad y divinidad de la que tenemos la suerte de profesar: segunda, á instancia de los padres Escolapios, una historia de España, escrita filosóficamente, en que no solo se describiesen, sino se juzgasen los acaecimientos, y se manifestase las causas que los habian producido, y la influencia que habian tenido en los posteriores, obra de que por desgracia carecemos, y sin la cual podemos decir que nos falta la mejor y mas provechosa parte de nuestra historia, y á que debiera haberse unido, aunque en compendio, la de nuestras artes y literatura: y tercero, la de doña María la Grande, de que son trabajos preparatorios las apuntaciones y disertaciones á la crónica de don Fernando IV, de que arriba hemos hecho mencion. Estas empresas se proponia acometer en el retiro de su casa, á la que pensaba trasladarse; pero hubo de suspender el viaje por una comision, que le habia encomendado el gobierno, haciéndole vocal secretario de una junta nombrada para presentarle un informe sobre el instituto de las escuelas pias. Mas á este trabajo, á aquellos planes, á los que formaba el gobierno sobre la oportuna colocacion de hombre que tantos y tan eminentes servicios prometia á la patria; á tantas esperanzas, á tantos consuelos para su desventurada familia, suspendió el curso su enfermedad, cortó el hilo su prematura é inesperada pérdida. Asaltóle aquella el 3 de julio: de madrugada se sintió acometido de una retencion de orina, que le atormentaba con crueles dolores; fueron á mi alcoba á avisarme, levantéme sobresaltado, y me llené de consternacion al oir sus clamores; mas por la idea de lo que sufria, que porque del ataque imaginase, ni aun remotamente, las funestas consecuencias que tuvo. No las receló tampoco el facultativo, al menos en los primeros dias; mas como aunque los dolores calmaron, no recobró la naturaleza sus funciones, al fin hubo de recurrirse á la operacion de la sonda. No fué ciertamente favorable el ensayo; y de aquí empieza ya la historia de la mortal angustia, con que mas bien que vivimos, arrastramos los penosos dias que duró su cruel enfermedad. Llamado tambien el facultativo don Juan Francisco Sanchez, la fortuna coronó su destreza; pero hubo de repetírsele otra y otra vez la operacion, que hacia mas difícil la contraccion de sus nervios; y convocados á las juntas profesores de los de mas crédito de la Corte, dos veces le operó con singular acierto don Bonifacio Gutierrez. Pero era ya tarde: la naturaleza se rendia á tanto padecer: á la retencion de la orina, siguió una incontinencia: suprimióse esta, presentóse una extravasacion, apuntó la gangrena, voló mas que se extendió en todos aquellos órganos, y en pocas horas apagó la llama de la vida en aquel corazon, que solo latió para la virtud, en aquella cabeza en que cabian y se animaban pensamientos tan altos,

tan nobles, tan dignos de la inmortalidad. Mas si tan dolorosa, tan aterradora se muestra la historia de veinte y nueve dias de martirio que sufrió su cuerpo, ¡cuán grande, cuán sublime es la narracion de la disposicion de su alma en medio de tantos dolores! Ni un movimiento de impaciencia vino á alterar su serenidad, ni una leve sombra de duda á empañar la tranquilidad admirable que disfrutaba su conciencia. Pensaba y hablaba de la muerte, como de cosa próxima y segura; pero la esperanza de una vida mas feliz, y ya cercana, le borraba toda idea de terror. Enternecíase, sí, sobre sus hijos: de todos hablaba con admirable prevision, cuando desahogaba los secretos de su alma, ya con su confesor, ya con su muy amado hermano, que obtuvo en aquellos dias todas sus confianzas, ya conmigo, en quien decia haber recobrado mas de lo que le habia arrebatado la muerte. Yo, á la verdad, solo con lágrimas de ternura y de confusion podia corresponder á sus expresiones; en vano procuraba contestarle; la voz yacia ahogada por la pena en lo mas hondo del corazon. Antes que la gravedad del mal impusiese á los facultativos el deber de prevenir que hiciese su disposicion espiritual, solicitó él con tanto empeño la administracion de los santos sacramentos, que no pareció ni prudente, ni justo dilatarle el consuelo de recibirlos. Verificólo, pues con tal compuncion, con tal fervor, que á todos promovia á la edificacion y al llanto. Tanto pudo la viveza de su fe que aquella noche experimentó notable alivio; sentíale él, y hablaba con tal confianza al supremo consolador, al dulce huésped que llevaba en su corazon, y á quien llamaba su médico, que ciertamente, si los ruegos de los hombres, si su fe bastasen, por sí solos, á revocar las disposiciones del Altísimo, mi padre viviese hoy en medio de los hombres. En su disposicion temporal, dejó así mismo á sus hijos y á sus amigos prendas de ternura, altas lecciones de virtud, que ciertamente harán su gloria y su consuelo, y que en vano se esforzarian á desechar de sí, si alguna vez tuvieren la desgracia de separarse de ellas. En esta situacion apareció para nosotros un rayo de esperanza, pronuncióse mas y mas, y algunos facultativos le dieron como fuera de peligro; mas ay! era una luz pasajera que solo servia para iluminarnos todo el horror de nuestra pérdida!

Amaneció en efecto el treinta y uno de julio: ni su hija, ni su hermano, ni yo pudimos verle ya en él; y á las ocho menos cuarto, asistido de su confesor el presbítero don Antonio de Mora, de los padres escolapios, de muchos y excelentes amigos, en toda la fuerza de su razon, hablando doce minutos antes para encargar al confesor recomendase á sus hijos la observancia de su santa religion, y el culto á María santísima, que bajo la advocacion de la Encarnacion se venera en su santuario de Mula; sin esfuerzo, sin dolor, como fatigado de esta vida, plácidamente espiró, con la piadosa esperanza de que revestido de inmortalidad, y en brazos de aquella Señora, á quien honró siempre con tanta ternura, renació á otra vida, donde brillan mas claros sus talentos, su virtud, su amor y su compasion para los suyos. ¿Qué importan á los demas las lágrimas de sus hijos, las de sus hermanos, las de sus numerosos amigos, derramadas en el silencio, y cuyo valor y el de los motivos que las arrancan, solo ellos pueden graduar? Murió ya el hombre privado, y desde aquí todo ya en él pertenece á la historia: ella recogerá cuanto va dicho, y sobre todo las circunstancias de su muerte, no trazadas solamente por la pluma apasionada de un hijo, sino presenciadas y comprobadas por el testimonio de cuantos le vieron y asistieron (1), entre los cuales habrá ciertamente personas mas y menos despreocupadas; y que todos á una voz clamaban que aquella era la muerte del justo, y la miraban como un acontecimiento notable en nuestros dias, viendo en una época de incredulidad y de duda morir tranquilo en brazos de nuestra religion á un hombre tan distinguido por sus talentos, y por su vasta y universal instruccion. Contemplaban todos con religiosa veneracion aquellos restos ya pálidos é inanimados; pero que descubrian la pureza del alma que los animaba, en aquella frente serena, que parecia meditar aun las sublimes verdades que la ocuparon en vida. Yo tambien, ¡ó padre mio! burlando la afectuosa solicitud de los buenos amigos que me acompañaban, la volví á ver, la sellé una y otra vez con mudo labio, te contemplé por la última vez... ¡Tú sabes los sentimientos que entonces llenaron mi corazon! lo que imploré de tí, que no me respondias, pero que sin duda escuchabas mi súplica... lo que aun imploro al escribir estas líneas! . . . .

. . . .

Tal es en suma la historia del señor don José Musso y Valiente, hombre extraordinario por su talento, por su prodigiosa memoria, por su vasta erudicion, por su exquisito gusto, en quien así cabian las verdades sublimes de la religion, las abstracciones de las ciencias exactas, la severidad de los estudios históricos, como los encantos de las artes, la chispa de la imaginacion mas brillante; de trato afable, que lo mismo atraia la gravedad del anciano, que la inconsiderada petulancia del jóven; que bajo el exterior de una razon fria, de una conversacion que sazonaban los chistes y las bromas, ocultaba un alma de fuego, un corazon profundamente sensible, que muy pocos supieron comprender; llamado por la extension de sus conocimientos, por la fuerza de su talento, á ocupar los mas altos destinos de la nacion, ahogaba por modestia ó por humildad este impulso dentro de sí; varon singular, que no supieron apreciar los que entre nosotros han ejercido el poder: cuando le preguntaban ¿qué destino queria? *Ninguno*, contestaba él, *porque nada valgo, ni de nada soy capaz*. *Cualquiera*, hubiera contestado el que le conociese, porque no habia sacrificio para él, cuando se le exigia en nombre de la patria, y porque

(1) Véase como muestra de esta verdad la magnífica composicion poética que ha inspirado á mi excelente amigo don Salvador Bermudez de Castro, y que ha sido publicada en el número 4 de la *Revista de Madrid*. En ella, conmovido el jóven poeta con el recuerdo de tan grandioso espectáculo, al celebrarle en sus hermosos versos, apenas tiene ojos para ver, ni corazon para sentir otra cosa: por lo mismo no lamenta en ella la pérdida de su amigo; asiste á su triunfo, contémplale como con envidia, y le ruega alcance para él tan dulce tranquilidad.—Bermudez fué de los que recogieron su último suspiro. El señor don Eusebio del Valle, hablando así mismo de nuestro padre, á quien profesó intima amistad, entre otras cosas dice, en un recuerdo que ha consagrado á su memoria, estas notables palabras: «Sepa el mundo todo que un sabio naturalista, que conocia á fondo los sistemas mas célebres de filosofía, para explicar la formacion de los seres, era al mismo tiempo un dechado de religiosidad; y que el mas despreocupado entre los hombres no creia que el colmo de la despreocupacion fuese la impiedad y el materialismo. ¡Dichoso tú porque en las escrituras sagradas y en los libros de los santos padres aprendiste todos los dias á morir!»

á sus talentos sobraba flexibilidad para sobresalir en el que se le hubiese confiado. Sea ejemplo de lo primero, que habiéndosele significado, poco tiempo antes de su fallecimiento, que pensaban ponerle al frente de la instruccion pública en el consejo que con este título se pensaba crear, se escusó pretextando que *nada sabia, que ningun título tenia para tanto honor:* hecho que parecerá increible á quien no le conociese muy á fondo. He aquí el secreto de que hombre tan eminente nunca subiese al poder, ni ocupase puestos capaces de haber descubierto todos sus recursos. En época y en país, en que vale cada cual por lo que suena, y suena á medida de lo que habla y hace hablar de sí á los demas, ¿cómo habia de hacerse lugar quien solo trataba de encubrir su mérito, ó desvanecer la idea que de él hubiesen formado sus conciudadanos?

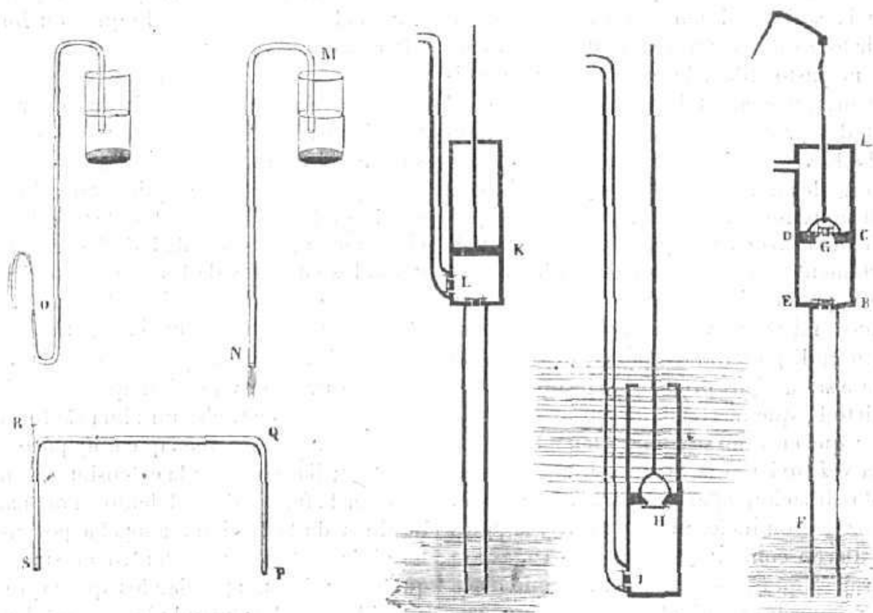
Pero á Musso le ha llegado ya su época como á casi todos los hombres de mérito en su patria; en el sepulcro se inauguró su triunfo, porque los muertos no inspiran zelos ni envidia. ¡Dichoso él que con tan estéril aplauso llevó consigo al sepulcro una vida entera de virtudes, y las lágrimas de los buenos!

Madrid 15 de octubre de 1838.

BOMBAS Y SIFONES.

Tres especies hay de bombas; la aspirante la comprimente y la mixta de aspirante y comprimente.

Compónese la primera de un cuerpo de bomba A B. en que se mueve el émbolo C D. En el extremo bajo de ella hay un largo conducto E F, llamado de aspiracion, el cual se mete en el agua. En el punto donde el cuerpo de la bomba se junta con el conducto de aspiracion hay una válvula que se abre de abajo arriba, dicha válvula *dormiente*, habiendo en el émbolo otra válvula que se abre en la misma direccion. Cuando el émbolo ha descendido hasta el punto mas bajo queda la válvula dormiente cerrada por su presion y se abre la del émbolo. Cuando este sube, el vacío tiende á ha-

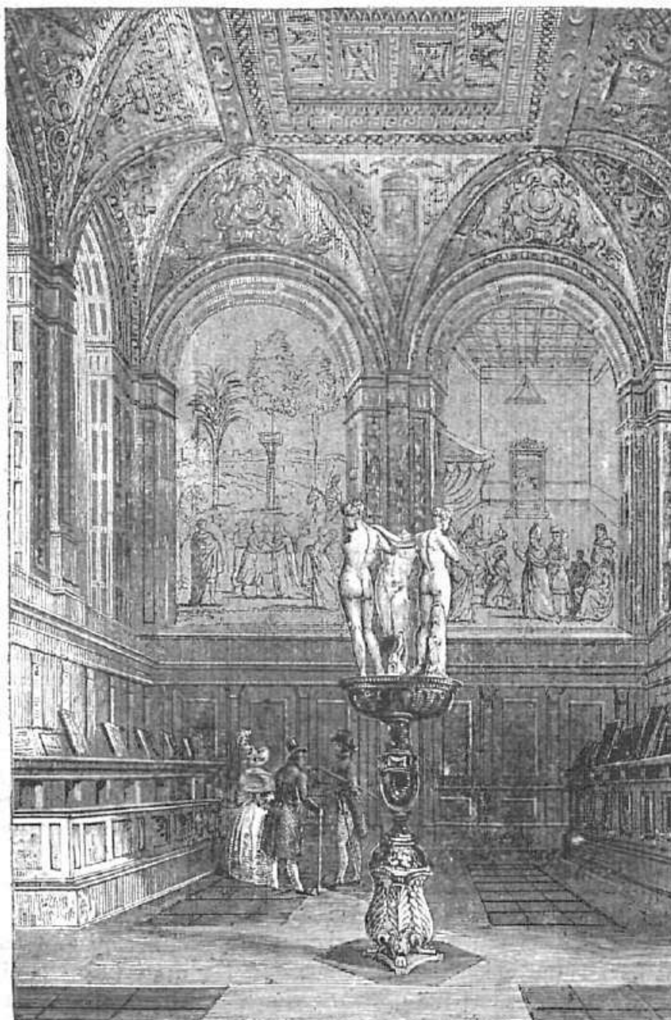


Bombas y Sifones.

cerse en el cuerpo de la bomba cierra la válvula G y abre la dormiente. Llegado el émbolo al punto mas alto, el aire contenido en el conducto de aspiracion está igualmente repartido en el conducto y en el cuerpo de la bomba. Cuando vuelve á bajar, el aire que encierra el cuerpo de la bomba se halla comprimido y hace cerrar la válvula dormiente y abre la G, escapándose por esta. Cuando vuelve á bajar el émbolo, la cantidad de aire que habia en el conducto aspirante antes del primer empuje de dicho émbolo se disminuye, y como ya no se equilibra con la presion atmosférica le reemplaza una parte del agua, que sube por el conducto hasta que la elasticidad del aire contenido en el conducto, mas la altura de la coluna del agua, se equilibran con la presion atmosférica. En seguida, cuando vuelve á subir el émbolo entra una nueva cantidad de aire en el cuerpo de la bomba. el cual huye cuando baja, subiendo entonces en el conducto nueva porcion de agua. Finalmente cuando el conducto está perfectamente falto de aire y lleno de agua, subiendo otra vez el émbolo entra el agua en el cuerpo de la bomba cuando el empuje es descendiente, y cuando es ascendiente va á salir por un orificio practicado á la parte superior del cuerpo de la bomba.

Si se recuerda lo que dijimos acerca de la presion atmosférica en nuestro artículo sobre el barómetro, esto es que dicha presion tiene igual peso que una coluna de agua de treinta y dos pies, fácil será concebir porque la bomba aspirante no puede llevar el agua sino á la altura de treinta y dos pies; una vez restablecido el equilibrio dejaria de subir el agua, y aun será mejor que la bomba no pase mucho de veinte y ocho pies. porque cuando es mas larga si baja el barómetro mucho, fácilmente podrá faltar el agua, porque en este

ITALIA — SIENA.



Sacristia de la catedral de Siena.

caso siendo mas ligera la atmósfera, ya no se equilibra con la misma coluna de agua.

En la bomba comprimente el cuerpo está metido en el agua, cerrado por abajo y abierto por arriba. Hay en el émbolo una válvula H, que se abre de árriba abajo y en la parte inferior del cuerpo de la bomba hay un conducto para subir el agua, en cuyo remate hay una válvula I que se abre de dentro á fuera.

Llegado el émbolo á la parte mas baja, si luego se le sube hay vacío en el cuerpo de la bomba que hace que se cierre la válvula I; pero el agua que pesa sobre la cabeza del émbolo abre la H y penetra el agua en el cuerpo de la bomba. Cuando vuelve á bajar el émbolo, hállase comprimida el agua, cierra la válvula H, abre la I, y se introduce en el conducto ascendente. Cuando sube, el peso del agua contenida en el conducto cierra la válvula I y entra una nueva cantidad de aire en el cuerpo de la bomba, para penetrar en el conducto cuando baja el émbolo. Verifícase el mismo fenómeno hasta que sale el agua por el extremo inferior del conducto ascendente.

Pasemos ahora á la bomba mas usada, la mixta ó á la vez aspirante y comprimente.

Parécese á la aspirante, solo que está lleno el émbolo K y en la parte baja del cuerpo de la bomba hay un conducto L. parecido al de la comprimente: cuando por medio del mecanismo de la aspirante ha llegado el agua al cuerpo de la bomba, el émbolo que baja la comprime en el conducto ó tubo y hace que salga por su extremidad.

Tambien se funda sobre el fenómeno de la presion atmosférica la teoría del sifon, instrumento de grande uso en las artes.

El sifon simple consiste en un tubo encorvado M N uno de cuyos brazos es mucho mas corto que el otro. Si tapando con el dedo el mas corto, se llena el tubo por el orificio del mas largo y se introduce aquel en un vaso de agua; empieza el derrame por el extremo N mientras que el extremo M nada en el agua contenida en el vaso. Cuyo fenómeno se esplica de este modo. La presion atmosférica impide al agua bajar al brazo mas corto, pero la adhesion del líquido por sí mismo secundado de la presion atmosférica que obra de abajo arriba, no dejo á la coluna dividirse; mas como la coluna mas larga tiene mayor peso que la corta, aquella arrastra á esta y se verifica el derramamiento

Con el sifon se puede formar un chorrito encorvando el brazo mas largo y haciendo que termine por un tubo afilado O.

Con este instrumento se hace la operacion del trasiego. Unicamente el sifon ó cantimplora P Q R S que al efecto se emplea tiene dos brazos mas separados, y está guarnecido de un pequeño tubo R S que apoya en uno de los dos brazos, con el cual comunica por su extremo inferior con el auxilio de este tubo adicional se logra fácilmente por aspiracion el vacío en la cantimplora ó sifon.

SIENA. — ITALIA.

Siena está situada en la pendiente de una montaña sobre un suelo cuyas desigualdades dan á sospechar haber pertenecido á algun cráter vólcanico. Séase lo que se quiera, es cierto que Siena descansa en parte sobre cavidades subterráneas ¿Han sido estas efecto de causas naturales ó son obra del hombre hecha en épocas de guerra? Punto es que no podemos resolver por falta de pruebas.

Fué Siena fundada por los Galos despues de la conquista de Roma, y fué hecha colonia romana bajo el reinado de Augusto, y en esta época recibió el nombre de *Sena Julia* en memoria de Julio César. Durante la decadencia del Imperio fué teatro de varias revoluciones y sujuzgada diferentes veces por varios conquistadores, hasta que finalmente á mitad del siglo XII se erigió en república independiente, bien que ese fantasma de libertad, lejos de cicatrizar sus heridas no hizo mas que emponzoñarlas. Una tiránica y turbulenta democracia usurpó el lugar del despotismo de uno solo: los habitantes de Siena, sordamente excitados por los Florentinos, celosos rivales que esperaban sacar provecho de sus disensiones, declaráronles encarnizada guerra; y en ella ora vencedores, ora vencidos, debieron por fin ceder á los Florentinos, quienes les impusieron un astuto tirano bajo el nombre falaz de gobernador. Este supuesto gobernador llamábase Pandolfo Petrucci, y tan á maravilla desempeñó el objeto de los Florentinos, que el mismo Maquiavelo le cita como modelo de usurpadores artificiosos. La muerte del tirano dispertó á los Sienenses, que se sublevaron y arrojaron los descendientes del déspota; sin embargo mas fácil les fué vencer que gobernarse; por lo que sus reyertas intestinas les sometieron sucesivamente á varios señores. Los Franceses y los Españoles los dominaron alternativamente, hasta que Felipe II cedió Siena al gran duque Cosme I, pues desde entonces siguió la suerte de la Toscana.

Las calles de Siena están empedradas unas con grandes piedras unidas, y otras con ladrillos. La disposicion de ellas es tal que la mayor parte se dirigen hácia el centro de la ciudad, y es preciso siempre subir ó bajar al recorrerlas. Las torres que se levantan en medio de la ciudad y que se divisan desde muy lejos hacian parte de los palacios de nobles. Las casas generalmente son de arquitectura gótica; con todo, hay algunas que están edificadas á la moderna y no les faltan comodidades. Muchas de ellas que están de espalda á la montaña tienen jardines tan altos como las ventanas, lo que produce muy agradables puntos de vista.

De Siena podemos decir, lo mismo que de Florencia, que parece edificada á propósito para la guerra civil; pues por todas partes presentan los edificios igual severidad de arquitectura y la misma solidez de construccion; y tambien como en Florencia las casas particulares son almenadas y flanqueadas de torres.

La plaza del Campo, ó de las Casas consistoriales, tiene 1056 pies de ámbito, es de forma elíptica, empedrada, cercada de tiendas y de antiguos edificios, con reducidos pórticos de estilo gótico, y está tan profundamente situada que pudiera tomarse por un golfo destinado para naumaquias: á ella salen once calles, y todos los años se dan fiestas y juegos que atraen allí mucho gentío. Vese en esta plaza una hermosa fuente adornada con bajos relieves que representan las virtudes teologales, la creacion de Adan y Eva, y su expulsion del paraíso terrenal. Junto á la misma plaza se levanta una columna de granito sosteniendo á una loba que da de mamar á Remo y á Rómulo, grupo de

bronce dorado; y se cree que esta columna perteneció á un templo de Diana. A pocos pasos hay una capilla de la Vírgen, hecha de mármol y abierta á manera de pórtico: fundóse con motivo de la peste de 1348. La gran torre que se halla detrás de dicha capilla, segun dicen tiene 270 pies de elevacion.

El palacio Público ó casa de la Ciudad (*palazzo degli eccelsi, ó de Signori*) es un vasto edificio enteramente aislado, obra en parte de sillería y en parte de ladrillos. Tiene pórticos donde pasearse; el interior se compone de varios salones adornados con una infinidad de cuadros relativos á la historia de Siena. El antiguo salon del Consejo, vuelto inútil cesada la república, convirtióse en sala de teatro que se incendió en 1751 y fué nuevamente construido.

El monumento mas bello de Siena, ó por mejor decir el único digno de tal nombre, es su catedral, edificio ojival propio bajo cualquier aspecto de la antigua magnificencia italiana.

La catedral está edificada encima de una alturita, y domina una plaza que la rodea por tres lados: súbese á la iglesia por una escalinata de mármol que anuncia la grandiosidad y magnificencia del edificio, que es un vasto buque lleno de majestad, de arquitectura gótica, cubierto así exterior como interiormente de mármoles blancos y negros artística y simétricamente arreglados. Su fundacion asciende al año de 1250. La portada reedificada en 1333 tiene tres puertas adornadas con estatuas, bustos y otros objetos de ornato: y en particular son muy apreciadas dos columnas que sostienen el fronton. La totalidad del edificio tiene 330 pies de largo; y fuera su interior mas agradable como tuviese mayor anchura. Los pilares participan de un órden compuesto y presentan mucha ligereza. Las ventanas, están formadas de una infinidad de colunitas que puestas unas delante de las otras ofrecen una perspectiva teatral. La bóveda es azul salpicada de estrellas de oro. La cúpula descansa sobre columnas de mármol; la de la capilla de la Vírgen es dorada y el altar embutido de lapiz lázuli; se halla además adornada con varios bajos relieves y columnas de verde-mar, de órden compuesto. Las esculturas de madera que circuyen el coro son obras maestras de trabajo y de paciencia. En la capilla de San Juan entre otras varias se admira la de este Santo hecha de bronce por Donatello. El pavimento del templo es en su género una obra de las mejores: representa varias historias del antiguo testamento ejecutadas con mármoles grises, blancos y negros: son cuadros de claro-oscuro hechos de mosaico, dibujados con ciertos rasgos de cabezas dignos de comparacion con los mejores de Rafael. Una cosa notable se ve en la catedral de Siena, y es la serie de todos los bustos que representan los papas hasta el de Alejandro III, colocados en una especie de galería que rodea la nave. Hay además un púlpito lleno de bajos relieves de mucho mérito, y se hallan en una capilla dos estatuas de Bernin, en particular la Magdalena.

Los cuadros de la sacristía son muy notables: por mucho tiempo se atribuyeron á Rafael, pero últimamente se da por averiguado que pertenecen á Pinturichio, y que Rafael se limitó á darles algunos retoques. La sacristía lleva el nombre de *Librería*, porque en ella se conserva una coleccion de antiguos misales adornados con miniaturas. En el centro hay un grupo de las tres Gracias, de antigua escultura y de mucho mérito.

Ha dado Siena á la iglesia siete papas, entre ellos Gregorio VII y Alejandro III, el mismo que tuvo la gloria de humillar en San Márcos de Venecia el orgullo del emperador Federico Barbaroja: fué tambien la cuna de Graciano, de Mathiolo, y de los tres Socinos, uno de los cuales fué gefe principal de la secta de los Socinianos; y en fin allí nació Santa Catalina en el año de 1347 de un padre de oficio tintorero.

Fué el comercio de esta ciudad antiguamente muy considerable: fabrícanse algunas manufacturas de lana, cintas que llevan á la feria de *Sinigaglia*, cueros, sombreros y cuerdas para instrumentos, siendo además muy apetecido el mármol que sale de sus canteras.

Los Sienenses son hombres de talento, afables, corteses y tan pundonorosos que son muy susceptibles de resentimiento. Su dialecto pasa por el mas puro de cuantos se hablan en Italia; su pronunciacion es dulce y armoniosa, y hablan con mucha correccion. Allí en realidad se encuentra la *lingua toscana in bocca romana*, es decir la pureza de diccion de los Florentinos unida á la suavidad de pronunciacion de los Romanos.

La poblacion de Siena es igual á la de Pisa, y se compone de unos 16000 habitantes.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

Dos desenlaces de un solo drama. (*)

III.

«APOSTARIA cualquier cosa (decia Don Diego mientras tomábamos café la tarde que sucedió á las dos de que ya hemos hablado), apostaria cualquier cosa, amigo Don Antonio á que sin piedad nos ha descrito V. mueble por mueble, piedra por piedra y paso á paso el palacio, el castillo y la marcha de sus nuevos personajes, solo para contarnos lo que todos sospechamos, ó mejor dicho, vemos ya con evidencia, á saber: que la linda condesa hizo ni mas ni menos con su grave marido, lo que la apasionada Andaluza de antes de ayer con el áspero Don Rodrigo.»

—¡Válgate Dios (contestó, sin mostrarse picado, el huésped) y que impaciente y poco tolerante es el Señor Don Diego! Verdad es que me he extendido algo mas acaso de lo que la ocasion requeria en describir el lugar de la escena: pero, en primer lugar, he cedido al deseo de enterar á VV. tan al pormenor como yo mismo lo estoy de todo lo que á la pendiente historia respecta; y luego, confieso sin rodeos que me deleito en recordar el lujo sólido de nuestros abuelos, en mi opinion á todas luces preferible á las invenciones modernas tan caras como poco duraderas y que por otra parte suelen no tener mas valor intrínseco que el que por un instante deben al capricho de la moda.

—«Yo (interpuso el oficial) sin aprobar ni combatir esa opinion de Don Antonio, he oido con gusto su descripcion, y aun quisiera ver estampadas muchas de su especie para que á lo menos quedase recuerdo

(*) Vease las páginas 451, 461 y 466

de una porcion de antiguallas, que nuestra negligencia y descuido dejan pudrirse en los desvanes.

«Aun eso fuera lo menos, replicó Don Antonio, pues de casas de grandes señores sé yo de donde han desaparecido para fundirse en las herrerías ó pasar al extranjero en mengua de nuestro patriotismo, ricas colecciones de armas y de libros que en otros países fueran objeto de estudio y hasta de adoracion.»

«Hasta ahí estoy con VV. volvió á decir Don Diego; y les aseguro que por mi parte he visto tambien con indignacion que algunos han entregado á las llamas colecciones enteras de retratos históricos, so pretexto de que eran en la casa un nidal de chinches.

—«¡Inaudita barbarie! clamó Alfonso.

—Severa es la calificacion, amigo mio : causas y circunstancias hay, sin ir tan lejos, para explicar tal proceder que á la verdad indica desde luego falta de ilustracion y aun algun tanto de ese funesto individualismo, base de las doctrinas de nuestro siglo, que solo atiende á las necesidades del momento, sin cuidarse ni del respeto á los antepasados, ni del juicio de los venideros. Pero sea como quiera, V. tiene en el fondo razon : nuestro pais pasa en concepto de la Europa por bárbaro, mas aun que á causa del atraso en que realmente se halla, porque los Españoles hacemos con los artísticos tesoros de nuestra patria lo mismo ni mas ni menos que los Indios bravos con las ricas minas de su privilegiado suelo : pisarlas desconociéndolas ó despreciándolas.

«Todo eso está bien, interrumpió Don Diego: pero V. no responde á mi pregunta. ¿Adiviné lo cierto ó no suponiendo que la Condesa....

«Sí adivinó V.; y no he tratado yo nunca de ocultarlo : acuérdese del objeto con que he empezado mi narracion, y verá que si algo hemos de deducir de ella en cuanto á la influencia de los distintos grados de la civilizacion social en las humanas pasiones, forzoso es que comparemos situaciones análogas en épocas diferentes.»

«Yo lo confieso, y ahora prosiga V. y acabe hoy si es posible.»

«Así lo haré, porque en verdad mas me he extendido de lo que quisiera.»

Y en efecto, sentámonos los oyentes y el narrador; encendimos nosotros los cigarros, y Don Antonio comenzó el fin de su cuento de esta manera :

«La primera cosa que el Conde hizo, así que en la habitacion de la torre hubo entrado, fué sacar del bolsillo una carta cerrada y entregársela á su mayordomo, mandándole que la enviase inmediatamente con un criado á la persona que el sobre indicaba, y que trajera luces pues la oscuridad del lugar las hacia ya necesarias. Despues dejóse caer en uno de los dos sillones que estaba en frente al otro ocupado ya por la abatida Condesa, y situado precisamente debajo del retrato del que ya he hablado á VV. Así quedaron los dos esposos cuando el mayordomo salió á cumplir lo que se le mandaba, y de la misma manera estaban cuando con las luces pedidas volvió á la torre.

«Quisiera, (dijo Alfonso interrumpiendo aquí á Don Antonio) quisiera que antes de pasar mas adelante nos esplicara V. como supo el Conde su desgracia, si es que no se reserva el hacerlo para mas adelante.

«En verdad, contestó nuestro anciano amigo, que no habia pensado en ello ; pero puesto que V. lo desea se lo diré en breves palabras. Era el amante de la Condesa un jóven oficial de caballería menos cauto que buen mozo; y sus imprudencias llamaron no solo la atencion del marido, sino además la del capitan general de la Provincia, quien despues de haber inútilmente apercibido diferentes veces al fogoso seductor acabó por enviarle á pasar unos dias en el castillo de Santi-Petri. Precisamente el dia mismo en que por la mañana salió el amante para su destino acompañado por un ayudante de plaza que ni por un momento quiso apartarse de él, daba el capitan general un baile, al cual estaban invitados y asistieron el Conde y la Condesa, y en él cierto amigo del amante entregó á la dama un billete concebido poco mas ó menos en estos términos : «Laura mia : la fuerza me obliga á separarme de tí, mas contigo queda mi corazon; y poco tardaré, dejando la casaca, en romper los lazos que ahora me aprisionan. Consérvame hasta entonces tu corazon y olvidaré en tus brazos las penas que ahora destrozan el mio. Laura, adios por poco tiempo etc. etc. Ya he dicho que el Conde sospechaba su injuria, y la desdicha quiso que al recibir su esposa el billete entrara él precisamente en el gabinete á donde con el confidente de los culpables amores estaba aquella. Sin proferir palabra, hizo una cortesía al mal avisado mensajero quien por su parte se apresuró á salir del paso retirándose inmediatamente : en seguida, y tambien silenciosamente arrancó de manos de la Condesa la fatal misiva, y leido que la hubo, salió dejando á Laura entregada á la mas penosa incertidumbre. Y sin embargo hubo la desdichada de pasar tres horas aun en el baile, oyendo frios cumplimientos, con la sonrisa en los labios y la muerte en el corazon.... Son necesarios mas esfuerzos, mas valor, mas sacrificios en la carrera del mal que en la del bien; y sin embargo suele elegirse la primera teniéndola por mas fácil. Entretanto el Conde habia mandado disponer un coche de colleras, donde concluido el baile entró con su esposa....

«Estamos al cal o,» interrumpió Don Diego.

«Sí : ¿pero donde estábamos antes? preguntó desorientado Don Antonio.

Fué á llevar una carta y á traer luces el mayordomo : respondió Alfonso.

«En efecto, prosiguió el narrador, volvió Don José con dos bugías y mandóle su amo, apenas sobre la mesa las hubo colocado, que se retirase y no volviera hasta ser llamado : pero el buen Don José, que era curioso como siete fregonas juntas, obedeciendo en la apariencia, quedóse agazapado y escondido en cierto retrete del castillo, contiguo al cuarto donde á sus amos dejaba; por manera que pudo oir toda la conversacion; y merced á su indiscreto proceder me es tambien á mí posible referírsela á VV.

Pocos instantes despues de haber salido el mayordomo levantóse el Conde de su asiento y durante un cuarto de hora midió la estancia en todos sentidos con agitados pasos, y sin duda buscando manera de entablar el diálogo, cosa difícil en verdad cuando entre marido y mujer se trata de lo que ya es inútil que yo repita. Entretanto la Condesa suspiró primero tímidamente, luego con mas fuerza, y un sollozo lamentable preludió á un llanto tan amargo como sentido. Aquella explosion del terror ó del arrepentimiento,

sino de ambos afectos unidos que es lo mas probable, fué la gota que llenando el vaso hace que el licor se derrame, la ráfaga que convierte al viento en huracan, la oleada que rompe el dique, la chispa eléctrica, en fin, que determina la explosion del rayo. Oir el llanto de su mujer y encendérsele la sangre al ofendido esposo, fué todo una misma cosa; la cólera halló salida, las palabras antes remisas se agolparon á la lengua, los brazos cruzados hasta aquel momento sobre el pecho moviéronse convulsivamente, todo el sistema nervioso se puso en conmocion; y en una palabra, el estado del Conde era tal, que prolongado por sola una hora hubiera hecho de él un asesino ó un suicida. Por fortuna tan agudas crisis son, así en lo moral como en lo físico de cortísima duracion: la naturaleza sucumbe y se aniquila á su influjo, ó ellas ceden y se modifican: no hay medio entre esos dos extremos.

Como quiera que sea, el Conde, con voz de aquellas que parecen sonar en las hondas cavidades de un subterráneo mas bien que salir de humanos pulmones interrumpiéndose á cada palabra, como si le abrasaran todas los labios al pronunciarlas, y tan pronto parándose como caminando con pasos acelerados, cuyo sonido repetia tristemente el eco de la bóveda, rompió al cabo el silencio y dijo:

«¿A qué viene ese llanto hipócrita, Señora? á qué vienen esos pérfidos suspiros?... Llorara yo, pesia á mi vida, llorara yo por mis canas mancilladas, llorara yo por el nombre de mis abuelos infamado, por mi reputacion á costa de cincuenta años de trabajos y sacrificios adquirida y en un instante perdida, por la mas pérfida de las traiciones, por la mas negra de las ingratitudes....!

«¡Por compasion, Rodrigo, por compasion!...... exclamó la Condesa; y su marido sin dejarla acabar prosiguió:

«¡Compasion! Por cuanto el cielo tiene de mas sagrado juro que esta infame mujer ha perdido el juicio al mismo tiempo que la honra....! Compasion me pide! Ella, compasion, ella á mí, en cuyo corazon acaba de clavar el puñal; ella que me condena á pasar envilecido los últimos años de mi vida, para bajar al sepulcro hecho fábula de las gentes y roido por la desesperacion... ¡Compasion, miserable! ¿Porqué no la tuviste de mí al sacrificarme...? Compasion, ya que no gratitud, merecia el hombre que huérfana y desvalida te arrancó de la miseria, para colocarte en la mas alta esfera de la sociedad; que renunció por tí al retiro que sus años y estado le aconsejaban; que se hizo complaciente instrumento de tus placeres; que varió su manera de vivir cuando ya se acababa su vida, solo porque tú fueras dichosa!

—«¡Rodrigo, Rodrigo...! Volvió á exclamar con moribunda voz la culpable esposa, y de nuevo tambien á interrumpirla el Conde con ira cada vez mayor:

«Llámame, llámame sí con ese nombre que me pusieron en la pila en memoria del fundador de mi casa, y sin duda para que el primero y el último de los Condes de San Justo tuvieran en todo igual destino....!!!

Aquí segun la relacion del mayordomo, calló el Conde, reprimió la Condesa sus sollozos, y tuvo lugar una de aquellas traidoras calmas durante las cuales recobra fuerzas la tempestad para estallar de nuevo y con mas furia que nunca. Sucede sin embargo que esas interrupciones en la expresion de la cólera, si en realidad no disminuyen su violencia, por lo menos hacen que de direccion cambie, como acontece al torrente que salvando poderosos obstáculos, á veces muda de curso ante el mas flaco de cuantos se le oponen; y tal fué el caso con el Conde. Recordóle el nombre de Rodrigo una historia que la tradicion conservaba en la familia de padres á hijos, aunque bajo el sello del secreto, y sin perder precisamente de vista su propia desgracia, ocurriósele naturalmente ponerla en paralelo con la de su noble ascendiente.

Y esto no es suposicion mia, sino hecho demostrado por sus propias palabras cuando al cabo de algun rato, cesando en su paseo, se dejó caer en el sillon, y con acento que él imaginaba tranquilo pero que en realidad revelaba su pasion, volvió á decir:

«Sí señora; sí: bien hace V. en llamarme Rodrigo, mejor aun de lo que V. piensa.... En efecto, el nombre y la suerte son los mismos.... Él el primero, yo el último.... Infamada empezó y tambien infamada concluye la familia: nada mas justo....

«¡Perdon, perdon....!» interrumpió la Condesa.

—«Tres siglos hace, respondió el Conde con un tono de voz (me decia el mayordomo) que helara la sangre en las venas al hombre mas esforzado; tres siglos hace que aquí, en esta misma estancia, tal vez á la misma hora de la noche, una mujer hermosa como tú, Laura, como tú ingrata y traidora clamaba tambien: «*¡Perdon, Rodrigo, perdon!*,» á los pies de ese guerrero, cuyo retrato está sobre tu cabeza... Pero entonces no habia un Capitan General que sustrajese á los seductores á la justa venganza de los esposos ofendidos, enviándolos á un castillo bajo cualquier pretexto... Entonces el noble que vengaba sus afrentas no era reputado asesino, ni cruel siquiera; ni le pedia cuentas la ley de la sangre que para vengarse derramaba... ¡Oh! la moderna civilizacion ha dulcificado las costumbres. ¿No es cierto, Laura? Ahora, el escarnio para los maridos engañados, si toleran su agravio; la execracion pública y el suplicio les esperan si lo vengan.... En los bárbaros tiempos de ese guerrero, todo era distinto... ¿Sabes tú, Laura, la suerte del amante...? Ven, ven conmigo á esa ventana (y la arrastró á la que caia sobre el jardin).... Mira, bajo de aquel inmenso nogal está sepultado: tres veces se hundió en su seno el puñal de Don Rodrigo...! Ni mi corazon ni mi brazo son mas flacos que los de aquel, y sin embargo vive el que me ha ofendido, mi espada no está teñida en su sangre traidora.... ¡Perdon! Sí, ya te lo he dicho, perdon pedia Leonor....¿Sabes tu la misericordia de Don Rodrigo?... Mira otra vez el frondoso nogal: al lado yace la culpable de su amante!... Laura: yo soy nieto de Don Rodrigo: tú tan culpable como su esposa...!!!

«Misericordia, Dios mio, misericordia clamó desesperadamente la infeliz Condesa, y el eco sordo de la torre repitió el golpe de su cuerpo que inerte cayó á las plantas del irritado esposo.

«La impresion que en el mayordomo produjo lo que acabo de referir fué tal, que olvidando á impulsos de la humanidad cuantas consideraciones de propio interés le aconsejaban permanecer oculto, salió del retrete que le escondia y llegó á abrir la puerta de

la estancia en que sus amos estaban. Si el Conde le viera, es posible que le costara la vida el ser sensible; pero dichosamente para el buen Don José hallábase su señor de espaldas á la entrada del cuarto, y tan absorto en la contemplacion del bello é inmóvil cuerpo que á sus pies tenia, que no oyera en aquel momento ni la trompeta del juicio final. Tambien por fortuna suya recapacitó el mayordomo que no solo se exponia probablemente á habérselas cuerpo á cuerpo con su amo, y con evidencia á perder su acomodo, sino que además, la presencia de un extraño en tales casos, es siempre mas perjudicial que útil á la persona misma á quien se propone defender; y tan prudente reflexion le detuvo en el umbral de la puerta primero, y le decidió luego á cerrarla de nuevo, si bien no tan por entero que no dejase un resquicio para ver lo que en la habitacion pasaba.

«Volvamos al Conde. El desmayo de una mujer á quien amaba con toda la ternura del último amor, despertó en su corazon sentimientos que hasta entonces acallara la ira, y que la menor contradiccion, el mas pequeño viso de resistencia, tal vez las súplicas mismas hubieran bastado á desterrar completamente de su alma. Contemplando, pues, á la exánime Laura, exclamó:

«Ayer tal vez, cuando en aquel funesto baile adquirí la certidumbre de mi deshonra.... sí, ayer, hubiera podido castigarla... Pero ahora.. ¿Y qué se diria de mí? Las gentes me llamarian monstruo... y yo mismo... yo mismo tendria remordimientos de mi crueldad... ¡Ah Don Rodrigo, Don Rodrigo, si hoy vivieras vacilarias como yo vacilo!»

«Acabando de hablar así, levantó á su esposa, y con mas blandura que era de esperar, colocóla en uno de los sillones.

Conoció el mayordomo que comenzando la ira del Conde á calmarse su posicion se hacia peligrosa, y con prevision acertada se retiró tan á tiempo, que un minuto despues salió aquel de la torre y en voz alta le llamó, volviendo en seguida á cuidar de la desmayada dama. Don José entonces se presentó como si nada supiera de lo ocurrido, y recibió la órden de traer él mismo un vaso de agua. Hízolo así, y al mismo tiempo puso en manos de su amo la respuesta que á su carta habia ya traido el criado encargado de llevarla á su destino. Leyó aquel papel el Conde, mandó que á la media noche se le tuviera preparado el coche de camino, y haciendo venir á la mujer del mayordomo para que ayudase á la Condesa ya vuelta en sí á mudar de traje, salió de la torre y pasó á ocupar su acostumbrada habitacion.

Fué aquella triste noche un siglo de angustia y amargura para Laura; mas ni una queja, ni una frase que indicara la causa de sus lágrimas pronunciaron sus lábios ordinariamente de coral, y entonces del color pálido de una marchita azucena.

Del Conde nada diré á VV. porque solitario y encerrado estuvo en su estancia hasta que dando la última campanada de las once, entró en la torre, y en tono severo, mas templado, dijo á su esposa:

«Laura, vamos.»

Obedeció resignada y silenciosa la infeliz, y su marido se encaminó á una puerta secreta de la torre, que se abria sobre cierta escalera de caracol sin uso desde que por ella bajaron los cadáveres de Sancho y de Leonor para ser enterrados en el jardin. Por ella tambien bajaron los Condes precedidos del mayordomo, en cuya mano temblaba la bugía que á todos daba luz, dirigiéndose despues á la puerta que servia para pasar del jardin á un monte que hasta sus muros llegaba. Imaginen VV. cuál seria el terror de Laura, cuando al pasar debajo del fúnebre nogal, se detuvo inesperadamente el Conde; cual su angustia, cuando á la incierta luz de un pálido rayo de la luna que penosamente atravesó la espesa copa del arbol robusto, vió que brillaban los ojos del árbitro de su destino, con siniestra expresion de ferocidad! Creyó entonces llegada su última hora, y con todas veras se encomendó mentalmente á aquel ante quien no hay culpa irremisible como el arrepentimiento sea sincero.... Tambien en el corazon del Conde tenian trabada cruelísima lucha el honor implacable y la humanidad indulgente.... Triunfó la última, y haciendo un penoso esfuerzo, continuó su marcha el descendiente de Don Rodrigo, siguiéndole la Condesa en la misma situacion de espíritu que aquel á quien cuando ya el dogal ceñia su cuello, le anuncian el inesperado perdon.

«Espere V. aquí;» dijo el Conde á su mayordomo en la puerta del jardin y asiendo el brazo de la Condesa, entró con ella en la espesura del bosque.

Don José, fiel á su insaciable curiosidad, en vez de permanecer en su puesto echó á andar detrás de sus amos, siguiéndolos á favor de los árboles sin que ellos lo advirtieran, y vió que sin proferir palabra, llegaron á las puertas de un monasterio de religiosas capuchinas, fundado por uno de los ascendientes del Conde, y de que este era patrono nato. Un solo golpe dió en la puerta del convento el grueso aldabon de hierro, un solo golpe que resonó á un tiempo en las cavernas del monte y en el corazon de la Condesa: pero bastó para que la Abadesa, ya prevenida por la carta del Conde, hiciese abrir á Laura inmediatamente. Rechinaron los goznes de la pesada puerta; despues se oyeron los tímidos pasos de la Condesa en el vestíbulo del religioso asilo; volvieron los goznes á rechinar, la ponderosa puerta al encajar de nuevo en sus quicios sonó siniestramente, y Laura no volvió á salir del monasterio hasta que dos años despues fué á unirse su cadáver con el de su esposo, que á los seis meses contados bajó al sepulcro á ocultar en el polvo de la nada su vergüenza y su dolor.»

¿Qué dice V. señor Don Diego? preguntó Don Antonio concluida su narracion.

—Digo y diré siempre que el último Don Rodrigo anduvo mas cuerdo que el primero, menos en eso de morirse á los seis meses por quien tan mal habia pagado su cariño.

¿Y V., Alfonso, qué opina?

«Yo, que el Conde se condujo con menos vigor, con menos fortaleza que su ascendiente, y que estoy de parte del primer Don Rodrigo.

«Pues yo, amigos mios, creo que entrambos se equivocan VV. El Don Rodrigo de quien primero hemos hablado, hizo lo que atendidos su carácter é índole violenta, no podia menos de hacer en tiempos como los que alcanzó. ¿Porqué el Conde no menos irascible, no menos apasionado, mas que él inclinado acaso á la crueldad no hizo otro tanto?—Porque lo mismo que se llamaba venganza honrada aunque ter-

rible, en el tiempo antiguo, se llamaría bárbaro asesinato en el nuestro; porque la opinion absolvia entonces ¿qué digo absolvia? canonizaba lo que ahora condena. Esa y no otra es la verdadera causa, de que dos hombres parecidos como acaso nunca los hubo tanto, y colocados en idénticas situaciones, obraron de tan distintas maneras.

En resúmen: el drama fué uno, dos y contrarios uno á otro los desenlaces; porque la civilizacion influye poderosamente en los hombres; porque las preocupaciones, las circunstancias, los tiempos modifican, como dije al empezar nuestra controversia, sino la esencia de las pasiones, por lo menos sus efectos.

Paris y diciembre de 1841.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

BIOGRAFIA.

FRANCISCO GERARD.

CERRADO apenas el sepulcro de Cárlos Vernet, nuevo luto vino á entristecer á las artes: el Autor de la *Entrada de Enrique IV en París* siguió muy de cerca al de la *Batalla de Marengo*: los grandes pintores franceses se van del mundo.

Francisco Gerard, hijo de padre francés y de madre italiana, nació en Roma en 1770. A la edad de doce años fué llevado á París para tomar lecciones de dibujo del escultor Pajou, estatuario célebre y muy apreciado. De su escuela pasó á la de Brenet, pintor que á la sazon gozaba de mucha fama, pero que sin embargo solo se recordará su nombre por contar entre sus discípulos á David y á Gerard. Pronto pasó este á maestro en el taller de David, donde halló sus émulos en Drouais, Girodet, Gros, y Mr. Fabre de Mompelier.

Los principios de Gerard fueron muy penosos; pues la pobreza le agobió en sus mejores años, y su naciente genio, que hubiera hallado estímulo en la antigua monarquía, tuvo á la vez que luchar con la vulgaridad de la época republicana y con la general miseria. Su primer maestro de pintura, Brenet, habíale predicho que careceria de genio; y para consuelo de los vencidos en las oposiciones académicas decíaseles á menudo que Gerard nunca en sus estudios pasó de premios secundarios. Cierta laudable desconfianza de sí mismo, efecto de sus principios llenos de dificultades, contribuyó muchísimo á dar seguridad á su gusto y cierta madurez precoz á su talento.

Hase alguna vez renovado la memoria de un dibujo del 10 de agosto, bosquejado por el discípulo mientras el maestro pintaba á Marat dentro del baño y el juramento del juego de pelota: fué un tributo pagado á los errores de una época que harto feliz seria si solo errores tuviese que expiar. El espíritu juicioso de Gerard no tardó á conocer que para las bellas artes es mortal el aire de las revoluciones.

Su primer éxito debió de serle doblemente precioso por la parte que pudo reclamar la amistad. Fué en 1795: Gerard, de edad entonces de solo 23 años, acababa de dar la última mano á su hermoso lienzo de *Belisario*: hallábase abierta la exposicion hacia algunos dias, y negábase por el reglamento la admision de obra alguna despues de abierto el salon; no obstante, Isabey obligó á Gerard á presentar su obra, prometiéndole buenos resultados de su tentativa: hizo mas aun: compróle el *Belisario* por 3000 francos, con la condicion que se impuso él mismo de entregar á Gerard cuanto sacase de mas en otra venta que proyectaba.

Por una gracia especial, que desde entonces nunca se ha repetido y hace mucho honor á Isabey, fué admitido el cuadro, y expuesto en un rincon sobre un caballete por estar ya ocupado todo el espacio. Concediéronsele unánimes elogios, y cierto príncipe de una familia alemana lo compró por la suma de 12000 francos. Creemos que se halla actualmente en el museo de Munich. Isabey fué al punto á cumplir con la condicion que se habia impuesto con ingeniosa delicadeza en la primera compra.

Algunos dibujos señalados para el *Virgilio* y el *Racine* de Didot llenaron una época sin proteccion para las artes, y permitieron al Autor del *Belisario* acabar un cuadro de *Psiquis y el Amor*, que en el dia es aun objeto de admiracion. *El sueño de Osian*, que disfrutó los honores de la *Malmaison*, *las Tres Edades*, la *Batalla de Austerlitz*, *Homero abandonado en la isla de Chio*, *Dafne y Cloe*, la *Entrada de Enrique IV*, *Corina en el cabo de Misena*, *Felipe V, proclamado rey de España*, el *Extasis de Santa Teresa* y la *Consagracion de Cárlos X*, forman para el Autor una sucesion de triunfos brillantes y sin contratiempo.

Se ha discutido sobre cual de las obras de Gerard deberá proporcionarle mas sólida nombradía, y aun que sobre esto se nos permitirá estar indecisos, parece que la opinion pública señala con preferencia la *Entrada de Enrique IV en París*, bien que estas son disputas ociosas.

Muy pocas críticas han mordido en la carrera tan bien seguida de Gerard, quien las sentia vivamente, acaso demasiado; pero sabia aprovecharlas, y nadie como él hizo justicia á sus rivales. Felicitando Luis XVIII á Gros por su admirable cúpula de Santa Genoveva, respondió el ilustre pintor: «Traté de presentar la historia de Francia en cuatro capítulos.—*Decid en cuatro cantos*» dijo interrumpiéndole Gerard; y el Monarca, digno apreciador del genio, aprobó esta enmienda hecha por el talento y buen gusto.

Algunos curiosos han notado con sentimiento que las pinturas de Gerard *tienden á ennegrecerse*, usando de un término del arte ¿No es de temer que en el estado actual del comercio y fabricacion de colores vengan semejantes observaciones á *ennegrecer* en lo venidero las obras de la escuela contemporánea? La alianza entre la industria y las artes á menudo no es mas que una palabra vana: es la alianza entre la nacion francesa y la Gran Bretaña; la industria es la Inglaterra; la Francia el arte.

Superados con lentitud los primeros obstáculos, solo vió Gerard abierta para él una carrera de constante buen éxito y una fortuna cierta. Principalmente la época de la restauracion fuéle muy propicia, y todas aquellas recompensas con que se sabia realzar el prémio reuniéronse en este célebre pintor: fué titulado baron, oficial de la Legion de Honor, caballero de la Orden de San Miguel, miembro del Instituto de Francia, profesor de la Escuela Real de Bellas Artes, miembro del Instituto de Holanda y de las academias

de Viena, Berlin, Munich, Copenhague, Turin, Milan y San Lucas de Roma: ¿qué títulos faltaron á su mérito? Su fama afortunadamente á encontrado célebres grabadores, tales como los Desnoyers, los Toschi, y los Massard, que la han difundido y perpetuado. Su taller fué visitado por la mayor parte de los soberanos de Europa, y mas de cien retratos de sus ilustres contemporáneos acaso con el tiempo formarán una preciosa galería, si es que puedan reunirse aun comprándolos á peso de oro. Luís XVIII, Napoleon y Josefina el rey de Sajonia, Moreau y Bernadotte, Madama de Staël, Canning, Ducis, Cánova, David, Corvisart, Isabey, el mariscal Soult, Talleyrand, Lamartine y Humbold, Talma y la señorita Mars, todos quisieron ser retratados por su mano y todos estos retratos son obras maestras.

Tuvo á su cargo pintar las bóvedas de Santa Genoveva, y habia terminado su plan cuando vino la revolucion de julio y cambió el destino del monumento. El nuevo gobierno declaró que deseaba cumplir con los empeños contraidos por la restauracion; pero queria que se borrase el aspecto religioso de las bóvedas. En efecto, Gerard hizo algunas mudanzas en su plan, bien que cuidó poco de adoptar la idea del gobierno; pues arregló las cosas de manera que pudiesen permanecer lo mismo aunque el Panteon debiese volver á ser un templo católico.

Dichas bóvedas acreditan toda la profundidad del genio. La vista de Gerard empezó á debilitársele, y sus manos sufrieron algunos leves ataques de parálisis; pero no tuvo el pesar de sobrevivirse á sí mismo.

Gerard, siendo amante ilustrado de las ciencias y de las letras, relacionado con todas las personas distinguidas de su tiempo, dotado en grado superior del talento de la conversacion y espíritu sociable, supo atraer á su alrededor lo mas selecto de cuantos saben apreciar las ciencias, la literatura y las artes: su salon fué para la Europa artística y literata, lo que el de Cuvier para los sabios de todo el mundo; esto es un centro de atraccion y punto de reunion. Ambas casas, tan frecuentadas y de que hasta el mas insignificante escritor ó artista sabe dar las señas así en San Petersburgo como en Roma, hanse cerrado antes de tiempo: ¡quiera Dios que otras semejantes las sucedan para interés y gloria de la Francia!



Francisco Gerard.

SAN JACINTO.



SAN JACINTO,

Sacado del cuadro de Alfredo Johannot.

Observase en los edificios modernos algo que se aparta de la noble grandiosidad adoptada por nuestros antepasados; sacrifícase la sublime sencillez del conjunto á la profusion de adornos y pormenores: triste ejemplo de esta verdad es la iglesia de nuestra Señora de Loreto: nada hay imponente ni majestuoso en el aspecto de ese edificio, pero en desquite sobreabundan con prodigalidad los dorados, tapices, cuadros, arabescos; en una palabra cuanto se necesita para formar un elegante salon ó teatro, nada empero de lo que requiere un sitio destinado á la oracion y al recogimiento. Para el que ha visto las antiguas basílicas de España, como las de Sevilla, Córdoba y Granada; ó ha observado las catedrales de Italia y hasta las de la antigua Francia, el monumento de nuestra Señora de Loreto merece apenas el nombre de iglesia.

Si quisiésemos entrar en el exámen crítico de dicho edificio saldríamos de los límites que nos hemos propuesto, mucho mas cuando otros escritores han desempeñado dignamente esta tarea. Entre los cuadros que se ven en las paredes de esta iglesia los hay muy dignos de atencion: como muestra damos hoy el de San Jacinto de Mr. Alfredo Johannot, composicion severa y bella que ha sido bastante alabada.

ETHNOGRAFIA.

LOS ZINCALOS.

Extractos de la obra de M. Jorge Barrow.

PRIMER EXTRACTO.

De los Zincalos en general.

Sinonimia.—Idiomas.—Zingaris Rusos.—Madama Catalani y Cantora de Moscow.—Chinganys húngaros.—Gypsys ingleses.—Adivinas.—Jockeys.—Will ó Guillermo el Gypsy.—Thurtell.—Tribus Gypsys. Curraple.—Zingari de Oriente.—Artificio de Timour.—El obispo de Forli.

Mucho me costaria explicar porque la singular raza de que voy á tratar siempre ha sido para mí objeto de sumo interés; de tan antiguo cuanto mi memoria alcanza, jamás ví nombrar Gitanos ó Bohemios sin sentir no sé que emociones.

Los Gypsys á quienes he manifestado esto que por mí pasa, no lo han podido descifrar sino suponiendo que el alma que ahora anima mi cuerpo, en otro tiempo debió de animar un cuerpo de gitano; pues ellos creen en la metempsícosis, y lo mismo que los sectarios de Bouddha pretenden que sus almas, de puro pasar del uno al otro cuerpo, con el tiempo adquieren bastante pureza para gozar de perfecto reposo, que es la única idea que del paraíso se han formado.

He vivido en intimidad con los gitanos; los he visto en países diversos, y me he convencido de que, donde quiera que esten, sus usos y costumbres siempre son los mismos, bien que modificados por las circunstancias; uno mismo su lenguaje propio con ciertas variantes, y en fin que su fisonomía tiene un mismo carácter, un mismo aire de familia, al paso que su color, mas ó menos moreno segun la temperatura del clima, es invariablemente mas oscuro, al menos en Europa, que el de los indígenas de los países donde habitan, así en Inglaterra como en Rusia, así en Alemania como en España.

En estos varios países difieren entre sí los nombres con que se les designa, aunque no materialmente. Se les llaman Zingaris en Rusia; Zingarri, en Turquía y en Persia, y Zingeuner en Alemania; denominaciones que parecen nacidas de una misma etimología, y que muy fundadamente puede suponerse son una pronunciacion local de *Zincali*, voz con que se designan á sí mismos, mayormente en España, y que se cree significa *hombres negros de Zind*, ó de la *India*. En Inglaterra y en España generalmente se les denomina Gypsys y Gitanos, por la general suposicion de que vinieron de Egipto; en Francia Bohemios, porque la Bohemia fué el primer país de la Europa civilizada donde asomaron, bien que antes ya habian vagado mucho tiempo por las lejanas regiones de Eslavonia, como lo prueban las muchas voces de orígen eslavo, en que abunda su lenguaje.

Pero es mas general su denominacion de *Rommany*: esta palabra, de que luego hablarémos por extenso, es de orígen sanscrito y significa los *maridos*, ó cuanto pertenece al hombre casado; expresion quizás mas que otra alguna adecuada á una secta ó casta, que no tiene amor sino á su raza, que es capaz de hacer por los suyos los mayores sacrificios, y que detestada y despreciada por todas las demas, les devuelve con usura odio y desprecio, y considera como presa suya el resto de la especie humana.

Mas adelante tocaré estas cuestiones de orígen y linguística: sea la que fuere mi opinion personal, cualquiera que sea el país de donde proceden los Zincalis, ya Egipto, ya la India; me contentaré con decir aquí que no por esto dejan de ser hombres como nosotros, dotados de alma inmortal. Al emprender este bosquejo, no llevé otro objeto que mi humilde esperanza de llamar la atencion de los filántropos cristianos sobre ellos, y principalmente sobre esa fraccion degradada y miserable, los gitanos de España; pero antes creo que debo decir cuatro palabras de los *Rommanys* tales como los he visto fuera de la Península, pues que apenas hay comarca habitable del globo, donde no se les encuentre: sus tiendas así se levantan sobre los matorrales del Brasil como en los montes de Hymalaya; y su idioma se oye en Moscou y en Madrid, en las calles de Lóndres y en las de Estambul.

Zingaris ó gitanos rusos.

Los hay en todas las partes de la Rusia, menos en el distrito de San Petersburgo, del cual estan desterrados. En la mayor parte de las ciudades provinciales, viven en un estado semi-civilizado, ganando la subsistencia con el oficio de chalanes ó de albéitares; pero los mas desechan semejante modo de vivir, y sus bandas recorren el país como los antiguos Hamaxobioi, abasteciéndoles las herbosas llanuras de la Rusia

de que apacentar sus rebaños, que junto con el producto de la caza son el único medio de subsistencia de aquellos nómadas. Y no estan enteramente exhausto de dinero, pues muy bien saben sonsacárselo á la credulidad de los mondjicks ó paisanos, y no tienen maldito el escrúpulo de apropiárselo por medio del robo á falta de bestias que curar y de bobos que se hagan decir la buena ventura.

Estan los Zingaris dotados de maravillosa facultad para resistir el frio, y no es raro encontrarlos acampados en medio de la nieve, en tiendas de lienzo, con una temperatura de 25 á 30 grados bajo cero; pero en invierno buscan el abrigo de los bosques, que les ofrecen caza y leña.

Naturalmente hablando, la raza de los *Rommanys* tal vez es la mas bella del mundo, y entre los niños de los Zingaris rusos nótanse frecuentemente rostros dignos de otro Murillo; mas la continua exposicion á los ardores del sol, al rigor del frio, á las tempestades, al granizo y á la nieve, temprano destruye su belleza, y cuanto mayor es esta en la niñez, mayor es su fealdad á medida que crecen. *Si es menester un ángel para hacer un demonio*, á fe mia ellos realizan este adagio.

Toda mi vida me acordaré del aspecto de un anciano *attaman ziganskie*, ó capitan de Zingaris, y de su nietecito, que se me acercaron en la pradera de Novogorod, donde habia el campamento de una horda numerosa. Si el muchacho era un buen modelo para representar Astyanax, el viejo me pareció la espantosa imágen que Milton no osó pintar sino á medias; y solo le faltaba el dardo y la corona para ser una personificacion del monstruo que detuvo á Lucifer en los límites de su infernal *dominio*.

Ya que hablamos de los gitanos rusos, no hay que olvidar los de Moscou, los cuales, han llegado á obtener una posicion elevada en la escala social, fenómeno en la historia de aquella raza. No son ni vagabundos ni proscritos incapaces de comprender los beneficios de la civilizacion y de la vida sedentaria. Muchos habitan en casas grandes y bellas, se pasean en ricos coches, y rivalizan con la clase alta moscovita así por su exterior como por sus calidades intelectuales; emancipacion, cuyo mérito hay que atribuir á las mujeres de la colonia egipcia. Los Rusos gustan de la música y la cultivan; y sin embargo de que son buenos músicos, confiesan que las cantoras gitanas de Moscou superan á todas las del imperio de los czares. Cuéntase en Rusia que la célebre Catalani acababa de arrebatar con su canto á un brillante auditorio, cuando una de aquellas artistas moscovitas se atrevió á salir á la escena. Despues del canto de la italiana, el entusiasmo habia reventado en un diluvio de aplausos, pero despues del de la gitana, el llanto expresó la emocion: la Catalani lloraba á la par de sus admiradores; y de repente, quitándose un magnífico chal de cachemira, corrió á abrazar á su rival, y suplicándole aceptase aquel regalo de un príncipe: «Me lo enviaron, dijo, como á la cantora incomparable; y con este título, á vos mas que á mí os pertenece.»

El canto les vale gran provecho á estas cantatrices gitanas; las hay que con su voz han ganado con que mantener á su familia con lujo, al paso que otras se han casado con potentados rusos. Por manera que en Rusia nadie ignora que una amable y bella condesa de la noble y numerosa familia de Tolstoy es una Zíngara que antes figuraba en un coro de rommanys de Moscou.

No hay que suponer, empero, que todas las Zíngaras de Moscou alcancen tan brillantes posiciones; pues la civilizacion ha dejado á no pocas en zaga, y no todas son damas ni poseen raro talento. Allí hay cantatrices de calle, y cantatrices de teatro, de taberna y de salon; no faltan quienes sin ser enteramente disolutas, no tienen una virtud ni una moral sin tacha, que digamos; estas no gastan grande escrúpulo en los medios de ganarse el sustento, y sus maridos ó sus hermanos ejercen el oficio de chalanes.

En verano su punto de reunion favorito es Marina Rotze, especie de jardin campestre vecino á Moscou, adonde una noche mi curiosidad me condujo. Al llegar yo, como saliesen las Zíngaras de sus tiendas y de la *tractir* ó meson construido para la comodidad del público; me levanté en mi coche, y en alta voz les dije algunas frases en el dialecto inglés de los Rommanys. Alzóse un clamor de sorpresa, al cual sucedieron bienvenidas y bendiciones, entre las cuales percibí estas palabras: *Kak, mitute kamama!*—«cuanto te amamos»—pues es el caso que aquellas Zíngaras me tomaron por uno de sus hermanos nómadas de país lejano, que adrede atravesaba el gran *Panée* (el Océano) para verlas.

Tras una conversacion fraternal que satisfizo nuestra mutua curiosidad, se pusieron á cantarme varias canciones, ya en ruso ya en rommany: las primeras eran canciones populares modernas, de las que cantaban en el teatro; pero las segundas sin duda antiquísimas y muy originales, estaban sembradas de metáforas atrevidas y sublimes, y su metro se diferenciaba de todos los ritmos que yo conozco en la prosodia de Oriente ó de Europa.

Una de las mas notables:

Za mateia rosherroro odolata
Bravintata.....
«Su cabeza sucumbe al dolor, como si estuviese embriagada.....»

describe la melancolía de una doncella separada de su amante, la cual llama á su caballo

Tedjav manga garraoro.

para ir en busca del rey de su corazon, y compartir sus goces y sus penas.

Una coleccion de esas canciones, con su correspondiente traduccion y vocabulario, no seria indigna de la luz pública, y tal vez arrojaria nueva luz para aclarar la historia de la raza gitana; y no está falta la Rusia de literatos y filólogos, que con semejante trabajo harian un gran servicio á la literatura.

Exteriormente, las Zíngaras de Moscou profesan la religion griega, y las mas llevan cruces de cobre ó de oro; mas preguntándoles yo sobre este particular, me contestaron riendo que solo lo hacian por complacer á los rusos. Dos palabras tenian para significar Dios y el diablo: *Deval* y *Bengel*, muy semejantes á las españolas (gitanas) *Undebel* y *Bengi*. Hablemos ahora de los gitanos húngaros, ó sean, chinganys.

Chinganys.

Si bien la Hungría no llega á la décima parte del vasto imperio de los czares, hay allí tantos gitanos co-

mo en Rusia, y ocupan pueblos enteros y los arrabales de algunas ciudades. El sistema feudal subsiste aun en Hungría en toda su barbarie; y ni en Rusia pesa el derecho del señor tan duramente como allí sobre las clases oprimidas. Los campesinos rusos son esclavos, es cierto, pero gozan de algunos derechos y privilegios, que contrabalancean el excesivo poder de los boyardos: en Hungría solo dos clases son libres de hacer cuanto les acomode, los nobles y los gitanos; porque aquellos son superiores á la ley, y estos inferiores. Por ejemplo, en el puente de Pesth á todo artesano ó labrador que quiere pasarse le exige un peaje, —mientras el señor, ricamente vestido, pasa sin que le pidan nada, y tambien el Chingany, que se presenta casi desnudo con la mayor frescura del mundo y riéndose de la sumision y temor del plebeyo. Si incomprensibles en todas partes, en ninguna lo son tanto los gitanos como en Hungría, donde gozan de libertad en medio de los siervos, á pesar de que en apariencia son mas infelices que estos mismos. Su vida es allí abominablemente abyecta: habitan en tugurios donde se respira el aire infecto de la miseria; van vestidos de andrajos; á menudo comen carroña, y cosas peores, si no miente la fama popular; y sin embargo, á esos hombres medio desnudos, miserables, asquerosos, que disputan la presa á las aves de rapiña, siempre se les ve alegres, cantando y danzando. Tienen grande aficion á la música; y los hay que tocan el violin como verdaderos artistas.

(Se continuará.)

CARICATURAS DE LA LIGA.

Enrique III despues del asesinato de los Guisas.

De algunos años acá han hecho grandes progresos los estudios históricos, pues los hombres de talento y conciencia han sacudido el polvo de los antiguos manuscritos de las bibliotecas, que tantas riquezas atesoran, lo que ha proporcionado nuevas luces sobre las pasadas épocas. La Liga, uno de los acontecimientos mas importantes de la historia de Francia, ha sido el peor juzgado y menos conocido. Los escritores del siglo XVIII quedaron satisfechos con declamar contra los *Diez y seis* y contra el Consejo de la *Union*: trazaron la historia de la Liga con la *Sátira Menipea*, y la famosa procesion caricaturesca, documentos ambos de ingeniosa venganza. «La Liga, dice Mr. Capefigue en su grande obra sobre dicha época (1), fué la municipalidad católica defendiendo su constitucion y sus antiguos usos, á los que permaneció profundamente afecta al abandonarlos las clases superiores. La gran defensa municipal de París por la Liga nada tenia de ridículo; el pueblo sacrificaba su vida al santo de su bandera y á las libertades de la Casa municipal; y cuando vimos á los frailes tomar aun el arcabuz y sepultarse bajo las ruinas de Zaragoza, ¿podrémos burlarnos del espíritu religioso del siglo XVI? Los tiempos cambian, los grandes móviles de religion, patria y gloria se modifican; pero el heroismo es siempre un objeto grande, y cuando en holocausto se ofrece la vida no queda lugar para la ridiculez.

Vamos pues en el presente artículo á presentar bajo su verdadero aspecto la organizacion de la Liga, y la parte que en ella tuvo la monarquía hasta la muerte de Enrique III, manifestando toda la novedad histórica de los dos grabados que damos á nuestros lectores.

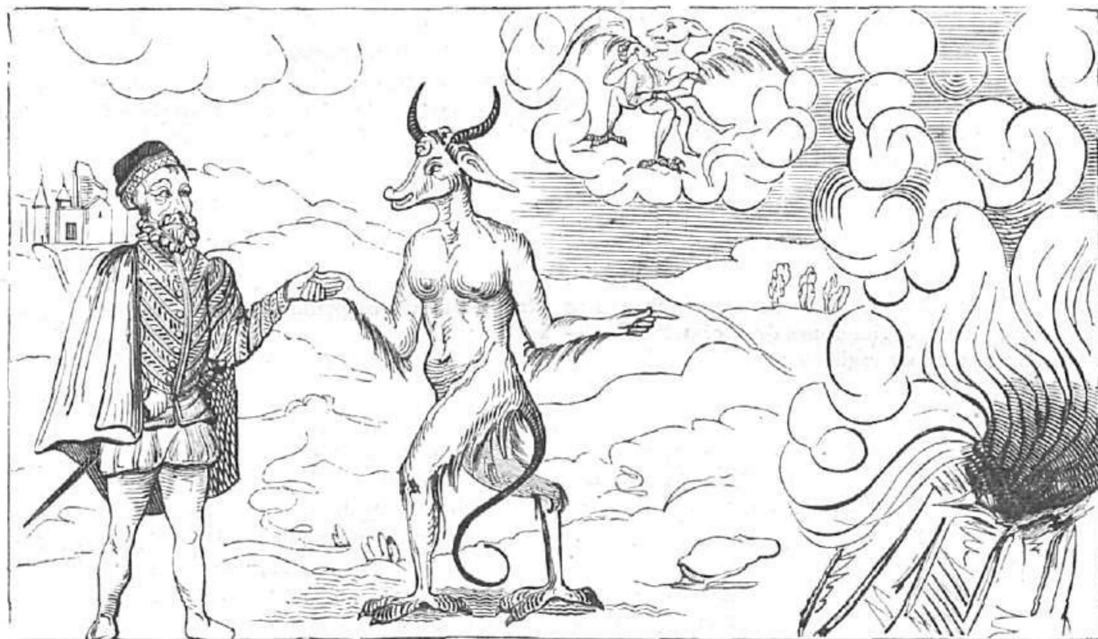
Enrique III ciñó la corona de Francia dos años despues de las sangrientas ejecuciones del San Bartolomé. Hallábase entonces el partido católico en plena posesion del poder, por lo que el nuevo soberano se apresuró á darle garantías; imprimió en todos sus actos un carácter religioso, de modo que las grandes procesiones, las romerías á los monasterios, las santas peregrinaciones y las cofradías tuvieron gran prestigio. «El Rey, dice un antiguo historiador, permaneciendo en París durante la cuaresma (1575) asiste diariamente á todas las parroquias é iglesias, á oir el sermon, la misa y hacer sus devociones. Luego el domingo 7 de febrero, fiesta de San Dionisio, mandó el Rey hacer una procesion general y solemne en la que salieron las reliquias de la Santa Capilla, y á ella asistió Su Majestad durante todo el curso rezando el rosario con grande devocion. Halláronse igualmente la corte y el cuerpo municipal, juntamente con los príncipes y caballeros, excepto las damas, pues no quiso el Rey que concurriesen diciendo que donde ellas estaban no habia ya devocion. Mas aun hizo el Rey: ¿deberémos hablar de sus visitas á todas las comunidades? Iba de una á otra parte á paseo con su esposa visitando monasterios, muchas veces en medio del fango y del mal tiempo: y hasta el sábado 7 de enero como se le rompiese el coche, anduvo una legua á pie en medio de un tiempo fatal, y llegó al Louvre pasada la media noche.

No desdecian tales procedimientos de las opiniones de la ciudad de París, mas no los creyeron sinceros los católicos. Habíase entonces formado un tercer partido, denominado *político*, cuya organizacion militar se hallaba en el Languedoc, donde estaba en contacto con los reformados; á la frente estaban el príncipe de Condé y los mariscales de Cosse y de Montmorency. La paz de 1576 entre Enrique III y los protestantes enagenó al rey toda la opinion del partido católico ardiente, el cual alzó voces contra las concesiones de la corona. De entonces, debió ya esta pensar en organizarse fuertemente por sí misma, eligiéndose gefes y fijando su constitucion. De lo cual se originó el gran poderío de la Liga. Era antiguo el proyecto de una liga católica que venia á formar la reaccion al movimiento reformador de Lutero, y se encuentran de ella ejemplos en todas las provincias de Francia en los años de 1570 á 1575. Esta es el acta especial de la provincia de Picardía: «Juramos y prometemos emplearnos con todas nuestras fuerzas á restablecer y mantener el ejercicio de nuestra religion católica, apostólica y romana, en que nacimos y en la que queremos vivir y morir. Pondráse en pie buen número de hombres infantes y caballeros, y se dispondrán las sumas y dinero necesario para ponerlos en guerra. Suplicaráse á Su Majestad que les legitime y autorice en atencion á que deben emplearse en cosas santas y necesarias. Y las provincias vecinas conservarán tan buena inteligencia que la una podrá

(1) *Historia de la Reforma, de la Liga, y del reinado de Enrique IV*; por Mr. Capefigue, 8 volúmen 8.° Paris Dufey.

socorrer á la otra. Y si algun católico, requerido que haya sido para entrar en la presente asociacion, pone alguna dificultad ó alega escusa, será tenido por enemigo de Dios y desertor de su religion, rebelde á su rey, traidor á su patria y por el consentimiento de toda la gente de bien dejado y abandonado de todos, expuesto á todas las injurias y opresiones que sobrevenirle puedan.»

Iguales formas de asociacion se encuentran en Bretaña, Anjou, Provenza, Normandía, de modo que llegaron á dar cuidado al consejo del rey. El proyecto de centralizar todas esas ligas particulares en una vasta resistencia, idea sencilla y natural confederacion de las provincias, fué la obra de un abogado de nombre David, uno de los caudillos del buen paisanaje de París, y uno de los oradores de las asambleas municipales. Despues del último edicto de pacificacion, habia demostrado perfectamente en buenos términos á los universitarios, parlamentos y gente baja, que era imposible marchar por mas tiempo de acuerdo con un rey que sin cesar entraba en pactos con los protestantes ¿No habia por ventura un medio de salir de un perpetuo vaiven? Y porqué no se habia de elegir un gefe ó conductor de la santa Liga católica? El abogado David propuso que se hiciera á Roma un viaje para implorar para la piadosa empresa la proteccion de su santidad el papa. En una pequeña asamblea en el lugar de reunion de los ciudadanos, comunicó á los mas influyentes el proyecto que habia formado en el interés de la casa de Guisa, sincera y legítima representante del emperador Carlomagno. Segun las ideas primitivas del abogado David, el duque de Guisa era aun el gefe de hecho de la corona católica y el poder se conservaba á Enrique III provisionalmente tan solo. Luego, se fué mas lejos : puesto que se elevaba al duque de Guisa, alzado por gefe de un gran partido que el pueblo formaba, ¿porqué no se habia de ceñir su cabeza con la corona? Para quitar el prestigio del derecho de herencia á los Valois y á los Borbones, comenzóse en una serie de hojas volantes á



Emplazamiento hecho á Enrique III para asistir á los Estados infernales.

hablar de la raza de los Capetos sobre la Carlovingia, cuya noble expresion subsistia aun en la casa de Lorena.

Donde quiera estaban preparados los ánimos á la grande asociacion católica, que ya proclamaba á su gefe y tomaba sus medidas; requirióse y pidióse al rey para que expidiera un edicto obligado á todos sus súbditos á profesar la religion católica. La incertidumbre del consejo de Enrique III iba decidiendo cada dia mas á los católicos de provincia á afiliarse en el gran proyecto de la Liga general. «En cualquier movimiento de opinion, dice Mr. Capefigue, hay dos partidos: uno que hace exposiciones, se queja y quisiera reformar sin destruir; otro que conspira para derribar. En las provincias no faltaban buenos católicos que se asociaban con el simple objeto de decidir al rey á proteger la religion de sus abuelos; los otros al contrario querian elevar al trono al de Guisa sobre las ruinas de los Valois. Conforme á la marcha general de los partidos dominó la faccion de Lorena porque era activa como complot, y marchaba la otra sencilla y pacíficamente como una mejora. En los momentos de crisis, las opiniones tímidas se cobijan só una de las violentas y cometen todo género de excesos sin haberlos deseado.»

Por un nuevo edicto de pacificacion (1577) aca-

baban de obtener los Calvinistas libertad de conciencia, plazas de seguridad, predicaciones independientes una jurisdiccion mixta y garantías para el porvenir. De este modo se vino á tierra la popularidad de Enrique III, contra cuya persona levantaban mil calumnias los folletos acusándole de hipocresía; y habia en todas las parroquias de París ardientes predicadores que denunciaban la debilidad del rey á la fe amenazada · «¿Debo yo deciros, exclamaba Mauricio Poncet, cura de S. Pedro des-Arcis, la conducta y actos vergonzosos de los que gobiernan el estado, el edicto de pacificacion que hace triunfar á la haregía, la insolencia, los escándalos y liviandades de los títeres perfumados?» Y predicando la cuaresma en Notre-Dame, desatóse con fuerza contra las cofradías de penitentes que contaban entre sus miembros á Enrique III » gentes todas depravadas y de mala vida, sociedades de hipócritas y ateistas que en secreto hacen cosas espantosas. He sabido por buen conducto que ayer noche, que fué el viernes de su procesion, andaba el asador para la cena de esos señores penitentes, y que despues de haber comido sendos capones, hicieron colacion por la noche con tiernos polluelos que les habian aderezado. Ah! desdichados hipócritas, con qué vosotros haceis burla de Dios y de los santos, encubiertos con máscaras, y haceis gala de continencia con cordeles en vuestras cinturas! No allí, por Dios debierais llevarlos, sino en vuestras espaldas y cogotes, y bien apretados, que no hay entre vosotros uno que no lo tenga bien merecido.»

A tales palabras irritábase profundamente la muchedumbre, cuyos corazones removian las fechorías de un rey anunciadas por boca de un clérigo. Picantes folletos, extrañas caricaturas, todo se asestaba contra la persona de Enrique III; con tales documentos de la malicia y de las agitaciones de un pueblo, recogidos en una especie de registro parlamentario conocido bajo el nombre de diario de Enrique III, se quiso escribir la historia de un príncipe, á quien sin duda es preciso juzgar con mas calma. Nosotros que tan familiarizados estamos y conocemos el valor de sátiras y caricaturas (por ingeniosas que en sí sean), seríamos culpables si no nos preservábamos en la historia de semejantes pasiones. Del punto en que Enrique III se separó del partido católico mas extremado, vióse ajado por él mas que por ningun otro partido, pues sabido es que á nadie perdonan menos las opiniones exageradas que á los tímidos y moderados de su color. No habia acusacion que contra el rey no se dirigiese, y seria muy largo enumerar las locuras que se le atribuyeron con el pretexto de sus elegantes, jóvenes de modales suaves y de continente afeminado. Sobre tal propósito hallamos en la obra de Mr. Capefigue un pasaje que nuestra imparcialidad histórica nos induce á citar.

«No pretendo yo juzgar ni justificar ninguna cosa, mas al ver á los valientes jóvenes Schomberg, Queluz, Maugiron, S. Mégrin, desenvainar con tanta decision sus aceros, correr á los duelos como á una fiesta, exponer sin reparo sus cabezas rizadas á la muerte en servicio del rey, no nos será lícito borrar algunas de las acusaciones que acumuló contra ellos el espíritu de partido? Hablo de este abandono, de esa vida íntima de palacio en una época de asesinatos y envenenamientos, ¿no era natural que el rey, que se hallaba á la vez en presencia de los partidos protestante y católico extremos, se confiara á la guardia de tales jóvenes, que se acostaban cerca de su cama y velaban su vida con toda la ternura de compañeros de armas? Que cosa mas natural tambien que el rey recompensara su fidelidad con empleos de confianza cuando todos le abandonaban y con prodigalidades merecidas? Y qué cosa mas sencilla igualmente que los partidos, que lo desnaturalizan y tergiversan todo, hayan buscado en tales testimonios de una confianza ilimitada relaciones secretas y vergonzosas? *Mignon* (era el nombre de los elegantes, pajes reales, guardias de corps, como quien dice) significaba entonces bravos y nobles compañeros de infancia, del mismo modo que *menins* significó mas tarde los nobles compañeros del Delfin. Eran ellos locos mozalvetes, deseosos de honra y á mas que se consagraban al servicio del príncipe en el tiempo en que le abandonaban los partidos extremados.

Robustecian la Liga todas las predicaciones contra Enrique III, desarrollándose de esta suerte cada dia mas las causas que la habian motivado, y la incertidumbre del rey en todas las cuestiones de fe y de interés religioso ligaban mas estrechamente á los ardientes celadores del catolicismo. Formaba la Liga un cuerpo, fundaba los principios de su gobierno, circulaban sus actas entre el paisanaje de París y en las provincias; habia adoptado á la casa de Guisa, única ardiente, decidida, única que ofrecia seguridades al partido que á ella se confiara. Firmábase en las ciudades la carta de union, como único medio de resistir á la nobleza territorial que protegia las doctrinas calvinistas, siendo públicos y abiertos tales precederes, pues no se ocultaba el partido catolico. Por lo cual Enrique se vió obligado á dictar edictos contra cualquier autorizacion que se formase sin real autoridad. «Primo escribia al mariscal de Matignon, sabido hemos que los de Rouerque, Quercy, Auvernia y Gevaudan hanse ligado entre sí, y aun que lo hayan hecho bajo el pretexto de contener á los perturbadores de su reposo, sospecho que el pretexto encubra otra cosa que podria perjudicar grandemente á mi servicio y que se opone directamente á mi autoridad. Id á Rouerque y á sus cercanías; haced que se disuelvan dichas fuerzas, ó al menos, caso de hallarse ya levantadas, haced que no se engruesen ni se empleen en malos usos; cuando os halleis á la vista de las cosas podréis juzgar mejor de ellas y os hallaréis en mejores disposiciones para proveerlas de pronto remedio como conviene, confiándome á vuestra afeccion para tal negocio que es preciso no descuidar, sino que prontamente id á prevenir el mal. Todo lo cual no desanimaba sin embargo á la Liga que se veia demasiado fuerte para desvanecerse por alguna que otra medida de la corona.

La ciudad de París, gefe y cabeza de la santa union, estábase entonces organizando para tomar la iniciativa en el movimiento católico que se disponia á las órdenes del duque de Guisa. La antigua constitucion municipal de la ciudad no podia adaptarse mejor con todo proyecto popular: el pueblo y las cofradías elegian sus magistrados; tales eran los prebostes de los mercaderes, los gefes de cuartel *(quarteniers)*, en número de diez y seis, los oficiales del rondon ó los diez *(dizainiers)*, todos los cuales tenian grande influjo so-

bre la muchedumbre que se reunia en sus salas de sesiones. Dichos magistrados ejercian su autoridad sin depender de nadie, convocaban á los vecinos, juntaban la guardia de la ciudad, abrian ó cerraban las puertas á su albedrío etc. y todos los habitantes obedecian á las órdenes de los señores Regidores. El espíritu católico de la ciudad de París la habia hecho entrar en la Liga, y cuando los agentes del duque de Guisa se presentaron para obtener su firma para la santa union, todas las cofradías y gremios adhirieron á ella sin dificultad. Conformábase á mas no poder la organizacion de la Liga con el espíritu del sistema municipal. El consejero de Estado de Lezeau, que tan preciosos pormenores nos dejó sobre el movimiento popular de París, habla así de la union: «Los primeros que pusieron mano al grande negocio de la Liga fueron los señores de Rochibond, ciudadano de París, sujeto muy virtuoso; Juan Prévot, cura de S. Severino; Juan Boucher, cura de S. Benito, y Mateo de Launoy canónigo de Soissons. Luego agregaron á su confederacion y asambleas otros varios, entre los cuales eligieron diez y seis que distribuyeron por los diez y seis cuarteles de París, razon por la cual, mas tarde los mas entusiastas del partido fueron llamados los *Diez y seis*.

La cólera del pueblo manifestóse el dia de las barricadas (mayo 1588), el objeto de cuyo dia era muy sencillo; era apoderarse del rey para disolver el partido político que se oponia á los proyectos de la santa union. Los dias de S. Bartolomé habíanse empleado contra los protestantes, á quienes arrebataran ya el poder, el otro dia se intentaba la misma revolucion contra los políticos al mando del duque de Epernon. No ignoraba Enrique III los proyectos decisivos de las cofradías de París, ¿pero debia él abandonar á sus amigos para formar una administracion segun las miras de la union? Lo mismo hubiera sido abdicar la corona, pues que el rey en manos de los católicos hubiera quedado privado de toda fuerza de accion. Decidióse pues el Consejo á rechazar la fuerza, y mandó que entrasen en la capital cuatro ó cinco mil hombres de tropas suizas, bien armadas, las cuales debian apoderarse de los puestos y principales plazas que dominan la ciudad. La venida de tales tropas impresionó vivamente al pueblo: ¿Qué iba á suceder? todos cerraban puertas y ventanas. El dia siguiente aparecieron erizadas de barricadas todas las puertas y las tropas del rey, atacadas en todos los puntos, no pudieron abrirse paso ni reunirse en masa para resistir.

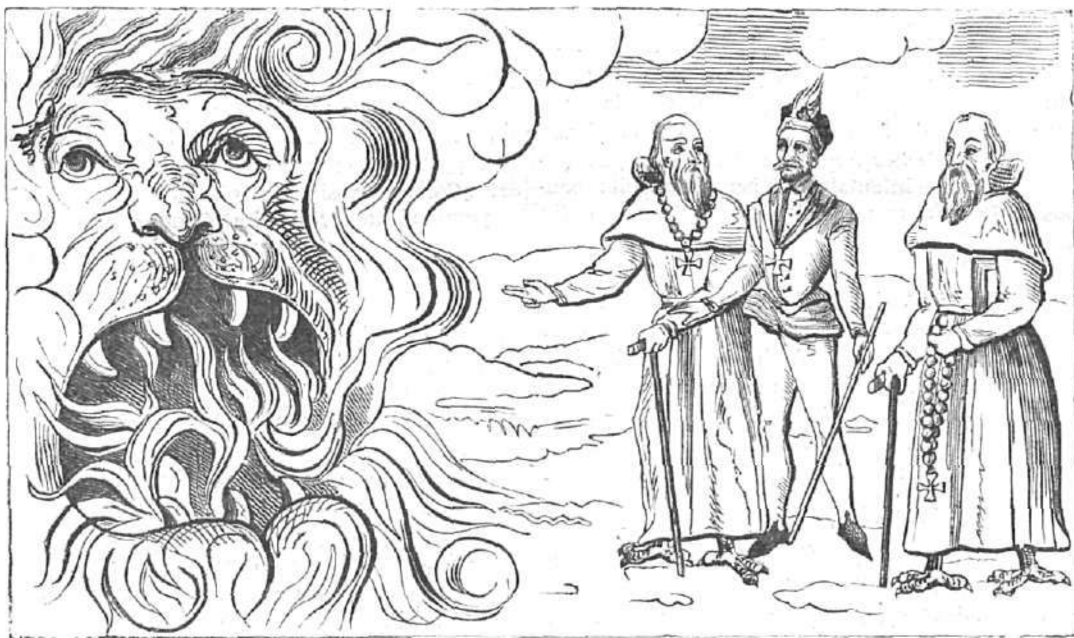
El principal objeto del movimiento era, como hemos dicho, apoderarse de la persona de Enrique III, núcleo del partido político. El duque de Guisa habia tomado todas las medidas conducentes al objeto. Convenia pues que el rey saliera de París; libre de la rebelion, fácilmente podria reconstruir su partido y constituirse en punto de apoyo de cuantos se separasen de la Liga. Ni quedaba otro recurso. «Su Majestad, dice un cronista, salió á pie del Louvre, con una varilla en la mano, como que iba (segun acostumbraba) á pasearse por las Tullerías con alegre continente como en el mejor dia que hubiese salido el sol para él. En las Tullerías se hallaba su caballería. Allí subió el rey á caballo con la parte de sus acompañadores que pudieron subir, los que no pudieron ó se quedaron ó fueron á pie. Salió por la puerta Nueva, y volviéndose á la ciudad, dijo contra ella algunas palabras de indignacion, contra su ingratitud, su perfidia y traicion. Por la noche fué á dormir á Trappes, y al otro dia á Chartres, donde poco á poco fueron juntándosele los suyos.» De esta suerte quedaba dueño de París el de Guisa, quien, exaltado de todos los ciudadanos altos y bajos, fué colocado al frente del gobierno y de la administracion de la ciudad.

Medió una transaccion entre Enrique III y el duque de Guisa, por la cual se convino que se convocarian para Alois los Estados generales de la monarquía. El catolicismo debia tener en ellos mayoría. Era la Liga un gran contrato de union y mutua seguridad, tenía en cada provincia ramificaciones, obraba con un solo pensamiento y bajo una sola direccion, habíanse ligado con sus intereses las mas de las ciudades municipales, tenia sus capítulos de agravios, sus órdenes y voluntades. De tal suerte organizada la mayoría, es difícil que no sea suya la eleccion. Pronto hubo adquirido el duque de Guisa la seguridad de que estarian á su devocion los estados de Blois, lo cual sucedió. Enrique III se habia siempre engañado en creer que su nombre era aun poderoso para el partido católico; es verdad que en sus primeros años habia hecho grandes servicios al catolicismo, mas una vez hecho rey se habia borrado su memoria. La calidad de gefe de partido, su influencia sobre todo, está ligada con la imperiosa condicion de favorecer los caprichos, odios y pasiones de tal partido; en sacudiendo tal ley ú olvidando tal condicion es execrado el gefe: y tal era entonces la triste posicion de Enrique III ¿Cómo es posible imaginar que pudiera disputar la popularidad al de Guisa? Cómo esperar que derribando esta casa con un golpe de estado, adquiriria él su grandeza é influencia? Extinguida la raza de los Guisas, *no hubiera dejado de encontrar la Liga* otra para sublimarla por su gefe.

El rey se contentó empero con la ejecucion de los príncipes de la familia de Lorena, los cuales fueron cruelmente asesinados en una sala del castillo de Blois. ¿De dónde nació este golpe fuerte, súbito y desesperado? Quién lo impuso á Enrique III? Nada positivo se sabe, pero todo induce á creer que el asesinato de los príncipes de Lorena, el golpe de estado de Blois, lo sugirió el tercer partido del duque de Epernon, amenazado por el puñal de la Liga y que ofrecia los bravos de su ejército al rey quejoso. La noticia de la muerte del duque de Guisa y del cardenal su hermano llegó á la municipalidad de París á vuelo de pájaro, como quien dice, por el conducto de un llamado Verdureau, que pudo escapar antes que se cerraran las puertas de la ciudad de Blois y corrió luego tanto que llegó el dia siguiente sobre las siete ú ocho de la noche.» A media noche, los municipales reunidos en la casa de la ciudad se apresuraron á escribir la triste nueva á la familia de Guisa. Decian al duque de Lorena. «Monseñor, por Mr. d' Aumale sabreis la tropelía cometida en la persona de monseñor de Guisa, como la hemos sabido por dos correos que acaban de llegar. Tal nueva nos ha sumido en tal perplexidad y afliccion que no podemos significároslas, pero conocemos que amenaza peligro á nuestra religion y á todo cuanto mas apreciamos en el mundo. A Dios apelamos y á lo mejor que nos dió para abrazar de todo corazon su causa y la nuestra. En tal conflic-

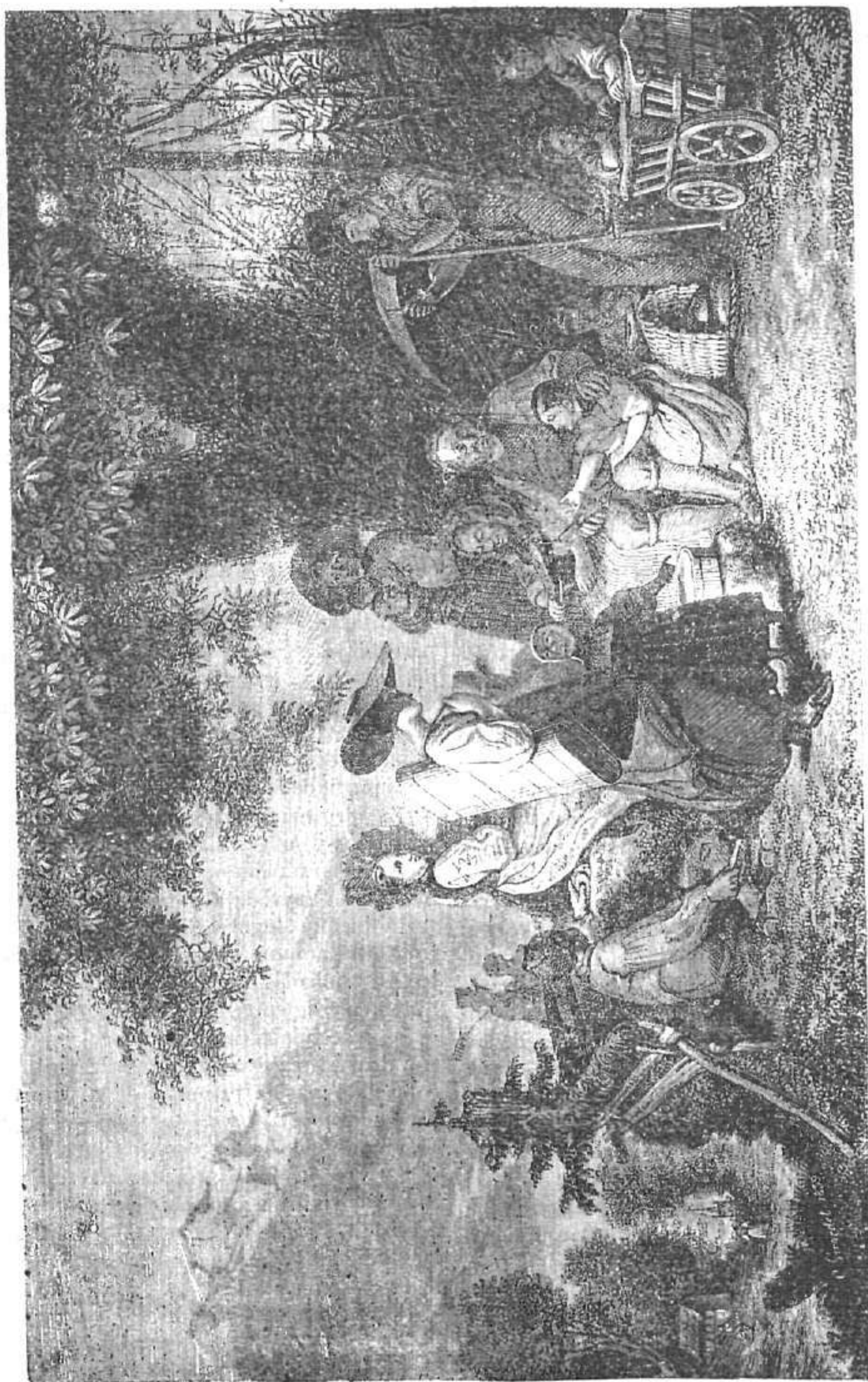
to su divina bondad nos ha asistido siempre con príncipes de vuestro nombre. Por nuestra parte os ofrecemos seguridad de nosotros; dignaos aceptarla. 24 de diciembre de 1588, á la media noche. «Jamás noticia se divulgó mas rápida y extensamente, y el pueblo de los barrios bajos y artesanos, el mismo que se levantara en masa el dia de las barricadas, reunióse tumultuosamente armado. En tropas iba la gente á escuchar los sermones de su parroquia, declarando en el púlpito el doctor Lincestre: » Que el infame Herodes, esto es Enrique de Valois, no era ya su rey, vistos los perjuicios deslealtades y asesinatos por él cometidos contra los católicos.» Fué el primer grito del pueblo contra Enrique, cuyas armas que se hallaban en la puerta de la Iglesia, arrancó el pueblo con furia y las hizo pedazos, las pisoteó y echó al rio.

A Mr. Capefigue somos deudores de preciosos documentos sobre la Liga, de los cuales extraemos las dos láminas que con este artículo publicamos. Esta curiosa coleccion de estampas contemporáneas del asesinato de los Guisas y de la muerte de Enrique III se ocultaban hasta ahora en los montones de la Biblioteca real; tuvimos la fortuna de ser los primeros en verla y los primeros tambien publicamos dos caricaturas populares contra Enrique de Valois, tomadas del original único en Francia groseramente grabado en 1589 *por Dubreuil, con permiso y aprobacion de los doctores de la facultad de teología*: las cuales dan á conocer el espíritu del pueblo en esta época de efervescencia mejor que toda explicacion. Semejantes caricaturas que se vendian públicamente por las calles mantenian vivo el entusiasmo del pueblo contra el rey y preparaban su malhadado asesinato; pasados seis meses, en S. Cloud, Jacobo Clement le metia su cuchillo en la *panza*, como dicen los folletos de esta época, con grandes aplausos de los de la Liga.



Ermita preparada á Enrique de Valois.

CENA DE ALDEANOS DE OBERLAND-BERNOIS DE GIRARDET.



CENA DE ALDEANOS DE OBERLAND-BERNOIS,

DE GIRARDET.

ENTRE la multitud de lienzos célebres que hubo en la exposicion de Francia, de 1839, notábase el cuadro que representa la lámina que participa del género que llaman de costumbres y del de paisaje: lo primero por la finura y expresiva viveza de las figuras trazadas sin petulancia, y lo segundo porque en este cuadro se ve la naturaleza representada con rara fidelidad. Por lo demás el lector tiene la lámina á la vista, y no podrá dejar de sentir el atractivo que ofrece ese grupo que rodea al anciano, quien con su pipa presenta un modelo de verdad y sencillez natural.

ETHNOGRAFIA.

LOS ZINCALOS.

Extractos de la obra de M. Jorge Barrow.

PRIMER EXTRACTO.

De los Zincalos en general.

CONTINUACION (*).

Lo mismo que todos los miembros de la raza gitana, los Chinganys entienden en enfermedades de caballos; alternativamente son caldereros y herradores; sus mujeres dicen tambien la buena ventura; y unos y otras son muy ladrones. En un país, donde la vigilancia de la policía trae acorralados á los demas habitantes, los Chinganys van y vienen como mejor les place. Frecuentemente pasan las fronteras; y si bien vuelven ricos con sus rapiñas, pronto lo gastan todo en comilonas, fiestas y bailes. Se dividen en bandas de diez á doce hombres, y de este modo van hasta Francia, y aun hasta Roma. Viajando yo por Italia, á pocas leguas de Génova me detuve para calentarme junto á un horno de cal: cerraba la noche, y el suelo estaba muy frio; cuando poco despues llegaron tambien para calentarse tres individuos, un hombre, una mujer y un niño. Pusiéronse á conversar en un idioma que creian desconocido para mí; hablaron de sus ganancias, y comprendí que su oficio no era de los mas lícitos. Su haber ascendia á novecientos escudos. «Aguardemos, decian, á nuestros camaradas.» Eran Ghinganys; y á pesar de todas mis simpatías, no tuve á bien fiarme de aquellos honrados húngaros ni esperar á los otros, y guardando para otra ocasion el hacer alarde de mi inteligencia en el idioma rommany, continué mi camino.

Cuando Napoleon invadió la España, habia chinganys en sus ejércitos; por lo cual no faltaron algunos raros encuentros de los chinganys húngaros y los gitanos españoles en el campo de batalla, y uno referiré cuando hable de los últimos. En las poblaciones el primer cuidado de aquellos era buscar á los gitanos; su reunion era una fiesta de familia, y estos pronto admiraron la superioridad de los primeros en todo lo de su oficio, como que todavía hablan de ellos como de unos verdaderos héroes. Entre otros establecióse en Córdoba un chingany, que ha dejado gran fama de ladron, y que da asunto á sendos cuentos en las ventas de la comarca.

En ninguna parte se ha conservado la lengua gitana como en Hungría, y aun cuando los chinganys hablan húngaro, se les conoce muchísimo el acento propio; por lo cual parece han perdido menos que los demas Rommanys la tradicion de su primitivo orígen.

Aparecieron los primeros gitanos en número de ocho mil por los años de 1417, en el reinado de Segismundo, y se establecieron en Moldavia, cerca de Szuesava, con permiso de Alejandro, vayvoda de aquella provincia. Durante los años siguientes, fueron sobreviniendo nuevos aventureros de la misma raza, que hacian incursiones en Valaquia, Transilvania y Hungría; y particularmente una banda, guiada por su gefe ó Vayvoda Laszlao (Ladislao) se fijó en Zips (Scepusium), y en 1423 obtuvo del rey Segismundo un diploma que la autorizaba á habitar junto á las ciudades libres y reales; privilegio, que ponia á aquellos aventureros bajo la inmediata proteccion del monarca, por cuanto *libera regiaque urbs* en Hungría se considera como *palatium regis*, palacio del rey. Al mismo tiempo aquel príncipe autorizó al vayvoda de los mismos para que entendiese en sus querellas domésticas. Pzay y Fredvalszky citan otro diploma de *emigracion libre* concedido por Wladislao al vayvoda Tomas Bolgasz y á *sus veinte y cinco egipcios que vivian en las mismas tiendas.*

Antiguamente los gitanos húngaros en su mayor parte eran *súbditos del rey*; pero hoy en dia lo son de los nobles, en cuyas tierras habitan. Si jamás tuvieron religion propia, por cierto la han olvidado, pues generalmente se conforman con las ceremonias religiosas del país, ciudad ó lugar donde se establecen, sin curarse de la doctrina.

En otro tiempo cada tribu húngara tenia su gefe y su juez; y en Transilvania los chinganys pagaban á su vayvoda un tributo, que en 1558 una ley fijó de esta manera: «Vayvoda Ciganorum juxta veterem consuetudinem á singulis Ciganis nonnisi florenum unicum ultra annum exegant; ad Georgii festum denar. 50, ad Michaelis totidem.» Estos vayvodas se elegian libremente de entre las familias mas distinguidas, y se les proclamaba con grandes aclamaciones, y conservaban el registro de los privilegios que les habian concedido varios príncipes de la Transilvania, y en particular los Batorys. En 1588 y 1660 fué abolida aquella dignidad.

En vano la emperatriz María Teresa y José II probaron de civilizar á los chinganys, que, segun el padron de 1782 eran cincuenta mil en Hungría, número que ha ido disminuyendo desde entonces.

Gypsys ingleses ó Rommanys.

Pocos países hay menos favorables que la Inglaterra para la vida errante de los gypsys. Los rápidos adelantos de la agricultura y de la industria han hecho desaparecer los bosques y los desiertos; el último acre del territorio británico es vigilado con ojos los mas celosos; leyes severísimas persiguen la holgazanería; y sin fiarse de los guardas de la policía rural, la pro-

(*) Véase la página 482.

piedad se protege á sí misma con trampas y máquinas mortíferas. Sin embargo, todavía en Inglaterra se resiste el gitano ó gypsy contra la civilizacion, y prefiriendo la maldicion de Cain á una morada fija, el carro cubierto y la tienda son su casa, y raras veces acampa mas de tres dias en un mismo sitio.

Diríase que su obstinacion ha triunfado de la ley, segun hasta ahora ha vivido en Inglaterra como una *raza privilegiada : no se le reconoce legalmente, pero* se le tolera, pues la experiencia ha enseñado á los magistrados ingleses que ni todos los rigores de nuestra legislacion podrian apartarle de su inveterada costumbre.

Tres siglos ha que los gypsys llegaron á Inglaterra, donde se les recibió con una persecucion que tendia nada menos que á su completo exterminio. Ser gypsy era crímen de muerte; y así es que las horcas inglesas crujieron sendas veces con el peso de los cadáveres de esos proscritos, al paso que los que sobrevivieron hubiéronse de esconder materialmente debajo de tierra para escapar con vida.

Pasó este tiempo; y cansándose sus perseguidores, los gypsys saliendo de los escondrijos y cavernas, de nuevo aparecieron mas numerosos; y escogiendo cada familia ó tribu un canton, repartiéronse buenamente el país para explotarlo con su industria.

En la Gran Bretaña, los gypsys son chalanes, albéitares, etc. y á veces tambien remiendan los utensilios de cobre y de estaño; y sus mujeres dicen la buena ventura. En general plantan sus tiendas á la sombra de los árboles, ya cerca de un pueblo, ya de una ciudad. Como el clima de Inglaterra es tan favorable á la belleza de las formas, en ningun otro país tienen ellos el aspecto que allí : oscuro es su color, mas no desagradable; su cara oval, regulares sus facciones, su frente un tanto baja, y los pies y manos pequeños. Los hombres son mas altos y mas activos que los campesinos ingleses, hablan el inglés con facilidad, y en todos sus gestos se nota gracia y despejo : contraste completo con la raza inglesa que habita los campos, ruda y pesada en el habla, y sombría y brutal en sus maneras.

El dialecto rommany, que hablan los gypsys, bien que entremezclado de voces inglesas, puede considerarse como puro, ya que es inteligible para la raza que encontré en el centro de la Rusia. Excluidos de la sociedad, ellos violan sus leyes; mas cualesquiera que sean sus crímenes, no tienen grandes vicios, y los hombres no se dan á la embriaguez, ni á la prostitucion las mujeres, pues que castigan y detestan tanto á la una como á la otra.

Varios eran los cargos, en que se fundaba la persecucion, que antiguamente tan cruda guerra hizo á los gypsys; y entre otros contábanse el robo, la brujería, y el envenenamiento de ganados. Si eran ó no inocentes de tales delitos, difícil seria justificarlo de un modo absoluto.

Por lo que á la brujería atañe, bastaba creer en hechiceros para condenar á los gypsys, ya que ellos mismos se hacian pasar por tales; y como no solo los gitanos ingleses, sino todos los del mundo se han vanagloriado siempre de poseer aquella ciencia, á sí propios y no á otro tenian que echar la culpa de que por semejante crímen se les persiguiese.

La mujer gypsy es quien generalmente explota esta parte de las artes tradicionales de su raza; y aun hoy en dia predice lo venidero, prepara filtros, y es dueña del secreto de inspirar amor ú odio; y tanta es la credulidad de toda la especie humana, que hasta en los países los mas civilizados una adivina hace su agosto. No ha muchos años que dos mujeres, vecinas y amigas, fueron sentenciadas por envenenadoras de sus maridos. Enamoradas de un mismo hombre, aquellas dos desventuradas habian en épocas diversas y simultáneamente satisfecho ciertas cantidades á una gypsy, que les aderezaba hechizos para hacerse amar, los cuales, ú otros medios tan fatal efecto produjeron, qué el hombre tuvo relaciones criminales con ambas vecinas. Supiéronlo al cabo los maridos, y queriéndolo estorbar, fueron envenenados; y presas las dos culpables no manifestaron la menor emocion, hasta que oyeron su sentencia. No se puede describir el terror que entonces se apoderó de ellas; y confesaron que la gypsy, que habia ido á verlas á la cárcel, les prometió que, con el poder del mismo arte que les habia valido el afecto de su amante, podria muy bien protegerlas contra sus jueces. Supongamos ahora que ese acontecimiento hubiese pasado en el siglo XV : la confesion de las culpables no hubiera sido una prueba contra la hechicera? y si esta se hubiese vanagloriado de sus sortilegios ante el tribunal, ¿cómo hubiera podido evitar el suplicio entonces impuesto á los profesores de la mágica negra?

Antiguamente se acusaba á los gypsys de causar la enfermedad y la muerte de los ganados; acusacion que en verdad no carecia de fundamento, ya que hasta en el siglo XIX, así en Inglaterra como en otras partes, vemos todavía que los Rommanys emponzoñan realmente á los animales, con el fin de que se les pague para curarles ó de aprovecharse de sus cadáveres. A muchos se les ha sorprendido mientras de noche echaban unos polvos en los pesebres. Tambien tienen drogas que dan á comer á los cerdos, ya para que mueran repentinamente, ya para que se duerman : trás esto llegan ellos á la casa, y compran los restos del animal, que comen sin ningun escrúpulo, pues bien saben que el veneno solo afectó *á la cabeza, sin infiltrarse en la sangre ni en la carne.*

Los gypsys ó Rommanys de Inglaterra tienen grande aficion á las corridas de caballos; no hay mejor *jockey* que ellos, y no faltan quienes pretendan que el *jockeyismo* y las corridas fueron instituidas por los egipcios. En su jerga anglo-rommany, *jockeyismo* significa el manejo del látigo, y llaman *jockey* á los enormes látigos que regularmente llevan. Y no solo á las corridas son aficionados; pues tambien hubieran brillado en los juegos olímpicos de la antigüedad, así por las proezas del hipódromo, como por los ejercicios de la lucha y del pugilato.

Mucho se ha escrito de los gypsys de Inglaterra, pero todo en general; nadie ha tomado al gypsy de la mano; nadie le ha seguido en su vida errante, debajo de su tienda portátil, en la arena de sus juegos. Lo confieso, mis simpatías para con él desde mi niñez me familiarizaron con sus costumbres; así e que he visto de cerca varios héroes de la raza, y admirado sus hechos. Apenas contaba yo catorce años, cuando conocí al terrible Thurtell, y asistí á una lucha célebre, que se dió en un prado, á la orilla de un claro arroyo, á una legua de N. Thurtell tenia la presiden

cia, porque nada se hacia sin él; en todas partes su voz era obedecida, y hasta del fondo mismo de la cárcel enviaba sus mandatos. Todavía me parece verle en aquel prado, pálido y sombrío como siempre, y rodeado de sus campeones: era un verdadero Fierabras, que se desvivia por los grandes puñetazos, así como por los grandes reveses y estocadas los paladines de Ariosto. Jactábase de que él habia hecho serios y dramáticos los juegos campestres, esto es que él habia introducido el derramamiento de sangre y fractura de costillas en los antes pacíficos entretenimientos. Frecuentemente salia á la liza, y ningun lidiador de puñetazos se atrevia á desafiarle dos veces; y á menudo, solo despues de haberlos vencido á todos, despues de conquistar por la fuerza la presidencia, dirigia los detalles del programa, y regulaba sus incidentes.

De repente llegan tres hombres á caballo, salvando al escape hoyos y barreras con asombrosa rapidez. «*Es el gypsy Williams y su banda*, dice una voz; *no nos faltará otro combate!*» Estaba conmovido de curiosidad, y me preparé para un espectáculo que para mí tenia no sé qué atractivo. Plaza á Will el gypsy! Este nombre resonaba como el toque de una trompeta.

He visto gitanos de diversos países, rusos, húngaros, turcos; y tambien hermosos hombres de la raza cristiana; pero nunca tres individuos tan notables por las formas como los tres que llegaron. Dos de ellos se apearon, y llevaron del diestro á sus caballos; el mas alto de estos casi era gigante, pues no bajaba de seis pies y tres pulgadas de Inglaterra: pero no era este el designado con el nombre de Will el gypsy, sino el otro que, aunque no tan alto, al punto llamó mi atencion por su fisonomía mas característica, su pelo largo y crespo, su color oscuro, casi negro, su mirada penetrante. Tambien se me figura verle aun: iba vestido de jockey; en la mano llevaba un látigo enorme, y en la cabeza (cosa que me admiró muchísimo) un sombrero puntiagudo con alas anchas, muy parecido al de los Andaluces. No tan alto como su compañero, con todo casi no bajaba de seis pies, y ¡qué brazos los suyos, que piernas y que músculos! El tercer gypsy, que se quedó á caballo, mas que hombre era un fantasma. Pálido como la ceniza, vestido de color gris, cubierto de polvo, singularmente feo, no se podia ver si era mozo ó viejo, gastado por los años ó por las fatigas de la vida; y no se daba maldita la pena de apearse, porque cojeaba de un pie, bien que á caballo no habia mejor ginete. Despues supe que le miraban como el hechicero de la tribu.

Habia que desocupar el recinto, cosa difícil siempre; pero Thurtell fuése para los dos gitanos, y diciéndoles dos ó tres palabras con su sombría sonrisa, con otra igual contestaron ellos, como que habian comprendido y aceptaban el encargo. Muy aprisa se desocupó la arena; ¿quién habia de atreverse á hacer frente á tales hombres y á tamaños látigos? y luego que hubo lugar bastante, se comenzaron las luchas y los juegos campestres. Acabados ya, Thurtell habló en voz baja á los otros dos, y el mas alto contestó: «Muy bien!» y el otro: «Sí, lo apruebo.» Y lanzándose en medio del círculo, echó al aire su sombrero español, gritando:

«Apuesto veinte guineas contra el inglés mas valiente!»

«Yo apuesto á favor de él! dijo Thurtell.

(*Se continuará.*)

TURQUIA. — CONSTANTINOPLA.

Así que se ha llegado al estrecho que conduce á la puerta de Cancopi, bajo los muros de Constantinopla, gózase del mas bello punto de vista del universo. Encantadoras casas adornan las orillas del estrecho, y aldeas situadas en mitad de la costa forman á lo lejos grupos deliciosos. Verdes ramajes cubren dó quiera con sus sombras los ricos valles por los cuales serpentean libremente las aguas del Bósforo; por esas soberbias comarcas en las cuales si bien se muestra la naturaleza grande, orgullosa y libre, habitan hombres esclavos cuyas fisonomías llevan el sello de la esclavitud y del envilecimiento. La ciudad empero en la cual estos hombres viven encadenados por el despotismo está dotada de toda la hermosura, de toda la grandeza que falta á su cárcter. Cuán deslumbradora se presenta fundada por un grande hombre, libre de todo establecimiento insalubre, ornada con sus mezquitas, con sus flechas doradas, con sus soberbios plátanos que proyectan sus sombras sobre esos monumentos á la vez ligeros y suntuosos! El aspecto de Constantinopla llena de asombro la imaginacion; nada mas majestuoso, mas pintoresco, mas magnífico, mas delicioso que su situacion; parece que la naturaleza la predestinó para la capital del universo, y la edificaron los arquitectos para fascinar á los mortales que ponen en ella sus ojos.

Una muralla de catorce millas de circunferencia encierra esta maravilla, cuya entrada cerraban en otro tiempo cuarenta y tres puertas, reducidas hoy dia á veinte, una de las cuales llamada Akhour—Kapoussi, no se abre sino para dar paso á los acopios del serrallo. Encuéntrase en Constantinopla cuanto contribuye á hacer notable una ciudad: soberbios acueductos que costaron mas de 60 millones conducen dó quiera el agua; los pórticos, las escuelas, las iglesias elevadas á todas las creencias, los hospitales frecuentemente visitados por enfermedades contagiosas; los palacios alejados de los cuarteles en los cuales habitan el pueblo y el comercio, sus baños magníficos, su imponente serrallo, un teatro en fin, donde si bien es cierto que se ejercitan pocos artistas, prueba sin embargo que no siempre ha reinado en esta ciudad la barbarie, puesto que alguna vez ha rendido homenaje á las bellas artes.

Ningun país ha experimentado tan sangrientas revoluciones como este hermoso país; revoluciones causadas por los frecuentes cambios de soberanos, por la incapacidad, los vicios y los crímenes de la mayor parte de ellos, los cuales han grangeado á muchos un desastroso fin. Esperemos que una pura y suave luz ilumine á los señores de esta tierra dotada por la naturaleza de cielo sereno y de las mas bellas producciones.

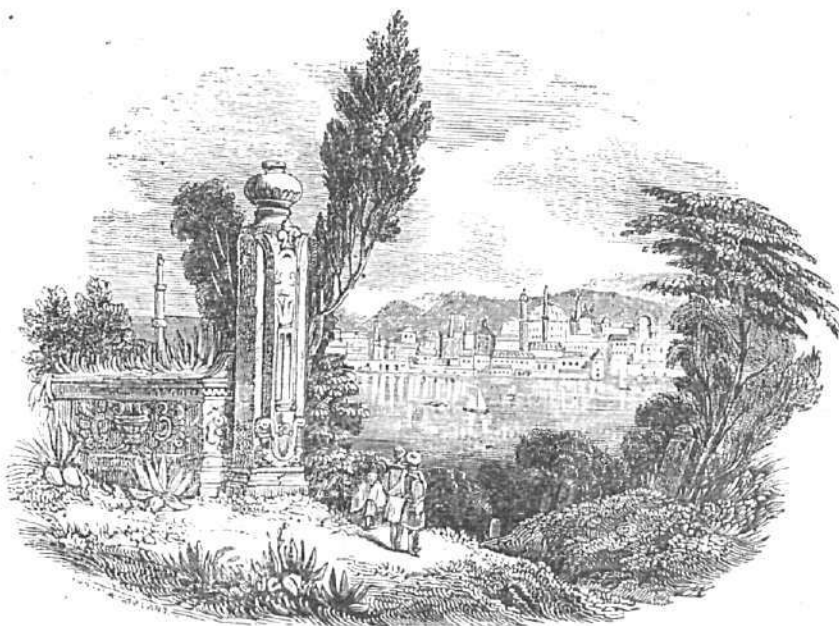
Pera, uno de los arrabales de Constantinopla, al cual está reservado el honor de hospedar á los ministros plenipotenciarios de la Europa, ofrece chocante variedad de extranjeros. En él muéstrase el griego alegre y bullicioso, grave y severo el armenio; al lado del judío de cara pálida, vivos y falsos ojos, hállase el francés de semblante gracioso y abierto; si-

guen luego para completar el cuadro los capuchinos, los monges, los franciscanos, y en medio de estos grupos, los eunucos negros ó blancos, ricamente vestidos y montados sobre sus caballos todavía mas elegantes que sus dueños.

Seria Pera un muy codiciada y original mansion, á no acarrear mil privaciones la suciedad de las calles lo incómodo de las casas y lo detestable de los comestibles que es forzoso comprar; á pesar de esto pueden los ministros holgarse en ella, pues son sus habitaciones magníficos palacios que nada dejan que desear á los representantes de las testas coronadas de Europa.

El arrabal de Pera, así como la misma ciudad de Constantinopla y los demas arrabales, goza de perfecto silencio, sin que vengan á interrumpir el sueño de los habitantes los coches no conocidos en este país. Ni es mas importuno el tañido de las campanas, puesto que, á excepcion de un convento, ninguna iglesia posee el privilegio de llamar á sus parroquianos á la oracion por medio de campaneo. Desde este arrabal descúbrense los sepulcros de los musulmanes sombreados por una majestuosa selva de cipreses.

Antes de bajar á Constantinopla por la escalera Balouk-Bazar, visítanse otros sepulcros interesantes por la reunion de los muertos que encierran: los católicos, los protestantes, franceses, italianos ó ingleses, todos descansan en paz en el *gran campo de los muertos*; pero sin que se levante un solo árbol para adornar, sombrear ó refrescar aquella última morada de todas las creencias, y el sol seca y abrasa las sencillas flores que en ella viniera á plantar una mano amiga. A veces un dolor escandaloso turba con sus arrebatos aquel religioso asilo: algunas mujeres vienen á gemir en él, á sollozar y á gritar sobre la tumba de sus maridos, dirigiendo á su sombra reproches sin término y desnudos de ternura; y luego, despues de esta lúgubre comedia, se las ve dormir sobre su sepulcro hasta que el guardian las arroja fuera del cementerio.



Vista de Constantinopla.

El primer edificio que se encuentra, al entrar, como ya se ha dicho por la escalera de Balouk-Bazar es la aduana turca, construccion muy notable de madera, luego la pescadería cuajada casi siempre de gentío, y no lejos el edificio donde se muele el café, el estrépito de cuya máquina es muy incómodo. En Constantinopla jamás se vende el café sino molido y muy mezclado; siendo el país que lo toma mas malo y en mayor abundancia.

Encuéntrase en el camino, al dirigirse hácia el serrallo, la capilla fúnebre de Selim III, notable por su sencillez y elegancia; preséntase en seguida el palacio del gran visir, campo de batalla de todas las ambiciones. Contempla igualmente ese palacio el flujo y reflujo de toda la poblacion, y se le llama la *Sublime Puerta*: junto á tan frecuentado lugar encuéntrase el terrible *Babı Haman*, teatro de las diarias ejecuciones, en el cual los mismos bajas vienen á expiar su crueldad.

A alguna distancia de este sitio que no puede menos de inspirar cierto terror, encuéntrase el *Fumadero turco*, frecuentado por todos los habitantes de mas cuantía de la ciudad, el *café inglés* de Constantinopla.

Allí puédese formar justa idea del embrutecimiento á que conduce la manía abyecta de fumar, y al contemplar á los fumadores de Theriaki, tan flacos, tan cancerosamente pálidos, con los ojos apagados y esquivos, los cuerpos semejantes á esqueletos, y sobre todo el anonadamiento en que les hace caer, en ver-

dad se concibe el mas profundo horror á semejante vicio.

Mas si los musulmanes se inficionan y entorpecen con su muy amada pipa, tienen á la par la costumbre del baño, que compensa, á lo menos bajo el aspecto de la limpieza, su mala pasion. Cítanse entre los mas bellos establecimientos de este género los baños llamados *Terma*, los mas espléndidos del mundo, y los cuales en vano ha intentado imitar la capital de Francia; pues nada puede dar una idea de los cuidados prodigados á los que toman las *Termas orientales*. Por lo demás, solo la mas completa paciencia puede no llevar á mal todo lo que es preciso sufrir allí para tomar la cosa mas sencilla á nuestros ojos, un baño. En primer lugar el divan donde se debe tomar café y fumar, los paseos que se han de dar por los aposentos gradualmente calentados, el mármol sobre el cual debe uno abandonar sus miembros á los mozos del baño como para un sacrificio, los rudos frotes que es fuerza sufrir con el guante de criu, los baños con aguas jabonosas y perfumadas, un segundo café y luego el descanso, y ahora reflexiónese que todo esto absorbe medio dia, y véase si un meridional laborioso y activo podríase someter á tanta pena. Pero el tiempo que para nosotros seria perdido, es para los orientales aprovechado. Con tal que puedan fumar, tomar café y dormir experimentan ya los goces para que han nacido; y cuando echado en un divan, fuma acurrucado su pipa, ó pasea los dedos por los manjares que le sirvieran, mientras que un esclavo, con el auxilio de un abanico levanta á su al rededor un poco de aire, goza el turco de la mas colmada dicha, hasta el momento en que la noche le advierte que su haren le espera con otro sofá y otros placeres.

El turco, indiferente á todo, mira arder su casa con tanta sangre fria como ha puesto para levantarla á gran costa. En las casas, que casi son todas de madera, encuéntranse baños de mármol, telas doradas y riquezas acá y acullá esparcidas sobre muebles á veces apolillados. Nada está arreglado con armonía en Oriente; el musulman tendrá entre sus manos una pipa de gran precio y estará sentado sobre un sucio y duro suelo; su cama echada de cualquier modo sobre el pavimento ó sobre un mal sofá no la componen ni nuestros suaves plumazones, ni nuestros muelles colchones, y lo que llamamos un jergon constituiria su mejor lecho.

Este pueblo sosegado es extraño á las valerosas querellas, y el duelo y suicidio son para ellos seres imaginarios. La policía, tan difícil de ejercer en las grandes ciudades, y que tan á duras penas alcanza á reprimir los crímenes, nada tiene que hacer en Constantinopla. Pero el musulman, bien que ni colérico ni arrebatado, es astuto, fino y disimulado; y cuando quiere obtener una gracia, para seducir al gran visir, único hombre que las dispensa, apela á la lisonja, á las finas atenciones, á las falsas protestas; pero el musulman, que por orgullo no se permite tocar ningun instrumento, que desprecia la danza y la habilidad en los ejercicios, que no conoce la caza, y solo se sirve del caballo para trasladarse lenta y gravemente donde necesita ir, y no para explayarse en rápida y ligera carrera; el musulman, repito, que no puede tener amor propio por talentos que no posee ni quiere poseer, no conoce el defecto de la vanidad, defecto tan comun entre los hombres civilizados. El nacimiento, tan á propósito para exaltar el orgullo de las familias nobles en la mayor parte de los hombres, no existe entre los musulmanes; quienes no conocen sino á su padre á quien quieren y cuidan viejo ó enfermo, á ese padre que no desciende jamás de ninguna raza cuya memoria y nombre debió de conservar la historia. Sin duda que esta circunstancia es favorable á la sencillez de las costumbres, pero eslo tambien al desprecio de la gloria.

El musulman ama y respeta á su patria y prisionero, antes prefiere la muerte que ir á otra parte á buscar la libertad. Por lo demas, aun no ha mucho que difícilmente se abrian paso por aquellas comarcas la ilustracion y los libros. Cítase la reflexion de uno de sus embajadores, como prueba de una alma tan elevada como de una cabeza poco instruida en la ciencia geográfica: refiriéndose al sepulcro de Napoleon decia que no le era dado alcanzar porque los franceses no iban á buscar *á pie ó á caballo* esa tumba del grande hombre en Santa Elena.

Ese pueblo, á pesar de su indolencia y de estar sumido en la esclavitud, se presenta á los ojos de los viajeros como digno objeto de interés y de observacion. Tiene el musulman noble y aventajada estatura, y su traje realza la dignidad de sus facciones y de su continente, feliz es su clima sin ser tan bello como el de la Italia; un ligero viento del sur viene á suavizar los rigores del invierno, y no aqueja en verano un calor excesivo, merced al viento norte que refresca con su tránsito el ardor del bello sol de aquellas comarcas. Las relaciones de los extranjeros con estos hombres dulces y sosegados son un cambio de recíproca benevolencia; siendo entre ellos ejercitada la hospitalidad como un deber, es decir sin exaltacion, pero acompañada de dulzura y de interés.

Vamos ahora á dar una idea de los hábitos y costumbres de las mujeres turcas. El serrallo del gran señor merece llamar tanto mas nuestra atencion, cuanto quizás presto dejará de existir en la memoria de los orientales.

Agitada cuestion entre los hombres, dice Montesquieu, es el saber si es mas ventajoso quitarles ó dejarles la libertad »

Los hombres preferirian, sin contradiccion, tener diez mujeres encerradas obligadas á obedecer, que una sola corriendo á su albedrío, libre de obediencia y la cual usara solo de su libertad para atormentar á aquel que las leyes le dan como señor. Un señor ¡he aquí el título que en nuestro país ofende á la mujer, y á veces la pone en el extremo de abusar de su libertad: conténtese el marido con ser el sosten de su esposa y pocas habrá que deseen sacudir el yugo conyugal, al paso que quedará resuelta la gran cuestion *sobre quitar ó dejar la libertad á las mujeres*.

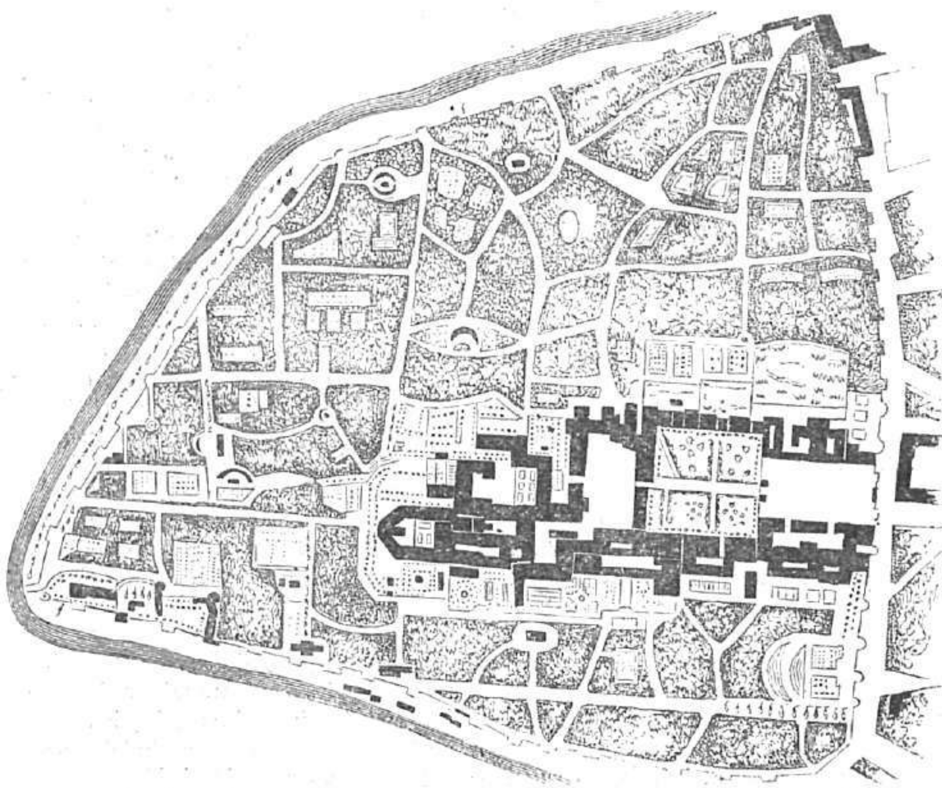
Pero reina en Turquía una costumbre que alarma la delicadeza de nuestras cristianas, y es la ley que permite á muchas mujeres el formar parte de una misma familia. Y sin embargo, á los musulmanes les va muy bien con ella; y es tambien cierto que el marido de muchas mujeres en Constantinopla, las trata á todas ellas mucho mejor que no lo hace á veces en cualquiera otro país el esposo de una sola. Es el musulman dulce y afectuoso para con sus compañeras; y como la mujer se ofrece á sus ojos como el mas bello pre-

sente que haya hecho á los hombres la divinidad; en aquel dichoso país, no entristece á las familias que poseen jóvenes y bonitas doncellas el cruel *sin dote*. Así no solo no viene el notario á colocarse entre las afecciones y el interés, sino que al futuro toca hacer ricos presentes á la desposada; y la madre, las hermanas, los primos y primas, todos en fin hasta la última generacion, reciben un regalo proporcionado á la beldad que confian al dichoso marido, que promete hacer su felicidad. Y si el turco faltase á su juramento, probada su culpa, recibiria de las leyes el mas severo castigo, y obtendria la víctima su divorcio con una pension vitalicia proporcionada á las facultades del marido. Si al contrario la mujer es la culpable, el marido para desembarazarse de ella, puede regalarla á uno de sus amigos, siendo la única venganza que le sea dado tomar. Pero, como ya se ha dicho, no solo la mas severa vigilancia cela á las musulmanas en sus casas, sino que hasta cuando salen á paseo, lo que raras veces verifican, han de ir cubiertas con espesos velos, siendo tan escandaloso ver á una mujer sola por las calles, que á cualquiera anciano que la encuentre es lícito conducirla forzosamente á su casa. Pero lo que todavía es mas horroroso que el velo y la reclusion en que viven las mujeres de Constantinopla es el haber de recibir sin quejarse solo una parte de las afecciones del marido: idea alarmante y que no admite ninguna compensacion á los ojos de nuestras cristianas, quienes á pesar de toda su aficion á dijes y galas, no aceptarian á tan gran precio las gasas bordadas de oro, las piedras preciosas, las brillantes perlas y telas de cachemira con que cubren sus encantos las mujeres del Oriente. Y sin embargo, el hábito lo hace todo. La hija de un turco sabiendo desde la infancia que solo debe trocar su título de hija, no por el de *esposa* de un hombre, sino por el de una de las mujeres del musulman, se resigna de antemano á un destino que es el de su madre de sus parientas, de sus amigas; ni sueña otra dicha que la de obedecer ciegamente á su esposo. Cuando á este le place añadir á su casa una mujer mas, la acepta la esposa como un nuevo mueble, y lejos de quejarse encuentra en ella una compañera que la ayuda en los quehaceres domésticos, no siendo raro ver á las mujeres de un haren amarse como hermanas y cuidarse mutuamente sus hijos, de los cuales la que tiene mas, mas querida es y respetada. Los que han penetrado en el interior de las familias musulmanas han atestiguado el venturoso aspecto que presentan; y estas mujeres á quienes tanta lástima tienen las nuestras, estan á su vez distantes de creer en su dicha, y se alarman á la sola idea de su libertad que no es á sus ojos sino una prueba del desprecio de sus maridos. ¿Como, dicen, hasta tal punto desprecian los cristianos á sus mujeres que las dejen expuestas á las miradas de todos los hombres? Difícil se les hace creer que mujeres honradas vayan por las calles con los brazos y las espaldas desnudas, y no las pueden tener sino por muy desdichadas y casi degradadas. Las musulmanas, pues, no trocarian su destino por el de las mujeres libres; teniendo otro motivo de dicha en una salud perfecta, resultado de una vida tan tranquila, de unos hábitos tan sencillos, que nada sino el tiempo deteriora jamás su bella naturaleza. En este país, para corroborar á su robustez, la madre cria siempre á su hija, y si algun desgraciado incidente la impide cumplir con su deber, la mujer escogida para sustituirla forma al punto parte de la familia y es tratada con todos los miramientos debidos á una segunda madre. La niña, despues de haber mamado una leche pura por espacio de algunos años, toma sanos y abundantes alimentos; ni estorban los vestidos el desarrollo de sus órganos, ni forman parte de sus adornos los duros corsés, ni los mortales ceñidores. Para ser graciosa no necesita su cintura contar solo algunas pulgadas de circunferencia sino que se redondea, sin aplastarse, en proporcion á lo grueso de su cuerpo, y dilatándose fácilmente sus pulmones bajo un vestido sin corchetes, á la edad en que nuestras señoritas son todavía débiles y enclenques, aparece la musulmana hermosa y completamente desarrollada. Mas si bien es fuerza conceder á las mujeres de Constantinopla mas robustez, mas lozanía, y por decirlo de una vez aunque á pesar nuestro, mas hermosura que á las de los países civilizados de Europa, sin embargo; cuán inferiores son á estas en las calidades del espíritu! El marido de las primeras no exige de ellas mas que una ciencia, la de educar los numerosos hijos que desea. Careciendo él mismo de una imaginacion muy viva, no va en busca de mujeres exaltadas; así es que queda completamente descuidada su educacion, y las dignas compañeras de los turcos otra cosa no saben sino el criar y cuidar religiosamente á sus hijos, adornarse, bañarse, perfumarse, pintarse las cejas, los cabellos, las uñas y la cara; su único afan es producir el mayor efecto posible bajo sus vestidos dorados, su túnica de largos pliegues, su velo de gasa y su turbante de Cachemira. Con esos talentos para agradar únicamente á su marido, deben renunciar á *leer*, *escribir* y *contar medianamente*, pero pueden vivir dichosas, puesto que no las humilla su posicion por ser esposas legítimas de un hombre, estar protegidas por la ley contra sus pasiones y sus faltas, y tomar á su lado el título de esposas y de madres. El haren de un musulman, donde á veces se encuentran reunidas cuatro, seis, ocho ó diez mujeres, segun los alcances de su fortuna, es un santuario que inspira el mayor respeto. No así el serrallo, asilo de la esclavitud y del despotismo; allí ya no son esposas que esperan á su marido, sino esclavas que esperan á su señor; mujeres compradas por seres viles y degradados que han agenciado sus carnes para satisfacer el brutal apetito de su amo; una cáfila de mujeres embrutecidas á quienes cubren de diamantes para ocultar su primitiva pobreza, á quienes perfuman para purificar sus cuerpos, no siéndoles dado purificar sus almas, componen los habitantes de este lugar fundado en honor de la luxuria: de ese serrallo en fin objeto de terror y de repugnancia. Y si por desgracia se encontrase entre ese miserable rebaño humano una mujer capaz de conocer su dignidad, ¡cuánto seria su sufrimiento, sometida á los caprichos de un hombre que la posee sin pensar que debiera amarla, sin que le sea dado alcanzar de sus labios una ligera mentira para engañarse á sí misma sobre su abyecto estado! Y vese obligada á fingir un amor que no siente y á ocultar su desesperacion, sus lágrimas y quizás su odio, bajo dulces y graciosas apariencias. Sí, si tal mujer existe en el serrallo, digna es de lástima. El esclavo que maldice sus cadenas, que prefiere una miseria honrosa á una infame opulencia merece aun la estima-

cion de los hombres libres, y el que le vuelve su libertad manumitiéndole tiene derecho á su respeto.

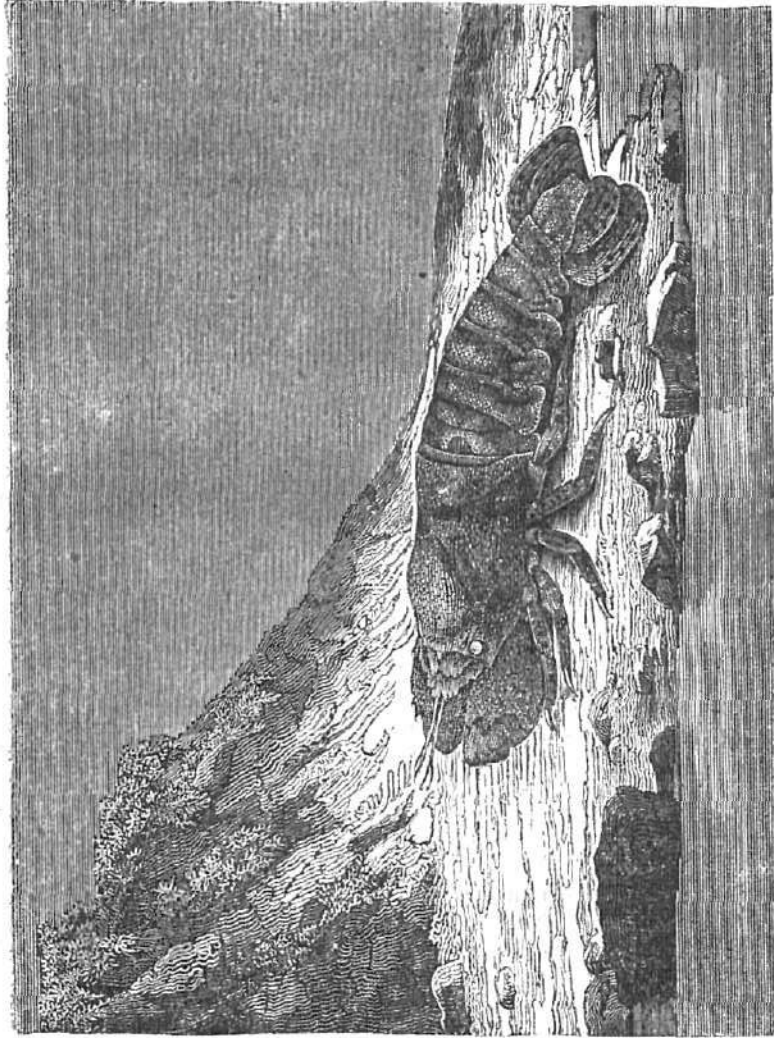
Bendito sea el difunto sultan que abrió las puertas de la dorada prision, si es que dió completa libertad á las mujeres que tenia encerradas; mas si solo suavizó su esclavitud, nada hizo por ellas, porque sin librarlas de la vergüenza las degradó todavía mas. Desde el punto que se podrá pensar que el serrallo es un lugar de alegría y de delicias para las mujeres que lo habitan y que son dichosas en medio de su desdorante posicion, esas mujeres inspirarán la aversion y el desprecio que acompañan en Europa á esos seres á quienes, en la precision de llamar mujeres, se las separa del género humano dándolas el dictado de perdidas.

Sí, para el honor de estas desdichadas esclavas, fuerza es que *habite el terror en las puertas del palacio;* fuerza es que el serrallo permanezca imponente al pie del mar, rodeado de sus altos y formidables muros, flanqueado de sus torrecillas y sus flechas que parece que el sol inflama; fuerza es que este magnífico palacio conserve sus torres, sus murallas y sus hombres armados, sus negros eunucos, sus blancos ancianos, y su divan que tiembla al solo acercarse su señor; fuerza es que la debilidad de esas hermosas víctimas quede como ennoblecida por todo el aparato de fuerza que las rodea; fuerza es que su jardin, triste como los cipreses que lo adornan; oiga mas gemidos que amorosos suspiros, ó lo que mejor fuera sin duda, que cayese hecho cenizas el serrallo, que el sultan no tuviese sino un haren, que las esposas reemplazasen á las queridas, y que sobre haber comprendido que debia hacer dichosas á las mujeres, quedase el hijo de Mohamed II, convencido de que es fuerza todavía honrarlas.



Plan de los jardines del haren del Sultan en Constantinopla.

SILARO EQUINOXIAL.



SILARO EQUINOXIAL.

Existe una clase entera de animales muy singulares, en que se han ocupado muy poco los naturalistas, y cuya historia, bien que muy interesante, es casi ignorada del público: hablamos de los crustáceos, representados muy bien en el cangrejo.

Los crustáceos guardan mucha analogía con los insectos, entre los cuales hanlos colocado los naturalistas. Tienen como los insectos el cuerpo cubierto de una costra mas ó menos dura, que sirve de punto de apoyo á los músculos; pero en vez de estar formada por una materia córnea, tiene por base una sustancia calcárea ó pétrea, que goza de la particular propiedad de volverse colorada puesta á cocer. Por lo demás, los crustáceos respiran por medio de agallas, y no por medio de estigmas: sus hijuelos salen del huevo enteramente desarrollados, y no en forma de larva, lo que demuestra que no sufren ninguna especie de metamórfosis.

Estos curiosos animales presentan numerosas patas, que toman diferentes formas segun el sitio que ocupan y funciones que desempeñan. Las que hay debajo de la cola están destinadas en la hembra á sostener los huevos durante la incubacion, y tambien los pequeñuelos desde nacidos hasta que son capaces de proveer por sí mismos á sus necesidades. Además, dichas patas, en número de cinco pares, se dividen en filamentos pequeños, delgados y flexibles que forman una especie de dedos, con que el animal sostiene su prole siempre numerosa. Las patas que estan situadas debajo del cuerpo, son generalmente en número de diez, cinco de cada lado; pero de estos cinco pares de patas solo cuatro sirven para la locomocion, articuladas de manera que el animal puede andar hácia adelante ó atrás á su antojo y con la misma facilidad, el quinto par, ó el mas inmediato á la cabeza, lo forman por lo comun dos armas temibles, que le sirven para la acometida y para la defensa: terminan en unas pinzas á veces enormes, y bastante fuertes para magullar la mano de algun observador indiscreto: las langostas y grandes cangrejos de nuestras costas nos presentan de esto temibles ejemplos. Delante de las patas que hemos nombrado hay otros pares, mucho mas cortas pero no menos fuertes, que los naturalistas llaman *pata-mandíbulas* porque los crustáceos no solo las emplean en coger su alimento, sino que además con ellas lo muelen y desgarran antes de pasarlo á la boca.

Las patas de estos animales presentan un fenómeno muy particular, aunque no sin ejemplo entre los demas animales: consiste en que si un cangrejo ú otro cualquier crustáceo se ve cogido por la pata, cosa muy factible en medio de las rocas y raíces en que viven, hace primero todos los esfuerzos imaginables para desprenderla; si no puede conseguirlo, no le queda mas que amputarse el miembro. Tan dolorosa operacion se hace de una manera muy curiosa, pero hasta ahora inexplicable. Vese primero cierta agitacion en el cuerpo, con un temblor ligero al principio pero pue va haciéndose mas fuerte por grados, hasta que produce un estremecimiento suave pero general. Despréndese del cuerpo el miembro por la primera articulacion, sin que el animal haga para ello ningun violento esfuerzo ni tire hácia ningun lado: esto es tan cierto que si un cangrejo se ve herido en una pata, despréndese de ella, aun que no esté cogida ni pueda tirar hácia arriba.

Estos animales presentan además otra singularidad: como ya dijimos, tienen los crustáceos la facultad de andar ya hácia delante ya hácia atrás: en esta direccion hallarian frecuentes riesgos si la naturaleza no los hubiese previsto, y viéranse expuestos como los demas animales á tropezar y chocar con los cuerpos vecinos por no poder verlos; pero no sucede así, por cuanto sus ojos por un particular mecanismo pueden dirigirse hácia cualquier punto al arbitrio del animal, lo mismo adelante que atrás, ó á los lados: para esto estan situados sobre una especie de tronco móvil en todas direcciones y mas ó menos largo, semejante á los cuernos del caracol.

A mas de su forma estraña, tienen los crustáceos hábitos mui curiosos: todos son carnívoros, y se echan encima de pescados muertos dando señales de grande voracidad. Hay algunas especies que teniendo la parte posterior del cuerpo muy blanda, saben proporcionarse un vestido, ó mejor una casa ambulante, apoderándose de la concha de algun molusco despues de haber devorado al legítimo poseedor. Los que mejor lo entienden son los cangrejos pequeños, quienes se introducen en las conchas de las almejas al tiempo que estas entreabren sus válvulas: alójanse con toda comodidad en los pliegues de la membrana que envuelve á la almeja, viviendo ambos en paz, y no salen hasta que la necesidad les obliga á buscar alimento. Otros hay que son parásitos por diverso estilo: adhiérense fuertemente á la piel de las ballenas y de otros grandes cetáceos, la perforan, chupan la sangre y gordura, y así se alimentan.

Como los crustáceos tienen el cuerpo envuelto en una costra petrosa, no pueden crecer y desarrollarse de un modo lento é imperceptible como los demas animales; por lo que adquieren en una hora cada año el desarrollo que en todo él debiera efectuarse. A este fin abandonan sus tegumentos ya viejos, y les nacen otros nuevos, que se solidan en el espacio de dos ó tres dias: operacion que les causa muchos padecimientos y algunas veces la muerte.

Hay algunos que presentan colores muy brillantes, tal es entre otros el Silaro equinoccial (*Scyllarus æquinoxialis* Latr.), que es el de la lámina, el cual se pesca en las Antillas. Comunmente tiene un pie de largo, y está matizado de amarillo, rojo y anaranjado. Por lo demas, presenta mucha analogía con el *Silaro ancho* que se coge en el Mediterráneo.

Casi todos los crustáceos son muy buenos para alimento, y algunos hay tan sabrosos que forman la gloria de nuestras mesas.

TERMOMETROS. — PIROMETROS.

Todos los cuerpos de la naturaleza, exceptuando muy pocos, aumentan de volúmen cuando se les añade calórico, al paso que disminuyen cuando se les quita; facultad que es en ellos proporcional á las cantidades de calórico añadidas ó quitadas, pero que varia considerablemente en las varias especies de cuerpos; y siendo muy grande en los gases, es menor en los líquidos y muy poca en los sólidos. Sobre esta propie-

dad de los cuerpos de dilatarse por el calor y contraerse por el frio está fundada la invencion del termómetro, instrumento vulgar que se usa comunmente para medir la temperatura. Para su construccion era lo mas esencial escoger ante todo el cuerpo mas conveniente. Si se hubiera escogido un sólido hubiera sido tan poco notable la dilatacion, que no se supiera como observarla, la dilatacion de un gas fuera tan grande que hubieran sido precisos enormes instrumentos para medirla, por lo cual se escogieron los líquidos. Pero de estos los mas tienen la propiedad de congelarse en llegando el frio á cierta intensidad, circunstancia que hizo que se buscara uno poco susceptible de congelacion. Fué este el mercurio ó azogue.

La construccion del termómetro es como sigue: la cual debe ser muy cauta. Tómese un tubo A ó F muy largo y delgado, y cuyo diámetro sea perfectamente igual en su extension. En uno de sus extremos hay un globulillo B ó F, terminado por un tubo ligeramente ensanchado C ó G. A la otra extremidad del gran tubo se adopta un receptáculo prolongado en forma de cilindro D, ó redondo en forma de globo H. Mas generalmente se emplea el tubo C A D, sobre el cual vamos tambien nosotros á explicarnos.

La principal dificultad para construir un termómetro es llenarle de azogue sin que quede nada de aire, porque si queda, como él se dilata mucho mas que el mercurio, no se sabria como señalar las divisiones Este es el medio que se emplea para salvar el inconveniente Caliéntase un poco el tubo, dilata el calor el aire que contiene haciendo salir parte de él, y cuando se cree que no puede ya salir mas, se mete el extremo C en un vaso de mercurio. El aire contenido en el tubo se condensa al enfriarse y aspira una porcion de azogue que se introduce en el globo B: para introducir este mercurio en el receptáculo D se le calienta. Dilátase el aire contenido, atraviesa el mercurio y sale en parte. Enfriado ya el instrumento y habiendo disminuido la cantidad de aire contenido en él, cae en el receptáculo una porcion de azogue. Vuélvese á empezar la misma operacion hasta que esté llenado el tubo. Cuando se hace alguna interrupcion en la columna de mercurio, caliéntase el tubo y sale el aire por entre el mismo

Para que pueda elevarse el mercurio en el tubo, es preciso que en una temperatura regular no le llene del todo. Conviene pues determinar la cantidad de mercurio que debe entrar en la composicion del instrumento. El mas alto término que debe señalar el termómetro es la temperatura del agua hirviendo. Echase en esta el tubo lleno de mercurio, dilátase el azogue calentado y vase una porcion en el globo B. Llegado á la temperatura del agua hirviendo cesa de dilatarse y de salir del tubo. Sepárase entonces lo que cayó en el globo inclinando algo el instrumento. Caliéntase un poco mas el receptáculo para que salgan algunas gotas mas, y puedan hacerse expeditamente las divisiones. Acércase en seguida á la luz el lugar en que el globo B se junta al tubo, y se separa el globo. Pero el extremo del tubo A queda siempre abierto, para cerrarle acércase ligeramente el receptáculo al fuego, y tan pronto como aparecen en el orificio algunas gotas de mercurio, pónese dicho orificio en la llama de una vela. Como es muy fina esta extremidad basta dicha llama para fundirla y se cierra así que se aleja el receptáculo del fuego. Ya no queda mas que hacer sino graduar el termómetro. Hanse tomado por términos fijos el hielo cuando se derrite y el agua hirviendo. Metiendo en esta el mercurio, dilátase y es el término del calor el punto en que se para. Métese luego en el hielo y el punto de su descenso es el término fijo del frio señalado por cero. Divídese el intervalo en cien partes iguales, en cuyo caso llámase centígrado el termómetro. Puédesele tambien dividir en ochenta partes llamándose entonces termómetro de Réaumur, porque este físico adoptara tal division. El de Fahrenheit que se emplea en Inglaterra se divide en 180 partes.

Por lo demas, la mayor parte de termómetros no señalan el calor del agua hirviendo porque no se necesita para los usos comunes. En tal caso se les gradua comparándolos con un termómetro hecho ya.

Los termómetros ofrecen dos especies de dilatacion, una aparente y otra real. Efectivamente la real, debe ser mayor que la aparente, pues al mismo tiempo que se dilata el líquido se dilata tambien el tubo. Así solo nos fundarémos sobre la dilatacion aparente para graduar el termómetro.

El mejor modo de graduarle es señalar los grados en el mismo tubo con un diamante; puédense tambien marcar sobre una plancha de cobre, bastando en los comunes indicarlos sobre esta.

Puédense hacer tambien termómetros con alcohol ó ácido sulfúrico, en cuyo caso se les da calor con *ancusa ó palomilla de tintes.* Siendo la dilatacion de estos cuerpos mucho mayor que la del mercurio, hay que hacerse con un tubo mucho mas ancho con respecto al receptáculo.

El alcohol hierve á 75 grados, de donde se podria inferir que no puede señalar el término del agua hirviendo, lo cual no es cierto. La parte superior del tubo carece completamente de aire: así que el alcohol empieza á hervir, llénase el vacío del tubo de vapores que, una vez formados, comprimen el alcohol é impiden la formacion de nuevos vapores.

Lleva el alcohol una ventaja al mercurio, y es que ese congela con mas dificultad que este. Hiélase el mercurio á 40 grados bajo cero, de modo que cuando hay que medir frios muy intensos es preciso usar del termómetro alcohólico. Tienen siempre comparacion unos termómetros con otros; efectivamente, los grados son proporcionales á la magnitud del instrumento y la misma temperatura hace señalar á todos el mismo número de grados.

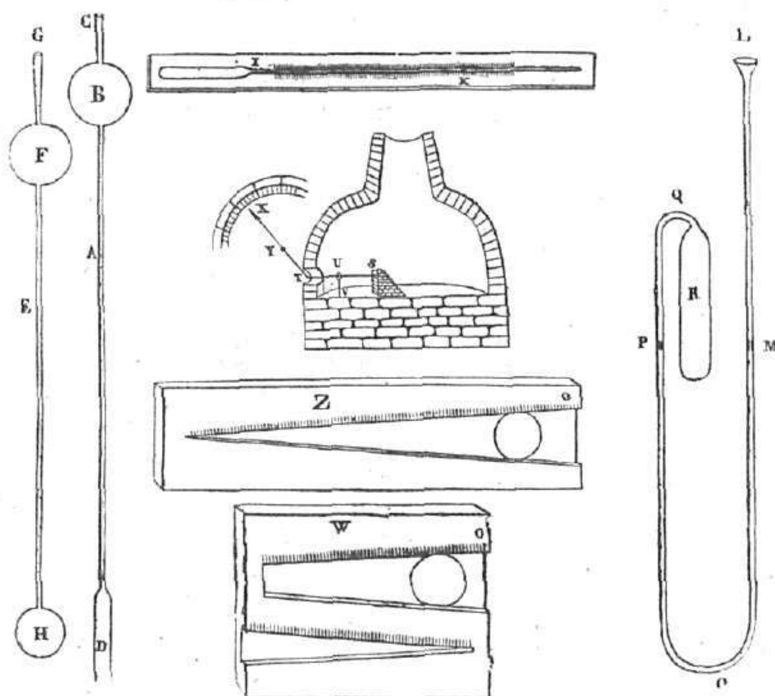
Rutherford inventó dos instrumentos por medio de los cuales puede verse cual es la temperatura mas elevada ó mas baja á que ha llegado el termómetro en el espacio de una noche, aun despues que ha subido ó bajado.

El primero de dichos instrumentos se llama termómetro *á máximum*, y se compone de un tubo termométrico lleno de mercurio como si debiera servir para un termómetro comun, pero en el cual se ha procurado introducir un pedazo de hilo de laton K que sirve de indicador ó minutero. Hácesele correr por la superficie del azogue por medio de un iman que se acerca al tubo. El mercurio subiendo lleva delante de sí el indicador, y cuando baja, no teniendo él ninguna afinidad con el azogue, permanece en su lugar y señala de este modo la temperatura mas alta

á que subió el mercurio. Conviene no olvidar colocar el instrumento horizontalmente, porque á ponerle verticalmente el peso del minutero le haria caer á la superficie del mercurio. Igual precaucion conviene tomar para el termómetro *á minimum*; parecido al primero, con la diferencia de ser alcohol el líquido y de esmalte el minutero. El esmalte tiene mayor afinidad con el alcohol; así es que cuando sube este el indicador que está sumergido en él no se mueve pero en bajando el alcohol síguele el indicador en el tubo, y señala de este modo el grado mas bajo á que llegó el termómetro.

Bullani compuso un instrumento que reune el máximum y el mínimum. Su construccion es así: se toma un tubo retorcido L M N O P Q, terminado por un gran receptáculo R; el receptáculo y el tubo hasta el punto P estan llenos de alcohol; el tubo desde el punto P hasta el M está lleno de mercurio, y el resto del tubo que termina un embudo está lleno de alcohol. Hay dos señales de esmalte en los puntos P y M en la superficie del mercurio. Cuando se dilata el alcohol en el receptáculo R el señal M sube y cuando se retira el mercurio permanece en su lugar indicando de este modo el máximum. Cuando al contrario se condensa el alcohol del receptáculo sube, el indicador P en el tubo, y permaneciendo en su lugar marca el mínimum. Este instrumento puede ponerse verticalmente si se cuida de adaptar al indicador un peso cuya fuerza de resorte basta para que no baje.

Tenemos que decir dos palabras sobre otro instrumento que sirve para medir grandes calores. La construccion del pirómetro debida á Mr. Bronquiart de



Termómetros. — Pirómetros.

Sevres se funda en la dilatacion de los sólidos. Compónese de un caño S T sólidamente fijado en el horno en el punto S. Cuando dicho caño se calienta mucho dilátase, y girando libremente sobre el receptáculo U V, mueve el extremo T de una varilla de hierro T X fija por su mitad en un eje Y; y el extremo X que sube cuando el caño se dilata y baja cuando se contrae, marca los grados en un cuarto de círculo. Tal es hoy dia el instrumento mas generalmente usado para medir grandes calores, tales como los de una fragua ó máquina de vapor, el cual ha hecho olvidar casi completamente el antiguamente usado llamado del nombre de su autor pirómetro de Wegwood.

El calórico en general dilata los cuerpos; mas hay ciertos cuerpos compuestos que pierden por la accion del fuego alguno de sus componentes, y que por lo mismo se contraen. A tal contraccion se la llama *retirada*. Sobre la de la arcilla se funda la construccion del pirómetro de Wegwood. Consiste en una barra metálica Z, bastante gruesa, en la que hay un encaje siempre mas estrecho desde una de sus extremidades; á los lados de dicho hay divisiones. Tómase porcion de arcilla de Cornuailles que es un compuesto de alúmina y silice. Con ella se construye un cilindro de un grosor tal, que á la temperatura de 500 grados entre en la abertura de la muesca ó encaje, en que hay marcado cero. Calentando el cilindro retírase, é introduciéndose mas en la muesca marca así los grados. Para hacer mas portátil este instrumento, se toma comunmente una plancha de metal en que se divide en dos el encaje, como se ve en la figura W.

ETHNOGRAFIA.

LOS ZINCALOS.

Extractos de la obra de M. Jorge Barrow.

PRIMER EXTRACTO.

De los Zincalos en general.

CONCLUSION (*).

Veinte guineas no eran para despreciadas! Habia allí hombres que por la cuarta parte de tan seductora recompensa hubieran derramado la sangre de su mismo padre: ello fué que todos aquellos púgiles que acababan de hacer prueba de vigor y destreza, se miraron unos á otros, y los judíos, que hasta entonces habian sostenido todas las traviesas, esperaron con ansia que alguien contestase al desafío....pero nadie se movió: me engaño; un robusto campesino, encendido de vanidad el rostro, y excitado por las veinte guineas, iba á echar al aire su sombrero en señal de que aceptaba; mas se vió cercado por sus amigos, que le sacaron de allí; diciéndole: «Estas loco? te matará de un puñetazo!»

Despues de mirar los gypsis con desprecio á toda aquella turba, volvieron á montar á caballo, y yo oí que aquel que he comparado con un fantasma decia á Will: «Hermano, tu eres un franco púgil y un divino jockey; no morirás sino cuando un cabestro te apretará la garganta;» y picando á sus caballos á traves de la llanura, de nuevo salvaron hoyos y barreras, hasta que llegando á la carretera desaparecieron en medio de la polvoreda que levantaban.

Las palabras del gypsy fantasma, ya las dijese él en broma, ya seriamente, con el tiempo fueron una fatal prediccion; y bien las traje á la memoria, cuando despues supe que el célebre *Will el gypsy* habia sido preso como cómplice de homicidio, por haber denunciado en el momento de morir los otros reos, que eran dos jornaleros ingleses. Se le encarceló y sentenció, y le ví ahorcado á la puerta de la cárcel.

Will el gypsy era gefe de la tribu Young, la cual junto con la tribu Smith ó Curraple frecuenta siempre los condados del sur de la Gran-Bretaña.

Curraple es un nombre en voga entre los Gypsys, de él habla el sabio John Selbourne en sus cartas, y hace por darle etimología griega, modificando la terminacion: Curraple, *Currápolis*. Pero en germanía no significa otra cosa que herrero, excelente nombre de gypsy.

Zingarri ó Gitanos de Oriente.

Cuanto he dicho de los gitanos de Europa puede aplicarse á los de Oriente ó Zingarris, que como todos los demas viven errantes por los desiertos y montañas, si ya no ganan la subsistencia en las poblaciones curando caballos, adivinando y ejerciendo la brujería, cantando y danzando. En Turquía es donde se les halla en mayor número, y sobre todo en Constantinopla, en donde á menudo las gitanas entran en los harenes, so pretexto de curar del mal de ojo á los niños, y de interpretar los sueños de las odaliscas. Tambien se las ve en los cafés, ejecutando danzas lascivas al son de varios instrumentos. Pero no estan esas mujeres tan reñidas con la castidad, como de su profesion podria suponerse.

Entre los Zingarris los hay que á la vez comercian en piedras preciosas y en venenos: uno conocí que ejercia este doble tráfico, y era el individuo mas singular de cuantos gitanos he tratado. Era natural de Constantinopla; habia recorrido la mayor parte de los países del globo: entre otros casi toda la India; hablaba los dialectos malayos, y comprendia el de Java, isla mas fecunda en venenos que Iolkos. Díjome que mas despachaba sus drogas que sus piedras, si bien me aseguró que tal vez no habia un solo bey ó paká de la Persia y de la Turquía, á quien no hubiese vendido ambas cosas. A este ilustre nómada le he encontrado en no pocos países, y la última vez en Granada.

Pocos autores orientales han tratado de los Zingarris, aunque hace muchos siglos que son conocidos en Oriente; y pues ninguno ha dicho nada tan curioso como Arabschah en un capítulo de su vida de Tímur ó Tamerlan, que es una de las tres obras clásicas de la literatura árabe, voy á traducir aquel trozo lo mas literalmente que el estilo metafórico del original me permita:

« Hay en Samarcanda varias familias de Zingarris, lidiadores unos, otros gladiadores, y muchos diestros en el pugilato. Tenian estos hombres frecuentes debates, de que resultaban frecuentes refriegas. Para cada banda habia su gefe y sus oficiales subalternos. El poder de Timur les llenó de terror, porque sabian que estaba informado de sus crímenes y de sus desórdenes. Y solia Timur, antes de marchar á sus expediciones, dejar un virey en Samarcanda; pero apenas habia él salido de la ciudad, las bandas de los Zingarris tomaban las armas, presentaban batalla al virey, le deponian, y se apoderaban del gobierno; de manera que á su regreso, Timur encontraba perturbado el órden, confusion por todas partes, y derribado su trono. No poco le daba en que entender el restablecimiento de los negocios, y el perdon y castigo de los culpables. Pero así que de nuevo partia á la guerra ó á otras cosas, cometian los Zingarris iguales excesos que antes; y por tres veces hicieron lo mismo, hasta que en fin Timur fraguó un proyecto pará exterminarlos: edificó baluartes, y llamando á todos los habitantes, grandes y chicos, señaló á cada cual su puesto, y reunió á los Zingarris, en un barrio aislado; despues convocó los gefes del pueblo, y llenando una copa, les hizo beber y les regaló un rico vestido. Cuando les tocó el turno á los Zingarris, tambien les echó de beber y les hizo el mismo regalo; mas á medida que iban bebiendo, los enviaba con un mensage á un sitio en donde tenia apostada una partida de soldados, los cuales, como ya habian recibido sus órdenes, rodeaban á los Zingarris, les quitaban el vestido, y les daban de puñaladas, hasta que el último de ellos hubo de este modo derramado *el oro líquido de su corazon en el vaso de la destruccion*. Con este ardid castigó Timur á aquella raza, y desde entonces no hubo mas rebeliones en Samarcanda.»

Qué crédito merece esa historia, ó mejor, ese

(*) Véase las páginas 482 y 490

cuento de Arabschah? Cómo se concilia con los que pretenden que los actuales gitanos descienden de las familias indas, que se expatriaron para huir de la crueldad de Tamerlan? Si es un cuento, en nada destruye todas las demas tradiciones; pero si esa relacion se funda en una tradicion histórica mas ó menos verdadera en ella vemos á los Zingarris en estado de pueblo, establecidos en Samarcanda á una época de la vida de Tamerlan, en que aun no habia invadido la India. Por otra parte, si los Zingarris reunidos en Occidente son los restos fugitivos del pueblo diezmado en Samarcanda, ¿cómo han callado ellos esa desgracia de su raza, en vez de valerse de ella como de un medio para excitar simpatías? En último análisis, es mas fácil probar que proceden de la India, que de Samarcanda.

En 1422, diez y seis años despues de la invasion de la India por el feroz Mogol; hablando de los gitanos, el obispo de Forli decia: *Gentes nonnullum morigeratæ, sed quasi bruta animalia et furentes* (*) Esas gentes *indisciplinadas* y *sin costumbres*, esas *bestias fieras* no son de la especie de los pueblos, á quienes una invasion extranjera ordinariamente obliga á abandonar su patria.

(*) Suplemento á las obras de Muratori, tomo XXII, pag. 890.

BERLIN.

La ciudad vieja y nueva.—El Thiergarten.—El café de Stehely.

Esta situado Berlin en un terreno estéril y desnudo, cercado de arenosas llanuras; es la Palmira del Norte. Sus barrios perfectamente regulares reflejan en las dos orillas del Spree. A la vista de esta grande y rica capital, no habria quien sospechase que el sitio que ocupa ahora con sus cuarteles y jardines no era hace cien años sino un conjunto de pantanos, de negras y profundas selvas de álamos que atravesaba cazando el ciervo la nobleza prusiana y donde se oia por la noche el salvaje aullido de los lobos y osos. El primer objeto de admiracion para el viajero que entra por la puerta de Brandeburgo es esta misma puerta, copia magnífica de las Propileas de Atenas. Está colocada encima del ático una estatua de mujer en bronce que representa á la victoria blandiendo fieramente su lanza, la cual remata en una cruz. Tiempo hubo en que fué esclava á orillas del Sena, pues despues de la batalla de Jena siguió al vencedor. Mas cuando Napoleon partió para la isla de Elba, la noble cautiva volvió á su país. Párase en seguida con admiracion la vista en la larga hilera de edificios construidos al gusto italiano que orilla por entrambos lados la avenida de los Tilos, entre los cuales sobresale particularmente el palacio del conde de Redern intendente del teatro real, rica y vasta fábrica cuya arquitectura recuerda la del castillo gran-ducal de Florencia. La avenida de los Tilos se termina en la plaza Guillermo, ornada con los bustos de los generales que se distinguieron en la guerra de los siete años. A su derecha, descúbrese el palacio del príncipe Guillermo, hermano del rey, y mas lejos el de las princesas de la familia real. Dichos dos palacios, entrambos modernos, frescos, elegantes, encierran graciosos jardines, cuyas verduras, que se acercan hasta debajo de las ventanas, les prestan el aspecto de una quinta ó *villa* italiana. El edificio fronterizo es macizo, de estilo severo, de carácter sombrío; defienden su entrada gruesas cadenas de hierro y muchos cañones, y cerca de la principal puerta se levanta la estatua de Blucher: es el arsenal Tales monumentos, igualmente que el edificio de la Universidad, producen tanto mas efecto en cuanto están aislados. En el punto en que acaba el palacio del príncipe Guillermo ábrese la inmensa plaza del castillo (Schlossplatz); á la izquierda por entre las hojas de acacias se divisan las columnas blancas de un templo griego de vastas proporciones, cuyas columnas jónicas tienen mas de ochenta pies de alto, siendo en número de diez y ocho con una águila de bronce de seis pies de altura encima. A los lados de la cornisa hay dos colosales estatuas que representan á Cástor y á Pólux y cada uno de estos dos atletas tiene de la brida á un caballo que corbetea. El edificio completo forma un paralelógramo regular de doscientos setenta y seis pies de longitud sobre una latitud de ciento setenta. La rotunda que forma el centro del piso bajo tiene por lo menos setenta pies de altura con ciento ochenta de circuito. Reina en la parte inferior un peristilo con veinte columnas acanaladas que sostienen una galería que conduce á las salas del primer piso en que hay cuadros En el bajo hay tres galerías, de las cuales la mayor tiene doscientos pies de largo, consagradas á las pinturas antiguas.

El Museo de Berlin es una de las mas maravillosas creaciones de la arquitectura moderna y hace honor al talento de Mr. Schinkel. Solo se echa menos que los objetos artísticos que contiene no correspondan á tanta magnificencia. Sin embargo, en medio de tantas producciones medianas, hay algunas obras buenas, de la escuela italiana especialmente. Si se pudieran reunir en Berlin las colecciones de Munich y de Dresde encerraria dicha capital el mas escogido y rico museo de Europa

Hallámonos ya en frente del Real Palacio donde todo es silencio y soledad; pero no debe admirar el que no se oigan ni cajas ni trompetas ni ruido de armas en el palacio del gefe de una monarquia militar, pues que el rey no reside habitualmente en él, sino que la mayor parte del año la pasa en un pequeño palacio sencillo y modesto en las cercanías del palacio de su esposa la princesa de Liegnitz.

Atraviésase dicho palacio ó castillo, y despues que se ha pasado la puerta principal, descúbrese á la izquierda un puente magnífico, cuyo parapeto de metal fundido descansa de trecho en trecho en pilares de granito labrados. Va el puente á la *ciudad vieja* (altstad(llamándose ciudad de Federico (Frederichssthad) la porcion de ciudad que acabamos de recorrer.

Pasado el Spree, ya no se encuentran los hermosos cuarteles, las anchas calles y las imponentes construcciones que tanto admiran en la ciudad de Federico, sin embargo donde quiera estan las calles tiradas á cordel y se conservan muy límpias. No se ven en Berlin, ni las casas torreadas de Nuremberg ni las admirables esculturas de la alta Italia; es ella una ciudad del todo moderna, hermosa, coqueta como sus mujeres, que muda de vestido continuamente, que se inquieta á la menor señal de vejez, y que pasa todo

el año restaurándose, puliéndose, decorándose de nuevo. La ciudad antigua es la parte mas poblada de Berlin y en ella habitan las clases industriosas, hallándose en ella tambien los cuarteles de tropa, las fábricas, las manufacturas, la real manufactura de porcelana, la real fundicion cuyos productos, que son tenidos en grande estima, forman un importante ramo de comercio. Es raro que se vea en estas calles plebeyas ninguno de los brillantes coches que sin cesar se suceden en la avenida de los Tilos, pero en cambio atruena en ellas el ruido de las armas, pues toda la guarnicion de Turin, que puede valuarse en treinta mil hombres al menos, está concentrada en dichos cuarteles. Y las paradas, las revistas, la música, toda esa pompa militar interesa é impone los primeros dias, mas al fin cansa y se hace importuna.

El Spree es un rio ancho como el Sena en París; su agua burbujosa y amarillenta anda tan de espacio que parece que no se mueve. Su corriente es apenas de 50 millas geográficas, desde Boutzen en que empieza hasta el punto en que se pierde en el Harel que se reune luego con el Elba. Las riberas del Spree son llanas, tristes y monótonas, siempre llanuras y mas llanuras obscuras, tristes, casi incultas, ni un punto solo pintoresco. El solo paseo de Berlin es un parque, llamado *Thiergarten*, para entrar en el cual es preciso volver á entrar en Frederichstadt.

A derecha é izquierda del camino que conduce á Charlottenbourg, palacio de recreo del rey, hay el Thiergarten, que viene á ser los campos Elíseos de Berlin. Seis años atrás, donde se extienden ahora esas sendas cubiertas de arena orilladas con plantas olorosas, erizábanse espinosas zarzas y el terreno húmedo y cubierto de malezas fermentaba al calor del sol y exhalaba fétidos vapores. Cúbrenle hoy dia surtidores de mármol, kioscos y estatuas, y un canal que muere en el Spree alimenta con sus aguas las fuentes y cascadas. Construyéronse en el Thiergarten rocas y montañas artificiales, las únicas que hay en un radio de 50 leguas y, como no alcanzan por supuesto la línea de las nieves eternas, han encontrado en ellas los ingratos Berlinenses motivos de sátira. Encontróse un dia en un árbol de Thiergarten un cartel con la siguiente inscripcion: «Ruégase al público que cuide de no hundir las montañas con los pies, que nadie se lleve las rocas en la faltriquera, y que se lleven atados los perros para que no se sequen los lagos y cascadas.»

En las dos calles de árboles que hay á orillas del camino de Charlottenbourg, vense del mismo modo que en los campos Elíseos de París saltimbanquis, gigantes, enanos, perros adiestrados, sacamuelas, charlatanes, etc; y á ellas van á divertirse el domingo y demas dias festivos los habitantes de la ciudad vieja y los artesanos con sus familias. Es verdaderamente una asamblea popular, sin que sea empero necesario advertir que no se ventilan en ella los negocios del Estado, siendo aun mas prudente no rozarse con ellos siquiera; porque la policía tiene por todas partes abiertos sus inumerables oidos y por todas partes tiene brazos apostados para coger al estudiante que brinde por la república. Así es que los vecinos de Berlin no pierden el tiempo en discusiones estériles y peligrosas, sino que van á ver á *Hanseeurst* (el purchinela aleman) ó al salvaje que destroza con los dientes un conejo vivo y se lo engulle en caliente crudo. O bien se reunen al aire libre debajo de entoldados donde beben cerveza ó comen pfannscuchen, habiendo pastelería que despacha cuarenta mil en un solo domingo. Termínase la fiesta con algun alegre wals ó con una corrida por las montañas rusas.

El Thiergarten es muy apreciado en Berlin y no conoce mas rival que el *café de Stehely*, nombre popular en Berlin y en toda la Prusia. El sujeto de tal nombre es á la vez pastelero, limonadero, confitero, fondista, y sin esto posee un gabinete de lectura. Hay un salon para los pasteles, y otro en que brillan en copas de cristal colocadas en platillos de porcelana fina los mas delicados objetos de la confitería. En otro salon se encuentran todos los diarios y papeles periódicos que se publican en Alemania, teniéndose los extranjeros aparte en un gabinete particular en que se puede leer sin dificultad el *diario de los Debates* y el *Monitor*, únicos papeles franceses que no son prohibidos en Prusia. Hasta el *Constitucional* ha sido rayado de la lista de los permitidos.

En este salon se habla poco y en voz baja; léese en él, cómese y bébese sin cesar con imperturbable gravedad. El dueño del establecimiento oriundo de Italia como lo indica su nombre, no tiene los modales finos é insinuantes que caracterizan á sus paisanos, sino que se está trás del mostrador en actitud imponente y fiera, respondiendo apenas con una ligera inclinacion de cabeza á los saludos de los que entran. Por nada bajaria él de su trono para servir á un concurrente; dirige desde allí á sus mozos y le basta una ojeada para excitar su actividad. Mr. Stopany, asociado y compatriota suyo es por lo contrario el hombre mas fino y obsequioso que sea dado imaginar; ocúpase sin cesar en recibir á los parroquianos, y aunque no hagais gasto sino por el valor de dos silbergroschen no dejará por eso de volveros á llevar á la puerta y de poner á vuestra disposicion y bajo vuestra proteccion el establecimiento.

El café de Stehely es el punto de reunion de elegantes, pero las señoras no van á él. Presenta la sociedad diferentes aspectos segun las horas del dia. Por la mañana entran á hacer su gasto los parroquianos; á medio dia despues de la parada llegan los oficiales en pelotones ruidosos y brillantes; á la una cambia la escena y de repente cesan el ruido de los sables, las risotadas, las disensiones tumultuosas sobre el ejercicio, sobre un perro de caza. Llega á esta hora el alto comerciante, grave, silencioso, absorbido en las noticias de la lonja y calculando sobre una especulacion, lo que no impide sin embargo que almuerce buenamente. Suelen los Alemanes tratar comiendo de los mas importantes negocios.

De hora en hora va haciéndose mas numerosa la concurrencia, y van acercándose á las mesas del café el extranjero, el celibatario, el estudiante que acaba de cobrar su mensualidad, el actor del teatro real que sale del ensayo. A la noche sobre las ocho ó las nueve se encuentran en el café los literatos que discuten sobre las bellezas y defectos de la pieza nueva. En tales discusiones, vivas con frecuencia y á veces interesantes, recoge el periodista materiales para el folletin del dia siguiente. Allí se ven las notabilidades literarias: Mr: Angely, autor de varias graciosas piecezitas, Mr. Blum traductor de Scribe, Mr. Toepfer que ha escrito algunas comedias, Mr. Luís Rellstadt, periodista co-

nocido por sus disputas con Spontini, y ante todos Mr. Raupach, el mas célebre de los poetas contemporáneos de Alemania. Es verdaderamente prodigiosa su fecundidad, pues escribe cada año una docena de tragedias ó dramas, y como la administracion del teatro le paga dichos dramas uno por otro en 50 thalers, escribe solo piezas en cinco actos, lo que equivale á cerca de sesenta actos por año, sin contar las comedias y farsas que compone aun á ratos perdidos. Además de estos honorarios, recibe del gobierno prusiano una pension anual de seiscientos escudos.

En el café de Stehely, se suscitan tambien cuestiones políticas y aun con todo el calor del espíritu de partido cuando se trata de Francia, Grecia ó de Inglaterra. Pero tocante á los negocios de Prusia se hacen del desentendido los prusianos; la *Gaceta del Estado* no trae sino noticias extranjeras al revés del diario de la corte de Pekin que habla solo de Pekin y de la China. En Berlin Mr. Guizot y Mr. Thiers tienen amigos y enemigos como en París, y los discursos de Mr. Berryer excitan entre la alta nobleza el mismo entusiasmo y aplausos que en el barrio S. German. Y no tiene solamente entre la nobleza amigos el lado derecho, pues el mas acalorado legitimista de Berlin es M Hackert antiguo bailarin de la ópera, el cual se distingue por un continente estudiado, por cierto aire aristocrático y por una tiesura con la cual parece quiere de propósito hacer olvidar su antigua agilidad de piernas; busca con preferencia la sociedad de los oficiales de la guardia conocidos por su exaltacion monárquica. Cuando despues de la revolucion de julio pasó Cárlos X por Spandan, el bailarin legitimista fué el único berlinense que se atrevió á ir á saludar á la Majestad depuesta, mostrándose de este modo mas realista que la corte y toda la nobleza. Cuando salió de Spandan el ex rey de Francia, siguió su coche Mr. Hackert corriendo, y se despidió de él con los gritos de *viva el Rey!*

EL ISLAMISMO.

Tradiciones y leyendas.—Mahoma y el Alcoran.

ARTICULO I.

Duraba todavía en el Oriente la agitacion producida por la ruina del imperio romano y del politeismo, cuando Mahoma emprendió fundar en él un nuevo imperio y nuevo culto. Si en la estimacion de los derechos que tienen los hombres á la fama debiesen tenerse en cuenta su orígen, las dificultades de la ejecucion y los mas prodigiosos resultados, quizás ningun mortal se hallaria que pudiese compararse con Mahoma. Privado de las circunstancias favorables que las mas veces preparan los acontecimientos, si ya no los motivan; aislado en una época en que todo era quietud en su país, en que ningun sistema de innovacion agitaba los ánimos, Mahoma, ó Mohammed, segun los árabes, traza de repente y lleva á cabo un proyecto, cuya concepcion por sí sola hubiera arredrado al mas atrevido innovador, pues consistia en derribar las instituciones existentes, en reformar las costumbres nacionales, en destruirlo todo, arrastrarlo todo tras sí, y aparecer en fin á sus compatriotas como profeta, legislador y rey.

Aunque vivian los Arabes en la mas ridícula supersticion, y en absoluta corrupcion de costumbres, era un crímen capital atacar su culto, ó censurar sus leyes y sus usos aun en la parte mas insignificante; severas penas castigaban á los infractores, y ni los apóstoles cristianos se atrevian á buscar neófitos en la Meca. Cuando una superior inteligencia lleva á cabo una vasta empresa, nada mas comun que suponer facilísima la ejecucion; porque raras veces calcula el vulgo todos los peligros y obstáculos, antes bien juzga de las cosas por su éxito. Nada mas dificil que introducir entonces algun cambio, ya religioso, ya político, en la Arabia. Estaba reservado á Mahoma el vencer todos los obstáculos, derribar los ídolos, desarraigar las antiguas supersticiones, promulgar nuevas leyes, imponer nuevas costumbres, y por decirlo así, crear una nueva nacion.

Pero antes de referir la vida del Profeta, y de analizar el Alcoran, demos una ojeada á las fábulas que cuentan los Orientales sobre las personas que le precedieron, fábulas que en su mayor parte están tomadas del Talmud y de los libros rabinios: dijérase que, exceptuando lo que sacaron de la Biblia, trataron los musulmanes de reunir las circunstancias mas extrañas y distantes de la razon.

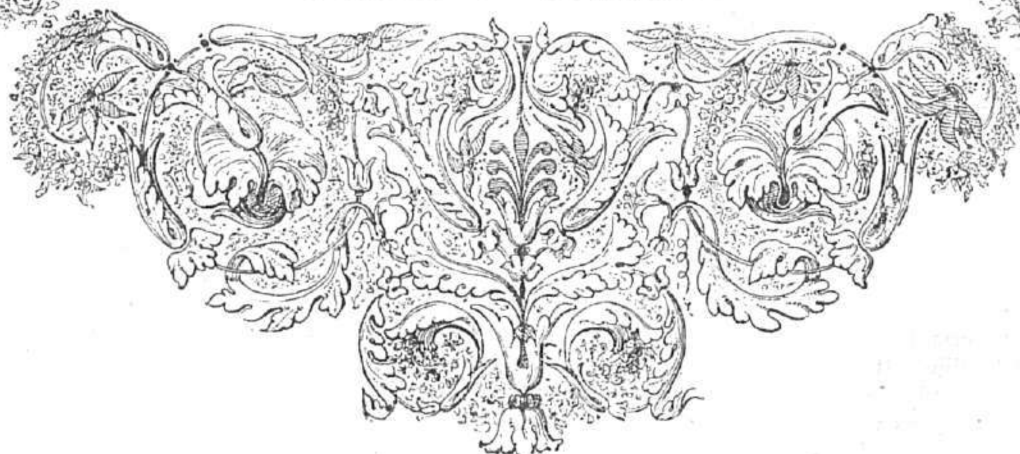
Reconocen, como nosotros, ángeles buenos y malos. Entre los primeros, distinguen particularmente los cuatro arcángeles Gabriel, Miguel, Azraël y Azrafaël, que llaman los *allegados*, porque no se separan jamás del trono de Dios, dispuestos siempre á ejecutar sus órdenes de esta suerte: Gabriel cuida de los mensajes celestes; Miguel manda á los elementos, y en particular á la lluvia; Azraël recibe las almas de los hombres, por lo cual le nombran *ángel de la muerte*; y por último Azrafaël guarda la trompeta del cielo, con la cual tocará en la fin del mundo. Los musulmanes dan la preferencia á Gabriel, porque, dicen, este arcángel ha sido siempre amigo de su nacion, y él fué quien anunció de parte del Eterno á Mahoma su divina mision; así su nombre vese repetido en todos los monumentos; ya se le da la denominacion de *Pavon del jardin del Paraíso*, porque Gabriel brilla entre los seres celestiales como el pavo real entre las aves; ya se le nombra *Fiel secretario*, *Espíritu Santo*, porque es el confidente de la voluntad de Dios, y como tal pudo comunicar á Mahoma todos los preceptos que hoy rigen en el islamismo; y el mismo Profeta dice en su Alcoran: «¡Quién sea enemigo de Gabriel, confundido sea!» Al arcángel Miguel lo consideran los musulmanes con cierta desconfianza, pues, segun ellos, amaba á los judíos, y si Dios hubiese hecho caso de sus consejos, jamás floreciera el islamismo en la tierra. Entre los ángeles malos es el mas famoso Iblis, que por haberse puesto al frente de los ángeles rebeldes, fué con ellos lanzado del cielo á pedradas con guijarros ardientes; y en memoria de esto, llámanle los Arabes *el apedreado*.

Despues de los ángeles, admiten los mahometanos una raza intermedia, la de los genios, que, segun el Alcoran, se asemejan á los ángeles en que como ellos fueron criados de la substancia del fuego, y se parecen al hombre en que como él comen y beben, y se dividen en macho y hembra. Como en concepto de los

MAHOMA PREDICANDO SU MISION.







Arabes existia antes de Adan la tierra ú otra cosa por este estilo, suponen que por millares de años la habitaron los genios, y que solo despues de conocer que era imposible mantenerlos en la senda de la virtud resolvió Dios criar el hombre. Entonces extinguióse casi enteramente aquella raza, y los pocos que escaparon del desastre, fueron confinados á ciertos rincones de la tierra. Volvieron á figurar cuando Salomon les forzó á trabajar en los edificios que le inmortalizaron; y posteriormente, algunos abrazaron la religion de Mahoma.

En la creacion de Adan y Eva no andan los musulmanes tan discordes de la Biblia; pero añaden que, tras su pecado, el ángel del Señor echó á Adan á la isla de Ceylan, allá donde todavía hay la montaña llamada *Pico de Adan*, y que Eva fué desterrada á la orilla del mar Rojo, allá donde despues se edificó la Meca. Mas de dos siglos estuvieron así separados los dos esposos; pero compadecido al fin de sus penas, reuniólos el Eterno en las cercanías de la Meca, donde aun se enseñan los restos que recuerdan su morada. Despues de engendrar el linaje humano, el ángel de la muerte bajó á ellos de parte de Dios, y les presentó una copa con cuya bebida murieron. Esta copa, dicen los historiadores árabes, sirvió sucesivamente para todos los profetas; y de ahí sin duda, decimos nosotros, procede la expresion tan comun entre los Orientales de *beber en la copa de la muerte*, ó mas breve, *catar la muerte* en vez de *morir*. Adan es tenido por profeta, y créese que llevaba en la frente un rayo luminoso con corta diferencia igual al que ponen los pintores á Moisés: añaden que Dios le envió diez libros de revelacion, á favor de los cuales debian sus descendientes seguir la senda de la rectitud; pero desgraciadamente ignórase su paradero.

Pasó el rayo profético de Adan á Seth, de Seth á Enoc, de Enoc á Noé, y de Noé á su hijo Sem; y despues de este mencionan los musulmanes dos profetas de que no habla la Biblia, y son Houd y Saleh, á Houd mandó el Señor que fuese á predicar la fe á ciertas tribus de árabes nómadas, pueblos notables por su prodigiosa estatura, pues los mas pequeños de sus individuos tenian sesenta codos, y apenas habia árboles bastante altos para sostener sus tiendas. Como habia mucho que padecian horrible sequía, presentóseles Houd diciéndoles: «Hermanos mios! adorad al Dios verdadero, al Dios único, y él enviará la lluvia del cielo á vuestros secos campos.» Aquellos impíos no quisieron escucharle, y hasta le motejaron de loco y le amenazaron con la muerte. Pero irritado el Señor, movió contra ellos un viento espantoso que los esterminó, no perdonando mas que á los pocos que creyeron á Houd; y este acontecimiento hállase mencionado en el Alcoran.

Encargósele á Saleh que convirtiese ciertos pueblos del Arabia llamados Temouditas, que, segun la opinion comun, vivian en un fértil valle de la Arabia Petrea, hacia el mediodía del mar Muerto. Cercados por todos lados de altas montañas, cavaron los Temouditas en las rocas su vivienda, y desafiaban de este modo la venganza divina. Fuése Saleh á ellos de parte de Dios, y les dijo: «Hermanos mios! haced penitencia! adorad al Dios verdadero!» Respondieron los Temouditas que por nada de este mundo abandonarian el culto de sus padres; y en vano para convencerles del error en que vivian hizo Saleh salir de una roca una camella pronta á parir, pues aquellos impíos no abandonaron sus creencias, y acusando á Saleh de mágico, mataron á la camella y á su hijo. Entonces envió Dios contra ellos un ángel que les sorprendió por una mañana en sus cavernas y los mató. Los musulmanes conservan profundo recuerdo de la impiedad de los Temouditas y de la venganza divina; todavía enseñan los lugares que mancharon con su impura mansion, creen oir aun por las cercanías los agudos gritos de la camella, y cuando pasan por allí, procuran hacerlo lo mas lejos posible de la fatal roca. El hijo de la camella ha venido á parar en símbolo de las mayores calamidades; de manera que, cuando les amenaza algun infortunio, dicen: «Es el grito del camellejo de Saleh!»

Esto aconteció en los tiempos que precedieron á Abraham, llamado por los musulmanes Ibrahim, con quien comienza en cierto modo una nueva era. Considéranlo el favorito de Dios y padre de los creyentes; algunas tribus se honran de descender de él, y no hay en Oriente nombre mas venerado. Pero, si se exceptua lo sacado de la Biblia, la vida de Abraham, tal como el Alcoran la cuenta, no es mas que un tejido de patrañas, de las cuales mencionamos las mas singulares.

Abraham era hijo de Azar, oficial de Nembrod, rey de Babilonia, quien, habiendo visto por la noche elevarse un astro en el horizonte, y eclipsar con su brillo las demas estrellas, espantóse y consultó á sus adivinos. Contestáronle todos que aquel prodigio anunciaba el nacimiento de un varon extraordinario, que dominaria los príncipes mas poderosos. Amedrentado Nembrod, mandó separar los hombres de las hembras; pero como ignoraba que la esposa de Azar estaba en cinta, retiróse esta de la corte, y á poco dió á luz á Abraham. Todo fué inaudito en él: Dios mismo cuidó de su subsistencia, y uno de sus dedos manaba para el niño leche exquisita, y miel otro; de manera que, á los quince meses, ya era tan aventajado de cuerpo como un jóven de quince años. Marchó entonces á Babilonia, resuelto á poner en ejecucion las grandes acciones á que se sentia llamado; bien que no estaba del todo instruido en punto á la religion verdadera. Como en aquella época dábase el género humano á la idolatría y al culto de los astros, tanto que hasta Nembrod se hacia adorar por Dios, no sin grande admiracion, contempló Abraham los majestuosos globos que giran en el espacio; si hemos de creer al Alcoran, cuando vió brillar en el horizonte la estrella de Venus, quiso adorarla, pero reconoció su error al verla desaparecer; puso entonces su atencion en la luna, y luego en el sol, mas viendo que todos estos astros solo un breve momento asomaban en el teatro del mundo, marchó con firme paso por el camino de Dios. Solo una cosa le traia confuso, y era lo que de Nembrod y de su pujanza oyera; es verdad que á primera vista le fascinó tanta grandeza; pero como Nembrod era horriblemente feo, fácilmente conoció que no podia Dios manifestarse bajo tan deformes facciones, y ya no vaciló en rendir culto á la verdad.

Predicó en la ciudad de Babilonia, donde pocos le creyeron; sobre todo Nembrod mantúvose rebelde á sus exhortaciones, y negándose Abraham á adorarle, mandó lo echasen en un horno ardiente. Afortunada-

mente, dice Mahoma en su Alcoran, vino Dios al socorro de su siervo; el fuego se puso frio, y no falta quien dice que se convirtió en un jardin de rosas. Los musulmanes creen que Nembrod ya en vida fué castigado por tan excesiva impiedad: para confundir su orgullo, permitió Dios que un mosquito se le metiese en el cerebro; en vanó daba Nembrod de cabeza en las paredes, pues murió en medio de espantosos dolores; y todavía en Oriente designan con su nombre á los tiranos y á cuantos son azote de la especie humana.

De Babilonia fué Abraham á visitar la Siria y la Palestina. Los musulmanes citan algunas circunstancias de que no hablan nuestros libros santos. Así cuando Sara y Agar hubieron dado cada uno un hijo al patriarca, no pudiendo vivir juntos en buena paz y armonía, tomó Abraham á Agar y su hijo Ismael, y los condujo al lugar donde hoy está la Meca, entonces país desierto y enteramente árido. No encontrando allí ninguna fuente para apagar su sed, iba á continuar su viaje, cuando un ángel hizo con el pie brotar un manantial de agua viva; y es el pozo que ahora hay junto á la Caaba, llamado pozo de Zemzem. Construyó el patriarca la Caaba, y mientras él trabajaba en la fábrica, preparaba y traíale Ismael los materiales, y aun se enseña la piedra en que suponen ponia los pies. Arregló las ceremonias de la peregrinacion, y desde entonces fué la Caaba punto de reunion de todos los pueblos de la Arabia. He aquí cómo se expresa Mahoma acerca de aquel patriarca: «Abraham no era ni judío, ni cristiano, sino ortodojo y musulman.» De semejante artificio se valió el falso Profeta para hacer creer que no era ninguna cosa nueva su religion, y que si en algo diferia de la que se profesaba en lo antiguo, era porque la corrompieron algunos impíos.

Isaac é Ismael heredaron el rayo profético: mas como Ismael pasa por padre de la tribu á que pertenecia Mahoma, los musulmanes le colocan en primer lugar, lo consideran el único hijo legítimo de Abraham y de él cuentan lo que de Isaac la Biblia. Pocos detalles hay sobre Jacob; pero José ó Joussouf, como pronuncian los musulmanes, hace gran papel en Oriente. Mahoma le consagró un capítulo entero, y tan extraño es lo que allí dice, que hasta algunos de sus mismos discípulos han tratado de impostura buena parte de su relacion.

Sabido es que José fué vendido á un egipcio llamado Putifar, que creen los Orientales era primer ministro de Faraon, afirmando al mismo tiempo que era José tan hermoso, que ninguna muger podia verle sin amarle. Así apenas le vió la esposa de Putifar, enamoróse de él perdidamente; y ya iba José á ceder, cuando la sombra de su padre le recordó sus deberes. Cundió la fama de este lance por la capital de Egipto, dice el Alcoran; y no hubo dama que no alzase el grito contra la debilidad de la muger de Putifar, y no se mostrase indignada de que diese su corazon á un esclavo. Quiso ella vengarse, y para ello convidó algunas á comer granadas; mientras que estaban á la mesa, presentóse repentinamente José, y tanto sorprendió á las damas su belleza, que desatinadas y sin cuidarlo que hacian, cortáronse los dedos en vez de las granadas.

Muerto José, transcurrieron muchos años sin que apareciese ningun sugeto celebre; y Moisés, ó Moussa segun la ortografía oriental, fué el elegido de Dios para que recordase los famosos nombres de Noé y de Abraham. En el Alcoran Mahoma le cita frecuentemente, y fácil es dar con la razon de ello; como se halló en una posicion á poca diferencia igual á la de aquel patriarca, como lo mismo que él tuvo que abandonar su país, y esta emigracion ensanchó su poderío, no es estraño que tanto gustase de mencionar el legislador de los Hebreos y de autorizarse con su ejemplo. En concepto de los Orientales, Moisés poseia la alquimia y todos los secretos de la naturaleza; y muchos de los prodigios que hizo fueron obra de su propia mano, que representan blanca como la nieve, y luciente como las estrellas. Así es que cuando quieren decir de uno que es elocuente, ó hablar de un médico que hace curas milagrosas, dicen que tiene la mano blanca de Moisés.

No menos ilustre es entre los musulmanes que entre nosotros David, ó Daoud como le nombran los pueblos de Oriente; y sus salmos le han colocado al lado de Moisés, Jesus y Mahoma, cuyos libros efectivamente son los únicos que los musulmanes reconocen como inspirados. Tan perfecta idea se forman los árabes de la melodía del rey profeta, que pretenden que su voz regocijaba las aves, ablandaba el hierro y allanaba los montes, y que cuando cantaba los elogios de Dios, la naturaleza toda se unia á sus acentos armoniosos. Para probar con cuanta compuncion lloró David su falta, escriben los musulmanes que, durante los cuarenta dias de su penitencia, yerbas y plantas crecian con la abundancia de sus lágrimas; y queriendo ensalzar la pureza de su vida y la delicadeza de sus sentimientos, afirman que David tenia escrúpulo de *gozar de las riquezas de la corona*. No solo en las grandes circunstancias salia con un sencillo vestido de lana blanca, que era el de los profetas, sino que, á ejemplo de estos, escogiera una profesion para proveer á sus necesidades; y así el rey David era armero y fabricante de cotas de mallas. Pero débese saber que, testigos cada dia de los abusos del despotismo, muy poco dispuestos se sienten los Orientales á respetar las grandezas de este mundo, de manera que el famoso Aureng-Zeb, que hace mas de un siglo reinaba en la Judía, vestíase y manteníase del producto de las copias que hacía del Alcoran.

A David sucedióle en el trono y en la luz profética su hijo Salomon, que los Orientales llaman Soliman; no hay prodigio que no se le haya atribuido, y su nombre ha venido á ser emblema de cuanto hay grande sobre la tierra Salomon, dicen los árabes, sometió á su autoridad no solo los hombres y los irracionales, sino tambien los genios y los elementos. Naturalmente piadoso, cumplia tan fielmente con la oracion, que probando un dia sus caballos, y siendo llegada la hora de orar, abandonólo todo por llenar deber tan sagrado; entretanto los caballos se escaparon, pero para indemnizarle, envióle Dios los vientos, los cuales puso á su disposicion para ir adonde quisiese. Así, cuando tenia que emprender un viaje, recostábase en una alfombra, y un suave céfiro le transportaba á las mas distantes regiones. De este modo atravesó Salomon los desiertos de la Arabia, burlóse de los mas impetuosos torrentes, recorrió todas las islas del Océano indio, y obligó á todo el universo á que reconociese la ley del Eterno. Añaden los Orientales que

cuando Salomon hacia justicia, asistian á sus juicios doce mil patriarcas y profetas sentados á su derecha en otros tantos tronos de oro, y á su izquierda estaban en tronos de plata doce mil sabios y doctores de la ley, al paso que las aves del cielo sombreaban su propio trono, que era de riqueza sin ejemplo. Poseia el idioma de los pájaros, de los insectos y de cuanto respira; así no se desdeñó Mahoma de referir por menor las pláticas de Salomon con una hormiga. Tenia una abubilla adiestrada á llevar sus órdenes á todas las partes del globo, y merced á tan prodigioso pájaro supo la existencia de la reina de Sabá. Poseia un escudo que le guardaba de encantos y conjuros, y que fué fabricado bajo influencia del cielo, revestido con un carácter místico, compuesto de siete pieles diferentes, y rodeado de siete círculos; además tenia una espada flamígera, y una coraza impenetrable.

El mas precioso tesoro de Salomon era la sortija que continuamente llevaba en el dedo, pues con ella leia en el presente y en el porvenir, y sometiera á sus órdenes la mayor parte de los genios, que tan dóciles se habian vuelto, que á un solo mandato del Profeta veia este llenados sus deseos. Por este medio, segun los Orientales, edificó el hijo de David el templo de Jerusalen, el palacio de la reina de Sabá, y los demas monumentos que han inmortalizado su nombre. Desgraciadamente, estando un dia en el baño, apoderóse del anillo un genio pérfido que, no contento con tirarlo al mar, llevó su descaro y osadía hasta el extremo de fingirse Salomon: ficcion que obligó al verdadero á andar cuarenta dias errante por sus estados sufriendo los mas groseros insultos. Por fin, trajóle un pez el milagroso anillo, con que siguió en la carrera de sus triunfos.

Atribuyen á Salomon los Orientales gran ciencia en la magía, opinion que procede de los tiempos mas remotos. En el historiador Josefo se lee que en tiempo del rey Ezequías, esto es, tres siglos despues de Salomon, ya circulaba su nombre en muchos libros de magía y sortilegio, que Ezequías mandó quemar; mas como quedaron muchas copias, la supersticion siguió arraigándose de dia en dia. En el capítulo segundo del Alcoran asegura Mahoma que no fué Salomon quien escribió aquellos libros sino unos demonios letrados

Al exhalar Salomon el último suspiro, los genios hicieron mil tentativas para apoderarse del anillo, bien que quedaron burlados sus ardides; los musulmanes creen seriamente que yace en una isla del mar del Sur, y que, á no ser por una larga serpiente alada que guarda su tumba, ya los pícaros genios habrian pillado el talisman. He aquí las varias causas que en Oriente han hecho célebre el nombre de Salomon: se ha ponderado su sabiduría, sus raros conocimientos; se le ha llamado ministro de Dios; con su nombre se han designado los grandes monarcas, y de ahí esa multitud de Salomones que figuran en la historia, ó mas bien en la mitología oriental. Autores hay que han contado sesenta Salomones, y han hecho ascender su larga serie hasta antes de Adan, cuando los genios solos habitaban la tierra; y la mayor parte de estos escritores los han presentado como príncipes igualmente sabios y poderosos, atribuyendo tambien á todos el escudo místico, la espada flamígera, y la maravillosa sortija.

Otro de los personajes singulares en las tradiciones de Oriente es Kheder, á quien algunos confunden con el profeta Elías, usando de estos dos nombres ya para el uno, ya para el otro. Los Orientales hacen derivar el de Kheder de una palabra árabe que significa *ser verde;* y en efecto, suponen que todavía no ha muerto, porque bebió de una fuente cuya agua da vida eterna, y la cual debe caer, poco mas ó menos, al extremo del Oriente, en las regiones llamadas *Paises tenebrosos*. Por otra parte, los que ya diferencian á Kheder de Elías, convienen sin embargo en atribuirles la misma duracion y rango: ambos, dicen ellos, estan ahora recorriendo la tierra y velando por la seguridad de los viajeros, y supónese que Kheder fué el guia de los Israelitas en su travesía; algunos orientales les han particularmente atribuido la vigilancia sobre las cartas y los correos; así es que frecuentemente hállanse sus nombres en los sobrescritos, esperando los que los escriben que de este modo llegarán con mas seguridad á su destino.

Profesan los musulmanes gran devocion al profeta Zacarías y á su hijo Jahya, que es S. Juan Bautista; y en el mismo Alcoran así habla Dios al precursor del Mesías: «O Jahya! toma con seguridad el libro. Nos le concedimos la sabiduría desde sus tiernos años; nos le hicimos partícipe de nuestra caridad y de nuestra misericordia, y él ha dado muestras de piedad. Ha venerado á su padre y á su madre, no ha conocido la maldad ni el orgullo: sea con él la salud para el dia en que nació, para el dia en que murió, para el dia en que resucitará lleno de vida!» Convienen los Orientales con el Evangelio en la austera vida de S. Juan y la cruel muerte que le hizo dar una mujer, cuyos excesos quiso él reprimir; pero añaden que en memoria de crímen tan enorme, incesantemente chorrea la sangre del Santo. Esta muerte, dicen, fué la causa principal de la destruccion del templo de Jerusalen y de la dispersion de los judíos por toda la haz de la tierra. Aun en nuestros tiempos van los musulmanes en romería á Damasco, donde presumen estan los restos del Santo, cuyo trájico fin ha venido á ser en Oriente símbolo de todas las calamidades que afligen la especie humana.

Pero mayor consideracion merece á los musulmanes el nombre de Jesus, ó Issa.—En el Alcoran se lee que Jesus nació sin padre, y que fué hecho por la sola palabra de Dios; por esto los orientales le llaman el Verbo divino, ó sencillamente el Verbo, y le hacen igual á Adan, porque uno y otro fueron producto de una creacion particular. Reconocen los musulmanes todos los milagros que refiere el Evangelio; admiten el poder que el Salvador tenia de resucitar los muertos, dar oido á los sordos, salud á los enfermos, y de hacer andar á los cojos; pero citan milagros de que no se hace mencion en la Biblia, tales como que Jesus no estuvo en la cuna mas que tres horas, que ya habló en pañales, y que con su soplo animaba pájaros de arcilla. Así se expresa el Alcoran: «A Jesus, hijo de María, hemos dado el poder de hacer milagros, y le hemos asistido y fortificado con el Espíritu Santo.» pero es de advertir que Mahoma sacó de los falsos Evangelios, que en su tiempo circulaban por la Arabia, muchos de los milagros que no se hallan en los libros sagrados. Creen los Orientales que el Divino Redentor hacíalos en su mayor parte con su soplo; y en efecto, en el Evangelio leemos que restituyó el oido á

un sordo soplándole en la oreja. Todos los escritores orientales hacen frecuentes alusiones al soplo del Mesías; en general profesan los musulmanes gran respeto á Jesus; y en el Alcoran, Mahoma pone estas palabras en boca del Eterno: «O Jesus! yo elevaré á los que te sigan; y abatiré á los que te desconozcan. Desgraciadamente niegan los árabes la divinidad de Jesucristo, y en el Alcoran se leen estas palabras: «Los que dicen que el Mesías es Dios, estos son infieles.» Segun ellos, Mahoma ocupa un rango mas distinguido; y uno de sus autores hasta dijo que Abraham no fué mas que un oficial del ejército del Profeta, y el Mesías el maestro de ceremonias de su corte. Tambien niegan la pasion y muerte de nuestro Redentor; y he aquí lo que sobre el particular hay en el capítulo cuarto del Alcoran: Los Judíos creen haber dado muerte al Mesías, enviado de Dios; pero no es él á quien mataron, sino otro que se le parecia.» La opinion de los Orientales es que Jesus volverá á la fin de los siglos, que entonces las dos religiones cristiana y musulmana no formarán mas que una, y que despues de esta union finirá el mundo.

A consecuencia de este respeto por Nuestro Señor, profesan los musulmanes profunda admiracion á la Vírgen, que llaman Mariam; creen firmemente que la vírgen María y el niño Jesus fueron exentos del pecado original; y Mahoma ha dicho: «No hay hombre que al nacer no lleve las señales de las garras de Satanás; por esto al salir al mundo todos gritamos y lloramos; solo María y su hijo se libraron de esta prueba. «En fin respetan los orientales á los doce apóstoles y á cuantos contribuyeron á la propagacion del cristianismo, sin embargo miran á S. Pablo con cierta repugnancia, y afirman que solo él tiene la culpa de que los cristianos hayan dado divinidad al Mesías en vez de mirarle como un mero profeta. Despues de Jesus, los Orientales no reconocen otro profeta que Mahoma.

Estos son segun los musulmanes, los principales personajes que prepararon la senda á su Profeta. De ellos muchos han realmente existido; pero no considerándolos los orientales sino bajo el aspecto poético, se han embrollado en los mas ridículos y absurdos detalles. En los artículos siguientes darémos una idea del Alcoran y de la vida de Mahoma.

RELIGION DE ODIN.

ARTICULO I.

TENEMOS algunos datos sobre los Escandinavos de los autores latinos, en particular de Tácito y de César en sus comentarios; pero como los Romanos no entendian la lengua de estos pueblos, y no estuvieron por otra parte con ellos en inmediato contacto, reina tanta contradiccion entre sus varios testimonios, que seria harto difícil formar cabal concepto de sus creencias y costumbres sino se hubiesen libertado de la destruccion del tiempo algunos restos de las tradiciones de tales pueblos. Cuando los descendientes de los Escandinavos quisieron investigar su orígen en la historia de sus antepasados, echaron mano de todas sus tradiciones y recogieron todos sus recuerdos, resultando ser ciertos tales fragmentos; tan natural es en el hombre la aficion á la rima, y la poesía como la religion hija de todas las edades hállase donde quiera para consolar sus males y derramar bálsamo en su triste vida. Esta coleccion, que compuso un sabio irlandés y compendió mas tarde Snaron, irlandés tambien célebre, ha llegado á nosotros con el nombre de Edda (la Abuela.) Expónese en él la mitología escandinava en forma de diálago, conservándose la forma poética. Consérvase tambien un poema intitulado *la Volussa* (canto de la profetisa Vola,) y algunas odas de alta antigüedad de las cuales citarémos algunos trozos.

Dos épocas pueden distinguirse en la historia de los pueblos cuyas costumbres vamos á bosquejar. En la primera su culto, ageno todavía de fábulas absurdas es el de los tiempos primitivos, y sus dogmas conservan la antigua sencillez: adoran en ella á un solo Dios criador y omnipotente, al autor de todo lo que existe, al Eterno, al antiguo, al ser vivo y terrible, al escrutador de todas las cosas, al inmutable, etc. (Edda.) Son sus atributos: poder infinito, ciencia ilimitada, justicia incorruptible. (Edda.) Qué nociones tan sublimes de la divinidad! Donde encontrar tanta elevacion sino es en el Génesis? y para dar mas grandeza á su nombre y á su culto mas majestad, este Dios que no cabe en el Universo, no tenia templos, tampoco estatuas ni imágenes, era el invisible. Tambien prohibia la ley de Moisés toda representacion de la divinidad, temiendo sin duda que el hombre, á quien impresionan siempre mas fuertemente los objetos materiales que las cosas espirituales, no acabase por substituir el emblema del principio eterno al mismo principio. Reconocian igualmente los Escandinavos Dioses subalternos ó genios encargados de dirigir los elementos que asociaban al culto del ser supremo, honrando particularmente las tempestades, ó mejor el espíritu de ellas como ministro de la cólera divina. Creencia que se encuentra en todas partes, entre Griegos y Romanos, en Egipto, en la China y en el Indostan, tambien entre los Arabes cuyos *djinas*, son bien conocidos y hasta entre los salvajes de América que tienen sus espíritus ó *manitos*. De las virtudes que recomienda dicha religion es la principal el valor en la guerra; por eso los vemos oponer la mas profunda indiferencia á todos los peligros hasta el extremo del fanatismo; el mayor elogio que podia hacerse de un guerrero era que habia muerto con la sonrisa en los labios. Nada expresa mejor este sentimiento que el siguiente fragmento de las poesías de los Escaldas en que Reñiero Lodbrok entona su cántico de muerte.»

«Con la espada combatimos el dia aquel en que ví diez mil guerreros mordiendo la arena cerca de un cabo de Inglaterra, destilaban nuestras espadas gotas de sangre y las flechas rugian por el aire yendo á buscar los cascos: no fuera yo mas feliz si estrechara entre mis brazos á una hermosa jóven.

«Con la espada nos batimos.... pero ya es tiempo de acabar. Odin me envia sus Dioses que han de llevarme á su palacio, sentado entre los primeros beberé con ellos cerveza, las horas de mi vida se deslizan, moriré riendo.»

Compárese este retazo con los cantos de la Grecia moderna que ha traducido tan enérgicamente Mr. Fauriel, compáresele con el feroz valor con que los salvajes en América del norte sufren los indecibles tormentos reservados á los prisioneros de guerra, y no quedará

duda de que entre los pueblos poco civilizados es el valor la primera de las virtudes.

Conservóse tal pureza de creencias hasta al fin de la república romana, en cuya época sufrieron una grave revolucion los pueblos del norte, perdiendo entre sus vaivenes la antigua religion su primitiva sencillez. Un gefe de tribu llamado Siggo, aliado de Mitrídates y vencido por Pompeyo, sale de Asgard, Ciudad situada entre el Ponto-Euxino y el mar Caspio, intérnase en los países del norte para buscar enemigos á los Romanos, y somete todas las naciones escandinavas. Sus súbditos, admirados de tan rápidas conquistas, atribúyenlas á un poder sobrehumano, y el ambicioso aventurero, célebre tambien por su elocuencia y talentos, procura acreditar esta opinion y sacar de ella partido. Data de esta época el culto que se le atribuyó bajo el nombre de Odin, antigua divinidad de los pueblos antiguos, y como quiera que los pueblos vean en sus Dioses las calidades que tienen en aprecio, los Escandinavos que se dedicaban principalmente á la guerra, hicieron de Odin el Dios de los combates, expresándose sobre el Edda: «El Dios terrible y severo, el padre de la matanza, el devastador, el incendiario, el águila, el tonante, el rápido, el que da la victoria, el que reanima el valor en los combates, el que señala á los que han de morir...» Los guerreros antes de ir á la guerra hacian voto para hacérselo propicio de enviarle cierto número de almas de enemigos muertos por su mano, y muchas veces creian verle aparecer en medio de la lucha envuelto en torbellinos y en tempestad para gozar de la vista de la matanza y del olor de la sangre. Otra creencia, que no contribuia poco á explicar su valor, era la persuasion en que estaban de que los guerreros muertos en el campo de batalla iban á disfrutar con los Dioses de las delicias del paraíso ó *Vahalla*, en el cual eran su principal entretenimiento los juegos guerreros y placeres de la mesa. Dábasele á comer de un jabalí que renacia cada dia, y la cabra que se alimenta del árbol Gaerada suministraba aguamiel en abundancia para saciar á todos los héroes.

«Frigga ó Freja (la tierra) mujer de Odin, era la segunda divinidad de los Daneses: ¿no es estraño hallar esta misma divinidad honrada en todos los pueblos? los Griegos y los Libios la llamaron Cibeles, los Egipcios Isis, los Fenicios Astartes, los Trácios Bendis, los Etruscos esposa del viejo Saturno, y los Galos la adoraron bajo el nombre de Huto: en todas partes fué mirada la tierra como á madre de los Dioses y de los hombres, pero los pueblos del norte la hicieron además Diosa de los amores, reuniendo de este modo la cintura mágica de Venus á las tetas que llevaba Cibeles en señal de fecundidad. Los Griegos dieron á Venus por esposa á Marte, y del mismo modo Frigga seguia á Odin en los combates y con él compartia las almas de los muertos. Entre los hijos de tal pareja es el mas célebre Thor que dominaba los vientos y las tempestades, siendo su arma una maza que arrojaba de continuo contra los gigantes, y siempre se volvia á sus manos; poseia tambien un cinto con la virtud de reanimar las fuerzas perdidas, y era su principal ocupacion luchar con los gigantes y genios malos de que pronto hablarémos; Edda le llama el mas valiente hijo de Odin. Veneráronle en particular los Noruegos, siendo Odin la divinidad privilegiada de los Daneses y Frigga de los Suecos.

«Trás dichas tres divinidades venian doce Dioses y otras tantas Diosas subalternas: cuéntanse entre los primeros Niord que tiene el imperio de los mares, Bolda ó el sol cuyos ojos resplandecen de majestad, Thir Dios de los fuertes, Braqueo de la poesía, poseyendo su esposa Iduna las famosas manzanas que rejuvenecen á los Dioses, Heimdall que concibieron nueve Diosas tiene por destino guardar el puente que pusieron los Dioses entre cielo y tierra (el arco Iris) y prohibir su entrada á los malos genios teniendo para ello una centellante espada en la mano y una trompeta que se deja oir por todos los mundos; Loke, ó el Dios del mal, cuya esposa se llama Siñia y los hijos de entrambos son el Lobo Fenris, la serpiente Migdord y Helá la muerte. Despues de muchos combates contra los Dioses, el Lobo quedó encadenado hasta el último dia en que devorará el sol, á la serpiente Mignard echada en el fondo del mar y á Hela relegada en los mundos inferiores. En cuanto á Loke véase como describe Edda sus suplicios: arrastráronle sin misericordia en una caverna y los Dioses se apoderaron tambien de sus hijos. El primero de ellos á quien convirtieron en bestia feroz destrozó y se tragó á su hermano; con sus intestinos hicieron los Dioses cadenas y con ellas ataron á Loke á tres piedras, una de las cuales le oprimia las espaldas, otra los costados, y otra las pantorrillas, quedando en seguida convertidas tales ataduras en cadenas de hierro. Skada suspendió sobre su cabeza una serpiente cuyo veneno cae gota á gota en su rostro. Pero Siñia está sentada á su lado y recoge en una palangana las gotas, y la vacia cuando está llena, durante cuyo intervalo caen las gotas sobre Loka el cual grita y ruge con tanta fuerza que hace estremecer la tierra. Y eso es lo que se llama terremoto.

LOS HOMBRES DEL NORTE.

Costumbres de los Islandeses.

Cierto que nuestra libertad no es tan absoluta como algunos filósofos han imaginado: mil causas independientes del hombre tienden á modificar nuestras inclinaciones y carácter, á determinar nuestras acciones, y rara vez nos sustraemos á las influencias que nos cercan: la teoría de los climas y temperamentos ha alcanzado en el dia el mayor grado de certidumbre. Así pues, si estudiamos las naciones, vemos que las separan ciertas diferencias muy marcadas. El habitante de la montaña es muy diverso del que mora en el llano: el del Mediodía del del Norte: muestra este en su alma el sello de austeridad que le imprime la naturaleza que lo rodea: en medio de inmensos bosques, en que despliega el abeto sus ramas uniformes, entre las perpetuas nieves acumuladas en los montes, en las densas nieblas que ocultan los valles y oscurecen el verdor, nada ve el hombre de estas frias comarcas, que pueda dar pábulo á sus pensamientos ó á la elevacion de la fantasía. Debió pues su espíritu buscar alimento fuera de lo que veia, y elevarse á formar concepciones donde ninguna parte tuviese el mundo exterior: de ahí su idealismo y su espíritu meditabundo, cuya profundidad se halla sabiamente expresada

por los filósofos de Alemania. Despues que se formó el alma un nuevo universo distinto de aquel en que ha nacido, lanzada á regiones inaccesibles para los sentidos, y comprendiendo ese mundo espiritual ó intellectual donde para nosotros todo es misterio y pasmo, ¿cual debió ser su desconcierto cuando quiso descender otra vez á los objetos existentes y positivos, y cuando empapada aun en sus seductores sueños, quiso volverlos hallar en los objetos materiales? Entonces apoderóse del ánimo un sentimiento doloroso: retiróse á esta tierra, desterrada de una patria celeste que le reveló la imaginacion: de ahí la melancolía de sus cantos, ese colorido sombrío y tétrico de los Escaldas y de los Minnesingeros, y los plañideros acentos despedidos del arpa melodiosa de Osian. Pero una admirable ley de la Providencia unia á esas silvestres y desoladas comarcas, los mismos hombres que iban á buscar lejos de ellas el manantial de sus placeres y esperanzas. Desde entonces han tratado de domar la aridez de un suelo al que estaba encadenado su destino, haciendo todos los esfuerzos imaginables para sacar del mismo con que subvenir á sus necesidades y á sus aficiones: de ahí procede su instintiva laboriosidad. Así pues, el alma de los habitantes del Norte se nos presenta bajo estos tres aspectos: religiosa, triste, é industriosa.

Los hombres del Mediodía, al contrario, de continuo se dirigen hácia la naturaleza que con tal elocuencia habla á sus sentidos; viven enteramente fuera de sí mismos, y nunca van á buscar en la reflexion el secreto del porvenir que su fe les promete. Sus pensamientos se originan del mundo exterior; su Eden será voluptuoso y terreno, y en él reunirán todas las maravillas del universo, pues nada conciben superior á la criatura, tanto esta les parece hermosa; la viveza y movilidad de cuanto los rodea se reflejan en sus facciones; por lo que el hombre meridional no presenta aquella gravedad de los hijos del norte. Material hasta en sus imaginaciones, alegre en sus fantasías, su poesía todo lo reviste de formas materiales, así como la poesía del norte por todas partes sustituyó á ellas el pensamiento. No tiene que luchar á brazo partido con un suelo en que se mostró pródiga de sus dones la Providencia; por consiguiente acostúmbrase á una ociosidad que se convierte en necesidad para él, y sus miradas, que son un espejo exacto del alma, con su fuego y su vida, respiran movimiento y amor, es decir las relaciones del ser con los objetos que lo cercan. Esas miradas complácense en la pompa del culto, en ostentosos adornos, en fastuosos y variados trajes; al paso que los ojos del hombre de las zonas glaciales contraen la inmovilidad de los objetos que en ellos se reflejan, y no buscan otras imágenes que las que mas le acercan á sus imaginarios pensamientos.

Para acabar de convencernos de esta verdad, que proclamó el primero Montesquieu, analicemos las costumbres del Islandés: de ese *tipo* ó modelo por decirlo así, del hombre septentrional; y hallarémos en él tanto mejor conservada la fisonomía característica del clima septentrional, cuanto que su primitivo orígen no ha sido alterado por extranjeras relaciones.

Es el Islandés un pobre pescador que vive en una cabaña (un *boer* como ellos la llaman en su lengua) dividida en varias comparticiones, cada una de las cuales tiene su particular destino. Rodea la habitacion un corto recinto, donde crece la yerba que alimenta á sus caballos y ovejas; y es el único campo de verdura que en la estacion en que las escarchas no cubren la tierra proporciona distraccion á la vista, cansada de la larga oscuridad de las noches y de la deslumbrante blancura de las nieves.

Esta habitacion en que mora el Islandés y su familia, con los criados, si le permiten tenerlos sus riquezas, generalmente está aislada en medio de una llanura pantanosa ó estéril arenal; y en caso de que se encuentren algunas cabañas reunidas, nunca su número excede de doce, y entonces se da á esta reunion de cabañas el nombre de aldea. En medio de esa aglomeracion de mal construidas habitaciones hay una algo mas alta que las demas, que es la iglesia. Allí acude el pescador los domingos para oir la predicacion evangélica, y cantar las alabanzas del Ser que es tambien su bienhechor, puesto que le dió la vida, triste y miserable ciertamente, pero que para el infeliz tiene atractivos aun en sus miserias.

La iglesia es la habitacion del cura, en ella tiene su gabinete; y allí junto al púlpito ó á la mesa destinada para la sagrada eucaristía, su esposa hila ó extiende los lienzos. En otras partes pareceria un ultraje hecho á la divinidad, y desprecio de las cosas sagradas; pero en Islandia donde una infeliz choza cuesta mas que en Italia un palacio, y donde el ministro del altar es tan pobre que apenas al trasluz de sus harapos llega á conocerse su estado, puede allí exclamar con el Salmista: «El templo del Señor es el asilo de la inocencia, él en adelante será mi morada.»

No por esto es el Islandés menos religioso, antes al contrario, muy pocos pueblos hay donde con mas admirable resignacion se acepten los decretos de la Providencia. Cuando marcha á Reykiavik, uno de esos miserables pueblos de setecientas almas que sirven de capital á la Isla, detiénese á la puerta de la Ciudad, y en ella se arrodilla y ora, implorando la bendicion del cielo con respecto á los negocios que allí lo conducen. El sitio donde se verifican estos actos de oracion goza de mucha celebridad. Junto á nuestras ciudades tenemos nosotros cementerios; pero Reykiavik tiene el campo de la oracion, y así como junto á nuestros muros vela la idea religiosa de la tumba, así la pura y sencilla oracion de los Islandeses vela á las puertas de su ciudad. Además, pocos pueblos han conservado mas inviolable amor á la fe de sus antepasados. El cristianismo triunfó á duras penas de la antigua mitología de Odin, de las religiones de Valkyries y de Vahalla; pero al fin, allí como en otras partes triunfó la cruz. ¿Qué cosa podia darse mas conforme al carácter natural de los Islandeses que una fe desembarazada de las fábulas materiales del paganismo, proclamadora de un dios puro espíritu, á que no llegan nuestros sentidos, y que solo el entendimiento concibe? Así pues, en la llanura de Thingvalla fué adoptado el cristianismo á mayoría de votos.

La reforma halló mayores dificultades, pues ese pueblo, en medio de sus hielos y volcanes no vió las pompas del culto romano, ni los abusos introducidos entre el clero, y no penetraba los fines de Lutero: recibieron esas innovaciones de los Dinamarqueses, nacion que los de Islandia detestan. Resistiéronse pues con teson teniendo al frente los obispos Augmond y Arneson; pero al cabo sucumbieron. Arneson fué de-

capitado: siendo poeta nacional, dió el segundo Edda; y aunque no eran muy recomendables sus costumbres privadas, los naturales lloraron su pérdida como la de un representante de los antiguos afectos escandinavos.

Desde que la Dinamarca posee esta Isla muy pocos rasgos nacionales se han perdido: no obstante, los hombres han abandonado su antiguo traje por el vestido aleman. Las islandesas han conservado su lindo vestido de paño negro con mangas lisas y doblado por detrás, así como el pañuelo graciosamente atado al rededor de la rubia cabellera, sobre el cual hay un pedazo de lienzo almidonado que se encorva como la cimera de un capacete: tocado original, pero elegante, que recuerda el que se lleva en algunas aldeas de Francia con el que además pudiera tener algun parentesco. En efecto, todos saben de donde vinieron los Normandos, y que todavía corre sangre escandinava por las venas de las mugeres del Cotentin y del país de Caux.

Las bellas artes, ese ideal de las formas, son casi desconocidas en Islandia. No hay duda que los naturales de esa comarca están dotados de suma destreza, y que con materias en extremo groseras fabrican objetos de un trabajo completo y delicado; pero no les pidais mas: ignoran hasta la música y el baile, y ni siquiera les producen sensacion.

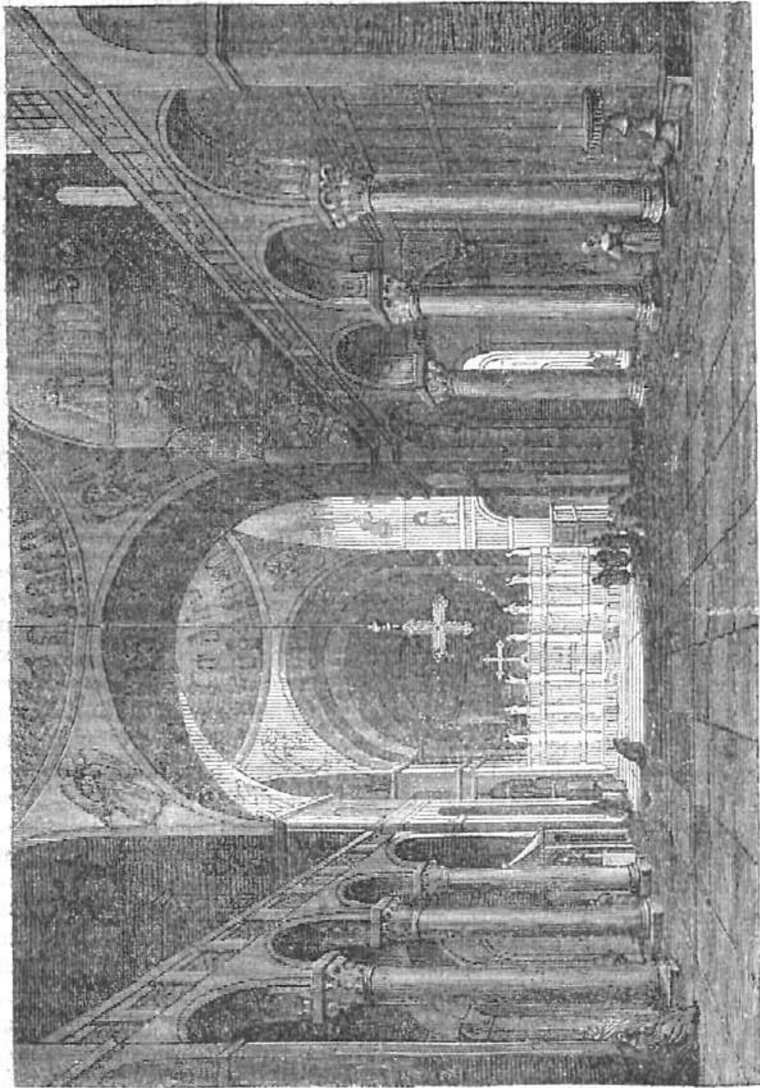
Pero en recompensa pocos pueblos hay mas instruídos y en que esté mas generalizada la primera enseñanza, aunque no hay en Islandia mas que una escuela primaria en Bessestad, á dos leguas de Reykiavik, á que se ha dado el pomposo nombre de universidad. Las madres enseñan á sus hijos la lectura; y todo el mundo aprende y tiene sus libros, su biblia, etc. Cuando uno ha apurado la lectura de los libros que posee, cambia su reducida biblioteca con la de algun amigo, y cuando nada se tiene á mano para leer, entonces á fin de distraer la monotonia de las noches de invierno y alegrar el trabajo, un anciano les refiere de memoria alguna relacion, que tal vez no es nueva, pero que siempre se oye con gusto.

Este es el Islandés! hijo de un suelo ingrato y sombrío, en él permanece y vive, y si tal vez hace algun viaje á Copenhague ó á Alemania, vuelve ansioso á su país volcánico y á los desiertos arenales en que vió la luz primera. La naturaleza mas hermosa y fértil que ve en otras partes no hace mas que aficionarle aun á su pobre y mezquina patria: en ella quiere morir! Edipo errante y proscrito deseaba morir en Atenas cerca de ese Citeron que fué testigo de su infancia: del mismo modo el Islandés pide dejar sus despojos en esa Isla, donde con la vida recibió toda clase de miserias.



Islandesa.

VENECIA. — SAN MARCOS.



Interior de la iglesia de San Marcos.

VENECIA.

Basílica de San Márcos. — Gran canal.

No hay imaginacion italiana que no se exalte ante los magníficos objetos que rodean á San Marcos; la misma Roma no posee acaso un lugar mas propio para excitar la admiracion. En esta hay una gloria antigua que solo se funda en ruinas; al paso que la de San Márcos es reciente, y parece revivir todavía debajo las bóvedas de la augusta basílica, así como bajo los arcos del palacio ducal. Ello puede darnos una idea de lo que fué el poder de Venecia; pues en estos edificios brillan profusamente los mármoles, las columnas, los bronces del sujetado Oriente, en medio de las flotantes banderas que recuerdan las conquistas de Candia, de Chipre y de la Morea.

Los mortales despojos del Santo Evangelista cuyo nombre va unido á todas las glorias de Venecia, fueron á esta ciudad trasladadas en el siglo VIII con la ocasion siguiente: Los califas del Cairo, con el objeto de embellecer su palacio de Alejandría, pasaban á saco los templos cristianos despojándolos de cuantos objetos preciosos contenian: igual profanacion amenazaba á la iglesia en que estaba el cuerpo de San Márcos; pero los ministros encargados de la custodia de tan preciosa reliquia, cedieron á las instancias de dos comerciantes venecianos que se proponian trasladar á su patria los santos despojos. No era fácil ocultar el piadoso hurto á los cristianos de Alejandría, y mas difícil todavía escapar á la vigilancia de los aduaneros sarracenos. No obstante, los comerciantes de Venecia recurrieron á un singular expediente, que tuvo el éxito mas completo. El cuerpo del Santo fué puesto en una gran cesta cubierta de tocino fresco: los infieles fueron para examinar la cesta; pero al ver aquella carne que tanto abominan, volvieron luego á cubrirla dejándola pasar libremente: de esta suerte llegó con felicidad á bordo de la embarcacion el sagrado depósito. Despues de haber tenido una recia tempestad llegaron los comerciantes al puerto de Venecia, donde fueron acogidos con increibles transportes de júbilo.

La basílica de San Márcos, hoy iglesia patriarcal y metropolitana, es de forma griega, y está profusamente adornada con mármoles orientales, bajos relieves, esculturas, bronces, dorados, mosaicos, y quinientas columnas de verde-antiguo. Los lados exteriores, la fachada, paredes interiores, bóvedas y pavimento se halla todo de tal suerte embutido, que cuanto en la iglesia se ve ó es oro, mosáico, bronce y dorado, ó es mármol oriental. Los adornos exteriores son obra griega, bizantina, y tambien nacional de diversas épocas que señalan los diferentes grados de progresion de las artes. La arquitectura del edificio es greco-árabe: empezóse en 976 bajo el dux S. Pietro Orseolo I, y se concluyó bajo el gobierno de Dominico Silvio en 1071. Tiene 76 metros y medio de longitud, 52 de anchura y 330 y medio de circunferencia. La fachada, cuya elevacion pasa de 25 metros, es una caprichosa al par que sublime mescolanza de diferentes estilos. La adornan un sin número de columnas preciosísimas así por su calidad y variedad de mármoles, como por su delicado trabajo, y además, nueve grandes mosaicos. Encima de la entrada principal son muy notables tres arcos abovedados, de mármol labrado con suma delicadeza; y otro arco hay tambien por el mismo gusto encima de la ventana grande. Vense en ellos varios bajos relieves que representan asuntos sagrados y profanos, esculpidos en distintas épocas; pero lo que mas llama la atencion son los cuatro caballos de bronce que se ven sobre la puerta principal: al verlos no es posible dejar de pensar en la instabilidad de las cosas del mundo. Los Romanos, despues de haber vencido á los Partos, llevaron á Roma estos caballos para adornar con ellos el arco de Neron. De ahí pasaron á Constantinopla, á esa ciudad favorita de un emperador que sacrificó la fuerza del imperio á un capricho; y por último los Venecianos, despues de obstinadas guerras y heroicos hechos se apoderaron de ellos como de un trofeo merecido. Mas tarde fueron llevados á París por derecho de conquista; pero en 1815 recobraron su lugar en la fachada de San Márcos: si el derecho que tienen los Venecianos á la posesion de estos caballos no es mas legítimo que el que tuvieron los Romanos y los Franceses, por lo menos se apoya en gloriosas hazañas. Nada sabemos de cierto sobre el orígen de los tales caballos; unos quieren que sean obra romana del tiempo de Neron; otros que hayan sido fabricados en Grecia y que salieron primero de Chío. Todavía conservan señales de su antiguo dorado, y pesan unas 1750 libras mayores de Venecia.

El techo del vestíbulo está enteramente cuajado de mosaicos, cuya mayor parte fueron ejecutados por los hermanos Zaccato, Bozza, y Bachini segun los diseños de Ticiano, Pordenone, y otros hábiles artistas. A la derecha del vestíbulo hay la capilla de S. Zeno, cuyo altar de bronce es mirado como una obra de primer órden, lo mismo que el monumento fúnebre del cardenal Juan Bautista Zeno, colocado en el centro de dicha capilla, todo de bronce. Este es obra del arquitecto y fundidor Alejandro Leopardi, y de P. J. Campanato. Las hojas de las tres puertas que dan comunicacion entre el vestíbulo y la iglesia son de metal, y están adornadas con ataraceas de plata, parte ejecutadas en Venecia y parte en Constantinopla. El peristilo de San Márcos tiene el aspecto de un palacio; pero el interior del templo es todavía mas magnífico: las bóvedas, arcos y cúpulas todo está cubierto de mosaicos sobre fondo de oro. La pila del agua bendita es de pórfido y está sostenida por un altar antiguo de escultura griega. Varios mosaicos, esculturas, y bajos relieves adornan la capilla de las fuentes bautismales, en cuyo centro hay una pila de mármol con su cubierta de bronce adornada con bajos relieves obra muy apreciada por los discípulos de Sansovino. La Capilla de la Santa Cruz está sostenida por seis preciosas columnas, una de las cuales se compone de pórfido negro y blanco, el cual es muy raro: y es justamente mirada como la mas hermosa de cuantas contiene la iglesia de San Márcos. Los objetos mas señalados de esta magnífica basílica son: la Capilla de Ntra. Señora de *Mascoli* que encierra estatuas y esculturas de sumo valor: la balaustrada de mármol que separa la iglesia del coro, adornada con catorce estatuas muy bellas y con una cruz de metal de gran precio; los dos facistoles formados con hermosos mármoles y sostenidos por elegantes columnas, y los dos pequeños altares que junto á ellos se levantan; las gradas del coro, y el altar que hay detrás del Mayor. En él se observa una tribuna que sostienen

cuatro magníficas columnas espirales de alabastro oriental que tienen ocho pies de alto: dos de ellas son blancas y diáfanas, y en su clase pasan por únicas en el mundo. Por último, son dignas de mencionarse la sacristía y su puerta.

Todos los objetos que acabamos de enumerar excitan justamente la admiracion general, la que se acrecienta aun al ver el tesoro de San Marcos, donde se conservan objetos inestimables asi en clase de reliquias como de otros.

El campanario tiene 99 metros de altura, y su base abarca 13 metros, y está cercada de tiendas. En él trabajaron muchos arquitectos. Empezóse á edificar en 911, y en 1111 llegaba ya al piso destinado para las campanas, el cual se edificó del todo en 1115. *Mastro Buono* lo reedificó en 1510, embelleciéndolo con columnas de mármoles griegos y orientales. Desde lo alto de este campanario goza la vista de las mas dilatadas perspectivas, puesto que domina la ciudad, las lagunas, los collados *Euganeos*, los Alpes, y gran parte del Adriático. El terrado que hay unido al campanario por el lado del este es tambien magnífico: es obra de Sansovino, lo mismo que las cuatro estatuas de bronce que brillan en medio de los mármoles, esculturas, y otras obras de bronce de que abunda. Durante el gobierno de la República estuvo este terrado á disposicion de los procuradores de S. Márcos, que mandaban la guardia durante las sesiones del Consejo Supremo: hoy sirve para el extracto de la lotería, y para las subastas públicas, etc.

Los numerosos mosaicos que adornan á S. Márcos son muy dignos de atencion, por lo que vamos á dar al lector una exacta indicacion de ellos.

Fachada.—Las bóvedas de la primera línea contienen cinco grandes mosaicos: los dos primeros, colocados á la derecha del expectador, representan la traslacion del cuerpo de San Márcos desde Alejandría á Venecia, obra ejecutada en 1560. El del centro representa el juicio final, obra de Pedro Spagna conforme al diseño de Antonio Zanchi, hecha en 1680. Debajo de la bóveda que sigue vese á los magistrados venecianos honrando al cuerpo de San Márcos, diseño de Sebastian Rizzi hábilmente ejecutado por Leopoldo dal Pozzo, aleman, en 1728. Los cartones de este mosaico existen en el palacio ducal. La última bóveda está adornada con un mosaico que representa la iglesia de San Márcos, obra del siglo XVI y de autores desconocidos.

Los mosaicos de las bóvedas de la segunda serie son cuatro, á saber, empezando por la izquierda del expectador: 1º El Descenso de N. S. Jesucristo de la cruz; 2º su Entrada en el limbo: 3º la Resurreccion: 4º la Ascension: todos obra de Luís Cayetano, ejecutados conforme á los diseños de Mafeo Verona en 1617.

Vestíbulo.—Sobre la puerta del medio vese la estatua de San Márcos, en traje pontifical, obra de Francisco y Valeriano Zaccato, dibujada por el Ticiano año de 1545.

Debajo hay siete pequeños mosaicos que datan del siglo XI.

En frente de estos últimos vese una media luna en que esta representada la crucifixion y el sepulcro de Jesucristo, por los sobredichos Zaccato, año de 1549.

En la parte superior á derecha é izquierda de la puerta principal hay otras dos semilunas, cuyos asuntos son la Resurreccion de Lázaro, y la Inhumacion de la Vírgen, trabajadas por los mismos Zaccato. El dibujo de estas tres semilunas se atribuye á Pardenone ó á Salviati.

En los ángulos superiores estan representados los cuatro Evangelistas; en los inferiores los ocho Profetas, y en el friso ángeles y doctores, obras todas de los Zaccato.

Interior del templo.—Encima de la puerta central hay representados Jesucristo, la Vírgen y San Márcos, obra del siglo XI. En el arco superior de la puerta, divididos los mosaicos en cinco reparticiones, representan varios pasajes sacados del *Apocalipsis*.

En la grande bóveda del vestíbulo hay representados Jesucristo y la Vírgen en medio de nubes; San Juan Bautista, ángeles y querubines adorando á la cruz: este mosaico se atribuye á Bozza y el diseño á Tintoretto. Vense además apóstoles y ángeles con flores de lís en las manos, hechos por Bozza y diseñados por Aliense y Tintoretto: la Gloria de los elegidos por Marini, dibujo de dicho Tintoretto; y la Condenacion de los malos por el mismo Marini segun diseño de Mafeo Verona.

Capilla de las fuentes bautismales.—Hay en ella el Bautismo de Jesucristo, obra de los siglos XI y XII: la capilla de la *Cruz*; el paraíso por Luís Cayetano, dibujo de Pillotti: la Crucifixion de San Pedro; la Degollacion de San Pablo; la caida de Simon Mago; obras del mismo Autor, segun los dibujos de Palma y de Padavanino.

Arco de la bóveda del lado derecho.—Contiene el martirio de San Andrés, diseño de Aliense: Santo Tomás en la presencia de un Rey, dibujo del Ticiano: el Martirio de San Juan dibujado por Padavanino; y el Martirio de San Jaime por el Ticiano: las cuatro obras fueron ejecutadas por Luís Cayetano en 1602.

Capilla de Nuestra Señora de Mascoli.—Contiene la historia de la Vírgen, obra muy bella de Miguel Giambono trabajada en 1430. Fué este artista el primero en abandonar la manera seca y dura de los antiguos por adoptar el estilo de los Vivarini.

Capilla de San Isidoro.—Esta cuajada de mosaicos que representan los hechos de S. Márcos. Saliendo de esta capilla con direccion al coro, detiénese uno cerca de las gradas que á él conducen, para observar los muros y bóvedas que presentan gran multitud de mosaicos muy estimados, obra de varios artistas y de distintas épocas. Sobre todo adviértese sobre la capilla de San Isidoro el árbol genealógico de la Vírgen, admirable trabajo de Vicente Bianchini, segun diseños de Salviati.

Altar mayor.—Hay un precioso marco que encierra la imágen del Redentor.

Sacristía.—Sobre la puerta hay la semiluna que representa á la Vírgen, obra esmeradísima de L. Rizzio, hecha en 1530. A la derecha se ve á San Teodoro; y á la izquierda á San Jorge ejecutados por Francisco Zaccato.

Nos hemos extendido tanto sobre la basílica de San Márcos porque así el conjunto como los pormenores de este monumento son tan extraordinarios, que deslumbran la vista las copiosísimas preciosidades que contienen; en términos que el observador anda perdido en medio de tamaña profusion cuando no tiene un guia que lo dirija. No obstante, estamos muy lejos de haber notado cuanto de señalarse es digno.

EL GRAN CANAL

Al salir de la plaza de San Márcos, en que hay además que admirar el palacio ducal, la antigua y la nueva procura, la torre del reloj, y la pequeña iglesia de San Basso, nos encaminamos á otro sitio que contiene otros tantos objetos no menos acreedores á todo elogio que los de dicha plaza: hablamos del gran Canal.

Este forma la vida de Venecia es su *circulacion*: allí es donde acude todo el mundo en busca de una habitacion, y tambien allí se reunen todos para admirar las mas raras muestras de arquitectura. A la izquierda de la Piazetta toma principio el gran Canal, vulgarmente llamado *Canalazzo*, allí donde existe la aduana marítima ó de tránsito, edificio tan sólido como magnífico que se adapta perfectamente al sitio que ocupa: José Benoni lo edificó en 1682, poniendo encima un globo que sostiene el simulacro de la fortuna. Al volver hácia la izquierda preséntase la soberbia iglesia de *Santa María della Salute*, cuyo edificio costó enormes sumas, y se edificó para cumplir con un voto de la República de Venecia con motivo de la peste que en 1630 hizo mas de cuarenta y cuatro mil víctimas en la Ciudad. El arquitecto Baltasar Longhena, inspirado por la misma grandiosidad de genio que caracterizaba á la República, adornó lo exterior del templo con un órden compuesto, una magnífica escalera, y altas cúpulas cubiertas de plomo: está todo sembrado de adornos y decorado con ciento veinte y cinco estatuas. Pocos edificios hay de tan esmerada ejecucion. El interior presenta un octágono circunscrito por otro; sobre el primero se levanta la cúpula principal, y el segundo contiene seis altares secundarios, y un altar mayor fronterizo á la puerta principal de entrada. En los altares, coro, y particularmente en la sacristía, existen célebres cuadros del Ticiano, Tintoreto, Palma, Giordiano, Padavanino, etc. Hay tambien que admirar un gran candelabro de bronce, alto de seis pies, y que pasa por lo mejor en su clase despues del de Padua.

Vese al lado del templo otro edificio, hecho en 1670 conforme á los planos de Longhena, el cual desde 1818 fué destinado al seminario patriarcal. En el oratorio de este edificio descansan las cenizas de Sansovino. Contiene el claustro una interesante coleccion de bajos relieves, bustos, estatuas, inscripciones, urnas, etc., etc.

A la derecha del Canal, encontramos luego el palacio de *Fini*, cuyo arquitecto fué Andrés Fremingen; sigue el palacio de *Corner della Ca Grande*, su arquitecto Jacobo Sansovino, edificio elegante y espléndido, que en el dia sirve para residencia de la Delegacion provincial. Algo mas adelante elévase el palacio de Cavalli, cuya arquitectura pertenece á la edad media. A la orilla izquierda en frente de los palacios que acabamos de enumerar, el primero que atrae nuestras miradas es el palacio de Darío, taraceado con finísimos mármoles y edificado por el estilo de los lombardos. En seguida los palacios de Venier y de Augarani nos conducen á la Academia de bellas artes, cuyo edificio fué antes llamado la escuela de la Caridad. La fachada es de órden corintio y fué edificada segun el plano y diseño de Jorge Massari. Los cuadros que este edificio encierra son casi todos de la escuela veneciana, y obra de sus mejores maestros: su coleccion es un tesoro del mayor interés para los aficionados é inteligentes.

Siguiendo la direccion del gran Canal encontrarémos algo mas allá de la Academia de Bellas Artes el palacio de Justiniano Lolin hecho segun el plano de Longhena; el palacio de *Contarini dagli Sgrigni*, su arquitecto Scamozzi; el de Rezzonico, su arquitecto Longhena; el de Moro Lin, su arquitecto Sebastian Mazzoni Florentino; los tres palacios de la familia de Giustiniani, señalados por su arquitectura perteneciente á la edad media; el palacio de Toscari, grandioso edificio que Sansovino miraba con sumo aprecio, construido á fines del siglo XVI, y en que habitaban por lo regular los soberanos que iban á visitar á Venecia en tiempo de la República; el palacio de Balbi, su arquitecto Alejandro Vittoria, edificio soberbio, aunque incorrecto en sus adornos; el palacio de Contarini, cuya arquitectura ofrece mucha semejanza con la de los lombardos; los cuatro palacios de la familia Moneenigo; el de Pisani, edificado á principios del siglo XV; el de Barbarigo, en que vemos el grupo de Dédalo é Icaro uno de los primeros trabajos de Cánova; el palacio de Corner Spinelli, obra de delicado estilo; el de Contarini de estilo lombardo; el de Grimani donde actualmente se ha establecido la Direccion de Correos, y es tenido por una obra de primer órden por su riqueza y elegante magnificencia: la fachada presenta tres órdenes corintios, teniendo el último algunas imperfecciones, lo que se atribuye á la muerte del arquitecto San Micheli que le impidió presidir á la conclusion de su obra. Siguen además el palacio de Farsetti, hoy *Posada de la Gran Bretaña*; el de Manín, su arquitecto Sansovino; el de Mangili hoy de Valmarana, obra de Antonio Vicentini; el palacio de *Micheli delle Cologne*; donde á mas de la arquitectura, hay que admirar tres estancias cubiertas con ricos tapices, cuyos dibujos son de mano de Rafael, y un museo de armas que conserva el equipo militar de *Dominico Micheli* que fué á la conquista de la Tierra Santa; el palacio de Sangaedo por el estilo de la edad media: y cuya escalera, obra de Andrés Tirale, es tenida en grande estima, el *Ca Doro*, edificio del siglo XIV, incompleto, formado de varios estilos, aunque el arábigo-sarraceno es el dominante. Hase creido hasta estos últimos tiempos que el nombre de este palacio procedia de los muchos adornos dorados que presenta en su exterior; pero cierto documento poco ha descubierto ha demostrado que fué antes habitacion de la familia Doro, de quien probablemente tomó el nombre. Siguen el palacio de Corner, su arquitecto Dominico Rossi; el de Pésaro obra de Longhena, edificio magnífico así por su capacidad como por su riqueza y solidez; el de Grimani, su arquitecto San Micheli; el de Battagia hoy de Capovilla, obra de Longhena; el de Vendramino Calergi, edificado por Pedro Lombardo; el de Correr donde existe una admirable coleccion de camafeos, medallas, grabados, cuadros, manuscritos, esmaltes, labores de marfil y otras preciosidades; el palacio de Lesbia, su arquitecto Andrés Cominelli; el de Manfrine en que existen excelentes pinturas, y entre ellas una serie de cuadros de autores que florecieron en la época del renacimiento, tales como Cimabue, Giotto, Mantegna etc.; la casa *Cicog-*

noria, cuyo propietario fué muy amigo de Cánova; el palacio Grimani, edificio del siglo XVI, cuya arquitectura se atribuye á Juan Grimani, patriarca de Aquilea, y á San Micheli. El patio de este palacio excita la admiracion al ver dispuesta á su alrededor una excelente coleccion de antiguas estatuas, templetes, urnas, bajos relieves, inscripciones y otras obras griegas y romanas; y entre ellas se distingue la colosal estatua de Marco Agripa, que fué sacada del Panteon de Roma. Hallamos por fin el palacio de *Corniani d' Alagarotti*. Obsérvase en el patio una sibila, antigua estatua griega, sobre un pedestal lleno de bajos relieves: hay además una biblioteca que conserva cuantas producciones dramáticas se han representado en Venecia desde el año de 1636, época en que se estableció en esta ciudad el primer teatro, hasta nuestros dias.

Aunque Venecia cuenta 408 puentes de todas dimensiones, el gran Canal solo tiene uno, el puente de Rialto, que establece comunicacion entre los dos principales grupos de islas que forman la ciudad. Lo edificó en 1588 el arquitecto Antonio da Ponce bajo el gobierno del dux Pascual Cicogna: es todo él de piedra viva y de un solo arco que se levanta á mas de diez y ocho pies venecianos desde el nivel del agua. Adórnanle dos filas de doce tiendas cada una.

Venecia, una de las dos capitales que cuenta el reino Lombardo-Véneto, está colocada en medio de lagunas que llevan su nombre en lo interno del golfo Adriático, y á dos leguas del Continente. Dice Sanazzaro estableciendo una comparacion entre Roma y Venecia que siendo obra de los hombres la primera, debe atribuirse á los Dioses la segunda. En efecto, parece alzarse del seno de las aguas, y donde antes solo se veian algunos cañaverales, esparcidos acá y acullá



Gran canal de Venecia.

en medio de inmensos cenagales, vense ahora sorprendentes templos, grandiosos palacios, sublimes cúpulas y majestuosas columnas, arcos y torres. Divídese la ciudad en 120 islas pequeñas, separadas por una infinidad de canales que se comunican por medio de 408 puentes construidos casi todos sin simetría. El que llaman gran Canal, parecido á una vena del mayor calibre en que desembocan las ramificaciones secundarias, lo divide en dos partes formando con su direccion una S. La longitud de este Canal tiene 2600 pasos venecianos, y 40 su anchura media.

En una ciudad como Venecia que fué una verdadera conquista hecha en el mar, debieron sus fundadores acomodarse á las irregularidades del terreno; por lo que no les fué posible guardar cierto órden ni construir calles anchas y espaciosas como las que vemos en las ciudades de tierra firme. Las sinuosidades de las calles, ó hablando con mas exactitud de los canales que encierra la ciudad, la dan cierta fisonomía muy particular. En Venecia no hay carruajes: las calles son canales, los medios de transporte barcas, los coches góndolas. Estas son un objeto de admiracion para el extranjero; nada mas ligero que su forma, sobre unos treinta pies de largo apenas tienen tres de ancho en su parte media, y sus dos extremos terminan puntiagudos y elevados. Hay en la proa un hierro bastante grueso en forma de sierra, de modo que llevada la góndola con todo su impulso parece que debe

partir por medio cualquier obstáculo que se oponga á su curso. En el centro hay una especie de tienda ó cabaña sostenida por dos medios aros de hierro, y en sus lados vense ventanas con cortinas ó persianas, que se abren ó cierran al arbitrio del pasajero. Las góndolas estan pintadas de negro así exterior como interiormente, lo que las da el aspecto de un móvil catafalco. Pero lo mas admirable es la destreza y agilidad con que rigen el batel los gondoleros; pasan al lado unos de otros, crúzanse y evítanse con tal celeridad, que el extranjero poco acostumbrado á semejante vista no puede librarse de un sentimiento de temor.

RELIGION DE ODIN.

ARTICULO II (*).

LAS Diosas son Eira docta en la medicina, Gifione diosa de la virginidad, Fulla confidente de Frigga, Freia que llora de continuo á su marido Osdro ausente siendo de oro sus lágrimas, Vara Diosa de la fidelidad, Snotra de la ciencia, Gra mensajera de los Dioses. Las Valkyrias sirven á los héroes en el Paraíso, escogen las almas reservadas á Odin y dan la victoria al partido que este protege. Reúnense las Diosas so el *gran Fresno*, en cuya cima hay una águila de penetrante mirada y una serpiente devora las raíces: la sabiduría está oculta en una fuente que serpentea al pie del árbol, habiendo tres vírgenes que de continuo la fecundan con agua sacada de la fuente de las cosas pasadas. Son sus nombres el pasado, el presente y el venidero, y ellas son las que dispensan los dias á los hombres.

Por lo que respecta al sistema cosmogónico de los Escandinavos, he aquí como se expresa Edda: «Al principio de los tiempos nada habia, ni mar, ni playa ni fundamentos debajo, no se veia tierra abajo, ni cielo arriba, era todo vasto abismo (Volupsa); hay en el norte una comarca llamada Nisthein, en cuyo centro corren los siguientes rios: la Angustia, la Morada de la muerte, el Sumidero, la Tempestad, el Torbellino, el Bravante, el Silbador, el Abismo (Edda): al medio dia existia antes de todas las cosas un mundo luminoso y ardiente inhabitable; tiene en él su imperio Surtur el negro el cual vendrá á la fin del mundo para combatir con los Dioses (Volupsa). Habiéndose separado de su manantial los rios Nisthein, endurecióse el veneno que traian consigo como la escoria de una hornaza apagada, y las olas de encima formaron vapores congelados que llenaron el abismo: estos vapores que fundió el viento de mediodía formaron por *virtud del que gobierna* un ser llamado Imer. El cual mientras dormia dió á luz una pareja que pobló la tierra: raza impía y perversa llamada *Gigantes de la Escarcha* á causa de su orígen. Nació sin embargo Born, y fueron sus hijos Odin Vile y Ve, en quienes han visto unos los tres hijos de Noé y otros la Trinidad. Los hijos Borm mataron al gigante Imer, cuya sangre causó una inundacion en que pereció toda su raza, excepto uno solo que juntamente con su familia se salvó en su barca. Los hijos de Imer en seguida llevaron su cadáver al abismo, y con sus carnes formaron la tierra, con su sangre el mar y el cielo con su cráneo, al cual sostienen los cuatro enanos Este, Norte, Sud y Oeste. Trás lo cual encendieron lumbreras en esta bóveda para arreglar el dia y la noche, pues antes no sabia el sol donde estaba su palacio, ignoraba sus fuerzas la luna, y las estrellas desconocian el lugar que debian ocupar (Volupsa). Encontraron un dia los hijos de Borm á orillas del mar dos pedazos de madera, con los cuales hicieron el primer hombre y la primera mujer, á quienes llamaron Aske y Emla.

«Despues de una larga serie de siglos vendrá en fin el último dia del mundo ó *crepúsculo*. A este dia precederán varias señales las principales de las cuales serán estas: durante tres inviernos enteros (cada invierno es un año) reinará el crímen sobre la tierra, dividirán las guerras civiles á sus desdichados habitantes, y entonces se acerca el dia fatal: el gran Fresno es agitado violentamente, viene Surtur del mediodía lleno de engañadores prestigios, brilla sobre su espada un sol movible, túrbanse los Dioses, siguen los hombres en tropel los senderos de la muerte, hiéndese el cielo (Volupsa).» Leemos en San Mateo capítulo 14: «Entonces la malignidad se multiplicará sobre la tierra, y la caridad desaparecerá de ella,» y en el Apocalipsis: «Cayeron las estrellas sobre la tierra, retiróse el cielo como un pergamino que enrollan, y se desgajaron todas las montañas é Islas (Cap.° 6 °)» Volvamos á Edda: «Entonces los genios pasan á caballo sobre el puente del cielo que se arruina, rompe sus cadenas el mal principio, y trábase entre él y los Dioses un combate terrible.» Vemos tambien en el Apocalipsis: «En este dia hubo tambien en el cielo fuerte batalla, Miguel y sus ángeles combatian contra el dragon, y el dragon y sus ángeles combatian igualmente, pero fueron vencidos y no se volvieron á encontrar en el cielo sino sus asientos.» Zoroastro enseñaba tambien que los combates de Orosmanes y Arimanes durarian hasta el último dia. En dicho combate mata Odin el Lobo Fenris quien devora al sol; Thor mata la gran serpiente, pero recula nueve pasos y cae ahogado por las bocanadas de veneno que vomita el monstruo; Surtur abrasa el universo. Pero no tardó la tierra en reaparecer mas hermosa, habiendo desaparecido para siempre mas el mal de su superficie. El supremo Dios, hasta entonces olvidado, vuelve á presentarse para juzgar á los hombres, y los justos van á habitar una morada que describe así Volupsa: «Descúbrese un palacio mas brillante que el sol, cuyo techo es de oro puro; en él habitará el pueblo de los buenos entregado á una dicha que no acabará jamás.» A tal pintura hay que oponer el abominable cuadro de la mansion de los malos ó réprobos. La cual consiste en una habitacion separada del sol, cuyas puertas miran todas al Norte: por mil hendeduras llueve en ella ponzoña, y la componen cadáveres de serpientes y torrentes de veneno, en que hay los perjuros, los asesinos y los que violaron la fe conjugal: vuela en torno de la habitacion un dragon alado que devora los cadáveres de los infelices en ella encerrados.

En este sistema, si bien algun tanto alterados, encuéntranse los principales puntos de la relacion de Moisés: primeramente el caos que precede en todas religiones al mundo creado; el hombre formado por Dios del polvo de la tierra y la mujer formada del hombre, el pecado ó el mal personificado en Loke, los gigantes, tan célebres en los mitos griegos y de los

(*) Véase la página 509.

cuales habla la Biblia como de una raza de estatura colosal; en seguida el diluvio cubriendo la tierra á la voz del Señor y una sola familia que se libra del Universal desastre; predicho el fin del mundo con caracteres muy parecidos á los que señala S. Juan, el juicio universal y el dogma de otra vida en que será premiada la virtud y castigado el vicio. ¿Y no es realmente maravilloso encontrar tales nociones conservadas en todas las tradiciones, restos preciosos bastantes á probar que tuvieron el mismo orígen todos los pueblos?

Como todos los pueblos nacientes, creyeron los Escandinavos, en la magia, siendo segun ellos Odin su inventor, igualmente que de los caracteres rúnicos ó germanos. A este propósito dice una obra muy antigua:

«Levántase Odin soberano de los hombres, ensilla su caballo Shipner sube en él y se encamina á la subterránea mansion de Hela.

«El perro que guarda la morada de la muerte corre á su encuentro, tintos están de sangre su pecho y hocico, abre su garganta ávida de morder y la abre gran trecho á la vista del padre de la magia.

«Pero siguió Odin su camino, las pisadas de su caballo hacen retumbar las cavernas subterráneas; llega al fin á la profunda estancia de la muerte y párase frente de la puerta oriental donde está la tumba de la adivina.

«Cántala versos destinados á evocar las sombras, mira hácia septentrion, grava caracteres rúnicos sobre su tumba, profiere misteriosas palabras y pide que le respondan; levántase en fin la adivina vencida y habla de esta suerte:

«Quién es el desconocido que se atreve á turbar mi reposo y arrancarme del sepulcro en que descanso tanto tiempo hace, cubierta de nieve, bañada de las lluvias?»

De esta suerte, al modo de las tribus salvajes que yerran por las desoladas orillas del mar de Baffin las cuales ha visto el capitan Parri rodear á sus sacerdotes ó hechiceros temblando de miedo, las naciones de orígen Escandinavo temblaban delante de sus *Prottes* en quienes creian reunidos todos los poderes sobrenaturales que da la magia.

Tenian tambien gigantes, enanos y fadas que dispensaban á su placer la felicidad é infelicidad á los hombres, manantial fecundo que subministró á los romances de la moderna caballería toda su maravilla.

Entre los deberes que se imponian los adoradores de Odin ocupaban el primer puesto el valor la hospitalidad y el respeto á los ancianos. Estas son algunas sentencias sacadas del *Discurso sublime*, las cuales pueden dar una idea de su moral. El huésped que viene á vuestra casa necesita de agua para lavar los pies y de fuego para calentar sus miembros. No te burles de los viejos ni de tu anciano abuelo, pues de las arrugas de la piel salen á menudo palabras preñadas de sabiduría.—Sé humano para con el peregrino que encontrares en tu senda.—El ave del olvido canta delante de aquel que se emborracha y le roba su alma.—La paz brilla mas que el fuego durante cinco noches entre malos amigos, pero se apaga cuando brilla el sexto dia y entonces la amistad se trueca en odio.

CASTILLO DE ANNECY.

Reseña histórica de Annecy.

¿Que le quedaria al historiógrafo aun al mas paciente y juicioso, si todos los cronistas de los pasados siglos llegasen de improviso y le arrebatasen los fragmentos que á cada uno pertenecen? Quedárale apenas lo que al trabajador de un mosáico que llevase otra vez á las canteras los diferentes mármoles que le suministraron: lo que al espigador á quien los propietarios de los campos fuesen á reclamar sus respectivas espigas al terminar el dia. No obstante, creemos que nuestros lectores nos agradecerán que les evitemos esta especie de trabajo, siempre lento y muchas veces árido. Así á los que nada tienen que aprender, como á los que dan los primeros pasos por la senda de la historia, presentamos confiados nuestras reseñas como especie de mojones que les eviten perderse en ella, y nos tendrémos por dichosos como podamos añadir algunos nuevos arabescos en sillares ya trabajados.

Cuantos hayan traspuesto las altas cordilleras de los montes, convendrán con nosotros en que en esos gigantescos árboles derrotados por la tempestad, ó carcomidos por los siglos, en esas moles que arranca el huracan de la cima de los montes haciéndolas rodar hasta el abismo, en fin en la imágen incesante de destruccion que la naturaleza presenta, hay ciertos acentos proféticos que revelan al hombre la completa y terrible ruina que ha de anonadar al mundo, é infunden en el ánimo un triste y religioso recogimiento lleno de irresistible atractivo. Así pues, no es posible llegar hasta Annecy sin verse asaltado de tales emociones: ora descienda el viajero por Ginebra y las montañas del Carouge, ora dirija su marcha por el valle de Gresivaudan, ó por los senderos, creidos inaccesibles, que llevan hácia el Ródano y hácia la provincia de Fausiñy: siempre los Alpes exponen á la vista sus paisajes silvestres y sus tétricas y grandiosas perspectivas: en todas partes ostentan sus rudos accidentes, sus asperezas, y ese caos de verdura, riscos, derrumbamientos y rebotosas sierras que forma el carácter de estos montes.

Acaso no hay página algo importante en la historia, de que Annecy no guarde algun recuerdo; no obstante, cosa inaudita! todavía no halló un historiador; y á duras penas en sus pobres archivos hemos podido hallar algunos fragmentos relativos á sus instituciones municipales. Así pues, á la historia general de Saboya debemos acudir en busca de la casi olvidada historia de esa capital del ducado del Ginebrés.

Dos siglos antes de la era cristiana, yendo Aníbal de España á Italia traspuso los Alpes; no obstante la Saboya no fué sometida hasta el imperio de César. Despues de haber formado parte de la Borgoña menor, á fines del siglo IX, unióse la Saboya al imperio germánico; y mas tarde, engrandeciéndose los condes de Mauriena en Suiza y en Francia, movieron guerra tenaz á los delfines y á los condes de Ginebra, hasta que extinguida la estirpe de estos últimos, pasó su condado al dominio de los condes de Saboya, quienes lo erigieron en ducado. Conquistada Saboya por el almirante Biron en favor de Francisco I, hízose independiente luego de la gloriosa rota de Pavía; y despues de haber

dicho ducado sufrido alternativamente los sucesos prósperos y adversos de la guerra, ya con Henrique IV, ya con Luís XIII, Luís XIV, y los Españoles, fué unido á la República francesa, hasta que el tratado de Viena de 1815 volvió al rey de Cerdeña todos sus estados.

Durante esas eternas luchas, tuvo Annecy mucha parte así en la gloria como en los desastres de la madre patria. Saqueada é incendiada por los bárbaros, solo renació de sus ruinas para ser nuevamente abrasada en 1412, en 1448 y en 1559. Luego, como por una de esas ironías tan comunes de la adversidad vióse otra vez á punto de perecer inundada, pues que el deshielo fué tan repentino, que los habitantes solo pudieron hallar su salvacion bajo los muros del castillo.

Aislado sobre una pendiente inmensa, y elevado en medio de muros sombríos y perpendiculares, el castillo de *Annecy*, antigua residencia de los Duques de Saboya Nemours, parece haberse edificado bajo la agitada y belicosa inspiracion de alguna de esas águilas ó buitres de la edad media, que se fabricaban inaccesibles fortalezas para estar á cubierto de depredaciones, ó para entregarse á estas impunemente.

Estas ruinas son muy vastas y perfectamente conservadas. Al recorrerlas fácilmente se entiende como algunos valientes hayan obtenido de sus poderosos enemigos capitulaciones que parecen victorias: sea un ejemplo la que se vió obligado á firmar el mariscal de Chatillon, cuando en 1630 la ciudad de Annecy osó resistir casi sola á las armas victoriosas de Luís XIII. Los antiquísimos torreones de esta ciudadela, se descubren desde cualquier punto del valle, que orgullosos dominan, así como sus brillantes triunfos dominan en la historia á todos los de la comarca.

La situacion de la ciudad es muy atractiva; pues se halla al pie del monte de Santa Catalina, el cual forma parte de la cordillera de los *Bauges*, hallándose así bañada por los mas hermosos lagos de Saboya. No es fácil dar una idea de esos anfiteatros de montañas, cuyas faldas se sumergen en la azulada superficie del lago, ya por medio de una pendiente suave, ya por escarpados riscos cuyas desigualdades producen el mas pintoresco efecto. Hácia el poniente, mas allá de los fértiles y risueños campos de *Annecy-le-vieux*, la primitiva ciudad, divísanse las crestas de los montes de Suiza, que levantan al cielo sus atrevidos contornos cubiertos de perpetuas nieves. En las orillas de esa perezosa laguna que apenas agitan los borrascosos vientos de oeste, enlázase la vid con árboles de varias especies, dando sombra al prado ó á la cosecha. Este metodo de cultivar la vid, muy usado en Italia y en algunas comarcas del Delfinado, comunica á los campos un aspecto hermosísimo lleno de magnífica fertilidad.

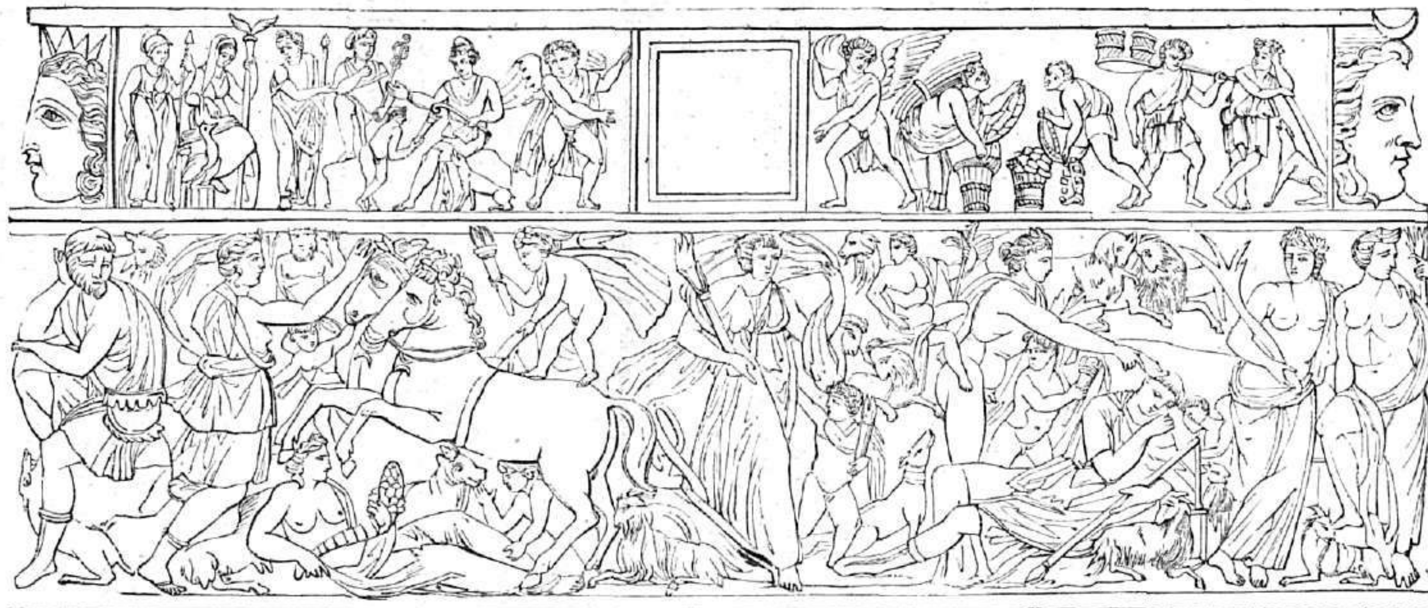
Cruzan la ciudad de Annecy dos anchos canales, por los que se cuelan las aguas sobrantes de la laguna, y van á derramarse en el rio *Fier*, el cual ora inofensivo ora terrible, ya deja que los rebaños pazcan en sus arenas, ya inunda con violencia los campos atropellando ambas riberas, y siendo destructor y benéfico á un tiempo, regala á un país el terreno que á otro arrebata.

Pudiéramos tal vez generalizar respecto á la Saboya entera una observacion que creemos muy exacta en cuanto á la provincia del Ginebrés: tal es que los habitantes del llano se distinguen de los de la montaña por un carácter del todo diverso. En el valle el pueblo es débil y casi marchito; al paso que los montañeses son ágiles y robustos, y parece que participan algo de la naturaleza del aire que respiran, de los ásperos senderos que recorren, y de los rudos trabajos á que se dedican. Sin embargo, á esto se reducen todas sus ventajas; pues son hombres rutinarios, obstinados y desconfiados como la misma ignorancia, y estan muy lejos de participar del genio suave y social de los habitantes de los llanos, siendo solo crédulos en lo respetivo á una ciega supersticion.



Castillo de Annecy.

MONUMENTOS GALO-ROMANOS.



Sarcòfago descubierto en Burdeos.

MONUMENTOS GALO-ROMANOS.

Sarcófago descubierto en Burdeos.

MUCHAS de las antiguas ciudades de Francia son celebradas por las antigüedades romanas que en ellas hanse descubierto, ó por los bellos monumentos que poseyeron, y de que todavia conservan señalados restos: tales son Burdeos, Viena, Arles, Lyon, Poitiers, Frejus, Autun, Reims, Narbona, Nimes y otras; y tambien algunos lugares que llevan en el dia el humilde nombre de aldeas, tales como Nery, en el Borbonés; Montot, en el Franco-Condado, y Alichamp, en Berry.

En cuanto á los monumentos funerarios, es claro que las colonias romanas establecidas en las Galias, las tropas romanas que en sus ciudades estaban acantonadas, los magistrados romanos, comerciantes y administradores de todas graduaciones que en ellas vivian, no podian dejar de observar la costumbre de su patria en sus sepulturas. Por otra parte; cuántos galos en razon de los empleos y honores de que disfrutaban debieron de adoptar las mismas costumbres! Cuántos otros lo hicieron para manifestar estima y consideracion á los vencedores ó por fausto y vanidad! Esta última causa debia ser tanto mas poderosa, cuanto que en esa época el lujo del pueblo galo estaba muy distante de igualar al de los romanos. Siempre que se trataba de perpetuar la memoria de algun ilustre personaje, sobre sus restos la arquitectura edificaba un monumento capaz de llamar la atencion en los futuros siglos; á veces se adoptaba en esta especie de construcciones la moda de los Egipcios elevando columnas y pirámides; pero que se diferenciaban de las egipcias en sus adornos de un gusto mas puro, en bases, pedestales y hermosos coronamientos, y particularmente en sus proporciones y formas mas elegantes. De los monumentos funerarios piramidales que conserva la Francia, el mas hermoso es el que vemos cerca de Vienne, entre el Ródano y el camino real. A pesar de algun deterioro que ha tenido su cúspide, tiene aun, inclusa la masa sobre que descansa la piramide, mas de cincuenta y dos pies de altura. La tradicion de ese pueblo supone ser el sepulcro de Poncio Pilato, gobernador de Judea, de quien todo el mundo tiene noticia y que fué desterrado á Vienne en el Delfinado por Tiberio.

En diferentes excavaciones practicadas en los alrededores de Burdeos hanse descubierto varios sarcófagos, que si bien nada notable ofrecen en cuanto á sus formas, son muy dignos de llamar la atencion por sus esculpidos. La historia de Burdeos está aun por hacer, y nadie puede negar la antigüedad de su orígen. Ausonio nos hace mencion de su magnificencia, que prueban además los descubrimientos que se hacen todos los dias; pero ningun autor ha establecido dicho orígen de una manera satisfactoria.

El sarcófago que nuestro grabado representa encontróse en San Medardo de Eyran, á tres leguas de Burdeos; su antigüedad asciende á fines del siglo II ó á principios del III, y el estilo de la escultura hace que adoptemos esa época. Refugiadas entonces en Roma las artes, no dejan duda de que allí fué construido. Oculto este monumento en las entrañas de la tierra, desafió la barbarie de los Visigodos, el fanatismo de los Sarracenos, y los saqueos de los Normandos: está formado de ese bello mármol de Paros, en que trabajaban los escultores griegos sus bellísimas estatuas. Sin duda fué sepulcro de cierto Leoncio Paulino, noble familia consular que dió al imperio romano varios magistrados supremos, y cuyas propiedades eran en la Aquitania tan vastas que las llama Ausonio *regna Paulini.*

La descripcion de un sarcófago fuera en nuestros dias objeto de una elegía: veríamos como adorno representado un esqueleto, una figura tendida en un lecho de muerte, ó algunos genios llorando: tales son nuestras tumbas modernas. No fueron así las de los antiguos: el asunto que representa el sarcófago es el sueño de Endimion, ingeniosa imágen que describieron los poetas y copiaron los pintores aludiendo á la dulce felicidad del eterno sueño. Poco dirémos de la vida mitológica de Endimion: refiere la fábula que fué amado de Diana, de quien tuvo cincuenta hijas. Los autores profanos discrepan sobre la causa de su sueño: diciendo unos que fué admitido por Júpiter en el número de los Dioses, y habiendo cometido una falta con respecto á Juno, fué condenado á un perpetuo sueño. Otros añaden que Júpiter prometió concederle cuanto desease, y que el único deseo que Endimion manifestó fué el de ser dulcemente mecido por el sueño, rey de los Dioses y de los hombres como le llama Homero.

El traje de Endimion es el de los cazadores de la antigüedad: la túnica se halla levantada por un doble cinturon como el de Diana. Esta desciende de su carro que conducen dos Amores: en la mano izquierda trae dos picas llamadas *venábula*, de que se servian en la caza á caballo; y los pies llevan el calzado que se llamó *endromis* especie de borceguíes que formaban parte del traje de Diana. En cuanto al perro que se ve á los pies de Endimion y que trae un collar, Xenofonte dice que los griegos acostumbraban ponerlo en los perros de caza: además hállanse varios bajos relieves y antiguas lápidas esculpidas que representan cazas con el nombre de cada uno de los perros. Prueba esto el caso que hicieron los antiguos de estos animales, que participaban de la gloria de sus dueños; y por lo demás era esto una modificacion de un uso extravagante, que consistió en coronar por el mes de agosto á los perros que cumplieron su deber durante todo el año.

Como se ve, nada triste ofrece este asunto, destinado no obstante para un sepulcro. No fué ningun artista célebre quien ejecutó la obra, pero fué un hombre de talento el que la imaginó, y aun debió de hacer de ella un pequeño modelo. Para dar una idea exacta del modo como se hacian en Roma esta especie de trabajos, es preciso conocer el abuso que hicieron los Romanos de las estatuas de honor bajo el gobierno de los emperadores, en términos que es fuerza decir con Tácito que los generales se desdeñaban de ir á la guerra por no participar de honores dados con tal ligereza por los Césares á hombres de ellos indignos. Entiéndese que esas inumerables figuras hubieron de exigir el establecimiento de muchos talleres, á cuya direccion se aplicaron hábiles escultores, quienes inspeccionaban todos los trabajos, dando los modelos; pero no podian poner la mano en todas las obras.

Por lo demás, las estatuas y bajos relieves antiguos

ofrecen sobre los modernos la ventaja de presentar esa fisonomía propia de lo bello, que á pesar de estar algo desfigurado en los pormenores no deja de ser el conjunto admirable; y á mas tienen la de suministrar á los artistas el conocimiento de los trajes, objetos accesorios y carácter de los asuntos que desempeñaron. Por último añadirémos que de cualquier modo y bajo cualquiera relacion que se miren los descubrimientos que se van haciendo, no dejan de ser preciosísimos, por cuanto se enlazan bajo tantos aspectos con los grandes acontecimientos que á menudo determinan la historia en cuanto á hechos omitidos ó dudosos.

COLUMNAS CÉLEBRES ANTIGUAS Y MODERNAS.

En medio de tantas especies de monumentos como levantaron los antiguos para perpetuar su memoria, ocupa el primer lugar la columna. En efecto; qué elegancia no ostenta ese fuste elevado, que se lanza á los aires desde un pedestal cuadrangular, como publicando las glorias del héroe cuyo nombre inmortaliza! Qué cosa mas graciosa que esos capiteles con adornos juntamente varios y regulares á que se adhieren los bajos relieves de la columna, serpenteando en línea espiral como una guirnalda con multiplicados festones! Cierto que la antigüedad al levantar en el centro de sus ciudades tan majestuosos monumentos se penetró de toda la sublimidad y nobleza de ideas que al alma inspiran: ellos fueron los mas propios para hacer eterno el nombre del pueblo rey.

El tiempo, no obstante, respetó solo á un corto número de esas aéreas construcciones que cinceló el arte antiguo. Los modernos afortunadamente se han encargado de no dejar que desaparezcan de nuestro continente: han imitado lo que creó la antigüedad: han desafiado en osadía á los arquitectos de Roma y de Alejandría; y el éxito mas lisonjero ha sido el premio de su temeridad.

Véase en lo siguiente la sumaria descripcion de esas obras colosales de los siglos II y XIX, y sea juez el lector de su mérito respectivo.

A alguna distancia al sud del nuevo puerto de Alejandría hay una columna cuyo solo fuste tiene 20 metros 499 centímetros de alto: (unos 76 pies) es de granito de una sola pieza, y su base contiene una inscripcion griega, cuyo mal estado ha abierto vasto campo á los arqueólogos en sus conjeturas, habiéndose al fin puesto acordes en leer lo que sigue:

AL MUY SABIO EMPERADOR DE ALEJANDRIA DIOCLECIANO AUGUSTO P...., PREFECTO DE EGIPTO.

En cuanto á los nombres del prefecto, unos leen *Pollion*, otro *Pontius*, *Villoison*, *Pomponio* y algunos *Pompeyo*; y esta última suposicion sin duda ha sido causa de que se llamara, como á menudo sucede, columna de Pompeyo. Por causa de la dedicatoria se le ha dado igualmente el nombre de columna de Domiciano: por último, tambien la llaman de Septimio Severo, por la opinion general de que fué edificada bajo el reinado de este Emperador.

Algunos autores árabes de los siglos XI y XII refieren que este monolito estaba rodeado de mas de cuatrocientas columnas de igual forma, bien que de un diámetro menor. El distinguido orientalista Mr. Silvestre de Sacy demostró que dicha columna habia formado parte del renombrado Serapeo ó Serapion, vasto edificio consagrado á cierta divinidad de Egipto, y que despues de devastado el museo de Ptolomeo, dió asilo á la Biblioteca de Alejandría.

A la vista este monumento pudiera tomarse por una torre puesta en aquel lugar para servir de faro á los buques, pues se divisa desde dos leguas en alta mar. En esta torre, como en sitio seguro, el feroz Caracalla estuvo contemplando la carnicería que se hizo del pueblo alejandrino.

En medio del antiguo *Forum Trajani*, situado actualmente en una altura de mas de veinte pies del nivel del suelo, levántase otra columna célebre, cuyo nombre es muchísimo mas popular que el antecedente; tal es la columna Trajana, considerada como una obra maestra de escultura. El pedestal tiene siete pies de alto. Hasta el pontificado de Sixto V estuvo cubierto de escombros y tierra; pero este pontífice mandó quitarlos: y con esta operacion descubrieron una puerta por la cual se entra en una escalera de ochenta y cuatro escalones, que conduce al capitel. Este sostiene la estatua de San Pedro, estraña asociacion que nos retrata la Italia entera. La elevacion de la estatua es de 23 pies, y la total del monumento de 140. El exterior del fuste está adornado con bajos relieves que representan las dos primeras expediciones de Trajano, y la victoria que ganó á Decébalo, rey de los Dacios, el año 101 de nuestra era. Cuéntanse en ellos dos mil quinientas figuras de hombres todas diferentes, en medio de una multitud de caballos, armas, máquinas de guerra, y otros objetos, cuya admirable variedad deja atónita y cansada la vista de los que se detienen á examinarlos.

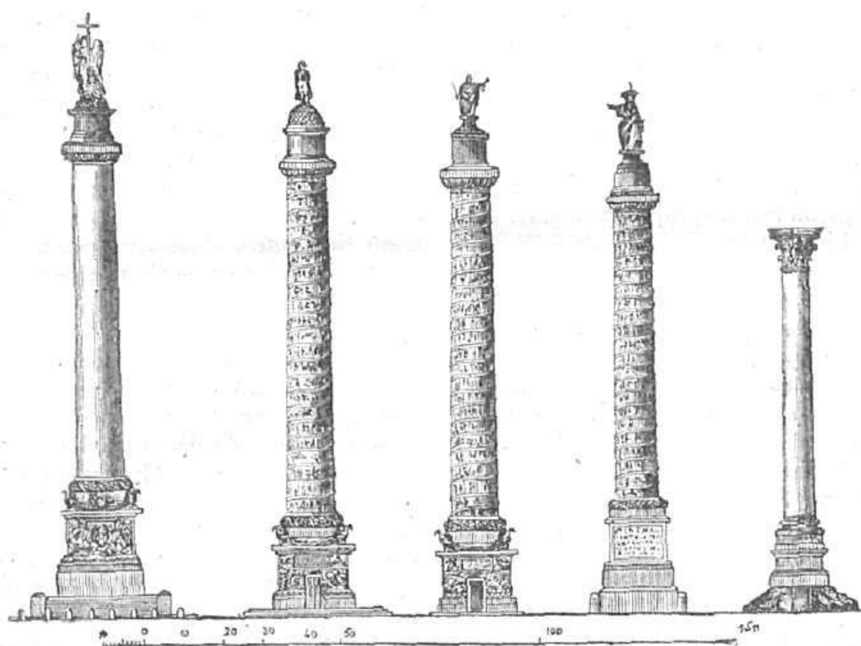
Contiene Roma otro monumento digno colateral de la columna Trajana: tal es la columna Antonina, situada en la plaza *Colona* en un espacio casi igual al del antiguo *Forum Antonini*, monumento majestuoso elevado en honor de Marco Aurelio Antonino por las victorias conseguidas en Alemania en la guerra con los Marconianos. El pedestal sobre que se erigió en tiempos mas modernos perteneciera á otra columna dedicada á Antonino Pio por Marco Aurelio y Lusio Vero. En él se ven varios relieves, y una inscripcion notable por ser la única de la antigüedad cuyas letras de bronce hanse conservado. El fuste está rodeado de esculturas que representan las expediciones de Marco Aurelio á la Alemania: sobre todas descuella la imágen de Júpiter pluvial. Esta columna de órden dórico, formada de veinte y ocho piezas de mármol blanco sobrepuestas horizontalmente, tiene 148 pies y 6 pulgadas de alto sobre 11 de diámetro. Sostiene una estatua de San Pablo, cuya espada ha atraido mas de una vez el rayo sobre el imperial monumento, sin ningun respeto á los laureles que en él están representados

Pero el moderno César, deseando que París nada tuviese que envidiar á la ciudad de los Césares antiguos: ese genio prodigioso, árbitro por espacio de quince años de los destinos de la Francia, y cuyo nombre es inseparable de cuanto hay grande, glorioso y nacional, Napoleon en fin, quiso embellecer á la capital de Francia con otra columna Trajana que hiciese inmortales las victorias de la nacion francesa. Pero no pidió á las canteras de mármol la primera materia para esta construccion colosal; arrebató la

enemigo sus cañones, y ellos fueron la piedra que sirvió para levantar ese magnífico trofeo, dominado por la estatua del Gran Capitan. La revolucion de 1830 colocó de nuevo encima de la columna esa imágen del poderío y del genio de las batallas, pero no queriendo que un traje antiguo hiciese olvidar que el héroe nos pertenece, determinó representarlo con el traje cuyo recuerdo se perpetuará con su nombre. Desde la cima del monumento dedicado á las expediciones del ejército francés, y con el anteojo en la mano, parece que todavía se halla dirigiendo una de esas batallas en que con sus miradas de águila mas bien adivinaba que estudiaba los medios de asegurar la victoria.

Esta columna erigida en un espacio rectangular, que ha conservado el nombre de César de Vendome, antiguo propietario del terreno, ocupa el lugar de la famosa estatua de Luís XIV, modelada por Girardon, esculpida por Keller, y hecha pedazos por las revoluciones. En 1806 el Emperador mandó derribar el magnífico pedestal mutilado que aun persistia, y echar los fundamentos á treinta pies de profundidad de una columna, que bajo proporciones mayores de un dozavo, reprodujese las de la columna Trajana. El pedestal, puesto encima de tres gradas, tiene 21 pies de alto: el núcleo, ó parte interna, es de granito, y su revestimiento de bronce. Construyóse en su interior una escalera de ojo de 176 escalones, por cuyo medio se sube á una galería dominante encima del capitel. Los bajos relieves que adornan las caras del pedestal representan varios trofeos compuestos de cañones, morteros, obuses, granadas, banderas, cascos y trajes guerreros. Encima sobre una especie de ático, vense unos festones de encina sostenidos en los ángulos por igual número de águilas de bronce, de 150 libras de peso cada una. Los bajos relieves, que dan veinte y dos vueltas en torno del fuste, presentan en una serie no interrumpida todas las memorables acciones de la campaña de 1805 desde el levantamiento del campo en Bolonia hasta la batalla de Austerlitz. Esta serie de heroicas hazañas está esculpida en 276 bajos relieves,

Columnas célebres.



Alejandrina. **Vendoma.** **Trajana.** **Antonina.** **Pompeya.**

cuyos asuntos están grabados debajo en el cordon que en línea espiral va subiendo hasta la cúspide de la columna. Debajo de la acrótera se lee: «Monumento consagrado a la gloria del grande ejercito, empezado el 15 de agosto de 1806, y concluido el 15 de agosto de 1810, bajo la direccion de D. V. Denon M. M. J. Lepère y L. Gondouin, arquitectos. Mr. Launay fue quien vació esta columna.»

El Emperador Alejandro de Rusia, que algunas veces quiso rivalizar con Napoleon, formó tambien el proyecto de levantar una columna semejante. Cinco años despues de su muerte, el 11 de setiembre de 1834, inauguróse con gran pompa un monumento hecho de una sola pieza de mármol de Finlandia, que nada menos tiene 84 pies de alto sin tomar en cuenta el pedestal; pero en esta columna no domina la estatua de un Emperador; pues en Rusia no hay otro que Pedro el Grande que de este honor sea digno, sino un ángel que sostiene una cruz con la mano izquierda, y señala el cielo con la derecha. Como el ángel tutelar de Moscovia, parece hallarse en aquel sitio para mostrar el verdadero objeto de las glorias humanas. Abajo se lee la siguiente inscripcion.

A Alejandro I, la Rusia agradecida

Por lo que se ve el orgullo de los Césares de la Newa envuelto en apariencias de humildad religiosa. Parece que el César quiere dedicar un monumento á la Rusia, y nada menos lo consagra á sí mismo.

Por ahí puede conocerse que la columna de Alejandro en nada cede á la de Vendome en punto á ostentacion; pero hay la diferencia de que la última al inmortalizar á un hombre consagra las glorias de un pueblo, al paso que la primera perpetua la memoria de la esclavitud de una nacion agradecida á un dueño que se dignó aflojar los hierros que la oprimian.

Despues de terminado el artículo anterior, dice el autor francés, que le comunicaron lo siguiente escrito en Alejandría.

Al pie de los muros de la moderna Alejandría, al salir de la ciudad por la puerta de levante, y en medio de las ruinas de la antigua ciudad de Macedonia, azotadas de continuo por las oleadas de la mar de arena, elévase la columna Pompeya.

Es un grandioso y magnífico monumento, que sirve como de faro en medio de esa confusion de derribados pórticos, destrozadas columnas, y en medio de esa vegetacion de acantos de piedra, que no pudo marchitar el *kramsin* despues de mil años que sopla en ellos con su aliento abrasador.

El fuste está coronado por un capitel corintio y descansa en un grupo compuesto de antiguos escombros. Probablemente sostuvo el capitel alguna estatua que habrá sido hecha pedazos en medio de las tempestades políticas.

Subiendo al zócalo, los ojos descubren hácia el poniente las agujas de Cleopatra, algo mas cerca los baños de esta misma Reina, encima de los cuales se columpian los verdes penachos de graciosas palmeras.

A lo lejos, llaman la atencion algunos monumentos de color blanco y de arquitectura árabe moderna: son los sepulcros que Mehemed Alí hizo construir para sus hijos muertos. En fin al norte la mar Azul y al sud una arena de oro terminan el panorama.

Las ruinas de Alejandría se hallan pobladas de pobres familias árabes que buscan su habitacion entre los escombros.

Durante el dia vense numerosos grupos sentados al pie de la columna de Pompeyo, bajo la sombra que proyecta y que da vuelta con el sol. Esta poblacion tan miserable vive de limosnas pero nunca del robo.

NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO.

I.

«Misterio:

«Señor Don Luís: si desea V. cerciorarse hoy mismo de la verdad de lo que le he dicho en mis dos anteriores, no tiene que hacer mas que hallarse esta tarde, entre seis y media y siete, en la calle de—, en frente al número 14. Escuso decir á V. que procure disfrazarse de modo que no pueda conocerle la persona que, á no mediar esta precaucion, tendria naturalmente tanto interés en evitar el ser descubierta, como puede V. tener en descubrirla.»

«*Barcelona martes* 3 *de diciembre de* 1839.»

El Don Luís á quien un criado acababa de entregar esta esquela sin firma, bajo un sobre, era un médico de Barcelona, jóven y rico, casado hacia cosa de un año con una de las mas hermosas y acaudaladas herederas de un pueblo principal de Cataluña. En el momento en que le entró su criado este anónimo, estaba en el gabinete de su mujer, adornado con esquisito gusto, despachando al suave calor que despedia la llama de una elegante chimenea, el almuerzo que entre los dos esposos se veia servido en un velador cubierto, á manera de mantel, de un redondel de fino hule pintado de varios colores, formando graciosos arabescos. Serian las nueve de la mañana: hacia un frio agudísimo, y aunque la temperatura de la estancia era la del mes de julio, la jóven y linda esposa del médico estaba cubierta desde los hombros hasta los pies con un ropon de merino entretelado, y llevaba en la cabeza una de aquellas graciosas puntas de tul que suelen usar las señoras por la mañana, y cubren la parte superior de la cabeza y las orejas, anudándose debajo de la barba. La palidez de su rostro, sus ojos encendidos y la languidez de todo su cuerpo podian hacer creer que aquel extraordinario abrigo tenia por causa, no tanto el rigor de la estacion, como la quebrantada salud de la hermosa dama.

Vestido tambien de mañana, pero con cierta elegancia, en bata y gorro griego de terciopelo de carmesí bordado de cordoncillo de oro, Don Luís ocupaba una silla junto á la chimenea, en frente de la ancha y profunda butaca en que estaba, mas bien que sentada, tendida su mujer, con los pies cruzados uno sobre otro, y apoyada la punta de uno de ellos en uno de los morrillos de cobre que relucian como dos ascuas. Pocos momentos hacia que habia empezado Don Luís á almorzar, solo, pues su mujer ya habia apurado una marcelina de chocolate, que vacía estaba en su platillo de filigrana sobre el mármol de la chimenea, cuando recibió la esquela que ya han visto nuestros lectores, y aunque su contenido era muy propio para causarle una viva agitacion, logró no obstante dominarse á punto de que no se traslujese en su semblante nada de lo que sentia. De un carácter naturalmente reservado y severo, habia acostumbrado á su mujer á no entrometerse ni poco ni mucho en sus asuntos particulares; y así, á pesar de la mirada algun tanto inquisidora, pero en la que se descubria no obstante mas interés que curiosidad, interés justificado por la expresion grave y sombría del semblante de Don Luís desde que desplegó la carta;—á pesar, digo, de la ojeada que echó aquella al misterioso papel mientras lo leia su marido, y que mudó al punto de direccion bajo una fria mirada de este, guardóse el anónimo en el bolsillo despues de haberle leido y acabó su almuerzo aparentando una completa serenidad.

Para que pueda juzgar el lector de lo duro y penoso que debia ser para el jóven médico aquel esfuerzo, bastará que pongamos en su conocimiento las dos cartas de que se hace mencion en la que ya ha leido, advirtiéndole que la viva ternura con que Don Luís habia conducido al altar á la hermosa doncella, de quien habia sido cuatro años amante correspondido, habia sobrevivido á las castas delicias del matrimonio, y aun en cierto modo habia recibido nuevo pábulo con la conviccion cada vez mas íntima que habia adquirido de que difícilmente pudiera haber colocado mejor su amor y su confianza. La primera de aquellas cartas decia así:

«Tal es el desprecio que inspira á la persona que escribe á V. estas líneas el manoseado y vil recurso de meter cizaña en las familias por medio de anónimos, que se necesita nada menos que todo el interés que V. me inspira, por razones que no es del caso especificar, para resolverme por primera vez de mi vida á no autorizar con mi firma lo que escribe mi pluma. Consideraciones por que me es de todo punto imposible atropellar me impiden descender en esta carta á pormenores que pudieran suplir el crédito que le quitará sin duda el ir sin firma : por eso me limito á decir á V. que vigile mas que hasta aquí la conducta de Mariquita, y á desear sinceramente que no sea esta tan culpada como indican las apariencias

«*Barcelona*, *martes* 26 *de noviembre de* 1839.»

Así esta carta como la siguiente y la que queda copiada al principio de esta narracion, llegaron á manos de Don Luís sin que le fuese posible inferir del conducto por donde se las dirigian, cuyas eran. A causa de su profesion y de su numerosa clientela, Don Luís recibia muchas al dia, y cuando preguntó á su criado quien le habia entregado las esquelas que vamos comunicando al lector, no supo aquel qué responderle, pues en nada se diferenciaban estas por el sobre de las muchas otras que á todas horas llegaban al despacho del médico por diferentes manos. El segundo anónimo que recibió Don Luís tres dias despues estaba concebido en estos términos :

«Despues del violento esfuerzo que tuve que hacer sobre mí mismo para escribir á V. mi esquela del 26 del corriente, solo el que tengo que hacer hoy para escribir á V. esta carta, podria causarme una amargura mayor que la que experimenté entonces. Tal es esta, que hay momentos en que casi deseo que mi carta tenga la suerte que merecen las que se cubren bajo el infame velo del anónimo; pero esta sensacion, que no es en realidad mas que la indiscreta compasion de la madre que quisiera alejar al cirujano que va á hacer una operacion cruel, pero necesaria, en el brazo de su hijo herido de la cangrena, no puede ni debe resistir á consideraciones de un órden superior. *El velo infame del anónimo* he dicho, y lo he dicho con toda sinceridad; y cierto que se necesita una combinacion de circunstancias tan inaudita como la que en este momento me ata las manos, para producir en el caso presente una excepcion á aquella regla general. Dos cosas son indudables : es un deber en mí dar el paso que doy, por doloroso que me sea; lo es tambien darlo del modo como lo doy, y si entro en estas medias explicaciones—¡ojalá pudiera darlas completas!—es solo para precaver á V. de la justa desconfianza que le inspirará sin duda el orígen incierto de esta carta, y que le inspiró sin duda, á lo que puedo juzgar por su ningun resultado, la primera que le escribí hace tres dias.

No extrañará V. este largo preámbulo cuando le haya dicho que va dirigido á preparar á V. á un golpe harto cruel. Lo que en mi primera carta presentaba á V. como una mera sospecha, debo presentárselo en esta como una realidad : pero ¿no seria posible evitar una desgracia y un escándalo? Sí, lo es ciertamente, y digo esto porque conozco la fuerza de carácter, la rectitud, el verdadero pundonor de que está V. dotado. Puede evitarse una desgracia, porque si Mariquita ha incurrido en una grave falta, todavía seria una grandísima desgracia que, por no apartarla pronto del precipicio á que la han arrastrado su inexperiencia y un traidor, dejase V. que se corrompiese sin remedio esa alma que el cielo hizo tan hermosa, y á la que las lágrimas y el arrepentimiento pueden devolver algun dia toda su primera hermosura; puede evitarse un escándalo, si es V., como espero que lo será, bastante dueño de sí mismo para no dejarse arrebatar de una cólera insensata ó de una vanidad pueril. Una separacion, á que podria darse á los ojos de las gentes un colorido cualquiera—fácil seria discurrir un pretexto.—lo conciliaria todo. A pesar de los furores revolucionarios, todavia hay conventos en España, á alguno de los cuales, en alguna provincia lejana, podria ir Mariquita á llorar su culpa: yo estoy cierto, conociendo como conozco sus piadosos sentimientos, de los que no sé como, ha podido triunfar en un momento de flaqueza un pérfido.... yo estoy cierto, digo, de que á la primera reconvencion de su esposo ofendido, su propio corazon le aconsejaria este saludable remedio del daño que se ha causado á sí misma, y que seria tambien una justa expiacion de su delito.

«Puesta la mano en el pecho, consultando mi conciencia con la escrupulosidad con que estoy acostumbrado á hacerlo, mucho tiempo he dudado si debia ó no declarar á V. el nombre del indigno cómplice de Mariquita; pero el papel de delator me es muy repugnante, y harto he recaudado de mí mismo resolviéndome á anteponer el honor de V. y la consideracion de que mi silencio podria acarrear dos grandes peligros,—ó que esa desgraciada acabase de corromper su alma en la senda del vicio, ó que V. descubriese su deshonra en un momento en que la pasion triunfase de la sensatez—, á anteponer, digo, esas consideraciones á los escrúpulos de mi educacion y de mi carácter. Además y sobre todo, no es necesaria esa delacion, que tal vez desgarraria su pecho de V. todavía mas que la primera... Acaso he dicho demasiado, pero cuando la indignacion rebosa del alma, es difícil contenerse. Firmeza, serenidad, resignacion, esto es todo lo que aconseja á V. uno de sus mejores amigos que, por efecto de uno de los mas extraños caprichos de la suerte, se ve en el caso de hacer á V. un gran bien con apariencias de un gran mal, y de decirle la verdad con apariencias de mentira.»

«*Barcelona*, 29 *de noviembre*, 1839.»

Cual quedaria Don Luís despues de la lectura de este singular anónimo, fácilmente se lo imaginará el lector. Con efecto, como indicaba su misterioso corresponsal, Don Luís habia rasgado y arrojado á la lumbre con indignacion la primera carta : su carácter franco y leal miraba á los anónimos y á sus autores con el desprecio que en general se merecen, y su confianza en la virtud de Mariquita no le permitia mirar aquel sino como una broma pesada, como una venganza ruin ó una infame calumnia. Otra consideracion le afianzaba mas y mas en esta creencia y aun le hacia inclinarse á la segunda suposicion : Don Luís habia disputado la mano de Mariquita á muchos rivales, atraidos por su dote y su hermosura, y no le pare-

cia imposible que entre aquellos galanes desairados, hubiera alguno que, por satisfacer un antiguo rencor, intentase inspirarle indignas sospechas. Hubiera creido Don Luís ofender á su mujer haciendo el menor caso de aquellas pérfidas insinuaciones y aun estuvo tentado de leerle la carta anónima.—Pero no, dijo entre sí un momento despues, no; Mariquita no comprende siquiera la idea del mal, y no quiero ser yo quien contribuya, ni aun indirectamente, á empañar la celestial pureza de su imaginacion. Vaya á la lumbre esta carta; es hacerle mas honor del que merece el pensar tanto en ella.

No era Don Luís, como pudiera inferirse de aquí, uno de esos hombres tan benignamente cándidos que no creen posible ninguna falta de que ellos no son capaces, ó tan pagados de su propio mérito, que la idea de que su mujer puede preferirles otro hombre les parece una extravagancia absurda. La confianza de Don Luís en su mujer tenia un origen mas noble; y aun prescindiendo de las cualidades morales en que se fundaba, casi bastaba á justificar la expresion angélica que animaba su hechicero semblante de diez y ocho años. Habia en sus ojos, grandes y de un color indeciso, pero cuya órbita estaba como bañada de un matiz azul, algo que parecia pertenecer mas bien al cielo que á la tierra: traslucíase en ellos la alta inteligencia de un serafin y la inocencia de un niño. Su tez de una blancura transparente como la de una perla, que hacia resaltar el brillo de su largo cabello negro; su naríz recta y delicada; sus labios del mas puro carmin que dejaban ver entreabriéndose sin afectacion una dentadura blanca y menuda como aljófar, el óvalo perfecto de su rostro, y en fin, la gracia indecible derramada en toda su persona y que se traslucia en sus menores movimientos, formaban un conjunto de casta y noble hermosura que la imaginacion se complacia en unir á las mas perfectas dotes del alma. Si á esto añadimos que Don Luís no habia visto nunca desmentida en Mariquita ninguna de las promesas de su delicioso rostro, y que cada dia descubria en ella nuevos motivos para justificar la ciega ternura que era en él como una segunda naturaleza, no extrañará el lector que aquel dichoso marido tratase el primer anónimo con el desprecio y la indignacion que hemos dicho.

Pero el segundo ya no fué lo mismo. No hay verdad mas cierta ni mas dolorosa que esta: de la calumnia siempre queda algo. Jamás la obra del calumniador es enteramente perdida: su palabra emponzoñada es como la mancha que deja sobre la piel el ácido sulfúrico, que resiste á todos los reactivos. Fuese porque involuntariamente Don Luís habia sucumbido á esta ley comun, que es uno de los mas vergonzosos misterios de la naturaleza (pues rara vez halla en nosotros la verdad el mismo crédito ciego), y que hubiese hecho mas caso de lo que él mismo creia de la fatal carta, fuese porque en efecto las sospechas que daba al inquieto marido no eran del todo infundadas, en fin, fuese ilusion ó realidad, Don Luís creyó desde entonces observar en Mariquita un cierto desasosiego continuo, una palidez no comun, una vaga tristeza, distracciones que no sabia explicar.—Síntomas todos que le parecieron de mal agüero, pero que Mariquita explicó alegando que se sentia indispuesta.—Con efecto, la noche anterior al dia en que recibió su marido la larga carta que tan dolorosa impresion hizo en su alma, Mariquita tuvo una fuerte calentura acompañada de delirio: Don Luís pasó la noche vestido junto á su cabecera, sin osar confesarse á sí mismo que el deseo de sorprender alguna revelacion importante en las expresiones que murmuraba confusamente su mujer, tenia tanta parte en aquella prueba de cariño como su inquietud por una vida tan cara: pero nada pudo sorprender que pusiese en claro sus sospechas. A la mañana siguiente, Mariquita aseguró que se sentia muy bien, se levantó y salió á la calle. Don Luís, abrumado de ocupaciones, dejaba á su mujer una completa libertad, persuadido de que era incapaz de abusar de ella; pero en la situacion en que se hallaba su ánimo, y atendida la de la salud de Mariquita, no dejó de chocarle mucho aquella intempestiva salida despues de una noche tan agitada. Afectando una tranquilidad de que estaba muy distante, preguntó á su mujer adonde habia ido aquella tarde; ella respondió que habia salido á dar una vuelta por la Rambla con su cuñado Lorenzo, hermano de Don Luís, y á la observacion que hizo este de que no habia estado el tiempo muy propio para pasear, pues no habia cesado de llover en toda la tarde, Mariquita respondió confusa y bajando los ojos que, sin embargo, lo que decia era cierto y que podia preguntárselo á su hermano.

La escusa mas inverosímil, el mas absurdo pretexto no hubieran producido en Don Luís tan mal efecto como esta respuesta. Apelar al testimonio de otro es confesar tácitamente que el propio no merece entera confianza, y ¿porqué razon creia Mariquita haber perdido la que su marido tenia en ella? Le decia por ventura su conciencia que ya no la merecia? Y no pararon aquí sus dolorosas reflexiones, pues una vez suelta la rienda de la fantasía, no hay caballo desbocado que la iguale en su desordenada carrera. Uniendo la disculpa de su mujer, pues no podia considerarla de otro modo, con algunas expresiones del anónimo, una horrible sospecha atravesó como un relámpago por su agitada imaginacion! Volvió á leer la carta, y á cada renglon le parecia ver destacarse en caracteres de fuego esta frase:—«Además y sobre todo, no es necesaria esta revelacion que tal vez desgarraria su pecho de V. mas que la primera.»

—¿Quién puede ser ese cómplice? exclamó fuera de sí, andando como desatentado por su despacho, encerrado bajo llave y revolviendo entre sus manos la fatal carta; ¿quién puede ser ese infame cómplice? repitió con nueva vehemencia, pues tanto camino habian andado desde aquella mañana las sospechas en su imaginacion, que ya ni aun se le ocurria la idea de una duda.—Quedó largo rato como quebrantado bajo el peso de sus amargas reflexiones sentado en un sillon, con la cabeza entre las manos, y teniendo sobre las rodillas el fatal anónimo que le abrasaba los ojos y las entrañas como la túnica de Neso. Las ideas mas negras, mas inconexas, mas extravagantes se cruzaban con increible rapidez por su agitado cerebro; pero entre ellas dos pensamientos principales dominaban con espantosa tiranía:—¿Quién es el cómplice? Quien es el autor de la carta? —Una voz interior murmuraba en sus oidos la palabra *hermano*, pero sus labios se resistian á pronunciarla.— Es imposible, es imposible, exclamaba el infeliz pasándose la mano por

los ojos con una fuerza que casi le arrancaba involuntarias lágrimas de dolor entre las que el despecho y la amargura hacian asomarse á sus párpados: para que eso fuera cierto seria menester que este anónimo dijese la verdad, y... ¿quién me lo garantiza? Por qué no ha de ser una atroz calumnia?—Y en vano se afanaba por hallar en aquel escrito algun indicio de falsedad, alguna dañada intencion de burlarse de sus mas sagrados sentimientos: á pesar suyo, reconocia en él el acento de la sinceridad y de un verdadero interés.—No hay artificio que baste á remedar así el lenguaje de la verdad, decia leyendo por la centésima vez el anónimo, despues de hacer los mayores esfuerzos para recurrir á su acostumbrada sangre fria: esta carta es de un amigo. ¿Pero quién me la ha escrito? Quién ha descubierto mi deshonra? Será esta un secreto solo para mí?—Y su amor propio, puesto en movimiento por estas dudas, envenenaba mas y mas las llagas de su corazon. Despues de haber pasado revista en su mente á todos sus amigos y conocidos sin rastrear ni aun una apariencia de verdad, paróse en fin en una conjetura que le pareció la única probable.

—Su confesor es quien me ha escrito esa carta, dijo en fin animados los ojos con la luz de una horrible conviccion: esa *combinacion de circunstancias que le ata las manos*, ese cuidado por el alma de Mariquita, esa insinuacion de que debe retirarse á un convento, la expresion *los furores revolucionarios*..... es evidente; su confesor, aterrado en vista del precipicio á que corre esa infeliz, convencido de que las facultades que le da su ministerio son impotentes á contenerla, ha recurrido al único medio que cree suficiente para cortar los progresos del mal. En casos extremos, medidas extremas: la salvacion es antes que todo.... El confesor no habrá considerado mas que esto, y en su ardiente celo, no habrá titubeado en traspasar los límites de su deber, revelando el secreto de su sagrado tribunal: se habrá fiado en la bondad de su intencion para justificar la impiedad de su acto ..¿Con qué es decir que no hay duda? exclamó Don Luís levantándose repentinamente, y subiendo de punto la cólera que contractaba sus facciones y hacia temblar su mano, porque semejante á todo el que tiene la desgracia de echarse á sentar conjeturas, se habia pagado tanto de la que le parecia mas plausible, que la prueba mas palpable y evidente no hubiera obtenido de él mayor crédito.—¿Con qué no hay duda, no hay duda?—Y ya una vez fuera del mar de incertidumbres en que habia batallado consigo mismo á la ventura, ya retraido, digámoslo así, en el puerto de una certeza horrible, sí, pero excenta de agitaciones momentáneas, toda la fuerza nerviosa que le habia sostenido durante su cruel incertidumbre desapareció de pronto en frente de la triste realidad, y herido en lo mas vivo, en su honor, en su amor, en el cariño fraternal, sintió que le abandonaba toda su fuerza física y moral, y cayendo de nuevo en su sillon, se echó á llorar como un niño. El exceso del dolor habia roto, en cierto modo, todos los resortes de su alma. Dos horas pasó en este estado, sumido en sus pensamientos, insensible á toda impresion exterior, pero sintiendo solo confusamente que sufria, que sufria muchísimo.

Ya hemos dicho que esto pasaba el 29 de noviembre, cuatro dias antes de la escena con que empieza esta historia. Durante los cuatro dias que transcurrieron entre aquel y el momento en que recibió Don Luís el tercer anónimo, que iba precisamente á desatar el nudo gordiano en que se veia enredado, mil proyectos, mil resoluciones pasaron por su cabeza, y acaso á no mediar una circunstancia que todavía no hemos tenido tiempo para comunicar á nuestros lectores, Don Luís hubiera optado por el severo partido que le aconsejaba su misterioso corresponsal: una separacion de comun acuerdo, sin estrépito ni escándalo. Pero Mariquita estaba embarazada de seis meses: este suceso, que habia puesto el colmo á la felicidad de Don Luís y acrecentado su amor á Mariquita, le imponia el deber de abstenerse mas que nunca de toda resolucion precipitada. Cualquiera que fuese su confianza en la carta que causaba su desgracia, al fin aquella carta era anónima, y hubiera sido una ligereza imperdonable y aun criminal, fundar en una base tan sospechosa una resolucion en que estaban comprometidos tan graves intereses. Luego, sea dicho en descargo de nuestro héroe, las dos horas de honda meditacion en que le dejamos sumergido al fin del párrafo anterior, no fueron perdidas para él. Si en un momento de frenesí pudo, para dar un fundamento á su própia credulidad (que así hacemos todos: siempre sometemos las cosas á nuestros deseos, y no nuestros deseos á las cosas); si en un momento de frenesí, digo, pudo atribuir aquella carta al confesor de Mariquita, esta hipótesis absurda no pudo resistir al exámen de su razon, luego que estuvo un poco serenada. El confesor de Mariquita era un sabio respetabilísimo á quien sus virtudes y su raro mérito habian elevado recientemente á la dignidad de prelado en una diócesis de Castilla, y que si bien en el momento actual no residia en su obispado y aun se hallaba cabalmente en Barcelona, era hombre incapaz de faltar, bajo ningun pretexto, al mas sagrado de los deberes de un sacerdote, el sigilo absoluto sobre los secretos de la confesion. Una vez destruida esta respetable base de sus terribles sospechas, perdieron estas en el ánimo de Don Luís gran parte de su fuerza, y sobre todo de su amargura: solo un testimonio irrecusable podia hacerle dar crédito á la circunstancia mas dolorosa y cruel del crímen de su mujer. Si Don Luís tenia una fundada confianza en la virtud de Mariquita, con mas motivo debia tenerla en su hermano Lorenzo, con quien le unian desde la infancia, aun mas que los vínculos de la sangre, los de una tierna é inalterable amistad; y para que todavía fuese mas absurda toda sospecha que recayese sobre aquel buen hermano, precisamente no hacia todavía un mes que Don Luís y Mariquita habian sido padrinos en su boda con una señorita de Barcelona á quien amaba entrañablemente. Lorenzo, que ejercia de un modo muy distinguido la profesion de escritor público desde que empezó en España en esta última época la libertad de imprenta, y á quien un buen patrimonio y una probidad reconocida por todos los partidos permitian ejercer aquella profesion con una independencia harto rara, habia tenido una juventud muy borrascosa. Amores estrepitosos, raptos, desafíos, complicidad en conspiraciones políticas, todo linaje de aventuras novelescas, pero de las que Lorenzo habia salido sin ninguna de aquellas manchas que duran toda la vida, habian dado á su nombre una celebridad que no podia quedar

encerrada en los estrechos límites de una provincia: ya por los años de 34 y 35, el nombre del personaje que nos ocupa era uno de los que formaban autoridad en las acaloradas discusiones patrióticas del *Café Nuevo*, lo mismo que en las disputas literarias del *Parnasillo* de la calle del Príncipe. Establecido regularmente en Barcelona, aunque hacia frecuentes viajes á Madrid, Don Lorenzo A.... habia renunciado hacia dos ó tres años á la vida calaveresca de su primera juventud; y continuando por aficion, como por patriotismo la carrera de publicista, dando de cuando en cuando á la prensa algun escrito mas sólido y sustancial que un artículo de periódico, investido por la confianza de sus compañeros de un grado importante en la milicia nacional, gozaba del comun aprecio en la buena sociedad de Barcelona, y finalmente, como hemos dicho, acababa de echar el ancla en el puerto de himeneo, en conserva con una fragatita muy linda, de muy buen nombre en el comercio y lastrada con cosa de dos ó tres mil duros de renta, amen de las esperanzas.

Tal era el hombre á quien al parecer designaba en sus terribles acusaciones el autor de la carta que tan mal rato habia dado á Don Luís. No pudo este sostener la idea de las viles sospechas que habia concebido en un rapto de delirio; y si tampoco le fué posible borrar enteramente de su imaginacion la profunda herida que habia recibido, tuvo á lo menos bastante cordura, bastante dominio sobre sí mismo para resolverse á esperar antes de tomar un partido violento.

Desde la boda de Lorenzo, los dos matrimonios iban mutuamente á comer un dia de la semana el uno en casa del otro: aquel dia le tocaba á Don Luís ir con su mujer á casa de su hermano. Firmemente se habia propuesto el médico no sucumbir á la tentacion de un indecente espionaje: tambien se habia propuesto poner su imaginacion muy sobre la defensiva para no dejarse llevar de ruines ó precipitadas sospechas. Lorenzo era naturalmente muy cariñoso y demostrativo: queria á su hermano y á su cuñada con ceguedad, y no se hacia escrúpulo de gastar con esta delante de las gentes ciertas llanezas al uso de Francia, que los bien intencionados no atribuian mas que á su genio vivo y atolondrado, y á que por no estar tales demostraciones exteriores en nuestras costumbres, daban otros una interpretacion torcida.

—Tal vez, decia Don Luís entre sí, de ahí habrá tomado pie el calumniador anónimo para levantarme de cascos; pero por otra parte....—Y siempre á pesar suyo una sorda inquietud le hacia experimentar una sensacion parecida á la que nos aqueja cuando en la habitacion mal ventilada de un enfermo se nos figura que va á faltarnos el aire para respirar. Como si la suerte se hubiera empeñado en hacer de Don Luís por todo aquel dia su miserable juguete, Lorenzo, siempre alegre y decidor, siempre con grande apetito, solo se sentó á la mesa para ver comer y sostener friamente la conversacion de las tres ó cuatro personas convidadas; apenas probó bocado, no dijo cosa que llevase ni aun asomos de chiste, presentó constantemente una cara de entierro, y en suma, estuvo lo mas contrario de lo que solia que imaginarse puede. A pesar de su propósito de no espiar, no pudo menos Don Luís de sorprender algunas miradas de inteligencia entre él y Mariquita, para las que evidentemente se recataban de ser vistos: era indudable que entre ellos habia un secreto, y debia esto ser tan cierto, que todas las personas que estaban en la mesa mostraron, cada cual segun su carácter, aunque todas con disimulo, haber hecho el mismo descubrimiento. La menos disimulada fué la cuñada de Don Luís; su mal humor era tan notorio, las continuas distracciones de su marido, su tristeza, el poco ó ningun caso que hacia de ella, hubieron de causarle tal enojo, que antes de los postres se levantó de la mesa, con los ojos arrasados de lágrimas, pretextando una indisposicion, y despues de haber echado á Mariquita una mirada triste y desdeñosa. Mariquita se levantó un momento despues para seguirla á su cuarto, y la comida prosiguió y se acabó con la misma alegría que debemos suponer que reina en los festines fúnebres, con que solemnizan los Escoceses la muerte de un pariente cercano, si es que dura todavía esta antigua usanza.

Esta ocurrencia fué para Don Luís como la desapiadada mano del niño que vuelve á enredar en una telaraña á la pobre mosca que á fuerza de afanes y medio quebrantada ha logrado escaparse una vez de las sutiles redes de su enemiga. Todas las alternativas de duda, de certeza, de terror, de amargura que le habian agitado por la mañana, volvieron á asaltarle con nuevo ímpetu: la voz se le anudaba en la garganta, apenas oia lo que decian, la sangre le batia en las sienes como un martillo, y no sin recurrir á inmensos esfuerzos de firmeza logró hacer creer que no sentia mas que un recio dolor de cabeza, ocasionado por el excesivo trabajo de toda la mañana y parte de la noche anterior: nadie ignoraba que Don Luís era uno de los médicos mas estudiosos y solicitado de Barcelona, y fácilmente se creyó aquella disculpa. Lorenzo, con muestras de vivo interés, instó á su hermano á que fuese á acostarse, ofreciéndose á acompañar á Mariquita para la vuelta, pues los dos hermanos vivian bastante lejos uno de otro; y Mariquita, que acababa de salir del cuarto de su cuñada y de ocupar su asiento á la mesa, tuvo la irreflexion ó la imprudencia de apoyar esta proposicion, sin ocurrírsele que era mucho mas natural retirarse al instante con él. Decididamente cada nuevo incidente de aquel dia debia añadir alguna nueva gota de hiel al amargo cáliz que el pobre marido estaba apurando desde por la mañana: acabada la comida y luego que pasó la concurrencia á la sala á tomar café, Lorenzo y Mariquita se sentaron en un rincon junto á una ventana, y allí se estuvieron cuchicheando tan embebecidos en su conversacion cual si estuvieran solos en el mundo. Para colmo de desesperacion, pues á lo menos aquel olvido de todas las reglas de bien parecer siendo franco y público, así podria ser indicio de un embebecimiento amoroso como de la franqueza propia de hermanos, Don Luís reparó varias veces que Mariquita hacia seña á Lorenzo de que él los observaba, y siempre en estos casos levantaban la voz, hablaban un momento de cualquier simpleza, y cuando creian con este ridículo y vulgarísimo artificio haber engañado á la concurrencia, volvian con nuevo brio á su misterioso cuchicheo.

Acababan apenas dos criados, estirados y respetuosos como dos lacayos ingleses, de quitar del velador de la sala la bandeja en que estaban las tazas de café y la salvilla de los licores, cuando le entraron

recado á Don Luís de que una señora que estaba á la puerta, cubierta la cara con un velo, le suplicaba que bajase al instante, pues se trataba de ir á ver á un enfermo de grave peligro. Por primera vez desde que ejercia su noble profesion titubeó Don Luís en acudir á un llamamiento de esta naturaleza: una terrible sospecha le tenia clavado en su sitio.—¿Si será un ardid para echarme de aquí?—dijo entre sí, echando á su hermano una mirada de desconfianza. Acabaron de confirmarle en esta opinion las instancias de su mujer y de Lorenzo para que bajase, aun despues que él hubo insistido sobre la desazon que sentia, y á pesar de que por malicia ó por cualquier otro motivo, los convidados le dijeron que no se incomodara, que ántes era él que nadie, que su salud valia mas que la de cualquier enfermo, etc. etc. Para persuadirle mas, uno de ellos que la echaba de gracioso, declamó en tono de zumba aquellos conocidos versos de Tirso:

Dad al diablo esos Galenos,
Si os han de hacer tanto daño:
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos mas ó menos?

Pero esta cita poética produjo un efecto enteramente contrario al que esperaba el gracioso: Don Luís, esclavo de su obligacion, no hubiera dejado de cumplirla por un temor acaso ilusorio, aun cuando un nuevo recado con nuevas y mas vehementes súplicas de la señora del velo no le hubiera decidido del todo. Bajó precipitadamente las escaleras, y encontró en efecto á la persona que le habia hecho llamar. Escusóse esta con corteses razones de la molestia que le daba en atencion á la gravedad del caso: díjole que habia ido á buscarle á su casa, y que en ella le habian indicado donde le hallaria. Ofreció el médico su brazo á la señora del velo, que á lo que podia juzgarse por su talle, parecia de alguna edad, y ambos echaron á andar. A fines de noviembre, á las seis de la tarde, con lluvia y frio, las calles estan desiertas en Barcelona; así es que Don Luís y su compañera no hallaron un alma hasta la calle de—n.° 14, donde entraron en una casa de poca apariencia por fuera, y de ninguna por dentro, pues la completa oscuridad de la escalera no permitia divisar cosa alguna. Conducido por la dama del velo subió el médico tres pisos encontró en el último tramo dos ó tres mujeres bien vestidas, pero de muy mal parecer, entró en un recibimiento pobremente amueblado, y llegó en fin á una alcoba alumbrada solo por la escasa luz de una lamparilla.

Antes de pasar adelante, debemos decir que cuando llegó el médico á aquella alcoba, que parecia deber ser el término de su excursion, ya no era para él un misterio á que especie de casa le habia conducido el rigoroso cumplimiento de su deber. Don Luís habia sido siempre de soltero hombre de excelentes costumbres: antes de enamorarse de la que fué su mujer, la ciencia habia sido su única querida, el estudio su mas dulce pasatiempo. Aunque habia seguido parte de sus cursos en Barcelona, era pues Don Luís uno de los pocos jóvenes de cierta clase que no conocian, ni aun de nombre, á la dueña de la casa n.° 14 calle de—, que es precisamente en la que acabamos de verle entrar en compañía de la señora del velo, señora que, sea dicho de paso, no era ni mas ni menos que la dueña de la susodicha casa. Sin embargo, la inexperiencia de Don Luís no era ni podia ser la inocencia angelical de una niña de quince años: segun la expresion de la Escritura, conocia al árbol por sus frutos, pues tenia, merced á su profesion, motivos muy graves para saber que hay en Barcelona, como en todas las grandes poblaciones, inmundas cloacas donde se comercia infamemente con criaturas humanas, y cuando llegó al tercer piso de aquella casa no le quedó duda de que se hallaba en una de ellas. Ya hemos dicho que la escalera estaba sumergida en profundas tinieblas, y así nada vió Don Luís mas que las tres mencionadas mujeres; una de las cuales llevaba una palmatoria en la mano: pero lo mismo fué subir el primer tramo que empezar á zumbarle en los oidos aquellas expresiones y aquellas risotadas bestiales que son el patrimonio exclusivo de semejantes sitios. El lector nos permitirá que no le demos mas señas ni entremos en mas pormenores.

—Señora, ¿qué es esto? adonde me ha traido V.? exclamó Don Luís dando una patada en el suelo y parándose de repente. Esto es un burdel.

—Por amor de Dios, sígame V. respondió la del velo: se trata de salvar la vida á una infeliz, y es menester que todos nos ayudemos unos á otros: todos somos hermanos. ¡Por la Vírgen de Monserrate no me abandone V.! San Pedro y San Pablo se lo premiarán....

No paró aquí esta retahila: sabido es que cuando esa casta de princesas empieza á ensartar santos y santas, el calendario les viene corto, y tienen que inventar nuevos bienaventurados, entre los cuales son objeto de particular devocion, en Madrid principalmente, San Ginojo y San Porro. Aun cuando el acento de sincero dolor con que pronunció la del velo aquella deprecacion no hubiera determinado á Don Luís á llevar los auxilios de su arte á quien al parecer los necesitaba tanto, fuese quien fuese, difícil le hubiera sido volver atrás, pues la escalera formaba mil vueltas y recodos, y el rayo de luz artificial que salia de vez en cuando ya por una rendija de una puerta, ya por un agujero de una cerradura, solo servia para hacer visibles las tinieblas.

Encontró Don Luís en la alcoba una pobre enferma, jóven y bonita, pero tan pálida y desencajada que parecia una muerta. Estaba acostada en una cama sin colgaduras, aunque bastante aseada, y tenia sacados fuera de las sábanas sus dos brazos secos y amarillos como dos velas de cera: su aspecto era horrible, y solo un médico acostumbrado á conservar toda su presencia de ánimo en frente de la muerte, podia descubrir en aquel rostro abrasado por la calentura y entre los estragos de una larga enfermedad, la no vulgar hermosura de que debia haber estado dotado en tiempos mas felices. Una respiracion trabajosa y rápida hacia resonar su pecho como el fuelle de una fragua ó como una tabla rajada; sus labios lívidos y y entreabiertos, secos como esparto, no se movian sino para dar paso á algun doloroso ay! ó para pedir agua con voz tan sorda y triste que daba compasion. Metida la cabeza en su delantal, acurrucada en un rincon de la alcoba y reprimiendo á duras penas algunos sollozos, una viejecita vestida como las labradoras de la montaña de Cataluña, no salia de su desolada inmovilidad mas que para llevar á la jóven

enferma el agua que esta pedia regularmente de diez en diez minutos.

Lleno de celo por su noble profesion, Don Luís, en vista de un peligro verdadero, olvidó completamente sus propios cuidados é intereses, y atento solo á sorprender en sus mas recónditos caminos los progresos del mal en aquella infeliz, consagró cerca de media hora á examinarla, á consultar á las que parecian sus enfermeras y últimamente á prescribir el régimen que debia seguirse con ella. La viejecita vestida de labradora la escuchaba con tal interés que desde luego Don Luís la tomó por la madre de la enferma, lo que hizo que le fuese mas sensible el tener que decir al despedirse:

—No debo ocultar á VV. que la situacion de esa desgraciada es muy grave; pero nunca se debe desesperar de la bondad de Dios. Presenten VV. al facultativo que la asiste el plan que yo he dejado ahí escrito: en él expongo las razones porque creo conveniente que se adopte. Motivos particulares, añadió bajando los ojos sonrojado y como si le costara mucho decir una cosa que tanto debia humillar y afligir á los que le oian, me impiden volver á poner los pies en esta casa. Cuiden VV. mucho á esa pobre enferma, y tengan confianza en el Señor.—Todas las instancias de las dos mujeres para que prometiese volver fueron inútiles: Don Luís rehusó aceptar el precio de su visita, y antes bien *olvidó* sobre una mesa su bolsillo: dejó á la vieja llorando amargamente y salió de aquella casa con el corazon oprimido, y descontento de sí mismo como si acabara de hacer una mala accion. Por primera vez de su vida acababa de respirar el pestilente aire de una casa de prostitucion, y como si este acto, aun involuntario, debiese llevar su castigo, tambien por primera vez de su vida habia tenido que negarse á cumplir su deber de aceptar hasta el fin un duelo con la muerte. En la agitacion nerviosa en que se hallaba su espíritu, comparaba su situacion á la de un soldado que abandona sus banderas y vuelve cobardemente la espalda al enemigo. Pero Don Luís era sincera y profundamente religioso, aquellos sitios infames le inspiraban un horror y una indignacion invencibles.

—Y además, añadia, ¿debo mirar por nada el cuidado de mi reputacion? Los que me vieran salir de esa casa, ¿creerian todos en la pureza de mis intenciones? Si llegase á saberlo ¿creeria en ella Mariquita?....—A este nombre querido todas las agitaciones de aquel triste dia se despertaron en su imaginacion con nueva violencia, y unidas á las del momento, le pusieron en un estado de desasosiego é irritacion que casi rayaba en los límites de la demencia.

Era ya enteramente de noche cuando salió á la calle: la lluvia habia cesado, pero el frio era aun mayor que antes: la calle estaba desierta, circunstancia que le libertó de uno de sus temores que era el de ser visto. Embozado en su capa hasta las cejas, mirando á todos lados como un amante ó un malhechor que temen ser descubiertos—(lo siento por los amantes, pero la asimilacion es exacta)—salió Don Luís del portal, y tiró rápidamente hácia la izquierda para dirigirse á casa de su hermano; pero no bien hubo andado diez pasos, cuando divisó en la sombra, á poco mas de cuatro varas de sí, un bulto que mirado con atencion, descubrió ser un hombre y una mujer de bracero, él embozado en una capa parda como de arriero, y ella con un chal ó manton sobre la cabeza. Si fué grande el disgusto que causó á Don Luís aquel encuentro, no pareció ser menor el que causó su aparicion á los dos recien llegados: paráronse los tres como de comun acuerdo, tornó Don Luís á la acera opuesta, y en vez de proseguir su camino, volvió hácia el otro lado de la calle: el hombre y la mujer del chal siguieron adelante, y Don Luís, que iba volviendo la cabeza á cada instante movido por una inexplicable curiosidad, los vió entrar en la casa n.º 14, de donde él acababa de salir.—He aquí, exclamó Don Luís, otro de los grandes inconvenientes de esos lugares malditos: merced á ellos, toda mujer á quien dejan alguna libertad sus padres ó su marido, puede, sin comprometerse á los ojos del público, ver á su amante sin ninguno de los peligros que correrian en sus casas. Las que tengan, por ejemplo, amores con un hijo de familia, con un casado....—

Si es cierto que todos tenemos un diablillo familiar que nos sopla al oido los malos pensamientos, el de Don Luís fué ciertamente quien le inspiró aquella analogía, tan traida por los cabellos, con la presunta situacion de Mariquita. Sin embargo, grande debió ser la vehemencia con que se apoderó esta idea de su imaginacion, cuando le dejó como clavado en el sitio en que le sorprendió, antes de salir de la angosta y ominosa calle, y lo que es aun mas, cuando se le figuró que habia hallado á primera vista, aunque sin darse cuenta á sí mismo de lo que sentia en el primer momento de turbacion, en el talle de la mujer del chal una vaga semejanza con Mariquita. Hay quien asegura que nada es inexplicable en este mundo, y particularmente en las acciones del hombre, aun las mas insignificantes: con arreglo á este sistema, bien podria con razon tacharse de impropio el epiteto de *inexplicable*, que dimos poco antes á la curiosidad que hacia á Don Luís volver atrás la cabeza para ver al misterioso grupo que entró en la casa n.º 14. Pero por otra parte, aquella idea tenia tan poco fundamento, Don Luís habia visto tan confusamente á aquella mujer, era tan ageno de toda probabilidad que Mariquita hubiese llegado á aquel grado de depravacion, que al cabo de un segundo de reflexion, el mismo Don Luís ahuyentó de sí aquella ilusion como un mal pensamiento, como una sugestion infernal.—¡Insensato, insensato! decia; aquel maldito anónimo me ha trastornado la cabeza... Se me ha figurado, es verdad, ver en esa miserable á Mariquita, pero es porque en mi locura la veo en todas partes.... ¿No se me figuró tambien en el primer momento reconocerla en aquella infeliz que acabo de dejar espirando en un lupanar?—

E indignado contra sí mismo, por haberse dejado llevar de tan ruines cavilaciones, torció de nuevo á la izquierda y echó á andar á pasos agigantados hácia la casa de su hermano. Decir todos los pensamientos que iban bullendo en su imaginacion durante todo el camino, enumerar todos los encontrones que se pegó en las esquinas y en las piedras de la calle, repetir todas las palabras confusas é inconexas que iban barbotando sus labios, seria empresa superior á nuestras escasas fuerzas. Como en el privilegiado suelo de Andalucía, toda semilla que se deja caer á la ventura prende y brota espontánea é irresistiblemente, así en

la acalorada fantasía de Don Luís, cada sospecha que le habian infundido, cada conjetura que habia formado, cada ilusion que se le habia pasado por la cabeza, aun las que no habian durado mas que un momento, aun las mas extravagantes y descabelladas, habian echado raíces, habian brotado con prodigiosa fecundidad, y, digámoslo así todas las ramas de aquella fantástica vegetacion revueltas y entretejidas unas con otras, formaban en su pobre cerebro el mas enmarañado laberinto en que jamás se perdió la sana razon de un alumno de Hipócrates.

EUGENIO DE OCHOA.

(La conclusion se pondrá en otro número.)

MONUMENTOS DE LA ANTIGUA CIUDAD DE PARIS.

Iglesia del Santo Sepulcro.

A la entrada de la calle de San Dionisio, casi en frente del mercado de los Inocentes, habrá el lector observado sin duda un vasto edificio, cuya fachada ofrece algo de monumental, y está adornada con bajos relieves sobre asuntos sacados de la industria y comercio. Este edificio, que por sus cuatro caras rodea un patio atravesado de continuo por una muchedumbre de gentes á pie, es lo que llamamos patio *Bátavo*.

Este patio, cercado de tiendas y poblado de negociantes llamaria mucho la atencion en una ciudad de menor importancia que París; pero en París, en este vastísimo mercado donde á cada paso damos con un sitio adornado por el comercio, donde las innumerables calles no son mas que continuacion de riquísimos y brillantes almacenes; en París que encierra el Palacio Real, la calle de Rivoli y los *Bulevards*, ¿qué significa el patio *Bátavo*?

Bien puede conocer el lector que aunque llamemos su atencion hácia ese vasto edificio, no es para hacerle pasar su revista. Hasta prescindiríamos de recordar el orígen de tal nombre, si no supiésemos por experiencia que hay entre nuestros suscriptores un buen número de eruditos y aficionados á saber el orígen y tradicion de toda clase de objetos. Esto supuesto, dirémos que el patio *Bátavo* fué edificado en 1791 por una sociedad de comerciantes *bátavos* ú holandeses, de quienes tomó el nombre.

Lo que queremos ver de dicho patio es lo que no existe ya en el dia, esto es una antigua iglesia destruida hasta los cimientos por los empresarios del nuevo mercado: iglesia cuya fachada original reproducimos, y que en diferentes épocas dió motivo á curiosas contestaciones entre los eclesiásticos, los ciudadanos, y hasta entre cortesanos.

A principios del siglo XIV, cuando la fe cristiana, que aun ejercia gran poder en los corazones, y además algunos recuerdos de la Pasion de Jesucristo, conducian muchos peregrinos á la Tierra Santa, entonces cierta cofradía de honrados parisienses fundó una humilde iglesia en el sitio de que tratamos; y como sus pios fundadores hiciesen voto de ir á Palestina, dieron á la Iglesia y á la Cofradía el nombre del *Santo Sepulcro*.

Esta sola denominacion bastó para atraer á ella mucha concurrencia y abundantes limosnas; por lo que desde el año de 1333, cuatro á lo mas de su fundacion, contaba ya en su seno á príncipes y reyes. Llegaba á mil el número de los miembros de la Cofradía, y esta se vió precisada á levantar una iglesia mas noble y espaciosa.

Como no bastasen para la ejecucion de semejante empresa los fondos particulares de esta asociacion, echaron mano del mismo medio empleado en iguales circunstancias por nuestros antepasados para la construccion de tantas y tan magníficas catedrales; es decir, obtuvieron permiso de los obispos para solicitar la caridad de los fieles en varias diócesis: con que á principios del siglo XVI, vió la Cofradía empezada la dedicacion de dicho templo, que sin embargo no se concluyó hasta el año de 1655.

Distinguíase el nuevo templo por su portada, que fué la admiracion de los inteligentes. Habia en ella en bajo-relieve el sepulcro de N. S. Jesucristo; en el interior eran de admirar sus vidrieras pintadas de claro-oscuro, y en fin, varias esculturas, y cuadros de las capillas; especialmente en el altar mayor descollaba una Resurreccion, obra de Lebrun.

No sin trabajo llegó la Cofradía del Santo Sepulcro á tanta prosperidad, antes tuvo que luchar en sus principios, con el cabildo de Nuestra Señora y de San Mery, cuyas iglesias eran vecinas de la de que tratamos, y se veian amenazadas de perder buena parte de sus fieles. Pero los cofrades, que seguian adelante sin consideraciones á la oposicion del clero parisiense, hasta se vieron excomulgados por el Obispo de París, y les fué preciso restituir anualmente á Nuestra Señora y á San Mery una parte de las rentas que les quitaban.

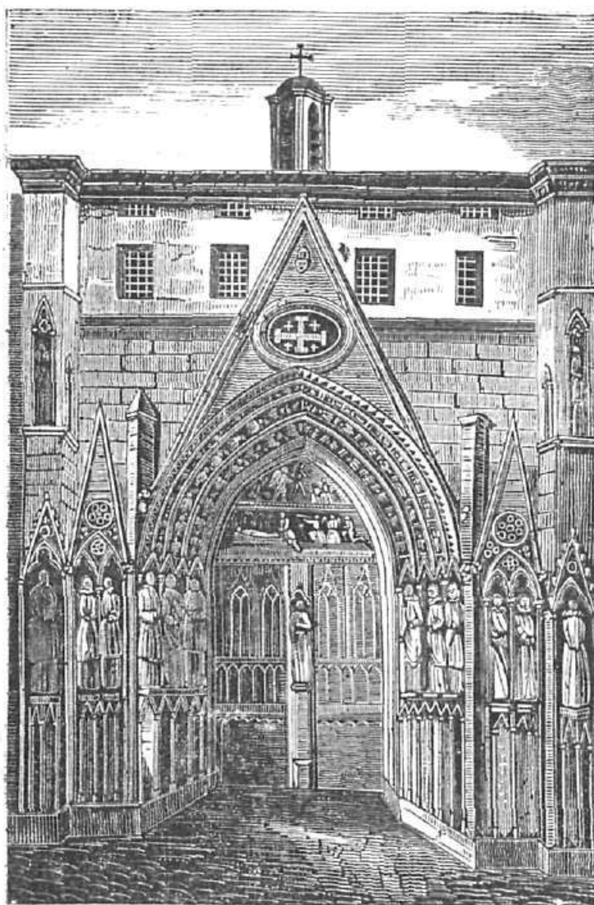
Mucho antes del siglo XVII ya perdiera la Cofradía mucho de su importancia. El clero que habia organizado en su iglesia, poco á poco fué sustituyendo su autoridad á la de los cofrades; y la iglesia mejor administrada volvió á caer en la clase de las demas.

Por último, en 1672 se reunió este edificio á la órden de San Lázaro, que veinte años despues tuvo que devolverla á sus primeros canónigos, despues volvió á ella de nuevo, hasta que se evacuó definitivamente en 1790 cuando la órden fué suprimida.

Mientras los religiosos de S. Lázaro servian la iglesia del Santo Sepulcro, intentaron algunos resucitar los antiguos privilegios de la Cofradía, desenterrar las bulas que la instituyeron, crear una Orden de caballería, y adoptar particulares insignias. Fué ello en 1775: la Cofradía solo se componia á la sazon de algunos honrados ciudadanos, que en determinadas épocas se reunian en banquetes. Tales banquetes á decir verdad constituian cuanto quedaba de la asociacion; por lo que cambió de nombre la Cofradía, y en lugar del noble título originario, tomó el nombre bajo pero exacto de *Cofradía del Aloyau* (del Lomo de vaca) que le daba el público.

Los nuevos caballeros del Santo Sepulcro en su nueva organizacion de la asociacion, hicieron poco caso de los miembros de la Cofradía, reservándose para sí todas las dignidades: muchos ricos y hasta titulados debian figurar en la nueva Orden; pero los Cofrades del Lomo gritaron usurpacion, hasta que el mejor dia esas distribuciones de nuevos adornos, esas pueriles monadas, recepciones, juntas de la Orden

MONUMENTOS DE LA ANTIGUA CIUDAD DE PARIS.



Portada de la iglesia del Santo Sepulcro.

etc , mezquino anacronismo de un siglo aficionado á dijes, todo se evaporó ante un edicto del Rey, que quitó á los nuevos caballeros sus cómicas ilusiones, y reintegró en sus comilonas á los cofrades del *Aloyau*.

LA MUERTE DEL ABAD.

Dov' è mia gioventù? Dove i beati
Anni d'amor?
SILVIO PELLICO. *Le Passioni.*

MELANCÓLICOS, lúgubres sonidos
En la nocturna oscuridad se escuchan
Que vibrando en los aires lentamente
Aumentan de mi pecho la tristura.
¿Quién interrumpe, majestuosa noche,
Tu silencio, tu paz, tu calma augusta?
¿Quién conturba mi alma? Solitario
Antiguo monasterio, sus agudas
Torres esconde en las rasgadas nubes,
Perdiéndose en la azul etérea altura,
Cual de pasados hechos la memoria,
Confusamente las caladas puntas.
Abierto el templo está : sus anchas naves
Tres lámparas escasamente alumbran,
Y en medio, en torno de mortuorio lecho,
Arrodillada multitud se agrupa.
Monges son; sus acentos funerales
Se alzan llenos de uncion y de amargura,
Y el órgano en el coro solitario
Llena la iglesia con su voz robusta.
Entre las nubes de aromado incienso
Que enderredor del catafalco ondulan,
Descubro por el atrio abandonado
De los monges las negras vestiduras,
Y cubiertas de paños funerales
Bóvedas y paredes y columnas.
Con respeto y temor mis pasos guio
A la santa mansion, lúgubre, adusta,
De los que, oh religion! en tu almo seno,
Abandonando el mundo, se refugian.
¡Salve, sagrado templo! Salve, asilo
De la heróica virtud! ¿Cuál alma impura
En tu santo retiro, no se eleva
Al supremo Hacedor? Quien, los que inundan
De gracia celestial puros torrentes
Tus altares, tus bóvedas profundas,
Podrá decir, oh templo? «Venturoso
Aquel á quien, oh Fe, tu antorcha alumbra,
Quien al Señor consagra su existencia
Y en la vida claustral la calma busca!
Allí tan solo la hallará : su vida
Serena cual los rayos de la luna,
Deslizarse verá, y allá en la gloria
Disfrutará de la eternal ventura!

Tú la disfrutarás! Feliz mil veces,
Anciano venerable! No interrumpa,
Oh fieles, vuestra voz, la voz sublime
Con que lo llama el Dios de las alturas
A su regazo paternal! De gloria,
Sobre su frente pálida circulan
Imperceptibles rayos : santa aureola,
Sus sienes cadavéricas circunda.
¿Porqué, oh fieles gemís? vuestro quebranto
Porqué del cielo la injusticia acusa?
De su lecho de muerte arrodillados
Estais enderredor : mortal angustia
Vuestras lívidas frentes oscurece :
Vuestros ojos las lágrimas inundan.
«¿Porqué, decís, permites que la muerte
Hiera al que ha sido, Providencia injusta,
Un ángel en la tierra? Porqué, oh cielo,
Permites ¡ay! que la virtud sucumba,
Y el crímen persevere? Oh Dios del mundo,
Nuestra humilde plegaria, oh Santo, escucha,
A la virtud devuélvelo y, ah! toma
Nuestras vidas, en cambio de la suya.»
Así decís... la vida! ¿Qué es la vida
Sino un sueño fatal de desventura,
Una larga miseria, un peso horrible
Que nuestros hombros débiles abruma?
Feliz mil vecez, venerable anciano!
Del cáliz de la vida ya no gustas
El amargo licor; ya el ancla echaste
En el seguro puerto de la tumba.
Venid, venid y contempladlo, oh fieles!
Mirad su boca para siempre muda
Como sonrie extática! Su frente
Que el pensamiento agitará ya nunca,
Contemplad tan serena, cual las aguas
De cristalina, diáfana laguna!
Y vosotros llorais!... Y yo!... si vierais
En qué horrible tropel de desventuras,
Entre cuantos afectos encontrados,
Mi corazon volcánico fluctua!
Voga la débil barca de mi vida
En tempestuoso mar, sin vela alguna,
Combatida entre escollos y bajíos
Donde los vientos pavorosos zumban,
Sin que en la horrible noche que me cerca
Ni aun una estrella en mi horizonte luzca!
Y aun no pasaron diez y nueve abriles
De mi primera juventud, y pura
Hiciste mi alma, oh Dios, como el aroma
Que la azucena pálida perfuma!
¡Qué mucho ¡ay! si me eligió en la tierra
Por blanco de sus iras la fortuna,
Y desde niño hasta las negras heces
El cáliz apuré de la amargura?
En mi cabeza el pensamiento hierve
Y las pasiones en mi pecho : aduna
La suerte en mí, para mayor tormento,
A cuerpo juvenil alma caduca.

Adios por siempre, libertad! amigos,
Patria, amor mio, adios! Mientras que sufra
Mi cuerpo el peso de la amarga vida
Para mí de pesares tan fecunda,
Mientras gima mi alma en esta cárcel
De la que en vano por salirse pugna,
Fieles, dejadme en vuestro santo asilo
El término buscar de mis angustias.
Y á lo menos si en él no logro hallarlo,
Si es mi suerte fatal no hallarlo nunca,
Pues no puedo, sin crímen, de la muerte
Hacer que para mí la aurora luzca,
Me será, y es lo solo que deseo,
El claustro anticipada sepultura!

EUGENIO DE OCHOA.

GENERALIDADES DEL REINO ANIMAL.

ARTICULO I.

DIVIDIENDO los seres de la naturaleza en *reinos*, *clases*; *órdenes*, *géneros y especies* se ha dado á cada una de estas separaciones no solo propiedades generales en corto número para distinguirlas, sino tambien denominaciones que expresasen dichas propiedades. Por este medio, que forma los sistemas y métodos, lógrase poner en un órden regular los seres mas numerosos, dando una idea exacta de sus diferentes grupos, y facilitando su estudio con descender desde las nociones generales que abrazan un número mayor ó menor de seres á las particulares que á cada uno de ellos pertenecen. La suma de estas divisiones y distinciones fundadas en propiedades constantes que se llaman caracteres compone en cierto modo un cuadro en que estan representados todos los seres creados unidos entre sí por medio de relaciones invariables.

Las tablas metódicas pertenecen á las artes y á las letras; á las primeras porque su disposicion facilita el estudio nemónico, y á las letras por la razonada enunciacion de los hechos que abrazan ó de las doctrinas que presentan.

La zoología enseña que formando todo ser organizado un conjunto cuyas partes mutuamente se corresponden, ninguna de ellas puede sufrir mudanzas sin que las demas las sientan: «Por ejemplo, Dice Cuvier, si los intestinos de un animal estan de tal suerte organizados, que no puedan digerir mas que carne cruda y reciente, es preciso que la estructura de sus mandíbulas sea propia para devorar una presa, que sus garras puedan cogerla y destrozarla, sus dientes desmenuzarla, el sistema entero de sus órganos locomotores perseguirla y alcanzarla, los órganos de los sentidos percibirla de lejos; y finalmente hasta se necesita que en su celebro la naturaleza haya puesto el instinto bastante para saber ocultarse, tender lazos á la víctima, etc. etc.

De esto resulta que conocida perfectamente la forma de un solo órgano, y hasta de un solo hueso de un animal mamífero, por ejemplo, y apoyados en los datos que nos suministra la Anatomía comparada, podemos en rigor determinar á que animales es mas semejante la especie de que se trate, y conocer por consiguiente en gran parte sus formas y hábitos naturales. Luego, hallándose los intestinos, los dientes, los pies, etc. en relacion muy directa con estos mismos hábitos, nos suministran caracteres que llenan con mayor facilidad el mismo objeto.

Si tratamos de clasificar los animales segun las modificaciones que se observan en los aparatos mas importantes á la vida y segun el conjunto de su organismo, hallamos que todos pueden referirse á cuatro *tipos* principales. Por lo mismo en el método de Cuvier, que ahora adoptamos, divídese el reino animal en cuatro ramas principales, á saber: *Animales vertebrados*; *animales moluscos*, *animales articulados*, *y animales rayados*.

Esta clasificacion incluye todos aquellos animales de estructura mas complicada y cuyas facultades son las mas variadas y perfectas. Los cuerpos y miembros de los animales vertebrados apóyanse en un esqueleto compuesto de piezas adheridas unas á otras y movibles. Este esqueleto, al mismo tiempo que forma cavidades para contener las vísceras principales, se halla además cubierto de partes blandas. En los animales de este *tipo* se distingue siempre una cabeza y un tronco; los miembros faltan algunas veces, y otras solo existen dos; pero en su inmensa mayoría presentan cuatro extremidades, nunca en mayor número. El sistema nervioso está muy desarrollado, y entre otras partes lo compone una médula espinal y un celebro colocado encima del canal digestivo, y alojado parte en la cabeza y parte en el tronco. Los glóbulos de la sangre son rojos, y esta circula por un sistema de vasos completo. El corazon es muscular, y á lo menos se compone de dos cavidades.

En fin, el aparato digestivo es muy complicado: hallamos en todos estos animales dos mandíbulas impares, puestas una encima ó delante de otra; dos glándulas salivales, un hígado, un páncreas, un bazo y riñones.

El tipo de los *vertebrados* se ha dividido en cuatro clases del todo separadas por la organizacion particular de los seres que abrazan. La subordinacion de los caracteres es tan despejada y palpable, que puede decidirse *á priori* sobre los hábitos é instinto de un animal por la forma general de su estructura, y en especial por las proporciones que entre sí guardan tales ó cuales aparatos de la vida.

Las cuatro clases del tipo de los vertebrados son: la de mamíferos, la de aves, la de réptiles, y la de peces.

CLASE DE LOS MAMIFEROS.

EL carácter peculiar á los mamíferos es el de la lactacion. Lo mismo que las aves, conservan una temperatura constante (*sangre caliente*) y un corazon dividido en dos ventrículos enteramente distintos, y dos aurículas: la sangre venosa atraviesa los pulmones sin mezclarse con la arterial, siendo así doble y completa la circulacion. La respiracion es en todos aérea, y se verifica en los pulmones, cuyas cavidades no tienen comunicacion con lo restante del cuerpo. La cavidad torácica ó del pecho está separada de la del abdómen ó del vientre por el músculo llamado diafracma, á cuyas paredes no se hallan adheridos los pulmones. Estos animales presentan los glóbulos sanguíneos de forma esférica, al paso que los demas vertebrados los tienen elípticos ú ovoidales. Finalmente tienen la piel guarnecida de pelos; y los miembros anteriores casi siempre en forma de patas, ya propias para andar, ya para coger.

Esta clase se ha subdividido en nueve órdenes. Cada uno de dichos órdenes abraza tambien un gran número de animales comprendidos en *secciones*, *tribus*, *familias*, *géneros y subgéneros* segun las diferencias mas ó menos numerosas que sus respectivas organizaciones presentan.

CLASE DE AVES.

LA respiracion de los animales comprendidos en esta clase es aérea; y sus pulmones, indivisos y adheridos á las costillas, se hallan envueltos en una mem-

brana agujereada en varios puntos, por cuyas aberturas halla paso el aire y se comunica á diferentes cavidades del pecho, del vientre, de los sabacos, y hasta en el interior de los huesos. La circulacion se verifica del mismo modo que en los mamíferos, pero los glóbulos de la sangre son elípticos en las aves, y mas alta la temperatura. Su estómago se compone de tres vegigas ó bolsas: el *buche*, el *ventrículo succenturiado*, y la *molleja*, cuyas paredes son tanto mas musculares, cuanto mas se mantiene de granos el animal. La fecundacion tiene lugar antes de puesto el huevo, y en el oviducto se forman la clara y la cáscara. El embrion se desarrolla por medio de la incubacion, á menos que el calor del clima baste por sí solo, como sucede con los huevos de avestruz. El cuerpo de las aves se halla cubierto de plumas que caen dos veces al año.

Sostienen á las alas el hueso húmero, el antebrazo, y la mano, que se prolonga y presenta un dedo y rudimentos de otros dos. En general tienen sus pies cuatro dedos, tres hacia delante, y uno hácia atrás. Por último, la voz en las aves se forma en la parte inferior de la tráquea en un órgano llamado *laringe inferior*.

Esta clase se subdivide en seis órdenes.

Clase de reptiles.

Son los réptiles animales de respiracion aérea lo mismo que los mamíferos y las aves, y como estas se reproducen por medio de huevos; pero su circulacion es incompleta, y su temperatura varia segun el medio en que se hallan sumergidos; por lo que se les llama (lo mismo que á los peces, etc.) animales de sangre fria. Su corazon no tiene mas que un ventrículo, y en cada una de sus contracciones solo impele una corta porcion de sangre hácia los pulmones despues de haberla recibido de las diferentes partes del cuerpo. El resto de sangre venosa mezclase con la arterial y vuelve otra vez á los órganos sin haber atravesado el pulmon. Los glóbulos sanguíneos son elípticos como los de las aves, y los pulmones constan de celdillas poco numerosas, cuya cavidad no tiene comunicacion con lo restante del cuerpo. Ningun réptil empolla sus huevos, los que á veces no se fecundan hasta despues de puestos, y otras se abren dentro del cuerpo de la hembra. Estos animales tienen la piel escamosa ó desnuda y el celebro poco desarrollado. Divídense en cuatro órdenes.

Tipo 1.° — Vertebrados.



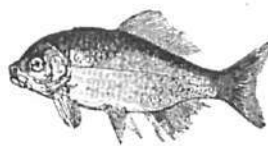
Clase 1.ª—Mamíferos.



Clase 2.ª—Aves.



Clase 3.ª—Reptiles.



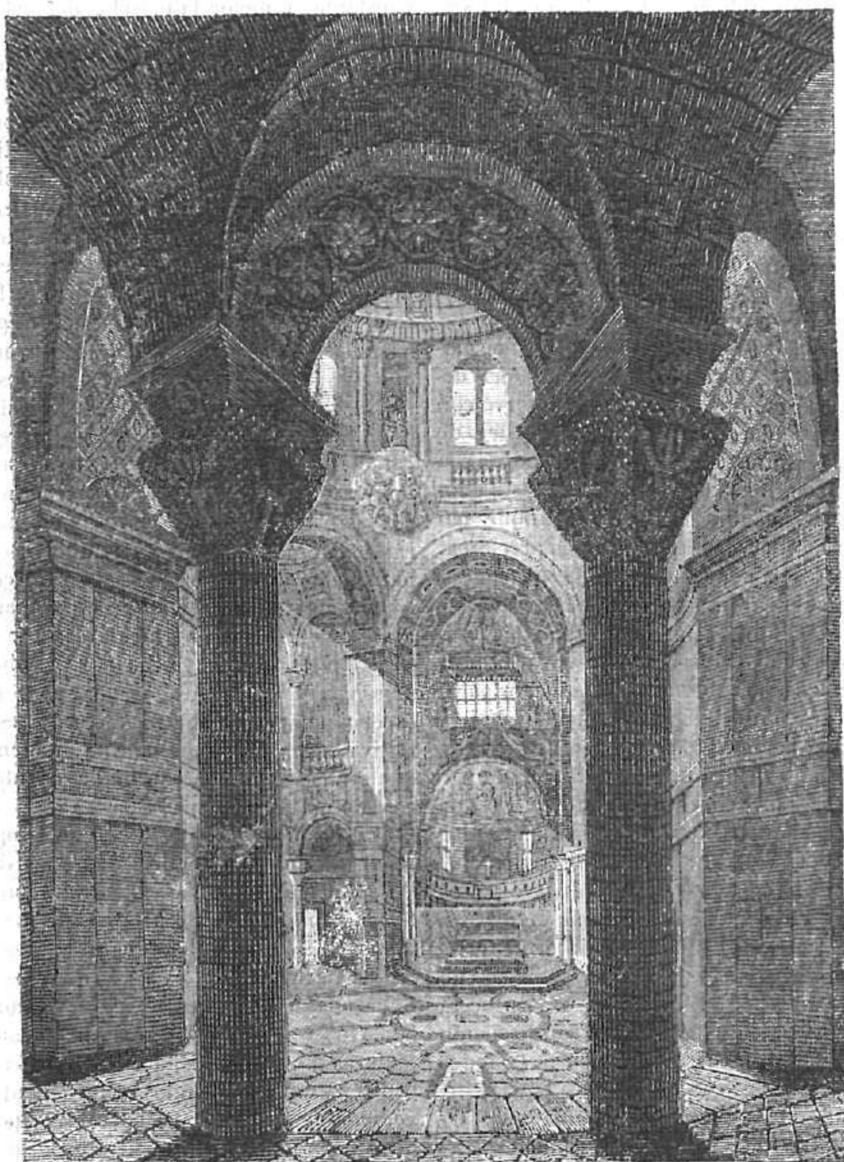
Clase 4.ª—Peces.

Clase de peces.

Esta clase se compone de los vertebrados ovíparos, cuya respiracion únicamente se verifica por el intermedio del agua. Sus agallas estan situadas á los lados del cuello, y solo las separan de la cavidad de la boca las ramas del hueso hioides, á las que estan adheridas. Forman la agalla una multitud de láminas alineadas, cubiertas de un tejido formado por innumerables vasos sanguíneos. El agua que el pez se traga, pasa por entre dichas láminas y se escapa hácia fuera por dos aberturas que forman las agallas.

A estas pasa la sangre desde el ventrículo del corazon; y despues de haber sufrido la accion respiratoria pasa al tronco arterial situado bajo del espinazo, es-

ITALIA.—RAVENA.



Interior de la Iglesia de San Vital.

parciéndose por todas los partes del cuerpo, y volviendo á la aurícula del corazon mediante el sistema venoso. En general los peces tienen la boca armada de dientes, que pueden hallarse en todos los huesos que concurren á la formacion de esta cavidad.

Por fin dirémos que toda la estructura del pez está evidentemente dispuesta para la natacion. Algunas especies hay provistas de una bolsa llena de aire (*vegiga natatoria*); pero todos tienen aletas, que segun su sitio se llaman *pectorales*, análogas á los miembros torácicos; *ventrales*, que corresponden á los miembros abdominales, *anales*, *dorsales*, y *caudales*. El cuerpo de los peces termina en una recia cola.

Esta clase se ha dividido en *nueve órdenes*: los seis primeros comprenden los peces huesosos, y los tres últimos los peces cartilaginosos.

ITALIA.

San Vital de Ravena.

Es Ravena ciudad única en su género: ilustre por su historia y sus recuerdos, partícipe de todos los acontecimientos del Bajo-Imperio, situada en hermosas y resplandecientes riberas en los confines del occidente de Francia, recibió con afecto y conservó con lealtad el influjo oriental, siendo el mas fiel reflejo de Constantinopla, el santuario del arte neo-griego, y la reina de la era bizantina. Poco hay escrito hasta ahora sobre el actual estado de la ciudad, aunque tan abundante de antiguos edificios, tanto mas preciosos, cuanto mas raros se van haciendo en nuestra época; y aunque tan notable por la urbanidad, costumbres y carácter de sus habitantes, y por el embeleso de los risueños campos circunvecinos. De ahí el insultante menosprecio debido á la ignorancia de la mayor parte de los viajeros, que van á Italia, y se olvidan de ir á rendir homenaje á la gloria tan insigne como infeliz y descuidada de la mas suave península del mundo.

Durante mi permanencia en Ravena, dice el Autor del presente artículo, tuve por amigo y guia al señor Juan Valli, vizcónsul de Francia en esa residencia, cuyo afecto hácia esta nacion es digno del mayor aprecio y gratitud. Tampoco debo olvidarme de dar las gracias al señor Barbiani, distinguido pintor de Ravena, al abate Saviotti, y á varias otras personas no menos recomendables por su educacion y sus luces, que con sus conocimientos me auxiliaron haciendo tan fácil como lisonjera mi tarea: reciban pues todos la expresion de mi sincero reconocimiento por la cordial hospitalidad que me ofrecieron. —En un fragmento publicado en el *Museo Universal* como explicacion del diseño de Santa Sofía de Constantinopla (1) divídese su escuela en tres faces: primaria, en la época que va desde el siglo III al siglo VII; período intermedio, desde el VII hasta á mitad del XI; por último en la final ó del renacimiento del arte, desde el siglo XI hasta principios del XIII. Casi todos los edificios de Ravena pertenecen á la faz de la arquitectura primitiva y son oriundos directamente del *archimodelo* Santa Sofía. Entre ellos solo haré mencion de San Vital, cuya obra es hija primogénita del templo de Constantinopla, construida y desarrollada á semejanza de su espléndida madre. El arte bizantino desde los primeros siglos consistió en el mosáico, en cuadros compuestos de incrustaciones de mármol, en ataraceas embutidas con lindas reparticiones hechas de basalto, pórfido, alabastro oriental, jaspe, serpentin, verde antiguo, granito y mármoles de Grecia y de Africa. A fines del siglo XI y en el XII en tiempo del renacimiento bizantino, se copió en relieve, es decir por medio de la escultura, todo ese ornato de mosáico, obra de tanto arte y paciencia. Esta es la progresion constante, ó mejor la marcha del arte cristiano en cuanto al ornato: su orígen se halla en el mosáico de las basílicas caracterizado por los tonos fuertes, llenos, grandiosos, severos, vigorosos, siempre algo duros, pero que llevan el sello de un profundo sentimiento de eternidad. Al mosáico sucedió la escultura despues de un interregno artístico, al que siguió la pintura al fresco en los monumentos en el siglo XV; finalmente vinieron los cuadros sencillos y movibles, encerrados en marcos, para adorno de altares y capillas; y en nuestros dias estan en voga las pinturas de solo claro-oscuro, el carton jaspeado figurando piedra los diferentes barnices, y todo lo mas mezquino y bajo que vino á embadurnar nuestros edificios religiosos. Por ahí se ve que el arte de las basílicas al alejarse de su cuna fué perdiendo constante y progresivamente ese carácter de *duracion* que formaba su gloria, y ese misterioso aspecto que era su objeto final. Los mosáicos estaban compuestos de un fondo negro y de figuras generalmente formadas de diferentes colores. Los fondos dorados reservábanse por lo comun para la parte cóncava ó superior de los santuarios. San Márcos de Venecia fué la única excepcion de esta regla, pues todo el interior de la nave estaba cubierto de mosáicos sobre fondos dorados; pero es por un lujo excepcional en un monumento muy posterior á la primitiva época del arte bizantino, y además es Venecia una ciudad oriental, en donde cuanto se ve parece cosa de magia ó de sueños.

La basílica de San Vital, que escogemos entre la muchedumbre de templos bizantinos de los siglos IV, V, y VI, por ser la mas expresiva y completa, fué edificada á mitad del siglo VI, verdadera época arquitectónica en esa capital de muchos Césares del Bajo-Imperio de Occidente, de exarcas, de reyes godos, etc. —Echáronse los fundamentos en el mismo lugar en que San Vital y otros mártires perdieron sus vidas entre torturas por la fe cristiana. Esta ilustre basílica, edificada en gran parte con los restos del antiguo anfiteatro romano de la ciudad, fué consagrada por el arzobispo San Maximiano en 547. —El exterior del monumento, como en todos los de la época *neo-griega* primitiva, nada significa, y casi puede decirse que presenta notable aspecto de pobreza; pero el espectador se ve ampliamente recompensado al pasar del umbral del templo: bajo esa cúpula griega, y en medio de esas formas antiguas y desconocidas, no se acuerda de estar en Europa, antes le parece verse trasladado al Oriente. Ve juntos á su presencia á la basílica y al palacio, al teatro y á la corte oriental, y su alma se exhala entera en deliciosos sueños é inexplicables armonías.

El plan del edificio presenta un octágono regular

(1) A su tiempo lo publicarémos en nuestro *Album pintoresco*. (*N. de la Redaccion.*)

con dos líneas de pórticos sobrepuestos, que sostienen una cúpula circular. En torno de esta fábrica domina un pórtico de menor elevacion y que describe la misma forma, atravesado por dos capillas esféricas hácia la parte superior de la iglesia, y dos semicirculares hácia la inferior. Añádase á esto el santuario, colocado en frente de la puerta principal, en el dia tapiada é impracticable, pero antiguamente precedida de un atrio ó *anti-templo*, y además la capilla mayor fronteriza á la sacristía, obra mucho mas moderna que lo restante; y en fin la sacristía, que se halla en igual caso, y se tendrá una idea del plan de la nave. La sacristía y la capilla que hay en frente es probable que viniesen á reemplazar á algunas construcciones bizantinas análogas á la del santuario: en esta hipótesis, la basílica con esas dos obras, el coro y el atrio, presentando una ligera arimez con respecto á las líneas generales de la nave, hubieran bosquejado la cruz griega con brazos, levemente marcados.

El área de San Vital presenta unos 32 metros 81 centímetros de diámetro, desde una pared á la opuesta, y 16 metros 44 centímetros entre un pilar y el de en frente. En el pavimento se descubren trazas, aunque raras, del antiguo mosáico de arabescos que lo cubria, y que quedó enterrado por efecto de haber subido el terreno de la ciudad. Todas las paredes se hallan en su parte inferior revestidas de losas de mármol griego jaspeado, sobre las cuales habia un friso embutido de mármoles los mas raros, preciosos y variados, de que solo quedan desechos. Dichas paredes presentan á trechos pilastras igualmente cubiertas de mármoles. Entre estas hay dos que en lugar de capiteles ofrecen una reunion de exquisitos mármoles, y se ve en ellos una guirnalda formada con hojas y arabescos de pórfido, serpentin, alabastro, y madreperla, y además un monograma que significa JULIANUS, fundador de la iglesia (*fig.* 1.ª) Ocho pilastras gruesas y cubiertas de losas de mármol griego y egipcio jaspeados y catorce columnas tambien del mismo mármol forman la línea inferior del pórtico que circuye la cúpula central del edificio. Cada zona de arco es de figura semiesférica, abovedada en figura de concha, y se compone de dos pilastras, dos columnas y tres arcos pequeños abiertos bajo las tribunas. Los capiteles son muy variados, achatados y muy complanados con relacion al fuste: las impostas de figura trapezoídea parecen otro capitel sobrepuesto al primero, y en su mayor parte vemos el citado monograma de Juliano y el de: ECCLESIUS EPISCOPUS (*fig.* 2.ª)

El piso superior, formado por una copia en menores proporciones de los arcos inferiores, forma tribunas adornadas con balaustres.

Algunas de las columnitas de esta línea están señaladas con una áncora, lo que al parecer indica que proceden del antiguo templo de Ravena dedicado á Neptuno. La cúpula fué antiguamente de mosáico; en el dia la adornan pinturas al fresco muy fuera de su lugar, y la alumbran ocho ventanas de á dos divisiones.

La única parte del edificio que ha quedado enteramente intacta y en su primitivo estado en cuanto al ornato, es el santuario: en él es donde brilla con todo su esplendor la hija de Santa Sofía de Constantinopla. A la entrada del presbiterio, obsérvanse dos bajos relieves de mucho valor, restos del suntuoso ornato del templo de Neptuno Las paredes laterales correspondientes á esta parte del edificio tienen de ambos lados del altar mayor tribunas de tres arcos en su parte superior. Las impostas de las columnitas tienen tambien impreso el monograma de Juliano, y la cruz griega, con el brazo superior algo prolongado como figurando una cruz latina en posicion inversa.



El santuario todo se ve cuajado de mosáicos del siglo VI. En el reborde inferior de la bóveda que termina el presbiterio hay quince medallones, que representan los doce apóstoles, los Santos Gervasio y Protasio, hijos de San Vital, y en el centro el Salvador. En los muros laterales, hácia la parte de las tribunas y superiormente á la primera línea de arcos que las sostienen se ven los sacrificios de Melchisedech y de Abel, Moisés en diferentes situaciones, el sacrificio de Abraham, los profetas Jeremías é Isaías, los Evangelistas, y algunos ángeles; la bóveda está cubierta enteramente de arabescos.

En la parte del santuario llamada la *Tribuna*, vese en ambos lados al emperador Justiniano seguido de cortesanos y soldados, y á San Maximiano obispo: á la izquierda del expectador se halla TEODORA AUGUSTA, esposa del monarca, acompañada de una multitud de matronas. En el fondo cóncavo de la tribuna, que llamamos el *ábside*, y que en este templo como en todos los de la escuela bizantina tiene la forma de concha, se observa al Salvador en pie encima de un globo, con un ángel á cada lado, que en sus túnicas llevan la letra N. (NAZARETHUS); á la derecha vese á San Vital recibiendo la corona de mártir, y á la izquierda á San Ecclesio, ofreciendo á Jesucristo el templo que él ha erigido (San Vital). Estos Santos están designados con las letras:

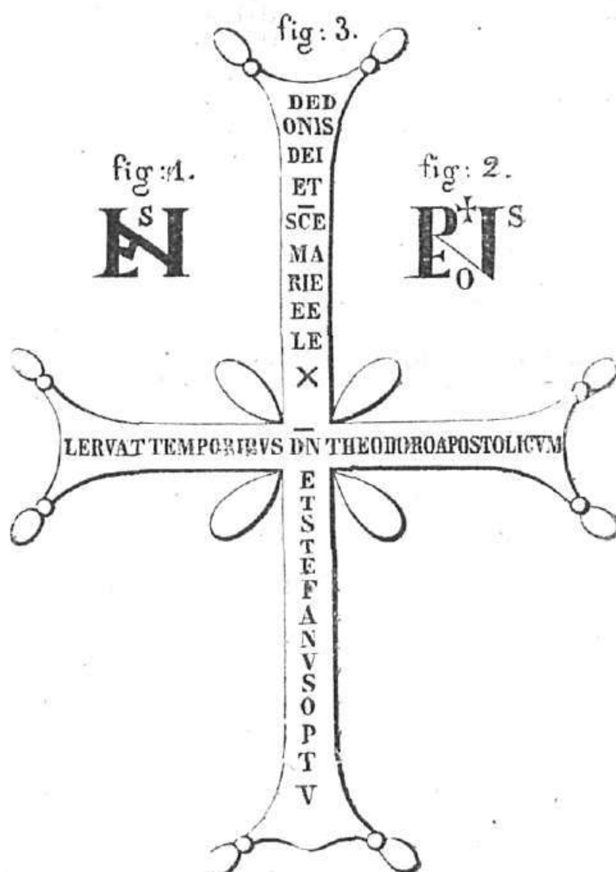
S C S VITALIS-ECCLESIUS EPIS.

No es fácil dar una idea del efecto profundo de religion que causan esas pinturas de mármol, esas disposiciones tan majestuosas, esas figuras tan graves é imponentes, esa mística historia, en fin, expuesta de un modo tán grandioso á los ojos de los fieles concurrentes. Digno es de observarse que los asuntos sacados de la Ley antigua son mas numerosos que los que prestó el nuevo testamento. La grande figura de Moisés se ve despues de la de Jesucristo, que es la dominante en todos los mosáicos bizantinos: hallamos al Legislador del Sinaí representado en todas las situaciones de su vida, y con él á Jeremías, Ezequiel, Isaías, Elías, etc. En esta rápida descripcion no es posible detenernos en especificar la magnificencia en los pormenores del monumento: baste lo dicho para los arqueófilos, quienes sabrán ya lo que es la fábrica, el plan y el carácter de esta basílica. Es pues inútil hablarles de un sin número de trabajos así antiguos como modernos que concurren al ornato del templo, del sepulcro del exarca Isaac, de las capillas, y de la sacristía, que como todas las de Italia es un objeto admirable por su adorno. En aquella península dulce y hermosa no acostumbran poner sillas ni bancos en los templos, uso excelente para el curioso arqueólogo, quien puede saborearse sin obstáculos contemplando

el conjunto de un edificio religioso. Además, lo que es ya mucho, cada cosa ocupa su lugar. En Italia ocupa el arte el lugar que le compete sin prostituirse como en otras partes adoptando el ornato de las tiendas ó cafés.

Presentamos á nuestros lectores una cruz de metal muy curiosa, hecha en el siglo VII que se ve en el techo del baptisterio de la antigua iglesia metropolitana de Ravena. Tiene de alto sesenta y tres centímetros y de ancho cuarenta y ocho (*fig.* 3.ª)

No podemos dejar de recomendar la ciudad de Ravena á los amantes del arte arquitectónico. La Italia, ese bello país de mármol, de oro, de acariciosos céfiros, bajo cuyo cielo todo es armónico, los recuerdos, las formas, la naturaleza y los monumentos, en donde una vida de amor y de arte nos penetra por todos los poros, nada presenta que pueda igualarse á Ravena en lo perteneciente á la época bizantina: la misma Roma no tiene tantas preciosidades; pues en ella se ha destruido ó reformado á la moderna las antiguas basílicas, en términos que se creyera que el cristianismo solo data de los siglos XVI, XVII, y XVIII. A los que hacen poco caso de los monumentos y de un aire bizantino que desde Europa y desde este siglo nos traslada al Oriente y al centro de las primeras edades del cristianismo, les dirémos: Id á Ravena, al menos para echar una flor en la tumba del Dante, puesto que allí murió el Homero italiano en brazos de la hospitalidad.



Monogramas. — Cruz de metal del Baptisterio.

BIOGRAFIAS CONTEMPORANEAS.

Don Manuel Breton de los Herreros.

Don Manuel Breton de los Herreros, el mas fecundo y popular de nuestros poetas dramáticos contemporáneos, nació en la villa de Quel, provincia de Logroño, en diciembre de 1800. Hizo sus primeros estudios en Madrid bajo la direccion de los padres escolapios de San Antonio Abad, y sirvió despues en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Colocado entonces en el ramo de hacienda, y encargado de la secretaría de la intendencia de Játiva, y luego de la de Valencia, defendió en la tribuna y con las armas en la mano la causa de la libertad hasta en sus últimos atrincheramientos. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, vivió el señor Breton consagrado al culto de las musas, y mas particularmente al estudio y práctica de la literatura dramática, dando ejemplo de aplicacion y laboriosidad, no obstante el rigor de la censura y lo aciago de aquella década.

En 1824 dió á la escena su primera obra dramáti-

ca, la comedia en tres actos titulada *A la vejez viruelas*, que habia compuesto á los diez y siete años de edad, y cuyo éxito tan feliz como merecido le animó á seguir escribiendo para el teatro, con una constancia, y sobre todo con una fecundidad que raya en los límites de lo maravilloso. Y en efecto, si hubiéramos de enumerar todas las composiciones dramáticas con que ha enriquecido nuestra escena desde aquella época hasta nuestros dias, seria menester citar los títulos de *ciento treinta* por lo menos, entre originales, refundiciones del teatro antiguo y traducciones del italiano y francés, mas ó menos libres.

Las que mas celebridad le han dado son: la ya citada, *A la vejez, viruelas*;—*Los dos sobrinos*;—*El ingenuo*;—*A Madrid me vuelvo*;—*La falsa ilustracion*;—*Marcela*, ó *¿A cuál de los tres?*—*Un tercero en discordia*;—*Un novio para la niña*, ó *La casa de huéspedes*;—*El hombre gordo*;—*Todo es farsa en este mundo*;—*Me voy de Madrid*;—*Muérete ¡y verás!...*—*Una de tantas*;—*Ella es él*;—la tragedia *Mérope*, y los dramas *Elena* y *Don Fernando el Emplazado*. Entre sus traducciones la mas notable que recordamos es la que hizo de *Los hijos de Eduardo* de M. Casimiro Delavigne, traduccion que tiene todo el mérito de una composicion original.

En 1831 publicó un tomo de poesías sueltas, y en diferentes épocas sus celebradas sátiras contra el *Furor filarmónico*;—*En defensa de las mujeres*;—*Contra los vicios introducidos en la declamacion teatral*;—*El carnaval*;—*Contra la manía de escribir para el público*; y *Contra la hipocresía*, sin contar otros opúsculos menos conocidos, y un sin número de artículos de literatura y de costumbres, letrillas y composiciones sueltas publicadas en diferentes periódicos, mereciendo particular mencion la serie de letrillas políticas que dió á luz en el periódico la *Abeja*.

El señor Breton es bibliotecario de la Nacional de Madrid, é individuo de la Academia Española (*).

DISCURSO DE ACCION DE GRACIAS

A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Leido al tomar posesion de la plaza de socio honorario en la sesion del dia 15 de junio de 1837.

Excelentísimo Señor:

Si en este momento, de sumo gozo aunque de harta confusion para mí, hubiera de expresar mi voz el sentimiento que apenas podrá manifestar preparada mi tosca pluma, trémulo y balbuciente el labio no lograria articular un acento; que la gratitud, cuando es tan profunda y sincera como la mia, hace sonrojarse y enmudecer al hombre mas elocuente: ¿qué será cuando la haya de mostrar quien, como yo, carece del precioso don de la palabra? Mi natural timidez habria de ser mayor en presencia de una corporacion por tantos títulos respetable; la misma benevolencia con que se digna de premiar mis pobres méritos admitiéndome en su seno me cubriria de rubor, anudaria mi lengua, y aumentaria mi tribulacion el recelo de parecer ingrato.

¡No plegue al cielo que merezca yo jamás esa infame nota! Si incapaz de agradecimiento fuese mi corazon, digno seria yo de acabar mis dias en la adversidad, cuyo aciago rostro aprendí á conocer, por dicha mia, desde la adolescencia. Por dicha mia, sí; que á haberse deslizado entre comodidades y deleites los primeros años de mi trabajada juventud, quizá no hubieran vertido tantas lágrimas mis ojos, pero tampoco me hubiera desvelado el consolador afan de ganar amigos que de buen grado las enjugasen. Hoy me cansaria ya tal vez la existencia carcomida por el hastío, humillada por el íntimo conocimiento de mi nulidad, y estragada acaso por los vicios. Mi nombre sonaria apenas, fuera del hogar doméstico, en algun corrillo de ahumado café y en los registros de la policía. Si totalmente no yace en triste oscuridad, ¡merced al saludable abandono en que la suerte me puso cuando pudieron serme provechosas las lecciones del mundo; merced á la precision en que temprano me ví de beneficiar mis recursos intelectuales, bien que limitados, bien que desvalidos; merced á los consejos desinteresados y á la cordial proteccion de generosos amigos; merced, en fin; hasta al abatimiento y al desamparo en que ha gemido nuestra literatura! Esta última reflexion podrá parecer una paradoja, pero no lo es ciertamente. Una vez consagrado al culto de las musas, ó con bastante constancia para arrostrar las amarguras y privaciones inherentes á la profesion de escritor en España, ó arrastrado tal vez por algun móvil secreto, que yo no llamaré fatalidad, fuéme forzoso redoblar mas y mas mis tareas y velar una y otra noche, supliendo con mi laboriosidad la pequeñez de mi ingenio. Así logré que el público perdonase benigno mis defectos; sea por no tomarse la molestia de examinarlos, en fuerza de ser tantos y tan frecuentes, sea porque desarmase su crítica la buena fe con que en obsequio suyo pulsaba yo incesante mi ruda lira, cuando otras mucho mas doctas callaban desdeñosas ó desalentadas.

Esta infatigable laboriosidad, con la cual suele adquirir reputacion de afluente é inspirado poeta el que en realidad no es ni lo uno ni lo otro, es sin duda, señores, la cualidad que habeis querido recompensar en mí. Yo, á lo menos, solo de ella osaré blasonar como literato, porque seria demasiado petulante si llamase ciencia á mis cortos conocimientos y genio creador á mi perseverancia en el trabajo.

Temblaria, por lo mismo, al considerar que la constante práctica del insigne cuerpo que me ha favorecido con sus sufragios me impone el arduo deber de anunciarme disertando sobre algun punto literario pues, aun eligiendo el que esté mas á mis alcances, mi desaliñado discurso ha de revelar desde luego mi falta de criterio y de erudicion. Me anima, empero, la indulgencia que ya me ha dispensado esta sabia corporacion, y que seguramente no negará á una tarea nueva para mí. Por otra parte, yo estoy lejos de presumir que la Academia haya menester el auxilio de mis pocas luces: al contrario; vengo á saludarla codicioso de sus consejos; y en prueba de que los necesito y cordialmente los imploro, perdonadme, Señores, que os ofrezca este bosquejo.

Expondré mis ideas acerca de si es necesario, ó no, el ornato de la versificacion para los dramas, especialmente para la *comedia*, y discurriré sobre los me-

(*) No disgustará ciertamente á los lectores que continuemos el discurso leido por el Sr. Breton á su recepcion en la academia: notable así por su estilo como por las ideas particulares que desenvuelve.

tros que mas se adaptan á este género de poemas. Protesto que escribo con desconfianza del acierto, y por tanto será breve mi discurso. Tenga siquiera esta recomendacion.

Yo creo, Señores, que los dramas se deben escribir en verso. Así lo hicieron los poetas griegos y romanos de cuyas obras escénicas se tiene noticia. En verso vieron la luz pública los primeros ensayos de nuestros dramáticos en la edad media. El gran Cervantes, mejor prosista que versificador, no juzgó conveniente sin embargo el privar de la rima á sus producciones dramáticas; tampoco renunciaron á ella Lope de Vega, Calderon, Tirso de Molina, ni ninguno, en fin, de los célebres escritores que dieron tanto esplendor á la escena española; igual práctica siguieron los autores de segundo órden que la abastecieron despues. Hasta los últimos años del siglo anterior no vieron dramas en prosa nuestros teatros, á excepcion de algunos entremeses de Lope de Rueda, cuyo sistema de dialogar en prosa para entretener al público no tuvo otros imitadores que Juan de Timoneda, Alonso de la Vega y algun erudito traductor de Séneca ó de Terencio.

Recordando Moratin en sus *Orígenes del teatro español* los diálogos prosaicos de Lope de Rueda, se lamenta de que nuestros autores dramáticos no acertaran á seguir este nuevo camino. Yo tengo en mucha estima los ensayos de aquel discreto sevillano, á quien podemos considerar como el fundador de nuestra escena, y venero como es justo la opinion del que en nuestros dias la restauró purgándola, con la doctrina y el ejemplo, de la torpe semilla que sobre ella prodigaron los Závalas y los Comellas. Creo, no obstante, que el dictámen de un Calderon, de un Rojas, de un Moreto y de tantos otros esclarecidos ingenios no es de menos peso y autoridad. Si con sus diálagos en prosa pretendió Rueda establecer una escuela, lo cual es para mí muy dudoso, ¿quien no aplaudirá una defeccion que ha producido dramas como *El desden con el desden*, *Garcia del Castañar* y *La dama duende*? Algunos aislados ejemplos, pocos de ellos felices, no han de prevalecer contra la práctica de mas de tres siglos, atestiguada con tantos millares de comedias, cuya versificacion, casi siempre fluida y amena, no embarazó por cierto á sus autores para dar á los diálagos movimientos y soltura; que si muchas veces prestaban á los interlocutores un lenguaje poco conveniente á su carácter, á su estado y á sus intereses, no lo hicieron constreñidos por el imperio de la rima; culpa fué de la manía culterana, que llegó á cundir demasiado, y de la facilidad con que aquellos mimados poetas, seguros del aura popular, se abandonaban á la lozanía de su imaginacion.

Pero me dirán que si el teatro debe ser una imitacion de la vida, aquel drama cuya distribucion, cuya estructura, cuyo lenguaje se aproximen mas á la verdad será sin duda el mejor. Con efecto; la verosimilitud es la primera regla, no solo para esta clase de poemas, sino para todas las artes de imitacion: negar este axioma seria una herejía literaria; pero la verosimilitud teatral ha de tener ciertos límites como todo lo humano. Nunca se propuso, ni puede proponerse un autor dramático trasladar á la escena las catástrofes de la edad pasada ó los vicios de la presente tales como la historia los cuenta y la observacion los aprende. El talento y el buen gusto hallan medios de embellecer la misma verdad sin desfigurarla; no es poeta quien no acierta á hacerlo así; la conveniencia social lo exige; el público ilustrado lo agradece. La misma prosa empleada en una comedia no carece de artificio; no es el lenguaje que usa el hombre en su casa, en su oficina, entre sus deudos y amigos. No se habla comunmente con el despejo y la correccion que el autor atribuye á los personajes de su drama; y aunque así fuera, queda todavía mucho que disimular en la imitacion escénica: la decoracion, que no puede ser exacta; el figurar que es de dia cuando es de noche; los entreactos, los apartes, los monólogos, etc.

Si es forzoso, pues, renunciar á una imitacion perfecta; si el espectador hace al poeta tácitamente ciertas concesiones en gracia del placer que aquel le promete, ¿le negará la que mayor recreacion ha de causarle? Si tolera que un aleman hable castizamente la lengua de Cervantes, ¿no consentirá con menos repugnancia que el avaro y celoso *don Roque de Urrutia* cuente sus cuitas y debilidades al malicioso *Muñoz* en verso castellano?

El oido del público, y mas de un público español, se habitua muy pronto y de muy buena voluntad al encanto de la versificacion, y cuando la rima cuadra sin violencia con los pensamientos del autor, la ilusion llega á ser completa. No se concibe mientras está alzado el telon que puedan los hombres hablar de otro modo. Porque conviene advertir que, si bien no excluye el drama en algunos casos el lujo de diccion y de imágenes que exigen otras composiciones poéticas; la fluidez hermanada á la naturalidad, la precision y desembarazo en la frase, la oportunidad de una réplica, y esa donosa facilidad que ni se explica ni se aprende, esa magia singular que en una pluma cómica forma con expresiones prosaicas un conjunto grato y armonioso que embellece, que poetiza, por decirlo así, los mas vulgares conceptos; he aquí la verdadera poesía dramática, y una poesía mas difícil de lo que generalmente se cree, aunque dista y debe distar muy poco del prosaismo.

Recuerdo unos versos de Lope de Vega en su comedia *Si no vieran las mujeres*, que á mi juicio pueden citarse como modelo de elocucion cómica.

Tristan, criado de *Federico*, viene de ver á la dama de su señor, que le llora ausente. «¡Cómo!» exclama al saberlo *Federico*, y *Tristan* le responde:

Por ser cosa fria
Esto de las perlas ya,
Que aun el mar del Sur está
Cansado de las que cria,
No digo que las lloró;
Digo que lágrimas ví:
Tú allá sabrás para tí
Si fueron perlas ó no.

Nótese que en estos versos no hay ninguna figura brillante, ningun epiteto enfático, ningun artificio en la colocacion de las palabras. Si Lope hubiera querido expresar su idea en prosa, no hubiera podido producirse con mas lisura. Las rimas son tan adecuadas, tan espontáneas, que así como otro las hubiera buscado con fatiga para decir lo mismo, el Fénix de nuestros ingenios hubiera sudado para excluirlas. Pues precisamente consiste en esto el mérito de las redon-

dillas citadas; en que sus versos hubieron de formarse simultáneamente en el cerebro del poeta con mas rapidez que puede escribirlos la pluma, y tan perfectos en su línea que es imposible mejorarlos. *Prosa rimada*, exclamará algun pedante al leerlos, pero yo le responderé que semejante prosa nada tiene de comun con la que *M. Jourdain* vació sin saberlo por espacio de cuarenta años, y que solo es dado á un buen poeta el *rimar prosa* de esta suerte.

(Se continuará.)

NAVIOS MONSTRUOSOS DE LA ANTIGUEDAD.

Por espaciosos y espléndidos que en el dia sean nuestros buques de vapor, por fundadas que aparezcan sus pretensiones al lujo y comodidades, aventájanles por cierto en riqueza y grandiosidad los navíos que antiguamente mandaron construir los monarcas de Egipto y de Sicilia. Vamos pues á dar al lector una descripcion que de ellos nos dejó un autor griego.

Tolomeo Filopator hizo construir un navío de 420 pies de longitud sobre 56 de anchura, y 72 de altura desde la quilla á la popa. Ese monstruoso buque tenia cuatro timones de 60 pies; y sus remos mayores (pues habia de ellos tres órdenes) eran largos de 56 pies, con el mango cubierto de plomo para que fuesen mas manejables. Habia en el buque dos popas y otras tantas proas, con siete espolones, que avanzaban mas allá del inferior, de manera que el mas alto era tambien el mar largo; ambos extremos del navío estaban adornados con diversas figuras de animales, de 18 pies de alto. Veíanse en el interior exquisitas pinturas, la mayor parte solo de claro-oscuro. La tripulacion se componia de: remeros, 4000; esclavos ó criados, 400; y marineros, 2820: es decir que habia siete veces mas gente que en un navío moderno de alto bordo armado en guerra.

El mismo Tolomeo hizo construir otro navío, nombrado *Thalamegos (cámara de dormir)* que aunque de menores dimensiones que el anterior, le aventajaba en suntuosidad y magnificencia. No tenia mas que 320 pies de largo sobre 45 de ancho; pero su altura, incluso el pabellon ó estancia construida sobre el puente, tenia 90 pies. Era un inmenso buque complanado, dispuesto para flotar en las aguas bajas del Nilo. El conjunto ostentaba un aspecto majestuoso y verdaderamente Real. Las popas estaban cuajadas de bellísimos adornos, y así estas como las dos proas eran muy elevadas, á fin, segun dicen, de resistir mejor á la corriente. En el interior habia espaciosos comedores y numerosas cámaras, adornados con cuanto la riqueza puede imaginar para satisfacer los caprichos de una corte voluptuosa. Extendíase por toda la dimension de los costados y parte posterior del buque una galería corrida de dos pisos, de manera que ofrecia un dilatadísimo espacio para pasearse. La galería inferior formábala un peristilo que daba paso á la luz, y el piso superior era por el estilo indio, con ventanas. En la primera se entraba por un vestíbulo de marfil y de maderas preciosas, situado junto á la popa. El gran salon, rodeado de columnas, estaba amueblado con lechos de púrpura, y cubierto en sus paredes de leño de cedro y ciprés de Mileto; siendo las veinte puertas que comunicaban con él fabricadas con preciosas maderas é incrustadas de marfil. Los goznes, anillos y cerrojos, todo era de cobre, tan pulimentado que se equivocaba con el oro. Los fustes de las columnas, formados de ciprés, sustentaban capiteles de oro y marfil: los epistilos ó vigas transversales que iban de uno á otro capitel, eran del mismo metal, ó á lo menos dorados, y superiormente habia el arquitrabe cubierto de bajos relieves, de la altura de un codo y de la mas delicada labor. El techo, en fin, de forma cuadrada, era de ciprés, con realces de oro.

Al lado del salon habia una estancia con siete camas, y algo mas lejos la habitacion de las mujeres, que consistia en un comedor con nueve camillas tan espléndidamente adornado como el salon, y un cuarto con cinco lechos, desde el cual una escalera espiral conducia á otra pieza grande y á una capilla ó templo de Venus, en que habia una admirable estatua de la Diosa. En frente se veia la sala del banquete, sostenida por pilares de finísimo mármol de las Indias, superior en belleza á todo cuanto hemos descrito, y solo inferior al salon de Baco, cuyo lujo no es posible describir. En esta última pieza se representaban cuevas y rocas perfectamente imitadas, que contenian las estatuas de mármol de Paros, imágenes de toda la familia Real.

Encima del gran salon, y por lo mismo del puente, levantábase un pabellon magnífico en forma de tienda de campaña, al cual se adherian velas de púrpura que servian para tomar viento cuando era necesario subir el Nilo. De en frente del patio pequeño bajábase por una escalera á la galería cubierta, y á otra pieza adornada por el estilo egipcio, es decir rodeada de columnas unas blancas y otras negras alternativamente, con sus capiteles labrados, figurando rosas entreabiertas, flores de loto, hojas y frutas de palmera, entrelazadas con flores de habas egipcias, pues estos adornos estaban muy en voga en el antiguo Egipto. Finalmente habia numerosas estancias amuebladas con mas ó menos elegancia. No solo las velas eran de púrpura sino tambien las cuerdas, teniendo el mástil la elevacion de ciento veinte pies. Tal fué el *Thalamegos*, navío por lo visto, digno de la patria de las Pirámides.

Federico I amaba á los hombres grandes, su hijo á los grandes hombres. Si Hieron de Siracusa no hizo grandes cosas, á lo menos le gustaban las cosas grandes: y la magnificencia que desplegó en la construccion de templos y otros edificios públicos persiste aun en sus ruinas colosales.

Manifestaba especial aficion á la arquitectura naval; y debemos confesar haciéndole la debida justicia que reunia lo útil á lo grandioso; pues la mayor parte de sus enormes navíos destinábanse al transporte de trigos. Uno habia en especial, construido por el famoso *carpintero* Arquímedes. El monte Etna abasteció de madera en cantidad suficiente para construir sesenta grandes galeras. Al mismo tiempo que Hieron talaba los árboles de las selvas, hacia forjar el hierro necesario, y mandaba en busca de alquitrán, cáñamo, cuerdas, lienzo, etc. á todos los puertos de Europa y Africa.

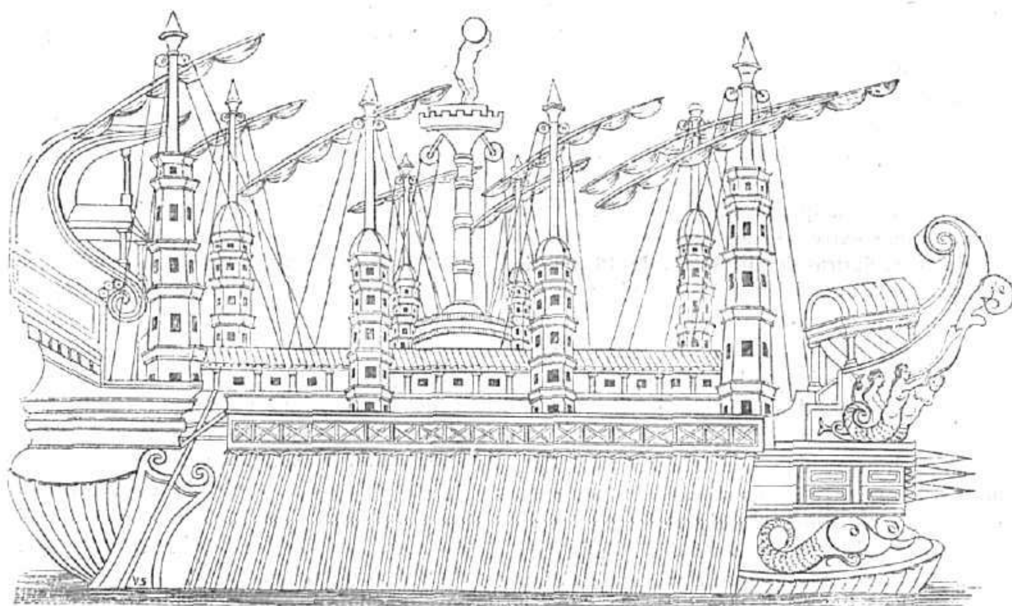
Arquías, (el corintio) era bajo las órdenes de Arquímedes el superintendente de los trabajos (1). El rey

(1) Arquímedes tambien era de Corinto, ciudad que tenia el privilego de abastecer de arquitectos navales á todos los demas pueblos.

mismo iba á ver los arsenales y animaba con su presencia á los trabajadores. Luego que el buque estuvo ya corriente tuvo que botarse al agua; para lo que Arquímedes inventó expresamente una máquina.

Esa construccion tenia tres pisos: los patios eran enladrillados con pequeñas tejas de varios colores formando mosaicos de admirable labor, que figuraban toda la vida de Homero y varios pasajes de la *Iliada*. El resto era proporcionado. No tratamos de describir todas las salas, templos, baños y estancias en las que se entretiene el escritor griego; dirémos tan solo para dar una idea de lo que emitimos, que habia un gimnasio, ó escuela gimnástica, rodeado de jardines cuyas plantas eran regadas por fuentes de agua dulce. Las calles de árboles estaban orilladas de hiedra y de vides. El pavimento del salon de Venus era de ágata; las puertas, de marfil, adornado todo con vasos, estatuas, etc. Era la librería de madera, con un dosel que representaba todas las constelaciones visibles, y el estado del firmamento al tiempo de la partida. En el entresuelo hallábase una caballeriza muy ventilada con diez caballos. No nos dicen el uso á que estaban estos destinados, solo sí que los cuidaban palafreneros, que habitaban encima y guardaban en abundancia el forraje. La cisterna se hallaba cerca de la proa y era de grande capacidad; además habia un estanque de agua de mar para mantener peces vivos. A cada lado del buque habia dos torrecillas donde se hallaban las cocinas, hornos, carnicerías y panaderías, etc. Sostenian el puente superior dos líneas de cariátides ó atlantes. Ocho torres fortificadas coronaban el conjunto: dos en cada castillo de popa y proa, dos á babor y dos á estribor. Habia encima de estas torres gran cantidad de ballestas, catapultas, y enormes grúas guardadas constantemente por cuatro centinelas, dos archeros y un ingeniero. Por último, levantábase en medio del puente el terrible ingenio de Arquímedes, capaz de arrojar á la distancia de un estadío una piedra de tres quintales. El escritor se olvidó de señalar la cantidad que de tales proyectiles llevaba el buque y las dimensiones de la *Santa Barbara*.

Todos los caperoles estaban llenos de máquinas



Navios monstruosos de la antiguedad.

para arrojar piedras, de dardos y garfios para el abordaje. Las grúas de las torres ténian fuerza bastante para levantar fuera del agua una galera comun y luego dejarla caer en el abismo. Tenía el navío cuatro áncoras dos de madera y dos de hierro. Faltábanle tres mástiles: para el de artemon y el de mesana se halló madera en los bosques del Etna; pero en vano buscaron para hacer el palo mayor; hasta que al fin un porquerizo breton encontró un árbol bastante grande para ello en las selvas de Albion: presagio de la futura grandeza marítima de Inglaterra.

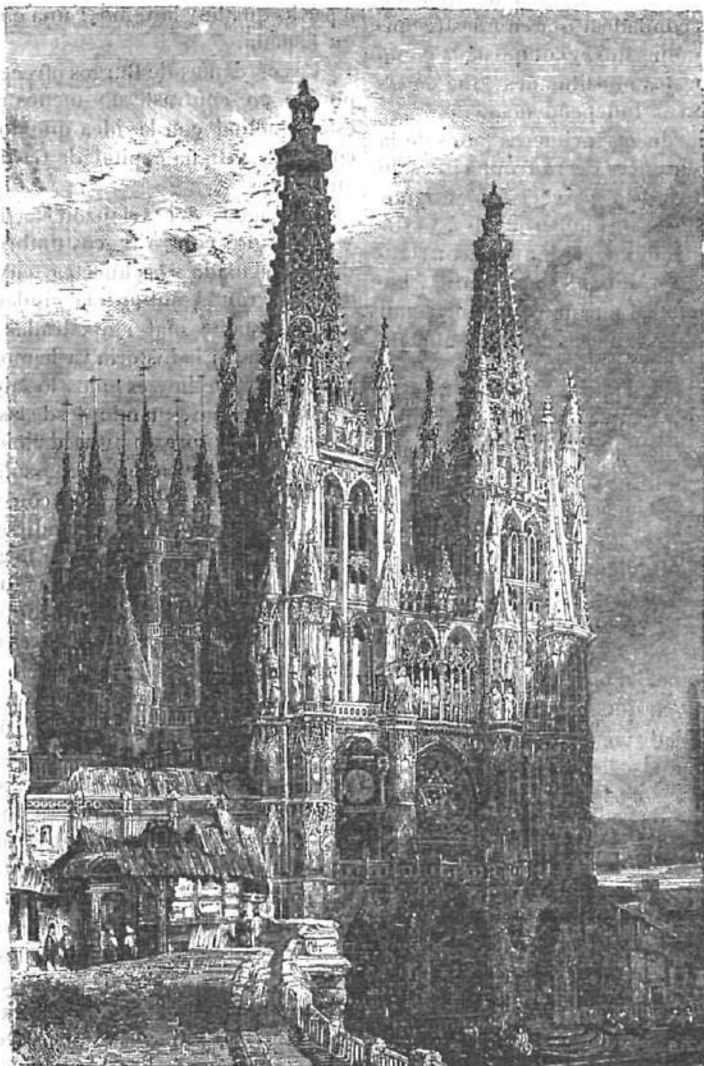
A esa ciudad flotante, mayor aun que el arca de Noe, dióse el nombre de *Siracusana*, bien que luego se mudó en el de *Alejandrina*. Servíale de chalupa un hermoso barco, como uno de nuestros buques regulares, acompañándola además un sin número de navíos, barcos pescadores y otros, cuya suma igualaba al monstruoso navío. Todo esa flotante poblacion estaba bajo las órdenes del capitan ó maestro piloto, que hacia justicia por las leyes de Siracusa. El cargamento consistia en trigo, pescado y carnes saladas, aceite y otros géneros en enormes cantidades.

Hizose informar Hieron de la profundidad de todos los puertos, y no habiendo encontrado ninguno que pudiese recibir á la *Alejandrina*, la regaló á Tolomeo, cuyos vasallos eran presa del hambre mas horrible.

Es de suponer que la aduana de Egipto no presentaria ningun obstáculo. Remolcada fué la *Alejandrina* hácia el puerto á cuyo nombre hizo honor, en medio de las aclamaciones del pueblo.

El ateniense Archmelos escribió un poemito sobre el asunto; y Hieron para recompensale le envió en el puerto mismo del Pireo mil medidas de candeal. Hieron era hombre que lo entendia.

CATEDRAL DE BURGOS



CATEDRAL DE BURGOS.

Aquella parte de las mas llanas de la Monarquía española, que desde la falda de la sierra de Guadarrama y montes de Avila se extiende de sur á norte hasta la region de los antiguos Cántabros y Navarra, confinando al este con el reino aragonés, y al occidente con el de Leon, fué conocida de los Romanos con el nombre de tierra de los Vacceos; tomó despues el de Castilla; y de luengos años á nuestros dias lo conserva con la calificacion de Vieja para distinguirla de la Nueva posteriormente arrancada al yugo de los Musulmanes. Provincia compuesta, bajo la dominacion de los Godos, de varios condados, que en nuestra opinion son equivalentes á gobiernos, y conquistada como lo demás del reino por los Musulmanes, fué de las primeras que recobraron la independencia.

Oscura es la historia de los primeros pasos de la restauracion en aquella entonces tierra fronteriza: solo nos atreverémos á decir que al parecer los antiguos condes, ó los que les sucedieron, gobernaban á Castilla bajo la dependencia feudal del reino de Leon, reduciéndose, segun las mas probables conjeturas, ese vasallaje á imponer á aquellos magnates la obligacion de acudir al rey con gentes y dineros cuando habia de pelear contra los infieles.

Entre la verdad de la historia y las invenciones de la fábula, se deja ver sin embargo por los años de ochocientos y tantos la figura de un D. Rodrigo, conde de Castilla, primero cuya existencia tiene algun viso de autenticidad. Hijo y succesor suyo fué D. Diego Porcellos, padre de *Sula Bella* de quien dice la historia que casó con un caballero llamado *Nuño Belchides* ó *Bellidez*, fundador de Búrgos; pretendiendo unos que era Aleman, y otros por el contrario que Castellano.

Consiste el fundamento de la opinion de los primeros en el nombre de Burgos, que Nuño dió á la en su orígen fortaleza y hoy ciudad, por él fundada. *Burgos*, dicen, se llama en Alemania á las aldeas, luego aleman es el orígen del nombre de la ciudad de Castilla, luego aleman tambien quien se lo puso. Etimologías hay menos fundadas; pero los eruditos del opuesto bando replican que Nuño es nombre castellano; *Belchides* (1) ó *Bellidez* patronímico de castellana formacion, Burgos palabra que puede muy bien derivar de la voz *burgus*, que para designar á ciertas fortalezas se usaba en el latin del Bajo Imperio con mucha anterioridad al caballero en cuestion, y por último que no habiendo hechos en contra y sí razones en pro, parece mas conforme á justicia atribuir la fundacion de la ciudad á un natural que á un extranjero.

A la última opinion nos confesamos inclinados, pero como quiera que ello sea, lo que no admite duda es que Burgos fué en sus principios castillo fuerte, construido á manera de nido de águila real en lo mas alto de un elevado y escabroso cerro. De alli, como acontece á las aguas de un arroyo, siguiendo la vertiente extendió sus límites hasta las orillas del Arlanzon, en cuya márgen derecha existe aun la ciudad propiamente dicha.

(1) Hijo de Bellido, como Gonzalez hijo de Gonzalo, Salvadores hijo de Salvador, etc.

Era ya esta de las mas importantes de aquel territorio á principios del X° siglo, puesto que entonces la eligieron para residencia de sus jueces los Castellanos sublevados contra Fruela II de Leon, porque aquel monarca mandó matar á los condes de Castilla, á quienes con engaños llevó á su corte. De entonces hasta la independencia del condado, que el valor y la sagacidad del famoso Fernan Gonzalez (1) arrancaron á Sancho el Gordo, y durante el período que medió hasta la reunion definitiva de los dos reinos en la persona de D. Fernando el Santo, segundo de Castilla y tercero de Leon, fué siempre Burgos capital. Conservó ese título muchos años despues, y mas han sido necesarios para que decayendo sucesivamente, llegara á ser lo que hoy la vemos: una ciudad de tercer órden en España.

Las cercanías de Burgos ofrecen con lo interior del pueblo un contraste no menos notable que el de su estado actual con la idea que los recuerdos históricos de la antigua capital de Castilla despiertan en el ánimo.

Las aguas del Arlanzon fertilizan una deliciosa vega donde, contra la costumbre de Castilla, abundan el arbolado y las huertas, cuya frondosidad y verdura alegran el ánimo: la ciudad interiormente con sus angostas y mal empedradas calles es lóbrega y mezquina. En la historia ya hemos dicho lo que Burgos fué; lo que hoy es todos lo saben.

Sin embargo, cuando desde las Huelgas se camina á Burgos, siempre por una deliciosa alameda á cuyo extremo se deja ver un puente sólido y no sin elegancia, el aspecto del Espolon con sus edificios ni tan modestos que puedan confundirse con las casas ordinarias, ni tan magníficos que lleguen á palacios; las estatuas por él repartidas; una fuente que en el fronterizo arrabal parece de lejos lo que no es de cerca, y sobre todo las afiligranadas torres de la catedral, cuyas elegantes agujas se dibujan graciosamente en el espacio; el conjunto, en fin, que á la vista se ofrece, anuncia un gran pueblo al viajero que por vez primera lo contempla. Pero hablemos de la catedral, que razon es, tanto porque ella nos pone ahora la pluma en la mano, cuanto porque se cuenta en el número de los mas bellos y acabados ejemplos que de la arquitectura gótica podemos presentar al público.

Construida en la falda del gran cerro que sirve de asiento al castillo, y por consecuencia en terreno desigual y escabroso, por unas partes es necesario subir escaleras para entrar en el templo, y por otras bajarlas con el mismo objeto. Su planta exterior es irregular; la interior como de costumbre en forma de cruz, con la agregacion al costado derecho de un cuerpo ocupado por varias notabilísimas capillas, fundaciones de ilustres y piadosas familias, contándose entre ellas la de la Presentacion.

(1) Fernan Gonzalez vendió al rey un caballo y un azor en una crecida suma, pactando que esa se doblara por cada un dia que despues del señalado se tardase el pago. Al vencimiento, Sancho el Gordo no cumplió su oferta: reclamó el conde, pasaron dias, creció la deuda en progresion espantosa, y cada vez era el pagarla mas difícil. Entonces el acreedor entró á mano armada en las tierras del deudor, quien vencido estipuló reconocer, y reconoció en efecto, la independencia de Castilla, quedando libre de toda obligacion pecuniaria. Diestro anduvo Fernan Gonzalez, pero sin el valor y la fortuna de poco le sirviera la astucia.

No es de nuestro propósito ni la necesidad exige que describamos menudamente el maravilloso trabajo del cimborio y torres, trepados uno y otras con tan sutil primor en los calados, y tan fantástico y caprichoso gusto en el dibujo, que no parece sino que los artífices poseian algun secreto para convertir la piedra en materia tan dúctil y maleable como la cera. Las tres fachadas del *Perdon*, de los *Apóstoles* y de la *Pellejería*, son dignas de estudio y atencion por la riqueza del ornato, aunque no siempre las esculturas que las adornan sean perfectas. Los ingresos al templo en esas fachadas son arcos semejantes al que hemos descrito, es decir, apuntados y disimulando con la artística disposicion de sus columnas laterales, y la progresion decreciente de sus curvas aristas, la solidez considerable del muro.

Desdichadamente las casas que se agrupan en torno y á cortísima distancia del templo, impiden que se goce el efecto magnífico que de otra manera produciria la vista de su masa.

Dentro de la catedral, todo es grande, todo cristiano, si bien tiene acaso mas luz de la que al efecto religioso conviniera en nuestro sentir; pero con todo eso, lo repetimos, es aquel verdaderamente un templo católico. Su fundacion remonta á los principios del siglo XIII, y se debe á S. Fernando, en quien la piedad andaba siempre junta con la grandeza de ánimo. Toledo le debe su iglesia primada; Salamanca su célebre universidad; Córdoba y Sevilla verse libres de infieles y restituidas á la corona; la magistratura española la institucion del Consejo de Castilla; la nacion entera el haber echado los cimientos de su administracion. Si la iglesia ha reconocido en Fernando III un santo, la historia prueba que fué además un gran rey.

Al enunciar la fecha de su fundacion hemos dicho ya el estilo de la obra, pero como no lo fué de un dia la de la catedral, sus remates pertenecen á los diferentes estilos posteriores, circunstancia que si en algunas partes la aventaja, en general produce cierta falta de armonía y homogeneidad en el todo.

En el crucero por ejemplo hay contradicciones con el resto del edificio, porque habiéndose arruinado el primitivo hubo de reedificarse á mediados del siglo XVI°, reinando el emperador Cárlos V°, y por lo mismo, segun el gusto del renacimiento, que entonces era el dominante. Quizá por eso tambien no es interiormente la catedral de Burgos lo que por el aspecto exterior pudiera esperarse.

El retablo mayor, que es de fines del mismo siglo, aunque bueno, no iguala á las obras de Berruguete y demás artistas sus émulos: mas son dignos de estudio los bajos relieves del trascoro, que en mármoles figuran la pasion del Redentor del mundo.

Las capillas que la catedral tiene son nueve, en su mayor parte llenas de modelos del arte y muy singularmente la del Condestable, y la de la Presentacion.

A la mano derecha de la nave principal, caminando al crucero, y despues de la de los Remedios, está esta última capilla, en la cual, como en el ingreso al coro de las Huelgas, verán prontamente los artistas la reunion y amalgama de dos estilos bien distintos.

Y en efecto, el pilar robusto y sencillo, los muros fortísimos, los arcos macizos, pregonan á voces que pertenece el casco, si así puede decirse, á la época mas remota de la vida de aquel templo; mientras que los ajímeces dobles con sus adornos trepados, el balconcillo primoroso del órgano, la portada exquisita de la sacristía, y el gusto perfecto, la correccion del dibujo, lo acabado de la ejecucion de los relieves del sepulcro no pueden menos de reconocerse como pertenecientes á lo mas feliz de la época del renacimiento.

Solo nos detendrémos un momento en examinar el sepulcro que encierra las cenizas de D. Gonzalo Diaz de Lerma (1), fundador de la capilla, para recomendarlo particularmente á la atencion de los amantes de las artes, ya por su magnificencia, ya porque en la gracia y elegancia de su conjunto recuerda los monumentos cinerarios de las escuelas griega y romana. El bulto de D. Gonzalo está perfectamente ejecutado, el partido de los paños es bueno, y la expresion de la fisonomía está en corcordancia con el lugar y el objeto: pero los medallones del sarcófago separados unos de otros por un simétrico y gracioso follaje, son lo que mas digno nos parece de atencion y estudio. Singularmente el de los pies del sepulcro, sostenido por dos ángeles ó genios alados, es de lo mas suave y agradable que imaginarse puede.

(*España artística y monumental*.)

ENSAYO SOBRE LA MNEMOTECNIA.

La *mnemotecnia* es la mas antigua de las ciencias: ciencia primitiva que sin interrupcion se ha perpetuado. En efecto, fácilmente se concibe como un arte que consiste en recordar una serie de ideas al aspecto de un simple objeto ó á la mera percepcion de un sonido, debe de ser tan antiguo como el pensamiento, y aun formar parte del mismo. Con todo, en épocas á veces muy cercanas algunos han logrado persuadir la generalidad á que su sistema de mnemotecnia era invencion contemporánea, de suerte que así como á la verdad le es muy difícil ganar crédito; el error y la mala fe al contrario parece que con solo presentarse todo el mundo les da acogida; y es muy sensible pero exacta la observacion de que la rapidez con que una idea se difunde se halla casi siempre en razon directa de su falsedad. Si exceptuamos los libros de Paepp del fin del siglo XVI y las publicaciones serias dadas á luz en nuestros dias por un mnemotecnista justamente celebrado, la nomenclatura que pudiéramos presentar de cerca cuatrocientas obras que tratan de esta materia es una prueba de que estamos muy fundados para expresarnos en estos términos; en ellas ciertamente no hacen los autores mas que imitarse ó copiarse servilmente unos á otros.

En apoyo de lo que decimos; esto es, de que la ciencia que nos ocupa estuvo en uso desde tiempo inmemorial, citarémos un hecho que sin duda no llegan á sospechar la mayor parte de nuestros lectores: El primer libro impreso que pareció con un discurso añadido á cada página, ocupando él solo una página entera, fué un tratado de *mnemotecnia*, y ese primer monumento bibliográfico lleva el título de: *Ars memorandi notabilis per figuras evangelistarum*. Ese

(1) Fué canónigo de aquella iglesia y familiar del pontífice romano.

arte de recordar y aprender de memoria los evangelistas consiste en treinta láminas grabadas en madera, impresas en papel y en una sola cara, quince de las cuales contienen el texto. Las figuras representan el signo distintivo de cada evangelista: un águila, un ángel, un leon y un toro. Los animales estan en pie sobre sus patas traseras, adornados en su totalidad con signos emblemáticos señalados con números, y explicados en el texto segun los evangelistas. Los caracteres del discurso son semejantes á los que vemos en los sepulcros de nuestros templos. Repetimos que el texto se halla aparte del grabado, lo que antes era al contrario, es decir que ambos formaban un todo, ya precediendo el uno, ya el otro. Sacáronse muchísimas copias de esta obra en el siglo XV.

Entre los autores que elevaron el estudio de la mnemotecnia y mayor fama y provecho reportaron, debemos hacer mencion de Gregorio Fainaígle, quien difundió un proceder que fué generalmente adoptado, y se fundaba en las *localidades*. Para explicar lo que entienden por localidades los mnemotecnistas pareceria lo mas conducente valernos de las mismas palabras de Fainaigle, y lo hiciéramos en efecto muy gustosos; pero preferimos la simple traduccion de cierto pasaje de Ciceron, pues la invencion de Fainaigle venia á ser lo mismo.

¿Hay en la memoria algo artificial, ó depende exclusivamente de la naturaleza? Existen dos especies de memoria: natural la una, y artificial la otra. A veces la primera, sobre todo cuando llega á un alto grado de perfeccion, rivaliza con la artificial; pero esta última acrecienta y conserva por medio de un conjunto de reglas la memoria con que la naturaleza nos ha dotado. Así como los que conocen las letras pueden escribir lo que se les dicta y leer lo que han escrito, del mismo modo el que ha estudiado la mnemónica puede unir á ciertos lugares las cosas que ha aprendido, y con ayuda de estos repetirlas á la memoria.

El arte de disponer y fijar las imágenes viene á ser una especie de escritura; y tomar luego la palabra es en cierto modo leer. Si delante de nosotros tuviésemos gran número de personas conocidas y alineadas con órden, fuéranos igual nombrarlas empezando por la primera, por la última ó por la del centro; del mismo modo una vez bien coordinados los puntos de colocacion, podemos empezar partiendo del que mas nos convenga, y advertidos por las imágenes, hallamos cada idea en el sitio que la fué señalado. Es mas ventajoso arreglar esos sitios de colocacion en algun paraje desierto, porque la muchedumbre y agitacion confundirian las imágenes y amortiguarian sus rasgos; al paso que la soledad conserva con toda su fuerza esas figuras representativas. Pero como entre las imágenes unas hay cuya impresion es duradera, y otras débiles y confusas que difícilmente pueden excitar la memoria, debemos examinar la causa de esta diferencia á fin de conocer las *localidades* de que debemos servirnos y las que debemos desechar. La misma naturaleza nos enseña lo que debemos hacer: cuando vemos ú oimos referir en el curso ordinario de la vida cosas insignificantes ó comunes, muchas veces las trascordamos, pues solo lo estraño ó nuevo hiere vivamente al espíritu: si se nos refieren ó si presenciamos algun hecho estrepitoso ó acto extraordinario, grande, increible, ó ridículo, naturalmente nos acordamos por mucho tiempo: por consiguiente deberán formarse imágenes de las que por su naturaleza permanecen grabadas en la memoria; y gozarán de esta ventaja si las elegimos entre objetos bien conocidos, y de grande hermosura ó fealdad. Sin embargo, hay semejanzas que hieren á unos, y otras que lo verifican en otros: y así como el decidir sobre la semejanza de un retrato no son todos los presentes del mismo parecer, pues cada cual tiene su peculiar modo de ver las cosas, así tambien acontece esto mismo tocante á las imágenes, por lo que será bueno que adopte cada cual las que mejor le convengan. Recomendamos este ejercicio de la mnemotecnia no para retener algunos versos, sino en cuanto fortifica la memoria de las cosas, única que sirve en la práctica. Superado ya ese difícil trabajo, pasarémos sin esfuerzo á un proceder mas llano; pero así como en una enseñanza cualquiera nada valen los preceptos del arte sin el continuo ejercicio; del mismo modo en la mnemónica nada pueden las reglas sin la actividad del espíritu, el estudio, trabajo y aplicacion (*Ciceron Rhetor. á Herennius* LIV. III).»

Es muy fácil conocer el modo como de esas nociones generales se pasa á las aplicaciones especiales. Si por medio de una progresion inversa quisiésemos descender desde el estado de la ciencia razonada á la mnemotecnia instintiva que los hombres de todas clases y condiciones se crean ellos mismos todos los dias, tomaríamos por intermediarios el *Jardin de raíces griegas* por Ancelote de Port-Royal, el jesuita Buffier y los versos de Laragois, que aun cuando no formen la ciencia mnemotécnica propiamente tal, no dejan de ser por cierto aplicaciones mnemónicas.

Fáltanos espacio para desenvolver el punto de perfeccion que en nuestros dias ha alcanzado el arte que nos ocupa, no obstante, á fin de satisfacer la curiosidad que acaso hayan excitado estas líneas, vamos á trazar sumariamente el mecanismo. Toda la mnemotecnia moderna, segun los franceses, enciérrase en una sola frase que es la siguiente: *Sot tu nous mens; rends les chants que fit Pan* (1).

A las diez palabras antecedentes puede dárselas un sentido suponiéndolas dirigidas á un músico-arqueólogo que tuviese la pretension de reproducir exactamente las melodías que atribuye la Mitología á la flauta de Pan: este no lo logra, y se le dice: *Sot tu etc.* y para auxiliar á la memoria pueden solfearse estas palabras por las primeras notas de la música que acompaña al baile que llaman la *galopa*.

Como en *mnemotechnia* no se hace caso de las vocales, solo se pronunciará las primeras consonantes de las palabras citadas. *Se*, *te*, *ne*, *me*, *re*, *le*, *che*, *que*, *fe*, *Pe*. (2). Despues de haber dado á conocer la frase mnemotécnica, de haberla reducido á su verdadera pronunciacion y ortografía, solo nos queda que señalar su valor *Se* equivale á 0—*te*, á 1—*ne*, á 2—

(1) En castellano puede sustituírsele cualquiera otra frase cuyos términos empiecen con las mismas letras que los franceses, ó bien la misma frase así traducida. *Sandio, tu nos mientes; repite los cantos que fizo Pan*: con la única modificacion de poner la c en lugar de la *ch* de *chants*.

(Nota del T.)

(2) Se pronuncian con la *e* muda francesa.

(Id.)

me, á 3—*re*, á 4—*le*, á 5—*che*, á 6—*que*, á 7—*fe*, á 8—y *pe*, á 9—.

0 se	1 te	2 ne	3 me	4 re	5 le
6 che	7 que	8 fe	9 Pe		

Así pues 1745 se representará por *que re le* (prescíndese del mil, pues que no es fácil engañarse de mil años en una fecha.) Ahora es preciso hallar un término que recuerde el *que-re-le* de una manera exacta, por ejemplo *querella*. Así para tener la fecha de la batalla de Fontenoy, que es la de 1745 se dirá: En Fontenoy el mariscal de Sajonia decidió la *querella*, y estamos seguros de que la voz *querella* se grabará mejor en la memoria del que estudie la época de Luis XV que la reunion de cifras 1745.

No se crea que haya sido adoptada de un modo arbitrario y caprichoso la estraña frase de *sot tu nous mens etc.*, sino que para ello han mediado consideraciones relativas á la misma ciencia para obtener un medio de retener la ecuacion entre los números y las articulaciones. Por lo demás, véanse ahí las analogías que ayudarán á sustituir una articulacion una cifra: 0 esta cifra corresponde á la *s*, signo compuesto de dos mitades de cero ó *semiceros* que unidos dan un *cero*: 1 está represetando por la *t*, letra que como la cifra no tiene mas que una pierna: la cifra 2 se halla en las dos piernas de la *n*: el número 3 en las tres piernas de la *m*: las otras cifras como 8 se representan por semejanza de sonido pues en francés en efecto hay analogía de sonido entre la pronunciacion de *huit* y la de *f*.



Figura mnemotecnica del siglo XV. — *Toro de San Màrcos.*

Lo que acabamos de decir en cuanto á las fechas se hace aplicable por medio de procedimientos peculiares á toda especie de asuntos.

DISCURSO DE ACCION DE GRACIAS

A la Real Academia española, leido por el Señor Breton de los Herreros.

CONCLUSION (*).

Llenos están nuestros dramáticos antiguos de muestras como la de arriba; sobre todo, en aquellas escenas que escribieron guiados por su propia inspiracion, y no por la ridícula vanidad de echarla de conceptistas y eruditos. Permítaseme insertar otro ejemplo mas entre infinitos con que pudiera corroborar mi asercion; y será largo, y de versificacion mas difícil que la redondilla, porque lo es á mi juicio el romance agudo, especialmente cuando se aplica á un coloquio tan animado como el que sigue de la comedia de Rojas *Lo que son mugeres*.

Entre otros pretendientes á la mano de la dengosa *Serafina* se presenta un *don Roque*, hombre frio indiferente á todo, y el mas á propósito para abatir el orgullo de una dama presumida. Despues de saludarla con mas cortesía que amor, y de varias contestaciones muy cómicas, prosigue el diálogo de esta manera:

(*) Véase la página 541.

Serafina. Poco hablais, y compendioso
En lo que hablais; ¿pero quién
Puede conseguir el premio
Sin costarle el merecer?
El servir y esperar cria
El mérito. ¿Vos no veis
Que no merece mi amor
Quien no probó mi desden?
Eso es juzgarme posible,
Señor don Roque. Idos, pues.
Que no quiero yo por dueño
A quien......
D. Roque. Al punto me iré.
¿Hase un hombre de morir
Porque vos no lo quereis?
Aun tanto como premiarme
Os debiera agradecer....
Seraf. Finezas, no.
D. Roq. ¿Y no es fineza ...
Seraf. ¿Qué?
D. Roq. Que me desengañeis?
Seraf. Solo el que espera merece.
D. Roq. Pues digo que esperaré,
Como yo os merezca luego.
Seraf. ¿Cuanto?
D. Roq. Un hora...dos ... y tres.
Seraf. No hay quien me merezca á mi.
¿No os vais ya?
D. Roq. *(Yendose)* Razon teneis
¿He de andar queriendo yo
A quien no me quiere bien?
Seraf. Sois un grosero.
D. Roq. Es verdad
Seraf. Sois un prolijo.
D. Roq. Tambien.
Seraf. *(A parte)* ¡Que se vaya y no lo sienta!
No os vais. Oid.
D. Roq. No me iré.
Seraf. ¿Yo soy hermosa?
D. Roq. Si sois.
Seraf. ¿Y os parezco bien?
D. Roq. Muy bien.
Seraf. ¿Y me querreis si os premiare?
D. Roq. Como á mi vida os querré.
Seraf. ¿Sereis constante?
D. Roq. Si soy.
Seraf. Pues ahora que yo sé
Que me quereis, idos luego.
D. Roq. Haceisme mucha merced.

Pregunto yo ahora: ¿pudo resignarse á escribir escenas en prosa quien con tal gracia y tal desenfado las supo versificar?

Los teatros modernos, me replicarán, no carecen de buenas comedias en prosa. *El sí de las niñas* de Moratin, *el Avaro* de Moliere pasan por obras maestras.—No seré yo quien les dispute ese título; mas como no hay obra humana, por buena que sea, que no pudiera ser mejor, yo no dudo que una y otra valdrian mas si sus autores las hubieran escrito en verso. *Le Festin de Pierre*, produccion tambien de Moliere, escrita igualmente en prosa, fué en los teatros de Paris la menos afortunada entre muchas imitaciones que en el siglo de Luís XIV se hicieron de nuestro *Convidado de piedra*. Cayó pronto en el olvido, de que eternamente se librarán *les Femmes savantes, l' Ecole des Maris, l' Ecole des Femmes, le Misantrope, le Tartuffe*; todas versificadas. *Le Festin de Pierre* se reprodujo en la escena despues de la muerte de aquel grande ingenio, sin otra alteracion que haberse puesto en verso la prosa de Moliere por Tomas Corneille, poeta de inferior categoría, y desde entonces se representa frecuentemente con aplauso. ¡Prueben á mejorar *le Tartuffe* todos los escritores del mundo, despojándole de la rima!

Un drama cuyo espectáculo sea imponente y suntuoso, aquel en que se agiten altos intereses públicos, ó se pongan en juego vehementes pasiones y recios combates entre la virtud y el crimen, puede sostenerse sin el auxilio del verso, porque lleva consigo la fábula otros alicientes, bien que ninguno tan poderoso; pero la comedia propiamente llamada así, esto es, aquella que tiene por objeto el atacar con las armas de sazonada y culta sátira ciertos vicios sociales que no entran en la esfera de los delitos, retratando caracteres y costumbres que cada dia observamos, ha de ser forzosamente poco ambiciosa en sus miras, muy sencilla en sus formas, y mas atenta á captarse la benevolencia del espectador por la viva agudeza del diálago y por la armonía del lenguaje que por lo ruidoso y tremendo de su accion. Sin el prestigio de la historia, sin el socorro de la maquinaria, sin el boato de numeroso y abigarrado acompañamiento, el poeta cómico queda abandonado á sí mismo y en la necesidad de ostentar todos los recursos de su imaginacion que al fin propuesto sean aplicables.

¿Cómo negar que un chiste, un rasgo de carácter, una máxima importante, se graban mejor en el ánimo del auditorio con el halago de la rima? Y este mismo halago ayuda á la memoria y al arte del actor, teniendo además la ventaja de no permitirle ingerir, por distraccion ó por petulancia, palabras de su cosecha que martiricen al poeta y comprometan su reputacion.

De lo que dejo apuntado y desenvolveria mas latamente, á permitirlo los límites de este discurso, resulta en mi humilde concepto que la versificacion podrá no ser indispensable, pero es de suma conveniencia para el drama, y especialmente para la comedia.

En cuanto al metro que mas convenga á este género de composiciones, tengo tambien la desgracia de no estar completamente de acuerdo con algunos de nuestros modernos preceptistas. Ordenan estos que las comedias se escriban precisamente en romance octosílabo, porque dicen que es el que menos se aleja de la prosa; hay quien solo admite una asonancia para el romance de todo el drama, otros permiten que en cada acto se varie el asonante, y así se ha hecho mientras ciegamente se ha obedecido en ese punto á la autoridad de razones mas especiosas que fundadas. Yo mismo, si me es lícito recordar mis imperfectos trabajos, he pagado mas de una vez tributo á la costumbre establecida; pero confieso que estoy algo pesaroso de mi docilidad, y mi pesar no es obra del capricho, sino del convencimiento.

La lectura de los dramáticos españoles y mi propia experiencia me han hecho ver que, si bien es verdad que el romance se presta al diálago mas que otro género cualquiera de versificacion, porque no suele dividirse en estrofas y porque solo consuenan las vocales de sus versos pares, tambien es cierto que esta media rima cuando se prolonga mucho en la misma clave se percibe mas de lo que conviene y llega á fati-

gar por su monotonía. *Eo, eo, eo*.... quinientas ó mas veces repetido, sin tregua y siempre en lugar determinado, produce al fin un sonsonete fastidioso, y si han de evitarse repeticiones molestas, las palabras asonantadas, que en la primera escena se agolpan á la pluma del poeta, se hallan con pena en las siguientes, y mas cuando se hace uso de romances con rima aguda, ú otros cuya construccion no es tan fácil como la del que acabo de insinuar. Ciertos metros de rima entera ofrecen la ventaja de variarla con frecuencia, ya que su armonía es mas pronunciada. Con ellos, aunque á primera vista parezcan mas difíciles, corre menos peligro el poeta de expresarse impropiamente, porque uno ó dos consonantes, combinados á placer, ocurren mas bien que un asonante nuevo y forzado despues de cuatrocientos.

Si examinamos nuestro teatro del siglo XVII, verémos que son muchos los metros aplicables al diálago, particularmente entre los de arte menor, y que variados con discrecion y oportunidad dan á la comedia un atractivo que ni el romance ni otro alguno exclusivamente empleado le pueden comunicar. Hay algunos y es ocioso el nombrarlos, que nunca, é muy rara vez deben tener cabida en un drama; ya porque constan de largas y artificiosas estancias, ya porque la colocacion de sus rimas y la especialidad de sus cadencias las hacen demasiado cantables. A tal escena puede convenir una clase de versos mejor que otra, y en esta materia ni es hacedero ni entra en mi propósito el fijar reglas: quede libre al estudio y al instinto poético de cada autor; pero si se consultase mi insignificante voto sobre los metros mas generalmente adaptables al drama, y sobre todo al drama cómico, diria que el romance y la redondilla, libremente alternados son preferibles á los demas, cuidando de no emplear ambos dentro de una misma escena.

Podria acumular citas para probar que la redondilla, sobre ser mas grata al oido que el romance, no le cede en flexibilidad para plegarse á toda clase de asuntos, y que no en vano se hizo tan frecuente su uso en el siglo de oro de nuestro teatro. Por no extenderme demasiado me limitaré á copiar algunos trozos, y la academia, mucho mas versada en la patria literatura que yo, el último de sus individuos por todos conceptos, conocerá que no he necesitado detenerme mucho para encontrar ejemplos.

Véase en la comedia de Alarcon *la Verdad sospechosa* una conversacion sobre asuntos de mero interés doméstico seguida en redondillas con tanta naturalidad como pudiera haberse hecho en prosa. Habla *don Beltran* con su hijo, el embustero *don García*, á quien supone casado en Salamanca

(Sigue la escena II del acto III de la citada comedia.)

Los sentimientos caballerescos y el tono grave y sentencioso no se amoldan menos al metro de que hablamos: Moreto lo atestigua en este diálago entre *el rey don Pedro* y el hidalgo *don Rodrigo*, afrentado por *el ricohombre de Alcalá*, en la comedia de este título; escena muy conocida, pero tan hermosa, que no resisto al placer de leerla.

(Sigue la escena III del acto II de la expresada comedia.)

Las escenas de galantería, que son las mas comunes en la comedia, parece que requieren mas que otra alguna la voluble gentileza de la redondilla.

(Sigue en comprobacion una hermosa escena de Montalvan, en la comedia Cumplir con su obligacion.

Por último, Señores, no hay situacion, no hay afecto que los padres de nuestra escena no hayan pintado con igual maestría valiéndose de esta bella forma de versificacion. Verdad es que para imitarlos se necesita ser tan poeta como ellos, y que para componer comedias en versos desabridos, escabrosos y atestados de ripios y sandeces, mas vale escribirlas en prosa: mejor diré: mas vale no escribir comedias.

Si quisiera señalar tambien ejemplos de escenas infelices por mal versificadas, desgraciadamente no me faltaria de donde tomarlos; pero muy mal visto seria, Señores, que yo censurase agenos defectos cuando he menester toda vuestra indulgencia para los mios.

FRANCIA. — LILLA.

Antiguo castillo de Courtray.

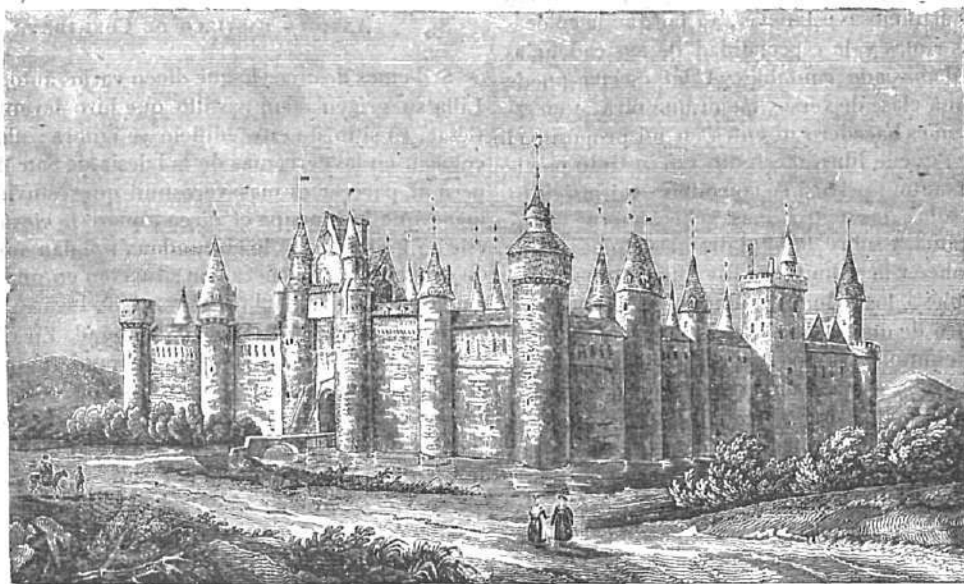
Si hemos de creer lo que dicen varios autores, debe Lilla su orígen á un castillo que hizo levantar Julio César. El sitio de este edificio se ignora: algunos lo colocan en las cercanías de la iglesia de San Mauricio; pero al parecer es mas verosímil que estuviese en el lugar que hoy ocupa el circo, pues la elevacion de este, y los fosos que lo circundan, señalan aun el sitio de una antigua fortaleza. Su situacion en una isla formada por el Deula habrá tal vez dado lugar á la denomicion de Lilla, *Illa*, dado á la ciudad. En ella habitaron primero los castellanos que ponia Roma en los pueblos conquistados, y luego los floresteros que gobernaron la Flándes desde el reinado de los monarcas de la primera estirpe, hasta el gobierno de los condes de Flandes. Valdovino IV, por sobrenombre *el de la hermosa barba*, sexto conde, hallando la ciudad que se edificó al rededor del castillo muy á propósito para establecer un punto de resistencia, hízola circundar con muros en 1030; su hijo continuó la fábrica concluyendo el recinto en 1047. Hizo construir cuatro puertas, y se le dió el nombre de Lilla, á causa de los grandes edificios que hizo levantar en esta ciudad.

En 1128 tuvo Lilla que sostener el primer sitio contra las tropas de Luís el Gordo, obligándole á abandonar su empeño. Asedióla la segunda vez Felipe Augusto en 1213, apoderándose de ella, pero como este monarca tomase el camino de su capital, amotináronse los habitantes de Lilla echando á fuera las tropas. Retrocede Filipo, y reduce á cenizas la ciudad rebelde, siendo el incendio tan voraz, que llegó á inflamar hasta el suelo pantanoso. No obstante, á tal desastre debió Lilla su primer engrandecimiento: pues fué reedificada, se aumentó con la parroquia de San Salvador, y tuvo entonces seis puertas. Despues de Valdovino y la condesa Juana, ningun soberano dispensó mas favores á Lilla que Luis XIV, pues bajo su reinado la ciudad fué fortificada, por lo que se ve encima de la *puerta de París* el busto de este gran Rey coronado por mano de la Victoria. Hace poco que se ocuparon en restaurar

algunos de los adornos de dicha puerta, y con mucha razon particularmente con respecto á dos estatuas, una de Marte y otra de Hércules, que fueron denunciadas por aristocráticas en 1793, y por consecuencia se les mutiló la cabeza. Permanecieron mas de treinta años en tan deplorable estado, hasta que llegado el dia de la justicia, Hércules y Marte debieron participar de las restituciones, y se les volvió á poner la cabeza: ojalá que se hubiese podido hacer lo mismo con otras víctimas.

Las obras defensivas de Lilla fueron completadas por Vauban: la ciudadela es una de las mejores de Europa: está separada de la Ciudad por una vasta esplanada que en su mayor parte está plantada de árboles formando deliciosas calles, y es el solo paseo que hay en Lilla. Es tal la posicion de dicha fortaleza, que no puede atacarse sin haber dominado primero la Ciudad, lo que aumenta en extremo su fuerza é importancia. Nada descuidó Vauban para dar á esa construccion toda la perfeccion de que era capaz su gran genio: son anchos y profundos los fosos y muy bien conservados; en caso de bombardeo puede toda la guarnicion ponerse al abrigo de las casamatas: los afueras se hallan cubiertos de un lado por una grande trinchera en forma de dique, y del otro hay un foso lleno de agua. Encima de la puerta de entrada por la parte que mira á la esplanada, léese una inscripcion latina en honor de Luis XIV. Otra puerta hay que sale al campo, pero nunca se abre á menos que se trate de un sitio. Finalmente, Lilla cuya poblacion asciende á setenta mil almas rivaliza como plaza fuerte con las mas formidables de Francia y de Europa, siendo igualmente una de las ciudades mas importantes del reino de Francia y la mas considerable de todos los departamentos del norte.

Pasemos de la fuerza material á la moral, de la ciudadela á los templos. La mayor parte de las parroquias de Lilla ofrecen algo digno de notarse. La iglesia de San Andrés es una de las mas hermosas: fué devastada en los dias mas funestos de la revolucion, pero posteriormerte fué renovada con mucho esmero, y su

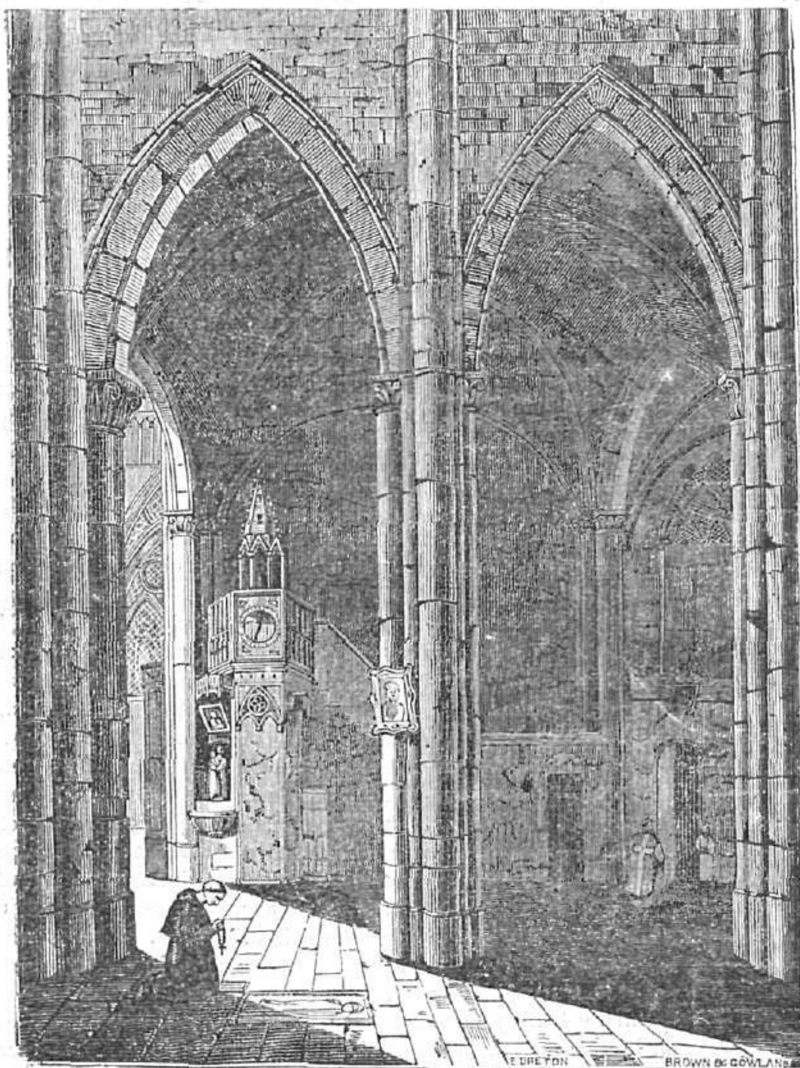


Antiguo castillo de Courtray.

fachada adornada con columnas presenta una asombrosa elevacion.—La arquitectura del templo de Santa Catalina es sencilla y noble. Lo mismo que todas las antiguas construcciones, tiene el defecto de estár encajonado en medio de otras obras groseras. Ostenta en el coro un magnífico cuadro de Rubens que representa el martirio de Santa Catalina. En la alta torre que se levanta encima de la iglesia hay el telégrafo de Lilla.—El templo de Santa Magdalena está coronado por un gracioso mirador, y por su elegante cúpula se distingue de los demas edificios religiosos de la Ciudad.—En la iglesia de San Salvador habia una linda *flecha* gótica que sirvió de blanco á los Austriacos en el famoso sitio de 1792, y fué destruida por las balas enemigas. —Finalmente, hay el templo de San Mauricio, obra venerable del siglo XII: es el edificio mas antiguo y mas espacioso de la Ciudad, señalado por la grande altura de sus arcos y el número de capillas. Hace ya muchos años que se derribó la gran torre porque amenazaba ruina.

El antiguo castillo de Courtray en Lilla fué edificado en el año de 1300 por Jaime Chatillon, por órden de Felipe el Hermoso, reciente dueño de la ciudad y que estaba muy poco seguro del afecto de los habitantes. En efecto, dos años despues Chatillon fué expulsado, volviendo la ciudad á poder de Juan de Namur, hijo del conde de Flandes. En 1577 fué demolido el castillo de Courtray por órden de los Estados generales reunidos en Bruselas, lo mismo que les aconteció á la mayor parte de ciudadelas de los Paises Bajos, con el fin de

FRANCIA. — BEAUVAIS.



Interior de la catedral de San Pedro.

quitar á los insurreccionados la ocasion de apoderarse de ellas y hacerse fuertes. Ratificó la medida Felipe II, concediendo á la Ciudad el terreno y materiales procedentes de la demolicion. Todavía existe una parte de los fosos que rodeaban al castillo; y este sitio junto con el arrabal de Courtray fué incluso en Lilla en el engrandecimiento de 1617 El *palacio de Rihour* fué edificado en 1430: habitáronlo Cárlos V y su biznieto Felipe IV: cedióle este último á los magistrados, y hoy sirve para casa municipal. El ala derecha con sus almenadas torres y góticas ventanas data del siglo XV; la izquierda es de fábrica moderna habiendo sido reedificada á causa de un incendio que destruyó la anterior hace mas de cincuenta años.

CATEDRAL DE SAN PEDRO EN BEAUVAIS.

La antigua Catedral de Beauvais fué fundada en 999 por Herveo, cuadragésimo obispo de esta ciudad, y despues continuada por Rogerio, electo obispo en 996. El templo, edificado con cierta magnificencia, fué incendiado en dos distintas veces, en 1180 y en 1225. Despues de esta última catástrofe fué que el obispo Miles de Nanteuil emprendió la fábrica de la iglesia actual, bajo un plan mucho mas vasto que el anterior. Para ocurrir á los gastos de esta construccion fué decidido que se le destinaria cada año la décima parte de las rentas del obispo y del cabildo, y el primer año de todos los curatos vacantes de la Diócesis.

Hallándose harto distantes los pilares del coro para sostener las bóvedas, cayeron por dos veces, en 1272 y en 1284. Estos accidentes probaron la insuficiencia de los tirantes de hierro para sostener los pilares, los cuales á causa de su inmensa altura no podian contrapesar al empuje de las bóvedas; así pues, resolvieron edificar otros pilares con arcos ojivales, y emplearon cuarenta años en estas importantes reparaciones.

En 1338 emprendieron la conclusion del coro bajo la direccion del hábil arquitecto Enguerrando, por sobrenombre el Rico. Fueron los trabajos interrumpidos por las guerras con los Ingleses, y no se continuaron hasta el año de 1500, durante el episcopado de Villiers de *Ile-Adam*. Entonces se confió la obra á los dos arquitectos Juan Wast, de Beauvais, y Martin Lambiche, de París. El obispo concedió á cuantos con sus donativos contribuyesen á tan grande obra, el permiso de comer manteca durante la cuaresma. Con todo, pasado el primer arranque enfrióse la liberalidad de los fieles, y estaban para cesar los trabajos, cuando vino Luís XII en auxilio de la empresa, concediendo el producto de un nuevo impuesto sobre la sal, cuya gracia continuó su sucesor Francisco I. Despues de la muerte de los dos arquitectos, les reemplazaron Juan Wast hijo, y Francisco Merechal, quienes acabaron el crucero en 1555. En dicha época no se hablaba de otra cosa entre cristianos y entre artistas que de la admirable cúpula de San Pedro, obra de Miguel Angelo. Los arquitectos de Beauvais, celosos de igualar la fama de aquel grande hombre, en vez de concluir la nave de que habian ya hecho una parte, edificaron encima del crucero un campanario piramidal, obra admirable de gusto y delicadeza, de 288 pies de altura, lo que desde el pavimento formaba una altura total de 455 pies, treinta y uno mas que la cúpula del Vaticano. Esa admirable flecha, cuya fábrica costó trece años de trabajo y sumas enormes, solo subsistió cinco años; pues cayó derruida en 1573 el dia de la Asuncion, felizmente al hallarse el clero y el pueblo en una procesion por la ciudad. Quitaron luego los escombros, y practicaron las reparaciones mas perentorias. Para cerrar la parte central del crucero que el derrumbamiento dejó abierta, fabricóse una bóveda de madera semejante á la del coro. La cima por fin se hizo de nuevo, y se puso en ella un pequeño campanario cubierto de plomo en reemplazo del que habia caido. En 1576 se colocaron cuatro campanas, bendecidas en 30 de setiembre del mismo año. Las reparaciones se hicieron á costa de la liberalidad de Cárlos IX y del Cardenal Cárlos de Borbon, á la sazon obispo de Beauvais.

Las bóvedas del crucero, que tambien sufrieron grandes daños, se repararon hasta la puerta de la calle de San Pedro, que se debia á la munificencia de Francisco I, quien queriendo dar muestras de agradecido al cabildo de la Catedral por el ofrecimiento que hizo al estado de una parte de sus riquezas para rescate del Rey, á su vuelta hizo terminar dicha portada. Concluido el crucero, continuaron edificando los primeros arcos de la nave por la parte del coro, cuyos fundamentos se habian echado mucho tiempo habia. Por desgracia la insuficiencia de las sumas destinadas á esta inmensa fábrica impidió la conclusion de la obra, por lo que esta parte del edificio quedó incompleta, y segun todas las apariencias quedará así para siempre: lo que es lástima por cierto pues si la Catedral de Beauvais fuese concluida pudiera competir con las mejores obras góticas no solo de Francia sino de Europa.

La fachada principal, que da á la calle de San Pedro, presenta lo mas exquisito y elegante de la arquitectura gótica, bien que se hallase entonces en su declinacion. Los dos pilares de los lados de esta fachada están adornados en toda su altura, de flores de lis, salamandras, coronas reales, y rosetones. Desgraciadamente fueron mutiladas todas las estatuás en tiempo de la revolucion. La puerta, perteneciente á la misma época que las estatuas, está sobrecargada de exquisitos adornos, y entre ellos predomina la salamandra, indicio de haber sido hecha bajo el reinado del rey Caballero. El dibujo de las figuras parece obra de Primaticio, ó de algunos de sus mejores discípulos: atribúyenla algunos á Juan Goujon.

La fachada septentrional, bien que del mismo siglo XVI, dista mucho de presentar igual riqueza. Los grandes contrafuertes que le sirven de apoyo son lisos y sin esculturas. En la semiluna de la portada hay un árbol genealógico, en cuyos escudos no se ven armas algunas, sin duda habian de ocuparlos las de los bienhechores del templo cuando los trabajos fueron interrumpidos. La circunferencia del edificio está llena de arbotantes de osada forma, cuyos pilares tienen á lo mas tres pies de espesor. Dichos arbotantes sostienen el empuje de las bóvedas, y los mantienen en su separacion gruesas barras de hierro. El edificio está rodeado por dos galerías á diferentes alturas.

El interior, que tiene 144 pies de alto y 48 de ancho, presenta diez y ocho arcadas ojivas, una hilera de galerías, y otra de ventanas de grandes dimensio-

nes, cuyos trepados son de delicada labor. A mas de dicha galería, hay otra pequeña en la parte mas alta que da vuelta al coro; y al rededor de este hay nueve capillas.

Algunas vidrieras pintadas se conservan perfectamente, y se cree que las de la parte del norte y mediodía son obra de Juan y de Nicolás Lepot, célebres pintores de vidrios. En la capilla de San Pedro y San Pablo hay en una vidriera la efigie de este último, que por su nobleza recuerda los apóstoles de Rafael, y fué pintada por Enguerrando Leprince, otro artista muy hábil, que murió en 1530.

El órgano, cuyo orígen subia al siglo XVI, fué reemplazado en 1826 por otro, obra de Mr. Cosyn. El altar mayor y las pinturas que imitan paneles de carpintería, y sirven de revestimiento á la parte inferior de las columnas del santuario, nada ofrecen de particular; al contrario, sin esos adornos parásitos y de mal gusto, producirian mejor efecto las columnas.

En lo inferior del lado izquierdo hay el sepulcro de mármol de Forbino Janson, obispo de Beauvais, muerto en París en 1713. La figura arrodillada es obra de Nicolás Coustou. Este monumento se halla detrás del pilar que hay en el centro de nuestro grabado. Al lado hay un gran reloj muy curioso, y encima vese un elegante coronamiento de estilo gótico.

Por fin, en estos últimos tiempos, se ha construido á la derecha de la parte que existe de la nave un altar fúnebre de mármoles blancos y negros, pero por desgracia su arquitectura griega guarda muy poca armonía con el resto del templo.

Tal es la hermosa catedral de Beauvais, cuyo coro se citará siempre como el *non plus ultra* de osadía y gótica elegancia. Hay este famoso dicho: para hacer un monumento perfecto debieran reunirse los campanarios de la catedral de Chartres, la portada de la de Reims, la nave de la de Amiens, y el coro de la de Beauvais.

MINIATURAS.

Si dijésemos que la palabra *miniatura* es sinónima de *rúbrica*, acaso pareceria una paradoja, sin embargo es muy fácil de entender. La palabra *rúbrica* significa en efecto las letras de color rojo que en los libros se hallan: de ahí le viene el nombre de rúbrica á la parte impresa antiguamente con tinta colorada, y despues con *italica* en los misales y otros libros litúrgicos. Antes de la invencion de la imprenta, hubo gran número de calígrafos muy hábiles dedicados á escribir libros. A fin de que se hallasen mas fácilmente los principios de capítulo, párrafo, etc., empezaban con una letra de color rojo para cuya formacion empleaban el *minio*, que segun sabemos todos es un óxido de plomo. Para hacer aun mas visibles estas letras adornábanlas con arabescos, lazos y hojas como los pámpanos de la vid; y por último añadiéronse varios objetos pintados, para adorno del libro, á que se dió el nombre de *viñetas* ó miniaturas, porque ocupaban el lugar de las letras trazadas con minio. Todas esas pinturas y dibujos, hechos con mas ó menos habilidad segun la época y destreza del pintor, siempre eran de cortas dimensiones, pero de un trabajo exquisito, minucioso y esmerado.

Algunos olvidando que tales pinturas se llamaron miniaturas por sustituir á las letras hechas con el *minio*, dieron en llamarlas *mignaturas*, por presentar algo de primorosa delicadeza; pero fuera defectuoso el escribir así este término, aunque los franceses lo pronuncian como si así estuviese escrito.

Hallamos miniaturas en los manuscritos del siglo V, y el buen gusto que en ellas reina continua hasta el siglo X; en este va perdiéndose hasta que renace á la mitad del XIV en que presentan un verdadero mérito con respecto al arte.

Las miniaturas aumentan mucho el mérito de los manuscritos, por cuanto nos muestran los trajes, armas, muebles, etc., de las épocas en que fueron escritas; siendo copias algunas de ellas de figuras mucho mas antiguas, representan objetos mucho tiempo hace perdidos que sin su auxilio nunca hubiéramos podido conocer. Varias de esas viñetas fueron grabadas en diferentas obras, tales como las de los sabios Lambecius, Montfaucon y de Murr. El abate Rive publicó algunas muy curiosas; y últimamente Mr. Augusto de Bastard da á luz una obra hecha con grande esmero, en que presenta un considerable número de viñetas de diferentes siglos y países. Mr. de Gaigneres, ayo de los nietos de Luís XIV, formó una curiosa coleccion de trajes, que regaló á la Biblioteca Real, y contiene muchas copias de hermosísimas miniaturas, varias de las cuales fueron grabadas en los *Monumentos de la Monarquía francesa* por Montfaucon. La misma Coleccion abasteció á Le Compte y Hapde para las obras que publicaron sobre trajes franceses. Por último, Mr. Villemin en los *Monumentos inéditos* presenta tambien un sin número de asuntos sacados de las miniaturas y viñetas de antiguos manuscritos.

El manuscrito mas antiguo con miniaturas que conocemos es el de *Virgilio*, existente en la biblioteca del Vaticano, y fueron grabadas por Pedro de Santo-Bartoli. Entre los manuscritos de la Biblioteca Real de París, señalarémos el de Froissard, manantial inagotable de noticias sobre muchos puntos de la historia de Francia y de la de Inglaterra. El libro de *Los torneos*, que publicó el rey Renato, contiene igualmente cosas muy curiosas. Ni podemos pasar por alto el libro de *Horas* de Ana de Bretaña, el mas bello y precioso manuscrito de su clase, verdadera obra maestra del arte. Las viñetas contenidas en el manuscrito del *Evangelio de San Cutberto*, hechas por San Etevaldo, presentan varios puntos relativos á la historia de Inglaterra. La *Parafrasis del Genesis* escrita por Coedmon en el siglo XI da á conocer los instrumentos y utensilios de que usaban los Anglo-sajones: estos dos últimos manuscritos forman parte de la Biblioteca *Cottoniana*. Las miniaturas que adornan la Historia de Ricardo indican los diferentes trajes de guerra á principios del siglo XV, y forman uno de los mas preciosos monumentos de la Biblioteca *harleiana*. En la catedral de Pisa hay un libro de coro, escrito en pergamino, que segun se cree pertenece al siglo XII, y el *Exultet* que cantan en el sábado santo está adornado con miniaturas que contienen figuras de varios animales y plantas.

El arte de las miniaturas, lo mismo que otras muchas, nos vino sin duda de los Griegos, de los cuales pasó á Italia; pero no puede negarse que en Francia y en Flándes alcanzó un alto grado de perfeccion. Si-

guiendo el exámen de miniaturas pertenecientes á distintas épocas, vemos que sus autores van haciendo progresos á la par que van despejándose las tinieblas de la ignorancia; particularmente son mas visibles los adelantos en el reinado de Cárlos V de Francia, sin duda á causa de la aficion y proteccion que daba á las artes el hermano del monarca, el Duque de Berry, á quien en particular gustaban mucho los manuscritos adornados con miniaturas.

No obstante el gran número de miniaturas que existen hay muy pocas que lleven nombre de autor, probablemente porque la mayor parte de ellos vivian en el claustro: podríamos sin embargo citar los autores de algunas cuyo nombre ha llegado á nosotros, como Oderico de Gubio, canónigo de Siena, que vivia en 1233; Francisco de Boloña, discípulo del anterior; Guido de Siena, y Simon Memmi que vivian en la misma época; Cibo, monge del siglo XIV; D. Lorenzo, Fray Bernardo, que vivia en 1450, á quien dieron el nombre de *Buontalenti;* Gerardo, muerto en 1470; Bartolomé della Gatta, abate de San Clemente, en 1490; Agosto Decio, milanés; J. B. Stefaneschi, religioso; Pedro Cesarei, de Perusa, que adornó con miniaturas muchos manuscritos que se conservan en la catedral de Siena; D. Silvestre, religioso de Florencia; el Padre Piaggi, teatino; Fouquet, miniaturista de Luis XI; Antonio de Compaigne, iluminador al pincel, enterrado en París en la iglesia de San Severino. Con los bienes de este y de su muger Oudena edificóse el segundo pilar en la parte meridional de la nave de dicha iglesia: tal vez vivió en la calle de Boutebria que por aquellos años se llamaba *de los Iluminadores*. Julio Clovio, muerto en 1578, de quien se cita un misal adornado con viñetas del mejor gusto y con dibujos



Miniatura sacada de la crònica de Càrlos VII.

perfectamente ejecutados; Gerónimo Ficino, que vivia en 1550; Jaime Argenta, de Ferrara, en 1561; Valentin Lomellino, en 1560; Ana Seghers, en 1550; y Juan Mielich en 1572.

Despues del descubrimiento de la imprenta dedicáronse los miniaturistas á adornar las iniciales de los libros, y á pintar viñetas y florones en el principio y fin de los capítulos, cuyo uso continuó en particular en los misales y horarios. Pero pronto se multiplicaron tanto los libros y difundieron por tantas manos, que hubiera sido muy difícil continuar adornándolos como anteriormente; por este motivo fué enteramente abandonado el uso de las miniaturas, bien que ocuparon su lugar á ciertas distancias algunos pequeños grabados que retuvieron el nombre de viñetas, aun que no tuviesen la mas remota semejanza con los pámpanos de la vid.

Así pues los miniaturistas tuvieron que buscar ocupaciones nuevas; por lo que primero hicieron pequeños dibujos que se ponian en un marco, luego hicieron retratos, brazaletes, y en fin cajas para tabaco, abanicos, etc.

ETHNOGRAFIA.

LOS ZINCALIS Ó GITANOS.

ARTICULO II (*).

Zincalis de España.

De los gitanos ó zincalis españoles en general.—Sinonimia.—Llegada de los primeros zincalis.—Penitentes de Egipto. — Particularidades de la España. — Provincias que los gitanos frecuentan principalmente.—Su modo de vivir. — Hábitos rateros de los primeros gitanos. —Fraguas. — Chispas. — Condes gitanos. — Gefes electivos.—Martin del Rio.—Facilidad para idiomas.—Moros y Gitanos.—Colonias y gitanerias.

En España á los Zincalis no solo se les llama Gitanos, sino tambien *Nuevos Castellanos*, *Alemanes*, *Flamencos*, términos casi sinónimos en el habla del vulgo, por lo menos los dos últimos, que se han convertido en voces de desprecio, aunque tal vez primitivamente sirvieron para designar su orígen sin ninguna intencion infamante.

Pero los Gitanos se llaman á sí mismos Zincalis, y por abreviatura Cales y Chai; ya dejo explicada, la primera de estas palabras, pero no las últimas, que son una modificacion de *Chal* y *Cheros*, y á un mismo tiempo significan *Egipto* y *cielo*, como si los Zincalis se distinguiesen de las demas razas con el título de hijos del cielo.

Por el siglo XV comenzaron los Zincalis á aparecer en España; y en un autor francés, citado por Hervas (*Catálogo de las lenguas*, vol. III, p. 306.), se lee: —«A 17 de abril de 1427 aparecieron en París doce penitentes de Egipto, echados de allí por los Sarracenos. Traian consigo veinte personas, y se alojaron en la capilla, adonde todo el pueblo fué á verles. Tenian atravesadas las orejas con anillos de plata, el pelo negro y crespo; y sus mujeres, horriblemente sucias, decian la buena ventura como verdaderas brujas.» Tales eran los hombres, que despues de cruzar por la Francia y pasar los Pirineos, se esparcieron á bandadas por las llanuras de la España. Por donde quiera que pasaran, se habia mirado su presencia como una peste, y no sin motivo : no queriendo ó no pudiendo sujetarse á ninguna ocupacion, y mucho menos á un oficio fijo, venian como enjambres de Zánganos á echarse sobre el trabajo ageno; así es que pronto se formó contra ellos una liga general; armados de leyes terribles los agentes de la justicia, comenzaron á perseguirles; y el pueblo, secundando ó superando la severidad de las mismas leyes, les daba caza, y les ahorcaba sin forma de proceso.

De este modo se les recibió en Francia, y por esto muchos se volvieron á los países de donde venian, á la Alemania, Hungría y á los bosques de Bohemia; pero no hay duda de que la mayor parte se refugiaron á la Península ibérica, la cual, si bien les ofrecia tal vez menos riqueza que explotar, era muy propia para su modo de vivir. Allí no estaban tan repletos los bolsillos como desearan los Gitanos que se dividian por hacer prueba de su destreza en los empellones y concurso de un dia de mercado; de las vigas de la cocina y del hogar no colgaban tantos perniles; en los campos pacian menos bueyes y carneros; pero tambien allí ejercian con mas impunidad su independencia. Si las guarniciones recibian órden de atacarles y exterminarles; si los alcaldes mandaban tocar á rebato; ahí cerca tenian la áspera Sierra, donde encontraban sendas excusadas, cavernas, precipicios y espesas arboledas á propósito para burlarse de sus enemigos, é ir á saquear otras comarcas no alarmadas aun. Poco tardaron en conocer todos los escondrijos y rincones de aquellas pintorescas provincias, ya viviendo en la Vizcaya, Galicia y Asturias, cuyos habitantes, si bien casi no les iban en zaga en punto á pobreza, tenian mulos y caballos, que ellos les robaban y se les volvian á vender, despues de desfigurarlos ingeniosamente á favor de sus tijeras; ya prefiriendo el mas fértil suelo de Valencia y Murcia, ó la Mancha, la Extremadura, y mayormente la Andalucía, país abundante en caballos y robustas mulas.

Hay que confesar que, aunque ya llegaron á España ladrones hechos y derechos, no era probable tampoco que los Zincalis se volviesen gente de bien en un país, en que los empleados de policía protegian entonces al reo con quien partian el botin; ni hay que estrañarse de que los Gitanos españoles sean los peores de la raza de los Rommanys. El estado político y moral de la España favoreció las inclinaciones y hábitos de aquellos nómadas, de lo cual se resintieron las poblaciones agrícolas. A veces, cuando aquellas langostas humanas habian devastado un distrito, la venganza de los habitantes suplia por la desidia ó tolerancia de los agentes de la justicia; bien que los gitanos no la esperaban, antes levantaban el campo á la sordina. Abrian la marcha sus asnos, que llevaban á las mujeres y chiquillos; y en la vanguardia los mas intrépidos, armados con escopetas, contenian á la policía rural que osaba perseguirles. Ay del viajero, que entonces caia en poder de aquellos prófugos! pues no siempre se contentaban con aligerarle del bolsillo, y á menudo dejaban un cadáver en los límites del distrito de que se les echaba como enemigos.

Ni se negaban á un combate, pues tenian sus guerreros; mas en general peleaban á la manera de los Partos, esto es, para proteger una retirada; y aunque sus cantares tradicionales refieren algunas hazañas, con todo anteponian la maña á la fuerza. Un caballo robado no inspira maldito el deseo de hacer una cabalgada *caballeresca;* y además ellos robaban sus caballerías, y las vendian antes de cobrarles apego. Sus campeones mas robustos sobresalian como herreros : establecian sus fraguas en algun umbrío bosque; y derribando alguna encina, convertíanla en carbon, encendíanlo con el enorme fuelle, ponian el metal en el ayunque, y admirando las miríadas de chispas, que entorno suyo se desparcian, cantaban :

«*Bus de gres chalabas orchiais*, etc.»

«A mi alrededor veo nacer las bellas hijas del fuego, y espirar con gracia despues de girar sobre sí mismas en su danza mágica.»

Cada banda ó familia de gitanos tenia su capitan

(*) Véase las páginas 482, 490 y 501.

ó su conde, que es como se le designaba generalmente. D. Juan de Quiñones, que en un libro publicado en 1632 dió algunos detalles acerca de su modo de vivir, dice: «Para el cargo de gefe ó conde, eligen los gitanos á aquel que es el mas fuerte y animoso entre ellos; y á estas calidades debe reunir la astucia y la inteligencia. El es quien compone sus cuestiones, aun allí donde hay tribunal fijo; él les guia durante la noche, cuando van á robar los rebaños ó á saltear á los viajeros; y el botin no se reparte, sino despues de separado para el conde un tercio.»

Como que se les elegia para que mirasen por la tribu ó familia, corrian riesgo esos condes de ser depuestos si no contentaban á sus súbditos.

No era hereditario el cargo; y cualesquiera que fuesen sus privilegios y ventajas, no carecia de inconvenientes y peligros. Al conde tocaba preparar y llevar á cabo una expedicion; y si se frustraba, si no lograba libertar á los que quedaron presos, si les dejaba perecer, él llevaba toda la culpa, y á su vista se nombraba un nuevo gefe, que le sucedia en todos sus derechos. El señor conde gozaba de uno como privilegio feudal: el de cazar con perros ó halcones; pero lo gozaba con riesgo suyo, pues ya se ve que no cazaba sino en tierras agenas, en las cuales podia muy bien topar con el verdadero dueño. Una cancion tradicional refiere la historia de un conde Pepe, que queriendo oponerse al derecho de caza de un gefe gitano, solo matándole lo logró. La viuda, como buena gitana, va y roba entonces el hijo del vencedor y le cria entre los suyos. Andando el tiempo, el hijo del conde Pepe, nombrado conde, ni mas ni menos que su padre putativo quiere cazar en las tierras de su padre verdadero, y mata á este allí mismo donde cayó antes el otro gefe, vengado así con un parricidio.

He aquí lo que se lee en el *Tractatus de magia*, de Martin del Rio: «Cuando por 1584 atravesé la España con mi regimiento, infinitos gitanos infestaban los campos, y aconteció que la víspera del Corpus pidieron se les admitiese en la ciudad para danzar en honra de la festividad, conforme á su antigua usanza. Se les concedió; mas no era aun mediodía, y ya se movia grande alboroto á causa de los robos cometidos por las gitanas: en esto saliéronse ellos por los arrabales, y se reunieron junto á S. Márcos, magnífico hospital de los caballeros de Santiago, rechazando á la justicia que quiso prenderles. Yo no sé como fué ello, pero todo se apaciguó en un abrir y cerrar de ojos. Era entonces su conde un gitano, que así hablaba español como un natural de Toledo; sabia todos los puertos, caminos y senderos, la guarnicion de las ciudades, el número de habitantes, sus propiedades, en una palabra nada ignoraba de cuanto al secreto del Estado concernia, y de ello se jactaba públicamente.» Es probable que para Martin del Rio era aquel gitano un hechicero; porque en aquella época se les miraba á todos como extranjeros, y no le parecia muy natural que con tanta pureza hablase el idioma castellano.

Tambien en la *Didascalia* de Francisco de Córdoba hallo una anécdota que prueba que los gitanos no temieron envenenar durante la noche todas las fuentes de Logroño: horrible proyecto, que se descubrió por un librero, el cual en otro tiempo habia vivido con ellos. Ya una epidemia iba cundiendo entre los vecinos; pero les quedó fuerza suficiente para diezmar á los gitanos, al tiempo en que iban á saquear sus casas, sin aguardar á que hubiesen muerto los dueños.

La España á veces confundió Gitanos y Moros en una misma proscripcion.

Antes de su total expulsion, comunmente vivian los Moros en barrios separados ó en los arrabales, aborrecidos y despreciados por los Españoles, conservando sus tradiciones, su idioma y su religion, en los barrios llamados *Morerías*. Tambien en varias ciudades hubo *Gitanerías*, como lo prueban algunos nombres de calles, hasta en Oviedo, en donde nadie se acuerda de haber visto un gitano, salvo los dias de feria. Difícil seria fijar la época en que se formaron aquellas colonias tan contrarias al genio vagabundo de la raza. Una ley de Fernando é Isabel (1499) nos revela que aquellos soberanos quisieron obligar á los gitanos no solo á residir en las ciudades, sino tambien á elegir señores ó patronos cristianos, que respondiesen de ellos. Así mismo varios episodios de la historia y de las tradiciones locales prueban que ellos á veces encontraron efectivamente proteccion en los nobles de Castilla. Sin duda se acabó por conocer que, reunidos de este modo, eran mas temibles en las ciudades que en los campos, ya que otra ley les prohibió que viviesen en un mismo barrio, se reuniesen, y se casasen entre sí; ley que modificó, mas no disolvió completamente las gitanerías

---

LA SALPETRIERE.

O vosotras que un lujoso coche lleva á lugares donde nunca se medita en las humanas vicisitudes, que llenas de felicidad y alegría ocupais las horas todas en pensamientos leves como las gasas de vuestros trajes; vosotras que salís de perfumadas habitaciones para ser el blanco á que dirige la vista una turba de admiradores ó para ir á respirar el aire de encantados bosquecillos, puntos de reunion de gentes entonadas, añadiendo esencias á los puros aromas del ambiente: ah! vuestros briosos palafrenes acostumbrados á llevaros por las sendas del placer, nunca se han detenido delante de este triste recinto cercado de sombríos bulevares donde ninguna distraccion tiene entrada! Nunca vuestros ojos se han vuelto hácia esa habitacion, fortaleza de la desgracia, donde tantos recuerdos se extinguen, tantas lágrimas se derraman, tantos tormentos se padecen sin mas término que la muerte! No obstante, á menudo esas ferradas puertas se han cerrado tras de mugeres que ni se dignaron informarse sobre á quien guardaban! Algunas visitas á las habitantes de esta mansion fueran tal vez muy provechosas para la muger de alta alcurnia que vive rodeada de una sociedad seductora. Delante de las víctimas que encierra este sitio la dama jóven y hermosa no pudiera dejar de exclamar para consigo: «Estos ojos que me miran despavoridos estuvieron llenos de suavidad y dulzura como los mios; esta boca que me injuria recibió amorosos besos, este corazon que ningun sentimiento de razon anima, latia á los dulces nombres de esposa y de madre, y acaso por haberse mostrado harto apasionada á los homenajes del mundo esta criatura de una naturaleza igual á la mia se halla ahora condenada á su desprecio. .. ¿Quiénes son las infelices de esta

mansion? Dementes! palabra terrible que entraña tantas desdichas y significa un ser igual á la nada!

El edificio en que están encerradas es el mas hermoso que haya en Europa: circúndale una espaciosa muralla, cuya extension ocupa seiscientas mil toesas cuadradas. Este asilo de la vejez, de la miseria, de la locura en fin, está frontero á un magnífico jardin, uno de los mas bellos establecimientos de Europa, destinado al saber, jardin que han habitado los hombres mas célebres, mansion de estudio y de profundos trabajos, en la que inventó maravillas el genio, y donde la naturaleza ha descubierto al hombre grandes secretos, palacio que no pudieran adquirir todos los ricos de la tierra, abundante en materiales profusamente esparcidos por sus galerías como en ideas expresadas en sus jardines: estraño efecto por cierto de la casualidad, hallarse tan vecinas la riqueza y la miseria, el genio y el idiotismo, la sublime inteligencia y la locura: en una palabra, el Jardin de plantas y la Salpetriere.

Las mismas verjas del hospital de que hablamos encierran por separado la vejez, la pobreza y la locura ya sosegada y sin ideas, ya furiosa ó arrebatada.

Penetrad en esa morada, y desde luego sentiréis suaves emociones. Bajo grandes castaños, por el esmaltado césped, y junto á las claras fuentes que lo riegan con sus límpidas ondas, por todas partes veréis mujeres encorvadas bajo el peso de los años: la cieguecita es guiada por la que ve algo todavía; la mujer sorda cuida una planta que crece bajo sus manos; la enferma halla distraccion en la habladora, aficionada á que la escuchen; la golosa halla por poco dinero con que satisfacer su golosina en el mercado del establecimiento. Estas buenas ancianas que nunca conocieron la agitacion del mundo, todas de humilde alcurnia, ningun recuerdo conservan capaz de afligirlas; lo pasado les deja alguna tristeza y algun temor lo futuro: morirán, y su tumba está junto á ellas: habituadas á la idea feliz de que allí quedarán sus restos, llaman al sepulcro la *sexta division del Hospital*.

Al entrar en él dejaron á la puerta esta carga tan pesada para los infelices y los viejos, la miseria: están seguras de vivir sin padecimientos, y de morir cuidadas y consoladas: no las abandonarán los auxilios de la religion, pues tienen cerca la iglesia siempre abierta á sus oraciones, y el ministro dispuesto en todas ocasiones á dar oido á sus quejas y absolverlas; por lo tanto aguardan resignadas el término de su existencia, y llegan al cabo de la jornada sin contar las horas ni temer que dé la postrera.

Así es que en el primer patio que se atraviesa vense muchas caras arrugadas, pero pocas que den señales de tristeza. Esta empieza á manifestarse en la cuadra de las enfermas; pero es suerte de todo viviente sufrir antes de morir, por lo que este sensible espectáculo solo inspira agradecimiento á la filantrópica idea que produjo la fundacion de tan útil establecimiento. Dad algunos pasos mas, y os aguardan sensaciones mas penosas: llegais al sitio destinado para las idiotas. *El idiotismo es mas digno de lástima que* la locura, pues quien dice locura dice ideas, ideas estraviadas y peligrosas para el loco y para los demas, es verdad; pero en fin el mismo temor que inspira la locura prueba que se conserva alguna vida; al paso que el idiotismo arrebata al hombre todo cuanto le distingue del bruto, y hasta le señala un grado inferior *á este, pues al perder el idiota su naturaleza de hombre* ninguna le queda que la sustituya. Esas degeneradas criaturas exhalan sordos y débiles gemidos: es preciso que el esmero de las que las cuidan supla por el instinto que les falta para acudir á sus necesidades aun las mas urgentes y abyectas: es preciso que los miren como niños caprichosos, y que los cuiden como enfermos. Todo esto se verifica con grande suavidad é inteligencia, aunque ningun otro premio pueden aguardar mas que la conciencia de tan caritativos desvelos las dignas mujeres dedicadas al servicio de la humanidad doliente.

Esa especie de vegetantes viven mucho tiempo y casi nunca curan. Desde esta habitacion del disgusto podemos pasar adelante y dirigirnos al través de hermosos céspedes sombreados por árboles majestuosos; y acá y acullá encontrarémos enfermeras vestidas con aseo y limpieza, que al lado de la sagrada cruz traen la llave que aprisiona el rebaño confiado á sus cuidados: pasamos luego por delante de la cocina, donde se prepara el alimento para mas de cuatro mil almas; y finalmente, despues de haber respirado el puro ambiente de los jardines, llegamos á unas altas puertas de encina llenas de recios cerrojos, cuya llave está confiada á la principal enfermera.

Antes de abrir esta puerta al llegar á cierta distancia óyese un ruido indefinible, compuesto de gritos agudos, de carcajadas que no inspiran alegría, etc.; y veríase uno tentado á volver la espalda si no llamase su atencion un objeto del mayor interés quitándole todo temor. Apenas la pesada puerta ha rechinado sobre sus goznes, vese á mil mujeres esparcidas por un espacioso patio que llegan tras la reja de hierro que las cierra: preséntanseos delante unos ojos despavoridos, horribles, que hielan la sangre en el corazon: la expresion de estas miradas parece deciros, ¿Qué buscais en este sitio? acaso habeis abandonado el gran mundo para venir á insultarnos? venís á que vuestra razon se divierta con nuestra locura? Nosotros tenemos tambien nuestra razon particular que no se halla bajo vuestro arbitrio.—«Soy una reina, dice aquella, una reina destronada que no he perdido el sentimiento de mi pasada grandeza» y se aparta de las demas, anda con pasos mesurados y en ademan altivo; habla consigo de sus desgracias, y quiere que las otras la sirvan como sus vasallas. Esta lee en los astros y adivina el porvenir: para sacar mas fruto de sus investigaciones pasa en vela las noches enteras, envuelta en sus harapos al modo que las brujas, y permanece sola con los ojos clavados en el cielo meditando los secretos astrológicos. Unas ciñen con cuerdas sus desgreñadas cabelleras para adornarse; otras desgarran su piel con el cilicio; otras en fin cantan, bailan, hablan sin concierto, se chocan, se injurian, y producen cierto ruido comparable al de los murcielagos sorprendidos en su cueva.

La enagenacion mental presenta un carácter mas marcado en la mujer que en el hombre; y no sin riesgo *puede uno permanecer en medio de estos celebros* desorganizados. La presencia de otras mujeres enfurece particularmente á las locas: el contraste de sus girones con los hermosos vestidos de las que van á verlas, la calma que estas presentan en sus facciones,

que comparan con la agitacion de su alma; el hombre que las acompaña que les recuerda su aislamiento: tantas verdades como se revelan á las dementes á pesar de su locura, las hieren profundamente, y provocan la lluvia de ultrajes que dirigen á aquellas mugeres que tienen la indiscrecion de turbar su retiro. El patio de que hablamos está rodeado de aposentos, donde permanecen encadenadas las locas furiosas, y al rededor de las cuales se pasean las incurables.... Incurables!.... Ah! si por un instante recobrasen la razon esas infelices y comprendiesen esta palabra que las condena para siempre! Hallarse toda la vida encerradas siendo inocentes; envilecidas siendo respetables, amadas, lloradas acaso, y sin embargo arrojadas del mundo y para siempre aisladas! Qué error cometió la naturaleza al dar al hombre una razon que puede abandonarle, y hacer que sobreviva á tal abandono! Ciertamente si un instante lúcido les fuese cedido, encerrara mas profundo dolor que una vida entera llena de tristeza y amargura! Esas pobres mujeres (parece increible) se vuelven aun mas horribles cuando están alegres: la alegría en las facciones de una loca es un rayo del sol que por un instante ilumina un sepulcro, sin poder comunicarle su calor. De estas desventuradas las que mayor compasion inspiran son aquellas que ha marchitado un noble pesar. ¡Qué interés no inspira esa jóven que entreteje la corona virginal que ha de ceñir sus sienes el dia que dé la mano á su amante! Este murió; pero ella le aguarda eternamente, créele dormido, imagínase verle á su lado y tiene clavada la vista de continuo en el sitio en que lo colocó su fantasía: á veces se sonrie en medio de esta ilusion del delirio, pero de repente cae en horribles convulsiones que hacen temer por su vida.

Desde el recinto de las incurables llégase á los dormitorios. Hay uno destinado á las idiotas condenadas á permanecer en cama: aquí es donde se hacen admirar los cuidados con que son tratados esos vivientes estercoleros: la limpieza de los ángeles humanos que cuidan de los enfermos es superior á todo elogio: varios conductos de agua limpian al momento la piedra colocada debajo del lecho de las enfermas y que estas ensucian: cámbiase muy á menudo la paja, y puede uno pasearse en medio de este sitio infecto sin saber lo que en él sucede si ninguno se lo advierte.

Las enfermerías, los refectorios, todo en fin está admirablemente ordenado para suavizar y mejorar la suerte de las mujeres y enfermas de toda especie que están á cargo de la administracion de la *Salpetriere*. Tiene esta de su cuenta carpintero, albañil y calderero, etc. médicos, y boticarios en bastante número á fin de que los auxilios sean tan prontos como bien dirigidos, y mas de trescientas personas al servicio de ese vasto establecimiento. La iglesia es hermosa y capaz, con un buen abasto de bancos para los muchísimos fieles de la casa. Por último, debemos confesar que no pueden estar mejor unidos los sentimientos de cristiana caridad con la actividad de la administracion material, pues nada se olvida de cuanto es capaz de aliviar los padecimientos y la desgracia.



Joven loca de la Salpetrière, copiada del natural.

EMBARCACION ATACADA POR LOS OSOS BLANCOS (DE M. BIARD.)



EXPOSICION DE 1839, EN FRANCIA.

Cuadros de costumbres.

DECAMPS Y BIARD.

DECAMPS y Biard merecen incontestablemente el primer lugar entre los pintores de costumbres: dotados ambos de genio y de inagotable fecundidad, son tantas y tan buenas sus obras, que hasta las menos importantes obtienen un éxito completo. No obstante, la popularidad dista mucho de ser la misma en ambos artistas: la mayoría prefiere Biard á su rival, y la razon es muy sencilla: Decamps no trabaja para el público, sino para sí mismo: pintar un asunto es para él trasladar al lienzo los sentimientos de que se halla poseido, y no reproduce lo que ha visto, sino lo que ha imaginado; con ello da á sus obras un sello de original novedad, que si á veces no es bastante comprensible, tiene la ventaja por otra parte de hacer grande efecto por su especial carácter, por su originalidad é indecible viveza. Sus formas no se hallan en parte alguna, tampoco sus vigorosas líneas, nunca las ráfagas luminosas han sido tan vivas, tan brillantes, como las de sus composiciones: todo es en estas ideal; y aunque uno lo ve y lo conoce, acaba al fin por aplaudirlas: tal es el encanto que difunden. Pero es fuerza para ello que el espectador llegue á participar de las ideas del artista, de lo contrario le verá solo bajo un falso aspecto, y le será imposible apreciarlo dignamente. Siendo pues las concepciones de Decamps muy profundas, y reproduciéndose en el lienzo de un modo fuerte y tirante hasta lo terrible, ó suave y delicado hasta lo ideal, sucede que muy pocos llegan á penetrarle y comprenderle. Biard, empero, se expresa con alegría y agudeza, interesando así mas pronto á la muchedumbre, que en sus lienzos se contempla á sí misma bajo el aspecto mas chistoso. Biard por consiguiente goza de mayor popularidad que Decamps, pero este le es muy superior en concepto de los inteligentes. Despues del brillante éxito que obtuvo su *Batalla de los Cimbros*, habíase Decamps mantenido aparte; pero en 1839 presentó á la Exposicion once cuadros, de los que el mas inferior estaba sembrado de bellezas de primer órden. Analizarlas no solo seria meternos en interminables pormenores, sino que además fuera imposible, pues ya hemos dicho que las cualidades de Decamps mejor se sienten que se definen: así por ejemplo, ¿cómo describir el ardimiento de *Sanson combatiendo con los Filisteos*? Armado con la histórica quijada, cercado de enemigos, revuélvese como un frenético hiriendo en todas direcciones, y haciendo general y completa carnicería. Esta sangrienta escena parece pintada con aficion, tanta es la verdad en los pormenores y la frescura de los toques en las heridas; lo que unido á la fuerza de las actitudes, y fuego de ejecucion en todo el cuadro, produce en el ánimo un efecto particular, que hace que nos apartemos con sentimiento, aun cuando sea atroz el espectáculo. El cuadro de los *Corchetes* es tambien escelente. Pintado este por otra mano hubiera sido repugnante; pero Decamps para evitar este inconveniente, embelleció á su modo la escena con oleadas de luz, mezclándose entre una muchedumbre colorida con encantadora variedad. En cierto modo poetizó el asunto, pues al paso que en los últimos términos todo es confuso, se manifiestan los objetos con claridad y viveza en los primeros: y esto consiste en que Decamps ante todo es poeta. Esta misma cualidad se halla en *José vendido por sus hermanos*; en que comunicando una verdad dramática á la escena, ostenta las mas ocultas bellezas del Oriente. Siendo enérgico en el *Sanson*, y severo y agraciado en *José*, modifica el genio á su gusto en sus *Recuerdos de una ciudad*, tomando á los Flamencos sus tonos mas límpidos y naturales, el colorido á los italianos, y el claro-oscuro á los españoles, y uniendo estas cualidades logró producir un conjunto admirable al que cruza una ráfaga luminosa, sumamente original, al lado de un césped tierno como un valle de Suiza. Semejante á los grandes poetas, está dotado Decamps de una ejecucion en armonía con sus concepciones. Su método es inapreciable: los tonos pastosos y bien nutridos chócanse en el lienzo sin que resulte confusion; las líneas de estraño aspecto prolónganse al infinito, y una luz, ya dulce, ya ardiente, difunde cierto baño en los objetos que los hace á cada paso muy salientes. ¿Qué dirémos de la diafaneidad de sus claros, de sus tintas, y sobre todo de su consistencia? Qué de sus personajes? Habiendo acertado con los rasgos de Callot, siempre logra una disposicion pintoresca, y á veces es tan vigoroso como el mismo Salvator: pero lo mismo que este gran maestro halla que la forma nunca podrá amoldarse á sus ideas, y entonces dando libre desahogo á su pincel, extiende al azar los colores, de que resulta una mezcla extraordinaria, incomprensible, que conmueve el ánimo, sin que de esto halle razon el juicio ni los sentidos.

Biard expresa mas claramente sus concepciones: es mas cáustico, y sobre todo aguuo; gusta particularmente de representar aquellas mil escenas, en que todos ó casi todos tomamos una parte que olvidamos al dia siguiente. En el año 39, de que hablamos, llamaron la atencion del público en la exposicion, las *Consecuencias de un baile de máscaras* y el *Correo*, á cuya vista no puede contener el espectador una explosion de risa El primero de estos cuadros es verdaderamente la salida de un baile, con todas sus locuras, alegría, bullicio y grotescas peripecias. Todos nos vemos retratados en él, se ve á esa pobre policía silbada y desechada, y al impertérrito comisario en la actitud mas pintoresca. En el *Correo* las equivocaciónes y las aventuras abundan en extremo. Ciertamente estos asuntos están muy bien imaginados; pero si se estudian detenidamente y prescindiendo de la idea, se hallarán muy distantes de ser intachables; los tonos se confunden, y siendo demasiado blandos y sin medias tintas, deben herir la vista; por lo que no hay relieve, el color se empasta, los claros faltan casi del todo, y es defectuoso lo blando. Sin embargo, siendo Biard hombre de talento, sabe hallar la recompensa. En su cuadro del *Concierto de familia*, hay bellezas admirables y nunca bastantemente apreciadas. La expresion es perfecta y el color abunda. Prescindiendo de otras obras de Biard, vamos á hablar de la mas importante; es decir, de *la embarcacion atacada por osos blancos*. Si antes se mostró el artista gracioso y complaciente, en esta composicion ha desplegado su genio un aspecto enteramente nuevo, y el éxito ha

sobrepujado en esto á nuestras esperanzas. Tres personas se hallan dentro de una chalupa en medio de una mar de hielos sin esperanza alguna de socorro, y acometidos de osos blancos. Uno de los personajes del cuadro se halla ya fuera de combate; el segundo, jóven lindo y gracioso, acaba de dar un golpe mortal á una de las fieras; y el último, mas vigoroso y nervudo vá á descargar otro terrible; pero es en vano; en todos los términos del lienzo se ven asomar agudos hocicos, afilados dientes, y negras y hambrientas gargantas. Es indudable que los tres desdichados han de ser víctimas: como se ve, la situacion es muy dramática, y el genio y fecundidad del pintor le han dado un colorido sombrío. El terror de estos infelices es tan grande, y lo espresa tan bien el juego de sus músculos, que conmueve mas profundamente cuanto más se mira; parece que oimos lamentables clamores, á que responden de todas partes espantosos ahullidos. Las carnes recias sin ninguna pastosidad, las fisonomías expresivas y los vigorosos contornos de las figuras son superiores á todo elogio, lo mismo que el colorido local, en que el pintor se ha sobrepujado á sí mismo: el ambiente, en realidad, es glacial; los montes de hielo son muy naturales, y los osos infunden pavor. En este cuadro todos los objetos son exactos, cualquiera lo conoce; pues el instintivo conocimiento de la verdad es general é innato.

LOS MANUSCRITOS.

Los manuscritos forman el principal objeto de la diplomática (1). Todos los manuscritos antiguos que existen estan escritos en pergamino ó en papel, y esta última sustancia se divide: en papel egipcio sacado de la planta *papyrus*: ó en papel de algodon ó de seda (*charta bombycina*) inventado en Oriente por los años 706 de nuestra era, y cuyo uso ha perseverado hasta la mitad del siglo XIV; ó en papel de trapo, sobre cuya época de invencion no estan de acuerdo los anticuarios, bien que la mayor parte creen que data de la mitad del siglo XIII, puesto que existe un diploma escrito en esta materia del año de 1243.

La mencion mas antigua que hallamos de las plumas para escribir existe en una obra del siglo VII. Entre las tintas la de color negro ha sido siempre la mas comun, por lo que su orígen es sumamente remoto, aunque en la antigüedad no mezclaban en su composicion el vitríolo. Componíanla con negro de sarten, hollin, resina y pez, negro de marfil y carbon molido. Igualmente vemos en los antiguos manuscritos tinta roja ó colorada, de mucha hermosura, que estaba en uso para trazar las letras iniciales, las primeras líneas, y los títulos de los capítulos. Por esta razon las llamaban *rúbricas*, y á los que las escribian *rúbricadores* (*rubricatores*). La tinta azul se halla con menos frecuencia; y la verde y la amarilla son rarísimas en los manuscritos antiguos. Tambien se escribia con tinta de oro ó de plata, ya manuscritos enteros, que son de una rareza suma y se aprecian como verdaderas curiosidades, ya solo las iniciales de libros ó de capítulos.

(1) La *diplomática* que no debe confundirse con la *diplomacia*, es el arte de juzgar sobre los manuscritos, cartas, diplomas y títulos antiguos: comprende el exacto conocimiento de las actas, de sus fórmulas y su contextura; de los escritos, formas exteriores, lo mismo que de los usos propios de cada siglo y de cada nacion.

En cuanto á su forma material, divídense los manuscritos en dos clases á saber: 1ª. los rollos (*volumina*), que son lo mas antiguos, excepto sin embargo los manuscritos de los trobadores que algunas veces presentan esta forma; 2ª. libros ó encuadernados, ó en rústica, esto es *codices* propiamente dichos.

Los que antiguamente se dedicaban á hacer manuscritos eran en su mayor parte ó esclavos ó esclavos libertos (*scribæ librarii*): posteriormente tomaron esta ocupacion los monges, particularmente los Benedictinos, á los que la regla de su Orden imponia esta especie de trabajo. Los correctores y rubricadores, corregian y adornaban los manuscritos al salir de mano de los copistas.

Para determinar la fecha y valor de los manuscritos no basta examinar las circunstancias arriba dichas, sino que debe observarse el género y naturaleza de los caracteres. Sin embargo, es mas difícil de descubrir por los caracteres la antigüedad de un manuscrito griego que la de uno latino. En cuanto á los manuscritos griegos es regla general que cuanto mas ligeros y bellos son los caracteres, tanto mas antiguo es el libro; pues la escritura griega se hizo de siglo en siglo mas dura y pesada. La existencia ó la falta de acentos griegos nada decide por lo que respecta á la época de los manuscritos, y además se hallan muy pocos mas antiguos del siglo VII y á lo mas del VI.

Los caracteres latinos hanse dividido por su tamaño en letras mayúsculas y minúsculas; y en cuanto á la forma que en diferentes épocas y pueblos se les ha dado, en caracteres romanos antiguos, merovingianos, lombardos, carlovingianos (*scriptura romana antiqua, merovingica, longobardica, carolingica*. A estos diversos caracteres hay que añadir los góticos, cuyo uso data del siglo XIII, que son una especie de minúsculas angulosas y extrañamente contorneadas. Para cada una de estas escrituras hanse establecido reglas por las que puede venirse en conocimiento de la antigüedad de un manuscrito.

Antes del siglo VIII apenas hallamos puntuacion, con todo falta tambien en los manuscritos posteriores á su adopcion general, y hasta en algunos del siglo XIII y siguientes. Los manuscritos sin division de capítulos ó sin otras divisiones son siempre muy antiguos. El *reclamo* (*custos*) ó la repeticion de la primera palabra del pliego debajo de la última línea del pliego anterior, pertenece á los siglos XII y posteriores. Cuanto menos abreviaciones hay, tanto mas antiguo es un manuscrito. En los mas antiguos los términos no estan separados sino que se siguen sin interrupcion en las líneas. La costumbre de espaciar los términos no empezó hasta el siglo IX. El uso de las cifras arábigas, que además solo empezó á generalizarse en la primera mitad del siglo XIII, puede servir tambien de guia al examinar la época de un manuscrito. Hay algunos que al fin contienen la fecha en que fueron escritos (*codices con fecha*) y hasta del escritor; pero debemos guardarnos de darles una fe ciega, puesto que muchas veces es la fecha de la composicion de la obra, solo se refiere á una parte del manuscrito, ó presenta datos del todo inexactos.

Desde el descubrimiento de los manuscritos de Herculano hay una certidumbre de que ninguno d.

los demas manuscritos conocidos asciende mas allá del siglo I de la era cristiana. En 1825 viajando un francés por cuenta de M. Bankes, inglés, halló en la isla Elefantina (Alto Egipto) un fragmento de la *Iliada* en *papyrus*, que contenia de ochocientos á novecientos versos desde el 160° escritos en hermosas letras mayúsculas: créese que este manuscrito data de la época de los Tolomeos, y siendo así, es sin duda el manuscrito mas antiguo que existe.

En la edad media borraban ó raspaban lo escrito en antiguos libros escritos en pergamino, y sobreponian un nuevo texto: estos libros *rescritos*, cuyo número es muy corto, se llamaron *palimpsestes (codices rescripti)*; pero el uso de semejante operacion habia cesado ya en el siglo XIV, probablemente por hacerse entonces mas abundante el papel: tambien se llamaban segun M. Golbery *liber liturarius* ó borrado, *charta deletilis*. Seguramente se valian del estilete para borrar los antiguos caracteres: de esta suerte banse destruido muchas obras preciosas de la antigüedad. Sin embargo en esa misma antigüedad se hizo lo mismo á causa de lo caro de las materias sobre que se escribia; y Ciceron escribia ya Trebacio el jurisconsulto: «Habeisme escrito en *palimpseste*: apruebo la economía; pero os pregunto qué contenia ese papel cuando habeis preferido borrarlo á dejar de escribir? era acaso nuestras fórmulas? Supongo que no habréis borrado mis letras para reemplazarlas con las vuestras?

M. Maï, que sacó gran partido de los *palimpsestes*, cita algunos que fueron hechos en papel; pero son muy raros. «Con mucha paciencia y constante práctica fácilmente se logra leer los *palimpsestes*. Sin embargo hay páginas muy difíciles, y es necesario aproximarlas con cuidado, pues no siempre se rasparon las hojas con el mismo órden así para la copia como para el antiguo escrito Es muy difícil reconocer las señales, siendo necesario para leer ciertos pasajes un dia sereno y un sol brillante. Por fin auméntase la dificultad en razon á que los términos no estan espaciados, ni tienen comas, y á lo mas á trechos se hallan algunos puntos. Los cuadernos de que se formaban los libros no eran como los de ahora compuestos de pliegos doblados; sino que se procedia del mismo modo que luego de haber descubierto la imprenta; es decir, se tomaban pliegos, se juntaban, y segun su número,

Du nom du
pere du filz
du saint
esperit de la glori
euse vierge marie
de monseig. saint
denis patron. de
france. et de toute
la beatitude celeste
cy commance la cro
nique du temps
de tres hault Roy
charles septiesme
de ce nom Roy de
france. faicte et
compilee par mon
frere Jehan chartier
Religieux et chantre
de leglise monseig
saint denis en france
depute de par le Roy
nostre souverain seig

Fac-simile sacado de la Crònica de Càrlos VII por Juan Chartier, religioso de San Dionisio.

los cuadernos se llamaban *duerniones*, *terniones*, etc. En el prefacio de la *República de Ciceron* por el célebre abate Maï, pueden verse los curiosos pormenores que da sobre los medios de que se valió para coordinar tan bellos fragmentos, en que despues de haber pulido de nuevo el pergamino se escribió un comentario de San Agustin sobre los Salmos.

En esta introduccion de M. Maï vemos curiosos pormenores sobre los *palimpsestes* de Italia en general, y particularmente sobre los de Verona, de que sacó Niebuhr los *Institutos de Gaio*. No fuera tampoco imposible segun M. Maï que tales *palimpsestes* procediesen del siglo mismo de Augusto: compara los caracteres de la escritura á los de las inscripciones de Pompeya y de Herculano; y prueba que bien han podido tener esta duracion los pergaminos. Publicó además varios fragmentos de otros autores griegos y latinos que arrancó su infatigable actividad á ciertos *palimpsestes* hasta entonces ignorados: tales son los fragmentos de un tratado de Gargilio sobre los árboles frutales, los de Fronto, los de Dion Casio, de que Niebuhr sacó luego un inmenso partido para fijar un punto histórico relativo al tribunado.»

ETHNOGRAFIA.

LOS ZINCALIS Ó GITANOS.

ARTICULO III (*).

Zincalis de España.

Extractos de antiguos escritores españoles.—La Gitanilla *de Cervantes.—El* Alonso *de Gerónimo de Alcalá.*

«Parece que los Gitanos y Gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo: y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte.»

Así principia la *Gitanilla de Madrid*, novela de Cervantes, el cual luego introduce á su heroina con estas palabras:

«Una, pues, de esta nacion, Gitana vieja (que podia ser jubilada en la ciencia de Caco) crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías, y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas única bailadora que se hallaba en todo el Gitanismo, y la mas hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien mas que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro, ni curtir las manos, y lo que es mas, que la crianza tosca en que se criaba no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitanos, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y con todo esto era algo desenvuelta: pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; antes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas, etc.»

Entre las varias anécdotas que corren por cuenta de la vida y obras del gran Cervantes,—autor tan olvidado en vida como honrado despues de muerto,—cuéntase que, reinando el Señor D. Felipe II, apareció por las calles de Madrid una jóven gitana, que lució como un metéoro; danzando y cantando con otras gitanas, pero tan superior á todas por su hermosura, gracia y voz, que era de ver cual entorno de ella se apiñaba siempre la muchedumbre, y de todas partes le llovian sendos reales. Hasta el Rey quiso verla; los poetas le hacian versos, y tenian á gran dicha que ella se dignase cantarlos; algunos señores se enamoraron de ella; y en fin, un jóven cortesano abandonó su familia, y por ella se metió á Gitano. Al cabo se descubrió que la muchacha era la hija de un corregidor, á quien se la robó de niña la vieja hechicera, que pasaba por abuela suya; y como se deja suponer casó con su fiel y tierno amante.—Esta es la anécdota, y este el asunto de la novela de Cervantes; pero falta á saber si la novela precedió ó no á la tradicion. A lo menos este es mi dictámen, porque, si bien los Zincalis tal vez hayan robado infantes, siempre debieron de hacerlo con la esperanza de una pronta é inmediata ventaja, y no para aumentar con ellos el número de sus hijos: que los Zincalis de todos los países harto trabajo tienen con mantener á su propia prole. Si es cierto que los de España hurtaron infantes, serian estos infantes de *bueno y seguro comercio*, y no chiquillos llorones, sino buenos mozos y lindas doncellas de cierta edad, que vendian á los Berberiscos. No hay razon pues para hacer semejante cargo á los gitanos de Inglaterra, los cuales, pudiendo apenas mantener á sus hijos, cierto irian con gran gusto á encargarse de los agenos. Mas si ellos no, sus antepasados cometieron realmente ese crímen, designado en nuestro idioma con la voz *Kidnapping*; y en verdad aquel *comercio de blancos* era un crímen muy lucrativo entonces, cuando en las mismas calles de Lóndres se robaban anualmente centenares de personas para remitirlas y venderlas á los plantadores de las orillas del *Delaware*. Las desventuradas víctimas de tan abominable *presa*, en la cual buena parte les cabia á los cristianos, eran *muchachos* ya crecidos y bastante robustos, para suportar los trabajos de la servidumbre á que les destinaban.

Desde la *Preciosa* de Cervantes hasta la moderna Esmeralda, mas de una novela estriba en aquella falsa opinion; y exceptuando los *Zinganis* del célebre Pushkine, y otro cuento ruso, que hace seis años se publicó en San Petersburgo con el título de *Zigani B' Mosbaï (los Zinganis de Moscou)*, todos esos libros son una prueba de cuan poco conocian sus autores las costumbres de los Zincalis ó Rommanys. Tampoco la *Gitanilla*, á pesar de su popularidad y de las muchas bellezas que contiene, es la mejor novela de Cervantes. En ella solo dos personas no pertenecen á la raza gitana, el héroe y la heroina; y sin embargo todos los demas gitanos son *busnis* (cristianos) disfrazados, que hablan como nunca hubiese hablado un Gitano verdadero, aun cuando describen con bastante exac-

(*) Véase las páginas 481, 490, 501 y 557.

titud la vida nómada de su raza. Mas se le entendia á Cervantes de las posadas y ventas que de los aduares gitanos; y la obra maestra de sus preciosas novelas es la descripcion de la vida picaresca en *Rinconete y Cortadillo*, historia que, quizás podria ser una prueba de que, en su azarosa carrera, el autor de *D. Quijote* ejerció por algun tiempo el cargo de alguacil, como lo asegura uno de sus biógrafos.

Hay empero una novela española intitulada: *El donado Hablador: vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos amos, compuesta por el doctor Gerónimo de Alcalá, Yañez y Ribera*, natural de Segovia, el cual escribia á principios del siglo XVII. Es un libro notable por su originalidad *caprichosa y satírica*, por esa gravedad y calma, que tan bien espresa el carácter español, y sobre todo por el conocimiento del corazon humano. *Gil Blas*, que, sea dicho de paso y con el respeto debido á su gran mérito, es en su mayor parte una compilacion entresacada de antiguas novelas españolas, y ejecutada con muchísimo arte y superior talento, Gil Blas en muchos puntos no aventaja al doctor de Segovia. Alonso sirve á toda clase de amos, desde el sacristan de una aldea de Castilla la Vieja hasta el finchado hidalgo de Lisboa; y casi todos tienen que plantarle á la calle por su natural habladuría, y su incorregible manía de criticar los defectos. Entrando en fin como donado en un convento, goza algun tiempo de la amistad del padre vicario; pero acaba por ofenderle á él y á los demas con la gran libertad de sus palabras. Despedido de aquella Santa casa trás una *reprimenda*, va andando hasta que en una sierra da en manos de los gitanos. Segun es viva y animada la descripcion que de ellos hace, estoy por creer que el autor debió de vivir algun tiempo entre aquella raza. He aquí un pasaje muy notable:

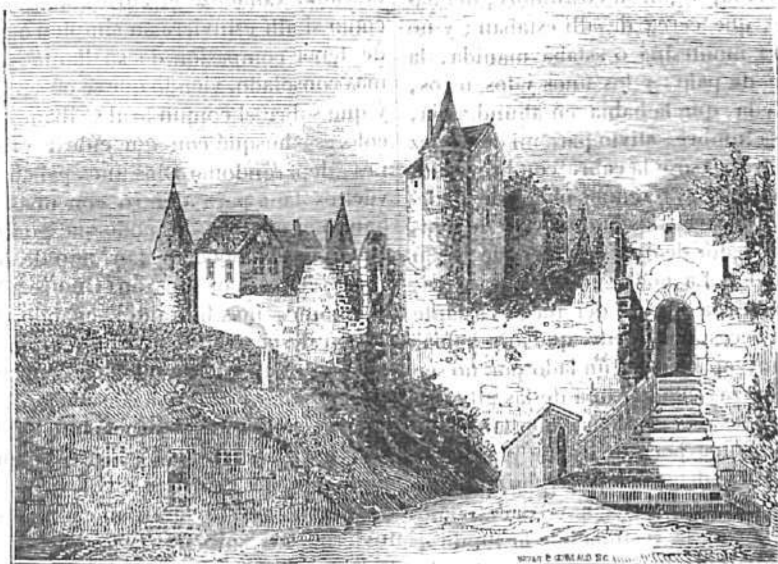
«Poco mas de una legua habia caminado por aquella espesura, cuando no muy lejos de adonde estaba ví que salia gran cantidad de humo y coligiendo como buen filósofo, que sin falta allí habia lumbre, y si lumbre, que algunos estarian haciéndola, porque ya era cerca de anochecer, y corria un aire demasiado frio, procuré de enderezar mi jornada hácia aquella parte no siendo menester caminar mucho, porque inopinadamente sentí que me abrazaban por las espaldas: volví la cabeza y halléme asido de dos hombres no tan hermosos como Flamencos ó Ingleses, sino amulatados, mal vestidos y malos rostros: díles el bienvenidos, sabe Dios con que ansia de mi corazon, preguntándoles que me mandaban en su servicio; y ellos á lo gitano, ceceando un poco, me dijeron que me fuése con ellos á su aduar, porque allí estaba el señor Conde. En buenas manos he caido, dije entre mí, no dejarémos de medrar, buena noche se me apareja; pero al fin, haciendo la fuerza virtud, les respondí: Vamos, señores, donde ustedes gustaren, y guiando por la espesura del monte, llevándome en medio para no perderme de ojo, me preguntaron donde estaba el jumento en que venia, ó en donde le habia dejado. Conmigo viene siempre, les respondí, que como tan devoto del padre San Francisco, soy mal ginete de á caballo, y por ahorrarme de coste, véngome á pie. Con estas y otras plazas llegamos al aduar de los hermanos, que con los silbos que mis guardas habian dado antes de llegar buen rato para señal de la caza que llevaban, nos estaban aguardando; y mas de un tiro de piedra nos salieron á recibir dos gitanillas y tres muchachos con gran regocijo; preguntáronnos si venian otros pasajeros con nosotros. Solo viene, que á tardarse mas en llegar á nuestro puerto, sin traer nada nos volvíamos, respondieron mis centinelas; y yo deseoso ya de ver en que paraba mi desdicha, me vine á hallar entre mas de cuarenta entre hombres y mujeres, sin los muchachos, que entre ellos andaban desnudos en carnes, de razonable edad. Presentáronme ante el señor Conde, persona á quien todas ellas respetaban, y tenian por su Juez y Gobernador de aquella desconcertada república; y recibiéndome con algun agasajo, me hizo desnudar hasta la camisa, dejándome como cuando salí del vientre de mi madre. Repartióse mi ropa entre los muchachos desnudos, y los pocos dineros entre todos. Estúveme yo mirando mis desdichas, mudo, sin replicar en cosa, obediente á cuanto me mandaba; y decia entre mí: ¡oh si siempre hubiera sido tan callado, cuanto me valiera! por lo menos ya que no tuviera amo, no me echaran del convento aquellos santos religiosos; pero ya es hecho, venga lo que viniere, que con la muerte todo se acaba: no faltó de la junta quien pretendia que se me diese, alegando ser razon de estado quitarme la vida, porque no los descubriese, y á no haber otros mejor intencionados, que movidos de lástima de verme afligido y tan congojado que rogaron por mí, tuviera efecto su mal deseo, que en todas las juntas hay buenos y malos pareceres. Ya verá usted como podia yo estar hecho un segundo Adan, y sin tener una hoja *de higuera con que cubrirme; repartidas mis pobres* alhajas entre aquellos sayones, que aun el calzado que tenia me le pidió Catalina para su muchacho Juanillo; y yo por imitar de todo punto al pacífico Job, me descalcé, y se los dí, acordándome de un pobre pasajero que caminando por Cataluña cayó en manos de unos vandoleros, desnudáronle, y habiéndole mirado lo que llevaba, le hallaron setenta reales, y preguntándole á donde habia de ir, respondió que á cumplir una promesa á la Vírgen de Monserrate. Cerca está vuestra jornada, dijo el que habia tomado el dinero: de aquí al convento hay doce leguas, tomad esos siete reales, que esos señores os hacen merced, y caminad con la paz de Dios. El buen hombre desesperado de ver el mal trato de aquella mala gente, y cuan contra conciencia le quitaban su remedio, con mucha cólera dijo: ¿hay maldad como esta? yo pediré al cielo justicia, y el dia del juicio os demandaré mal y caramente. El ladron que oyó sus amenazas riéndose de él le detuvo, diciendo: si hasta el dia del juicio me lo fias, déjalo acá todo y camina sin blanca, y no le dejó un solo maravedí para su camino. Así yo, hacer brabatas, maldecir mi suerte, ni á mis contrarios, parecíame disparate.... Yo pues sin maldecir ni poner excusa, dí toda mi ropa, hasta quedar en carnes: solo por la honestidad guardé una mantilleja, que me solia servir á mis achaques de estómago; y entonces la apliqué como paños menores, y aun estos no me quisieron perdonar, porque llegándose á mi otra gitanilla, me dijo: muestra, muestra, que con ese paño abrigarémos la tripa de Antoñito que anda muerto de frio; no es de provecho, la respondí, porque aunque es paño está muy viejo, roto y muy raido, sin ningun pelo; como quiera que se aprovechará, replicó la mala vieja, y sin querer aguardar mas res-

puesta su excusa, me la quitó, deseando en aquel punto yo volverme algun salvaje para que con el vello cubriese mi desnudez y deshonestidad; pero sin duda alguna aquella desalmada mujer habia leido aquel cánon de Avicena, que dice: *Etiam in vilibus summa virtus inest.* Tambien en las cosas de poca estima y precio hay grande virtud. El mal de su hijuelo queria que se curase á mi costa, no reparando en el daño que á mi se me podria seguir... Al fin, sin andar en pujas, me hallé sin mis alhajas en cueros. La noche iba viniendo, levantábase un airecillo fresco con alguna niebla, que moderadamente humedecia la tierra, juntamente con mis pobres carnes sujetas á tantas desventuras. Acordábame de mi pobre celdilla y abundante refectorio, y que por lo menos á aquella hora ya habrian tañido á recogerse los frailes á dormir, pues habian de levantarse á maitines, y el estado en que entonces me hallaba era el descanso y sosiego para mí la muerte, remate y fin de todos los trabajos; esto consideraba, cuando oí al Conde de mis contrarios que daba grandes voces con Isabel para que aderezase de cenar... A las voces que dió el legislador de aquella república, salió Isabel con media cabra, que segun entendí despues, la otra media se habia comido por la mañana, hurtada, segun su costumbre, del hato de unos pastores que cerca de allí estaban; y no reparando en si era montesina ó estaba manida, la puso en un asador de palo: y los unos y los otros, ayudando á traer leña, que la habia en abundancia, hicieron maravillosa lumbre, alivio para mi desnudez y remedio para mi frio. Asóse la cabra con brevedad, y sin buscar apetitosas salsas, en unos platos de madera fueron partiendo la carne los que servian de trinchantes: todos al rededor de una sábana, que sirvió en el suelo de manteles. La noche era obscura, mas no faltaba luz, por ser la lumbre del fuego bastante para alumbrar tres veces mas gente que allí habia. Viendo que cenaban, apartéme á un lado por no ser convidado de por fuerza, cuando una de las gitanas, tomando del plato unas dos costillas, me llamó diciendo: que tomase aquel poco de carne y pan, siquiera porque no pudiese decir mal provecho os haga. Agradecí el presente, que para decir verdad, como habia entrado su calor de la vecindad de la lumbre, ya se iba picando mi molinillo, y dándome fatiga la hambre, eché el diente á mis costillas, y con tener buena dentadura no pude hacer mella, ni aun la pudiera quebrantar el mejor lebrel de Irlanda, segun estaban de duras; y mis compañeros, no reparando en galas, comian de su cabra ó cabron, como si fuera de una bien manida y gruesa gallina: y de cuando en cuando empinaban un cántaro de agua, porque vino no se usaba en aquella compañía, ni debia de llegar á tanto el gasto. Mirábamelos yo, y alababa al Señor, viendo que lo que yo no podia comer era tan sabroso y agradable para aquella pobre gente; y que no echaban menos los regalados manjares de los palacios de los Monarcas y Príncipes del mundo; demas que con ser aquella una comida tan grosera y á tal hora, y la bebida no vino, sino agua salobre, desabrida, bastante tal sustento para que el mas robusto animal rebentase, así los viejos como las mujeres y niños estaban fuertes con unos colores de rostro y vigor, con todas sus acciones, como si verdaderamente estuvieran de ordinario mirando por su salud con particular vigilancia y cuidado, ó tuvieran delante de sus ojos para cada comida el *de victus ratione* ó el *regimen salernitano*: echaba de ver ser verdadero el dicho del filósofo que dice: que naturaleza con poco se contenta: *natura parvo contenta est*, y lo que decia Diógenes, que si él tuviera pan y agua continuamente que compitiera con los Dioses en felicidad y riquezas. Tardaron los hermanos gitanos una larga hora en su cena; y la mia fué tan breve, que no fué vista ni oida, por no haber sido mas de pan; porque aunque me convidaron á beber, no me atreví á probarlo, mirando por el individuo, sabiendo que el agua me habia de dar algun dolor de tripas con su demasiada frialdad y no estar yo acostumbrado á beberla sin un poco de vino. Era ya mas de media noche, cuando los compañeros se comenzaron á recoger: de ellos, arrimados á unos pinos, y otros sobre un poquillo de hato que allí tenian: yo que me veia cercado de tantas y tan varias imaginaciones, servia de vigilante centinela, acudiendo á la lumbre y añadiéndola muy á menudo nueva materia, porque no se acabase, y sin su calor llegase yo á las puertas de la muerte. En este ejercicio estuve ocupado mas de cinco horas hasta que llegó la mañana, tan perezosa en dar su luz, como de mi estaba deseada. Comenzó el aurora á derramar su aljófar, como si allí estuviera su simplon amante que hubiera de tener compasion de su llanto; entonces yo, algo mas consolado, viendo que se ausentaban las tinieblas, y que sobre el comun azul se iban matizando algunos colores, busqué con que cubrir mis remojadas carnes, deparándome Dios unos pellejos de carnero, que vueltos lana para dentro con unas soguillas me fui liando al cuerpo; de modo que podia pasar entre los que no me conocian por uno de los mas recoletos anacoretas ó por un San Onofre. Ya rayaba el sol los montes mas humildes, cuando aquellos bárbaros fueron despertando, porque del modo que durmieron, entre algodon y cubiertos con finísimas mantas, no les pudiera durar mas el sueño. Providencia divina, que con no dejar poco ó mucho de llover mas de once horas, y estar todos sin cosa que pudiese darles algun amparo y defensa contra la inclemencia del frio, como si estuvieran en camas de campo, así estuvieron con tanta quietud y sosiego: verdad es que la costumbre en ellos ha hecho naturaleza, y sacarlos de semejante trato de vivir era quitarles la vida. Viéndome hecho un retrato del precursor Bautista, descubiertos los brazos y piernas, se comenzaron á reir de mí cuantos me murmuraban, alabando mi industria; pues acomodándome con las cosas, daba muestra de la habilidad que tenia. Mas de poco me pudo servir, porque una de las gitanas, dando muchos gritos y amenazándome con algunas afrentosas palabras, me pidió que al punto me quitase mi nuevo vestido, porque aquel era el hato en que ella solia dormir, sirviéndola aquellas pieles de mullidos colchones. Ví que tenia razon, por haberme hecho dueño de hacienda agena: despojéme al punto de aquel disfraz, quedando como antes en pelota. Dos dias estuve de aquella suerte, y muchos mas fueran á no acertar á morir en aquella ocasion un gitano, que por estar muy enfermo y demasiado viejo vino á pagar su acostumbrada deuda, á que se condenó en el punto de su nacimiento, siendo el primero que dió principio á morir naturalmente.

Cura. ¿Qué es lo que dice, hermano, la muerte puédese evitar? no es forzoso el morir á todo viviente?

Alonso. Sí señor, obligados están los hombres á esta forzosa deuda despues del pecado de nuestro primer padre; pero, señor, esta gente non sancta muere en la horca lo mas ordinario, y cuando de allí escapa, es su sepultura la mar, por haber tenido por su habitacion y morada las galeras. Ver el entierro y funerales exequias que sus mayores amigos hicieron á aquel pobre difunto, le prometo á usted, señor licenciado, que era de no pequeña consideracion: en parte para lastimarse, y por otra de mucha risa, viendo tan locas ceremonias y bárbaros ritos, tan guardados en semejantes ocasiones. Dos mozos hicieron un gran hoyo ó sepultura, donde dejaron metido, aunque descubierto, el cuerpo difunto, echando con él algunos panes y poca moneda, como si para el camino del otro mundo lo hubiera menester. Luego de dos en dos iban las gitanas, tendidos sus cabellos, arañando su rostro, y la que mas ensangrentadas sacaba las uñas, á su parecer cumplia mejor con su oficio. A la postre iban los hombres llamando á los Santos y principalmente al divino Bautista, con quien ellos tienen particular devocion, pidiéndole á gritos, como si fuera sordo, que socorriese al difunto, y le alcanzase perdon de sus culpas. Roncos ya de dar voces iban á echarle tierra; pero yo les rogué se detuviesen un poco mientras les decia dos palabras. Otorgóse mi peticion; y con la mayor humildad que pude, les dije semejantes razones: Este vuestro compañero es ya ido á gozar de Dios, que de su buena vida y muerte eso se puede esperar. Hase cumplido con vuestra obligacion, así en encomendarle al Señor, como en darle sepultura á su cuerpo, el cual que se entierre vestido ó desnudo hace poco al caso, y á mí con lo que se ha de comer la tierra me podeis remediar, dándome licencia, ya que me quitasteis lo poco que traia, para que le desnude y me ponga sus vestidos, que si lo haceis, remediais mi pobreza y desnudez, poniéndome en obligacion para que siempre me acuerde de este bien logrado en todas mis oraciones.

Parecióles bien á todos lo que les dije, que no fué poco entre tantos no haber quien lo contradijese. Mandáronme que le desnudase, y yo obedeciendo le quité



Castillo de Luines.

al muerto el vestido que tenia, con que cubrí mis carnes, quedando en el traje, aunque no en la condicion y costumbres, como cualquiera de mis gitanos. El cuerpo volvíle á la sepultura, y cubierto de tierra, le dejé hasta el dia del juicio, que salga á dar cuenta como cada uno de nosotros.»

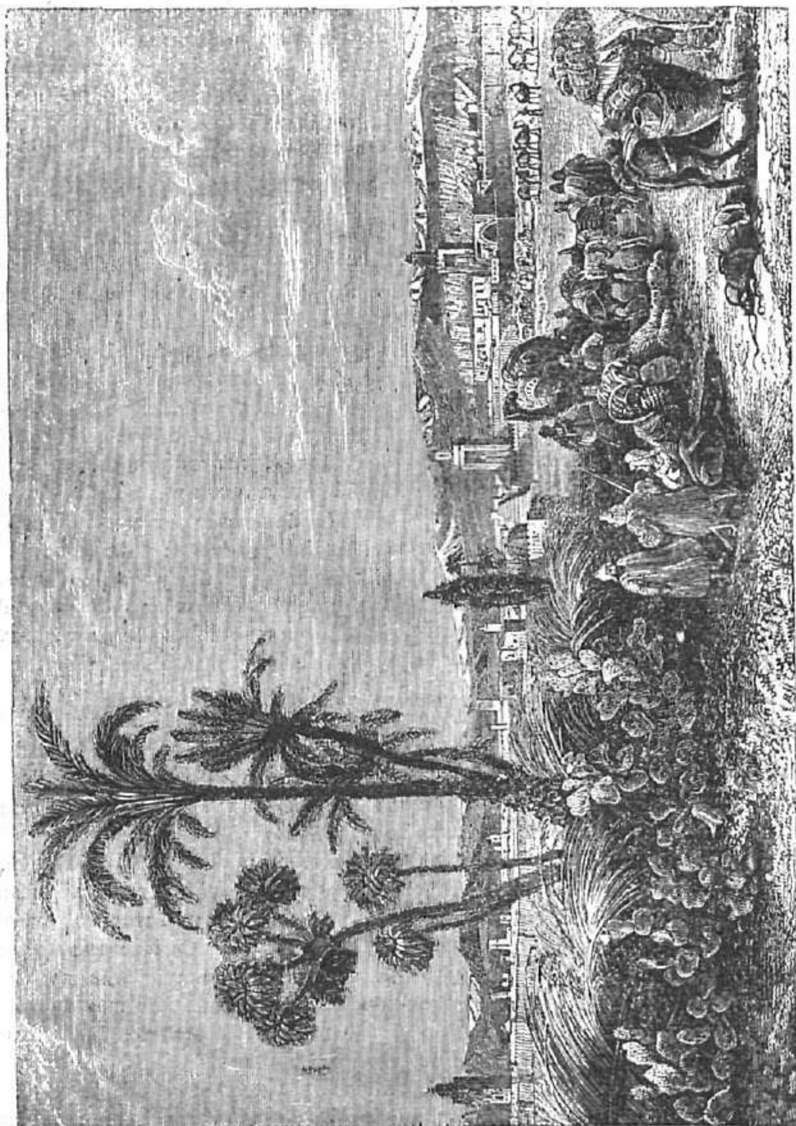
CASTILLO DE LUINES.

«Soy de Tourangeau, vivo en Luines á la orilla derecha del Loira, pueblo de consideracion en otros tiempos, reducido ahora á mil almas por el edicto de Nantes, y que van á aniquilar nuevas persecuciones.» Así se expresa Pablo Luís Courrier en uno de estos agudos folletos que le han hecho lugar entre los mas originales escritores de la época presente.

En efecto, Luines es una pequeña ciudad de muy pintoresco aspecto, debido á esos magníficos campos que constituyen á la Turena en una de las mas hermosas provincias de Francia. Divísase de lejos un vasto castillo, que desde la cima de una peña domina el paisaje. Su construccion, segun se cree, asciende á principios del siglo XIV; y en efecto, á esa época pertenecen sus torrecillas con ventanas trepadas de saeteras, sus escaleras de ojo, sus murallas derruidas, y su gran torreon que se halla reducido á la mitad y cuyas paredes siguen desmoronándose todos los dias. Es este castillo antigua dependencia de la tierra de Maillé, erigida en ducado por Luís XIII en agosto de 1619 en favor de Cárlos de Alberto su valido, condestable de Luines.

Gran fortunon fué el del tal Alberto de Luines;

ESTADOS BERBERISCOS. — MAROC.



Vista de Maroc.

Para dar distraccion á los infantiles años de Luís XIII rodeáronle de elegantes pajecitos, segun antigua costumbre de Francia: era necesario darle compañeros de juego, meninitos que satisfaciesen sus pueriles caprichos, formando al mismo tiempo un cortejo nada peligroso. De todos estos cortesanillos fué Alberto de Luines el que mas cautivó el afecto del Rey. Nació en *Pont-Saint-Esprit* de una pobre familia, que no obstante se llamaba descendiente de los Alberti de Florencia, y poseia entonces dos señoríos el de Brantes y el de Cadenet «tan circunscritos, decia el agudo mariscal de Bassompierre, que una liebre los atravesaba de un salto.» Para granjearse el afecto de Luís XIII hizo lo siguiente: Alberto durante su juventud, pasada en los castillos de las orillas del Ródano, aprendió la halconería, educacion servil: nadie como él sabia domesticar las aves de presa, ni enseñar tantas lindezas al halcon, á la grulla, y particularmente á la picaza bigarrada, ave tan poco conocida como su maestro, segun dijo el abate Legendre. Al llegar Alberto á la corte, al instante ganó el favor de Luís XIII presentándole un regalo que consistia en dichas aves así adiestradas. El Rey no podia ya estar sin él, y cuando no lo hallaba cerca de sí recorria toda la casa gritando: Alberto! Alberto! donde está Alberto? y al punto tomando un cañoncito que tenia lo arrojaba al suelo, señal característica de la cólera é impaciencia del jóven Luís XIII. Por medio de tan frívolos pasatiempos conquistó Alberto de Luines sumo ascendiente en el ánimo del Monarca. Así, despues del asesinato del *mariscal de Ancre*, deplorable víctima del odio popular, Alberto de Luines le sucedió en el cargo de primer ministro, y llegó á dominar á tal extremo la voluntad del Rey, que se hizo nombrar condestable, suprema dignidad del estado; y entonces vióse á un hombre sin capacidad y desprovisto de cuantas cualidades constituyen un gran capitan, ceñir sin rubor la espada de los Clison de los Duguesclin y de los Montmorency. Ascendido á la cumbre del poder, y lleno de honores y distinciones, se hizo insufrible á Luís XIII, quien meditaba su pérdida. Solo le libró la muerte, que de improviso le acometió en 1621 durante la guerra con los Hugonotes. Ya antes de espirar, sus cofres sufrieron un general saqueo de mano de los criados, y ni se halló una sábana para mortaja.

El nombre de Luines despierta tambien una memoria lúgubre: allí fué asesinado de un fusilazo Pablo Luís Courrier, el 10 de abril de 1825, á corta distancia de su casa. El asesino no se ha averiguado, y es muy probable que no le alcance la justicia. Ciertamente Courrier estaba muy lejos de creer que hubiese de morir en Luines víctima de tal atentado, cuando en 1816 en su peticion dirigida á las dos cámaras hacia de Turena la siguiente pintura: «De todas las provincias del reino no solo es la mas pacífica, sino que es la única que se halla en paz hace veinte y cinco años. ¿Donde hallaríamos, no digo en Francia, sino en toda Europa, un rincon del mundo en que durante este período no haya habido guerras, ni proscripciones, ni revueltas de ninguna especie? Y esto puede asegurarse de Turena, que excenta á la vez de discordias civiles y de extranjeras invasiones, pareció que el cielo en tan borrascosos tiempos la reservaba como único asilo de paz; sosegada en medio de las tempestades, fué como un oasis rodeado de los arenales del desierto: además en esta provincia siempre tan feliz y pacífica, no hay canton mas tranquilo que el de Luines, donde no se conocen robos, violencias, homicidios ni asesinatos.» Y nueve años despues de escritas las antecedentes líneas, en ese mismo canton que le pareció ser el refugio de la pureza de las edades primitivas, el malhadado Courrier dejó su vida cual sangrienta refutacion de un escrito en que el espíritu de partido hizo callar á la verdad.

RESENA HISTORICA DE MAROC.

En efecto, hay cierto embeleso en seguir con la imaginacion la fortuna inaudita de las poblaciones Arabes: Mahoma incita rápidamente las tribus á la revuelta; destruye el culto poético y consolador que la primitiva religion tributaba á los astros, á los sueños y á los ángeles buenos, y haciendo de cada Arabe un soldado del Conquistador y un sectario del Profeta, arrástralos hácia la conquista del mundo, declarándose juntamente su capitan y su gran sacerdote. A principios del siglo VIII, un califa de Damasco, impelido por sus triunfos, llega á las costas del Mediterráneo, de donde le llaman á España la traicion y la venganza del Conde Don Julian. Auméntase su ejército de sirios con los moros africanos, y en el corto espacio de catorce meses se hace dueño de toda la Península. Estrechados los Españoles en los montes de Asturias, juraron por la cruz de su espada perder la vida en la reconquista del reino, que Don Rodrigo acababa de perder por causa de una doncella en las orillas del Guadalete; y desde aquel dia tomó principio esa lucha, lenta y terrible, que apenas pudieron terminar setecientos años de combates. Pero llegó el dia en que los Arabes fueron rechazados, y sufrieron la ley de ese inexorable destino, que sentado en el colmo de todas las felicidades y glorias, precipita de ellas al que ha logrado alcanzarlas. Mientras pierden Aragon, Cataluña y el condado de Barcelona, el nieto de Roberto el Sabio y de los duques de Borgoña, rinde el Portugal á la corona de Castilla y de Leon, ganando diez y siete batallas campales á los Sarracenos. En breve, bajo el reinado de Fernando é Isabel, España al cabo de tantos siglos ve terminar para siempre la dominacion sarracena, del mismo modo que en el reinado de Carlomagno, se vieron destruidas las últimas olas de aquel inmenso Océano, que llamaron pueblo romano por mas de mil doscientos años.

Entre los restos de los brillantes ejércitos africanos, hubo algunas tribus que no quisieron volver al Africa, y fueron á refugiarse en Granada, su patria adoptiva, ciudad que habian edificado con aficion; pero pronto les obligaron á buscar un refugio en las montañas de las Alpujarras, y ni aun en ellas pudieron sufrirles sus vencedores: el odio, harto tiempo comprimido, rompió un dia sus diques, y acabó la destruccion de estas tribus sin dejar vestigios.

La historia de esos pueblos árabes, llevados al continente europeo por el doble impulso de la conquista y del fanatismo, y en seguida rechazados y dispersos por el litoral africano, es la historia del pueblo entero de los Estados berberiscos, en especial del reino de Maroc. Compónese este exclusivamente de los antiguos Moros, de los Arabes beduinos que acompañaron á los

califas, de los judíos á que juntamente echaron de España Fernando é Isabel, y de negros que viven mas allá del monte Atlante.

Los límites del reino de Maroc son: por el norte el rio Ommirabi; por el mediodía le dan abrigo cordilleras de montañas; y por oriente y occidente bañan en vano sus abrasados arenales las aguas del rio Sus y del Océano oriental. Es probable que el miserable aspecto que en Berbería presentan así las ciudades, como los hombres y las cosas, inspire á los Europeos que llegan con el reciente recuerdo de nuestro lujo y comodidades, un sentimiento de lástima con mezcla de hastío. Es probable así mismo, que haya muchos estranjeros que nada de admirable encuentren en ese pueblo, cuya corteza es tan grosera, y en que á primera vista todo parece respirar la infancia. Por no hablar mas que de los objetos exteriores, del traje por ejemplo, sucede todos los dias, que nuestros cónsules ó un oficial de nuestra marina, se encuentran mas bellos é imponentes con su recortado uniforme, que los kaids con sus pobladas barbas y flotantes vestidos, ó que los númidas cercados de aquella pompa salvaje que les acompaña, no solo en la guerra, sino hasta en los actos menos importantes de la vida. No conocemos bastante, en medio de nuestro orgullo, que el desprecio que afectamos para con esos pueblos que nos parecen desheredados, ellos nos lo vuelven centuplicado, y que á su modo de ver les parecemos con frecuencia muy miserables. Por lo demas, no podemos menos de apreciarlos muy mal; el artista solo quiere ver el lado pintoresco, y no ve las llagas; y el hombre positivo, al contrario, no quiere ver mas que la miseria, la suciedad asquerosa, y la bajeza descarada, y se niega á cualquier otro exámen.

En general, las ciudades no son mas que aldeas arruinadas; pero á este estado de miseria se une cierta especie de majestad y salvaje elegancia. Los *Aduares* son una especie de aldeas nómadas, compuestas de varias familias árabes que se acampan al abrigo de tiendas, ora en un punto, ora en otro: estos representan exactamente al pueblo primitivo, y si alguna vez esas tribus errantes vuelven los ojos hácia España con sentimiento al pensar en su pasado esplendor, pronto se consuelan, repitiendo con altivez que Dios les ha dado en vez de palacio una tienda, en vez de diadema un turbante, y en lugar de leyes escritas una buena espada.

En las casas de los marroquíes nadie entra sino el dueño y su familia, por lo que bien pueden llamarse su interior. Sin ninguna especie de adornos, solo tienen una puertecita baja que da á un corredor largo y revuelto, para que no puedan penetrar en la habitacion las miradas de algun curioso. Lo que se dice de la abyeccion en que permanecen los judíos, bien que muy numerosos en el pueblo y muy útiles, es cierto; pero tal vez en la superficie, mas bien que en el fondo de las relaciones, existe dicho desprecio; y tocante á su sujecion, consiste principalmente en actos exteriores, á que están muy distantes de dar la misma importancia que los Europeos.

Los Moros son mucho mas alegres de lo que promete su continente grave y acompasado. Durante los viajes, óyeseles reir de las historias que alguno refiere ó canta. Como nosotros, admiran tambien su raza de caballos, pero no por su hermosura exterior; y no preguntan como el europeo si un caballo es hermoso, sino si corre mucho. Sus juegos militares recuerdan el elegante ejercicio del *djerid* de los orientales: solo que en lugar de lanzar diestramente una ligera caña, como hacen los mamelucos en los muros de Constantinopla, los caballeros berberiscos de occidente se sirven del fusil, el que disparan en medio de una violenta carrera, que solo se interrumpe para cargar de nuevo el arma. Las circunstancias que acompañan á estos juegos son muy pintorescas: los ginetes, casi en pie sobre sus corceles á causa de lo corto de los estribos, van blandiendo largos fusiles, y despidiendo agudos gritos; páranse luego de repente en lo mas veloz de su carrera para disparar: pero el éxito no es en todos el mismo: unos vuelcan, y hasta á veces los mismos caballos, á causa de lo tirante de los frenos; pero otros jugadores mas diestros se preparan de nuevo á otra prueba. Los fusilazos, lo mismo que la música, son continuos; de modo que no hay fiesta por sencilla que sea, que no vaya acompañada de este doble accesorio.

El actual emperador de Maroc tiene tres capitales: Maroc, Fez y Mecnez. De sus soldados, los que mas confianza le merecen, son los hudayas ó guardias de negros. Da audiencia á los extranjeros al aire libre; y es el único que está montado, pues todas las personas de su acompañamiento andan á pie. Sobre su cabeza sostienen el signo de su poderío, que consiste en un quitasol. El coronel Delaure, que se encontraba llenando una comision en Maroc hace tres años, por poco se vió apedreado, á causa de haber desplegado un quitasol, con el inocente objeto de hacerse sombra. A los ojos del pueblo era esto hacer del emperador, y así se lo dieron á entender. Contra el uso de los Moros que se dejan crecer la barba en punta y se afeitan los bigotes, el Emperador la lleva ancha y poblada. Lleva tambien con orgullo el turbante verde, aunque solo puede llevarlo un sherif ó descendiente de Mahoma. El gorro verde es en las cárceles de Francia el sello de la última infamia.

MARIA LECKZINSKA.

1703.—1768.

MARÍA-Carlota-Sofía-Felicidad Leckzinska, hija de Estanislao I, rey de Polonia, nació en Posen, entonces capital del palatinado de Posnania, el 23 de junio de 1703, en medio de las revueltas que agitaban á su patria cuando la deposicion de Augusto y primera eleccion de Estanislao. La desgracia acometióla ya en la cuna, y hasta á la edad de doce años no conoció mas que riesgos y alarmas. Los primeros sonidos que á sus oidos llegaron fueron de intrumentos bélicos, y campañas y ejércitos los primeros objetos que hirieron su vista. Primeramente proscrita y fugitiva en medio de los estados de su padre, testigo luego de las grandes batallas de Cárlos XII, participó junto con su familia de la desgracia de este grande hombre. Despues de la memorable derrota de Cárlos XII en Pultawa, fué llevada nuestra jóven á Stetin en la Pomerania, y el viento de la adversidad la arrojó luego á Suecia, de allí á Dos-puentes, y de Dos-puentes á Francia, donde entró en 1720.

Tenia á la sazon diez y siete años, era el objeto privilegiado de los cuidados de su padre, cuyas esperanzas colmara: profundamente penetrada de las grandes verdades religiosas, poseia además los talentos que exigia su alta alcurnia, en términos que hubiera sido muy difícil en esa época hallar en ninguna corte europea otra princesa de tan penetrante talento y de educacion tan esmerada. Hacia ya cinco años que el rey de Polonia se hallaba refugiado en el suelo francés, cuando cierto dia vió llegar al cardenal de Rohan, quien le pidió una audiencia secreta: tratábase de obtener su consentimiento á fin de casar á su hija con el jóven Luís XV. Entonces sintió Estanislao, segun dijo despues él mismo, igual conmocion á la del Patriarca al anunciarle que el hijo cuya muerte tanto habia llorado estaba gobernando en Egipto; y exclamó: «Bendito sea el Señor que se acuerda de nosotros: esta es su obra, él la llevará á término.» En efecto, siendo pobre nieta de un rey sin patria ni herencia, sin mas dote que sus veinte años, estaba muy lejos la princesa María de llevar sus pretensiones al trono de Francia. No obstante, en agosto del año de 1725 el Duque de Orleans, hijo del Regente, fué á Estrasburgo, en donde estableciera su morada Estanislao. El príncipe embajador iba acompañado de la servidumbre destinada á la nueva reina, con quien casó en nombre de Luís XV el 14 del mismo mes. El exterior de esta princesa era agradable sin ser seductor: el mayor embeleso de su fisonomía era el reflejarse en ella toda la bondad del corazon y todas las virtudes que hicieron nacer en la jóven la religion y el infortunio. Recibióla con transporte el Rey, que parecia á propósito para gozar desde el solio de todas las dulzuras de la vida doméstica: así que, las intrigas de cortesanos depravados, y los manejos de las ambiciosas coquetas de la corte se estrellaron en la pureza de este amor conyugal. Al cabo de seis años de matrimonio, cuando alababan de intento la hermosura de alguna dama delante del Rey, todavía solia hacer diestramente esta noble pregunta: «¿Es acaso mas hermosa que la Reina?»

No hubo princesa que en el trono supiese grangearse tal afecto entre la corte ni tanto aprecio y respeto entre el pueblo. Aunque gustaba muy poco de representar gran papel, la aficion del Rey por la caza y otras ausencias la ponia á menudo en la necesidad de hacerlo: entonces recibia á los embajadores, á los grandes del Reino y á los extranjeros con tal soltura y ademanes tan llenos de satisfaccion. que se hubiera dicho estar muy complacida de un ceremonial que solo por obligacion llenaba. Fué de muy baja estatúra, bien que esta desventaja se hallaba ampliamente compensada por el aire de dignidad que brillaba en todos sus modales, por su majestuoso continente, suavizado con cierta dulzura que anunciaba su superioridad sin hacerla temible, y finalmente por una noble sencillez que se comunicaba sin humillarse. Los príncipes y princesas de la sangre debian en particular quedar muy satisfechos de las consideraciones y bondades que con ellos guardaba: profesábales á todos un tierno afecto, y dió siempre vivas pruebas de agradecimiento al Duque de Borbon, quien fué el que mas contribuyó á su matrimonio.

Bendijo el cielo el enlace de Luís XV: así que, nacióle un delfin, quien desde su mas tierna infancia anunciaba las mas felices disposiciones: comparábanlo á ese Duque de Borgoña de quien hablaban los ancianos con profundo sentimiento. La dichosa fecundidad de la Reina hízola madre de un segundo hijo y de ocho princesas, que alegraban la corte con sus infantiles juegos. Nada mas modesto y laudable que el gasto de esta Reina: ocupábase noche y dia con un caritativo celo en las necesidades de los pobres, presentábase accesible y cordial conciliando cierta alegría sencilla con la mas profunda religiosidad. Aunque solo se sabia una parte de las limosnas que hacia, admirado su esposo de que pudiese bastar para todas, preguntaba á la Duquesa de Villars de donde podia sacar recursos. —«Hasta ahora creí, respondió la Duquesa, que Vuestra Majestad y el Contralor general tenian en ellos gran parte.—De ningun modo, repuso el Rey: nunca nos ha pedido.—Siendo así dijo Mad. de Villars, aconsejaria á V. M. que pusiese la Reina al frente de la hacienda del estado, pues ciertamente tiene el don de hacer milagros, y estoy segura que da mucho mas del producto de sus rentas.» Este maravilloso secreto de la Reina María consistia en asociarse en su caridad con el Delfin, con las princesas y varias damas de la corte. Cierto dia en que el duque de la Vauguyon en un viaje á Compiegne propuso al Delfin que contribuyese á una buena obra, respondióle el príncipe: No sabeis pues que mi madre desde que nos hallamos en este país me mantiene en la regla de capuchinos? No me deja ni un sueldo.»

Hasta treinta años Luís XV pudo pasar por un modelo de reyes y de esposos: entonces como saliese de la edad en que aparecen con toda su fuerza las pasiones, y en que las flaquezas son mas escusables, parecia que no era de temer ninguna revolucion desagradable en sus aficiones y carácter; pero fueron ilusorias tales esperanzas; y aquí empezó para la Reina una serie de pruebas y pesares que sufrió con una resignacion admirable. No renovarémos los tristes recuerdos de esta época de disolucion y libertinaje, ni irémos á abrir las puertas del palacio en que Luís XV, encerrado como los déspotas de Oriente, tuvo además con ellos otra semejanza estableciendo una especie de haren en el parque *aux Cerfs*, hasta dejarémos de hacer mencion de la Duquesa de Chateauroux, de madama de Pompadour y de madama Dubarry: en medio de tamaño escándalo debemos tan solo admirar á la reina María Leckzinska, ángel de virtud y de blandura, rodeada de su familia, tratando de encaminar de nuevo á Luís XV por la tranquila senda de sus primeros años La política que preside en las reales alianzas dió por esposa al Delfin la hija de Augusto II, del mismo príncipe que destronó á Estanislao. La amabilidad natural de esta jóven borró cuanto dicho enlace podia tener de desagradable para María Leckzinska, quien la adoptó y trató siempre como á hija. Ambas siendo débiles mugeres lucharon en vano por desterrar de la corte las malas doctrinas de que estaba inundada, y que tanto trascendian á la sociedad.

Por otra parte la inexorable fatalidad cargó su mano férrea sobre la familia Real, y la muerte se llevó al Delfin, cuyas luces igualaban á su piedad. La Reina María sintió profundamente esta pérdida, pues amaba en extremo á este hijo, cuyo corazon tanto simpatizaba con el suyo propio, y que con ella compartia todos los pesares. «Rogad á Dios, escribia á cierta amiga, que me dé fuerzas para soportar la pérdida que he sufrido:

¡es tan terrible! Dios no quiso dar oidos á mis súplicas; pero escuchó las suyas: todos sus deseos se dirigian al Cielo; y ni aun quiso unir sus votos á las públicas rogativas que se hacian por su salud.» La muerte del Delfin hizo por algun tiempo mas estrecha la union del Rey, con la Delfina, con la Reina y demas hijas; la primera en especial tomaba grande ascendiente en su ánimo; pero atacada de una enfermedad consuntiva, murió en brazos de la Reina. En el corto intervalo de dos años, perdió esta otras tres hijas, de modo que tan repetidas sacudidas alteraron su salud, débil ya desde mucho tiempo, con lo que falleció el 24 de junio de 1768, despues de algunos meses de padecimientos. Tenia á la sazon sesenta y cinco años de edad y cuarenta y tres de matrimonio. Su muerte, acaecida despues de la del Delfin, de la Delfina y demas hijas, excitó sospechas de envenenamiento, que habian asomado ya cuando la muerte del primero; pero carecen de todo fundamento. Luís XV sintió vivamente la perdida de su esposa, llorándola por muchos dias en medio de sus hijos, pues la muerte acababa de arrebatarle las únicas personas capaces de volver la fuerza á su carácter y la pureza á sus pensamientos.



Maria Leckzinska.

ETHNOGRAFIA.

LOS ZINCALIS Ó GITANOS.

ARTICULO IV (*).

Zincalis de España.

Comuneros. — Guevara. — Las dos Padillas.— María Padilla y la Hechicera.—Canibalismo.—Fajardo.— Anécdotas.—Robo de niños.—Relaciones de los Gitanos con los moros del Africa.

Al tomar posesion del trono de España, Cárlos V trajo consigo gran séquito de extranjeros, la mayor parte Flamencos, cuya insolencia y rapacidad pronto ofendieron el orgullo castellano, y el mismo Monarca, jóven pero atormentado de una vasta ambicion y pensando ya en el imperio, parecia que reputaba á sus vasallos de la Península muy dichosos de costearle los gastos de su eleccion. No fué, pues, poco su pasmo cuando vió la oposicion de las cortes al tratarse de la votacion de los impuestos; bien que, como le urgia reunirse á los electores germánicos, dejó para despues su venganza, y partió aceleradamente para Worsus. Á sus ministros, pues, cúpoles el cuidado de atajar la rebelion de los comuneros, los cuales, sea dicho de paso, formaban una liga que abrazaba todos los intereses castellanos, y que por mucho tiempo mantuvo reunidos á nobles y clérigos, á ciudadanos y plebeyos, á ciudades y aldeas. Pusiéronse á su cabeza héroes y patriotas sinceros, al paso que peleaban como buenos caballeros, redactaron una carta mas liberal y constitucional que cuantas hoy en dia rigen en las monarquías representativas de Europa.

(*) Véase las páginas 482, 490, 501, 557 y 565.

Quizás no faltaban quienes, en el fondo de su corazon, deseaban mas de lo contenido en la carta la cual sin excluir al trono, queria que fuese enteramente nacional, é imponia al rey que eligiese entre la corona de España y la de Alemania. Tal vez esperaban estos alcanzar una república federativa; y en verdad no hubiese dejado de despertar simpatías en Europa una república fundada y presidida por D. Juan de Padilla, caballero valiente como el Cid y honrado como Washington. Pero no todos los nobles, gefes de los comuneros, eran tan desinteresados como Padilla, ni todos los eclesiásticos tenian la energía y perseverancia del obispo de Zamora, que es otra de las grandes figuras de aquella época. Nobles y eclesiásticos temieron el resultado, é hicieron alto: la intriga y el oro de los ministros de Cárlos repararon las derrotas que habian sufrido sus soldados extranjeros; no faltaron traidores y envidiosos que sembrasen la discordia; algunos gefes desertaron; y muchos eclesiásticos, que antes habian predicado la revuelta, subieron otra vez al púlpito á predicar la palinodia. Así cuando en los campos de Villalar vinieron á las manos ambos partidos, fué vencida la buena causa; y presos sus capitanes despues de hacer prodigios de valor, entregaron sus cabezas al verdugo. Sandoval y posteriormente Robertson ya han publicado la carta en que D. Juan de Padilla se despidió de su esposa. Aquel héroe murió de un modo digno de los sentimientos en que aquel billete sublime rebosa: como su compañero de gloria y de infortunio, Juan Bravo, pidiere al verdugo que le decapitase primero que á su gefe: «para que no tenga, decia, el dolor de ver matar al mejor caballero de Castilla»; Padilla le contestó: «Vamos, afuera niñerías, Juan Bravo; ayer debíamos combatir como caballeros; pero hoy nuestro deber es morir como cristianos!»

Su esposa Doña María Pacheco tambien abrazó la causa de los comuneros con aquel desprendimiento y entusiasmo, que de tanta poesía revisten al patriotismo de la mujer; y sus enemigos, no atreviéndose á calumniar el desinterés del marido, acusaron á ella de que le habia perdido con sus secretas miras ambiciosas. Segun Guevara, *Epístolas familiares*, habíanle pronosticado que llegaria á ser reina, y este era el motivo de sus virtudes, de su valor y de su energía: singular acusacion, que harto desmentida queda con la conducta de Doña María despues de la jornada de Villalar. Al saber tamaña catástrofe, que tan funestamente desbarataba todos los planes que su ambicion hubiese formado, cualquiera otra mujer se hubiera dejado llevar de la desesperacion mas profunda; mas la esposa de Padilla, al paso que deploró la desventura de Castilla y la suya propia, no desconfió de reunir los últimos defensores de los derechos del pueblo español; esperó que la sangre de los mártires patriotas traeria numerosos vengadores; y organizó la resistencia de Toledo, mandando á la guarnicion como un capitan, y llamando á las armas á todos los leales castellanos. Tal era el entusiasmo de Toledo, que gustosa se hubiera dejado asolar antes que rendirse, á quererlo Doña María; pero aquella muger, *loca* segun Guevara, al ver ya sometidas las demas ciudades, no consintió que se prolongase un sitio inútil. Amaba á Toledo, dice la historia, tanto como á la libertad, y no pudo dar cabida á la idea de su destruccion; y sin querer aprovecharse de una capitulacion que reputaba necesaria y que por lo mismo proponia á los vencidos, salió secretamente de la plaza con sus hijos, y desapareció sin saber positivamente su paradero.

Las tradiciones de los Gitanos, empero, explican semejante misterio: habíanle pronosticado á Doña María que seria reina; y en sus *Epístolas familiares* Guevara le escribia: *Sabido es, señora, que teneis con vos una hechicera, que os prometió se os llamara en breve alta y poderosa señora, y á vuestro marido Alteza.*» La hechicera era una gitana; pues que en una de las baladas tradicionales de aquella raza hay estas palabras: *Yo daré uno de esos quesos mágicos á María Padilla y á los suyos.* Esta María no puede ser la primera María de Padilla, mujer ó concubina del rey D. Pedro, porque en el reinado de este todavía no estaban los gitanos en España. Parece que Doña María Pacheco ó Padilla, pues con uno y otro apellido se la designa, se escapó de Toledo disfrazada de gitana, con su hechicera, la cual hacia tiempo que la acompañaba, y la traia engañada con las apariencias, si ya no con las adulaciones de su pérfida amistad. Esta le persuadió que los gitanos de su tribu la trasladarian á Portugal con el menor de sus hijos, *oro y joyas* suyas; en efecto, los gitanos la aguardaban en el monte, pero para apoderarse del oro y de las joyas asesinaron á la madre y al hijo.

Si es cierta esa tradicion española, jamás cometieron los gitanos accion alguna tan odiosa; y desgraciadamente los versos mágicos citados vienen en apoyo de aquella acusacion.

Los gitanos son muy malos: he aquí una frase proverbial, que cuenta ya larga fecha en España. Segun los naturales, siempre fueron los gitanos estafas, ladrones y brujos; mas á todo esto añaden un cargo no tan fácil de probar: *los gitanos comen carne humana.*

Fué su principal contrario un D. Juan de Quiñones, que en un libro ya citado publica muchas anécdotas para probar su *canibalismo*; y sobre todo se desvive por poner en escena á un juez de Zaraizejo, llamado D. Martin Fajardo, el cual, segun parece, debió de ser en su tiempo un verdadero cazador de gitanos. Y vaya un extraño lugar que es el tal Zaraizejo, aldehuela ó caserío medio arruinado, donde residia el tribunal del terrible D. Martin! Por allí cruza el camino de Madrid á Badajoz; los contornos son un desierto inculto; mas torciendo un tanto, á dos horas de allí se sube la famosa montaña de Mirabete, de cuya cima se goza una vista sumamente pintoresca desde el Tajo hasta las alturas de Plasencia, generalmente nevadas. Volviendo á D. Martin, un dia echó la garra á cuatro gitanos; y no sabiendo de que acusarles se puso á darles tormento para que de *motu propio* se acusasen de algo. A las primeras pruebas, aquellos cuatro desventurados confesaron que en el bosque de las Gamas habian dado muerte á una gitana, y luego comídola!!!.. Convengo en que aquel bosque, poblado de umbríos castaños y alcornoques, tiene mas de un lugar á propósito para una escena de asesinato y de canibalismo. Cuando yo lo visité, me hospedé en un aduar de unos gitanos, que me convidaron con su cena compuesta, no de carne humana, sino de uno como puchero, en que entraban buey, lardo, garbanzos y tomillo.

Vueltos otra vez al potro, los cuatro gitanos de D.

Martin Fajardo añadieron que tambien en el mismo bosque habian degollado y comídose á una romera; y en la tercera tortura, ya dijeron que lo mismo habian *hecho con un fraile francisco....* Esta es una de las anécdotas de Quiñones.

El mismo Fajardo, hallándose en Montijo, supo por el alcalde que como un vecino hubiese perdido su mula y puéstose á buscarla, entró en una casa arruinada, en donde sorprendió á unos gitanos que estaban asando un cuarto de hombre: pero Quiñones no dice si los gitanos tomaron á mal que así se les sorprendiese, ni si el hombre de la mula se volvió como habia venido.

Habiéndose extraviado un factor de Guadix, continua Quiñones, topó con una banda de gitanos, que haciéndole sentar le convidaron á que cenase con ellos; pero como oyó que por lo bajo se decian: *Que gordo está*, el pastor fingió gran sueño, se retiró á un lado, y en pudiendo se largó callandito, contando despues en todas partes como se habia salvado de ser comido de los gitanos.

No hay que pararse á refutar semejantes anécdotas: á lo mas, puédese conceder que en tiempo de gran carestía quizás alguna vez hicieron lo que obligados por el hambre han hecho hombres mas civilizados que ellos. Tambien corren no pocos actos de canibalismo por cuenta de los Chinganys ó Gitanos húngaros; y á pesar de que no tienen mucho mayor fundamento que los de Fajardo, se consideran como muy verosímiles en aquel país, en el cual ya dijimos que los gitanos no eran nada escrupulosos tocante á sus alimentos.

En la Gaceta de Fracfort de 1782, números 157 y 297 se lee que ciento cincuenta y un gitano fueron presos como reos de haber muerto y devorado á sus víctimas; bien que, mandando la emperatriz María Teresa que se hiciese una exacta averiguacion, los comisarios que ella nombró establecieron la verdad del hecho. La emperatriz promulgó una ley que obligaba á todos los gitanos á fijarse en ciertos lugares en ella designados; mas aquella disposicion no tuvo efecto.

Basta y sobra acerca del canibalismo de los gitanos: y otro crímen hay, que no podemos negar absolutamente: *Los Gitanos son muy malos; llevan niños hurtados á Berbería.* Parece harto evidente que despues de la expulsion de los moros de España, los gitanos mantuvieron continuas relaciones con los sarracenos del Africa. Como no tenian mas apego á unos que á otros, sin duda debieron de vender niños españoles á los Berberiscos, ni mas ni menos como hubieran vendido niños berberiscos á los españoles, si estos hubiesen querido comprarlos; y por sus relaciones con los piratas, frecuentemente les servirian de espías, cuando aquellos proyectaban algun desembarco en España. Por esto debieron de ser considerados mas bien moros que cristianos; y por lo mismo no desmentiré yo la anécdota de Quiñones, que trae: que, cuando el sitio de Zamora, habiendo dos galeras españolas encallado en una arrecife de la costa de Africa, los moros, al paso que cautivaron á la tripulacion cristiana, dieron libertad á los sarracenos que iban de remeros, y trataron como á una raza amiga á cuantos gitanos se hallaban en ambas embarcaciones.

PEREGRINACION A LA MECA.

Ya que no pueda decirse que la fe musulmana se extingue del todo, por lo menos es fuerza confesar que se entibia sensiblemente, y que está muy lejos el tiempo en que ningun verdadero creyente faltaba á la peregrinacion que su fe ordena. En el dia, mediante algun dinero dispénsanse de ese incómodo viaje, encargando á un *hadji*, es decir á un peregrino, que haga por el que le comisiona sus oraciones al sepulcro del Profeta; y si acaso va alguno á la Santa Ciudad, mas se ocupa en negocios y especulaciones que en actos de devocion. Pocos peregrinos, excepto los mendigos, acuden á la Meca sin proveerse de antemano de provisiones de su comarca. Los turcos europeos llevan allá zapatos, quincalla, ámbar y estofas bordadas; los de Anatolia, chales y sedas; los Indos mahometanos, perlas; y así los demas. Algunos ejercen su industria en el mismo lugar de su peregrinacion, y fabrican sábanas, cestos, y hornillos de barro destinados á hervir el café, ó hacen de mozos de cordel, barrenderos, etc. En general los musulmanes negros venidos de Etiopía son los que se dedican á estos y otros trabajos fatigosos y viles. Los indios y los Sirios, aunque faltos de medios de subsistencia, prefieren pedir limosna.

A medida que la devocion ha ido disminuyendo han sido tambien menos brillantes y numerosas las caravanas: por lo que esa inmensa caravana de Siria, en que en el año 97 de la hegira destinábanse novecientos camellos solo para llevar el guardaropa de Ibn-Abb-el-Melek, y que contaba ciento veinte mil de estos animales cuando Motassim-Billak, el último de los Abasidas visitó la Meca, esta misma caravana, repito, no es mas que una gran turba de negociantes conducida por el Pachá de Damasco. Sin embargo, desde el tiempo en que los califas de Bagdad la acompañaban personalmente se ha conservado todavía la mas considerable. Parte de Constantinopla, recoge los peregrinos del norte del Asia, atraviesa la Anatolia, y recorre los desiertos de la Arabia en el espacio de treinta dias. La fuerza armada de los gobernadores la acompaña de una á otra ciudad. Rara vez asciende á mas de cuatro mil personas, incluso el sin número de soldados. Es muy de notar que nunca el monarca otomano la ha honrado con su presencia. Los sultanes han sabido diestramente hallar dispensa á la obligacion de visitar la cuna y el sepulcro del Profeta.

La Persia envia siempre una caravana escoltada por árabes de Bagdad, pero la mayor parte de los peregrinos hacen el viaje por mar.

Otra caravana menos arreglada que las dos anteriores sale de Berbería, llámanla de los Mogrebinos ó de los occidentales. Acude siempre á Medina, y algunas veces llega hasta á Jerusalen. Finalmente, hubo antes una caravana de Yémen, en la que iban los Indios; pero ha cesado desde el año de 1803.

A mas de estas arregladas peregrinaciones, hay otras, ya compuestas de grandes turbas de beduinos, ya de comerciantes que llegan cada uno por su lado de todas las comarcas islamistas.

Los *hadgis* van casi siempre acompañados de *derviches* de todas las sectas y provincias, cuya mayor parte son locos ó lo fingen, pues sabemos que por una superstición, que hallamos tambien en ciertos

pueblos cristianos, los Arabes miran como almas predestinadas las de aquellos que por su naturaleza imperfecta se ven privados de razon.

La mayor privacion que sufren los piadosos musulmanes que emprenden el viaje de Hedjaz y de la Tierra Santa es la falta de agua; y en cada uno de los sitios del desierto en que hay un manantial ó bienhechor arroyuelo que alivia la sed del peregrino con sus ondas saludables, allí se encuentra un pequeño castillo con un abrevadero para los camellos. Tales castillos contienen algunos hombres de guarnicion, encargados de guardar las provisiones que allí se depositan. A estas aguas pertenecientes á los Beduinos acuden los *scheiks* de las tribus á cobrar de las caravanas los derechos acostumbrados.

De aquí á dos ó tres siglos tal vez no irán ya peregrinos á la Meca, y con ellos acabara de perder su gloria y sus riquezas; pues el poder de los pueblos se debilita á medida que aumenta el de las ideas. ¡Cuánto distamos de aquellos tiempos en que cada pueblo de la tierra tenia su virtud particular! teatro cada cual de acontecimientos que la devocion reverenciaba, el pensamiento los hacia eternos recordándolos de continuo. El milagro que allí se obró perpetuábase entre la muchedumbre; la naturaleza era el único libro en que podia leer la historia de su fe; y de ahí nació el afan de visitar los santos lugares. Este afan desapareció, por cuanto la humana inteligencia ya no necesita de la vista para saber como se estableció el cristianismo, y el hombre encuentra á Jesucristo así en una pagina del Evangelio como en la cumbre del Gólgota.



Peregrino Turco.

INDICE ALFABÉTICO DEL TOMO I, POR ORDEN DE MATERIAS.

(LAS LAMINAS VAN SEÑALADAS CON UNA *.)

BIOGRAFIAS.

HISTORIA.

HISTORIA NATURAL.

MISCELANEA

DE CIENCIAS, ARTES, INDUSTRIA, LITERATURA, ETC.

COSTUMBRES.

PINTURA, ESCULTURA Y POESIA.

RECTIFICACIONES: en el artículo *No es oro todo lo que reluce*, página 349, columna 1.ª, línea 17, donde dice despues de haber subido dos pisos con el dedo en la boca, léase: con el *credo en la boca*; y en la misma página, columna 2.ª, línea 40, donde dice menestras, léase *nuestras*.

PROXIMA PUBLICACION.

HISTORIA DE INGLATERRA,

POR DAVID HUME,

Continuada hasta nuestros dias, traducida directamente del inglés, anotada y comentada en vista de las obras de Lingard y de Goldsmith, y con observaciones propias,

POR D. EUGENIO DE OCHOA,

Adornada con 32 láminas exquisitas grabadas en acero.

Dentro breves dias vamos á abrir suscripcion á esta grande obra. Una verdadera historia de Inglaterra, que manifieste con alguna extension los pasos con que ha llegado esta Nacion al punto culminante que hoy ocupa entre los pueblos mas fuertes, industriosos y civilizados del mundo, á despecho de una ingrata naturaleza; que ponga á la vista los acontecimientos desde su orígen hasta nuestros dias, con sus causas, efectos y trascendencias filosóficamente desenvueltas: un libro de esta clase hacia suma falta en España. El Editor, pues, cree enriquecer nuestra literatura con la traduccion de la *Historia* de Hume, en vista de las de *Lingard* y de *Goldsmith*, hecha por el *Señor de Ochoa*, cuyos escritos, y en particular sus traducciones, gozan de sumo aprecio entre los literatos. Pero su trabajo no debe considerarse como una simple traduccion; pues dicho Señor, con la erudicion que le adorna y el profundo juicio y sana crítica que no puede menos de concedérsele, nos dará la verdadera historia de Inglaterra, rectificada y pura de aquellos errores ó inexactitudes de que nunca se libra enteramente el historiador de su propia patria. Confiamos por consiguiente en que nuestra publicacion será recibida con el afan que exige su mérito innegable.

Cuanto antes se dará al público el Prospecto, en que se verá el plan y condiciones de esta publicacion.